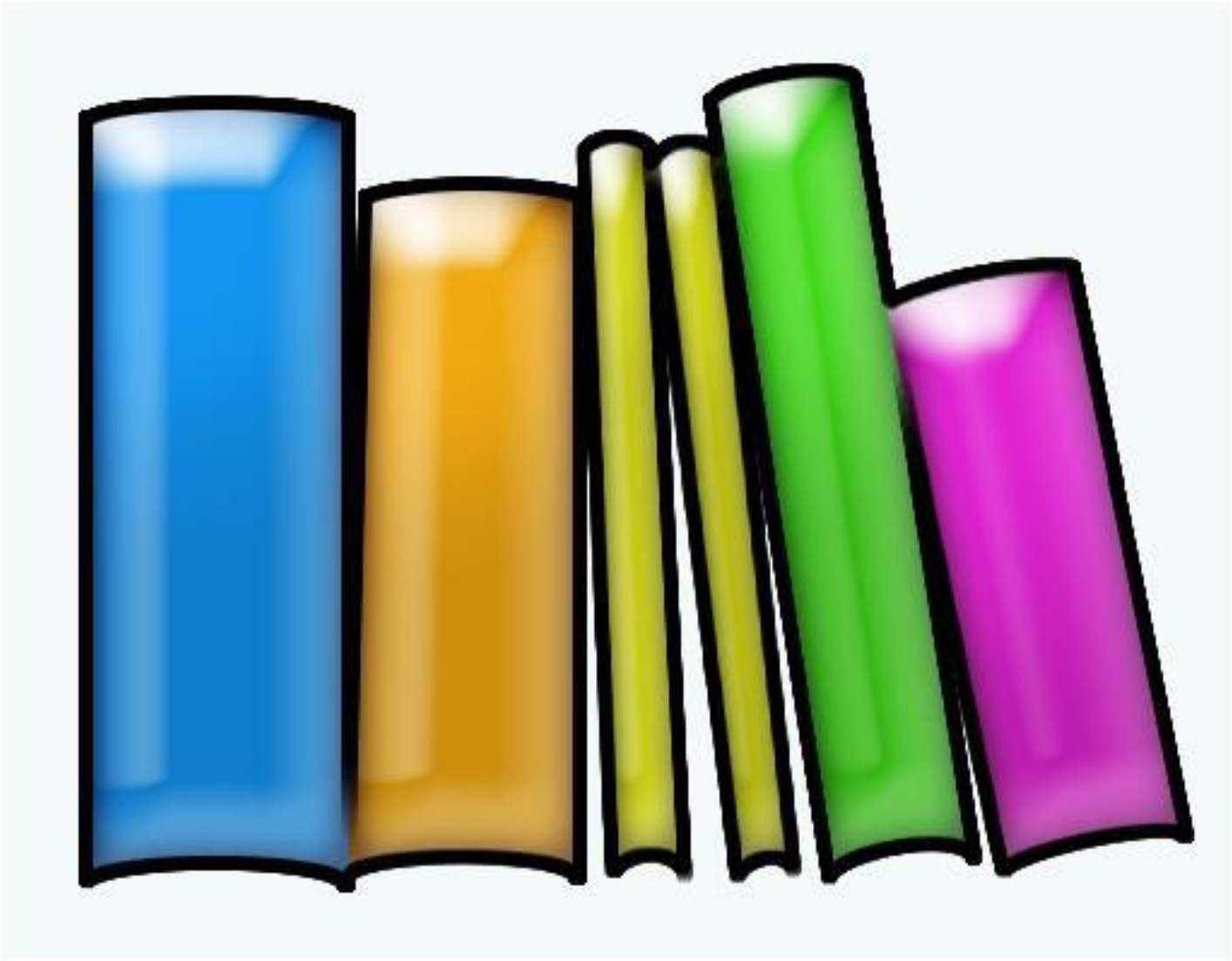
Aguilas y Cuervos



Gedge, Pauline

Produced by calibre 0.6.27

Aguilas y Cuervos

Sobrecubierta

None

OceanofPDF.com

Aguilas y Cuervos

Sobrecubierta

None

OceanofPDF.com

AGUILAS Y CUERVOS

Pauline Gedge

OceanofPDF.com

En el siglo I, tras la conquista del emperador Claudio, las tribus celtas de Albion son sometidas por Roma. La omnipotente águila imperial romana impondrá su dominio, su cultura, otros ritos, otros dioses a un pueblo de artesanos y guerreros.

Con la ayuda del arcano saber de los druidas, los «cuervos» celtas se replegarán hacia el oeste, dispuestos a iniciar la resistencia a las órdenes de Caradoc. Durante tres generaciones se entretejerán traiciones, pasiones, demostraciones de honor y de coraje.

Caradoc será desterrado a Roma, pero Boudica dirigirá la lucha de un pueblo por recuperar su identidad frente al invasor romano.

Pauline Gedge nació en 1945 en Auckland (Nueva Zelanda). Su niñez transcurrió en Oxfordshire, Inglaterra, y más tarde se trasladó a Canadá, donde reside actualmente. Logró un extraordinario éxito de ventas con su primera novela La dama del Nilo, ambientada en el antiguo Egipto, país donde la autora goza de un importante reconocimiento; tanto esta novela como El faraón y El papiro de Saqqara han sido publicadas en la presente colección.

Aguilas y cuervos es su segunda obra, en la que se adentra en la vida e historia de los celtas.

Águilas y cuervos

Novela Histórica

Pauline Gedge

SALVAT

Diseño de cubierta: Ferran Cartes/Montse Plass

Traducción: Carmen Bordeu

Traducción cedida por Emecé Editores, S.A.

Título original: The Eagle and the Rayen

Este libro es para Sylvie, que convirtió un

pequeño jardín en una finca y que, además,

corta muy bien las flores.

© 1995 Salvat Editores, S.A. (Para la presente edición)

© 1978 by Pauline Gedgc

© Emecé Editores, 1994

ISBN: 84-345-9042-5 (Obra completa)

ISBN: 84-345-9102-2 (Volumen 59)

Depósito Legal: B-25805-1995

Publicado por Salvat Editores, S.A., Barcelona

Impreso por CAYFOSA. Septiembre 1995

Printed in Spain — Impreso en España

Versión digital: Corrección y Revisión por KoryOtoño del año 32 d. de C.

CAPITULO 1

Caradoc se abrió paso entre la densa espesura de los brezos y por fin salió al descampado. Libre de las sombras tétricas del bosque, y con una sensación de alivio, envainó su espada, se ciñó la capa con más firmeza y se acuclilló por un momento en la pendiente suave de la orilla del río. Allí, mientras observaba el indolente fluir de las aguas, recobró el aliento y el rumbo. Por un momento se había creído perdido y había sacudido la espada en los corredores desconocidos, consciente del pánico que le embargaba. En un día como aquél, festividad de Samain, hasta los mejores guerreros de su padre, hombres que no temían a nada ni a nadie, sentían miedo y no se avergonzaban de ello. El cielo había estado gris todo el día y se había levantado un viento recio y violento. Pronto llovería, pero Caradoc se retrasó, reticente a dejar la hierba húmeda; no obstante, se sentía inquieto por la inminente caída de la noche y porque los árboles a su espalda susurraban oscuros secretos que no podía entender. Se estremeció pero no de frío y, malhumorado, se acurrucó todavía más bajo la capa para pensar en todos los Samains que había visto ir y venir.

Sus recuerdos más remotos estaban cargados del mismo temor que lo había sobrecogido en el bosque: de su padre, Cunobelin, sentado como una sombra gigante contemplando el fuego; de Togodumno, su hermano, y Gladys, su hermana, callados y ajenos, abrazados a los pies de su padre; de su madre en la cama estrechándole con los brazos rígidos. El pavoroso viento otoñal ululaba alrededor de las pieles que tapaban las puertas, y las caricias de la noche hacían crujir el techo de paja que los cubría. Entonces permanecían sentados durante las largas y oscuras horas; los niños dormitaban y se despertaban para ver el fuego que se consumía, mientras Cunobelin, inclinado sobre él, echaba más leña; sólo se atrevían a hablar cuando el amanecer pálido y vacilante avanzaba lenta y tímidamente dentro de la habitación. Más tarde, después de las gachas, el pan y un trozo de panal, se reunían en el Gran Salón y contaban con inquietud a los jefes y los hombres libres a medida que entraban en el recinto, temerosos de preguntar si alguien había muerto, temerosos de preguntar quiénes se habían salvado. Luego, ya entrada la fría mañana, comenzaba la matanza del ganado y

durante días, el olor a sangre pendía sobre la aldea. Samain. Cómo lo odiaba. Otra noche de terror; otro día de matanza, otro año casi terminado.

Un súbito estallido de color llamó su atención y se volvió. Su hermano había surgido de entre los árboles donde el sendero se curvaba y descendía hacia la orilla del río. Togodumno no estaba solo. Aricia caminaba junto a él, su cabello negro ondeaba detrás de ella y los pliegues largos de su túnica se ceñían a su cuerpo ágil mientras su capa azul golpeaba contra la capa carmesí de Tog. Parecían estar discutiendo; se detuvieron y se miraron; sus voces se elevaron con vehemencia, pero estaban demasiado lejos para que Caradoc pudiera captar las palabras. De repente, rompieron a reír y las manos de Aricia, sus dedos blancos y largos, aletearon en la luz que se desvanecía.

Las pálidas mariposas de primavera. Por un momento, Caradoc quedó deslumbrado por su vuelo, pero pronto se incorporó y el movimiento le delató.

Togodumno le vio, le hizo una señal con la mano y empezó a correr sendero abajo. Aricia alzó ligeramente la capa y trató en vano de envolverse con ella, mientras Caradoc se dirigía lentamente al encuentro de ambos.

—¡Te perdimos de vista! —gritó Togodumno al acercarse jadeando—. ¿Lo has matado?

—No. Se metió dentro de un matorral y cuando los perros encontraron un lugar por donde entrar, había desaparecido. ¿Dónde está mi caballo?

—Aricia lo ató al de ella y después nos pusimos a buscarte. Estaba enojada porque pronto cerrarán las puertas y parece que la noche será tormentosa. Quería abandonarte a tu suerte. —Sonrió—. No deseaba pasar la víspera del Samain en los bosques.

—Tú eras el que miraba con miedo por encima del hombro, Tog, y yo la que guiaba el caballo de Caradoc —protestó Aricia con contundencia—. No le temo a nada —aseveró, y sonrió a Caradoc con una expresión cómplice.

Era entrada la tarde y la luz disminuía con rapidez. En el norte, las nubes se hinchaban de manera amenazadora, apiladas una sobre otra por la fuerza del viento; los tres cazadores se apresuraron hacia los caballos y montaron deprisa. Togodumno tomó la delantera, a paso largo y siguiendo el curso del agua. Aricia se le unió con un galope y Caradoc cerraba la marcha.

Cuando hubieran dejado atrás las primeras puertas, aún tendrían que cabalgar nueve kilómetros entre grupos de chozas dispersas y granjas y

bordeando praderas. En una hora estarían bebiendo vino tibio ante sus fogatas, con los pies cerca de las acogedoras llamas.

De pronto, Caradoc pasó con estruendo junto a Aricia e indicó a Togodumno que detuviera el caballo.

—¡Los perros! —exclamó mientras agitaba los brazos con furia—. ¡Nos hemos olvidado de los perros!

—¡Estúpido! —le insultó Togodumno—. ¿Adónde fueron después de que perdieran al jabalí?

—Olfatearon otra písta y se metieron dentro de la maleza. Les silbé y vinieron; entonces emprendí el camino de regreso al sendero. ¿Por qué me insultas? ¡Vosotros sois los idiotas por no haberlos seguido cuando iban excitados tras la presa!

—Los dos sois estúpidos e idiotas —intervino Aricia. Su voz denotaba una pizca de pánico—. Cunobelin os prohibió que salierais con los perros, ya que deben marchar a Roma pasado mañana. ¿Pero qué significó eso para vosotros? Sólo otra advertencia de la que haríais caso omiso. —Juntó las riendas y acicateó a su caballo con las rodillas—. Bueno, podéis volver a los bosques y buscarlos, si os atrevéis. Yo tengo frío y estoy cansada. Me voy.

Pasó trotando junto a ellos y luego se alejó velozmente. En un momento, la oscuridad la devoró y los hombres se quedaron solos. Se miraron, conscientes de la oscuridad creciente y de las cosas innombrables que les aguardaban entre los árboles.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Togodumno—. Qué arpía... Fue idea de ella que saliéramos a cazar hoy y lo sabe muy bien. Una noche de éstas la cogeré y la ataré a un árbol para que el Cuervo de las Pesadillas la haga suya.

—Shhh —siseó Caradoc—. Te oirá y vendrá. Debemos volver a casa. Mañana se lo diremos a nuestro padre y aceptaremos el castigo.

Togodumno meneó la cabeza, pero Caradoc ya se dirigía hacia las puertas y no tuvo más remedio que seguirle. El viento había arreciado y arañaba sus cabellos y sus talones. Los caballos resoplaban y comenzaron a galopar con ímpetu. Cuando alcanzaron las primeras puertas, se tiraron de los caballos y corrieron por el puente sobre el foso, con las riendas en las manos sudadas. Mientras se acercaban tambaleándose a toda prisa hacia las puertas, el guardia salió corriendo sosteniendo una antorcha en alto.

—No os iba a esperar ni un momento más, señores —gruñó mientras cerraba las grandes puertas de madera detrás de los caballos—. ¡Vaya estupidez, hacerme quedar sentado junto a puertas indefensas justo esta noche!

El hombre tenía su espada en la otra mano. «¿Pero de qué servía una espada contra los demonios de Samain?», se preguntó Caradoc.

—¿Aricia ya ha entrado? —inquirió. El hombre asintió—. ¿Y perros? ¿Han entrado perros?

—Si, por cierto. Una jauría. Hace una hora, excitados y cansados.

Togodumno le dio una palmada a su hermano en la espalda.

—¡Ahí tienes! ¡Los perros tienen más juicio que nosotros! Gracias, hombre libre. Regresa a tu casa. —El hombre envainó su espada y se alejó.

—Ahora, a la cama —suspiró Caradoc mientras montaban—. Ni siquiera tenemos un conejo para disimular un día desperdiciado. Nuestro padre sin duda notará la oreja rota de Bruto.

—Por supuesto, y nos quitará una ternera a cada uno por el precio del perro. ¡Qué mala suerte!

—¿Qué otra cosa puede traer la víspera de Samain sino mala suerte? Y justo cuando mi precio de honor estaba aumentando.

—Es bueno que tu precio de honor no dependa sólo de tu ganado. ¿Qué garantía te ofreció Sholto por el préstamo de tus dos toros?

—Él y su clan me juraron lealtad. Es hombre para tener a tu lado. Le dije que si me juraba fidelidad a mi en vez de a ti le regalaría uno de los toros y le compraría a su esposa una copa de plata romana.

—¡Caradoc! ¡La lealtad de un hombre libre no vale un toro entero! Además, yo le ofrecí un toro y una ternera.

—Entonces, ¿por qué decidió prestarme juramento a mi?

—Porque lo único que hacen tus hombres libres es contar tus preciosas vacas. ¡Oh, maldición, está empezando a llover! Tal vez nieve.

—Aún es demasiado pronto —contestó Caradoc con brusquedad y prosiguieron la marcha en silencio, con los hombros hundidos dentro de las capas, el agua goteando de sus codos y talones y las caras frías.

El camino se iba haciendo cada vez más oscuro a medida que seguían el sendero áspero y tortuoso a través de los pequeños campos de labor. Los campesinos debían de estar apiñados en sus chozas, y los jefes y hombres libres en sus casas de madera, de modo que no vieron a nadie. De vez en cuando, oían el mugido inquieto del ganado que había sido traído de los

pastizales de verano y arriado dentro de las empalizadas de madera; pero hasta los animales salvajes se habían guarecido y los dos jóvenes se sentían los únicos seres vivientes sobre la tierra. Caradoc y Togodumno avanzaban con dificultad, los cascos de los caballos pisaban casi silenciosamente el sendero mojado y cubierto de hojas. Al lado de éstas podían ver el rastro de Aricia en la hierba húmeda, las pisadas de los caballos ya cubiertas por el agua negra. Pero pronto la noche se volvió del todo oscura y no pudieron ver nada excepto la delgada franja de camino que serpenteaba lenta y soporíferamente debajo de ellos. Togodumno empezó a cantar en voz baja para sí, pero Caradoc le mandó callar de nuevo, avergonzado del temor que brotaba de su interior. A los diecisiete años ya había matado su hombre y robado ganado; había cazado ciervos, jabalíes y lobos salvajes. Podía afrontar y comprender esas cosas, pero los espíritus nebulosos y a la deriva del Samain, los demonios que esperaban esa noche para arrastrar a sus víctimas a los bosques, a ésos no podía derrotarlos con un golpe de su espada. En ese momento los sentía, acechando al amparo de las ramas sombrías y desnudas que se juntaban sobre su cabeza, mirándole con odio, deseando hacer el mal. Apretó fuertemente las riendas mojadas y habló al caballo en voz baja. Togodumno comenzó a tararear, pero en esa ocasión Caradoc le dejó en paz. Una curva más y estarían en casa.

Por fin desmontaron dentro de las segundas puertas. Tenían los muslos mojados e irritados y las manos azules por el frío. El criado de las cuadras salió corriendo a recibirles. Tomó las riendas de entre sus manos rígidas y se alejó con los caballos cansados sin decir ni una sola palabra.

Togodumno se quitó la capa y observó el agua deslizarse entre sus dedos mientras la escurría.

—¿Dormirás esta noche? —le preguntó a su hermano.

Caradoc meneó la cabeza.

—No lo creo. Vino caliente y ropa seca, si, y quizá después una o dos canciones de Caelte para mantener a los espíritus vengativos lejos de mi puerta. —Su voz resonaba entre las chozas oscuras—. Mañana respiraremos de nuevo, pero mientras tanto podrías ir a las perreras a ver a los perros. Fue idea tuya llevarlos.

—¡No, no lo fue! Aricia y yo discutimos. ¡Ella dijo que yo era demasiado cobarde para desobedecer a Cunobelin, que no tenía agallas! Además, tú los perdiste, no yo.

—Ah, Tog, ¿por qué la escuchas? Sabes que te meterá en problemas.

Los ojos de Togodumno resplandecieron.

—Nunca tan graves como en los que te meterá a ti, hermano, si Cunobelin se llega a enterar de lo que tú y ella os traéis entre manos.

—¿Qué sabes de eso? —preguntó Caradoc con brusquedad a la vez que sonrela.

—Nada. Sólo rumores. Bueno, que pases una buena noche, Caradoc, y suerte en la cacería.

—¡Tog! ¡Regresa! —gritó Caradoc, pero Togodumno ya avanzaba entre los hogares silenciosos hacia su pequeña choza en la escarpada colina. Resignado, Caradoc se movió hacia el oeste, dentro de las sombras más oscuras del alto muro de tierra. Sus pisadas sonaban fatalmente ruidosas en sus oídos. Pronto llegó a la cuadra de su padre, donde una ráfaga de aire tibio y dulzón le envolvió por un instante. Acto seguido, se volvió, dejó atrás la herreria y el taller del guarnicionero y llegó a las perreras.

Contó las jaulas con cuidado y al final se detuvo, se puso en cuclillas y llamó con suavidad. Los perros corrieron a la cerca y empujaron sus narices frías silenciosamente hacia su mano. Los estudió con presteza, una vez, dos veces. Faltaba uno. Caradoc se quejó para si mientras empezaba a contar de nuevo, sin saber con certeza la identidad del ausente. Bruto, con la mitad de la oreja colgando sobre la nariz, le observaba con aire reprobador. Finalmente, Caradoc maldijo en voz alta. Era César. El perro más apreciado de esa camada, el que había sido entrenado especialmente para Tiberio. «Seguro que era ése», renegó Caradoc, recordando por qué Cunobelin, con su humor taimado, había puesto ese nombre al animal. No era por Tiberio que el perro se llamaba así, sino por Julio César, que había venido a Albion dos veces y partido otras dos, sin regresar jamás. Cunobelin había comentado a sus hijos que, después de todo, Julio no había sido un cazador demasiado bueno.

Caradoc permaneció de pie, vacilante. El cabello se le pegaba a la frente y a la capa, empapada de agua, que colgaba de sus hombros. No dudaba que César había guiado a los perros de regreso a la casa. Se puso en su lugar, y al instante comprendió dónde estaría el perro..., en algún sitio tibio. Se volvió para emprender la búsqueda y comenzó por la herreria, luego el taller del guarnicionero, las hediondas curtidurías y las cuadras. Abandonó el cuarto circulo de chozas con decisión y subió lentamente a donde vivían los plebeyos libres, un área de suciedad y confusión. Golpeó las paredes e hizo a un lado las puertas de pieles, asustando a los miembros de la tribu

que, en un principio, vieron en esa figura oscura y empapada un espíritu astutamente disfrazado. Pasaron los minutos y por fin tuvo que admitir la derrota.

Se volvió con brusquedad hacia la pendiente que le conduciría a su propia casa, pero cuando hubo pasado los edificios, el viento le azotó violentamente y le hizo trastabillar. De repente, los cielos se abrieron y soltaron una pared negra de lluvia helada y fuerte. Caradoc empezó a correr y como en respuesta a sus torpes movimientos, el pánico contenido se liberó y le impulsó. «¿Qué estoy haciendo aquí fuera en esta noche en que el tiempo se detiene y la tierra se balancea al borde de una nada terrible? —pensó con horror—. Un espíritu aciago se ha apoderado de César para que yo lo busque, y cuando lo encuentre, me tomará en sus garras poderosas y me arrastrará de regreso al bosque.»

Avanzó con dificultad contra el viento, cegado, ligeramente consciente de estar pasando ante el Gran Salón, alejándose de manera instintiva e insensata del templo de Camulos hasta que por fin sus dedos ateridos sintieron las pieles pesadas de su puerta. Las empujó y entró tambaleando. Se quedó en pie con los ojos cerrados mientras el agua corría por su cuerpo y formaba charcos bajo sus pies. El súbito cese de los ruidos le atontó por un momento. La tormenta se había reducido a un silbido continuo que se producía al chocar el agua con la paja que cubría el techo. El viento, un merodeador impaciente, golpeaba contra las paredes en vano.

Pronto se relajó y abrió los ojos. Una solitaria lámpara de aceite ardía en una mesita opuesta a la puerta. Tapices suaves cubrían las paredes y, en un extremo, las cortinas estaban descorridas y era posible ver una cama baja con una capa azul y roja que colgaba de ella. Pero ésta no era su choza. Junto a la cama había otra mesa, y sobre ella, un espejo, una corona de oro, un montón de brazaletes de bronce y una faja esmaltada brillante que serpenteaba hacia el suelo. Con un gemido de bienvenida, César dejó su lugar frente al fuego humeante y atravesó pesadamente la habitación hacia él.

Sobresaltada, Aricia giró sobre sus talones.

—¡Caradoc! ¡Me has asustado! ¿Qué quieres?

Caradoc vaciló, desgarrado entre una confusión embarazosa y el enorme alivio de haber hallado al perro. No había un demonio allí, sólo un perro y una niña. Aricia estaba de pie, descalza sobre las pieles que cubrían el suelo de tierra, y su túnica de dormir blanca caía a su alrededor como nieve

amontonada. Sostenía un peine grande en una mano y su negro cabello, lacio y tupido, que le llegaba hasta las rodillas, se extendía sobre sus brazos pálidos y resplandecía a la luz del fuego mientras se acercaba a él. Caradoc masculló una disculpa y se volvió para marcharse; una cólera irracional se intensificaba en su interior, pero ella habló de nuevo y le detuvo.

—¡Qué mojado estás! ¿Has estado buscando los perros todo este tiempo? Quitate la capa o te vas a resfriar.

—Esta noche, no, Aricia —contestó él con firmeza—. Estoy empapado, cansado y enfadado contigo por haber retenido a César aquí. Además, también estoy enfadado con Tog por no haberme ayudado en la búsqueda. Iré a calentarme en mi propio fuego.

Ella rio.

—¡Qué feo estás con el entrecejo fruncido y el pelo colgándote por la espalda como cuerdas! Yo encontré a César y lo retuve aquí. Vino corriendo a mí hace menos de media hora. Estaba a punto de pedir a alguien que lo llevara a las perreras cuando apareciste. En cuanto a Tog, sabes que tienes que cogerle por el cogote y sacudirle si quieres que haga algo. ¿Por qué estás tan enfadado? —Se acercó a él con rapidez, le quitó la capa de los hombros de un tirón, la extendió con cuidado, caminó hasta el fuego y la tendió—. Vino tibio de la tierra del sol —dijo con tono amable, y tomó una jarra que descansaba sobre las brasas—. Bebe una taza antes de encarar la noche de nuevo, Caradoc. Y háblame. Es Samain y estoy sola.

Caradoc sintió los ojos marrones de César. «Vete ahora —se dijo—. Vete ahora antes de que tu honor quede una vez más esparcido a tu alrededor como fragmentos de cerámica hecha añicos.» Pero Aricia había servido el vino y se lo sostenía bajo la nariz; Caradoc aspiró los vahos aromáticos.

Aceptó la copa y entibió sus manos alrededor de ella; sintió hormiguear sus dedos con vida nueva. Luego se adentró en la habitación y se volvió de cara al hogar para que el calor del fuego llegara hasta sus piernas rígidas.

—Pensaba que no temías al Samain —precisó.

Ella le lanzó una rápida mirada y fue a sentarse en el borde de la cama.

—He dicho que estaba sola, no que tenía miedo. Pero tú tienes miedo —se burló.

—Tengo un buen motivo —replicó Caradoc y tragó un gran sorbo de vino. Notó cómo el liquido se abría camino ardiendo hacia el estómago y

luego esparcía su calor a través del pecho—. Soy un noble. Los demonios se deleitan en atacar a la realeza esta noche.

—Yo también soy de sangre azul —replicó ella con aspereza y se levantó—. ¿Lo has olvidado? ¿Acaso he estado tanto tiempo en Camalodunum que parezco una más de la prole de Cunobelin? Yo no he olvidado —concluyó con suavidad y se miró las manos entrelazadas en el blanco regazo.

Caradoc vació su copa y se agachó para servirse otra.

—Lo siento, Aricia. A veces lo olvido. Has estado aquí mucho tiempo y hemos crecido todos juntos..., tú, yo, Tog, Eurgain, Gladys, Adminio. ¿Cuántos años han pasado desde que mi padre empezó a llamarnos la Banda Guerrera Real?

Ella cerró los ojos como si algún recuerdo la lastimara y él la observó con disimulo por encima del borde de la copa. «Qué hermosa es», pensó con resignación creciente. Contempló la tez pálida que nunca se bronceaba con el sol de verano, el mentón delicado, las pestañas largas y negras sobre los pómulos altos. Se preguntó cuándo había dejado de pensar en ella como en una compañera de cacería y comenzado a ver una extraña. Aricia abrió los ojos y Caradoc advirtió los misterios tentadores ocultos en ellos, confusiones intrigantes que su juventud le impedía reconocer como inseguridades.

Durante un momento se estudiaron mutuamente, él demasiado cansado para apartar la vista, hipnotizado por aquellos ojos negros, ella sin verle, de regreso al pasado.

De pronto, rió.

—Caradoc, estás echando humo.

—¿Qué?

—¡Tus calzones se están secando y el vapor sube en oleadas! Pareces un dios del río emergiendo en una mañana de invierno. Quitate la ropa o vete y deja de mojar mi pequeña morada.

—Supongo que será mejor que lleve a César a la perrera —respondió de mala gana. Tenía la impresión de que el vino le hinchaba la lengua y convertía sus miembros en plomo.

Mientras meneaba la cabeza, Aricia se puso de pie con rapidez.

—¡No abuses de tu suerte! Esta noche hemos tenido más de la que nos merecemos. Déjalo aquí conmigo o llévatelo a tu casa. —Se deslizó hacia él; la túnica crujió y arrastró consigo el aroma de perfume romano—.

Lamento de veras el problema que hemos tenido hoy por mi culpa. Tog insistió en cazar sólo porque le desafié. Si Cunobelin se enfada mucho, os ayudaré a ambos a pagar el precio de Bruto. No creo que los comerciantes lo quieran.

—No, supongo que no. —Sentía que las piernas le temblaban de fatiga y veía a Aricia en una nebulosa, a través de una neblina de vahos de vino. Al notar que vacilaba, ella comenzó a sonreír. «Oh, ahora no, esta noche no», pensó Caradoc con intranquilidad. Pero era demasiado tarde. Su mano ya se extendía, levantaba un rizo de cabello y deslizaba los dedos por él para sentir su textura densa y suave. Lo acercó a su rostro para aspirar su perfume y su tibieza; ella no se movió hasta que él hubo terminado.

—Quédate conmigo, Caradoc —dijo lentamente mientras le miraba de manera inquisitiva—. Quieres quedarte, ¿verdad? Esta noche soy un demonio de Samain. ¿Sientes cómo te estoy hechizando?

Hablaba medio en broma, pero Caradoc experimentaba el embrujo que le cautivaba como una canción dulce y familiar. Sabía que debía apresurarse a la puerta con un hechizo protector en los labios pero, como siempre, se quedó mirándola con estupor ardiente. El y Tog habían bromeado a menudo acerca de esa bruja siniestra que tan peligrosamente les gustaba, y se burlaban sin piedad de la palidez de su piel norteña, de la misma manera en que fastidiaban a Eurgain por sus largos silencios, o a Adminio por su preciosa colección de colmillos de jabalí, pero lo hacían sin malicia ni premeditación; eran las palabras irreflexivas de amigos de muchos años. Si ella le irritaba últimamente, Caradoc lo atribuía a la llegada del invierno, el tiempo en que los hombres esperaban los meses venideros con cinturones ajustados y vientres vacíos, el tiempo del año en que él se limitaba a existir. Y si en ocasiones deseaba abofetearla por sus aires de superioridad y su voluntad apasionada en una discusión, bueno, después de todo no era más que una niña, sólo una niña de catorce años que luchaba por convertirse en una mujer.

Aricia se cubrió el rostro con su propio cabello, cerró los ojos y él sintió una oleada de lujuria.

—No tienes opción, malcriado Caradoc —susurró—. Mi cama es mucho más cómoda que el suelo mojado del bosque.

Fuera, la lluvia tamborileaba sobre la tierra. El viento se había reducido quejido bajo y persistente y, dentro de la habitación, el fuego, del que casi se habían olvidado, se consumía y siseaba de vez en cuando con gotas de

lluvia dispersas. Aricia se estiró hasta alcanzar el cuello de Caradoc, le quitó la torques de oro y la depositó suavemente en el suelo. Luego empezó a desabrochar el pesado cinto y mientras lo hacia, la espada cayó sobre las pieles.

Caradoc permaneció inmóvil.

Una lucha se desarrollaba en su interior y lo debilitaba; sus ojos seguían cada movimiento de ella. Pero cuando los finos dedos tocaron su rostro, se rindió. La tomó de los brazos y la atrajo con brusquedad hacia si.

«Después de todo —se dijo—, es Samain.» «¡Cuervo del Pánico, no me encontrarás aquí!» —invocó en silencio.

Unos minutos después, Aricia se apartó.

—Me estás mojando —dijo sin alterarse—. Quitate la túnica y los calzones. No, lo haré por ti. Te quedas ahí como si te hubiera paralizado con un hechizo.

—Siempre lo haces. Aricia...

Le hizo callar poniéndole un dedo en los labios.

—No, Caradoc. No hables, por favor. —Su voz temblaba. Se inclinó y le quitó la túnica corta pasándosela por la cabeza.

Mientras lo hacía, Caradoc vio un destello de burla en sus ojos. «Qué extraño —pensó— nunca había visto que sus ojos estuvieran moteados de oro.» La tomó de nuevo y la besó con rudeza, torpemente, disfrutando de las manos tibias que se posaban en su espalda desnuda y perdiéndose en la suavidad de la boca. El magnifico cabello negro caía y se enredaba sobre sus brazos, y cuando la sintió ceñirse contra él, la levantó y la arrojó sobre la cama. Cerró las cortinas detrás de ellos y cegó la luz de la lámpara. La observó en la oscuridad mientras ella yacía esperando, con los brazos extendidos, el cabello desparramado sobre la almohada, y una sonrisa que le irritaba y le invitaba a sufrir.

—Tog lo sabe —murmuró.

La sonrisa de Aricia se ensanchó.

—No me importa. ¿A ti sí?

—No —respondió con suavidad.

—Entonces deja de hablar.

En su ansiedad embotada por el vino, Caradoc tiró de la túnica de dormir y oyó cómo se rasgaba. En seguida los pechos de Aricia estuvieron entre sus dedos toscos y su boca ávida. Aricia contuvo el aliento con

brusquedad y siseó. La lluvia continuaba cayendo de forma monótona, como si perteneciera a un sueño.

Caradoc no se pudo contener y todo acabó muy pronto, pero esa noche ella no se quejó. Siempre era así, una ola incontrolable, la búsqueda desesperada y compulsiva de ella y, después, la culminación brusca y dolorosa. Se volvió boca arriba con la cabeza apoyada en un brazo, y estudió el techo oscuro, preguntándose cómo y por qué, mientras las pequeñas agujas de la vergüenza comenzaban a pincharle. «Lo hice otra vez», pensó con desaliento. Una cosa era acostarse con una esclava en los campos, o incluso con la hija complaciente de un plebeyo libre, pero ésta era su amiga Aricia; Aricia, que había compartido todas las travesuras que él y Tog habían planeado; Aricia, la hija de un rey cuyo linaje era mucho más antiguo que el de él. Deseó que la tierra se lo tragara. Quiso que los demonios de Samain vinieran y se lo llevaran a sus cuevas. Tuvo ganas de morir.

Ella se volvió de costado, se apoyó en un codo y sin molestarse en cubrirse, se echó el cabello hacia atrás con impaciencia. Increiblemente, Caradoc sintió renacer el deseo.

—¿Caradoc?

—¿Si?

—Cásate conmigo.

Por un instante, creyó no haber oído bien, pero luego tomó conciencia y se sentó.

Aricia le rodeó las rodillas con los brazos.

—Sí, me has oído bien. Quiero que te cases conmigo. Te lo ruego, te lo imploro, Caradoc. ¡Cásate conmigo!

—¿Qué me estás pidiendo? —inquirió con severidad, y con la mente temporalmente liberada de la obsesión hipnótica que sentía por ella.

Aricia le apoyó una mano caliente en el brazo.

—¿No somos viejos amigos? —susurró—. ¿No sería fácil, muy fácil, dar el siguiente paso y jurarnos fidelidad? —La mano intensificó la presión en el brazo—. No pido nada extraordinario. Después de todo, puedes tomar otras esposas.

Caradoc rió, había recuperado la lucidez.

—Supongo que te refieres a Eurgain. Oh, no, Aricia. Hemos gozado juntos, pero no creo que debamos hablar de matrimonio. Ahora tengo que

irme. —Se dio prisa para poner los pies sobre el suelo frío, pero ella le sujetó con una fuerza que él ignoraba que poseía.

—¿Por qué no? ¿No crees que tengo un derecho sobre ti, Caradoc?

—¿Qué derecho? ¿Te refieres a esto? —Se agachó para besarla, pero ella se escurrió y descorrió las cortinas. La luz mortecina de la lámpara reveló a Caradoc un rostro ensombrecido por la emoción, labios apenas controlados y ojos rebosantes de lágrimas.

—Basta de juegos, Caradoc. ¿Dónde están las palabras de amor que me murmuras en la oscuridad?

—El amor no tiene nada que ver contigo y conmigo, Aricia, y lo sabes. —Dejó la cama y se vistió con rapidez. Se puso los calzones todavía húmedos y se pasó la túnica mojada por la cabeza—. No te he prometido nada.

Ella se estiró y se colgó de la cortina como si sus músculos se hubieran debilitado al tiempo que su esperanza.

—Estoy desesperada, Caradoc. ¿Sabes cuántos años tengo?

Se ciñó el cinturón de la espada.

—Por supuesto que lo sé. Tienes catorce.

—La edad de desposarse.

Los dedos ocupados de Caradoc se detuvieron y la miró, intuyendo la verdad.

—Mi padre pronto enviará una embajada para llevarme a casa. —Las lágrimas desbordaron sus ojos y le salpicaron las manos; las sacudió con enojo—. ¡A casal A duras penas recuerdo los páramos áridos y las chozas indigentes del lugar donde nací. Oh, Caradoc, no quiero irme. No quiero dejarte a ti ni a Tog ni a Eurgain, ni a Cunobelin que es como un padre para mí. ¡No quiero ir a un sitio que temo, entre hombres salvajes y toscos! —Titubeó y sollozando puso los pies en el suelo—. Yo también odio el Samain y las lluvias de invierno, la soledad que vendrá. ¿Ha de pasar esta noche sin que ningún demonio me reclame y ningún hombre me despose?

Caradoc se acercó a ella y se arrodilló a su lado. La tomó con torpeza entre sus brazos y por primera vez sintió pena.

—Aricia, no he pensado en ello, no lo sabia. ¿Has hablado con Cunobelin?

Aricia sacudió la cabeza con violencia; su rostro estaba escondido en el cuello de él.

—No puede retenerme. Mi padre me querrá en Brigantia, puesto que no tiene hijos para que le sucedan y los jefes seguramente me elegirán. —Alzó la vista. Tenía los párpados hinchados y la piel más blanca de lo que él jamás había visto—. Si me aprecias un poco, no lo permitas. Te aportaré la dote más grande que los catuvelaunos hayan conocido jamás. ¡Toda Brigantia para que la compartas conmigo! Tú y yo, gobernando allí juntos.

—¿Y mi tribu? ¿Y mi clan y los hombres libres que dependen de mi? Tengo tantas ganas de ir a Brigantia como tú. ¿No puedes negarte a ir, Aricia? —Con una expresión decidida, la soltó y se puso en pie—. Perdóname, pero no puedo interferir en un asunto de un clan extranjero. Yo...

—¿Tú qué? ¿Te contentas con usarme y ahora me compadeces? ¡Guárdate tu compasión! No quiero la mirada preocupada de un hombre. —Se enjugó las lágrimas de las mejillas y se enfrentó a él—. Podría meterte en problemas, Caradoc, por deshonrarme y por deshonrarte a ti mismo, pero no lo haré. Sé que mi padre pronto mandará a buscarme, he empezado a soñar con ello, pero cuando me marche, lo lamentarás. Habrá un vacío en tu vida que no será llenado. No olvidaré. Lo juro por la Altísima de Brigantia, diosa de mi tribu.

Caradoc contempló el rostro desafiante y las manos que se movían nerviosamente.

—Nos hemos usado mutuamente —se apresuró a recordarle—. ¿Cómo ocurrió esto, Aricia? ¿Cómo fue que dejamos de ser los que éramos?

—¡Porque hemos crecido y tú has sido demasiado estúpido para notarlo! —gritó—. ¡Tendrías que haberte dado cuenta de que te amo, tendrías que haberlo notado, pero te quedas ahí parado con la boca abierta como un campesino ignorante de Trinobantia! ¡Déjame en paz!

Se arrojó sobre la cama y no se movió. Durante unos segundos, Caradoc la miró con pesar, preguntándose si estaba frente a la verdadera Aricia o a otra de las máscaras que ella solía emplear con tanta facilidad. Pero no podía esperar más, así que recogió su capa, empujó la puerta de pieles y salió de nuevo a la oscuridad y a la lluvia.

Unos pocos pasos le llevaron a su choza; cuando estuvo dentro, dejó caer la capa todavía mojada al suelo. Fearachar debía de haber venido a avivar el fuego, puesto que éste ardía con intensidad y la habitación estaba tibia. Se desvistió enseguida y se envolvió en una manta. Luego se sentó con las piernas estiradas hacia las llamas rojas y la mente confundida,

deseando por primera vez en su vida poder volver a vivir la víspera de Samain.

Esa noche había tocado algo más que el cuerpo de Aricia. En cierta forma, había dejado un nervio en carne viva, una parte de ella que yacía expuesta, aún no cubierta por el barniz gracioso, antojadizo y con frecuencia duro que solía mostrar a los demás. Y no le gustaba lo que había visto. No la había creído capaz de llorar ni de rogar y se preguntó si estaría acostada en la oscuridad, sorprendida de si misma.

«¡Pero casarse!» Tenía los pies demasiado calientes y se enderezó, los arrastró debajo de la silla y se estiró para tomar el vino ya dispuesto para él. Ni siquiera tenía ganas de considerar la posibilidad de casarse con ella. Aricia no era la clase de mujer apropiada para dar a luz a los hijos de un jefe catuvelauno, y su rechazo inmediato había provenido de muy adentro, de una parte que él tampoco sabia que existía. Admitía que ella le cautivaba. Se conocían demasiado bien. Al menos eso había pensado. Recordó el día en que Aricia había llegado a Camalodunum, con los ojos agrandados por el temor y esa altivez infantil y patética. Incluso en ese entonces, aunque él no era más que un niño, había simpatizado con ella. Durante diez años habían cazado, compartido banquetes y luchado todos juntos, aterrorizado a los campesinos, enfurecido a los hombres libres, mentido y engañado el uno por el otro y, de pronto, de la noche a la mañana, todo había acabado.

Siempre se había dado por sentado que se casaría con Eurgain. Ella era una noble, hija del hombre más importante de la tribu de su padre, y aún antes de que ella, él y los demás formaran la Banda Guerrera de Cunobelin, habían sentido un gran afecto mutuo. Eurgain era alta, también, pero más esbelta que Aricia, una niña frágil, callada, no hermosa pero con un aura de paz y seguridad que había comenzado a seducir a más de uno. Poseía el cabello color miel intenso, los ojos azules típicos de lo mejor de su gente y parecía adivinar sus pensamientos antes de que él los expresara.

Eurgain.

Una visión de Aricia surgió de inmediato en su mente: desnuda, los ojos negros, desvergonzada, el cabello hasta las caderas y más allá. Se retorció en la silla. Si ella le amaba como decía, ¡qué bien lo había ocultado! ¿Entonces odiaba a Eurgain? Tampoco lo había demostrado. ¿O acaso estaba adoptando una última y desesperada actitud ante la perspectiva del largo y solitario viaje de regreso a su lugar de nacimiento? ¿Cómo era

posible que hubiera vivido junto a ella día tras día y no la conociera en absoluto? Se llevó una mano a los ojos, abrumado por el deseo de dar esos pocos pasos de vuelta a la habitación de Aricia, de entrar, de decir... ¿qué? «¿Te deseo, me carcome el deseo por ti, pero no te amo? ¡Qué soy, cuánto valdría mi honor si mi padre y mis amigos me vieran ahora!»

Abandonó el fuego y se acostó en la cama con los ojos cerrados, todavía avergonzado de sí mismo, todavía preguntándose qué habría pasado si se hubiera comportado como debía hacerlo un hombre libre. Si hubiera dejado la habitación antes de que ella enroscara sus brazos suaves alrededor de su cuello. Pero eran semanas, meses, demasiado tarde, y su voluntad ya estaba debilitada. Tenía una vaga conciencia de que había cesado de llover, aunque el viento continuaba murmurando a ratos más allá de las delgadas paredes. Se durmió, pero incluso en sus sueños, ella le atrapaba como a un jabalí en celo y acosado.

A la mañana siguiente, durmió hasta tarde. Despertó con pereza al oir a su sirviente silbar mientras revolvía las cenizas del fuego extinguido y comenzaba a encender otro. Un haz de luz solar pálida se colaba por debajo de la puerta de pieles y acarreaba consigo un aire frío y tonificante que terminó de despejar a Caradoc. Mientras se sentaba, Fearachar le miro.

—Buenos días, señor. Me complace ver que os habéis conservado y que los demonios tuvieron a bien no perturbar vuestro sueño.

—Buenos días, Fearachar —respondió Caradoc de manera automática —. Tengo hambre. —Se sentía lúcido; se levantó, se puso los calzones y una túnica limpia, luego se ciñó la espada; pero de pronto, el recuerdo de la noche le acometió. La torques no estaba sobre la mesa junto a la cama. Con un estremecimiento, se dio cuenta de que la había olvidado en el suelo de la choza de Aricia. Fearachar alzó los ojos y vio la consternación en el rostro de su amo, pero luego se enderezó, se quitó el polvo de las manos y extrajo algo de entre los pliegues de su corta capa roja.

—La señora Aricia me pidió que os diera esto y que os dijera que aunque es el símbolo de un hombre libre, para ella a veces no es más que el yugo de la esclavitud. —Caradoc le arrebató la torques y se la ató al cuello —. La señora también dijo que ha llevado a César a la perrera. Fue una tontería de vuestra parte, señor, tomar prestados los perros. Vuestro padre se enojará.

—Tal vez. ¿Pero a ti qué te importa? —replicó Caradoc con rudeza. ¡El yugo de la esclavitud! ¡Qué descaro!

—Soy un hombre libre —declaró el criado, dolido—. Puede que haya perdido mi precio de honor, pero no mi honor. Puedo expresar mi opinión.

—Fearachar, cuando tengas una opinión, desde luego que podrás expresarla, pero por favor, primero ten una.

Caradoc se puso su capa rayada roja y amarilla sobre los hombros y la ajustó con un broche de plata. Luego se colocó brazaletes de bronce en los brazos y deslizó los pies dentro de sandalias de cuero. Se peinó, tiró el peine al suelo y con grandes pasos salió al encuentro de la mañana.

Hizo una pausa al salir de su casa para aspirar el aire limpio. La tormenta había proseguido su camino para ir a inquietar al norte, y el valle se extendía frente a él, más allá del heterogéneo grupo de chozas apiñadas donde el humo ascendía en espiral de los techos; los niños correteaban bajo el débil y pálido sol invernal. Desde su posición, pensó que podía distinguir una niebla que era el río y más allá, en el horizonte, la mancha oscura del bosque, con sus agujas echando vapor. El cielo era de un azul desteñido, vestido con jirones de nubes blancas. Más nubes, grises, pendían en el norte. El buen tiempo duraría hasta el atardecer.

Descendió con pasos largos el sinuoso sendero, llamando a Cinnamo y a Caelte. No los esperó, pero los tres llegaron juntos a la entrada del Gran Salón. Entraron y saludaron al pasar a los jefes que holgazaneaban mientras esperaban a Cunobelin.

Un aroma a caldo caliente y grasa de cerdo les recibió cuando penetraron en la oscuridad. Se dirigieron de inmediato al gran caldero negro, que colgaba de unas cadenas de hierro sobre el fuego grande, en el centro de la sala. Se sirvieron el caldo humeante en cuencos de madera y aceptaron cerdo frío y pan del esclavo que se hallaba sentado detrás de las pilas de fuentes que contenían los alimentos. Luego encontraron un rincón, se sentaron y bebieron el caldo con total concentración y los ojos todavía desacostumbrados a la penumbra.

El Gran Salón había sido construido cinco años antes del nacimiento de Caradoc, cuando su padre venció a los trinobantes y se apropió de su territorio tribal, estableciendo su nueva capital y casa de moneda allí, en Camalodunum. El abuelo de Caradoc, Tasciovano, también había conquistado el territorio, pero no lo había retenido por mucho tiempo, y se había replegado discretamente a Verulamio cuando César Augusto llegó presuroso a la Galia. Pero Cunobelin había esperado su oportunidad y aguardado para atacar una vez más a los trinobantes cuando Roma se

lamentaba, desmoralizada, por la pérdida de tres legiones en Germania. Roma había encogido sus hombros imperiales y Cunobelin se había instalado para gobernar una de las agrupaciones de tribus más grandes de la nación. Se autodenominaba rey y, aunque era viejo, sus ambiciones aún le consumían. Caradoc recordaba bien cuando tenía diez años y su padre y su tío habían partido a la guerra.

Y su tío, Eppatico, había llegado a gobernar a los atrebates del norte, y a Verica, el verdadero jefe, no le quedaba más que una franja a lo largo de la costa. Verica había protestado a Roma en numerosas ocasiones, pero Roma tenía mejores cosas que hacer que enviar a buenos hombres a morir en Albion por un jefe insignificante. Además, Cunobelin controlaba el comercio del sur con Roma. Mantenía la ciudad provista de perros, cueros, esclavos, ganado, cereales y, de vez en cuando, metales en bruto (oro y plata) de los territorios de las tribus que comerciaban respetuosamente con él. A cambio, Roma enviaba vino, vajillas y copas de plata, muebles chapados en bronce, objetos de cerámica, marfil y, sobre todo, joyas para los jefes, sus caballos y sus mujeres. El río estaba siempre ajetreado. Los barcos iban y venían, los comerciantes pululaban por todo el territorio catuvelauno, y las noticias llegaban y partían. Cunobelin observaba todo eso en silencio, sin pestañear, como una araña vieja y ladina tejiendo su red de engaño y teniendo éxito a Roma en una mano y a sus oscuras políticas expansionistas en la otra.

Se movía en un sendero estrecho y peligroso y lo sabia. Hacer la guerra era invitar a la intervención romana, puesto que Roma no permitiría que nada interfiriera en su preciado comercio. Pero confiar demasiado en la buena voluntad de Tiberio sería algo tan estúpido como encomendar su vida a las arenas movedizas del estuario pantanoso de su río. Además, gran parte de su poder dependía de mantener felices a los jefes. Los dejaba atacar de vez en cuando para darles algo que hacer y, aunque se habían elevado protestas constantes y formales del césar, era un tributo a la habilidad política de Cunobelin el que ninguna otra objeción concreta se materializara. Estaba satisfecho, por el momento, con tener la tierra que poseía, pero su mirada se desviaba siempre... al nordeste, a las tierras ricas de los icenos, y al oeste, a las colinas de los dobunnos. A los durotriges del sudoeste los dejaba en paz. Era un pueblo guerrero y feroz, del todo intratable. Sólo podía conquistarlos con un asalto a gran escala, lo que provocaría un daño irreparable a sus conexiones comerciales. Vivían

apartados y seguían las costumbres de sus más antiguos antepasados; Cunobelin sabia que tendría que esperar un momento más favorable para guiar a su banda guerrera contra ellos.

Dubnovellauno, jefe de los trinobantes, alimentaba su orgullo herido en Roma y su gente cultivaba la tierra para los catuvelaunos. Cunobelin había construido el Gran Salón en la primera exaltación de su nueva conquista. Era de madera, espacioso y bien ventilado, con un alto techo abovedado y columnas de madera talladas tortuosamente por los artesanos nativos de Trinobantia, que reproducían hojas sinuosas y ondulantes, zarcillos de plantas que se envolvían de manera ensoñadora uno alrededor del otro, y rostros semiocultos de hombres y bestias que escudriñaban el exterior, soñolientos y misteriosos. A Cunobelin y a su familia no les gustaba particularmente el arte nativo. Preferían los rostros honrados y francos, y los diseños de los alfareros y orfebres romanos, dado que a veces, en una solitaria noche de invierno, las obras complejas y calladas de los artistas nativos parecían cobrar vida y moverse con suavidad, hablando de un tiempo en que los catuvelaunos habían sido una mera advertencia sombría y cargada de presagios traída por las brisas nocturnas.

El techo tenía una abertura para que el humo del fuego pudiera escapar y en todas las paredes colgaban escudos y espadas de hierro, jabalinas y lanzas. Del pilar central pendía la cabeza arrugada y marchita de uno de los enemigos caídos de Tasciovano, sujeta por un cuchillo enredado en los cabellos. Nadie recordaba quién era, pero se llevaba a cada batalla y se colgaba en la tienda de Cunobelin siempre que el rey se encontraba fuera de Camalodunum. Caradoc y los demás habían dejado de reparar en ella hacia años, y en ese momento se mecía sobre el grupo: los ojos hundidos observaban las idas y venidas, y los rizos grises se agitaban con la corriente constante de aíre.

—Hoy, nada de caza —dijo Caradoc a sus amigos—. Supongo que querréis ir a ver la matanza.

Cinnamo se limpió la boca con la manga y bajó su tazón.

—Será mejor que vigile —comentó—. Mis hombres libres me han dicho que falta parte de mi ganado y tengo el presentimiento de que hoy Togodumno se estará frotando las manos. Si ha tocado mi ganado de cría será mejor que busque sus armas.

Caelte apoyó la espalda contra la pared.

—Tenemos invitados —susurró—, y aquí llega Cunobelin.

El Salón estaba casi vacio debido a que la mañana avanzaba y ya había comenzado la matanza de otoño en la tierra llana junto al río. Caradoc volvió la cabeza para observar a su padre entrar con grandes pasos en la oscuridad, rodeado de sus jefes. Le acompañaba un hombre bajo y gordo cuyo cabello trenzado colgaba sobre la capa que cubría sus hombros, y una niñita.

Se dirigieron de inmediato al caldero y el mismo Cunobelin les sirvió caldo y pan y buscó con la mirada un lugar donde sentarse. Los jefes se sirvieron con alboroto mientras se peleaban por los trozos de carne que tan apetitosamente flotaban en la sopa marrón. Cunobelin guió a sus huéspedes hacia los tres jóvenes. Estos se pusieron de pie al verle aproximarse y Caradoc intentó adivinar el estado de ánimo de su padre. Se preguntó si ya sabría lo que le había pasado a Bruto.

—Ah, Caradoc —bramó Cunobelin—. Éste es Subidasto, señor y jefe de los icenos, y ésta su hija, Boudicca. —Caradoc asintió al hombre y dirigió una breve sonrisa a la niña. Luego presentó a Cinnamo y a Caelte.

—Señor, éste es Cinnamo, mi escudero y auriga. Y éste es Caelte, mi bardo. Bienvenido a nuestro Salón.

Se apretaron las muñecas y luego se sentaron. Caelte empezó a hablar enseguida con la pequeña Boudicca. Cinnamo se disculpó y salió. Caradoc se volvió hacia Subidasto, percibiendo la mirada calculadora de su padre.

—Habéis venido de lejos, señor —dijo—. Espero que vuestra estancia entre nosotros os depare descanso y paz. —Eran las palabras de bienvenida formal, pero Subidasto rió con aspereza. «Qué grosero —pensó Caradoc—. Sólo trato de repetir las palabras de bienvenida que mi padre debe de haber pronunciado.»

—Eso dependerá de vuestro padre y de nuestras conversaciones —contestó—. Tenemos mucho que discutir.

Caradoc lo estudió con atención. Se había equivocado con respecto a la gordura. Subidasto era enorme, si, pero su gordura no era excesiva ni fláccida. Sus brazos eran musculosos; su boca, firme y obstinada, y poseía los ojos celestes penetrantes de un hombre que pasa todo su tiempo al aire libre escudriñando distancias lejanas. «¿Hay algún problema aquí? —se preguntó Caradoc—. ¿Es por eso que Subidasto ha reclamado la inmunidad del Samain? ¿Qué está tramando mi padre esta vez?» Miró con rapidez a Cunobelin, pero sólo vio alegría en sus ojos hundidos y en su rostro arrugado.

—¡Paz, señor! —exclamó Cunobelin—. Primero debe haber buena bebida y buena comida esta noche y mucha música. Y por supuesto, los ritos de Samain. Más tarde hablaremos. —Se puso de pie—. Pero si ya habéis comido esta mañana, permitidme mostraros Camalodunum.

La boca de Subidasto se tensó con desaprobación, pero también se incorporó y asintió de mala gana.

De repente, Caradoc advirtió los ojos redondos de Boudicca clavados en su rostro y se sintió incómodo.

—Padre —intervino—. ¿Me disculpas? Hoy debo atender a mi rebaño.

Cunobelin le dio permiso para retirarse pero murmuró:

—También está el asunto de mis perros, Caradoc. Bruto tiene una oreja partida y ahora no lo podré vender. ¿Cómo sucedió eso, me pregunto, si los guardias de la perrera tenían órdenes de no perder de vista a los perros? Tendrá que haber un arreglo.

—Estás enterado de todo, padre —respondió Caradoc con una sonrisa —. ¿Has hablado con Tog?

Cunobelin le devolvió la sonrisa.

—Sí, y con Aricia. Los tres me debéis dos terneras. De cría.

—¡Pero, padre! —protestó—. Acepta una res muerta. No puedo darte una ternera viva.

—Si quieres, pelearé por ella —aventuró Cunobelin con indiferencia.

—No, padre, no —gritó riendo—. No deseo más cicatrices, pero una reproductora menos será una pérdida dolorosa.

—Entonces toma a Cinnamo y a Fearachar y sal a hacer incursiones —sugirió Cunobelin—. ¿Cómo supones que me hice rico, Caradoc?

Caradoc lo saludó con pesar y giró sobre sus talones, pero sintió una mano pequeña deslizarse en la de él y retenerle. Bajó la mirada y vio los ojos castaños todavía fijos en él con solemnidad.

—¿Puedo ir contigo? —susurró la niña.

A Caradoc se le cayó el alma a los pies, pero antes de que pudiera negarse, Cunobelin dijo:

—Llévala a la matanza, Caradoc, y entreténla un rato. ¿Tenéis algún reparo, Subidasto? —Subidasto vaciló. Era evidente que se desgarraba entre el deseo, por una parte, de comportarse de la forma más irreverente posible y, por la otra, de no ofender a aquella gente mucho más poderosa. Por fin sacudió la cabeza, de modo que Caradoc dejó el Salón con Boudicca tras él.

Salieron al sol y tomaron el sendero que bajaba directamente a las puertas.

Estaban abiertas de par en par y, más allá, Fearachar aguardaba sentado en el suelo con expresión avinagrada y sosteniendo con flojedad en las manos las riendas del caballo.

—Os he estado esperando largo rato, señor —dijo con tono de desaprobación y le entregó el caballo—. Tengo hambre y frío.

—Entonces ve a calentarte y a comer algo... aunque no creo que te hayamos dejado mucho —replicó Caradoc—. ¿Sabes montar, Boudicca?

El mentón se levantó.

—¡Por supuesto! —exclamó—. Pero no... no caballos como éste, sólo ponis. En nuestra tierra no hay muchos caballos tan grandes como éste —concluyó, sonrojada.

Caradoc la alzó y la depositó sobre el lomo del animal. Luego saltó detrás de ella y tomó las riendas.

—¿Quieres que vayamos rápido? —La niña asintió con entusiasmo y enredó los dedos en las crines. Caradoc espoleó al caballo y bajaron la suave pendiente hacia las praderas.

Una hora después llegaron al llano junto al río, y antes de que rodearan el recodo que revelaría el agua, los pantanos y los sauces altos y desnudos, olieron la matanza..., el nauseabundo olor dulce y húmedo de sangre recién derramada..., oyeron el mugido agudo y aterrado de miles de reses a punto de morir. Al rodear el recodo a medio galope, pudieron observar que todo el suelo desde el bosque hasta el agua se convertía en una tupida masa de personas que se empujaban y codeaban, y de bestias apretujadas. El alboroto era tremendo. En la ladera, Caradoc divisó a Togodumno y, conmocionado de vergüenza y excitación por el recuerdo de la noche anterior, reconoció a Aricia junto a él. Estaban sentados sobre las capas en la hierba y el vapor de sus alientos se mezclaba cuando hablaban. Caradoc detuvo en aquel mismo lugar el caballo y desmontó. Boudicca se deslizó del lomo y permaneció de pie a su lado. En ese instante, Adminio se acercaba subiendo la cuesta.

—¿Dónde has estado, Caradoc? ¡Mi gente te ha buscado por todas partes! —Se detuvo jadeando y con el hermoso rostro acalorado—. Hay problemas allí abajo. Los hombres libres se están peleando. Sholto dice que tú le ofreciste un toro y una ternera de tu ganado de cría, pero Alan lo niega y afirma que no ofreciste nada más que un toro para alimentar a su familia.

Además, Cinnamo está abajo entre su ganado, gritando y maldiciendo porque parece que le faltan doce animales.

Aricia se rió. Tog asintió con solemnidad burlona y Caradoc se puso a lanzar maldiciones.

—Bueno, Adminio, ¿por qué acudes a mí? Eres quien sigue en línea a nuestro padre. Ve y soluciónalo.

—¡Es que a mi también me faltan reses! —rugió—. ¡Tog, estoy harto de entrar furtivamente en tus cercados en plena noche para robar mi propio ganado! ¿Dónde está tu sentido del honor? Justo tú, el que tiene el precio de honor más alto de todos nosotros. ¡Me quejaré a nuestro padre!

—Oh, siéntate, Adminio —dijo Togodumno con pereza—. ¿Cómo no va a haber problemas cuando los hombres libres corren para llegar los primeros con sus reses a la matanza? No es de extrañar que los comerciantes den un paso atrás y se rían de nosotros. Si Cinnamo pasara más tiempo atendiendo a sus animales en vez de cruzar espadas contigo, Caradoc, sabría que este verano murieron algunos de sus animales por enfermedad. Y en cuanto a ti, Adminio, creo que te interpondré un pleito por intentar robar mis reses. Acabas de admitirlo.

El sofoco subió al rostro de Adminio, que se dirigió a su hermano. Se abalanzó sobre él y pronto rodaron ambos por el suelo, peleando y pateando.

Aricia suspiró.

—Será mejor que vayas a ver qué ha pasado, Caradoc.

Cuando él la miró, notó una tirantez en el vientre, pero ella hablaba con tranquilidad y sus ojos no le decían nada. Era como si la noche nunca hubiera existido. Bueno, tal vez no había existido. Quizá no era César el demonio, o Aricia, sino él mismo que había pasado toda la noche de Samain en un acceso de delirio. Aricia apartó la vista y suspiró lanzando una bocanada de aliento vaporoso. La desesperanza que transparentaba su actitud corporal reveló a Caradoc que no había sido un sueño lo de la noche anterior. Estaba demasiado callada, demasiado tranquila.

—Deja a la pequeña aquí conmigo —añadió—. ¿Quién es, de todos modos?

—Boudicca, hija de Subidasto, jefe de los icenos —explicó él con cautela. Tensó la capa a su alrededor. Un grito airado provino de los luchadores y Caradoc reprimió, irritado, su deseo de patearlos a los dos en el trasero.

—Ven, siéntate aquí a mi lado —la invitó Aricia—. ¿Qué piensas de los catuvelaunos?

—Tienen buenos caballos y mucho ganado —respondió Boudicca con presteza—. Pero mi padre dice que sufren una enfermedad.

Caradoc se volvió sorprendido.

—¿De veras? —dijo—. ¿Y qué enfermedad es ésa?

—Se llama la enfermedad romana —replicó ella, y le clavó sus límpidos ojos castaños—. ¿Qué es, lo sabes? ¿Me contagiaré? No quiero enfermar.

Aricia y Caradoc se miraron durante un instante, asombrados, y entonces Aricia rompió a reír.

—No creo, pequeña Boudicca —contestó jadeando—, que ni tu padre ni tú estéis en peligro de ser abatidos por ese terrible mal. Parece que lo contraen únicamente los catuvelaunos.

—Ah. Entonces no quiero quedarme sentada aquí. Volveré a montar el caballo de Caradoc.

«La niña es rápida —pensó Caradoc—. Sabe que nos estamos burlando de su padre.» Se despidió de Aricia inclinando la cabeza y se alejó, divertido y a la vez enojado por la temeridad del viejo Subidasto. ¡Enfermedad romana!

Qué poco conocía a Cunobelin para imaginar que los catuvelaunos eran meros títeres en las garras de hierro de Roma. «Ante todo, somos hombres libres, dueños de nosotros mismos. En eso radica nuestro orgullo.»

Se lanzó dentro de la aglomeración de personas excitadas y vociferantes que se abrió para dejarle entrar, mascullando a su paso. Eran en su mayoría campesinos, pequeños y de cabello oscuro, pero también había muchos hombres libres y ex jefes trinobantes nativos, de cuyos linajes había provenido su madre. Aquí y allá, uno u otro jefe catuvelauno inclinaba la cabeza ante él y cuando logró llegar a la orilla del río tenía cuatro nobles guardándole la espalda.

El hedor allí era abrumador. La sangre formaba charcos en la hierba y fluía en arroyos hacia el agua. Grandes pilas de animales muertos aguardaban a los curtidores para ser desollados, y a los carniceros para ser transportados y desmembrados. Las moscas oscurecían el aire a pesar de que las primeras heladas habían llegado y se habían ido. Alan estaba de pie junto a Cinnamo, con las mangas de la túnica arremangadas y los brazos cubiertos de sangre hasta los codos. Sholto los increpaba a ambos; sacudía

los puños y pateaba el suelo mientras la multitud observaba, esperando los golpes que pronto comenzarían. Caradoc se adelantó.

—Buenos días, Alan. Y buenos días a ti, Sholto. ¿Debo arrastrarte y arrojarte al río? ¿Por qué discutes con uno de mis hombres libres?

Sholto le miró con furia.

—Yo también soy uno de vuestros hombres libres, señor, ¿o habéis olvidado nuestro convenio? ¡Os juré lealtad a cambio de un toro y una ternera reproductores, pero Alan me llama mentiroso!

Caradoc le observó durante un instante con expresión escrutadora y enseguida desvió los ojos. No le gustaba Sholto y ya lamentaba haberse ofrecido a aceptarlo como uno de sus jefes, pero el precio de honor era un asunto espinoso entre Tog y él, y Sholto poseía un clan numeroso y mucho ganado. Era un miserable y un mentiroso, pero sabia pelear, y también sus hombres y sus mujeres.

—No te llamo mentiroso, Sholto, pero afirmo que no oyes muy bien. Alan tiene razón. Te prometí sólo un toro para tu provisión de invierno y una copa de plata para tu esposa. Pero si lo prefieres, puedes tomar una ternera de cría. No me importa. O tal vez desees considerar el ofrecimiento de Togodumno, pero date prisa. Mi ganado espera para ser sacrificado.

Alan sonrió y cruzó sus brazos enrojecidos. Sholto se mordisqueaba el labio y pensaba rápidamente. Togodumno era joven pero tenía muchos hombres en su séquito. Demasiados; y reñían todo el tiempo. Sin embargo, Caradoc sabia mantener el orden entre sus hombres con una sola palabra o una broma. Sabia manejar a la gente y, además, era honrado en sus tratos. Un señor así no podía ser manipulado ni empobrecerse de la noche a la mañana. Sholto habló con malhumor.

—Tomaré la ternera reproductora, señor.

—Una acertada decisión. Bueno, Alan, sigue con lo tuyo. Cinnamo, ¿por qué echas espuma por la boca?

—¡Vuestro hermano ha ido demasiado lejos esta vez! —Cinnamo se acercó y habló en voz baja pero con tono enérgico—. Doce de mis reses más gordas están entre su ganado. Sé cuáles son. El líder de mis hombres libres las conoce. Interpondré un pleito ante vuestro padre esta noche, Caradoc, y seré recompensado por la ligereza que Togodumno parece tener en sus dedos.

—¿Cómo puedes probar tu pérdida?

—¡Toda mi gente prestará juramento por mi!

—Lo mismo hará la de Tog por él. Tiene que haber algo más.

—Lo hay. —Cinnamo sonrió con severidad—. Todas mis reses fueron marcadas esta primavera con un corte en la oreja. ¡Ya veremos cómo se las arregla Togodumno para salir de ésta!

En aquellos instantes, la multitud se estaba dispersando, desilusionada porque no había habido lucha. Los curtidores y carniceros con sus cuchillos y ganchos ya se movían entre las pilas de bestias muertas. Caradoc se volvió hacia la ladera del bosque, pero Aricia, Tog y Adminio se habían ido. Y también Boudicca con su caballo.

—Cinn, ¿por qué no vas a ver a Tog y le dices lo que me has dicho a mi? Luego exige que te dé doce reses de su ganado además de devolverte las tuyas. Eso le dolerá mucho más que la justicia de mi padre. No me gustaría ver que tú y él derramáis sangre por unas pocas vacas.

—¡Unas pocas vacas! —Cinnamo maldijo y escupió al suelo—. Eso está bien para vos, señor, que tenéis un vasto rebaño, pero yo debo contar cada animal al menos dos veces. Una gota de sangre de Togodumno contribuiría mucho a aliviar mi corazón y el de muchos otros también. Hasta sus propios jefes observan con recelo sus métodos ladronescos.

Caradoc sabia que era cierto. Tog tenía dieciséis años y poseía un gran encanto, un don que le sacaba de uno y otro apuro, y hacía que sus jefes se arremolinaran a su alrededor como perros serviles; pero estaba peligrosamente cerca de hacer perder la paciencia a su padre y de malbaratar la admiración que le profesaba su familia. A Cinnamo no le costaría demasiado acabar con él, Caradoc lo sabia. Ese joven que se hallaba de pie frente a él con el entrecejo fruncido por la ira, había sido entrenado desde su nacimiento para ser un guerrero, un luchador frío con reflejos veloces como un rayo, capaz de matar sin piedad. Por eso Caradoc lo había escogido como escudero y auriga; también porque era generoso y de risa fácil; él y Caradoc se apreciaban.

—Haz lo que consideres mejor, Cinn —declaró por fin—. Es una enemistad entre tú y Tog. Pero piensa en las consecuencias para tu familia si Tog decidiera convertirlo en una enemistad sangrienta.

—Jamás lo haría. Si vos le hablarais, señor, me complacería. Decidle que quiero mis reses, y las otras también, y decidle además... —Hizo una pausa; sus ojos verdes sonreían en los de Caradoc con una pizca de humor —. Decidle, además, que si vuelve a entrar en mi cercado ordenaré a mis hombres libres que lo maten.

Inclinó la cabeza y se marchó. Su figura alta se alejó con paso relajado junto al río; el sol resplandecía en su cabello dorado, y Caradoc se volvió y desanduvo el sendero con lentitud hacia las puertas.

A mitad del camino, se encontró con Togodumno. Andaba con una mano apoyada en el costado de su caballo, mientras con la otra rodeaba la pequeña figura instalada a lomos del animal como un gorrión diminuto en un árbol grande. Boudicca le saludó y luego bajó del caballo. Sus ojos centelleaban por el triunfo.

—¡Lo he conducido yo sola! ¡En serio! ¡Hasta lo he hecho trotar!

Acarició el cuello suave del animal y aspiró su olor tibio. El cabello rojo que se había soltado de las trenzas flotaba en una gran aureola alrededor de su rostro. Caradoc contempló los deditos romos moverse sobre el pelo oscuro mientras el caballo permanecía quieto, paciente y con el hocico temblando.

—Qué bien —respondió Caradoc con aíre ausente, y prosiguieron la marcha con lentitud—. Escucha, Tog. Acabo de hablar con Cinnamo. Está muy enfadado contigo por lo de las reses.

Togodumno suspiró con exageración.

—¿Qué reses? Yo no he robado ninguna res. Se deben de haber perdido.

Caradoc se detuvo en el sendero y tomó a su hermano por los hombros.

—Eres un tonto, Tog. Cinnamo es inteligente y peligroso. Piensa. Conoce tus hábitos.

Togodumno se encogió de hombros.

—¿Sabes qué ha hecho? —inquirió Caradoc. Boudicca miraba y escuchaba con interés. Tog meneó la cabeza y sonrió—. Marcó su ganado esta primavera. Todo.

Togodumno silbó.

—Entonces estoy metido en problemas. Supongo que quiere que se lo devuelva.

—Quiere tu sangre, pero aceptará que le devuelvas sus animales, además de doce de los tuyos y la promesa de dejar en paz sus bienes. De lo contrario, te matará.

Retomaron la marcha en silencio, pero cuando ya estaban cerca de las puertas, Togodumno se detuvo.

—Lo haré —dijo—. Cinnamo me cae bien.

—¿Entonces por qué le robas, a él y a todos los demás?

—¡A ti no te robo!

—Un jefe no roba a ningún miembro de su tribu —replicó Caradoc con tono mordaz—. Aunque se esté muriendo de hambre.

Togodumno rió.

—Entonces es un tonto.

OceanofPDF.com

CAPITULO 2

Aquella noche el Gran Salón estaba atestado. Los enormes troncos en el fuego chisporroteaban y crepitaban al caer sobre ellos la grasa de los cerdos puestos a asar. El día del Samain había terminado. Los animales estaban muertos y pronto los salarían. Los hombres sabían que no pasarían necesidad aquel invierno. El ganado reproductor estaba a salvo en los establos, los granos llenaban los grandes silos y depósitos y el clima ya podía ser todo lo recio que quisiera. La aguamiel, la cerveza y el vino romano fluían con libertad, la conversación se desarrollaba en voz alta y con entusiasmo, y Caradoc, Cinnamo y Caelte luchaban con el gentío para alcanzar el lugar que tenían designado. Cunobelin estaba sentado en el suelo sobre pieles, envuelto en su capa amarilla, con la gruesa torques de oro brillando a la luz del fuego y su cabello gris lacio que le colgaba sobre el pecho. A su lado estaban los invitados, Subidasto y la pequeña Boudicca, que conversaba con su padre. A la izquierda de Cunobelin estaba Adminio, arrodillado, con los ojos fijos en los cerdos, y la boca hecha agua. Caradoc y sus seguidores se acuclillaron junto a él. Togodumno ocuparía el lugar siguiente, pero aún no había llegado, y Aricia se sentó junto a Subidasto; aunque había estado en la corte de Cunobelin durante muchos años, todavía se la consideraba una huésped y le estaba asignado un lugar especial y permanente en todos los banquetes.

Caradoc buscó con los ojos a Eurgain y por fin la localizó en otra parte del Salón, con su padre y con Gladys, la hermana de Caradoc. Eurgain sintió su mirada y se volvió para sonreirle. Aquella noche, llevaba puesta una túnica nueva con un diseño en color verde y rojo, ajorcas de plata y una corona delgada de oro en la frente. Su padre era rico, casi tan rico como Cunobelin, su señor, y ella poseía alhajas pequeñas procedentes de todo el mundo.

Gladys lo vio pero no lo demostró. Llevaba una capa negra y su cabello castaño oscuro, recogido en una única trenza larga, bajaba por la espalda y se enroscaba sobre el suelo. Era extraña, pensó Caradoc. Diecinueve años y soltera por elección. Vagaba por los bosques sin temor de los dioses, que la observaban con envidia mientras recogía plantas y pequeños animales, o se dedicaba a juntar trozos irregulares y raros de madera flotante en la playa a la que solía ir con los comerciantes. Y sin embargo, a pesar de su aspecto brusco y poco acogedor, era la confidente elegida por Cunobelin y con frecuencia su consejera desde la muerte de su madre. Quizá su padre

hallaba solaz en la serena sabiduría de su hermana. Gladys había dejado de pertenecer a la Banda Guerrera Real después de una vez en que Tog y los demás atacaron a los coritanos y tres personas murieron, una de ellas un niño. Gladys se enfureció con Tog y, a partir de entonces, no quiso reunirse con ninguno de ellos fuera de Camalodúnum; Caradoc lo lamentaba. Había algo intrigante y dominante en su hermana pero él no lograba penetrar su frío exterior.

El esclavo que giraba el asador hizo una señal a Cunobelin y se produjo un silencio. Todos los ojos se volvieron hacia la carne. Cunobelin se puso de pie con esfuerzo y con el cuchillo en una mano y tras cortar un pernil con un gesto ceremonioso, lo depositó en una fuente de plata y se lo ofreció a Subidasto.

—El mejor corte para nuestros invitados —declaró con voz grave, y Subidasto lo tomó con agradecimiento. Alguien acercó una mesa baja y Cunobelin cortó el resto de los cerdos y cada hombre o mujer recibió un trozo de acuerdo con su posición en la tribu. En el fondo, junto a las puertas abiertas, ya había estallado una pelea acerca de a quién se le había birlado su sitio por derecho aquella noche, pero nadie excepto el protagonista advertía el altercado. Fearachar llevó a Caradoc su carne y el pan, y Cinnamo y Caelte esperaron a que sus criados hicieran lo mismo. El silencio fue creciendo en el Salón a medida que los vientres se llenaban con rapidez.

De pronto, Caradoc dejó de comer. Había divisado un destello blanco cerca de Subidasto. Estiró el cuello mientras Togodumno se sentaba en el suelo a su lado y susurraba:

—¿Lo ves? ¿No es impresionante?

Caradoc tuvo frío y perdió el apetito. Apartó el plato y bebió un sorbo de vino sin desviar nunca los ojos del hombre enjuto y vestido de blanco, de barba gris y mirada penetrante. Estaba sentado inmóvil, sin comer ni beber, y sus ojos se paseaban sobre la concurrencia.

«¡Un druida! ¿Qué estará haciendo aquí ese viejo pájaro de la fatalidad?», se preguntó Caradoc alarmado. Los druidas odiaban a los romanos con un fanatismo inmutable y hacía mucho que no se veía a uno de ellos dentro de la esfera de influencia de Cunobelin. Este debía de haber venido con Subidasto. Qué extraño. Ningún druida podía ser asesinado en ningún sitio y un viajero sólo necesitaba gozar de su compañía para estar a salvo.

Caradoc notó la incomodidad de su padre. Cunobelin hablaba muy rápido y con los ojos fijos en el anciano, y los pocos comerciantes romanos que siempre se las ingeniaban para infiltrarse en cada banquete susurraban con excitación. Pero la figura majestuosa hacía tranquilamente caso omiso de ellos y mantenía sus manos entrelazadas con flojedad sobre el regazo y una pequeña sonrisa en los labios. «Debieron servirle primero, por supuesto, antes que a Subidasto —pensó Caradoc . ¡Qué mal educados pensará que somos!» Acercó su plato y comenzó a picotear la comida, sintiendo la presencia de la magia druídica como un humo secreto. La persona del druida era sagrada, incluso para los catuvelaunos.

Unos minutos después, Cunobelin se limpió la boca grasienta en la capa y aplaudió. Se hizo silencio. El fuego chisporroteaba alegre y fuera, donde era noche cerrada, un chubasco súbito golpeó el techo del Gran Salón y estalló en un viento creciente. Los criados corrieron a cerrar las puertas, la gente se acomodó mejor en el suelo y Cathbad, el bardo de Cunobelin, se puso de pie con un arpa en la mano.

—¿Qué deseáis oir esta noche, señor? —preguntó, y Cunobelin, mirando de soslayo el rostro ensombrecido de Subidasto, pidió la canción de la derrota de Dubnovellauno y de su propia entrada triunfal en Camalodúnum.

Cathbad sonrió. Había cantado la canción muchas veces, pero Cunobelin nunca se cansaba de oir sobre su hazaña o la de su antepasado, Cassivellauno, que había peleado contra el gran Julio César y lo había hecho retroceder al mar no una vez, sino dos. Era una canción tan conocida que muchos se unieron a él; pronto el Gran Salón se llenó con las voces guturales, y los presentes entrelazaron sus brazos para mecerse de un lado a otro, cautivados por la fascinación de proezas heroicas y muertes valerosas.

Pero el druida permanecía quieto, con la cabeza inclinada y la mirada clavada en sus rodillas cubiertas de blanco. Caradoc se preguntó si los sacrificios le habrían pasado inadvertidos, pero luego pensó que probablemente no. Los romanos no alentaban el sacrificio humano y los ritos de esa tarde ofrecidos a Dagda y a Camulos sólo habían incluido la matanza de tres toros blancos. Hacía diez años que no se ofrecía una víctima humana a las flechas sagradas, y a Dagda parecía no molestarle.

La canción concluyó y las jarras de vino pasaron de mano en mano con presteza. «¿Qué más necesita un hombre? —se preguntó Caradoc con satisfacción—. Una canción para oir, una jarra de vino para beber, un

enemigo honorable para combatir y, por supuesto, una mujer para amar.» Miró a Aricia, pero ella, al igual que los demás, observaba al druida, con la boca entreabierta y los ojos entornados.

Togodumno se puso en pie de un salto y gritó:

—¡Ahora, oigamos sobre nuestra primera incursión! ¡De Caradoc y mía! Veinte reses nos robamos. ¡Qué día!

Caradoc le estiró del brazo para que se volviera a sentar.

—¡No! —exclamó—. Quiero oir El barco.

—No, no —objetaron varias voces—. ¡Canta una canción alegre!

Pero Cathbad ya había comenzado la melancólica tonada. La cabeza de Aricia se volvió de pronto y Caradoc la miró a los ojos deliberadamente, permitiendo que la canción dulce y quejumbrosa desacelerara su corazón. Durante un momento, ella le miró pero, en la penumbra, Caradoc no podía descifrar su expresión y cuando apartó la vista, sintió los ojos de Eurgain en él, inquisitivos y desconcertados. Cathbad alcanzó la última nota aguda y la dejó vibrar en la oscuridad del techo abovedado. Caradoc fue el único que aplaudió y Cathbad se inclinó hacia él. Aricia se levantó con brusquedad y se apresuró a dejar el recinto.

—Bien —dijo el bardo mientras sus dedos pulsaban las cuerdas con indolencia—. ¿Canto una canción nueva? ¿Una que acabo de componer? —Cunobelin asintió—. Se llama Canción de Togodumno Dedos Ligeros y las doce reses perdidas.

Togodumno se incorporó con un rugido de furia mientras las risas estallaban a su alrededor.

—¡Cathbad, te prohibo que cantes esa canción! ¡Has estado hablando con Cinnamo! —Cunobelin le indicó que se sentara y llamó a Cathbad. Intercambiaron susurros y luego el bardo se enderezó.

—No puedo cantar la canción —explicó con pesar—. Mi señor real se llena de aprensión cuando canto alabanzas de Togodumno y del ganado.

Comenzó a cantar una canción festiva y estridente para ahogar las imprecaciones que farfullaba Togodumno y todos se le unieron mientras la lluvia caía con persistencia. Cuando terminó, Cunobelin se puso de pie y Cathbad se retiró a su sitio junto a la pared.

—Es la hora del Consejo —anunció—. Jefes y hombres libres, prestad atención. Todos los demás, retiraos. —Nadie se movió, excepto unos cuantos esclavos y comerciantes que salieron a la noche. Los jefes eran los únicos que siempre tenían algo que decir, pero a todos los hombres libres se

les permitía oir cómo se resolvían los asuntos de la tribu y en ese momento se acercaron al fuego. Caradoc vio que el druida se levantaba. Se aproximó, tomó asiento junto a Subidasto y le murmuró algo. Subidasto asintió. Boudicca estaba dormida, acurrucada en la capa de su padre—. Nuestro invitado puede ahora exponer su asunto —añadió Cunobelin y fue a sentarse junto a Caradoc—. Habrá problemas —le susurró—. Y se dirán cosas duras. No le caemos bien a este Subidasto.

Togodumno se inclinó y preguntó en voz baja:

—¿No tiene que hablar el druida primero?

Cunobelin meneó la cabeza.

—No hablará.

Subidasto estaba de pie, con las piernas separadas y una mano en la empuñadura de su espada. Estudió con lentitud a los hombres allí congregados, se aclaró la garganta y comenzó.

—¿Alguno de vosotros niega mi inmunidad? —Nadie habló—. ¿Alguno de vosotros niega la inmunidad del druida? —De nuevo silencio—. Bien —Subidasto movió la cabeza—. Veo que conserváis una apariencia de dignidad tribal. —Se apresuró a continuar sin hacer caso de los murmullos que recorrían la sala—. Estoy aquí para protestar contra los repetidos e innecesarios asaltos perpetrados por los catuvelaunos en territorio iceno. Mi gente ha perdido sus manadas y rebaños, sus esclavos, e incluso sus vidas. —Extendió un brazo grueso como el tronco de un árbol joven—. ¿Por qué? Porque, como siempre, vuestro rey prefiere olvidar cuáles son los limites de sus tierras. Atropella los derechos territoriales de otros así como los míos. ¿Dónde está Dubnovellauno? ¿Dónde está Verica? Los hijos de Cunobelin son rapaces y crueles, y ni siquiera la edad puede contener la codicia de su padre. Siempre mira más allá de su pueblo, buscando nuevas conquistas y yo sé... —sacudió un puño hacia Cunobelin—, sé que su verdadero amo en Roma es quien le impide declararnos la guerra a mi y a los míos. —Cunobelin se puso rígido, pero no respondió. Ya le llegaría su turno—. Exijo que me dejen en paz —gritó Subidasto—. Exijo un acuerdo, exijo rehenes que respalden ese acuerdo y deseo una restitución completa y apropiada de todo lo que le ha sido robado a mi pueblo por vosotros, ¡lobos de la Galia! —Permaneció de pie unos minutos más, pensando, luego esbozó una sonrisa torcida, hizo un gesto a Cunobelin y se sentó.

Cunobelin se acercó al fuego, se volvió y se cruzó de brazos. Parecía estar meditando, con la cabeza gacha.

«Habla de una vez, viejo zorro pico de oro —pensó Caradoc—. Pon al iceno con firmeza en su sitio.»

Cunobelin alzó la cabeza y estudió al Consejo con una pregunta en los ojos, luego levantó los brazos de manera conmovedora.

—¿Quién soy? —preguntó, y sus jefes respondieron:

—¡Cunobelin, rey!

—¿Soy un romano?

—¡No!

—¿Soy un lobo de la Galia?

—¡No!

—¡Sí! —susurró Togodumno al oído de Caradoc, y el druida se volvió de pronto en la dirección de ellos como si lo hubiera oído. Cunobelin hablaba para todos, pero sus palabras se dirigían a Subidasto.

—Venís de lejos, jefe iceno, con rumores insensatos en los oídos y mentiras en los labios. Por supuesto que hacemos incursiones. ¿Quién no las hace? ¿Acaso vuestros jefes se dedican a cuidar de los niños? Nosotros atacamos a los coritanos y los coritanos nos atacan a nosotros. Nosotros atacamos a los dobunnos y los dobunnos nos atacan a nosotros. Todos perdemos animales y hombres, pero ésa es la suerte del juego. Somos guerreros. No aramos la tierra. Peleamos. Levantaos y jurad que vos y vuestros jefes no habéis tomado vidas y ganado catuvelaunos. No os oí protestar cuando entré en Camalodúnum con mis carros y mis hombres, aplastando a los trinobantes y haciendo huir a Dubnovellauno a la costa. Y yo también he oído rumores, Subidasto. ¿Acaso los icenos no estáis empujando a los coritanos hacia el oeste y derrotándoles? ¿No es eso cierto? —Subidasto musitó algo—. Estableceremos un acuerdo, si así lo deseáis. —Subidasto levantó la cabeza con sobresalto, pero Caradoc sonrió para sus adentros. Sabia lo que su padre diría y sabia la respuesta indignada de Subidasto—. Dejaré de atacaros y vos dejaréis de atacarnos, y para sellar el trato intercambiaremos rehenes. Os daré uno de mis hijos. ¿A quién ofreceréis? —Una sonrisa lenta y expectante se extendió por su rostro. Subidasto tragó con ruido y su mano se alargó para apoyarse en el cabello fogoso de Boudicca.

—Sólo tengo a mi bija —susurró—, ¡y lo sabéis muy bien, Cunobelin!

Cunobelin chasqueó la lengua con complacencia.

—Pero amigo mío, es necesario sacrificar algo doloroso para sellar un trato tan solemne. La pequeña Boudicca estaría bastante a salvo aquí.

Aprendería las formas refinadas de vida. Asimilaría la cultura de una tribu rica y variada.

La inferencia era obvia y Subidasto se sonrojó mucho.

—Soy tan rico como vos, lobo de la Galia, y en cuanto a cultura, prefiero la forma de vida icena a este... ¡este barato revoltijo romano!

Cunobelin no contestó. Se limitó a permanecer de pie sonriendo y con los ojos casi ocultos por la carne arrugada de su rostro. Podría haber sacado a relucir que habían pasado seis generaciones completas desde que sus antepasados trajeran el fuego y la espada de la Galia a Albion. Podría haber bramado que no era sirviente de ningún hombre, menos aún de Tiberio en Roma, pero no lo hizo.

Se inclinó en una reverencia hacia los presentes.

—¿El Consejo ha terminado? —gritó y todos respondieron:

—¡Sí!

—Entonces, a la cama. Confio, Subidasto, en que nuestras pobres chozas romanas sean confortables y de vuestro agrado.

«Oh padre, tranquilo —pensó Caradoc—. No tientes al hombre a desenvainar su espada, porque tendrás que matarle.» Pero Togodumno estiró el cuello hacia delante con ansiedad y se desilusionó cuando Subidasto se levantó sin decir una palabra, recogió en sus brazos el bulto tibio que era la niña y se marchó del Salón con paso majestuoso. Nadie más se movió y Caradoc vio que el druida ya se había ido. Se puso de pie, se desperezó y bostezó.

—Tog, mañana supervisa la carga de los perros —dijo—. Es lo menos que puedes hacer por tu insensatez.

—¡Pero estoy muy ocupado! —se quejó Togodumno—. Aricia, Adminio y yo...

—Puedes hacerlo —sentenció Caradoc hablando por encima del hombro mientras abandonaba el Salón. Permaneció un instante en el umbral y tragó grandes bocanadas del aire húmedo y pesado que se abatió sobre él. Lo bajó a los pulmones con alivio, cerró los ojos y alzó el rostro de manera que la lluvia le lavara la cara con sus dedos fríos y limpios. Cinammo pasó junto a él, le deseó buenas noches con cortesía y Caelte se detuvo a su lado.

—¿Deseáis mi música esta noche, señor? —preguntó, pero Caradoc rechazó la propuesta. Estaba cansado pero satisfecho con el día. Tal vez debiera ir a hablar con Aricia para averiguar qué opinaba del misterioso druida.

De repente, abrió los ojos consternado, apretó los labios con severidad para controlar sus sentimientos y enfiló el sendero que llevaba a su puerta. Esta noche no, Aricia. ¡Por Dagda, que no!

La luz del fuego y de las lámparas se colaba por debajo de la puerta de pieles; Fearachar se encontraba fuera, acurrucado con desaliento en su capa corta mientras la lluvia goteaba de su larga nariz.

—Os he estado esperando... —comenzó con tono ofendido y Caradoc le interrumpió enseguida.

—¡Lo sé! —Esa noche no tenía ganas de oir las quejas de su sirviente —. Desaparece durante un buen rato. Vete, Fearachar. Esta noche no tengo paciencia.

—Señor, os he estado esperando para deciros que tenéis una visita —concluyó Fearachar, malhumorado pero satisfecho—. Como veo que no deseáis tratar conmigo esta noche, me abstendré de revelaros su identidad. —Aspiró por la nariz una vez y estornudó dos veces—. Me estoy resfriando. —Hizo una reverencia mecánica y se alejó con rapidez y encorvado.

Caradoc se quedó inmóvil, con el corazón acelerado. ¡Aricia! Empujó las pieles y entró corriendo en su habitación. Pero no era Aricia.

El druida estaba sentado en la silla romana chapada en bronce, con sus largas piernas estiradas y las manos, como antes, en el regazo. La luz del fuego le rodeaba con un halo y proyectaba su perfil huesudo en la pared, lo amplificaba y le daba vida. Caradoc tuvo la sensación de que aquel hombre había crecido hasta volverse grotesco. Se detuvo con temor y confundido, pero el druida no volvió la cabeza.

—Adelante, Caradoc, hijo de Cunobelin —dijo. Su voz era joven y fuerte.

Caradoc dio tres pasos y observó abiertamente la cara de su visitante.

El filósofo-sacerdote no era viejo. Tal vez le doblara la edad; además, la barba que antes le había parecido gris era, de hecho, de color oro pálido.

«¿Qué digo? —pensó aterrado—. ¿Qué hago? ¿Ha venido a hechizarme?»

El hombre emitió una risa suave.

—¿Por qué temes, guerrero catuvelauno? Acércate y toma asiento.

Caradoc se tranquilizó y caminó hacia el otro lado del fuego. Se sentó en un taburete y se inclinó hacia delante para estudiar las profundidades anaranjadas de las llamas. Se sentía curiosamente tímido y no podía mirar

ese rostro delgado. El druida se levantó con lentitud y empujó las manos dentro de los pliegues de sus profundas mangas.

—Discúlpame por haber entrado sin invitación y por sobresaltarte, Caradoc —dijo por fin, después de un escrutinio largo y reflexivo de aquel joven que se hallaba frente a él. Asintió para si, puesto que lo que veía parecía satisfacerle. El rostro del muchacho era ancho y de huesos proporcionados; la nariz también ancha, pero bien formada. La barbilla era cuadrada y hendida, como la del padre y los dos hermanos, un signo de orgullo y gran testarudez. Pero mientras que los ojos del joven Togodumno no estaban nunca quietos, jamás inmóviles durante mucho tiempo por la meditación o la observación, esos ojos castaños, incluso en ese momento en que se levantaban para encontrarse con los de él, eran firmes y agudamente perceptivos, llenos de una sabiduría que quizás el joven no sabia que poseía. El cabello oscuro caía suavemente ondulado desde una frente ancha y las manos... El druida se estremeció. Las manos le revelaban todo lo que los ojos no podían. Eran manos de palmas grandes pero no carnosas, los dedos largos pero romos en las puntas, las manos de un hombre que podía combinar la prudencia con la acción impetuosa. Bien. Había allí otra diminuta fruta de posibilidad, todavía agria y verde, pero que debía ser vigilada con cuidado. Se inclinó hacia Caradoc y extendió un brazo—. Soy Bran —se presentó.

De alguna manera, con renuencia, Caradoc se sorprendió tomando la muñeca del hombre en un gesto de amistad. La encontró nervuda y tibia; y su temor pareció fluir de él al hombre mayor y disiparse en algún lugar en las profundidades de la blanca túnica de lana.

Bran se reclinó con una sonrisa.

—¿Qué queréis de mi? —inquirió Caradoc.

—Deseaba conocerte —respondió Bran, levantando un hombro—, y creo que si me hubiera sentado junto a ti en el Salón esta noche te habrías levantado y habrías huido. ¿Tengo razón?

Caradoc se sonrojó por la ira.

—Los catuvelaunos no huyen de nada ni de nadie —declaró con fervor —. Pero confesaré que sentí una cierta incomodidad cuando os vi allí.

—¿Por qué?

—Porque los druidas ya no se ven por estos parajes. Los comerciantes... —se interrumpió.

—Si, lo sé. Los comerciantes, como buenos y leales hijos de Roma, nos echaron. —Su voz agradable no guardaba una pizca de amargura—. Y entonces los hijos de Cunobelin olvidan que los druidas existen para hechizar y hacer magia. —Estaba contento, los ojos le titilaban y Caradoc se sintió como un campesino torpe—. Pero todavía somos útiles, Caradoc. ¿Qué habría hecho tu padre si Subidasto y su hija no hubieran venido protegidos por mi inmunidad?

—Mi padre habría conservado a Boudicca y tal vez asesinado a su padre. Y luego habría hecho la guerra a los icenos.

—Y lo habría llamado defensa propia, como hizo cuando Tiberio le preguntó por qué marchaba contra Dubnovellauno. Oh, perdón, su hospitalidad es irreprochable. Habría agasajado a Subidasto y preguntado por la salud de toda su tribu y, en el largo viaje de regreso, Subidasto habría tenido un accidente y Boudicca se habría establecido aquí y habría sido feliz.

Los ojos de Caradoc volvieron a mirar el fuego y no respondió. Cualquier jefe habría hecho lo mismo. ¿Por qué, entonces, aquel Bran le hacia sentirse tan mal?

—Tal vez no seas consciente, Caradoc, de lo mucho que tu padre es odiado y temido fuera de su territorio. Yo viajo todo el tiempo, llevo noticias y mensajes, y sé lo que dicen otros jefes.

Caradoc alzó la vista con brusquedad.

—A él no le importa y a mi tampoco. ¿Por qué habría de importarnos? ¿Existe algún rey más grande que Cunobelin?

—Está Tiberio —le recordó Bran cortésmente.

—No entiendo —replicó Caradoc con sequedad y Bran liberó las manos de la túnica y las juntó, frotando una palma pequeña contra la otra. Los ojos de Caradoc se posaron en ellas, manos crueles y eficientes como las garras de un halcón.

—Creo que deberías empezar a preocuparte —sugirió el druida con suavidad—. Vosotros, los miembros de la Casa Catuvelauna, estáis rodeados de enemigos, pero no sois capaces de ver más allá de vuestros mezquinos sueños de conquista y engrandecimiento. ¿De verdad crees que Julio César fue repelido por Cassivellauno? Yo te digo que lo que le derrotó fue el clima, el clima y las mareas oceánicas. Y Roma no olvida. Tú y tu padre vivís en el mundo imaginario de los tontos.

Caradoc comenzó a temblar. No podía evitarlo. No eran las palabras de Bran sino el tono de su voz lo que rozaba cicatrices ya olvidadas y viejas, más viejas que él mismo.

—¿Sois un vidente, señor? —gritó.

Bran echó la cabeza hacia atrás y rió.

—No, Caradoc, no, yo no. Soy de una orden diferente. Leo las estrellas, pero no para predecir el futuro, sólo para descubrir los secretos ocultos del universo. Huelo el viento de las palabras de los hombres para así adivinar el rumbo de las tribus y las lentas mareas de la historia. No me temas. Sin embargo, Caradoc, soy más sabio que tú y que tu anciano y taimado padre. Cuenta tus días de alegre ignorancia. No durarán.

Caradoc se levantó.

—¡Ahora os conozco por lo que sois! —exclamó con vacilación—. ¡Por supuesto! Es como dicen los comerciantes. Vos y vuestros compañeros vagáis por todas partes inculcando en la gente el odio contra Roma porque sufristeis bajo la autoridad romana. Y siempre encontráis un oído dispuesto y aviváis el miedo de los hombres a la esclavitud. —Caminó hacia la puerta de pieles y las sostuvo apartadas con una mano de nudillos blancos—. Por favor, marchaos. Mañana los hombres comenzarán a preguntarse qué estaba haciendo el mago en la choza del hijo de Cunobelin. ¡No quiero que eso pase, ni tampoco seguir oyendo vuestra conversación demente!

Bran se incorporó y caminó hacia él en silencio. Sonreía vagamente, en absoluto ofendido, y al marcharse, apoyó una mano ligera en el hombro de Caradoc.

—Recuérdame y recuerda mis palabras sediciosas —precisó—. Cuando llegue la hora en que te veas acosado, mis hermanos y yo te estaremos esperando. Quizá nos volvamos a encontrar, lo quieras o no.

Se fue rápidamente y Caradoc dejó caer las pieles, conteniendo su aliento tembloroso. Tenía frío. Se acercó al fuego y se acuclilló. Dejó que el calor golpeara su rostro; luego, corrió de nuevo hacia la puerta y llamó a Fearachar. Al cabo de un momento, el criado llegó, con los ojos hinchados y semidormido. Caradoc le ordenó que buscara a Caelte. Habría música y risas. ¿Seria aquel hombre un vidente después de todo? Se encogió de hombros, pero el movimiento de su espalda ancha no disipó la carga sombría de duda e inquietud que se había asentado a su alrededor. Sentía como si hubieran despellejado su carne tibia y dejado que los huesos se sacudieran en un viento frío y extraño. Caelte tocó y cantó para él, le contó

chistes y, al final, le regañó con vehemencia, pero Caradoc volvió el rostro a la pared y no respondió.

Por la mañana, él y Cinnamo fueron juntos al taller del guarnicionero, donde el carro de Caradoc estaba siendo reparado. Al pasar por las perreras, oyeron los gritos de Togodumno y las maldiciones de los guardias. Unos pocos comerciantes que rondaban cerca de la puerta, pizarras en mano, aguardaban con impaciencia a que se restaurara el orden antes de que los perros fueran llevados a las barcazas y de allí al estuario del río donde abordarían los barcos con destino a Gesiorácum y Roma. Caradoc no se detuvo. «Deja que Tog se las arregle y tal vez aprenda una lección», pensó.

El guarnicionero estaba sentado fuera de su taller, rodeado de sus leznas, cuchillos y tiras de cuero. En un bol, a sus pies, una pila de tachones de coral rojo oscuro, engarzados en bronce, esperaban ser colocados en los arneses propiedad de algún jefe.

—Buenos días, señor —dijo, y permaneció sentado mientras Caradoc se acercaba—. Habéis venido por vuestro carro, supongo. —Señaló hacia la puerta—. Entrad y echad un vistazo. Os costará una moneda de plata.

—Págale —ordenó Caradoc a Cinnamo. Bajó la cabeza y entró en el mortecino interior. Su carro yacía de lado, y donde el tocón del árbol oculto había desgarrado el mimbre en jirones con sus dientes mellados, el guarnicionero había tejido un lado nuevo. Caradoc cogió el carro con firmeza y lo puso derecho. Ello no le demandó mucho esfuerzo y examinó el trabajo con atención, pinchando y tirando hasta que estuvo satisfecho. Luego salió de nuevo—. El trabajo es bueno —reconoció—. ¿Para quién son los tachones de coral?

—Para la señora Gladys. Ha ordenado unos arneses nuevos para su caballo, botas de cuero, también tachonadas, y un cinto con realces de plata para su espada.

—Ah. Qué hermosos son! —Se acuclilló y hundió las manos en el bol de coral. Sintió la suavidad fría de los tachones y luego se incorporó—. Cinnamo, hoy sacaré el carro. Ata los caballos, ¿quieres? Nos encontraremos al otro lado de las puertas.

Volvió sobre sus pasos y advirtió que las perreras estaban silenciosas y que Tog y los perros se habían ido. De camino a su choza se topó con Gladys. Iba vestida de verde; la mañana gris velaba sus ojos negros y llevaba el cabello oculto en la capucha de la capa.

—¿Adónde vas? —le preguntó, y se detuvo para hablar con ella.

Gladys señaló hacia el río.

—Voy al mar, con los comerciantes. Me consume el deseo de contemplar las rocas, la arena y las rompientes saladas.

—Vi tus cueros nuevos y el coral. Son muy bonitos. ¿Dónde los has conseguido?

—Fue un regalo. También recibí un puñado de perlas. —Cambió de tema con brusquedad y él adivinó que algún pretendiente ocasional estaba probando suerte otra vez—. He oído decir que anoche tuviste una visita, Caradoc.

¿Estaba sonriendo?

—Supongo que toda la aldea ya sabe que el druida fue a verme —respondió enojado—. Pero no pude evitarlo, Gladys. Estaba allí cuando llegué.

—¿Qué te dijo?

—¿Por qué tendría que haberme dicho algo? Nada más que tonterías, me impacienté y le eché. Eso fue todo.

Gladys prosiguió su camino.

—Ten cuidado, hermano mío —sugirió amablemente—. Los druidas son veneno.

Antes de que pudiera contestar, ella ya se había marchado. Caradoc se dirigió a su choza, colocó la pesada espada de hierro en la delicada vaina de bronce fraguado, increpó a Fearachar y salió de nuevo, en dirección a las puertas. El día era húmedo y frío. La niebla pendía sobre las laderas bajas de Camalodúnum y el cielo estaba cargado de nubes grises. Pero no sentía frío bajo la larga capa de lana brillante y sólo sus oídos y las puntas de los dedos le hormigueaban mientras corría a encontrarse con Cinnamo.

Dos ponis peludos y robustos estaban atados al carro. No eran particularmente rápidos, pero sí de fiar, eran de esa raza de caballos que la gente de Albion había criado muchos años atrás, antes de que los antepasados de Caradoc trajeran consigo los caballos grandes al huir de la Galia. Los niños aprendían a montar en ellos, puesto que eran dóciles y afables. En aquel momento, los dos permanecían quietos, con los hocicos juntos y las orejas crispadas por el sonido de las pisadas cercanas.

Cinnamo le entregó las riendas.

—¿Os acompaño, señor? —preguntó, pero Caradoc sacudió la cabeza, subió entre las dos grandes ruedas con bordes de hierro y separó los pies. Ya se sentía complacido y tranquilo. Cinnamo se marchó y Caradoc agitó las

riendas. Mientras los caballos trotaban por el sendero ancho, la capa y el cabello de Caradoc ondeaban al viento frío.

Al aproximarse a la pendiente escarpada, se apeó y guió los caballos hacia abajo y luego a través del foso. Después se subió de nuevo y les gritó, rodando más y más velozmente hacia el río y desviándose al este bajo los árboles. La niebla le envolvía y formaba gotas en sus brazos; su cabello colgaba resplandeciente en los pliegues de la túnica escarlata. Sabia que una vez superada la siguiente curva se abría un trecho de camino recto, parejo y musgoso, con robles impresionantes que formaban un pasillo. Gradualmente, se sumió en una concentración tensa, enrolló las riendas en la barra frontal del pequeño carro y mantuvo el equilibrio con los brazos estirados. El paso de los caballos nunca varió. Sin dejar de silbar y de chasquear la lengua, levantó un pie y lo apoyó en la lanza mientras observaba el camino que se desplegaba ante él. Con infinito cuidado, tanteó el lugar de apoyo, se alzó, y sintió la protesta de sus músculos desentrenados. Estaba de pie, ligeramente apoyado en la lanza, y los caballos seguían su carrera estrepitosa. Dio un paso adelante, avanzó hasta los lomos anchos de los animales, regresó y volvió de nuevo, exaltado por la perfección de su cuerpo y su habilidad instintiva.

Luego saltó a la plataforma de mimbre y tomó las riendas otra vez. El camino se estrechaba, comenzaba a retorcerse, y las ramas azotaban su rostro. Se agachó, tiró de las riendas y dio la vuelta, preparado para repetir la hazaña; pero de pronto oyó ruido de cascos en la hierba y esperó de pie mientras los ponis exhalaban vapor y jadeaban.

Era una mujer a caballo. Aricia, con el cabello peinado en tres trenzas, la túnica corta de un hombre y las piernas enfundadas en un calzón masculino. La capa le colgaba casi hasta el suelo. La neblina se abrió para dejarla pasar y cuando vio a Caradoc, apresuró al caballo y trotó hasta él, guardando el cuchillo que había desenvainado.

—¡Caradoc! Te han arreglado el carro. —En contraste con el intenso azul de la capa, su piel era de color marfil pálido, pero había manchas oscuras bajo los ojos—. Qué bien. Fui al muelle con Tog. Tu padre se niega a aceptar más vino por los perros. Quiere dinero, y los romanos están ocupados regateando con él. Creo que la presencia del druida anoche los alteró y hoy miran a Cunobelin con cierto recelo.

Hablaba demasiado rápido, evitando los ojos de él, y su nerviosismo se transmitía al caballo, que arrastraba las patas y se movía excitado y con las

orejas aplastadas contra la cabeza oscura.

—¿Qué estás haciendo aquí fuera? —preguntó él.

Aricia le mostró la bolsita que colgaba de su pecho.

—Estoy buscando avellanas y tal vez lo último de las zarzas.

—Eso es trabajo de criados.

—Lo sé. ¡Pero desde hoy, valoraré cada momento que pase en tus bosques y praderas, lobo catuvelauno!

Se sonrieron y Caradoc se bajó, tomó las riendas de Aricia y las suyas y las enrolló en la rama más cercana.

—¿Te ayudo?

—Si quieres... Con esta niebla, nadie podrá ver al poderoso Caradoc recogiendo avellanas y, además, he cambiado de opinión en lo que respecta a querer estar sola. —Se estremeció un poco—. No me di cuenta de la densidad de la niebla. Al menos el viento no nos encontrará aquí.

Dejaron la senda y echaron a andar hacia los árboles. Pronto tuvieron los calzones empapados por las gotitas de rocio que derramaban en abundancia los culantrillos. La alfombra mojada de hojas de manzanos y musgo verde, húmedo y desagradable, amortiguaba sus pisadas. No lejos del sendero encontraron un bosquecillo de avellanas; los arbustos tenían ramitas rígidas y frágiles y sus pies aplastaron las avellanas ya caídas en el suelo. Durante un momento, se pusieron a recogerlas, complacidos con el silencio profundo del bosque y la mutua compañía. Cada movimiento que hacían resonaba cien veces más en la quietud pesada. Caradoc rompía las avellanas con sus dientes jóvenes y fuertes para masticar el fruto de sabor penetrante, mientras los dedos de Aricia se movían con gran rapidez entre los arbustos.

—¿Has visto a Boudicca esta mañana? —inquirió él.

—Subidasto y ella partieron en algún momento de la noche —respondió Aricia sin volverse y con los brazos levantados para llegar a los racimos más altos—. Fue muy grosero de su parte irse sin la copa de la despedida.

—¿El... el druida se fue con ellos?

Aricia bajó los brazos y le sonrió astutamente.

—Por supuesto. ¡Cuánto se nota que estás preocupado! Todo el mundo habla de tu visitante nocturno.

Caradoc gruñó.

—No lo hagas tú también. Sin palabras, por favor. No sé por qué me escogió a mí para sus estúpidas divagaciones, y tampoco me importa.

¿Seguimos caminando y buscamos algunas moras?

Levantó la bolsita repleta de avellanas y continuaron paseando sin temor a perderse. Caradoc había crecido en aquellos bosques..., pertenecían a su familia..., y en las horas de luz natural había explorado cada centímetro de ellos; conocía las madrigueras y cuevas de cada topo, tejón, zorro o conejo. Dejaron atrás el roble grande, tan idóneo para trepar, y el pequeño claro con el circulo de hongos que siempre había sido lugar «seguro» para los perseguidos cuando él y Tog solían cazarse el uno al otro. Se abrieron paso por los tupidos matorrales de arbustos de zarzas rastreras, cuyos troncos arqueados con espinas crueles les desgarraban la ropa y lastimaban las manos.

—En la bolsa no caben las moras —precisó Aricia—. Será mejor que nos las comamos. Quedan muy pocas. La mayoría se han podrido.

Recogieron con cuidado los frutos vellosos y purpúreos, saborearon su dulzura y pronto tuvieron los dedos y los labios manchados con el jugo oscuro. La niebla era muy espesa en aquel lugar, blanca y húmeda, y las telarañas que festoneaban los lúgubres troncos caían con el peso de miles de gotas relucientes y en forma de pera. Pero no hacía frío. El lugar era silencioso, secreto y privado, un mundo quieto dentro de otro mundo.

Un poco después, Caradoc alzó la cabeza.

—¡Escucha! —murmuró, y ella se detuvo con una mora a medio camino de la boca. En el silencio, podía oírse el constante fluir del agua—. Ha brotado un manantial nuevo por aquí cerca —añadió—. ¡Ven! — Siguieron el sonido y al cabo de un momento encontraron un claro, no abierto al cielo, pero despejado en el suelo. La hierba allí era alta y húmeda, y las agujas de pino yacían oscuras a los pies de los árboles circundantes. En el centro, un manantial de agua burbujeaba y se escurría por dos pequeños canales ya abiertos en la esponjosa turba.

Aricia se arrodilló y hurgó en su faja.

—Una nueva diosa ha venido a vivir aquí —declaró con temor reverente—. Apresúrate, Caradoc, ¿tienes algo de dinero?

—No, pero tengo mi anillo. —Se lo quitó del pulgar de mala gana y juntos se acercaron al manantial. Depositaron la moneda de bronce de Arícia y el anillo de oro de Caradoc en el agua pura y helada; durante un instante no se movieron, hipnotizados por el silencioso tintineo del agua que salía a borbotones.

Pronto Aricia se reclinó sobre los talones con un suspiro.

—Un sitio hermoso y sagrado. Pero creo que debemos irnos. Alguien podría robar nuestros caballos.

Caradoc la tomó del codo y la ayudó a incorporarse. Y entonces descubrió que no podía soltarla. Allí, entre esa humedad muda y de colores apagados, Aricia era una cosa viviente y brillante. Su aliento era una nube tibia, su piel olía a perfume; y allí nadie los podría ver, nadie lo sabría. Nadie más vería renacer en él la vergüenza. Le tomó el otro brazo y la volvió con rudeza; bajó la cabeza y halló los labios, fríos, resistentes, con sabor a jugo de moras. Por un momento, ella se relajó contra él, después se tensó y apartó la cabeza. Caradoc dejó caer los brazos, sint¡éndose tonto.

—Hijo de un perro —dijo Aricia con fiereza—. ¿Te casarás conmigo?

—No.

—¿No me amas?

—Aricia.

—No importa —susurró, y su aliento silbó en la cara de él—. Lo que sientes por mí es algo más fuerte, ¿no es cierto, Caradoc? Jamás te librarás de mí. No pienses que puedes hacerme a un lado, porque estoy muy dentro de ti. —Le puso una mano en el vientre y Caradoc se sobresaltó como si se hubiera quemado—. Allí, en un lugar donde tu mente no tiene poder. Si no te casas conmigo, nunca tendrás paz.

—Te equivocas —replicó enfurecido y con su irreflexivo orgullo herido —. Ya estoy harto de ti, Aricia. No tienes nada más que darme y lamento que hayamos comenzado esto. Has dejado de ser una diversión placentera.

—¡Mentiroso! —Le abofeteó en el rostro con la palma de la mano y después con el dorso, una, dos veces, luego giró sobre sus talones y se precipitó a ciegas a través de la maleza. El corrió y la alcanzó, sin importarle las ramas y espinas que se le enredaron en el rostro y le arrancaron sangre de la frente.

—¡Aricia, escúchame! ¡Dile a tu padre que no te irás! ¡Dile...!

Pero ella gritó por encima del hombro:

—¡Tal vez deba irme! ¡Quizás he estado aquí demasiado tiempo y Subidasto tenga razón! ¿Dónde está tu honor, lobezno? ¿Qué enfermedad devastadora consume a los poderosos catuvelaunos?

Cuando llegó a donde estaba su caballo, lo montó, soltó de un tirón violento las riendas del árbol y fustigó al animal como una enloquecida. Éste se lanzó por el sendero con un galope asustado, mientras el barro salía volando de sus cascos. Caradoc la siguió lentamente, exasperado y a la vez

desanimado. La bolsa había quedado atrás, de modo que tuvo una cierta visión de sí mismo, hecho añicos entre la alta hierba donde la diosa se cepillaba su cabello húmedo y jugaba con su anillo de oro.

Cuando regresó a la aldea, encontró las cuadras alborotadas. Una multitud de hombres libres se apiñaban alrededor del circulo abierto donde los caballos eran paseados por la mañana temprano. Caradoc oyó gritos indignados incluso antes de que entregara las riendas al criado de las cuadras y tratara de abrirse paso. Allí estaba Cinnamo, con una sonrisa tétrica en el rostro y la espada desenvainada en la mano. Togodumno estaba dejando caer su capa y atándose el cabello.

—¿Qué ha pasado? —le gritó a Cinnamo mientras Togodumno desenfundaba su espada.

—Señor, vuestro hermano me ha acusado de haber soltado esta noche todo su ganado de cría y de haberlo llevado lejos. —Cinnamo se volvió para contestar, con un placer puro y malicioso en sus serenos ojos verdes—. Ha juntado unas cincuenta reses, pero al parecer, treinta están todavía vagando en los bosques. Por qué me culpa, no lo sé. —Los ojos retaban a Caradoc a intervenir, pero no revelaban culpa. Cinnamo se había pensado mejor su acuerdo y se había decidido por su propia revancha. No tenía nada que reprocharse—. Venid, señorito —lo desafió y bajó la espada describiendo un arco grande—. Enseñadme la lección que me prometisteis, puesto que necesito tal instrucción.

Togodumno dio un paso hacia él, mostrando los dientes, y Caradoc retrocedió. No podía hacer nada. Era demasiado tarde, las palabras ya no servirían de nada. «Pero no lo mates, Cinnamo, amigo —rogó para si—, o me veré forzado a matarte para impedir una enemistad sangrienta entre familias.» Cinnamo lo sabia, pero su ira había ardido lenta y largamente, y todos los presentes veían la muerte de Togodumno en sus ojos. Caradoc se volvió y envió a un criado en busca de Cunobelin y, acto seguido, se sentó con las piernas cruzadas sobre el suelo húmedo. La multitud lo imitó y los dos hombres jóvenes dieron vueltas en circulo probando sus defensas. Con un grito, Togodumno se abalanzó sobre Cinnamo y le dirigió un vigoroso golpe a las piernas, pero Cinnamo saltó y la hoja cortó el aire. Antes de que Togodumno tuviera tiempo de recobrar el equilibrio, Cinnamo trazó un gran arco que se curvaba justo hacia el cuello de su adversario, pero Togodumno resbaló en la tierra húmeda y la hoja no hizo más que desgarrar su túnica desde el hombro. Cinnamo esperó a que se incorporara, sin decir nada, sin

mofarse, y Togodumno empuñó la espada con ambas manos y la levantó. Cinnamo permanecio quieto, observando, aguardando, sabiendo dónde caeria el próximo golpe. Los hombros le temblaban de expectación. Y entonces, la espada de Togodumno bajó con toda la fuerza de su peso. Cinnamo se movió con la velocidad del rayo y hubo un ruido discordante y crujiente mientras las hojas se rozaban. De repente, Togodumno quedó tendido de espaldas y con la espada fuera de su alcance. Cinnamo se dispuso para el golpe mortal.

Caradoc se levantó de un salto, desenvainó su espada y gritó con severidad. Pero su padre lo apartó de un empujón.

—Suficiente, Cinnamo —dijo en voz baja—. Deja que el muchacho se ponga de pie. —Cinnamo no se movió. Él y Togodumno se miraban impasibles, jadeando un poco, todavía trabados en combate con los ojos—. Cinnamo —repitió Cunobelin—, si lo matas, morirás. Lo sabes bien. Si vas a luchar contra él, espera a que crezca, pero ahora deja que se levante. No quiero perder ni a un hijo ni a uno de mis mejores guerreros por esta tontería.

Cinnamo parpadeó y bajó el brazo que sostenía la espada. Pateó con desprecio la espada de Togodumno que se hallaba cerca de él y se marchó, soltándose el cabello mientras avanzaba. Caradoc descubrió que le dolía el brazo con que sostenía la espada tras el esfuerzo realizado para conseguir la capitulación de Cinnamo.

Tog empezó a sonreír.

—¡Me salvé por poco! —exclamó y se puso de pie—. Gracias, padre. Ahora, dile a Cinnamo que regrese y me devuelva todo mi ganado.

Caradoc gruñó. Cunobelin dio dos pasos largos y de un puñetazo derribó a su hijo.

—¡Date prisa y crece, Togodumno —gritó—, antes de que tu precio de honor no supere el precio de tu espada! —Flexionó los dedos, gruñó y se marchó.

Caradoc sabia cuánto le había costado ese golpe a su padre, puesto que nadie podía hablar mal de Tog sin sentir la furia de Cunobelin. Se oyó un murmullo de aprobación y los jefes de Togodumno fueron a donde él estaba y le ayudaron a levantarse. Le devolvieron la espada y lo calmaron con palabras suaves. Pero Togodumno se los quitó de encima y se alejó con paso airoso. Los jirones de su túnica desgarrada le daban un aspecto ridículo.

Alguien tiró con suavidad del brazo de Caradoc y le obligó a volverse.

Era Eurgain, vestida de amarillo y azul, con el cabello rubio oscuro partido en el centro y colgando hacia atrás.

—Qué horrible —comentó con una arruga de preocupación entre sus cejas largas y finas—. Cin lo habría matado si Cunobelin no hubiera venido.

—Por supuesto que si. Y muchos lo habrían llamado un acontecimiento feliz.

—¡Caradoc!

—Bueno, es cierto. Tog es querido por todos pero también odiado. Y muchos están cansados de querer y perdonar a un mentiroso y tramposo, por más encantador que sea. —Miró a su alrededor y luego bajó la voz—. Eurgain, debo hablar contigo. ¿Adónde podemos ir?

Ella titubeó y le escudriñó el rostro con rapidez, consciente de un cambio casi indefinible en él, una nueva seriedad, una especie de tensión.

—Ven a mi choza. Si quieres podemos romper el ayuno con paloma fría.

Caminaron juntos y en silencio colina arriba, siguiendo el sendero que los llevó detrás del Gran Salón hasta el extremo del enorme montículo de tierra donde Eurgain tenía una casa con una ventana. En invierno, la ventana enfriaba mucho su habitación, dado que estaba cubierta de pieles que dejaban entrar el viento por más firmes que estuvieran clavadas, pero a ella no le importaba. Le gustaba sentarse con los brazos cruzados sobre el alféizar durante horas seguidas, mirando hacia el oeste, sobre el bosque, en dirección a las suaves colinas y, más allá, el horizonte borroso. Ella y Gladys eran muy amigas; de hecho, la Banda Guerrera Real se había ido disolviendo gradualmente en grupos más pequeños, a medida que sus miembros maduraban... Aricia era distinta de todos ellos, pero pasaba gran parte de su tiempo con Caradoc o con Togodumno; Gladys y Eurgain eran cada día más compañeras, y Adminio, el mayor, se alejaba de todos ellos. La mujer y la muchacha compartían el amor por los lugares rústicos y solitarios, una afinidad por la soledad y los oasis de quietud. A Gladys le encantaba el mar. Iba allí con frecuencia y permanecía días enteros fuera de su casa. Llevaba comida, una espada y su capa más tupida; dormía sola en alguna cueva oscura en la playa. Sostenía una comunicación mística, que no era nada fácil ni segura, con el océano y jamás divulgaba lo que aprendía. Los anhelos de Eurgain moraban en las colinas, en los espacios abiertos y desnudos de su tierra, donde el viento la azotaba y hacia ondear la hierba

crecida, y los sarapitos y chorlitos volaban sobre su cabeza. Solía tenderse en las cimas de las colinas con los brazos estirados y los ojos cerrados, sintiendo bajo ella el pulso lento de la tierra y el ritmo majestuoso y eterno de la roca silenciosa. Si llovía, mucho mejor. La lluvia la cercaba, la arropaba en sus sueños y, al igual que Gladys, nadie conocía sus pensamientos.

Caradoc y ella atravesaron la puerta de pieles. El fuego ardía y la luz era muy tenue. Caradoc encendió una lámpara y Eurgain fue hacia la ventana; dejó caer las pieles con una disculpa.

—Pensé que hoy podría nevar y le pedí a Annis que sacara los clavos para poder despertar y ver el mundo —explicó—. Pero todo lo que hay es un cielo gris y creo que este calor traerá lluvia. —Hablaba en voz baja, como buscando su asentimiento.

Caradoc miró a su alrededor. Allí nunca cambiaba nada. Entrar en la habitación de Eurgain era como entrar en un lugar donde uno podía esperar con perfecta calma una vislumbre de eternidad. Sus cortinas de Palmira eran suaves, de colores opacos, muy lujosas. Sus alhajas siempre estaban en el mismo lugar, apiladas en una mesa junto a la cama. Había un único asiento, un triclinio romano. Abundaban las lámparas, todas intrincadas y hermosamente fundidas y lustradas. Algunas estaban junto a la cama, otras colgaban en cadenas delgadas del techo de paja, otras se erguían sobre la gran mesa donde ella guardaba sus cristales, mapas de estrellas y papeles pues Eurgain sabia leer latín. No bien ni con fluidez, pero por supuesto mejor que Caradoc, y aunque no se lo había dicho, se pasó una hora con el druida estudiando los mapas de estrellas y lamentaba que se hubiera ido tan pronto. Era peligroso hacer eso, lo sabia; sin embargo, además de la fortuna de su padre, había heredado una indiferencia arrogante hacia la opinión pública.

Además, nadie había visto a Bran entrar y salir excepto Tallia, su sirvienta.

—Enciende las otras lámparas —pidió, y se sentó en el borde de la cama, todavía desconcertada por el aire de distracción de él.

La tarde avanzaba y la luz ya estaba desapareciendo, pero mientras Caradoc se movía por la habitación, el agradable y callado resplandor se incrementó y él sintió que sus músculos y su mente se relajaban.

—Bien —añadió Eurgain cuando él hubo terminado—. Siéntate y cuéntame lo que quieras.

Caradoc obedeció.

«¿Qué quiero?», se preguntó. La quietud y la paz de la estancia eran tales, que todas sus confusiones se desvanecieron y pudo ver sus problemas con claridad. «Quiero terminar con Aricia. Quiero que me hagas sentir puro de nuevo, Eurgain. Quiero una posición nueva en la tribu. Quiero raíces entre mi clan, nuevas anclas contra mi desazón, pero sobre todo, si, sobre todo, querida Eurgain, ¡quiero deshacerme de Aricia!»

Carraspeó.

—Eurgain, hemos estado prometidos el uno al otro durante largo tiempo y ya es hora de que me case. ¿Estás de acuerdo?

Ella no se movió. No se sonrojó, ni parpadeó ni suspiró. Se limitó a quedarse sentada mirándole, con la luz de la lámpara reflejándose en su cabello y dibujando sombras en su túnica. Pero lentamente, una tristeza profunda, una pena, atravesó su rostro. Y él lo notó.

—Caradoc —contestó con tranquilidad—. Algo anda mal, lo sé. ¿Por qué vienes a mi ahora, en este extraño momento, y hablas de tu propuesta como si tuvieras un demonio a tus espaldas? ¿Acaso nuestros padres no nos han prometido? No había necesidad de esto.

—Quiero que nos casemos ya, Eurgain. Somos mayores y estoy cansado de llevar una vida sin sentido.

—¿Sin sentido? ¿Cómo puedes decir eso, tú, un guerrero con un precio de honor envidiable, buena salud y cien jefes bajo tu mando? —Mentía, ella lo sabía, y un cuchillo se hendía en su corazón—. Se trata de Aricia, ¿verdad?

El rumor se ha propagado por toda la aldea.

Caradoc se sobresaltó, luego se puso de pie y comenzó a pasear con agitación.

—Tendría que haber sabido que no podría ocultarte mi estupidez. Tienes razón. Se trata de Aricia.

—¿Estás enamorado de ella? ¿Quieres que sea tu esposa?

—¡No! —La palabra explotó dentro del cuarto con una intensidad que reveló a Eurgain todo lo que tenía que oír—. Está preocupada porque sabe que su padre mandará a buscarla pronto y entonces tendrá que dejarnos. Está tratando de hacer valer un derecho sobre mi, Eurgain.

—¡No digas más! —La cólera encendía sus palabras—. ¡Yo también tengo un derecho sobre ti, Caradoc, pero jamás soñaría con abusar de un acuerdo de la infancia!

Él se puso en pie y se pasó una mano pensativa por el pelo.

—Lo sé, lo sé. ¿Me perdonarías igual, Eurgain? —aventuró con dificultad—. Soy un campesino débil, lo admito. ¿Me aceptarás de todos modos? —De pronto sintió como si el rumbo de toda su vida dependiera de la respuesta de ella, la condenación o el perdón, la esclavitud o la libertad. Y en la angustia de la espera, observó los grandes ojos azules, la nariz pequeña y la boca grande y melancólica. Por fin, ella suspiró.

—Te aceptaré, Caradoc —concedió, pero su voz era apagada y cansada —. He esperado suficiente. Crees conocerme, pero no es así. —Se incorporó y se acercó a él. Caradoc tomó sus manos frías—. Soy una mujer de espada e hija de una mujer de espada. Nunca me insultes subestimándome, querido.

La abrazó en silencio. No encontraba las palabras para decirle que la amaba, porque desde hacía años sus vidas habían estado entrelazadas y tenían un vínculo que no se podría romper con facilidad. Dijera lo que dijera en ese momento, ella no le creería. «Aricia», pensó, pero el dolor ya estaba mitigado. Aricia. Acunó a Eurgain suavemente en sus brazos.

Ella se apartó despacio. El cabello se le enredó en el tosco bordado de la túnica de él.

—¿Comerás ahora? —preguntó, como si no acabara de sufrir un desgarramiento, como si las fantasías dulces de sus quince años no hubieran sido convertidas en polvo y sopladas en su cara de manera punzante. Nunca antes se había controlado con esa determinación de hierro y sentía el pecho dolorido y los ojos irritados. «Una mujer de espada no se desmorona —se dijo—. No demuestra temor.»

—Creo que debo ir a hablar con mi padre —respondió él. Sabía que no podía comer—. Y después tengo que ir a ver a Sholto.

—Ten cuidado con ese hombre, Caradoc —le advirtió—. Mi padre dice que tiene un precio de honor alto, pero ningún honor.

—Si, lo sé. Pero engrosa mis filas. —Se inclinó, la besó en la mejilla y se marchó.

Cunobelin estaba en el Gran Salón conversando con sus jefes cuando Caradoc y Fearachar entraron precipitadamente en la penumbra y fueron a unírseles. El gran fuego se había extinguido y las cenizas yacían diseminadas en el suelo. Las lámparas ardían en lo alto de las columnas, pero sus espléndidos círculos de luz tenue apenas servían para oscurecer las sombras en derredor. Caradoc oyó que los jefes prorrumpían en carcajadas

estridentes y los observó dispersarse antes de ir hacia Cunobelin, el cual se volvió con una sonrisa.

—Y bien, Caradoc, éste ha sido un día desafortunado para mí. Primero, esos comerciantes sucios no quisieron darme dinero en lugar de vino por culpa de ese maldito druida. Y después mi hijo casi logra que mi jefe favorito le mate. ¿Qué malas noticias me traes tú ahora?

—Mi jefe, padre. Cinnamo está en mi séquito —le recordó y se sentaron juntos, cruzando las piernas, en el suelo—. Trae vino, amigo mio —pidió a Fearachar, que revoloteaba en el fondo—. Y luego ve a ocuparte de tus asuntos. —Fearachar fue hasta el fondo del Salón, extrajo vino de una de las tinajas recién llegadas, lo llevó y les sirvió a ambos.

—Del cargamento de hoy —precisó—. Seguro que es una mala cosecha. No se puede dar la espalda a esos romanos estafadores —añadió y se marchó.

—Por la noche eterna de la tribu —dijo Cunobelin y alzó la copa. Bebieron juntos y derramaron las heces en el suelo en honor de Dagda, Camulos y la diosa de la tribu, que envejecía a la vez que Cunobelin. Éste se lamió los labios, se cruzó de brazos y se reclinó contra la pared.

Caradoc oyó a los esclavos detrás de él comenzar a preparar otro fuego, parloteando mientras lo armaban entre las cenizas.

—¿En qué piensas? —le preguntó Cunobelin.

—Quiero casarme, padre. Quiero desposar a Eurgain lo antes posible.

Cunobelin le escrutó atentamente con sus ojitos de cerdo.

—Es bastante razonable. ¿Y qué opina Eurgain? ¿Está preparada?

—Está de acuerdo.

—Hummm. ¿Y qué me dices de Aricia?

Caradoc mantuvo los ojos fijos en el suelo, entre las rodillas. Qué astuto era su padre.

—No estoy seguro de a qué te refieres.

—¡Por supuesto que lo estás! No eres el primer hombre que se ve atrapado entre dos pasiones. ¿Amas a Eurgain?

—Si.

—Caradoc, si deseas casarte con Aricia, me sentiré complacido. El padre de Eurgain y yo podemos encontrar una solución. Tal vez debas pagarle algunas reses y una o dos chucherías, pero ella lo entendería.

—Sé que lo haría, ¡pero no quiero casarme con Aricia!

Cunobelin le miró intrigado.

—¿Por qué no? Yo querría, si fuera más joven.

—Porque no quiero ir a Brigantia.

—Esa no es la verdadera razón y lo sabes muy bien, pero supongo que es aceptable. Los jefes de Brigantia son hombres feroces, Caradoc, y duros. Saben pelear. Por supuesto, no acogerían con agrado a un gobernante extranjero. Pero piensa... —continuó con cierto tono malicioso—. Piensa en lo que significaría para nosotros. Brigantia regida por un guerrero catuvelauno. —Sus miradas se encontraron y rompieron a reír—. ¿Sabes una cosa, Caradoc? —prosiguió en voz baja y muy cerca del rostro de su hijo—. Una vez consideré la posibilidad de hacerle la guerra al padre de Aricia, de tomar su cabeza. Brigantia es muy grande; toda nuestra gente y los trinobantes juntos cabrían dos veces en ella. ¿Lo sabias? Aricia es heredera de un gran reino, desordenado e indigente, pero que no obstante tiene algunos de los mejores guerreros. Pero decidí que no valía la pena el esfuerzo. Los coritanos se interponen entre nosotros y Brigantia, y habría que haberlos oprimido primero. En cierta forma, no creí que a Augusto ni a Tiberio les gustara demasiado eso. —Las llamas del fuego nuevo danzaban a través de su cara arrugada—. No —aseveró y se reclinó otra vez—. Aricia ha sido una rehén admirable. Brigantia no se ha metido en asuntos que no le concerniesen, como yo sabía que lo haría, y yo tampoco. No seas demasiado duro al juzgarla, hijo mio. No será fácil para ella dejar su vida placentera aquí y regresar a su casa para intentar controlar a una horda de hombres salvajes y rudos.

La estancia de Aricia entre los catuvelaunos había tenido dos propósitos. Su padre la había enviado para que asimilara una forma de vida digna de la hija del jefe de una tribu. Mucha nobleza joven había pasado por Camalodúnum, donde el poder y el lujo eran muy superiores. Era la costumbre pero, últimamente, Cunobelin había empezado a preguntarse si tal vez en el caso de Aricia no había sido un error. Su espíritu de voluntarismo infantil que había ganado la aprobación de él, había crecido con ella, y a medida que Aricia maduraba, se iba convirtiendo en un egoísmo obstinado. La comodidad del lujo a su alrededor la tentaba con facilidad y, por supuesto, al consentirla de una manera extravagante, él había contribuido a hacerle creer que tenía derecho a todo placer, bueno o malo. También había sido enviada como rehén, en los días de negociación entre Cunobelin y su padre.

Uno de los hijos de Cunobelin había ido a Brigantia a cambio, pero la distancia entre las dos tribus y la permanente amenaza de intervención romana habían hecho desistir a Cunobelin de una de sus tantas ambiciones tortuosas. Su hijo había muerto en Brigantia y Aricia se había convertido en su predilecta.

—Caradoc —dijo—, cásate con las dos y retén a Aricia aquí. Entonces su padre nos hará la guerra, Tiberio me defenderá como la parte inocente y así... ¡tendremos una base firme en Brigantia!

Caradoc sonrió con desagrado.

—¿Y los coritanos?

Cunobelin bostezó, se rascó la cabeza y sonrió despacio mientras miraba los ojos castaños de su hijo.

—He estado pensando en ellos estos últimos días. Si, lo he hecho. ¿Sabes qué poseen, Caradoc? ¡Sal! Un montón de deliciosa sal. Creo que un par de ataques por el sur no estarían mal. Y después quizás una pequeña guerra, si Tiberio no pone objeciones a los ataques. Tal vez hasta los apruebe. ¡Sal para comerciar!

—Padre —interrumpió Caradoc con delicadeza, sintiendo las arenas movedizas detrás de sus palabras—. ¿Hasta qué punto estás atado a Tiberio? —No podía preguntar lo que quería... «¿Es Tiberio el rey de los catuvelaunos?»

Cunobelin fijó la vista más allá de él durante un largo rato, respirando ligeramente. El ruido metálico de las cacerolas y el eco de las voces de los esclavos que comenzaban a preparar la cena flotaban hacia ellos. El Salón estaba más lleno que antes. La gente rondaba junto al fuego para intercambiar las novedades del día, y la lluvia que se había desatado tamborileaba en las paredes de madera con un ritmo monótono.

Por fin, Cunobelin reaccionó.

—Toda mi vida he caminado sobre un puente estrecho —susurró—. En un lado está el foso de mis sueños, lleno de batallas y conquistas, un reino para los catuvelaunos extendido en una longitud uniforme desde las tierras salvajes del norte, hasta las minas rústicas de la península occidental, donde todos los hombres libres usan mis monedas, crían ganado y recogen las cosechas para mí y mi tribu. ¡Imagínatelo! Yo me lo imagino constantemente, pero ahora mis días están llegando a su fin. La diosa y yo nos arrugamos y debilitamos juntos, y los jefes susurran sobre mi muerte ritual y sobre la diosa que se volverá joven y fuerte de nuevo. ¡Pero no

serán para mí el caldero de Bel, donde se ahogan los hombres, ni el fuego de Taran! —Sus ojos brillaban y los labios se retiraron de aquellos dientes amarillentos—. ¡Todavía no! —Se hundió un poco—. Al otro lado del puente está la garganta abierta de Roma, sus tentáculos imperiales que tratan de asirme como los cuerpos fríos de miles de víboras, pero yo camino libre y solo, entre los dos, puesto que soy Cunobelin, rey, y ni Roma ni mis descoloridos sueños me atraparán. ¿Qué harías tú, hijo mío? —inquirió con suavidad.

Roma había intentado establecer una base firme en Albion y había fracasado. Los comerciantes llegaban a montones a las tierras bajas porque los catuvelaunos se lo permitían y Caradoc pensó para sí que en efecto, su padre estaba cada día más viejo, más blando y lleno de temores infundados.

—Yo, marcharía contra los icenos, padre, luego contra los coritanos, y después contra Verica, concentrado junto al océano, y contra los durotriges y los dobunnos, o lo que queda de ellos, y no me detendría hasta que mi nombre fuera temido de una punta a otra de la tierra.

Cunobelin observó el hermoso rostro y los ojos resplandecientes de su hijo, y una ola tibia de orgullo paternal le sobrecogió.

—¡Claro que lo harías! Y Tog también. Pero Adminio... Ah, ahí es donde reside el problema, mi hijo mayor. Adminio iría a Roma y vería la ciudad de sus sueños. Hablaría con el emperador y regresaría con mil togas y miles y miles de ideas nuevas. Bien, Caradoc, los jefes tendrán que tomar la decisión final. No será nada fácil para ellos. ¡Tres hijos! —Empezó a reír y se levantó mientras el aroma a cerdo hervido y a carne de vacuno asada los envolvía.

Caradoc se incorporó también y su padre le dio una palmada en la espalda—. Anunciaré tu boda al Consejo —añadió—. No habrá objeciones... al menos no entre los jefes. Pobre Arícia.

Estas últimas palabras hirieron a Caradoc.

—¡Si te da tanta pena, cásate tú con ella! —replicó. Se ciñó la capa con malhumor airado y abandonó el Salón.

OceanofPDF.com

CAPITULO 3

En la primavera, cuando los delicados copos de nieve blancos y las celidonias alfombraban las praderas y los bosques eran un derroche de hojas verdes nuevas y gorjeos embriagados, una embajada llegó de Brigantia para llevarse a Aricia. El invierno había sido benigno, con días de viento y lluvia, cielos grises y neblinas amenazadoras y persistentes, pero pocas heladas. La primavera había adelantado su llegada. La boda de Caradoc y Eurgain había sido anunciada al Consejo y ninguna voz se había alzado para plantear una objeción.

De hecho, todos se habían emborrachado y cantado sin cesar y Aricia se había retraído en sí misma con orgullo. Caradoc había esperado que la nueva relación con Eurgain mitigaría la vieja debilidad ardiente y abrasadora de su deseo por Aricia, pero descubrió con verguenza y consternación que ésta se había intensificado. Aricia le evitaba, y él no veía de ella más que la sombra de su capa ocultándose tras una esquina en la niebla, o su figura, cubierta, deslizándose fuera del Gran Salón. Sus días estaban llenos de la tensión creada por esa ausencia intencional y sus ensueños giraban en torno de ella con facilidad. Sabía muy bien que Aricia no era mujer para él y, azorado, se esforzaba por liberarse, pero los inconscientes ríos del deseo seguían fluyendo en su interior, en un lugar que no podía alcanzar, tal como ella había dicho. Eurgain observaba sus lastimosos intentos de liberación con un dolor grande y omnipresente. Le amaba, siempre le había amado, y estaba dispuesta a hacer a un lado su orgullo para casarse con él, a pesar de que por las noches, cuando se emborrachaba, el nombre de Aricia brotaba enseguida de sus labios. Aricia se iría y Eurgain esperaba con paciencia sombría.

Togodumno había pasado los meses de invierno lamiéndose las heridas. La pelea con Cinnamo no le había afectado, pero sí la reacción de su padre; sus jefes le habían advertido, con cortesía pero con contundencia, que aunque estaban bajo su mando no eran sus campesinos y podían cambiar su lealtad si así lo decidían. Togodumno pensó con frialdad en su precio de honor y llegó a la conclusión de que era lo bastante alto. No robó más ganado de los miembros de la tribu, pero él, Caradoc y Adminio atacaron dos veces el territorio coritano antes de que los brotes castaños y pegajosos se abrieran en los árboles. Los coritanos, ultrajados e indignados, comenzaron a levantar enormes terraplenes a centímetros de la frontera. Cunobelin estaba satisfecho.

—Es un comienzo —declaró—. Debemos movernos despacio.

Luego empezó la parición y la siembra, y los ánimos de los hombres se elevaron y desplegaron como la ancha alfombra de campánulas extendida en el suelo por la mano pródiga del dios de los bosques.

Un día templado en que el río corría tibio y verde y el sol rizaba su superficie, seis hombres detuvieron sus caballos fuera de las primeras puertas.

Sus túnicas estaban sucias y arrugadas. Iban adornados con broches y brazaletes de diseños extraños y retorcidos, y sus torques de bronce estaban casi ocultas bajo barbas enmarañadas que daban a los rostros oscuros un aspecto salvaje y descuidado. Las capas que colgaban de los lomos de los caballos eran de color escarlata, ribeteadas con borlas azules, y cada hombre llevaba un escudo de bronce colgado del hombro. Sus ojos ardían bajo frentes altas y bronceadas, miraban atentamente el río y, más allá de los árboles, las puertas y la sombra fresca de la pared de tierra externa, buscando con inquietud.

El más alto se adelantó para saludar al guardia de las puertas, que se había acercado de prisa con la espada desenvainada.

—Buenos días, catuvelauno —dijo. Su voz era profunda pero áspera por la fatiga—. Guarda tu espada, venimos en son de paz. Busca a tu señor. Dile que Venutio, jefe de Brigantia, está aquí. Luego tráenos comida y cerveza, puesto que estamos cansados y sedientos.

El guardia dirigió al grupo una mirada rápida y desaprobadora y les indicó que entraran en la oscuridad de su pequeña caseta de vigilancia. Los hombres le siguieron con lentitud, doloridos y rígidos por los largos días de viaje; se dejaron caer al suelo con desasosiego y cruzaron las piernas. El guardia depositó frente a ellos comida, pan y aguamiel oscura y fuerte, y los dejó de mala gana para enviar a un criado a cabalgar los nueve kilómetros y medio hasta Camalodúnum. Después, él mismo fue a atender los caballos.

Se les acercó con precaución; eran animales salvajes, vivarachos y asustadizos, adornados con los bronces más extravagantes, repletos de rostros contraídos de dioses extraños que le miraban de reojo. Maldijo en voz baja y los caballos retrocedieron, arrastrando los arneses y con las orejas pegadas a las cabezas. Entonces uno de los hombres dio una orden desde la sombra de la caseta y los animales se quedaron quietos de inmediato. El guardia los condujo a las cuadras y llamó a su criado para que le ayudara mientras aquellos hombres bebían la aguamiel en silencio y con

ojos todavía vigilantes. Comenzaron a comer cuando el guardia regresó. Engulleron la comida sin excusarse, después apoyaron las espaldas en la pared, con las piernas estiradas, y mantuvieron las manos en las empuñaduras de las espadas; siempre sin hablar. Al cabo de un rato, cuando parecían dormidos, el guardia intentó ponerse de pie para salir, pero seis pares de ojos le traspasaron sin pestañear, enfocados en él con ruda hostilidad, y se sentó de nuevo, tratando de calcular cuánto tardaría en llegar un mensaje para poder deshacerse de esas visitas no gratas.

Por fin, después de dos horas de silencio, se oyó el sonido de cascos seguido del retintín de arneses y voces de hombres. Venutio y sus brigantes se pusieron alerta y se incorporaron sin hacer ruido. Abandonaron la penumbra mal ventilada de la caseta del guardia y salieron parpadeando al sol; el guardia se tomó una jarra de cerveza con inmenso alivio. Caradoc y Cinnamo habían desmontado, pero su escolta permanecía sentada en los lomos anchos de los caballos, con las manos deslizándose furtivamente en los puños de las espadas que llevaban escondidas bajo los pliegues de las capas.

Caradoc y Cinnamo avanzaron y saludaron.

—Bienvenidos a Camalodúnum, jefes de Brigantia —dijo Caradoc y los miró con sincero interés—. Que vuestra estancia aquí os depare descanso y paz. —Aunque Caradoc era alto, Venutio le sacaba una cabeza y Caradoc se sorprendió al sentir su muñeca apretada como en una prensa. Se resistió ligeramente, por orgullo, y Venutio esbozó una leve sonrisa; sus dientes blancos aparecieron entre la maraña de barba roja.

—Agradezco vuestra bienvenida —respondió, y se soltaron las manos —. Soy Venutio, mano derecha de mi señor. Y éstos son hombres de mi clan.

Caradoc los saludó a todos con afabilidad, consciente del poder latente en ellos, una corriente subterránea tosca, casi salvaje, de fuerza bruta y pura astucia animal. Sabía que Cinnamo estaba observando los diseños extraños y repelentes en los escudos y broches, con la misma mirada fascinada.

—Soy Caradoc, hijo de Cunobelin —se presentó finalmente y se volvió. Los caballos de los brigantes eran guiados desde la puerta de las cuadras—. Mi padre os aguarda con impaciencia e incluso ahora están matando un ternero en vuestro honor.

De ese modo se cumplieron las formalidades de la bienvenida y los jefes catuvelaunos que todavía permanecían montados se relajaron; las

manos que se aferraban a las espadas volvieron a las monturas. Caradoc, Cinnamo, Venutio y sus hombres subieron a sus caballos y el grupo avanzó por el sendero serpenteante que ascendía en dirección a la aldea. Poco después, Camalodúnum apareció como una mancha de humo negro, como una vaga joroba gris en el horizonte, pero todavía estaba bastante lejos.

Caradoc y Cinnamo conversaron un poco mientras cabalgaban para que esos hombres extraños se sintieran cómodos, pero sus esfuerzos no fueron recompensados. Los brigantes no decían nada, observaban con ojos severos el lento despliegue de la campiña verde y pacífica. Caradoc supo que cuando la embajada regresara a casa, el rey de los brigantes recibiría un informe completo de los catuvelaunos amigos de los romanos..., la cantidad de ganado y de campos cultivados, el número de comerciantes con los que se habían cruzado y saludado en el camino, la dimensión de los bosques. A Caradoc no le importaba. Los jefes también verían las sólidas murallas circulares de piedra que rodeaban la aldea, la consistencia de las enormes puertas, la profundidad y peligrosidad del foso. Que miraran y se asombraran. Sin embargo, no parecían sorprendidos. Venutio señaló a un campesino y a su esposa, que estaban sembrando descalzos y con las túnicas metidas en los cinturones de cuero, y susurró a sus compañeros un comentario que derivó en una serie de risas ahogadas y secas. Pero salvo eso, la cabalgata fue callada e incómoda. Caradoc y Cinnamo se miraban y sonreían con afinidad, pensando en la reacción de Cunobelin. Pero Caradoc también pensaba en Aricia, y entonces la sonrisa se borraba de su rostro. De modo que se iría. Había temido y deseado que llegara ese día pero en aquel momento sólo podía pensar en el miedo de Aricia y en los kilómetros que tendría que cabalgar en compañía de esos jefes y hombres libres impredecibles para llegar a Brigantia.

Por fin desmontaron de nuevo y los guardias de las puertas los saludaron y los hicieron pasar. La tarde había comenzado y el sol, que brillaba con intensidad y se filtraba a través de jirones sin rumbo de nubes indolentes, los hacía sudar mientras esperaban que los criados de las cuadras se llevaran los caballos. Luego, Caradoc hizo un gesto a Venutio y subieron juntos la pendiente. Dejaron atrás las caballerizas, las perreras y las tiendas de los artesanos; más arriba, la dispersión sucia de las chozas de los plebeyos libres donde las mujeres chismorreaban sentadas sobre pieles, y las chozas de madera y senderos limpios del circulo de los nobles y jefes. El templo de Camulos estaba abierto y al pasar ante él, Venutio echó una

ojeada al interior. El dios de tres rostros se agazapaba en la oscuridad cerrada, fea y amenazante; Venutio apenas pudo reprimirse para no escupir. «¡Admiradores de los romanos!», pensó. Hasta sus dioses estaban encerrados en templos oscuros, como los dioses de Roma. Lo único que quería era marcharse una vez le hubieran entregado a la señora.

Caradoc se detuvo frente a las puertas del Gran Salón, donde Cunobelin estaba de pie con sus jefes alineados junto a él. Con los brazos cruzados y resplandecientes por los brazaletes de bronce que los cubrían; su cabello gris caía trenzado sobre el pecho, y mantenía los ojos semicerrados contra la luz del sol. Venutio se adelantó y le saludó. Cunobelin sonrió, ofreció su brazo y notó la tensión en el rostro de Caradoc. ¡De manera que los pastores de Brigantia lo habían turbado! Tanto mejor. Que observara y aprendiera. Cunobelin chasqueó los dedos y sus jefes se dispersaron.

—Bienvenido a Camalodúnum, hijo de Brigantia.

—Vuestra hospitalidad es ilimitada, Cunobelin, rey —respondió Venutio. Su voz era grave, un retumbar vibrante y, en comparación, la de Cunobelin era aguda y débil—. Estamos cansados. Hemos viajado deprisa, puesto que nuestro señor agoniza y quiere a su hija en casa. —Un murmullo se alzó entre el gentío.

—He recibido noticias de vuestra llegada —explicó Cunobelin afablemente. Caradoc le miró con estupor. Era posible, desde luego, ya que su padre vigilaba muy bien las fronteras, pero de ser cierto, no lo había comentado a nadie. Cunobelin se volvió—. Pasad ahora y comunicadme las novedades. Podréis bañaros y descansar, y celebraremos un banquete. Después plantearéis vuestro asunto al Consejo.

—Rey, aunque nos gustaría pasar las horas agradablemente, tenemos mucha prisa —replicó Venutio en voz baja pero friamente—. Mandad a buscar a la señora, os lo ruego, y que preparen su carro de viaje. Las fuerzas de su padre decaen y no nos atrevemos a retrasarnos demasiado.

Cunobelin se volvió desconcertado y algunos de los jefes empezaron a murmurar con ira. Rechazar la hospitalidad era el colmo de la descortesia, pero ¿qué otra cosa podían esperar de esos bárbaros hombres del norte?

—Pero sin duda comeréis el ternero que ha sido sacrificado en vuestro honor y os cambiaréis de ropa, ¿verdad? Además, no será fácil para Aricia recoger sus pertenencias. Ha estado aquí mucho tiempo y tiene muchas posesiones preciosas.

Nadie pasó por alto la indirecta que contenía una tranquila afirmación de la superioridad catuvelauna, pero aunque la mandíbula de Venutio se tensó, contestó a Cunobelin con la misma calma indiferente.

—Cunobelin, en efecto, hemos de lavarnos, cambiarnos y comer —consintió con lentitud—. No obstante, ojalá que el banquete sea rápido y el Consejo silencioso puesto que, lo queramos o no, debemos partir mañana antes del amanecer.

Había firmeza detrás de aquellas palabras y los hombres de Cunobelin se juntaron en un grupo belicoso y miraron con aspecto ceñudo a los extranjeros. Pero Cunobelin finalmente volvió a sonreír con comprensión. A ninguno de ellos, ni a Venutio y sus jefes ni a Cunobelin y su banda, les importaba que el padre de Aricia se estuviera muriendo. No estaban hablando con sus palabras, sino con sus voluntades, y el juego era tan viejo como las tribus mismas. A Cunobelin le encantaba. Lo jugaba con habilidad consumada y sabía reducir a un oponente a la condición de un niño titubeante sin pronunciar una sola palabra áspera. Pero esos brigantes no entraban en sus maquinaciones, todavía no, y aquel día no quería jugar, así que en vez de abrir la siguiente baza, se encogió de hombros, se inclinó y tomó la delantera hacia el interior, dando la espalda a las espadas extranjeras. Venutio le siguió, con la espalda expuesta a los jefes catuvelaunos. Caradoc observó el ritual y tuvo ganas de reír. Cuanto más envejecía su padre, más disfrutaba de esos pequeños juegos. Caradoc apoyó una mano en el hombro de Cinnamo.

—Ve a buscar a Aricia y dile que ha llegado la hora —le ordenó. Su voz tembló y los ojos verdes se posaron en él con comprensión antes de que Cinnamo se alejara. Caradoc luchó contra el deseo de correr a su casa y sellar la puerta, pero caminó lentamente detrás de los jefes brigantes y hacia el aroma a grasa de cerdo rancia y humo de leña quemada.

Cinnamo halló a Aricia fuera de las puertas, no muy lejos, recogiendo campánulas bajo un árbol. Se quedó quieto un momento y la observó agacharse y enderezarse con los brazos llenos de las espléndidas flores azules.

No sentía pena por ella. Era una extranjera, hermosa, sí, con un barniz de cultura catuvelauna, sí, pero en última instancia, no pertenecía a su tribu.

Además, no era más que un problema y ella lo sabia. Caradoc se había vuelto malhumorado y deslenguado por culpa suya y últimamente, hasta Togodumno había estado siguiéndola con la mirada, con una luz extraña y

pensativa en los ojos. Alguien así sólo podía traer discordia e incluso provocar el asesinato en una casa gobernante, podía debilitar la unidad y fuerza del clan. Cinnamo veía más en ella que Caradoc o Togodumno. Veía una mente fría y conspiradora detrás de los ojos radiantes, una peligrosa carencia de afecto humano. Aricia no le gustaba. Y se alegraba de que se fuera.

Dio un paso adelante y ella se puso rígida y se volvió. Sus dedos buscaron el cuchillo que llevaba siempre en el cinto y las flores cayeron como una lluvia húmeda sobre sus pies.

—¡Cinnamo! Me has asustado. ¿Qué quieres? —No sentía afecto por aquel joven rubio de ojos verdes. Tan calladamente seguro de sí mismo a pesar de sus ropas raídas y sus escasos ornamentos, le irritaba no poder mirarle nunca a los ojos. Se arrodilló y empezó a recoger las flores.

—Disculpadme por sobresaltaros, señora, pero Cunobelin me ha enviado a buscaros y debéis ir de inmediato. Los hombres de vuestra tribu están aquí.

El desconcierto nubló los ojos de Aricia, pero mientras Cinnamo continuaba allí en actitud respetuosa, escudriñando las frescas profundidades del bosque que se extendían tras ella, se puso de pie. El color sonrojó sus mejillas y se retiró, dejándola con una palidez cadaverica.

—¿Los hombres de mi tribu, Mano de Hierro?

Cinnamo vio que sus dedos largos y delicados temblaban y que, una por una, las flores empezaron a caer de nuevo, ya marchitas. De pronto, Aricia se apoyó contra el tronco de un árbol. Se sentía débil y respiraba de manera entrecortada, intentando recobrar el control de sí misma. Luego, con un movimiento furioso, arrojó hacia atrás las flores que le quedaban y caminó hacia él. La piel de su rostro se estiraba tensa sobre los huesos finos, y los ojos eran pozos de oscuro sufrimiento.

—Entonces, llévame ante ellos —dijo con voz aguda, y Cinnamo se volvió y se dirigió de nuevo al sendero y hacia las puertas abiertas.

Ella marchaba detrás, sin decir nada, y juntos ascendieron el camino ondulante a través de la aldea en dirección al Salón. El humo subía en espiral del techo de la sala y ya se podía oler el ternero asándose. Entraron en el Salón y lo hallaron lleno de jefes y de hombres libres ociosos, así como de gentes que habían venido a curiosear y a observar a aquellos seres venidos del norte. El volumen de la conversación subía y bajaba a su paso mientras las copas de vino se llenaban y vaciaban. Cinnamo se dirigió hacia

Sholto y Caelte, que estaban de pie justo al otro lado de la puerta, con las cabezas juntas, mientras otros jefes de Caradoc se amontonaban a unos pasos. Aricia avanzó sola hasta donde la esperaban Cunobelin y Caradoc.

—Han venido por fin —murmuró Cunobelin amablemente cuando ella se acercó y se detuvo frente a ellos. Su rostro era una máscara de control rígido e insensible—. Los envié a las chozas de huéspedes para que se lavaran y cambiaran de ropa. Intercambiamos las noticias que pudimos. ¿Quieres oírlas?

Los labios de Aricia temblaban y, durante una fracción de segundo, su mirada se posó en Caradoc, luego se apartó del rostro bronceado para pasearse por el Salón, buscando un escape, una postergación. Togodumno se aproximó y le puso una copa de vino en la mano fría. Aricia bebió despacio y luego asintió. Cunobelin le pasó un brazo pesado por los hombros y la urgió a sentarse en las pieles; sus hijos se acuclillaron con comodidad frente a ellos. Detrás, en las sombras, los grupos de hombres se disolvieron, para acercarse y rodear a Cunobelin y Aricia. En cuclillas o sentados con las piernas cruzadas querían oir lo que ocurría. Estaban en su derecho, pero Aricia los odió por eso. Se apretó las manos sobre la falda roja y se sentó con la espalda derecha. Vio a Eurgain y a Gladys entrar, tomar una copa de vino y permanecer de pie juntas y vacilantes cerca de la puerta, y desvió la mirada.

Pero dondequiera que posara sus ojos, sólo veía avidez de noticias, un anhelo insensible de oir algo, y no hallaba sosiego. Cunobelin habló de nuevo, pero con suavidad, de manera que sólo sus hijos y sus jefes captaran las palabras.

—Tu padre agoniza, Aricia, y debes ir con él enseguida. Tu Consejo te espera en Brigantia, y también tu reino. Debes ir ahora a tu casa y ordenar a tus criados que te dispongan un carro. —La noticia fue transmitida con rapidez a los del fondo; estallaron las murmuraciones, luego se extinguieron.

Aricia contestó sin moverse.

—Tú eres mi padre, viejo lobo, y ésta es mi tribu. No me iré.

—Ninguna hija mía hablaría así —replicó Cunobelin con severidad—. Tienes una obligación con tu gente. No tienes hermanos y Brigantia aguarda tu dominio. ¿Dirás que he fracasado en mi responsabilidad hacia ti, que devuelvo a tu padre una mocosa malcriada y débil? —Los ojos de Aricia ardían por las lágrimas contenidas y tragó el vino. Sabia que él le hablaba

con dureza para ayudarla a soportar lo que vendría, pero no podía evitar sentir una punzada de resentimiento. Se echó el cabello hacia atrás y le miró.

—Conozco mi deber, Cunobelin, pero es dificil. ¿No puedo ser perdonada por desear hacerlo a un lado? Vine aquí como una rehén, pero tú me criaste como a una hija. ¿Acaso la despedida no ha de ser dolorosa? ¿No sientes nada?

Cunobelin la abrazó.

—Soy consciente de lo que pierdo —admitió—, pero también soy consciente de los beneficios para Brigantia y de los beneficios para esta tribu. ¿No estableceremos comercio entre nosotros, y nos reuniremos en Samain, y mantendremos buenas relaciones, ahora que mi hija va a regir otro reino?

Ella rió, un sonido sin alegría.

—¿O acaso me convertiré en lo que mi clan desea que sea, una reina montañesa y salvaje que no ame a nadie y sospeche de todos? —Se puso de pie—. Iré a hacer mi equipaje y a reunirme con estos... los.., los hombres de mi tribu. —Pronunció las palabras con desprecio y se marchó con prisa.

Eurgain se volvió para hablar con ella, pero fue desairada con habilidad. La conversación acalorada volvió a brotar de nuevo mientras el sol entraba a través de las aberturas del techo y se mezclaba con el humo para formar charcos pálidos de luz en el suelo salpicado de cenizas.

Aquella noche, cada jefe y hombre libre en Camalodúnum asistió al banquete, y el alboroto y las risas estaban cargados con embriagadoras corrientes ocultas de regocijo. Los miembros de la familia real se sentaron juntos con sus bardos y escuderos y Aricia se hallaba entre ellos. Vestida deliberadamente con su mejor túnica, la de rayas rojas y amarillas bordada con hilo de oro, la fina corona en su frente era de oro, al igual que los brazaletes y las ajorcas. Sentada sobre su capa, la túnica se plegaba con suavidad a su alrededor, y sentía las miradas de los extraños hombres de su clan escrutándola con atención. Percibía recelo en ellos, una antipatía vaga e inquieta.

Bueno, que la odiaran, se dijo. No le importaba. Tendrían que obedecerla y lo sabían.

Comió poco y bebió mucho, y sus compatriotas, que desdeñaban el vino romano, bebieron a grandes tragos su barata cerveza local, sin dejar de observarla desde sus lugares junto a Cunobelin y sus jefes. El bardo de

Cunobelin tocaba y cantaba, pero el ruido de las voces ahogaba sus palabras.

Caradoc conversaba tranquilamente con Sholto y Cinnamo, consciente de una satisfacción creciente y un alivio culpable. Togodumno y Adminio discutieron y terminaron a golpes, pero ante una palabra de Cunobelin, retrocedieron avergonzados. Con los ojos morados y las narices ensangrentadas, se dispusieron a seguir bebiendo y a coquetear con las mujeres. Gladys y Eurgain, sentadas juntas, relucían bajo la luz oscura de las antorchas humeantes, con sus asistentes revoloteando cerca. Fuera soplaba el viento, suave y húmedo, y, de tanto en tanto, caía una lluvia ligera y libia. Al cabo de un rato, Cunobelin despachó a los esclavos y llamó a Consejo. Venutio se levantó y explicó ruda y rápidamente el motivo de su presencia.

Aricia lo estudió con cuidado. Era apuesto de una manera irresistible.

Una fuerza fisica emanaba de aquellas piernas largas, gruesas y enfundadas en los calzones, así como de su voz resonante y del cabello rojo enmarañado. Y sus hombres estaban pendientes de sus palabras como si fuera el más elocuente de los bardos que les cantara sobre las victorias venideras. No obstante, era joven, apenas mayor que Caradoc. Aricia sorbió su vino, lo saboreó con fatalismo, sabiendo que no lo volvería a beber por muchos años, a menos que, de alguna manera, pudiera convertir a sus salvajes bebedores de cerveza en hombres libres catuvelaunos. Cuando Venutio se sentó con su penetrante mirada animal fija en ella, Aricia le miró y luego desvió la vista hacia Caradoc que jugueteaba con su cabello marrón trenzado y escuchaba con interés los susurros de Tog. Venutio era un desafio que tendría que afrontar si quería hacer de Brigantia lo que haría, pero tal vez resultara más fácil de domar que los refinados hijos de Cunobelin. En ese momento hablaba uno de los jefes, pero no en desacuerdo, y ella supo que la sonrisa en la cara de Cinnamo no tenía nada que ver con los efectos del vino.

«Se alegran de que me vaya —pensó con rencor—. Todos ellos. Muy bien, yo también me alegraré.» Sonrió a Venutio y él le devolvió la sonrisa con lentitud y cautela; luego apartó la mirada. Tal vez su nueva reina no fuera tan romana como parecía.

En la bruma que precede al amanecer, cuando el rocío mojaba el suelo con intensidad y los árboles se alzaban como guerreros fantasmales más allá de las puertas, Cunobelin, Caradoc, Togodumno y los demás se

congregaron para compartir la copa de la despedida con Aricia y sus jefes. Dos carros esperaban ya listos; la humedad formaba gotas en las crines y los costados de los ponis atados, que aguardaban para tirar y transportar las túnicas, las capas lujosas, las joyas finas, las copas, y las cortinas adornadas con cuentas y en aquel momento cubiertas con arpillera para protegerlas de la humedad matinal. Aricia estaba de pie junto a su caballo, con la capucha echada hacia atrás y los ojos oscurecidos por la tensión y la fatiga. Venutio se hallaba a su lado, y su actitud ya era posesiva.

El escudero de Cunobelin entregó la copa a Aricia con una ligera reverencia. Ella la tomó y bebió, luego la devolvió y el hombre la pasó a los otros, acurrucados bajo sus capas largas. Cuando todos hubieron terminado, el escudero se llevó la copa y Cunobelin se adelantó y abrazó a Aricia. Por última vez, ella descansó en el circulo de sus brazos fuertes y contempló el rostro arrugado y taimado.

—Ve con seguridad y camina en paz —dijo él.

Luego Caradoc se acercó y la besó en la mejilla fría.

—Perdóname —murmuró en el cabello húmedo, pero Aricia no contestó.

Adminio fue el siguiente en abrazarla y ella siguió rígida como un centinela de piedra, pero Tog buscó su boca y le masculló algo al oído que dibujó una sonrisa fugaz en los labios tensos. Eurgain la envolvió con sus brazos tibios y su perfume y, de pronto, Aricia se enterneció. Las dos muchachas permanecieron abrazadas y Aricia susurró:

—Cuidale, Eurgain. Te necesita más que a mí.

Gladys caminó hacia delante, la besó y puso algo tibio y suave en la palma de su mano.

—Un talismán —explicó. Aricia abrió la mano y lo miró. Era un trozo diminuto de madera flotante que parecía retorcerse en su piel, cuatro víboras entrelazadas. El talismán había sido aceitado y lustrado y tenía un broche para poderlo prender en una túnica o usarlo para sostener una capa.

Mientras Aricia lo contemplaba, el extraño consuelo de Gladys desató por fin sus lágrimas y se apresuró a montar. Se acomodó la capa, se colocó la capucha e hizo una señal con la cabeza en dirección a Venutio.

Nadie gritó adiós ni agitó su mano y Aricia se perdió enseguida en la bruma. Los carros retumbaron tras ella y Cunobelin se volvió con brusquedad hacia las puertas. Gladys y Eurgain le acompañaron.

Togodumno miró a Caradoc y sonrió.

—Me pregunto cuál será su destino —comentó—. ¿Crees que le haremos la guerra en el futuro?

«Un vacío que no será llenado...», pensó Caradoc con una punzada de profundo pesar. De repente, el rostro de ella apareció frente a él, los ojos moteados con oro muy abiertos y los brazos levantados para abrazarle. Parpadeó y devolvió la sonrisa a su hermano.

—¿Quién sabe? —contestó con cautela. Sin embargo sentía que el hilo que le ataba a ella se alargaba, se estiraba, se volvía tirante a su alrededor, pero sin ninguna señal de cortarse. Estaba seguro de que volverían a encontrarse.

Una mañana soleada, fresca y perfumada con el delicado aroma de las flores amarillas de la aulaga, siete días después de la partida de Aricia, Caradoc y Eurgain compartieron la copa del matrimonio. La boda se realizó en el terreno de hierba que se extendía desde el muro de tierra de Camalodúnum y se convertía más adelante en una pradera de pastoreo y en los brotes cortos de nuevos cultivos. Eurgain llevaba una corona de plata en la frente y su cabello dorado oscuro caía suelto sobre los pliegues azules de su túnica con borlas.

Caradoc iba vestido de escarlata. Se erguía alto y orgulloso mientras el vino rojo chispeaba en la copa y los jefes y hombres libres reunidos esperaban para vitorear y cantar cuando se pronunciaran las palabras que los unirían.

Caradoc había elegido con gran esmero sus regalos de boda. Un collar de cuentas azules de vidrio de Egipto, un rollo de seda de la isla de Kos que destelló con los colores del arco iris cuando Eurgain lo levantó con curiosidad y deslizó la fina tela por sus dedos, un par de perros de caza, y dos copas de la plata más pura traídas especialmente en barco desde Roma.

La dote de Eurgain había sido la mayor jamás aportada a un guerrero de la tribu..., doscientas cabezas de ganado..., y cuando Caradoc tomó su mano, besó los labios suaves y el alboroto estalló a su alrededor, pudo ver a su lado el rostro burlón y a la vez enfadado de Togodumno. Caradoc tenía el precio de honor más alto de todos los de su clan. Escogió regalos también para sus jefes, teniendo cuidado de no ofender a ninguno. Sin embargo, a Cinnamo le entregó cincuenta vacas de cría y una capa nueva; éste protestó con vehemencia y habló de la vergüenza que caeria sobre él ante semejante favoritismo, pero Caradoc señaló que sólo estaba comprando lealtad futura y Cinnamo, después de sopesar las palabras en silencio y con calma, por fin

asintió y aceptó el magnifico obsequio, sabiendo que, eventualmente, se lo ganaría en el séquito de Caradoc.

Cunobelin había regalado a la pareja la casa más grande de la aldea. Tenía dos habitaciones, dos hogares, y se necesitaba el doble de trabajo para mantenerla limpia, había protestado Fearachar. Eurgain había pasado un día feliz colgando sus lámparas y acomodando sus pertenencias, y había convencido a Fearachar de que le abriera una ventana baja. La vista no era tan amplia como la de su propia casa, pero sabia que tendría poco tiempo para mirar las estrellas. Lo lamentaba, pero su casa pronto adquirió el aura pensativa y pacífica que ella llevaba consigo a todas partes, y su callado anhelo del silencio de las colinas lejanas se volvía en ese momento hacia Caradoc, su amor.

Faltaba poco para el Beltine, la fertilidad estallaba por dondequiera que ella mirase y el sol entibiaba su rostro cuando se volvió hacia su esposo, le sonrió con timidez y alargó una mano insegura para tocar el oscuro cabello ondulado que enmarcaba aquel rostro moreno. Era suyo. Aricia ya no estaba. Caradoc llegaría a amarla con el tiempo; pero aunque no fuera así, no importaba. La necesitaría y eso bastaba.

OceanofPDF.com

CAPITULO 4

Una vez hubieron dejado atrás Camalodúnum y aquel grupo de gente silenciosa, Venutio se dirigió al oeste. Comenzó a cabalgar a paso ligero; Aricia iba a su lado con el pecho oprimido por el dolor y una mano aferrada a las serpientes mágicas. Sólo el sonido suave de los cascos de las bestias y algún repiqueteo ocasional de los arneses de bronce les acompañaron al pasar como fantasmas entre los árboles envueltos en la niebla. Siguieron el mismo sendero que tantas veces había vibrado con los gritos de la Banda Guerrera Real en sus felices cacerías de jabalíes, y Aricia se negó a dejarse llevar por esos recuerdos de días lejanos que ya no volverían jamás. El trecho recto donde los guerreros practicaban su habilidad con los carros se extendió bajo sus pies, y luego el suelo empezó a elevarse poco a poco y los árboles se espaciaron. En algo más de una hora, ya habían cruzado las segundas puertas y Aricia se volvió sólo esa vez para contemplar el cauce lento y poco profundo del río, el bosque y al guardia de las puertas, inmóvil en la tenue luz del amanecer con las enormes defensas detrás. Miró hacia delante, donde el camino, enmarcado por grandes robles y fresnos delgados cuyas hojas pequeñas se mecían con el viento, serpenteaba hasta llegar a la cima de una colina verde y desaparecía.

—No deberíamos tardar mucho en llegar a la frontera —dijo Venutio—. Un druida nos espera allí para acompañarnos y cruzar a salvo la tierra de los coritanos, pero tiene asuntos que atender en otra parte y no nos aguardará mucho si nos retrasamos.

Aricia no añadió nada, como si no se esperara una respuesta de ella.

Con una orden a los caballos, comenzaron a trepar por el sendero, con los carros rodando detrás.

Se detuvieron en una ocasión, en una colina abatida por el viento que les brindaba una vista impresionante de la tierra de debajo, desplegada como un manto con parches oscuros de bosques, teñido del verde brillante de la cebada, la avena y el trigo, y bordado con el tranquilo surco plateado de os ríos lejanos. La niebla azul de la primavera matizaba el horizonte bajo el sol del mediodía. Comieron con rapidez, sentados en la hierba, y los hombres conversaron y rieron, relajados, pues la poderosa presencia de Cunobelin había pasado a ser materia de anécdotas y canciones. Sin embargo, Aricia comía callada y despacio, con los ojos perdidos en el amplio cielo. Trataba de no pensar en el futuro e intentaba convencerse de que aquello era simplemente un viaje, un paseo corto y agradable para

adorar a alguna diosa de los bosques, y que pronto se despediría de esos acompañantes indeseables y volvería a casa. Era un juego peligroso, pero le parecía la única forma de controlar los ramalazos de dolor y nostalgia. Venutio se sentó a su lado y le ofreció carne, queso y cerveza fuerte de su cantimplora de cuero de cabra.

La observaba a hurtadillas con sus ojos castaños, pero pronto volvieron a montar y prosiguieron la marcha, y ella no le obsequió con la sonrisa que le había entibiado la sangre en el Salón de Cunobelin.

Al atardecer del tercer día, cuando el crepúsculo se esparcía silenciosamente desde rincones secretos entre los árboles, entraron en territorio coritano, cabalgando junto a hoyos profundos en el suelo, charcos oscuros y zanjas de donde la gente había quitado tierra para los nuevos muros que cercaban a los jinetes. Pero Aricia, cansada, sucia y aterida de frío, no reparó en las defensas que se habían levantado contra los catuvelaunos. Un poco más adelante, brillaba una luz solitaria y Venutio ordenó hacer un alto. Desmontó y se acercó con sigilo para ver de qué se trataba. Los demás permanecieron quietos y Aricia se inclinó hacia delante sobre el lomo del caballo; le pesaban los párpados y aferraba las riendas con rigidez. Escucharon los movimientos de animales salvajes entre los arbustos y contemplaron el titilar de las estrellas borrosas.

Venutio no tardó en regresar, sus movimientos eran tan silenciosos como los de una comadreja furtiva.

—Es el druida —explicó—, y algunos de los jefes de su gente. La señora puede descansar aquí esta noche. Tendrá agua caliente para lavarse.

«Como si todo lo que quisiera, como buena delicada sureña —pensó ella con apatía—, fuera una tina de agua caliente. Venutio, eres un tonto.»

Su caballo avanzó con desgana los pocos pasos restantes, Aricia se deslizó al suelo, agotada, y le arrojó las riendas al sirviente que se aproximó corriendo.

Entró en la choza, bajó la cabeza y el resplandor del fuego la hizo pestañear.

Un druida estaba sentado allí, calentándose las manos. Por un instante, pensó que era Bran, pero luego el hombre se volvió y la saludó con amabilidad.

Aricia notó que era mucho mayor; un hombre moreno, con barba, que tenía los ojos brillantes y anillos de bronce atados al cabello.

Los jefes coritanos se levantaron y la recibieron con palabras de hospitalidad. Ella les respondió como una autómata mientras sus hombres se disponían detrás como sombras oscuras. Los jefes apenas podían ocultar el desdén que sentían por Aricia, la cachorra catuvelauna, y pronto la saludaron con la cabeza y se marcharon. Aricia se dejó caer en las pieles extendidas junto al fuego y se quitó la capa de los hombros.

—Montad una guardia alrededor de mis carros —indicó a Venutio—. Los coritanos son un pueblo de ladrones.

La silueta vestida de blanco al otro lado del fuego rió.

—Son tan rapaces como vuestra tribu adoptiva, señora de Brigantia —dijo—. Son mi pueblo, de modo que cuidad vuestras palabras. Soy un noble de esta tribu y si los insultáis, desapareceré en la noche y vendrán y os cortarán vuestra linda cabeza. —Bromeaba, pero Aricia no estaba de humor para bromas. Clavó la mirada en el corazón del fuego. Bueno, que vinieran y le cortaran la cabeza. No le importaba.

El druida se incorporó y se desperezó. Luego se apretó los nudillos hasta que crujieron y Aricia dio un respingo.

—Veo, señora, que mis bromas están fuera de lugar —añadió—. Me iré a descansar. Un sirviente vendrá enseguida con agua caliente, por la que deberéis pagar, por supuesto, con moneda de Cunobelin, si no os importa. Aunque los coritanos escupen al pronunciar su nombre, buscan con ansiedad su dinero. Os deseo buenas noches.

Salió y las pieles de la puerta se sacudieron a su espalda. Al cabo de un momento, Aricia se acercó de puntillas y espió hacia fuera.

—¿Necesitáis algo, señora? —preguntó una voz en su oído y ella se echó hacia atrás enseguida mientras murmuraba:

—No, no. —Se dirigió al fuego y el sueño la embargó, haciendo que el hambre desapareciera. Por lo menos, estaba bien cuidada. El sirviente apareció cuando se estaba adormeciendo, apoyada en la pared. Aricia le pidió que le trajera carne caliente y vino tibio en media hora.

—Os costará dos monedas de bronce, señora —respondió de inmediato el criado.

—¡Te pagaré cuando me hayas traído lo que te he pedido! —le espetó.

El hombre sonrió con presunción y salió. Aricia agradeció por fin poderse quitar la túnica corta masculina y los calzones holgados. Los arrojó al suelo y se lavó con el agua hirviendo. Luego, más fresca, se vistió con la ropa limpia que había guardado en una bolsa de cuero y se soltó las trenzas

del cabello para peinarlo con movimientos prolongados y lentos. El sirviente volvió trayendo una bandeja con carne caliente, pan, manzanas del año antenor, pequeñas y arrugadas, y una jarra de aguamiel fría. Dejó la bandeja y se agachó para echar más leña al fuego.

—Te he pedido vino caliente —precisó ella con sequedad—. No me digas que los coritanos no beben vino porque sé que lo hacen y en cantidad. ¡Tráeme vino!

El hombre se incorporó y la miró con insolencia.

—Me han dicho que los brigantes sólo toman aguamiel fuerte y cerveza de cebada —replicó—. Disculpadme si os confundí con una de ellos. —Se marchó antes de que ella pudiera gritarle. Regresó un instante después con una copa llena de vino. Se acercó al fuego, tomó el atizador candente y lo introdujo en la copa. El vino chisporroteó y comenzó a emanar vapor; el exquisito aroma llenó la choza. Aricia casi se lo arrebató de las manos.

—Ahora, vete. La hospitalidad de este lugar deja mucho que desear —declaró y le tiró dos monedas.

El sirviente las atrapó con presteza, las mordió y se marchó sonriendo.

Aricia bebió el vino caliente con placer y se dejó caer en su capa junto al fuego crepitante.

A la mañana siguiente, muy temprano, reanudaron la marcha hacia el nordeste en busca de la costa. El druida cabalgaba junto a Venutio y conversaba alegremente. Aricia, con el ánimo repuesto, iba detrás de ellos escuchando y sonriendo. Era una mañana encapotada y, a lo lejos, los relámpagos jugaban con los sombríos pantanos del territorio de los icenos. Sin embargo, el aire, aunque algo húmedo y pegajoso, no era cálido, y todos llevaban puestas sus capas. Al final del día, Aricia pudo detectar un nuevo aroma a su alrededor: el olor vigorizante y penetrante del océano. Cuando acamparon cerca de una formación de rocas afiladas que se apoyaban unas contra otras como cansadas de los cientos de años que llevaban allí quietas, le pareció que podía oir el mar, un rugido sordo que le recordó a la silenciosa Gladys vestida de negro y los barcos romanos de mástiles altos. Extrajo el broche de serpientes y yació en la oscuridad aferrándolo entre los dedos. Tal vez el talismán tenía de verdad un poder tranquilizador o quizás Aricia se estaba acostumbrando al modo de ser de sus nuevos jefes y se sentía menos sola. El hecho fue que durmió profundamente y despertó llena de esperanzas con el canto de los pájaros en otra mañana gris.

Ese día llegaron al océano y dejaron atrás los árboles. El paisaje que se extendía delante de ellos era yermo, con lomas suaves y cubiertas de hierba que continuaban sin fin; un lugar donde el viento jamás dejaba de susurrar de soledad y quietud, y los halcones y águilas flotaban con las alas abiertas en un cielo plagado de nubes y agitado por el viento. Se detuvieron junto a un acantilado y Aricia desmontó; anduvo hasta el borde mismo del precipicio. Le costaba mantener el equilibrio con el vendaval que le tiraba el cabello hacia atrás y le enredaba la capa en las rodillas. A sus pies, donde las rocas negras y grises yacían como los dientes cariados de la tierra misma y la arena húmeda y fría siseaba con malicia bajo las manos tortuosas del mar, se encontraba el agua, avanzando y retrocediendo con indolencia mientras las gaviotas se arrojaban sobre las olas y chillaban al aterrizar en la playa. Había algas negras desparramadas aquí y allá, brillantes, gruesas. Y a través de su nariz, aguzada y ensanchada, Aricia percibió también la fragancia de la vida misma. Respiró hondo varias veces y se volvió para luchar contra su cabello y su capa. Montó otra vez y regresaron al sendero que bordeaba el mar hasta doblar tierra adentro, donde desembocaba el río de Brigantia.

Cinco días más tarde, al atardecer, llegaron al sitio donde el río se unía al mar, un pantano donde pájaros de patas y picos largos se posaban con delicadeza en el lodo para hurgar en busca de alimento. El sol se había puesto casi por completo y el resplandor rosado se cernía sobre el paisaje circundante como un manto de telarañas. Los hombres estaban excitados. Aricia lo notó por la forma en que reían con mayor libertad, y sus voces se perdían a lo lejos en el aire dulce y tranquilo.

El druida se volvió hacia ella y detuvo su caballo a fin de cabalgar a su lado.

—Bien, señora —dijo—, mañana veréis vuestro hogar.

Aricia ya había visto tierras que ni siquiera sabia que existían y se estremeció con curiosidad. Sonrió a aquel hombre.

—Ha pasado mucho tiempo desde que dejé estos lugares —respondió —. No había cumplido los seis años cuando mi padre me entregó a Cunobelin.

—¿Recordáis algo?

Frunció el entrecejo en un intento por atravesar las brillantes imágenes del ayer y llegar a un pasado anterior.

—No estoy segura —contestó despacio—. En ocasiones, creo recordar el olor de las ovejas y una enorme casa de piedra, tan grande como el Gran Salón mismo, pero tal vez sean sólo sueños.

—Tal vez. —El druida la estudió con detenimiento, pero sólo vio mejillas sonrosadas por la brisa del ocaso y unos ojos más claros que las estrellas—. Decidme, señora, ¿el vidente de los catuvelaunos os dijo sus profecías antes de que partierais de Camalodúnum?

Aricia volvió la cabeza enseguida, consternada.

—Pues no. El vidente de Camalodúnum no ha sido consultado en muchos años. —El druida suspiró.

—Es una lástima. Me hubiera gustado saber qué habría dicho sobre vos pero, por supuesto, a los romanos no les agradan esas costumbres. —No había burla en su voz y Aricia no supo qué responder. El ajetreo y las obscenidades proferidas por los comerciantes romanos parecían muy lejanos.

—Supongo que pronto nos dejaréis —aventuró, y el hombre asintió.

—Nos despediremos en la frontera. Me dirijo al oeste, a través de territorio cornovio, para visitar a los ordovicos por un tiempo.

—¿De veras? ¿Quiénes son?

La miró con expresión divertida y le brillaron los ojos.

—Se trata de una tribu feroz y muy salvaje que habita una región de montañas nevadas —explicó con solemnidad—. No tienen carros ni caballos y viven en cobertizos de piedra. No creo que os gustaran mucho.

En ese instante, Venutio ordenó que se detuvieran junto a un pequeño arroyo que emergía del bosque. Desmontaron y comenzaron a acampar.

Aricia se sentó junto al río y observó el resplandor rosado que se volvía gris y luego oscuridad. La animación la alcanzaba a ella también, contagiada por las voces felices de los jefes y el viento que hablaba de una vasta tierra alta aguardándola. Pronto ese aliento se mezcló con el humo de la leña del fuego para cocinar y Aricia se unió al grupo de hombres que lo rodeaban. Uno de los jefes había atrapado una liebre y comieron bien. Acompañaron la carne y el guiso de habas con agua helada del río. Después se reclinaron en las capas y se dispusieron a contar historias, cantar fragmentos de viejas canciones de guerra y escuchar los ruidos de la noche más allá del circulo amistoso de luz naranja. Aricia se quedó dormida en el suelo, satisfecha, envuelta en su capa y con la cabeza apoyada en la manta de la montura de Venutio.

Al mediodía del día siguiente llegaron a la frontera. Caía una suave llovizna que si bien no los empapaba, les obligó a cerrarse las capas y subirse las capuchas. Aunque Aricia no vio señal alguna de que Brigantia se encontrara frente a ellos, los hombres desenvainaron sus espadas y las sacudieron en el aire, sujetándolas de los mangos para hacerlas girar por encima de sus cabezas.

—¡Brigantia! ¡Brigantia! —gritaron, y cuando Aricia miró a su alrededor en busca del druida, se dio cuenta de que se había marchado; en algún punto, se había desvanecido entre los árboles.

Se decía que los druidas no temían a los bosques, pero Aricia se estremeció al imaginarlo cabalgando solo y desprotegido bajo la mirada hostil de todos los espíritus que no sentían amor por los humanos y que vivían sólo para el Samain, cuando se llevaban a alguien que no volvería a ser visto jamás por el ojo de un mortal. Además, la sobrecogió un temor y premonición repentinos. De alguna manera, sentía que si cruzaba el limite de su tierra, cambiaría al instante y se convertiría en una extraña incluso para sí misma.

Y si bien los hombres verían a la reina Aricia y hablarían con ella, ya no sería Aricia, sino alguien oscuro y malvado que moraba en su cuerpo, alguien que nadie conocería jamás, ni siquiera ella misma. Se estremeció otra vez, pero los hombres comenzaron a avanzar y su caballo los siguió para cruzar una línea invisible que marcaba los limites de Brigantia.

La lluvia arreció con el correr de la tarde; sin embargo, los hombres seguían cantando y, cuando ya no pudieron ver por dónde iban, se detuvieron en una choza de campesinos. Ataron los caballos y se escabulleron al interior. La choza apestaba y un viento frío se colaba por las abandonadas paredes de juncos. Venutio reavivó el fuego y las llamas revelaron a un anciano y una joven sentados con sus enormes y oscuros ojos clavados en ellos. Sus pies descalzos estaban cubiertos con una tela rústica y sus rostros se ocultaban casi por completo bajo matas de cabello oscuro. Aricia se aproximó para hablarles, pero se limitaron a mirarla con temor mudo; finalmente, los dejó y se quitó la capa para acercarla al fuego. Cuando la capa comenzó a echar vapor, la figura de Caradoc surgió espontáneamente en su imaginación: de pie frente al fuego, en el cómodo cuarto de ella en Camalodúnum, con los ojos negros brillantes de deseo, el cabello pegado a la frente y a los hombros, y los calzones despidiendo vapor. Se esforzó para regresar al presente después de sentir una punzada de

nostalgia, y se volvió para sostener con firmeza una olla mientras uno de sus jefes vertía el agua que calentarían para preparar sopa. La lluvia se escurría a través de la paja mohosa del techo y pronto se formaron charcos fríos en el suelo. Comieron con incomodidad y compartieron lo poco que tenían con la pareja de campesinos, que cobraron vida de repente, les arrebataron los cuencos extendidos hacia ellos y comieron como lobos hambrientos.

—¿Todos vuestros campesinos son tan pobres? —susurró Aricia a Venutio.

Al brigante le molestó la naturalidad con que la palabra «vuestros» brotó de los labios de ella.

—No, señora. Sólo aquí, cerca de la frontera, donde los coritanos suelen atacar y robar las ovejas y las cabras a la gente. Sufren muchísimo, pero se niegan a dejar su tierra y mudarse al interior.

Pasaron la noche en la húmeda y fría sordidez de la choza y se levantaron temprano, ansiosos por recoger y marcharse. Dejaron una bolsa de alubias secas, un jamón y dos cuchillos baratos a los campesinos. estos, sin una palabra de agradecimiento, se quedaron con la mirada perdida en el amanecer mientras el grupo se alejaba deprisa.

El río comenzó a angostarse y pronto lo dejaron atrás y se internaron en una región de pastos altos hasta las rodillas. De vez en cuando se veían pequeños bosquecillos pero el terreno era árido en su mayor parte y, bajo la lluvia torrencial, Aricia pensó que jamás había visto un lugar tan desolado. Tembló y estornudó el resto del viaje, siempre mojada y con frío, mientras soñaba con la enorme y tibia casa de piedra de su infancia y rezaba para que existiera de verdad.

Al atardecer del tercer día desde que habían cruzado la frontera, Venutio emitió un gruñido, tiró de las riendas y señaló.

—El corazón de Brigantia —anunció y, al mirar, el corazón de Aricia dio un vuelco. No había puertas, ni defensas, ni senderos bordeados de árboles, ni gente visible. Sólo se divisaba un grupo de miserables chozas de juncos, el humo que subía en espiral lenta y sombríamente de los techos de paja, y algunos perros hambrientos que corrían entre los huesos y desechos de banquetes añejos. El estupor la enmudeció y ni siquiera pudo emitir una exclamación. Venutio se adelantó y ella le siguió a ciegas al tiempo que todo su ser se negaba a aceptar la realidad. Desmontaron por última vez. Venutio se llevó las manos a la boca y gritó. Despacio y en silencio, como

fantasmas materializándose en respuesta a la llamada de Venutio, las pieles que tapaban las entradas de las chozas se descorrieron y salieron hombres que fueron hacia donde estaban ellos. Eran altos, delgados, con barbas que colgaban sobre túnicas gruesas y ojos que parecían unirse y volar hasta ella para atraparla. Se acercaron sin hacer ruido, pero Aricia se mantuvo firme, consciente de que si daba un solo paso atrás, perdería un reino. Detrás de ellos, avanzaron las mujeres, también altas, de cabellos oscuros y piel clara, ataviadas con túnicas de motivos extravagantes y zapatos de cuero. Sus ojos tenían la misma ferocidad latente de las colinas áridas y la miraban sin respeto y sin temor. Todos se detuvieron y reinó un profundo y embarazoso silencio, quebrado únicamente por el repiqueteo de la lluvia.

Aricia se abrió la capa de modo que pudieran ver la espada que llevaba en la cintura.

—¿Qué os pasa que os quedáis mirándome como si fuera el Cuervo del Pánico que hubiera tomado forma humana? ¿Acaso no reconocéis a una brigante cuando la veis? —preguntó con altivez, a pesar de que temblaba de fiebre y le latía la cabeza. De repente, aparecieron algunas sonrisas y la gente la rodeó para tocarle la capa y el cabello y darle la bienvenida con palabras hospitalarias, uno por uno, hasta que Venutio se volvió y se dirigió a ellos.

—Preparad fuego y comida y volved a vuestras tareas. La señora debe ver a su padre y luego descansar. —La multitud se dispersó, pero Aricia no estaba tan enferma como para no notar el acatamiento inmediato a la orden de Venutio. Se preguntó si él la habría traído hasta allí sólo para desafiar su derecho a reinar. Ambos caminaron entre las chozas mientras los jefes los seguían con los caballos. Aricia se balanceaba un poco y el sudor le bañaba la frente. Venutio se detuvo junto a una casa de piedra, para inmenso alivio de ella. Se erguía en el centro de la aldea, rodeada de una empalizada de altas estacas de madera. Seis jefes se hallaban junto a la entrada, apoyados en sus escudos y conversando impasiblemente bajo la lluvia. Se enderezaron y saludaron a Aricia, y Venutio señaló con un brazo musculoso —. Señora, vuestro padre os aguarda dentro. Está muy débil y es posible que no os reconozca, pero creo que la ansiedad por vuestra llegada le ha mantenido con vida. Ya no vivirá mucho. Me ocuparé de que os traigan pronto ropa seca y comida.

Aricia esbozó una leve sonrisa y él advirtió el sudor que cubría la frente blanca, los ojos brillantes por la fiebre y las manos temblorosas. Una

punzada de preocupación le recorrió el cuerpo, pero no lo demostró y se volvió para entrar en la casa.

El interior estaba seco y cálido. Un fuego ardía en el hogar central y unos cueros de oveja cubrían el suelo de tierra. Cuando Aricia bajó la cabeza y entró, una mujer se levantó de un banco junto a la cama, pero Aricia sólo la vio a través de una nube de enfermedad. Oyó su propia voz saludar a la mujer, pero le pareció que emanaba de otra persona muy lejos de ella. La respuesta cortés de la mujer le resultó incomprensible. Se quitó la pesada capa y la mujer la tomó, se la colocó sobre un brazo y salió. Aricia se volvió hacia la cama baja con una creciente sensación de irrealidad. El corazón le latía rápidamente y sin fuerza.

Se dejó caer en el banco y se inclinó hacia delante, pero no era Cunobelin quien yacía allí, al borde de su último sueño. Se trataba de un hombrecillo marchito con labios delgados y caídos y cabello gris y fino como el de un bebé. Apenas respiraba y por un momento, pensó que ya estaba muerto. Entonces, las manos surcadas de venas azules que descansaban inertes sobre la manta se estremecieron. Aricia se acercó aún más y sintió que la fiebre comenzaba a treparle por la espalda.

—¿Padre? —dijo en voz alta, sintiendo el terrible y extraño vacío de la palabra. El anciano abrió los ojos con gran esfuerzo y volvió la cabeza. Ojos castaños y legañosos la buscaron en la habitación. Aricia se levantó y se aproximó más—. Padre, soy yo, Aricia. He venido. —En ese instante, él la vio y su mirada le recorrió el rostro. Las manos se alzaron y volvieron a caer.

Ella se estiró y las tomó entre las suyas. Fue el acto más dificil y repugnante que había hecho en su vida, pero tomó los dedos frágiles y percibió la frialdad de la muerte que bañaba la piel. El anciano sonrió débilmente.

—Aricia —susurró—. Por fin estás en casa. No has cambiado nada, pequeña.

Sintió un temblor que pasaba de sus manos a las de ella y vio cómo cerraba los ojos en un intento por reunir fuerzas.

—Los jefes son como niños —prosiguió con lentitud—. Se enfadan fácilmente y son leales hasta la muerte. Trátalos como a criaturas. Deja en paz a los carvetos. Tenemos un acuerdo con ellos y con los parisios. Lucha contra los coritanos y dales una lección. Escucha a los druidas. Cumple con los sacrificios.

—Silencio, anciano —murmuró ella con fiereza—. Descansa tranquilo. ¿Acaso no soy de tu sangre? ¿No conduciré bien al Consejo? —Le dolía la cabeza y unas manchas negras le nublaban la visión.

Las manos del hombrecillo se aflojaron y Aricia se reclinó con alivio.

Sin embargo, antes de cerrar los ojos, el anciano añadió:

—Venutio. Un gran precio de honor. Mucho poder, pero leal a la Casa Brigantia. Entrégale..., entrégale... —Suspiró y se durmió. Un momento después, Aricia se incorporó y se acercó tambaleando al fuego. Se sentó en el suelo y, agotada, apoyó la cabeza en las rodillas.

«¿Entregarle qué? —los pensamientos retumbaban en su mente febril—. ¿Entregarle mi cuerpo?»

Cayó en un profundo y atormentado sueño y la mujer la encontró allí, quejándose y enferma, y mandó llamar a Venutio. Éste vino y la alzó en sus brazos como si fuera una pluma. La llevó a la choza de huéspedes y la depositó con suavidad en la cama. Avivó el fuego hasta que las llamas se elevaron casi hasta tocar el techo. Le puso una mano sobre la frente y la miró mientras se movía en la cama y mascullaba; esa niña malcriada, esa mujer real.

«Podría matarla ahora —pensó—. Podría tomar la almohada y ahogarla; los jefes jamás sabrían que no murió de la fiebre.» No obstante, se limitó a retirar el cabello negro y húmedo de su diminuto rostro y le habló a la mujer que aguardaba en silencio.

—Desvístela y sécala bien. Tápala con las pieles y mantén el fuego vivo. Llámame cuando se despierte. —Salió con rapidez; el barro le salpicó las botas y la lluvia tamborileaba sobre el techo como una loca canción de cuna.

Estuvo enferma durante cuatro días y, en ese lapso de tiempo, la lluvia cesó y salió el fuerte sol de verano. Su padre murió al tercer día, mientras dormía, y los jefes lo transportaron a su tumba sobre un catafalco, con su mejor vestimenta, su espada y su lanza. No lamentaban verle partir. Si se hubiera recuperado, le habrían matado, porque la Altísima de Brigantia era una vieja fea e incompetente que se paseaba gritando por las colinas yermas y les reprochaba su cobardía por no haberle matado mucho antes para permitirle volver a ser joven otra vez. Uno de los jefes la había visto, elevada sobre la aldea, con su negro vestido ondeando al viento y las huesudas manos cruzadas. El padre de Aricia sabía que de forma natural o no, había llegado su hora. Sólo quería ver a su hija, y una vez que la vio, se

desasió de la vida y se dejó ir, satisfecho. El funeral no se realizaría hasta que Aricia pudiera asistir, por lo que su cuerpo descansaba en el fondo del túmulo, en un sitio oscuro y tranquilo, rodeado de sus ornamentos de plata y bronce, su carro, sus copas, su cerveza y su carne. En cuanto la casa de piedra quedó vacía, los sirvientes descargaron los carros de Aricia. Se oyeron exclamaciones de admiración por la elegancia de las túnicas de textura delicada y fina, bordadas en oro y plata, y la suavidad y el largo de sus capas. No obstante, los broches, brazaletes y coronas de metal delgado les resultaron pobremente decorados y los manipularon con desprecio bajo la mirada vigilante de Venutio.

Al quinto día, Aricia se sentó en la cama y pidió agua y pescado fresco. El sirviente se acercó y reparó en aquellos ojos claros que evidenciaban salud. Aricia comió, bebió y volvió a dormirse con el rumor de las ovejas que balaban en la extensa ladera detrás de la aldea y el seco aroma del sol que había llegado para quedarse. Al sexto día, se levantó y se sentó ante la puerta, envuelta en mantas. Se apoyó contra la pared y cerró los ojos; su cuerpo, hambriento de sol, se deleitó con la suave tibieza mientras escuchaba el ir y venir de la gente. En ocasiones, los pasos se detenían y se suscitaban murmullos, pero Aricia no abría los ojos, oscilando entre la realidad y la fantasía, tratando de curarse con la fuerte luz amarilla, mientras la vida activa de la aldea continuaba a su alrededor, otorgándole una cierta estabilidad placentera. Sus sueños habían sido oscuros y terroríficos, los sueños de la fiebre, llenos de sangre, tinieblas y rostros deformados de personas conocidas. Pero en ese momento reposaba en el mundo real y eso la hacia sentirse indeciblemente feliz.

Al séptimo día, se trasladó a la casa de piedra; esa noche se dirigió con paso inseguro pero decidido al gran fuego que habían encendido en las afueras de la aldea, a los pies de la primera cuesta larga, que se extendía casi ocho kilómetros hasta la cima. Era el crepúsculo, tibio y lleno del aroma de la hierba y de las flores silvestres; Aricia aspiró la leve brisa con absoluto placer. Venutio se acercó a saludarla con una sonrisa y los jefes se pusieron de pie para golpear las espadas contra los escudos y gritar su nombre. Se sentó con las piernas cruzadas sobre su capa mientras las chispas rugían y se elevaban en el negro y aterciopelado cielo poblado de estrellas titilantes. Toda la aldea estaba allí, junto con los jefes, sus esposas y familias; las risas y conversaciones cobraron fuerza a medida que se servia la carne humeante y jugosa, y que la cerveza pasaba de mano en

mano. Venutio se acuclilló al lado de Aricia y ella le habló con voz queda, impresionada por su fortaleza y ojeando de vez en cuando su rostro curtido. Él le sonreía mientras la miraba con descaro y percibía el deseo en ella, aunque sin dejar de notar la advertencia que leía en sus ojos. Caradoc también la había notado. Había astucia y frío razonamiento en esos ojos, también inseguridad y odio a sí misma, pero por encima de todo, había deseo, de él, del poder o sólo de una vida plena; Venutio no lo sabia. Él era un guerrero, un luchador con experiencia y muchas cicatrices de un sinfin de peleas, y ella apenas una niña. ¿Lo era en realidad? Bebió un sorbo de cerveza con aire pensativo mientras Aricia permanecía en silencio. Por fin, Venutio se incorporó y gritó. La gente se acercó a él. El fuego agonizaba, pero era una noche tibia y no había nubes que ocultaran la blanca luna.

—Es hora del Consejo —anunció—. Esclavos, retiraos. Hombres libres, acercaos. —Nadie se movió. Los brigantes tenían pocos esclavos y hasta los sirvientes eran gente orgullosa, carentes de precio de honor pero no de libertad. Venutio desenfundó su espada y la dejó sobre la hierba. De inmediato, los jefes le imitaron—. El druida hablará primero —declaró y se sentó. Aricia se puso rígida y escudriñó la multitud. Un hombre se había levantado y avanzaba con su túnica blanca enrojecida por la luz del fuego.

Llevaba su capa en un brazo y se aproximó para hacerle una reverencia. Sin embargo, sus ojos permanecieron clavados en la oscura sombra de la colina que se alzaba detrás. Luego se volvió y se produjo un silencio expectante.

Durante unos instantes permaneció callado. Contempló las estrellas y los rostros ansiosos que le rodeaban; luego, empezó a caminar despacio con las manos en la espalda.

—Hombres y mujeres libres —manifestó con voz amistosa—, os habéis reunido esta noche para elegir a un nuevo gobernante, alguien que reemplace a quien os guió por muchos años, y también para dar la bienvenida a su hija, que regresa después de pasar largos años lejos de vosotros, su pueblo. Algunos os enfadaréis por lo que tengo que decir; otros sentiréis que mis palabras provienen de vuestros propios corazones que dudan, pero os pido a todos que me escuchéis.

»Me conocéis bien, brigantes. Voy y vengo. Ando como me place entre las tribus; os traigo la sabiduría de mis viajes y también verdades que es bueno que oigáis. Os pido que no elijáis a Aricia, la hija del jefe de la tribu. —Curiosamente, no hubo murmullos y Aricia notó que la muchedumbre

estaba absorta en las palabras del druida, atenta y en vilo. A su lado, Venutio se movió pero no la miró. El druida dejó de caminar y se plantó ante todos. Estaba tan cerca de Aricia que su túnica le rozaba los pies y ella los cruzó bajo su cuerpo—. Mis razones son pocas, pero contundentes. Día tras día, los refugiados de nuestro pueblo de la golpeada zona de la Galia inundan Albion, huyendo de la lenta marcha de la agresión romana, y traen historias de tal horror y degradación que las tribus que los cobijan en ocasiones no les creen. ¿Adónde va esta gente? Buscan vuestro socorro, el de los hombres del oeste, de los cornovios. Realizan el largo viaje al santuario de la isla sagrada, pero no acuden a los poderosos catuvelaunos. ¿Por qué?

Hizo una pausa y la multitud se inclinó hacia él con los ojos brillantes fijos en la luz que parpadeaba. Ese hombre, notó Aricia, no era ningún novato en la lenta persuasión de gentes simples. Cuando volvió a hablar, su voz adquirió un tono más bajo, más profundo.

—Porque los catuvelaunos han engordado y se han vuelto engreídos con el vino de Roma. Porque un hombre libre al que no le gusta comer de las fuentes romanas ni negociar en la lengua romana no está seguro, ¡ni siquiera entre sus propios hermanos! Y esta hija vuestra, esta hija del jefe de la tribu, ha vivido con ellos desde su infancia, ha bebido la leche del pensamiento romano, se ha tendido en almohadones romanos, disfrutado de todos los lujos foráneos, mientras sus hermanas veían a sus hijos clavados en las lanzas romanas y a sus padres encadenados para trabajar en las minas romanas. Cuando la miráis, hombres libres, ¿qué veis? Yo veo a un ser extraño, anormal, mitad catuvelauna y mitad romana. ¡No veo a una brigante libre! —Se alejó de pronto entre la masa de gente sentada, dejando oscuras insinuaciones en las mentes de su auditorio.

Todos se volvieron hacia Aricia con la curiosidad natural por su regreso y una naciente hostilidad. Miraron al principal miembro de la tribu, Venutio, con anhelo. Musitaron y se agitaron, pero nadie se levantó para tomar la palabra. Por fin, posaron la mirada en Aricia y esperaron; ella supo que debía levantarse y defenderse. Jamás había hablado ante un Consejo y tenía miedo, pero se puso de pie despacio mientras sentía que los últimos coletazos de la enfermedad le debilitaban las rodillas y le humedecían el cuello con sudor. Clavó la vista en la lejanía, donde las humildes chozas moteaban el campo. «¿Qué significan para mí estos tontos simplones? —

pensó—. ¡Que me echen y vuelvan a sus carneros y a sus chozas mugrientas!» Pero un cierto coraje despertó en ella, y habló.

—Pueblo de Brigantia —dijo con voz baja y clara—. He escuchado que se me describía como mitad catuvelauna y mitad romana y me he sorprendido. ¿Acaso los druidas han perdido sus famosos poderes de niemoria? ¿Acaso no recuerdan que los hijos de los reyes dejan sus hogares y van a otras tribus para que cuando regresen a los suyos puedan servirles mejor? Los hijos de los jefes suelen ir a Mona, el hogar de los druidas, a aprender la sabiduría de los antiguos. ¿Es esto algo nuevo? No para mi padre, que me envió con Cunobelin para aprender. —No mencionó que también había ido bajo gran presión de Cunobelin, como rehén, pero Venutio lo sabía y levantó la cabeza para clavarle una mirada fría e intensa. Aricia prosiguió mientras un extraño estremecimiento, una lenta excitación, la embargaban—. Pero los hijos e hijas regresan. Mi padre vivió con los coritanos en su juventud. ¿Y son los coritanos vuestros amigos? ¿Acaso no os odiáis todavía mutuamente, tanto como odiáis a los catuvelaunos? Entonces, ¿por qué sospecháis de mi? Sólo he hecho lo que hizo mi padre y su padre antes que él. ¡Miradme, hombres libres! —Con fastidio, se tiró del cabello y les mostró sus brazos y su rostro—. ¿Acaso no tengo el cabello oscuro y la piel clara como vosotros? Soy una brigante y lo sabéis. Y también conocéis los temores que el druida ha callado. Soy una mujer. ¿Añoraré los pequeños campos y los agradables bosques de los catuvelaunos? ¿Extrañaré a mis amigos y buscaré unirlos a mí para traicionaros al final a vosotros, mis verdaderos hermanos? —«¿Lo harás?», su propia mente se burló de ella. Bajó los brazos y respiró hondo—. Ya os ha gobernado antes una mujer y fue una gran guerrera. Soy la última de mi estirpe, una estirpe que se extiende más allá de los confines de Albion a las extensiones del norte donde el sol siempre es cálido y fuerte. Soy la hija de mi padre y, por lo tanto, vuestra hija también, y tengo un innegable derecho a vuestra lealtad. El druida ha apelado descaradamente a vuestros miedos, pero no tengo palabras amables con que ganarme vuestro amor. Tal vez deseéis considerar la petición de Venutio, ya que le conocéis bien. —Había dado en el clavo. Algunos rostros mostraron perplejidad y hubo un revuelo general—. Entonces, consideradlo. Pero recordad que sólo yo tengo sangre real y que, si me rechazáis, os deshonraréis a vosotros mismos. —Se sentó con brusquedad, sin saber lo que había dicho, con el corazón saltándole en el pecho.

Venutio se levantó de inmediato y comenzó a hablar. Dijo pocas palabras pues ya había tomado una decisión y sabía que la gente haría lo que él deseara. Antes de ir a Camalodúnum le había consumido la amargura al pensar que él, con su considerable precio de honor y la adoración de toda la tribu, tendría que arrodillarse ante una niña que hablaba con acento del sur y que miraría con desdén la tierra que él amaba. El viaje con ella había acrecentado su tormento. Era verdad que tenía un marcado acento al hablar. Sus ropas eran suaves y finas; sus ojos guardaban una muda rebeldía y un frío repudio hacia él y sus iguales. Sin embargo, había misterios en lo más profundo de ella, y su terca indiferencia a la ardua incomodidad del viaje denotaba una fortaleza oculta. Cunobelin le había dicho que Aricia sabia luchar y cazar, y también estar en su sitio frente a la gente libre. No lo había creído, pero entonces, al recordar la silenciosa resistencia de la joven durante las horas de cabalgata en el lodo y la lluvia, ya no estaba tan seguro. Necesitaba tiempo para conocerla mejor y, además, había prometido a su padre que la serviría con fidelidad aun a riesgo de su propia deshonra; y su honor era lo más importante para él. Su honor y su libertad. Había considerado la pérdida de su honor cuando casi había caído en la tentación de asesinarla, pero no había contemplado la pérdida de su libertad.

—No me importa lo que hagáis, todos vosotros —afirmó al Consejo—, pero ofrecí mi espada y mi vida a mi señor y ésta es su hija. Su derecho es indiscutible y lo sabéis. No me importa dónde pasó su infancia. Sólo me importa que ha vuelto a su hogar, a su gente, y que la diosa puede volver a correr por las colinas con la ligereza de sus primeros años. —Se agachó, tomó su espada y la depositó frente a Aricia. Luego volvió a ocupar su lugar a su lado y ella se volvió y le sonrió levemente. Hubo una pausa en la que Aricia vio la indecisión. Luego, uno a uno, entre murmullos y gruñidos, los demás jefes le imitaron. Vio cómo crecía la pila, pero pensaba en Venutio.

«¿Qué quieres de mí, montañés? —pensó—. ¿Por qué no tomaste tu espada y me cortaste la cabeza?» Sabia por qué, creía saberlo, y los espacios vacíos de su interior comenzaron a llenarse con una nueva tibieza.

Por fin, se levantó.

—Acepto vuestra lealtad —exclamó—. Tomad vuestras espadas. Mañana cantaremos por mi padre y luego comenzaremos nuestra vida juntos.

Venutio y ella dejaron la ronda del fuego y caminaron despacio hasta su casa. La luna ya había llegado a su cima en medio de una tenue nube

azulada, pero el resto del cielo estaba diáfano y Aricia se sentía cansada. Necesitaba otro sueño reparador y otro día de inactividad. Llegaron a su puerta y, de repente, Venutio buscó algo dentro de su túnica. Extrajo una pequeña bolsa de la cual sacó una moneda y se la enseñó. Estaban de pie ante la oscura sombra de la pared de piedra gris y Aricia sólo alcanzaba a divisar el brillo de la luna en aquellos ojos feroces y el leve movimiento de sus dedos.

—¿Veis esto, señora? —preguntó con suavidad—. Es una moneda de Brigantia. Tal vez no esté bien hecha ni sea de plata, pero está limpia, señora. Jamás ha sido tocada por una mano romana y ningún artesano romano le ha impuesto su rústico diseño. —La mordió en un gesto automático y volvió a guardarla—. Decidme, ¿es cierto que Cunobelin utiliza artistas y herreros romanos en sus talleres y forjas?

—Si, lo es.

Venutio emitió una exclamación de disgusto y masculló algo en voz baja.

—No toméis a vuestro pueblo a la ligera, señora —aconsejó en voz alta —. El río de los catuvelaunos vibra noche y día con los sonidos del comercio, pero nosotros también comerciamos desde las bahías de nuestra costa en pos de cosas que valoramos más que las baratijas que el césar envía a Cunobelin. Compramos espadas brillantes y cascos de bronce, ollas y fuentes hechas por quienes siguen las costumbres de nuestros padres. A cambio, les entregamos pieles de oveja y esto. —Volvió a hurgar en su túnica y le puso algo duro y frío en la palma de la mano. Aricia se dirigió a la luz de la luna y observó lo que tenía entre sus dedos. Era un grueso anillo de bronce, engarzado con una piedra de forma de pera y de un peso inhabitual, cuyas facetas destellaban de manera extraña al moverla de un lado a otro. Era negra. No poseía una gran belleza ni producía estallidos de admiración o envidia pero, al observarla, atrapaba la mirada y ejercía una especie de involuntaria fascinación, un deseo de posesión, de contemplarla para siempre. Se la devolvió.

—¿Qué es?

—Azabache, señora, azabache, negro como la noche. No es tan hermoso como la amatista ni como los corales que tanto gustan a los catuvelaunos, pero es la piedra de vuestra tierra y la refleja con verdad. Es una tierra de soledad y secretos, dura y árida; sin embargo, es capaz de imponerse si uno la deja. —Se acercó un paso y ella levantó la cabeza, casi

sin aliento. Notó un soplo de deseo que emanaba de él y Venutio le apoyó las manos en la cabeza, le acarició el cabello y la tomó de los hombros—. También es capaz de destruir —añadió con un murmullo—, si sois débil y le infundís miedo y desprecio.

Presa de un impulso, Aricia se puso de puntillas, y le rozó la mejilla barbada con los labios. No obstante, aun en medio de esa ola de gratitud, aún sentía desdén, rechazo por él, por su pueblo y por ese lugar sucio.

«Manosea todo lo que quieras, tonto —pensó con una sonrisa interior —. Pronto podré hacer lo que me plazca con todos vosotros; vuestras bahías estarán llenas de comerciantes que me traerán vino; este lugar se elevará sobre las paredes que construiré y pondré vacas a pastar con esas estúpidas ovejas.» Se apartó con delicadeza de aquellas manos grandes, pero no de los ojos. Ya había visto miradas como ésa, observándola desde los matorrales mientras cabalgaba por los senderos del bosque con Caradoc y Togodumno.

Eran los ojos de un animal que percibía el peligro aun sin comprenderlo.

Venutio sonrió mientras sus pensamientos se volvían de repente oscuros y confusos; ella le devolvió la sonrisa al tiempo que extendía la mano para descorrer las pieles.

—No necesitas arengarme, amigo mío. No niego que he llegado aquí como una forastera, pero soy joven y prefiero enfrentarme al cambio y la aventura antes que huir. —La asaltó un pensamiento y dejó caer las pieles.

Se volvió hacia él otra vez—. Dime, ¿suelen verse druidas por aquí?

—Por supuesto. Siempre hay uno o dos alojados en la choza de huéspedes.

—Comprendo. Bien, buenas noches.

—Dormid segura, señora.

Entró y soltó las pieles, que cayeron con un suave sonido a sus espaldas.

Su sirvienta ya se había ido a acostar, pero el fuego seguía danzando y las sombras de las paredes bailaban también. Se dirigió a su cama y se sentó despacio. El silencio de la noche la envolvió en una paz momentánea. Después se recostó, tomó el talismán que Gladys le había dado y lo acarició con ternura. «Los druidas tendrán que marcharse —pensó—. De alguna manera, debo lograr que la gente se vuelva contra ellos, pero no será fácil y necesitaré tiempo y una buena planificación para conseguirlo.» De pronto, el fuego chisporroteó y un leño rodó una corta distancia. Un profundo dolor la embargó, una punzada de nostalgia. Durante dos semanas no había reído

ni visto a nadie con quien pudiera compartir los últimos quince años de su vida. Se encontraba entre extraños que siempre serian extraños. Estaba sola. Se volvió de costado y finalmente lloró mientras esa criatura que había sentido cuando dudaba antes de cruzar la frontera de su tierra, ese ser oscuro y desconocido, se acercaba.

Por la mañana, bajo un sol ardiente, los jefes se congregaron alrededor del tumulo donde yacía su padre. Habían encendido un fuego pálido y débil, empequeñecido por la luz que se derramaba encima y en derredor. Todos los hombres libres lo rodearon y Aricia los acompañó, vestida de azul y amarillo, con una coronita de oro sobre el cabello suelto y la espada sujeta a la cintura. Venutio estaba a su lado; el cabello rojizo le caía por la espalda y tenía la barba peinada. Llevaba el escudo en un brazo y el casco en la cabeza, pues se habían reunido para saludar a un guerrero, no a un viejo y gastado anciano. El escudero y el bardo de su padre estaban aparte; este último sostenía su pequeña arpa en los brazos. Por fin, llegó el druida con su blanca túnica resplandeciente bajo el sol. Los sacrificios se habían realizado mientras ella yacía agitada por la fiebre y, por tanto, la presencia del sacerdote ya no era necesaria; pero estaba allí por respeto y un contumaz y desvergonzado deseo de demostrar su inmunidad le llevó a acercarse y situarse junto a ella con una sonrisa de saludo.

Cuando todo estuvo listo, el bardo caminó hasta la sombra del pequeño montículo de tierra y después de afinar su arpa, comenzó a cantar. Cantó sobre festines pasados, sobre su padre y su esposa en su juventud paseando por las colinas al amanecer, sobre Aricia misma cuando era un bebé. Contó que su padre se había encontrado con la diosa junto al mar y la había besado y que, a partir de entonces, su dominio había sido justo y próspero. Cuando terminó, los jefes de su padre comenzaron a cantar, con suavidad al principio, golpeando el ritmo en los escudos con sus manos morenas y los cabellos arremolinados por el viento. El sol se reflejaba en el sinfin de bronces: brazaletes, broches, torques gruesas, todos retorcidos con los diseños de pesadilla y las volutas intrincadas de los artesanos del norte. Le recordaban a Aricia las extrañas formas talladas en el Gran Salón de su hogar, en Camalodúnum, pero allí, a donde pertenecían, adquirían un poder y una vida mucho más intensos que en los oscuros e indiferentes pilares ennegrecidos por el humo donde Cunobelin tejía sus mentiras. El canto se hizo más intenso, adquirió alas y se elevó en el aire limpio cuando otros se unieron a él. Sin embargo, el druida guardaba silencio y Aricia, con

lágrimas en las mejillas, no conocía las palabras. La rítmica majestuosidad de la música y la visión de esos hombres grandes y barbados cantando apoyados en sus espadas la conmovían. En un cegador momento de conciencia, supo que no era digna de ellos, ese pueblo inocente de las colinas inmaculadas. La melodía cambió, se hizo lúgubre y se desvaneció. El poeta volvió a empezar, relatando el lento envejecimiento de su padre alrededor de los fuegos de su edad madura, su soledad, la nostalgia por la esposa que descansaba en paz en su largo sueño bajo la tierra. Los jefes se sumaron otra vez y el coro se mezcló con la voz aguda del bardo. Aricia, que ya vivía en el límite de la tensión nerviosa por los acontecimientos de los últimos días, se dejó llevar, apoyó la cabeza en el pecho de Venutio y lloró. Él siguió cantando, pero la sujetó con firmeza y ella cerró los ojos mientras las lágrimas seguían fluyendo entre los blancos párpados. Cuando acabó la canción, los hombres se adelantaron uno por uno para pronunciar breves discursos sobre su señor muerto. Luego fue el turno de Aricia. Se acercó al pozo en el montículo y se volvió para enfrentarse a la multitud al tiempo que buscaba desesperadamente palabras que no encontraba.

«¿Qué puedo decir? —pensó, presa del pánico—. Mentiras, sólo mentiras. ¿Acaso debo decir que le amaba, que le extrañaba? ¿Puedo decir que le dedicaba un pensamiento cuando Cunobelin y yo apostábamos en las noches?» Se tragó las lágrimas y comenzó a hablar. Una vez más, la extraña exaltación del poder cercano la sobrecogió y las palabras empezaron a brotar de sus labios rojos. Se hizo un profundo silencio. «¡Mentiras! —le gritaba su mente—. ¡Todas sucias y despreciables mentiras!» Entonces, su voz adquirió fuerza, embriagada con su propio sonido, y las lágrimas cesaron cuando descubrió que retenía la atención de la gente del mismo modo en que podía hacerlo el druida. El poder se expandió en su interior como un sol al despuntar, esclavizando a su audiencia ensimismada, y cuando pronunció la última palabra y regresó a su sitio para tomar la mano de Venutio, no supo que Aricia había desaparecido y que el embrión de alguien nuevo oprimía la mano de Venutio y le sonreía a los ojos con una promesa y los hilos invisibles de un hechizo.

OceanofPDF.com

Invierno del año 40 d. de C.

CAPITULO 5

Fearachar les quitó las correas y los perros se lanzaron hacia los matorrales, sus roncos y excitados ladridos se convirtieron en una ensordecedora cacofonía de sonidos confusos.

—¡Encontraron el rastro! —gritó Cinnamo—. ¡Tras ellos!

—¡No los pierdas, Fearachar! —chilló Sholto—. ¡Tenlos controlados!

Pero los perros no respondieron a los frenéticos silbidos de Fearachar y el grupo se lanzó sobre sus huellas. Era otra mañana de invierno, tranquila y fría. Durante la noche había helado pero la escarcha ya se había derretido con el sol; no obstante, allí, bajo los árboles, aún había zonas en que el suelo estaba congelado y los pies de los hombres hacían crujir la hierba quebradiza. El aliento de sus bocas se elevaba como vapor sobre las ramas y los rostros estaban rojos y contraídos por el frío. Togodumno saltó un pequeño arbusto y desapareció por el sendero tras dejar atrás a Fearachar. Caradoc, su hijo Llyn, y Cinnamo le siguieron. Caelte se detuvo para ajustarse la capa alrededor de los hombros; después recogió su lanza y corrió entre los árboles.

Ya no era necesario guardar silencio. Los perros habían encontrado la pista y el jabalí debía de estar muy cerca, yendo con torpeza de un lado a otro, precipitándose furiosamente en busca de un arroyo o un matorral denso donde esconderse. Fearachar volvió a silbar, pero los perros no le obedecieron. Alcanzaba a oír los ladridos alborotados en algún punto a su derecha, y prosiguió tras el destello escarlata de Togodumno que avanzaba. Caradoc, Llyn y Cinnamo pronto le alcanzaron y juntos continuaron con Caelte sin aliento en la retaguardia. De pronto, los árboles se espaciaron y oyeron que Togodumno lanzaba un potente grito.

—¡Allí está! ¡Es enorme! ¿Dónde están las redes?

Caradoc señaló más allá del jabalí, que se quedó inmóvil un momento, resoplando.

—Vocorio y Mocuxsoma las tienen. Deberían estar allí, un poco a la izquierda. ¿Dónde están esos malditos perros? —Fearachar silbó otra vez, enfurecido, y por fin los perros aparecieron, con las lenguas rojas colgando. Al verlos, el jabalí volvió a la carga, lejos de los hombres y en dirección a los arbustos. Los perros lo siguieron, desplegándose en respuesta a un nuevo silbido.

—Tog, quédate donde estás —ordenó Caradoc—. Fearachar, tomad la derecha. Caelte, tú y yo avanzaremos. Si las redes están donde deberían, lo tenemos atrapado.

—¡Mi presa, mi presa! —rogó Llyn y sus ojos castaños suplicaron a su padre, pero Caradoc sacudió levemente la cabeza.

—Todavía no, Llyn. Tu madre no me perdonaría si resultaras herido. No tienes edad suficiente. —Los ojos perdieron la chispa, pero Llyn se encogió de hombros con resignación y Caradoc sonrió a esa cabeza revuelta—. Lleva mi lanza —le ofreció— y si lo mato yo, te daré un colmillo.

—No se puede comparar un colmillo con mi cuchillo clavado en su cogote —protestó Llyn, pero tomó la lanza con orgullo y Caradoc siguió corriendo.

De repente, se oyó un chillido salvaje y animal, un estallido de furia pura seguido de una sucesión de alaridos. Togodumno tiraba como un loco de su lanza, atrapada en una enredadera que trepaba detrás de él, y Vocorio y Mocuxsoma luchaban para sujetar la red mientras el jabalí se retorcía y sacudía la cabeza con los colmillos y una pata enganchados en el cuero resistente. Los perros ladraban y corrían frenéticamente de un lado a otro y los diminutos ojos rojos del jabalí echaban chispas mientras se liberaba.

—¡Cuidado! —exclamó Cinnamo—. ¡Vocorio, arroja la red! —El hombre corrió hacia delante al tiempo que el jabalí movía la cabeza y se abalanzaba sobre el perro más cercano con las cortas patas martilleando el suelo. La red cayó sobre él y el animal rodó de espaldas, retorciéndose y chillando en una espantosa agonía. Llyn empujó la lanza hacia su padre y corrió hacia delante mientras buscaba su cuchillo, pero Caradoc le sujetó con firmeza.

—No, Llyn. Compórtate.

—Es mi presa —declaró Togodumno. Recuperó su lanza de entre la enredadera y avanzó, pero Caelte le cortó el paso.

—No, señor, es mi presa —replicó, y el jabalí, de pronto, se quedó quieto bajo la red, como muerto.

—Tú ya mataste uno hace tres días —se quejó Togodumno.

—Y vos lo hicisteis ayer —insistió Caelte, pero Togodumno se negaba a ceder.

—No fue más que un ciervo —explicó en tono ofendido.

—A pesar de eso, este jabalí es mío. ¿Deseáis pelear? —Caelte contempló con calma el rostro malhumorado de Togodumno, y éste soltó su

lanza. Le dio la espalda como un niño malcriado y meneó la cabeza.

—En realidad —intervino Llyn en voz alta—, el jabalí es mío, pero mi padre no me deja matarlo.

Togodumno se volvió.

—¡Por supuesto que no! —se adelantó—. Observa, Llyn, y verás lo sabio que es tu padre. —Se adelantó despacio hacia el animal y Caelte lo estudió con ansiedad para cerciorarse de que no sacara el cuchillo y le robara la presa. Pero Togodumno no tocó siquiera su cinto. El jabalí continuaba tendido, como inerte, pero los pequeños ojos seguían cada movimiento. Tog se detuvo, levantó una mano como si tuviera un cuchillo y se agachó. De repente, el animal saltó con un gruñido. Se lanzó hacia Togodumno; los colmillos contenidos por el cuero se asomaron furiosamente y tres de las gruesas cintas de cuero se rompieron. Togodumno se apartó de un salto y el jabalí forcejeó con desesperación. Uno de los colmillos se clavó en el suelo donde Tog había estado un momento antes—. ¿Ves? —aventuró con una sonrisa—. Si te hubieras acercado para cortarle el pescuezo, te habría atrapado, Llyn. Y ahora yacerías en el suelo con la pierna abierta hasta el hueso.

Llyn le devolvió la sonrisa. Quería mucho a su tío, atraído por el brillo de su afabilidad y su encanto radiante. También quería a su padre pero a los seis años todavía le respetaba y le temía demasiado como para sentirse cómodo en su presencia. En cuanto a su abuelo..., arrugó la nariz y guardó su cuchillo. Cunobelin era como una vieja araña gorda y maloliente, encerrado en su Salón todo el día. Llyn lo evitaba cuanto podía.

—Bueno, Caelte, hazlo de una vez —le urgió Togodumno y Caelte extrajo su cuchillo y rodeó al jabalí, a la espera del momento en que los ojos rojos se distrajeran. Luego se acercó deprisa al animal, lo tomó de un colmillo y deslizó el cuchillo por el cogote gris y áspero. La sangre humeó al caer al suelo y derritió al instante un charco diminuto de escarcha que dejó ver las hojas verdes de debajo.

—Buena cacería —aprobó Caradoc. Vocorio y Mocuxsoma esperaron a que la bestia agonizante dejara de retorcerse y después comenzaron a atarle las patas al palo que habían traído. Caradoc se volvió hacia Fearachar—. Los perros son ingobernables —precisó—. Habrá que entrenarlos mucho más si deseamos que estén listos para embarcarlos en un mes. El negro con el hocico gris debería ser adiestrado aparte. Se queda rezagado hasta que los demás han cumplido la tarea; entonces se adelanta y comparte la gloria.

—Como alguien que yo conozco —masculló Fearachar con un ojo en Togodumno mientras se dirigía a Llyn—. Bueno, será mejor que hable con los adiestradores. —Se desperezó—. Una buena mañana de cacería. Ahora, a beber vino y caldo caliente.

Vocorio y Mocuixsoma cargaron el palo en los hombros y echaron a andar de regreso al sendero donde estaban atados los caballos y un carro aguardaba para llevar la presa. Cinnamo, Llyn, Caradoc y Togodumno los siguieron juntos, y Sholto y Caelte cerraron la marcha. Fearachar se quedó atrás para juntar los perros y colocarles las correas. El sonido de sus silbidos y golpes se fue extinguiendo despacio.

—¿De veras era tu presa, Caelte? —preguntó Llyn y Sholto le dio una palmada en la oreja en un gesto juguetón.

—Ten paciencia, cachorro. Todavía tendrás que esperar un año más y es posible que ni siquiera entonces tu padre lo permita.

—En ese caso, tendré que salir solo y cazar en secreto.

Caradoc rió, pero había un dejo de advertencia en su carcajada. Pasó un brazo alrededor de los hombros fuertes y sintió una oleada de orgullo, contento de que el niño diera muestras de salir a él y no a Eurgain, aunque la quería. Llyn tenía el cabello castaño oscuro, con algunos destellos rojizos cuando el sol se abatía sobre su cabeza. La barbilla cuadrada, todavía enmarcada por los suaves rasgos de la niñez, era bastante hendida, un signo inconfundible de los miembros de la Casa Catuvelauna, y el cuerpo bien formado ya era musculoso. Caminaba con el mismo paso parejo y tenaz de su padre, pisando con entusiasmo y confianza, pero poseía la risa profunda y contagiosa de Togodumno, plena de alegría. En ocasiones, cuando Llyn estaba inmerso en sus pensamientos, Caradoc creía ver a Cunobelin en los ojos velados y la sonrisa secreta, pero Llyn no solía quedarse quieto el tiempo suficiente como para dedicarse a la introspección. Corría por toda Camalodúnum y sus alrededores con tres o cuatro de sus amigos y pasaba mucho tiempo en las cuadras esperando que se le concediera permiso para montar los caballos grandes. Había renunciado hacía un año a los ponis de los carros, pero algunas veces montaba uno a regañadientes para acompañar a sus hermanas.

La pequeña Eurgain tenía cinco años; era rubia y testaruda, y ya insistía en montar algún animal más inquieto. Gladys tenía cuatro, era morena como su tía y jamás lloraba. Se parecía de una manera perturbadora a Aricia; miraba el extraño mundo de los catuvelaunos con ojos altaneros y

cautelosos y más de una vez, al trepar a las rodillas de Caradoc, había abierto las puertas de sus recuerdos. Por un momento, la dolorosa y punzante carencia le asediaba con toda su imposible dulzura, paralizándole con la fuerza de los aromas y colores recordados. Incluso entonces, siete años después de que se hubiera alejado en la niebla con lágrimas en los ojos y los labios apretados para refrenar la angustia de la partida, Aricia era capaz de reducirle casi a la impotencia fisica. En el tiempo que tardaba en levantar a su hija, revivía cada ardiente encuentro, cada palabra susurrada, cada acto de repudio violento; finalmente, se obligaba a descartar los persistentes recuerdos en un acto de voluntad. Era muy feliz con Eurgain y sabía que había tomado la decisión correcta. Preferiría perder su honor que perderla a ella. Ya casi habían pasado el séptimo año juntos y él le había hecho una broma al preguntarle si tomaría su ganado y sus hijos y regresaría con su padre, cansada ya de la vida de casada. Según la costumbre, podía hacerlo después del séptimo año, pero ella se había limitado a reír.

—Le he echado el ojo a Cinnamo —había contestado mientras intentaba mantenerse seria—. Me interesa mucho, pero creo que prefiero ser tu primera esposa antes que la segunda de Cinnamo.

—A Cinnamo le gustan las mujeres feroces y luchadoras —había respondido él con una pizca de celos—. No sabría qué hacer contigo.

Ella se le había acercado, todavía con una expresión alegre en los ojos azules.

—El otro día me dijo que los hombres necesitan variedad. Tal vez esté cansado de los dientes y las garras de Vida, y desee un cambio. —Entonces le besó antes de que él explotara, con los labios todavía temblorosos por la risa, en la certeza de que estarían unidos para siempre.

Caradoc se volvió a su hijo mientras se acercaban al borde del bosque.

—Jamás caces solo, Llyn. Si te hieren en el bosque, ¿quién te socorrerá? Es posible que te parezca que no hay gran diferencia entre el valor y la imprudencia, pero ningún hombre respeta a otro que es imprudente.

Llyn no respondió. Cruzaron entre los árboles y hallaron a los caballos que esperaban con paciencia y al sirviente sentado en el suelo. El hombre se levantó para saludarlos y montaron. Llyn saltó desde una raíz elevada para caer a horcajadas sobre el lomo del caballo antes de que echara a trotar sin él. El sol brillaba, pero apenas irradiaba un calor débil e insípido, y los hombres estaban ansiosos por un poco de calor frente al fuego y vino

caliente. El carro crujía detrás de ellos, cargado con el jabalí, todo el equipo de caza y con Vocorio y Mocuxsoma sentados atrás; éstos cantaban con las piernas colgando hacia fuera, mientras Llyn trotaba por el sendero entre gritos y chillidos.

Condujeron los caballos bajo la fría sombra de las puertas y Vocorio y Mocuxsoma saltaron del carro para dejarlo junto al muro. Los hombres libres vendrían y despellejarían a la bestia. Guardarían los colmillos para Caelte y llevarían el equipo al armero para su limpieza y reparación. Todos dejaron atrás las cuadras y las perreras, atravesaron sendero arriba el circulo de los hombres libres y llegaron a la tierra llana frente al Gran Salón, donde un viento helado les sacudió las capas y encendió aún más las ya sonrojadas mejillas de Llyn. Una multitud estaba reunida allí, de pie en grupos, conversando o en cuclillas en el suelo. Más allá, oyeron el choque de espadas y se adelantaron para mirar. Llyn tiró de la manga de Caradoc con excitación.

—¡Son mamá y la tía Gladys! —exclamó. Los jefes y hombres libres los dejaron pasar y encontraron un lugar para sentarse. A Llyn lo situaron junto a Sholto y le advirtieron que guardara silencio. Cualquier grito o movimiento repentino podía terminar en una tragedia en el campo de prácticas, donde no había intención alguna de matar. Llyn lo sabia bien y se quedó muy quieto, con los ojos brillantes y la boca abierta.

Su madre y su tía daban vueltas una alrededor de la otra, con las espadas en alto. Ambas mujeres llevaban calzones, túnicas cortas y el cabello trenzado y sujeto a la cintura. Los brazos izquierdos estaban libres. Caradoc prefería que Eurgain practicara con un escudo, pero no solía hacerlo y Gladys tampoco. Sin embargo, ambas eran conscientes de que debían acostumbrarse al peso adicional. Gladys se había limitado a encogerse de hombros cuando Cinnamo la censuró al respecto.

—No es probable que vaya a la guerra —había argumentado—, y he jurado no volver a participar en incursiones. Entonces, ¿para qué debo estar sobrecargada?

Cinnamo no estaba de acuerdo; nadie estaba de acuerdo, pero a las mujeres no les importaba. El entrenador de Gladys gritó algo y las dos se cerraron. Entonces, con la velocidad de una ráfaga de viento, Eurgain se escabulló por debajo del arco ascendente de Gladys y trazó un corte horizontal con su espada que habría cortado en dos a su cuñada si ésta no lo hubiera previsto, pero retrocedió y se apartó con un giro. Ambas estaban

cansadas; el sudor bañaba sus rostros y respiraban con agitación. Gladys era la más fuerte de las dos, con un estilo limpio y enérgico, pero Eurgain era más delgada y ligera. Era un buen combate. Eurgain aprovechó su ventaja y persiguió a Gladys con una serie de estocadas rápidas e incesantes y la gente se abrió para quitarse de en medio. Entonces Gladys se volvió y lanzó una estocada. No era una maniobra común. Las espadas estaban diseñadas para movimientos amplios y al sesgo, no para clavar a corta distancia. Las puntas eran romas aunque las hojas estaban afiladas con tal precisión que se podía cortar un manojo de hierba en el aire. No obstante, la punta de la espada de Gladys rozó el cuello de Eurgain y la sangre oscura comenzó a bajar por delante de su túnica manchada de sudor. No le dio importancia y giró para asestar otro golpe, pero el entrenador les ordenó detenerse. De inmediato, ambas mujeres soltaron las espadas y se acercaron tambaleándose y jadeantes para apoyar cada una la cabeza en el hombro de la otra. Caradoc se levantó y fue hacia ellas, seguido de Cinnamo.

—Eurgain debería practicar conmigo —comentó Cinnamo mientras cruzaban el tramo de tierra que los separaba de las puertas del Salón—. Tiene un buen golpe, pero pierde el equilibrio al tirar hacia atrás con la espada.

—No creo que su habilidad le importe tanto como para probar contigo y tal vez perder la cabeza —replicó Caradoc cuando llegaron a donde Gladys y Eurgain estaban sentadas en el suelo. Se acuclillaron y Llyn echó los brazos al cuello de su madre. Eurgain hizo un gesto de dolor.

—Has estado muy bien, madre —afirmó con seriedad—, pero mantienes los pies demasiado juntos para conservar el equilibrio. Un día resbalarás y la tía Gladys te matará por accidente.

Gladys sonrió al tiempo que se limpiaba el rostro con su túnica sucia.

—La tía Gladys no sería tan descuidada —aseguró—. Estoy siempre preparada para un accidente, Llyn, y tu madre y yo hemos practicado juntas desde antes de que tú nacieras. Sabemos qué esperar de la otra. ¿Te he hecho daño, Eurgain?

Caradoc le apartó el cuello de la túnica, pero la herida no era profunda y su esposa meneó la cabeza.

—No mucho. Bueno, Cinnamo, ¿qué opinas?

—Llyn tiene razón —contestó enseguida—. Separad más los pies y no levantéis tanto la espada.

Gladys suspiró.

—Estoy cansada y sedienta. Y muy sucia. —Se incorporó de pronto y se alejó despacio. Eurgain también se levantó, con una mano en el cuello mientras la sangre seguía colándosele entre los dedos.

—Llyn —dijo—, corre a la casa y dile a Tallia que prepare agua caliente. ¿Habéis tenido una buena cacería, Caradoc?

—Bastante buena, pero los perros se han vuelto muy indisciplinados.

Caelte mató a la presa.

—Pensé que era el turno de Sholto.

—En realidad —terció Llyn—, era mi turno, pero papá...

Caradoc le dio una palmada en el trasero.

—Ve a hacer lo que tu madre te ha ordenado —indicó, y Llyn corrió hacia la casa—. Tiene muchos deseos de matar su primera presa —explicó Caradoc— pero, aunque se lo permitiera, no creo que tenga la fuerza necesaria para hacerlo.

—Además quiere pelear con espada de hierro y no de madera —acotó Cinnamo—. Es un niño persistente.

—¡Que siga con la de madera! —dijo Eurgain con tono áspero—. No cedas, Cin.

—No tengo intención de dejar que se mate —declaró Cinnamo. Caradoc besó a Eurgain en la mejilla caliente y se volvió.

—Necesitamos comida y bebida —dijo— y tú necesitas agua y ropa limpia.

El y Cinnamo se dirigieron al Salón y Eurgain echó a andar colina arriba hacia su casa. Oyó que Tallia reprendía con tono juguetón a la pequeña Eurgain, que reía con deleite. Llyn salió pero no corrió hacia ella. La saludó con la mano y desapareció en dirección a las perreras al tiempo que ella ascendía los últimos metros con fatiga y el cuerpo acalorado pero cansado.

Cunobelin estaba solo, sentado sobre unas mantas dispuestas en un rincón del Salón. Sostenía una copa en sus manos rígidas e hinchadas y tenía las piernas dobladas bajo el cuerpo. Ninguno de sus hombres le acompañaba, y Caradoc se preguntó con ira dónde estarían. Se suponía que ningún jefe de una tribu debía caminar, sentarse, cazar o pelear sin por lo menos dos de sus jefes a su lado. De repente, tomó conciencia de lo viejo que se había vuelto su padre, del embotamiento de su mente y la inmovilidad de su cuerpo. Cunobelin tenía la mirada perdida y el rostro impávido. Cuando Caradoc hubo comido y conversado un momento más

con Cinnamo, Caelte y Sholto, se sirvió más vino, tomó un puñado de guisantes secos del saco situado detrás de la puerta y se acercó a él. Cunobelin volvió un poco la cabeza, pero no dio ninguna otra señal de vida y Caradoc se sentó a su lado con las piernas cruzadas. Vio entrar a Togodumno y a tres de sus jefes, pero se acomodaron en el otro extremo del largo y oscuro salón. Caradoc sabía que estaban charlando sobre la cacería y que Tog la revivía con los gestos y palabras consagrados a través de miles de años de narración de relatos. Se preguntó si Adminio regresaría de su incursión antes del atardecer.

Cunobelin había mantenido una firme presión sobre los coritanos durante los últimos cinco años y Adminio, y en ocasiones el propio Caradoc, habían pasado mucho tiempo con frío y mojados en los bosques, a la espera de que llegara la noche para cruzar la frontera a fin de robar y matar. No había mucho que los coritanos pudieran hacer. Cunobelin los insultaba y enfurecía con sólo deslizarse alrededor de sus abovedados fuertes de las colinas y asestar golpes cada vez más cerca de la capital.

Los coritanos no tenían rey. Los gobernaba un Consejo y dos jueces que jamás lograban decidir si seria mejor declarar la guerra a los catuvelaunos o seguir protestando ante Roma. Mientras dudaban, Adminio, Caradoc y Togodumno los atacaban una y otra vez. Los coritanos esperaban grandes resultados cuando enviaban sus iracundos emisarios a Roma. Tiberio había muerto tras cuarenta y cinco años de reinado. Había sido un hombre justo e inteligente, perspicaz, que había utilizado el ejército y la ley para crear la pax romana. Pero había mantenido una posición firme en cuanto al lugar de Albion, que quedaba excluida de la pax. Albion era buena para el comercio, pero su conquista sería demasiado costosa y Tiberio había manifestado que su frontera occidental era la costa de la Galia. Más allá, estaba el océano y los confines de la tierra. No obstante, Tiberio estaba muerto y Cayo César, un muchacho de diecisiete años y cubierto de granos, se pavoneaba en Roma, ardiendo en deseos de mostrar lo que podía hacer. En ese momento, estaba demasiado cerca, investigando una conspiración en Germania y preparando sus indisciplinadas y desordenadas huestes para una invasión al Rin, pero Cunobelin y sus hijos no le hacían caso del mismo modo que no le habían hecho caso a Tiberio. Roma había probado con Albion y Albion había cerrado la tapa sobre sus dedos. No había nada más que decir y Cayo podía seguir molestando a sus sufridos generales y avergonzando al senado todo el tiempo que quisiera. Los coritanos esperaban un cambio en la

política imperial con relación a los depredadores catuvelaunos, pero hasta el momento, sólo era una esperanza, mientras Cayo vacilaba en Germania y sus tropas alborotaban la campiña.

Caradoc bebió un sorbo de vino y mordió los guisantes; Cunobelin parecía no prestarle atención. Podía oír su esforzada respiración: el aire silbaba al salir de los pulmones. Paseó la vista por los dedos azulados y artríticos, desprovistos de anillos puesto que Cunobelin ya no podía pasarlos por los nudillos inflamados. Por fin, Caradoc aventuró con suavidad:

—¿Cómo estás hoy, padre? ¿Dónde están tus jefes?

Cunobelin volvió la cabeza despacio. Los diminutos ojos de cerdo que siempre habían brillado con malicia o ira estaban hundidos, velados, y la carne pesada del rostro le colgaba. El cabello gris despeinado caía en cuerdas grasientas; el cuello estaba tan agrandado y regordete que la torques de oro se hundía en los pliegues de la piel pálida. Cunobelin se tomó un rato antes de sonreír a su hijo, si es que ese gesto podía considerarse una sonrisa. Fue más bien una mueca, y una ráfaga de aliento fétido a vino y estómago revuelto asaltó la nariz de Caradoc.

—¿Cuándo estoy bien últimamente, Caradoc? —repuso el anciano con voz ronca y gran esfuerzo. Caradoc se dio cuenta de que estaba profundamente borracho—. En cuanto a mis jefes, si los encuentras, pregúntales tú mismo qué están haciendo. No dudarán en contártelo a ti. Conspiran en mi contra y por lo tanto, les averguenza mirarme a la cara. — Levantó la copa con ambas manos y bebió un largo trago. Un hilo de vino bajó por la comisura de sus labios hacia el cuello. Luego apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos.

Caradoc no respondió de inmediato. Conocía a los jefes de la tribu, a todos, y sabia que si tuvieran motivos de queja los gritarían en el Consejo y no se escurrirían furtivamente a espaldas de su señor. Lo más probable era que el estado de su padre les preocupara y no supieran qué hacer. Hacía un año que Cunobelin no dejaba el Salón. Comía y dormía allí, envuelto en una pila de mantas viejas. Obligaba a Cathbad a que le cantara horas enteras las canciones sobre su vida, sus amores y conquistas, sus sueños, sus cientos de incursiones, pero no sobre sus fracasos, ni sobre la maraña de ambiciones con que había tejido un tapiz que aún habitaba, con colores ya opacos, en las penumbras de su mente. Sus jefes veían que el fin se aproximaba, todos lo sabían, pero Cunobelin era tan resistente como complejo y seguía

viviendo, débil pero firme en su lucha contra la muerte, el último enemigo. Eventualmente, el interés de la tribu había mermado y todos habían seguido con sus asuntos. Los jefes no querían matarle, Caradoc lo sabia. Preferían que muriera por propia voluntad, quizá por su propia mano, pero la situación era grave. Era obvio que la diosa se tambaleaba y que sus poderes de protección menguaban. El verano había sido húmedo y muchos de los cultivos se habían echado a perder en el suelo sin poder ser cosechados. Había habido una helada tardía en la primavera y muchos terneros habían muerto. Sería necesario hacer algo, pero la tribu aguardaba por amor al hombre que los había elevado a todos a un estado de riqueza y poder inimaginable y les había dado un reino. Caradoc meditaba sobre esto mientras escuchaba las conversaciones que brotaban a su alrededor, lejos del invisible círculo de aislamiento que había establecido Cunobelin. Luego le arrebató la copa con firmeza de las manos frías a su padre y la arrojó al otro lado del Salón.

—Ya has bebido bastante —le reprendió—. Si vas a morir, hazlo al menos como lo hicieron nuestros antepasados, ¡con los ojos bien abiertos y fijos en la próxima vida y una carcajada en los labios! ¿Qué te aqueja? ¿Acaso tienes miedo? —Esa palabra fue una estocada profunda, tal como Caradoc esperaba, y atravesó la gruesa capa de embriaguez y desesperanza. Cunobelin gruñó y se levantó apoyándose con las manos en el suelo, cerca de las rodillas.

—No, no tengo miedo —siseó con rencor, con palabras entrecortadas—. He visto la muerte demasiadas veces para tener miedo. Me siento aquí y recuerdo todo lo que no he hecho y la cólera me devora. Mi cuerpo ya no me obedece, pero mi espíritu se alza y baila, se burla de mí. Entonces bebo y espero. Quizá tengan el valor de matarme, después de todo. —Intentó reír y se ahogó, jadeando y temblando. Caradoc desvió la mirada, asqueado. Había visto a Cunobelin borracho y furioso, borracho y agresivo, pero jamás como en ese momento, retorcido y amargado, acurrucado en su rincón como un insecto pestilente.

—Tal vez sea hora de que lo hagan —sentenció, sofocado de pesar y desilusión—. Y si no lo hacen, quizá lo haga yo mismo. Un cuchillo sagrado, padre, arrojado a la luz del sol, una muerte honorable por el bien de la tribu. Sólo te preocupas de ti mismo y te alimentas de tus marchitos sueños de conquistas que jamás se harán realidad, mientras Dagda odia a la diosa por su fealdad y el poder de la tribu se debilita. ¡Suicidate, muere con

orgullo! ¿Qué ha ocurrido que te agazapas aquí en la oscuridad y nos destruyes a todos? —Se levantó torpemente y arrojó la copa detrás de su padre mientras los guisantes rodaban por el suelo. Salió, desesperado por respirar aire fresco, por ver hombres caminando y riendo. Los agudos ojos de Togodumno habían visto lo sucedido y siguió a su hermano. Corrió para alcanzarle cuando bajaba la colina.

—¿Qué te ha dicho que te ha hecho enfadar así? —preguntó con curiosidad.

Caradoc se detuvo y Togodumno vio su rostro.

—No morirá —declaró con un dolor que superaba las lágrimas y le quebraba la voz—. Se sienta allí y se consume día tras día. Temo por todos nosotros. Si dura una estación más, los catuvelaunos podrían volver a reducirse a un clan diseminado vagando por los bosques. Y es un hombre fuerte. ¡Podría despertar y volver a cabalgar si lo quisiera!

—Pero no quiere —replicó Togodumno—. Se le ha acabado el tiempo y lo sabe, y eso le irrita tanto que no puede soportarlo. Los jefes quieren matarle, pero no se atreven.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Caradoc con presteza y Togodumno esbozó una sonrisa torcida.

—Me lo ha contado Gladys. Recurrieron a ella porque le conoce mejor que todos nosotros, pero los despachó y les dijo que tomaran una decisión. Creo que a ella también la ha désilusionado. —Caradoc no se fiaba de sí mismo para seguir hablando. Dejó a su hermano sin mirarle y se encaminó hacia las puertas.

Adminio regresó esa noche con sus jefes, arriando treinta cabezas de ganado de cría coritano. El banquete de la noche había comenzado y el Salón estaba lleno. Se acercó a Cunobelin, que estaba bebiendo otra vez en su rincón, y le relató la incursión con todo detalle, pero Caradoc, que los observaba, notó que su padre no demostraba haber escuchado ni una palabra ni haber reparado en su hijo mayor que se hallaba en cuclillas junto a él. Al cabo de un rato, Adminio se levantó y fue a sentarse entre sus propios jefes. Cunobelin siguió bebiendo.

—Por lo visto la incursión fue todo un éxito —susurró Cinnamo al oído de Caradoc—, pero creo que Cunobelin se equivoca al presionar tan fuerte y tan rápido. Un día de éstos podríamos encontrarnos frente a una enloquecida banda guerrera coritana, y estaríamos sin un señor que nos guíe en la batalla.

Sholto le había oído. Se inclinó sobre Caradoc mirando hacia donde Cinnamo mojaba su pan en la salsa.

—No estoy de acuerdo —objetó—. Tenemos tres señores para conducirnos en la lucha: Adminio, Caradoc y Togodumno. Dejad que vengan los coritanos. Por mi parte, me agradaría una pelea limpia para variar. —Después se retiró para terminar su carne.

Caradoc clavó la mirada en el fuego con la barbilla apoyada en la mano.

«No tenemos señor —pensó—, dado que el hombre que una vez fue mi padre, ese bulto del rincón, ya no es señor, y el Consejo se sienta en silencio noche tras noche, impotente sin un rey. Sin embargo, Adminio es el mayor. Es su deber actuar. ¿Por qué habríamos de asumir esa responsabilidad Tog o yo?» Sabia que Adminio se estremecería de horror ante la idea del parricidio, embebido como estaba de las costumbres romanas. Sus pensamientos dieron vueltas y vueltas y se estrecharon más y más a medida que progresaba la noche. Sus pequeñas hijas dejaron a Eurgain, fueron hasta él y se colgaron de su rodilla. Las alzó y las besó, pero su mente seguía inquieta. Cunobelin no pidió música y Cathbad se sentó junto a Gladys, con el arpa en el regazo. Sin embargo, los ojos de Gladys se desviaban con frecuencia al rincón oscuro de donde emanaba un olor casi visible y la sombra de un poder ya pasado.

Caradoc vio que Tallia merodeaba alrededor de la puerta y envió a las niñas a la cama. También él estaba cansado y le dolía la cabeza. Por fin, se levantó con Cinnamo, y entonces, un repentino y helado silencio descendió sobre la sala. Todas las miradas giraron hacia el rincón a sus espaldas y Caradoc se volvió. La intensidad del silencio le llevó a deslizar la mano a su espada. La sombra en el rincón se movía. Se sacudió, creció en altura y Cunobelin dio un paso inseguro hacia la luz del fuego. En medio del sobresaltado silencio, avanzó haciendo eses y se detuvo tambaleándose frente a Caradoc.

Cinnamo se deslizó más cerca de su señor y Caradoc sintió que Togodumno se aproximaba con sigilo por detrás, puesto que los ojos rojos iracundos y los dientes salidos no pertenecían al padre que había conocido, sino a un viejo y renegado jabalí. Cunobelin se esforzaba por juntar fuerzas para hablar, pero la mano de Caradoc permanecía en el mango de su espada y los hombres que le rodeaban estaban listos para lo que pudiera ocurrir. Todos sabían que el jabalí era capaz de fingirse derrotado y luego atacar al final para herir y destrozar en un arranque de odio malévolo y temerario.

Cunobelin comenzó a hablar; su voz era un rugido crujiente, casi incoherente, y su aliento una nube de olor fétido.

—«Suicídate, muere con orgullo», me dices, hijo mio, con la insensible desenvoltura de la juventud; tú que has matado pero no te has enfrentado con un enemigo que no se dejará vencer. No puedo tomar rehenes de la oscuridad que me espera, y él viene a buscarme sin piedad, el Jefe de la Noche.

Bajó la cabeza sobre el enorme pecho, pero la alzó otra vez haciendo un esfuerzo descomunal. Los presentes, estupefactos, observaban la desintegración final de un hombre otrora poderoso.

—Uno de vosotros—gritó, al tiempo que escudriñaba la penumbra en busca de sus hijos—, uno de vosotros recogerá mi capa y usará la torques de rey y entonces, ¡tened cuidado! Pues la muerte vendrá por vosotros también, aunque viváis con orgullo y desprecio por ella, como he hecho yo. ¡Bestias ambiciosas y despiadadas, venid, asesinadme! —Palpó su cinto en un intento por desenvainar la espada, pero nadie se movió.

Una terrible parálisis pegaba la lengua de Caradoc a su paladar y convertía sus miembros en rocas. Sintió una mano que tomaba una de las suyas.

Era Eurgain, pálida y consternada.

—Haz algo, Caradoc —murmuró—. No dejes que su recuerdo se mancille con esta terrible locura. —Pero él seguía sin poder hacer nada y Cunobelin comenzó a llorar en silencio mientras su mano caía de su cintura. De repente, se arrojó hacia delante y Cinnamo desenfundó su espada ruidosamente, pero el anciano pasó con rapidez junto a ellos y atravesó la puerta con paso vacilante. Gladys le siguió mientras le llamaba, y Cathbad corrió también. Cinnamo guardó su espada, Togodumno se abalanzó hacia la puerta y, de pronto, todos los presentes salieron a la noche. Caradoc, con Cinnamo, Sholto, Vocorio y Caelte, se abrió paso y se lanzó a la carrera tras Gladys, indiferente al viento frío y al cielo diáfano y estrellado. Oían que Cunobelin gritaba en algún sitio más allá del último circulo y Gladys no cesaba de llamarle con un dejo de súplica y temor en la voz. Corrieron; sus pies apenas pisaban la tierra helada. Encontraron a Gladys apoyada contra la pared de la cuadra.

—Se ha marchado —logró articular—. Se ha llevado a Bruto y a su caballo.

Caradoc hizo el ademán de dirigirse hacia las cuadras, pero Togodumno le detuvo al tirar de él hacia atrás.

—Deja que se vaya, Caradoc —le instó con vehemencia—. Ya has oído lo que nos ha dicho. Ahora nos toca a ti, a mí y a Adminio. ¡Deja que el viejo tonto se marche! —Caradoc maldijo y con un salvajismo impensado, se liberó con tal violencia de su hermano que lo dejó dando vueltas.

—¡No de este modo! —gritó—. ¡A tu caballo, Tog! —El criado de las cuadras, acatando la orden gritada por Gladys, ya se acercaba con dos caballos. Caradoc le arrancó las riendas y montó—. ¡Apresúrate, Tog, vamos! —siseó con los ojos fijos en las puertas abiertas.

Togodumno saltó con desgana al lomo de la bestia, consciente de la gente que se había agolpado a su alrededor. Eurgain estaba junto a Gladys.

No llevaba capa y tiritaba, pero no parecía notarlo. También estaba Adminio, con los brazos cruzados sobre su amplio pecho. Ni siquiera había ido en busca de un caballo y Caradoc, que ya galopaba hacia las puertas, sabía que su hermano mayor se iría colina arriba de regreso a su cómoda choza, bebería algo y aguardaría la llegada de las noticias. Saltó al suelo, condujo su caballo con rapidez por el escarpado sendero y a traves del foso, y volvió a montar. Sabia que Togodumno le seguía y juntos espolearon a los animales y se precipitaron hacia la mancha oscura del bosque.

Buscaron durante dos horas; la noche obstaculizaba el rastreo. Mientras Togodumno silbaba llamando a Bruto, Caradoc se bajaba del caballo con frecuencia y se arrodillaba en la hierba quebradiza en busca de huellas de los cascos del caballo de Cunobelin, pero la escarcha era dura y la tierra estaba congelada. Había huellas, pero eran viejas, de cuando el lodo era grueso y blando, y se habían helado y convertido en pozos duros como el hierro. No encontró nada, pero ni él ni Tog regresaron sino que se internaron en el bosque que los encerraba en la fría soledad de principios de invierno. Por fin, detuvieron los caballos y se quedaron sentados, mirándose confundidos.

—Quizá no ha tomado este camino —aventuró Togodumno—. Es posible que haya ido hacia el este, al río, y desde allí al mar.

Pero Caradoc meneó la cabeza con lentitud mientras pensaba. Estaba seguro de que Cunobelin se había dirigido al bosque; era la huida insensata de una bestia agonizante en busca de un agujero oscuro donde esconderse y sufrir solo. Si abandonaban en ese momento, era posible que jamás

encontraran a su padre y, si regresaban a Camalodúnum y esperaban a que el caballo de Cunobelin volviera con la luz del día, la tarea seria imposible.

—Tendremos que quedarnos aquí y estar atentos para ver si oímos al caballo —dijo con desgana—. ¿Tienes frío, Tog? Podríamos encender... — Pero entonces, Togodumno echó atrás la cabeza al tiempo que hacía un gesto de impaciencia con la mano y Caradoc se calló. Permanecieron sentados, ansiosos, aguzando los oídos, y lo escucharon a lo lejos: el gemido.

—¡Por aquí! —exclamó Togodumno, y ambos partieron, sin sendero que seguir. Desmontaron y guiaron a los caballos, avanzando sin hacer ruido entre la gruesa maraña de brezos muertos y plantas rastreras que colgaban inmóviles en su camino. El suave y confuso gemido se intensificó. Bruto los oyó acercarse y corrió a recibirlos, con la cola entre las patas y su oreja medio partida agitándose en la noche. Ataron los caballos con rapidez y sacaron las espadas como por un tácito y mutuo acuerdo, sin saber por qué.

La atmósfera estaba cargada de peligro; una nueva y extraña frialdad se cernía para atraparlos en su hechizo y se mantuvieron juntos mientras Bruto iba a sentarse junto a los caballos y se negaba a obedecer cuando Togodumno lo llamaba suavemente.

Entonces lo vieron. Caradoc divisó un pálido brillo en el suelo y con una exclamación, echó a correr. Togodumno le siguió con la espada firmemente cogida en la mano. Cunobelin yacía acurrucado contra el tronco de un roble, la cabeza doblada bajo un hombro y las piernas extendidas. Cuando sus hijos se agacharon a su lado, un ínfimo susurro atravesó las ramas desnudas por encima de sus cabezas, un suspiro del viento a la vez burlón y acongojado. En la creciente luz de la luna, las barras negras de sombra cruzaron el rostro y se mecieron de un lado a otro, pero los ojos no se movieron. Miraban fijamente a los dos jóvenes, vacíos e indefensos, despojados de todos los intrincados y entrelazados mantos de engaño, secretos y conspiraciones en que se habían ocultado tanto tiempo. El cabello gris se apoyaba en la hierba.

—Tiene el cuello roto —precisó Togodumno—. Mira la huella que ha dejado.

Caradoc escrutó la penumbra y vio las ramas cortadas que colgaban sobre el suelo del bosque y los montones de zarzas arrancadas con violencia. Luego se volvió maravillado hacia la silueta inmóvil.

—¡Qué golpe! El caballo debe de haber tropezado o haberlo tirado. Debe de haber muerto al instante. Será mejor que lo llevemos a casa, Tog. Lo pondremos en mi caballo y yo cabalgaré contigo.

Vacilaron un momento, todavía incapaces de ponerle las manos encima, de admitir, ante ese cuerpo indefenso y pesado, el final. Pero estaban cansados, tenían frío y sabían que el resto de la tribu estaría en el Salón, junto al fuego, esperando noticias. Por fin, Caradoc se dobló y tomó a Cunobelin con suavidad por debajo de los hombros y Togodumno envolvió con sus brazos fuertes los muslos que pesaban como dos trozos de piedra. Fueron tambaleándose con su carga hasta donde estaban los caballos, con los tendones tensos y el aliento formando nubes blancas sobre sus cabezas. De alguna manera, lograron levantarle y colocarle encima del lomo amplio y tibio del caballo. La cabeza no se había movido, tan repentina y completa había sido la fractura. Después, Caradoc, apesadumbrado, montó detrás de su hermano y partieron con lentitud mientras Bruto seguía con aire ausente los pies de su amo.

Condujeron los caballos hasta las puertas mismas del Salón y desmontaron. Gladys apareció corriendo, pálida y tensa. Al ver la carga, se detuvo y el estupor borró toda expresión de su rostro. Caradoc se acercó y le habló con voz queda.

—No, Gladys, no lo encontramos en el bosque y lo matamos, aunque lo habríamos hecho de haber sido necesario, lo sabes. Se cayó y se rompió el cuello. No fue el fin más honorable, pero mejor que muchos otros. — Gladys pareció calmarse y suspiró. Se aproximó al cadáver y tocó con ternura la cabeza ensangrentada. Detrás de ella, comenzaron a congregarse los miembros de la tribu y Caradoc percibió alivio, no pena. Cunobelin había sobrevivido a su valor tribal, y a pesar de que lo recordarían con respeto y hasta admiración, y escucharían una y otra vez las canciones y poemas de su reinado, estaban contentos de que los gobernara sangre nueva y de que se iniciara una nueva era. Togodumno entró en el Salón pensando en el vino y el fuego, pero Gladys, Caradoc y Eurgain acompañaron al caballo que llevó a unobelin a la choza de huéspedes y tres de los jefes de Cunobelin fueron con ellos para ocuparse del cadáver. Lo lavarían y vestirían con una túnica bordada en oro y con calzones. Lo peinarían y le colocarían el casco y la espada en la mano. Gladys los dejó y Eurgain y Caradoc siguieron su camino despacio hasta su pequeña casa. Llyn estaba en la puerta; su cabeza resplandeciente formaba un halo en el resplandor de

la luz a sus espaldas. Al ver a su padre, bajó corriendo la colina para recibirle.

—Padre, ¿qué ha ocurrido? ¿Habéis encontrado a Cunobelin?

Caradoc, obedeciendo a un instinto que le impelía a abrazar a su hijo, se agachó, besó y estrechó al niño. Podía sentir el calor del cuerpo joven y fuerte, la sangre caliente, cómo latía ese corazón sano.

—Ha muerto, Llyn. Galopó hasta el bosque y la diosa se lo llevó. Fue una muerte correcta y apropiada.

—Oh. —Llyn se liberó del abrazo de su padre y se volvió hacia la puerta—. Creo que hubiera preferido morir en batalla, pero ya no tenía fuerzas para ello. Esperó demasiado. Bueno, me voy a la cama.

Bostezó hasta que le sonó la mandíbula, apartó las pieles y se metió en su cama. Caradoc y Eurgain le siguieron. La habitación estaba caldeada y en penumbra, llena de los suaves sonidos de niños dormidos. Llyn murmuró un saludo de buenas noches, listo para sumergirse en sus sueños de cacerías y aventuras, y las niñas se movieron, sus rostros estaban encendidos y tranquilos. Caradoc echó leña al fuego y después pasó con Eurgain al cuarto contiguo, donde la cortina descorrida dejaba ver la cama grande y el fuego ardía con intensidad, avivado por la corriente de aire que se filtraba por la ventana de Eurgain, clavada firmemente. Caradoc se dejó caer en una silla y se reclinó con los ojos cerrados. En silencio y con cuidado, Eurgain le quitó la capa, la torques y las botas de los pies húmedos. Extendió la mano para tomar los brazaletes, pero él la cogió de la muñeca y la sentó sobre su rodilla.

Se quedaron así un rato, quietos y abrazados, el mentón de Caradoc apoyado en la cabeza dorada y tibia de ella. Era una noche silenciosa. A lo lejos, oyeron un búho que ululaba dos veces y Eurgain creyó captar el eco del aullido de un lobo, tan distante que podría haber provenido de otro mundo donde Cunobelin se paseaba, joven y libre otra vez.

Se movió, pero no se apartó de los brazos de su marido.

—¿Qué ocurrirá ahora? —preguntó—. ¿Qué hará el Consejo, Caradoc? ¿Elegirán a Adminio? —Estaba intranquila y notó que su pregunta había despertado ansiedad también en Caradoc. El la ciñó con más fuerza y sacudió la cabeza.

—No lo sé. Adminio está muy seguro del voto y se ha estado pavoneando como un rey desde hace mucho tiempo. Pero si yo fuera un jefe, creo que me lo pensaría dos veces antes de poner mi espada a sus pies.

—¿Por qué?

—Es demasiado intelectual, Eurgain, y poco guerrero. Además, pasa demasiado tiempo con los comerciantes.

Eurgain se enderezó y él la soltó.

—¿Qué temes? ¿Que Adminio haga algo más por Roma que enviarle cueros, esclavos y perros?

—Tal vez. Y los jefes quieren guerra. Están intranquilos y pendencieros. Votarán por Tog.

—¡No! —Eurgain se puso de pie y lo estudió, presa de una oleada de amor y celo protector. El rostro cuadrado enmarcado por el cabello oscuro, la boca tibia y sonriente, los ojos pardos y seguros: lo conocía tan bien..., mejor incluso que él mismo. Le costaba creer que los rumores y alusiones que inundaban la aldea no hubieran llegado a sus oídos. Comenzó a desvestirse con lentitud, dejando caer las ajorcas al suelo junto a la cama. Se quitó la túnica azul pasándosela por encima de la cabeza y se soltó el cabello. Caradoc la contemplaba con satisfacción, aguardando a que volviera a hablar. Eurgain siempre se tomaba su tiempo. Jamás se ponía nerviosa y siempre valía la pena escuchar sus palabras. Se sentó en el banco con el peine en la mano y él se incorporó y lo tomó para deslizarlo por los pesados mechones con movimientos lentos y prolongados. Eurgain cerró los ojos y sonrió—.Eres tan terco, Caradoc... —manifestó—. ¿En qué piensas todo el tiempo? —Abrió los ojos y cogió el espejo de bronce para colocarlo de tal manera que pudiera observar el rostro de su esposo mientras la peinaba—. La tribu está dividida en facciones. Algunos prefieren a Tog, unos pocos a Adminio, pero la mayoría de los jefes están declarando que votarán por ti. —Las manos de Caradoc se detuvieron y sus ojos buscaron los de ella en el espejo. Luego continuó con su tarea. El pelo bajo sus dedos brillaba con el resplandor del fuego; lo alzó y lo dejó caer despacio con aire pensativo.

—Si me eligen, Tog luchará contra mí—contestó—, y pase lo que pase, me negaré a matarle. Adminio no peleará. Se dedicará enseguida a conspirar y a buscar problemas. ¿Y qué hay de Gladys? Su derecho es tan legítimo como el mio. —Continuó peinándola aunque el cabello estaba lacio y desenredado. Sentía que la tranquila fuerza de su mujer fluía hacia él. Entonces, Eurgain alejó la cabeza, dejó el espejo, se volvió, le cogió las manos y le miró a la cara. El peine cayó sobre las pieles del suelo.

—No elegirán a Gladys mientras haya hombres en el clan que puedan llevar la torques de rey —replicó—. Lo sabes, Caradoc. Creo que deberías prepararte para una reñida reunión del Consejo.

Él comenzó a desvestirse y Eurgain se dirigió hacia la cama. Se introdujo bajo las mantas y se acomodó de costado, con la cabeza apoyada en un brazo. Caradoc se acercó y ella apartó el cobertor para recibirle. En el otro cuarto, Llyn empezó a roncar y la pequeña Gladys gritó entre sueños. Caradoc se acostó de espaldas, con un brazo alrededor de su esposa, y ella se acurrucó en su hombro. Se volvió y la besó en la frente, pero permanecieron despiertos y sus pensamientos se buscaron, se encontraron y se fundieron en uno. Por fin, Eurgain susurró:

—Caradoc, hay una forma de llegar a un acuerdo.

—Lo sé —dijo secamente.

Mucho después de que ella se hubo relajado, y con su lenta respiración entibiándole el pecho, clavó la mirada en la oscuridad de las cortinas y meditó.

El día siguiente transcurrió con lentitud. Caradoc llevó a algunos de sus jefes a inspeccionar el ganado para analizar la siguiente temporada con Alan. Cinnamo, Vocorio y Mocuxsoma fueron al río a conversar con los comerciantes y Llyn los acompañó. Se pasó el día corriendo por la orilla y subiéndose a las barcazas mientras los hombres hablaban, intercambiaban noticias y contemplaban el fluir del agua. Eurgain y Tallia llevaron a las pequeñas a cabalgar pues, aunque las nubes de lluvia habían llegado durante la noche para cernirse negras y pesadas sobre la aldea, todavía no llovía y la temperatura había subido. Togodumno y Adminio se instalaron en la choza de este último para contar colmillos de jabalíes, reír con las historias de antiguos ataques, beber cerveza y vigilarse mutuamente. Sus mentes estaban muy lejos de las cacerías y las incursiones, y sus ojos trataban de formular las preguntas que revelarían el inicio de una nueva hostilidad entre ambos, como si temieran hablar con claridad. Sólo Gladys permaneció sentada fuera de la choza donde yacía el cuerpo de Cunobelin custodiado por sus envejecidos jefes. Tenía las rodillas recogidas bajo su capa negra, el mentón apoyado en las rodillas y los ojos en blanco mientras su mente bullía con preguntas y proyectos, considerando todas las posibilidades que el futuro podría deparar. Se dio cuenta de que le habría gustado contar con un vidente y un druida; el primero para que le anunciara las profecías y calmara sus temores, y el segundo para que se hiciera cargo

del Consejo. Sin embargo, sabia que el Salón estaría lleno de romanos inquisitivos, de comerciantes y de los artesanos de su padre, ansiosos por escuchar cómo seria el futuro, y que ningún druida se atrevía a cruzar territorio catuvelauno a menos que actuara como guía de algún jefe. En la superficie llana que se extendía ante las puertas, junto a la hilera de montículos donde descansaban sus antepasados, la pira funeraria de Cunobelin crecía y el día avanzaba.

El banquete nocturno fue breve. Sólo los niños y unos pocos hombres libres se sentían de humor para reír. El resto de la gente, los jefes y los hombres y mujeres libres comieron rápidamente y se marcharon. Adminio ni siquiera se presentó y tampoco lo hizo Gladys. Togodumno pídio música, pero ni Cathbad ni su propio bardo quisieron cantar. Caelte se negó también, controlándose con dificultad. Caradoc lo despachó a fin de evitar una escena y Togodumno se acercó y se acuclilló a su lado con una sonrisa alegre. Cinnamo le miró con furia, pero Caradoc se limitó a indicarle que tomara su lugar y se mantuviera alerta en un idioma de señas que sólo sus jefes conocían. La sonrisa de Togodumno se ensanchó. Parecía muy feliz por algo y sus ojos castaños claros destellaban mientras sus manos inquietas tocaban una música inaudible. El Salón estaba casi vacio, el fuego se consumía y las largas sombras atravesaban el suelo. La cabeza arrugada colgaba silenciosa en su pilar, rodeada de misteriosos zarcillos de hojas y de enredaderas fúnebres. Togodumno se acercó aún más a Caradoc, se sentó y cruzó las piernas. Observó a Cinnamo por el rabillo del ojo, pero Cinnamo mantuvo fija la mirada en sus pies.

—Ahora nos toca a ti y a mi, Caradoc, como te dije —declaró Togodumno—. No elegirán a Adminio. Los jefes de Cunobelin me lo han dicho. —Se aproximó más y Cinnamo se puso rígido. Caradoc, con la mirada fija en los ojos brillantes y febriles de su hermano, vio algo que no había visto antes: una llama de ambición ardiente y desnuda cuya luz no podía ocultarse—. Sólo deseo saber lo siguiente —continuó Tog—. Si me eligen, ¿pelearás contra mi?

Caradoc siguió sondeando los ojos malignos de su hermano en busca de alegría y buen humor, pero sólo halló la fuerza impulsora de un egoísmo temerario. ¿Se trataba de un ataque momentáneo, uno de los estados de ánimo que de vez en cuando le embargaban, o acaso su carácter frágil e inestable había cambiado bajo la presión de su proximidad al poder? Caradoc desvió la mirada.

—Si te eligen como corresponde, por supuesto que no —contestó—. ¿Por qué habría de hacerlo? De todos modos, una vez realizada la votación, está prohibido.

—Lo sé, pero ha ocurrido antes. —Togodumno parpadeó, ocultando sus ojos, y la llama pareció apagarse, pero cuando volvió a mirarle, Caradoc divisó las brasas todavía ardientes.

—¿Y si me eligen a mi? —replicó—. ¿Aceptarás la decisión con calma, Tog, o tendré que matarte? —Sabia que no lo mataría y creía que el acuerdo que había ocupado su mente todo el día funcionaría, siempre y cuando quedara algo de dignidad en Tog.

Togodumno emitió una risita, cerró un puño y lo apoyó en la barbilla de Caradoc.

—¿Qué te hace pensar que te elegirán? —preguntó—. Pero si lo hacen, pelearé. Quiero a los catuvelaunos para mí, Caradoc.

Cinnamo contestó enseguida. Había escuchado la conversación con fastidio creciente y ya no podía contenerse.

—¡No pertenecemos a nadie! —siseó—. No tenemos dueño, Togodumno, hijo de Cunobelin, pero dejamos que nuestra realeza nos gobierne. Eso es todo. Si lucháis y matáis a mi señor, tendréis que luchar conmigo y matarme. Y después a Vocorio y a Mocuxsoma y a todos los demás jefes que no seremos esclavos vuestros ni de nadie. Sólo tendréis éxito con hombres como Sholto, pues es menos que un hombre. —La alusión hizo que Togodumno se sonrojara de inmediato. Trató de levantarse con la mano en el mango de la espada, pero Caradoc le sujetó y le obligó a acuclillarse otra vez.

—¿Sholto? —inquirió con agudeza—. ¿Qué has estado tramando, Tog?

Togodumno liberó su brazo y se sacudió la manga para bajarla con una mirada de desprecio dirigida a Cinnamo.

—Nada —bramó—. Pregúntale a Mano de Hierro, cuya nariz larga siempre está metida en los asuntos de los demás. Pero preguntas demasiado tarde. Seré rey, Caradoc, y no trates de detenerme. —Se puso en pie con un salto ágil y se alejó con la espada tintineando en la vaina.

Caradoc se volvió hacia Cinnamo.

—Te tomas demasiadas libertades —le regañó con frialdad—. No deberías intervenir entre dos señores y, además, no permitiré que incites deliberadamente a Tog a otra pelea.

Cinnamo le miró con serenidad y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Señor —respondió con voz queda—, si le incito lo suficiente, tendré el placer de matarle. Se está avinagrando y las travesuras de su juventud ya no le bastan para liberar su energía. Vuestro hermano se está convirtiendo en un jabalí bravo y sus malos humores son cada vez más frecuentes y prolongados. Cuidaos de él, señor.

Caradoc calló, consciente de que Cinnamo no sólo hablaba por lo que había observado, sino por una profunda animosidad personal, y por lo tanto, tal vez sus palabras fueran exageradas. Tog siempre había sido una criatura de humor errático, que pasaba de la euforia a la tristeza y de vuelta a la euforia, un espíritu trastornado y cambiante que vivía de impulso en impulso. Pero ¿acaso estaba cambiando?

—¿Qué hay de Sholto? —quiso saber, y Cinnamo entrecerró los ojos verdes con expresión divertida.

—Sholto está muy satisfecho consigo mismo y no puede controlar esa lengua viperina y odiosa que tiene. Togodumno intentó sobornarle. Ha estado conversando con los jefes, ofreciéndoles ganado y dinero... No abiertamente, señor, sino con indirectas, diciéndoles que podrían obtener riquezas si le votaban. Comenzó a hacerlo mucho antes de que Cunobelin enfermara de muerte y me sorprende que no lo supierais. La mayoría de los jefes no le prestan atención, pero Sholto está muy interesado.

Caradoc no sabia si reír o correr tras Tog para cortarle la cabeza. La risa prevaleció y lanzó una carcajada seca.

—¡Qué infantil es! Seria capaz de perder su precio de honor por unas pocas palabras evasivas. En cuanto a Sholto, deshazte de él, Cin. Me equivoqué cuando tomé su juramento de lealtad. Que se lo quede Tog. —Permanecieron un rato sentados y pensativos.

El Salón estaba vacio, pero en el rincón de Cunobelin, la oscuridad todavía albergaba una presencia pálida y persistente, y los vestigios ocultos de un poder ya desaparecido. Caradoc se preguntó si su padre habría previsto la indecisión del Consejo y la inevitable división de la familia. Era probable. Pero Cunobelin se habría reído de ello y dejado que el destino jugara su carta. Se levantó despacio y Cinnamo le acompañó. Abandonaron el Salón y sus pasos pesados retumbaron en el techo abovedado. Al día siguiente incinerarían a Cunobelin y luego..., luego vendría otro día que traería consigo un viento de cambio que soplaría el pasado y abatiría el

futuro sobre ellos como un vendaval aullador. Le deseó buenas noches a Cinnamo y bajó hacia las puertas, pero en lugar de salir, dobló y trepó el muro de tierra para sentarse en la oscuridad sobre el valle del río, cubierto con la capa y con el viento nocturno arremolinando su cabello. Reflexionó mucho, consciente de que su vida y el bienestar de la tribu pendían de un hilo muy fino, y que ese hilo era la capacidad de su hermano de aceptar la única alternativa posible.

Entonces, poco a poco, la sensación de que el destino estaba decidido le invadió y acalló sus pensamientos mientras se esforzaba por anticipar la decisión del Consejo. Dondequiera que mirara con el ojo de su mente, se veía a sí mismo solo. De Togodumno, ni rastro.

OceanofPDF.com

CAPITULO 6

La tribu se reunió junto a la pira funeraria de Cunobelin bajo la luz de un amanecer frío y tardío que hizo resplandecer sólo los bordes de las pesadas nubes y luego se desvaneció. Todos llevaban puestas sus mejores vestimentas y la mañana, de otro modo lúgubre, se vistió de tonos escarlata y azul, rojo, amarillo y blanco. Los jefes portaban sus cascos de bronce y sostenían los escudos esmaltados en rosa pálido y azul con aplicaciones de coral, los brazos apoyados en las enormes crestas y las lanzas resplandecientes con sus puntas de hierro. Caradoc estaba de pie al lado de Togodumno y Adminio, rodeados de sus respectivos jefes.

Caradoc vestía una capa rayada azul y escarlata. Los brazaletes de oro brillaban en sus brazos y llevaba un broche de amatista engarzada en oro. Portaba la espada que su padre le había regalado cuando se hizo hombre y participó en su primera incursión. Era de hierro y mango sencillo, pero la vaina de bronce estaba trabajada con un diseño de olas de mar, con una perla en la curva de cada ola. Su torques también era de oro, la torques de la realeza, con una punta de metal refulgente en cada extremo de la boca abierta de un perro. Descansaba con orgullo en su escudo y aguardaba tranquilo mientras los hombres y mujeres libres de su séquito se situaban detrás de él, diseminados hasta el muro de tierra y las puertas de madera.

Eurgain esperaba también con la pequeña Eurgain y la pequeña Gladys de la mano. Llevaba una túnica color bermejo bordada con flores de plata y una capa del mismo tono con una raya verde. Una delgada corona de plata adornaba su cabeza; en esa ocasión, Gladys y ella habían dejado sus espadas apoyadas en la pared junto a la entrada del Salón.

No había viento. Nada se movía, como si Dagda y la diosa sujetaran con firmeza las brisas en sus manos por respeto al hombre que cuatro de sus jefes portaban en un gran féretro. Caradoc se volvió para observar el lento avance de la procesión. No sentía pena, sino un profundo orgullo de que éste fuera su padre, un hombre que había vivido con plenitud y muerto bien, un hombre cuyo lugar seria imposible ocupar. Togodumno observaba también, y el orgullo iluminaba su mirada. Caradoc no dudaba de que Tog creía que podría no sólo emular sino superar a Cunobelin en palabras y obras. Detrás del féretro, avanzaban Cathbad y el escudero de Cunobelin, el segundo llevando el pesado escudo por encima de su cabeza, el último servicio que prestaría a su amo. Gladys le seguía, con su rústica capa negra abierta para revelar una simple túnica blanca. Su único adorno eran las

perlas que llevaba en el hombro. Era evidente para todos que estaba sufriendo; sin embargo, mantenía la cabeza alta y las lágrimas rodaban espontáneamente por sus mejillas. Los jefes se detuvieron por un instante junto a la pila de ramas y leños. Luego, con una exclamación, levantaron a Cunobelin y lo depositaron en lo alto por encima de la gente que guardaba silencio. Adminio, Togodumno y Caradoc se adelantaron para tomar las antorchas encendidas de las manos de los sirvientes. De inmediato, un gran clamor se elevó cuando los jefes desenvainaron sus espadas para golpear sus escudos y gritar:

—¡Rey! ¡Rey! ¡Buen viaje, marchad en paz! —Caradoc vio que Llyn hacía una mueca y se cubría las orejas mientras él se agachaba y arrojaba la antorcha a la leña. Ésta se convirtió enseguida en un fuego rojo crepitante y las ramitas se retorcieron adquiriendo un color gris ceniza. El escudero corrió a colocar el escudo con suavidad sobre el pecho de Cunobelin. Entonces Cathbad tiró de una cuerda de su arpa y la nota vibró con dulzura y se extendió para mezclarse con el rugido de las llamas hambrientas.

—Os cantaré sobre la vida de Cunobelin —anunció— y la obtención de su precio de honor. —La gente se quedó inmóvil mientras Cathbad los conducía de regreso al pasado y se encontraron rememorando sucesos que habían olvidado hacia años: los banquetes, las hambrunas, los tiempos de felicidad y de dolor. Tan consumado era el arte del bardo, que Cunobelin parecía estar de pie frente a ellos, como lo había estado tantas veces, con los gruesos brazos cruzados y el cabello gris arremolinado alrededor del rostro arrugado, estudiándolos con esos ojos diminutos llenos de regocijo y malicia. Gladys se había dejado caer al suelo y había tapado su cabeza con la capa. Caradoc contemplaba las llamas destructoras y voraces que subían a toda prisa hacia su padre, que aguardaba sereno con las manos cruzadas bajo la protección de su escudo y la espada a su lado. Entonces, Cathbad comenzó a cantar sobre las épocas de tensión, los preparativos para la guerra contra los brigantes, las embajadas y los emisarios, el pacto de Cunobelin con los coritanos que posibilitó que su banda guerrera alcanzara sana y salva la frontera de Brigantia y, por fin, sobre la llegada de una pequeña niña de cabellos negros.

Caradoc sintió los ojos de Eurgain que se posaban en él y mantuvo el rostro impasible mientras los recuerdos involuntarios y dolorosos flotaban como una niebla en su mente. Siete años. El antiguo y dulce deseo le obstruyó la garganta y bajó la cabeza. Cerró los ojos para anular el presente.

«... habrá un vacío. Ah, bruja —pensó—. Dicen que te has casado con ese alto y recio hijo de las colinas cuya barba le llegaba a la cintura y cuya mano jamás se alejaba de su espada. Sufrí cuando me lo contaron. Pero yo tengo a Eurgain, mi amada, ¿y tú qué tienes? Una Casa dividida por luchas internas y una tribu debilitada por tus ambiciones y tu codicia. Pobre Venutio. ¿Acaso se consume de deseo por ti, en medio de su furia, al verte hipnotizar a la gente como una serpiente negra?» Abrió los ojos y volvió la cabeza, un gesto de dolor, una firme negación. Su mirada encontró la de Eurgain. Ella le dirigió una sonrisa trémula al ver la amargura desnuda, y él se la devolvió con alivio y verguenza.

Cathbad calló, hizo una reverencia y se retiró. Entonces, Adminio inició los cánticos funerarios. Todos se le unieron, un millar de voces que cobraron fuerza para entonar una melodía victoriosa que ahogó casi por completo el ruido del fuego, acompañada del martilleo de pies, la sacudida de escudos y el llanto de Gladys. En la lejanía, al este, las nubes se estaban abriendo y los brillantes rayos del sol cortaban el cielo como grandes espadas doradas, bañando las praderas distantes. Sin embargo, la mañana seguía siendo plomiza y el humo de la pira se elevaba como una gran pluma negra, se expandía y pendía sobre las chozas y casas de la aldea. Cantaron durante una hora, una canción fundiéndose con otra para formar un tapiz de recuerdos inolvidables. Después comenzaron las alabanzas. Uno por uno, los hijos de Cunobelin se plantaron frente al fuego y sus palabras resonaron en el aire pesado, resucitando fugaz y emotivamente el pasado. Los jefes se acercaron también para revivir las incursiones y banquetes, con los ojos excitados y húmedos y haciendo gestos enfáticos. Sólo Gladys se negó a hablar.

Permaneció quieta en el suelo, apenas apartada del calor del fuego. Su dolor describía el poder y la presencia de Cunobelin con más elocuencia que cualquier palabra que hubiera podido pronunciar. Por fin, el gentío se acercó aún más y entrelazaron sus brazos. Volvieron los rostros hacia donde el sol vertía a borbotones una cascada de gloria lejana y cantaron la última canción de despedida y bendición, con las espadas, escudos y lanzas apilados frente a ellos. Luego se separaron en silencio mientras a sus espaldas las lenguas de fuego se elevaban, enroscaban y lamían la túnica blanca y las manos unidas e indefensas de Cunobelin con una voracidad precisa y negligente.

Caradoc y Eurgain volvieron a su casa; los niños, callados e impresionados, les siguieron. Togodumno y Adminio se dirigieron al Salón con sus jefes para sentarse alrededor del fuego y mirarse con desconfianza velada y expectante. Gladys permaneció donde estaba, sentada y con el rostro descubierto pues estaba sola, observando el holocausto. El breve y violento espasmo de dolor se había agotado y la había dejado vacía. Los recuerdos llenaron su mente sin rencor ni pesar. Fluían a su conciencia desde alguna fuente recóndita y profunda, y le devolvían días de carcajadas roncas, largas charlas nocturnas, discusiones acaloradas y recios abrazos paternales. Sus ojos recorrieron el humeante cadáver sin reconocerlo. Esa carne burbujeante y pestilente no era Cunobelin, y Gladys se enjugó las lágrimas que todavía le surcaban las mejillas y sonrió.

Durante todo ese día y parte de la noche, las llamas se alimentaron continuamente y la aldea permaneció callada. Al atardecer, Caradoc, desde la entrada de su casa, observó las columnas de chispas teñir de rojo el cielo nocturno. Su mente descansaba por fin. Eurgain y él habían pasado el día analizando la próxima reunión del Consejo y habían decidido que Caradoc debía proponer su acuerdo si los jefes le votaban sólo a él. No había otra manera de evitar el derramamiento de sangre con un Togodumno que parecía haber arrojado toda prudencia a la pira funeraria de su padre. Cada nervio de su cuerpo se encogía ante la sola idea de tener que matar a su hermano y de comenzar su reinado bajo la sombra de la violencia y el resentimiento.

Sabía que podía matar a Tog. Él era un luchador persistente y empecinado, mientras que Tog entraba en combate saltando con los brazos y las piernas en un ataque salvaje e indisciplinado que normalmente le salía bien, pero que en el caso contrario, lo cansaba y obligaba a recurrir a tretas y estratagemas. También había decidido hablar si votaban a Togodumno, porque tanto el como Eurgain estaban convencidos de que en manos de Tog, los catuvelaunos se convertirían rápidamente en una tribu desorganizada y pendenciera, intimidada por Tog y sus jóvenes y obcecados jefes.

Caradoc se apoyó contra el marco de la puerta; dentro, las niñas chillaban y protestaban porque Tallia intentaba convencerlas de que se fueran a la cama. Llyn se había marchado con Cinnamo, probablemente a pescar, y no había regresado aún. Tal vez Tog le matara de todos modos antes del Consejo o en algún lugar secreto, pero algo dentro de Caradoc lo

negaba. Tog podía ser egoísta y cruel, pero sus cambios de humor y sus impulsos estaban siempre a la vista de toda la tribu. ¿Y Adminio? Se dejó caer al suelo y se acuclilló con el entrecejo fruncido. No conocía bien a Adminio; nadie le conocía. Iba y venía como quería con una tranquila y modesta seguridad en sí mismo, y no se disculpaba con nadie por el hecho de que le desagradara pelear y prefiriera cazar, o porque la compañía de los comerciantes le gustara más que la de sus compatriotas en torno al fuego del Salón. Suponía sin duda alguna que el título de rey recaería en él y seguía los frenéticos manejos de Tog con los jefes con una sonrisa de superioridad. Tog era el benjamín. Tog siempre sería el niño malcriado e ingobernable, a quien nadie tomaba en serio. ¿Qué haría Adminio? Caradoc lo sabía, pero no deseaba pensar en ello. Esperaba equivocarse.

A la mañana siguiente, el fuego se había consumido y los jefes de Cunobelin juntaron las cenizas calientes y las colocaron en una urna gris, alta y curva. Más tarde la enterrarían, junto con la carne y el pan, las armas, los perros, las joyas y las enormes túnicas del anciano, pero pusieron un guardia a vigilarla y se marcharon, ansiosos por asistir al Consejo. La mañana había comenzado a aclarar. La densa capa de nubes se deshacía en largas y entrecortadas cintas que se estiraban en el cielo como las panzas de los gatos de los comerciantes; el viento las acariciaba para alargarlas más y más. Hacía frío, pero la opresión del día anterior se había disipado y el pueblo bullía otra vez con sonidos y risas.

Adminio y Togodumno habían sido los primeros en tomar sus lugares en el Salón tan pronto había amanecido. Sus jefes se peleaban para conseguir las mejores posiciones. Caradoc y Gladys llegaron juntos, seguidos de Eurgain y Llyn, todos rodeados por los jefes de Caradoc. Cinnamo vio a Sholto sentado entre los hombres de Togodumno con aire desafiante y el rostro lleno de resentimiento; de forma deliberada, intentó volverle la espalda a la comitiva de Caradoc. Detrás de ellos, los hombres y mujeres libres empujaban y conversaban excitados. Cuando el Salón se llenó tanto que los presentes estaban sentados rodilla con rodilla y los que se encontraban cerca del fuego se adelantaban cada vez más, presionados por los que estaban detrás, llegaron los comerciantes y se deslizaron hasta quedar de pie en las sombras del fondo. Caradoc había ordenado a Vocorio y a Mocuxsoma que se apostaran junto a las puertas para cerciorarse de que nadie entrara armado. Aun así, al ver a los comerciantes amontonados atrás, irreconocibles como individuos en la penumbra, Caradoc se intranquilizó.

No estaba seguro de la razón por la que les temía. Eran aventureros en su mayor parte, los mestizos del Imperio que venían a Albion a hacer fortuna y a vivir con mayor peligro del que tendrían en su hogar. Sin embargo, no eran montañeses incivilizados como los brigantes de Aricia. En ocasiones se emborrachaban, montaban un escándalo y se peleaban con los hombres libres, pero, en general, eran sujetos sencillos, toscos y sinceros. Excepto los espías, por supuesto. Caradoc cerró su mente a ese pensamiento, un pensamiento que siempre le conducía a Adminio.

—Ojalá estuviera presente un druida —dijo Gladys, preocupada—. Así no correriamos el riesgo de que la tribu se deshonrara. Tengo miedo, Caradoc.

—¿Tú? —sonrió a los ojos velados de su hermana—. ¿Has estado urdiendo tus propios planes, Gladys? ¿Acaso intentarás influir en el voto? —Pero ella no rió. Se sentó más derecha y la trenza negra cayó en su regazo.

Caradoc notó que su vaina estaba vacía—. ¿Dónde está tu espada? —inquirió con agudeza. Como respuesta, Gladys levantó la falda de su túnica, sin mirarle. La espada desnuda yacía bajo sus rodillas.

—Hoy se dividirá el clan de la Casa Catuvelauna —declaró—. No podría ser de otro modo y por lo tanto, he resuelto no hablar. Mi corazón añora los días en que todos nos amábamos, Caradoc. Pero el bienestar de la tribu es más importante que el amor entre los miembros del clan regente. Mi único temor es que el nuevo reinado comience con sangre, con malos presagios. ¡Ojalá tuviéramos también un vidente!

—¿Derramarás sangre? —insistió él con tono apremiante—. Gladys, ¿por qué te sientas sobre tu espada?

Se volvió a él con vehemencia.

—Porque no la colocaré a los pies de Adminio si lo eligen, ni a los pies de Togodumno. Y tampoco la pondré a tus pies, hermano mio. ¡No permitiré que me atrapen en una alianza que me encadenará si cambio de opinión!

—¿A quién prefería Cunobelin? —preguntó él—. ¿Por qué nunca habló?

—Porque quería mantener tu lealtad, la de todos vosotros, y porque deseaba terminar sus días en paz. Pero tenía su preferido, como bien sabes. —Habría continuado, pero se hizo silencio y Adminio se encaminó al espacio abierto de los oradores y se volvió hacia su clan.

Togodumno estaba tenso, nerviosamente concentrado; Caradoc sintió la mano de Eurgain deslizarse bajo su codo, para refrenarle o apoyarle, no lo sabía, y los jefes posaron las grandes manos en sus rodillas y observaron con ojos de halcones depredadores bien abiertos. Adminio empezó a hablar, pero enseguida la multitud gritó:

—¡La espada, la espada! —Al cabo de un momento, Adminio se encogió de hombros sin gracia y desenfundó su espada para dejarla caer al suelo.

Recomenzó y los murmullos amainaron, pero mientras hablaba, no cesaba de mirar la espada y a sus hermanos. Togodumno le sonreía con insolencia.

—¡Catuvelaunos! —exclamó—. ¡Hombres libres de la tribu! Mis palabras serán breves y os pido que las consideréis con cuidado. Hablo primero porque mi derecho es superior, como todos vosotros sabéis. Soy el mayor, el primogénito de Cunobelin, heredero legítimo del titulo de rey. No os traeré nuevas conquistas. Cunobelin ya lo hizo. No os traeré hambre y muerte. Togodumno, si sois lo suficientemente tontos como para elegirle, lo hará. Os traeré más riquezas: bronce y plata para vuestras esposas y vuestros cabalíos, vasijas elegantes, chozas más grandes y caldeadas, más granos y más ganado. ¿Por qué debería ofreceros guerra? ¿Por qué habríamos de expandirnos más? Ya somos más grandes que cualquier otra tribu y nuestras monedas son codiciadas desde Brigantia hasta las minas de los dumnones. ¿Cómo hemos llegado a ser tan poderosos? Os lo diré. —Hizo una pausa, pero ningún sonido rompió el silencio. Percibió hostilidad y continuó—. Seré sincero con vosotros, jefes. No os mentiré para conseguir vuestro voto. Hemos crecido en fuerza y riqueza porque es voluntad del césar que así sea. —Esperaba que tras pronunciar esas palabras hubiera un gran estallido de furia, una oleada de negaciones e insultos enardecidos, pero el silencio se intensificó y Adminio se azoró. Por un instante, perdió el hilo de sus palabras y se quedó mirando su espada. Echó hacia atrás su capa mientras el único sonido que llenaba el recinto era el crepitar del fuego. Escudriñó los rincones del Salón en un intento por adivinar la complacencia de los comerciantes, pero entre ellos había un denso océano de rostros impávidos y atentos.

Prosiguió con menos confianza; una terrible certeza crecía en su interior. Era un hombre de natural aplomo, ciego a todo, excepto a su propia superioridad, y jamás se le había ocurrido pensar que los jefes no confiaran

en él ni le admiraran. En su arrogancia, no había contemplado la posibilidad del fracaso. Un forcejeo con Togodumno tal vez, pronto sofocado por su juiciosa madurez, pero la derrota, jamás. Se sentía como si estuviera abandonando el cobijo de pieles tibias para plantarse desnudo en las crueles heladas de pleno invierno. Por primera vez en su vida se enfrentaba con una realidad no creada por él mismo, y los pilares de su derecho y de su linaje comenzaron a tambalearse—. La voluntad del césar —repitió despacio—. Nuestros lazos con Roma han aumentado. Durante cien años, hemos sido sus aliados en todo menos en nombre. Si Roma retirara su apoyo imperial a Albion, acabaríamos siendo pobres y nos quedaríamos indefensos en menos de un año. —«¿Es cierto?», se preguntó, presa de la duda por primera vez. Pero, ¿por qué dudarlo si sus amigos romanos insistían sin cesar en que así era? Cuadró los hombros—. Debéis elegirme a fin de que se asegure nuestra prosperidad. Haré oficial nuestra relación con Roma. Firmaré tratados y de ese modo, protegeré nuestro comercio y a nuestra tribu para siempre. —Los que le rodeaban parecían imágenes de madera, un bosque de estatuas congeladas, hechizadas para siempre por sus palabras. Ni siquiera movían los ojos. Adminio sentía que tenía más que decir, pero sus pensamientos eran confusos. Se quedó allí parado un momento, el único ser vivo en ese lugar tibio y lleno de sombras rojizas. Luego se agachó, tomó su espada y se sentó.

Durante diez largos latidos, nadie se movió. Caradoc estaba perplejo, aunque había imaginado que Adminio diría lo que había dicho. Sin embargo, era más chocante oírlo que imaginarlo; había deseado tanto que su hermano cambiara de idea en el último momento... Pero no. Adminio era el títere de Roma. Miró por encima del hombro a los comerciantes y, más que ver, percibió la callada satisfacción en sus filas. Con su movimiento de cabeza, la multitud se relajó, suspiró, rompió el hechizo y volvió en sí.

Togodumno arrojó la espada al centro y se plantó detrás de ella al tiempo que abría su capa y separaba los pies. Su rostro era una máscara lúgubre, pero sus ojos ardían con el fuego del éxito. Adminio era más que tonto. Adminio estaba muerto. Él y Caradoc intercambiaron una rápida mirada y luego Togodumno proclamó:

—No voy a seguir la costumbre del Consejo. No voy a alardear de mis hazañas, no me pavonearé ante vosotros ni endulzaré mis palabras. Sólo diré lo siguiente. Mi hermano es un traidor y aquellos de vosotros que le votéis seréis traidores también. ¿Qué pondrá Cayo César en el acuerdo que

Adminio dice que firmará? ¿Acaso nos dará todo sin tomar nada? ¡Vosotros lo sabéis! Adminio nos vendería a todos a Roma a cambio de juguetes miserables y Roma nos enviaría un gobernador para dirigir el Consejo y soldados para violar a nuestras mujeres y consumir nuestro grano. Esto es lo que quiere Adminio. Su alma tribal ha muerto ante nuestros propios ojos. Ya no es uno de nosotros. Yo digo que nuestros lazos con Roma se están convirtiendo en una soga que nos ahorca y, a menos que cortemos el nudo, pronto la estrecharán sin piedad. ¡Echad a los comerciantes! ¡Quemad sus naves! Entonces nos volveremos hacia los icenos y los dobunnos y les haremos la guerra, como lo deseaba mi padre. Cunobelin no tuvo el coraje. En su vejez, temía a Roma, pero yo no. ¿Y vosotros? —los provocó.

Caradoc, alarmado, vio que los jefes se inquietaban y murmuraban con ira. Tog los estaba presionando mucho y Caradoc sintió que los músculos del cuello le dolían por el ansia de actuar, de hacer algo, cualquier cosa, para detener ese juego inútil. No obstante, aguardó, consciente de que Tog tenía derecho a decir lo que quisiera y que luego estaría más calmado, más razonable. «De lo contrario —pensó—, uno de nosotros morirá.»

Togodumno se volvió y comenzó a pasearse delante de su audiencia. Arqueaba su cuerpo alto y grácil, y el cabello castaño claro se mecía con él mientras sus ojos se clavaban en ellos.

—Elegidme, jefes y guerreros, y volveremos a los días de nuestros padres. Lucharemos otra vez y los catuvelaunos recuperarán su honor, su poder y su fuerza. Os traeré a Subidasto ensartado en la punta de mi lanza. La cabeza de Boduoco colgará frente a mi choza. Verica se ahogará en el océano y ¡todo será nuestro! ¿Qué decís?

Levantó los brazos y, de repente, los jefes cobraron vida.

Durante años, Cunobelin los había contenido con mano firme, les había ofrecido incursiones y ganado como se echan las migajas a un perro hambriento. Pero Togodumno les alargaba un trozo de carne del tamaño de una montaña y ellos se abalanzaron sobre el botín con un apetito feroz. Gritaron su nombre y exclamaron «¡Rey!». Se pusieron de pie con locura en los ojos y Caradoc vio que los comerciantes se apresuraban hacia las puertas. Se levantó junto con Cinnamo y Caelte para intentar desenvainar la espada, pero el tumulto era muy grande.

Oyó que Gladys gritaba y divisó a Vocorio que corría hacia las puertas con las niñitas sobre los hombros. ¿Dónde estaba Llyn? Entonces, le empujaron contra la pared. Extrajo su cuchillo de la túnica y se preparó para

abrirse paso hasta donde estaba Gladys, que había saltado sobre una mesa y blandía su espada.

—¡Caradoc no ha hablado! —vociferaba—. ¡Caradoc debe hablar!

Cinnamo y Caelte se abrían paso con los puños y las rodillas. La multitud se balanceaba y cedía. En ese momento, Caradoc avistó a Togodumno. Avanzaba agazapado entre las sombras, cuchillo en mano, hacia donde se encontraba Adminio, atrapado en el tumulto con expresión atónita. En un instante, el cuchillo se hundiría en la espalda de Adminio y Tog habría cercenado los últimos vestigios de la razón. Caradoc se zambulló hacia delante y pateó a sus jefes para pasar. Oyó que Gladys gritaba;

—¡Adminio! ¡Cuidado!

Caradoc se arrojó sobre Tog y ambos cayeron al suelo. Adminio se volvió y el alboroto comenzó a extinguirse. Tras un feroz espasmo de resistencia, Tog soltó el cuchillo y quedó inmóvil. Caradoc se tiró encima de él y sintió el cálido aliento en su cuello, así como los músculos tensos, luego se levantó y tomó a su hermano del brazo para ponerle de pie. El rostro de Tog estaba enrojecido. Sholto se agachó y recogió el cuchillo para dárselo a Togodumno, pero Caradoc se interpuso y se lo arrebató. Adminio dio un salto adelante y se prendió del cuello de Togodumno. Lo sacudió como un perro a una rata. Depués lo empujó para atrás, pero no sacó la espada.

—¡Tonto cobarde! —exclamó—. ¿Así gobernarás la tribu? ¿Con una cuchillada por la espalda a quienes no hagan lo que tú digas? Jefes y hombres libres, tened cuidado. ¿Os agrada vuestro nuevo rey ahora? —Se volvió y se alejó de allí.

Al ver la furia y amargura profundas en su rostro, la gente se apartó para dejarle pasar. No pidió una pelea a muerte. Sabía que un desafio sería inútil y que, aunque resultara victorioso, los jefes no le querrían como rey.

Gladys bajó de la mesa y corrió tras él. Le puso la mano en el brazo, pero Adminio cruzó la puerta en busca de la luz del sol y Gladys lo siguió, atrapada en el remolino de sus veloces pasos.

—Ahora, Tog —murmuró Caradoc mientras le entregaba el cuchillo—, me toca hablar a mi y me escucharás. ¡Avergonzaos, jefes y hombres libres! —gruñó con ira—. ¿A qué ignominioso extremo hemos llegado que el Consejo se celebra con tanta ligereza? Sentaos. ¡Sentaos!

En silencio, los presentes se apartaron y se sentaron en el suelo, pero Togodumno se le acercó y le puso una mano en el hombro.

—Seré rey —susurró—. Los jefes te escucharán porque están avergonzados, pero ya has visto cómo me han respondido. No se dejarán dominar más, Caradoc. —La delgada mano le apretó, trémula de excitación, pero Caradoc se liberó con suavidad. A su derecha, donde se encontraba Mocuxsoma con su espada lista, aguardaban Eurgain y Llyn. Eurgain se había quitado la capa y sus dedos acariciaban el puño de la espada; Llyn tenía los ojos fijos en su tío con expresión meditabunda.

—Oh, siéntate, Tog —repuso Caradoc con voz tranquila aunque el corazón le estallaba y le temblaban las rodillas—. No eres Cunobelin ni jamás lo serás. —Un paso le llevó al resplandor pleno del fuego. Dio la espalda a Togodumno, y Cinnamo y Caelte se pusieron detrás de él—. Gente de mi clan —comenzó quedamente—. Señores de la tribu. Hoy habéis visto algo terrible. Hermano contra hermano, codicia y ambición donde antes había armonía y amistad. Habéis rechazado el reclamo de Adminio y creo que ha sido una decisión sabia, pero todavía no habéis votado por Togodumno. Decidme, ¿acaso sois unos niños salvajes e irresponsables? ¿Seguiréis a Togodumno a la guerra y a la discordia?

—Sí, lo haremos —masculló alguien, y los susurros sediciosos se extendieron y cobraron fuerza—. ¡Togodumno rey! Una tribu pura, una guerra honrosa.

Pero también había gritos de «¡Caradoc rey!». Caradoc alzó la voz de nuevo antes de que se produjera otra erupción de violencia.

—Hasta vosotros estáis divididos —dijo con pesar—. Algunos apoyáis a Togodumno porque estáis cansados de demasiados banquetes y muy pocas incursiones, y otros buscáis mi guía porque sabéis de mi moderación en todo. Podríamos pasar el día y la noche enteros aquí sin llegar a una decisión. —Miró a Eurgain y ella asintió de manera imperceptible, con el rostro pálido y los labios apretados—. A vosotros, jefes, y a ti, Tog, os propongo un acuerdo. —Los murmullos se silenciaron y todos los ojos se fijaron en él—. La tribu se dividirá—. Hizo una pausa, y en el silencio atento, desvió la vista hacia el rincón de su padre y creyó oir una leve y ronca carcajada—. Me quedaré aquí, en Camalodúnum, con todos aquellos que elijan quedarse conmigo, y tu, Tog, puedes regresar a Verulamio, de donde provenimos originalmente los catuvelaunos, y reinar en el Oeste. Acuñaremos moneda juntos, firmaremos tratados para no luchar nunca

entre nosotros y compartiremos el comercio; pero tú y yo, ambos, ostentaremos el titulo de rey. —Se quedó quieto. «¿Accederá o se abalanzará sobre mi?», pensó. Sintió que todo su cuerpo se ponía rígido. No volvió la cabeza, pero notó que su hermano dejaba las sombras de la pared y se acercaba en silencio. Caradoc se serenó y escrutó los ojos de los hombres sentados frente a él en busca de una señal.

De improviso, Togodumno rompió a reír. Saltó para situarse frente a Caradoc, con el rostro lleno de regocijo. Alzó los brazos y sin dejar de reír, le abrazó y bramó ante la perpleja audiencia.

—¡Un acuerdo! ¡Por supuesto! ¿Qué otra cosa podía esperarse del taimado Caradoc, fiel hijo de su padre? —Estalló en carcajadas otra vez, pero Caradoc le miró a los ojos y vio que permanecían gélidos. Por fin, Togodumno se calmó. Se sentó en el suelo y Caradoc se acomodó a su lado con renuencia mientras los jefes comenzaban a levantarse para desenvainar sus espadas y adelantarse—. ¡Acepto! —gritó Togodumno—. Todos los que deseéis ir conmigo a Verulamio, acercaos y ofrecedme vuestras espadas. ¿Cuántos crees que te seguirán a ti? —musitó a Caradoc, pero éste se limitó a sonreír, demasiado aliviado como para hablar. Sabía que esto podría ser el comienzo de sus problemas. Tog y él pasarían muchas horas delineando acuerdos y salvaguardas y, aun así, era posible que un día Tog decidiera dejarles de lado y avanzar con su banda guerrera para barrer Camalodúnum.

Pero, por el momento, ésta era la mejor solución. En medio de una bruma de cansancio y de tristeza profunda y desgarradora, observó las espadas que se iban amontonando ante sus rodillas dobladas. Eurgain depositó la suya en el regazo de Caradoc y se arrodilló para besarle. Llyn le echó los brazos al cuello, pero Caradoc sólo era consciente de la presencia de Tog a su lado, que hablaba con los hombres y contaba alegremente las espadas que caían frente a él. Entonces Caradoc se levantó y los despidió a todos. Los hombres se acercaron y recogieron sus armas. Un silencio satisfecho reinó en el Salón y Tog suspiró y se reclinó. Sus jefes se acomodaron a su alrededor. Cinnamo y Caelte se acuclillaron junto a Caradoc, y Eurgain se sentó más atrás, un destello de luz en la penumbra—. ¡Bueno! —comentó Togodumno al tiempo que se desperezaba y sonreía a su hermano—. Debo admitir que manejaste la situación con habilidad. En realidad, nunca te habría matado, Caradoc. Lo sabes, ¿verdad?

—No, no lo sé —contestó Caradoc—, y tú tampoco. Desearía que aprendieras a controlar tus impulsos, Tog. Nadie está seguro a tu lado. ¿Te

satisface mi plan?

Tog hizo una mueca.

—Bueno, no del todo, pero entiendo la sabiduría que te inspira. Aunque no hubiéramos luchado y al margen de quién hubiera sido elegido, habrían surgido conflictos entre los jefes. Es mejor así. Me sorprende que no se me haya ocurrido a mi.

—Estabas demasiado ocupado con Adminio.

Tog suspiró y una extraña luz apareció en sus ojos.

—Ah, si, Adminio. Tendremos que matarle, Caradoc. De lo contrario, seguirá conspirando a espaldas nuestras, creando problemas entre nosotros y amotinando a los comerciantes.

—Lo sé —convino con desgana—. Pero deberá hacerse de una forma correcta y abierta, y con el consentimiento de los jefes. Tu método era una locura.

—Nos habría ahorrado muchos problemas.

Permanecieron callados un momento. Caradoc tenía el corazón agobiado por los pensamientos que le inspiraba su hermano mayor. Percibía la compasión de Eurgain que le envolvía desde las sombras como una nube de paz tibia e invisible. Sus jefes guardaban silencio con las miradas clavadas en el suelo. Ese clima adverso era, de alguna manera, doloroso e insatisfactorio, como si algo hubiera salido mal, como si hubieran quedado cabos sueltos y problemas sin resolver. Caradoc sintió que su propia ansiedad luchaba contra la calma de Eurgain. Se movió.

—Tus jefes querrán actuar de inmediato —expuso—. ¿Qué harás?

Tog le dirigió una sonrisa amplia de gran complacencia.

—Lucharemos contra los coritanos y los dominaremos. Luego atacaré a los dobunnos. No nos llevará mucho tiempo. Boduoco duerme todo el día. Después —añadió, y se frotó las manos—, ¡a Brigantia! ¿Sabes, Caradoc? Creo que una vez que haya derrotado a Aricia en la guerra, me casaré con ella. —Caradoc alzó la cabeza y vio su propia obsesión reflejada en los ojos de Togodumno—. Sí, hermano mio —añadió en voz baja—, también yo estoy enfermo y no tengo una Eurgain que me serene. —Se enderezó, rió, y al momento calló—. ¿Qué harás tú? ¿Y nuestros planes con respecto a Verica?

—Verica tendrá que irse —respondió Caradoc—. Necesitamos sus minas. No quiere vendernos su hierro, está resentido, así que tendremos que tomarlo.

—¿Y luego?

Caradoc se encogió de hombros.

—Luego tal vez los icenos y los cantios. ¿Quién sabe?

Togodumno se puso de pie.

—Si, ¿quién sabe? —acotó como de paso—. ¿Seguirás estrechando la mano de Roma?

Caradoc se incorporó y se quedó pensando. Si asentía, alimentaría el fuego de conquista que ardía en Tog y, en ocasiones, en sí mismo. Si lo negaba, Tog se preguntaría si toda la agitación del Consejo había sido sólo para colocar a Caradoc en el lugar de Cunobelin. Enarcó las cejas, sonrió y abrazó a su hermano.

—No lo sé —repuso—. Primero, ocupémonos de Adminio —sugirió y se tomaron del brazo para salir al día soleado y húmedo, con sus jefes detrás.

Adminio bajó la colina mientras Gladys corría tras él. Pasó el taller del guarnicionero, la herreria y las perreras, donde el adiestrador le saludó con alegría. Por fin, entró en la cuadra. Gladys llegó jadeando y tropezó cuando entró en el oscuro recinto; un olor penetrante y vaporoso la envolvió. Siguió los ruidos tintineantes que producían los arneses al chocar. Había caballos a derecha e izquierda; movían las colas y comían heno. En cualquier otro momento, se habría detenido junto a cada uno para acariciarlo y hablarle en voz baja, pero esa vez continuó su camino. Su hermano estaba ensillando un animal; sus dedos maniobraban con ira los trozos de metal y cuero. Gladys se escurrió entre el amplio flanco del caballo y la pared, y le observó. Adminio hizo caso omiso de ella; en su cara había una mueca rígida, sus labios estaban apretados y sus ojos negros plagados de dolor. Colocó la embocadura del freno en la boca del caballo y le pasó las riendas por el pescuezo.

—¿Adónde vas, Adminio? —preguntó ella con suavidad.

No hubo respuesta. Adminio pasó por debajo de la cabeza del caballo y apartó a su hermana con brusquedad. De pronto, se detuvo y apoyó la frente en el cuero marron.

—Voy a presentarme al césar —replicó ásperamente.

Gladys dio un paso hacia él.

—¡No! No, Adminio, ¿cómo puedes siquiera considerar semejante cosa? ¿Serás como Dubnovellauno, vagarás por Roma, agacharás la cabeza,

te arrodillarás frente al senado y sufrirás toda clase de humillaciones? ¿Y para qué? Quédate.

—Me matarán —precisó con los ojos entrecerrados—. Caradoc y Tog. Pronto recordarán que estoy libre y vendrán a buscarme. No pueden dejarme vivir, Gladys, y lo sabes. Pero seré vengado. El césar me escuchará. Está loco, todo el mundo lo sabe, y se le puede manejar con las palabras adecuadas. Le pediré justicia y Cayo me la dará porque le diré... —Se alejó de ella y montó. Gladys se hizo a un lado para evitar los cascos—. Le diré que el Consejo me eligió y que mis hermanos me echaron. Los comerciantes me apoyarán. Le diré que si no me ayuda, perderá todas sus conexiones comerciales en Albion.

—¡No te atreverás! —replicó ella—. ¿Y tu honor, y tu libertad? Adminio, si te marchas, el Consejo te declarará esclavo y perderás tus riquezas. ¿Es eso lo que quieres? —Adminio la miraba desde la montura, mostrando los dientes mientras apretaba y soltaba las riendas en sus manos.

—¿Qué importa cómo me considere la tribu? —exclamó—. De ahora en adelante seré un romano. —Se arrancó la torques del cuello y la arrojó a la cara de su hermana. Tras herirla en la mejilla, la torques luego cayó al suelo con un leve tintineo—. Los catuvelaunos no son otra cosa que un montón de campesinos ignorantes y pendencieros —gritó—. ¡Regresaré para verlos aplastados por las botas de las legiones de Cayo! —Dio una violenta patada al caballo en las costillas y el animal resopló y buscó la puerta. Adminio se agachó sobre el cogote de la bestia y hombre y caballo se marcharon.

Gladys se quedó allí temblorosa, pasándose la manga de la túnica por la mejilla herida. Los caballos habían dejado de masticar y se habían vuelto hacia ella. Los ojos castaños claros la estudiaban con curiosidad. Los tranquilizó como una autómata, con palabras suaves y tontas. Recogió la torques y caminó tambaleándose hacia la puerta. Los hombres ya corrían hacia allí, con Caradoc y Togodumno a la cabeza. Los esperó con una mano en la mejilla y los ojos parpadeando ante la brillante claridad. Los restos de las nubes se habían diluido y el cielo azul irradiaba una tibia blancura.

—¿Dónde está? —jadeó Togodumno al llegar—. ¿Adónde ha ido?

Gladys se dirigió a Caradoc y le miró con tranquilidad.

—Se ha ido a ver a Calígula —explicó—. Para buscar venganza.

Se volvió para ocultar las lágrimas y Togodumno estalló en desdeñosas carcajadas. Caradoc se acercó y rodeó a su hermana con un brazo.

—¿Estás herida? —le preguntó con ternura, y ella meneó la cabeza. En silencio le entregó la torques. Caradoc la cogió, azorado—. ¿Acaso sabe lo que ha hecho? —dijo, y ella asintió. Las palabras de Adminio cayeron de su boca como moras venenosas.

—¿Vamos tras él? —inquirió Sholto con ansiedad, pero Togodumno habló.

—Que se vaya, el muy tonto arrogante —se mofó con tono burlón—. A Cayo le importamos tanto como a Tiberio. No se lanzará a la guerra por un jefe descontento. —Abrió los brazos y levantó el rostro hacia el bendito sol de invierno—. ¡Ahora podemos proceder! ¡Que la banda guerrera se prepare! ¡Oh, Caradoc, un imperio tan grande como el romano para ti y para mí! —Cinnamo respondió a la sonrisa torcida de Caradoc con otra fugaz y extraña. Gladys se enjugó las lágrimas y se alejó.

—¿Adónde vas? —gritó Caradoc al verla pasar bajo la sombra oscura de la entrada de las cuadras.

Gladys se detuvo y contestó con desprecio:

—Al mar.

OceanofPDF.com

CAPITULO 7

Caradoc, Togodumno y toda la tribu se preparaban para la guerra con gran entusiasmo. Hacía treinta años que la banda guerrera no se reunía, pero en ese momento Camalodúnum zumbaba con el sonido de la batalla inminente. La fragua del herrero fulguraba noche y día. El Gran Salón estaba continuamente lleno de gente que merodeaba para chismorrear y observar a los hombres libres entrar y salir haciendo diligencias; sobre el gran fuego siempre colgaba un jabalí o una res. Los jefes pasaban mucho tiempo junto al río, recorriéndolo en sus carros, y sus hombres libres afilaban y lustraban las espadas brillantes y los escudos macizos. Las mujeres también estaban nerviosas, atrapadas en el flujo constante y febril, y a menudo estallaban peleas entre las esposas del círculo de los hombres libres, puesto que los hombres jactanciosos y engreídos arrastraban a las mujeres a sus propias discusiones acaloradas sobre quién merecía el titulo de campeón.

Caradoc y Togodumno habían decidido dividir las fuerzas y atacar a la vez, a los coritanos bajo el mando de Tog y a los atrebates bajo el mando de Caradoc. Los espías regresaron furtivamente a controlar a Verica, y los coritanos y demás tribus hicieron sus propios preparativos, a la vez que maldecían a Cayo César por su falta de interés ante su díficil situación, y a los catuvelaunos por su rapacidad. Llyn se pasaba el día rogando a su padre que le permitiera ir a la guerra y sus hermanas corrían alrededor de la casa con palos de madera. Las mujeres no pelearían... Caradoc había dispuesto que no eran necesarias.., pero, por supuesto, seguirían a los guerreros en los carros, con los nínos, y observarían la batalla desde el punto cercano más alto. Caradoc y Tog estaban alegremente convencidos de que ninguna tribu podría oponérseles. Pasaban horas en la choza de Tog, bebiendo vino y conversando de cómo los jefes enemigos caerían ante los carros como el trigo bajo las cuchillas brillantes de las guadañas segadoras. Y las dudas que Caradoc pudiera tener, se ahogaban en el fervor de Tog.

Eurgain se guardaba sus sentimientos. Vida bramaba y maldecía a Cinnamo porque no se le permitiría entrar en combate, Gladys pasaba más y más tiempo en su cueva, observando las rompientes deslizarse y forjando sus propios hechizos extraños, pero Eurgain realizaba sus tareas sin hacer ruido.

Caradoc se esforzaba por arrancarle algo, pero ella parecía estar retrayéndose, regresando al tiempo anterior a su matrimonio con él. Volvía

a sentarse junto a la ventana en las primeras horas de la tarde, con el mentón apoyado en las manos, el cabello rubio agitado por los vientos fríos y los ojos fijos y pensativos en las colinas distantes y cubiertas de árboles. Todavía jugaba con los niños, montaba y cazaba, y asistía a las reuniones del Consejo. Aún se entregaba a los brazos de su esposo con la misma disposición tibia y le envolvía con su frescura dulce. Pero Gladys y ella ya no medían sus espadas, aunque las demás mujeres peleaban en el campo de prácticas, y Caradoc estaba demasiado ocupado para descifrar las enmarañadas oscuridades de su mente.

Togodumno y él habían decidido atacar en la primavera, cuando las tribus estuvieran ocupadas con las cosechas y los nacimientos. Los campesinos catuvelaunos que desearan pelear debían ser armados a expensas de los jefes, pero muchos de ellos se quedarían en los campos para atender los cultivos y el ganado.

El tiempo transcurría. Samain vino y se fue, una calma momentánea en una Camalodúnum de otro modo alborotada y preocupada. En un mes, los jefes estuvieron preparados y, una vez más, apostaban y reñían alrededor del gran fuego. En seis semanas, Togodumno y Caradoc se aprestarían a despedirse, puesto que Togodumno y sus hombres debían pasar un tiempo en Verulamio para ocuparse de las fortificaciones por si los dobunnos o los coritanos perseguían a los catuvelaunos hasta su territorio, lo cual era por lo demás absurdo e improbable.

Una tarde en que Caradoc y Togodumno se hallaban fuera de las cuadras mirando cómo preparaban sus carros antes de salir a correr una carrera por el sendero que se extendía bajo los árboles desnudos del bosque, Cinnamo subió la colina desde las puertas a todo galope. Su caballo echaba espuma por la boca, tenía la túnica manchada de sudor y su rostro era un mensaje urgente de miedo. Se detuvo ruidosamente frente a ellos y desmontó tambaleándose. Se apoyó contra el animal un momento para calmar su respiración acelerada y luego indicó al criado de las cuadras que se llevara el caballo. Se volvió hacia Caradoc.

—¡Los comerciantes! —exclamó jadeando. Caradoc dejó sus arneses resplandecientes, se acercó a él y ordenó a Fearachar que trajera agua del abrevadero. Cinnamo se limpió las manchas grises de la cara con la túnica.

Después se dobló, con las manos en las rodillas y la cabeza colgando, luchando por recobrar el aliento. Había galopado a toda prisa desde el río y su corazón todavía latía con violencia al ritmo de los veloces cascos de su

caballo. Fearachar se acercó corriendo con agua en un cuenco de madera y Cinnamo se enderezó y sumergió el rostro en el líquido frío. Luego tomó el cuenco y bebió con avidez, se lo devolvió al criado y esbozó una sonrisa torcida a los hombres que le observaban con desconcierto—. Señor, los comerciantes se están marchando —explicó—. Ya se han ido cinco barcos con la marea y otros diez esperan. Se niegan a hablar. Todo lo que hacen es sentarse en la orilla con sus pertenencias, pero el mercader del vino fue más explícito.

—Espera un momento, Cin —le interrumpió Caradoc—. Tranquilízate.

Pero Cinnamo ya se estaba serenando. Se acuchilló en la tierra dura y Caradoc y los jefes hicieron lo mismo.

—Cayo César está avanzando —continuó—. En un día más llegará a Gesiorácum y tres legiones, tal vez cuatro, marchan con él. El mercader dice que va a cruzar el océano.

Nadie habló. Las palabras de Cinnamo pendían en el aire helado y Caradoc clavó la vista en el suelo mientras, a sus espaldas, los ponis se agitaban inquietos y las ruedas de su carro giraban de atrás para adelante. De pronto, Togodumno maldijo, una imprecación grosera que sobresaltó a todos, y se puso de pie de un salto.

—¡Sabemos quién marcha también con él! —gritó—. ¡El maldito Adminio! Debimos haberle perseguido para cortarle la cabeza, Caradoc. ¡Mira lo que ha hecho ahora! —Caradoc se volvió hacia Cinnamo con expresión inquisitiva y Cinnamo asintió una vez.

—Es cierto. La locura de Calígula es tan grande que imagina que Adminio le está ofreciendo toda Albion a Roma y viene de camino a reclamarla. Los comerciantes no quieren problemas. Navegarán a la Galia y se dispersarán; esperarán allí a que las legiones hayan venido y conquistado, y se reinicie el comercio.

—¿Y los generales de Cayo? —preguntó Caradoc—. Sin duda son lo bastante sensatos para darse cuenta de que Adminio no es más que un fugitivo, no un rey. En cualquier caso, un rey de Albion que voluntariamente vendiera su tribu a la esclavitud es obvio que estaría loco.

—Por supuesto que se dan cuenta —respondió Cinnamo—. ¿Pero cómo pueden convencer a César y conservar sus cabezas? Compadecedlos, Caradoc. Y rogad para que uno de ellos pueda persuadir al emperador de que Adminio es un loco criminal.

Togodumno escupió en la tierra y frunció el entrecejo.

—¡Que vengan! —dijo—. ¿Qué dijeron los listos de Roma cuando Julio César huyó a su casa con el rabo entre las piernas porque el poderoso Cassivellauno le hundió los dientes en su augusto trasero? «Llegué, vi, pero no pude quedarme.» Roma encontró un rival digno en los catuvelaunos cien años atrás.

—No fue Cassivellauno quien derrotó a César, fueron el clima y las mareas oceánicas —precisó Caradoc de forma automática. Luego frunció el entrecejo con sobresalto. ¿Quién le había dicho eso? Togodumno sacó la lengua en dirección al río y después rió.

—¡Mentira! ¿Eso dijo Julio? Supongo que tenía que decir algo.

Los jefes rieron; la ansiedad momentánea se disipaba con la velocidad de una neblina de verano. Todos se pusieron de pie para concentrarse en otras cosas. Se marcharon y Togodumno subió a su carro.

—Te has agotado por nada, Mano de Hierro Cinnamo —dijo en tono de burla—. Te esperaré junto al río, Caradoc. —Mientras se alejaba, Caradoc miró a Cinnamo.

—¿Es eso cierto? —inquirió en voz baja—. ¿Vendrá el loco de Cayo, Cin?

Cinnamo se encogió de hombros en un gesto típicamente suyo.

—No lo sé, pero los comerciantes no se dejarían dominar por el pánico sólo por un rumor. Saben algo, señor, y si yo fuera vos, retendría a Togodumno y a sus jefes aquí, listos para presentar batalla, hasta que el rumor se convierta en un hecho o se hunda bajo el peso de otra novedad.

—Adminio ha hecho eso —masculló Caradoc con rencor—. ¡Servil y ladino amigo de los romanos! Ha manipulado la mente débil del emperador. Si Cayo viene y es derrotado, atraparé a Adminio y lo quemaré vivo en su propia pira funeraria.

Cinnamo rió brevemente.

—Gladys debió haberle matado cuando tuvo la oportunidad —observó —. Estará eternamente arrepentida de no haberlo hecho. —Marchó colina arriba a paso lento; Caradoc hizo una seña a Fearachar y subió a su carro.

Tomó las riendas y alentó a los ponis. Se dirigió a las puertas mientras su mente se desviaba al océano y al puerto de Gesiorácum, donde Calígula se enfurruñaba y se impacientaba mientras sus generales celebraban reuniones secretas y desesperadas para intentar decidir quién debía comunicar al soberano del mundo que Albion le recibiría con montones de lanzas y no con flores de bienvenida.

Caradoc convenció a Togodumno de que postergara su partida, pero no fue fácil. Tog se irritó y gritó, maldijo y rugió, pero los jefes escucharon a Caradoc, confiaron en su juicio y el Consejo votó en contra de Tog. Este anduvo malhumorado un día entero, se emborrachó, coqueteó con Vida, fue a pescar con Llyn y, por fin, se dispuso con desdén a esperar junto a Caradoc.

No había actividad en el río. Los botes y barcos costeros catuvelaunos se mecían anclados y no había toneles, cajas, sacos ni perros en los muelles. Día tras día, los hombres libres entraban en Camalodúnum desde la costa sin novedades. Hasta el clima pareció apaciguarse y hacer una pausa. El viento de invierno cesó, las brumas colgaban inmóviles en los árboles, y los jefes permanecían sentados en sus chozas llenas de humo lustrando espadas, escudos y lanzas que ya resplandecían como el sol brillante.

Pasaron dos semanas lentas y tediosas. Caradoc y sus hombres sacrificaron tres toros en honor de Camulos y se adentraron en los bosques para propiciar a la diosa y a Dagda. Pero el océano seguía tranquilo, sin el peso de la guerra ni de barcos de transporte de tropas. Caradoc empezaba a recriminarse por haberse preocupado en exceso, cuando un amanecer un hombre libre fue a verle y se acuclilló frente a él en su casa. Los niños aún dormían, pero Eurgain estaba levantada, sentada entre almohadas, soñolienta pero alerta. Caradoc echó leña al fuego antes de atreverse a ordenar al hombre que hablara. Después se acuclilló junto a él.

—La noticia —le urgió, y el hombre libre sonrió.

—La noticia es buena —respondió. Detrás de él, Caradoc sintió suspirar a Eurgain—. Durante la noche llegaron barcos, pero no trajeron soldados. Los comerciantes están regresando.

Caradoc sintió que un peso enorme le abandonaba y de pronto, tuvo mucha hambre. A su lado, el fuego crepitaba con vida nueva y en la otra habitación, oyó toser y darse la vuelta a Llyn.

—¿Y? —presionó con suavidad. El hombre se apresuró a continuar.

—Los comerciantes dicen que los generales no pudieron disuadir al emperador, pero las tropas se amotinaron. Se negaron a cruzar el agua. Argumentaban que Albion es una isla mágica llena de monstruos y hechizos terribles y que no zarparían ni por Júpiter el Supremo. Los comerciantes cuentan que el emperador estaba furioso. Le salía espuma por la boca y corría profiriendo maldiciones. Ordenó que una docena de legionarios fueran crucificados allí mismo en la playa, pero no sirvió de nada. Al final,

los generales lograron que diera la vuelta y va de regreso a Roma. Algunos piensan que de todos modos, tal vez decida reclamar Albion.

Caradoc empezó a reír. Echó la cabeza hacia atrás, perdió el equilibrio, cayó de espaldas sobre las pieles y siguió riendo. Llyn se despertó y se acercó soñoliento para ver qué había pasado. Eurgain observaba a su esposo con una sonrisa complacida, el sonido gutural y alegre la colmaba de alivio. Había estado tan seco últimamente, con un dejo mordaz en sus palabras y un rigor en sus decisiones, que había comenzado a alarmarla. Caradoc se puso de pie, todavía sacudiéndose.

—¡Monstruos y hechizos! —articuló—. ¡Por supuesto, y peor! ¡Espadas, lanzas y gigantes! Oh, Eurgain, ¿has oído? ¡Bueno, que reclame Albion, ese pobre tonto! —Levantó al hombre libre de un tirón y lo abrazó —. Ve a ver a Togodumno y dale la noticia —lo instruyó— Ahora, date prisa y vistete, Eurgain. ¡Esta mañana cazaremos un jabalí y mañana cazaremos a los coritanos!

OceanofPDF.com

CAPITULO OCHO

Cazaron, comieron, rieron y bebieron; después marcharon a la guerra. La amenaza de Roma había sido como la cólera inofensiva de una ráfaga de viento de verano. Roma lo había intentado una vez más y había fracasado, y los señores catuvelaunos abandonaron su encierro. Togodumno y sus jefes juntaron a sus esposas, hijos y equipaje y partieron para Verulamio, acompañados de música y canciones estridentes. Caradoc delineó los últimos planes de su ataque a Verica y, entonces, a principios de la primavera, cuando los brotes de los manzanos se abrieron en flores blancas y aromáticas que perfumaban los pasillos del bosque y el sol tanteaba la tierra con dedos suaves y cálidos, Togodumno y él entraron en acción. Como una marea alta de fuerza y audacia juvenil, y con una seguridad desbordante, se lanzaron a través de las fronteras con sus hordas aullantes y embriagadas de sangre tras ellos. Los coritanos vacilaron, se dispersaron y huyeron. Verica, después de una lucha salvaje y desesperada al norte de la costa este, se embarcó y escapó furioso y derrotado a la Galia. Era sólo el comienzo. Durante el verano, los coritanos, acorralados en sus fortalezas del norte, se volvieron y combatieron a Togodumno con ferocidad y constancia, pero Caradoc pasó los meses de calor yendo de un lado a otro, tratando de encontrar los restos del clan de Verica que habían desaparecido en los bosques como copos de nieve.

En otoño, cuando los árboles se iluminaron de súbito con una magnificencia ardiente y ostentosa, ambos regresaron a Camalodúnum, bronceados, saludables y cansados, con los carros y las carretas rodando tras ellos, cargados con el botín, y las manadas y rebaños de animales robados antecediéndoles. Allí, en el Gran Salón, Togodumno y Caradoc se encontraron y se confundieron en un abrazo.

—¡Qué verano! —declaró Tog mientras se sentaban con las piernas cruzadas junto al fuego—. ¡Ah, Caradoc, ojalá nos hubieras visto! Esos coritanos saben pelear, después de todo. Los atacamos, los hicimos retroceder, cortamos a sus jefes en pedazos y luego los perseguimos en las colinas, pero se volvieron contra nosotros y ofrecieron una resistencia firme. Casi perdí la cabeza, ¿lo sabias? Un jefe enorme con cuernos de toro en su casco se me abalanzó desde su carro cuando yo estaba peleando en un foso. Me tiró al suelo pero logré zafarme. Meneó su espada en dirección a mi cuello mientras gruñía todo el tiempo como un oso, pero ¡ah! —Se echó el pelo hacia atrás y su brazo con brazaletes de bronce cortó el aire

abarrotado de humo—. ¡Un golpe de espada y lo partí casi por la mitad! —Suspiró contento—. ¡Qué verano!

Los jefes se arremolinaron a su alrededor para contar sus propias historias y las mujeres parloteaban contentas, felices de estar de vuelta en sus hogares. Los niños corrían alrededor del Salón, perseguían a los perros o luchaban entre ellos. Los bardos afinaban sus arpas con expresiones pensativas y los ojos en las profundidades cavernosas del techo, mientras las canciones nuevas tomaban forma en sus mentes. Fearachar trajo vino y carne de cerdo caliente y reinó un silencio breve mientras los señores y sus asistentes comían.

—Dime, Tog —dijo Caradoc, y bebió un trago de vino caliente—, ¿crees que derrotaremos a los coritanos para la próxima estación? ¿Podremos mudar algunas de nuestras gentes allí el verano que viene, o los coritanos firmarán un tratado con los brigantes y se enfrentarán a nosotros la próxima primavera, mil veces más numerosos?

Togodumno masticó mientras reflexionaba.

—No lo sé. Los coritanos y los brigantes no se tienen simpatía y se pasan el día asaltándose mutuamente, pero quizás Aricia promueva un tratado sabiendo que planeo atacarla en cuanto haya dominado a los coritanos. Haría mejor en firmar un tratado con nosotros —sonrió—. Entonces podremos tomar Brigantia mientras ella sigue discutiendo sobre sus principios.

—Aricia lo sabe —respondió Caradoc—. Así que no firmará un tratado con nosotros. Creo que se sentará en un Consejo con los jueces de los coritanos y se enfrentarán a nosotros unidos.

Tog tragó lo que tenía en la boca.

—Entonces son estúpidos. Según lo que hemos oído, Aricia ha desechado cualquier principio que pudiera haber tenido, que no eran muchos, como tú mejor que nadie debería saber. Hablará con dulzura a los jueces y después, si tú y yo caemos derrotados..., ¡bang! —batió las palmas —, ella y ese salvaje marido suyo, Venutio, se abatirán sobre los coritanos como rayos y éstos lamentarán no haber aceptado nuestra dominación. —Levantó su copa y bebió mucho. Se secó la boca con la manga—. ¿Y qué hay de los atrebates? —inquirió—. ¿Cómo te fue con ellos?

—Verica huyó a Roma, como sabes —replicó Caradoc—, y su pueblo es inteligente. Se ocultan en los bosques y eluden la batalla. Para serte sincero —añadió con pesar—, me pasé el verano persiguiendo sombras.

Pero creo que en la primavera mudaré algunas de las familias de los hombres libres al territorio de Verica y nombraré jefes a los hombres. La resistencia es tan dispersa y débil que podrán manejarla con facilidad.., en especial con el aliciente de enormes precios de honor. Entonces... —sonrío —. Entonces les llegará la hora a los dobunnos. Ya se pelean entre ellos; Boduoco aferrado al sur y los jefes renegados al norte. Debería ser fácil convertirlos a todos en catuvelaunos. —Togodumno y él se miraron con presunción—. Un imperio —añadió Caradoc en voz baja—. Hemos tenido un buen comienzo, Tog.

Algún día, toda Albion será regida por jefes catuvelaunos y tú y yo seremos más ricos que Séneca.

—Dicen que ni siquiera el césar es tan rico como Séneca —comentó Tog—. ¿Y los comerciantes, Caradoc? Muchos de ellos regresaron a su casa este verano porque el comercio no era bueno estando todos nosotros fuera. Tendremos que hacer algo al respecto.

Caradoc se encogió de hombros.

—Que se vayan. Cuanto más grandes seamos, menos tendremos que depender de Roma para aprovisionamos. Y cuando seamos lo bastante grandes, los comerciantes volverán atraídos por botines cien veces más valiosos.

—¡Cunobelin se reiría mucho si nos viera ahora! —Tog apuró el vino y se reclinó contra la pared. El grupo comenzó a acomodarse en el suelo—. Nuestros nombres serán temidos de una punta a la otra de la tierra. ¿Y qué hay de los durotriges, Caradoc, y los hombres del oeste? ¿Los reservamos para el final?

Caradoc se estremeció.

—Los dejaremos. Ni siquiera Cunobelin se atrevía a enfurecer a los hombres del Oeste; luchan como si el Cuervo de la Batalla viviera en cada uno de ellos. En cuanto a los durotriges... —frunció el entrecejo—, primero los cornovios, Tog, y después ya veremos. Tenemos que ser mucho más poderosos si queremos trabar combate con ellos.

La conversación había decaído en un murmullo débil. Las copas se volvieron a llenar, los niños fueron llevados a la cama, y Eurgain se acercó y se sentó entre Caradoc y Cinnamo. Caradoc le pasó un brazo por los hombros y la besó en la mejilla.

—Ahora oiremos las historias del verano —le dijo—. ¿Te alegra estar de nuevo en casa, Eurgain? —Ella asintió y apoyó la cabeza en su hombro.

Caradoc llamó a Caelte. El bardo se levantó y descolgó el arpa; se hizo silencio. Había recibido una lanzada en el hombro y todavía lo cuidaba moviéndose con delicadeza, pero sus dedos, capaces de arrancar música de su pequeño instrumento como el paso raudo del viento entre las copas de los árboles, estaban intactos. Tiró de las cuerdas, tensó una, sonrió al público y se aclaró la garganta.

—Gente de la tribu —dijo en voz baja—. Esta noche os cantaré sobre Caradoc el Magnifico y la deshonra de Verica.

—Mi bardo me ha compuesto una canción que dura una hora —susurró Togodumno a Eurgain, pero ella no le miró. Mostraba una sonrisa distante y cortés mientras la voz dulce y aguda de Caelte se alzaba como una alondra al levantar el vuelo de los prados de verano.

Caelte, el bardo de Togodumno y la gente cantaron toda la noche. Después de que el verano hubo desfilado frente a ellos y flotado por sus mentes en el aliento tibio de Caelte, pidieron las canciones de Cunobelin y de Tasciovano, y aún querían más. La historia de Julio César y Cassivellauno los hizo reír. Las canciones inquietantes y olvidadas de sus antepasados, apenas entendidas, los colmaron de una nostalgia apasionada, y lloraron. Un sentimiento intenso y conmovedor palpitaba en el Salón, una nube ondulante que se curvaba con el humo de la leña alrededor de todos, impregnaba las almas. El fuego fue alimentado una y otra vez y las llamas rojas se elevaban en las alas de la melodía, dulce o amarga, melancólica o dura. Los toneles de vino se vaciaron. El sudor se deslizaba por los rostros de los bardos y sus dedos se calentaron; pero la música adquirió su propio poder y los dejó mudos al final, sólo capaces de seguirla vacilando adonde su manto multicolor los rozaba a su paso. Luego Togodumno gritó:

—El barco, Caelte, El barco.

Y los demás hicieron suya la petición:

—¡El barco, oh, por favor, maestro, El barco!

Caelte sacudió la cabeza. Le dolía la garganta y tenía el rostro mojado, pero la petición persistió y finalmente esgrimió una sonrisa torcida. Un profundo silencio descendió al instante.

—El barco —anunció con voz ronca y comenzó. Después de las primeras notas ásperas, su voz cobró fuerza en una inhumana y hermosa cadencia de dolor.

Había un barco de velas rojas y sedosas,
descansaba tranquilo en un mar dorado

y en derredor, las gaviotas, ágiles, planeaban, graznaban...
Él se erguía como piedra sobre la cubierta,
como dioses de antaño, el viento de la tarde
jugaba en su cabello, y el sol en su rostro.
Contemplaba la orilla cubierta de algas marinas,
el ondulante sendero de plata que bajaba del bosque
ya salpicado de estanques de luz líquida.
Ella no venía, no venia,
yacía bajo los robles, soñaba,
entre sus dedos crecían las celidonias amarillas.
El sol se apagó, las estrellas pendían blancas,
y él todavía esperaba, muriendo en la oscuridad,
y ella todavía yacía, piernas blancas sobre la hierba,
hasta que los vientos del mar inflaron las velas crujientes,
y el océano se lo llevó en su marea susurrante.

Togodumno abrió los ojos mientras Caelte inclinaba la cabeza, se secaba la frente y se dejaba caer al suelo.

—Ah —suspiró—. Es bueno estar vivo, ¿no, Caradoc? De haber sido Cerdic, habría abandonado el barco con mis jefes, luego habría atacado la aldea y cortado al miserable padre de ella en mil pedacitos. Después me habría llevado el cuerpo de ella y la habría sumergido conmigo en el océano.

—Pero Cerdic no sabia que ella estaba muerta —contestó Caradoc con un oído dirigido a su hermano mientras Aricia se retorcía en sus entrañas: tendida bajo los robles, con el cabello negro desplegado sobre la hierba y la boca roja abierta bajo la de él. Eurgain se movió, se sentó derecha y bostezó.

La gente comenzó a salir.

—Podría dormir un día entero —murmuró—. Pero fue una bonita bienvenida. —Ella y Caradoc desearon las buenas noches y se marcharon, acompañados de Fearachar, Cinnamo y un Caelte rezagado y cansado. Pero Togodumno siguió acostado en las pieles junto al fuego; observaba soñoliento las brasas que se oscurecían y apagaban, y pensaba en Aricia y en las batallas futuras.

OceanofPDF.com

CAPITULO 9

A finales del invierno, cuando las bandas guerreras se aprestaban de nuevo para partir, esa vez para atacar por sorpresa a los dobunnos y adentrarse en los pantanos sureños de los icenos, los comerciantes trajeron la noticia de que Cayo César había muerto. Caradoc escuchó con incredulidad una historia de demencia que había arrastrado a los todopoderosos guardias pretorianos a un acto de asesinato brutal, y convertido a Roma en un torbellino peligroso de traiciones y engaños. Togodumno gritó y bailó mientras hacia girar la capa roja sobre su cabeza.

—¿Y qué dijo su precioso caballo, el nuevo cónsul? —exclamó con placer—. ¡Oh, guardias nobles y valientes! ¡Ojalá hubiera estado ahí!

—¿Hay un sucesor? —inquirió Caradoc. Deseaba con irritación que Tog se fuera. El comerciante asintió y parpadeó.

—Oh, si, señor, claro que lo hay. Los pretorianos estaban desesperados porque sabían que si no elegían ellos al próximo césar, podían morir por su atrevimiento. Lo encontraron, creo, agazapado detrás de una cortina y llorando de miedo. Se llama Tiberio Claudio Druso Germánico, nieto de Augusto, un hombre manso y bibliófilo.

Un estremecimiento extraño recorrió a Caradoc. Le hizo cosquillas en los dedos y en el rostro. Cinnamo le miró con expresión inquisitiva.

—¿Es viejo? ¿Joven? ¿Casado? ¿Qué? —Sentía una repentina urgencia por conocer a ese hombre, a ese Claudio, pero el comerciante no pudo decirle más. Caradoc lo despachó y Togodumno se acercó con sus jefes.

—Ahora es el momento —declaró con ansiedad—. ¡Ahora debemos ordenar a Roma que nos envíe de vuelta a Adminio y a Verica!

—¿Para qué? —preguntó Caradoc. Todavía fruncía el entrecejo a causa de la información recibida y Togodumno lo sacudió despacio.

—Para frustrar la última esperanza de los atrebates y deshacernos de Adminio. Con ellos dos en Roma vertiendo sedición en los oídos de quienquiera que desee oírles, no estamos a salvo. Además —añadió con altivez—, éste es un buen momento para hacer saber a Roma que tenemos dignidad, que los catuvelaunos somos una fuerza para tener en cuenta. Pongamos a prueba a ese pobrecito y tímido Claudio. ¡Déjame requerir la vuelta de los traidores!

—Si así lo deseas... —replicó Caradoc con aire ausente. Daría a Tog algo en qué ocupar su mente durante los meses venideros. Caradoc no creía que Roma estuviera en condiciones de ejercer represalias, aun cuando le

importaran un rábano dos jefes de tribus desheredados. Cayo había enviado varias protestas formales y enérgicas a los catuvelaunos cuando los comerciantes romanos habían llegado a la Galia y difundido la noticia de un nuevo renacimiento belicoso en Albion. Pero Cayo estaba muerto y eso ya no tenía importancia—. Cuidate de no exigir a Roma, Tog, si de veras quieres ver a Verica y a Adminio aquí en Camalodúnum. Sé discreto en tu solicitud.

—¡Bah! —exclamó Tog, y se marchó. Caradoc se volvió despacio hacia Cinnamo.

—Ven al campo de prácticas y ayúdame a ejercitarme un poco, Cin —pidió—. Mi cuerpo se siente viejo y cansado.

—Está lloviendo, señor —señaló Cinnamo, pero desnudó su espada y dejaron el Salón, se quitaron las capas y se ataron el cabello. Practicaron durante una hora, patinando en el barro, empapados hasta los huesos, completamente solos en el día encapotado y silencioso. Por fin, Cinnamo pidió un descanso. El agua que caía en sus ojos le impedía ver a su oponente y se alejó para secarse. Pero Caradoc permaneció de pie en el campo, apoyado en el escudo y con el aura de irrealidad todavía envolviéndole como una red de muchos hilos.

Togodumno envió su atrevida demanda y esperó con impaciencia una respuesta, pero el invierno dejó paso a la primavera y ni Adminio ni Verica llegaron. Tampoco hubo noticias de Roma. La temporada de guerra comenzó. Esa vez, Caradoc y Togodumno pelearon juntos, puesto que los coritanos habían firmado tratados con Aricia y con Prasutugas, jefe de los icenos.

Cuando los espias catuvelaunos informaron de esto a Caradoc, éste se sorprendió y se preguntó qué habría ocurrido en el lejano país de los pantanos después de la muerte de Subidasto, y por qué la pequeña Boudicca no capitaneaba la tribu. La recordaba vagamente, una chiquilla de ojos castaños, cabello rojo ondulante y tupido, y manos cortas y rechonchas. Trató de imaginarla como la mujer que debía de ser en ese momento, de dieciséis o diecisiete años. Era inteligente, así la recordaba; los había acusado de sufrir la enfermedad romana. Al recordar esto, Caradoc sonrió para si y se preguntó qué diría de ellos en ese momento.

Togodumno y él marcharon hacia el norte; el verano pasó entre fuego y sangre, un verano de calor poco común en que la hierba se marchitó adquiriendo una tonalidad marrón, y los arroyos de los bosques se redujeron

a débiles chorros de agua fangosa. Caradoc combatía sin brío, con el temor constante de que un día vería a Aricia, de pie en su carro rodeada de sus jefes. Y allí, tan cerca de los pantanos de las tierras de ella, comenzó a soñar con ella de nuevo en las noches calurosas y secas. Pero una batalla sucedía a otra, un rojo y agotador amanecer a otro, y si ella estaba allí entre los vociferadores y jactanciosos jefes coritanos adornados con bronce, no la vio. Los coritanos, con sus filas engrosadas por icenos callados y brigantes enormes y barbudos, resistían. Incluso sus mujeres, altas y bien armadas, participaban en la acción aullando maldiciones extrañas. Por su parte, Caradoc seguía negándose a permitir que las mujeres libres catuvelaunas lucharan. Gladys le había desobedecido, pero Caradoc pasaba por alto esa flagrante indiferencia a su autoridad. Su hermana siempre hacía lo que le daba la gana y, además, como ella le recordó, no había jurado lealtad a ningún jefe. Cabalgaba sola, se ocupaba de sus cosas, peleaba donde y cuando quería, y él la dejaba en paz.

El otoño se adelantó, como si el verano se hubiera consumido antes de tiempo, y los catuvelaunos regresaron a Camalodúnum poco felices tras esos meses de guerra. Habían perdido demasiados hombres libres y ganado muy poco terreno. Caradoc estaba decidido a presionar a los dobunnos en la primavera siguiente y, día tras día, desde el refugio del Gran Salón, Togodumno y él contemplaban taciturnos la campiña empapada y llena de charcos. Se habían cansado de las disputas menores y del derramamiento de sangre desatado entre sus jefes encerrados en las chozas sin nada que hacer, de la lluvia ininterrumpida que impedía cazar o desplazarse en carro, y de sí mismos y de los demás. A medida que el invierno se prolongaba tediosamente, Togodumno se volvía más hosco y más impredecible. Se esforzaba por provocar un altercado con Caradoc, le insultaba y le desafiaba con comentarios punzantes de su ingenio sarcástico. Al final, Caradoc, azuzado más allá de lo tolerable, le gritó:

—¡Maldición, Tog! ¿Por qué no coges a tus jefes inútiles y te vas a Verulamio como convinimos? Estoy harto de ti. ¡No te quiero más aquí! —Togodumno consideró la idea con la cabeza ladeada, impasible ante el rostro lívido de su hermano.

—¡Bien! —manifestó un momento después—. Creo que lo haré. El clima no es bueno para hacer incursiones, pero es preferible eso a esta inactividad desagradable y húmeda. —Caminó hacia él con aíres de grandeza—. Y tal vez no vuelva. Piensa en eso, hermano mio. Nos has

estado mandando a todos como si tú solo fueras el rey, y no nos gusta. Además, este año no nos has guiado demasiado bien y los jefes empiezan a decir que ya es hora de que yo empiece a protegerlos.

Caradoc se había quedado sin habla. Buscó las palabras con frenesí, ahogado por la ira, pero Togodumno salió a toda prisa a la lluvia y el escudero y el bardo le siguieron trotando.

Seguía enfadado cuando Eurgain le entregó el peine esa noche, sentada frente al espejo. Lo empujó por el pelo de ella con golpes rápidos y bruscos, lo que la hizo dar uno que otro respingo. Tog se había ido. En poco tiempo, había reunido a sus jefes, hombres libres y mujeres, y se había marchado sin despedirse, con los caballos salpicando lodo y las ruedas de los carros resbalando aquí y allá. Por un momento, Eurgain retiró con delicadeza el peine de los dedos fríos de Caradoc y lo arrojó sobre la mesa.

Luego se volvió.

—¿Por qué estás furioso, esposo mío? —inquirió—. Sabes que volverá.

Caradoc no se movió.

—No pienso lo mismo. Al menos no creo que esté de regreso para la próxima temporada de lucha. El muy tonto pretende enfrentarse solo a los coritanos. Arruinará todos los planes que hemos hecho juntos.

—Bueno, entonces déjale ir. ¡Deja que pierda el respeto de sus jefes por estropear las campañas, y luego le verás correr de vuelta a casa! —Temía decirle lo que realmente pensaba, pero ese pequeño temor se transmitió entre ellos cuando sus miradas se toparon y Caradoc sonrió con desgana. Levantó el peine y lo pasó con más suavidad por la lustrosa cabellera de su esposa.

—Lo siento, Eurgain —murmuró—. Es el clima. Y sabes, por supuesto que sabes, que la ambición de Tog me asusta. Una vez que se independice allí en Verulamio y triunfe en sus batallas la próxima primavera donde yo fracasé, le será muy fácil convencer a los jefes de su nuevo Consejo de emprender un ataque contra mí.

Ella inclinó la cabeza, contempló sus largas manos entrelazadas con firmeza en su regazo y el peine que continuaba moviéndose, lenta e hipnóticamente, a través del cabello. Quería reír, decir: «¡Ah, Caradoc, no Tog!», aventurar algún comentario, pero el momento se alargó y el significado de las palabras de su esposo caló hondo en su mente. Tenía razón. Togodumno era peligroso. Caradoc lo había mantenido ocupado,

pero en la época de las lluvias el aburrimiento llevaría a la desintegración de una mente impredecible.

Eurgain ya había visto los síntomas. Todos le conocían. Alargó una mano, tomó los brazos de su marido y le obligó a inclinarse. Le besó con nerviosismo, como si con ello pudiera arrojar los pensamientos amargos y solitarios de él a un lugar más allá de la memoria. Caradoc se arrodilló junto a la silla y la abrazó. Apoyó la cabeza en sus generosos pechos, pero bajo la afirmación callada de la pasión entre ellos, podía oir el corazón de Eurgain latiendo como las alas de un pájaro asustado.

Dos semanas después de que Togodumno se marchara, Fearachar fue en busca de Caradoc, que se hallaba sentado junto al fuego en su choza. La lluvia había cesado. El cielo estaba bajo, pero con más humedad, y las nubes se dispersaban. De vez en cuando, un sol débil y tímido bañaba Camalodúnum con un brillo momentáneo. A la primera señal de mejoría del tiempo, los niños se dispersaban. Llyn a los bosques en su caballo y las niñas al césped frente a la choza de Gladys para jugar con sus conchas. Pero Caradoc, aburrido y deprimido, bebía sentado mientras Eurgain canturreaba doblada sobre la mesa lustrando los objetos de vidrio.

Fearachar movió la cabeza sombríamente.

—Disculpadme, señor —anunció—, pero hay un animal extraño que espera para veros.

—¿Eh? —Caradoc ni siquiera sonrió. La preocupación aún le angustiaba—. ¿Qué clase de animal?

Fearachar estaba desilusionado por la falta de reacción.

—La clase de animal que dice ser un comerciante y no lo es. Esa clase de animal.

Eurgain dejó de canturrear aunque sus manos siguieron moviéndose entre sus tesoros. Caradoc advirtió que su cansancio disminuía.

—Cuéntame, viejo amigo —le instó con suavidad. Fearachar clavó su mirada vaga y entornada en el techo.

—Viste como un comerciante, pero parece un patricio. Es demasiado estúpido para siquiera disimular la finura de sus manos. Y no es un espía común. Tampoco puede disimular sus ojos. —Rió de su propia agudeza—. Dice que quiere hablaros acerca del comercio deficiente de los últimos tiempos, pero por supuesto, está mintiendo. Hasta yo lo haría mejor.

Caradoc se enderezó en la silla y se olvidó del vino. Sintió que su cuerpo se tensaba con lentitud, como solía hacerlo antes de que se llevara la

trompeta a los labios para dar la señal de la primera carga de batalla. Fearachar y él se miraron con perfecto entendimiento.

—¿Dónde están Cinnamo y Caelte? —se apresuró a preguntar.

—Los mandé llamar y también están esperando. Forman un trío simpático y amistoso ahí fuera: el comerciante tiritando de frío y los jefes insultándole con la mirada. No le recibiréis a solas, ¿verdad, señor? Es probable que vaya armado con una aguja venenosa o alguna otra diabólica invención romana por el estilo.

El rostro lastimoso se volvió aún más lúgubre, pero Caradoc no necesitaba del humor torpe de los hombres libres.

—¡Por supuesto que no! —replicó. Se levantó y empujó el talabarte hacia delante—. Que Cin y Caelte entren primero y después el comerciante. —Fearachar hizo una reverencia y se deslizó a través de la puerta de pieles. Caradoc habló con rapidez por encima del hombro—. Sigue lustrando sin hacer ruido, Eurgain, y pon a trabajar tu memoria. Recuerda cada palabra que se diga aquí. —Ella no respondió, pero él supo que había escuchado.

Sus hombres se abrieron paso dentro de la habitación—. Apostaos junto a mí —les ordenó—. Y escuchad. Tengo un presentimiento.

Era más que un presentimiento. Algo le sobrecogió, una premonición, una ráfaga que le congeló la mente. Mientras el hombre alto y delgado se acercaba despacio hacia él, dejando caer la puerta de pieles en silencio, vio un orificio que se abría en la vorágine demente de sus pensamientos aterrados. Luego su mente se aclaró. Fearachar tenía razón. No se trataba de un tosco comerciante de perros y vino: los ojos eran serenos, llenos de una tranquila astucia, y tenía un rostro largo y delgado, nariz recta y boca suave pero capaz de expresar dureza. Vestía de manera burda; una túnica gris y sucia colgaba de su cuerpo enjuto, bajo una capa marrón deshilachada. El cinto era de cuero sencillo y liso, y un cuchillo simple pendía de él. Los calzones abultados estaban manchados de barro. Y las manos. Al mirarlas, Caradoc supo la identidad de ese animal extraño. Se adelantó con el brazo extendido y el hombre lo tomó con sus dedos elegantes y su muñeca fina y flexible.

—Bienvenido a la tribu —dijo Caradoc con tranquilidad—. Que vuestra estancia aquí os depare descanso y paz. Hay vino y tortas de cebada. ¿Comeréis y beberéis antes de compartir vuestras noticias? —Los ojos sorprendidos del visitante se encontraron con los de él; luego rió, un sonido amistoso y cordial.

—He subestimado la inteligencia de los jefes catuvelaunos —dijo con frialdad—. ¿A qué comerciante se le ha concedido jamás una bienvenida tribal? Bueno, Caradoc, vuestros jefes tienen razón. No soy un comerciante, pero no quería morir con una espada clavada en mi vientre, de modo que me he hecho pasar por uno de ellos. —Se tocó la barbilla, pero sus ojos nunca se apartaron de los de Caradoc—. Será muy grato comer y beber con vos —prosiguió—. Es un largo viaje desde el río si uno no tiene un caballo.

Cinnamo empujó una silla hacia él, pero el hombre no tomó asiento hasta que Caradoc lo hubo hecho, entonces se sentó lentamente y empezó a comer. Caradoc le sirvió vino y los ojos fríos del hombre titilaron sobre la copa de plata decorada antes de llevársela a los labios.

«Desde luego, la copa proviene de Roma, como todo lo tuyo —pensó Caradoc—. ¿Qué esperabas, una horda voraz de bárbaros?» Volvió a llenar su propia copa y bebió despacio. Sus jefes permanecían de pie muy quietos, observando. Cuando el romano hubo terminado la última miga de torta de cebada, se volvió hacia Caradoc con una sonrisa. Caradoc supo que cada detalle de la habitación y de ellos mismos había quedado registrado.

—No os haré perder el tiempo —comenzó—. Quiero que hablemos a solas.

Cinnamo rió, una expresión áspera y grosera de desdén, pero el hombre no pareció ofenderse cuando Caradoc meneó la cabeza.

—Ningún jefe recibe a un visitante a solas. Y ningún jefe discute un asunto solo. Todo asunto pertenece a la tribu y al Consejo.

El extraño se encogió de hombros, un movimiento casi de desprecio.

—En ese caso, me gustaría que vuestra mujer se retirara. Las mujeres tienen lenguas inquietas, ¿verdad? —La sonrisa cordial y comprensiva se encontró con miradas gélidas. Eurgain no dio señales de haber oído nada y Caradoc se alegró de que no fuera Vida la que se hallara en el lugar de su esposa.

—Es mi esposa —contestó con frialdad—. Es miembro del Consejo, con su propio precio de honor. Exponed vuestro asunto.

—Muy bien. Os traigo un ofrecimiento y una advertencia. —Esperaron, y las manos de Eurgain no se movieron mientras se concentraba con intensidad, descartando todo pensamiento de su mente, como el druida le había enseñado a su padre hacía años—. En Roma sabemos de vuestras actividades, Caradoc —prosiguió con amabilidad—. Hemos seguido vuestro ascenso al poder dentro de la tribu y vuestra rápida expansión. No

os negamos el derecho de vivir a vuestro gusto —se apresuró a explicar al ver el gesto de fastidio en el rostro de Caradoc—, pero no se nos puede culpar por preocuparnos cuando vemos que nuestros comerciantes están ociosos y que el buen comercio que una vez hubo entre Cunobelin y nosotros va camino de la ruina. Aun así, con vuestra presencia aquí en Camalodúnum, no había motivo para temer. Pero ahora... —hizo una pausa, bebió lentamente y volvió a tocarse la barbilla—, ahora vuestro hermano está en Verulamio, planeando vuestra caída, y es hora de que os ofrezcamos nuestra ayuda.

Estas palabras cayeron entre los presentes como flechas arrojadas por las ballestas de una legión, y Cinnamo y Caelte emitieron exclamaciones de consternación. Caradoc se puso de pie de un salto. Sólo Eurgain se mantenía inmóvil, sin inmutarse siquiera, registrando las palabras con habilidad automática y serena.

—¡Explicaos! —gruñó Caradoc—. ¿Cuál es vuestra fuente de información? —El hombre agitó los brazos con suavidad.

—Oh, vamos, señor —le increpó—. Somos hombres de mundo. No todos los comerciantes son comerciantes. Algunos son espías y lo sabéis bien. ¿Por qué habría yo de negarlo? Mis hombres volvieron ayer de Verulamio mientras yo esperaba en mi barco en la desembocadura de vuestro río. Me informaron de que Togodumno, vuestro hermano, no tiene intenciones de atacar a los icenos o a los dobunnos en la primavera. Piensa atacaros a vos.

Con un esfuerzo monumental de voluntad, Caradoc se mantuvo impasible. Se reclinó en la silla, cruzó las piernas y bajó los ojos de manera que el hombre no pudiera ver su dolor. Estaba escuchando la verdad, lo sabía. La presencia de aquel hombre era la única prueba que necesitaba. La corriente de aire de la puerta golpeó sus piernas y, de pronto, tiritó de frío.

—¿Y vuestro ofrecimiento? —aventuró. El romano vació su copa y se inclinó hacia delante, entrelazando los dedos.

—Permitidnos ayudaros, Caradoc. Sois un hombre honrado, un buen guerrero, un líder respetable. Vuestro hermano es veleidoso, inestable y por completo indigno de confianza. Ni vos ni yo queremos verle como rey aquí en Camalodúnum. Si eso sucediera, Roma tendría que despedirse de su comercio y eso sería una gran pérdida. Estoy facultado para ofreceros nuestra colaboración. Tendréis oro, todo el que necesitéis para comprar la ayuda de otras tribus. Y podréis llamar a cualquier legión que escojáis de la

Galia para incrementar vuestras filas. Las legiones y vos trabajaréis y pelearéis juntos hasta que Togodumno sea derrotado y el comercio restablecido de nuevo.

Caradoc sintió que comenzaba a esbozar una sonrisa ancha y estúpida, mientras sus músculos se tensaban en un nudo angustioso y cataléptico. Por supuesto, por supuesto. «Oh, Camulos, ¿qué hago? ¿Qué digo?», pensó. Forzó a su boca a obedecerle y poco a poco, dejó de sonreír.

—¿Cómo sería el acuerdo? —inquirió. La mano del hombre se posó de nuevo en la barbilla.

—Habría un tratado, naturalmente. Incluso los amigos firman tratados para evitar cualquier disputa. Habría un papel, Caradoc. Nosotros os prometeríamos oro y soldados. Y vos prometeríais fomentar el comercio todo lo posible cuando Togodumno esté... derrotado. —Se puso de pie, alargó una mano y Caradoc le tomó la muñeca, seguro de que la aversión que sentía se transmitiría a través de sus dedos—. Pensadlo —añadió el hombre—. Y hacedme llegar vuestra respuesta. Mi barco está anclado en el estuario y aguardaré allí. Pero no tardéis demasiado. Vuestro hermano atacará antes de que los árboles se cubran de hojas.

No esperó a oír ningún comentario. Sonrió de nuevo con cierta arrogancia, inspeccionó por segunda vez la habitación, y se marchó. Caradoc se quedó quieto en su silla y ni Cinnamo ni Caelte se movieron tampoco. Eurgain dejó el paño en la mesa y fue a sentarse frente a su marido; su rostro era aún inexpresivo y las manos flojas. Caradoc le habló.

—Ahora, Eurgain —musitó—, repiteme la conversación, palabra por palabra. —Ella cerró los ojos y empezó a recitar con voz grave y monótona, un sonido seco y sin pausa. Mientras escuchaba, Caradoc se cruzó de brazos y se apoyó sobre la mesa con los ojos fijos en la jarra de vino. Cuando Eurgain hubo terminado, le pidió que lo repitiera de nuevo. Después extendió una mano y le acarició la mejilla—. Ahora, medita las palabras, Eurgain. ¿Cómo interpretas lo que ha dicho ese hombre? —Cinnamo se puso en cuclillas sobre las pieles marrones frente al fuego, con la vista en las llamas y las manos unidas con flojedad. Caelte se apoyó contra la pared con los pulgares en el cinto y aire solemne.

—No es un équite —declaró ella con franqueza—, ya que los équites no hacen este tipo de trabajos. Es un patricio. También es un hombre que dice la verdad y un mentiroso. —Cinnamo asintió una vez y ella continuó—: Habla con la verdad cuando dice que Tog planea cortar tu cabeza y

convertirse en rey esta primavera. Y miente cuando dice que sólo nos ofrece ayuda.

—¿Qué más intuyes?

Eurgain titubeó y contempló a los hombres.

—Intuyo que apenas nos mostró el tronco de una vasta red de raíces profundas y ocultas.

Cinnamo rió.

—Eurgain, vuestras palabras parecen las de un druida. Pero estoy de acuerdo. No es un espía común. Es un emisario de Roma. ¿Pero cuál es su verdadero propósito?

Caradoc los mandó callar y se quedó mirando al frente con el entrecejo fruncido. Tenía miedo... de Tog, de Roma, de la decisión que debía tomar. Si aceptaba el ofrecimiento, a finales del verano Tog estaría muerto y él seria el único rey y gobernaría sin rival. Pero ¿por qué enviaría Roma buenos soldados a morir en nombre de un pequeño jefe en un remoto rincón de la tierra?

Había desechado de inmediato la excusa del empeoramiento de la situación comercial. ¿Por qué? ¿Por qué?

—Sí, ¿cuál es la razón? —dijo Caelte como si leyera la pregunta en la mente de Caradoc—. No tiene lógica, sobre todo si se piensa que Calígula no se atrevió a cruzar el mar y oponerse a nosotros. ¿Es ésta una nueva forma de conquista, una forma más engañosa?

Había puesto el dedo en la haga abierta por el miedo de Caradoc. Caradoc se levantó.

—Cinnamo, corre a las cuadras y consigue caballos. Eurgain, ve en busca de Gladys. Cuéntale lo que ha pasado aquí y recurre a su sabiduría. Caelte, tú, Cinnamo y yo iremos ahora mismo a Verulamio a hablar con mi hermano.

Eurgain protestó espantada.

—¡No, Caradoc! Si vas sin un druida, Tog aprovechará la oportunidad para matarte y ahorrarse mucho derramamiento de sangre. ¡Si tienes que ir, al menos envía a los hombres en busca de un druida!

—No podemos quedarnos aquí sentados mientras los hombres libres andan por el bosque buscando a esos seres que nos eluden como si algún mal nos aquejara —replicó.

—Entonces déjame ir contigo. Tog no te matará en mi presencia.

—Eurgain —dijo pacientemente mientras Cinnamo salía corriendo y Caelte iba a llamar a Fearachar—. Si Tog tiene intenciones de matarme, lo hará sin miramientos. Pero no creo estar en peligro, al menos no una vez que haya escuchado mi historia. —La besó con ligereza, distraído.

Eurgain no contestó, pero cuando él llegó a la puerta, dijo con serenidad:

—No olvides una cosa.

—¿Qué?

—Ese hombre no mencionó a Adminio.

Así era. Caradoc se sintió como el joyero que engarza las diminutas piezas de esmalte en un collar de plata. Las tenía todas, pero había sido incapaz de montarlas, hasta que Eurgain no le ayudó a reordenarías. Ella sabía lo que había dicho. Las implicaciones estaban ahí, detrás de sus serenos ojos azules. Las había hecho casar y ocultado bajo el manto de su aplomo, pero en ese momento volaron hacia Caradoc como el granizo de una tormenta.

—No puede ser —susurró al cabo de un momento y ella rió escépticamente.

—Oh, claro que si. ¿Cuántas veces ha fracasado Roma en su intento de conquistar Albion? Demasiadas para su jactancioso orgullo.

Caradoc no se volvió a mirarla. Atravesó la puerta corriendo, se detuvo para decirle a Fearachar que vigilara a Llyn y luego se apresuró a las puertas donde sus jefes y los caballos le esperaban, embozados contra el frío.

Pasaron dos noches durmiendo bajo los aleros del gran bosque de robles que se extendía hasta más allá de Verulamio y dentro de las tierras de los atrebates, propiciando a la diosa del lugar antes de acurrucarse en sus mantas. Al atardecer del día siguiente, cuando una lluvia tímida y vacilante comenzaba a golpear sus capas, cabalgaron hasta los muros de tierra de Verulamio. Las puertas todavía estaban abiertas, pero el guardia saltó afuera con su espada desenvainada y se negó a franquearles la entrada hasta que Caradoc gritó con exasperación:

—¡Mírame, hombre! ¡Me conoces bien! ¡Soy Caradoc, tu señor!

—Togodumno es mi señor —replicó el guardia, malhumorado y con una expresión de recelo en su rostro hosco; no obstante, se hizo a un lado y el grupo desmontó. Guiaron los caballos debajo del portal y subieron el sendero serpenteante y empinado.

—Los hombres libres han estado ocupados —acotó Caelte en voz baja al ver que las grietas del muro habían sido reparadas a toda prisa con tierra fresca, y las grandes piedras amontonadas que esperaban ser colocadas donde el borde de las defensas se presentaba ante ellos de forma amenazante.

Sus compañeros no contestaron, pero Caradoc desenfundó su espada. La aldea estaba silenciosa. El humo se escapaba de los techos de paja y la luz de los fuegos arrojaba manchas doradas a través de sus pies al pasar por los vanos de las puertas. Por fin, recorrieron la última curva y encontraron a Togodumno. Estaba de pie, sin capa, a pesar de la lluvia creciente, con las manos en sus delgadas caderas y sus asistentes detrás. Observaban a dos jefes que gruñían y peleaban con espadas en la luz menguante. Togodumno les oyó llegar y volvió la cabeza, pero no sonrió. Sus jefes desenvainaron las espadas y se arremolinaron en torno suyo mascullando murmullos amenazadores. Caradoc y Cinnamo se miraron con desconcierto. Ese extraño recelo les sorprendió. En respuesta a una palabra, los caballos fueron retirados y Togodumno caminó hacia Caradoc con un brazo extendido y palabras de bienvenida rápidas y frías. Caradoc le apartó el brazo de un golpe.

—¿Cómo te atreves a recibirme en mi propio territorio como si fuera un invitado o un emisario extraño, Tog? ¿Qué te pasa? ¿Por qué toda esta hostilidad? Estuve a punto de matar al guardia de las puertas por su descortesia.

Detrás de Togodumno, los dos jefes seguían luchando, hasta que uno de ellos dio un salto hacia atrás con un rugido y los espectadores gritaron excitados.

—¡Primera sangre! —bramó Togodumno con el entrecejo fruncido—. ¿Y por qué te adentras en mis senderos con la espada desenvainada, Caradoc? ¿Qué estás haciendo aquí? —Sus ojos se apartaron del rostro de su hermano y se posaron un instante en sus jefes. Caradoc se puso tenso al notar que una docena de pensamientos calculadores atravesaba la mente ágil de su hermano.

—Debo hablar contigo a solas, Tog. No me provoques hasta que hayas oído mis palabras. —De repente, Togodumno rió y le abrazó—. Escucharé, pero tal vez te mate igual —precisó—. Pero no estaremos solos, desde luego. Las noticias son asunto de todos.

—Esta vez no —replicó Caradoc, y la sonrisa abandonó el rostro de Tog para ser reemplazada por una expresión de resentimiento—. Necesito que hablemos a solas, Tog. Mis jefes esperarán fuera con los tuyos y todas las espadas se dejarán en el lugar que acordemos. No traigo noticias para la tribu.

—¿Qué traes, entonces? —saltó Togodumno. Los hombres gritaron: «¡segunda sangre!», y Tog se volvió. Se acercó a los jefes jadeantes y manchados de sangre que descansaban en sus escudos—. El perro es tuyo, Gwyllog —afirmó con voz severa—. El asunto queda zanjado. No más sangre. —Luego se volvió a su hermano—. Dile a tus hombres que dejen sus armas aquí. —Señaló el suelo—. Pero mis hombres no lo harán. Verulamio es mi fuerte. Y además, os registraremos.

—¿Ha perdido el juicio? —susurró Cinnamo con enfado al oído de Caradoc—. ¡Cualquiera diría que somos icenos o brigantes!

—Manténte lejos, Mano de Hierro —gritó Togodumno—. Nada de secretos. —Movió la cabeza hacia uno de sus jefes y el hombre se acercó con rapidez a Caradoc, envainando su espada.

—Aléjate, Cin —ordenó Caradoc y Cinnamo dio dos pasos atrás, rígida y lentamente.

—Regístrale —ordenó Togodumno y el hombre se dobló con el rostro sereno e indiferente. Las manos exploraron el cinto de Caradoc, la túnica y el cabello. Después, el jefe meneó la cabeza y volvió a su lugar. Caradoc sintió que el color se le subía a la cara, pero se aferró a su compostura y apretó los dientes, deseando no haber venido. Togodumno le hizo un gesto ligero con la mano y desapareció a través de la puerta de pieles a sus espaldas. Caradoc le siguió, sintiéndose muy indefenso. Una palabra de Tog, y Cinnamo y Caelte morirían y él se convertiría en un rehén.

La habitación estaba seca y caldeada, pero muy sucia. Las armas y ropas de Tog yacían diseminadas por el suelo y la cama. Las llamas de una lámpara de aceite vacilaban enviando una columna de humo negro al techo; pues nadie se había molestado en limpiarla. Un trozo de carne de cerdo a medio comer descansaba en un charco de grasa sobre la mesa con una jarra de vino llena a su lado. Togodumno se acercó rápidamente a la mesa y sirvió dos copas, pero no le ofreció la bebida a Caradoc que tuvo que acercarse y tomar la suya. No brindaron. Vaciaron las copas en silencio, vertieron las heces en el suelo en honor al dios de Verulamio y luego las

volvieron a llenar sin mirarse. Togodumno se dejó caer en una silla a la vez que le indicaba con irritación a su hermano:

—Oh, siéntate, Caradoc, y deja de espiarme por el rabillo del ojo. Cuéntame tu asunto y luego vete.

Pero Caradoc permaneció de pie, con la puerta a su derecha y el fuego a su izquierda. Sostenía la copa con firmeza en ambas manos y escrutaba el rostro apuesto y delgado frente a él. Sólo veía irritación y un destello de locura en los ojos castaños claros.

—Tuve un visitante extraño —comenzó al cabo de un momento. Tog no se movió. Seguía con la mirada fija y Caradoc supo que sus pensamientos se centraban en sus jefes armados fuera y en una matanza rápida y fácil. Decidió explicar la historia deprisa antes de que el cuerpo inquieto de Togodumno demandara acción—. Un espía romano vino a verme, Tog, un hombre vestido como un comerciante. Me dijo que tú planeas hacerme la guerra esta primavera. Me ofreció soldados y dinero para derrotarte. —Los ojos claros se oscurecieron con sorpresa. Togodumno parpadeó y se enderezó en la silla—. Me explicó que Roma está preocupada por el comercio con nosotros, y que si tú y yo peleáramos, y me vencieras, dejaría de haber comercio en esta zona. Dijo... dijo que tú eras veleidoso e indigno de confianza y que serías un rey de dudosa autoridad, desde el punto de vista de Roma.

Las últimas palabras irrumpieron precipitadamente en la habitación y revolotearon, luego se extinguieron con rapidez. Hubo una pausa larga y significativa. Entonces, Togodumno sonrió; los labios finos se abrieron y los dientes blancos destellaron hacia Caradoc. Empezó a reír. Se puso de pie y se tambaleó alrededor de la estancia, sosteniéndose el vientre. Se acercó, cayó sobre Caradoc y le envolvió con sus largos brazos, sofocándole con el cabello castaño y sin dejar de reír. Por fin, logró controlarse. Sirvió más vino y se sentó otra vez, con lágrimas de alegría en las mejillas. Caradoc lo contemplaba sin asombro. Conocía cada estado de ánimo de Tog, cada arranque de risa o de ira, uno a menudo seguía al otro, y sabía que lo único permanente que podía hallarse bajo las danzas erráticas y deslumbrantes del temperamento de su hermano era una inestabilidad total. Nadie estaba a salvo cerca de él. Su sensación de peligro se intensificó.

—¿Y por qué vienes corriendo a mi? —inquirió Tog, todavía agitado—. ¿Por qué no aceptar la oferta, Caradoc, y librarte de esta pesada carga? Es cierto, planeaba deshacerme de ti. Hasta he elegido el lugar donde colgará

tu cabeza. Allí. —Señaló la puerta—. Junto a las pieles, así la podré tocar todos los días.

—¡Sabes por qué vine! —replicó Caradoc. Se sentó, apretando la copa con las manos—. Porque creo que a Roma le importa un comino quién sea rey en Camalodúnum. No creo que le preocupe tanto el comercio como para enviar a un maestro de espías a mis puertas. Hay otro motivo, pero quiero oírlo de tus labios para convencerme de que no estoy loco.

—Desde luego que no estás loco —convino Togodumno con sorpresa —. Y tienes toda la razón. ¿Quieres saber cómo lo sé? —Empezó a reír de nuevo y Caradoc suspiró, pero los sonidos chisporroteantes concluyeron y Togodumno bebió su vino con avidez—. Hace dos semanas, yo también tuve una visita, hermano mio. Un sujeto alto y delgado, con dedos largos que no paraban de acariciarse la mandíbula y con unos ojos como el granizo. Me dijo que estabas celoso de mi popularidad entre los jefes, y que habías decidido deshacerte de mi en la primavera. Me ofreció oro y soldados y un papel para firmar. Lo firmé sin vacilar.

—¡Tog! —La intuición de un destino fatal y amenazador volvió a sobrecogerle y llenó su mente de un temor aprensivo. O sea que estaba en lo cierto. Eurgain estaba en lo cierto. Al fin Roma volvía de nuevo hacia Albion su mirada de hierro—. ¿Por qué firmaste?

Tog se encogió de hombros alegremente.

—Necesito el oro. A los jefes les gusta que se les pague en oro por una guerra como la nuestra. En cuanto al resto, bien, ¿qué importancia tiene un pedazo de papel?

—Y después fue a verme a mí —murmuró Caradoc para sí. «¡Oh, qué astucia cruel! ¡Qué simple y perfecto!»

El regocijo abandonó el rostro de Tog y fue sustituido por una reflexión fría y seria.

—Los romanos esperaban enemistarnos, eso es obvio —dedujo—. Pero ¿por qué de esta manera? ¿Por qué no simplemente esperar y dejar que nos matáramos el uno al otro?

—Porque en lugar de eso podríamos firmar un tratado y luego pelear de nuevo y después firmar otro tratado —explicó Caradoc—. Y Roma no tiene tiempo para esperar. Tiene prisa.

Se miraron con la certeza común nacida entre ellos.

—¿Es posible? —aventuró Tog con suavidad—. ¿Y Adminio?

Caradoc le clavó una mirada fulminante. Su hermano no era ningún tonto, aunque ocultaba su sagacidad animal con cuidado.

—Supongo lo siguiente —dijo—. Las legiones vendrán en nombre de Adminio y nos conquistarán en nombre de Adminio, pero el césar también vendrá y reclamará Albion para sí. Roma está irritada, Tog. Ha resuelto que esta vez no habrá derrota ni marcha atrás.

—Fracasarán como lo hicieron antes todos esos tontos augustos —se mofó Tog—. Julio César fracasó, el loco Cayo fracasó... Han fracasado uno tras otro, Caradoc. Y este Claudio, este títere dócil y bibliófilo de los pretorianos, también fracasará. Somos invencibles. Que vengan. Y luego que huyan, diezmados y sin líder.

Caradoc sacudió la cabeza con lentitud y vigor.

—No se irán, Tog, esta vez, no. No pueden permitirse otra retirada.

—Entonces nos enfrentamos a la guerra. Qué lástima. Me moría de ganas de clavar tu cabeza en la pared.

Se sonrieron, alzaron las copas y bebieron.

—Vuelve a Camalodúnum, Tog —sugirió Caradoc—. Trae a tus jefes. Enviaremos emisarios, congregaremos a los señores. Debemos enviar espías a la costa.

Togodumno lo consideró con la cabeza ladeada.

—¿De veras planeabas hacerme la guerra, Caradoc? —preguntó con la quejumbrosa afectación de un niño. Caradoc lo negó con una sonrisa.

—No, Tog. El romano te mintió. Vuelve a casa.

—Entonces iré. Mañana mismo. ¿Cuánto tiempo tendremos que esperar?

Caradoc escudriñó el oscilante liquido rojo en su copa mientras la lluvia tamborileaba insolentemente en las paredes. Cuánto tiempo. ¿Una semana? ¿Una estación?

—No lo sé. Todo lo que sé es que vendrán.

Él, Cinnamo y Caelte cabalgaron de regreso a Camalodúnum y durmieron una vez más bajo los brazos negros, retorcidos y mojados de los robles. Cinnamo había iniciado una discusión acalorada mientras avanzaban pesada y lúgubremente por el sendero enfangado. Insistía en que Togodumno no iría a Camalodúnum. Togodumno había jurado lealtad a Roma y no tenía intenciones de ayudar a Caradoc. Conocedor de la aversión de Cinnamo por Tog, Caradoc lo refutó con paciencia, pero luego Cin añadió:

—Si llega a venir, señor, matadle mientras duerma, y estad en paz. Enfrentad a Roma sin el temor de que el cuchillo de Togodumno encuentre vuestra espalda.

Al oir su propio deseo expresado en toda su crudeza, en tono prosaico, Caradoc gritó:

—¡Mi honor vale más que mi vida! ¿Seguirían los jefes a un asesino sin precio de honor?

—Al menos deberíais tenerlo en cuenta. Yo lo haría por vos, si lo quisiérais.

La ira enmudecía a Caradoc, porque era demasiado fuerte y demasiado débil para librarse de su hermano.

—Tog conoce el riesgo —afirmó—. Estará preparado. Quiero que confie en mí o estaremos todos perdidos. ¿Dónde está tu juicio, Cin?

—Fuera, buscando el vuestro —replicó con acritud el joven de ojos verdes. Siguieron cabalgando en compañía del canto silencioso de Caelte y del murmullo de la lluvia.

De regreso en la fría y nublada aldea de Camalodúnum, antes de quitarse la ropa mojada, Caradoc mandó llamar a Vocorio y a Mocuxsoma.

Eurgain había salido a recibirle, tapada y encapuchada para protegerse de la humedad, y Gladys esperaba oir las noticias en el Gran Salón. Caradoc habló a sus hombres en voz baja, con Eurgain a su lado.

—Tomad cinco guerreros —ordenó—. id a la desembocadura del río y buscad al comerciante romano que estuvo aquí. Fearachar irá con vosotros. Él le reconocerá.

—¿Y cuando lo encontremos? —rugió Vocorio.

Caradoc alzó la vista al interminable cielo gris y el techo mojado y brillante del Gran Salón. Sentía la mano de Eurgain bajo su codo, el pulso en la garganta, la espada pesada contra su pierna. Entonces esbozó una sonrisa lenta, la mueca de un lobo al olfatear sangre, y sus hombres se encontraron mirando a los ojos taimados y rasgados de Cunobelin.

—Matadlo —respondió.

OceanofPDF.com

CAPITULO 10

Tres días más tarde, Togodumno, sus jefes, las esposas de éstos, los hijos y todo el equipaje entraron otra vez en Camalodúnum. Los recibieron con un banquete. Caradoc envió exploradores a vigilar la costa, y el invierno prosiguió.

—¿Cómo sabremos qué parte de la costa debemos controlar? —preguntó Tog.

Caradoc sabia que los romanos desembarcarían donde Julio César había desembarcado, en la península Cantia. Por ello mandó emisarios a los cantios para invitarles a celebrar un Consejo común. Además, envió hombres a todas las demás tribus mientras la luna llena se convertía en nueva y la lluvia daba paso a fuertes heladas. Togodumno dormía en su choza rodeado de jefes armados que permanecían despiertos. No quería correr riesgos y su desconfianza era evidente; pero Caradoc no tomó medidas contra él. Su mente y su voluntad estaban volcadas por completo en el inminente encuentro con Roma. No tenía tiempo y tampoco deseos de cruzar las espadas con su hermano. Ordenó que las mujeres se ejercitaran en la lucha y, una vez más, Eurgain y Gladys se enfrentaron sobre la tierra helada, sobrecargadas con los escudos que él insistía en que portaran. Llyn ya tenía nueve años; era un muchacho de baja estatura pero de fuerte complexión. Caradoc ordenó a Cinnamo que le diera una espada de hierro. Guardaron la de madera y Llyn sudaba y chillaba de contento mientras lanzaba golpes contra Cinnamo, se tambaleaba sobre el suelo y recibía cortes y rasguños de la espada letal de su maestro con alegre despreocupación.

Los emisarios regresaron uno por uno y el viento viró al oeste, trayendo más lluvia tibia y un leve aroma de primavera. Los cantios aceptaron asistir a un Consejo común. También lo hicieron los feroces durotriges, los dumnones y los belgas, antiguos aliados de Cunobelin. Los hombres del oeste, los toscos silures y ordovicos, dijeron que esperarían a ver qué ocurría. No deseaban enfrentarse con Roma, pero tampoco querían mezclarse con los catuvelaunos amantes del placer. Los icenos, los coritanos, los dobunnos y los atrebates, los restos del pueblo de Verica, negaron con descortesia y regocijo toda ayuda a la Casa Catuvelauna. Caradoc oía la creciente cantidad de negativas con una desesperanza cada vez mayor. Sentía que sólo él sabia a lo que se enfrentaban y tenía miedo. Togodumno se burlaba con fastidio.

—Espera a que Roma salga corriendo —alardeaba—. Entonces nos volveremos y aniquilaremos a esos estúpidos campesinos. Lamentarán no habernos ayudado. ¿Qué dijo Aricia?

—Dijo que no se aliaría con una tribu que no reconoce fronteras. Ansía que las legiones nos conviertan en polvo. —Pronunció las palabras con dureza. El deseo y la amargura ardían en su interior y sintió una punzada de lujuria. Quería golpearla y arrojarla al suelo, oírla suplicar piedad.

—Entonces nos arreglaremos sin ella —declaró Tog—. ¡Qué zorra obstinada! ¡Cuando le ponga las manos encima gritará para pedirme que me detenga!

—Antes de que los jefes dejen sus territorios debemos hacer algo con respecto a los comerciantes —acotó Caradoc para cambiar de tema—. Habrá que reunirlos y encerrarlos hasta que termine la batalla. De lo contrario, estarán yendo y viniendo para contarle nuestros planes al césar. Ya debe de saber que preparamos algo. No es tan tonto como para creer que nos hallará desprevenidos.

—Yo digo que los matemos a todos —dijo Tog—. Si los encerramos, tendremos que alimentarlos y vigilarlos, y necesitaremos todo el grano y la carne salada que podamos llevar para la marcha al encuentro de las legiones.

Caradoc comprendió la lógica del argumento de Tog, pero no le gustaba actuar con tanta crueldad. Conocía a muchos de los comerciantes, hombres con quienes había compartido muchas horas cuando su padre vivía y, aunque no los respetaba por considerarlos campesinos de Roma sin precios de honor y sin moral, no disponía tan alegremente de las vidas humanas como su hermano. Sin embargo, tuvo que admitirlo. Los comerciantes debían morir. Era una cuestión de sentido común.

—Que tú y tus jefes se encarguen —respondió con tono seco—. Odio las matanzas inútiles.

—No es inútil —replicó Tog—. ¿Dónde están tus agallas, Caradoc? A mí tampoco me gusta. —Era verdad. A Togodumno no le desagradaba matar, pero sólo por deporte o en beneficio del honor. Matar a hombres que se ganaban la vida con su ingenio y no con cuchillos largos y finos no tenía nada de deportivo. De modo que se llevó a cabo, con rapidez y en secreto.

Los señores y jefes de otras tribus comenzaron a llegar para el Consejo. Trajeron a sus llamativas y guerreras esposas, sus capas de diseños chillones y sus cascos de bronce en forma de pezuñas o cuernos de toro, o

adornados con plumas altas y brillantes. Fueron alojados en chozas vacias, cuadras y tiendas. Sus criados pendencieros se pavoneaban por todas partes, reñían con los hombres libres catuvelaunos y buscaban camorra. Caradoc pasaba sus días corriendo de un círculo a otro de la aldea para calmar a los jefes iracundos y castigar a los campesinos. Camalodúnum se transformó en un hormiguero enorme, repleto día y noche de hombres y mujeres que intentaban con recelo establecer su superioridad. Consumían vastas cantidades de vino importado y comían sin parar. Caradoc se alegró mucho cuando llegó la noche del Consejo.

—La situación no cambiará si tenemos que pelear juntos —le recordó Togodumno y sacudió un dedo frente a la nariz de su hermano con aire burlón.

Caradoc se preguntaba con ansiedad si sería posible que esa muchedumbre ruidosa e inquieta se uniera en pos de una causa común. Sin embargo, no debió haberse angustiado. El Consejo duró toda la noche. Los dumnones y los durotriges habían traído druidas, y éstos condujeron los procedimientos con habilidad y calma. Se contaron bromas a medida que la atmósfera dentro del Gran Salón se volvía cada vez más sofocante y calurosa, y se discutieron algunos temas serios, pero no hubo peleas, aunque muchos de los jefes se emborracharon. Cantaron, entonaron poemas y hasta se improvisó un baile. Caradoc, apretado entre Cinnamo y Caelte, notó el curso desviado y vacilante que estaba tomando el Consejo. Las tribus no simpatizaban entre si, pero todas desconfiaban de Roma. Aunque podían degollarse unos a otros sin ningún escrúpulo, robarse el ganado y luchar por mujeres o precios de honor, todos compartían un mismo temor: la esclavitud. La esclavitud era el deshonor supremo, un estado peor que el de un campesino. Un esclavo dejaba de ser humano. Un esclavo era un animal. Si no se resistían, los romanos vendrían y los convertirían a todos en esclavos, como Caradoc y los druidas remarcaron una y otra vez. Por fin, cuando un nuevo amanecer inundó en silencio la aldea, apilaron juntos las espadas y juraron mantenerse unidos. Era una promesa temporal, por supuesto, y Caradoc no esperaba más, pero observó la reluciente montaña de metal con satisfacción y cansancio.

Las tribus se marcharon y Caradoc se dispuso a esperar. El clima cambió otra vez. La temperatura subió y los árboles se llenaron de brotes castaños. En las praderas, bajo la sombra de los muros de piedra, los prístinos copos de nieve se deshicieron y el aire se cargó con los olores

intensos y provocativos del despertar de la tierra. Los campesinos dejaron sus armas y tomaron los arados. Y Caradoc seguía esperando. Sus espías llegaban todos los días sin novedades. Comenzó a despertarse por las noches, bañado en sudor, nervioso, preguntándose si se habría equivocado. El alegre sarcasmo de Togodumno no le apaciguaba. Entonces, una tarde tibia y somnolienta, uno de sus hombres llegó cabalgando. Desmontó y se dirigió a Caradoc, Togodumno y varios jefes reunidos en un grupo ocioso en la ladera frente al foso fétido. Se pusieron de pie y lo saludaron con cautela. Intuían que traía noticias y Togodumno se adelantó.

—Dinos rápido —le urgió, sin ofrecerle pan, carne y vino como era la costumbre—. ¿Ha llegado el momento? —El hombre se dejó caer en la larga y seca hierba.

—Ha llegado —respondió—. Exploradores de la Galia afrontaron las mareas muertas para avisarnos. Roma ha acampado en las playas de Gesiorácum. Balsas y rústicos botes aguardan para transportar a los soldados por el agua y las arenas están cubiertas de provisiones.

Se quitó la túnica sucia y sudada y la arrojó a un lado para que el viento le refrescara el cuerpo.

—No es una expedición, señores —continuó—. Es una invasión.

Caradoc se acuclilló frente a él.

—¿Cuántas legiones? —bramó.

—Cuatro.

Togodumno maldijo en voz alta.

—¡Por Camulos! ¿Tantos hombres?

Caradoc tuvo una repentina y escalofriante visión de las legiones como millares de hormigas con armaduras inundando la playa. Cuarenta mil soldados. «¡Oh, dulce Cuervo de las Pesadillas! ¡Oh, Reina de la Batalla! ¡Ayudadnos!»

—¿Quién está al mando? —preguntó con voz ronca.

—Aulo Plautio Silvano, anterior legado del emperador en Panonia. Viene al frente de su propia legión, la Novena Hispana, con auxiliares tracios, también de sus regimientos de Panonia. Las otras tres son la Segunda Augusta, la Decimocuarta Gemina y la Vigésima Valeria. Todas con auxiliares.

Caradoc cerró los ojos. Cuarenta mil hombres. Togodumno se quedó pensativo mientras se mordía el labio y contemplaba el suelo; el olor a

hierba pisada le envolvió. El mensajero levantó la vista; arrugas de fatiga enmarcaban su boca.

—Hay más —añadió—. Viene Geta.

Los jefes se movieron y mascullaron. Caradoc y Togodumno guardaron silencio, pero Cinnamo exclamó:

—¡Madre! ¡Hosidio Geta, conquistador de Mauritania! ¡Envían a sus elefantes para aplastar a los ratones! —De pronto, el humor de Caradoc mejoró. Sonrió a Cinnamo y se puso de pie.

—Dicen que los elefantes temen a los ratones, Cin. Además, estos elefantes están en una situación desventajosa. Avanzarán con torpeza por una tierra que no conocen. Nosotros también tenemos miles de jefes, hombres libres, carros y espadas brillantes. Ellos vienen conscientes de sus fracasos anteriores. Nosotros los enfrentaremos victoriosos.

Togodumno musitó una imprecación en voz baja y luego dijo:

—Debemos mandar a buscar a los aliados. Hay que comenzar el recuento de espadas. —Se desperezó y respiró hondo. Después esbozó una amplia sonrisa—. ¡Y entonces emprenderemos la marcha! ¡A la costa!

Los mensajeros partieron y los exploradores retomaron su solitaria vigilancia apostados en lo alto de las playas sureñas vacías y arrasadas por el viento. Entretanto, los catuvelaunos se preparaban para evacuar Camalodúnum.

Una cierta excitación se apoderó de la aldea y el ruido de las armas al entrechocar y el de las ruedas de los carros colmaban el aire. Los sirvientes cargaron los carromatos con comida y ropa, al tiempo que las mujeres perseguían a los niños que, contagiados del bullicioso estado de ánimo general cercano a la histeria, corrían alrededor de las chozas como gorriones enloquecidos.

Una mañana, Caradoc entró en su casa y encontró a Eurgain de pie en el centro de la estancia, con las mejillas sonrojadas y los ojos velados por la preocupación. Sobre la mesa yacía una caja pequeña abierta, en la que acababa de colocar sus mapas de estrellas y sus cristales. Las túnicas y capas se apilaban sobre la cama formando un pequeño montículo multicolor, y las joyas esparcidas sobre las pieles destellaban a la luz del fuego. La espada estaba apoyada en la pared, con una piedra de afilar y una vasija con agua al lado.

Tallia se desplazaba en silencio entre los restos de lo que otrora había sido un hogar tranquilo. Caradoc oyó las risas y charlas de las niñas junto a

la ventana, pero no había ni rastro de Llyn. Eurgain le miró con el entrecejo fruncido.

—¡Eurgain! —exclamó—. ¿Qué estás haciendo?

—El equipaje, por supuesto —respondió con tono ausente—. No, Tallia, no metas el cinto de amatista y oro. Me dolería que se perdiera o me lo robaran. Ponlo en su sitio. Llevaré los tres de cuero.

Caradoc avanzó con cuidado entre el desorden.

—Tallia, guárdalo todo —ordenó—. Tú no irás, Eurgain.

Esta vez, ella ni se molestó en mirarle.

—No seas tonto, Caradoc. Tallia, cinco túnicas serán suficientes. No olvides las cortas y los calzones. Si se te olvida ponerlos en las cajas, tendré que pelear con vestido largo.

—Eurgain —repitió él en voz más alta—. No irás.

Ella se volvió impaciente y furiosa.

—¿Qué quieres decir, Caradoc? Por supuesto que iré. Todas las mujeres irán y los niños también. Es la costumbre.

Caradoc se acercó y la cogió de los brazos tensos, enfundados en las mangas amarillas de su vestido.

—Lo que hagan las demás mujeres no es problema mio, pero tú te quedarás aquí, segura, con las niñas. —Annis se detuvo para escuchar y Eurgain habló con ira. Por primera vez, Caradoc la vio perder su habitual serenidad. Una mujer feroz y orgullosa le increpó mientras él contemplaba sus grandes ojos.

—¡No me quedaré aquí encerrada como una gacela temblorosa mientras las demás mujeres pelean y mueren! Soy una mujer de espada. ¿Lo has olvidado, esposo mío? Si no voy, perderé el respeto de mis hermanas y tendré que luchar para ganarme su estima otra vez. ¿Qué temes? —preguntó con desprecio—. Por mi parte, no tengo miedo alguno.

—Eurgain —explicó él con calma—, no se trata de una incursión, una pelea entre clanes o entre tribus. Nos enfrentamos a hombres que luchan noche y día, cada momento de sus vidas, como máquinas de guerra. Y eso es lo que son: máquinas. No tienen campeones. Son todos campeones, sin piedad ni honor. O los matamos o morimos. No pelearán como nosotros. Desconocemos sus tácticas y eso hace que esta guerra sea doblemente peligrosa.

Las mejillas de Eurgain se encendieron como corales rojizos.

—¡Pero permitirás que vaya Llyn! ¡Y hasta un ciego sin manos podría matar a Llyn!

—Llyn no peleará, como bien sabes. Observará desde un lugar seguro para aprender.

—¡Gladys irá!

—Gladys no tiene marido ni hijos. Además, lucha tan bien como Cinnamo.

—¡Y supongo que yo no! —Palideció hasta que su piel se puso blanca como la tiza. Los ojos profundos ardían como cavernas incandescentes y, bajo sus manos, Caradoc notó la rigidez de la furia suprema—. ¿En qué me he convertido para ti, Caradoc, hijo de Cunobelin? ¿En una criada suave, perezosa y cansada que vive de leche y pan, y sólo es capaz de roncar al sol y parir hijos? ¡Me deshonras! ¡Lucharé contigo por mi derecho a ir! ¡Soy una guerrera, no una maldita niñera!

Caradoc la tomó de los hombros y la sacudió con violencia.

—¡Recuerda tu juramento, mujer! —gritó—. ¡No irás, no irás!

Eurgain se liberó y le abofeteó. Lágrimas rápidas y punzantes llenaron los ojos de Caradoc y dio un paso atrás.

—Eurgain —dijo—, si nos aniquilan y no regresamos a casa, entonces tú tendrás que luchar sola, sin que nadie cante cómo caíste en las calles silenciosas de Camalodúnum. ¿Acaso crees que tal destino carece de honor? Quiero que todos los jefes persuadan a sus mujeres para que no vayan a la guerra por esta misma razón. La esclavitud o la muerte no sólo les puede llegar a los guerreros libres, sino también a las guerreras libres.

—Comprendo —repuso ella con rencor y se cruzó de brazos—. Los hombres atacan y nosotras defendemos.

—Sí, esta vez será así.

Caradoc salió y Tallia se mantuvo a la espera con los brazos llenos de cintos y alhajas, pero su ama permaneció de pie con la vista fija en la puerta.

Las tribus comenzaron a reunirse y se inició el recuento de espadas. Señores, jefes y hombres libres, granjeros, herreros, artistas y artesanos invadieron Camalodúnum y se dispersaron por los bosques y pequeños prados entre la aldea y el río. De día, el bosque vibraba con voces y risas; de noche, los ojos anaranjados de las fogatas salpicaban la campiña. Caradoc había armado a los campesinos pero, como no eran hombres libres, no tenían obligación de ir a la guerra. Les entregó las armas sólo para que

se defendieran a sí mismos, sus chozas y sus granjas en caso de que los guerreros no regresaran. Durante una semana, los señores y los jefes celebraron el Consejo bajo el dulce y florido aroma de la primavera; luego prepararon los carros, uncieron los bueyes a los carros y partieron hacia la costa. Compartieron las copas de la despedida, que pasaron de mano en mano, y Caradoc abrazó y besó a su esposa en el suave y diáfano amanecer, mientras Togodumno se paseaba, ansioso por emprender la marcha.

—Recuerda mis instrucciones —le dijo—. Si gana Roma, derriba las puertas y llena el pozo con tierra y piedras. Destruye el puente sobre el foso. Si toman los muros de tierra, rodea el Gran Salón con tus mujeres. No pongas a todos los niños en una choza porque los romanos la quemarán. Llévalos a los bosques, envialos hacia el oeste. Cumple con los sacrificios a Dagda mientras estemos ausentes.

Eurgain le escuchaba con una sonrisa trémula en los labios. Ninguno de los dos había dormido bien. Caradoc había soñado y el terror le había despertado con sudor y angustia, pero no había hallado consuelo en la penumbra tibia ni en los fuertes ronquidos de Llyn. No pudo volver a dormirse y Eurgain se despertó también, así que permanecieron acostados y abrazados, conversando en murmullos hasta que Fearachar fue a despertarles.

Ella levantó sus ojos ojerosos hacia él.

—Ve con seguridad y camina en paz —susurró. De repente, se abrazaron como si fuera la despedida final, y el tiempo, al sentir el amor y el dolor intenso de ambos, vaciló para observarlos estrecharse con fuerza, conteniendo al Cuervo del Pánico.

—¡Apresúrate, Caradoc! —le instó Togodumno—. Los jefes ya se están peleando sobre quién debe avanzar en primer lugar. —Caradoc se apartó de los brazos cálidos de su esposa y le acomodó el cabello con ambas manos. Luego se arrodilló y besó a sus hijas, que estudiaron su rostro serio con ojos solemnes. Se acomodó la espada, echó un último vistazo a las chozas de su aldea, que se habían quedado vacías, frías y abandonadas, y se encaminó a las puertas.

Durante cinco días, la horda marchó despacio por la campiña entre cantos, borracheras y peleas. Mientras tanto, los manzanos estallaron en nubes de capullos blancos perfumados, y los árboles se abrieron de repente con orgullo para desplegar la delicada frescura de sus hojas verdes nuevas a un cielo azul bajo y admirable. Cruzaron el río Tamesa y el angosto puente

de madera traqueteó a su paso mientras el agua debajo fluía lenta y tranquila; a su alrededor, los vencejos y golondrinas giraban en el aire y se zambullían en el agua con chillidos agudos. Cada noche, Caradoc enviaba cazadores que se internaban con sigilo en los bosques y traían ciervos y conejos.

Vivía preocupado por la comida, ya que las provisiones de invierno comenzaban a escasear. El y los demás señores habían traído todo el grano, la carne y pescado salados que cabían en los carros, pero éstos ya rodaban más ligeros y los vientres de los hombres rugían, nunca satisfechos del todo. En tres meses más, los nuevos cultivos estarían listos para cosechar y los bosques llenos de alimento pero, mientras recorría los fogones y observaba a los hombres devorar sus raciones, Caradoc se preguntaba cuántos regresarían a sus granjas y a sus fuertes en las colinas para celebrar el Samain.

Siguieron adelante, en busca de la costa, por antiguos senderos que vagaban perezosamente sobre las suaves colinas arboladas. Esperaron la marea baja y vadearon el Medway; los jefes chapotearon junto a sus carros mientras los hombres libres azuzaban a los asustados bueyes con látigos y gritos. Y entonces, por fin, Togodumno y Caradoc, con los jefes de los catuvelaunos, se irguieron sobre los blancos acantilados con la tibia brisa en sus cabellos y contemplaron el destello del sol en las olas espumosas. Escudriñaron el horizonte donde se vislumbraban las costas de la Galia, una línea gris y delgada empañada por la distancia y las nieblas húmedas de primavera.

Los exploradores no traían novedades. Los botes estaban listos en las playas del continente y las provisiones guardadas pero, bajo la mirada gris y fría de Plautio, las legiones seguían marchando y haciendo ejercicios mientras los centuriones se movían entre ellas profiriendo insultos y repartiendo golpes. Las tribus acamparon con sus pequeñas tiendas de cuero alrededor de las fogatas. Gladys se ató la espada a su pierna, se recogió la capa negra y bajó por el acantilado. Desapareció durante dos días. Se dedicó a pasear sola por la arena fría y húmeda, entonando melancólicas canciones; la bolsa que colgaba de su cinto pronto se llenó de conchas y de trozos de madera flotante. El bullicio de las huestes agitadas se elevaba por encima de ella, pero no lo oía. Se sentaba con las piernas cruzadas en la arena, extraviaba la mirada en el agua tibia y transparente, y probaba la sal con sus blancos dedos.

Pasaron dos días más y la inactividad agriaba el estado de ánimo de los jefes inquietos como leche que fermenta al sol. Las apuestas terminaban en peleas al llegar la noche; de día, robaban y reñían. Caradoc se paseaba entre ellos con furia y con la espada desenvainada, los regañaba, intentaba persuadirlos, maldecía y los amenazaba, mientras su hermano se reía de él con cinismo y se pasaba el tiempo rodando con su carro por el borde del acantilado, con el cabello y la capa al viento y tentando a la muerte una y otra vez.

Entonces, una noche, un bote se acercó a la costa oscura y un explorador trepó la blanca faz del acantilado con Gladys detrás. Se acercó a Caradoc, Togodumno y los demás, y comió y bebió lentamente y con deleite mientras el círculo de hombres le observaba y la tensión crecía. Por fin, cuando el ambiente estaba a punto de estallar con preguntas largo rato reprimidas y acalladas, se limpió la boca, eructó y se reclinó con un suspiro.

Gladys se sirvió una copa de vino y se sentó junto a Caradoc. El explorador sonrió con descaro y el ánimo renovado.

—No vendrán, señor —informó—. Una vez más, los soldados se niegan a cruzar el agua. Tres de las legiones no conocen a Plautio y no confían en él cuando les dice que somos hombres como ellos. Ha habido ejecuciones, pero el motín se extiende. Plautio ha pedido ayuda al emperador. O consejo.

Togodumno lanzó una exclamación y se puso de pie de un salto.

—¿Qué te dije, Caradoc? ¡Tonto! Los soldados tienen más juicio que tú. ¡Ahora podemos volver a casa y terminar con nuestro asunto inconcluso!

Caradoc se quedó sentado, atónito, mientras una oleada de júbilo le cubría. Pero al mirar a Togodumno, la ola alcanzó su cúspide, comenzó a retirarse y la duda se deslizó en su estela. Echó un vistazo a su hermana. No se había movido. Tenía la cabeza gacha y los ojos fijos en la copa que sostenía con ambas manos. Los jefes conversaban entre ellos con entusiasmo, pero Cinnamo y Caelte reflejaban la misma quietud pensativa de Gladys, y Fearachar masculló con desprecio:

—Sólo un romano muerto dice la verdad —comentó con desdén sin dirigirse a nadie en particular.

Caradoc se volvió hacia el explorador.

—¿Cuándo pidió Plautio ayuda a Roma? ¿Hace cuánto tiempo?

—Hace siete días. Dentro de una semana, el emperador deliberará y una semana después, Plautio tendrá sus órdenes.

—¡Ordenes! —gritó Togodumno—. ¡Qué risa! Un comandante que corre lloriqueando a sus superiores porque no puede manejar a sus hombres ha perdido el respeto de todos y también su carrera, y ni hablar de Albion. Y yo que pensaba que este Plautio era un hombre lleno de autoridad y poder... —Comenzó a alejarse, pero Caradoc le llamó enseguida.

—¿Adónde vas?

—A ordenar que carguen mis carros y levanten mi tienda —gritó por encima del hombro—. Tu estupidez no tiene limite, Caradoc. —Muchos de los jefes se incorporaron y lo siguieron. Uno de ellos, un enorme durotrige con cabello negro hasta la cintura, dijo:

—Vuestro hermano tiene razón. A Plautio le espera la deshonra por su fracaso. Los romanos están acabados en lo que a nosotros concierne. —Sacudió la cabeza y se marchó con el andar pesado de un oso viejo.

—Esto me huele mal —aventuró Caradoc a sus hombres. Estaba enfadado—. Es demasiado fácil. Sé, sé que vendrán.

Gladys le respondió con suavidad y desolación en la voz.

—Por supuesto que vendrán. Plautio es todo lo que hemos oído de él y más. Es un hombre astuto, amigos míos. Creo que ha actuado con inteligencia. Sabe que estamos aquí en los acantilados aguardándole y quiere que nos dispersemos. ¿Qué mejor que hacer correr el rumor de un motín y de que ha pedido ayuda al césar? Vendrá. Los jefes deben comprender.

Caradoc se puso de pie y sus hombres le siguieron.

—Id de inmediato —les ordenó—. Hablad con los jefes de las tribus. Convocaré un Consejo para esta noche.

—Deja que yo hable con Togodumno —sugirió Gladys—. Creo que a ti no te escuchará, Caradoc. Le haré entrar en razón.

Se separaron, pero por la noche ya se podía oír el crujir de ruedas y las voces airadas que maldecían a los bueyes somnolientos y renuentes.

Los jefes asistieron al Consejo con desgana. Se sentaron al aire libre alrededor del fuego y con el ronroneo del mar como burla constante en sus oídos. Caradoc les habló durante una hora al tiempo que se paseaba ante ellos, explicándoles y persuadiéndoles. Togodumno permaneció mudo, sentado entre sus jefes con la cabeza gacha sobre la pechera escarlata, imagiando que la cabeza de su hermano colgaba impotente del dintel de su puerta. Los hombres de las otras tribus no se molestaban en ocultar el desprecio que sentían por él, ese catuvelauno soñador, impaciente y bocazas

que los había sacado de sus tareas campestres y los había llevado tras una mentira. Muchos habían comenzado a decir que todo había sido una treta para confundirlos, y que antes de que pudieran regresar a sus territorios, los catuvelaunos se abatirían sobre ellos en algún valle salvaje y boscoso y los liquidarían. No obstante, la elocuencia inspirada y apremiante de Caradoc retumbó en sus oídos y accedieron a esperar dos semanas más.

Las dos semanas de pesadilla transcurrían. Los días eran tibios y frescos y por las noches el cielo se nublaba y una llovizna suave caía en ángulo sobre los acantilados. Gladys regresó a la playa y Caradoc adoptó el hábito de dormir bajo su carro, con Cinnamo y sus otros jefes rodeándole. Las amenazas y desafios de borrachos aumentaban y Caradoc sabia que si Plautio no avanzaba pronto, las huestes se dividirían y se dispersarían. Se preguntaba si Plautio también estaría aguardando, esperando a que sus espías le informaran de que su truco había tenido éxito y las tribus de Albion habían dejado la costa. Sus propios exploradores llegaban todos los días con lúgubres negativas: no había actividad fuera de Gesiorácum. Caradoc pensaba en su esposa y sus hijas; en ese momento, cuando los bosques debían de estar alfombrados de campánulas altas hasta las rodillas, las niñas estarían corriendo bajo los árboles con los brazos cargados de flores y sus voces agudas resonando bajo los robles. Tallia estaría vigilando con atención que no hubiera jabalíes o lobos cerca, mientras Eurgain estaría aguardando la llegada de noticias sentada junto a las puertas. Noticias. Los jefes de las tribus ya no se arremolinaban ante la primera señal de un bote explorador.

Incluso Togodumno se mantenía alejado de él, seguido siempre por un aburrido y callado Llyn. Caradoc le había prohibido que bajara a la playa y el niño evitaba a su padre, comportándose como un joven y malcriado Togodumno. Caradoc no aprobaba esa conducta, pero su mente estaba demasiado llena de ansiedad para preocuparse por el creciente apego de Llyn a su tío.

El decimocuarto día amaneció y antes de que la luz rosada se tornara amarilla intensa, los jefes comenzaron a marcharse. Caradoc no intentó detenerlos. Se sentó en un risco con la espada a su lado y Cinnamo, Caelte y Vocorio acuclillados a sus pies. Observó a los carros mientras se alejaban retumbando hasta desaparecer entre las colinas arboladas. El estruendo le siguió como un reproche durante toda la mañana. A media tarde, la campiña

estaba silenciosa, excepto por los chillidos solitarios y entrecortados de las gaviotas. El humo de las fogatas agonizantes tiznaba el aire salado.

Togodumno fue el último en partir. Se acercó a Caradoc y anunció con voz lacónica:

—Regreso a Verulamio. —Giró sobre sus talones y se marchó.

«No me averguenzo —pensó Caradoc con obstinación—. Vendrán. Pero no puedo sentarme aquí con unos miles de hombres libres para enfrentar solo a Plautio y a su monstruo destructivo.»

Vio que Gladys se aproximaba por la cima del acantilado, con la capa en el brazo y el cabello oscuro tapándole la cara. Se incorporó despacio, cansado, como un anciano.

—Caelte, busca a Llyn y después ordena que carguen los carros y se preparen para partir. Cinnamo, reúne a los exploradores que queden y diles... —Se interrumpió. «¿Decirles qué?»—. Diles que permanezcan en sus puestos hasta que les envíe un mensaje o hasta que reciban la noticia de la llegada de los romanos. —Gladys fue hacia él.

—Hay tormenta sobre el continente —declaró—. A lo lejos, en el este, el mar está brumoso y se eleva sin romper. —Se acercó más para que Vocorío no pudiese oírla—. Caradoc, ¿has considerado recurrir a las profecías? —Su piel olía a algas. Tenía un bronceado cobrizo y saludable, y sus ojos eran diáfanos como una noche de verano—. Muchos de los otros jefes lo hicieron. Dijeron que las señales no eran buenas, pero nadie supo decirles por qué. ¿Todavía tenemos un vidente en Camalodúnum?

—Murió, Gladys. —Fue una respuesta lánguida. Desde algún lugar cercano, llegaba la voz aguda de Llyn protestando y la de Caelte que lo reprendía con humor—. Si, lo he considerado —concluyó—, pero ahora es demasiado tarde. De todos modos, tendríamos que pedir al druida maestro en Mona que nos enviara uno nuevo y sabes tan bien como yo que los videntes formulan sus declaraciones en un lenguaje tan extraño que el sacrificio no vale la pena.

—Sé leer las profecías —confesó ella inesperadamente—. Déjame probar, Caradoc.

Estaba demasiado agotado para sorprenderse. A veces, se preguntaba si había algo que Gladys no supiera. No dudaba que había adquirido alguna segunda percepción impenetrable en su solitaria comunicación con el océano.

«Como mi Eurgain», pensó, y recordó las horas que su esposa había pasado mirando por la ventana, indiferente a todo excepto los diminutos y nebulosos cambios de su propio espíritu.

—No, Gladys —respondió—. Nos vamos a casa. No necesito profecías que me digan lo que ya sé.

Los catuvelaunos partieron hacia Camalodúnum y dejaron atrás miles de pozos negros llenos de cenizas y muchas hectáreas de hierba aplastada, además de las esperanzas, temores y sueños de una victoria rápida y devastadora. Avanzaron con lentitud, saboreando la exuberancia creciente e impetuosa de un verano que prometía ser caluroso y largo. Acamparon junto a los senderos y se relajaron alrededor de las fogatas en la oscuridad profunda y con olor a hojas. A Caradoc ya no le importaba si Plautio venía o no. Estaba cansado y ni siquiera la inminente amenaza de guerra lanzada por Togodumno podía sacarle de su letargo.

Y entonces, con impresionante precipitación, dos días antes de llegar a Camalodúnum, los exploradores los hallaron deambulando bajo la acogedora sombra del bosque y los sorprendieron con una noticia que los despertó de su letargo. El placentero sopor del anticlímax los abandonó y las palabras se transmitieron rápidamente de boca en boca como un fuego fuera de control.

—¡Han llegado! Las playas están atestadas. Ya están cavando y levantando defensas para las provisiones. La caballería todavía está en el mar, pero no tardará mucho en desembarcar.

Caradoc volvió a la vida.

—¡Mocuxsoma! —bramó—. Ve a Verulamio. Lleva un explorador contigo. Tog debe regresar. Gladys, galopa a Camalodúnum. Cuéntale a Eurgain todo lo ocurrido. Dile que los enfrentaremos solos y que debe prepararse para un sitio. Luego quédate o regresa, como quieras. Fearachar, desde este momento, no debes perder de vista a Llyn.

Calculó deprisa la distancia que separaba a su tribu de las otras y consideró la posibilidad de enviar hombres libres a buscarlas. No serviría de nada, al menos en el primer enfrentamiento con el enemigo. ¡El enemigo! Recordó su juventud, cuando reía con los comerciantes y se volvía loco por ver la última curiosidad que habían traído, se recostaba en el triclinio de Eurgain y bebía vino romano. Era consciente del cambio que se había producido en él. La pena le estremeció y luego se esfumó. En ese momento, Roma era el enemigo.

—Vocorio, elige a seis de mis jefes. Envíalos al sur, al oeste y al norte. Las tribus no nos serán útiles aún, pero tal vez vengan a luchar contra Plautio si los romanos logran atravesar nuestras filas.

—Podríamos tratar de unirnos a los cantios —sugirió Cinnamo—. Plautio ha desembarcado en su territorio. Juntos podríamos contenerlos hasta que llegaran los demás.

Caradoc asintió con los labios apretados mientras su mente trabajaba frenéticamente. Existía la posibilidad de que los cantios no se hubieran dispersado. Ellos si sabrían que los romanos habían llegado.

—Ve a buscarlos, Cin —ordenó—. No te detengas ni para dormir ni para comer. Lleva un caballo de repuesto. Pídeles que crucen el Medway y nos esperen en nuestro lado del río. No tiene sentido marchar más hacia el sur. No queremos que nos atrapen mientras nos movemos. Luego regresa conmigo.

Sus jefes y Gladys se alejaron, montaron y se pusieron en acción. Caradoc se sentó a escuchar los sonidos que se desvanecían a lo lejos; después se levantó, se volvió y gritó:

—¡El Cuervo de la Batalla ha llegado! ¡Regresamos al Medway!

Aulo Plautio Silvano observaba de pie en la arena el desembarco de sus hombres; sus tribunos le rodeaban con las plumas de sus cascos al viento.

Más allá, las tropas bullían a lo largo de la playa y los centuriones avanzaban entre ellas. Arriba, donde la arena cedía su lugar a los guijarros y luego a la hierba, se habían colocado los estandartes y las águilas. Poco a poco, la masa ruidosa y desbordante comenzó a separarse y a agruparse en sus correspondientes unidades.

—¿Dónde está el enemigo? —preguntó Rufo Pudens—. Venimos a la espera de enfrentarnos con una horda de salvajes aullantes y no encontramos nada. ¡Ni siquiera un monstruo!

Plautio sonrió levemente a su tribuno senatorial y se preguntó cómo le estaría yendo a Vespasiano. Lo más probable era que estuviera tratando de imponer cierto orden a sus soldados mareados y desdichados.

«Un buen hombre —pensó Plautio—. Sin más imaginación que una de las preciosas palomas de Claudio, pero un soldado nato. ¿Dónde estaría la Segunda Augusta sin su ruda y estricta disciplina?»

—Se han ido a casa —respondió—. Pero estuvieron esperando. —Señaló hacia el sur.

—Nos aguardaban junto a los acantilados, eso me dijeron. La Vigésima ya lo debe de saber.

Un relincho agudo y asustado quebró el aire y los hombres se volvieron para presenciar el desembarco de los primeros caballos. El prefecto permanecía de pie con las manos en las caderas mientras sus hombres luchaban para tranquilizar a las bestias espantadas y frenéticas. El orden se iba estableciendo con presteza. Tierra adentro, fuera del alcance de la vista, podía oírse a los soldados comenzar a cavar las trincheras que constituirían el perímetro de su primer campamento. Antes de que cayera la noche, la tierra se elevaría en muros, las torres se erguirían, y las tiendas se desplegarían en hileras ordenadas. Los oficiales dormirían en sus propios catres. Plautio observaba todo con gran satisfacción. Sin contratiempos, por el momento.

—Pudens —dijo—. Enviame al primipilus. Quiero saber cuántos hombres han quedado incapacitados por la tormenta. Y asegúrate de que los guardias estén bien situados tierra adentro. A trabajar, caballeros. ¡Cómo me gustaría darme un baño! —Todos rieron respetuosamente y se marcharon. Plautio suspiró mientras paseaba la mirada por el océano tranquilo y resplandeciente y por la hierba agitada por el viento y reseca por el sol. A pesar de la actividad que se desplegaba a su alrededor, sentía una profunda paz. Antes del atardecer, tendría noticias de Vespasiano y la Vigésima y por la mañana podría iniciar la marcha. Se alegraba de ser él quien estaba allí, sudando al sol, y no Paulino, que incluso en aquel momento debía de estar cruzando las montañas hacia Mauritania. No encontraba razón alguna para su felicidad. Sólo estaba allí, como el viento y las olas. Se preguntó cómo se las estarían arreglando los emisarios de Vespasiano con los atrebates y su nuevo jefe, Cogidumno, que había ofrecido su ayuda para atacar a esos dos temerarios hermanos catuvelaunos. Pensó por un instante en el amargado e intratable Adminio, todavía sentado en uno de los botes, y una mueca de burla torció por un momento sus labios. Sería de utilidad, aunque Plautio lo despreciaba. El primipilus tosió con discreción junto a su codo y Plautio regresó por fin al presente. Había mucho que hacer antes de poder instalarse en su tienda para leer un poco. Los Comentarios de Julio César aguardaban cómodamente en su mochila.

OceanofPDF.com

CAPITULO 11

Caradoc y los jefes catuvelaunos desanduvieron el camino. Muchas de las mujeres que habían viajado a la costa con los carros habían decidido unirse a Eurgain en la defensa de la aldea y regresaron con sus hijos. Pero Gladys volvió y los alcanzó poco antes de que cruzaran el Tamesa. Acamparon por unas horas en el lado más alejado del río, fuera del alcance inexorable de la marea, luego avanzaron con rapidez y al mediodía del día siguiente llegaron al Medway. Los exploradores entraban y salían del campamento trayendo a Caradoc informes detallados con respecto a cada movimiento del enemigo.

En mitad de esa noche, Togodumno llegó con sus hombres, cansados y hambrientos; habían dormido poco, acurrucados en sus capas junto al sendero, y no se habían detenido para encender un fuego. Togodumno no se disculpó por sus flagrantes malos modales de los días anteriores, pero se paseó con descaro por el campamento, saludó a su hermano y pidió la comida.

Llyn se alejó de Fearachar, corrió hacia su tío y le rodeó la cintura delgada y musculosa con sus brazos. Pero Caradoc le ordenó con vehemencia que volviera a su sitio y permaneciera allí bajo la amenaza de recibir una buena tunda. No deseaba que su hijo siguiera por descuido a Tog al corazón de la batalla, y sabia que eso era lo que Llyn quería hacer. Más tarde, instruyó a Fearachar, permitiéndole usar la fuerza en caso necesario, para que Llyn no siguiera a Togodumno.

Al amanecer, vino un explorador y les advirtió que las legiones, que habían desembarcado en tres sitios diferentes a lo largo de la costa como medida de precaución, habían aunado sus fuerzas y se habían puesto en marcha. Caradoc dejó de comer de inmediato y se confundió en la blanca neblina matinal con Cinnamo y Caelte a su lado. Pronto, el ejército catuvelauno le siguió y comenzó a dispersarse a lo largo de las orillas desnudas y llanas del ancho río, moviéndose como fantasmas grises y lánguidos, silenciosos en la bruma persistente. Caradoc recorría las filas e iba de jefe en jefe, aconsejando y previniéndoles. Los carros rodaban entre ellos y el agua, sus guerreros y conductores se mecían, pero curiosamente, los sonidos eran suaves. El frío húmedo de la mañana los envolvía, embotaba las mentes y los sentidos, y los guerreros y hombres libres permanecían de pie o acuclillados, absortos en sus sueños particulares y anestésicos. Cinnamo había informado a Caradoc de que vendrían los

cantios; se abrirían y buscarían los vados al sur para evitar la columna romana, por lo que no era probable que llegaran antes del mediodía. Caradoc escuchó, lo consideró y se encogió de hombros. Sin duda, él y sus hombres podrían defender con éxito su posición en el río hasta el mediodía. Regresó con Fearachar y Llyn.

—Lleva al muchacho —le indicó— y retroceded hacia las colinas. Trepad un poco antes de volveros para observar, pero asegúrate de escoger una buena salida de escape antes de instalaros, amigo mio. Y tú, Llyn —añadió con voz dura y tomó las manos de su hijo—, si te alejas de Fearachar te quitaré tu libertad en el Consejo y te convertirás en un esclavo para siempre. ¿Está claro? —Llyn palideció y asintió con solemnidad; sabía que su padre no hablaba en vano. Caradoc le besó y los despachó, luego fue a sentarse en la hierba húmeda junto a sus jefes, agazapado en su capa tibia.

La bruma ya se estaba diluyendo, se disipaba con lentitud y su gris pálido dejaba paso a un tenue color dorado. Sentado con la cabeza gacha, Caradoc pensaba en Eurgain y en su hogar acogedor y colmado de risas, y en Cunobelin, que en todas las redes invisibles de su ambición nunca se había atrevido a tender una trampa a un ejército romano. Pero también pensaba en su propio momento de temor, en el sentimiento que le sobrecogería pronto cuando hiciera sonar la trompeta y su carro comenzara a rodar. Ya lo sentía acercarse, hormiguear en sus miembros y llenar su boca con un gusto de acidez metálica. Se puso de pie con brusquedad para recorrer las filas de nuevo y sintió los hechizos mascullados, las maldiciones débiles y guturales, y las promesas y ruegos a Camulos. Habían hecho los sacrificios el día anterior. Muchos habían reclamado una víctima humana, pero Caradoc, aún no liberado del todo de los años de influencia romana, aunque lo ignoraba, prohibió los cuchillos sagrados. Además, no había un druida.

Encontró a Togodumno entre sus propios jefes, apoyado en los radios de su carro y canturreando en voz baja, pero no había nada que decir, nada en absoluto. Se miraron sin rencor, luego se abrazaron con afecto y Caradoc regresó a su puesto. Se ató el cabello, se colocó el casco ceñido, alzó su lanza y aflojó su espada en la vaina. Se quitó los brazaletes de plata y bronce, y los guardó en la bolsita en su cinto. Sus dedos lentos y nerviosos encontraron la torques de oro en su cuello y la acariciaron un instante; el orgullo le hizo enderezarse. «¡Lobo catuvelauno! Sentirán mis colmillos hoy», pensó. Después levantó su escudo y mientras deslizaba el brazo por

las tiras de cuero, la bruma se agitó de repente, se disolvió y se alejó. Un suave sol matinal brilló sobre ellos e iluminó el agua.

Entonces los vio. Eran como piedras negras o una gran pared de diamante hundida con mala intención detrás de la capa protectora de bruma por los golpes de martillo de algún gigante furioso o... —su corazón se detuvo una fracción de segundo y luego comenzó a palpitar con violencia— como miles y miles de rígidos e inmóviles dioses de la muerte tallados en piedra esperando la palabra mágica que los liberara del hechizo paralizador. Los catuvelaunos cobraron vida. Sus gritos e imprecaciones rasgaron el aire. Bramaron, chillaron, desenfundaron las espadas y golpearon en sus escudos, pero las fuerzas romanas continuaron sin moverse. Sólo los penachos de crin de caballo en los cascos de los oficiales montados bailaban alegres en la brisa.

—¡Por Júpiter! —exclamó Pudens—. ¡Jamás he visto un espectáculo igual! ¡Y escuchadlos! ¿Están borrachos?

—Algunos, tal vez —respondió Plautio—, pero el ruido es ritual, Rufo. Con él alejan a los demonios de la muerte e intentan asustarnos. —Escrutó a través del río la turba llamativa y aullante. «¿A qué distancia?», pensó con rapidez—. ¿Cuatrocientos metros?

A su lado, Vespasiano gruñó con desdén.

—¡Bárbaros! Y son tan pocos... Julio César tenía razón. La guerra los vuelve locos.

Plautio se volvió hacia el rostro pesado y rojo.

—Recuerda lo que expliqué anoche —dijo—. La primera carga es la que más se debe temer. Ponen todo su esfuerzo en ella. ¡Y no olvides lo que dije acerca de las mujeres!

Vespasiano emitió una risa ronca.

—No creo que a nuestros hombres les importe mucho el sexo de sus contrincantes. Y en cuanto a una carga, hoy no habrá ninguna, pobres tontos.

Plautio dirigió una última y amplia mirada al llano y pacifico valle del río donde el sol se derramaba con abundancia para mezclar sus rayos cálidos con el agua y, más allá, a los árboles que se vislumbraban en la distancia.

Luego se enderezó.

—Vespasiano, que los tracios entren en el agua. Haz sonar la trompeta.

Los hombres a su alrededor saludaron y se dispersaron. Las notas severas y estridentes de la trompeta rompieron la quietud de ensueño de la mañana de verano.

Sobresaltado por el repentino sonido, Caradoc subió a su carro y Cinnamo recogió las riendas. Avanzaron con presteza; los jefes corrían detrás con lanzas alzadas y espadas desenfundadas. El vocerío era una batahola constante y aterradora, pero cuando llegaron a la orilla se detuvieron con incredulidad. Soldados con armaduras nadaban con vigor en el río y, detrás, las tropas avanzaban y en los bajos cientos de hombres chapoteaban. El río estaba abarrotado de cabezas con cascos.

—¡No podrán cruzar, los muy idiotas! —oyó Caradoc gritar a Caelte—. ¡El río es demasiado profundo y las corrientes son fuertes!

Pero a Caradoc le dio un vuelco el corazón. Los hombres que estaban casi en mitad del río no eran romanos. Eran tropas auxiliares, bátavos o tracios, tribus conocidas por su habilidad en las aguas.

—¡Al río! —chilló. La trompeta de bronce brilló de pronto en su brazo levantado, las garras de lobo aferradas a la boca abierta y los colmillos expuestos para unirse a los de él cuando se la llevó a los labios. Sopló y la compañia gritó y comenzó a correr—. ¡Camulos y los catuvelaunos! —bramó, y su voz se elevó con fuerza sobre el caos—. ¡La muerte o la victoria! —Arrojó la trompeta al suelo del carro y galopó en línea recta a través de los bajos de barro seco y crujiente con el viento penetrante silbando en sus oídos.

Las tropas auxiliares llegaron a la orilla y salieron del agua para encontrarse con la carga del primer ataque furioso. Cayeron como jabalíes heridos. De repente, la sangre fluyó y se desparramó en el agua, pero los de la segunda y la tercera oleada ganaron la orilla y se incorporaron a la lucha. Caradoc, fuera de su carro y blandiendo su espada con Cinnamo a su lado, percibía una extraña desgana en los rostros sombríos e impasibles que se alzaban frente a él. Los soldados no querían presentar batalla. Esquivaban golpes, corrían de un lado a otro y retrocedían. De pronto supo por qué. Un chillido de terror cortó el aire, y luego otro, el alarido agudo y estúpido de animales que sufrían. Caradoc se volvió con una maldición y un grito hondo. Los legionarios estaban desjarretando a los caballos de los carros, se escabullían bajo las espadas de los jefes para cortar con rapidez y huir. Una por una, las bestias se desplomaron de rodillas con los ojos en blanco en sus cabezas castañas y el sonido espeluznante e inhumano de su agonía aturdía

los oídos de sus dueños. Pero Caradoc no tenía tiempo para sentir indignación por ese ataque cobarde. Los bajos bullían con soldados, seguían llegando más y salían del río chorreando agua. Caradoc apartó la vista de los carros inútiles con una sed de sangre feroz en su interior. Vio a Gladys junto a Caelte, aferrando con ambas manos el puño de su espada enlodada y los pies separados plantados con tenacidad. Gladys meneó su espada, pero Caradoc se había zambullido con un gruñido en la confusión de cuerpos romanos empapados y cubiertos de cuero y no vio el golpe que cortó el aire caliente con un silbido.

Los legionarios nadaban a través del río como hormigas negras y Plautio observaba sentado en su caballo. La resistencia había sido más perseverante de lo que había esperado, y en consecuencia se preparó para un día largo. Pronto sus soldados se encontraron en la otra orilla en cantidades suficientes para poder alinearse, y hora tras hora, las cuñas sólidas y casi impenetrables hicieron retroceder a los enfurecidos catuvelaunos con su táctica simple pero devastadoramente efectiva.

Caradoc, sudoroso y sucio, en un repentino y oportuno intervalo de calma, observó a la línea del frente enemiga retirarse y a la segunda ocupar su lugar, cada hombre avanzando con energía mientras la línea del frente descansaba más atrás. Los romanos peleaban sin sentimiento, sin emoción. Sus rostros permanecían inexpresivos y movían los brazos con la precisión justa, mientras que los jefes catuvelaunos se arrojaban una y otra vez contra sus escudos de cuero tachonados, con un heroísmo temerario. Caradoc se volvió dentro de la confusión y entonces vio algo que le cortó la respiración y llevó un grito de júbilo incrédulo a sus labios. El remolino de la batalla se había alejado de él y había dejado abierta una avenida despejada que conducía derecha a Hosidio Geta, sentado tranquilo en su caballo rodeado de sus cohortes protectoras. Caradoc miró a su alrededor con desesperación.

—¡Banda Guerrera Real! ¡A mi! —gritó con tono de apremio, y su séquito salió corriendo de entre la masa de hombres que forcejeaban. Otros jefes habían advertido la oportunidad que jamás se repetiría y se alinearon detrás de Caradoc para apresurase por el sendero suave y abierto. Togodumno se les unió, ensangrentado y sonriendo, y atacaron juntos—. ¡Muerto no! —bramó Caradoc—. ¡Agarradlo vivo! —Y las cohortes sorprendidas cerraron filas alrededor del general.

Plautio, que observaba desde su posición ventajosa, vio que el centro de la acción se disolvía y giraba en otra dirección. Estupefacto, divisó a Geta

como una isla en un mar de jefes alborozados y de vestimentas brillantes, y a sus cohortes confundidas.

—¡Júpiter todopoderoso! —exclamó—. ¡Rufo, da la señal de giro a la izquierda, y pronto!

Las trompetas sonaron, dos centurias formadas en orden de batalla contestaron al instante, dieron media vuelta con precisión y los desilusionados jefes se vieron apartados más y más de su blanco casi indefenso.

—¡Buen intento pero mala suerte! —gritó Togodumno. El y Caradoc se saludaron con pesar y se separaron. Plautio vio a su amigo acercarse galopando por la orilla del río, con la capa volando y el penacho danzando.

Geta sujetó el caballo y resopló.

—¡Un momento dificil, Aulo! Qué botín habría sido para ellos. ¡Me habrían usado para negociar nuestra salida de la isla!

Plautio rió.

—Te estás volviendo viejo, Hosidio.

Por fin llegaron los cantios y se precipitaron al centro del combate, alentando a los acosados guerreros catuvelaunos. El sol se movía con lentitud en el oeste y finalmente se puso detrás del humo y del olor de la batalla. Y entonces, cuando ya estaba demasiado oscuro para distinguir amigo de enemigo, los ejércitos interrumpieron la lucha y se retiraron junto a los fuegos que ardían en los campamentos, tambaleándose por el cansancio. No todas las legiones habían cruzado el río. Los soldados de la Segunda todavía esperaban en la orilla lejana con su comandante, Vespasiano, paseándose frente a ellos.

Cuando ya no se podía ver nada más que el titilar rojo de las hogueras, Plautio lo mandó llamar.

—Toma a tus hombres, a todos —le ordenó—. Ve al sur y trata de encontrar un vado. Tal vez podamos cercar a los bárbaros y acabar con esta indecisión. Pelean bien, ¿no?

—¡Por Mitra! —replicó Vespasiano con un dejo de admiración renuente en la voz—. Pelean como si estuvieran poseidos. Ya no me inclino a compadecerlos. —Hizo un saludo y se alejó cabalgando.

Plautio se volvió con cansancio a Pudens. Necesitaba dormir. La tensión le consumía y acentuaba aún más las líneas alrededor de su boca fina, pero sabía por experiencia que yacería despierto hasta el amanecer, con las

estrategias dando vueltas y vueltas en su cabeza en tanto las analizaba y buscaba el posible fallo, la equivocación que yace oculta.

—Rufo, tráeme al bárbaro —dijo—. Es hora de que demuestre su valía.

Pudens asintió y desapareció para regresar unos minutos más tarde con su reacio compañero. Adminio parecía arisco y asustado. Las lineas definidas y atractivas de su rostro, la barbilla hendida de la Casa Catuvelauna, los ojos muy abiertos y la nariz ancha que compartía con sus hermanos, estaban desapareciendo, suavizándose con la edad, y su aspecto era disoluto y enfermizo. Los años en Roma le habían engordado, y la ociosidad y frustración de su vida habían agriado su carácter.

Plautio no le miró a los ojos. Temía que se notara la aversión que sentía por él.

—Ahora, señor —comenzó con tono tajante—, quiero que crucéis el río y os mováis en silencio entre vuestra gente. Sabéis qué decir. Esta noche estarán cansados y desanimados, y vuestras palabras deberán dar fruto.

—¿Y si me atrapan y me matan? —inquirió Adminio con voz quejumbrosa.

Plautio sonrió.

—No creo que lo hagan. No si escogéis los oídos adecuados para vuestra... sedición.

—Es inútil —se quejó Adminio con tono malhumorado—. Me odian, todos ellos, y ahora me odiarán más por haber abatido el poder de Roma sobre sus cabezas.

—Pero Adminio, hicisteis creer al emperador que vuestra tribu no veía la hora de estrechar las manos con Roma y daros la bienvenida de vuelta a casa —acotó Plautio amablemente. Estaba demasiado oscuro para que Adminio pudiera ver el brillo sarcástico en aquellos ojos grises.

—Es cierto —protestó con vehemencia—, ¡pero no en mitad de una batalla, señor!

—Si tenéis éxito, la batalla acabará —le recordó Plautio—. Sabéis qué decir, Adminio. Ahora, id. —Las palabras terminaron pesadamente y Adminio hizo un saludo breve y desapareció.

Caradoc estaba tendido junto al fuego, demasiado cansado para lavarse o comer, aunque Fearachar le había ofrecido carne de cabra y pan de centeno. Cinnamo, sentado junto a él, se había envuelto en su capa púrpura. Lustraba su gran espada con una copa y una jarra de vino en las rodillas, y sus trenzas doradas brillaban en el tibio resplandor. Llyn se acurrucaba

cerca del fuego, con una mano sucia debajo de su mejilla morena y la capa doblada sobre él.

Más allá, estaba Gladys, sentada con la cabeza gacha y los brazos cruzados sobre el pecho. No había hablado desde el crepúsculo y Caradoc sabía que sufría, arrollada por la añoranza de la quietud curativa del océano solitario.

Pero estaba demasiado agotado para que le importara. Togodumno se le había aproximado para jactarse de su participación, pero Caradoc, acostado, con la hierba debajo de su cabello sucio y sudado, los músculos que le ardían, y el brazo derecho casi entumecido, lo despachó con palabras rudas.

El ruido de las voces que subían y bajaban amortiguadas, se filtraba a través de los árboles oscuros a su alrededor, y Caradoc se sacudió y se sentó.

—¿A cuántos hemos perdido, Cin?

Cinnamo habló sin alzar la vista y con las manos ocupadas.

—No lo sé, señor.

—¿No puedes calcular? ¿Cien? ¿Mil?

—¡Oh, madre, madre, no lo sé! —replicó—. Todo lo que sé es que los jefes están muertos de cansancio, los romanos frescos como margaritas de primavera y que la mañana traerá un destino incierto.

Caradoc guardó silencio. Necesitaba dormir, aunque no fuera más que una hora, pero algo resonaba en su mente..., un latido de advertencia continuo y que no deseaba oír. No tenía forma, ni coherencia, pero presentía que había algo que debía saber, algo que había pasado por alto. La legión intacta al otro lado del río, esperando en la oscuridad, lo perturbaba. ¿Por qué Plautio la había retenido? ¿Qué nuevo horror planeaba? Los alaridos de los caballos torturados resonaron de nuevo en sus oídos. Pensó en Eurgain, dulce, juiciosa, Eurgain con sus ojos azules, y en sus hijitas, hoyuelos y rizos al viento, pero las imágenes en su mente carecían de sustancia, como los fantasmas de un sueño. Suspiró preocupado, se tendió de costado y durmió.

Despertó una hora antes del amanecer, frío y tieso. Su capa estaba empapada de rocío y se puso de pie, la llevó al fuego y se quedó temblando mientras se secaba. Los sonidos matinales colmaban el bosque; los primeros gorjeos soñolientos de los pájaros y los murmullos malhumorados y espasmódicos de hombres amodorrados y hambrientos. Llyn estaba despierto, sentado con las piernas cruzadas al otro lado del fuego.

Masticaba carne de res seca con aire pensativo y con una copa de agua junto a la rodilla. Caradoc le saludó y Fearachar dejó su sitio en la rama sobresaliente más baja del roble y fue a buscarle carne y cerveza.

—¿Qué te pareció la batalla de ayer? —preguntó Caradoc a su hijo—. ¿Tuviste miedo?

Los ojos redondos y oscuros le miraron con menosprecio.

—¡Por supuesto que no! Los catuvelaunos no temen a nada ni a nadie. Pero no pude ver mucho, padre. Fearachar me obligó a estirarme y a espiar por encima del borde de una colina.

—Fue prudente de su parte.

—¿Derrotaremos a los romanos hoy?

Caradoc entregó su capa a Fearachar y aceptó la comida que éste le tendió. Seguía sin hambre, pero se obligó a tragar los bocados desagradables y poco apetitosos.

—No lo sé, Llyn. Tal vez. Ahora, tú y Fearachar debéis iros; está amaneciendo y hay trabajo que hacer.

—Si no los vences hoy, padre, creo que volveré a casa —declaró y se incorporó obedientemente—. El tiempo es propicio para cazar y mis perros deben de andar buscándome.

De pronto, la carne le supo a Caradoc como la corteza de un árbol viejo y enfermo, y la escupió.

—Es una gran idea, Llyn —respondió con seriedad—. ¿Por qué no te vas ahora? Si te das prisa, podrás estar con tu madre en tres días.

Llyn sacudió la cabeza.

—Todavía no, padre.

—Adiós, entonces. Obedece a Fearachar.

El hombre y el niño se aleejaron caminando en la neblina y Caradoc se puso la capa que Fearachar le había dado. El sol ya había salido. La bruma yacía en el suelo, y arriba, a través de las ramas temblorosas y adornadas de verde, se divisaba un cielo diáfano. Tiempo propicio para la caza. Sonrió con una mueca de dolor y bebió su cerveza. Luego avanzó a través del bosque, moviéndose en silencio, agazapado y sin alejarse del refugio de los árboles más grandes. Por fin llegó al borde y se dejó caer al suelo. Se deslizó con facilidad por la hierba, se detuvo y fijó la mirada delante.

Al otro lado del río, los bajos de lodo marrón estaban desiertos. La legión se había ido. El pánico se apoderó de él. ¿Dónde estaban? Se le erizaron los pelos de la nuca. Entre él y su propio lado del agua, los

romanos estaban levantados; formaban filas y se aprestaban para otro día de matanza. Habían apilado los muertos en montones lejos de las fogatas, pero no había señales de ningún herido. Caradoc retrocedió enseguida por donde había venido y apretó los talones, corriendo entre las zarzas y los brezos blancos tupidos. ¿Adónde han ido, adónde? Se ató el cabello mientras corría e irrumpió en su campamento; Mocuxsoma y Cinnamo le buscaban malhumorados y los jefes estaban poniendo los arneses a los caballos de sus carros.

—¿Dónde habéis estado? —jadeó Cinnamo—. Hay noticias.

Mocuxsoma se abrió paso entre ellos.

—Señor, vuestro hermano ha estado aquí durante la noche. Se escabulló de los guardias y estuvo con algunos jefes y sus hombres libres. La mitad de nuestra fuerza se ha ido.

—¿Qué quieres decir con que se ha ido? ¿Ido adónde? ¿Qué ha estado tramando Tog? —Su corazón todavía latía con violencia y tenía la garganta seca.

Mocuxsoma pateó el suelo.

—¡No Togodumno, Adminio! Ha convencido a los hombres para que le siguieran. ¡Ahora pelean del lado de Roma!

Las palabras llegaron a lo más profundo del alma de Caradoc y encendieron su cuerpo entero en una súbita explosión abrasadora. Echó la cabeza hacia atrás y rugió como un jabalí herido, con los ojos cerrados, y comenzó a gritar:

—¡Que Camulos abra su vientre y desparrame sus entrañas ante sus ojos! ¡Que Epona pisotee su cerebro! ¡Lo maldigo! ¡Maldigo su sueño y su comida, su caza y sus fiestas! ¡Que Taran lo queme! ¡Que Bel lo ahogue! ¡Que Esus lo estrangule!

Cinnamo se acercó y le tocó un brazo, pero Caradoc lo apartó; el dolor de la traición le desgarraba y se convertía en un torrente de desesperanza. La tribu estaba deshonrada para siempre y toda la preocupación, las noches sin dormir y los planes cuidadosamente trazados, todo el sufrimiento..., todo, todo para nada.

Roma triunfaría. Era el fin.

Se estremeció ante la creencia de que sus vidas en libertad habían sido destrozadas, pero después de un instante, el dolor se alejó y una nueva obstinación despiadada comenzó a endurecerse en su interior. Algo de su persona, algún vestigio de su juventud, cierta inocencia infantil que todavía

creía que el honor lo era todo, había desaparecido con su aullido de angustia. Podía sentir dentro de él el orificio rojo y sangrante que había dejado a su paso.

—Decidme —susurró; su voz temblaba con intensidad—. ¿Cuáles fueron las palabras mágicas que ese animal usó para arrastrar a hombres buenos a la esclavitud?

—Les dijo que no teníamos ninguna posibilidad. Que la Segunda Legión nos rodeaba, adentrada en los bosques, y que por la manana seríamos destruidos. Dijo que si se rendían podrían regresar a casa a cultivar la tierra y criar ganado, y que el comercio volvería a ser bueno como antes.

—Madre. —Pronunció esa palabra con un desprecio absoluto, que vaciaba el alma. Caradoc se sentó con brusquedad y los dos jefes le imitaron. El resto de los carros debía de estar avanzando hacia el agua, pero Caradoc aguardó un momento en su infierno, fuera del tiempo, incapaz de pensar o sentir.

—Señor —intervino Cinnamo—. Lo siento, pero hay más. ¿Lo escucharéis o debo sellar mi boca?

¿Más? ¿Qué más podía haber? El cuchillo ya no se podía clavar. No quedaba sangre. Sin embargo, contestó:

—Escucharé.

—Durante la noche, vinieron los dobunnos. A Boduoco le prometieron sus antiguas fronteras y peleará contra nosotros, al lado de Plautio. Los atrebates también están aquí. Tienen un nuevo rey, aprobado por el emperador, un tal Cogidumno. Lo hemos perdido todo. —Cinnamo habló en tono monótono, sin que su voz delatara emoción alguna, pero las manos fuertes ocultas bajo su capa se apretaban como aferrándose a la vida.

«Y yo dormía —pensó Caradoc con la mente más tranquila, escondiéndose de su ira y su amargura—. Por la Gran Madre, dormía. La tierra se ha partido bajo mis pies, el cielo se ha derrumbado a mi alrededor y...» Se volvió con rapidez hacia Mocuxsoma.

—¿Togodumno sabe todas estas cosas? —preguntó.

—No lo sé, señor —replicó Mocuxsoma y sacudió la cabeza.

—Bueno, búscalo, cuéntaselo y tráelo aquí. ¡Corre!

El y Cinnamo se quedaron sentados en silencio.

«Tog y yo hemos sembrado estas semillas y la planta ha brotado con más fuerza de la que hubiéramos deseado —pensó Caradoc—. Incursiones,

insultos, asesinatos y siempre el avance constante.., hacia fuera, siempre hacia fuera. Si yo hubiera sido rey de los atrebates, ¿qué habría hecho?» La respuesta surgió sin vacilación. «Jamás habría vendido mi pueblo a la esclavitud. Habría preferido ofrecerme a las flechas sagradas.»

Togodumno venía saltando por el sendero, su carro tras él. Estaba pálido.

—¡No digas nada, hermano mio! —gritó—. ¡Primero debemos matar a Plautio, luego a Adminio y a ese Cogidumno, y después a Boduoco!

Caradoc emitió una risa intensa y ruda. Se incorporó despacio y con cansancio, se colocó el casco y caminó hacia su carro. Recogió la trompeta.

—Te quiero, pobre tonto loco —dijo.

Sopló un trompetazo largo y agudo y el resto de los jefes salieron de entre los árboles. Sus rostros estaban sombríos y sus ojos, llenos de la proximidad de la muerte, se fijaron en Caradoc con expresión de reproche.

—¡Una mañana roja! —exclamó. El dolor lo asfixiaba—. ¡Una mañana de sangre! ¡Marchemos con honor, hermanos míos!

Tomaron velocidad y se precipitaron con estruendo fuera del bosque, hacia la tierra llana que se abría más adelante, mientras la trompeta romana sonaba y los estandartes de Roma se agitaban a su encuentro. No había esperanza. Las legiones estaban frente a ellos, y los dobunnos y atrebates, a derecha e izquierda; se lanzaron de cabeza a la muerte, gritando, aullando, y con las espadas en alto. Los valientes cantios avanzaban detrás. Caradoc desmontó y corrió; un guerrero alto se volvió hacia él..., un catuvelauno de cabello castaño y ojos azules en ese momento inyectados en sangre. Las lágrimas rodaron por las mejillas de Caradoc mientras entrechocaban sus espadas y el guerrero caía al suelo.

«¿Quién me purificará de la sangre de mi gente?», pensó y se volvió. De repente, un profundo grito de terror se elevó de sus hombres. Caradoc miró. Detrás de ellos, un ejército de legionarios con armaduras, frescos y vigorosos, fluía fuera de los bosques, y el gemido de temor creció y se convirtió en pánico. Era Vespasiano y la Segunda, enlodados, mojados, triunfantes.

Por todas partes, los catuvelaunos comenzaron a arrojar sus armas y a correr de un lado a otro, mientras los romanos y sus propios compatriotas los desbordaban y los mataban como conejos.

—¡Deteneos y pelead! —chilló Caradoc, pero los hombres eran presa del terror animal de la muerte y no le prestaron atención.

Cinnamo corrió hacia él, esquivando la estocada amplia de un dobunno.

—¡Corred, corred, Caradoc! —gritó—. ¡De regreso a Camalodúnum!

De pronto, Caradoc se encontró agazapado y corriendo, corriendo, tropezando, atrapado en el alboroto confuso y con sus jefes escapando a su lado. Ganaron el refugio de los árboles pero prosiguieron, jadeando y con los costados doloridos. A su alrededor, en la modorra salpicada de sol de la mañana de verano, todos los catuvelaunos huían.

—¡Llyn! —exclamó Caradoc con brusquedad, pero Cinnamo le urgió a continuar—. Él y Fearachar se han ido —logró explicar y siguieron corriendo con las piernas doloridas, los pulmones ardiendo, calientes y secos, los miembros latiendo cada vez con menos fuerza, agitados y balanceándose, hasta que el ruido de la matanza disminuyó gradualmente, los árboles se irguieron altos en el silencio y por fin cayeron sobre la hierba húmeda y yacieron con los ojos cerrados, ya sin importarles vivir o morir.

Durante dos días, dieron vueltas por el bosque. Uno por uno, otros jefes se les unieron, conmocionados y harapientos, sin caballos, comida ni armas, desconcertados e incapaces de hablar. Juntos marcharon trabajosamente por los senderos que antes los habían visto pasar acicalados con adornos vistosos, arneses tintineantes y el mejor de los ánimos.

Poco antes del crepúsculo del segundo día rodearon una curva y vieron otro grupo, cinco o seis jefes sentados en una loma, con las cabezas y manos colgando y una camilla tosca tendida frente a ellos en el sendero: dos ramas y una capa que pendía entre ellas. De repente, a Caradoc le dio un vuelco el corazón y corrió hacia el lugar donde se hallaba el grupo; las piernas le temblaron por el esfuerzo. Se aproximó a la camilla y se arrodilló. Togodumno volvió la cabeza despacio. La sangre endurecía su largo cabello castaño y se cuajaba alrededor de la boca. Uno de sus hombros era un revoltijo de hueso y carne, y al levantar con dedos nerviosos la capa que lo cubría, Caradoc vio heridas profundas alrededor del pecho y la cadera. Yacía en sangre, sangre que manaba sin cesar salpicando el suelo como coral brillante y que manchó la mano de Caradoc cuando dejó caer la capa. El rostro de Tog estaba gris y viejo. Las risueñas patas de gallo que circundaban sus ojos y boca se habían transformado en los caprichos de un cuchillo desenvainado con rapidez, hondo y despiadado. Abrió la boca para hablar y una burbuja lenta de sangre se infló entre sus dientes, se rompió y bajó por la mejilla.

—Caradoc —susurró—. ¿Quién hubiera dicho que era tan duro morir? Ah, Madre, duele, duele. —Los dedos negros y magullados hallaron el borde roto de la camisa de Caradoc—. Desprecio la muerte. —Intentó reír pero otro coágulo de sangre oscura escapó de sus labios—. Los poderosos catuvelaunos ya no existen. Me alegra..., me alegra... morir ahora. Que el fuego de mi cuerpo se eleve alto, hermano mio, quémame bien. —Un gran espasmo de agonía contrajo su rostro, los músculos se tensaron con lentitud y los ojos se abrieron, llenos de un terror solitario—. No creo poder soportarlo.

Caradoc no pudo responder. La luz del sol bañaba el sendero con haces de magnificencia dorada, y los pájaros silbaban y cantaban en los vastos corredores verdes que les circundaban, pero Caradoc sólo podía pensar en aquel espíritu libre, bailarin e impetuoso que se hallaba encogido ante él, tullido y destrozado. Los ojos que intentaban enfocarle estaban teñidos de una tristeza incoherente y de un nuevo y oscuro conocimiento, pero la chispa de vida indomable y ardiente seguía luchando. Tog trató de hablar otra vez, pero las fuerzas le fallaron y abrió la boca pugnando por inhalar el aire. Caradoc se incorporó.

—Levantadlo —ordenó, sin avergonzarse de las lágrimas que resbalaban copiosamente por su rostro.

Continuaron andando. Caradoc caminaba junto a la camilla, Cinnamo detrás y los otros jefes cerraban la marcha en silencio.

Cuando el sol se hubo puesto y el frío de la noche se elevó del suelo, se detuvieron; el hambre roía sus vientres vacíos. Caradoc increpó a los que transportaban la camilla, ya bastante debilitados, pero Cinnamo se interpuso:

—Da igual, señor. Está muerto.

Caradoc cayó junto a la figura en sombras y tomó la mano fláccida. La cubrió con la suya y se inclinó sobre el cuerpo ensangrentado. Con una sonrisa tenue y serena en los labios, Togodumno contemplaba más allá de él el cielo moteado de estrellas y Caradoc le tapó el rostro con la capa y se desplomó en el suelo llorando. Los jefes, sentados o acostados en silencio junto al sendero, observaron al último rey de la Casa Catuvelauna llorar por su deudo.

Ya avanzado el cuarto día, llegaron a Camalodúnum, transportando su carga. Las primeras puertas habían sido abandonadas a su suerte y permanecían abiertas, pero el guardia de las segundas los vio venir,

dispersos como ganado enfermo a través del foso y corrió en busca de ayuda. Hombres y mujeres se apresuraron fuera de sus chozas y de las puertas. Los recibieron con gritos y lágrimas y les arrancaron la camilla de sus brazos agotados. Al oír la conmoción, Eurgain abandonó el Gran Salón junto a Gladys. El grupo de hombres sucios y extenuados subió despacio hacia ella. Sus ojos buscaron desesperados con las manos apretadas. Entonces lo vio. Tenía el cabello enmarañado alrededor del rostro delgado y sus ojos eran pozos negros de sufrimiento. Con un grito, fue hacia él y cayó de rodillas, lo abrazó y sintió las manos temblorosas en su cabello.

—Eurgain —musitó. Y entonces sus piernas ya no pudieron seguir sosteniéndole, se desplomó frente a ella y la envolvió en sus brazos. Se abrazaron con los ojos cerrados mientras se alzaban los primeros gemidos por la muerte de Togodumno y las puertas eran cerradas y atrancadas con rapidez.

Por fin descansaron en el Gran Salón, sentados y apoyados contra las paredes, con las cabezas echadas hacia atrás con indiferencia, y observando a los esclavos apresurarse a avivar el fuego y cortar carne del pernil de una res asada. Caradoc también reposaba contra la pared, pero sus ojos se habían cerrado en el instante mismo en que se hubo sentado; junto a él, Eurgain se mantenía callada, con los brazos cruzados sobre las rodillas. Gladys se acuclilló frente a su hermano, pero ninguna de las mujeres habló. Hacía calor en el Salón. El sol lo azotaba y el fuego lanzaba al aire seco una mezcla sofocante de humo y grasa. De tanto en tanto, Caradoc se estremecía y se ceñía la capa. Al cabo de un momento, Fearachar le acercó un plato repleto de carne y pan, gachas, guisantes hervidos y una jarra de cerveza. Caradoc se despertó, abrió los ojos y se sentó derecho con esfuerzo mientras Fearachar colocaba el plato frente a él. Empezó a comer despacio, a pesar de que tenía mucha hambre, pero vació la jarra de un solo trago y Fearachar se alejó de nuevo para volverla a llenar. Una conversación intermitente y vacilante se inició alrededor de ellos mientras los jefes, reanimados por la comida y la bebida, hablaban a sus hombres libres. Caradoc sintió que su sangre volvía a fluir con pereza y renuencia y su cabeza comenzó a despejarse. Sorbió lo último del jugo en su plato, se aflojó la capa y se volvió hacia Eurgain.

—¿Llyn? —inquirió con mirada ansiosa y voz todavía débil.

—Regresó anoche con Fearachar. Él y las niñas están en la casa con Tallia.

Caradoc asintió con gratitud y luego sus ojos demacrados y hundidos se desviaron hacia Gladys.

—¿Y tú? ¿Cómo volviste?

—Encontré un soldado de la caballería en los bosques, Caradoc —explicó en voz baja—. Estaba herido. Lo maté y tomé su caballo. ¿Qué ocurrió junto al río? ¿Cómo fue que nos deshonramos? —Su tono era el de la curiosidad y no el del rencor. El tiempo para las recriminaciones, los arrepentimientos o la cólera había quedado atrás, y ella, al igual que los restos de la perpleja y acobardada tribu catuvelauna, pendía suspendida en una desesperanza aletargada. Caradoc contestó de inmediato, apenas consciente de lo que decía; su cabeza zumbaba por la falta de sueño.

—Fuimos traicionados por uno de nuestro propio clan, engañados por el enemigo, atacados por nuestros propios compatriotas. No me extrañaría que incluso Camulos y la diosa nos hubieran abandonado. No hemos sido deshonrados, sólo sobrepasados en número y atacados por sorpresa. Seguiremos peleando. —Desde fuera, llegaban los gemidos y lamentos funebres por Togodumno, un llanto espasmódico y de dolor. La mente de Caradoc le apremió con los planes que había que hacer y las decisiones que había que tomar.

Eurgain se lanzó a hablar, a expresar su desacuerdo de forma airada, pero él levantó un dedo y lo posó en sus labios, y se puso de pie, apoyándose con un hombro en la pared. Todavía sentía las piernas como si fueran de paja.

—Llamo a Consejo —anunció, y la conversación se extinguió—. Esclavos, retiraos; los demás, acercaos. No tengo fuerza para levantar la voz.

Todos se reunieron a su alrededor y Caradoc los escudriñó con severidad. La pena y la furia le sobrecogieron. Parecían una manada de lobos enfermos, enflaquecidos y sucios, amansados por el hambre y las penurias, pero los ojos se clavaban en su rostro con confianza. Experimentó una ráfaga de debilidad, pero la combatió; la nueva y dura insensibilidad calculadora estaba bien arraigada en su pecho.

—No hablaré de lo irremediable —comenzó—, ni de la muerte de mi hermano. Somos los catuvelaunos. No nos rendimos. La tribu luchará hasta que caiga el último de nosotros. Si alguien desea abandonar Camalodúnum, todavía está a tiempo para escapar al Oeste o ir con los druidas a Mona; no le despojaré de su precio de honor ni le declararé esclavo. ¿Alguno quiere

marcharse? —Calló para recobrar energía, pero nadie se movió. Ninguna mirada bajó por el peso de la culpabilidad, ninguna mano tembló por la traición súbita. Caradoc sintió una débil y patética oleada de orgullo renovado flotar hacia él desde aquellos ojos cavernosos y desolados.

Y reanudó el discurso con la voz cargada de fría decisión.

—Entonces nos prepararemos para otra pelea. Quiero que las puertas sean derribadas y el agujero llenado con tierra y piedras. ¿Está Alan aquí? —Su granjero libre se levantó—. Alan, ocúpate de que todo el ganado, el de los demás y el mio, sea llevado a los bosques del norte. Pon a un par de campesinos para que lo vigile. De ser necesario, todas las reses serán sacrificadas. No quiero que ningún romano se sacie con mi precio de honor. —Alan asintió y se sentó—. Vocorio, tú y tus hombres libres buscad a todos los granjeros y campesinos que podáis y traedlos dentro de las defensas. La mayoría debe de haberse escondido en los bosques, pero reunid a los que quieran venir. Hay muchas chozas vacías. —Imágenes de los jefes que jamás regresarían pasaron rápidamente por su mente, pero ya nada podía ayudarlos y no deseaba que los que habían sobrevivido pensaran en ellos ni en su destino, así que desechó las penosas imágenes sin mencionarlas—. Mocuxsoma —llamó, recuperando la visión de lo que había que hacer—. Quema el puente que cruza el foso. Hazlo de inmediato. Los campesinos pueden cruzar con la ayuda de troncos. Y todos vosotros, registrad la aldea en busca de armas. Cualquier cosa servirá siempre que pueda utilizarse para matar ro manos. Pero por ahora, id a vuestras casas y descansad esta noche.

Quería decir más, hablar de la gloria y el honor, pero incluso sus pensamientos poseían un matiz vacio y burlón, y los descartó. Se sentó de nuevo sobre las pieles. La fatiga y la tragedia insoportable de los últimos días le producían náuseas.

«Que el fuego de mi cuerpo se eleve alto —había dicho Tog—. Quémame bien.» El dolor lo traspasó al recordar las palabras con la propia voz titubeante de Tog. «Fuiste un irresponsable, un hombre desenfrenado que hundía sus manos ansiosas y voraces en el abundante cesto de la vida. Sin embargo, yo te quería. Estabas unido a las estrellas en lo alto, volabas gloriosa e impulsivamente en los vientos de los cielos mientras que yo... —se miró los dedos sucios y temblorosos—, yo estoy encadenado a la tierra y mis manos jamás tocarán una estrella. Sólo una espada. Sólo una espada amarga y cruel.» Resistió su emoción, acrecentada por el agotamiento. Por

fin, alzó la vista. El Salón estaba vacío. Se forzó a mirar a las dos mujeres que esperaban.

—No hay esperanza, ¿verdad? —aventuró Eurgain.

—Ninguna —sentenció con brutalidad—. Estamos acabados como tribu y como pueblo libre. Eurgain, quiero que tú y los niños vayáis al oeste. Enviaré a Caelte y a sus hombres libres con vosotros; creo que nunca más volveremos a sentarnos aquí en las noches y a escuchar sus canciones.

Ella sabía que su esposo le haría esta petición y replicó con énfasis:

—No, Caradoc. Esta vez no me agazaparé detrás de mis hijos. No quiero ir al oeste sabiendo que mi familia y yo somos los únicos supervivientes de los grandes catuvelaunos. No podría soportar esa soledad. —Le tomó la mano y se la besó. Gladys desvió la vista y por primera vez en su vida, un intenso aislamiento la envolvió—. Si hemos de morir, esposo mio, entonces moriremos juntos. Te amo y no viviré el resto de mi vida sin ti y entre extraños. —Caradoc la besó, demasiado cansado para discutir, pero reconfortado por las palabras. Se pusieron de pie juntos y dejaron el Salón. Gladys quedó sentada en la oscuridad, con la pesada espada aún en la cintura y lágrimas saladas y calientes quemando sus mejillas morenas.

De manera que los últimos guerreros de Camalodúnum se aprestaban para el fin. Trabajaban con rapidez y los rostros sombríos, en una aldea cuyas chozas, en otros tiempos alegres y rebosantes de luz, se alzaban silenciosas y expectantes, cuyos senderos y espacios abiertos se extendían solitarios y callados bajo el calor sofocante de las tardes de verano. Los ritos por Togodumno se celebraron en la misma quietud soporífera, y el crepitar de su pira fue el único ruido que se escuchó durante todo un día y toda una noche; entre tanto, el cielo se nublaba, grandes masas de nubes se movían desde la costa para hincharse opresivamente sobre la aldea, y los rayos de sol llameaban intermitentes sobre los campos sembrados. Caradoc no sintió nada cuando arrojó la antorcha a las ramas secas sobre las que descansaba su hermano. No había lugar en él para la pena ni el dolor, y no podía hablar de la juventud pasada, porque los días de incursiones y robos despreocupados, de travesuras y prácticas poco serias con la espada pertenecían a otra época.

Una vez habían existido dos hermanos que crecían bajo un rey poderoso, con amigos y ganado, con amores y odios, pero no eran reales, pertenecían a una de las canciones de Caelte, formaban parte de un viejo y dulce sueño.

Nadie lloró cuando las llamas prendieron y comenzaron a ser alimentadas. Todos, los jefes, sus mujeres, y los hoscos campesinos trinobantes, oyeron en el rugido del fuego las palabras violentas y desalmadas de sus propias muertes venideras y permanecieron de pie, callados y quietos, como si vieran consumirse sus propios cuerpos.

Las puertas fueron bloqueadas, el ganado internado en los bosques y los campesinos se instalaron de mala gana en los hogares de hombres muertos. La campiña y el río estaban desiertos. Pero los romanos no venían. Un día, Gladys tomó un bote y desapareció, sola, sin dejar aviso. Llyn entraba y salía del Gran Salón, subía y bajaba los senderos, malhumorado y arrastrando los pies en la tierra seca; las niñitas jugaban con las conchas de Gladys mientras Tallia se sentaba a la sombra. Eurgain y Caradoc recorrían los muros día tras día..., el cabello rubio y el oscuro mezclados con los vientos calientes..., ahogados con palabras que no podían pronunciar. Cinnamo se acuclillaba en el refugio del santuario de Camulos, lustraba su espada ya fulgurante y murmuraba conjuros una y otra vez dirigidos al dios. Caelte, con su rostro amable, gracioso y sereno, se sentaba fuera de su choza y rasgueaba su arpa, inventando nuevas canciones mientras el sol se adormecía con su música y contemplaba los dedos largos y elásticos moverse bajo su luz.

Gladys regresó unos días después, acompañada de un explorador, uno de los pocos que quedaban para vigilar a las legiones. Caradoc y Eurgain, que estaban encima del valle, los vieron llegar y se apresuraron a bajar para recibirlos mientras pasaban a través de la rendija que habían dejado en uno de los muros.

—Están esperando al emperador, al mismo Claudio —informó el explorador sin preámbulos—. Están acampados en los bosques a menos de ocho kilómetros de distancia y Plautio está furioso por el retraso pero no se atreve a moverse hasta que llegue el destacamento de Roma. Mientras tanto, ha enviado a Vespasiano y a la Segunda contra los durotriges.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Caradoc.

El hombre se encogió de hombros.

—¿Cómo podría saberlo, señor? Han pasado dos semanas desde que se envió el mensaje. Quizás otras dos.

—¿Y entonces?

El explorador los estudió con curiosidad. Había algo tan fatalista, tan inmutable en sus rostros que a duras penas los reconocía. Caradoc apoyaba

una mano en el hombro de su esposa, pero con ligereza, casi confiadamente, y ella miraba con ojos claros y tranquilos. El hombre experimentó un extraño respeto, como si ambos fueran dioses que se hallaran por encima de todo temor e incertidumbre, y se movió con torpeza, consciente de su propia mortalidad.

—Entonces, el emperador mismo guiará las tropas a una victoria fácil y segura, y las águilas de las legiones rodearán el Gran Salón.

Cuando el explorador hubo terminado, Caradoc y Eurgain se quedaron quietos, todavía impasibles. Gladys los dejó y se alejó a su choza espartana. Por fin, Caradoc sonrió, una sonrisa cálida y extraña que iluminó su rostro compasivamente.

—Ve al Salón y come. No tenemos mucho que ofrecer, pero al menos debe de haber carne. Luego duerme y regresa al bosque. Si eres inteligente, no volverás. —El hombre asintió lacónicamente y se marchó, subiendo el escarpado sendero con pies fatigados. Caradoc se volvió hacia su esposa—. La noticia no me alarma —dijo—. De hecho, Eurgain, no siento nada. En dos semanas estaremos muertos y Camalodúnum en llamas; no obstante, te miro y mi corazón ríe. ¿Por qué?

Ella se volvió, le tomó la delgada barbilla entre las manos, lo besó en la boca con labios fríos y después se puso de puntillas para tocarle los ojos.

—Porque no queda nada por enfrentar, nada desconocido —respondió con suavidad—. Sólo quedamos tú y yo, el sol y la muerte.

Permanecieron de pie largo rato con los ojos cerrados, abrazados el uno al otro bajo la sombra profunda del muro de tierra. Sobre ellos, los vencejos volaban con rapidez y gritaban alborozados en el cielo azul libre.

OceanofPDF.com

CAPITULO 12

El tiempo transcurría despacio. Claudio y su séquito se hallaban mareados en un océano tempestuoso, mientras los catuvelaunos esperaban casi con apatía y sin nada que hacer. No había peleas ni disputas triviales, porque ni siquiera había algo por lo que pelear, y los hombres y mujeres se retraían a sus últimos sueños, sentados al sol o caminando lentamente, envueltos en una paz soporífera.

Sólo Gladys estaba inquieta. Montaba su caballo y cabalgaba agitadamente dando vueltas y vueltas junto al foso como un ciervo recién atrapado o un joven jabalí acorralado. De pronto sentía que su vida había sido inútil y sin mérito, un viaje jamás comenzado. Con fiereza y amargura se negaba a morir, pero había vivido por el honor y sabía que sólo la muerte haría que los años pasados cobraran su valor.

A principios del verano, en un amanecer de silencio y aire fresco y quieto, los catuvelaunos despertaron y hallaron la aldea rodeada por una masa densa de cascos y de escudos tachonados. No se asustaron; se ciñeron las espadas con calma, tomaron sus lanzas, se despidieron en voz baja y ocuparon sus puestos designados, respirando profundamente en la mañana dulce.

Caradoc entregó un cuchillo a Tallia y la envió con los niños al Gran Salón.

—Cuando oigas las pisadas romanas en el sendero —la instruyó—, mata a los niños. Sabrás que estoy muerto y Eurgain conmigo. Adiós, Tallia. —Llyn corrió hacia él, le abrazó y comenzó a gritar con incoherencia mientras le pegaba con los puños cerrados como piedrecitas. Caradoc lo cogió con firmeza de las muñecas y lo forzó a alejarse.

—¡Llyn! —exclamó con voz severa, aunque deseaba tomar a su hijo en los brazos y llorar con él—. ¿Cómo muere un jefe catuvelauno?

El niño alzó el rostro sonrojado y húmedo por las lágrimas.

—Muere..., muere como un guerrero, sin temor.

—Así es. —Caradoc no podría soportarlo un instante más. Apartó con rudeza los dedos suplicantes y apretados de su hijo y se volvió hacia las niñas que le observaban de pie en silencio. Se arrodilló y las besó. Entonces oyó el toque de la trompeta, seguido del grito de Cinnamo desde el exterior.

—¡Señor! ¡Venid!

No se atrevió a dirigir otra mirada al pequeño grupo y, perplejo, desenvainó su espada y corrió afuera.

Cinnamo, Caelte y Eurgain se le unieron a su paso. Ya se elevaba un clamor desde los muros, y pudo oir órdenes precisas y tajantes impartidas a medida que las legiones se adelantaban para colocar tablas anchas sobre el foso. A mitad de camino de las puertas bloqueadas, Gladys se les sumó, con los brazos desnudos excepto por sus brazaletes de plata, el cabello recogido con descuido sobre la cabeza, y los ojos todavía hinchados por el sueño. Juntos llegaron a lo alto del muro y miraron por encima de él.

El valle bullía de soldados; sin embargo, Caradoc vio un pequeño grupo de hombres bien atrás, de pie en una loma, observando. Señaló en esa dirección.

—¡Ése ha de ser el emperador, maldito sea! ¿Dónde está Plautio? ¿Y qué es esto? —Las filas de tropa se separaron justo debajo de él y algo fue empujado sobre ruedas hacia delante.

—La ballesta, señor —respondió Cinnamo con frialdad—. Debilitarán los muros y los soldados harán un orificio. Así conseguirán entrar como el torrente a través de un dique roto. —Incluso mientras hablaba, un retumbar apagado resonaba en el aire y el suelo vibraba bajo sus pies.

—No podemos pelear, todavía no —dijo Gladys con tal frustración y rencor en su voz que Eurgain le clavó una mirada penetrante—. Debemos quedarnos sentados aquí como faisanes estúpidos en un árbol y esperar a que nos liquiden. —Contempló la hendidura producida en el muro, donde los jefes se apoyaban en sus lanzas, sus mujeres detrás, manchones de escarlata, azul y amarillo—. Como piedras, como ramas muertas e inútiles —añadió con desdén—. Deberíamos saltar el muro y morir deprisa.

—Paz —aconsejó Cinnamo—. Habláis igual que Vida. —Y, cosa increíble y maravillosa, rieron. La súbita ola de alegría llegó a los soldados de abajo, que hicieron una pausa para alzar la vista. En ese momento, Cinnamo se asomó con calma y arrojó su lanza. Uno de los hombres abajo cayó hacia atrás. Sus compañeros alzaron de nuevo sus escudos y reanudaron la tarea.

La ballesta se disparó con un silbido mientras las piedras de las hondas de los campesinos caían con estrépito.

—¿Dónde está Vida? —preguntó Eurgain.

Cinnamo se encogió de hombros.

—Todavía en la cama —gruñó—. Vendrá cuando esté lista.

Por un instante, Caradoc regresó con el pensamiento al Gran Salón. El fuego crepitaba con alborozo, las voces subían y bajaban, la carne se asaba

y olía deliciosamente; él, Tog y Adminio levantaban sus copas mientras Cunobelin se mecía con la música de Cathbad, y Aricia y Vida discutían y gritaban, las cabezas negras juntas, los ojos negros destellando y las manos alzándose, en el aire lleno de humo, como las cenizas hacia el techo. Eurgain le apoyó una mano en el brazo y Caradoc volvió en si.

—¿Qué piensas de usar el fuego, Caradoc? ¿Has olvidado...?

Caradoc se dio una palmada en la frente cubierta por el casco con un gesto de disgusto exasperado.

—¡Fuego! ¡Por supuesto! Caelte, corre y busca a Mocuxsoma y a los otros. Empezad a tirar abajo las perreras y las cuadras. Cin, busca a Fearachar y dile que nos traiga fuego. ¿Qué me pasa? Me siento como si hubiera estado en un sueño profundo. —Los jefes se apresuraron a cumplir las órdenes, y él, Gladys y Eurgain se sentaron contra la pared. Sentían la vibración de la ballesta trepidar en sus pies y las rocas y la tierra apisonada agrietarse y aflojarse.

Vida apareció y se les unió, bostezando, con el rostro pálido y parpadeando bajo la luz intensa del sol. Vestía una de las túnicas sencillas de Cinnamo, pero sus piernas estaban desnudas y sus pies descalzos. Sostenía su espada en una mano lánguida e indiferente y llevaba dos cuchillos en el cinto.

—¿Dónde está tu escudo, Vida? —inquirió Caradoc.

Bostezó de nuevo, después le sonrió y sus grandes dientes blancos resplandecieron en el sol.

—Un hombre libre de mi esposo me lo ganó anoche, señor..., en el juego. —Caradoc se enfadó. Comenzó a increparla, pero Fearachar y los otros jefes se aproximaron corriendo con los brazos cargados de madera y se puso de pie.

—Haced una fogata aquí —ordenó—. Apilad la madera. Conseguid cualquier cosa que arda. Si logramos contener a los soldados durante un rato será un logro. —Todos se apresuraron a arrojar ramas secas, paja, palos de las paredes de las chozas y tablas de las cuadras en la fogata de Fearachar.

Ésta pronto comenzó a arder, las llamas palidecían a la luz del sol.

La ballesta funcionaba sin cesar. Debajo de ellos, los soldados picaban la pared con obstinación, y los otros jefes, al adivinar el pensamiento de Caradoc, corrieron a tomar tizones de la fogata. Pronto, cientos de fuegos flameaban, un anillo de calor alrededor del borde de las defensas y las pilas

de madera crecían junto a ellos. Al fin Caradoc se sentía satisfecho. Con un grito, tomó un tizón ardiente, se inclinó sobre el borde y lo soltó. Un aullido se elevó desde abajo. Gladys golpeó el suelo con el pie.

—¡En la cara, por la Madre! ¡A ellos, Eurgain! —Y Eurgain y Vida empezaron a arrastrar leña de la fogata mientras Fearachar la alimentaba.

Durante todo ese día, los catuvelaunos mantuvieron a las legiones al otro lado de los muros, hasta que la madera se acabó en las perreras, las cuadras y todas las chozas del círculo de los hombres libres. Claudio, que había estado observando con avidez desde su pequeña colina, comenzó a sudar bajo el sol del mediodía, pidió un entoldado y se sentó a la sombra, secándose la frente. Plautio, finalmente, ordenó la intervención de los tormentos y los escorpiones. Los jefes catuvelaunos comenzaron a caer de los muros, atravesados por flechas cuando se aventuraban a lanzar sus pilas de fuego hacia abajo. Pero la lluvia de granizo anaranjado no cesó, aun cuando varias de las fogatas, muertos sus guardianes, se habían extinguido. Plautio ordenó otra carga, casi con pesar, maravillado por la tenacidad desesperada de ese pueblo rústico. Un grito profundo brotó de los catuvelaunos; flechas candentes volaban sobre ellos y se clavaban hondo en la paja reseca de las chozas que aún quedaban del círculo de los jefes. Las chozas estallaron en piras brillantes, rojas, contra el cielo del atardecer.

—¡Caradoc, los niños! —chilló Eurgain—. ¡El cuchillo es una cosa, pero no permitiré que se quemen vivos!

Caradoc hizo una pausa, se secó el sudor y el tizne de los ojos y levantó la vista. El Gran Salón estaba intacto, se erguía alto y orgulloso contra las nubes crecientes del atardecer, fuera del alcance de los escorpiones.

—Te necesito aquí, Eurgain —susurró—. El Salón seguirá en pie hasta que se derrumben las paredes. —Ella pensó un momento, asintió con aire sombrío y regresó a su tarea. Tenía las trenzas rubias grises por las cenizas, las manos hinchadas y quemadas y los brazos con cientos de rasguños.

La noche descendió y Plautio ordenó el toque de retreta, complacido con el progreso del día. Las paredes de la aldea estaban tan debilitadas que sus hombres podrían derribarlas con las manos; además, el enemigo había perdido muchos hombres bajo las flechas de los escorpiones. De pie junto al emperador soñoliento y gruñón, Plautio observaba la destrucción de Camalodúnum. Los tormentos habían hecho un buen trabajo. La aldea entera estaba en llamas, menos el edificio grande de la cima. Aún se

levantaba desafiante, bulto negro y ensombrecido por las llamas que se mofaba de él.

Pero al día siguiente, cuando los fuegos se hubieran consumido, las legiones podrían entrar para completar la matanza.

En cierto modo, de una manera extraña y retorcida, lamentaba que todo fuera a acabar tan rápido. Le habría gustado conocer a ese Caradoc, el jefe cuya determinación frente a la derrota había mantenido a sus hombres luchando como demonios. Le habría gustado compartir una copa de vino con él, haber conversado de manera afable sobre tácticas y despliegues durante una buena cena. Ya sentía el misterio de esta tierra. Le susurraba en su tienda por las noches y le provocaba cuando cabalgaba a través de sus bosques tupidos; una tierra llena de hechizos y magia mística y seductora.

Las fogatas de sus tropas surgieron a su alrededor como chispas caídas del infierno colosal que bramaba ante él. Pensó en el jefe alto que había vislumbrado de pie en la pared con el casco de bronce reluciendo bajo el sol.

Pero Claudio le habló con tono irritado y Plautio suspiró y se agachó para responder. Ya no estaba tan seguro de ser más afortunado que su colega Paulino.

Los jefes se tendieron sudorosos y exhaustos sobre el suelo del Gran Salón, mordiendo trozos de carne fría y bebiendo lo que quedaba de la cerveza mientras escuchaban el viento constante de las llamas que reducían su aldea a cenizas. Caradoc, sentado junto a Llyn y con las niñas en sus brazos cansados, experimentaba un dolor agudo al contemplarlos. Quedaban tan pocos. Tan pocos... Eurgain estaba sentada con las manos en un balde de agua fría y los ojos cerrados. Gladys estaba recostada contra la pared, con la cabeza hundida en el pecho y su espada desenfundada en las rodillas. Vida y Cinnamo, acostados juntos en las pieles, parecían dormir. Caelte, que había recuperado su arpa del rincón donde la había ocultado, cantaba en voz baja para sí, al parecer indiferente al furioso cardenal rojo de una quemadura que serpenteaba por su brazo.

Caradoc sabía que debía ordenar a todos que salieran a vigilar por si los romanos rompían las paredes al abrigo de la oscuridad, pero no tenía corazón para hacerlo. Que descansaran. ¿Qué sentido tenía pasar una noche sin dormir cuando allí, por un tiempo, podían olvidar su último día? Advirtió que nadie se había deslizado a las acogedoras sombras del rincón

de Cunobelin. El espíritu del anciano guerrero todavía se cernía allí y lo haría hasta que el Salón fuera destruido. A su pesar, Caradoc sonrió.

—¡Caelte! —llamó—. ¡Cántanos una canción!

Hubo un silencio azorado, pero el rostro amable de Caelte se iluminó a modo de respuesta.

—¿Qué os gustaría oír, señor? —preguntó.

«Nada de victorias —pensó Caradoc enseguida—, nada de incursiones ni conquistas. Esta noche no debe haber lágrimas.»

—Cántanos la canción que mi padre no le permitió cantar a Cathbad durante tantos años, si la recuerdas. Canta La canción de Togodumno Dedos Ligeros y las doce reses perdidas. Una ola de risas fuertes pero melancólicas resonó y Cinnamo se sentó. Caelte tocó un acorde suave y melodioso y comenzó a cantar. La música encendió poco a poco los ojos apagados de las gentes que llenaban el Salón.

Togodumno se escabulló en la noche profunda y oscura,
no llevó ningún jefe consigo.
No quería que ningún hombre lo espiara,
¡Togodumno era un ladrón!...

Caelte marcaba el ritmo con los pies y su lírica descarada arrancaba sonrisas entre sus oyentes, que comenzaron a mecerse y a canturrear en voz baja, olvidando la desolación que les rodeaba. Cuando el bardo hubo terminado, el público aplaudió calurosamente y Cinnamo gritó:

—¡Ah, Caelte, qué canción tan buena! ¡La mejor que jamás has compuesto! ¡Cántala otra vez!

Caelte accedió y todos cantaron fragmentos con él, los oídos aguzados seguían las palabras. Caradoc, con el corazón más alegre, miró hacia el rincón y creyó percibir dos espíritus observando desde allí; la pesada y empalagosa emanación de su padre y un Tog alegre e inquieto.

Mientras el Salón se acallaba, depositó con cuidado a sus hijas dormidas sobre las pieles junto a él. Fearachar trajo capas para taparlas; Llyn, acomodado por su madre, ya dormitaba. Caradoc se reclinó contra la pared y Eurgain se movió para sentarse a su lado. La rodeó con un brazo y ella le apoyó la cabeza en un hombro.

—¿Cómo están tus manos? —susurró él con amabilidad.

—Mejor —contestó—. Pero tengo muchas ampollas. Si quiero usar una espada mañana tendré que vendármelas bien.

—No es demasiado tarde para partir —aventuró él poco después—. Podría bajaros a ti y a los niños por la pared con una soga.

—Oh, cállate —murmuró Eurgain. Y por fin, Caradoc descansó su cabeza en la de ella y se quedó dormido.

OceanofPDF.com

CAPITULO 13

En algún momento de la noche, en mitad de una pesadilla, Caradoc sintió una mano en su brazo. Estaba de pie sobre un valle rocoso y la atmósfera agobiante y húmeda, cargada de terror, convertía sus huesos en madera mojada. A sus espaldas esperaba un grupo de jefes extraños y desconocidos. Un punto negro apareció en el cielo, creció rápidamente y se convirtió en el Cuervo de la Batalla que volaba hacia él con un susurrar de alas negras. Justo cuando su respiración se entrecortaba y el sudor empezaba a fluir por su rostro, sintió que uno de los jefes le tomaba del brazo. Lanzó un grito asustado, tanteó en busca de su espada y se levantó de un salto, descubriendo que se encontraba en el Gran Salón. A su lado, Eurgain se ponía de pie y Cinnamo se balanceaba agotado hacia él, manipulando con torpeza el cuchillo en su cinto. Una lámpara ardía, y a su alrededor, las sombras eran densas, negras y completamente inmóviles. Fuera, el rugido del fuego se había reducido a un chisporroteo irregular y la lluvia golpeaba en el techo mientras, de tanto en tanto, un trueno retumbaba.

Caradoc se despertó del todo. Una figura alta estaba de pie frente a él, encapuchada y cubierta por la capa. No se podía ver nada del rostro. Sólo había una oscuridad más intensa dentro del óvalo largo de la capucha. Caradoc, con la mente todavía llena de las imágenes vividas de su sueño, gritó y alzó dos dedos cruzados. En las profundidades invisibles del Salón, los jefes se agitaron, murmuraron y fueron tambaleándose hacia él; Gladys caminó bajo la lámpara con la espada ya levantada. Cuando los catuvelaunos se aproximaron escudriñando la oscuridad, la figura inclinó la cabeza, alzó una mano y se echó la capucha hacia atrás. El cabello negro se mantenía rígido en una gran cresta desde la frente, muy por encima de los ojos negros y penetrantes, y una barba negra que rodeaba la boca oculta caía en rizos desordenados sobre el pecho amplio. La mano se dirigió a la barba y la separó, revelando momentáneamente una torques sencilla de bronce. Y entonces, los dedos gruesos se extendieron a manera de saludo y Caradoc se adelantó para tomar la muñeca. Gladys seguía sosteniendo la espada por encima del hombro y la mano de Cinnamo permanecía en el mango de su cuchillo.

—¿No hay palabras de bienvenida a vuestro Salón, Caradoc, hijo de Cunobelin? ¿No se me ofrece un descanso seguro?

Caradoc retiró su mano.

—Ya no hay seguridad entre mis paredes, hombre libre, y sólo puedo ofrecerte carne de res vieja y fría y las heces de los barriles. No pronuncio palabras de hospitalidad hasta saber si estoy frente a un amigo o a un enemigo.

El hombre estudió a los jefes que escuchaban.

—En un tiempo, la orgullosa tribu catuvelauna y sus amigos romanos me habrían considerado a mí y a los míos como enemigos —señaló—. Pero parece que ciertos amigos han caído en desgracia y las tribus de las tierras bajas se enfrentan unas con otras para arrebatarse el botín. ¿Qué seré para vos, rey sin un pueblo? ¿Amigo o enemigo?

—No entraré en tu juego, extraño —replicó Caradoc—. Ya no hay tiempo ni lugar para tales divertimentos. Si quieres comida y bebida, eso te ofreceré, si hay. De lo contrario, expón tu asunto. ¿De dónde eres? ¿Cómo has podido burlar la vigilancia romana?

Esa pregunta brotaba de las mentes de todos. Ese hombre podría ser un emisario romano. Gladys y Cinnamo no se movieron y Eurgain se deslizó en silencio y con discreción para situarse junto a sus hijos. El hombre rió.

—¡Arrastrándome! Los romanos han trabajado mucho más que vosotros, cavando en los finos muros durante horas, sin cesar, y la noche es oscura. Los ojos de los centinelas están pesados. Ahora, mi asunto. —Se quitó la capa con lentitud, de modo que todos pudieron ver las manchas de hierba en su túnica marrón, se aflojó el cinto y se dejó caer sobre las pieles con un quejido. Los demás le imitaron, excepto Gladys, Cinnamo y Eurgain — He venido para llevaros a todos conmigo, los que deseéis hacerlo, por supuesto. Mis hombres os esperan en los bosques, con caballos. —Un silencio desconfiado y pasmado acogió sus palabras y un destello de comprensión atravesó la mente de Caradoc y desapareció.

—¿De dónde eres? —repitió. Indicó a Cin y a Gladys que guardaran sus armas.

El hombre rió con impaciencia.

—Sabéis de dónde provengo —contestó—. Estamos perdiendo el tiempo. Soy un hombre del oeste. Los siluros son mi tribu. Tengo órdenes de llevaros a mi tierra, Caradoc, a vos, a vuestra familia y a vuestros jefes.

—¿Por qué?

—Porque si no lo hago, todos moriréis mañana. Lo sabéis. No hay esperanza alguna de un aplazamiento. Hasta vuestro pueblo pelea contra vos y con vuestra muerte acabará la última resistencia de las tierras bajas.

Siempre habéis sido blandos, vosotros los amantes del río —prosiguió con sorna—. ¡Qué sabios fuimos en no confiar en vosotros! ¡Miraos! Los atrebates se rindieron, los dobunnos se rindieron. ¡Y los icenos, los brigantes, los coritanos y los cornovios están dispuestos a pedir la paz sin alzar una espada! Y los durotriges han sido derrotados.

El espanto hormigueaba en los dedos de Caradoc. De modo que Vespasiano había regresado victorioso, así como así. ¡Madre! ¡No era posible! ¡Los durotriges eran los mejores guerreros, la tribu más salvaje y tenaz de todas!

Excepto... Contempló al siluro y comprendió la respuesta a su propia pregunta. Exceptuando a los hombres del Oeste.

—Cavasteis vuestra propia tumba con vuestra rapacidad, Caradoc, hijo de Cunobelin, vos y vuestro loco hermano, y las tribus se han vuelto contra vosotros. Los romanos os arrojarán a la tierra mañana y los campesinos trinobantes capturados, vuestros esclavos, echarán la tierra sobre vuestro cadáver. Mi señor ha sido aconsejado para que os rescate, aunque eso iba en contra de mis deseos. Hablé en el Consejo, pero el druida habló también y mi voz fue desoída. —Sonrió con malicia—. Parece que se os necesita en el oeste. Quizá como una ofrenda a Taran o a Bel.

Los jefes comenzaron a mascullar entre ellos, pero Caradoc notó sus miradas furtivas de soslayo y su corazón se encogió. Allí, al borde de la eternidad, de cara a la aniquilación, llegaba un regalo de la diosa, una posibilidad de seguir viviendo y, de repente, sus juramentos de honor parecían un intercambio miserable por la esperanza de un aliento más. Miró a Eurgain cuando se volvió para dirigirse al siluro, pero al ver la nueva esperanza encendida en los ojos de su esposa, mantuvo la vista en ella y habló en voz alta.

—He jurado defender mi derecho de nacimiento hasta el final y mis jefes también lo hicieron. No iré al oeste como un esclavo o un paria, llevando conmigo una carga de vergüenza mientras los romanos tiran abajo el santuario y clavan sus águilas en suelo sagrado.

El hombre resopló con rudeza.

—¡Tonterías! Harán esas cosas de todas maneras en cuanto vuestro cuerpo sea arrojado a la pila de estiércol con el resto. Además, juro por mi honor, so pena de perder mi precio de honor, que no se os necesita para acarrear leña y extraer agua. El druida tiene una finalidad para vos.

«¡Por supuesto! —pensó Caradoc con desesperación—. Madre, lo sé, ¿pero cómo lo sé? Hay algo que recordar, que debo recordar.» Pero el recuerdo no acudió a su memoria. Meneó la cabeza.

—Ésta es mi aldea. No me iré.

Los jefes presionaron hacia delante profiriendo gritos airados, todos excepto el séquito de Caradoc.

—¡Llamad a Consejo, señor! ¡Debemos decidir!

Y el siluro se acomodó con una sonrisa.

Caradoc se quedó callado, pero luego Eurgain dio un paso adelante. Su cara estaba enrojecida y su boca era una línea firme y rebelde.

—Es tiempo de Consejo —declaró—. Todos los esclavos, retiraos. Los hombres libres, acercaos. —Caradoc se puso de pie deprisa, pero era demasiado tarde. Eurgain le miró a los ojos con un fulgor desafiante, se sentó y tomó la mano de Llyn. Y él supo que había perdido. Una ira salvaje lo embargó y lo estremeció, pero sólo atinó a quedarse de pie a medida que los jefes se incorporaban uno a uno y votaban por irse. No importaba adónde.

Muchos de ellos ya habían decidido escapar con el siluro y después abandonarlo para dirigirse al norte o al sudoeste, a la costa, correr a cualquier lado pero libres, libres. Sólo Gladys no habló, pero observaba todo con una mueca torcida de supremo desprecio.

Ella ya había tomado una decisión. No quería morir, pero jamás había huido de nada ni de nadie y no iba a empezar en ese momento. No tenía nadie a quien amar, ningún lazo que la uniera, nadie para llorar su muerte ni ensalzarla en una canción. Todo lo que tenía era su honor y su voluntad terca, y sabía que si escapaba dejaría esas cosas atrás y se convertiría en nada.

Su pulgar halló el borde de la hoja y se deslizó de arriba abajo sintiendo el filo frío.

Finalmente, se hizo silencio.

—¿Y qué dices tú, Cin, y tú, Caelte? —preguntó Caradoc. Hacía un esfuerzo por contener su irritación—. ¿Fearachar? ¿Vocorio? ¿Mocuxsoma? También tenéis derecho a hablar.

Fearachar se puso de pie con trabajo. Sus carrillos caídos temblaban y sus ojos reflejaban miedo, tristeza y dolor.

—Me quedaré con vos, señor —gruñó—. Siempre supe que mi fin sería violento, pero no importa. ¿Qué es la desdicha final para una vida

desdichada?

Se sentó y Cinnamo se incorporó. Sus ojos se posaron en su esposa, de pie contra la pared con una mueca de desdén y las manos en las caderas curvas.

—Me quedo —sentencio.

Caelte dejó caer su mano con violencia sobre las cuerdas de su arpa y un tañido sonoro y discordante llenó la sala.

—Yo también —declaró, y luego Vocorio y Mocuxsoma asintieron.

Caradoc dio un paso y contempló al resto.

—No puedo oponerme al Consejo —dijo con amargura—. Sois libres para marcharos como siempre fuisteis libres a mi servicio.

Pero el siluro se estaba poniendo de pie y agitaba sus manos gruesas.

—No —exclamó con firmeza—. Si el señor y sus hombres no se van, entonces mis órdenes son de dejaros a todos. —Un alboroto de gritos rabiosos y puños agitados recibieron sus palabras y varios de los jefes se volvieron hacia Caradoc, que desenvainó su espada y retrocedió contra la pared.

—¡Idiotas! —gritó—. Si queríais iros, ¿por qué no os deslizasteis por encima de la pared? —Blandió su espada y los hombres retrocedieron.

—Eso era antes del Consejo —comentó alguien en voz baja—. ¿Acaso no somos hombres de honor?

Caradoc tuvo ganas de escupirle en la cara. ¡Honor! ¡Por la Madre! Eurgain se acercó y le apoyó las manos en los hombros. Su mirada era tensa y su boca temblaba.

—Esposo mío —comenzó sin alzar la voz—. Todos estábamos preparados para morir contigo, pero Dagda ha enviado la posibilidad de escapar. Piénsalo bien. Es bueno morir por honor, ¿pero no es mejor huir y luego regresar para pelear de nuevo? Sé por qué este hombre está aquí. Los siluros te necesitan. Conoces a los romanos como ninguno de ellos. Puedes ganarte la confianza de sus jefes. Los hombres te siguen. Oh, Caradoc, por favor, por favor, escúchame. No tengo miedo de morir. Ninguno de nosotros lo tiene. Pero morir sin razón, desechar nuestras vidas por orgullo y terquedad, no es nuestro modo de obrar. Si te quedas, entonces los niños y yo nos quedaremos y moriremos, ¿pero acaso no querrías ver el sol ponerse sobre las montañas de un país libre y saber que vives para volver a luchar? —Las lágrimas brillaban en sus largas pestañas rubias, y bajó las manos y las entrelazó con fuerza.

Caradoc la miró un largo rato. Todo su entrenamiento, toda su educación le impulsaban a desenfundar la espada y atacar. Antes de esto, antes de la traición de su propio pueblo en el campo de batalla, antes de la muerte de su hermano, el honor había significado el sacrificio de todo lo demás, pero sus hombres habían olvidado su honor y, de pronto, supo que no podía culparlos. Todo había desaparecido. Sólo el orgullo permanecía, y para una tribu dispersa y agonizante, el orgullo era demasiado caro. Supo lo que Tog habría hecho. Tog habría matado al jefe extranjero y tal vez a algunos de sus propios hombres y luego se quedaría a aguardar la muerte con alegría. Pero Tog estaba loco.

«¿Y tú, padre mio? —se preguntó en silencio—. ¿Qué habrías hecho?» Y de nuevo lo supo. Cunobelin siempre había transitado el camino de la moderación, y por eso los catuvelaunos se habían convertido en la tribu más importante de las tierras bajas. Caradoc suspiró para sí. Cunobelin huiría y viviría para aniquilar otra vez a sus enemigos. Pero Caradoc, al ver su propia lucha reflejada en los ojos azules empañados y llenos de dolor de su esposa, al sentir su constante afinidad, supo que, hiciera lo que hiciera, la culpa lo atormentaría. ¿Honor o vida? ¿Morir como un guerrero o marcharse a hurtadillas y dejar que los campesinos fueran exterminados?

—¡Rápido! —lo apremió el siluro—. La luna se está poniendo y pronto os quedaréis sin alternativa.

Con renuencia, Caradoc enfundó su espada, recogió su capa y miró con menosprecio los rostros ansiosos y vigilantes a su alrededor.

—Iré —dijo.

Los hombres cobraron vida, se pusieron las capas y las capuchas, guardaron sus pocos tesoros en las túnicas y Eurgain fue a despertar a las niñas con suavidad. Fearachar habló a Llyn y lo tomó de la mano y Caelte envolvió su arpa con aire pensativo. Luego todos se encaminaron hacia el orificio negro de la puerta.

Sólo Gladys permaneció donde estaba, apoyada contra la pared, con la punta de su espada en el suelo y la cabeza inclinada.

Caradoc corrió hacia ella.

—Gladys, envaina tu espada. ¡Date prisa!

—No iré —replicó y levantó la cabeza con desgana.

Caradoc quiso abofetearla, sacudirla, sacar su cuchillo, ponérselo en la garganta y empujarla fuera de la sala. El latigazo hiriente de su propia decisión cobarde le desangraba y el desdén manifiesto en los ojos de ella

acicateaba su ira culpable. Su cabeza había dicho «ve», pero su corazón todavía latía con la necesidad de quedarse.

—¡Debes hacerlo! —le gritó—. ¡No quedará nadie! ¡Podemos seguir luchando, Gladys! —La tomó del brazo para separarla de la pared, pero ella soltó la espada y le apartó la mano con un golpe.

—Alguien debe estar aquí cuando despierten los campesinos —siseó—. Alguien debe guiarlos, alguien debe presentar al menos una resistencia simbólica. ¡Nunca antes los catuvelaunos abandonaron un fuerte sin defensa!

—Gladys —contestó él con presteza mientras los jefes se movían inquietos en el otro extremo de la estancia—. Nuestro propio padre nos diría que huyéramos llegada la oportunidad, puesto que nunca antes nos hemos enfrentado al poderío de Roma. Los atacamos en las orillas del Medway. Los contuvimos durante casi dos días. ¿Qué otro podría haber hecho eso? No nos deshonramos entonces y no nos deshonramos ahora. Escapamos para preservar nuestra herencia.

—¿Qué herencia? —se mofó sin disimulo. Las lágrimas caían por sus mejillas pálidas—. Durante cien años, ningún jefe catuvelauno ha sido vencido por Roma ni por nadie, hasta hoy. Y ahora nuestra herencia se ha reducido a un puñado de cobardes.

Caradoc la estudió durante un momento.

—Tú no eres así —manifestó por fin—. Tú más que nadie has conservado siempre una mente racional. Sabes lo que habría hecho Cunobelin y lo que le habrías aconsejado tú que hiciera, así que ¿por qué esta súbita ceguera?

Gladys hundió los hombros y alargó las manos.

—Mis dedos están empapados en sangre, Caradoc. No puedo lavarla. No es sangre romana, ya que la sangre romana es poco densa y fría. Ésta es la sangre de los hombres de mi clan, de mis amigos, caliente y fuerte, y las manchas no se limpiarán. —Se volvió hacia él, zarcillos de cabello oscuro se rizaban en su frente ancha y húmeda, y sus ojos estaban llenos de un sufrimiento que él podía ver pero jamás sentir—. ¿Sabes a quién maté, Caradoc? —preguntó riendo. El sonido brotó jadeante y brusco, estrangulado—. ¿Lo sabes? Maté a Sholto cuando se movió junto a un soldado romano, antes de que partiera en dos a Togodumno. ¿Qué locura se apoderó de esos traidores? Tú y yo, todos, fuimos obligados a deshonrarnos al matar a miembros de nuestra propia tribu. Sueño que esa sangre me rodea

y no puedo librarme de la imagen de los ojos de Sholto al caer bajo mi espada. Debo quedarme. De alguna manera tengo que recuperar mi honor.

Embargado de pena, Caradoc la abrazó.

—Gladys, Gladys, ¿quieres morir? —susurro—. Todos somos culpables de esta sangre. Ninguno jamás estará limpio, pero quizá las vidas romanas que todavía podamos quitar ayuden a limpiar esa mancha.

Ella descansó contra él. Su cuerpo delgado y firme estaba tenso y, de súbito, se apartó con brusquedad y se inclinó para levantar su espada.

—¿Cómo se limpia un alma, hermano mio? —inquirió—. Sí, estoy preparada para morir.

Caradoc se dio cuenta de que no podría disuadiría. Los demás lo llamaban con voces agudas de pánico, y besó a Gladys en la frente.

—Adiós, hermana mía —murmuro.

—Ve en paz —musitó ella en respuesta. Se volvió a propósito y él corrió a la puerta con lágrimas que manaban lenta y dolorosamente.

El siluro hizo un gesto al grupo en cuanto Caradoc se les unió.

—Seguidme —indicó lacónicamente—. Manteneos agachados y no habléis. —Desapareció en la oscuridad y los demás avanzaron con cautela detrás de él, moviéndose en silencio a través de la tibia cortina de lluvia y de la frescura tempestuosa del viento nocturno. El hombre los guió por el sendero que bajaba a las puertas infranqueables, agazapándose con velocidad, fundiéndose como sólo él podía con la húmeda oscuridad. Los catuvelaunos se apresuraban a sus espaldas, escurriéndose inadvertidos entre las pilas de cenizas tibias y humeantes que otrora habían sido sus hogares.

Caradoc, con una criatura en los brazos, continuó llorando, pero empezó a animarse cuando se dio cuenta del fin de aquellas semanas vividas con la certeza de la muerte. Era bueno estar haciendo algo, estar yendo a algún lado, poder mirar hacia delante sin sobresalto. No lloraría por Gladys ni por su destino. Cada hombre o mujer libre tenía derecho a escoger la muerte y, si esa muerte era honorable, las lágrimas eran innecesarias. El llanto se agotaba con los recuerdos, no con el remordimiento. Cada miembro independiente de la tribu dictaba su propia suerte, y eso era lo correcto.

El siluro se desvió de improviso, se tiró boca abajo y comenzó a reptar por el suelo. Eurgain le siguió con Cinnamo y la pequeña Eurgain en los brazos. Caradoc, a gatas en el barro y con la espalda empapada por la lluvia,

alzó la vista. La pared se vislumbraba delante y más abajo. Acomodó el peso de su hija y ella murmuró:

—Bájame, padre. Puedo gatear.

Caradoc asintió, hizo un ademán y la niña desapareció delante de él.

No había señales de los campesinos. Debían de estar apiñados en las pocas chozas que aún se mantenían en pie detrás del Gran Salón, probablemente dormidos. Una punzada de culpa le acometió, pero la repelió enseguida. No eran nada, sólo campesinos, apenas mejores que ganado o esclavos. «Pero a diferencia de los esclavos, son hombres», replicó su mente. Gruñó y continuó avanzando.

Por fin, el hombre se detuvo. Estaban justo a los pies de la pared, en una cavidad seca adonde la lluvia no podía llegar. El siluro agitó una mano en silencio, señaló una roca y la rodeó con sus brazos gruesos. Dos jefes se acercaron gateando para ayudar y con una facilidad increíble, la roca se movió, se desprendió y la retiraron lentamente hacia fuera. El hombre desapareció un instante en el agujero, regresó serpenteando y les indicó que le siguieran. Los hombres lo hicieron apretadamente. Caradoc, que se abrió paso detrás de la pequeña Gladys, de pronto se halló fuera de Camalodúnum, en un lugar donde la pared giraba y formaba un rincón protegido y oculto. El valle estaba encapotado y quieto. Las fogatas romanas estaban apagadas desde hacía un buen rato, pero en el esfuerzo por captar lo que su vista no podía, Caradoc creyó oir las voces bajas de centinelas a su izquierda. En ese momento, la meta era el foso. ¿Debían nadar? El último jefe salió del orificio y el siluro les hizo una seña y se lanzó de nuevo bajo la llovizna, corriendo agachado por la orilla cubierta de hierba junto al foso. Con apenas un escarceo, se deslizó dentro del agua negra y grasienta y empezó a nadar. Eurgain lo siguió y su túnica se hinchó en la superficie como una vela gris. Caradoc levantó a la pequeña Gladys y la acomodó sobre sus hombros. Así quedaba expuesta a la vista de cualquier soldado que por casualidad dirigiera una mirada atenta en esa dirección, pero la niña seguía bajo la sombra de la pared y había que correr el riesgo. En pocos segundos, Caradoc estuvo en el agua. Gladys se deslizó a su espalda y se aferró a él asustada, mientras su padre atravesaba el foso penosamente; el frío del agua estremecía sus huesos a pesar de que era pleno verano. El siluro ya había trepado a la orilla opuesta y se alejaba encorvado, seguido por la línea silenciosa y casi invisible de hombres y mujeres. Caradoc depositó a Gladys en la orilla y salió del agua. Cinnamo

esperaba frente a él. De repente, Caradoc tuvo una idea. Se volvió hacia los jefes que venían detrás.

—Vocorio, ven, ocúpate de Gladys. Cin, entrega a Eurgain a Mocuxsoma —susurró. Los jefes tomaron a las pequeñas sin una palabra y siguieron su camino. Caradoc se acercó a Cinnamo y le habló al oído—. Adminio —dijo—. ¿Dónde supones que está?

Cinnamo se encogió de hombros.

—Hay miles de tiendas ahí fuera —masculló—. Podría estar en cualquiera.

—Pero Plautio querrá tenerlo cerca, ¿no? ¡Cómo me gustaría encontrarlo!

Cinnamo refiexionó unos segundos, luego meneó la cabeza.

—Es un riesgo demasiado grande, señor. Podríamos hallarlo, pero llevaría demasiado tiempo. Es probable que esté bien vigilado. No, debemos abandonarlo a los demonios.

Caradoc tuvo que desistir, aunque el mero pensamiento le había provocado un estallido de placer. Más que nada en el mundo, deseaba ver el pecho de su hermano bajo su cuchillo. Cinnamo y él siguieron la marcha. Media hora después, habían atravesado sin problemas las lineas ordenadas y precisas de las tiendas enemigas. El siluro había sabido escoger un buen momento para arriesgarse. Era la hora en que el tiempo parecía transcurrir más despacio, en que los hombres dormían más profundamente y en que los ánimos y las cabezas de los centinelas estaban en su punto más bajo por la necesidad de descansar. En dos horas, el amanecer llegaría y pondría punto final al desordenado y disperso imperio catuvelauno. Claudio roncaba boca arriba en su espaciosa tienda de seda. Plautio dormitaba inquieto; la ansiedad aún acosaba sus sueños ligeros como una nube de mosquitos. Por fin, los jefes catuvelaunos ganaron el abrigo de los bosques oscuros y se enderezaron con alivio. El siluro no se detuvo. Se lanzó bajo las ramas susurrantes, moviéndose agachado, a media carrera, medio a galope como un animal, y los demás le siguieron. Caradoc sabia dónde estaban. Él, Tog y Adminio habían cabalgado muchas veces ese sendero, camino hacia el norte para hacer incursiones, y los recuerdos se curvaban alrededor de los troncos de los árboles y se amontonaban en la hierba bajo sus pies ligeros. Pero el hombre abandonó el sendero un kilómetro y medio después y se internó directamente en los matorrales donde las ramas oscuras colgaban pesadamente con gotas de humedad. Caradoc sabía que más adelante había

otra senda que los habría llevado dentro de territorio dobunno, pero era obvio que ese hombre del oeste quería viajar por la frontera entre los atrebates y los durotriges. Al mirar hacia delante, vio que Llyn desfallecía; caminaba con una mano apretada contra un costado y sus pies tambaleaban junto a los de Fearachar. En ese preciso momento, un grupo de hombres montados les dio el alto. Se detuvieron jadeantes y el siluro se adelantó. Caradoc contó cinco jinetes, tal vez seis, pero no podía estar seguro en la oscuridad. El siluro habló a los hombres enseguida, después se volvió y llamó con señas a Caradoc. De manera inconsciente y por una cuestión de hábito, Caradoc desenvainó su espada y avanzó. Cinnamo y Caelte le flanquearon, y juntos avanzaron en silencio adonde las bestias negras escarbaban el suelo amortiguando el ruido de sus arneses. Un hombre alto desmontó y se dirigió hacia ellos para saludarlos; sus pasos eran largos y seguros. Iba encapuchado y la plata relució en sus muñecas cuando alargó una mano.

—Te saludo, Caradoc, hijo de Cunobelin —dijo con voz suave—. De modo que nos encontramos de nuevo. Te dije que llegaría el día en que necesitarías mi ayuda. —Caradoc tomó la muñeca delgada y un estremecimiento recorrió su cuerpo. En lo alto, la luna tenue asomó un instante y miró de reojo entre los árboles el rostro pálido de un hombre ahogado. El extraño alzó una mano en un gesto extraño, entre un saludo y una orden—. Recuerda —le dijo con suavidad. Luego se quitó la capucha y Caradoc se encontró mirando un rostro delgado y barbudo dominado por dos ojos brillantes que lo estudiaban con firmeza. —Soy Bran —declaró. De repente, Caradoc se halló de regreso en su habitación en Camalodúnum; era tarde, una noche oscura. Un druida estaba sentado frente al fuego y las llamas arrojaban sombras grotescas en las paredes. El temor que había experimentado entonces regresó, una ola de ansiedad sin fundamento, pero estaba acallado, debilitado por los años de desilusión y peligros, e incluso, cuando Bran sonrió, ese miedo desapareció. Los dos hombres se quedaron mirándose rodeados por el bosque, que se mantenía silencioso, y por los siluros y catuvelaunos, que se confundían en su quietud con los oscuros troncos de los árboles, a la espera.

Bran no había cambiado, pensó Caradoc. La barba era más tupida, tal vez, y más ondulada, las mejillas se hundían más bajo los huesos prominentes. Pero la voz seguía siendo vibrante, y sus ojos todavía lo atrapaban en sus pupilas negras y lo mantenían prisionero. Sin embargo,

Bran, cuando escrutó el rostro de Caradoc, se sintió abrumado por la lástima y la admiracion.

Había sufrimiento en aquellos ojos grandes y oscuros, y en la boca arrugada, pero estaba contenido con firmeza, y la dura e insensible obstinación que el druida había notado en el muchacho tantos años atrás estaba estampada con claridad para que todos la vieran. Los labios sensibles eran más finos y formaban una línea sombría, y sonreirían sólo con desgana. Dos grandes y profundas arrugas surcaban la frente alta y orgullosa. Durante un instante, Bran se preguntó si la amargura de Caradoc habría aniquilado la perspicacia floreciente que él había vislumbrado aquella noche, si la terquedad se habría convertido en odio temerario y suicida. Pero entonces Caradoc sonrió con lentitud, sus ojos se entrecerraron y el druida supo que su intuición no le había fallado.

—Sí, os recuerdo —respondió Caradoc con calma—. Recuerdo muy bien. Os sentasteis en mi silla y profetizasteis, druida, pero yo era joven, estúpido y estaba lleno de orgullo; y no quise escuchar. No os daré las gracias por arrebatarme de las espadas de Roma, puesto que me habéis ocasionado a mi y a los hombres de mi clan el dolor de la división y la agonía de la deshonra. Pero os preguntaré: ¿qué queréis de mí?

—Sabes lo que quiero, Caradoc. —Los anillos de bronce en su cabello resplandecieron cuando respondió—. Los siluros te habrían dejado morir. No les importáis ni tú ni Roma, ni nadie excepto ellos mismos. Pero hablé y escucharon. Quiero que te pongas en mis manos. Los romanos pueden ser derrotados, pero no hasta que las tribus entierren sus diferencias y marchen como un solo ejército. —Se adelantó—. Deseo que seas el arvirago, Caradoc.

Caradoc rió emitiendo un rugido áspero y ronco.

—Estáis loco. El último arvirago del pueblo fue Vercingetórix y, aunque condujo a doscientos mil guerreros, fue arrojado a los calabozos romanos y vivió en la oscuridad y entre la mugre durante seis largos años hasta que Julio César le hizo desfilar alrededor del foro y luego estrangular como a un animal enfermo. Las tribus galas lo recuerdan, pero ya no pelean.

—Sí, fracasó —admitió Bran—, y quizá nosotros también fracasemos. Y tú, Caradoc, tal vez termines tus días en las mazmorras de Roma y las abandones sólo para enfrentar la humillación y la muerte. Pero piensa bien, como yo he hecho a lo largo de los años. Hay una sola opción. Seguir luchando o rendirse.

—Entonces no hay opción. Abandoné a mis campesinos, Bran, a mi hermana y mi Salón, porque sólo así puedo vivir para volver a desenvainar mi espada. Pero lo hago sin esperanza. Vuestro sueño es tonto. Los hombres del oeste jamás se unirán.

El druida seguía escrutando a Caradoc en la oscuridad. La luna se había ocultado de nuevo y la lluvia comenzaba a caer.

—Caradoc —dijo por fin, rompiendo el silencio—. No soy un vidente, como ya te dije una vez. Sin embargo, te equivocas. Las tribus pueden unirse si el hombre adecuado las dirige, un hombre con el poder de la razón, un hombre que inspire lealtad. No sueño. Pienso.

«La fruta ha madurado en el árbol —pensó—, y ahora la hemos arrancado antes de que cayera al suelo.»

—¿Lo intentarás? —preguntó por fin.

La mirada de Caradoc se apartó de Bran y se fijó en el suelo cubierto de hojas a sus pies. Arvirago. No, era imposible. Pero mejor perseguir lo imposible que volver y morir en Camalodúnum o incluso que reunir a los pocos jefes que le quedaban y enfrentar solos a las legiones. Los siluros pensaban resistir a Roma hasta el amargo final, eso era evidente, ¿pero y los ordovicos, los démetas, los deceanglos, las demás tribus del oeste? Caradoc ya no era un niño, no temblaba al oir sus nombres, pero aún sentía cierto rechazo a entrar en sus fortalezas montañosas, ásperas y cubiertas de nieve. Seguirían peleando, pensó, con o sin él y sus jefes, dado que ningún comercio con Roma había reblandecido sus espadas. Levantó la vista. El druida no se había movido y los ojos negros todavía le observaban casi con indiferencia.

Caradoc sabía que había tomado una decisión, sabía lo que debía decir, pero de pronto, las palabras se le atascaron en la garganta. Sabia que un arvirago no era como otros hombres y que si accedía, se convertiría en algo irreconocible incluso para sí mismo. Se sentía solo, aprisionado por la oscuridad y la luvia fría que bajaba por su cuello y goteaba del extremo de su túnica, y percibía las criaturas y demonios detrás de cada árbol espiándole, con sus cascos puntiagudos, monstruosos, en la espesura. El peso de su decisión parecía desplegarse ante él con mayores consecuencias, con más caminos retorcidos e infinitos de los que podía comprender, y lo abrumaba. Tragó saliva y miró a Bran. La corriente de fuerza pareció fluir una vez más del hombre mayor y Caradoc cuadró los hombros.

—Lo haré —dijo con voz ronca, y creyó ver compasión o simpatía en aquel rostro delgado.

El druida asintió y se volvió con brusquedad a sus hombres.

—Bien. Jodoco, trae los caballos. Debemos avanzar deprisa si queremos poner muchos kilómetros entre nosotros y este lugar antes de que termine la batalla y los romanos salgan a buscaros. —Impartió más órdenes, después se volvió otra vez hacia Caradoc, que permanecía inmóvil—. ¿Cuántos jefes has traído contigo?

—Unos cien.

—¿Tu familia? ¿Tu hijo?

—Sí.

Las preguntas fueron precisas, prácticas; Bran le dejó y se encaminó adonde los caballos eran guiados desde algún lugar en la oscuridad detrás de los jefes siluros callados y adustos.

Caradoc se adelantó hacia sus hombres.

—Iremos con ellos —explicó—. Cin, lleva a la pequeña Gladys en tu caballo. No hay carros. Yo llevaré a Eurgain. Llyn, puedes cabalgar solo, pero recuerda que si te cansas y te caes, nadie te recogerá. ¿Prefieres ir con Fearachar?

Llyn tiritaba con la capa bien ceñida a su alrededor, pero contestó con arrogancia:

—Por supuesto que no, padre. No me cansaré, y no me caeré.

Caradoc asintió y caminó hasta donde se encontraba Eurgain. Tenía la capucha echada hacia atrás. El cabello rubio se adhería a su cara, los calzones empapados y fríos se le pegaban a las piernas largas y los ojos azules se posaron en él, ensombrecidos por la fatiga y la tensión. Caradoc la besó y le apartó el cabello de las mejillas.

—Quieren que sea arvirago —dijo—. Desean que una a las tribus, pero si sólo logro combatir al lado de los jefes siluros, ya me daré por contento. ¿Qué piensas?

—Si el druida no creyera que puedes hacerlo, jamás habría hablado en tu favor ni recorrido todo este camino —respondió—. Vale la pena intentarlo, amor mío.

—Sabes lo que eso significa.

—Sí, lo sé. —Descruzó los brazos y lo abrazó—. Alégrate, Caradoc. Todavía somos libres, aún estamos vivos. ¿Qué otros días de esperanza imprevista nos aguardan bajo la sombra de las montañas?

Su voz temblaba con algo, entusiasmo o temor, Caradoc no pudo distinguir qué.

—Pienso que, a pesar de todo, te hará feliz ver las montañas —se burló amablemente y ella retrocedió, escondió las manos en la capa y le sonrió.

—Siento una gran paz —repuso—. Aquí estamos, con frío, hambre, sin tribu ni aldea, mientras que a nuestro alrededor, el mundo ha enloquecido. ¡No obstante, al pensar que por fin veré la tierra de la que he oído hablar sólo por los relatos, mi corazón late como el día en que compartimos la copa del matrimonio! —Había otras verdades detrás de aquellas palabras. «Animate —se decía—. Ten coraje. Estaremos juntos aunque el mundo se acabe o prosiga tambaleante.»

Caradoc le devolvió la sonrisa; la línea pura y sombría de su boca se curvó un instante, luego dejó a Eurgain y montó el caballo que habían dispuesto para él. Cinnamo y Caelte se acomodaron para cabalgar a su lado.

Fearachar le entregó a la pequeña Eurgain y Caradoc la depositó delante de él. La niña apoyó su cabecita contra el pecho húmedo y entornó los ojos con fatiga.

—Tengo hambre, padre —murmuró, pero él no respondió. Sabía que dormiría muchas horas y que no romperían el ayuno hasta bien entrada la mañana. Al mirar hacia atrás, vio a Llyn recoger las riendas de su montura y a Fearachar acercar su caballo para controlarle el arnés. Entonces Bran se volvió, alzó una mano y comenzaron a andar. Caradoc acomodó el peso de su hija más cerca de su hombro.

«El oeste —pensó—. Hay magia en esas palabras, conjuros fatales y ríos oscuros de misterio. Ya he cambiado, ya lo siento. Adiós, Gladys, hermana mía. Que el vino del próximo mundo te depare el olvido y la paz. Adiós, Carnalodúnum, ruina torturada de mi juventud imprudente. Ah, Cunobelin, Togodumno... Togodumno...»

Miró hacia atrás. La noche ya estaba aclarando. El sendero a sus espaldas serpenteaba en torno al tronco de un roble grande y nudoso, y desaparecía. Los árboles se cerraban y formaban una pared verde y húmeda, envuelta en las primeras brumas de la mañana. «No puedes regresar —le susurraban—. El camino ya no está abierto. Esos días han terminado.» Caradoc se volvió de nuevo, espoleó su caballo y se esfumó como un fantasma gris en la sombra fugitiva de la noche.

OceanofPDF.com

CAPITULO 14

Gladys se hallaba sola en el Gran Salón, escuchando el tamborileo de la lluvia sobre el techo. Estaba acurrucada contra una pared, con las rodillas levantadas y los brazos rodeándole las piernas. Lloraba en silencio mientras un viento de verano caprichoso susurraba sobre ella a través de las aberturas en la densa oscuridad. Todavía ardía una lámpara alta y solitaria, pero los trechos lejanos del salón reverberante estaban envueltos en penumbra y Gladys sólo podía intuir las columnas altas y talladas a través del suelo desnudo, el hogar frío y los grandes escudos y lanzas cruzadas que aún colgaban donde habían colgado durante incontables años. Los ruidos suaves de una noche casi concluida sólo servían para que la quietud del salón desierto resultara más interminable. Ningún fuego volvería jamás a dar la bienvenida cálida y amistosa a jefes cansados que se congregarían a su alrededor, olisqueando la carne y parloteando sobre el éxito de alguna incursión. Ningún jefe de tribu volvería nunca a ponerse de pie con la luz resplandeciendo en su torques dorada y sus brazaletes y broches de bronce destellando al extender sus brazos para llamar a Consejo. El Salón era una concha, una copa vacía cuyas heces avinagradas se habían vertido y que no volvería a ser llenada. Gladys lo sentía quejarse, un gemido suave de reproche y resignación. Se hundía en sus sueños de días pasados, mientras los zarcillos invisibles de la nostalgia trepaban desde los rincones, mezclados con las hojas extrañas de los artesanos trinobantes muertos, y se curvaban en torno de ella con enredaderas de recuerdos y pesar apasionado.

—Madre —murmuró en el silencio triste—. Madre.

Y el susurro corrió alrededor de las paredes y regresó a ella, trayendo consigo voces muertas del pasado, rostros muertos, idos, todos idos. Evocó una boca abierta en un gran grito de júbilo, una sonrisa rápida y tímida, una cabeza ladeada y despectiva, y luego los ojos de Sholto, abiertos con espanto, llenándose de un dolor y un reproche estupefactos como un súbito torrente de agua al ceder un dique. Emitió un quejido y apoyó la frente en las rodillas.

«Sufro —pensó—. ¡Madre, cómo sufro! Ven, amanecer; ven, muerte, no puedo vivir una hora más con estos recuerdos.»

Sentía punzadas en los ojos y el rostro le ardía con la aspereza seca de la fatiga y por haber vertido demasiadas lágrimas. Empezó a dormitar, sintió la última lámpara chisporrotear y apagarse, oyó la lluvia amainar y notó que la oscuridad intensa del Salón se aclaraba. Durmió un poco, ligeramente; soñó

que yacía a la orilla del océano. Las olas pequeñas se desparramaban a su alrededor, lamían su rostro y las puntas de sus dedos estirados, y el pulso del oleaje retumbaba en la arena fría. Despertó de pronto, refrescada, se levantó y flexionó sus miembros rígidos, consciente de que la lluvia había cesado y de que el sol nuevo y pálido se filtraba avergonzado bajo las pieles de la puerta. Se ciñó la espada y fue hasta el barril de agua. Hundió el rostro y las manos en él, después hizo a un lado las pieles y salió a la mañana.

Los fuegos se habían extinguido. Sólo brasas perezosas e impotentes fulguraban donde habían estado las chozas y las casas, y el sol se derramaba a través del aire claro. Contempló más allá del muro; los romanos ya estaban levantados y cocinaban gachas con trigo. Vestían sus túnicas de cuero gruesas y cortas y llevaban las piernas desnudas. Los cascos de hierro descansaban sobre la hierba a su lado. Los centuriones se movían entre ellos con bastones ligeros bajo las axilas y los optios caminaban detrás. Antes de que Gladys se volviera, vio pasar en la distancia a un grupo de oficiales de caballería. El sol se reflejaba en los arneses lustrados y las plumas en los cascos se agitaban vistosamente. Dio la vuelta a la parte posterior del Salón y fue de choza en choza, saludando a los campesinos que la miraban con ojos sombríos, y que mascullaban al sentir los gruñidos de sus estómagos. Luego regresó y se sentó frente a la puerta, con los ojos fijos en el limpio cielo azul y la piel entibiada por el sol. Poco después, los campesinos se le acercaron.

Iban descalzos y resueltos, y se acuclillaron ante ella con preguntas en los ojos. Gladys trató de contarlos mientras llenaban el amplio espacio abierto y fluían entre los montones de ceniza. ¿Doscientos? ¿Trescientos? Tuvo ganas de reír. Por fin, se incorporó y levantó una mano para solicitar silencio.

Entre tanto, más allá de ellos, una trompeta sonó con estridencia; los soldados cambiaron las cucharas y los platos, por los cascos y las armas. Gladys habló sin ambages.

—¡Trinobantes! —gritó——. Mi hermano y los jefes de mi gente han abandonado Camalodúnum. Han ido al oeste para pelear y me han dejado para guíaros en este día.

Una explosión de indignación la acogió, como sabía que ocurriría. Los campesinos se levantaron y adelantaron hacia ella con gritos y caras cetrinas, contraídas y tétricas. El hambre y el temor avivaban la ira por esa traición, pero Gladys se mantuvo firme, pidió silencio una y otra vez hasta

que la rodearon, todavía mascullando pero sin vociferar. Era una turba amenazante y agitada.

—¡Regresarán! —mintió, pero su voz careció de convicción y un hombre alto y musculoso se abrió paso hacia el frente. Tenía el cabello negro enredado, los brazos desnudos cubiertos de cicatrices y manos como dos garrotes gemelos.

—No volverán —replicó con desdén—. ¡Cobardes! Los catuvelaunos por fin están demostrando lo que son. Debísteis marcharos también, señora, y ahorrarnos el trabajo de mataros antes de irnos nosotros. ¿Creísteis que nos quedaríamos y pelearíamos por vos? —le escupió a los pies—. Mi padre era un jefe y también su padre antes que él, hasta que vino Cunobelin y le quitó la torques y lo deshonró obligándole a cultivar la tierra. Ahora, los catuvelaunos están destruidos y Camalodúnum nos pertenece una vez más.

—¡Escuchadme, tontos! —exclamó ella—. Si queréis recuperar Camulodúnum debéis luchar por ella. Los catuvelaunos fueron amos duros, pero los romanos serán peores. Vienen para esclavizaros otra vez. ¡Quedaos y luchad! Entonces, aun cuando seamos conquistados, todavía podremos decir que no fuimos derrotados sin honor. ¡Os devuelvo vuestra libertad! ¡Os devuelvo vuestros precios de honor, a todos! ¡Juro por la Madre, por Camulos, por la diosa, que si permanecéis y salimos victoriosos, volveréis a ser amos de esta tierra! —Bajó la vista y la voz hacia el hombre fornido que se erguía ante ella—. Ven y quédate a mi lado —indicó—. Si eres un jefe, actúa como tal, pelea como tal, y si ha de ser, muere como tal. —El hombre se quedó quieto, mordiéndose los labios. Al ver su indecisión, Gladys le presionó con tono de apremio—. Si te queda algo de honor, lucharás. De lo contrario, pelearé y moriré sola y tú demostrarás ser lo que Cunobelin decía de vosotros..., ¡ganado estúpido!

Los ojos del hombre se encendieron de repente. Gruñó como un toro irritado, dio un paso al frente y se puso a su lado.

—¡Pelearemos! —anunció—. Si vencemos, os sacrificaremos a Taran y tomaremos este lugar para nosotros. De lo contrario... —le sonrió—. De lo contrario, moriremos como guerreros.

La impaciencia urgía a Gladys. Desenfundó su espada.

—De acuerdo —accedió—. Ahora, dispersaos. Trepad a los muros. Tomad vuestras hondas. Los soldados estarán dispuestos a entrar hoy y debéis evitar que abran brechas en las paredes. No tengo comida ni cerveza

para ofreceros. No queda nada. Pero si triunfáis, esta noche lo festejaréis con un banquete romano.

Los trinobantes echaron a correr desenrollando sus hondas, y se diseminaron para comenzar a escalar los muros. Gladys dejó al jefe belicoso y caminó hasta donde habían estado las puertas, sin avergonzarse de haberlos utilizado. Sabía que los campesinos jamás heredarían Camalodúnum, ni ella tampoco, pero al menos derramarían su sangre con honor..., ya habían vivido sin honor durante más de cuarenta años.

«¿Cómo lo han podido soportar?», se preguntó. Deslizó su brazo por el escudo mientras más allá, la trompeta romana sonó y las tropas se lanzaron hacia delante con un grito profundo. «He estado sin honor durante apenas un par de semanas y ya estoy casi muerta por el peso de mi culpa.»

Sobre ella, vio a los trinobantes arrojar piedras desde el borde del muro, ajustarlas en las hondas de cuero, girarlas y hacerlas volar, y oyó gritos e insultos fuera. Pero sabía que por cada romano herido había cincuenta más para ocupar su lugar, y que la pared se desmoronaría pronto. Ya podía sentir el trabajo de los picos y las palas, y veía la tierra moverse en docenas de sitios, mientras la cacofonía ensordecedora de la guerra golpeaba sus oídos. Luego, directamente frente a ella, apareció un agujero, una pala tintineó sobre la roca, se retiró, y una mano frenética comenzó a separar la tierra floja. Gladys corrió hacia delante, alzó la espada con frialdad y seccionó los dedos de la palma. Oyó el chillido del hombre, pero de inmediato, otras manos estuvieron allí y a su derecha e izquierda se agrandaban más orificios, como conejos enloquecidos excavando con furor para alcanzar el aire. Desde lo alto, el sol inundaba la aldea acosada y el valle que la circundaba, con un brillo deslumbrante que calentaba la sangre. Arriba y fuera del alcance de la vista, dos alondras gorjeaban y gritaban, pero Gladys, en un esfuerzo final fortalecido por el terror momentáneo, cortó la primera cabeza que apareció casi junto a su codo y corrió desesperadamente mientras, a sus espaldas, las legiones comenzaban a entrar a raudales en Camalodúnum. Los campesinos habían retrocedido desde los muros, combatiendo con cuchillos, puños y dientes, sobrecogidos por una locura feroz, muriendo sin emitir un sonido. Gladys se giró y corrió sendero arriba de regreso al Gran Salón y al santuario de Camulos. Sus pies avanzaban al ritmo de los latidos rápidos de su corazón. Se volvió ante la puerta que llevaba al santuario y arrojó su escudo. Fragmentos de oraciones antiguas y

conjuros pasaron con rapidez por su mente; permaneció jadeando apoyada en su espada ensangrentada y presenciando la destrucción de su hogar.

La batalla se libraba ferozmente, todavía a cierta distancia de donde ella se encontraba. Los campesinos hombres y mujeres, no reculaban. Los veía morir, en medio de ese silencio extraño y pavoroso atravesados por espadas, espetados por lanzas. Y había oficiales en primera fila que se movían delante de sus hombres. Gladys contemplaba todo encerrada en una coraza de fatalidad que la separaba de la escena. El tiempo se había acabado. El tiempo había jugado con ella durante un rato, se había cansado y jugaba con otros. Y así estaba, abandonada para morir en un lugar frío y espectral en el que hasta el aliento se tomaba prestado de los años anteriores. La pelea se había convertido en una cacería y los campesinos que quedaban morían solos, rodeados por el enemigo. Los oficiales avanzaban con lentitud, mirando a su alrededor, y Gladys se enderezó, levantó su espada para apoyarla contra el cuello y descartó todo pensamiento de su mente.

En ese momento se acercaban, subían el sendero con caras rojas por el esfuerzo y las espadas sostenidas cerca del pecho con los brazos doblados.

Gladys sintió que se tranquilizaba. La vieron y se apresuraron hacia delante meciendo los escudos para protegerse; las botas crujían contra las piedras. Gladys alzó la espada empuñándola con ambas manos y salto para enfrentarse a ellos. Hubo un momento de confusión. Estaba rodeada de espadas que se acercaban y retiraban de ella como lenguas de fuego impetuosas. Un hombre cayó, con la pierna cortada por debajo de la rodilla y ella atacó de nuevo, pero su espada chocó contra un escudo con tanta fuerza que la atontó. El efecto del impacto subió por su brazo y lo entumeció, pero tiró de su espada y se volvió para encararse con el soldado que estaba detrás de ella, arremetiendo con indiferencia fría mientras su cuerpo bailaba como un fuego fatuo. Su oponente agachó la cabeza y se lanzó contra ella detrás de su escudo. El cruel tachonado la golpeó en las costillas y la dejó sin aliento mientras la espada romana buscaba su vientre. Saltó hacia atrás con desesperación y oyó una orden tajante y enérgica. Sentía a los hombres que se cerraban detrás de ella, donde estaba indefensa. Se tambaleó sin equilibrio y sus hombros se tensaron contra el golpe seguro. Pero el golpe no llegó. Unos brazos fuertes la envolvieron, uno alrededor del cuello que la oprimió contra un duro peto de hierro, el otro sobre sus propios brazos, rodeándola.

Forcejeó como una demente, chillando con rabia. Pateó hacia atrás y sus manos aprisionadas intentaron llegar al cuchillo que llevaba en el cinto, pero la fuerza inexorable que la atenazaba se intensificó y de repente sintió que la sangre abandonaba su cabeza. La penumbra apareció frente a sus ojos y los gritos a su alrededor comenzaron a apagarse. Se le aflojaron las piernas.

—No la estrangules, Quinto —oyó decir a alguien. La voz flotó hacia ella desde kilómetros de distancia y se arrastró sobre un océano hinchado en el que flotaban hombres muertos—. Tienes un puñado de realeza ahí. Plautio querrá verla. —De pronto, Gladys sintió que la dejaban caer como un montón de túnicas sucias. Le arrancaron la espada de la mano; alguien le desabrochó el cinto con rudeza y se lo quitó. Unas manos la registraron, buscando más armas, pero no podía moverse. El brazo con que usaba la espada le hormigueaba y latía. La cabeza le daba vueltas. Sólo podía permanecer ahí con los ojos cerrados mientras el hombre con la pierna cortada seguía chillando—. ¿Dónde están los camilleros? —inquirió la misma voz con malhumor—. Todo acabó, no hay nada más que hacer, deberían estar aquí. —Gladys quería abrir los ojos, pero el esfuerzo era demasiado grande. Se quedó escuchando el bullicio a su alrededor y trató de respirar hondo. Su cabeza se iba despejando y la fuerza regresaba a sus piernas.

Hubo ruido de pies que corrían y un momento de quietud, luego los gritos empezaron a alejarse y por fin pudo abrir los ojos. Estaba tendida sobre el santuario de Camulos. Por encima de ella, con una mano en la cadera y la otra descansando en el bastón bajo el brazo, se erguía un centurión. Junto a él estaba su optio, un hombre grandote con brazos gruesos y el rostro contraído y rudo de un luchador. Todavía sostenía la espada de Gladys y el cuchillo de ella colgaba de su cinto. A su lado, tan cerca de Gladys que si hubiera extendido la mano podría haber hundido los dedos en él, había un charco de sangre brillante donde había yacido el hombre herido.

«¡Qué bien! —pensó—. Ojalá se le caiga el resto de la pierna, se le infecte el muñón y muera sufriendo atrozmente.»

El centurión la contempló y luego hizo una seña a su ayudante.

—Se ha recuperado, Quinto. Ponla de pie pero vigílala con atención. Estos bárbaros son astutos como comadrejas.

La levantaron sin ceremonia. Le temblaban las piernas y donde el tachonado del escudo había golpeado su pecho, estaba tan magullada que cada aliento era una prueba de dolor. Pero se cruzó de brazos y clavó la vista en el centurión mientras el optio revoloteaba detrás de ella con la mano en el cuchillo.

—¿Quién sois? —inquirió el oficial—. Sé que sois de la realeza. Con ese abarrotamiento de plata no podríais ser otra cosa. ¿Cómo os llamáis?

Gladys no contestó.

—Tal vez no os entienda, señor —intervino el optio—. ¿Sabéis hablar su lengua?

El centurión meneó la cabeza, incómodo bajo la mirada sombría y hostil de Gladys.

—No. ¿Qué haré con ella? Plautio querrá verla, pero estará demasiado ocupado durante un par de horas. Hay que abrir las puertas y preparar un lugar para el emperador. Busca a un par de soldados, Quinto, y por el momento, reténla en el santuario. —Quinto hizo un saludo y después de dirigir otra mirada titubeante y amplia a su botín, se marchó. El optio tomó a Gladys del brazo.

—Adentro —le ordenó—. ¡Vosotros! —Dos legionarios que pasaban por allí se detuvieron y saludaron—. La prisionera debe ser vigilada. Ocupaos de eso. —La empujó dentro del santuario y se fue. Los dos soldados refunfuñaron y tomaron sus puestos a ambos lados de la puerta baja y estrecha.

—Adiós al vino y al descanso —comentó uno—. Supongo que tendremos que quedarnos aquí hasta que Quinto se acuerde de nosotros, lo cual no ocurrirá hasta dentro de unas cuantas horas. ¿Tienes los dados contigo?

—Primero echemos un vistazo a la prisionera —sugirió el otro y se volvieron hacia el vano de la puerta. Pero Gladys, con las manos apretadas en las costillas donde el dolor la desgarraba los enfrentó.

—Éste es un lugar sagrado —afirmó con voz apagada—. Si uno de vosotros apoya su pie sucio en el umbral, el dios lo maldecirá. Vuestros estómagos empezarán a arder. Os dolerá tanto la cabeza que tendréis que rogar a alguien que os la corte. Y los demonios os perseguirán noche y día y os enloquecerán de terror. —Los legionarios retrocedieron, asustados y supersticiosos como cualquier soldado cuando se hallaba frente a dioses extraños.

Gladys se dejó caer en el suelo.

En la oscuridad, Camulos se agazapaba con el entrecejo fruncido hacia la puerta las manos grandes apoyadas en el vientre gordo, y los lóbulos de sus orejas enlazados hacia arriba para envolver su cabeza belicosa. Gladys le sonrió con fatiga.

—¿Dónde estabas cuando te necesité, Camulos? —murmuró—. ¿No te complacieron los sacrificios? ¿Te has cansado de servir a los catuvelaunos? —Se deslizó hacia abajo, tendida de costado, pero hiciera lo que hiciese, sus costillas magulladas gemían cada vez que respiraba. El escudo la había golpeado con tanta violencia que la túnica estaba incrustada dentro de la carne, pero no intentó quitarla, sabiendo que el dolor empeoraría si lo hacía. El frío era intenso en el santuario, la humedad se elevaba del suelo de barro y empeoraba el frío, hasta que empezó a tiritar. El brazo con el que esgrimía la espada estaba insensible y a duras penas le obedecía. Había un trozo de paño tirado sobre los pies del dios donde se depositaban las ofrendas; finalmente, se arrastró hasta allí y lo cogió, hizo un rollo con él y se lo colocó debajo de la cabeza. Los soldados estaban sentados en el umbral y Gladys podía oir el batir de dados y las risas groseras. Trató de relajarse, cerró los ojos y pensó en su hermano, que con seguridad se encontraba muy adentrado en los bosques, junto con sus sobrinitas, brazadas de carne suave y dulce. Pero lo que Gladys más anhelaba era su amado océano y deseó reptar dentro de una caverna con sus heridas y su pena y morar allí hasta que la soledad de la costa desierta de verano la sanara. Extrañaba la frialdad reconfortante de la espada junto a ella y se sentía desnuda sin su capa voluminosa, pero durmió.

La mañana se convirtió en tarde y el sol de verano comenzó a ponerse lenta y pesadamente en el horizonte.

Unas voces fuertes la despertaron; sudaba, su corazón se agitaba y la cabeza le daba vueltas. Se sentó despacio mientras cada músculo protestaba.

—¡Entrad a buscarla! —oyó ordenar a alguien con impaciencia—. ¿Qué os pasa? —Y uno de los soldados contestó con voz hosca:

—El dios nos maldecirá si entramos. La mujer lo dijo.

—¿Ah, sí? ¡O sea que después de todo sabe hablar una lengua civilizada! ¡Bien, bien! Quinto, entra y sácala. Vosotros dos, bajad al campamento.

Gladys se puso en pie tambaleándose, se apoyó en la pared y trató de no respirar para evitar el dolor. El optio gigantesco oscurecía el vano de la puerta. Antes de que entrara, ella se adelantó hacia él, ordenando a sus pies que la obedecieran. El hombre chasqueó los dedos—. ¡Daos prisa! ¡El comandante está esperando!

Salió despacio a la luz del sol, parpadeó, y por un instante, se quedó contemplando la aldea. Largos haces de luz vespertina se derramaban pacíficamente sobre el valle, y el humo de las fogatas romanas subía en espiral en el aire soñoliento. A lo lejos, una horda de soldados trabajaban en las paredes de tierra; el nivel de las defensas ya había disminuido. A su izquierda, los hombres iban y venían, y el bagaje con la estampa del águila real se apilaba junto a la puerta del Gran Salón. Desde el interior se filtraba el sonido del nuevo fuego crepitante y las risas y conversaciones de los esclavos del emperador. Gladys se sentía azorada, perdida, como si hubiera dormido y despertado cien años después en una época diferente, sin nada conocido a lo cual aferrarse. Quinto tiró de su brazo, los guardias la flanquearon con el centurión delante y empezó a caminar, con la cabeza erguida y prometiéndose no desmayarse. Dejaron atrás el Gran Salón, doblaron a la izquierda y siguieron el sendero que conducía a la cima. Por fin, Quinto se detuvo fuera de la casa de piedra gris de Caradoc. «¡No! —pensó ella con pánico—, ¡aquí no!»

Pero el centurión ya había entrado y poco después, salió y asintió. Gladys atravesó la puerta de pieles con el centurión a sus espaldas y se detuvo. Tres hombres la observaban con interés franco y abierto y les devolvió la mirada mientras por el rabillo del ojo, registraba las cosas familiares y acogedoras con un nudo en la garganta seca. La caja de Eurgain estaba tirada en el suelo en un rincón, abierta y vacía. Una de sus copas de plata se encontraba sobre la mesa junto a las manos morenas y entrelazadas del comandante, y abajo, al lado del hogar donde ardía un fuego, estaba una de las capas de Caradoc, la de rayas azules y rojas ribeteada con hilo de oro. Las lágrimas brotaron de sus ojos pero las reprimió con determinación; deseó levantar la prenda cálida y suave y hundir el rostro en los pliegues vistosos. Pero algo de Eurgain todavía persistía allí. Un soplo de paz, un bienestar equilibrado, y Gladys se reanimó con los pequeños estallidos de fulgor que titilaban en las familiares lámparas de cobre. Se enderezó más.

—Gracias, Vario, puedes irte —dijo el comandante y el centurión junto a ella hizo un saludo y abandonó el lugar. En el instante antes de que

empezara a hablar de nuevo, Gladys lo estudió. Un hombre de edad madura, pensó, de cabello negro y corto salpicado de gris. El rostro era largo y delgado, la nariz algo aguileña y el mentón de formas finas y resuelto. La boca en reposo era dura, tenía un tajo a través de la cara pero, cuando hablaba, ésta se relajaba con arrugas amables. Vestía de modo impecable: su ropa de hilo blanco relucía y los bordados de la túnica corta eran recientes e inmaculados. El broche en el hombro resplandecía y también los brazaletes pesados de bronce en ambas muñecas. En el dedo índice de la mano izquierda llevaba un anillo de sello de oro macizo. Por fin, sus ojos errantes se posaron en los de él y un sobresalto de reconocimiento la acometió, como si en algún lugar, en otro tiempo, en un sitio previo a la memoria o a la conciencia, hubiera escrutado las profundidades de esos ojos y en ese momento encontrara una parte de sí misma. Eran grises azulados, ojos contemplativos, llenos de una percepción objetiva y un profundo conocimiento del mundo y de sí mismo; pero también revelaban que ese hombre era un misterio, que guardaba sus pensamientos para sí, un hombre muy reservado. Con una alegría extraña y desconcertante, le costó apartar la vista para examinar a los demás.

Un hombre repugnante, corpulento y rubicundo estaba de pie junto a la mesa con las manos en la espalda. Sacaba su pecho grueso bajo el peto de bronce, y el delantal de tiras de hierro alrededor de su cintura ocultaba sus muslos como rocas enormes. A la derecha de Gladys, un joven alegre apoyaba la sandalia en el taburete de Caradoc y la contemplaba sin disimular su curiosidad. Gladys desvió la mirada.

—¿Cuál es vuestro nombre? —inquirió el comandante. Ella le miró a los ojos pero no contestó y las manos entrelazadas se apretaron—. ¿Cómo os llamáis? —repitió, y Gladys resistió la mirada firme con dureza.

—Sólo doy mi nombre a mi gente.

—¿Dónde están vuestros jefes? ¿Dónde está vuestro rey?

—Muertos.

El comandante sacudió la cabeza con vigor y cuando volvió a hablar, la voz uniforme y educada fue tajante.

—No, no lo están. No hay jefes entre los cadáveres y yo personalmente inspeccioné a los prisioneros. ¿Adónde han ido?

Los labios suaves permanecieron cerrados con porfía y Plautio la observó en silencio. Él, como el centurión, no tenía ninguna duda de que ella era un botín, un miembro de alguna casa gobernante. Sus brazaletes

eran de plata, el borde de su túnica estaba ribeteado con hilo de oro y los dos collares que colgaban de su cuello estaban decorados con filigranas de plata. El centurión le había dicho que su escudo estaba todo tachonado con coral rojo y salpicado con perlas. ¿Pero quién era? ¿Qué jefe podía ser forzado a rendirse sólo por el hecho de que Roma tuviera a esta mujer como rehén? ¿Un esposo? ¿Un padre? No, no un padre. Esta mujer había dejado atrás la primera juventud hacía tiempo, aunque el cuerpo delgado podría haber pertenecido a una muchacha y el cabello oscuro sin un vestigio de gris caía por la espalda en una cascada brillante. El rostro ya estaba marcado con líneas, redes finas alrededor de los ojos grandes, huellas indistintas que bajaban de la nariz pequeña a la boca fría y serena, pero los ojos... Frunció el entrecejo de manera inconsciente, molesto consigo mismo. No era momento para perder el tiempo filosofando sobre las incesantes variaciones del temperamento bárbaro. Sin embargo, había familiaridad en el rostro y una tensión oculta que se manifestaba en la inmovilidad absoluta, una tensión nacida de largos años de cierto tipo de disciplina. Plautio la había visto antes en los rostros de hombres que habían dedicado todas sus energías al arte y se habían replegado en sí mismos. Cuando volvió a posar los ojos en ella, vio que palidecía. Gladys se llevó una mano temblorosa al pecho y se balanceó.

Plautio habló enseguida.

—Está herida. Rufo, acércale el taburete.

El hombre joven abandonó su posición y le llevó el taburete. Gladys se dejó caer y todos esperaron. Vespasiano arrastraba los pies y respiraba agitadamente; se veía que estaba impaciente por terminar con el asunto y proseguir con otras cosas. Entonces Gladys levantó la cabeza; el color estaba regresando a su cara.

—Me preguntáis adónde han ido —manifestó, sosteniéndose las costillas magulladas. La debilidad producto del hambre y el agotamiento todavía amenazaba con dejarla inconsciente—. Y dado que ahora ya no tiene importancia, os lo diré. Han ido a reunir nuevas fuerzas. Os combatirán otra vez, romano, y otra vez, hasta que os arrastréis de regreso a vuestra pila de estiércol y nos dejéis en paz. —El insulto fue pasado por alto. Pudens enarcó las cejas y sonrió. Plautio dejó su silla y se situó frente a ella.

—¿Adónde han ido?

—Os he dicho demasiado. —Hablaba la lengua nativa de él con un acento agradable y melodioso. Su voz era grave para una mujer, pero suave, suave y apremiante, y Plautio descubrió que le costaba recordar que era una guerrera y que muchos de sus hombres estaban muertos o heridos por culpa de ella.

—¿Por qué no fuisteis con ellos? —la apremió más amablemente de lo que quería y ella alzó la vista con tristeza.

—Fue.., fue una cuestión de honor. —Vespasiano masculló algo y se sentó en el borde de la mesa. Pudens se apoyó contra la pared con los brazos cruzados y su sonrisa se ensanchó. El respeto por esta mujer crecía en su interior. Plautio pensó un instante y luego continuó.

—Señora, debo saber adónde han ido, estoy seguro de que lo entendéis, de modo que os seguiré interrogando. ¿Cuántos jefes dejaron este lugar? ¿Qué grande es la fuerza?

—No demasiado.., todavía —replicó—. Pero aumentará. Y si pensáis retenerme aquí como rehén para forzarlos a regresar, olvidaos de la idea. Mi hermano preferiría verme morir antes que rendirse a vosotros.

—¿Y vos? ¿No deseáis vivir?

Gladys se encogió de hombros y luego emitió un grito de dolor. Se dominó enseguida y respondió con orgullo:

—La vida sin honor no es nada. Moriré si es necesario. Ya no queda nada por lo que vivir.

«No obstante, queréis vivir —pensó Plautio—. Aún no lo sabéis, pero así es. Estáis llena de desdicha, señora, de sueños y extraños anhelos insatisfechos. Puedo verlo detrás de vuestros ojos oscuros.» Caminó hacia la puerta y gritó. Vario regresó e hizo un saludo.

—Busca una choza para la dama —ordenó Plautio—. Enviale a mi médico, comida y bebida, pero manténla bien vigilada. —Vario asintió y se quedó esperando. Gladys se puso de pie despacio, fue hacia él y atravesó la puerta de pieles sin mirar atrás. Plautio se volvió hacia sus hombres—. ¿Y bien? —aventuró. Vespasiano gruñó.

—¡Qué ideas primitivas tiene esta gente! —exclamó—. Será mejor entregarla a Quinto. Le arrancará la verdad pronto, antes de que sea demasiado tarde para encontrar a los jefes. —Plautio tuvo una idea pero la descartó. —No hablará, y en cualquier caso, es demasiado tarde para que sirva de algo. El honor es la razón de su vida. ¿Quién es ella, Rufo?

Pudens se apartó de la pared y se acercó a ellos.

—Mencionó a su hermano. Sabemos que el hermano más joven murió y que el mayor está aquí con nosotros, así que tiene que haber sido Caradoc quien se escabulló con lo que quedó de sus hombres. Cunobelin tenía una sola hija, señor.

Plautio asintió.

—Gladys, creo. ¡Vaya botín, caballeros! Debió haberse marchado con su hermano. —Pero incluso mientras decía eso, se alegró de que no lo hubiera hecho.

Gladys fue instalada en una choza del primer circulo que se había salvado de los estragos del fuego, aunque la pared externa estaba chamuscada y negra. El médico de Plautio fue a verla, un hombre activo y eficiente que le arrancó la ropa de sus costillas sin una palabra, le aplicó con descuido un emplasto frío y la vendó. Le dijo que el brazo se curaría y que recuperaría la sensibilidad, pero que llevaría unas semanas. Le sirvieron la comida de un soldado..., caldo, puerros, habas, gachas con cebada y vino diluido con agua.

La engulló mientras el hombre se marchaba para regresar con su ropa enrollada dentro de un saco. Todas sus joyas habían desaparecido, ahora descansaban en los sacos de los legionarios. Rogó por su espada y su cuchillo, pero el hombre rió con desprecio y se fue.

Tres días después, Claudio, con la seguridad arrogante de la Octava Legión Moesia, hizo su entrada triunfal en Camalodúnum.

OceanofPDF.com

CAPITULO 15

Esa noche, después de las fanfarrias y las ovaciones, los sacrificios y la pompa, el emperador y sus oficiales se reunieron en el Gran Salón para celebrar la victoria. Plautio, vestido de gala real y resplandeciente, se reclinó a la derecha de Claudio en el lugar de honor y escuchó los ásperos comentarios del emperador respecto a sus planes para el futuro de la nueva provincia, el estado de su delicada salud en ese clima horrible y sus promesas de promociones y recompensas. La mente de Plautio erraba entre la comitiva congregada alrededor del asiento real.

«Claudio no es ningún tonto —reflexionaba mientras oía las carcajadas de los hombres resonar en el cielo raso. Un sirviente se inclinó para llenar su copa—. Ha traído consigo a todos sus enemigos.» El pensamiento le hizo sonreír. Ahí estaban todos: el senador galo Valerio Asiático, uno de los pretendientes de la capa púrpura después del asesinato de Cayo, un hombre que todavía podía albergar una ambición fija debajo de ese pelo canoso; Craso Frugi, que reía como un caballo al relinchar exponiendo sus dientes grandes mientras Rufrio Polio, comandante de los selectos pretorianos, terminaba su chiste con calma y los ojos, como siempre, clavados en Claudio.

Frugi estaba casado con una descendiente de Pompeyo. ¿Qué había dicho Séneca de él? Plautio sorbió el vino con lentitud, saboreando la aguda mordacidad. «Un hombre lo bastante tonto para ser un posible emperador.» Un hombre también de poder, y Claudio estaba ocupado tratando de apaciguarlo, a él y a su ilustre casa. Había casado al hijo de Frugi, Pompeyo Magno, con su hija Antonia, pero desconfiaba del hijo tanto como del padre.

Magno estaba recostado en su triclinio y observaba a la concurrencia con ojos astutos y entornados.

Claudio desvió la mirada de Plautio y se volvió para hablar a Galba. Ése, pensó Plautio, era un hombre digno de ser escuchado. El emperador depositaba su confianza en las manos adecuadas, pero con cautela. Galba nadaba en dinero, estaba fanáticamente dedicado a su deber y a la destreza fisica de sus legiones, e impulsaba su propio cuerpo con la misma energía serena e intensa que exigía de sus hombres. Se encontraba allí para evaluar la situación en Albion y dar su opinión. El y Plautio habían pasado horas juntos discutiendo el futuro de Plautio en esta tierra salvaje, azarosa, exótica y bella. Pero Plautio, si bien reconocía la vasta experiencia y el

conocimiento táctico superior de Galba, no le apreciaba. Le costaba creer que detrás de esa fuerza apasionada y vigorosa no hubiera una ambición secreta y oculta. Tal vez Claudio experimentara la misma duda y por eso lo mantenía siempre a su lado. Dos años antes, Galba había aplastado con facilidad a los belicosos catos en Germania y aceptado la adulación que se derivó de ello como un derecho propio. Pero sobre todo, Galba estaba unido a la anciana emperatriz Livia, y Claudio nunca lo olvidaba.

Los ojos de Plautio se encontraron con los de su pariente, Silvano Eliano; se sonrieron y levantaron las copas en un brindis callado y mutuo.

Mientras bebía, Plautio pensó: «Tú también, Silvano. ¿Es una bendición o una maldición estar relacionado con el césar? "Ah, una maldición, una maldición, querido Aulo"», podía oir quejarse a su tía, con el rostro envejecido haciendo una mueca de repugnancia. «¿Te imaginas estar haciendo el amor con un hombre que babea cuando se excita?» Y los labios pintados de Urganila se fruncían. «Y después se ofende por mis amantes. Bueno, de veras. ¿Qué podía hacer yo?» El recuerdo dibujó una sonrisa en sus labios. Claudio se había divorciado de ella, para inmenso alivio de ambos, pero luego él se había convertido en emperador y Urganila había puesto el grito en el cielo, no por su condición perdida, sino por temor a que la carrera de su sobrino favorito pudiera arruinarse.

No debió haberse preocupado. Claudio era justo. Veía el potencial de Plautio y actuó en consecuencia, y desde entonces, por un acuerdo tácito, los dos hombres nunca mencionaron a Urganila. Claudio tenía a Mesalina, y Plautio se preguntaba si alguna vez extrañaba los regaños triviales de su tía. Mesalina no era gruñona. Sonreía y las fortunas de los hombres se hacían o se perdían según la intensidad de los caprichos que se ocultaran detrás de esa sonrisa. Al menos Urganila no había tenido grandes ambiciones.

—Qué agujero oscuro y pestilente, ¿eh, Plautio? —Claudio se había vuelto hacia él y Plautio salió de su estado meditabundo—. Cuando me haya ido, quémalo. Apesta a grasa de cerdo rancia y a magia. Creo que haré construir un templo en este lugar, en mi honor, por supuesto. Al principio animará a los soldados y más tarde, cuando los bárbaros hayan comenzado a adquirir algunos hábitos civilizados, podría servir como punto de reunión para sus instintos religiosos, de otro modo depravados. ¿Qué te parece?

Plautio miró al emperador y luego desvió la vista. El rostro era fino, noble, un rostro verdaderamente patricio, pero la nariz de Claudio había

empezado a moquear otra vez y pequeñas burbujas grises de espuma se habían juntado en las comisuras de su boca.

—Me parece sensato, señor —repuso—. Los campesinos ya están regresando a sus granjas y cada día son más los que abandonan los bosques en busca de comida. Puedo ponerlos a trabajar. Así mantendrán sus mentes y cuerpos ocupados.

Claudio sonrió.

—Te felicito de veras, Plautio. Ha sido una campaña brillante. He decidido llamar a mi hijo Británico en honor a mi nueva provincia cuando llegue a casa. Debo admitir que ansío volver a Roma. Triumphalia ornamenta para Vespasiano y Geta, y el saludo del Senado para mi. —Chasqueó los labios y se reclinó—. Oi decir que tomamos un prisionero importante. Una princesa bárbara. Hazla llamar, Plautio. Quiero verla.

Plautio se puso de pie con desgana. Claudio, al notar su vacilacion, agitó hacia él una mano pesada y enjoyada.

—No temas que vaya a insultar a mi divina persona. Podrá decirme lo que quiera y me divertiré mucho. Esta noche me siento expansivo. ¿Dijiste que hablaba latín? —preguntó, y se inclinó hacia delante con ansiedad.

—Casi toda su tribu habla nuestra lengua —respondió Plautio—. Los comerciantes dicen que lo hacen con mucha habilidad. —Claudio no se percató del ligero reproche. Apreciaba y admiraba a Plautio y se limitó a sonreír y lo despachó; su cabeza se bamboleaba con excitación en su cuello largo y delgado.

Plautio dejó el Salón y envió a dos soldados a buscar a Gladys a su choza. No confiaba en su buena voluntad desde que había visto su espada ensangrentada y mellada. Aguardó con paciencia, contempló la belleza estrellada del cielo nocturno y los miles de puntos rojos en el valle, y experimentó una enorme satisfacción. La vida era buena. Gozaba de un alto favor, su invasión había tenido éxito y pronto Claudio tomaría a su comitiva, poderosa y afectada, y regresaría a Roma. Y él, Plautio, se quedaría para convertir ese territorio salvaje en una provincia. Panonia había sido un desafio, pero esto... Esto sería como saltar al ruedo para enfrentarse a un león hambriento con sólo un cuchillo entre él y el desastre.

Los oyó acercarse y se volvió. Gladys parecía llevar una túnica negra, larga y suelta; el cabello oscuro se mezclaba con los pliegues, de manera que daba la impresión de ir encapuchada. El resplandor de las estrellas y el fuego se reflejaba en su rostro pálido y le otorgaba una belleza etérea y

sobrenatural, una suavidad que él no había visto antes. Estuvo a punto de hacer una reverencia y extender un brazo; los ojos de ella buscaron los de él sin súplica ni temor y Plautio despidió a los soldados con un gesto y le habló con cortesía.

—¿Estáis recuperándoos de vuestras heridas, señora? ¿Todavía os duelen las costillas? —Gladys asintió una vez, débilmente, y no contestó—. El emperador ha requerido vuestra presencia —añadió—. No le temáis. Siente curiosidad, eso es todo. Adelante. —Ella sonrió entonces, una sonrisa astuta, torcida y sardónica que le hizo sentir un tonto. Se volvió con presteza y Gladys le siguió.

Se detuvo en el umbral, paralizada de consternación por el cambio obrado. Sus ojos volaron de una pared a otra, y se pasearon rápidamente sobre los presentes, callados y con las miradas fijas. Pero no podía asimilarlo todo ni adaptarse con la rapidez y calma con que lo habría hecho Eurgain. El suelo de tierra estaba todo cubierto de alfombras gruesas y suaves, azules y amarillas. El fuego ardía, pero en un enorme hogar que se elevaba alto sobre el fogón. Las antorchas llameaban en las paredes y en cada pilar la luz amarilla reflejaba los petos relucientes, los broches de oro de las capas y los brazaletes de bronce de los hombres que colmaban el Salón. Se habían dispuesto triclinios en un semicírculo amplio, el brocado y el damasco se extendían de pared a pared, y en el centro se erguía una mesa vestida con un género brillante y abarrotada de frutas extrañas, jarras de vino, de oro, y platos con comida que Gladys no podía identificar. De pronto, la invadió la timidez, agobiada por los ojos inquisitivos y mundanos de la aristocracia romana clavados en ella con regocijo y desdén. Pero se enderezó con majestuosidad y avanzó detrás de la ancha espalda de Plautio. Él se detuvo, hizo una reverencia y se retiró a un lado.

—La dama Gladys, señor —anunció y volvió a su asiento. Y Gladys contempló el rostro del hombre más poderoso del mundo.

Al principio, se impresionó. Claudio era alto, incluso sentado. Su frente alta estaba coronada con un tupido cabello plateado, corto en la frente y debajo de las orejas. La nariz era ancha como la de Caradoc, pero las ventanas se dilataban y las arrugas profundas que se curvaban a su alrededor le conferían un aspecto cruel y tétrico. Tenía una boca grande y resuelta, pero unas lineas duras la estropeaban también, volviéndola petulante y caprichosa.

Los ojos que la observaban con avidez eran bellos, inteligentes y firmes, incluso bondadosos. Pero Gladys experimentó una punzada de compasión, puesto que el emperador babeaba y se limpiaba la saliva de vez en cuando con un paño blanco. Y nada podía disimular el temblor de su cabeza. Alargó elegantemente una mano y la capa púrpura cayó hacia atrás.

—Acercaos —dijo, y Gladys obedeció.

Trató de recordar todo lo que su hermano había dicho acerca de este hombre. Era un cobarde. Vivía con el temor de ser envenenado o traicionado. Un genio, un historiador, un aficionado y versado lector, pero también un títere de sus pretorianos, sus hombres libres griegos y sus mujeres.

—Admiramos vuestra valentía, mujer bárbara —continuó—. Habéis peleado bien, o así me han dicho. No somos hombres vengativos, Gladys. Os traemos a vos y a vuestra gente una paz y prosperidad nuevas. Durante muchos años, vuestras gentes y las nuestras mantuvieron relaciones comerciales, por lo que nos hemos convertido casi en hermanos. Así que, como hermanos, que haya cooperación continua y prosperidad para ambos. ¿Qué decís, eh?

Gladys no sabia si prorrumpir en una carcajada azorada, escupirle a la cara o retirarse a llorar. Sholto... Tog... Se le hizo un nudo en la garganta. Lo combatió y se echó el cabello hacia atrás.

—Mi aldea ha sido reducida a cenizas —contestó con frialdad—. Mi hermano fue asesinado, mi pueblo está disperso. He perdido mi precio de honor y mi posición. Me han quitado hasta la espada. Y os atrevéis a hablar de paz y cooperación. —No podía continuar. Más palabras habrían provocado lágrimas y prefería morir antes que ofrecer a esos señores superiores y vestidos con pulcritud el espectáculo de una mujer de espada caída en desgracia.

Claudio la examinó con la cabeza ladeada.

—Qué acento exquisito —comentó por fin—. Y se expresa bien, para ser una salvaje. —Plautio contuvo el aliento. «¿Por qué me importa? —se preguntó con sorpresa—. ¿Cuántos hombres y mujeres bárbaros he visto ponerse de rodillas ante el imperio? Que la humillen. Le sentará bien, es una obstinada.» Pero sus dedos apretaron la taza con más fuerza y no podía relajarlos. Claudio estaba contento, pero menos estable de lo habitual. Podría ordenar que la ejecutaran si el juego se tornaba aburrido.

—Roma está aquí —añadió con amabilidad—, os guste o no, querida mía, y muy pronto os gustará, estamos seguros. Venid y bebed conmigo. —Plautio se tensó todavía más y rogó por el bien de ella que inclinara esa cabeza arrogante, sonriera con expresión de disculpa y aceptara la copa que le extendía la mano del sirviente. Pero por su propio bien, rogaba que no lo hiciera. Gladys sólo tenía ojos para el emperador. Se miraban con fijeza y abiertamente, evaluándose, luego ella se adelantó con una sonrisa enigmática en el rostro.

—¿Y quién probará mi copa? —aventuró en voz baja.

Un silencio profundo descendió mientras la implicación de las palabras insolentes calaba en los asistentes alegres y exaltados por la victoria, y Plautio quiso ponerse de pie y aplaudir. De hecho, sintió que las rodillas se le ponían rígidas y bajó la cabeza para ocultar su acción. El fuego seguía bailando alegremente, el único sonido en la estancia caldeada y silenciosa. Entonces Claudio arrebató la copa de la mano del sirviente y la derramó. El vino rojo manchó la alfombra.

—Salid —ordenó. Su voz chillona temblaba—. ¡Fuera!

Gladys contempló despacio los rostros quietos y serios llenos de hostilidad y un nuevo respeto; luego giró sobre sus talones y se marchó. Nadie habló. La respiración pesada de Claudio chirriaba en el aire sofocante y se volvió hacia Plautio con la nariz chorreando.

—Si son todos así —dijo, mientras la ira contenida enrojecía su cara—, entonces convendría exterminarlos.

Pero no eran todos así. Al mediodía del día siguiente, las embajadas comenzaron a llegar a Camalodúnum. Cabalgaban hasta las puertas con sus capas brillantes y bronces relucientes y miraban con estupor incómodo la transformación que los acogía. Todo lo que quedaba de las grandes defensas era una pared pequeña, apenas a la altura del pecho, un lugar agradable para descansar de pie y admirar el valle del río. Los montículos de cenizas y escombros estaban siendo retirados y las tiendas de los oficiales rodeaban el Gran Salón en círculos ordenados y limpios. Delante del Salón se agitaban con indolencia los estandartes y las altas águilas de bronce de las cinco legiones, apiñados y custodiados por soldados inmóviles. Había movimiento por todas partes. Los mensajeros iban y venían, las tropas deambulaban y los auxiliares apostaban sentados en el suelo. Claudio, su comitiva y los oficiales de las legiones se sentaron en el Gran Salón para recibir la rendición formal de los jefes conquistados, que entraban uno tras

otro con sus escuderos y bardos para hacer una reverencia y acuclillarse frente a ellos, ansiosos por la paz. La brutal destrucción de los otrora poderosos catuvelaunos los había espantado. Lo único que querían era firmar un tratado y luego emprender el largo y reconfortante camino de regreso a casa.

Gladys se paseaba de un lado a otro en su choza oscura cuando oyó el tintineo de los arneses y la dulce familiaridad de la lengua compartida. Fue hacia la puerta.

—Por favor, dejadme salir —pidió al guardia—. Quiero hablar con los jefes. No huiré. —El hombre la miró sin mucha convicción y sacudió la cabeza.

—Tendré que pedir permiso —explicó—. Esperad a que llegue mi relevo dentro de una hora y le preguntaré a mi tribuno. Pero dirá que no.

Gladys se apartó y siguió yendo despacio de la cama a la puerta y viceversa, haciendo caso omiso de la punzada débil en sus costillas donde el enorme moretón negro y púrpura se estaba encogiendo. Escuchaba, con oídos aguzados, fragmentos de conversación. Oyó el cambio de guardia y fue a sentarse en la sillita, se cruzó de brazos y repelió la sensación de ahogo que le provocaban la penumbra y la mala ventilación del cuarto. Una docena de visiones locas cruzaron por su mente. Se escabulliría, robaría un bote y correría libre por la arena bajo el sol ardiente. Se disfrazaría y huiría cabalgando con los jefes. Reduciría al guardia, le quitaría el cuchillo, entraría corriendo en el Salón y mataría al emperador. Pero entonces, entre ella y su frustración, se interponían esos ojos... serios, velados, llenos de firmeza, y se abrazaba con más intensidad y cerraba los ojos mientras una nueva desazón se sumaba a las otras.

La puerta de pieles fue descorrida y se incorporó al instante. El yelmo curvo tenía charreteras y crin teñida. Era un tribuno.

—¿Tenéis una solicitud? —inquirió con tono enérgico. Gladys asintió.

—Quiero caminar un poco, hacer ejercicio. Por favor, dadme permiso. —Le costó pronunciar las palabras «por favor», pero comenzaba a tomar conciencia de sus ventajas. El tribuno la estudió con aire reflexivo.

—Si fuerais un prisionero común os negaría esa petición, pero no lo sois. Debo consultar al comandante. —Se fue y Gladys se dejó caer en la cama. Esperaba que Plautio no estuviera aún en el Gran Salón con el emperador, puesto que Claudio no dudaría en rechazar su petición de inmediato.

Sonrió para sus adentros al recordar su expresión agraviada. Debía de haber pasado mucho tiempo desde que alguien se había atrevido a insultarle. Oyó más voces, la del tribuno, la respuesta respetuosa del guardia al saludar y luego Plautio en persona entró en la habitación. Agachó la cabeza bajo el dintel y colmó el recinto diminuto y oscuro con su autoridad serena. El corazón de Gladys dio un salto repentino y descubrió que no podía mirarle a los ojos.

—Queréis un poco de sol, señora —dijo amablemente—. Lo lamento, pero sois una prisionera demasiado valiosa para que se os permita pasear. Mis hombres están todos ocupados hoy, pero si no os importa esperar hasta el atardecer, os permitiré caminar alrededor del Salón. —Gladys se acercó y le apoyó una mano en el brazo desnudo... Sólo jirones de dignidad se aferraban a ella... y las lágrimas humedecían sus ojos.

—Señor —dijo con voz trémula—. Si me mantenéis un momento más en esta oscuridad, enloqueceré. ¡Juraré por todos mis dioses, por el precio de mi honor, que no intentaré escapar, pero por favor, dejadme salir!

Plautio hizo una pausa; ella olía a cosas limpias, a viento y a sol, a hierba cortada y a flores bañadas de rocio, y la mano era tibia en su muñeca. Con una mezcla de irritación y ansiedad, buscó los ojos, los vio empañados de lágrimas y pensó:

«¿Qué importa? Una hora al sol no es nada y el emperador no tiene por qué enterarse.» Liberó su brazo con cortesía.

—No lo considero oportuno —aclaró—, pero si lo deseáis, podéis caminar un poco con vuestro guardia. Manteneos apartada de las puertas y del muro, y si tratáis de huir, el guardia tendrá órdenes estrictas de mataros. —El rostro de Gladys se ilunlinó con una sonrisa y Plautio se la devolvió.

Después se marchó, con el tribuno detrás de él. Ella le oyó decir algo al guardia, luego cogió su capa y salió a la luz del sol.

Durante una hora, erró por Camalodúnum. Absorbió el sol, observó el ajetreo y se acercó a los jefes que se amontonaban en el tercer círculo con manos suplicantes y una sonrisa de complacencia. Eran tan familiares... aquellos diseños chillones escarlatas y azules, las túnicas a cuadros amarillas y negras, el largo y desordenado cabello rojo o rubio. Por un instante, no le importó que éstos fueran hombres de jefes de tribus sin honor, jefes dispuestos a vender a su gente sin desenvainar la espada ni siquiera una vez. Le hablaban con cautela, los ojos siempre desviándose al guardia impasible y sudoroso a su lado, y meneaban la cabeza en respuesta

a la única pregunta que la consumía: «¿hay noticias del oeste?». Se encontró cerca de un rostro que creyó reconocer: un jefe alto y de cabello negro que se mantenía un poco alejado de los demás, como si se avergonzara de ellos o de si mismo. Su capa anaranjada se plegaba alrededor de las botas en sus pies y su mano descansaba en el puño de su espada pesada. La vaina de bronce destellante tenía un labrado fino, toda adornada con volutas ceñidas y entrelazadas que fluían de las bocas de lobos diminutos y sonrientes. Collares de una piedra negra brillante rodeaban su cuello y caían sobre su pechera azul, y la misma piedra sujetaba su capa y refulgía misteriosamente en su cabello. Entonces lo recordó: montado en un caballo negro, sus ojos animales clavados en Caradoc mientras éste se despedía de Aricia con un abrazo en aquella fría y húmeda mañana en que ella se había marchado y desaparecido en la bruma con su jefe de barba roja. Lo saludó con respeto.

—Buenos días. Soy Gladys, hermana del rey Caradoc de la Casa Catuvelauna.

La expresión del hombre no se alteró. Sus ojos permanecieron cautos y altaneros, pero le contestó con la misma cortesía.

—Soy Domnall, jefe de Aricia de la Casa de Brigantia. ¿Qué deseáis de mí?

El guardia tocó el hombro de Gladys.

—Hablad en latín, señora —le advirtió. Era evidente que se sentía incómodo y Gladys obedeció. Habló con lentitud y cuidado, creyendo que el brigante apenas conocería la lengua romana, pero para su sorpresa, descubrió que la dominaba bastante bien. Eso, sobre todo, le demostró cómo habían tratado los años a los pastores salvajes. Aricia había tenido éxito en su promesa de convertirlos en catuvelaunos.

—Deseo noticias de vuestra reina. ¿Cómo está? —Él lo consideró mucho antes de responder. «No quiere mentir —pensó Gladys con intuición rápida—, pero tampoco quiere parecer desleal. Oh, Aricia, ¿qué estrago has causado a tu pueblo orgulloso?»

—Goza de buena salud, señora. Hemos prosperado como tribu desde que ella regresó a nosotros. Ha ampliado el comercio con la Galia y con Roma y somos más ricos de lo que jamás soñamos. —La voz profunda carecía de emoción.

—¿Y su esposo, Venutio?

Domnall le clavó una mirada penetrante.

—Él también se encuentra bien —repuso y se volvió con brusquedad.

Gladys abandonó el pequeño y pintoresco grupo y comenzó a andar alrededor del primer círculo, sin prestar atención a las miradas intensas y curiosas de los oficiales que había sentados fuera de sus tiendas. Domnall le había dicho mucho con sus pocas palabras. Aricia había ordenado la rendición, Aricia había enviado la delegación para formalizarla, casi seguro en contra de la voluntad de su marido. Venutio habría preferido una política como la de Cunobelin, el camino central y neutral. ¿O acaso había comprendido que el camino del medio ya no era posible? ¿Qué habría pasado si Caradoc se hubiera casado con Aricia en vez de utilizarla y hubiera enfrentado a Plautio con los ejércitos combinados de los catuvelaunos y los brigantes? Tantas hipótesis, tantas vías de especulación inútiles y cerradas. Se detuvo en la mitad del sendero, cerró los ojos y alzó la cara al sol.

«Estoy viva —pensó cnn incredulidad—. En contra de todas las probabilidades, vivo.» El sol calentaba su sangre y entibiaba sus mejillas y se sintió inundada por una felicidad que nunca antes había conocido.

—Es hora de regresar —anunció el guardia, y Gladys se volvió hacia él con una sonrisa contagiosa y juvenil.

—Sí, sí, lo sé. ¿Creéis que me dejará salir de nuevo? —El hombre se encogió de hombros, turbado por el súbito cambio en ella, y juntos iniciaron el ascenso a la choza.

Tres días después, Claudio y la innecesaria Octava Legión comandada por Didio Galo abandonaton Camalodúnum. Vespasiano y Geta se fueron con ellos, puesto que debían participar en el desfile de la victoria con el emperador y recibir los laureles de sus manos por el desempeño de ambos en la invasión. Pudens y Plautio los acompañaron hasta los botes y se despidieron de todos con una reverencia y un gran alivio. Claudio había dejado a Plautio una lista de instrucciones. «Conquista el resto», había manifestado con ligereza, pero Plautio había sabido que el emperador no lo pensaba en serio. «Expándete —había ordenado—, construye caminos y fuertes, consolídate.» Había nombrado a Plautio primer legado de la Provincia Imperial de Britania, un cargo que derivaba casi de manera automática de su comando de las fuerzas invasoras y había mencionado de nuevo el templo que deseaba ver construido en el lugar que ocupaba el Gran Salón. Plautio había escuchado con aire ausente; consideraba la construcción del templo como la menor de sus inquietudes. Los mercaderes

y comerciantes ya estaban colmando el territorio capturado y sabia que después de ellos vendrían los especuladores de tierras, los usureros, los aventureros y vagabundos, la carroña del imperio. Mientras Claudio divagaba, Plautio frunció el entrecejo sobre su vino y se preguntó cuántos mercenarios y espías necesitaría para mantener cierto tipo de orden hasta que las fronteras de paz fueran extendidas y sus mayores preocupaciones fueran los civiles.

Al menos no tenía que preocuparse de fijar y manejar impuestos. El procurador arribaría pronto con su personal. Plautio se preguntó quién sería, pero luego decidió que no tenía importancia. Estaba acostumbrado a tratar con procuradores. Tacto, dignidad y persuasión, no se necesitaba más.

Además, gozaba de tan alto favor que no tenía por qué temer los despachos sellados que solían ir directamente de las oficinas del procurador al propio emperador. Claudio le caía bien. Habían pasado muchas horas juntos comentando los últimos libros, y a Plautio siempre le divertía y conmovía ver a su emperador olvidar sus temores por un rato y entusiasmarse con las últimas declaraciones ingeniosas y mordaces de Séneca. Pero en ese momento, mientras le escuchaba explayarse sobre las dimensiones de su templo, se alegró mucho de que pronto lo dejaran en paz para poder seguir con su tarea. Claudio había dejado bien claro su deseo. «Es nuestro deber asimilar a esos bárbaros —había dicho con tono serio—. Es la misión de Roma en el mundo, Plautio. Deben ser civilizados por su propio bien y el de la comunidad. Vivirán para alabar a los dioses de Roma.»

Todos sabían que Claudio quería ver a cada bárbaro vestido con una toga. Séneca había convertido la excéntrica ambición de Claudio en el chiste de Roma. Pero la transparente buena voluntad del emperador había enternecido a Plautio. Era un hombre liberal y justo, y aunque sus defectos físicos afligían y deleitaban a quienes le rodeaban, Plautio podía ver más allá: al hombre herido por una infancia dura, sin afecto familiar..., a un soñador, un lector tímido impelido de mala gana al resplandor deslumbrante de la divinidad. Pero Claudio se estaba transformando con rapidez y Plautio le compadecía. Estaba deseoso de irse, preocupado continuamente por lo que Vitelio estaría haciendo en Roma en su ausencia, y cuanto más se angustiaba, más le temblaban las manos. Plautio y Pudens intercambiaron sonrisas pesarosas a medida que la embarcación imperial, con una gran fanfarria de trompetas, se alejaba flotando por el río. También se alegraban

de que el emperador se hubiera llevado consigo a todos sus enemigos corteses y rapaces.

Al atardecer, Plautio mandó llamar a Gladys. No estaba seguro de la razón por la que lo hacía, pero por algún motivo, en la calma pacífica entre la partida de Claudio y las nuevas tareas que le aguardaban, deseaba verla.

Vino en silencio, tan serena como la noche en que había desafiado al emperador, y se detuvo frente a él en el Gran Salón. Esperó con paciencia; la luz del sol amarilla y suave se colaba debajo de la puerta de pieles a sus espaldas.

El hermano de Vespasiano, Sabino, y Pudens, estaban ocupados con el papeleo, las cabezas juntas sobre una mesa atestada de rollos de pergamino. Los secretarios aguardaban para tomar notas y casi ni la miraron cuando Plautio despidió al guardia y le indicó que se acercara.

—Venid y sentaos —la invitó. Pero Gladys sacudió la cabeza y permaneció con las manos ocultas en las mangas de su túnica verde—. ¿Tenéis alguna queja? —inquirió él—. ¿Habéis disfrutado de vuestros paseos? —Le pareció que tenía mejor aspecto. Sus mejillas estaban rosadas y los ojos ya no se veían nublados por el dolor, pero esa extraña tensión aún la acompañaba como un aura permanente.

—Los he disfrutado como no os podríais imaginar. Gracias —repuso—. Pero ahora querría poner a prueba vuestra bondad con otra petición. —Plautio se reclinó y cruzó las piernas. Gladys detectó una sonrisa complacida en los ojos austeros.

—Ya os he concedido más libertad de la que debo —replicó—, pero hablad, si lo deseáis. Siempre puedo decir que no. —Ella dio un paso adelante.

—Señor, permitidme caminar junto al océano. —La modulación de las palabras descorrió una cortina para Plautio y una nueva faceta de la personalidad oculta de ella asomó. Se sintió intrigado.

—¿Por qué? Sois atrevida, señora. Podéis pasear por la aldea todos los días. ¿Para qué necesitáis el océano? —Había puesto un dedo certero en el misterio de la vida de Gladys que ni ella misma había sido capaz de desvelar.

Se apresuró a levantar un hombro para descartar la pregunta antes de que él comenzara a ahondar demasiado.

—No estoy acostumbrada a vivir en una jaula, señor. ¡Y hasta Camalodúnum puede serlo para un pájaro cautivo lo bastante grande!

Plautio se quedó mirándola; sabia que debía negarse. Sería dificil vigilarla en los espacios abiertos y solitarios de la playa y, además, ¿qué otra cosa podría pedir después? ¿Que le devolvieran sus armas? Se volvió hacia Pudens.

—Dime, Rufo —preguntó—, ¿cúando se espera la llegada de las provisiones para las tropas?

—Debieron haber llegado esta mañana, señor —contestó Pudens sin alzar la vista. Plautio miró a Gladys de nuevo.

—Es un riesgo demasiado grande dejaros viajar al estuario con vuestro guardia como única compañía —explicó—. ¡Y si escaparais, el emperador se enfadaría mucho conmigo! Todavía valéis algo, señora.

—Ya os lo he dicho antes —le recordó—. Mi hermano jamás cooperará con vosotros, aun cuando eso signifique mi muerte. Si queréis, juraré no intentar huir. —Plautio meneó la cabeza y su sonrisa se ensanchó.

—No creo que un juramento de esa naturaleza os obligara, ¿o me equivoco? ¿No existe un limite de tiempo para los juramentos hechos a un enemigo? —Gladys no contestó y él vio que hundía los hombros. Vació su copa y se puso de pie—. Quiero verificar el bagaje que ha llegado hoy— añadió—. Puedo esperar a que lo descarguen aquí, pero no me disgustaría un paseo por la playa. Os acompañaré. —Ella sonrió de pronto y esa felicidad extraña y sin fundamento brotó como una flor de primavera en su rostro. Plautio gritó a su ordenanza—: Mi capa, Junio, y mi yelmo. Señora. —Caminó hacia ella y el sirviente entró con la capa sobre un brazo y el yelmo brillante en la mano—. No os engañéis. ¡Mis días en la milicia pueden estar acabados, pero si intentáis correr, hallaréis en mi a un digno rival! —La sonrisa de Gladys se agrandó. Plautio tomó la capa y el yelmo y abandonaron juntos el Salón para bajar hacia las puertas nuevas en la tarde bulliciosa.

Cabalgaron despacio a través de los bosques moteados de verde; el cuestor, dos centuriones y tres soldados los acompañaban. Los hombres parloteaban de manera inconexa y Plautio, aceptando los saludos de los legionarios que pasaban yendo y viniendo entre la aldea y el río, se relajó sintiendo una oleada de bienestar. Gladys no hablaba. Viajaba tranquila, sus ojos se paseaban entre los árboles, sus oídos captaban el eco del trino de los pájaros y el débil aleteo de la brisa en los helechos y hojas. Pensaba en Caradoc. ¿Habría venido por ese camino? ¿Dónde estaría? La idea de que la creyera muerta le producía una punzada de remordimiento, pero eso no

lograba empañar su ánimo. Al rodear una curva, los bajos del río aparecieron frente a ellos, el agua marrón fluía con lentitud bajo el sol y los botes amarrados al muelle se mecían con suavidad. Gladys desmontó. Uno de los soldados tomó su caballo y ella, Plautio y sus hombres subieron a una barcaza.

—Soltad amarras —ordenó Plautio y se balancearon en la corriente hinchada. El viento, más fuerte allí, alejaba los aromas penetrantes del bosque y arrastraba el olor intenso del mar.

El estuario estaba muy activo. Más allá de los pantanos húmedos donde el río se angostaba antes de desembocar en el mar, se había levantado un campamento, tiendas blancas y terraplenes, y la bahía estaba llena de barcos delgados de la recién formada Classis Britanníca. Gladys divisó a marineros inclinados sobre la borda gozando del sol, y los estandartes y gallardetes alegres de los barcos agitados con violencia por la brisa. El bote se detuvo contra un muelle nuevo y sólido, y los centinelas corrieron a amarrarlo. Se irguieron y saludaron cuando Plautio y los oficiales bajaron, con Gladys detrás. Los gritos y el estruendo de la descarga provenían de la playa y un soldado servicial se acercó a Plautio. Tenía el entrecejo moreno arrugado y una pizarra en las manos. Plautio se volvió hacia Gladys.

—¿Adónde queréis ir? —preguntó. Ella levantó la mirada hacia los riscos desolados, desde donde los pájaros se elevaban de la bahía y ganaban altura.

—Tras ese recodo hay arena, charcos y silencio —contestó—. Permitidme caminar hasta allí.

Plautio asintió.

—Cuestor, revisad el cargamento. Yo también iré.

Gladys extendió los brazos a modo de súplica.

—Oh, señor, dejadme ir sola —rogó. Pero él lo descartó al instante.

—¿Qué clase de tonto creéis que soy? —replicó. El cuestor tomó la pizarra, preocupado y con los ojos clavados en las montañas de sacos y cajas que se apilaban junto al agua. Gladys se volvió, Plautio la siguió y el cuestor caminó bajo la sombra del barco.

Los alaridos de los oficiales, las quejas de los soldados, los ruidos y los golpes se fueron extinguiendo poco a poco. Gladys se quitó las sandalias, las dejó en una roca y las tapó con la capa. Después se enderezó, respiró hondo y movió la cabeza mientras el viento encontraba su cabello y lo

agitaba detrás de ella. Las olas tronaban, rodaban hacia la orilla y se derrumbaban en una furia blanca a sus pies descalzos.

—¡No os alarméis, Plautio! —gritó—. ¡Voy a correr! —Vio que él asentía con el rostro ensombrecido bajo el casco y echó a correr por la arena con los brazos estirados y los ojos parpadeando por el destello cegador del sol en el agua azul. La curva de la bahía se estrechaba, pero Gladys no aminoró su marcha. Se volvió en una lluvia de arena y regresó tambaleante. Respiraba con agitación, el corazón le latía con violencia y un regocijo loco hormigueaba en sus dedos y en sus pies calientes y desnudos.

Plautio la observaba con regocijo, con los brazos cruzados sobre el peto de bronce. Gladys se aproximó a él y se detuvo con las manos en las rodillas, jadeando y riendo.

—¡Ahora caminaré! —resopló—. ¡Qué acalorado estáis! ¡Quitaos el yelmo y la armadura! No necesitáis nada para defenderos de mí. ¡No tengo cuchillo! —Plautio señaló la cima del risco.

—Podrían dispararme desde allí arriba —protestó. Gladys rió otra vez; sus ojos se rasgaron y el cabello negro cayó sobre sus hombros. Plautio se quitó el casco, se desprendió el peto y lo dejó caer; el viento caliente revolvió con dedos secos su cabello salpicado de gris. Gladys se volvió y caminó hasta el agua, se acuclilló, cogió agua con ambas manos y se la llevó a la nariz, hundió la lengua en ella y se frotó las palmas mojadas en el rostro. Detrás, él estudiaba la curva delgada de aquella espalda y el cabello enredado que le colgaba. En aquel momento ella era toda inocencia, y le hacía sentir viejo y cansado. Experimentó una gran ternura; deseó tomarla en sus brazos como una madre que acuna a un niño lastimado, pero ella alargó una mano para tomar un alga que pasaba flotando y la manga de su túnica se deslizó hacia atrás. El brazo estaba marcado con cicatrices y docenas de tajos de espada blancos y rugosos. Una vez más, se sintió confundido.

Gladys se levantó y exploraron juntos la playa, hundiéndose hasta los tobillos en los charcos tibios y translúcidos dejados por la marea. Fastidiaron a los cangrejos irritados que se levantaban orgullosos en sus ridículas patas y chasqueaban hacia ellos sus pinzas ofendidas. Desprendieron los moluscos de las rocas festoneadas con algas verdes y podridas, y Plautio raspó la carne jugosa y de olor fuerte y se la ofreció en la punta de su cuchillo con una sonrisa. De repente, Gladys se sorprendió riendo de cualquier cosa como una idiota. Más tarde, cuando el sol

comenzó a bajar hacia los riscos y la luz que se derramaba sobre el agua ya no los cegaba ni los hacía sudar, se sentaron uno junto al otro con los pies enterrados en la arena húmeda y permanecieron callados. En lo alto, las gaviotas volaban en círculos y chillaban. El viento varió y empezó a soplar en ráfagas desde la cumbre de los riscos, y abajo, donde ellos se encontraban, se hizo una calma súbita. No se movieron mientras el sol a sus espaldas abría una senda ancha y escarlata, un camino de agua que conducía al horizonte azul oscuro y lejano, y las sombras de ambos se mezclaron. Gladys observó al océano perder lentamente su luminoso color azul y volverse gris, frío y sombrío. «¡Ah, libertad, libertad —se regocijó—, riqueza infinita de mi alma.» Y cuando volvió la cabeza, se encontró con la mirada de Plautio. De pronto, la libertad pareció reducirse, encogerse y quedar contenida en esos ojos arrugados que retenían el color y el misterio del mar. Desvió la vista de inmediato, pero el océano sólo reflejaba la mirada gris y serena, y las profundidades del agua le devolvían el rostro pensativo. Suspiró. «¿Qué es la libertad?»

—Agradezco este día —comentó—. Creo que he sanado del todo.

—Yo también lo agradezco —respondió él con sencillez—. Necesitaba unas horas de paz.

—¿Qué haréis conmigo? —inquirió con la mirada clavada en el horizonte, donde se estaban formando las nubes del atardecer. Él siguió la dirección de sus ojos.

—Hay varias posibilidades —afirmó con calma—. Podría enviaros a Roma como una importante prisionera de guerra, donde os pasearían encadenada por las calles. Podría conservaros aquí como un estímulo para el resto de vuestro pueblo a fin de que cooperaran sin temor. Podría mataros y enviar vuestro cuerpo a vuestro hermano. —Gladys no se inmutó.

—¿Y qué queréis hacer conmigo? —le urgió.

—No lo sé. Podríais ser útil, pero si no cooperáis, no sois más que un estorbo. Debería enviaros a Claudio y olvidaros. —Algo en su voz advirtió a Gladys que no discutiera y cambió de tema.

—¿Dónde está Adminio?

—¿Vuestro hermano? —ha partido en un corto viaje con una de mis cohortes para intentar hallar a los jefes y gente que todavía viven en los bosques. También le mandé a ver a Cogiduinno y a Boduoco. Él es la prueba de que Roma no tiene intenciones de destruir a las tribus. Regresará en dos o tres días. ¿Deseáis verle?

—¡Mantenedle lejos de mí! —explotó—. ¡Esclavo! ¡Cerdo romano apestoso! ¡Le desconozco! ¡Sólo tengo un hermano!

Había empezado a temblar y su voz sonaba tan angustiada que Plautio se sintió incómodo.

—Habladme de vuestro hermano —murmuró—. ¿Qué clase de hombre es? Lo vi una vez, de pie en el muro de piedra, y algo en él despertó en mí muchos deseos de conocerle.

—¿No de matarlo? —replicó ella con la boca torcida y aún enrojecida.

Luego se aflojó, dobló las rodillas y deslizó los dedos con diligencia entre la arena tibia—. Lo siento. Mi posición es muy difícil y momentos como éste sólo sirven para que mi futuro parezca aún más negro. Sobre Caradoc. —Sonrió, una suave y prolongada sonrisa de remembranza y amor —. Es recto, lleno de honor, un gran guerrero. Los hombres consideran un privilegio ser su enemigo.

—Es un privilegio para mí —admitió él en voz baja y ella se volvió hacia el rostro delgado y severo.

—¿De veras? ¿Cómo podéis vos, un romano, entender que un enemigo puede ser querido incluso cuando la propia espada lo parte en dos? ¿Cómo podéis, con vuestra aversión hacia nosotros y nuestra barbarie, empezar a comprender el significado del honor de un guerrero?

—No siento aversión por vos ni por vuestro pueblo —aseveró—. Yo también vivo por el honor, aunque interpretado de un modo diferente. Cumplo con mi deber y me enorgullezco de ello, y si mi deber incluyera atrocidades por el bien de mi emperador, entonces las ordenaría. Pero, Gladys, prefiero batallas rápidas y luego una transformación lenta y pacífica.

—¡Bueno, no lo conseguiréis aquí! — exclamó.

—¿Por qué no?

—Porque la tribu valora una cosa sobre todas las demás, y eso es lo único que Roma jamás podrá prometer, comprar ni conceder. La libertad. La libertad. Por más años que permanezcáis en Albion, jamás aniquilaréis toda la resistencia y mucho menos convertiréis a los guerreros en ciudadanos romanos excepto a unos pocos sin carácter como Cogidunmno, ya que la muerte es siempre preferible a la esclavitud, y la libertad es la única joya que no tiene precio.

—Sois como un pájaro —declaró él—. Un pobre pájaro que lucha con las alas cortadas y las uñas limadas. Ojalá pudiera dejaros libre.

—Es bastante fácil —replicó con ligereza—. Abrid la puerta de la jaula y dejadme salir.

—¿Adónde iríais?

—Al oeste. ¿Qué importancia puede tener la retención de una miserable y envejecida mujer libre para el gran esfuerzo bélico de Roma? —Volvió el rostro para ocultar las lágrimas inminentes, tan cerca de la superficie después de días de tensión fisica y tormento mental. El sol se puso por fin, recogiendo sus faldas rojas y ocultándolas detrás del manto de los riscos. El crepúsculo descendió, una sombra mortecina y tibia; y, en un cielo todavía matizado con luz melancólica, aparecieron las primeras estrellas, borrosas y pálidas.

—Subestimáis vuestro valor —le recordó, fingiendo por delicadeza que no veía el esfuerzo de ella por controlarse. Gladys meneó la cabeza con vigor y alzó el extremo de su túnica corta para secarse la cara.

Se volvió hacia él.

—Mi único valor reside en la voluntad de Caradoc para rendirse a vosotros, pero sé que jamás haría eso. ¿Vos lo haríais? Tiene la posibilidad de seguir. No renunciará a ello a cambio de verme otra vez. —Como por un acuerdo tácito, se pusieron de pie y comenzaron a andar de regreso adonde estaban la capa y las sandalias, el casco y el peto, un bulto negro sobre la roca. Plautio tenía la impresión de que se los había quitado hacía años.

Cuando llegaron a la roca, recogió la capa y la colocó suavemente sobre los hombros de Gladys, que con un agradecimiento lacónico, se volvió para echar una última mirada al agua plácida y plateada por las estrellas, y a la extensión vacía de playa cubierta de rocas. La niña extática y vivaz había desaparecido. Plautio la tomó del codo y escudriñó el perfil anguloso vuelto hacia el mar; sintió que ella volvía a arroparse con la dignidad mesurada de una prisionera real. Sus oficiales aguardaban junto a la barcaza con antorchas encendidas en las manos y la luz de popa en el gran barco de alta mar arrojaba ondas rojas que bailaban en el agua. Plautio sintió que Gladys liberaba su codo y se alejaba de él y se dio cuenta de que había estado sujetándola con más fuerza de la que la cortesía requería. Se volvió a poner el casco.

—Señora —dijo cuando se acercaban al bote—. ¿Cenaréis conmigo y mis oficiales mañana por la noche en el Salón? Os prometo buena conversación, algunas bromas y, por supuesto, ¡un cambio de la dieta de prisionero!

—¡No deseo pasar una noche sentada mientras todos me miran! —se quejó Gladys, pero sonreía, y la plata en su garganta centelleaba con los movimientos de su pecho.

—¡Ordenaré diez latigazos para el primer hombre que pose sus ojos en vos! —prometió Plautio y ella rió de repente, con pena. El humor se le atragantó en la garganta y se convirtió en tristeza, ligeramente consciente del nuevo curso que su vida estaba tomando, un nuevo hilo que esperaba para retorcerse a su alrededor. En la barcaza, se sentó apartada y callada, ya combatiendo un futuro que sólo prometía más sufrimiento.

Pudens fue a buscarla cuando la ancha espada del atardecer todavía ensangrentaba el horizonte. Iba vestido con su toga, el hilo blanco se plegaba con suavidad alrededor de sus piernas. Inclinó la cabeza ante ella y le ofreció el brazo. Gladys salió de la choza con la larga y crujiente túnica azul de Eurgain. Su cabello caía limpio y brillante, y los pocos adornos de plata que le quedaban estaban lustrados y relucientes. En sus exploraciones, Plautio había encontrado una de las cajas de atavios de Eurgain debajo de la cama; en el interior, había una túnica y una fina corona de plata. Se las había enviado a Gladys por la mañana, y ella había permanecido sentada largo rato acariciando la prenda fresca y real. Olía a amistad y a felicidad, a encuentros en el canipo de prácticas y a tragos compartidos en el Salón mientras Llyn perseguía a sus hermanas y Caelte cantaba en voz baja. La hizo a un lado, decidida a no ponérsela, pero quedó sobre la cama todo el día, haciéndole reproches como habría hecho Eurgain, y Gladys se paseaba por delante sin quitarle los ojos de encima. Si la usaba, se estaría admitiendo algo a sí misma y a Plautio, algo impensado e inesperado que por el momento no podía enfrentar. Si iba al Salón con su túnica masculina verde, gastada y desgarrada por la guerra, estaría proclaniando algo distinto, algo que tomaría la planta delicada y frágil de una flor de primavera en la mitad de su invierno y la aplastaría para siempre, dejándola congelada en las garras de un aislamiento autoimpuesto.

Al final, se desvistió y se lavó con el agua caliente que le había traído el guardia. Luego se deslizó la tunica de Eurgain por la cabeza, la ató con su cinto sencillo de cuero y se colocó la corona en la frente. «Eres una tonta —se dijo—. Estás más loca de lo que estaba Tog.» Aceptó el brazo de Pudens y caminaron despacio hacia el Salón.

La luz de las velas y del fuego la acogieron. En el vano, Plautio la esperaba para recibirla, imponente y extraño a los ojos de ella con su toga

blanca ribeteada con la púrpura senatorial. La mano que le extendió estaba cargada de anillos, y brazaletes de oro repujados cubrían las muñecas. Inclinó la cabeza.

—No os insultaré, señora, dándoos la bienvenida a vuestro propio Salón —dijo—. Permitidme, en cambio, daros la bienvenida a la compañía de mis amigos y a mi mesa. Se me ocurrió durante la noche que tal vez la invitación podría parecer un nuevo truco para obtener vuestro apoyo. Lo que no pude conseguir por la coerción podría lograrlo por un medio más amable o engañoso, ¿verdad? —sonrió—. Si os di esa impresión, os pido disculpas y niego cualquier tipo de intencionalidad por mi parte. —Gladys aceptó la muñeca cubierta con metal y pensó en la manera excesiva y terminante en que Tog y Caradoc y todos los demás habían subestimado la mente romana.

Hombres que se convertían en los amos del mundo debían poseer algo más que la habilidad insuperable para la guerra, y entendió cómo Plautio había llegado a ser un senador, un general, un hombre muy querido y respetado.

Tragó saliva. «Perdóname, hermano mio —pensó—. Perdóname, Cunobelin, padre verdadero; perdonadme, perdonadme, miembros de mi Consejo.» Habló con lentitud, sus palabras casi quedaron ahogadas por los estallidos de risas en el Salón y el ruido de platos y copas.

—Bienvenido a este Salón —dijo y apretó la muñeca con fuerza—. Que vuestra estancia aquí os depare descanso y paz. —Durante un largo instante, Plautio estudió su rostro y detectó una sumisión altiva, la promesa de una dádiva, y experimentó una profunda conmoción. Sabía que las palabras no eran para Roma sino para él; no obstante, al declararle formalmente a salvo de ella, Gladys también se enfrentaba al ostracismo final de su tribu. Deslizó la mano hacia atrás y tomó los dedos en los de él; eran tibios y firmes.

—Adelante —la invitó amablemente y ella le siguió. Los hombres en la sala hicieron silencio y se pusieron de pie con las copas en las manos.

Después de esa noche, Plautio le permitió pasear sola. Estaba ocupado de nuevo, encerrado noche tras noche con sus oficiales, y pronto Gladys se situaría junto a las puertas para observar la partida de las legiones: la Novena a territorio coritano en las fronteras de la nación de Aricia, la Segunda de Vespasiano y Sabino al sudoeste para sofocar los recientes movimientos de rebelión entre los durotriges, y la Decimocuarta y la

orgullosa e independiente Vigésima hacia el oeste. Camalodúnum quedó desierta excepto por los miembros del cuerpo del comandante, los soldados que permanecieron para construir viviendas más estables para sí mismos y para defender y mantener la aldea, y por los campesinos trinobantes y hombres libres catuvelaunos que se habían dispersado pero regresaban furtivamente persuadidos por Adminio. Plautio los había puesto a trabajar. Las legiones se movían con lentitud, reclutando mano de obra local para construir caminos a medida que avanzaban, y los intermediarios y especuladores ya cabalgaban sobre los adoquines suaves en sus caballos veloces, llevando y trayendo despachos.

El Gran Salón fue finalmente quemado. Gladys presenció el acto de pie y sin emoción. Todas las despedidas habían sido pronunciadas, todos los recuerdos, amargos y dulces, habían sido revividos y desechados, y ella aguardaba a que los lugares huecos en su alma se llenaran con otra realidad.

Cuando las cenizas se hubieron enfriado, Plautio ordenó el inmediato despeje y nivelación del terreno; y el nuevo procurador, los arquitectos venidos de Roma y los oficiales, se congregaron para discutir la edificación y financiación del templo de Claudio. Se decretaron impuestos, anonna y tributum soli, y eran severos, dado que el emperador se había negado a proporcionar fondos de su propio tesoro para la construcción de su templo. El dinero y la mano de obra tenían que provenir de los campesinos que en ese momento estaban trillando, cosechando sus cultivos, y preparando el ganado para el invierno. Los campesinos se indignaron, no tanto por el impuesto sobre el trigo ni por el ganado que era retirado de sus campos, como por las cadenas de esclavitud que les colocaron alrededor de sus cuellos. Los optios, además, los vigilaban con látigos mientras trabajaban sobre los restos carbonizados de su libertad. Hubo derramamiento de sangre y se elevaron gritos de protesta, ya que un esclavo tenía menos valor que un hombre, carecía de derechos, de alma y de voz. Pero Plautio, impasible, ordenó azotamientos y ejecuciones públicas y las protestas se extinguieron. La única resistencia que persistía se ocultó en los espíritus feroces de los campesinos desnudos y sudorosos, y en los otrora hombres libres. Una mañana, al pasar junto a ellos, Gladys se sintió atravesada por un odio ardiente y mudo. La culpa, contenida en el intervalo de calma después de su captura, regresó para atormentarla, y volvió a sentirse deshonrada, captando un profundo desprecio en los ojos de aquellos hombres que sufrían. Tendría que haber estado allí al lado de ellos, con los tendones crujiendo y los

pulmones ardiendo, en vez de comer con Plautio en su tienda y comentar los méritos del arte romano. Pero aunque era una prisionera, un grado inferior al de ellos, sus manos estaban atadas.

«Me quedé —se repetía una y otra vez—. Luché hasta el final. Me aferré a mi honor.» Pero sentía que los músculos del brazo con que esgrimía la espada se volvían fláccidos por la falta de práctica y que su cuerpo se ablandaba por el exceso de ocio y de buena comida. Se despreciaba a sí misma. Pidió a Plautio que le permitiera ejercitarse con la espada y él accedió. Fue a verla y una sonrisa divertida se dibujó en su rostro mientras ella giraba y atacaba a un Vario malhumorado, designado por su comandante para mantener feliz a la princesa bárbara. Gladys pudo haberlo matado en una o dos ocasiones, pero no lo hizo. No temía la represalia inmediata y final que vendría, pero recordaba su promesa tribal a Plautio y algo en su interior aborrecía la idea de traicionar su confianza.

Un día, después de un duro entrenamiento, sentada a la sombra de una de las casas nuevas que daban al sendero que conducía a las puertas, y con la espada a su lado, sintió algo en el suelo bajo su mano caliente. Escarbó la tierra con aire ausente y ésta se apartó para revelar una honda de cuero, enroscada en un nudo, marrón y todavía con restos de sangre vieja. Se apresuró a quitarla de la vista y la escondió bajo su cinto, sin saber por qué lo hacía. El soldado de la armería, que se levantaba junto a las cuadras, el hospital, los cobertizos de almacenamiento de granos y las nuevas barracas donde se había extendido el último círculo, se acercó para retirarle la espada. Gladys se la entregó y se levantó cansada para ir en busca de agua. Una honda no le sería de mucha utilidad en la tregua impuesta por ella misma, pero de todos modos se la llevó a su choza y la limpió. La frotó con aceites y se preguntó de quién seria la sangre que manchaba el suave cuero marrón.

Dos días después supo por qué Camulos, cuya efigie había sido situada detrás de las cuadras, le había dado el arma. Había salido a navegar río abajo en un bote, manteniéndose cerca de la orilla para eludir las barcazas abarrotadas que viajaban con regularidad entre la costa y Camalodúnum. De vez en cuando alzaba una mano en respuesta a los saludos de los soldados que se hallaban de pie junto a las provisiones apiladas. A unos ochocientos metros del estuario, encalló la pequeña embarcación, la levantó y la dejó. Se encaminó hacia el borde del risco sobre colinas ondulantes cubiertas de hierba y respiró hondo y agradecida en la brisa fresca que la azotaba. Había

desistido de navegar directamente al estuario, ya que se había convertido en un sitio ajetreado y bullicioso donde los barcos iban y venían, los soldados cotilleaban con los inevitables comerciantes y las arenas estaban siempre llenas de cargamentos. Fue más allá, adonde el risco caía de una manera abrupta sobre las rocas y el oleaje bullía efervescente debajo. Sus pies ya habían dejado una huella vaga en la alta hierba. Se recogería la túnica y bajaría sin temor al otro lado para descansar en paz y en silencio en aquel lugar donde los únicos sonidos eran los graznidos de las gaviotas y el romper de las olas.

Así alcanzó la cima de la última colina ondulante antes de que la tierra irrumpiera en cielo azul, y vio a dos hombres de pie en el borde, conversando. Se tiró boca abajo de inmediato y yació quieta en la hierba seca, sorprendida por la reacción insensata de su cuerpo. Ya no tenía nada que temer de ningún romano. De todos modos, levantó la cabeza con precaución y espió a través de los tallos de hierba. Entonces, un estremecimiento extraño la recorrió, y cerró los puños. Uno de los hombres era un soldado, un centurión; sostenía un bastón con languidez en una mano y el sol resplandecía en su loriga de bandas de metal, pero el otro... El otro hombre era Adminio.

Gladys estiró el cuello y forzó la vista. No había ninguna duda. El cabello castaño claro se agitaba hacia ella, la túnica era escarlata y amarilla, y llevaba la espada larga sujeta a una pierna. Y cuando se volvió para decir algo al soldado junto a él, reconoció su nariz ancha y gruesa, y la barbilla hendida de su padre; pero sólo era una caricatura de las facciones que ella había amado.

Adminio iba camino a la gordura. Los años en Roma le habían suavizado, y los pensamientos amargos de traición y venganza habían hecho estragos en aquel rostro apuesto, confiriéndole un aspecto hosco y avinagrado. La astucia sin par de Cunobelin también estaba allí, al igual que en Caradoc, pero sin la sensibilidad de Caradoc. Gladys sintió náuseas. Sabía que, por respeto a ella, Plautio los había mantenido apartados deliberadamente, pero en ese momento estaba allí, solo, acompañado por un soldado, al alcance de sus manos. Extrajo la honda del cinto y recordó la última vez que le había visto: en la cuadra, a oscuras, preparando su caballo en medio de un frenesí airado. Le había arrojado la torques y lastimado la mejilla.

«Debí haberle matado en ese momento —pensó—, pero supongo que no habría cambiado mucho las cosas. Claudio habría planeado su invasión de todas maneras, Plautio habría venido y yo todavía llevaría el estigma ardiente del deshonor de mi tribu y mi propia culpa.» Sholto murió de nuevo ante sus ojos, pero parpadeó para alejar la visión y tanteó a su alrededor con cautela. «Una piedra —rezó con los ojos cerrados—. Camulos, pusiste a Adminio al alcance de mi mano. Ahora, dame una piedra.» Olvidó su nueva situación, los sueños aún nebulosos de reclusión en el circulo de los brazos fuertes y tentadores de Plautio. Era una mujer de espada acechando a un enemigo, todo el esfuerzo puesto en la víctima. El hombre que gesticulaba y reía mientras el centurión hablaba, no era su hermano. Sus dedos se cerraron alrededor de una piedra redonda, suave, demasiado pequeña, pero tendría que servir. Sabía que no era hábil con las armas de los campesinos y que lo único que podía esperar hacer era derribarlo. Sacudió la honda y acomodó la piedra. «¿Y si le pego al soldado? —pensó—. Entonces tendré que enfrentarme a Adminio con las manos vacias y moriré.» Restó importancia a esa posibilidad. «Madre, manténlos hablando, mantén los ojos de ambos hacia el mar», rogó y se incorporó despacio. Levantó un brazo con rapidez, hizo girar la honda y estimó la dirección del viento fuerte. «Muere, asqueroso, miserable —pensó y la honda giró hasta producir un zumbido—. No te mereces una muerte limpia. Muere en la ignominia.» Liberó la piedra y se dejó caer fuera del alcance de la vista, pero antes de empezar a reptar de regreso al refugio cubierto de los árboles a lo largo de la orilla del río esperó para ver si la suerte la había acompañado, con los labios y los dientes apretados. La piedra dio en el blanco. Adminio gritó, se llevó una mano al cuello y aunque estiró un brazo para estabilizarse, perdió el equilibrio y sus pies resbalaron. El centurión saltó hacia delante y le aferró de la túnica, pero ésta se rompió y el chillido que hendió el aire estival bañado de sol sonó más dulce a los oídos de Gladys que la canción más bonita jamás cantada por Caelte.

«Por fin, por fin —se regocijó mientras se arrastraba sobre el vientre por la hierba. El centurión dejó caer su lastimoso manojo y comenzó a correr y a gritar a lo largo de la cima del risco—. Estoy limpia, me he vengado. Prestad atención, Tog, y todos vosotros, nobles muertos.» Alcanzó los árboles y se obligó a caminar despacio por la hierba húmeda junto al agua hasta que llegó al bote. Se subió, tomó el remo y tiró la honda al río. El sol

brillaba y salpicaba las profundidades límpidas; los peces se movían ligeramente como sombras frías para esconderse en la hierba del fondo a medida que el bote avanzaba río arriba. Regresaría a Camalodúnum. Ese día no necesitaba el bálsamo del océano.

Plautio se guardó su opinión con respecto a la causa de la muerte del jefe catuvelauno. Interrogó brevemente al centurión y escuchó la historia con una sonrisa interior. Luego mandó llamar a los guardias del río y preguntó en qué momento la señora Gladys había sacado el bote ese día. Su conocimiento e intuición creciente sobre ella hizo el resto. Los soldados decían que un insecto había picado al bárbaro en el cuello y que al espantarlo, había perdido el equilibrio y caído. La historia sirvió para distraer a las gentes durante dos días. Luego, Vespasiano regresó de Roma y los legionarios encontraron otros temas de conversación. Plautio dejó correr el asunto. Era consciente de la necesidad de usar traidores e informadores. Lo había hecho muchas veces en el pasado, pero siempre con una aversión casi fisica, y no lamentaba que Adminio hubiera muerto. En todo caso, había sobrevivido durante el tiempo que lo necesitó Roma. La invasión había sido tan aplastante que ni siquiera hubo que entronizarlo como rey títere. El acto no había sido un asesinato. Para una mujer de espada catuvelauna, había sido un castigo justo, y Plautio sabía que Gladys no volvería a matar de la misma manera. A partir de entonces, nunca más se refirió a Adminio en su presencia y con esto, ella supo que él lo entendía.

Plautio adquirió la costumbre de acompañarla cada atardecer cuando iba a la playa a deambular junto al agua oscura; las preocupaciones y decisiones del día se encogían bajo la influencia de su serenidad. El verano estaba a punto de desvanecerse. Las mañanas se empapaban con una bruma fina y blanca, el aire vespertino era fresco y, día tras día, las aves migratorias se movían en lo alto formando negras nubes. Los preparativos para el invierno seguían adelante. La Novena había construido un campamento en los pantanos de Brigantia y se disponía a cobijarse en cuarteles durante el invierno; el frente estaba asegurado por las promesas de cooperación de Aricia. Vespasiano se había reincorporado a la Segunda, que había pasado a alojarse en cómodas barracas, mientras los durotriges sufrían, acobardados después de más de una docena de derrotas. Vespasiano ya había comenzado a planear su ofensiva contra el noroeste en la primavera, si todo iba bien. La Decimocuarta y la Vigésima todavía

avanzaban con inquietud a través de territorio cornovio, muy conscientes de la proximidad de los hombres del oeste, pero todo parecía tranquilo.

Plautio sabía que pronto debería partir en un viaje de inspección de sus legiones, pero los días que le quedaban en Camalodúnum, paseaba junto a Gladys, a menudo en silencio. Ambos se protegían contra el frío de la noche para contemplar la salida de la luna pura y clara que plateaba el agua quieta, y se paraban junto a la espuma gris y burbujeante mientras las estrellas asomaban refulgentes y atrapadas en las nubes inmóviles de un cielo sereno.

Cuando, finalmente, la besó bajo la sombra intensa de una roca que se inclinaba sobre ellos y olía a sal y a vejez, lo hizo con una ingenuidad espontánea, como si él y ella, la arena, los riscos y el océano estuvieran unidos por lazos de una inocencia dulce y antigua. Los labios de Gladys eran suaves y fríos, y se adaptaron a los de él con facilidad y naturalidad; sabían a viento seco y a hierba. Plautio no experimentó una gran pasión. Sólo deseaba tocar el largo cabello, delinear con sus dedos los contornos definidos del rostro y ceñir aquella tibieza fresca contra él al amparo de su capa; sabía que con esta mujer la vida podía ser rica y plena. Tomó la capa de ella y la extendió sobre la arena gris. Se sentaron juntos, envueltos en la capa de Plautio y con las frías manos de Gladys en las de él. Plautio le habló en voz baja de su finca en las colinas de las afueras de Roma y de la quietud marmórea de sus residencias en el calor soporífero de una tarde de verano. Le habló del verde sombreado y húmedo de su jardín, con la pequeña puerta de hierro forjado bajo el enorme plátano donde uno podía apoyarse y contemplar los viñedos polvorientos que se extendían más allá, los amplios trechos del Tíber y las torres y altas columnas de la ciudad. Le habló del sol que tendía su larga sombra en las habitaciones vacias, de su estudio lleno de libros y pergaminos, de los años que había gobernado en Panonia, lejos del lugar que amaba. Albion era su último cargo activo. En cinco años, o en seis o siete, podría regresar a Roma con honor, a sus uvas, a sus caballos y a su casa hermosa y callada. No le pidió nada. No hubo preguntas sin formular. Al cabo de un rato, calló, la abrazó y la estrechó. El océano estallaba a los pies de ambos y hablaba a Gladys sobre una nueva libertad.

OceanofPDF.com

Verano del año 43 d. de C.

CAPITULO 16

Al oir los gritos y los vítores, Boudicca apartó de su pecho a la criatura soñolienta y satisfecha, la envolvió con rapidez, se la entregó a Hulda y corrió afuera. La tarde era calurosa. Más allá de la aldea, el bosque se erguía inmóvil, como paralizado por el peso del aire sofocante, y los pantanos estaban silenciosos bajo un sol alto y abrasador. Vio a su esposo dejar con su séquito la sombra fresca del salón del Consejo y echar a andar hacia las puertas. Se presuró para alcanzarle, tomó la espada de su lugar frente a la puerta de pieles y se la ciñó. Al verla aproximarse, él se detuvo y la esperó.

—¿Qué pasa? —gritó ella—. ¿Por qué están todos tan excitados? —Se le acercó sonrojada; el sol bañaba sus brazos desnudos y cubiertos de bronce, el cabello cobrizo y la cara morena y pecosa—. ¿Acaso el cielo va a desplomarse sobre nosotros?

Su ansiedad hizo sonreír a Prasutugas, y Lovernio, el bardo, reaccionó al viejo dicho con un batir de dados y un silbido agudo y melodioso.

—Algunos dirían que sí y otros que no —repuso—. Eso depende del cristal con que veáis el regreso de Camalodúnum de vuestra embajada. Desde luego, también depende de cómo consideréis a la embajada en sí. Vos, señora, podríais esperar que el cielo se desplomara en cualquier momento, en tanto que vos, señor, estáis lleno de júbilo por lo alto y despejado que está.

—¡Ahórrate tu agudeza para la reunión del Consejo, Lovernio! —replicó ella con rudeza—. ¿Es la embajada, Prasutugas?

—Creo que si.

Se volvieron y caminaron hacia las puertas donde una multitud creciente se había congregado, con los ojos fijos en las figuras de tres jinetes que oscilaban y bailaban en la niebla caliente que provenía del sur. Prasutugas fue aplaudido cuando se abría paso a través del gentío con su bardo, su cochero y su esposa detrás.

—¡Paz para todos, Prasutugas! —gritó alguien con regocijo. Él asintió y agitó una mano, mirando a Boudicca, que se había detenido a su lado y le aferraba el antebrazo desnudo.

—¿Vienen romanos con ellos? —inquirió—. Si han traído con ellos al enemigo, me recluiré, me negaré a darles hospitalidad, les...

—¿Cómo está mi hija hoy? —la interrumpió él amablemente pero con decisión. Boudicca le soltó y dejó caer la mano a la empuñadura de su espada—. ¿Se alimenta bien?

—A veces, Prasutugas —replicó con mordacidad—, creo odiarte, puesto que careces de intuición y por cierto, de inteligencia.

Él la besó en la punta de su pequeña nariz.

—Bueno, bueno —bromeó—. Me gustaría que me odiaras porque entonces me dejarías en paz. ¡Soy el hombre más regañado y dominado por su esposa de toda la tribu, y todos lo saben!

Ella buscó aquellos ojos azules sonrientes; de pronto, apoyó su cabeza despeinada en el pecho de él, pero antes de que pudiera hablar, un rugido se elevó de la gente y Boudicca se enderezó y vio que las formas titilantes se habían convertido en jinetes que se acercaban a las puertas a medio galope. Las túnicas mojadas, azules, amarillas y escarlatas se pegaban a sus pechos y los calzones flameaban de las piernas colgantes. Cuando estuvieron al alcance del oído, desenvainaron sus espadas y las sostuvieron en alto. En un momento, detuvieron los caballos y la multitud corrió a rodearlos. El jefe más cercano arrojó su espada a los pies de Prasutugas y la punta golpeó la tierra seca con un ruido sordo.

—¡Éxito, señor! —jadeó y se deslizó del lomo del animal—. ¡Tenemos muchas noticias, todas buenas, y los icenos están a salvo!

—¿Paz?

—Paz

La muchedumbre hizo suya la exclamación y gritaron «Paz» mientras Prasutugas, su séquito y los miembros de la embajada comenzaban a entrar en la aldea. Sólo Boudicca caminaba ceñuda y con la espalda rígida.

—¿Acaso el cielo lastimó vuestra cabeza cuando se astilló a vuestro alrededor? —le susurró Lovernio al oído. Ella se volvió para pegarle, pero no se atrevió. Los ojos del bardo eran comprensivos.

—De ahora en adelante, cierra la boca, Lovernio —masculló—. Si has sentido el cielo crujir en tus oídos, no se lo digas a nadie.

Por fortuna, el salón estaba fresco y sombrío, un sitio en penumbra con escudos gigantes que colgaban de las paredes, espadas antiguas que en el invierno reflejaban la luz de los fuegos del Consejo y cadenas macizas de las que pendía el caldero. Hombres y mujeres entusiasmados avanzaron apiñados a través del vano de la puerta. Prasutugas, Boudicca, la embajada y todos los demás se acercaron al lugar donde siempre ardía el fuego, que

en ese momento estaba apagado. Se repartió cerveza y bebieron con ansia; los viajeros engulleron dos o tres jarros seguidos. El líder de la embajada se limpió la boca en la túnica con cuidado y se relajó con un suspiro, mientras un sirviente esquivaba los cuerpos apretados llevando pan, queso y pescado fresco cocinado al vapor.

—¿Y bien? —preguntó Prasutugas—. ¿Hablaste con el emperador? ¿Qué dijo? ¿Acepta nuestro ofrecimiento de cooperación? —Se hizo silencio en el recinto y todos aguzaron los oídos para captar la conversación.

El líder tomó una hogaza de la bandeja que se extendía hacia él y la partió.

—Conocimos al emperador —respondió despacio y con orgullo—. Es un rey muy poderoso y su hospitalidad no tiene limites. Nos obsequió con platos extraños y vino dulce para beber, y habló con mucha amabilidad, pero sus palabras se limitaron a todas las cosas buenas que recibiríamos, y enseguida entendimos que no debíamos tratar nuestro asunto con él sino con el hombre que derrotó a los catuvelaunos. Había muchas otras embajadas presentes, que también comieron a la mesa del emperador, y él fue tan cortés que en ningún momento nos sentimos deshonrados.

Boudicca resopló y empezó a hablar, pero Prasutugas intervino con presteza.

—Cuéntame qué ha sucedido en Camalodúnum. ¿Había muchos soldados? ¿Y los catuvelaunos? ¿Qué ha ocurrido con ellos?

El jefe dejó de masticar.

—Hay soldados por todas partes, pero nos trataron con respeto. Han nivelado los muros de tierra y la mayoría de la aldea fue quemada. En cuanto a la gente, ya está trabajando duro para sus amos y el espectáculo era muy apropiado. ¡Cómo me gustó ver a esos hijos de perra sudando con picos y palas en las manos en vez de espadas!

—¿Y Caradoc? —Boudicca no pudo seguir conteniéndose—. ¿Está muerto? ¿Lo tomaron prisionero? ¿Qué? —Prasutugas la miró con curiosidad, intrigado por el dejo melancólico que denotaba su voz, y aquellos en el salón que habían perdido familiares en las guerras contra los hijos de Cunobelin se aproximaron. El jefe hizo una seña para pedir más cerveza.

—Caradoc y muchos de sus jefes más cercanos huyeron. Algunos dicen que el dios de los catuvelaunos los levantó sobre las paredes y los llevó al

refugio de los bosques, pero el rumor más firme es que se han dirigido al oeste. El muy cobarde dejó a sus campesinos para que fueran aniquilados y a su hermana para ser apresada. Pero ¿qué otra cosa se puede esperar de un catuvelauno?

La multitud ansiosa murmuró su conformidad pero Boudicca permaneció sentada muy quieta, recordando al joven alto y de ojos castaños que la había depositado sobre su caballo y galopado con ella a través de los árboles desnudos en el aire de invierno tonificante y vivaz. En ese entonces, con la sagacidad de una niña, había sentido la bondad de Caradoc como algo impersonal e indiferente, y su risa fuerte y el desprecio que él había demostrado hacia su padre habían lastimado su orgullo. Ese desprecio había servido para alimentar su ira durante la campaña con Subidasto contra los dos jóvenes y arrogantes hermanos catuvelaunos. Pero entonces, a medida que el aire en el salón se volvía caldeado y sofocante y escuchaba al jefe hablar con tanta ligereza y mofa del fin de la libertad de su propia tribu, recordó la buena disposición y la seguridad con que Caradoc tomaba las riendas que la habían mantenido segura, y la rapidez con que se abrían a su paso los enfervorizados y agitados dueños de ganado junto al río. De modo que se había ido, había escapado. Un estremecimiento de alegría la recorrió. Después de todo, no se había rendido a Roma. Al final, su honor había valido más que el honor de su propio esposo y su tribu, y los otrora corruptos catuvelaunos habían pasado por el infierno y emergido... ¿como qué? Pero ¿por qué se había dirigido al oeste? ¿Qué hechizo le había impulsado a sacrificar a un pariente de sangre? No creía ni por un segundo que hubiera huido.

—Vi a su hermana —continuaba el jefe—. Estaba caminando por la aldea con su guardia y hablando con otros jefes, pero no se acercó a nosotros. Nadie sabe por qué los romanos no la han ejecutado. —Su labio se curvó con rencor—. Tal vez la envíen a Roma para ser despedazada en el circo.

Prasutugas notó que su esposa se inquietaba y que su enfado iba en aumento.

—Así que Caradoc ha dejado las tierras bajas —manifestó—. Bien, ¿y qué hay de Plautio? ¿Qué acuerdos hiciste? ¿Nos dejará en paz a cambio de nuestra sumisión?

—No nos molestará mientras no le hagamos la guerra, pero eso si, harán pasar caminos a través de nuestro territorio y quizás levanten un fuerte, si lo

consideran adecuado. El emperador está ofreciendo oro a todas las tribus que deseen la paz con Roma, y con ese regalo, extiende su palabra de honor de que nos dejarán tranquilos.

Boudicca se levantó de un salto y su cabello voló.

—¡Soborno! —chilló—. ¡Llámalo por su nombre, sin tanta cautela y ese temor reverente en tu voz! Este llamado regalo de oro no es más que un soborno y no incluye el sello de un pacto de amistad. ¿De veras creéis que Claudio regala oro y promesas a cambio de sonrisas? ¿Qué jefe ofrecería esas cosas sin pedir nada a cambio y no seria considerado un tonto o un criminal? Me avergonzáis todos vosotros. —Dirigió una mirada furiosa a Prasutugas—. Y me dais miedo. ¿Qué semillas de perdición estáis sembrando?

—¡Sentaos, Boudicca! —gritó alguien.

Otra voz bramó:

—¡Basta de guerra!

El grito fue bien acogido.

—¡Basta de guerra! —empezaron a canturrear los jefes y sus mujeres, y después de dirigir una amplia mirada a sus rostros tercos y resueltos, Boudicca pateó el suelo, blandió un puño hacia Prasutugas y se marchó.

La encontró una hora después, sentada, con malhumor, en la orilla del río, con la sombra del monte a sus espaldas y las piernas desnudas en el agua fría. Prasutugas se quitó las sandalias y la espada sin hacer ruido y se agachó junto a ella. Lanzó una exclamación cuando sus pies húmedos tocaron los bajos mojados, pero ella no se volvió.

—En dos días, un romano llamado Rufo Pudens estará aquí con su escolta —dijo al cabo de unos minutos—. Traerá el oro y los papeles del acuerdo para firmar.

—¿Sabes leer latín? —replicó ella con la mirada todavía clavada en el blanco centelleo del sol sobre el agua clara.

Prasutugas le apoyó una mano en la mejilla y la obligó a mirarle.

—Boudicca —susurró—. ¿Recuerdas cuando los jefes trajeron el cuerpo decapitado de tu padre a casa y caminamos en la noche llorando y gimiendo junto a su féretro mientras la lluvia caía sin cesar? ¿Recuerdas cuando Jan asesinó al alto guerrero catuvelauno que le había cortado el brazo y estaba dando vueltas sobre su cabeza y riendo a carcajadas? ¿Has olvidado cómo gritaste y te enfureciste con Lovernio porque te dijo que yo

moriría? ¡Cuántos sufrimientos, cuántos recuerdos atroces y desgarradores! ¿Deseas que esas cosas sigan pasando el resto de tu vida?

Ella se alejó, hundió sus pies en el agua y anduvo hasta que la corriente se arremolinó en torno a sus rodillas morenas. Se agachó y se echó agua a la cara. Luego se cruzó de brazos y le miró. Tan joven, tan serio, su franca y cándida vulnerabilidad le partía el corazón.

—Luchamos contra los catuvelaunos como un pueblo libre —replicó con dureza—. Al final habríamos podido perder o ganar, o decretar la paz y luego volvernos contra los coritanos y hacer la guerra de nuevo. Pero entonces llegaron los romanos y Caradoc suplicó nuestra ayuda y se la negamos por malicia, porque el pueblo no fue capaz de ver el peligro que nos acechaba más allá de la venganza.

—Ésa no es la única razón —le recordó—. El pueblo estaba cansado.

—¡Tú los convenciste de que estaban cansados! —gritó—. Les hablaste de paz eterna y te eligieron rey en vez de a mí a cambio de esta paz. ¡Pero el precio, Prasutugas, el precio! ¡La deshonra de los catuvelaunos! ¡Por el oro romano, por la paz, les has arrebatado secretamente el alma!

—¡Qué tonterías dices! Queremos un cambio, todos. ¿Te alegra que tu padre descanse sin su cabeza? ¿Te hace feliz que la manga de mi túnica cuelgue vacía y mi herida todavía me haga arrastrarme de dolor por el suelo? No te entiendo, Boudicca. ¿Qué temes?

Ella se echó el cabello rojo hacia atrás con las manos mojadas y miró más allá de él, hacia donde el ganado bien alimentado pastaba en la hierba larga y exuberante, y el trigo dorado maduraba en los campos.

—No temo a Roma por ella misma —respondió con lentitud—. Ni tampoco te combato, querido mío, porque seas ignorante y de inteligencia mediocre. El pueblo quiere un cambio, pero no se da cuenta de que el cambio no será fuera de ellos sino dentro. Los icenos perderán algo, Prasutugas, algo valioso, y aunque yo misma todavía no sé qué es, lo siento, lo siento muy hondo en mi interior y sé que una vez perdido, nunca podrá ser reemplazado. —Extendió los brazos—. Ya se han ido los druidas y pronto los dioses dejarán de hablarnos. Es la muerte lo que aguarda a los icenos. ¿No la sientes acechar?

—No —replicó con calma—. No. Te dejas llevar por tu propio fatalismo y, además, te gusta mucho el sonido de tu propia voz. Creo que si no tuvieras nada ni nadie a quien combatir, levantarías tu espejo y te gritarías a ti misma.

—¡Idiota! —le insultó con vehemencia—. Mi padre tenía razón, el hechicero tenía razón. Nunca debí casarme contigo. Este año ha sido una mortificación para mí y creo que ahora tomaré otro esposo.

Prasutugas rompió a reír.

—Cualquier otro hombre ya te habría hecho callar a golpes y luego se habría degollado de aburrimiento.

—¡Bueno, preferiría enfrentarme a los puños que a tus bromas interminables y a tu mansedumbre!

Él agachó la cabeza e hizo el amago de levantarse, pero de repente, se lanzó hacia delante, todavía riendo, y la tomó desprevenida. Su brazo sano se alargó y la cogió del cuello. Boudicca perdió el equilibrio y cayeron juntos al agua más profunda, chapoteando y salpicando agua. Prasutugas se dio prisa a sujetarla por el otro lado y la empujó hacia el fondo. La mantuvo así mientras ella pateaba y le arañaba los calzones, después la soltó y se apartó rápidamente, sonriendo mientras ella se ponía de pie tambaleante y jadeando.

—Boudicca —llamó. Ella recobró el aliento.

—¡Qué, qué, qué! —chilló indignada, todavía tosiendo—. Andrasta, ¿cómo es posible que un hombre con un solo brazo pueda pellizcar en tantos sitios a la vez?

—Te amo mucho. Dame la mano. —Le cogió los dedos con firmeza y, por un instante, permanecieron quietos, con las ropas pegadas a sus cuerpos fuertes, el cabello rojo y rubio en las mejillas, y el agua brillando en sus rostros y brazos.

Salieron a la superficie cálida de la orilla.

—No te tomo a la ligera —le aseguró—. Hay dos heridas que me atormentan. Una está a la vista del mundo, pero la otra es mi dolor por tu desdicha y mi preocupación constante por ti.

Boudicca se recostó contra él y le envolvió el cuello con los brazos.

—Yo también te quiero, Prasutugas —susurró—. ¡Oh, cuánto te quiero! Más que a mi clan, más que a mi pueblo, te quiero. ¿Qué es la existencia sin ti? Por ti brindaré hospitalidad a ese romano, a ese Pudens, y sonreiré y seré amable, pero mi sonrisa y mi mano extendida responderán únicamente al amor que siento por ti.

Él la besó suavemente; las numerosas y frecuentes diferencias entre ellos quedaron hundidas por el momento bajo el amor que los había sorprendido.

Boudicca se levantó y se despegó de las piernas la túnica pesada y empapada.

—Mis obligaciones me esperan. Ethelind debe de estar llorando otra vez y Hulda seguramente la está paseando de un lado a otro, cada vez más furiosa. —Se levantó el cabello de la nuca—. ¡Qué calor! No recuerdo un verano tan caluroso como éste. Supongo que los romanos se estarán felicitando por haber encontrado una provincia nueva que promete ser tan fértil y agradable como su propio país. —Resopló—. ¡Espera a que lleguen las nevadas! Entonces ya veremos.

Prasutugas se incorporó y se quedó mirándola; sabía por el súbito aire perdido y pensativo de ella que estaba pensando en Caradoc y en el misterio de su desaparición. Recogió sus sandalias y su espada y se alejó.

—¿Dormimos bajo las estrellas esta noche? —sugirió—. Podemos traer mantas y acostarnos junto al río. Ethelind no se despertará hasta el amanecer.

Boudicca volvió en sí y le sonrió.

—¡Si prometes no empujarme al agua cuando sea la hora de levantarse! Si me resfrío, tendré que quedarme en cama. Y entonces deberás recibir al romano tú solo.

—¡Y cuánto lo lamentarías!

Atravesaron juntos la oscuridad verde e inerte del monte y mucho antes de que llegaran a la puerta de la choza, Boudicca oyó el llanto agudo y hambriento de su hija.

Esa noche llevaron la ropa de cama a la hierba que crecía junto al río y se sentaron a observar la luz de verano extinguirse poco a poco en el cielo y la salida de las estrellas que pendían bajas y rutilantes sobre los pantanos. La suave oscuridad estaba cargada de los ruidos del calor y la vida. Las ranas croaban en el barro, los insectos se movían en derredor con ruidos ligeros; a lo lejos, en el bosque, las lechuzas cazaban, y multitud de seres pequeños e innombrables se desenrollaban bajo la protección cerrada de los árboles y convertían la noche en un momento amable y muy concurrido. Los dos jóvenes conversaron en voz baja, relajados, sobre asuntos simples del corazón y sobre las preocupaciones diarias de la tribu, pero no hablaron del futuro.

Para ellos, la noche era preciosa, un instante de descanso que habían aprendido a aferrar con firmeza para estar a solas, horas que contenían sólo la compañía mutua. Prasutugas olvidaba las inquietudes agobiantes de una

tribu cuyo bienestar giraba en torno de él como una rueda grande y pesada; Boudicca hacía a un lado el terror creciente que a veces le daba la impresión de ser un lodo silencioso y asfixiante que ahogaba toda su alegría. El futuro era para la luz del día, unido inexorablemente a acciones y decisiones en las que cada uno era forzado a convertirse en lo que no era. Sólo allí, junto al arrullo plateado del río que fluía tranquilamente, eterno, bajo el silencio titilante del fuego de las estrellas, podían quitarse las capas de la necesidad y la ansiedad. Acurrucados bajo las mantas, con las cabezas juntas, murmuraron y rieron. Hicieron el amor, se pusieron de pie para beber del río frío y transparente, y se amaron de nuevo. Y aunque no durmieron, regresaron a las puertas refrescados cuando el amanecer era apenas un tinte gris en el este y el viento del alba traía un aire fresco y vigorizante.

El día era caluroso de nuevo, y húmedo. El ganado se mantenía junto al río con las cabezas inclinadas mientras los niños desnudos chapoteaban y gritaban a su alrededor. Los caballos caminaban despacio agitando sus colas para espantar las nubes de moscas. La gente se sentaba a la sombra de sus chozas y sólo unos pocos esclavos estaban ocupados alrededor del fuego del Consejo que se había encendido fuera de la empalizada. Incluso los comerciantes, los herreros y tejedores, los curtidores, los orfebres y los fabricantes de telas dejaron sus herramientas y se congregaron junto al agua para contar chismes o dormitar. Prasutugas, con todos sus pensamientos concentrados con nerviosismo en la delegación romana que en ese preciso momento avanzaba hacia las fronteras de su tierra, transitaba los senderos de la aldea con Lovernio y Ian, los tres sudando y callados. Boudicca pasó la mañana recorriendo sus campos y su ganado; habló con los campesinos y hombres libres que trabajaban para ella y observó con amargura y tristeza su precio de honor mientras se preguntaba qué parte de él acabaría en los vientres de los legionarios siempre hambrientos. Por la tarde, desanimada y agobiada por el calor, se metió en la cama y durmió con su bebé en el regazo.

El atardecer trajo una ilusión de frescura y, después de una cena a media luz al aire libre y unas palabras con su esposo, Boudicca se encaminó sola al bosque, descalza sobre la tierra seca y con la capa colgando de un brazo. El bosquecillo de Andrasta se encontraba detrás de muchos árboles, al final de un sendero que ya se había angostado por falta de uso. Descubrió con consternación que a veces tenía que apartar ramas arqueadas o pasar por

encima de invasiones dispersas de ortigas. No se habían ofrecido sacrificios ese verano, no desde que los druidas habían desaparecido; mientras caminaba, Boudicca recordó las reuniones de los jefes y sus mujeres, agolpados allí para pedir suerte y hacer encantamientos antes de que los carros rodaran hacia el sur para enfrentar a los catuvelaunos. Su padre había inclinado la cabeza junto con los demás, esa cabeza que yacía oculta en algún sitio, con el cráneo ya descolorido por la nieve o colgando solitario y olvidado contra el dintel de alguna choza catuvelauna desierta. Y Prasutugas había tomado su espada formidable en sus manos poderosas y llenas de vida y la había blandido en el aire, riendo, para mostrarle cómo la había afilado Ian. Había cortado una hoja que voló junto a él. «No —pensó con los ojos cerrados un instante mientras su cuerpo andaba el camino que conocía tan bien—. No, no quiero volver a esos tiempos. Prasutugas tiene razón. Si las tribus hubieran decidido en un Consejo de Samain renunciar a la guerra y vivir en paz para siempre, ¡qué maravillosa y plena seria la vida ahora! A no ser por Roma... No es lo mismo... Es como si robáramos el objeto de nuestro deseo ferviente en vez de pagar por él con honor. Y el júbilo de poseerlo acabará tomándose en aversión y reproche hacia nosotros mismos.»

El bosquecillo estaba quieto y solitario, apenas iluminado por los rayos fríos de la luna recién salida, y las sombras de miles de ramas formaban cuadrados negros sobre el semicírculo del templo de madera sin techo, y el altar de piedra oscuro. Andrasta estaba sentada con las piernas cruzadas junto a él: alta y de espaldas angostas, con los ojos cerrados y la boca algo entreabierta.

La luz de la luna acariciaba su casco alado y las serpientes de cabello que escapaban por debajo. Los brazos finos e informes como palos de avellano descansaban junto a las rodillas y, en cada palma vuelta hacia arriba, un cráneo en plata miraba inexpresivamente en la penumbra. Boudicca se adelantó, pero incluso cuando se detuvo frente al rostro por siempre oculto detrás de los ojos cerrados, sintió la ausencia de magia en el bosquecillo, el vacio patético y desolado del lugar. El poder ya no estaba allí. Los druidas habían notado los vientos de cambio que comenzaban a soplar dentro de los icenos y habían maldecido al pueblo con advertencias, pero el pueblo había vuelto los rostros a ese viento nuevo y sus espaldas al hechicero y a los sabios, y cuando habían girado con cautela para ver qué vendría después, los druidas habían desaparecido y sus maldiciones habían

parecido mezquinas y sin fuerza. «Si bailáis con los demonios de Roma, pagaréis con todo lo que tenéis y más», habían dicho los druidas. Pero Prasutugas había mostrado la obcecación serena que había atraído y a la vez repelido a Boudicca, y el pueblo, cansado de la guerra, había afrontado la ira de Andrasta y formado filas detrás de él.

—¿Dónde está tu furia, Reina de la Victoria? —preguntó en voz baja—. ¿Dónde está tu venganza? —Pero la quietud era tranquila y silenciosa y ni siquiera susurros perturbaban la noche.

Boudicca permaneció allí, impotente, sabedora de la inutilidad de oraciones e invocaciones. No había creído que al final su esposo se rindiera a Roma, pero Roma venía a llenar la oscuridad dejada por los druidas con una presencia más oscura. Y ella no podía hacer nada.

De pronto, una ramita se partió a sus espaldas y la hierba seca se agitó. Se volvió. Lovernio dio un paso adelante y quedó bajo la luz de la luna. Llevaba un envoltorio en las manos y por un instante, se sonrieron con pesar. Luego él se acercó y habló.

—Pensé que erais Hulda —manifestó—. No os reconocí, señora. —Había precaución en su voz—. No he hecho una ofrenda en todo el verano. —Las palabras podían haber expresado contrición por su negligencia o la aceptación de haber dejado que Andrasta cayera en el olvido. Estudió a Boudicca con atención.

—¿Qué has traído? —inquirió ella mientras él desenvolvía el envoltorio.

—Algo de dinero. Un brazalete de plata que era parte del precio de honor de mi madre. Y un cuchillo. —La luz de la luna confirió al mango nacarado un brillo intenso y los granates titilaron en la vaina pequeña. Boudicca escrutó el rostro del hombre con rapidez y luego deslizó un dedo por el borde grueso y áspero de la vaina.

—No servirán de nada, Lovernio. Ella no recibirá los obsequios. Los druidas la han aislado con hechizos y nada de lo que hagamos la despertará a nuestros deseos.

—Sin embargo, se los ofreceré igual. Y seguiré trayéndole lo que pueda.

Boudicca le observó mientras depositaba la ofrenda en las rodillas de Andrasta, y escuchó las palabras de sumisión, pero sabía que la diosa ya no estaba obligada a honrar la ofrenda con un servicio. Se colocó la capa en los hombros sin prisa y se dispuso a marcharse.

—Ahora estamos solos, tú y yo —declaró con brusquedad y rudeza mientras el bardo se ponía de pie—. Dime, hombre cantor, con tu agudeza, ¿qué he de hacer?

—Lo mismo que haré yo —replicó con sencillez—. Seguiré cantando a mi señor sobre sus triunfos y errores, y vos debéis criar a vuestra hija y cuidar de vuestro precio de honor.

—¿Para que al final los romanos se queden con todo? Quiero irme, Lovernio. Deseo escapar al oeste.

El hombre escudriñó los ojos de ella un largo rato y luego le tomó la mano con suavidad.

—No queréis hacer eso en realidad —respondió—. Le amáis demasiado para dejarle desamparado. ¡Tened coraje, Boudicca! Nuestro tiempo llegará. Debemos esperar.

Boudicca se volvió y enfilaron juntos hacia el sendero.

—No sirvo para esperar —contestó por fin—. He aprendido muchas cosas en mi corta vida, Lovernio, pero la paciencia no es una de ellas. —Habló con jovialidad, su abatimiento se disipaba, y el bardo le replicó en el mismo tono.

—¡Si pasarais más tiempo con la boca cerrada y los ojos en las estrellas, y menos con la cabeza gacha y embistiendo contra todo y contra todos como un toro enloquecido, aprenderíais! —se mofó y ella rió.

—Compón una canción para que no lo olvide —sugirió por encima del hombro—. Y cántamela todos los días. Prasutugas te recompensaría con creces por enseñarme a controlar mi lengua.

—¡No, no lo haría! —replicó el bardo—. ¡Está deslumbrado por vos como vos por él!

Boudicca rió de nuevo pero no hizo ningún comentario y la luz del fuego de la aldea los llamó con señas cuando dejaron los árboles y se encaminaron con lentitud hacia las puertas.

Rufo Pudens y su escolta de tribunos e infantería llegaron al atardecer del día siguiente. Tuvieron un ruidoso recibimiento de la gente de la aldea, los granjeros de las afueras y muchos comerciantes y vagabundos que se habían reunido para echar un vistazo a los nuevos amos de Albion. Prasutugas y Boudicca aguardaban con su séquito de pie en la puerta del salón del Consejo: un estallido de color vivido e inmóvil en medio de la turba que vociferaba y forcejeaba. Prasutugas llevaba un alto casco de bronce y su cabello suelto caía en una cascada de olas doradas sobre los

hombros. La espada ceremonial colgaba de su cinto multicolor, y el brazo sano sostenía el escudo con piedras ensartadas que había pertenecido a su padre y a su abuelo antes que a él. Boudicca esperaba con recato a su lado, envuelta en una túnica amarilla. Los brazaletes de oro tintineaban mientras abría y cerraba los dedos romos; sobre la cabeza, ostentaba la corona de oro tachonada con ámbar que había recibido como regalo de bodas de su esposo. Pero tanto la corona como las piedras se perdían en el cabello resplandeciente que se rizaba hasta la cintura.

—Recuerda —le susurró Prasutugas por la comisura de la boca—. Hoy tienes prohibido perder la paciencia. Si lo haces, te castigaré, y esta vez hablo en serio.

—¡Lo prometí, lo prometí! —siseó ella—. ¡Andrasta, el amor me ha convertido en una tonta! ¡Oh, mira, Prasutugas! ¡Ahí viene! ¡Qué seguridad imponente, qué poder deslumbrante! No es demasiado tarde para cambiar de opinión, sabes. ¿Y quién es el jefe que le acompaña?

—¡Calla! —Le dio un codazo y se adelantó, ya que, a una breve orden, el compacto grupo de soldados había girado y se había detenido junto a las puertas. Un silencio de admiración descendió entre la multitud.

Pudens desmontó junto con sus tribunos y tomó el sendero que conducía en línea recta al salón. A su pesar, Boudicca experimentó un estremecimiento de aprobación al ver la capa escarlata de pliegues ordenados, el peto brillante y el reluciente casco con plumas. Orden y disciplina precisos emanaban del paso erguido y seguro de los cuatro hombres, de los hombros echados hacia atrás y del ademán desenvuelto de sus cabezas. Un jefe alto y corpulento venía con ellos, ataviado con una túnica sin mangas de color azul intenso. Los brazaletes se hundían en la carne abultada de la parte superior de sus brazos y una espada de hierro sencilla golpeaba contra su pierna larga y gruesa. El pelo era castaño claro, apenas canoso sobre la frente alta, y al aproximarse, Boudicca vio su rostro con más claridad, un rostro que podía haber sido hermoso, animado con sensibilidad y humor, de no estar marcado por el resentimiento y la amargura.

«Conozco a ese hombre —pensó azorada—. Lo he visto antes.»

Prasutugas sintió de repente como si él y su esposa fueran niños a los que se hubiera sorprendido en algún juego prohibido. Los romanos se acercaron a él, se quitaron los yelmos. Él, por su parte, entregó su escudo a Ian y extendió el brazo.

—Bienvenidos a esta aldea —dijo cortésmente—. Comida, vino y paz para vosotros.

Rufo Pudens aceptó la muñeca ofrecida.

—Os lo agradezco mucho, señor, en nombre del emperador —respondió con seriedad—. Es un gran placer para mi conoceros al fin personalmente. Él —añadió e indicó al jefe con un gesto menor—, es mi intérprete.

El jefe se apresuró a traducir las palabras de Pudens y luego añadió:

—Mi nombre es Saloc. El noble Pudens tiene cierta facilidad para nuestra lengua, pero no la suficiente para que podáis entenderlo con toda claridad. Ése será mi honor. —Dio un paso atrás, tomó el brazo de Prasutugas por un breve instante y volvió su atención a Pudens, que había alargado su mano hacia Boudicca y esperaba el saludo.

Prasutugas la presentó deprisa. Ella titubeó con ojos rebeldes y fijos en las puntas de las sandalias del romano; el orgullo y la lealtad contendían con furia en su interior. Y entonces, despacio, alzó la mano y la mirada. Sintió, no los tentáculos fríos y crueles de su imaginación, sino un apretón de amistad franco y afable. Ojos sonrientes y brillantes se posaron en ella desde un rostro juvenil y anhelante coronado por un flequillo de cabello negro. Se las ingenió para devolver la sonrisa, pero las palabras de amabilidad se resistían a ser pronunciadas, y al final, Pudens, viendo y entendiendo todo en un momento, la liberó y presentó a sus tribunos. Por el momento, las formalidades quedaron así terminadas y Prasutugas inclinó la cabeza a manera de invitación para que entraran en el salón. Un pequeño fuego ardía en honor de la delegación, con pieles dispuestas a su alrededor; se sentaron bajo las sombras frescas con gran alivio y bebieron el vino que Prasutugas había ordenado traer para la ocasión. Pero Boudicca aferraba su jarro de aguamiel y se mantenía serena. El resto de la tarde transcurriría con conversaciones corteses acerca de nada, y se tensó contra las olas de resentimiento sabiendo que al anochecer, después del banquete y cuando se expusiera el asunto, necesitaría de todo su control para conservar la calma. Los hombres bebían y departían con amenidad; Pudens evitaba con astucia cualquier insinuación sobre la guerra, la ocupación o exigencias romanas, y Saloc traducía con una habilidad automática e indiferente. Boudicca se sorprendió escuchando con interés un relato sobre la forma romana de cazar y cultivar la tierra. Después, Prasutugas comenzó a hablar de sus preciados perros e invitó a los romanos a dar un paseo por las perreras y por otros lugares que podrían ser agradables. Todos salieron a los rayos ya débiles de

un sol que avanzaba lentamente hacia el oeste, y mientras caminaban por la aldea, fueron seguidos por grupos de jefes y hombres libres que escuchaban la lengua romana dura y exacta con temor reverente y cierta intranquilidad. Más tarde, con la última luz roja del día, se reunieron junto al gran fuego que crepitaba alegremente fuera de las puertas y se mezclaron con el pueblo; comieron y bebieron, y observaron a los jefes pelear con espadas, luchar y llevar a cabo carreras de carros alrededor de la empalizada iluminada por las antorchas.

De pronto, Boudicca descubrió horrorizada que Pudens estaba a su lado, con el vino en la mano. Era demasiado tarde para alejarse y apretó su jarro contra el pecho y le miró con resolución.

—¿Tenéis una hija, señora? —preguntó él con vacilación, en la lengua de ella; su voz se elevó sobre el estruendo festivo en derredor. Boudicca asintió con rapidez—. ¿Cómo se llama?

«Su nombre se da sólo a los de su clan» quiso replicar, pero contestó con mansedumbre:

—Ethelind.

—Es un nombre con música. Me gustan mucho los niños. Tengo muchos sobrinos y sobrinas en casa que me atosigan pidiéndome regalos cada vez que regreso a Roma. Pero no me importa. —Le sonrió. «¿Te gustaban también los niños que vosotros, romanos, asesinasteis en la Galia?», deseó preguntar ella con desprecio, pero, de alguna forma, el rostro era demasiado franco, demasiado joven. Y no pudo.

—¿Sois casado? —aventuró lacónicamente. Pudens meneó la cabeza.

—No, todavía no. Como suele decirse, en este momento estoy casado con mi carrera, y mi carrera es una dama celosa que me demanda mucho tiempo. Sin embargo, tiene sus recompensas. —Se dio cuenta de su error al instante. Los ojos de Boudicca se oscurecieron y su boca se torció. Pudens pensó rápidamente en cambiar el tema de conversación, pero comprendió que no podría reblandecerla con palabras ligeras, de manera que añadió con tono amable—: Lo siento. Pero no puedo vigilar mi lengua todo el tiempo y apenas soy un principiante en el uso de vuestro idioma. Nos odiáis, ¿verdad?

Boudicca alzó la cabeza.

—Sí —sentenció—. Os odio.

—Entonces no sirve de nada decir que en un par de años, cuando hayáis llegado a conocernos mejor, al menos habréis olvidado el odio y tal vez sólo

sintáis una pequeña antipatía hacia nosotros. Admiro vuestra franqueza, Boudicca, y aunque no me creáis, os entiendo. Sólo he conocido otra mujer con ese respeto por el honor.

—La hermana de Caradoc.

—Sí —repuso con sorpresa—. Si os sirve de consuelo, desafió al propio emperador.

—No es un consuelo —contestó con dureza—. Puesto que el emperador no se fue.

Bebieron en silencio y cohibidos. Luego, sin cruzar una sola palabra más, él hizo una reverencia corta y la dejó.

Mientras los hombres libres todavía se peleaban y reían, y el fuego seguía brincando alto contra la negrura del cielo, los romanos, Saloc, Boudicca y Prasutugas y su séquito se dirigieron al salón y se acomodaron junto al fuego. Lámparas encendidas iluminaban con su resplandor la penumbra ormal y ceremonial. Los sirvientes se movían con sigilo de un lado a otro, anónimos y discretos, alimentando el fuego y trayendo más vino. Cuando hubieron acabado, Prasutugas los despachó y se volvió hacia Pudens. Se hizo silencio. Boudicca se desprendió la espada y la depositó con cuidado rente a sus rodillas. Lovernio e Ian la imitaron.

Pudens carraspeó y habló.

—Primero debo agradeceros de nuevo, señor, vuestra hospitalidad y la sabiduría que os urgió a buscar la paz con nosotros para vuestro pueblo. Creo sin ninguna duda que gracias a vuestro coraje en la elección de este camino, la tribu honrará vuestra memoria como la de un padre verdadero y un guía. Que no haya palabras de rendición ni conquista entre nosotros. Roma sólo desea cosas buenas para vosotros para que juntos podamos ser amigos. —Saloc repitió las palabras con los dulces altibajos de la lengua de Boudicca, y ella se sintió presa de una profunda tristeza. Se había preparado para combatir la cólera, pero esta pena creciente la desconcertaba y espantaba. Pensó: «¡Ah, no! No debo llorar. Sobre todo, no debo derramar lágrimas en presencia de los extranjeros».

Prasutugas alzó una mano; su rostro joven estaba arrugado por el cansancio del día y la tensión que le producían tales circunstancias.

—Señor —dijo con un dejo de humor—, puedo parecer casi un niño a vuestros ojos, pero eso es porque entre vuestra gente, la infancia es prolongada y vuestros niños están protegidos. Yo soy un hombre, un rey de mi pueblo, y os ruego que no pisoteéis los ribetes de mi honor hablándome

como si fuera lento de entendimiento. No perdamos horas de sueño con palabras bellas pero vacías. Roma ha conquistado. No deseo pelear contra Roma y tampoco lo desea la tribu. En cuanto a la amistad, tal vez surja; pero, por ahora, hablemos de términos.

Saloc esbozó una leve sonrisa mientras traducía y los tribunos sonrieron con pesar con la mirada clavada en el fuego. Pudens se quedó mirando a Prasutugas, desorientado por un momento, luego sus ojos se desviaron hacia Boudicca y notó los labios trémulos y el rápido parpadeo de los ojos.

Cuadró los hombros contra una ola fugaz de verguenza.

—Muy bien —declaró en voz alta—. Me alegra, señor, no tener que disfrazar esas expresiones con un lenguaje florido. ¡Algunos jefes son tan susceptibles! —sonrió—. Los términos son los siguientes. El divino Claudio os dará oro. Es un regalo, una muestra de su buena voluntad. Como señal a Roma de vuestra propia sinceridad y seriedad en la negociación, prestaréis el juramento de no levantaros en armas contra ningún ciudadano de Roma. Si tenéis motivos de queja en el futuro, los presentaréis ante las cortes en Camalodúnum. También permitiréis la edificación de un pequeño fuerte cerca de la aldea y de puestos cada quince kilómetros a lo largo del camino que comunicará el fuerte. Más adelante, si todo anda bien, habrá otro camino.

Prasutugas levantó una mano otra vez.

—No quiero que ningún camino atraviese los campos de mi gente ni que se derriben robles para quitar obstáculos con ese fin. ¿Cuántos soldados habrá en el fuerte? ¿Qué autoridad tendrán sobre nosotros? No permitiré ninguna interferencia con mi dominio, Pudens.

Rufo asintió.

—Los caminos se construirán a lo largo de los senderos ya existentes. Los he cabalgado en mi viaje desde el norte y no necesitan muchos cambios. El fuerte tendrá una guarnición de ochenta a cien hombres, dependiendo del estado de paz en la provincia de un año a otro. El comandante no poseerá autoridad alguna sobre vuestros asuntos internos, señor. Sólo se ocupará de mantener la paz y os será de gran utilidad como intermediario entre vos y el gobernador.

—Eso dependerá mucho de la clase de hombre que sea —advirtió Boudicca en tono tajante—. Si detesta a los bárbaros, podría hacernos la vida imposible.

—Es cierto —convino Pudens—. Por lo tanto, requeriré que se lo envíe a prueba. Si al cabo de seis meses no estáis satisfecho con él, el gobernador lo reemplazará.

—¿Para qué queréis un fuerte aquí? —insistió ella—. El océano rodea Icenia por tres lados y la tierra al sur ya está en manos de Roma. Es para espiarnos, ¿verdad?

Pudens alzó su copa con cuidado, la bajó, la llenó con la jarra de plata que había junto a su codo y entonces, después de haberse concedido tiempo para pensar, contestó:

—Debo presumir, señora, que vos tampoco sois una niña. En este momento, vuestro pueblo desea la paz, pero ¿y el año que viene, y el otro? Sin duda comprenderéis que Roma debe velar por sus propios intereses asegurándose de que no surjan elementos descontentos entre vuestra tribu que puedan convertir la buena labor de vuestro esposo en un caos futuro. El comandante no os espiará, pero siempre estará presente para cerciorarse de que nunca exista la necesidad de hacerlo.

—¡Bueno, al menos sois sincero! —replicó Boudicca—. Pero tal como yo lo veo, Icenia estará en manos de un solo hombre. Si es razonable y justo, todo irá bien, pero si no, seremos prisioneros. Ni siquiera nuestras protestas podrán llegar a oídos del gobernador.

—Partís de la base de que los hombres son del todo malos o del todo buenos —razonó Pudens con una sonrisa casi indulgente— y, por supuesto, los romanos son del todo malos y si no lo son, ocultan sus corazones malvados detrás de una máscara. Vuestros miedos pronto demostrarán ser infundados, señora. —Se volvió hacia Prasutugas—. También está el asunto del tributo. —Boudicca soltó un largo suspiro y el rostro de su esposo se tensó—. No puedo deciros con exactitud cuáles serán los impuestos, dado que el procurador no ha llegado todavía de Roma. Pero os visitará y evaluará vuestra tierra y el número de vuestros rebaños y manadas. Sois muy rico, señor, y vuestros impuestos serán altos —le advirtió.

Prasutugas mantenía los ojos en las profundidades ardientes del fuego, intrigado por la quietud de Boudicca. Se había dejado caer hacia atrás en las sombras, pero él advertía su aflicción. «¿Dónde está su ira? —pensó con ansiedad—. ¿Dónde el torrente de preguntas mordaces?»

—Pagaré los impuestos —afirmó lentamente—. Podemos permitírnoslo, a cambio de la paz. Pero me niego de manera terminante a permitir que hombres o mujeres libres icenos sean tomados como esclavos

o que mis hombres jóvenes sean reclutados para las legiones o para el circo. No puedo negociar esto, Pudens.

—Entiendo. ¿Todavía no creéis que Roma es bondadosa? Os diré la verdad, Prasutugas. Ninguna persona libre será tomada como esclava, pero no puedo comprometerme con respecto a lo segundo. Roma necesita jóvenes saludables y Albion los tiene en abundancia. Creo que en este punto no tendréis alternativa.

Su voz era firme, dura, y Prasutugas repuso con amargura:

—Veo que no tenemos alternativa en nada. Sin embargo, no me quejaré. Ansío una vida de prosperidad y crecimiento para mi gente. El precio es alto, pero lo pagaremos. —Boudicca seguía sin hacer comentarios. Ella, Lovernio e Ian permanecían agazapados en la oscuridad, pero Prasutugas sentía el sufrimiento de su esposa como un peso asfixiante. Le dolía la cabeza y se sentía viejo—. Tengo una petición que haceros —añadió—. He oído decir que el filósofo Séneca es un hombre muy rico y que está dispuesto a prestar dinero a cualquiera que pueda permitirse tomarlo prestado. Mis jefes y yo deseamos hacerlo.

Boudicca se enderezó.

—¡Prasutugas, no! —gritó— .¡No, no!¡No necesitamos ese dinero! Una deuda así carece de honor, ¿y quién te saldrá de garante si no puedes pagar? ¿Quién hará las promesas? —Saloc comenzó a traducir sus palabras pero ella lo acalló con un insulto feroz—. Esposo mío —rogó con suavidad—. Ya nadamos con desesperación y temor a que las aguas se cierren sobre nosotros. Deja todo como está. No pidas más o nos ahogaremos.

Él se volvió hacia ella y le tomó la mano caliente.

—Amor mío —susurró, próximo a las lágrimas—. ¿No comprendes que estoy haciendo todo lo que puedo para salvar al pueblo? El dinero mitigará el dolor de la transformación; permitirá poner a la tribu en la senda romana en menos tiempo. Para los catuvelaunos, el tiempo fue largo, cien años de lenta relación, pero para nosotros, debe ser ahora, hoy, este año, un tajo rápido que seccione todo el pasado y luego una cura lenta y tranquila. Sé lo que estoy haciendo. Estoy matando, estoy asesinando para que pueda nacer otra cosa. ¡Entiende! ¡Por favor, Boudicca, no me falles ahora!

Pudens y sus hombres, sentados con las cabezas gachas, jugueteaban con sus copas. La emoción pura y franca en las palabras de Prasutugas los hacía retorcerse de verguenza por dentro, pero durante un momento, a la pareja no le importó la presencia del grupo romano.

Boudicca se puso de pie, dio un paso, se arrodilló frente a su esposo y le apoyó la cabeza en el pecho tibio.

—Ayúdame —murmuró—. Quiero hacer lo correcto. No soporto lo que está ocurriendo esta noche, no lo soporto, Prasutugas, y soy la primera a quien matas. —Él la rodeó con un brazo y le puso la mejilla contra el largo cabello, pero no tenía más palabras para decirle y se mecieron juntos en esa silenciosa infelicidad. Luego, Prasutugas la apartó con delicadeza. Boudicca se incorporó, hizo una seña a Saloc para que continuara y abandonó el salón.

Cuando Prasutugas por fin se acostó, ella seguía despierta, boca arriba y con los ojos fijos en el cielo raso. A su lado, el bebé dormía profundamente en su cuna y una lámpara ardía en la mesa baja frente a la puerta.

—Se marchará por la mañana —comentó él—. Aricia y Venutio le esperan en Brigantia. He pactado el préstamo, Boudicca, en mi nombre y en el de los otros jefes que lo quieren. —La miró esperando un comentario, pero ella no habló. Ni siquiera pestañeó. Los ojos continuaron fijos y, al final, Prasutugas se desperezó con un gemido de agotamiento total—. Estoy demasiado cansado para desvestirme —suspiró. Poco después, su respiración se volvió más profunda y se apretó contra ella, pero no sintió las lágrimas que rodaron por las sienes de Boudicca y humedecieron su cabello enredado.

Después de una comida formal pero apresurada en el salón, Pudens y sus soldados se despidieron. Nadie había dormido bien. Los rostros estaban deslucidos y los ojos hinchados bajo la intensa luz matinal de verano; Boudicca parecía no haber descansado en absoluto. Saloc, que se había sentido extrañamente atraído hacia ella, intentó hacerla participar en una conversación trivial mientras Prasutugas indicaba a los tribunos los senderos hacia el noroeste; pero ella se alejó de él y se negó a tomar su mano. Por fin, Pudens montó, la infantería formó filas y, tras una orden brusca, el pequeño ejército partió hacia el bosque. Durante un instante, Boudicca los observó irse; un sol nuevo brillaba tenuemente alrededor de ellos. Y entonces, de pronto, se recogió la túnica y corrió detrás de Pudens. Él miró hacia atrás, la vio y detuvo su caballo inquieto e impaciente. Jadeando, Boudicca cogió su talón enfundado en cuero.

—Dejadme recordaros una cosa —dijo con voz ronca—. Hasta los perros tienen dignidad. ¿Me entendéis?

Pudens escudriñó un largo rato el rostro pecoso con el halo castaño. Sentía aquellos dedos ásperos hundirse en su tobillo y veía la combinación de súplica y desafío en su mirada ojerosa. Asintió lacónicamente.

—Sí. —Ella le soltó y él agitó las riendas con violencia y trotó tras sus hombres. Boudicca regresó despacio con Prasutugas.

—¿Qué le has dicho? —preguntó él con curiosidad. Ella se encogió de hombros.

—Nada importante. Sólo quería saber si le gustaban los perros.

OceanofPDF.com

CAPITULO 17

Bran detuvo su caballo, desmontó y se acercó a Caradoc, que todavía estaba sobre el caballo, con Cinnamo y Caelte a su lado y Eurgain detrás.

—Hemos llegado —anunció—. Dejad los animales aquí; se harán cargo de ellos.

Caradoc desmontó y depositó a Gladys con delicadeza en el suelo. La niña estaba enferma y no paraba de temblar. Llorique cuando sintió la tierra mojada chapotear bajo sus botas y Bran se agachó, estudió el rostro sonrojado y luego la cogió en brazos y se alejó. Caradoc se estiró, se aflojó la espada y ordenó a Cinnamo que tomara a Eurgain y siguieran a Bran. Miró a su alrededor. No había mucho que ver. La noche era muy oscura y la lluvia caía en una cortina helada e incesante. Había llovido durante cinco días y Camalodúnum se encontraba a tres semanas de distancia; allí, el verano era caluroso y seco y un hombre podía situarse en la colina junto al Gran Salón y contemplar kilómetros de bosques y río. Aunque no las podía ver, las percibía: montañas que se elevaban desde colinas bajas y cubiertas de árboles, alturas desiguales y sin nieve en el calor fugaz del verano. Se sentía incómodo sabiendo que estaban allí. Le empequeñecían.

Habían cabalgado una semana entera sin detenerse durante el día y mitad de la noche, a través de bosques secos, junto a arroyos tibios, durmiendo con los rostros hacia las estrellas y las capas separadas de los miembros calientes. Pero, poco a poco, el clima había cambiado. El verano no duraba mucho en el oeste. El grupo comenzó a ascender de manera imperceptible; el suelo subía y bajaba en hondonadas densamente arboladas, pero siempre ascendiendo más de lo que caía; y un día llegó la lluvia. Al principio fue agradable, una ráfaga fresca y purificante después del calor del verano, pero a medida que proseguían la marcha se volvió más fuerte y más fría; los niños estornudaban y se acurrucaban dentro de capas que nunca llegaban a secarse. Bran y Jodoco los guiaban con seguridad, indiferentes al clima; no vieron a ningún hombre en todos los kilómetros que se extendían entre ellos y su tierra. En ocasiones, pasaron por pequeños campos sembrados arrebatados a hachazos de los dedos voraces del bosque; los cultivos se erguían altos y amarillos, estallidos de color y orden en un territorio de otro modo salvaje, pero los campesinos que se ocupaban de ellos habían desaparecido. Sólo los animales los espiaban con ojos brillantes en tanto transitaban los senderos de caza tan furtiva y velozmente como los mismos lobos. De noche, Caradoc los oía chillar en la distancia,

un coro de aullidos y gañidos que le helaba la sangre, puesto que la luna se acercaba al plenilunio y la magia fluía poderosa y profundamente bajo los árboles oscuros y mojados. La mayoría de las veces ignoraban los nombres de las diosas cuyos bosques atravesaban y a las que no podían aplacar. Bran y Jodoco eran los únicos que viajaban tranquilos; por las noches, sentados con las piernas cruzadas junto al fuego que crepitaba cuando caían en él gotas de lluvia, conversaban en voz baja. Sus barbas, negra y dorada, se agitaban en la luz que oscilaba.

Y entonces llegó la mañana en que Eurgain despertó temprano, se levantó del suelo musgoso bajo los robles donde estaban acampados y caminó entre los árboles hacia donde manaba la pálida luz del sol. Durante un instante se quedó paralizada de incredulidad, con la capa apretada contra el pecho. Giró sobre sus talones, corrió de regreso, cogió a Caradoc de un hombro y le agitó con tono apremiante.

—Levántate, levántate —susurró—. ¡Ven a ver!

Él se despertó enseguida, recogió su espada y la siguió. Se abrieron paso hacia el extremo del bosque y Eurgain señaló, casi sin poder hablar a causa de la excitación que bullía en su interior. Los árboles terminaban con brusquedad y a los pies de ambos, la tierra caía, se inclinaba de manera empinada en una curva larga e ininterrumpida que acababa en el fondo de un valle amplio y cruzado por un río serpenteante, rojo a la luz de la mañana. La hondonada del valle era un mosaico de dorados campos de labor. A tres kilómetros de distancia, podían mirar más allá de la cañada y ver la tierra elevarse de nuevo como la cresta de una ola enorme y congelada, pero no era el valle lo que hacía temblar la voz de Eurgain. En la distancia, sobre los matorrales que bordeaban el otro lado del valle, había una fila ordenada de colinas ataviadas de bosques y con cumbres desnudas como espinas dorsales prominentes de monstruos dormidos. Y más allá, tan lejos que parecían flotar a la deriva en un mar de bruma rosada, estaban las montañas.

—¡Ah, Caradoc, verlas, verlas de verdad! —suspiró Eurgain—. ¡Qué rocas y cristales ocultos yacen allí escondidos esperando que yo los descubra! ¡Apenas podía intuir sus secretos sentada junto a la ventana de mi choza, pero aquí poseen voz!

—Cantan una canción de promesas para ti, amor mío —respondió—. Pero ten cuidado. No les entregues tu corazón. Estarás muy sola si lo haces.

—Ella se volvió y le sonrió; le besó en la boca y apoyó su cabellera despeinada contra su cuello.

—¿Estás celoso, Caradoc?

—Tal vez. Existen cosas mucho más poderosas que otro hombre para robar el amor de una mujer a su esposo. —Eurgain alzó la cabeza.

—¿Y qué hay de las cosas que separan a un esposo de su esposa? ¿A ti de mí? ¿Cuántas veces más te abrazaré en un sitio silencioso y tranquilo como éste, lejos de Consejos y de la guerra, y del resto de lo que te reclama? Oh, Caradoc, ojalá el destino no hubiera tenido a bien escoger este camino para ti. Te amo. ¿Cómo haré para vivir en la duda día tras día, sin saber si estás vivo o muerto? —No solía bajar la guardia, ni siquiera con él, y Caradoc la apretó con fuerza. No había nada que decir. Conocía los poros del cuerpo de Eurgain mejor que los suyos propios; sin embargo, después de diez años de matrimonio, ella todavía era capaz de sorprenderle, de intrigarle con visiones de un carácter muy profundo en el que cada capa estaba velada con un misterio del que nunca se cansaría. La tomó de la mano y la guió en silencio bajo los árboles, lejos del campamento todavía dormido. El breve instante de luz pálida concluyó cuando las nubes de lluvia del día comenzaron a juntarse.

Para desilusión de Eurgain, el grupo viajero no se adentró en las montañas. Se abrieron paso a la hondonada del valle y luego giraron al sur, cabalgando junto al río. Lo siguieron durante dos días sin el amparo de los árboles, indefensos bajo los azotes feroces de la lluvia. Luego lo vadearon en un punto donde se ensanchaba en un estanque rocoso y poco profundo. Caradoc creyó aspirar el olor penetrante del océano mezclado con la humedad desagradable del río y el olor acre a tierra. El corazón se le encogió de manera extraña y pensó en la cueva de Gladys, en su penumbra seca, vacía para siempre. Después de pasar a la otra orilla, continuaron la marcha, bordeando las oscuras colinas que se erguían sombríamente a la derecha. Cuatro días después, ya avanzada la noche, habían llegado.

Caradoc esperó a que Eurgain desmontara y se acercara a él. Luego siguieron a Bran, con los callados jefes catuvelaunos detrás. La aldea era pequeña, tres o cuatro círculos de chozas de madera con techos de paja oblicuos. Pero las chozas en sí eran grandes y espaciosas, cada una con una puerta baja seguida al cabo de un par de pasos por una puerta de pieles. Un hombre aguardaba en la puerta que conducía a la casa más grande; no llevaba capa y cuando Caradoc se aproximó, extendió un brazo y habló.

—Bienvenido a este salón —manifestó—. Si venís en paz, permaneced en paz. —Los dedos fríos y mojados de Caradoc encontraron la otra muñeca fuerte y tibia—. Soy Madoc, de la Casa de Siluria. Os pido disculpas por la lluvia. El verano está por terminar y antes del comienzo del otoño solemos tener un periodo de tormentas. —Retiró la mano y se volvió. Hizo una seña para que le siguieran y el grupo se tambaleó detrás de él, rostros y manos ansiosos anhelando el calor acogedor de la habitación.

Los esclavos aguardaron para recoger las capas empapadas: hombres pequeños, de tez oscura y con ojos de mirlo. Un imponente fuego de leños crepitaba en el centro y el humo pendía denso alrededor del techo. Caradoc se quitó la capa y se acercó al calor; se sentía como en una tienda grande y agradable. Madoc desenvainó su cuchillo y cortó parte del pernil de cerdo que giraba con lentitud sobre las llamas. Se lo entregó a Caradoc y le invitó a sentarse sobre las pieles. Otro esclavo trajo cerveza oscura y fuerte y un plato lleno de guisantes frescos, verdes y jugosos. Llyn y Fearachar habían entrado; el niño se tambaleaba y parpadeaba en un esfuerzo por mantener los ojos abiertos. Madoc los llamó. Caelte no había esperado a que le invitaran; ya se estaba instalando junto a las rodillas de Caradoc y éste echó una ojeada a los presentes. Unos cuarenta jefes siluros estaban acuclillados en las pieles con los restos de comida en el suelo frente a ellos y estudiaban, sin pudor, a los extranjeros sucios y manchados. La pequeña Eurgain ya dormía, demasiado cansada para comer, envuelta en una capa seca contra la pared; pero de su esposa, su otra hija, Cinnamo y Bran, no había señales. Al advertir la mirada nerviosa y errante de Caradoc, Madoc le empujó el plato con suavidad.

—¡Comed! ¡Comed! El druida está atendiendo a la pequeña. Puede curar fácilmente la fiebre con sus hierbas y con descanso, la niña estará bien pasado mañana. —Caelte sostuvo la mirada inquisitiva de su señor y asintió.

—Han ido a otra choza —explicó—. Eurgain los acompañó.

Madoc rió.

—¡No confiáis en las fieras del Oeste! Bueno, ya aprenderéis. ¡Y vosotros también aprenderéis! —bramó a sus hombres, que todavía miraban fijamente y callaban—. ¿Dónde está mi bardo? ¡De pie, hombre, y a cantar! Los extranjeros están hambrientos y cansados y esta noche no habrá Consejo. —Su cabello extraño, cogido en un penacho rígido, parecía encresparse hacia ellos; se reclinó en las pieles con un quejido y cerró los

ojos—. Comida y descanso, y luego guerra, ¿eh, catuvelauno? Espero que seáis digno de todas las molestias que nos hemos tomado por vos, como afirma el druida. —El bardo afinó su pequeña arpa y carraspeó. Los ojos de Caelte comenzaron a brillar a la luz del fuego. Poco después, Cinnamo y Eurgain descorrieron las pieles y se deslizaron junto a Caradoc.

—Está mejor —murmuró Eurgain—. Ahora, duerme. Bran todavía está con ella. —De súbito, un verdadero agotamiento se apoderó de Caradoc. Se envolvió con la capa de olor desconocido, apoyó la cabeza en las rodillas y se quedó dormido.

En algún momento durante la noche, cuando el fuego se había reducido a brasas rojas y los jefes se habían marchado, Jodoco le despertó y Caradoc se balanceó detrás del hombre callado, aún demasiado exhausto para que le importara dónde recostar la cabeza. Tuvo una impresión confusa de un fuego nuevo, sombras largas y una cama bien arropada y tentadora. Dejó caer la capa, se quitó la túnica y los calzones, y se tendió junto a Eurgain. Ella echó la manta por encima de ambos con apatía y siguió durmiendo, el golpeteo constante de la lluvia los arrullaba.

Por la mañana, despertaron refrescados con la luz del sol. Fearachar ya estaba levantado, ocupándose del fuego y sacando ropa limpia; las camas en las que habían dormido los niños estaban vacías. Caradoc oyó las voces bajas de Caelte y Cinnamo fuera y se levantó, se lavó en la palangana que había sobre la mesa junto a la cama, se vistió y, después de besar a Eurgain, que todavía estaba medio dormida, salió. Sus jefes le saludaron y juntos pasearon por la aldea silura. Ésta se encontraba en un pequeño valle junto a un río. Al oeste, las colinas se elevaban otra vez y se alcanzaba a ver las cimas de montañas lejanas. Al norte, el valle serpenteaba con el río, cubierto de árboles; aunque las montañas que habían divisado sobre el gran valle no eran visibles desde allí, sus cumbres si lo eran, erguidas en el este y envueltas en bruma blanca.

—¡Madre! —exclamó Cinnamo—. ¡Bonito lugar para morir! El enemigo sólo tiene que tapar la desembocadura del río y esta gente estúpida quedará atrapada como conejos.

—No tienen nada de estúpidos, Cin —le corrigió Caradoc—. Esta aldea está cerca de los campos y del agua. Tienen tierras llanas para el ganado y las ovejas. Y puedes estar seguro de que los jefes conocen cada sendero que serpentea alrededor de las colinas y se adentra en las montañas. A la

primera señal de peligro, podrían internarse en esa soledad oscura y no ser encontrados jamás si así lo desearan.

—Por supuesto —afirmó una voz cercana. Era Madoc; las púas de su cabello se levantaban hacia el cielo, su túnica roja resplandecía con collares y sus brazos estaban cargados de brazaletes—. De modo que al fin os habéis levantado, Caradoc. Os habéis perdido la primera comida del día, pero no importa. No era más que pan y manzanas. Venid. Os mostraré la aldea.

Su bardo y su escudero, que acarreaba un peso enorme de cuero y bronce labrado con trompetas y caras largas de caballos con ojos cerrados, se les unieron, y todos caminaron entre las chozas rebosantes de olor a comida y risas de mujeres. Los perros los seguían y los niños salían y corrían descalzos junto a ellos, con sus túnicas sobre rodillas huesudas y morenas y cabellos hasta la cintura. Madoc se detuvo más allá del último círculo.

—Aquí están las cuadras —dijo—. Tenemos pocos caballos, ya que no son muy útiles en los pasos altos y no nos molestamos en usar carros. Si miráis a vuestro alrededor, entenderéis por qué. —Lo hicieron. Ningún carro podría transitar jamás las sendas tortuosas y rocosas de las colinas—. Allí —añadió, y se volvió mientras agitaba un brazo—, valle abajo, a dos días de camino, se halla otra de nuestras aldeas, y entre ambas, hay muchas granjas. No nos gusta apiñarnos en un único lugar grande como vosotros, los catuvelaunos —declaró con una mirada de soslayo—. Preferimos vivir y pelear por nuestra propia cuenta. Cada jefe vive en su granja con sus campesinos y esclavos, y cada jefe posee igual derecho de hablar ante el Consejo. Los druidas tienen la última palabra. ¡Después de mí, por supuesto!

Rió, una risa seca y jadeante, y sus hombres sonrieron sumisamente.

—Este valle, aunque angosto, se extiende ampliamente entre las montañas y la mayoría de nuestro pueblo se ha asentado a lo largo de él. Pero en este extremo no solemos tener noticias de nuestros hombres libres y hermanos del otro lado. Comerciamos un poco, por el río. En cuanto al resto —sonrió a Caradoc, mostrando sus dientes amarillentos en contraste con la barba negra—, están diseminados en muchos valles pequeños ocultos allí arriba. —Señaló con ligereza las cumbres desiguales a sus espaldas y el corazón de Caradoc se encogió. Madoc le miró; el destello en sus ojos revelaba que sabía muy bien lo que estaba pasando por la mente del catuvelauno. Esa gente jamás podría ser unificada. Podrían pelear como mil

demonios, pero siempre con la arrogancia de su independencia invencible; cuando y con quienes eligieran.

Se volvió hacia el siluro con el estómago vacío y deprimido. Madoc asintió y se acercó.

—Nos aguarda una impQrtante tarea, amigo mío —dijo en un murmullo —. Escuché al druida cuando habló de vos porque, bueno, puedo guiar a mis jefes a la guerra, no hay guerrero mejor que yo, pero aquí arriba... —Se tocó la cabeza rígida con un dedo regordete— Aquí arriba soy estúpido. Sí, yo, Madoc, jefe y poderoso hombre de espada, admito esto ante vos, extranjero. No tengo la inteligencia para el trabajo que planeamos. De manera que os mandé llamar y aquí estáis. Dentro de poco comenzará el Consejo y deberéis pronunciar las palabras que harán que mis jefes os escuchen. De lo contrario, haríais mejor en marcharos. Yo puedo hacerlos escuchar, pero no que obedezcan si no lo desean. —Su voz bajó, al oído de Caradoc sólo llegaba un zumbido—. No habléis de los sueños del druida sobre el surgimiento de un arvirago. Creo que es un tonto en lo que a eso respecta y veo que pensáis igual, pero tal vez suceda en el momento apropiado. Primero, ganaos la confianza de mis jefes. Luego viajad, Caradoc, conmigo y con el ruida, a los pequeños valles de los que os hablé. Si logramos despertar a toda Siluria, entonces habremos logrado una gran cosa.

Caradoc contempló los ojos oscuros brillantes con un respeto nuevo.

Después de todo, Madoc no era un montañés salvaje, y detrás de sus maneras ampulosas y toscas, las joyas llamativas, los andares jactanciosos y airosos, había un jefe astuto y poderoso. Cunobelin había enseñado a sus hijos a temer únicamente a los hombres del Oeste y en aquel momento entendía por qué. Madoc era Cunobelin, un Cunobelin sin la influencia templadora de Roma, y Caradoc supo que estaba viendo cómo podría haber sido su padre: un guerrero puro y genuino. Un orgullo nuevo creció en su interior y las dimensiones del conocimiento que tenía de sus antepasados se expandieron. Había dicho que su tarea era imposible, pero ¿y si no lo era? ¿Y si podía de hecho unir a esos luchadores eficientes y rústicos tras un objetivo común? Bran creía que sí. Sonrió a Madoc y le apretó un hombro.

—Entiendo —repuso—. Sí, Madoc, juntos lograremos una gran empresa.

Un diminuto hilo de aprobación comenzó a formarse tras los ojos del jefe siluro, todavía fino como el de una telaraña; se tocó la barba y gruñó.

—Creo que ya hemos comenzado —dijo—. Ahora, sigamos caminando. Tengo algo más que mostraros.

Se alejó con paso altanero y todos le siguieron. Pasaron por las perreras de los perros de caza y por los talleres de cerámica. Los niños, que se aburrían, habían conseguido que les permitieran bajar al río; chillaban y reían.

A pesar de que la mañana era fresca, se metieron al agua sin vacilar y nadaron con brío contra la corriente: cabecitas castañas, rojas y negras moviéndose juntas. Sin embargo, Madoc condujo a los jefes lejos del río y por fin se detuvo fuera de una choza sencilla y con un techo de paja nuevo.

—¿Estás ahí, hombre libre? —gritó y la puerta de pieles se abrió. Un hombre joven les saludó con aire ausente; llevaba herramientas en las manos—. Muéstranos tu trabajo —ordenó Madoc—. Quiero que estos hombres lo vean a la luz del día. —El hombre entró y reapareció un momento después con un objeto envuelto en un paño que sostenía con cuidado. Se acuclilló y comenzó a desenvolverlo; los demás se arrodillaron con él. Entonces levantó algo con dedos amorosos y delicados, acariciándolo mientras lo hacía, y Caradoc, Cinnamo y Caelte lo observaron con estupor. Era un collar de oro, visiblemente sin terminar—. Lo está haciendo para una de mis esposas —explicó Madoc—. ¿Qué opináis? — Serpientes rutilantes se retorcían de modo sinuoso, los dientes ganchudos se estiraban, se deslizaban y se convertían en los tallos de plantas lánguidas y extrañas cuyas hojas chatas se alargaban a su vez para transformarse en curvas uniformes y fluidas. El ojo podía seguir pero nunca descubrir dónde acababa la serpiente y comenzaba la hoja, o dónde terminaba la hoja y la curva desembocaba en un diente. Caradoc lo tocó con temor reverente, el poder del collar llegaba hasta lo más profundo de su corazón y le despertaba una reacción vieja y olvidada. Le recordó las tallas en las columnas del Gran Salón y los bronces en las capas y brazaletes de los jefes de Aricia. Pero esto junto a ellos poseía vida, estaba lleno de magia, entero y vibrante como si las tallas en las columnas hubieran sido meros reflejos inanimados de esa realidad oculta y ardiente. Madoc estaba complacido con el silencio general y los miraba de reojo—. Muéstranos más —indicó. El joven callado les mostró un broche de plata para una capa: una cabeza de lobo con ojos hambrientos y depredadores. Llevaba entre los dientes una diminuta cabeza humana, el cabello se curvaba alrededor de los colmillos y caía como sangre coagulada desde la boca; en el grito silencioso del hombre, Caradoc

vislumbró otra cabeza, la de un lobo. «¡Sí! —pensó con excitación—. ¡Sí, sí, oh, sí.»

—Más —susurró, y el artesano le clavó una mirada penetrante. Trajo una gran pila de cosas preciosas: anillos, broches, brazaletes, bocados y guarniciones para caballos, coronas para la cabeza de una dama, ajorcas para los pies, todo bulliendo en imágenes, pesadillas vivas, sueños de verano, una profusión de visiones. Las manos inquietas de Caelte tocaron música salvaje.

—¿Tú has hecho todo esto? —inquirió, y el joven asintió.

—Sí. —Empezó a juntarlo todo.

—En mi aldea... —comenzó Caradoc, y el joven interrumpió lo que estaba haciendo y le dirigió una sonrisa gélida y mordaz.

—En vuestra aldea —dijo con frialdad—, mi trabajo habría sido pisoteado con desprecio en el barro y me habrían echado. —Reunió sus tesoros con cuidado en su capa y Madoc rió.

—¡Chucherías! —bramó—. ¡Juguetes bonitos para mis damas y mis jefes que pagan y pagan y tú, lobezno mío, te enriqueces! Aaah, pero sus corazones salvajes quedan prendados con tu talento. —Se puso de pie. Caradoc se volvió para decir algo al joven; quería explicarle que se había acuclillado como un jefe orgulloso y se había incorporado humillado, pero el espacio frente a la choza sencilla estaba vacío. El y Madoc caminaron de regreso uno al lado del otro.

—Tenéis oro aquí —comentó, y Madoc rió otra vez.

—Sí —respondió—. Allá arriba, en las montañas.

La choza del Consejo estaba llena y el fuego ardía con intensidad. Madoc los guió a sus lugares, los esclavos les trajeron comida y cerveza y Caradoc comió deprisa, todavía sin saber qué diría a esa gente recelosa. Advirtió que la prioridad de los asientos se respetaba con rigidez. Eurgain y Vida estaban sentadas con las esposas de los otros jefes. Tallia se encontraba entre las mujeres libres. Llyn conversaba con los hijos de otros jefes y los hombres siluros, junto con los escuderos y bardos, formaban un círculo contra las paredes. Sólo Bran se paseaba por donde quería con su túnica blanca y se detenía aquí y allá para decir una palabra o hacer una broma. Poco después, se acercó y se acuclilló frente a Caradoc.

—La fiebre de tu hija ha cedido —le informó—, pero deberá quedarse en cama una noche más. ¿Has decidido lo que tienes que decir? —Los ojos castaños estaban tranquilos y Caradoc meneó la cabeza.

—Aún no —respondió brevemente. Bran se incorporó y fue hacia Madoc, abriéndose paso entre los jefes que todavía no estaban instalados. Caradoc notó algo que el cansancio de la noche anterior le había impedido ver.

La choza estaba rodeada de cabezas cortadas. Donde la alta pared describía un círculo de poste a poste, justo debajo del ángulo donde el techo comenzaba a elevarse, colgaban atadas de sus largos cabellos, los ojos encogidos en cuencas profundas, la piel seca y arrugada y los labios hacia atrás exhibiendo dientes impúdicos. Jodoco, sentado junto a Cinnamo, reparó en la mirada de Caradoc y se inclinó hacia él.

—Todas tomadas por los jefes que veis aquí —explicó con orgullo—. Y la mayoría eran jefes también: ordovicos, démetas y unos pocos cornovios. ¿Veis aquélla? —Señaló una cabeza grande, de cabello negro y con un pedazo de hueso que resplandecía debajo del cuello grueso—. Era un campeón ordovico. ¡Madoc luchó contra él y lo mató, y ese día arreamos mucho ganado por los pasos!

—¡Madre! —siseó Cinnamo—. ¿Y vos queréis que peleen unidos?

Caradoc no dijo nada. A través de la habitación, su mirada se encontró con la de Eurgain y ella le sonrió. Junto a la puerta, dos jefes se peleaban; sus espadas chocaban y el sitio disputado permanecía vacio. Madoc se puso de pie, alzó un brazo y se hizo silencio. Los jefes se retiraron discutiendo acaloradamente en voz baja; ninguno de los dos quería tomar el lugar de modo que fueron a situarse contra la pared.

—¡Se llama a Consejo! —vociferó Madoc—. Esclavos, retiraos. —Los esclavos se marcharon uno detrás de otro, se cerró la choza y Caradoc apartó el plato y la copa, se aflojó con desgana el cinto con la espada y los colocó frente a él sobre las pieles, tal como estaban haciendo los demás jefes—. Bran —añadió Madoc al cabo de un momento—, ¿queréis hablar? —El druida se levantó y hundió las manos en sus mangas anchas; su cabello salpicado de gris brillaba a la luz del fuego.

—No tengo nada nuevo que decir —comenzó en voz baja—. Pero os recordaré que los catuvelaunos se han enfrentado con los romanos y nosotros no. Escuchadlos bien. —Se sentó.

—Todos sabéis por qué he traído aquí al hijo de Cunobelin —gritó Madoc—. Y ahora debéis decidir por vosotros mismos si lo que hice fue correcto. Hablad, Caradoc.

Se dirigió a su lugar y Caradoc se incorporó de mala gana, con la mente todavía en blanco. Sus ojos se pasearon despacio por los rostros hostiles y desconfiados que lo miraban con atención. Cientos de imágenes del pasado desfilaron por su mente y buscó un punto de contacto entre ellas, un eslabón que pudiera unir a esos jefes con su propia experiencia. Permanecía callado, con los ojos fijos en las puntas de las botas, y un susurro inquieto brotó entre los presentes. Entonces levantó la cabeza.

—Hombres del oeste. Me llamáis el hijo de Cunobelin y lo hacéis sonar como un insulto. Cunobelin comerciaba con Roma, Cunobelin dio a Roma una base firme en esta nación, Cunobelin albergaba sueños de conquista que os incluían, y si hubiera vivido, os habríais enfrentado a él y al poderío de mi tribu. De modo que os mofáis de él y de mí y al mirarme veis a un hombre marcado por la corrupción de Roma. Sin embargo, ¿quién hizo frente a las legiones contando solo con sus propias fuerzas mientras vosotros y muchas otras tribus nos negabais ayuda? Yo lo hice, mi pueblo y yo, y a causa de ello los catuvelaunos que sobrevivieron son ahora esclavos. Cuando deseéis maldecirme como extranjero amigo de los romanos, recordad que no contestasteis a mi petición y que ahora Roma inunda las tierras bajas como agua envenenada y convierte lo que allí había en los despojos retorcidos de una vida tribal.

»Cunobelin fue un gran hombre y me enorgullece ser su hijo, pero Cunobelin no veía a Roma tal como es. Ese fue su mayor error. Siluros, no fue mi error. Yo vi, yo sabía, yo me negué a firmar un tratado con Roma, junté a mis jefes, luché por mi territorio y perdí. Si alguno de vosotros todavía vacila en confiar en mi, pensad en la batalla de Medway y en la muerte de mi hermano Togodumno. Ya no soy jefe de un pueblo numeroso. No tengo aldea ni precio de honor ni riquezas. Pero aún poseo la única cosa más valiosa que todo eso. Mi libertad.

No se escuchó ni un solo murmullo. Los ojos seguían perforándole, despiadados y severos. Prácticamente, los había acusado de cobardes, y no tolerarían eso. Pero continuó; las palabras fluían con más facilidad, la confianza crecía en él con un poder nuevo, y Bran se reclinó con una sonrisa escondida tras la mano. Los siluros pronto tendrían un jefe nuevo, aunque todavía no lo sabían.

—¿Por qué peleáis? ¿A qué teméis sobre todas las cosas? A la esclavitud. Que os arrebaten el alma. Aquí sois libres. Venís y vais a vuestra voluntad. Ningún hombre os dice lo que tenéis que hacer. Sois dueños del

río, el valle, las montañas. No teméis a nada. Aquí, en vuestra nación, está el corazón de la libertad, y durante muchos años os habéis negado a comerciar con las tribus que vendían su libertad a los romanos a cambio de vino y joyas. Vuestra libertad no se puede vender. Pero os la pueden quitar.

Casi les gritó las palabras y todos se enderezaron. El desdén en sus ojos se transformaba poco a poco en un interés cauteloso.

«Qué inocentes son —pensó con desesperación—, sentados aquí tan presumidos, sin ver jamás más allá de sus montañas, arropados en su orgullo y su bravura.»

—Los romanos planean quitárosla —murmuró—. Incluso ahora, están extendiéndose, construyendo fuertes, acercándose a vosotros cada vez más. Y en esta ocasión, vienen decididos a no fracasar. No cederán ni se rendirán. Vuestros días como pueblo libre están contados.

Uno de los jefes se levantó de un salto.

—¡Las montañas los detendrán! —exclamó—. ¡Detuvieron al viejo Cunobelin!

Caradoc sonrió con pesar.

—Cunobelin os temía y su temor le frenó —contestó—. Las montañas no detendrán a Roma. Ha peleado antes en montañas y vencido. Avanzará despacio hasta el pie de ellas, se consolidará, explorará y luego os encontrará y liquidará.

Otro jefe se incorporó.

—Todo lo que necesitamos hacer es reunir a la banda guerrera, marchar a las tierras bajas y presentar batalla a las legiones —expuso—. Forzaremos a Roma a retroceder a la costa. Tal vez podamos desafiar a sus campeones, derrotarlos y tomar sus cabezas, y así ahorrarnos muchas molestias. —Se sentó en medio de un complacido murmullo de aprobación y Caradoc suspiró para sus adentros. Vio la falange de la Decimocuarta con sus armaduras de metal arremeter contra los guerreros catuvelaunos que murieron antes de poder hallar una abertura en esa masa de disciplina sólida y anónima.

—Creed esto —manifestó con determinación—. Si intentamos enfrentar a Roma en una batalla campal, perderemos. Los romanos no pelean como nosotros. No tienen campeones. Cada hombre es un campeón. Las tribus no deben volver a cometer jamás ese error. Existen otras maneras de habérselas con Roma.

—Lo sabemos —dijo un jefe con expresión asqueada—. Escabullirse entre los bosques, atacar en la oscuridad y escapar furtivamente. Eso no es para guerreros.

Caradoc perdió la paciencia.

—¿Qué valoráis más —gritó con furia—, vuestra libertad o el vano respeto de las tribus? Si deseáis entregar vuestra nación a Roma, entonces adelante, tomad a los jefes y partid. ¡Ninguno regresará! —Pateó el suelo —. ¡Escuchadme, tontos! ¡Los soldados romanos carecen de cerebro! Pelean como demonios, no retroceden, han sido entrenados y disciplinados para responder a las órdenes tal y como los perros responden a los silbidos, sin pensar ni sentir. Sus oficiales son experimentados, perspicaces, hombres inteligentes que no cometen equivocaciones. ¿Ois lo que os estoy diciendo? ¿Entendéis? Si queréis derrotar a Roma, tendréis que descartar toda lección que hayáis aprendido acerca de cómo pelear y aprender otras nuevas, de mí. ¡Agradeced no tener que hacerlo, como me ocurrió a mí, del enemigo! Sois el único pueblo que queda para luchar, vosotros y los ordovicos, los démetas y los deceanglos. Si caéis, Albion caerá y el poderío de Roma se impondrá para siempre. Poneos en mis manos y arriesgaos a vuestra última oportunidad, o echadme y morid.

Recogió su espada y el cinto y se marchó caminando entre ellos. Antes de que hubiera atravesado la puerta, una cacofonía de gritos coléricos y conversación vehemente y rápida se multiplicó. Caradoc sonrió con cansancio para sí. Nunca le aceptarían. Oyó a Cinnamo y a Caelte acercarse corriendo y fueron juntos al río. Se sentaron en la orilla bajo los rayos de sol pálidos y casi fríos. Caelte, ante una orden de su señor, extrajo su arpa y cantó, pero Cinnamo, que estaba tirando guijarros al agua, se negó a escuchar. Caradoc apoyó la barbilla en las rodillas y pensó en el joven artista y su magia maravillosa.

El Consejo prosiguió todo el día. Eurgain, Llyn, la pequeña Eurgain, Vida y los demás catuvelaunos por fin abandonaron la choza y le contaron a Caradoc las discusiones airadas que se sucedían dentro. Todos se reunieron junto al río y pasaron el día compartiendo historias del pasado. Se sentían solos y nostálgicos en ese sitio extraño, excepto Eurgain. Bran le había prometido llevarla a las montañas y se sentó junto a Caradoc con una sonrisa interna, serena y callada, y el brazo de su esposo a su alrededor. Cinnamo y Vida discutían de tanto en tanto. La pequeña Eurgain hacia guirnaldas de margaritas junto a su madre. Llyn fue a buscar a los demás

niños y Fearachar le siguió con resignación. Y entonces, cuando la tarde comenzaba a ser tan fría como el anochecer, Madoc y su séquito se aproximaron velozmente sobre la hierba. El jefe siluro sonreía. Caradoc se incorporó al instante y Madoc le pasó un brazo por los hombros.

—Han convenido en hacerlo a vuestro modo —dijo—. Pero desean que os diga que se reservan el derecho de desobedeceros si así lo decidieran.

Caradoc lanzó una exclamación de disgusto; Madoc retiró el brazo y sacudió un dedo carnoso.

—No, no —dijo—, es bueno. De esta manera, cuando elijan obedeceros será por amor y pelearán mejor. Los conozco. También dicen que vuestro hijo debe ser iniciado en esta tribu cuando llegue a la mayoría de edad.

—¡No! —gritó Caradoc, descortés a causa del sobresalto—. ¡Jamás, jamás! ¡Llyn pertenece a la Casa Catuvelauna y será siempre un catuvelauno!

—Debéis aceptar —musitó Madoc—. Es una especie de garantía para ellos. Además —dijo con voz entrecortada y riendo—, tal vez nunca llegue a la mayoría de edad.

—Oh, Madre —susurró Cinnamo—. ¡Cómo me alegra no tener hijos!

Caradoc los miró a todos con furia, pero Madoc sonrió y lo tomó del brazo.

—Venid y comed, todos, y conversad con mis jefes. Vivimos días terribles, amigos míos, y debemos encarar la necesidad de cada momento con la mente liberada del pasado. —Caradoc le siguió. Sabia con amargura que lo que Madoc decía era verdad.

«¿Por qué yo? —pensó con cólera—. ¿Por qué este destino para mí y los míos?»

La choza estaba caldeada y el aroma de los cerdos asándose flotaba hacia ellos. Entraron con las cabezas altas.

Caradoc, su séquito y algunos de sus hombres, junto con Bran y Madoc, emprendieron la tarea de viajar a través de Siluria para visitar cada villorrio, cada granja, a cada jefe orgulloso e impaciente. El verano voló y el otoño avanzó victorioso sobre la campiña con su espada roja desenvainada. Los árboles a lo largo del valle del río y en las colinas se mancharon de sangre y estallaron de súbito en rojos y dorados. Durante un par de semanas, el cielo se mantuvo despejado y el sol brilló con intensidad y fuerza. Caradoc no paraba, discutía hasta bien entrada la noche, gritaba, suplicaba, contestaba las mismas objeciones, combatía amablemente la misma ignorancia ciega y

arrogante sentado fuera de empalizadas de madera toscas, alojado en chozas diminutas y malolientes, protegiéndose tras paredes de piedra de los vientos fríos. Y siempre, siempre estaba ese terror a sus espaldas y en su mente:

Roma que se acercaba despacio mientras él deseaba tomar a esos hombres recalcitrantes y sacudirlos hasta que le castañetearan los dientes y gritar:

«¡Tiempo! ¡Tiempo! ¡No hay tiempo!».

Eurgain no le vio durante muchas semanas y cuando regresó con ella, lo hizo con arrugas más profundas en su rostro deteriorado por la intemperie, ojos más duros y más astutos y boca más severa y menos propensa a sonreír o reír. Ella yacía despierta en las horas frías de la oscuridad y lo escuchaba gemir y gritar en sueños; sufría por él con una compasión honda y una impotencia nueva. Vencería o se derrumbaría, y ella sólo podía sostenerle en sus cálidos brazos, darle la posibilidad de olvidar por un rato, y permitir que penetrara su cuerpo con la espada cruel de su frustración. Llevaba a Llyn con él a todas partes y el niño parecía florecer con las penurias; cabalgaba con una sonrisa en los labios y Caradoc, pensando en Togodumno al observarlo, se sentía reconfortado.

El otoño se terminó en una noche. Se levantó un viento despiadado y cortante que arrancaba las hojas quebradizas de los árboles y las tiraba al suelo. Trajo consigo las lluvias heladas de invierno y, por primera vez, Caradoc comenzó a albergar una leve esperanza. Él y muchos de los jefes se habían visto forzados a estar juntos y habían adquirido un cauteloso respeto mutuo. Los siluros veían su perseverancia abnegada y enérgica, y lo apoyaban en sus batallas verbales con los jefes desconfiados y solitarios en las granjas y pastizales, aportando con su aprobación una influencia mucho más valiosa que la elocuencia de Caradoc. La lluvia interrumpía toda marcha, puesto que convertía los senderos en lodazales grises; los jefes comían y se peleaban entre ellos y Caradoc descansaba en su choza con Eurgain, complacido con la pausa.

Había comenzado a adquirir el color de su nueva tribu; usaba el pelo corto y se lo lavaba con limón, de modo que éste empezó a perder su color natural y a volverse rubio; además, lo llevaba levantado en una cresta desde su frente arrugada, como las crines rígidas de un caballo. Dejó de lado sus adornos romanos de bronce, encargó al joven artista que le hiciera unos nuevos y prometió pagarle con bienes en vez de dinero. Los siluros no usaban monedas. Sus riquezas eran sus ovejas y ganado, y Caradoc había

sido informado de que tendría que ocuparse de reunir por su cuenta el lado tangible de su nuevo precio de honor. Eso significaba realizar incursiones y era justamente lo que deseaba evitar. No era el momento oportuno y, sobre todo, no podía incitar a la unidad por un lado y después ir y matar a la mismísima gente que deseaba que los siluros aplacaran. Explicó al artesano que le pagaría en la primavera y el joven se encogió de hombros y asintió. No necesitaba riquezas, pero pagar era una cuestión de honor. Madoc le sirvió de aval. A Caradoc no le gustó el arreglo, ya que si no cumplía con el pago prometido, Madoc se vería perjudicado. Pero ansiaba esos bronces nuevos con una avidez persistente.

Eurgain presenció los cambios con comprensión, pero señaló la futilidad de intentar una asimilación permanente.

—Somos diferentes, esposo mío —manifestó una noche, sentada en su taburete mientras él le peinaba el largo cabello, una de las pocas cosas que todavía le daban paz—. Siempre seremos diferentes, no importa con qué frecuencia te aclares el pelo con limón ni cuántos bronces nuevos te pongas. Por fuera, podemos retroceder a las costumbres de nuestros antepasados, negar a Cunobelin y a Tasciovano y todos los años de comercio con Roma, pero te guste o no, esos años nos han cambiado. —Caradoc no contestó y el peine continuó su viaje ininterrumpido a través de las ondas de color rubio oscuro que llegaban casi hasta el suelo. Eurgain se tocó el pecho—. Aquí dentro no podemos retroceder, aunque nuestras raíces sean profundas.

Él gruñó con tono evasivo:

—Podemos intentarlo.

Las lluvias cesaron, el suelo se endureció con escarcha y Caradoc reasumió su penoso recorrido. Quería que los siluros se fusionaran en una única fuerza de combate para el verano, pero las actitudes de siglos no podían alterarse de la noche a la mañana; por cada jefe que lo recibía como a un hermano, había tres que le decían en la cara que podían derrotar a Roma cuando quisieran con un revuelo de sus capas y que no le necesitaban.

Madoc, no obstante, estaba satisfecho.

—Tenéis un don —comentó—. Una lengua persuasiva. Los jefes tal vez se mofen de vos, pero os escuchan y reflexionan sobre vuestras palabras. No os desalentéis. Tenemos mucho tiempo.

Parecía que, después de todo, tenían mucho tiempo. Con la primera nevada, húmeda y empalagosa, los exploradores entraron en la aldea con

noticias para el Consejo. Caradoc se sentó en la choza caldeada del Consejo con los demás, con su espada frente a él, y escuchó que las legiones estaban quietas en sus cuarteles de invierno y no harían más campañas hasta la primavera. La Novena había interrumpido la construcción de caminos en territorio coritano. La Segunda estaba acabando con los durotriges y se acuartelaría allí, y las otras dos legiones, con el propio Plautio, se hallaban cómodamente instaladas con Boduoco y sus dobunnos. Las tierras bajas estaban tranquilas, pero ninguno de los jefes pasó por alto el hecho de que el territorio dobunno lindaba con el de ellos.

Luego el explorador se volvió hacia Caradoc.

—Tengo noticias para vos, Caradoc, hijo de Cunobelin. Vuestra hermana Gladys está viva. Los romanos la tienen prisionera pero la tratan bien, o así me han dicho. No la he visto con mis propios ojos.

Se volvió y habló de otras cosas y Caradoc, en una oleada de irrealidad, sintió la conmoción de las palabras correr por sus venas. Gladys viva. ¡No era posible! ¡Había estado tan decidida a morir, tan segura de la suerte que le aguardaba! ¿Qué había ocurrido? Su mente ágil exploró todos los caminos posibles, los descartó y abandonó la búsqueda insatisfecho. ¿Por qué no la había utilizado Plautio para obtener su rendición? Eso no quería decir que se habría rendido, la idea era inadmisible, pero al menos debía de haber habido mensajeros, druidas quizás. Se sintió animado y contento sabiendo que ella estaba viva y su culpa se mitigó un poco, pero tras aquella noticia había un misterio, y la ansiedad redujo la alegría. ¿Qué escondía Plautio en la manga corta de su túnica inmaculada e impecable?

Esa noche yació junto a Eurgain sin poder dormir. La choza estaba callada, los niños dormían tranquilos, pero Caradoc miraba fijamente al techo y pensaba en Gladys, en Plautio, en la dispersión ligera y ordenada de las legiones. La Novena estaba con los coritanos. Y más allá de los coritanos estaba Aricia. ¿Pelearía Aricia? No lo creía. Era mucho más probable que obligara a sus hombres rudos a aceptar un tratado. Aricia iba a donde le convenía. Jamás prescindiría de sus comodidades materiales.

Se sorprendió pensando en ella una y otra vez, la bruja negra y extranjera con sus pechos jóvenes y firmes, el cabello perfumado, la belleza larga y elástica de sus piernas fuertes. Cerró los ojos. ¿Cuántos años tendría? Veinticuatro o veinticinco, una mujer ya en camino de la madurez. ¿Habría cambiado? ¿Pensaría alguna vez en él con añoranza? Lo dudaba. Si acaso lo hacía, sería con una desconsolada amargura.

Suspiró y se movió debajo de las mantas, acalorado con su desazón.

«Un vacio que jamás será llenado... Pero el vacio está lleno, bruja, lleno todavía de fuego incluso aquí, incluso ahora.» Era más fácil imaginarla entre esos hombres del oeste. Su propia tribu debía de parecerse mucho a ésta: salvaje, intensa, impregnada de la esencia de la magia y los hechizos. Y el hechizo particularmente virulento de Aricia le provocaba a menudo en los muchos momentos de cansancio y descuido cuando no le quedaban reservas de voluntad ni energía. Buscó el cabello claro de su esposa, lo enredó en sus dedos y se puso de costado hacia ella, pero esa noche, el aura de tranquilidad de Eurgain no pudo alcanzar la agitación febril en su alma.

La nieve se derritió bajo aguaceros torrenciales y glaciales y, una vez más, Caradoc y los otros se vieron obligados a permanecer en la aldea. Faltaba poco para la festividad del Samain. Los jefes salían con sus hombres libres a buscar el ganado a fin de arrearlo al río para el sacrificio y Cinnamo se dedicó a pelear. Durante meses había sido consciente de su pobreza y de la de Caradoc y, entonces, con la llegada del Samain, las burlas de los jefes siluros se volvieron más directas. Los catuvelaunos no tenían ganado para sacrificar. Los catuvelaunos vivían como parásitos de la benevolencia del jefe de la tribu silura y del druida. Cinnamo no lo soportaba más y un día de lluvia entró cabalgando en la aldea; gritaba con deleite y la sangre se deslizaba por su hombro herido y se mezclaba con la intensa lluvia. Arriaba diez cabezas de ganado desgreñado. Caradoc corrió alarmado hacia él y Cinnamo desmontó mientras el ganado se empujaba y mugía con impaciencia.

—¿Qué has hecho, Cin? —inquirió con tono de apremio. Cinnamo le interrumpió; los ojos verdes brillaban triunfalmente y el rostro anguloso era pura sonrisa.

—No salí a robar, no salí a robar, señor —aseguró y se tocó el hombro —. Desafié a un jefe a un combate porque nos insultó y él, en su arrogancia, me ofreció diez reses si ganaba. Por supuesto, se proponía matarme. —Se enjugó el agua que le chorreaba de la cara y se apartó el cabello empapado —. No sabía que soy Cinnamo Mano de Hierro, pero ah, Madre, ¡qué guerreros son estos hombres! Recurrí a toda mi habilidad y gané por poco, ¡pero qué estupendo fue volver a blandir la espada! ¡Estos hombres son todos dignos de llamarse Mano de Hierro! Y estaba lleno de honor. Cuando le tenía en el suelo, decidí no matarlo, aunque me pidió que lo hiciera para salvarle de la vergüenza. ¡Y mirad! —Agitó una mano hacia los animales, y

luego emitió un quejido de dolor—. Tenemos ganado. No mucho, lo sé, pero tal vez suficiente para el invierno. —Caradoc no sabía qué decir. Abrazó a su escudero y Cinnamo dejó que los hombres libres encerraran a las bestias y se marchó silbando a buscar a Vida para que le curara.

La lluvia cesó la víspera del Samain; las nubes se plegaron con flojedad para navegar hacia el norte y la luna brilló llena y fría sobre las colinas desoladas. Caradoc y Eurgain se envolvieron bien y partieron con los jefes al lugar sagrado, dejando a los niños con Fearachar y Tallia. La aldea se vació; la gente se deslizaba en silencio lejos del río y subía la pendiente boscosa de la colina más cercana. Caradoc y Eurgain los seguían, flanqueados por Cinnamo y Caelte, y el viejo temor los seguía de cerca, acrecentado por las sombras lánguidas arrojadas por la luna pálida y un destino que les era desconocido. Se adentraron muy juntos en los bosques mientras los siluros se adelantaban a ellos con apenas un susurro; sobre ellos, el viento invernal suspiraba a través de ramas que se frotaban entre si como los dedos huesudos de ancianos malvados. Treparon por un sendero difuso pero inconfundible, sin atreverse a murmurar por temor a que los demonios repararan en ellos; los árboles comenzaron a escasear. Las luces titilaban, las luces bailarinas de los muertos, y la mano de Eurgain buscó la de Caradoc. La luz se intensificó y se encontraron en la cima de la colina, en un claro cubierto de hierba donde el viento agitaba las antorchas. En el centro había una única piedra, su sombra negra se proyectaba hacia ellos y la rodearon con precaución. Se movieron en la dirección de la trayectoria del sol con una habilidad casi automática, recordando de pronto viejas historias, antiguas canciones y los ritos de Samain desechados hacía tiempo por los catuvelaunos romanizados. El silencio, como la luz de la luna, era todavía denso y pesado. Bran y el hechicero estaban de pie junto a la piedra, inmóviles con sus batas blancas, a las que la noche les daba un tono plateado, esperando que los últimos miembros de la tribu se acercaran. Caradoc miró a su alrededor y vio los palos de madera coronados por calaveras. Todos eran viejos y se ladeaban como borrachos, pero uno estaba desnudo y su punta recién tallada aguardaba su coronación sangrienta. El último jefe rodeó la piedra y se detuvo como un fantasma. El hechicero se adelantó con los brazos levantados y su bata cayó hacia atrás desde las muñecas cargadas de plata.

—Dioses de los bosques, dioses del agua —canturreó—. Belatucadro, Taran, Mogons, aplacaos esta noche. —Un suspiro bajo se elevó y el viento

sopló entre los árboles en derredor como a modo de respuesta—. Ofrecemos sangre. Bebed, sentíos satisfechos y dadnos seguridad. —La gente murmuró otra vez, una oleada creciente de encantamiento que se extinguió en un susurro. En tanto el hechicero continuaba con el rito, dos jefes, Madoc y Jodoco, avanzaron bajo la luz de las antorchas con un hombre desnudo entre ellos: el bronceado de verano ya descolorido de sus brazos y piernas marcaba un contraste asombroso con la apariencia pastosa de su pecho y nalgas.

Lo guiaron a la piedra y lo volvieron para que enfrentara al gentío, y aunque Caradoc se esforzó en la luz intensa y oscilante, no pudo descifrar el rostro impasible. El cabello negro le caía hasta la altura de los codos y Madoc se aproximó con una soga y lo ató con suavidad mientras el hechicero continuaba cantando. Y entonces, de repente, se hizo silencio.

—Otro esclavo —se quejó alguien en voz baja detrás de Caradoc—. Esta vez debió haber sido un jefe.

Caradoc giró sobre los talones.

—El año que viene —dijo en un susurro, con los ojos entornados—, os daré un romano. —Se volvió. Bran se acercó al hombre y extrajo un largo cuchillo de su manga. Durante un momento, habló con suavidad a la víctima y Caradoc vio que el hombre sentenciado asentía una vez, bastante tranquilo, después se volvió, se apoyó contra la roca y cerró los ojos. Caradoc creyó ver que las rodillas morenas temblaban. Madoc se acercó y Bran le entregó el cuchillo. Sin una pausa, el jefe siluro fue hacia el esclavo, blandió el cuchillo y lo hundió con fuerza en la espalda blanca e indefensa. Un grito brotó mientras el cuerpo caía contrayéndose; la sangre manaba por la nariz, la boca y la herida, pero el hechicero y Bran se acuclillaron con serenidad y observaron con cuidado la agonía de la muerte. ¿No sufrirían necesidades ni enfermedades en el invierno? ¿Estarían apaciguados los dioses?

Por fin, el cuerpo que se sacudía y estremecía se aquietó, un bulto fláccido y blanco. Jodoco desenvainó su espada y cortó la cabeza con un único golpe poderoso. Luego la levantó y la colocó en el poste. Bran habló.

—El invierno será largo y duro —dijo—, pero este año no pasaremos hambre y los demonios no se llevarán a ningún hombre esta noche. Así lo afirma el hechicero. —Tomó el cuchillo ensangrentado de la mano de Madoc y se alejó, fundiéndose con las sombras bajo los robles. Los presentes dejaron la cima de la colina sin decir nada y se apresuraron a sus

chozas por temor a que el hechicero hubiera interpretado mal las señales y los demonios insatisfechos ya corrieran tras ellos por los bosques.

Caradoc fue el último en marcharse y miró hacia atrás. Las antorchas ardían tenuemente y, a medida que se apagaban, la luz de la luna se intensificaba y fluía blanca y lúgubre en el claro. La piedra se erguía como un dedo vigilante de la muerte y la sangre chorreaba por el poste de madera y formaba charcos en la tierra. El viento agitaba la hierba. Caradoc se volvió y corrió detrás de Cinnamo.

Al día siguiente, en otro templo en el interior de los bosques, un toro blanco fue sacrificado. Allí, el fuego llameaba en un altar de piedra y Dagda se acuclillaba adormecido junto al dios de la tribu silura: un ídolo alto y flaco con tres manos y tres rostros largos que escudriñaba con aprensión y ojos hundidos el pasado, el presente y el futuro. Ese año no había muérdago. Bran y el hechicero habían vagado lejos en busca de las bayas blancas sagradas, pero no habían encontrado ninguna, por lo que el altar estaba vacío. Se desolló el cuero blanco y suave del animal muerto y la carne se trinchó para uso del druida. La gente regresó al río y observó durante todo el día el sacrificio de las reses; el hedor caliente de la sangre envolvía la aldea. Caradoc se vio forzado a recordar el Samain en que él, Tog y Aricia se habían llevado los perros sin permiso y los habían perdido en los tranquilos bosques catuvelaunos, y pensó que allí no habría sido tan tonto. Los bosques de esa nación eran salvajes y solitarios; estaban poblados de poderes malévolos y atestados de lobos y, a menudo, de osos. Ningún hombre que se adentraba en ellos la víspera de Samain con otro fin que no fuera ejecutar los conjuros, regresaba con vida.

La estación transcurrió con lentitud, larga y dura como había prometido el hechicero. La nieve cayó sobre nieve y cerró el valle. En las tierras bajas hubo lluvias y tormentas incesantes y los pocos exploradores que lograron atravesar las colinas obstruidas o encarar la ruta marítima les informaron de que todo estaba quieto. Los campesinos y los pocos jefes que quedaban se estaban muriendo de hambre, dado que Roma había tomado mucho de sus cosechas de otoño para alimentar a las legiones. Y al final, incluso Plautio se había visto obligado a racionar los cereales y a dar de comer tanto a los nativos como a los soldados. La primavera se retrasó y llegó con agua. La nieve se derritió bajo el azote de lluvias torrenciales y el río adquirió alturas amenazantes; pero, finalmente, las nubes retrocedieron, el sol brilló y el suelo empezó a secarse.

Caradoc y los demás reanudaron los viajes. Los jefes siluros estaban desilusionados. Habían esperado un alistamiento temprano de guerreros para atacar a las legiones con la energía nueva y rebosante de la primavera, pero Caradoc estaba más convencido que nunca de que no debían asestar un golpe hasta que él pudiera comandar con confianza a todas las tribus de las montañas. Un ataque prematuro implicaría un desastre y el fin de sus esfuerzos. Con obstinación y persistencia, él y Madoc visitaron las granjas y chozas de verano de los jefes que le habían negado su lealtad el verano anterior y los halló menos hoscos y más dispuestos a escuchar. Era evidente que Plautio no tenía intenciones de avanzar contra el oeste, aún no. Tenía las manos ocupadas con la consolidación de la conquista, la construcción de caminos, la aplicación de impuestos a los reyes que habían capitulado y la edificación de fuertes más estables que los incómodos cuarteles de invierno de sus hombres. Desde su cuartel general en Camalodúnum, él y el procurador salían a recorrer el territorio con sus oficiales, satisfechos con el crecimiento de la provincia embrionaria.

Caradoc comenzó a organizar una red de espías. Escogió hombres libres y no jefes, que desdeñaban ese tipo de trabajo y que, además, habrían llamado la atención con sus cabellos recogidos y descoloridos, y sus andares altivos. Al principio, envió a algunos, como hombres libres que eran, a instalarse calladamente entre los campesinos de los reinos sometidos a Roma..., los atrebates, los icenos, los brigantes, los dobunnos..., y otros a vivir en los bosques de los coritanos y los durotriges. Les prometió una condición nueva si trabajaban bien y lograban sobrevivir dos años. Estaban ansiosos por aprender de él; iban a su choza y Caradoc les hablaba de las costumbres de los extranjeros y los hábitos de los romanos, y abandonaron la aldea con la perspectiva de convertirse en jefes. Pero en ese primer año terrible de prueba, muchos murieron atacados por animales salvajes, o a manos de los soldados y de campesinos nerviosos y desconfiados. Caradoc sabía lo que les estaba haciendo. Sin jefes que los defendieran ni tierra para alimentarlos, eran abandonados a su suerte, y sólo los más atrevidos se asentaban como refugiados expulsados por los hombres bárbaros del oeste, como parte del precio de honor de un jefe, incluso como jóvenes druidas. Caradoc no se detenía a pensar en el coste. Era necesario. Sentía de una manera muy intensa que éste era un año de comienzos, un año en que muchas semillas debían ser sembradas con crueldad si el fruto iba a ser la victoria. Y así, la primavera se convirtió en verano mientras los hombres

libres siluros cruzaban furtivamente sus fronteras y desaparecían, muchos para siempre.

Eurgain y Bran realizaron el viaje a las montañas que él le había prometido. Estuvieron fuera dos semanas mientras Llyn y Caradoc recorrían la costa. Eurgain regresó con una bolsa llena de cristales nuevos y los ojos oscuros con nuevos misterios. Ella y Bran adoptaron la costumbre de acostarse bajo las estrellas: el druida le señalaba las constelaciones altas y eternas y le explicaba sus significados, y Eurgain soñaba embelesada mientras los cielos giraban sobre ella, sumida en una admiración y deleite que se asemejaban a su fascinación con las montañas. Cuando Bran estaba con Caradoc y los demás en el norte, visitando a los precavidos hombres libres que vivían con el temor constante de ser atacados en la frontera con los ordovicos, Eurgain se tendía sola en la hierba fría y seca y contemplaba sin pestañear y absorta mientras su alma brincaba al cielo y danzaba desenfrenadamente entre los cristales vivientes.

Caradoc veía poco a sus hijas. Habían hecho muchos amigos, amigos siluros, niños que jugaban de manera ruda, corrían como un viento enloquecido, chillaban, se peleaban y nadaban como peces morenos, y cada vez le necesitaban menos. En ocasiones, al observarlas saltar junto al río, con los cabellos despeinados al viento, descalzas y con las túnicas sin atar a las piernas mojadas y embarradas, sentía un gran remordimiento. Eran hijas de la realeza. Debían estar disfrutando de las riquezas y la comodidad que un gran precio de honor y muchos sirvientes podían ofrecer. Sus brazos deberían ostentar adornos de plata; sus cabezas, coronas de oro y sus túnicas flecos multicolores. Deberían montar caballos nobles con guarniciones de bronce repiqueteantes, rodeadas de jefes. El dolor de esa pérdida corroía fisícamente su corazón. No tenía nada, salvo su ingenio para vivir y sus visiones para alimentar a sus hijos despojados. Oía sus risas, pero ello no era un consuelo.

OceanofPDF.com

CAPITULO 18

Una embajada a caballo bajó las colinas y entró en la aldea. Cinnamo la vio primero y se apresuró a abandonar su sitio en el manzano para correr a donde Caradoc, Caelte y Madoc estaban sentados al sol. Habían regresado del norte el día anterior, pero Bran había continuado el viaje para encontrarse con los jefes de los ordovicos. Había llegado la hora de reunirse con ellos en un Consejo y el druida pasaría los próximos meses en su compañía para penetrar sus oídos duros con su poder de persuasión. Cinnamo se acercó; sus ojos verdes resplandecían.

—Visitas, señor. ¡Madre, no nos ha visitado nadie durante meses!

Caradoc y los demás se pusieron de pie con las manos en las espadas y Cinnamo se situó al lado de su señor y observó a los seis jinetes que se aproximaban a medio galope sobre la hierba. Madoc asintió y Jodoco desenvainó su espada y fue a interrogarles en tanto detenían los caballos; su escudero y su bardo le siguieron.

—¿Quién viene a esta aldea, amigo o enemigo? —gritó. El jinete más alto se inclinó hacia delante y se apoyó en el lomo del caballo como si estuviera demasiado cansado para sentarse derecho—. ¿Traéis un druida?

—No —afirmó una voz profunda y Caradoc se tensó. La conocía. Le despertó olas de una antigua fascinación, pero no podía situarla—. No pudimos encontrar uno. Pero venimos en son de paz y confiando en vuestra justicia, hombres del oeste. Buscamos al jefe catuvelauno, a Caradoc, hijo de Cunobelin.

—Arrojad vuestras espadas. —Los otros jinetes comenzaron a mascullar con enfado pero el más alto se llevó una mano a la cintura, y cinto y espada cayeron a la hierba con un ruido sordo. El resto le imitó de mala gana—. Ahora, desmontad. Mantened las manos lejos de las túnicas —ordenó Jodoco, y los hombres hicieron lo que les había ordenado y se mantuvieron a la espera.

—¿Quiénes son? —gruñó Madoc al oído de Caradoc—. ¿Los conocéis?

Caradoc meneó la cabeza.

—Tal vez. No estoy seguro.

Hizo una señal con la cabeza a Cinnamo y Caelte, quienes desenfundaron sus espadas y se adelantaron con él a donde Jodoco, con las manos en sus enormes caderas, examinaba a los visitantes sin disimular sus malos modales.

—Estáis violando las leyes de hospitalidad —declaró con sequedad el jefe alto.

—En estos días, las leyes de hospitalidad deben ceder paso a las leyes de supervivencia.

Caradoc se detuvo, vaciló y dio otro paso. El hombre tenía cabello rojo, barba roja rizada y ojos que se paseaban rápidamente sobre todos ellos como los de una criatura salvaje. Caradoc avanzó con el brazo extendido; se sentía como si tuviera diecisiete años otra vez, lleno de orgullo y de una sensación de superioridad altanera y arrogante, embargado de un pudor temerario.

—Venutio —dijo y los dedos fuertes y cortos se cerraron alrededor de su muñeca.

Venutio sonrió.

—Caradoc. Me alegra encontraros por fin. Se han esparcido muchos rumores entre las tribus este invierno. Algunos decían que estabais muerto, otros que habíais huido a Mona, pero yo sabía que estaríais aquí. —Con una mirada amistosa y envolvente, registró la melena rígida, oscura en las raíces y rubia en las puntas, el enigmático arte nativo alrededor de las muñecas y el cuello y colgando en la pechera escarlata, y el rostro arrugado de manera prematura donde ya no brillaba el destello de la juventud. Los ojos de ambos se cruzaron un instante y Venutio captó una terquedad, una astucia y dureza latentes que no habían estado allí años atrás. Caradoc sonrió.

—Recoged vuestras espadas —ordenó, y el grupo lo hizo con gusto. Los llevó con Madoc, que aguardaba con paciencia y con los brazos cruzados.

—Él es Venutio, jefe de Brigantia —explicó. Los brazos de Madoc se aflojaron y alargó una mano, pero el rostro no se relajó con una sonrisa de bienvenida.

—Tomo vuestra muñeca a modo de saludo —dijo—, pero me reservo una bienvenida completa. Se dice que vuestra reina ha abierto sus fronteras a Roma con una ansiedad que no habla a vuestro favor, así que no me disculparé por mi rudeza. —Su mirada fue de Venutio a Caradoc y advirtió enseguida el mismo aire de tensión indefinible en los rostros bronceados, las mismas heridas ocultas en los ojos oscuros. Luego se volvió con brusquedad y se encaminó a la choza del Consejo. Los brigantes caminaron detrás de él.

Una vez dentro, se quitaron las capas y se acomodaron contra la pared bajo las sonrisas tétricas de las cabezas cortadas y descoloridas por el humo. Madoc, Caradoc y sus jefes se sentaron también, mientras los esclavos espetaban un cerdo fresco en el asador y avivaban el fuego. Se sirvió cerveza y todos bebieron en silencio y vertieron las heces con cortesía en el suelo en honor a Dagda y a la diosa. Eurgain y Vida se acercaron y se acuclillaron; Venutio las miró, las reconoció y apartó la vista. No podía descartar de su corazón el recuerdo de aquella mañana fría en que les había quitado a su pequeña reina de cabello negro y labios apretados.

«Debí haberla dejado allí —pensó con rencor—, o haberla asesinado en los bosques o cuando estaba enferma, febril e indefensa en mis manos. Maldita bruja. Ahora dormimos bajo su hechizo paralizador y la tribu otrora poderosa es un despojo de sueños perdidos y gente servil y sin honor. ¡Cartimandua, asesina de las almas de los hombres!»

Hablaron de cosas sin importancia: el clima y la nueva enfermedad que estaba atacando al ganado de cría. Los campesinos decían que la había traído Roma, pero Madoc pensaba que era una consecuencia de la humedad interminable del invierno. Brigantes, siluros y catuvelaunos bebieron de nuevo; la conversación caía en intervalos de silencio pensativo, mientras los esclavos reían y se apresuraban alrededor de la enorme choza entre el estrépito cordial de los platos.

Otros jefes y hombres libres fueron entrando uno a uno, atraídos por el rumor de visitas, y se quedaban de pie o acuclillaban para escuchar la conversación con oídos ávidos. El cerdo se doraba y su aroma flotaba con el humo para tentar a los hombres hambrientos y fatigados. Caradoc sentía que con sólo cerrar los ojos estaría de regreso en Camalodúnum, con la Banda Guerrera Real de Cunobelín riendo y discutiendo a su alrededor...

Aricia con sus ojos negros fulgurantes; Gladys acurrucada dentro de su capa y observando con aire reflexivo; su Eurgain reaccionando a las bromas vulgares de Tog con mejillas ruborizadas y una sonrisa plácida en la suave boca.

Venutio estaba hablando de las mareas feroces y destructivas que ese invierno habían acelerado el curso del río. Su voz era firme, las cadencias subían y bajaban en medio del estruendo general y Caradoc comprendió con desconsuelo que era imposible borrar el pasado, como Eurgain le había dicho. La añoranza le invadió, matizada con recuerdos vivos y ricos, y habría dado su honor y su espada, hasta sus hijos, para volver a estar allí

con su padre y sus amigos, para volver a ser alegre, impetuoso y despreocupado, joven de nuevo. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que era un catuvelauno y que jamás dejaría de serlo.

Madoc se puso de pie y se acercó al cerdo, tomó el cuchillo que le ofrecía Jodoco y cortó las mejores porciones de pernil para los invitados. Luego todos se sirvieron y se sentaron a comer mientras el bardo de Madoc cantaba y los niños terminaban deprisa su ración y corrían fuera para jugar bajo el sol.

Por un momento, Madoc hizo a un lado su plato y se reclinó apoyándose en un codo.

—¿Vuestro asunto es para el Consejo? —preguntó a Venutio, y el brígante hizo una pausa para considerarlo.

—No, no lo es —repuso despacio—. Aunque tenéis el derecho de discutirlo en el Consejo. Vos debéis decidir. Yo preferiría exponerlo ante vos y Caradoc.

Madoc asintió con su cabeza despeinada.

—Entonces caminaremos juntos por la orilla del río. —Se puso de pie y Caradoc y Venutio hicieron lo mismo y le siguieron afuera. El sol brillaba con intensidad y el aire acarreaba el olor penetrante de la savia creciente del bosque. Dejaron atrás los tres círculos de chozas, la casa del artista, las perreras y las tiendas de cerámica, y por fin se pasearon por la orilla de hierba alta, junto al agua enfangada que fluía velozmente. La nieve derretida de las montañas y las lluvias de primavera arrastraban troncos de madera, lobos muertos y cabras montesas hinchadas, todos los desechos de las colinas.

Más allá, el bosque echaba vapor, coloreado con un tinte verde suave casi imperceptible, y los picos de las montañas se perdían en la bruma húmeda. Los jefes caminaban detrás, Cinnamo con la espada desenvainada, los ojos verdes clavados con dureza en Venutio y la mente concentrada en la bruja negra que siempre había despreciado. Caelte silbaba con armonía en tanto giraba el rostro hacia el esplendor blanco del sol—. Ahora, hablad —dijo Madoc—. ¿Qué queréis de nosotros?

—He oído decir —contestó Venutio con voz suave— que los hombres del oeste están dejando las montañas y que campesinos nuevos están ocupando las granjas de las tierras bajas que quedaron desiertas por la guerra. He oído decir que en las aldeas hay hombres libres venidos de fuera que hablan y se visten como miembros de las distintas tribus pero que no lo

son. He oído hablar de algunos soldados romanos imprudentes que han sido hallados decapitados a poca distancia de Camalodúnum. ¿He oído bien?

—Eso depende del motivo por el que deseéis saberlo —dijo Caradoc—. En estos tiempos, los temores de los hombres suelen convertir hechos sin importancia en amenazas imaginarias y hacer una montaña de un grano de arena.

—No soy un títere de Roma —afirmó Venutio con ira—. ¡No me habléis con suaves palabras de advertencia, Caradoc! ¡Vengo a vosotros con mi honor inmaculado!

Caradoc le tomó del brazo y le obligó a detenerse.

—¿Inmaculado? —siseó—. ¿Cómo es posible eso cuando vuestra tribu ha recibido a la Novena con los brazos abiertos y vuestra reina bebe con oficiales romanos que ya planean abrir caminos y levantar puestos de vigilancia a lo largo de vuestro territorio? ¿Queda algún jefe brigante que se atreva a hablar de honor? Barcos romanos plagan vuestras costas, no sólo comerciantes sino también embarcaciones de la Classis Britannica. Y ¿acaso vuestra reina no ha comenzado a construir una gran casa romana diseñada para ella por el arquitecto de la legión? ¡Y pensar que alguna vez vosotros, pastores, me acusasteis a mi, Caradoc, de adular a Roma! —Las palabras mordaces rebosaban desdén y fustigaron a Venutio.

—Entonces es cierto —manifestó, y su rostro correoso se puso rojo como el ladrillo—. ¿De qué otro modo podríais saber tanto de las actividades de mi pueblo? Oh, Caradoc, qué taimado y sigiloso os habéis vuelto. —Bajó la voz—. Enviadme a vuestros espías. Les daré ganado y ovejas para pastorear, los incorporaré a mi séquito y podrán moverse entre mi tribu con palabras que yo no oso pronunciar. Mandadlos y decidles que despierten los corazones débiles y agonizantes de mis jefes. Ah, Caradoc. —Se le quebró la voz—. ¿Cómo haceros entender? Ella los ha hechizado con promesas de riquezas y comodidades, y la siguen como cachorros, jadeando por complacerla. Aricia les dice que Roma significa paz y prosperidad y el fin del temor a otras tribus, y les ha hecho olvidar que en un tiempo anteponían el honor a la vida.

—¿Por qué no los reagrupáis y reanimáis vos mismo? Vuestros jefes poseen una reputación de fiereza y vuestras fronteras abarcan casi todo el norte. Podríais repeler a la Novena con bastante facilidad antes de que se afianzara demasiado.

Venutio miró hacia el río.

—Porque le juré lealtad a ella y no puedo romper mi juramento —explicó con un susurro, y entonces Caradoc entendió. Venutio todavía amaba a su esposa traidora y hechicera. Se consumía un día tras otro en la pira de la codicia voraz de Aricia y, sin embargo, no era capaz de enfrentar la oscuridad fría de una vida sin esas llamas—. Ayudaré a los espias —prosiguió—, pero debéis entender que si los hombres de mi reina los descubren, no podré defenderlos ni reconocerlos, y morirán a manos de ella.

Sus ojos regresaron a Caradoc

—Es todo lo que puedo hacer. Puedo dejar una pista, mantener vivos los recuerdos, aguijonear los espíritus de mis jefes con la espada de un honor perdido, si me ayudáis.

—Tenéis una extraña idea del honor, brigante —exclamó Madoc con furia—. ¡Sois demasiado cobarde para hacer lo que harán mis hombres libres siluros y lo llamáis honorable! ¡Si odiáis tanto a vuestra reina, cortadle la cabeza vos mismo y echad a los romanos!

—No puedo —musitó Venutio—. No puedo. —Su voz sonó como el suspiro mortal de un ciervo cazado y Caradoc se volvió a propósito y siguió caminando. Madoc y los demás le siguieron.

—Acepto vuestra oferta, aunque no sea satisfactoria —declaró—. Enviaré más espías. ¿Pero qué haréis, Venutio, si la rebelión crece y los jefes despiertan del hechizo que los tiene paralizados?

El brigante apretó los labios.

—No lo sé. Me pedís que pronostique las pulsaciones secretas de mi alma y eso es imposible. ¡Una al día, lobo catuvelauno! —Se sonrieron con entendimiento triste y continuaron andando; el sol calentaba sus espaldas y las espadas tintineaban en las vainas enjoyadas.

Esa noche, después del banquete, cuando Venutio se hubo retirado a la choza de huéspedes y sus jefes, excepto su bardo y escudero, se hubieron arropado con sus capas sobre el suelo regado de cenizas de la choza del Consejo, Caradoc entregó a Eurgain su capa.

—Ve a ver a Venutio y háblale —dijo—. Aricia y tú os criasteis juntas. Verá como una cosa muy natural que quieras saber más de ella. Hazle hablar, amor mio. Necesito saber qué profunda ha sido la penetración romana, hasta dónde llega el poder de Aricia y qué grieta puede haber en su coraza. Brigantia sería una posición ideal para que Plautio lanzara un ataque al oeste si lo quisiera, y los espias todavía no están bien instalados con los cornovios para traerme toda la información que deseo. —Eurgain se

acomodó la capa en los hombros, introdujo las manos en las profundidades azules y miró a su esposo con frialdad.

—Los espías en nuestra nación nos dicen que el emperador ordenó a Plautio que se fortaleciera y consolidara, que no se expandiera demasiado al norte o al oeste hasta tener aseguradas las tierras bajas. No creo que nos ataque aquí hasta dentro de por lo menos dos años.

—Salvo que le provoquen. Y una provocación, Eurgain querida, es justamente lo que quiero darle, siempre y cuando consiga establecer algún acuerdo con los ordovicos el próximo verano. Entonces los caminos a través de territorio cornovino y dentro de Brigantia serán de la mayor importancia.

Ella asintió con calma.

—Pero aun así, Caradoc, entre ahora y entonces la situación en todas partes podría cambiar muchísimo. ¿Estás seguro de que me envias sólo para extraer información táctica?

—Hace mucho tiempo que estamos casados, Eurgain —replicó él en voz baja y con una firmeza que de pronto no sentía—. Y jamás he tomado otra esposa ni lo he deseado. Eso debería contestar a tu pregunta.

—Debería —repitió ella con ligereza, y le besó en los labios—, pero no lo hace. Sólo me revela que a mi esposo no le gusta mentir y entonces disimula con cuidado.

Los ojos del color de las flores del aciano se oscurecieron con celos fugaces y como siempre que pensaba en Aricia y en la extraña fascinación que ejercía en ciertos hombres, cedió a ellos y dejó que la invadieran un instante para luego desecharlos con estoicismo. No deseaba poseer el cuerpo y el alma de su esposo como había querido Aricia, aunque Aricia no le había amado.

Eurgain amaba a un hombre, a un ser entero e independiente, y le respetaba porque podía torcerlo pero nunca doblegarlo. Pero a veces, como esa noche, al ver los recuerdos dolorosos y lujuriosos reflejados en el rostro de su marido, sufría con una desesperanza sorda y agobiante que los años no habían curado, del mismo modo en que no habían curado la herida de Caradoc. En lo más hondo de él, había un sitio que a ella le estaba vedado, un sitio donde Aricia anidaba dormida esperando que un acontecimiento como la llegada de Venutio despertara, extendiera y lanzara ondas de desdicha a través de ambos. Y siempre sería así aunque ellos se amaran a su manera. Suspiró.

—Iré —accedió.

El bardo de Venutio la detuvo en la puerta de pieles y le preguntó con voz tajante qué quería.

—Soy Eurgain —explicó ella con paciencia—. Fui amiga de vuestra reina. Sólo quiero preguntar a vuestro jefe cómo está ella. Por favor, preguntadle si me recibirá. —Levantó la capa y desplegó los brazos—. No vengo armada. No llevo espada ni cuchillo. —El hombre agachó la cabeza bajo el dintel y Eurgain esperó de espaldas a la puerta; mantuvo los ojos fijos en el cielo moteado de estrellas y sostenido por un velo plateado de jirones de nubes. La luna viajaba serena y el aire era templado y quieto. Respiró hondo como Bran le había enseñado, abriendo la mente y el corazón a la paz de la noche e imaginando que los temores e incertidumbres de su vida fluían fuera de ella a través de su aliento. Luego se volvió y entró en la choza mientras el bardo le sostenía las pieles descorridas.

Venutio se levantó del taburete junto al fogón apagado. Se había quitado las armas; llevaba una túnica verde corta y las piernas y brazos desnudos. Se había soltado y peinado el cabello que caía sobre sus hombros como una capucha suave y brillante; las ondas rojas atrapaban la luz mortecina de la lámpara. Eurgain se permitió un segundo de imaginación: Aricia en los brazos de él, el cabello negro enredado con el rojo, amante y esclavo, hechicera y víctima, unidos por la pasión. Luego se quitó la capa y sonrió.

—Lamento molestaros —dijo—, pero quería hablar con vos tranquilamente. Aricia y yo éramos muy amigas, hace mucho tiempo. ¿Cómo está?

Una sombra pasó detrás de los ojos de Venutio. Le devolvió la sonrisa y le indicó que tomara asiento en la silla. Por primera vez, Eurgain pensó que era muy apuesto. Él le sirvió cerveza de la jarra, le empujó la copa y volvió a sentarse en el taburete. La recordaba, por supuesto. La muchacha silenciosa con los ojos perceptivos, la pensadora, la visionaria con una veta de sentido común obstinado. También se acordaba de la otra, mayor, morena, también callada pero con una cierta tensión, un peligro. «Es curioso —pensó, y estudió los dedos largos y limpios curvados alrededor de la copa—, cuántas cosas recuerdo de aquellos días efimeros. Los últimos días de mi felicidad. Tal vez sea por eso. Son pocos los recuerdos de aquellos años en los que me gusta recrearme.»

—Decidme, Eurgain —dijo mientras hacía girar despacio la copa de bronce en su mano—, ¿vuestro esposo os mandó a verme?

Ella rió, sorprendida.

—Sí, lo hizo. No os mentiré. Pero creo que habría venido de todos modos. Hemos tenido muy pocas noticias de Aricia desde que os la llevasteis de Camalodúnum.

—Y la mayoría de las noticias han sido malas —concluyó él con brutalidad—. No os preocupéis por no herir mis sentimientos, señora. Me quedan muy pocos que puedan ser lastimados. Ella los ha matado todos.

—Aricia siempre prefirió su comodidad —acotó Eurgain con torpeza. Trataba de mantener una compostura cortés—. Sin embargo, existía un gran afecto entre todos nosotros en la aldea de Cunobelin, y la proximidad de una familia. Fue un golpe duro para ella tener que marcharse.

—Eso sucedió hace once años. No deseo hablar del pasado. ¿Qué sentido tiene? Ella vino, nos odió, nos usó y nosotros, igual que nuestras estúpidas ovejas, nos tambaleamos confundidos tras ella. Al principio fueron el vino y las chucherías. ¿Qué tiene de malo, dijo, usar nuestras pieles de reserva para traer vino a los jefes? Le obedecimos porque le habíamos jurado lealtad y ella era la hija de nuestro señor muerto, y de hecho, ¿qué tenía de malo? —Bebió un poco y luego escudriñó el interior de la copa con aire adusto—. Me casé con ella. Aricia tenía dieciséis años. Llevó flores blancas en el pelo y mi regalo de bodas alrededor del cuello. «Tú y yo, Venutio —dijo—. Tú y yo. ¡Juntos podremos elevar a Brigantia más alto que los catuvelaunos!» En ese momento no entendí el verdadero significado de sus palabras. ¡Cómo se habrá reído de mi! ¡Oh, Sataida, Señora de la Desgracia, no me casé con una mujer, me casé con un demonio!

Eurgain permanecía muy quieta mientras el hombre que se encontraba ante ella se debatía en las garras de un torrente de amargura. Sabía que su aplomo y sus silencios amables a menudo incitaban a las confidencias. Le había sido útil a Caradoc en el pasado gracias a esa cualidad, pero no había estimulado ese sufrimiento hiriente y autoinfligido y estaba espantada.

«Así estarías tú, esposo mio —pensó—, si te hubieras casado con ella en vez del orgulloso Venutio. ¿Lo previste? ¿Lo sabías?»

—Afirmáis que erais su amiga —continuó más tranquilo—, pero ella no lo era de vos, Eurgain. ¿Lo sabéis, verdad? —Sus miradas se encontraron, se mantuvieron, reconocieron lo que tenían en común y Eurgain asintió una vez. La luz subió por sus trenzas rubias.

—Sí, lo sé. Lo sé todo, Venutio.

—Y no obstante, aún la quiero —confesó en tono bajo y con una ternura maravillada en la voz—. Cuando me llama, corro hacia ella. Sé lo que es y puedo venir aquí buscando su ruina. Pero en medio de mi odio, la quiero.

Se quedaron sentados en silencio, unidos por una pena compartida que excedía las convenciones y las palabras. Después, Eurgain cambió de tema. Sentía que temblaba, y sus nervios agazapados tras el rostro imperturbable, pedían huir a gritos.

—¿Roma está construyendo dentro de vuestras fronteras?

Venutio bebió su cerveza, se cruzó de brazos y contestó con calma. El momento había pasado. Una vez más, volvía a ser el montañés feroz y casi salvaje que ella había conocido años atrás.

—Todavía no. Un fuerte está prácticamente terminado al sudeste de nuestras fronteras, dentro de territorio coritano, y los soldados y oficiales entran y salen con libertad de la casa de mi reina, pero hasta ahora, no se han tendido caminos en nuestras tierras. ¿Adónde irían? ¡Plautio no está preparado para enfrentarse a los hombres del norte... ni a vosotros! Nos utilizará como su pared amistosa, con el consentimiento alegre de mi reina. Le ha enviado regalos costosos. No le quitará su titulo, se lo prometió, siempre que ella coopere. Y por supuesto, lo está haciendo, con entusiasmo.

—¿Y vuestro pueblo?

—La obedecen en silencio. Creen que es demasiado tarde para hacer otra cosa que no sea someterse a lo inevitable. Algunos jefes y sus hombres libres se quejan en secreto. Me culpan a mí, y con razón, de la pérdida de su honor, pero no se dan cuenta de que también han perdido su libertad. Quiero que los espías siluros les convenzan de eso. En cuanto a mi... —Abrió las manos y el azabache destelló perversamente hacia Eurgain desde los dedos cortos, romos y marcados con cicatrices—. Soy doblemente esclavo, pero haré lo que pueda.

Eurgain se levantó, avergonzada de sí misma por haber ido con sangre fría a intentar engañarle, avergonzada de la necesidad de Caradoc.

—Lo siento, Venutio —murmuró—. Los tiempos son malos y los he empeorado viniendo aquí esta noche.

Él se acercó y le besó la mano fría.

—No, no vos, Eurgain. En vos, Caradoc tiene su mayor tesoro.

Ella sonrió.

—Id con seguridad, caminad en paz.

—Vos también, señora.

Eurgain retiró la mano y se marchó. Caminó deprisa hacia su choza con la capa colgada del brazo. El rostro le ardía en la fría brisa nocturna, y el aroma de capullos recién brotados flotaba a su alrededor. En algún lugar cercano, un ruiseñor gorjeaba y trinaba una canción de una belleza que oprimía el corazón, pero los pensamientos de ella estaban vueltos hacia dentro. Entró en la choza, arrojó la capa sobre la silla junto a la puerta, se quitó la túnica y se desató el cabello. Caradoc observó los gestos precisos y coléricos desde la sombra de la cama.

—¿Y bien? —aventuró por fin. Eurgain se quitó los calzones sin mirarle.

—Es un buen hombre, y honrado, pero no confies en él hasta que haya demostrado que puedes hacerlo. Está desgarrado.

—¿Eso es todo?

Ella se acercó a la cama, con las ventanas de la nariz ensanchadas y los ojos enormes y grises.

—Eso es todo. No quiero volver a hablar de esto, nunca. Y no me toques, Caradoc. Ya estoy de bastante malhumor esta noche.

Una madrugada roja y nacarada, Venutio y sus jefes se escabulleros del valle para regresar a casa. Dos días después, los siluros celebraron Beltine. Los árboles se abrieron de repente con un esplendor intenso, verde y brillante. Flores blancas llenaron los manzanos y pétalos con olor a nieve atestaron los corredores del bosque que resonaban todo el día con los trinos de los pája ros. Los huesos secos y grises de los animales sacrificados durante el Samain fueron apilados en dos enormes hogueras y el ganado de cría y los terneros jóvenes fueron arriados; con los ojos en blanco, protestaban y mugían con temor mientras el humo los envolvía. Al anochecer, la gente de la aldea bailó con los cabellos y collares al viento. Sus ojos destellaban en el resplandor anaranjado e impetuoso de los fuegos y cantaron las viejas canciones mientras se vaciaban los barriles de cerveza. Las festividades duraron toda la noche. Los niños gritaban y jugaban en las sombras de las chozas, salían y entraban corriendo como velas enloquecidas. Los jefes se quitaron las túnicas y lucharon en la hierba; el sudor brillaba en sus cuerpos musculosos y la luz de las fogatas se reflejaba en las torques de bronce y de oro. Al final durmieron, algunos en sus chozas, pero la mayoría acurrucados en las capas sobre la hierba, contentos y arrullados por el susurrar del viento en los árboles junto al río.

Ya entrada la mañana, Fearachar hizo el equipaje de Caradoc y Llyn y los jefes partieron de nuevo, esta vez hacia el oeste para reunirse en un Consejo con los démetas. La curiosidad del rey démeta había sido despertada por rumores sobre el jefe extranjero que ya tenía a muchos de los tercos guerreros siluros comiendo de su mano, y había enviado emisarios a Madoc cuando se derritieron las nieves en los pasos, altos. Eurgain había rogado para que la dejaran ir en esa ocasión; anhelaba veranear entre la libertad escabrosa de los picos cuyos dientes hendían el cielo y cuyos vientos soplaban sin cesar día y noche, sin el perfume de los bosques o la hierba ni mitigado por ellos. Pero Caradoc se había negado.

—Los démetas son inestables y recelosos —había explicado—. Y ningún druida siluro amistoso ha estado entre ellos para allanarnos el camino. Cuando visite a los ordovicos el verano próximo podrás venir. — Eurgain discutió y suplicó en vano. El apretó los labios en una línea firme e intransigente y meneó la cabeza. Eurgain lo despidió con un beso, abrazó a Llyn, que toleró ser estrechado con una irritación apenas disimulada, luego se enderezó y los observó desaparecer sobre la colina; las capas azules, escarlatas y amarillas abultándose juntas como el plumaje desplegado de algún pájaro enorme y exótico.

Caradoc no volvió hasta que cayeron las primeras nevadas del invierno y, cuando lo hizo, Eurgain se azoró por el cambio en él. Tenía la carne pegada a los huesos de modo que no quedaba nada de él excepto sus músculos poderosos. Estaba demacrado e inquieto y no podía comer ni dormir hasta que la madrugada se colaba, fría y dorada, bajo la puerta de pieles de la choza. Hablaba muy poco durante el día, pero en sueños, se revolvía y mascullaba sin parar, y ella permanecía a su lado, tensa y preocupada, testigo de cómo la visión obsesiva le carcomía el espíritu. No pensaba ni hablaba de otra cosa que no fuera Roma y la confrontación venidera, y se impacientaba con las peleas menores de las tribus del oeste. La unidad era su estandarte invisible y había cargado con su peso en la espalda a través de las montañas, convirtiéndola en la fuerza motora que lo había impulsado junto con sus jefes de aldea en aldea. Llena de ansiedad, Eurgain fue a ver a Cinnamo. Lo encontró en su choza, tendido en la cama; el casco, escudo y espada yacían en el suelo junto a él en medio de una confusión de trapos para lustrar. Se sentó cuando ella entró. Su rostro estaba flaco por los días de privación y arrugas nuevas circundaban el brillo

cristalino de aquellos ojos verdes. Eurgain se instaló en el taburete. Las túnicas de Vida se apilaban junto al fuego, pero ella no estaba allí.

—¿Qué ha pasado este verano, Cin? —preguntó con determinación. Él flexionó sus miembros y saltó de la cama. Se aproximó al fuego, arrojó leña nueva y se quedó de espaldas a ella.

—Los démetas estuvieron a punto de enloquecerle —repuso—. ¡Madre, qué tribu! Habría sido mejor que Bran nos acompañara, pero lo cierto es que tuvimos que sentarnos en Consejo durante horas mientras ellos se pavoneaban y alardeaban de las incursiones perpetradas contra los jefes siluros esforzándose por hacernos perder la paciencia. Las paredes de la choza del Consejo estaban festoneadas con cabezas de siluros y ordovicos. Jamás había visto tantos trofeos. Pero sus joyas son hermosas y sus mujeres feroces, y si Caradoc logra ganárselos, los romanos deberán cuidarse de no dormirse sobre sus preciosos laureles. Luchó contra tres de ellos, Eurgain, mató a uno e hirió de gravedad a los otros dos.

—¿Qué?

Cinnamo le dirigió una sonrisa atractiva.

—Le escucharon porque el jefe había querido escucharle, pero querían ver si era un gran guerrero antes de sentarse a considerar sus palabras con seriedad. No juzgan a un hombre por sus palabras, Eurgain, sino por sus actos. ¡Ah, Madre! ¡Qué peleas! No creo que Caradoc quisiera matar al jefe, pero perdió la calma. Estaba harto de tanta jactancia y conversación estúpidas. ¡Los démetas se destaparon los oídos después de eso, os lo aseguro! Han prometido asistir a un Consejo común, pero no antes de que Madoc conviniera en desistir de las incursiones contra ellos. Lo hizo, pero tenía mucho que decir acerca de las propias pérdidas de los siluros a manos de los démetas.

Eurgain se quedó callada un momento con la cabeza gacha. Luego habló.

—¿Qué le ocurre, Cin? No disfruta de nada. No es capaz de relajarse. Le veo cambiar día a día y temo por él.

Cinnamo se puso serio. Se aproximó, se acuclilló frente a ella y le tomó las manos. Eurgain alzó los ojos hacia ese rostro tan bien conocido: la boca severa, la nariz corva y los ojos verde primavera que podían derretirse con amor y carcajadas o volverse pétreos, y sintió que algo se quebraba en su interior como agua congelada. Estaba cansada de la tensión y el nerviosismo, cansada de los días solitarios y las noches vacias, y acercó una

mano a la cas cada de cabello rubio ondulante que se abría ante ella, ansiando dulzura y calidez. Cinnamo la abrazó con fuerza y ella suspiró.

—Se ha distanciado de todos salvo de Llyn —explicó él—. Y una única cosa le mantiene activo..., el sueño de convertirse algún día en el arvirago del oeste, con las tribus unidas bajo su mando y miles de guerreros moviéndose como uno solo para empujar a Roma al mar. Cree ser la última esperanza de Albion, Eurgain, y yo también lo creo. Madoc, Bran y los siluros piensan igual. Y se siente nostálgico. Odia las montañas. Añora las suaves tierras bajas catuvelaunas. Los peligros nos acechan en el camino todos los días..., el hambre, el clima, los jefes salvajes, los animales, más salvajes aún que ellos, y los vientos de los desfiladeros cuando nos agazapamos contra las rocas. No temo por mí. He luchado toda mi vida contra la mayoría de estas cosas y nunca he tenido una posición importante que perder ni demasiado ganado para llenar mi vientre. Pero mi señor ha perdido un reino y encontrado una visión mortal, y lucha por aceptarlo y adaptarse. Sabe, todos sabemos que sólo podemos ir hacia delante. No hay forma de retroceder. —Le besó la frente con la intención de que aquel gesto pusiera fin a su abrazo, pero de alguna manera, se sorprendió con los labios desviándose hacia el cabello y sintió que los brazos de ella se movían para rodearle el cuello. Sabía que debía apartarse y pensó de hecho que había empezado a hacerlo, pero en vez de eso, sus manos aferraron aquellos hombros y su boca se deslizó por la sien y a lo largo de la curva de la mejilla para amoldarse con suavidad a la de Eurgain. Ella no se sobresaltó, aunque por un instante, sus labios temblaron, luego se abrieron despacio y cayó hacia él. El taburete se volcó y se alejó rodando. Sus manos le tomaron la nuca mientras Cinnamo le soltaba los hombros para bajarla a las pieles, sin dejar de besarla, pero cuando le levantó la túnica, Eurgain dejó caer los brazos a los costados y sintió la boca que avanzaba a su cuello.

«Besos extraños —pensó—, y sin embargo no tan extraños. Manos cuyo tacto mi cuerpo no reconoce aunque las he conocido desde mi juventud. ¡Ah. Cinnamo, ámame! ¡Que tu cuerpo me diga que todavía soy quien creo ser!» La penetró con ternura y la carne de ella, aún extrañada por esa otra carne desconocida que no obstante poseía el calor de la familiaridad, no la rechazó. «El ritmo de otra vida —pensó, arropada en suavidad, y sintió que los nudos duros de la ansiedad y la desdicha se desataban despacio en su interior—. ¡Dímelo, Cinnamo, amigo mio, dímelo! ¡Cura las heridas!»

Se elevó con él en la ola de pasión, su cuerpo debajo, cobijada en la respuesta callada de él a su soledad y entregándole su necesidad y agradecimiento.

Cuando Cinnamo dejó de moverse contra ella, no la dejó ir enseguida. Se alzó sobre los codos, le sonrió y la besó con la misma ternura atenta. Y no fue hasta que obtuvo una sonrisa como respuesta que se levantó y la ayudó a incorporarse.

—El verano que viene firmaremos un tratado con los ordovicos —comentó como si nada hubiera pasado—. La última prueba y la más importante. Entonces veremos.

—Iré con vosotros —replicó ella con calma, aunque temblaba—. No puedo seguir esperando aquí ociosamente cuando mis pensamientos huyen a donde mi cuerpo no puede ir. Me equivoqué al permitir que Caradoc acarreara estas cargas solo. Yo también quiero volver, Cin, pero no por amor a Camalodúnum. Las montañas satisfacen mi alma. Sólo quiero volver a tener un esposo entero y alegre, preocupado nada más que por las incursiones y los precios de honor.

—Ese día llegará, Eurgain, no temáis. —Intentaba levantarle el ánimo, pero ella frunció los labios y la amargura teñía su rostro.

—No lo creo —respondió. Se acomodó la túnica y fue hacia la puerta. Hizo el amago de marcharse, pero luego se volvió, vacilante, con una mano en la puerta de pieles.

—Cinnamo, yo... —empezó, pero él la interrumpió.

—No penséis en ello, Eurgain. No fue una cuestión de deshonor para vos ni para Caradoc. Y Vida lo entendería si yo decidiera confesárselo. Fue una cuestión de consuelo, eso es todo.

—Sí —murmuró Eurgain—. Lo sé. Consuelo. Estoy tan cansada, Cin...

Se fue y las pieles susurraron a sus espaldas. Cinnamo levantó el taburete y se quedó mirándolo, pero al cabo de un rato, lo colocó de nuevo en su lugar, recogió su casco y un trapo para lustrar y se puso a silbar sonriendo para sí.

Caradoc había estado en marcha constante durante tres veranos y sus espías llegaron con mensajes que tornaron su impaciencia en frenesí. Civiles romanos inundaban Albion en un flujo cada vez mayor, en gran parte aún comerciantes y aventureros, pero también más mujeres, familias de oficiales, gente resuelta a establecerse. Muchos de los caminos estaban terminados; los comerciantes los cabalgaban llevando despachos desde los

puestos de vigilancia a los fuertes, y los carros retumbaban llenos de cereaies y vino, plantas y árboles nuevos, extraños para los colonos nostálgicos que intentaban convertir sus casas de madera en fincas romanas, copas y cortinajes, provisiones de todo tipo para las legiones. Los fuertes de las colinas, otrora poderosos como Camalodúnum, se estaban transformando lentamente en pueblos romanos pacíficos; las chozas humildes y dispersas eran sustituidas por elegantes manzanas de casas de madera, tiendas y baños. En Camalodúnum misma, el templo al divino Claudio se alzaba monumental bloque tras bloque, pagado por hombres libres acobardados que ya no acudían con protestas airadas ante jefes que no podían hacer nada. Las cuadrillas de obreros trinobantes y catuvelaunos encadenados lo pagaron con su sangre. Pero ninguna de esas cosas movió a Caradoc al extremo de la imprudencia. Otra noticia si lo hizo.

Un explorador de pie frente a él le informó sin emoción de que el primer embarque de jóvenes pertenecientes a algunas tribus había dejado Albion. El destino era Roma, donde serían entrenados para pelear en las legiones, y más embarques se sucederían con regularidad. Roma sabia que gran parte de la riqueza de la nueva provincia residía en sus guerreros toscos, altos, saludables y osados, y de nada sirvió que los jefes y las mujeres de espada se reunieran en la orilla, llorando y maldiciendo. Sus hermanos y seres queridos nunca volvieron a ser vistos por las tribus.

Caradoc escuchó con frialdad; su mente trabajaba detrás de la pared de compulsión frenética que siempre parecía interponerse entre él y su gente, pensando en Llyn con un súbito y feroz instinto de protección. Llyn tenía once años, su robustez estaba dando paso a la gracia largirucha y natural de Togodumno, pero todavía no había pasado la prueba de sangre, no era un hombre. Caradoc se lo imaginó con las cadenas de la esclavitud romanas alrededor del cuello y luego en las filas de la tropa auxiliar de alguna legión, endurecido y cambiado, su rápido ingenio y su risa temeraria perdidos.

Pensó en otros informes, más próximos a la aldea. Patrullas romanas habían sido vistas demasiado cerca para no producir inquietud, moviéndose por el bosque denso donde acababa el territorio dobunno y comenzaba el siluro.

Caradoc sabia que casi se había quedado sin tiempo y no esperó al final del invierno. Llamó a Consejo. Como había supuesto, los jefes siluros, todos sin excepción, le juraron lealtad arrojando las espadas frente a él,

ávidos de cción. Caradoc, Cinnamo y Caelte, junto con Madoc y Jodoco, los guiaron fuera del valle hacia el este. Se deslizaron a través de los bosques desnudos y vacíos sin nada más que sus armas y toda la comida que pudieron cargar en las espaldas. Habían aprendido bien las lecciones. Se mantuvieron alejados del nuevo fuerte donde Boduoco calentaba sus viejas manos en los fuegos romanos. Escondidos en los matorrales junto al recién construido camino al sur que se extendía hasta el fuerte en territorio belga, interceptaron mensajeros a caballo, tendieron emboscadas a patrullas pequeñas y capturaron carros de comida mientras las últimas lluvias de invierno lavaban los colores vivos de sus capas y la sangre romana del camino empedrado.

Estas acciones no produjeron más que una pequeña murmuración entre los conquistadores de las tierras bajas. Caradoc se cuidó de no presionar demasiado a la Segunda Legión, puesto que no deseaba que el poderío total de Vespasiano se abatiera sobre su cabeza antes de estar preparado. Los ordovicos esperaban su llegada; el último nudo tenía que ser atado. Irritado, Vespasiano duplicó la guardia en los carros y puso sobre aviso a las patrullas; envió un informe a Plautio en Camalodúnum; pero, por el momento, no había motivo de alarma. Unos pocos jefes, impelidos por el hambre, habían tenido la osadía de atacar a sus hombres y no tardarían en pagar por ello. Eso era todo. Pero Plautio, al leer el rollo de pergamino junto a la ventana de su nuevo cuartel general donde el sol de invierno se filtraba con debilidad, intuyó algo. Los hombres del Oeste y el hermano de Gladys. Tenía que ser. Volvió a experimentar el deseo fugaz de conocer a ese hombre y entregó el rollo a Pudens para que lo leyera. Se sentó en el escritorio, sus dedos formaron una pirámide hasta la barbilla, y reflexionó.

—¿Ordenaréis contraataques, señor? —inquirió el joven. Pero Plautio, al cabo de un instante, apoyó sus manos llenas de anillos en la superficie lisa del escritorio y meneó la cabeza.

—No, todavía no. Es demasiado pronto y, además, todavía estamos en invierno. Creo que esperaré a la primavera y veré qué pasa. Contesta el despacho por mí, Rufo, ¿quieres? —Recogió el yelmo y la capa y salió en busca de soledad para pensar, pero en aquellos días no quedaba en Camalodúnum ni un solo sitio al cual poder escapar del ruido de la industria. Era casi como estar en Roma.

En la última incursión de invierno, cuando el viento ya soplaba más tibio y las flores silvestres empujaban con resolución a través de la

aguanieve, Llyn se perdió. Caradoc y los jefes se habían abalanzado sobre una centuria sin saber que detrás de los soldados cabalgaba un ala de caballería, y la pequeña batalla que sobrevino fue feroz y sangrienta. Llyn y Fearachar habían permanecido escondidos, como de costumbre, detrás de los arbustos de zarzas que asfixiaban la colina desde la que los jefes habían atacado, oyendo los gritos y llamadas y el entrechocar de espadas y escudos, pero sin poder ver demasiado debido a la llovizna brumosa que blanqueaba la mañana.

Abajo, en el camino, Caradoc y sus hombres luchaban inflexibles de atrás hacia adelante, mientras el centurión romano impartía órdenes y los soldados intentaban formar filas, desconcertados por la sorpresa del ataque. Los hicieron retroceder arrinconándolos, y por un rato, los siluros comenzaron a llevar la ventaja, pero los oídos agudos de Caradoc captaron el ruido de cascos de caballos y ordenó la retirada.

Sin poner objeciones, los jefes y hombres libres se volvieron y corrieron para confundirse con la neblina y los árboles pero, en esa ocasión, los romanos, envalentonados por la llegada de la caballería, los persiguieron, y los hombres de las tribus se vieron perseguidos de manera implacable. Bajo los árboles velados y mojados, se volvían acorralados sin ayuda o se apresuraban en silencio al refugio de las profundidades sin senderos, y no fue hasta que Caradoc, Cinnamo y Caelte hubieron cruzado el río que Caradoc pensó en su hijo. Entonces se lanzó en busca de Fearachar entre los hombres que corrían tambaleándose hacia la seguridad. Pero Cinnamo le detuvo.

—Es inútil, señor, hasta que todos los jefes hayan regresado a la aldea y se pueda realizar un recuento —precisó. Caradoc convino con furia, un sentimiento de miedo rugía en su interior. Llyn era su talismán. Llyn era su solaz, su amuleto contra la desesperanza, y si Fearachar volvía sin él, Caradoc le cortaría la cabeza. Fue directo a la choza del Consejo y se paseó delante de la puerta bajo la lluvia. Los jefes pasaron junto a él uno por uno buscando calor y comida, pero Fearachar no apareció caminando penosa y lúgubremente.

Eurgain fue a verle y le pidió que se cambiara la ropa empapada y comiera. Él se negó con rudeza así que ella caminó a su lado hasta que vino Madoc e informó de que no quedaban hombres vivos para ser contados. Un silencio descendió sobre el pequeño grupo, luego Caradoc se puso en acción.

—Cinnamo, junta a nuestros jefes, los catuvelaunos. Madoc, tengo que llevarme los pocos caballos que tenéis. ¿La patrulla todavía nos busca?

—No. Los oficiales recobraron el juicio y ordenaron a los soldados que volvieran al camino. Los exploradores me dijeron que han reanudado la marcha, aunque faltos de hombres.

—Bien. Eurgain, ¿adónde vas? —Ella se alejaba y gritó por encima del hombro:

—A buscar mi espada.

—¡No! —Caradoc la siguió—. No, no lo harás. Quédate aquí. ¿Qué puedes hacer en esa maldita bruma?

Eurgain se volvió y se enfrentó a él, dos manchas de color ardían en sus mejillas pálidas de invierno. Le gritó a voz en cuello, impulsada por algo más fuerte de lo que podía soportar.

—¿Y qué crees que puedes hacer tú? Maldición, Caradoc. ¡No aceptaré otro no de tu parte! ¡No soy tu esclava, soy una mujer libre y de espada! Iré y vendré como me plazca. ¡Por Camulos! —Estaba chillando y Madoc y los siluros congregados la miraban con temor reverente, pero una sonrisa diminuta y aprobadora se dibujaba en la boca de Cinnamo—. ¿Todavía eres tan romano que pretendes retener a tu mujer dentro de la casa como una pieza bonita de mobiliario? ¡No me puse una cadena de esclavitud cuando me casé contigo y, de acuerdo con la ley común, puedo abandonarte cuando se me antoje! —Bajó la voz—. Y a veces pienso que me gustaría dejarte —concluyó con tono seco—. Me he convertido para ti en un objeto para tu comodidad.

Durante un momento, le miró con ira, erguida, con el pecho agitado y el cabello pegado al rostro y serpenteando por las mangas de su túnica anaranjada. Luego giró sobre los talones y corrió en la dirección de su choza, gritando a Tallia que le buscara una capa seca, las botas y el cinto con la espada. Estupefacto, Caradoc la observó irse y después se volvió a donde los caballos ya estaban siendo conducidos hacia él. Tenía el rostro blanco y un abismo de desesperación se abría ante sus ojos. Montó deprisa, juntó las riendas en las manos y se quedó inmóvil con la vista baja mientras los jefes le imitaban y Eurgain regresaba: su capa azul se arrastraba por el suelo, llevaba el cabello recogido y la espada resonaba contra su bota. Pasó junto a él sin mirarle. Caradoc espió el interior del abismo y el vértigo le mareó. Llyn estaba muerto. Había perdido a Eurgain. Los ordovicos le negarían su ayuda y también los démetas. Entonces, una pizca de humor le

tentó, un haz purificador de salud como la luz solar blanca al final de un túnel. Sin duda Llyn estaba perdido, no muerto. Podía cortejar y conquistar a Eurgain otra vez. Y los ordovicos y los démetas le jurarían lealtad, lo sabía. Parpadeó y echó una mirada a los jefes que esperaban detrás, reprimiendo la burbuja de risa que amenazaba con transformarse en una carcajada incontenible e histérica.

Alzó un brazo.

—¡Vadead el río y separaos! —gritó—. ¡De dos en dos! ¡Registrad el bosque hasta el camino y luego regresad! —Hundió los talones en el vientre del caballo y entró galopando en la neblina.

Cinnamo y Caelte iban con él y juntos atravesaron el bosque lleno de una luz mortecina y tétrica. La bruma se disipó después del mediodía. Siguieron los senderos y no encontraron nada, ni siquiera huellas, de modo que desmontaron y guiaron a los caballos, moviéndose a través de la maleza con las espadas desenvainadas. Al acercarse al camino, comenzaron a tropezar con cuerpos caídos y ocultos en la hierba alta; automáticamente los fueron despojando de sus valiosas armas. Esperaban que la diosa del bosque viera lo que hacían, que supiera que las armas eran para ella, y les enviara a Llyn. Caradoc caminaba sumido en una introspección creciente mientras Cinnamo se arrodillaba de vez en cuando para estudiar la vegetación del bosque bañada de rocío. Togodumno se había arrodillado de la misma manera en los hermosos bosques catuvelaunos cuando buscaban a Cunobelin y un temor supersticioso se apoderó de Caradoc; tuvo que obligarse a mirar de frente cada cadáver impúdico que encontraban, viendo a su padre tendido allí debajo de cada árbol, con el cuello roto y el cabello gris flotando en la hierba. Cuando Cinnamo hablaba, era con el tono ligero y rápido de Tog, y cada cara blanca e inmóvil parecía más arrugada, más astuta que la anterior.

Por fin, Cinnamo se arrodilló y lanzó una exclamación en voz baja.

—¡Aquí! ¡Mirad, señor! ¡Huellas frescas, un caballo de la caballería romana, algo cargado, una herradura perdida y otra floja! —Caradoc se inclinó y vio las marcas borrosas en la tierra mojada.

—Eso es evidente —replicó—. Pero inútil, Cin. No buscamos a un soldado perdido. Deja que los jefes lo encuentren y lo maten.

—No me escucháis, señor —interrumpió Caelte—. El caballo lleva una carga ligera. Podría tratarse de los pertrechos de un soldado o de un niño.

Caradoc se enderezó.

—Por supuesto. Es una esperanza, débil, pero debemos hallar a ese animal. Cin rastréalo tú. Lo haces mejor que yo.

Avanzaron despacio y Cinnamo se detuvo muchas veces para examinar las pisadas. Sobre ellos, más allá de las nubes sombrías que cubrían el bosque, el sol comenzó a moverse hacia el oeste. Durante una hora, avanzaron trabajosamente en silencio, alternando entre oleadas de esperanza y desaliento por el precioso tiempo perdido. Entonces Cinnamo se enderezó con los ojos empañados por el desconcierto.

—Este jinete está perdido, no hay ninguna duda —manifestó—. Estamos dando vueltas en círculo, señor. ¿Lo habéis notado?

Caradoc había estado demasiado absorto para advertirlo, pero suspiró.

—Tienes razón. ¿A qué distancia estamos del punto de partida? ¿Puedes calcularlo?

Cinnamo señaló.

—Muy cerca. Está allí, a través de esos árboles, detrás de los dos robles entrelazados.

Caradoc maldijo, pero no se atrevió a regañar a la diosa del bosque.

—Sólo podemos esperar —refunfuñó con amargura— que los otros hombres hayan sido más afortunados que nosotros. No hay señales del caballo ni del jinete, lo cual es una suerte, porque si volviera a encontrarme ahora con un romano, lo descuartizaría.

De repente, Caelte se tiró al suelo y los demás le imitaron.

—¿Qué? —musitó Cinnamo y el bardo señaló. Un aleteo gris, un destello escarlata fugaz, Caradoc ya estaba de pie y corría, atropellando las ramas como un ciervo herido, llamando y gritando el nombre de Llyn. Cinnamo y Caelte fueron tras él.

Llyn estaba sentado a horcajadas en un enorme caballo gris que todavía tenía la mochila de un soldado atravesada sobre la ancha cruz. El niño sostenía las riendas con flojedad entre sus dedos pequeños. No llevaba capa ni botas. Su túnica roja estaba hecha jirones: le faltaba una manga y tenía manchas de sangre desde las rodillas hasta los hombros. Los observó acercarse casi sin reconocerlos; con ojos vidriosos en un rostro sucio y con rastros de lágrimas, y el cabello castaño enredado y lleno de ramitas y espinas. Caradoc se adelantó deprisa, pero luego se detuvo en seco, paralizado por un segundo.

Una cabeza pendía contra los lomos del caballo: párpados pálidos y semicerrados en la muerte, ojos negros y opacados en cuencas bordeadas de

sangre. La nariz estaba aplastada. Sangre seca endurecía la boca abierta y el cuello separado y hecho jirones; una soga pasaba debajo de la barbilla y subía alrededor de la frente sobre el cabello oscuro, corto y mojado. Un romano.

—Madre —murmuró Cinnamo. Caradoc sintió que la sangre abandonaba su rostro, pero se recuperó y se lanzó hacia delante; la alegría fluía por sus brazos que se levantaron por cuenta propia. Llyn volvió la cabeza con lentitud y le miró; luego la carita congelada e impasible comenzó a arrugarse y el niño cayó del caballo en los brazos de su padre.

—¡Padre! ¡Oh, pa... pa... padre! Mató a Fearachar y le clavé un cuchillo en la espalda y le corté la cabeza. Pasó mucho tiempo. Yo... yo estaba perdido, no podía encontrar el camino, ¡padre... padre! —Le hundió el rostro en el cuello y habló atropelladamente y con incoherencia mientras los demás hombres permanecían en silencio. Caradoc lo abrazaba con intensidad; sentía las rodillas flojas de alivio y terror. Luego lo puso de pie y lo calmó con palabras que no eran palabras; podía ver la mezcla de horror y pesar en los ojos secos por el orgullo. Un guerrero no derramaba lágrimas de miedo y Llyn había llorado frente a los árboles imponentes, pero no volvería a derrumbarse.

Los labios finos y morenos temblaban sin control, la boca no lograba conservarse quieta, pero la barbilla cuadrada y hendida se levantó alto—. Traje su espada, la espada de Fearachar, pero no pude alzarlo para subirlo al caballo. —El rostro se torció en una mueca por el esfuerzo de no llorar otra vez y los ojos suplicaban: «Padre, ayúdame a no deshonrarme». Caradoc se llevó una mano al cuello y se quitó despacio la torques de bronce.

—Llyn —dijo con la voz ronca de emoción—. Has pasado la prueba de sangre. No en una incursión formal ni en compañía de tu séquito ni a la edad apropiada sino solo, sin ayuda, en defensa de tu amigo. —Alzó el cabello mojado y colocó la torques alrededor de aquel pequeño cuello—. Como rey de los catuvelaunos te declaro guerrero, hombre libre, y te doy mi bendición. ¿Me jurarás lealtad ahora? —Llyn levantó los ojos y Caradoc vio en ellos la muerte final de cualquier inocencia que el muchacho pudiera haber tenido. Había un gran dolor allí, y todavía temor, pero no el brillo fresco de un niño. Llyn se había convertido en un hombre. Extrajo su espada de la vaina, a duras penas capaz de desenvainarla a causa de su longitud, y la arrojó a los pies de su padre.

—Lo haré —afirmó.

—¿Pelearéis por mi, me prestaréis juramento ante los druidas y me serviréis hasta la muerte?

—Lo haré. ¿Me protegeréis, a mi y a mi precio de honor, me prestaréis juramento ante los druidas y me libraréis de él, como es mi derecho, si yo así lo deseara?

—Lo haré. Llyn, hijo de Caradoc, sois ahora un jefe catuvelauno.

Recogió la espada del muchacho y se la devolvió con suavidad, preguntándose qué diría Madoc. Ya no habría una iniciación silura. Pero, sin duda, Madoc entendería y perdonaría, puesto que las circunstancias eran inusitadas, por no decir una cosa peor.

—Ahora, ve con Cinnamo —susurró— y monta mi caballo para regresar a la aldea. Yo iré en éste. —La gratitud iluminó el rostro pálido, pero Llyn titubeó, se acercó más a su padre y le tomó de la manga.

—Señor —murmuró—. No fue como matar a un jabalí, por más que quisiera convencerme. No creo poder volver a hacerlo.

Caradoc tuvo ganas de llorar de pena y le apoyó una mano en la mejilla fría.

—No pienses en eso ahora —le aconsejó—. Pasará un tiempo antes de que te exija que pelees con los jefes. Quédate tranquilo. —Llyn asintió con debilidad y se tambaleó en dirección a donde se hallaban Cinnamo y Caelte, todavía atónitos. Caradoc montó el caballo gris, bajó la mirada a las greñas negras, sin vida y ensangrentadas, y luego contempló la espalda erguida de su hijo. De súbito, una ola de bilis acre llenó su boca y escupió con repugnancia. Espoleó al animal y siguió a sus hombres.

Eurgain había regresado y esperaba en la orilla del río, inmóvil en la capa azul plegada. Los vio venir a través del vado, tres hombres cansados y un desecho de muchacho; caminó hacia ellos con las manos apretadas en puños ocultos bajo la capa. Llyn se deslizó del caballo, ella se inclinó, le besó y reparó en los dedos ensangrentados y la sangre seca en la túnica.

—Me alegra que estés a salvo, hijo mio —dijo serenamente—. Ahora, ve a la choza del Consejo y come. Después Tailia te buscará ropa limpia. —Llyn asintió y se marchó. Eurgain se volvió hacia Caradoc y sus ojos se agrandaron al ver el enorme caballo militar y la cabeza que chorreaba sangre—. ¿Hubo problemas? —aventuró. Caradoc desmontó. Los esclavos de las cuadras corrieron a él y les cedió las riendas mientras Cinnamo desataba la cabeza y la depositaba en el suelo. Caradoc meneó la cabeza.

—No para mí —aclaró—. Esta cabeza es de Llyn. Más tarde te lo contaré, Eurgain, pero ahora necesito calor y comida. —Pasó junto a ella y la dejó mirando el trofeo con el corazón agitado y dolorido.

Esa noche en el Consejo, Madoc rió ruidosamente cuando oyó la aventura de Llyn. Caradoc había llegado a gozar de tal favor entre los siluros que aceptaron no insistir en la iniciación del muchacho. Todos se sentaron en la choza caldeada e iluminada por el fuego mientras la música flotaba con el humo dulce de la leña y la cerveza pasaba de mano en mano. La cabeza, lavada y aseada, fue presentada a Llyn, pero el niño se llevó las manos a la espalda y se sonrojó; la luz de la lámpara se reflejaba en la torques alrededor de su garganta.

—En realidad, no la quiero —precisó.

—¡Pero te pertenece por derecho! —exclamó Madoc y la empujó hacia delante—. Es la prueba de tu hombría. Mejor que ganado, ¿eh, Llyn?

—Preferiría ser un niño de nuevo y tener a Fearachar a mi lado —insistió—. Podéis quedaros con ella, señor, si la deseáis. Ponedla junto a las demás.

—Pero yo no la tomé, ni ninguno de mis jefes. No pertenece a los siluros. —Madoc estaba perplejo. Respiró hondo con las cejas castañas unidas por el desconcierto. Ningún niño siluro había traído un honor como éste a la tribu y la actitud de Llyn le resultaba incomprensible.

—Entonces ofrecedla a la diosa —sugirió Llyn con tono decidido y se sentó junto a su padre. Madoc se encogió de hombros y entregó la cabeza a Cinnamo, que la depositó contra la pared a su lado. Qué pueblo tan extraño eran los catuvelaunos. Luchaban como demonios cuando tenían que hacerlo y amaban su honor como buenos hombres libres, pero estaban llenos de susceptibilidades femeninas. Tal vez habían vivido demasiado tiempo bajo la influencia debilitadora de Roma. Pero, a pesar de todo, Madoc sólo guardaba respeto y admiración por ellos.

El cuerpo de Fearachar fue encontrado en medio de un matorral de zarzas. Tenía las costillas rotas por el tachonado cruel de un escudo y un orificio profundo al lado derecho del pecho; los brazos, cuello y rostro eran una masa de heridas de espada. Fue transportado a la aldea con gran solemnidad y el mismo Llyn, con ayuda de Cinnamo, lo lavó y lo vistió con una elegante túnica bordada en oro, depositó la espada mellada sobre el pecho y le colocó un casco de jefe sobre los rizos castaños. Caradoc compró al artista una simple torques de bronce y se la puso en el cuello.

—Hace mucho tiempo —contó a Llyn—, Fearachar era un jefe rico con un gran precio de honor. Pero él y su clan comenzaron una enemistad entre familias, a causa de una mujer, y lo perdió todo. Ahora lo ha recuperado.

No enterraron a Fearachar a la manera silura. Construyeron una pira alta y lo tendieron en ella con reverencia. Mientras las llamas crepitaban y saltaban, Llyn permaneció de pie junto al cuerpo y pronunció la oración de alabanza con lágrimas en el rostro. Se cantaron las canciones, se evocaron los recuerdos y todos los catuvelaunos rindieron homenaje a un hombre que había sido, detrás de una apariencia exterior lúgubre e irónica, un jefe honorable y digno de confianza. Luego juntaron las armas romanas tomadas de los cadáveres, Llyn recogió la cabeza y fueron hasta el manantial profundo y quieto en el interior del bosque, cubierto de hojas e impregnado del perfume intenso de la primavera. Allí arrojaron los tesoros al agua espumosa y Llyn observó su trofeo hundirse despacio, arrastrando consigo su niñez.

Sabía que el terror y el sudor de su prueba de sangre le acompañarían el resto de su vida, pero el recuerdo estaba atenuado, mitigado por el dolor de la muerte de su amigo y guardián, y regresó a la pira funeraria, desenfundó su espada y se situó frente a las llamas, todavía llorando. No se movió de allí en toda la noche.

Una semana después, Bran volvió, más delgado que nunca. El druida y Caradoc se sentaron junto al río, bajo el sol caliente, y Bran le informó de que los ordovicos estaban por fin dispuestos a escucharle en Consejo.

—Pero debemos ir enseguida —le advirtió—. Si esperamos demasiado, cambiarán de idea y mis hermanos y yo no deseamos eso. —Clavó sus ojos penetrantes en el otro hombre—. ¿Estás preparado para pelear, amigo mío?

—Lo estoy, pero aunque no lo estuviera, el tiempo de preparación ya se acaba. Si aguardamos demasiado, la gente de las tierras bajas habrá olvidado su libertad y ninguna espada podrá reavivar ese deseo.

—¿Llevarás a Eurgain contigo esta vez? —La pregunta fue formulada con ligereza, pero Caradoc se volvió con ojos recelosos. Nada más llegar, Bran había ido en busca de Eurgain. Le había traído cristales nuevos y un mapa de estrellas hecho especialmente para ella por el maestro de los druidas en Mona. Mientras caminaba a su choza, Caradoc había oído la risa encantada de su esposa, un sonido despreocupado, relajado y feliz que ya no compartía con él. No estaba celoso. Uno nunca tenía celos de un druida, dado que no solían interesarse sexualmente por las mujeres. Pero Caradoc

recordó lo que Eurgain había dicho acerca de las muchas cosas que podían separar a un esposo de su mujer y se sintió culpable. Debía acabar lo que había empezado. Nadie más podía hacerlo y ella lo sabia. Pero Eurgain jamás había entendido por qué la había dejado sola en vez de llevarla consigo y Caradoc se dio cuenta de que se había equivocado al intentar protegerla de los peligros y el agotamiento de sus misiones. Enfrentó los ojos de Bran con la sensación incómoda de que el druida adivinaba sus pensamientos.

—Si quiere venir... —arriesgó con tono evasivo.

Bran se volvió hacia el agua quieta.

—Caradoc —dijo—. Si no la llevas, la perderás. Es una mujer orgullosa e inteligente; el ocio la está consumiendo. Podría serte muy útil. Te ama con la misma intensidad de siempre, pero si siente que ya no la necesitas, juntará sus pertenencias y se escabullirá una noche para forjarse otro destino.

—Lo sé —respondió con sencillez—. Pero he estado demasiado exhausto para considerar el asunto. Una vida como la nuestra provoca muchas muertes, no todas del cuerpo. Hay partes de mí que están muertas, Bran, y nada podrá resucitarías jamás. Me balanceo al borde de la locura. No puedo detenerme; no puedo descansar.

—Anímate, Caradoc. Ya falta poco. Nos enfrentamos a la tarea final antes de que nuestro destino venga a buscarnos. En caso de que seas elegido arvirago, ¿tienes algún plan?

Caradoc se levantó.

—¡Una cosa cada vez, druida! ¡Hará falta un hechizo poderoso para convertir a estos hombres del oeste en una única tribu y a mí en un arvirago!

Bran se incorporó también y sonrió.

—Pero el hechizo ya ha sido ejercido —aseguró—. Lo has estado haciendo durante tres años.

OceanofPDF.com

CAPITULO 19

Ningún siluro le acompañó al norte a reunirse con los ordovicos. Caradoc dejó a Madoc y a sus hombres para que hostigaran a las patrullas durante el verano y sólo Bran y los catuvelaunos partieron hacia los pasos de las altas montañas. Iban a pie y todos, incluso Eurgain, llevaban pertrechos en la espalda. Habían cambiado tanto que ninguno dudó en llevar esas cargas que los habrían humillado en Camalodúnum.

El principio del verano era poco caluroso. Para Eurgain, el sendero sinuoso que trepaba entre praderas salpicadas de flores y cruzadas por arroyos fríos y que los conducía entre cimas de colinas sin árboles donde el oeste yacía a sus pies como un espejismo reluciente, era una fuente de serena satisfacción. Por las noches, acampaban al pie de alguna colina, o junto a un río, o bajo la protección de las rocas que se habían despeñado desde las alturas y quedado atrapadas entre los férreos dedos del miusgo y la hierba. Encendían una fogata y asaban lo que habían cazado; bebían agua helada, cantaban y reían. Sólo Caradoc permanecía en silerncio. Sabía lo que las montañas podían hacerle a un hombre si cambiaba el clima, y su mente se debatía entre los despiadados vientos de las gargantas que aún debían atravesar y el próximo Consejo con los jefes ordovicos. Bran no le había dicho nada sobre ellos. Se había limitado a sonreír.

—Jamás conocerás gente como ellos. —Era todo lo que había anunciado. Y Caradoc, preocupado, meditaba bajo los pliegues de su capa, mientras Llyn juntaba leña con Cinnamo y Eurgain y Bran observaban los cielos con el suave acompañamiento de los cantos de Caelte. Las jornadas eran como días festivos, Beltine o Linhole, y el clima se mantuvo mientras la luna crecía, redonda y plateada.

En una semana, habían cruzado la frontera invisible que yacía en un valle entre riscos grises y hendidos. Comenzaron a subir otra vez, por una zona que sólo Bran había recorrido antes. Se levantó un viento que viró al norte y las nubes negras se abalanzaron amenazantes sobre ellos. En esas alturas, donde los árboles se asían precariamente a los bordes de profundas gargantas, donde sólo crecía la hierba y los líquenes, el verano era un breve y vago estallido de verde entre los torrentes de nieve derretida de la primavera y los ventarrones que traían más nieve después de la corta calma del otoño.

El camino a los pasos era angosto pero definido, utilizado por grupos que realizaban incursiones, exploradores y druidas que llevaban mensajes, y

se avanzaba con rapidez. Mientras caminaba tranquila detrás de Llyn, Eurgain comenzó a preguntarse qué temor irracional albergaba Caradoc al insistir en que ella se quedara en la aldea. Sin embargo, Cinnamo, Bran y los demás sabían que ese viaje era la parte más fácil de su empresa. El agotamiento y los peligros llegarían cuando hubieran recibido el permiso de un Consejo para visitar las aisladas granjas con empalizadas a las que no llegaba ningún sendero, encogidas en una región donde un hombre podía perderse y dejar que sus huesos se blanquearan al sol y al viento. A medida que continuaban subiendo, tuvieron que aminorar la marcha ya que, con frecuencia, hallaban grandes piedras que obstruían el camino y en ocasiones, éste se convertía en una mera huella. No obstante, en un día, los pasos quedaron atrás y el territorio de los ordovicos se desplegó a sus pies. Era un paisaje entrecortado, con colinas rocosas y bosques oscuros y tupidos, desierto, a excepción de los zarapitos con sus chillidos lastimeros y los lobos.

Tres días más tarde alcanzaron la cima de una larga pendiente y se encontraron justo encima de una aldea. Las chozas redondas eran de piedra y el humo emergía de sus techos abovedados. A lo largo del pequeño valle, alrededor de los grupos de chozas, había diminutos campos de labor rodeados de cercas y moteados con el verde brillante de los nuevos cultivos. A lo lejos, el ganado y las ovejas pastaban junto al río. Bran tomó su carga y comenzó a bajar la pendiente en dirección al puente que unía los estrechos. El grupo le siguió lentamente y en silencio.

—Casi se huele, ¿verdad? —le susurró Caelte a Cinnamo y éste asintió con la cabeza mientras apretaba los labios y clavaba los ojos en las chozas que compartían el horizonte. No necesitaba preguntar a qué se refería Caelte. La magia era tan perceptible en el valle que se imaginó que podía verla al igual que olerla, en las nubes delgadas que colgaban sobre el agua, cercaban las chozas y se entrelazaban con la oscuridad de los árboles que cubrían los costados del valle. Estaba anocheciendo. Alcanzaron el puente sin problemas.

Luego, tres hombres surgieron de entre las sombras del puente, con las espadas desenvainadas y levantando enormes escudos. Dos de ellos llevaban unos cascos extraños con púas y el rostro del tercero estaba oculto por una máscara de bronce bruñido, la cara de un lobo con las orejas apoyadas en su cabello largo y negro, y el hocico puntiagudo sobre su boca.

Detrás del brillo del bronce, dos ojos negros examinaban a los forasteros con la dureza de las piedras.

—Aguardad aquí —susurró Bran y cruzó con rapidez el puente con el brazo extendido—. ¡Aneirin! ¡Gervase! Soy yo, Bran. Sine, tengo inmunidad para el jefe de los catuvelaunos, Caradoc, y sus hombres. ¿Se la otorgaréis?

Lo tomaron de la muñeca uno a uno para saludarle con calma y ceremoniosamente. Con sorpresa, Eurgain oyó que una voz de mujer salía de la máscara de lobo.

—La otorgaremos. Traed a los forasteros.

El druida se volvió y les hizo una seña con la mano. Los demás atravesaron el puente y Bran se dirigió a Caradoc.

—Señores, os presento a Caradoc, hijo de Cunobelin, que ha venido a hablar ante el Consejo. Caradoc, te presento a Aneirin, Gervase y Sine, jefes de esta tribu.

Extendieron sus brazos cargados de plata y bronce hacia él y después a sus hombres. Eurgain, al tomar la delgada y fuerte muñeca de Sine, sintió que los ojos fríos e inquisitivos de la mujer la recorrían de pies a cabeza. Enfrentó el rápido escrutinio con osadía y tuvo el placer de ver cómo los párpados de la guerrera bajaban.

—Nuestro señor os recibirá como corresponde —dijo Gervase—. Por favor, seguidme. —Subieron la cuesta tras él y cruzaron una pradera suave y verde. Advirtieron que esa gente no se contoneaba como los siluros. Se deslizaban con seguridad, las cabezas erguidas, los miembros sueltos y relajados, en un movimiento agradable y fluido, como ciervos al galopar en un prado. Sin embargo, de alguna manera, su simetría resultaba amenazadora y Caradoc se dio cuenta de que podían volverse y matar con la velocidad de un rayo y la misma elegancia natural. Pasaron entre chozas de piedra desde donde algunos niños curiosos espiaban, y los perros ladraban y corrían.

Luego giraron hacia la parte trasera de una construcción y, de pronto, los golpeó el olor caliente de metal fundido. Había perreras, pero no cuadras.

«Con piernas como ésas —pensó Eurgain, al tiempo que observaba el balanceo de las largas piernas de Sine cubiertas con calzones—, es evidente que no necesitan caballos.»

La choza del Consejo estaba situada en el centro del pueblo, rodeada por un muro de piedra. En la entrada aguardaban tres jefes más, con sus espadas envainadas y sus hondas atadas a los cintos esmaltados. Dos de ellos no llevaban casco, pero el más alto portaba una corona delgada de plata alrededor de la frente. El suave sol de la tarde doraba los broches de bronce, las torques de oro, los brazos enjoyados y las capas de motivos alegres; y destellaba en el cabello negro terso como en las alas de los cuervos. Bran hizo que se detuvieran.

—Caradoc, rey de los catuvelaunos, ha llegado, señor —anunció de modo sucinto, y el hombre del centro del grupo dirigió su mirada a Caradoc. Era el más alto de todos y tenía el fisico de un roble robusto, erguido, sólido y agradable a la vista. Sus ojos separados estaban cargados de una severidad abierta y sincera. De hecho, su rostro reflejaba sabiduría y austeridad, desde la boca firme hasta la frente alta.

«Si logro convencer a este hombre —pensó Caradoc—, jamás habré de temer su traición o engaño.» Algo similar se revelaba en el carácter de Cinnamo: una franca capacidad de confianza y honor sumada a la habilidad para matar con eficacia si surgía la necesidad de hacerlo. Pero también había algo más en aquel rostro. Nobleza, un toque de inocencia que Caradoc jamás había visto en su vida. Sintió que se encontraba en presencia de un enigma, una personalidad atractiva y misteriosa, y no pudo evitar clavar la mirada con descortesia en su anfitrión.

El jefe sonrió con amabilidad y extendió el brazo.

—Bienvenido a mi tribu, Caradoc, hijo de Cunobelin. Si venís en paz, que la paz sea con vos. Entrad y comed. Hay carne, pan y cerveza. —Era en extremo cordial y Caradoc se obligó a recordar que debía mantenerse en guardia. Esos hombres eran una leyenda entre las tribus y, mientras los demás alardeaban de su viril excelencia como guerreros, la fortaleza oculta de los ordovicos tenía raíces mucho más profundas. Tomó la muñeca que le ofrecía el jefe—. Soy Emrys, jefe de jefes. He aquí a mi bardo Cerdic y mi escudero Ninian.

Caradoc respondió con la fórmula de agradecimiento formal y presentó a su séquito. Cuando Llyn se adelantó, Emrys enarcó sus cejas oscuras.

—No sabia que los catuvelaunos iniciaran a sus hijos a tan temprana edad —señaló al ver la torques en el cuello de Llyn. Caradoc replicó enseguida:

—No lo hacemos. Esperamos a que sean mayores que él. Pero mi hijo realizó una hazaña de gran valentía y le concedí la condición de jefe.

—¿De veras? Entonces, se le asignará el sitio de un jefe en la choza. Adelante. —Se deslizó entre las pieles con la misma presteza y los demás le siguieron.

La choza estaba llena de luz y los catuvelaunos, que se habían preparado para la misma sofocante atmósfera de penumbra de los muchos salones de Consejo que habían visitado, parpadearon con momentánea confusión.

Luego comprendieron el porqué. La pared circular de piedra terminaba muy por debajo del voladizo inclinado del techo de paja de modo que, a cualquier hora del día, la luz del sol y el aire podían entrar en la sala y el humo fluir hacia fuera. Había trofeos colgados de tres en tres y de cuatro en cuatro de las vigas del techo. El fuego ardía en el centro; las llamas luchaban con el resplandor del pálido sol del ocaso y seis jefes estaban sentados en las pieles, en apariencia inmersos en sus pensamientos, ya que miraban el suelo o el fuego al tiempo que levantaban las copas para beber. Cuando su señor atravesó las pieles de la entrada, se pusieron de pie y saludaron a los catuvelaunos con cortesía. Luego retornaron a su silenciosa meditación.

—Sentaos —les invitó Emrys—. Comeremos cuando se ponga el sol. ¿Tenéis hambre ahora? ¿Os agradaría algo de queso o pan?

Los sirvientes no esperaron respuesta alguna. Comenzaron a moverse de inmediato y colocaron pequeñas mesas con bandejas cerca de los extraños. Caradoc notó que a Bran le habían servido primero, con un respeto deferente. Emrys se había sentado algo alejado de los viajeros, con su séquito a su alrededor. La dama que llevaba la máscara de lobo se dejó caer a su lado y extendió las piernas. Caradoc deseó que se quitara la máscara, ya que ansiaba saber si ocultaba un rostro desfigurado por alguna enfermedad. Bebió su cerveza y hundió los dientes en el queso picante.

—Jamás había conocido viajeros de las tierras bajas —comentó la mujer lobo—. Decidme, ¿es verdad que las mujeres libres catuvelaunas ya no saben cómo manejar la espada y sólo la usan de adorno?

Caradoc se puso tenso. Conocía bien ese juego pues se había visto forzado a jugarlo en el Consejo con los démetas. Sin embargo, esa vez, los insultos que lentamente subirían de tono no estarían dirigidos a él y deseó

haber dejado a Eurgain con los siluros. Su esposa se movió junto a él, dejó su copa y cruzó los brazos.

—No es verdad —replicó con suavidad—. Tal vez, señora, las mujeres libres ordovicas desean convencerse de que son inigualables con la espada y así disfrutan de exagerar algunos rumores.

—Ajá. —Sine se echó hacia atrás sobre un codo—. Pero, ¿no es cierto acaso que una mujer catuvelauna que ha dado a luz a tres niños pierde interés en su honor y cuelga su espada?

—Perra. —Caradoc oyó que Eurgain mascullaba por lo bajo—. Debéis preguntarle a los druidas si deseáis saber la diferencia entre la verdad y la verdad aparente —dijo en voz alta—. Os sugiero, señora, que le preguntéis a Bran de inmediato. Es evidente que necesitáis ayuda para discernir esa diferencia. Las mujeres libres catuvelaunas son las mejores mujeres de espada de Albion, ya que saben cómo combinar el tierno arte de la crianza de los niños con el noble arte de la guerra. Las mujeres de otras tribus no son tan completas. Brindan toda su atención a la lucha a fin de ocultar el hecho de que son deficientes en lo que respecta a su feminidad.

Sine guardó silencio por un instante. Acusó recibo del golpe y meditó sobre su siguiente ataque. Eurgain parecía despreocupada y durante la pausa comió un bocado y levantó la copa, pero Caradoc percibía el halo de concentración que la rodeaba como una burbuja de hielo.

—Tal equilibrio es admirable, si es que es posible lograrlo —acotó Sine —. Pero las mujeres catuvelaunas no lo han alcanzado y los hijos les han desafilado las espadas. Sabíamos que sólo los guerreros catuvelaunos marcharon a enfrentarse con las huestes romanas invasoras. Las mujeres se quedaron en Camalodúnum acurrucadas alrededor de los pequeños.

Ya se quitaban los guantes. Todos los presentes escuchaban con atención, sin moverse. Los jefes ordovicos sonreían con las bocas abiertas. Caradoc podría haber intervenido para señalar que las mujeres catuvelaunas habían obedecido su juramento cuando él, como rey, les había ordenado que permanecieran en la aldea. Sin embargo, de haberlo hecho, habría quebrantado las reglas del juego, y se quedó con los labios apretados.

—Las mujeres catuvelaunas no necesitan demostrar su valentía con tonterías, ni tampoco se sienten obligadas a alardear y provocar a los demás para probar sus habilidades ya que no dudan de ellas —replicó Eurgain—. En esa ocasión, era mejor que las mujeres defendieran la aldea en caso de que los hombres resultaran derrotados, en lugar de correr a la batalla y

abandonar todo para que lo quemaran. Además, estamos tan seguras de nuestra propia capacidad, señora, que no tenemos necesidad alguna de explicar nuestra posición. Es más noble morir en la defensa que vivir en la victoria. Vuestro orgullo es arrogancia ciega y vuestro honor sólo se mantiene intacto porque aquí, en las montañas, jamás habéis sido puesta a prueba. Vosotras, las mujeres ordovicas, no habéis pasado la prueba de sangre.

—¿Acaso me llamáis cobarde?

—No. Sólo os considero ignorante y grosera.

Emrys enarcó las cejas. No existía tribu tan cordial como los ordovicos, pero el juego había tomado un giro rápido y el desafio no se plantearía con delicadeza, encubierto por el lenguaje apropiado.

Sine se puso de pie.

—Pero yo si que os digo que sois una cobarde, nodriza catuvelauna, y apuesto mi vida para demostrar que vuestro honor, al igual que vuestra espada, se está deteriorando.

—No aceptes —le susurró Caradoc a su esposa, pero ella ya se levantaba.

—No es asunto tuyo, Caradoc —murmuró con fiereza—. Aun cuando no te importe mi honor, a mí sí que me importa. Si no peleo, puedes volver corriendo con Madoc. —Había desprecio en su voz. Caradoc se calló.

—No mates a la dama —dijo Emrys a Sine—. Es nuestra huésped.

Sine le sonrió.

—Tal vez lo haga, tal vez no. Depende de cómo pelee. Vayamos afuera, madre de tres. ¿Acaso podéis desenvainar vuestra espada?

Cinnamo se levantó con Eurgain.

—Me han dicho que luchan en una danza larga y continua —le susurró al oído—. Cada movimiento combinado con el siguiente. Recordado.

—Gracias, Cin

Eurgain salió de la choza detrás de Sine y los jefes las siguieron. Emrys se detuvo junto a Caradoc.

—El escudero de vuestra esposa no vino con vosotros —observó.

—Eurgain no tiene escudero en su séquito —respondió, lacónicamente. Pensó en añadir que Eurgain tampoco tenía escudo, pero en ese momento no quería conversar. Se acuclilló con Cinnamo y Caelte mientras las dos mujeres se despojaban de sus capas.

Bran permaneció apartado, con los brazos cruzados y los ojos clavados en el cielo que enrojecía despacio. Al igual que Caradoc, sabia que si Eurgain era derrotada, la puerta hacia la unidad occidental se cerraría con amabilidad pero con firmeza. Estaba preocupado por Eurgain, pero sus pensamientos se concentraban en un problema mayor. Mientras tanto, Caradoc sólo podía pensar en su tranquila y reservada esposa tendida ensangrentada en el suelo bajo la espada de esa extraña y feroz mujer. Cinnamo observaba a Eurgain con ojos profesionales. Ella estudió el terreno y Cin se alegró al notar que había descubierto una leve inclinación y la forma en que la luz del sol poniente caía en ángulo sobre el declive. Sine hizo una seña y su escudero se acercó corriendo con el enorme peso de bronce en las manos. Al igual que su máscara, el escudo tenía la forma de la cabeza de un lobo, pero los ojos eran dos trozos de cristal amarillo. Sine lo tomó y pasó el brazo por las tiras de cuero mientras Eurgain aguardaba, con los pies separados y ambas manos apoyadas en el mango de la espada.

—¿Qué significa esto, señora loba? —gritó—. ¿Acaso las mujeres ordovicas siempre se ocultan detrás de sus escudos?

Cinnamo rió por lo bajo.

—Es astuta, señor —le susurró a Caradoc. Tanto Gladys como ella jamás habían usado escudos y sin el suyo, la mujer ordovica tendría dificultades para mantener el equilibrio.

Sine hizo una pausa y clavó la vista en Eurgain, que le devolvió la mirada. Sólo sus dedos delataban la tensión que sentía. «Ojalá te quitaras la máscara—pensó—. Desearía ver tu rostro, averiguar si la falta de escudo te entorpecerá.» Sine se encogió de hombros, sacó el brazo de las cintas de cuero y entregó el escudo a su jefe.

—Me da igual —contestó, pero Eurgain detectó un ligero temblor en las palabras.

—Si preferís, podéis pelear de espaldas al sol —le ofreció—. A mí no me molesta.

«Muévete, señora —pensó—. Si te paras de espaldas al sol, estarás en la pendiente. La inclinación evitará que la luz me dé en los ojos y tendrás que pelear desde arriba.»

—¡Sois muy confiada! —se burló Sine. Dio tres pasos y el sol le pegó en los hombros verdes—. ¿Os gustaría entregarme también vuestra espada?

Eurgain no respondió. Levantó su arma en dirección a su marido y luego a Sine, segura de que había aprovechado todas las posibles ventajas.

Estaba cansada, se encontraba en un sitio extraño y tendría que moverse con velocidad para mantenerse con vida. No obstante, cuando su oponente la saludó, se dio cuenta de que estaba feliz.

Los jefes dejaron de charlar y se hizo un profundo silencio. Las dos mujeres se acercaron. Eurgain sujetaba el mango con ambas manos y sostenía la espada en alto. Era obvio que Sine no sabia qué hacer con su brazo izquierdo desnudo y liviano. Su máscara emitía destellos dorados y púrpuras cuando se movía. Eurgain no esperó a que se decidiera. La hoja abandonó su hombro y bajó en un arco sibilante, pero fue un golpe de prueba, lento y titubeante, y Sine lo evitó con facilidad. Eurgain prosiguió con un golpe de revés, lo bastante fuerte como para casi hacerla perder el equilibrio. Y entonces, Sine arremetió. Los que observaban vieron que su brazo izquierdo se abría y la espada se arqueaba hacia adentro. Dobló las rodillas con una elegancia lenta que revelaba un control rígido, y al lanzar el cuerpo hacia delante, pareció caer con gracia al alcance de la espada de Eurgain. Eurgain buscó el cuello largo, pero la espada estaba en su lugar y caía a gran velocidad hacia su hombro, como un halcón que se abalanza sobre su presa. Eurgain soltó una mano, levantó la espada y la hizo caer de costado. Retroceder hubiera significado perder el brazo. Las hojas rechinaron en toda su longitud y el cuerpo de Sine se dobló como un arco mientras luchaba por mantener la empuñadura en su mano. Eurgain reculó y se preparó para otro golpe, ya que suponía que Sine se enderezaría. Sin embargo, su contrincante, todavía arqueada y con el brazo izquierdo en alto, se ondeó bajo Eurgain y ésta tuvo que volver a frenar una estocada que la hubiera partido en dos. El cuerpo de Sine parecía bailar con elegancia lenta, sin música ni pasos determinados; cada postura ágil era seguida por la siguiente en una elástica adaptación al ritmo del encuentro. Parecía desconectada de su espada, que tejía su propio y rápido patrón de muerte, un patrón que Eurgain comenzó a vislumbrar. No tenía sentido centrar su atención en el cuerpo; era la otra danza, más veloz, la que importaba. También empezó a detectar algo más: sin el escudo, Sine tenía dificultades para mantener el equilibrio. Se movía con demasiada rapidez, casi sin control, y la espada llegaba al objetivo antes de golpear. El declive agravaba el delicado equilibrio de Sine y Eurgain comenzó a dosificar sus golpes para que cayeran con mayor lentitud, con menos fuerza y en la dirección precisa. Ya le dolían la muñeca y las piernas por la tensión, pero oyó la respiración entrecortada de su oponente y supo que pronto ella también tendría que

pelear quieta. El sudor le cubría los ojos, pero no se atrevía a parpadear siquiera. Sine la atacaba otra vez: corte, bajada, parada y separación. Pasaban los minutos y las nuevas ofensivas de Sine carecían de fuerza. El sonido de las hojas de metal al chocar se convirtió en un chirrido sordo. El sol se escurrió hacia el horizonte mientras los pies de las guerreras se volvían pesados y los movimientos se desintegraban en ebrios balanceos. De pronto, Sine se tambaleó, y sin pensar, se cubrió el pecho con el brazo izquierdo mientras caía sobre una rodilla. Eurgain reunió sus últimas fuerzas y saltó, pero se encontró con la hoja enemiga que buscó con desesperación su tobillo. Intentó un golpe, pero su brazo cansado le falló y la espada trazó un giro desviado. El dolor le encendió la pierna. Un suspiro se elevó de entre el circulo de jefes que observaban la pelea cuando Eurgain cayó de rodillas, tomó el mango con ambas manos temblorosas y levantó la espada. Un segundo antes de que la bajara, Sine rodó a un lado y se puso de pie, con la espada en alto, pero ninguna de las dos tenía la fuerza necesaria para asestar un golpe más. Las hojas volvieron a chocar, descendieron y cayeron a la hierba. Las combatientes se arrodillaron una frente a otra, jadeantes, temblorosas y bañadas en sudor.

—Retirad vuestras palabras —siseó Eurgain.

Sine tragó saliva.

—No. —Eurgain se arrojó hacia delante y sus manos intentaron tomar a Sine del cuello, pero ésta se echó hacia un costado mientras enredaba los dedos en el rubio cabello de Eurgain. Ninguna se movió. Yacieron agotadas en la hierba mientras los espectadores contemplaban sin aliento.

Eurgain soltó el cuello de Sine y ésta, todavía jadeante, se quitó la máscara y la arrojó al suelo junto a ella. Eurgain clavó la mirada en el rostro de perfil anguloso y preciso, marcado por una barbilla prominente y un par de ojos negros. Era de una belleza animal y salvaje: la piel cobriza como el agua profunda y una nariz delicada y fina. No obstante, las facciones firmes carecían de suavidad, al igual que el brillo severo de aquellos ojos enormes.

—Quizá volvamos a pelear, Eurgain —aventuró Sine y se enjugó la frente con la túnica—, pero espero que sea en el mismo bando la próxima vez. Creo que soy mejor guerrera que tú, pero compensas la falta de fuerza fisica con una mente astuta y mortal. —Eurgain se puso de pie y examinó el rostro recién revelado de su oponente—. ¿Seremos amigas? —preguntó

Sine mientras se dejaba estudiar.

—Sí —respondió Eurgain sin dejar de sondear los ojos negros—. Seremos amigas.

Se quedaron allí de pie, tambaleándose. Luego se volvieron juntas y cruzaron el círculo de jefes en dirección a la choza del Consejo.

En los días siguientes, Caradoc descubrió otra dimensión de esa realidad. Los ordovicos eran un pueblo callado y pensativo. Sonreían a menudo, despacio y con aire meditabundo, pero no solían reír. Resolvían sus disputas con la espada y siempre a muerte. En los banquetes se hablaba poco. Los hombres y mujeres se sentaban y comían y bebían mientras miraban al bardo que cantaba con ojos que encerraban un millar de hechizos y un millar de misterios. Escuchaban una música que era inquietante y hermosa, una salvaje y desordenada cascada de abandono que no extasiaba los sentidos, pero exaltaba el alma a una nostalgia agitada. Caelte pasaba horas en compañía del bardo, en perpetua excitación, sacudido en su tibia y soleada seguridad por una nueva verdad. Y el valle entero estaba dominado por la magia, como si la realidad fluyera peligrosamente cerca de otro mundo y en ocasiones se mezcíara con él, al igual que las terribles y maravillosas imágenes y rostros en las joyas de los jefes, salvajes o hipnóticos, que expresaban la dualidad del soñar despierto y el vivir dormido, la esencia misma de los hombres del oeste.

Eurgain se integró de inmediato, como habría hecho Gladys. Ella y Sine, la esposa de Emrys, pronto comenzaron a comer y a pasar los días juntas, subiendo a las escarpadas colinas, cazando jabalíes y midiendo sus espadas en el campo de prácticas. Mientras tanto, Llyn repetía la historia de su hazaña una y otra vez ante los admirados hijos de la tribu, y Caradoc, Bran y los demás permanecían reunidos en Consejo.

Allí, Caradoc debió recurrir a toda su habilidad. A pesar de su introspección laberíntica, los jefes ordovicos y sus hombres libres eran gentes obstinadas e inteligentes. Caradoc se dio cuenta de que no necesitaba acusarlos de cobardes como había hecho con Madoc y los siluros. La acusación habría sido ridícula. Se limitó a hablar de los fuertes y puestos de vigilancia que se acercaban año tras año, de los otrora hombres libres que llevaban cadenas de esclavos y trabajaban en los caminos y en los campos de labor que alguna vez les habían pertenecido, y de los barcos llenos con los hombres jóvenes de las tribus que jamás volverían a cabalgar con libertad por los bosques. Los jefes se ponían de pie con cortesía, hablaban con voz queda y escuchaban con atención, pero Caradoc sentía que la

barrera entre ellos crecía. Simplemente, no le necesitaban. Su aislamiento no era sólo fisico. Era también espírítual.

Entonces, una noche, después de seis días de conversaciones infructuosas, impulsado por pura desesperación, les dijo con rudeza que si no aceptaban su consejo, si no se unían a los demás hombres del oeste, su diosa y Dagda los abandonarían y la región que habitaban se convertiría en un lugar de enfermedad y muerte. Se pusieron rígidos de pronto y todos los ojos se posaron en Bran y en Emrys, el cual miró a Caradoc con sorpresa y se puso de pie.

—¿Es cierto eso, Bran? —preguntó—. Hablad y refutad lo que ha dicho este hombre o decidnos la verdad. ¿Qué dicen vuestros hermanos de Mona?

Bran se incorporó y Caradoc se sentó, con la frente bañada en sudor.

«Creo que lo he logrado —pensó, casi sin aliento—. Pero, ¿cómo? ¿De dónde provino esa idea?»

—¡Hombres libres! —exclamó Bran—. Todos conocéis la antigua ley por la que vivís: Adorar a los dioses, no hacer el mal, mantener el honor. Habéis escuchado de labios de refugiados que huyen a la isla sagrada a través de vuestra tierra que los romanos intentan destruir a nuestros dioses y esclavizarnos a todos, y que han jurado matar a los druidas. ¿Alguien puede dudar de que es necesario impedir que Roma permanezca en Albion? ¿Y quién queda para echarlos excepto vosotros? ¿Es posible que los dioses sirvan a un pueblo que sólo puede adorarlos desde la esclavitud? Sería una afrenta y Dagda escaparía de vosotros. ¿Cómo podríais mantener vuestro honor con cadenas alrededor del cuello? Recurrid a vuestro vidente, vuestro hechicero, vuestra diosa, como han hecho vuestros hermanos y enteraos de que mis hermanos ordenan la guerra para conservar el favor de los dioses. ¡Me conocéis, hombres libres! Confiáis en mi. Os conozco, y también conozco vuestros temores. Caradoc no es un rey sin tribu que desea arrebatar el poder a vuestro jefe. Viene a ofrecerse como arvirago por un tiempo, para conducir a los pueblos libres hasta que arrojemos a los opresores. Luego regresará a su propio pueblo, como es la costumbre. Pero debéis decidirlo vosotros mismos, en Consejo abierto, y permitidme que os advierta. Si os negáis a ayudar a Caradoc y cerráis los ojos y los oídos al peligro, los romanos vendrán aquí, a este valle, matarán a los jefes y tomaran a las mujeres y a los niños como esclavos, y Dagda y la diosa se cruzarán de brazos y mirarán hacia otro lado. —Dejó de hablar y se sentó. Se hizo un profundo silencio, lleno de desconcierto y recelo.

Emrys se levantó entonces, con expresión resignada en su rostro severo y tranquilo.

—En el fondo de nuestros corazones, sabemos que las palabras de Bran son ciertas; sin embargo, les preguntaremos a Dagda y a la diosa. Y mientras lo hacemos, Caradoc recorrerá nuestro territorio, como ha hecho entre los siluros y los démetas, pues soy señor de un pueblo disperso. Luego nos reuniremos en un Consejo mayor, con todos los jefes de los valles ocultos, y tomaremos una decisión. ¿Algún hombre libre está en desacuerdo? —Algunos sacudieron la cabeza, pero con duda. Gervase habló en nombre de todos.

—Si el catuvelauno puede conquistar las montañas, entonces podrá guiarnos —declaró—. Porque nosotros somos las montañas.

Cuando Caradoc intentaba recordar los días que siguieron, las remembranzas aparecían turbias, oscuras, como si su mente las hubiera dividido en compartimientos y luego hubiera cerrado la puerta, y los únicos recuerdos llegaran con pensamientos que escapaban de la compuerta protectora. Era un hombre poseído, hechizado, mientras junto con Eurgain, Bran y sus jefes vagaban por ese desierto de rocas crueles, perdidos durante días entre arroyos fríos y gargantas profundas ocultas del sol e inundadas del silencio de la muerte. Pasaban hambre con frecuencia y estaban siempre cansados. Los ordovicos les habían negado un guía.

—Si no podéis vencer a las montañas, no sois uno de nosotros —había manifestado Emrys, con amabilidad.

Así, Caradoc y su pequeño grupo habían partido solos hacia la tierra salvaje, dejando a Llyn como rehén.

—Perdonadnos —había explicado Emrys con firmeza y cordialidad a la vez—. Debe quedarse. Como sabéis, es la costumbre. —Lo sabían, pero Caradoc, agotado hasta la médula de su razón, tuvo que hacer frente a esa nueva preocupación. Extrañaba a Llyn, su alegría, su consuelo, su compañía, y sentía que su suerte le abandonaba lentamente. Eurgain lo habría protegido de las penurias, tanto de las exteriores como de las interiores, pero una barrera de incomprensión y resentimiento se había erigido entre ellos y él rechazaba en silencio los intentos de ayuda de su esposa. Sabía que estaba solo, que su futuro pendía de un hilo, y Eurgain se replegó en sí misma para concentrar toda su energía en la prueba de las montañas. Oía cómo la desafiaban, creía que el viaje de Caradoc era parte de la demostración de su propio honor; por las noches, yacía en su manta,

tensa, con fascinado temor y una extraña y tibia excitación mientras oía las voces seductoras de los vientos que susurraban en los cauces rocosos y en las grietas ocultas a su alrededor. Era feliz a pesar de todo, exigiéndole a sus músculos y a su mente hasta los limites supremos de la resistencia, Y, con orgullo, hacia a un lado los pensamientos sobre su matrimonio en decadencia.

Encontraron muchas granjas escondidas en los pliegues de las laderas verdes, donde las tecas se arqueaban antes de elevarse y reverdecer y las chozas de piedra rodeadas por muros de piedra se agolpaban con los graneros y talleres. Estaban habitadas por jefes silenciosos y altos, sus campesinos y familias, los recibían con las palabras de hospitalidad y les daban de comer.

Escuchaban a Caradoc con seriedad y sin hacer comentarios. Cuando pasaban la noche bajo la protección de esos jefes, Caradoc siempre ordenaba a Cinnamo o a Caelte que hicieran guardia pues sabia que, a pesar de la inmunidad que Bran les brindaba, algún jefe ordovico podía decidir matarlos a todos y tomar sus armas. Y Emrys llegaría a la conclusión de que habían perecido en los remotos confines de su territorio. Al partir, le daban indicaciones para llegar a la siguiente granja y le deseaban que viajara sin peligro y en paz, siempre con la magnífica indiferencia de sus montañas. Entonces, Caradoc emprendía la marcha por los valles, entre el decrépito ganado y las desganadas ovejas, sin saber aún si sus palabras habían sido asimiladas.

El otoño les sorprendió vagando por la región noroeste del territorio de Emrys. El cálido viento de verano dio paso a una calma repentina y engañosa antes de las tormentas huracanadas del invierno. Al levantarse cada mañana, descubrían que las mantas estaban tiesas por la escarcha. Hablaban poco. Parecía que las montañas les oprimían y colgaban de sus cuellos como alhajas feas y deformes. Las palabras innecesarias constituían un esfuerzo tal que antes de pronunciarlas se pensaban dos veces si valía la pena hacerlo o no.

Caradoc no decía nada. Por las mañanas, cuando Cinnamo salía a cazar y Caelte preparaba el fuego, Eurgain y Bran intercambiaban algunos comentarios sobre el tiempo, lo que cocinarían, los kilómetros que faltaba recorrer. Pero Caradoc se sentaba lejos, con las piernas cruzadas, las manos delgadas en las rodillas y los ojos vacuos perdidos en cada nuevo horizonte.

Si le hablaban, a menudo no los oía. Se acercaba una crisis, aunque lo ignoraba. Bran lo sabía, pero también sabía que no podía ayudarle. El fuego debía arder, las impurezas tenían que quemarse para que Caradoc se convirtiera en arvirago, aunque era posible que para entonces no quedara nada más que un cuerpo chamuscado.

Eurgain ya era incapaz de sentir pena o sufrir por su esposo. Como una medida de autodefensa, cortó el cordón de amor que los unía y curó en silencio el muñón mutilado, sin pedir ni dar nada hasta que él se recuperara a sí mismo. Parecía como si a través de su absoluto silencio una fuerza nueva latiera en los argumentos de Caradoc frente a los aislados ordovicos, como si la concentración de sus pensamientos produjera un hechizo más potente.

Sentada en chozas oscuras, en laderas de colinas azotadas por el viento, a la sombra de grandes rocas, Eurgain escuchaba con atención y con los ojos fijos en las extrañas familias que se congregaban para oírle. Su clara intuición le decía que se conmovían, igual que ella, una y otra vez, cuando las fuertes e inquietantes palabras brotaban de los labios torcidos de su esposo y los sacudían a todos.

En cuanto a Caradoc, descubrió que todos sus pensamientos secundarios morían antes de nacer y sólo una idea dominaba sus sueños y sus horas de vigilia: el enfrentamiento venidero con Roma y su propia llamada a conducir las tribus. En ocasiones, en el dulce y tranquilo momento del día en que salía del sueño a la conciencia de una realidad problemática, se preguntaba si Bran no le estaría drogando en secreto para producir esa obsesión demente que lo consumía. No era algo descabellado. En lo que se refería al odio hacia Roma, los druidas eran despiadados. Sin embargo, Caradoc descartaba la idea. Bran era un viejo amigo. Bran se lo habría dicho. ¿O no?

Entonces, una noche, cruzaron un bosque que protegía el pie de la montaña que acababan de atravesar. Se internaron en un mar de hojas rojas y marrones que flotaban a su alrededor en el frío nuevo de un viento cruel y llegaron a una aldea. Estaba cobijada por el bosque detrás y el océano más allá. Se detuvieron y respiraron profundamente el aire salado. Observaron las olas grises ondearse y plegarse hacia ellos. Por primera vez en semanas, una repentina paz les envolvió y se miraron con una vergüenza desconcertada, como si hubieran compartido un sueño profundo o estado bajo un hechizo paralizador. Cinnamo suspiró.

—Mona, sagrada Mona —murmuró—. ¡Cuántas cosas extrañas y maravillosas he visto desde que partí de Camalodúnum! —La isla yacía serena, una mancha negra y nebulosa, a trescientos metros de donde descansaban.

Bran levantó un brazo y saludó.

—Alma del pueblo —dijo con voz queda—. El corazón de la libertad. Venid. Bajemos y busquemos fuego y comida. Estos jefes me conocen y hay hermanos míos por toda la aldea. Esta noche dormiremos sin temor. —Se ajustaron las capas descoloridas y andrajosas alrededor de los hombros y descendieron detrás de él.

Esa noche permanecieron en la aldea. Descansaron, comieron y atendieron sus cuerpos cansados. Los jefes del lugar estaban acostumbrados a los extraños indefensos y agotados. Todo el año llegaban viajeros extenuados en busca del santuario de la isla sagrada y traían consigo historias sobre la brutalidad de Roma y la necesidad de paz. Caradoc fue recibido con amabilidad y habló ante el Consejo. Habló de su visión y le comprendieron. Esos hombres, a diferencia de su rey lejano, sabían a ciencia cierta lo que significaría el dominio de Roma para los pueblos del oeste y brindaron a Caradoc el primer apoyo franco y completo que había recibido desde que había dejado a Madoc y los siluros. Se relajó. Durmió bien. Sin embargo, Eurgain y él siguieron como extraños, mirándose con ojos que guardaban la dulzura del pasado; no lograban poner la llave del amor en la cerradura del solitario y doloroso presente. Ella era demasiado orgullosa para soportar un desaire y él estaba demasiado preocupado para que ello le importara.

Por la mañana cruzaron hacia Mona. El viento era fuerte y frío y arremolinaba las olas hasta convertirlas en una lluvia de espuma blanca. La isla pasaba de brillar con su verdor bajo el sol a sumergirse en una lúgubre penumbra cuando las nubes grises cruzaban rápidamente sobre ella. El bote de pesca se desviaba y sacudía, y Caradoc y los demás se aferraban con pesar a los costados. Pronto, sus rostros y manos quedaron empapados de agua salada; pero, en unos minutos, los taciturnos pescadores ordovicos saltaron al agua que les llegaba a las rodillas el bote fue arrastrado a la playa. Cinnamo se arrodilló y besó la arena de la orilla inclinada. Bran le dio la mano a Eurgain, que luchaba por mantener el equilibrio en la siseante resaca. Caradoc y Caelte caminaron juntos hasta donde la arena se transformaba en guijarros y luego en hierba. Lejos y a la derecha, más allá

de los montes de robles que se apretujaban junto a la playa, la tierra se elevaba, todavía muy arbolada; frente a ellos, se extendían suaves campos ondulados que lanzaban destellos dorados de los rastrojos irregulares que había entre los troncos de los árboles. Aquí y allá, el humo ascendía de muchas chozas y casas, y se deshacía en el persistente viento. Desde donde estaba, Caradoc percibía movimiento en el bosque. Alcanzó a oir voces de niños, ramas que se quebraban y risas de mujeres que se filtraban desde el borde de los pequeños campos. Se volvió a Caelte.

—Hay paz aquí —dijo—. Un hechizo de alegría que podría persuadirme a olvidar mi deber y hundirme bajo su poder como una piedra en el agua.

—Lo sé, señor —contestó Caelte—. Yo siento que debería cantar, pero no tengo ninguna canción. ¡Qué lejos están Madoc, Emrys y la mancha oscura de Roma!

«No lo suficiente», pensó Caradoc, con los ojos húmedos por el asedio del viento o por un torbellino de emociones olvidadas. Luego Bran, Cinnamo y su esposa le alcanzaron y todos siguieron al druida por el sendero estrecho pero seguro que cruzaba los robles. No se apresuraron. Caminaban con paso regular y ojos atentos, pues muchos otros senderos se bifurcaban del que seguían y todos parecían llamarlos con comprensión amistosa. Un camino, que conducía directamente a un montecillo cubierto de árboles, permitió a Caradoc vislumbrar un altar de piedra, un circulo de estacas de madera con cabezas humanas y de jabalíes talladas sobre las puntas. Otro culminaba en una empalizada en la que se podían ver los muros sin techo de un santuario y la figura silenciosa de un druida sentado frente a la entrada.

Después de andar un kilómetro y medio, los árboles dieron paso a más campos de labor y los viajeros vieron que, a pesar de que los bosques se curvaban y extendían aquí y allá, la tierra estaba muy cultivada. Ya se había cosechado y los niños y las mujeres estaban recogiendo las espigas, con las espaldas dobladas y las capas desplegadas al viento. Se enderezaron y saludaron al grupo al verlos pasar, y muchos bajaron la cabeza al reconocer a Bran, pero sólo Caelte respondió a las alegres palabras. Cinnamo estaba maravillado y apoyaba los pies con cautela en el suelo sagrado. Eurgain marchaba con los brazos cruzados y la barbilla levantada, consciente de la mirada hosca y preocupada de su marido. Atravesaron tres kilómetros de áspero rastrojo amarillo, bajo las ramas de los robles sin hojas y a través de chozas colmadas de los aromas hogareños a comida y de murmullos de

voces. Luego llegaron a un río. Una ancha y verde extensión de agua pantanosa corría lentamente, poblada de aves y con chozas en ambas riberas que formaban una aldea. Más allá del río, la tierra seguía siendo plana y dorada pero, hacia el noreste, Caradoc notó que comenzaba a elevarse hasta perderse en una niebla de árboles. Bran se detuvo.

La choza del Consejo era grande y de madera, protegida por una alta empalizada a su vez rodeada por una cerca de estacas de madera talladas en la punta con rostros solemnes y controlados que miraban por encima de las cabezas de los transeúntes con indiferencia impasible. Junto al portón bajo de la empalizada, dos jefes montaban guardia con las lanzas en alto en una mano y las espadas desenvainadas en la otra. Ante ellos, un grupo de druidas, seis o siete, estaban reunidos con las manos hundidas en mangas blancas y escuchaban con atención y sonrientes a uno de ellos.

Era alto y fuerte. Las mangas de su túnica estaban arremangadas y dejaban ver unos brazos bronceados y musculosos, cruzados sobre el ancho pecho. Su barba tenía un vibrante y lustroso tono castaño y la intermitente luz del sol destellaba en una docena de anillos de bronce que sujetaban el cabello castaño; éste caía enmarañado sobre una espalda recta cubierta de blanco. Mientras le miraban, desplegó los brazos, se señaló la cabeza y rió. Sus compañeros rieron con él. Luego vio al grupo silencioso y se volvió hacia ellos, con los brazos abiertos y una sonrisa amplia y cálida. Caradoc se puso rígido con sorpresa al tiempo que Caelte retenía el aliento con estupor. Detrás de ambos, Eurgain se sobresaltó. Los ojos del hombre eran azules, pero no como el azul profundo e intenso de Eurgain, ni el azul verdoso del mar, sino de un matiz ás delicado, como transparentes, de una opalescencia casi lechosa. No brillaban ni reflejaban los juegos de luz y sombra, y las pupilas eran también pálidas, grises, como un amanecer nublado. Si Caradoc no hubiera visto esos ojos recorrer el grupo, habría creído que ese druida era ciego. Bran dio tres pasos e hizo una reverencia.

—Maestro —dijo—. He traído a Caradoc, su esposa y su séquito.

—Sí, sí, lo sé —respondió la voz profunda—. Anoche soñé contigo, Caradoc, y la noche anterior también. Te vi sentado de espaldas contra una roca, era de noche. He estado esperándoos. —El brazo recubierto de plata tomó el de Caradoc, fuerte y tibio. Al ver la cara de asombro del catuvelauno, los labios carnosos volvieron a sonreír con regocijo—. No esperabas encontrarte conmigo, ¿verdad, amigo mio? ¿Acaso imaginaste

que el maestro de los druidas seria un anciano de barba gris como Bran, doblado por el peso de la sabiduría? ¡Bueno, lamento desilusionarte!

Caradoc estudió el rostro joven con ojos de viejo y de pronto, Bran le pareció en efecto un viejo chocho, marchito y tembloroso. Quiso hacer una reverencia, pero no pudo. Luego el maestro se dirigió a los demás.

—Eurgain, ven aquí. —Ella se adelantó y el druida le tomó la mano. Le acarició la mejilla y el cabello, y la besó con suavidad—. También te vi en mi sueño. Tenías los pies hundidos en la tierra y los dedos extendidos hacia las estrellas. Te vi en tu ventana, sufriendo por los misterios de ambos. Debiste haber sido druida, Eurgain, pues de ese modo tus pies jamás habrían rozado la tierra y no te sentirías desgarrada. Oh, bueno —sonrió—. Los dedos son muy útiles, pero no sirven para llevar el corazón a donde ansía ir. Y tú. —Se volvió hacia Cinnamo y un momento de dolor enturbió sus facciones, pero sus ojos no cambiaron de expresión. Ellos parecían un espejo vuelto hacia su mundo interior, en el que se reflejaban sus visiones —. La preciosa semilla ha sido esparcida en el suelo —murmuró— y pisoteada bajo los pies. De lo contrario, ¿cómo haría la nueva planta para crecer? Te saludo, Mano de Hierro. Una flecha no es suficiente para ti. —Y para estupor de todos, se arrodilló ante el azorado Cinnamo y le besó la espada, pero antes de que el momento resultara embarazoso, se levantó y abrazó a Caelte, riendo—. ¡Caelte, Caelte! —exclamó—. ¡Tu alma es como el fluir cristalino del más puro arroyo del bosque! ¡Un don para ti sería como una piedra arrojada a una montaña, ya que posees el mayor don de todos! Y no creas que me refiero a tu hermosa voz. —Soltó a Caelte, se ajustó la faja con un único tirón rápido y se volvió—. Venid a la choza del Consejo —ordenó—. Comeremos y reíremos, y conversaremos de cualquier cosa, ya que estamos en la sagrada Mona y aquí podéis descansar.

La choza era espaciosa, limpia y caldeada, al abrigo del viento frío. Y a esa hora de la mañana ya estaba llena. Había hombres alrededor del fuego sobre el cual un caldero despedía un fragante vapor que ascendía al techo. Algunas mujeres, acuclilladas o sentadas con las piernas cruzadas sobre pieles, aferraban niños y observaban con ansiedad a los druidas que se movían entre ellos. Nadie se volvió a mirar a Caradoc y a su séquito, que se quitaron las capas y aceptaron los tazones que Bran les alcanzó.

—Aquí debemos servirnos nosotros mismos —explicó Bran—. Todos los sirvientes disponibles están trillando y, como veis, han llegado nuevos refugiados de la Galia. Mis hermanos están ocupados.

Llenaron los tazones con sopa caliente y encontraron sitio junto a la puerta para sentarse. Bebieron la sopa despacio, saboreándola, mientras, una por una, las familias recién llegadas departían con un druida. Los hombres cargaban a los niños sobre los hombros y las mujeres recogían sus pocos tesoros y se cubrían para protegerse del frío. Pronto, la multitud mermó hasta que sólo quedaron unos pocos jefes que acababan de regresar de cazar, y pequeños grupos de druidas, que comían en silencio, de pie o sentados y con los ojos fijos en el maestro que por fin se acercó para reunirse con los catuvelaunos.

—Tuviste algunas dificultades con Emrys, Caradoc —comentó, al tiempo que revolvía su potaje con un palo que luego lamió y guardó entre los pliegues de su túnica—. No me sorprende. El y su gente han estado encerrados en las montañas durante muchos siglos y los acontecimientos del mundo exterior no les han afectado para nada. Jamás han venido a la corte de Samain ya que nunca han tenido disputas que resolver con otras tribus y es una pena. Se han vuelto demasiado orgullosos, demasiado seguros de ser invencibles, lo cual los hace muy vulnerables a los trucos de un orador inteligente.

Caradoc dejó de comer y le dirigió una mirada penetrante. El maestro sonrió.

—Tus palabras eran verdaderas, por supuesto, pero no creo que tú mismo las creyeras, ¿verdad?

—No lo sé.

—Bueno, no importa. Los has animado y creo que yo debo volver y animarles más todavía. Me agradaría ver de nuevo a mi primo.

—¿Vuestro primo, maestro? —inquirió Eurgain y él asintió con la cabeza, ya que tenía la boca llena.

—Emrys es mi primo. ¡Llegué a Mona cuando tenía siete años de edad para que me interpretaran los sueños y aquí me quedé, como veis! —rió y Caradoc bajó la cabeza hacia su tazón, decepcionado de pronto por ese hombre musculoso y viril que reía mucho y, en apariencia, carecía de la dignidad que sin duda debía poseer el jefe de los druidas.

Su sensación de depresión y aislamiento se acrecentó y deseó no haber venido jamás a Mona. Prefería sus propias fantasías sobre una poderosa y misteriosa figura de magia y secreto que podía tramar hechizos contra Roma mientras él tramaba la estrategia militar. Pero allí estaba el maestro, sonriéndole a Eurgain y restregando su tazón de potaje con un trozo de pan

en sus dedos ágiles, mientras el cabello sujeto con anillos de bronce caía sobre sus brazos. Caradoc se sintió estafado, en cierta manera utilizado, y la vieja semilla mezquina de nostalgia y pena por el pasado comenzó a nacer otra vez en su interior. «Camalodúnum —pensó con tristeza—. Mi hogar. ¿Por qué no me rendí a Claudio y me quedé a vivir allí en paz?» El maestro entregó su tazón a un joven ayudante y se levantó.

—Me gustaría mostraros la isla —declaró—. ¿Ya os sentís mejor? ¿Habéis saciado vuestro apetito? ¡Bien! Vamos, entonces. Bran, no es necesario que canses tus miembros con nosotros. Quédate.

Caminaron muchos kilómetros ese día, por tierras que eran más pobladas que cualquiera de las que habían recorrido, más aún que las de su propia tribu. En todas partes se levantaban chozas, alrededor de los campos de labor y a los pies de los montes de robles. Los desposeídos que habían huido de la paz de Roma habían traído consigo a sus dioses deshonrados, de modo que cada claro custodiaba un altar o una deidad de piedra y en muchos había fosos o estanques donde arrojar las ofrendas. A excepción de los jefes armados que habían vigilado la choza del Consejo, el grupo no había vuelto a ver armas y Cinnamo preguntó por qué.

—La gente proviene de tribus muy diversas —contestó el maestro— y aquí en Mona, sólo queremos paz. Entregan sus armas a sus dioses en agradecimiento por ese refugio y los pongo a trabajar en lugar de pelear. Hemos podido roturar muchos campos nuevos desde que ha aumentado tanto la población y producimos grano en cantidad. Los dioses están complacidos con su nuevo hogar y bendicen el suelo, ¡y los ordovicos engordan! —Rió y luego al amparo de un grupo de robles jóvenes, se acuclilló. Los demás le imitaron. El incesante silbido del viento se convirtió en un zumbido sordo y todos se aflojaron las capas y se quitaron las capuchas con alivio. Contemplaron con asombro la distancia que habían cubierto. A sus espaldas, la tierra se había ido elevando poco a poco y ante ellos, el océano lanzaba destellos azules y era blanco como un encaje en el lugar donde se abría en una bahía serena y amplia. Había botes pesqueros sobre la arena y sus dueños conversaban sentados alrededor del fuego que habían encendido, pero el grupo estaba tan alto que no se oían ni el crepitar de los leños ni las voces de los hombres.

—Maestro, ¿dónde están los salones de aprendizaje? —preguntó Eurgain para tentarle— Pensé que... Esperaba... ¿Dónde están los sitios secretos?

El druida se sentó sobre los talones con las manos apoyadas en el suelo.

—Los salones de aprendizaje están a tu alrededor, Eurgain —respondió —. ¿Acaso no has visto grupos de jóvenes y druidas paseando de un lado a otro? El largo y lento proceso de absorción de conocimientos tiene lugar allí donde el maestro desee enseñar, ya sea sentado en un campo, caminando por la ribera, o de pie en los templos, y los alumnos se desplazan con él. La isla entera vibra con el fluir de los pensamientos y después de veinte años de estudio, no hay piedra alguna, ni grieta en los ríos, ni árbol sagrado que no hayamos descubierto y que no tenga la facultad de traer alguna lección a la memoria del observador. Es una de las razones por las que Mona se considera sagrada. Hasta el mismo lodo canta al iniciado todo lo que ha aprendido. Y los niños que vienen aquí y se quedan cinco o diez años llevan, de regreso a sus tribus, un ardiente amor por ésta, su verdadera cuna.

—Pero, ¿qué hay de los oráculos? ¿De los sitios donde se leen las estrellas? ¿Dónde practican su arte los adivinos?

—Tienes mucha curiosidad, Eurgain —la reprendió con voz queda—. Ten cuidado. Aun así, por el amor de tu alma, haré que conozcas el lugar donde la estrella del atardecer entrega sus secretos. Caelte, hay aquí un joven que se dedica a fabricar arpas. ¿Te agradaría hablar con él? — Conversaba afablemente con Caelte, Eurgain y Cinnamo. Caradoc guardaba silencio y contemplaba la pacífica escena que se desarrollaba abajo, consciente de que a pesar de que el maestro no se había dirigido a él desde el saludo inicial, toda su atención interior estaba centrada sólo en él.

Caradoc sentía que su exagerada concentración era una molestia, una alteración de sus pensamientos que había crecido desde que el bote hubo tocado la costa arenosa. Recuerdos muertos hacía mucho tiempo, ya sin fuerza, empañaban su mente y dejaban una estela de ira o remordimiento.

Aricia estaba allí, sentada en el suelo de su choza en Camalodúnum, riendo, y aunque creía haber superado el dolor por ella, experimentó un tremendo deseo y supo que no se había curado. Togodumno pasó también, con sus jefes ansiosos y fascinados trotando tras él, y la oleada de celos que le sacudió fue tan violenta que su mano se crispó en la empuñadura de la espada.

«¿Celos? ¿Acaso estaba celoso de Tog? ¡No! —gritó en su mente—. ¡No era verdad! Era mi hermano. ¡Yo le quería!» Pero detrás de Tog apareció Eurgain; su túnica azul larga y orlada rozaba el suelo, el oro decoraba el dorado cabello y la plata brillaba en sus brazos blancos. La

punzada de celos se convirtió en un dolor palpitante. «¡Otra mentira! La quiero, la quiero; no tengo razón alguna para desear que sufra. Yo no la aparto del lugar que le corresponde; no es verdad. ¡No me importa cuánto de si misma me oculte!»

Emitió un gruñido y hubo una pausa repentina en la conversación. Todos se volvieron hacia él y Caradoc posó la mirada en los ojos del maestro con una nueva emoción. Ese hombre era una fuerza más poderosa que los ancianos de su imaginación, más peligroso que el más potente de los hechizos que su nebulosa y solitaria imagen de un maestro pudiera haber conjurado jamás en aras de la victoria. Caradoc tenía miedo.

—Creo que debemos regresar a la aldea y alimentar nuestros cuerpos una vez más —sugirió el maestro sin darle mayor importancia, y se pusieron de pie. Al hacerlo, un nuevo y último recuerdo brotó en la mente de Caradoc, tan claro y dulce como había sido el momento en si. Gladys caminaba hacia él por la cima del risco donde se habían reunido las huestes para la inútil espera de Plautio. Tenía el rostro bronceado y solemne y sus ojos brillaban con cordura y calidez. La brisa del mar arremolinaba el cabello largo y oscuro en su espalda y envolvía la túnica alrededor de sus piernas. Al aproximarse, Caradoc percibió el olor a sal, algas marinas y hierbas de roca que emanaba de ella. Su corazón se abrió como los pétalos de una flor herida ante su pureza, su sinceridad. «¿Has considerado recurrir a las profecías? —le preguntó—. Puedo hacerlo, Caradoc.» El maestro le observaba con una leve sonrisa. Caradoc se volvió y siguió a los demás por la pendiente recubierta por la maleza.

Regresaron a la aldea y comieron. Cuando terminaron, el rápido atardecer otoñal estaba comenzando. El viento se calmó y el cielo permaneció despejado. El maestro les llamó afuera, donde un druida los aguardaba. Se lo presentaron a Eurgain.

—Te mostrará la estrella del ocaso —precisó el maestro—, pero debes darte prisa. El sol se está poniendo. —Sin una palabra, Eurgain se volvió y siguió el brillo gris de la capa del druida. El maestro señaló—. Caelte, sigue el sendero que dobla a la izquierda. Al final está la choza del bardo artesano. ¡Componed música alegre!

—Cin, ¿vienes conmigo? —preguntó Caelte, pero Cinnamo bostezó y negó con la cabeza.

—No. Volveré a la choza del Consejo y conversaré un rato más con los guerreros de la Galia. Tenemos muchas historias que compartir. Después me

iré a dormir. Caradoc, ¿me necesitáis?

Caradoc miró al maestro.

—No, Cin, no creo que te necesite esta noche. Que duermas bien.

—Vos también, señor. Buenas noches. —Se lanzó otra vez hacia las pieles de la entrada y Caradoc y el maestro se quedaron solos bajo el cielo pálido y rosado.

El druida hizo un gesto y se alejó; Caradoc le siguió. Tenía el cuerpo cansado por la caminata de aquel día, pero su mente estaba bien despierta. Avanzaron con rapidez por el sendero paralelo al río, que se había vuelto plácido con los últimos jirones del ocaso. Luego el maestro se internó con brusquedad bajo los robles a la derecha y se perdió en las sombras. Caradoc marchó tras él y sintió que el suelo se elevaba despacio bajo sus pies. Durante media hora, anduvieron por el bosque silencioso y, de repente, Caradoc se encontró en la cima de una colina. Era yerma y se dio cuenta de que alguna vez los árboles habían llegado hasta la cumbre ya que brotes diminutos le rozaban las piernas en un intento del bosque por recuperar el terreno perdido. Tres enormes círculos de rocas marcaban el espacio desierto, uno dentro del otro, y en el centro, se erguía un altar de piedra bajo. No había estacas, ni cabezas, ni dios alguno, sólo la severidad pura de rocas erosionadas y altos pastizales castigados por la escarcha.

El maestro se dirigió al altar. No miró atrás para ver si Caradoc le seguía. Con una oleada de resentimiento, Caradoc pensó que el hombre se había olvidado de que estaba allí. Avanzó a través de los círculos y llegó al altar justo a tiempo para ver que el maestro extraía una pequeña bolsa de cuero de su cinto y volcaba una pila de granos grises y polvorientos en el hueco que había en la piedra. Luego, el druida habló.

—Se ha hecho de noche —manifestó—. Apenas puedo verte y tú no puedes verme. —De pronto, Caradoc notó que en efecto, era noche cerrada y entre él y el druida se elevaba una pared de negrura que sus ojos apenas podían atravesar—. Ahora, aguardaremos —añadió el maestro y volvió el rostro hacia el este. Caradoc también se volvió mientras se preguntaba qué maravilla vería. Pero la noche era serena. Unas pocas estrellas asomaron con una luz aún tenue; la luna todavía no había hecho su aparición. En los árboles, una chotacabras entonó su canto áspero y desagradable. Los dos hombres permanecieron inmóviles mientras las estrellas ascendían. Entonces, de repente, allí estaba la luna, tres cuartas partes de ella se podían ver, y muy claramente, con las sombras azules de su superficie. El maestro

suspiró—. Observa con mucho cuidado, Caradoc —murmuró—. Mantén los ojos en las piedras bajo la faz de la luna.

Caradoc hizo un esfuerzo por ver. Después de unos minutos, un rayo de luz de luna tocó la base de una de las piedras del circulo más lejano. Despacio, casi imperceptiblemente, subió, hasta que por un instante coronó la piedra roma con una gota de agua seca. Luego, Caradoc lo perdió y volvió a encontrarlo a mitad de camino hacia el extremo de la roca del segundo círculo, detrás del primero. Una vez más, la luz subió, acarició la punta y cayó para comenzar otro ascenso en el circulo interior. Caradoc levantó la vista.

La luna estaba más alta, aunque él no se había percatado del paso del tiempo. Volvió a mirar. En aquel momento, el rayo de luz se le acercaba. Parecía inmóvil y, sin embargo, se aproximaba cada vez más. Entonces ascendió por el costado del altar. El druida se volvió con el pedernal listo. La pálida luz hizo su aparición y justo cuando halló el orificio del incienso, el maestro produjo una chispa brillante. De inmediato, el polvo comenzó a arder y un aroma dulce llenó el frío y desabrido aire nocturno.

—Mira detrás de ti —ordenó a Caradoc y éste se volvió—. ¿Ves esa estrella resplandeciente sobre la punta de la piedra más distante? Es tu estrella. La vi por primera vez en esa posición cuando Bran regresó de su primera visita a Camalodúnum, cuando aún eras un hombre muy joven. Ahora vuelve a situarse allí, cargada con el conocimiento de tus años. Ve al otro lado del altar y respira el incienso. —Caradoc obedeció y se inclinó hacia delante para que el humo tibio le envolviera por un segundo—. Ahora, quédate quieto y mantén la vista en el humo. No me mires.

Caradoc notó que el hombre se replegaba en sí mismo y, de pronto, se sintió solo. Su cuerpo se enfrió y comenzó a temblar. Sus pensamientos se escurrieron de la columna de incienso, la alta y gris silueta que tenía enfrente y las rocas antiguas y hechiceras y volaron hasta su hijo, hasta Emrys y Madoc. ¿Qué hacían en la tierra donde la carne sólida se encontraba con carne tíbia y todo lo que uno necesitaba comprender era que las espadas podían matar? ¿Acaso dormían plácidamente cerca del cálido fuego de un Consejo? Imaginó el pelo rizado de Llyn desparramado en su camastro, la habitación en penumbra, las sombras rojizas, el fuego extinguiéndose en brasas. Le vio respirar suave y profundamente, perdido en sus sueños. Sueños. Miró en dirección al maestro y el horror le recorrió la piel. El hombre tenía la vista clavada en él, los ojos enormes y fijos, y la

luz de la luna les había quitado todo color, de manera que parecían blancos. El resto de su figura era indistinta: la túnica gris oscura, la nube de oscuridad que era su cabello, el rostro atezado. Pero esas dos órbitas grotescas, inhumanas, bañadas en incienso, estaban teñidas de un fulgor pálido y enfermizo. El horror se convirtió en temor y luego en pánico.

Por primera vez en su vida, Caradoc quiso escapar, correr, nadar, tambalearse entre sollozos por las montañas, cualquier cosa para huir de la frialdad que rezumaba hacia él ese hombre que ya no parecía humano. Estudió el cielo con desesperación. La luna se ponía. Increiblemente, habían pasado horas.

La visión de las estrellas le calmó y bajó la vista una vez más hacia la columna de humo que se había vuelto más fina. Entonces vio una mano que se extendía y cubría el orificio de incienso. El brillo se extinguió de inmediato.

—Me cansas, Caradoc, con tus temores —dijo lentamente el maestro—. No soy nada más que un hombre, ni nada menos. —Su voz carecía de tono; no había en ella energía ni risa. Surgía discretamente de la oscuridad como la voz de las piedras mismas, pesada, eterna, sin modulación—. Soy un vidente, el más grande vidente que los druidas han conocido jamás, pero la carga es enorme y ¿de qué sirven las visiones si no se pueden interpretar? Ven. Vamos a sentarnos bajo los árboles y conversemos.

Tomó la delantera. Caminaba muy despacio, como un inválido, con la espalda doblada. Se dejaron caer en la hierba bajo un roble.

—Estoy cansado —prosiguió al cabo de un instante—. Me gustaría dormir una noche, sólo una, sin sueños. —Luego pareció reponerse. Sus manos hallaron el interior de las mangas y se cubrió las rodillas con la túnica—. Te he hablado poco hoy, Caradoc, porque las visiones de un arvirago no deben hacerse públicas. No obstante, no fue un día desperdiciado. Te has estado viendo a ti mismo. La magia que aquí se conjura puede hacerle eso a un hombre, ya que todos los secretos desconocidos que trae consigo se clarifican y se marcha sin escondrijos.

—Hicisteis magia —le espetó Caradoc. El temor había desaparecido y su voz le sonó fuerte y recia—. Me disteis recuerdos, druida, pero eran falsos.

—¿De veras? ¿Todos? Puedo traer verdades a la superficie de las almas de los hombres, Caradoc, pero no puedo eliminar las mentiras. Y te digo que el recuerdo que te pareció más puro era en realidad el más falso de

todos. Veo que me miras con rencor. «¿Por qué me han elegido? —me preguntas en tu corazón—. ¿Acaso mi vida jamás ha sido mía, después de todo? Entonces ¿un arvirago es tan sólo una estúpida pieza de juego de los druidas?» Comienzas a entender, ¿verdad, Caradoc? ¿Y sabias que debajo de los recuerdos se oculta un persistente afecto por los hombres de Roma? En verdad, el niño todavía amenaza con un cuchillo fantasmal la garganta del hombre.

—¡No! ¡No! ¡Os equivocáis! —Las palabras del maestro le desollaron como si fuera un toro blanco muerto, una ofrenda de sacrificio a la que despellejaran. La sangre de su sacrificio se agolpó en su garganta y su cuerpo se tensó de dolor—. Lo he dado todo por vosotros. He seguido a Bran al sufrimiento. Me he negado la posibilidad de un hogar tranquilo y la compañía de mis hijos. ¡Estoy vacio! ¡Vacio! ¿Me ois? ¡Incluso se me ha quitado la opción de una muerte honorable!

—Te mientes a ti mismo.

—No —bramó Caradoc—. Yo no. Os perdéis en vuestras visiones, maestro, pero ¿quién puede saber cuáles son ciertas y cuáles meras imágenes caprichosas de la locura? ¡Si conocierais los devaneos secretos de mi mente, no me presionaríais como lo hacéis!

—Los conozco —afirmó el maestro con suavidad—. Y también sé que sin ellos, sólo serías Caradoc, un guerrero catuvelauno. Los druidas no te consideran un prisionero necio, Caradoc. Tú y sólo tú tienes la facultad de decirnos sí o no, como lo has hecho antes. De hecho, eres tú quien nos tiene en sus manos, a todos nosotros y a todas las tribus. Un arvirago manda sobre los druidas y sobre sus seguidores, por fuertes razones. Y por encima de todos los hombres, debe regirse a sí mismo. Es por eso que te muestro los rincones más oscuros de tu corazón. Es por eso que te atormentas con tus propias visiones y sueños. Un arvirago es único.

—Pero todavía no soy un arvirago.

—No, no lo eres, pero lo serás. En consecuencia, no sólo debo darte tu pasado, sino aquello del futuro que he podido adivinar. No soy infalible, Caradoc. No veo un futuro, sino muchos, sendero sobre sendero, y esos senderos se bifurcan en otros senderos, todos con destino a lo posible. Con frecuencia, no puedo desentrañar la verdad de las sombras. No estoy autorizado para decirte lo que he visto, pero puedo aconsejarte. ¿Me escucharás?

—Sí.

—Muy bien. Las profecías y visiones son muy confusas para ti, tal vez porque tú y Albion estáis unidos y vuestros destinos están entrelazados. Es poco lo que puedo decirte. Te he visto victorioso; te he visto caer en una emboscada y morir en un valle solitario; te he visto en una gran batalla. Una vez, hace muchos años, te vi en Camalodúnum, viviendo en paz con los romanos como tus señores, pero esa senda de visión ya se ha cerrado. Puedo decirte con certeza lo que harás mañana y probablemente al día siguiente. Pero luego las visiones se multiplican, se dividen y se tornan inexactas debido a todas las decisiones, tuyas y ajenas, que atestan los momentos de cada día. ¡Sólo sé con seguridad que eres el elegido, que serás arvirago para bien o para mal y que el Universo es indestructible!

—¿De qué sirven entonces vuestros sueños, maestro, si no podéis decirme si triunfaré o fracasaré? —El hombre a su lado se echó hacia atrás. Los ojos descoloridos quedaron cubiertos cuando bajó la cabeza.

—No he dicho que fuera impotente ante los sueños, Caradoc. He soñado ya durante casi treinta años y he aprendido a atrapar los raudos talones de la verdad cuando pasa corriendo frente a mí. Además, leo las estrellas y combino lo que veo en ellas con el mensaje de mis visiones. Si no concuerdan, entonces no hay verdad.

—¡Bueno, decidme entonces! ¡No me dejéis con el sufrimiento cotidiano de ver morir a mi gente y no saber jamás si sus muertes serán en vano!

—Las estrellas me dicen que fracasarás y que tu fracaso se convertirá en algo bueno, pero mis visiones me dicen que triunfarás. Por lo tanto, lo interpreto de la siguiente manera. Llegarás a un punto, Caradoc, a un lugar, a una instancia de gran destino, y la línea que dividirá el fracaso del éxito será tan sutil que hasta las estrellas dudan y no se atreven a predecir el resultado. Tampoco debo hacerlo yo. No puedo conjeturar. Tienes defectos, arvirago, pero que esos defectos acaben por destruir a las tribus es algo que sólo dependerá de ti. Y también sé que no existe en Albion un guerrero mejor y más astuto que tú. En consecuencia, el único consejo que puedo darte es éste: confia sólo en tu juicio, siempre, y luego verifica ese juicio con tu corazón. Pero cuando tengas serias dudas, escucha a Bran. No es un vidente, pero su intuición es quizá más valiosa para ti que mis visiones.

Caradoc estaba tieso por el frío del amanecer inminente y también de ira. Sin embargo, aunque su desilusión era tal que deseaba acusar al maestro de impostor, no se atrevió. Permaneció sentado con la barbilla apoyada en

las rodillas, el corazón helado y la mente hecha un torbellino. El maestro rió.

—Me odias, Caradoc, y ansías creer que te oculto la verdad o soy un falso vidente, pero sabes que la verdad tiene muchas caras y es muy sutil, y que no sólo soy un vidente sino que también puedo leer tus pensamientos cuando me lo permites. ¡Puedes cerrarte a mi, Caradoc, si eres lo suficientemente fuerte!

Caradoc se dio cuenta de que el maestro se burlaba de él y a pesar de su fastidio, sonrió.

—Perdonadme —se disculpó—. Esperaba un estallido de verdad, maestro. Quería enterrar todas mis dudas.

—Aun cuando hubiera podido hacerlo, me habría negado. Los druidas obedecemos antiguas leyes, Caradoc, y las infringimos a nuestro propio riesgo. Una de esas leyes estipula que no podemos revelar a ningún hombre su futuro, porque al hacerlo, le quitaríamos su facultad de elegir y perdería su alma. Esto significa que mis hermanos y yo debemos aprender a esquivar la voluntad de la gente, ir de Consejo en Consejo con palabras que no siempre son bienvenidas, y disfrazar nuestras advertencias con acertijos.

—¿Como mínimo realizaréis la última prueba?

—¿El sueño del toro?

El maestro se estremeció un poco. Luego se levantó. En el este, una débil línea de luz grisácea comenzaba a crecer; entonces Caradoc detectó las arrugas de la noche que surcaban el hermoso rostro del druida y el desgaste que le producían sus sueños. «Me volvería loco con semejante carga —pensó de pronto—. Este hombre debe de ser fuerte como una montaña.» Empezaron a caminar de regreso por el monótono sendero.

—Sí, lo haré —contestó el druida—, pero debes saber que pagaré un alto precio por hacerlo. ¿Qué me darás?

Un pájaro comenzó a trinar en lo alto de las ramas de un roble y la brisa matinal levantó el cabello del maestro de sus hombros encorvados. Caradoc sintió que recuperaba la esperanza. Sentía que había vivido miles de siglos esa noche, que había luchado miles de batallas contra si mismo. No obstante, no podía recordar ni un solo pensamiento coherente. Echó la cabeza hacia atrás y sonrió.

—Os devolveré toda Albion —respondió—. ¿Es suficiente?

—Oh, creo que sí —replicó el maestro y lanzó una carcajada. Pronto, las chozas silenciosas del pueblo aparecieron frente a ellos, apiñadas junto a

las oscuras y frías aguas del río.

Comieron todos juntos dos horas después del amanecer. Luego, el maestro los abrazó y los despidió.

—Recuerda, Caradoc, no hables mal a ningún hombre ni a ninguna mujer, amigo o enemigo, ya que desde ahora no podrás distinguir uno de otro —sentenció—. Ama a los dioses, pero ama más tu honor. Ahora, vete. —Le hicieron una reverencia y el druida se alejó silbando. Entonces se encaminaron de regreso a la playa, al bote que los aguardaba y a la gris y boscosa línea de la tierra firme.

—Dime, Eurgain —aventuró Caradoc cuando la pequeña embarcación cruzaba un océano tan tranquilo y límpido como el cielo—. ¿Qué te mostró el druida?

Ella guardó silencio por un momento mientras pasaba los dedos por el agua oscura.

—Me mostró muchas maravillas en el cielo y me dijo muchas cosas asombrosas. —Trató de seguir hablando, luchó con las palabras y por fin, rompió a llorar.

Durante tres días, permanecieron en la aldea que miraba al estrecho y a la isla. Luego, una nevada ocasionada por un viento que viró repentinamente hacia el norte los cogió por sorpresa y Caradoc se sacudió de su letargo.

—Tenemos que marcharnos —anunció a sus anfitriones—. No debemos quedar aislados de vuestro rey. —Temía por Llyn en caso de que tuvieran que pasar el invierno allí; temía la oscura e insondable mente guerrera de Emrys. Tenía miedo de las montañas, del paso del tiempo. «Hay tanto que temer... —pensó con desesperación—. Tanto.., y soy sólo un hombre.»

—No regreséis por donde vinisteis —le aconsejaron—. Marchad hacia el sur, por la costa hasta llegar a la frontera de los démetas. Luego doblad al este. Hay un sendero, bueno en el verano, que el rey utiliza para enviarnos a los refugiados.

«Pero ya casi estamos en invierno —pensó Caradoc con pesar al tiempo que contemplaba la blancura turbulenta que oscurecía la isla—. Aun así, debemos partir.»

Se despidieron de los pobladores y agradecieron su hospitalidad. Luego inspeccionaron sus espadas, cargaron sus bultos y desaparecieron.

La nieve no aguantó mucho. Era demasiado pronto. Se derritió y el sol brilló tenuemente a pesar de que el viento apuñalaba a los viajeros con su

filo, que se haría más penetrante con el correr de los días. Casi de inmediato, entraron en territorio gangario, pero los jefes de la aldea les habían dicho que no se preocuparan. Los ordovicos tenían un acuerdo temporal con los hombres de la península y no les molestarían. Podrían haber evitado la península, pero Caradoc, después de considerarlo, había decidido mantenerse junto a la costa. No tenía deseos de internarse en regiones desconocidas con el invierno tan cerca. Así que avanzaron pesadamente, doblados por el viento, expuestos sobre una costa poco amistosa, solitaria y vacía. Los pensamientos de Caradoc volaron hasta su hermana mientras caminaba. El estallido de las olas heladas golpeaba sus oídos y el rocío le ardía en el rostro.

¿Dónde estaría Gladys? ¿Acaso Roma ya la habría ejecutado o sería una esclava encadenada al hogar de algún oficial? Gladys no viviría demasiado encadenada, lo sabía. Si no se suicidaba, la pérdida de la libertad que ella valoraba con tanta vehemencia la enloquecería. Pero Caradoc no podía sentir, sólo era capaz de pensar. No le quedaban emociones.

Dos semanas más tarde, giraron tierra adentro. No les resultó dificil hallar el sendero, pues era ancho y estaba gastado por el uso. Sin embargo, tres días después de abandonar la costa cayó la primera nieve del invierno verdadero y ya no se marchó. El camino se angostó. Bran los guiaba, dado que había recorrido ese trayecto muchas veces para escoltar refugiados a Mona. Su capa gris era apenas visible en la blancura del mundo inmóvil y frío que los rodeaba, pero le seguían con obstinación, los rostros y las manos azules por el frío y los pies mojados y helados. El sendero comenzó a subir en busca de alturas más secas donde el viajero podía tener una mejor visión de hacia dónde se dirigía. Debieron seguirlo a riesgo de perderse, aunque las gargantas les habrían servido de refugio. No había resguardo alguno en las crestas de las colinas cada vez más ásperas, y comían y dormían sin calor, victimas de los embates constantes del viento. Por las noches, se acurrucaban unos contra otros, abrazándose para tratar de consolarse con el calor de sus cuerpos, encerrados en el silencio del agotamiento. Los animales salvajes estaban hibernando y Cinnamo solía regresar con las manos vacías. Caradoc advertía que su cordura llegaba al limite, que el hilo de la razón se hacía más delgado cada día y, con un esfuerzo de voluntad que consumía toda su energía, se aferraba a él y dejaba que su cuerpo obedeciera a los otros cuerpos que se apretaban a su lado, temblorosos, por las noches. Si se entregaba, perdería todas las batallas,

todas las visiones, por nada. Ya no dormía. Se adormilaba entre feroces oleadas nauseabundas cuando el viento le chillaba con voz cruel y soñaba que Eurgain iba hacia él, suave y hermosa como había sido en la juventud que habían compartido y le susurraba sobre la paz de la abdicación y el dichoso descanso de la derrota. Deseaba arrancarse el cerebro y arrojarlo lejos. Quería desenvainar su espada y clavársela en los ojos para alcanzar el foco de su angustia. Pero apretaba los dientes, cerraba los ojos y aguantaba, noche tras noche, mientras Eurgain y Caelte se apiñaban contra él y Bran le observaba con ojos sombríos y carentes de expresión.

Tardaron tres semanas más en llegar a la aldea ordovica. Semanas de hambre, privación y un frío húmedo y triste. Pero gradualmente, el terreno comenzó a suavizarse hasta que se encontraron bajando por las laderas de las colinas boscosas. La nieve convertida en aguanieve se transformó en lluvia. Cinnamo cazó un ciervo, atontado por el frío y el hambre, y Eurgain encontró madera seca bajo las ramas protectoras de los robles. Lo peor del viaje había pasado.

Dos días después del Samain, Llyn los recibió en el puente junto con Emrys y Sine. Se detuvieron frente al jefe de la tribu y sus cargas cayeron al suelo húmedo. Llyn corrió a abrazarlos a todos. Aún no habían dicho palabra y Emrys, después de recorrer los rostros con la mirada, asintió. Eran espantapájaros; los harapos que habían sido sus túnicas y capas se agitaban contra cuerpos cuyas curvas habían desaparecido. La piel de los rostros delgados y las manos había adquirido un color castaño oscuro y en algunos sitios se había pelado y dejaba ver la carne debajo. Los ojos eran pozos llenos de la magia de la montaña, una esencia combinada de sufrimiento, soledad y temor triturada en el mortero de sus almas por los propios picos orgullosos y celosos. Los ordovicos enviaban a sus hijos a las montañas para la prueba de sangre y todos, los que regresaban, volvían con esos ojos. El misterio jamás les abandonaba. Emrys asintió otra vez y Sine se quitó la máscara de bronce para devolver la mirada de Eurgain con la misma implacable indiferencia. Caradoc dio un paso.

—Hemos vencido —dijo con voz ronca—. Ahora, llamad a vuestro gran Consejo. Regreso con los siluros.

—En verdad, lo habéis logrado —respondió Emrys—. Si no lo hubierais hecho, vuestros ojos lo dirían. Pero ahora tenéis ojos ordovicos, blandos jefes de las tierras bajas, y dondequiera que vayáis, llevaréis la

marca de las montañas. Caradoc, no puedo llamar a Consejo hasta la primavera. Os suplico que paséis el invierno aquí.

Pero Caradoc meneó la cabeza.

—Habrá mensajes para mí de mis espías —explicó con una voz que era más un susurro áspero—, y quiero saber cómo le ha ido a Madoc. Dadme carne y pan, Emrys, y dejadme partir.

De repente, Emrys avanzó y lo tomó en sus brazos.

—No creí que regresárais —confesó—, aunque ahogamos a un esclavo en el caldero por vos. Celebro vuestra tenacidad, amigo mio.

Caradoc no contestó. Levantó su carga y siguió a Emrys hacia la choza del Consejo.

Descansaron una semana con Emrys y sus silenciosos jefes. Dormían, comían y se sentaban durante horas junto a la gran fogata mientras la lluvia golpeaba fuera. Después guardaron sus cosas y se marcharon. Bran no les acompañó.

—Me quedaré —anunció a Caradoc— y aguardaré la decisión de Emrys. Creo que haré un viaje hasta la región de los démetas. Tienen que tomar una decisión antes de la primavera. —Esbozó una sonrisa tierna—. ¡No desesperes!

—¿Qué es la desesperación? —contestó Caradoc con aire cansino—. ¿Qué es la felicidad? Estas palabras han perdido sentido para mí, Bran.

El druida rozó suavemente los dedos largos que yacían inertes en la rodilla junto a él.

—No será siempre así y lo sabes. Las estrellas prometieron grandes cosas para ti, guerrero, hace muchos años, cuando aún eras un joven imprudente y despreocupado. Las estrellas no mienten. ¡Levanta el ánimo! El fin se acerca.

—No me importa. Nada me importa salvo matar romanos. Sé que las estrellas no mienten, pero también es cierto que no siempre dicen toda la verdad. Lo que ocurre es con frecuencia muy diferente de lo que se ha visto y el destino puede cumplirse con polvo y cenizas en la boca.

—Ajá —susurró Bran, casi para si—. Pero, ¿qué es la verdad? ¿Puedes decírmelo? Es algo que ha eludido a mis hermanos a través de innumerables años, aunque la perseguimos hasta la muerte y más allá.

—Es la otra cara de una mentira —replicó Caradoc—. Es lo que se ve cuando dais la vuelta a la moneda. No es nada, sólo una palabra.

—Quizás. Pero en alguna parte hay una verdad que no se convertirá en mentira mañana.

—No deseo discutir ahora —dijo Caradoc con rudeza—. No sois druida en vano. Peleáis con palabras y hechizos, pero a mí me dais una espada y un enemigo concreto.

—Tienes ambos —le recordó Bran con serenidad—. Y es imposible insultar a un druida, Caradoc. Tienes trabajo que hacer y yo también. No pasé veinte años en Mona para nada. Adquirí mucha sabiduría y desvelé muchos misterios, pero no perdí mi tiempo en hechizos. Ya te lo he dicho antes.

—Bueno, ¿qué hicisteis entonces?

Bran rió.

—Aprendí a tirar los dados del destino.

Los catuvelaunos regresaron despacio al sitio que Eurgain consideraba cada vez más su hogar. Llegaron un día de chubascos intermitentes, con un viento fresco y huracanado; el sol salía y se ocultaba como una chispa que no logra prender en la leña húmeda. Madoc y Jodoco salieron a recibirlos, y Madoc, entre risas y bramidos, los estrechó a todos en sus brazos cortos y fuertes.

—¡Descanso y paz! —gritó—. ¡Así que las montañas os soltaron, Caradoc! ¿Cómo os ha ido? ¿Qué os parecieron nuestros nobles primos? ¡Venid y comed!

La barba negra se movía frenéticamente; los ojos negros los observaban con ternura y, de pronto, Caradoc se alegró de tener a ese enorme luchador como amigo. Después del frío y silencioso peligro de los ordovicos, Madoc parecía una catarata de agua caliente acogedora. Llyn desapareció en busca de sus amigos. Eurgain los dejó de inmediato para ir a ver a Annis y a las niñas. Caradoc, Cinnamo y Caelte caminaron hasta el Consejo donde el fuego ardía con fuerza y había lugares secos donde sentarse. Las cabezas grises y arrugadas parecieron sonreír a modo de bienvenida cuando corrieron las pieles para entrar y los jefes siluros se apresuraron a saludarlos. Pero Fearachar no estaba allí para servir carne y cerveza a su señor y relatar una infinidad de calamidades, reales o imaginarias, y Caradoc sintió una punzada de nostalgia. Cruzó las piernas y se dejó caer en las pieles. El calor del fuego le daba en el rostro y un esclavo siluro se acercó con una fuente de carne de jabalí, pan, manzanas y cerveza. Eurgain regresó y las niñas corrieron a abrazar a su padre entre chillidos de placer.

Las sujetó un instante, sorprendido porque la suavidad infantil había desaparecido en los meses de su ausencia para convertirse en huesos larguiruchos; las pequeñas poseían la torpeza de dos potrancas de huesos largos. Eurgain ya tenía once años y Gladys diez, y cuando se alejaron para acosar a su madre con preguntas, Caradoc pensó que habían crecido sin su padre y se habían convertido en dos desconocidas para él, dos pequeñas mujeres de espada concebidas en una época que ya no podía recordar, con una joven catuvelauna que, al igual que él, había cambiado tanto que le resultaba casi irreconocible. «¿O he sido yo el único que ha cambiado?», se preguntó con desazón. Eurgain se acomodó en las pieles con las niñas, y Tallia se preparó para servirla. Los ojos inexpresivos de Caradoc se posaron en los de su esposa y luego se volvió hacia Madoc.

—¿Cómo resultaron las incursiones del verano?

Madoc frunció el entrecejo y levantó sus hombros gigantescos.

—No muy bien. Es hora de cambiar nuestra estrategia, Caradoc. Ahora hay soldados que patrullan los caminos y que nos buscan, y todos los jinetes y carros viajan muy custodiados. Hemos perdido demasiados hombres y los romanos apenas unos pocos. Debemos atacar en otro punto. Los espías aguardan para hablar con vos. Hay rumores de que Plautio debe regresar a Roma y de que designarán un nuevo gobernador, pero todavía no sabemos quién será. Son malas noticias. Plautio se ha mostrado reticente a avanzar más allá de su frontera en las tierras bajas; habría sido mucho más fácil emprender una campaña lejos de las montañas.

Caradoc digirió las novedades y meneó la cabeza.

—No, amigo mio, no habría sido así. Dejad que los romanos pierdan la cabeza y traten de hacernos frente aquí. Conocemos el territorio y ellos no. Estaríamos en igualdad de condiciones. Ahora sólo nos resta esperar a que las demás tribus se decidan. —Madoc escrutó con curiosidad el rostro enjuto y delgado. El jefe catuvelauno había cambiado. Bueno, era de esperar. Ningún hombre pasaba meses vagando por las montañas y continuaba siendo el mismo. Madoc experimentó una tristeza pasajera, pero gruñó para descartarla de inmediato.

—Paciencia. Sí, lo sé. Pero no permitáis que se lo piensen demasiado. De lo contrario, los siluros tendrán que iniciar su propia batalla. ¿Dónde está Bran?

—Se ha quedado para traernos las decisiones en la primavera. Ya no falta mucho. Y necesito este tiempo de tranquilidad para organizar a los

exploradores.

—De modo que se acerca el momento de la prueba, ¿verdad, Caradoc? Pronto nos despediremos no sólo de Plautio, sino también de todos los torpes soldados de la isla. Lo cual me recuerda algo. Hay un extraño druida que espera para hablar con vos.

—¿Si? —Siguió comiendo.

—Está aquí desde hace dos meses y dice que su mensaje es personal, y no para el Consejo. Sólo os lo comunicará a vos.

Caradoc suspiró. Quería dormir; su mente necesitaba olvidar por un rato, pero no se podía hacer esperar a un druida, y éste ya había aguardado bastante. Tal vez el mensaje fuera importante.

—Hacedle venir, entonces —respondió—. Escucharé su mensaje.

—¡Jodoco! —vociferó Madoc—. ¡Trae al druida!

Caradoc terminó de comer y se quedó allí sentado, con la mirada fija en el fuego, hipnotizado por su ardiente misterio. La choza estaba en silencio. La lluvia susurraba en la paja del techo y cesó de pronto. Las pequeñas y Tallia se habían retirado, pero Eurgain permanecía allí, con la copa en la mano, observando el rostro de su marido a través de las llamas. Sabía que no había nada que pudiera hacer por él y que había perdido el poder de acercársele. Su mirada se posó en Cinnamo, callado y sentado junto a su Vida, y se animó. Cinnamo. También él había cambiado por sus tribulaciones en las montañas, pero no llevaba la carga de Caradoc. Todavía era tierno, humano. Desvió la vista, azorada por sus propios pensamientos. «Me iré —se dijo a si misma—. ¿Qué más me queda por hacer? Es demasiado tarde.»

Jodoco entró contoneándose, seguido de una figura alta y cubierta de blanco. El druida era joven, de barba negra como la noche, y su cabello con anillos de bronce se rizaba debajo de las orejas. Jodoco señaló y se sentó. El druida se acercó y se plantó frente a Caradoc; éste se incorporó, tratando de arrancar de su mente las fantasías que solían asediarle en momentos de inactividad.

—Os saludo, Caradoc, hijo de Cunobelin —dijo el hombre afablemente —. He esperado mucho para entregar mi mensaje, pero tenía órdenes de buscaros y transmitirlo sólo a vos. Es lo que he hecho. Tengo noticias. ¿Deseáis escucharlas? —Metió las manos en las mangas de su túnica larga al tiempo que Caradoc asentía—. Os traigo palabras de vuestra hermana.

Eurgain se levantó de un salto para aproximarse y Caradoc se tensó. ¡Gladys! Frenó enseguida el torbellino de conjeturas y excitación que se agitó en su interior. Había escapado y enviaba datos vitales sobre las legiones, por supuesto, por supuesto. Comenzó a temblar mientras el rostro claro y tan bien recordado aparecía ante el ojo de su mente. La trenza castaña que caía sobre un hombro, la capa negra sujeta con perlas y los ojos serenos y colmados de mar que le miraban. El corazón le dio un vuelco. ¡Gladys! En su impaciencia, quiso sacudir al druida, pero no se atrevió, pues el hombre había cerrado los ojos y Caradoc supo que las palabras que escucharía habían surgido directamente de los labios de su hermana. Con voz melodiosa y uniforme, el joven comenzó a hablar.

—Saludos a mi querido hermano Caradoc. El hecho de que estés con vida es una alegría para mí y también es una alegría escuchar tu nombre en los susurros esperanzados de las tribus esclavizadas que dependen del oeste para su liberación. También yo soy esclava, pero no con cadenas de hierro. Escúchame, hermano mio, y perdóname si puedes, al recordar que fui yo quien se quedó para enfrentar sola a Roma, quien luchó a tu lado en el Medway y quien mató a Adminio, el cobarde traidor. —Los catuvelaunos presentes contuvieron la respiración, se miraron atónitos y resistieron el impulso de gritar por temor a desconcentrar al druida. Sólo Caradoc permaneció inmóvil. Sentía los miembros pesados y rígidos como columnas de piedra. El druida prosiguió—. Las mías son cadenas de amor y mi libertad está en manos de mi amado. Perdóname, Caradoc, esta ha sido la batalla final y la he perdido. He estado sola durante demasiado tiempo. Tú comprenderás. Toda mi vida he apreciado mi libertad y luchado por ella con orgullo y honor. Pero ya no puedo hacerlo. Mi espada cuelga en el muro de mi amado y no volveré a desenvainarla jamás. Voy a casarme.

«No lo digáis —suplicó Eurgain al druida en silencio—. No ahora, no aquí; le mataréis.» De pronto, la cabeza de Caradoc estalló en fuego y oyó las palabras que le gritaban. ¡Plautio! ¡Plautio! El druida parecía ajeno a los mudos estallidos de emoción a su alrededor. Continuó con voz queda.

—Ahora entiendes por qué debo pedirte perdón, Caradoc. Porque mi esposo será Aulo Plautio, un hombre de honor que me ofrece su mano. Eres su enemigo, pero hasta los enemigos pueden imponer respeto, y este hombre, Caradoc, es digno de tu respeto. Ha sido llamado a Roma e iré con él. No seas demasiado duro conmigo. Haz algún sacrificio a Camulos en mi nombre, hermano querido, pues será muy doloroso ver la costa de mi tierra

por última vez sin ningún miembro de mi familia para despedirme. Jamás dejaré de sentir nostalgia por los días de nuestra juventud. Que tú y tu destino ahoguen las legiones en el mar y que vuelvas a gobernar nuestro Consejo otra vez. Saluda a Eurgain por mi. Te juro que haré todo lo que esté a mi alcance para atenuar el sufrimiento de las tribus. Adiós.

El druida calló y abrió los ojos.

—Aquí concluye el mensaje —expuso—. No estoy autorizado a comentar los hechos, señor, pero debo deciros esto. Está bien; es feliz.

Se marchó de la choza en medio de un silencio azorado. El color había abandonado el rostro de Eurgain y se apoyó en la pared con una sensación de mareo. Gladys y un romano. ¡No era posible! ¿Qué le estaba pasando al mundo? La posibilidad de que fuera una trampa cruzó por su mente, pero la descartó al instante. Ningún druida llevaría un mensaje de engaño, y los druidas sabían cuándo alguien decía la verdad. Caradoc permanecía con la cabeza gacha y Eurgain vio que cerraba lentamente las manos y las apretaba.

Entonces, de repente, echó atrás la cabeza y empezó a gritar.

—¡Esclava! ¡Esclava y prostituta romana! ¡Reniego de ella!

Desenvainó su espada y la sostuvo por el mango y por la punta. La sangre corrió por sus dedos al intentar partirla en dos contra el dintel de la puerta.

—¡Caradoc, no! —exclamó Eurgain y se le acercó deprisa, pero él la empujó con rudeza y arrojó la espada al suelo. La pisó con ojos desorbitados y la boca contraída y salpicada de espuma.

—¡La tribu reniega de ella! ¡El clan reniega de ella! De ahora en adelante, ya no es una catuvelauna sino una desterrada y una esclava. ¡Que Camulos la maldiga! ¡Que los dioses la persigan! ¡Reina del Pánico, apoderaos de su mente! ¡Cuervo de la Batalla, destrozadla! ¡Que jamás vuelva a dormir, comer, caminar y pelear en paz!

—¡No! —gritó Eurgain—. ¡No, no! —Pero Caradoc le respondió también con gritos.

—¡Su precio de honor será confiscado para el pueblo! Yo, Caradoc, rey, la declaro expulsada de la tribu. Prohíbo que se mencione su nombre. —Temblaba de pies a cabeza, presa de espasmos de demencia al repetir las terribles palabras de destierro—. Ya no es una mujer de espada. Ya no es honorable. Ya no es mi hermana. Y que esta maldición la acompañe al mundo venidero. —Cinnamo estaba paralizado. Caelte había ocultado el

rostro contra el muro. Luego, Caradoc se volvió y se lanzó hacia fuera. Su partida desató un parloteo nervioso entre los jefes siluros que rodearon a Madoc. Había hecho lo correcto y lo expresaron en voz alta y con júbilo. Mientras tanto, los catuvelaunos presentes permanecían horrorizados bajo un hechizo paralizador.

Eurgain fue la primera en recuperarse y se apresuró a seguir a su marido bajo la lluvia.

Caradoc corrió. No sabía ni le importaba adónde iba. Simplemente huía mientras sus propias palabras retumbaban en su cerebro en llamas al ritmo de sus pisadas. ¡Prostituta! ¡Prostituta! ¡Prostituta! Los árboles se cerraron a su alrededor pero no se detuvo. Las ramas le azotaban el rostro y las espinas le rasgaban la capa, pero la furia y la vergüenza le impulsaban y no podía escapar. Abrió las manos y sintió con placer que las hilachas de su razón se disolvían en el caldero hirviente de su sufrimiento. Tenía la sensación de que su cabeza estallaría con la explosión de sus pulmones agotados. Puta romana. Esclava desleal. Trastabilló y extendió los brazos para agarrarse al tronco de un roble enorme. Se abrazó al árbol, jadeante, con los ojos cerrados y la frente aplastada contra la corteza húmeda y con olor a madera; el dolor era como una espada que se retorcía en su interior y desgarraba sus entrañas y su cabeza. Se dejó caer en el suelo y se sentó con la espalda apoyada en el árbol; cruzó los brazos con fuerza y se arrulló hacia adelante y hacia atrás al tiempo que la lluvia le golpeaba con suavidad a través de las ramas desnudas y caía, helada, en sus calzones y hombros ya empapados. No se oía otro sonido excepto su propia respiración entrecortada, los latidos sordos de su corazón apesadumbrado y el griterío confuso en su cerebro. «Puta.»

Abrió los ojos. El claro estaba en penumbra, bañado por una luz gris y ahogado con las hojas muertas que yacían, húmedas y tupidas, bajo los árboles demacrados y secos. Muerto, muerto, todo muerto, podrido y viejo. «Yo también estoy viejo y muerto. He perdido la vida y la alegría. He agotado el amor y el honor. Lo mejor para mí seria dejar caer mi espada y esperar a que vengan los romanos. No encontrarán nada más que sombras que ronden sus fuertes nuevos y elegantes, y fantasmas que los observen bajo el manto del bosque. No elegí este destino, me lo impusieron. Soy sólo un hombre, un hombre. He hecho todo lo humanamente posible. Ya no puedo hacer más.»

Buscó su espada, pero no estaba allí. Entonces, un destello de color atrapó su atención desde el extremo opuesto del claro, como una hoja roja que se posara en la tierra. Se puso rígido.

Un zorro apareció. Se detuvo, le miró con aire curioso y luego se sentó. Dobló con esmero su suave cola alrededor de las pequeñas patas; bostezó y dejó ver unos dientes afilados, y con la lengua rosada acarició los bigotes. Después le clavó sus ojos brillantes como cuentas negras. Caradoc movió una mano pero el animal no se alteró. Se quedó allí sentado, estudiándole. Caradoc experimentó un vértigo extraño. Se puso a cuatro patas y el zorro volvió a bostezar.

—Así que no me temes —susurró—. ¿Por qué? ¿Acaso ahora sólo huelo a animal? —El zorro parpadeó, un fulgor agradable, peludo, abigarrado, y Caradoc sintió que la burbuja de dolor le subía por el estómago al pecho. El sufrimiento era insoportable. Se quedó sin aliento y se esforzó por tragar aire. Entonces el dolor llegó a su garganta y comenzó a acercarse a su boca.

«Oh, déjame morir —suplicó, encorvado—. Déjame morir.» La burbuja estalló y las lágrimas rodaron por su rostro. Eran lágrimas amargas, ardientes; le lastimaban, y el dolor de su fluir era tan grande como el desmoronamiento del dique que las había contenido durante cuatro largos años. Se arrojó al suelo y lloró con la cara hundida en los brazos. No podía detener los torturantes sollozos de congoja y desolación. La lluvia pasó, el sol salió para ocultarse otra vez y Caradoc siguió llorando. Los días de angustia y fracaso, las cargas solitarias que había debido soportar, las pérdidas, la traición y la presión continua se purgaron en la suave cuna de la tierra.

Cuando se agotó, se quedó allí tendido, inspirando el pesado y húmedo aroma del bosque desierto. Apretó los ojos hinchados y estiró los brazos para sentir la sólida fortaleza y el consuelo del suelo que amaba. Luego se sentó despacio, se enjugó el rostro con una punta de la capa y miró a su alrededor. El zorro se había marchado. Se levantó. Tenía las piernas blandas y temblorosas y el vientre vacio. Por fortuna, su cabeza también estaba pacifícamente vacía. Entonces se volvió y la vio de pie junto al sendero, con una mano apoyada en un roble y la capa azul rozando el suelo. Caminó tambaleante hacia ella y una chispa de orgullo se encendió y se extinguió enseguida. Ella le aguardaba inmóvil, observándole. Sólo sus ojos delataban el precio que había pagado al humillarse para seguirle, y Caradoc supo que

no hablaría. La palabra debería provenir de él. Avanzó hasta el sendero y se detuvo para tomar su fiero e indomable espíritu catuvelauno y doblegarlo con la poca fuerza que le quedaba.

—Perdóname, Eurgain —dijo con voz ronca—. Te he menospreciado. Si lo deseas, te daré lo que tengo y podrás irte. Pero te ruego que lo medites con cuidado antes de hacerlo. Te necesito.

Ella no sonrió. Escrutó su rostro durante largo rato y vio los ojos claros y sanos otra vez y la boca sin ese gesto amargo. Tomó las manos sucias y ensangrentadas y las volvió palmas arriba para besarías.

—¿Adónde iría para huir de ti? —preguntó con la voz quebrada—. Estamos unidos para siempre, Caradoc, aunque me marche o me quede.

La abrazó y se estrecharon, ahogados por palabras demasiado cargadas de emoción para poder ser pronunciadas. Luego, cogidos de la mano, regresaron por el sendero. Cuando llegaron al limite del bosque, Caradoc la obligó a girarse con ternura y la besó.

—¿Podemos volver atrás? —inquirió, y ella sonrió.

—Lo intentaremos.

Los siluros y los catuvelaunos pasaron el resto del invierno cazando y esperando. Ese año, el clima era muy variable: heladas y sol, lluvia y algunas nevadas breves. Los espías de Caradoc no tuvieron dificultades para entrar y salir del territorio. Los rumores de la partida de Plautio se confirmaron, tal como Caradoc sabía que ocurriría. En la primavera, regresaría a Roma para recibir los honores que Claudio tenía preparado prodigarle. Incluso se comentaba que lo acogerían con una ovación y que el emperador en persona caminaría a su lado en el desfile de la victoria. Pero Caradoc pensaba en su hermana, observada y criticada por la veleidosa chusma de Roma, en un país extraño y entre personas extrañas. Había hecho bien en desterrarla de la tribu, lo sabia, aunque había roto su espada en un arrebato de locura. Cunobelin lo habría hecho. Sin embargo, la compadecía. Si Plautio no resultaba ser el hombre que ella imaginaba, su vida sería muy infeliz y triste. Su nombre jamás volvió a pronunciarse en su presencia, pero ella persistía en los pensamientos de él y de Eurgain. En ocasiones, cuando por las noches se quedaban hasta tarde sentados en silencio junto al calor alegre de su pequeño fuego escuchando el viento, Gladys se interponía entre ellos, digna y tranquila, apoyada en su escudo ceremonial esmaltado y tachonado con perlas, con una sonrisa enigmática

en los labios. Su deserción extraña e inesperada simbolizaba, para ellos, la precariedad de sus propias vidas, y la inseguridad los acercaba aún más.

Ese invierno, se redescubrieron mutuamente con lentitud y curiosidad, conscientes de que para cada uno, el otro había cambiado de forma irreversible. Ya nada quedaba de aquellos jóvenes que se habían unido en matrimonio tiempo atrás sobre la hierba soleada de Camalodúnum. No obstante, era una aventura, una odisea. Nacieron nuevos placeres. Murieron viejos hábitos. Sólo a veces, en las noches largas y frías, en la intimidad de cada uno, añoraban el pasado y la pareja que habían sido.

La primavera llegó con las flores y el canto de los pájaros y la tribu abrió las pieles de las puertas y salió parpadeando a la época de la parición y a la reunión en Consejo. Bran regresó. Bajó al valle caminando con facilidad y la cabeza echada hacia atrás para inhalar el aire perfumado. Antes de descansar, se dirigió a Caradoc, que controlaba su ganado que estaba siendo arriado para el viaje a los pastizales de verano. Cinnamo y Caelte lo acompañaban.

Caradoc vio venir a Bran, un punto blanco que subía la colina hacia el refugio de madera y los corrales, y abandonó a sus hombres libres y a sus reses inquietas para correr a recibirle. Su séquito fue tras él. Bran se detuvo y estudió a Caradoc. Ocultó las manos que podrían delatarle en la capa y recorrió el rostro con la mirada. El paso largo era firme y seguro; el rostro se había rellenado un poco. Los ojos como vino oscuro sonreían sin rastros de obsesión o ansiedad. El druida asintió para sí. El crisol se había depurado y estaba limpio y vacío, a la espera de un nuevo holocausto. Los dos hombres se abrazaron.

—¡Bran! ¡Qué buen aspecto tenéis! ¿Ya están abiertos los pasos? ¿Traéis noticias?

—Tengo novedades y no te molestes con saludos formales, Caradoc. Debo ser descortés pues no puedo esperar para contarte. —Se acuclilló y los tres jefes le imitaron—. Los démetas te jurarán lealtad. Dentro de tres semanas, su rey y sus hombres llegarán para hacerlo. También lo harán los deceanglos, ya que saben que el camino más fácil para que Roma llegue a Mona y al corazón del oeste es a través de su territorio.

Caradoc asintió con seriedad, pero Cinnamo estalló:

—¿Y los ordovicos, Bran? Por la Madre, si hemos vagado por sus preciosas montañas para nada, regresaré y le retorceré el cuello a Emrys.

Bran rió.

—Se necesitarían manos más fuertes que las tuyas para retorcer ese pescuezo, Mano de Hierro, pero no temas. Emrys y sus hombres también te jurarán obediencia, Caradoc, y ya están en camino hacia aquí. Pero debes saber que el Consejo fue largo y duro y que el asunto sólo se decidió gracias al hechicero y a una visita del maestro de los druidas en persona.

—No importa. Jurarán, y eso es lo que cuenta. —Caradoc se puso de pie. Contempló el valle tranquilo y reverdecido y su mirada se paseó por las colinas envueltas en bruma azul, el agua rizada que corría con rapidez, las nubes blancas, densas, que cubrían los picos distantes, y de pronto sintió deseos de saltar, bailar y cantar, de chillar como un faisán salvaje, de gritar hasta que el mundo entero se llenara del sonido de su triunfo. Bajó la vista hacia Bran—. Arvirago —murmuró.

Bran inclinó la cabeza.

—Arvirago. Buen trabajo, señor. Y aquí comienza una nueva tarea. —Introdujo la mano en su túnica—. Tengo un obsequio para ti. Te lo envía mi maestro de Mona. —Extrajo una pequeña bolsa, sacó del interior un objeto redondo envuelto en piel y se lo entregó con expresión reverente. Cinnamo y Caelte se incorporaron y se estiraron para ver de qué se trataba. Con suavidad, Caradoc retiró el envoltorio. Era un objeto cartilaginoso, blanco con motas grises, del tamaño de una manzana. Cinnamo y Caelte retrocedieron, pero Caradoc lo acarició con dedos respetuosos y sintió el hechizo poderoso y constante que se mezclaba con su aliento.

—Un huevo mágico —dijo.

—Sí. El maestro druida realizó el sueño del toro para ti, Caradoc, y en el sueño vio una víbora verde que formaba este huevo con su saliva y lo hacía rodar detrás de una roca. Al despertar, mandó a uno de mis hermanos a buscarlo y aquí está.

«Más sabiduría que ningún otro hombre, un brazo más fuerte para la espada que el de ningún otro hombre y el poder de construir un reino.»

Caradoc volvió a envolver el huevo con delicadeza y lo colocó en la bolsa. La ató a su cinto.

—Gracias, amigo mio. Durante incontables años, ningún jefe ha poseído un regalo semejante.

—Desde Vercingetórix —acotó Bran como por casualidad, y Caradoc le clavó una mirada repentina. Muchos de los jefes siluros habían estado diciendo que el alma de Vercingetórix había aguardado con paciencia para tomar el cuerpo de Caradoc a fin de volver a surgir como arvirago y, en esa

ocasión, obtener la victoria. Por primera vez, al indagar el rostro moreno de Bran, Caradoc se preguntó si no seria cierto. El peso de su nueva responsabilidad para con el pueblo y la singularidad de su posición le apabullaron de pronto y sintió una oleada de depresión. Pero los dados estaban echados y sus pies se hallaban en el sendero que había elegido.

—Vercingetórix fracasó —dijo y la sonrisa de Bran se agrandó.

—Pero tú no fracasarás —dijo.

Descendieron de las montañas en fila: Emrys y su ágil Sine, los jefes ordovicos altos y nobles, los negros y rústicos démetas, los miembros de la tribu de los deceangios. Se diseminaron por la aldea como un río brillante y multicolor para llenar las chozas y desparramarse por los diminutos campos, acampando bajo las estrellas del verano. No hubo peleas. Cada tribu se mantuvo aislada; cocinaban sus propias comidas, cantaban sus propias canciones.

Cuando los pasos se vaciaron y los senderos del oeste quedaron tranquilos, Caradoc reunió al Consejo alrededor de una gran fogata al aire libre y se sentó en una silla con oro en su frente y una trompeta sobre las rodillas. El artista había ido a verle cuando la noticia de la capitulación de las tribus se propagó por la aldea y había depositado una torques nueva en sus manos perplejas.

—Para reemplazar la que le disteis a vuestro hijo —explicó el joven taciturno—. Es un obsequio. Y todavía me debéis dos broches y una ajorca, señor. —Caradoc le dio la vuelta. Era pesada y se dio cuenta al instante de que era de oro macizo, más valiosa que cualquiera de las joyas que poseía. No supo qué decir. El curvo grosor estaba cubierto de hojas vistosas que parecían agitarse en una brisa tibia y los rostros de diosas con el cabello al viento le sonreían entre flores en forma de trompeta que se abrían bajo un sol suave. No había rastros de sangre, temor o secretos, y Caradoc le preguntó el porqué. El joven sonrió levemente—. Un arvirago es señor de la muerte y suele olvidar que también es protector de la libertad y la vida. Mi regalo os lo recordará.

Hizo una reverencia con aire ausente y se alejó.

Caradoc se colocó la torques en el cuello con una increíble y alegre levedad en el corazón. Señor de la muerte y protector de la libertad. Arvirago.

A partir de entonces, todo era posible.

En la luz del atardecer, cuando el sol pendía en el oeste demasiado amodorrado para ponerse, los jefes avanzaron con orgullo hasta la silla de Caradoc y arrojaron sus espadas a sus pies. Eurgain estaba apoyada en su hombro, con el rubio cabello arremolinado alrededor del rostro, y Llyn permanecía de pie junto a su padre; su propia espada yacía a los pies de Caradoc. Cinnamo y Caelte habían vuelto a jurar y estaban sentados a su lado, bañados por el resplandor rojizo de verano que precedía un largo y caluroso atardecer. Llevaban puestos los cascos y sus torques y bronces relucían con vivacidad. Cuando Emrys se acercó, no sumó su espada a la pila resplandeciente. La desenvainó despacio, la besó con deliberación y la apoyó sobre la rodilla de Caradoc.

—Sois primero entre iguales, señor —declaró con suavidad. Caradoc observó los ojos oscuros y velados y sonrió.

—Como ha sido siempre, Emrys. No temáis. Llegará el tiempo en que podamos reanudar las incursiones y banquetes. —Emrys no se dobló en una reverencia. Se limitó a inclinar la cabeza y regresó a sentarse con su esposa.

Con el primer destello pálido de las estrellas, el recuento de las armas había terminado y Caradoc se levantó. Esquivó la desordenada montaña de espadas y se llevó la trompeta a los labios. Respiró hondo y sopló. La nota áspera y persistente retumbó en las colinas y regresó con un eco, como si un fantasmal anfitrión que aguardara en la oscuridad lejana hubiera respondido a su llamada.

—¿Algún hombre me niega mi destino? —gritó, y los hombres se levantaron como un solo cuerpo y contestaron a viva voz:

—¡Arvirago! ¡Arvirago! ¡Caradoc por la libertad!

—¿Algún hombre se niega a la tarea?

—¡Muerte a Roma! ¡Albion para las tribus!

Entregó la trompeta a Cinnamo que estaba detrás de él, levantó los brazos y la multitud hizo silencio.

—Entonces, os daré mis primeras órdenes. Regresad a vuestras aldeas y traed a todos vuestros hombres libres. Armad a vuestras mujeres libres también. Dejad a los campesinos para que recojan la cosecha y cuiden el ganado, pero traed todo el grano que podáis. Olvidad vuestras chozas, vuestros campos de caza, vuestros acogedores hogares y vuestras joyas. De ahora en adelante, viviréis donde yo esté, cazaréis sólo hombres y vuestras riquezas se contarán en cabezas romanas. ¡Apresuraos! —Los despidió y llamó a Bran—. Llevad un mensaje a Mona —le instruyó—. Decid a

vuestros hermanos que deben duplicar sus envíos de granos a los ordovicos y que quiero tres druidas para acompañar a cada una de las tribus que avancen conmigo. No quiero altercados mientras sea arvirago. —Bran asintió y Caradoc se dirigió a Eurgain—. Tú, Vida y Sine os ocuparéis de las mujeres y los niños, Eurgain. —Ella comenzó a protestar con cólera, pero Caradoc levantó una mano impaciente—. Quiero que las conviertas en guerreras y que estén entrenadas. Nada de chismes, amor mío, ni de tontos alardes de sus maridos. Enséñales a alardear de sí mismas. Todo hombre o mujer de más de dieciséis años luchará.

Llyn intervino con vehemencia.

—¡Pero, padre, me dejas fuera! ¡Soy un jefe! ¡Llevo una torques! ¡Exijo pelear!

Caradoc posó una mano en su hombro rígido.

—Para ti tengo otra tarea, Llyn. Quiero espías nuevos en los lugares donde mis primeros espías se han asentado, de manera que los más experimentados puedan ir y venir con libertad para seguir cada paso de las legiones y moverse entre ellas y yo. Toma a tus amigos siluros y conviértelos en mendigos y pillos. Unos pocos más no llamarán la atención en las aldeas nuevas del sur; necesito oídos jóvenes en las calles.

—¿Sabéis lo que les haréis a esos niños? —preguntó Cinnamo con tono sereno y Caradoc se volvió hacia los ojos verdes inexpresivos.

—Por supuesto que lo sé, y ellos también. Algunos morirán, pero todos dirán que es mejor morir libre que vivir para remar en las galeras romanas o trabajar en las minas romanas. —Caradoc y Cinnamo se miraron por un momento. Luego Cinnamo suspiró.

—Oh, Madre —masculló y bajó la vista. El cambio se había efectuado.

Su señor, su amigo, se había convertido en arvirago.

OceanofPDF.com

Primavera del año 50 d. de C.

CAPITULO 20

Boudicca permaneció inmóvil mientras Hulda le colocaba la pesada capa escarlata alrededor de los hombros. Luego levantó la barbilla y la sirvienta sujetó los pliegues a la túnica con un pequeño broche de oro. La habitación era grande y lúgubre y estaba llena de las corrientes húmedas de la noche lluviosa de primavera, y aunque alcanzaba a oir las risas y las conversaciones inconexas de los hombres libres que entraban y salían de la casa, se sentía aislada, desconectada en ese cuarto ordenado y silencioso. Se acercó con rapidez a la mesa, tomó la corona de oro con incrustaciones de ámbar tibio y brillante y se la colocó en la frente.

—¿Dónde están las niñas? —preguntó, y Hulda se aproximó con la copa de vino.

—Han ido al salón. Lovernio prometió enseñarles el nuevo juego de mesa esta noche y dejarles tocar su arpa.

—Bueno, ve y siéntate con ellos, Hulda, y procura que Lovernio no saque los dados. Prasutugas no quiere que jueguen a ese tipo de cosas. Puedes retirarte. Ya no te necesito más.

La criada inclinó la cabeza, tomó su propia capa y Boudicca se quedó sola con las sombras soporíferas y bailarinas. Prasutugas llegaría tarde. Siempre llegaba tarde esos días, pues el brazo le dolía sin parar cuando el clima se tornaba húmedo y el vapor emanaba de los pantanos. Pero escondía bien su incomodidad y jamás se quejaba.

«Yo me quejaría —pensó ella—. Gritaría, me enfurecería y me emborracharía hasta quedar atontada, en lugar de sonreír como un druida doliente y aguardar a que me pregunten cómo me siento. Oh, Andrasta, ¿qué sentido tiene?» Vació la copa y la depositó con un golpe en la mesa. Luego se cruzó de brazos y se paseó despacio entre el fuego y los cortinajes pesados y delicados que ocultaban la puerta. La contabilidad ya estaría terminada.

«Pero supongo que está hablando con el asistente del procurador; estarán intercambiando comentarios insignificantes y corteses mientras los hombres libres regresan a sus granjas con las manos vacías y yo espero aquí, cada vez más enfadada. No quería ir esta noche, lo sabe, y sin embargo, me deja aquí aguardando mientras pierde el tiempo. Ahora, Favonio tendrá motivo para hacer otro de sus comentarios despectivos a su limpia y perfumada Priscila. "Éstos bárbaros carecen de modales, querida;

no le dan importancia al tiempo." Y Priscila cacareará como una de esas aves extrañas y ridículas que llaman gallinas y enviará a su sirviente a la cocina con la orden de mantener la comida caliente.» La imagen hizo sonreír a Boudicca y tomó la copa; al ver que estaba vacía, se arrojó en una silla. «No, es injusto. Favonio y Priscila son buenas personas que hacen todo lo posible por civilizar a este pueblo salvaje. ¡Qué tarea tan desagradable y tan ingrata! ¡Oh, Subidasto, feroz y leal hijo de los icenos! ¿Qué piensas de nosotros ahora? ¿Acaso no somos elegantes con nuestras suaves cortinas romanas y nuestros triclinios y nuestra hermosa vajilla de plata? —Se levantó de un salto y comenzó a caminar otra vez—. Esta noche, no. No debo pensar esta noche; debo ser dulce y simpática. El hambre me está trastornando.»

Oyó pasos fuera y el jefe apostado en la puerta saludó. Prasutugas entró deprisa, quitándose la capa. Trató de desprenderse el cinto y ella corrió a ayudarle.

—Lo lamento, Boudicca, pero no podía irme sin terminar. El asistente del procurador no lograba equilibrar las cuentas y yo tampoco. ¿Dónde está Hulda?

—La mandé a cuidar a las niñas. Déjame ayudarte. —Le quitó la túnica floreada por encima de la cabeza, con cuidado al pasaría por el muñón, pero a pesar de su esmero, él hizo un gesto de dolor—. ¿Te duele mucho hoy? —preguntó, y buscó otra túnica limpia en el mueble. Prasutugas agitó una mano.

—Como siempre en primavera. Ha comenzado a supurar otra vez.

—Favonio llamará a su médico y entonces te sentirás mejor. —Le pasó la túnica limpia por la cabeza, se la ciñó con el cinto y comenzó a peinarlo. Él no se movió, dócil como un niño—. Vamos a llegar tarde. —Arrojó el peine al suelo y le puso la capa sobre los hombros— Creo que deberíamos ir a caballo.

Prasutugas escogió cuatro brazaletes de plata y se los puso en la muñeca.

—No puedo, Boudicca, esta noche no. El carro nos espera. —Su voz era aguda, casi un gemido, y ella se dio cuenta de que el dolor era muy intenso.

Un druida podría haberle dado alguna droga, pero a esas alturas ya no habitaba ningún druida en territorio iceno. El médico le pondría un bálsamo y el vino se encargaría del resto. Le acarició la mejilla.

—No tenemos que ir, Prasutugas. Podríamos quedarnos y sentarnos junto al fuego, comer cordero y beber buena cerveza. Luego nos iríamos a la cama. —Lo sugirió sin esperanza, y aun antes de que terminara, él sacudió la cabeza y se dirigió a la puerta.

—Es muy tarde ya para rechazar la invitación y, además, quiero ir. Favonio debe de tener noticias que contarnos. —Ella se encogió de hombros, apagó con un soplido la lámpara que colgaba junto a la puerta y le siguió.

La lluvia los azotó en el rostro al avanzar los pocos pasos que había hasta el carro, y Boudicca se cubrió con la capucha para protegerse del viento tibio y mojado. La luna brillaba baja en el oeste, un cuarto creciente débil y gris sobre nubes raudas, y los árboles que rodeaban la aldea se encorvaban bajo los primeros vientos de la primavera. Montaron y Prasutugas mantuvo el equilibrio con facilidad. Boudicca tomó las riendas y bajaron traqueteando a lo largo del camino que conducía a las puertas, de los terraplenes truncados y del montículo marrón que había sido el foso. Lo habían rellenado con tierra y la hierba crecía donde antes había corrido el agua. Cuando el carro lo cruzó, sacudiéndose, los centinelas romanos se enderezaron y saludaron. Boudicca silbó a los caballos y éstos se internaron en el refugio de la línea de árboles desde donde se vislumbraban las luces de la pequeña guarnición a través de la fresca oscuridad. Llegaron en unos minutos. Otros centinelas levantaron faroles y abrieron de par en par las altas puertas de madera mientras ellos trotaban hacia el recinto. Se detuvieron, descendieron y un muchacho corrió a tomar las riendas.

Un oficial avanzó para recibirlos.

—Saludos, señor —dijo—. Una noche desagradable. Por favor, seguidme. —Le devolvieron el saludo y caminaron por la tierra apisonada del patio de reuniones, pasaron el cuartel general y viraron a la izquierda hacia el sector de las casas de los oficiales, una ordenada hilera de construcciones de madera. La puerta de Favonio estaba abierta; la luz de las velas y las lámparas se mezclaba con la lluvia y la convertía en un brillante fulgor frío. Los tres subieron al pórtico y sus botas produjeron sonidos huecos en los rústicos tablones. Boudicca se echó hacia atrás la capucha y se sacudió el cabello.

El oficial se despidió con una inclinación de cabeza y se marchó en el momento en que Favonio mismo salía a recibirlos con los brazos abiertos,

con el rostro carnoso envuelto en sonrisas y una elegante toga blanca que caía sobre sus pies grandes con sandalias.

—Saludos, Prasutugas, y a ti también, Boudicca. Pensamos que quizá no vendríais. ¡Entrad, entrad! —Les hizo pasar y un sirviente cerró la puerta y se volvió para tomar sus capas. Favonio, al ver el semblante tenso y agotado de Prasutugas, comentó con pesar—: No te sientes bien esta noche, amigo mio. ¿Acaso es tu brazo? ¡Longino! —El sirviente inclinó la cabeza —. Corre a buscar al médico. —Se volvió hacia su invitado—. Deberías habernos avisado de que no te encontrabas bien y no podías venir. Priscila lo habría comprendido.

Avanzaron hacia el salón. Contra una de las paredes, el fuego se elevaba hacia la chimenea con un crepitar alborozado. A la derecha, las llamas iluminaban el templo casero donde Júpiter el Supremo, Mercurio para la fortuna, Marte y Mitra recibían las ofrendas diarias. Favonio era devoto de Mitra y se decía que había alcanzado el grado de León, aunque sólo sus colegas iniciados y él mismo sabían si el rumor era cierto. Los hombres de Mitra eran honrados. Vivían según una estricta y ascética filosofia de disciplina personal y conducta franca, y Prasutugas había comentado a Boudicca en repetidas oportunidades que los icenos eran afortunados al tener sus asuntos en manos de alguien como Favonio. Sin embargo, Boudicca, que observaba con aversión al dios flanqueado por aquellos guardias severos con antorchas en las manos como había hecho tantas otras veces en esa habitación, no se dejaba impresionar.

«Prefiero los vientos puros de los bosquecillos de Andrasta», pensó cuando apareció Priscila, sonrojada y bonita con su túnica amarilla. Llevaba el cabello recogido bien alto, con cintas amarillas entrelazadas. Sus pies diminutos y suaves estaban adornados con volantes y sus brazos tintineaban con brazaletes de oro. Una nube de perfume fuerte hizo fruncir la nariz a Boudicca cuando las dos se abrazaron con sonrisas de mutua aversión.

Boudicca pensaba que las mujeres romanas eran juguetes, adornos como las espirales de azúcar que adornaban sus preciosas tortas e igual de inútiles. Priscila no era la excepción, a pesar de que su marido la había traído hasta ese oscuro confín del imperio y la había expuesto a todo tipo de peligros e incomodidades. En cuanto a Priscila, miraba a Boudicca con un desprecio bien disimulado; la consideraba una bárbara hombruna y grosera, típico exponente de la masa inculta de nativos sórdidos que no conocían el tacto ni la cortesía y se resistían con inigualable menosprecio a sus

esfuerzos por instruirlos. Sentía pena por Prasutugas, que poseía las cualidades de un buen ciudadano romano pero que no lograba liberarse de su dominante esposa. En su debilidad, suponía Priscila, permitía que ella le pisoteara. Ningún hombre romano lo habría tolerado.

Una vez por fin concluido el ritual de los saludos, Favonio los invitó a acomodarse en los triclinios; todos se recostaron con rapidez; los estómagos se quejaban de hambre. Priscila hizo una seña al sirviente que aguardaba con los brazos cruzados junto a la puerta.

—Gustatio —ordenó, y se volvió a los invitados con una ancha sonrisa.

Sirvieron vino en las copas de cristal azul mientras el viento golpeaba la ventana.

—¿Cómo va el viñedo? —preguntó Prasutugas a Favonio—. ¿Ya ha dado señales de vida?

—Parece estar rebrotando —contestó el romano—, pero es muy lento. Si las uvas de este otoño resultan tan amargas como las del año pasado, abandonaré el intento y me concentraré en las rosas. Por lo visto, les sienta bien la humedad.

—Este verano construiremos un hipocausto que estará listo para el invierno —dijo Priscila—. El invierno pasado casi me congelo, y Marco tosió de diciembre a mayo. —Siguió parloteando y Boudicca probó el vino y lo hizo a un lado. Le habían puesto miel de nuevo y le resultó asquerosamente dulce.

«Todo en ellos es exageradamente dulce —pensó con desprecio—. Pobre Marco, con esa tos.» Sin embargo, le agradaba el chico de ojos claros y sinceros y su manera directa de hablar. Mientras los sirvientes avanzaban cargados con fuentes, tomó la copa de nuevo y bebió más vino, contenta de ver que esa noche había ensalada, hecha con los brotes frescos de la huerta del destacamento, apenas verde. El sirviente se inclinó y depositó una fuente sobre el inmaculado mantel blanco, justo frente a ella. Boudicca suspiró para sus adentros. Ostras otra vez. No comprendía la pasión romana por los mariscos de su costa. Observó divertida a Priscila pasarse la lengua por los labios y recoger la cuchara.

—¿Cómo están las niñas? —le preguntó Favonio al tiempo que masticaba con fruición—. Ayer vi a Ethelind pasar corriendo a caballo. ¡Cómo está creciendo!

—Será una excelente amazona —contestó Prasutugas por su esposa, al advertir su aire abstraído—. Tiene una habilidad natural. Pero es

imprudente.

—Marco también monta muy bien —acotó Priscila—. Está impaciente por tener la edad que le permita entrar a formar parte de la caballería. Favonio mandó buscar un tutor a Roma, pero es tan caro educar a un niño aquí... Me las arreglo con las lecciones de gramática e historia, cuando logro que el pequeño diablillo me preste atención, pero ya está en edad de aprender fliosofía y retórica y eso me supera.

«¡Filosofia! —pensó Boudicca—. ¡Retórica! Por Andrasta, ese muchachito es digno de recibir el adiestramiento de un jefe de tribu y ella quiere enseñarle filosofía.»

Los sirvientes comenzaron a retirar los platos vacíos y el médico entró.

Su cabeza descubierta y mojada brillaba y sus pies dejaban diminutos charcos en el suelo de baldosas. Favonio le saludó con tono afable.

—Acércate y bebe una copa de vino. Haré que te lo calienten. Por favor, Julio, examina el brazo de Prasutugas. Ha vuelto a causarle molestias.

El médico saludó a todos los presentes y se sentó junto a Prasutugas. Cogió el muñón con delicadeza y apartó la manga vacía. Priscila desvió la vista. La herida se había vuelto a abrir y rezumaba un liquido amarillento. El médico exclamó con fastidio:

—Tal vez tenga que cortar un poco más —manifestó sin rodeos—. El bálsamo no está dando ningún resultado.

Prasutugas se alejó y se bajó la manga con el brazo sano.

—Ya habéis cortado antes —protestó— y todavía no cicatriza. Mejorará en el verano. Por ahora, sólo dadme más bálsamo.

El médico se levantó.

—Os lo enviaré esta noche. No deseo vino, gracias, señor. No interrumpiré vuestra cena. —Inclinó la cabeza y se marchó. El silencio descendió sobre la mesa. Los sirvientes regresaron con el siguiente plato: cordero humeante y fragante. El aroma a tomillo y romero llenó la habitación y las porciones se sirvieron en lustrosos platos de color coral. Boudicca levantó la vista.

—¿Hay noticias del oeste? —inquirió con su voz ronca y áspera algo más elevada de lo que hubiera deseado. Favonio enarcó las cejas en dirección a su esposa y estudió los ojos castaños y brillantes de Boudicca.

«¡Qué mujer! —pensó Favonio con admiración—. Contempla esta mesa como un águila depredadora y su conversación es tan sutil como el grito

bronco de un águila.» La piel rosada alrededor de sus párpados se arrugó cuando sonrió y contestó.

—No, nada nuevo. Según los rumores, el gobernador tiene intenciones de llevar a cabo un gran esfuerzo esta temporada y rodear a Caradoc y sus hombres. De hecho, ha habido mucha actividad en Colchester estos días. Los últimos legionarios activos han marchado hacia el oeste y los veteranos se ocupan de reemplazarlos. A los nativos no les gusta, por supuesto. Los veteranos tienen derecho a tierras y éstas deben provenir de los campesinos. Habrá dificultades si Scapula no tiene cuidado.

—Ya hace tiempo que ha dejado de tener cuidado —señaló Priscila, al tiempo que cortaba un trozo de carne con su cuchillo—. Está obsesionado con Caradoc. Hasta sueña con él. Hace que le lean los augurios todos los días, con la esperanza de que su suerte cambie. Pero ese jefe salvaje sigue matando soldados como el viento arrastra las hojas. El gobernador ha subido el precio de su cabeza a seis mil sestercios y ofrecido la ciudadanía romana al nativo que lo entregue.

—¿Más vino, Priscila? —terció su marido enseguida y se echó hacia delante para servirle antes de que lo hiciera el sirviente, y susurro—: ¡No sigas! ¡Los avergonzarás! —Se enderezó y sonrió—. ¿Saldrás a cazar mañana, Prasutugas? Si lo haces, creo que iré contigo. Deseo ver cómo se comportan los perros.

Pero Boudicca no iba a permitir el cambio de tema.

—¡Seis mil! Supongo que eso habrá sorprendido en Roma —y emitió una carcajada grave y áspera, casi varonil—. Hará falta más que dinero para persuadir a los jefes de que olviden su juramento a Caradoc. Han pasado tres años desde que Scapula llegó a Albion y encontró a los cornovios y a los dobunnos en un estado de confusión, y a las legiones desmoralizadas. Y todavía la situación es precaria. ¡Qué hombre! Le conocí una vez, ¿lo sabias, Prasutugas?

Favonio no alzó la vista del plato. Priscila enrojeció, se aclaró la garganta y se preparó para distraer a sus invitados. Pero Boudicca no pensaba detenerse y Prasutugas supo con pesar que la velada ya estaba estropeada. Meneó la cabeza con reserva, como si no estuviera interesado, y miró a su esposa con una súplica desesperada. Pero ella sonrió intencionadamente, levantó la copa con aire burlón y bebió.

—Yo tenía seis años. Mi padre me llevó con él a Camalodúnum cuando fue a presentar una queja a Cunobelin. No recuerdo de qué se trataba, pero

sí que tomé la mano de Caradoc y monté su caballo. Me parecía alto como un gigante y muy apuesto. Tenía cabello castaño tupido y ojos tiernos. Se rió de mi padre y de mí cuando le dije que los catuvelaunos padecían la enfermedad romana.

Prasutugas emitió un sonoro gruñido y Priscila tragó, ya sin apetito. Pero Favonio se recostó en el triclinio y clavó la vista en Boudicca con una expresión carente de cordialidad.

«Te conozco, señora —pensó mientras observaba cómo las llamas se elevaban detrás de su invitada y daban una vida roja y vibrante a las intensas ondas castañas de su cabello al tiempo que arrancaban destellos color miel del ámbar de su corona. Ella le sonreía con el rostro pálido y pecoso iluminado con malicia. Los ojos castaños claros destellaban, y las uñas de los dedos hábiles y romos repiqueteaban en el cristal de la copa—. Sé por qué los icenos eligieron rey a Prasutugas y no a ti. Aguijonéame todo lo que quieras; no me dejaré fastidiar. Y si tu hostilidad se apacigua de esta manera, te felicito. Tienes las manos atadas y lo sabes. Tus jefes quieren paz y prosperidad y puedes despotricar todo lo que desees. Yo mando aquí.»

—¡Qué tonto fue al burlarse! —comentó con tono seco—. Debes admitir, Boudicca, que bajo su autoridad, los catuvelaunos terminaron destruidos como tribu.

—Como tribu, sí, pero no como pueblo libre, los que quedan. Para ti es un desterrado loco y harapiento con un precio sobre su cabeza pero para los hombres del oeste es arvirago, un salvador.

—¿Salvador de qué? Sus seguidores mueren como moscas, de hambre y peleando, cuando con una sola palabra suya, podrían deponer las armas, regresar a sus hogares y vivir en paz. Creo que es un asesino.

—Sería la paz de la muerte del alma —contestó ella con suavidad. Sus ojos perdieron el brillo y se llenaron de dureza—. Favonio, te pido disculpas por mi descortesía de esta noche, pero ya me conoces lo suficiente para saber que no me quedaré aquí sentada sonriendo mientras se atropellan mis principios. Scapula ha olvidado que está aquí para gobernar. Ha movilizado todas las legiones con un único fin: la captura de un hombre solitario y perseguido. ¿Qué tiene que ver esa locura con la prosperidad y la paz de la provincia?

Favonio llamó a los sirvientes.

—Traed el mensae secundae —ordenó, lacónicamente, y volvió a mirar a Boudicca—. Incluso tú conoces la respuesta a esa pregunta. Cuando

capturen a Caradoc, la resistencia acabará. Así será. Sólo él continúa la guerra y cuando le envíen encadenado a Roma, lo cual por supuesto terminará por ocurrir, la gente seguirá su vida normal.

Boudicca sacudió la cabeza con vehemencia y el vino le salpicó las manos.

—No, no lo harán. Oh, Favonio, es lo que no comprendes. El pueblo no quiere tu paz ni tu prosperidad. Sólo quieren la libertad.

—¡Bah! —replicó con malhumor—. Libertad es una palabra que usan los niños. Ningún hombre ha sido libre jamás. ¿Qué clase de libertad quieren, entonces? Roma puede librarles de la guerra, la necesidad, las enfermedades y el temor. ¿Qué más pueden pedir? ¿Qué?

—Quieren que los dejéis en paz.

Un silencio lúgubre cayó sobre la mesa, un manto de turbación e incomodidad. Mientras los sirvientes servían los pasteles y depositaban tortas, dulces y tazones con manzanas sobre la mesa, los cuatro estudiaron las paredes. Favonio decidió seguir con la lección hasta el final. Prasutugas y Boudicca habían compartido su mesa en muchas ocasiones, y ya había habido discusiones antes, pero esa vez, sabía que la afilada lengua de Boudicca le acicateaba por temor. La época de las campañas había comenzado. Scapula, con iracunda desesperación, había cambiado sus tácticas y los barcos de la Classis Britannica estaban desembarcando soldados en las costas siluras, mientras todos los hombres disponibles se reunían en territorio dobunno, listos para dispersarse por las montañas y rodear a los rebeldes. Esa vez no habría errores. La reputación del gobernador dependía de la captura de Caradoc y lo sabía. El tiempo se le estaba acabando, su salud no era buena y la expansión de la provincia había quedado paralizada mientras él dedicaba todas sus energías a la caza de un solo hombre. La situación estaba llegando a un punto decisivo y Boudicca lo sabía. Favonio no creía que fuera tan estúpida de dejar de lado la cautela y organizar su pequeño levantamiento. Sus jefes lo habían intentado dos años antes cuando Scapula había ordenado desarmar a las tribus antes de dejar su retaguardia poco vigilada para realizar el primer avance contra Caradoc. Y si bien ella no había movido un dedo, los había alentado en secreto. Al igual que Caradoc. Sus espías estaban en todas partes y Favonio no dudaba que esa influencia insidiosa había precipitado el espontáneo estallido de rebeldía tribal. No obstante, los sediciosos fueron sofocados. Prasutugas se disculpó y Roma tuvo piedad. Los icenos aprendieron la

lección y pasaron a ocuparse en paz de sus actividades crecientemente lucrativas. Sólo Boudicca ardía como una fogata que no había sido apagada todavía. Favonio la admiraba, pero su feroz y salvaje belleza no le impedía ver que no era digna de confianza. Mientras siguiera siendo locuaz y discutidora, él sabía que Roma no tenía nada que temer; por lo tanto, a pesar de sus provocaciones, la trataba bien. Pero la vigilaba de cerca para observar si su rebeldía, que se había vuelto tan evidente, se iba a cauces más callados y oscuros. El y Priscila habían soportado sus arranques durante muchas cenas, pero esa noche había ido demasiado lejos.

—Ayer cogimos a un espía —declaró de pronto mientras cortaba una manzana con habilidad—. Mis oficiales pasaron la noche interrogándole, pero no dijo nada. Lo hice ejecutar esta mañana.

Boudicca permaneció inmóvil; sólo el rápido palpitar de su túnica escarlata reveló su conmoción. Favonio no la miró.

—¿Cómo supiste que era un espía? —preguntó Prasutugas con tono casual. En su rostro agradable se veía el esfuerzo que hacía por no mostrar ansiedad. Favonio masticó la manzana y la tragó con ayuda de un sorbo de vino.

—Me mintió. Me dijo que era un artista itinerante, que había venido a ejercer su arte en la aldea. Pero cuando le desvistieron, tenía el cuerpo cubierto de cicatrices. Los artistas no suelen pelear. Una lástima. Era un joven apuesto.

—Los artistas solían pelear —replicó Boudicca, y su voz sonó como una cascada de guijarros rodando por un risco— antes de que Roma les enseñara que no es caballeroso que peleen. —Empujó el plato y puso los pies en el suelo—. ¿Cuántos hombres inocentes has ejecutado, Favonio?

—No tantos como te gustaría creer, Boudicca —contestó en voz baja. Su rostro redondo y rubicundo permanecía sereno—. Y por supuesto, no esta vez. Antes de que mis soldados le mataran, levantó los brazos y gritó: «¡Libertad!».

Priscila se puso de pie con determinación.

—Ha sido una cena encantadora y estoy cansada de que vosotros dos me estropéeis la velada con vuestras eternas discusiones. En el fondo, estáis de acuerdo, lo sabéis, y ojalá hubiéramos tenido música esta noche para ahogar vuestras palabras. Ahora nos sentaremos junto al fuego y hablaremos sólo del clima.

Boudicca buscó la mirada de Favonio y le sonrió. Por una vez, él se dejó conquistar por su descarada simpatía. Ella también se incorporó.

—Perdóname, Priscila —dijo amablemente—. Me encanta pelear, como ya sabes de sobra. ¿Volverás a invitarme? Dime, ¿llevarás a Marco a Roma este invierno o tendrás listo tu hipocausto? —Se dejó caer en el suelo junto al fuego con una sonrisa cuidadosamente estampada en sus facciones afiladas. Priscila parloteó con alegría, aliviada y feliz con los chismes. Mientras tanto, Prasutugas hizo una seña al sirviente para que le llenara la copa y dedicó su atención a la caza y al orgullo de su vida, sus perros.

Cuando los invitados se marcharon, Priscila se reclinó con un suspiro.

—¡Qué terrible es esta mujer, Favonio! Cualquiera podría esperar que hubiera aprendido algo de buenos modales. ¡Y esa voz! En ocasiones, cuando la miro, me parece tan vieja como las colinas de Tiberio, pero no debe de tener más de veintitrés o veinticuatro años. Pobre Prasutugas. No me sorprende que sea tan callado. —Su marido se acercó y la miró con expresión meditabunda.

—Tiene veintitrés años. Luchó en doce incursiones y mató a cinco hombres. Por nuestra culpa perdió un reino y una forma de vida que amaba más que nada. ¿No te parece, amor mio, que hay algo de patético en esta reina guerrera que ahora debe sentarse a tus pies mientras tú no paras de hablar de tus melones y tu hijo?

Ella levantó la vista, dolida.

—Sólo trataba de cumplir con mi deber. Vivo aterrada pensando que una de estas noches os enzarzaréis en una pelea y, sin embargo, sigo invitándola porque tú me lo pides.

Él se agachó y la besó, estaba arrepentido.

—Lo lamento, pero sabes por qué los invito. Es importante que estemos cerca de ambos.

Priscila se apartó con fastidio.

—No es ésa la única razón. Admite que te agrada.

Favonio sonrió a la rígida e iracunda masa de cabello negro de la que colgaban las cintas de niña.

—Sí —confesó—, me agrada. Ahora, ven a la cama.

Boudicca se quitó la capa y arrojó la corona de oro y ámbar sobre la mesa. Caminó con paso airoso hacia su silla y se dejó caer mientras sonreía con pesar a Prasutugas.

—Lo siento —dijo con voz ronca—. Lo siento mucho. He vuelto a hacerlo, ¿verdad? Y prometí comportarme. —Bostezó—. No debí preguntar si había noticias del oeste y comenzar toda la discusión. Si Priscila me consideraba grosera, después de esta noche debe de estar harta de mí.

Prasutugas fue hasta el fuego con paso inseguro. La cantidad de vino que había ingerido y el dolor constante y molesto le mareaban.

—No importa. Favonio es un hombre tolerante y creo que le diviertes con tus encendidos discursos.

—¡Como un oso de circo enjaulado, supongo! —estalló—. ¡Oh, Prasutugas! ¿A qué extremo de humillación hemos llegado? Si mi padre viviera, Roma estaría combatiendo contra dos frentes de batalla y no uno, y Caradoc sabría que tiene amigos entre los icenos. Nos desprecia y con razón.

Él cerró los ojos con cansancio. Su rostro estaba desencajado y gris.

—Esta noche no, Boudicca, por favor. Estoy extenuado. —Ella se levantó y se aproximó para ayudarle a quitarse la capa y desvestirse. Prasutugas se quedó inmóvil.

—¿Llamo a Hulda para que venga a lavarte el brazo?

—No. Quiero dormir. Si mañana hay sol, me sentiré mejor.

—Quizá debamos cauterizarlo otra vez.

Prasutugas retiró las mantas y se metió en la cama con un profundo suspiro de alivio.

—No quiero que me lo cautericen más. Sólo sirve un mes o dos y después la herida se abre y todo vuelve a comenzar. ¡Malditos coritanos! Sé cómo te sientes, Boudicca, pero yo estoy feliz de que los días de incursiones hayan acabado. La paz romana es valiosa para mí. Si hubiera llegado antes, todavía tendría mi brazo y no sería un hombre disminuido. —Ella se quitó la ropa, se peinó y se deslizó a su lado, alarmada por el calor que emanaba de su cuerpo y su expresión floja y dolorida. Cada vez que se le abría la herida y su salud empeoraba, los temores de Boudicca renacían. Sin embargo, Prasutugas siempre se recuperaba y volvía a sus perros y a sus caballos, y esa vez no sería la excepción. La velada había dejado en su boca un sabor amargo de viejos sueños y no pudo resistir la tentación de posar una mano en el hombro sano de su marido.

—Uno de estos días tu herida te matará, esposo mío, lo sabes. ¿Y qué ocurrirá entonces con los icenos? La política de Roma con sus reinos vasallos es muy clara, pero te niegas a verla. Cuando Boduoco murió,

¿acaso le sucedió su hijo? ¡No! Apareció el procurador con su séquito de buitres y despojaron a los dobunnos de la poca riqueza que les quedaba. Y terminaron gobernados por un pretor. Encima, el pobre hijo de Boduoco tuvo que pagar un impuesto por la herencia, ¡aunque su herencia eran sólo impuestos!

Prasutugas hizo un esfuerzo por sentarse y esbozó una sonrisa resignada.

—Favonio me ha asegurado que la situación aquí es distinta. Boduoco era un pésimo gobernante y muchos de sus jefes se habían vuelto incontrolables por la influencia de Caradoc. Roma tuvo que intervenir. Pero aquí será diferente.

—¿Por qué? Al dejarme fuera de tu testamento, te prestas al juego del emperador. Si mueres antes de que las niñas tengan edad suficiente para gobernar, Roma podrá avanzarse con bastante derecho para gobernar por ellas y yo no podré hacer nada al respecto. Los icenos dejarán de ser un pueblo. Roma nos arrebatará todo lo que aún no nos ha arrebatado.

—No nos ha arrebatado nada —respondió él con paciencia, consciente de que no podría dormir hasta que ella hubiera descargado su ansiedad—. Somos la tribu más rica de Albion. Hasta nuestros hombres libres llevan ropas de lana suave y pueden permitirse contratar artistas para que les hagan cosas hermosas. Por primera vez, nuestras energías están puestas en el crecimiento. No hay incursiones ni guerras. Jamás hemos sido tan afortunados.

—Algún día morirás —insistió ella con su voz gutural profunda— y todo el dinero que has pedido prestado a Séneca para convertirte y convertir a tus jefes en romanos deberá ser devuelto. ¿Acaso las niñas podrán pagarlo? Sólo yo podría calmar la inquietud de la sanguijuela. Al despojarme de todo poder, si mueres, dejarás a la tribu expuesta a la ruina. Favonio lo sabe. Se ríe a espaldas nuestras. ¡Pobres e ignorantes salvajes que intentan imitarnos! ¡Pobres bárbaros ciegos e inocentes!

—Eres injusta y desconfiada. Los tiempos han cambiado, Boudicca, desde que tu padre te alimentaba con el odio hacia Roma mezclado en la carne y el orgullo en el pan. Favonio trabaja mucho por nosotros. Me cae bien.

—A mi también me cae bien, pero me siento en el salón y miro hacia el pasado y ¿qué veo? Los galos son romanos, los panonios son romanos, los mauritanos son romanos, el mundo entero se está convirtiendo en una vasta

provincia romana, oprimido por hombres que hablan de cooperación y prosperidad en el mismo tono con que ordenan atrocidades y exterminio.

—Sí, los tiempos han cambiado. El honor ha cedido paso a una lógica divertida. Los jefes ya no llevan espadas en los cintos, cuando hace sólo cinco años, estar fuera sin una espada era un asunto que podía traer graves consecuencias. Tengo miedo, Prasutugas, y me consume la nostalgia de épocas pasadas. Dentro de poco, los icenos desaparecerán y hombres parecidos a los miembros de la tribu, pero de hecho romanos, cazarán en los bosques y cruzarán los pantanos en los botes. A veces desearía estar muerta.

Prasutugas se secó el sudor de la frente y volvió a deslizarse bajo las mantas con los ojos cerrados.

—La tribu me nombró señor porque les ofrecí paz con Roma y protección contra los catuvelaunos. Les he dado lo que querían. Estás sola, Boudicca. Ves a la tribu de la forma en que deseas verla, no como es en verdad. Ahora, cállate y déjame dormir.

Ella se volvió y besó los labios calientes con el corazón derretido por los recuerdos. Prasutugas suspiró y Boudicca sintió el cuerpo que se relajaba a su lado, ese cuerpo que conocía tan bien, un viejo y cómodo hábito. Se volvió de costado para el otro lado, apoyó el rostro en la palma de la mano y se quedó mirando la oscuridad silenciosa iluminada por el fuego. Hacía ya ocho años que estaban juntos y habían compartido momentos de desilusión y angustia, de gran temor y frágil felicidad. El primer amor se había transformado en un afecto profundo. Prasutugas poseía una cierta dulzura, una ternura que había atraído al espíritu inquieto y dominante en ella. Y aunque su padre lo había desaprobado con vehemencia, se había casado con él. Muy pronto descubrió que bajo el exterior callado y suave, yacía una voluntad obstinada y tan férrea como la suya propia, y todos sus intentos de gobernar a través de él habían sido inútiles. Pero el Consejo le eligió rey a él, no a ella y, a pesar de las declamaciones enfervorizadas de Boudicca, él les había dado calladamente la seguridad que buscaban. A veces le odiaba por negarse a participar en las discusiones que ella iniciaba constantemente, cuando se limitaba a responder con palabras suaves y una sonrisa reservada.

Sin embargo, Prasutugas había conservado el respeto de ella por esa misma razón, aunque se estaba convirtiendo con rapidez en un títere civilizado y cortés, maleable en las manos romanas que manipulaban la tribu detrás de su abundante cabello rubio y sus sonrisas anchas y lentas.

Ella lo apremiaba con frenesí, aguijoneaba su seguridad imperturbable e invencible, lo fustigaba con palabras rudas y hasta con amenazas, pero nada le alteraba ni conmovía. Prasutugas amaba a su pueblo. Amaba la nueva seguridad que Roma había traído. La amaba a ella y se divertía, sin ofenderse, con sus acciones.

Para él, Boudicca era una niña, la malcriada y caprichosa hija única de un viejo loco, y la tomaba demasiado a la ligera. El levantamiento efímero de sus jefes le había sacudido, pero no por mucho tiempo. Culpaba al rebelde del Oeste, no a su esposa.

Boudicca sintió que el sueño se alejaba de ella, aunque se esforzó por atraparlo. No podía tranquilizar su mente. Había mentido esa noche en la cena al decir que sólo había visto a Caradoc una vez, pues había vuelto a verle, tres años antes, cuando el hermoso templo de mármol blanco de Claudio estuvo terminado y los señores y jefes vasallos llegaron de todos los rincones de la provincia para participar en la celebración.

Algunos fueron a regañadientes como la propia Boudicca, ya que, si bien no había habido presión alguna sobre las tribus, era evidente que se esperaba que los gobernantes asistieran. Algunos llegaron contentos, ávidos, como esa prostituta brigante, Aricia, que arrastró a su infeliz marido de celebración en celebración por las calles y casas de Camalodúnum. No, había pasado a llamarse Colchester, una aldea respetable y próspera, donde Roma gobernaba despreocupadamente de día, pero donde los fantasmas del poderoso fuerte de las colinas salían por las noches para vagar por las calles desiertas, con las espadas pálidas a la luz de la luna y las bocas y los ojos hundidos con reproche y sufrimiento. Prasutugas y Boudicca se habían detenido con los demás en el templo para contemplar, deslumbrados, la estatua de oro del emperador envuelta en incienso sofocante. Plautio había estado allí, su ascético rostro era inexpresivo por los pensamientos de su próximo regreso a casa. Su séquito robusto y arrogante se alineaba tras él.

Los ritos les resultaron tontos e incomprensibles a los hombres de las tribus, que susurraban y se agitaban inquietos con el interminable correr de las horas, y Boudicca salió a la brillante luz del sol con alivio. Una multitud de curiosos se había congregado a los pies de la ancha y deslumbrante escalinata..., sirvientes y mendigos, artistas, buhoneros y bardos itinerantes que venían a presenciar las ceremonias y a esquilmar a los visitantes a la menor oportunidad. Al verlos, Boudicca sintió una gran vergüenza. Ningún miembro de tribu alguna había tenido en tan baja estima su honor antes de

la llegada de Roma, pero ella veía hombres que pudiendo trabajar preferían mendigar y también notaba que los artistas olvidaban que su vocación era noble, y se convertían en meros imitadores en vez de crear. Cobraban sumas exorbitantes por porquerías que fabricaban con los ojos cerrados.

Se sostuvo el cabello encendido por el sol con una mano y se preparó para bajar los escalones. Entonces le vio. De inmediato, tuvo la certeza de que se trataba de él. Vestía una túnica marrón harapienta, un cinto y una capa igualmente deteriorada. La capucha le cubría la mitad del rostro delgado, pero los ojos eran inconfundibles. El estupor la hizo trastabillar; habría caído si Prasutugas no la hubiera sujetado con su brazo sano. Descendió los peldaños y se acercó, pero él no se movió. La muchedumbre comenzó a empujar y se vio obligada a detenerse. Levantó los ojos para mirarle. Una chispa de temor se prendió y apagó en los ojos de Caradoc al notar que ella le había reconocido. Luego se corrió un poco la capucha y sonrió con desdén y odio. La visión del rostro demacrado la paralizó. Trató con todas sus fuerzas de exhibir algo de consuelo en su mirada, de transmitirle que no estaba solo, pero él sólo vio a la hermosa y engreída esposa del romanizado Prasutugas. Con indescriptible desprecio, escupió al suelo deliberadamente. Boudicca retrocedió conmocionada y a sus espaldas, Prasutugas la apremió.

—¡Avanza! —la empujó—. Ahí viene Plautio. —El gobernador apareció entre las sombras de las columnas en lo alto de la escalinata. Su amante catuvelauna, alta y vestida de negro, estaba a su lado. Por última vez, Boudicca observó el semblante de Caradoc. Ya no la miraba. Sus ojos se desviaron veloces a su hermana, vacilaron, y de pronto, giró sobre los talones y se lo tragó la multitud que chillaba y forcejeaba.

La humillación de ese encuentro todavía la mortificaba; se dio la vuelta en la cama. Dormido, Prasutugas levantó el brazo y ella se acurrucó en su hombro.

«Ya debes de haberme perdonado, arvirago —pensó—. Sabes cuántos de tus espías he protegido en secreto, cuántas armas de los centuriones que te persiguen he escondido, cuántos sacrificios ofrezco a Andrasta en el bosquecillo oculto. Debes pensar mejor de mí que de esa negra bruja brigante.»

Aricia se había regocijado esos pocos días en Colchester, segura de la simpatía del gobernador, y Boudicca sonrió para sí con satisfacción al pensar en los problemas que Brigantia enfrentaba. Venutio era un hombre

atormentado. Dos años antes, había repudiado a su esposa y golpeado al amante de ésta hasta convertirlo en una pulpa sanguinolenta y después había huido con sus jefes hacia el oeste. Durante tres meses, había luchado junto a Caradoc, pero su determinación duró poco. Era como un hombre que moría de sed en el desierto y Aricia el espejismo de agua fresca que fluía justo fuera de su alcance. Regresó a ella y Caradoc comprendió. Sin embargo, Venutio había conservado algo de su orgullo y no volvió arrastrándose. Sus jefes rodearon el fuerte de Aricia y ella, sin pudor alguno, envió a sus seguidores a pelear. El irritado Scapula debió mandarle dos destacamentos de caballería y una centuria de sus preciados legionarios antes de que Venutio se rindiera.

Hizo llegar a ambos severas advertencias, pero sus pensamientos estaban centrados en los traicioneros pasos de las montañas del oeste y en el hombre que se agazapaba allí, urdiendo estrategias brillantes y esperándole. Cuando por fin reinó una paz cautelosa en Brigantia, Scapula se olvidó de Aricia una vez más. Ella y Venutio se habían reconciliado y el amante herido fue despachado. La pasión renació entre ellos, pero no tenían nada en común excepto el ciego deseo de sus cuerpos, y pronto la aldea volvió a retumbar con las maldiciones y reproches de una casa en discordia.

Boudicca compadecía a Venutio. Era un hombre honorable, que amaba a su esposa con la misma sinceridad con que se brindaba a sus dioses y a su pueblo. Aunque protestaba y sufría, no podía liberarse de la red que ella tejía a su alrededor con una habilidad perfecta. Le necesitaba. El pueblo aún le amaba y respetaba, y ella le prestaba la atención justa para mantenerle colgado de su capa cuando sus hombres se intranquilizaban bajo el yugo de Roma.

Sin embargo, aunque gozaba del creciente favor de Roma gracias a su dominio de la vasta region que se extendía entre las tribus hostiles, lo cual ahorraba un gasto incalculable de hombres para vigilar la frontera casi imposible de patrullar, su cautela animal nativa se esfumaba. Sus infidelidades eran notorias, incluso figuraban en los despachos al emperador. Su pasión por el lujo la consumía. A pesar de todo, Venutio permanecía a su lado, consciente de una profunda fuente de inseguridad en ella, e imperturbable ante sus insultos y escasas demostraciones de afecto. Pero cuando Scapula comenzó a movilizar sus fuerzas desde las tierras bajas, Venutio dejó descansar su conciencia. Caradoc le necesitaba, pero él

era impotente, un títere sin voluntad, y los gritos de sus compatriotas en peligro no hallaron respuesta alguna.

Boudicca se adormeció. Fuera, la lluvia cesó. Los centinelas romanos se paseaban en silencio, aburridos y cansados. Bajo los pantanos, la primavera despertaba y las olas rompían con monotonía sobre las vacías playas icenas.

OceanofPDF.com

CAPITULO 21

Llyn los oyó venir primero y se arrojó al suelo. Apretó la oreja contra la hierba y cerró los ojos. Caradoc hizo una señal a sus hombres para que se callaran y se quedó mirando a su hijo, con los brazos rodeando el borde de su escudo gastado. Todos estaban cansados. Era una mañana fresca y despejada y el sol ascendía despacio en el cielo azul de primavera, pero habían pasado la noche en lo alto del angosto sendero que bajaba sinuosamente de los vados y se internaba en la región norte de los dominios de Madoc, a la espera de la Vigésima Legión. Había llegado sigilosamente, justo después de la medianoche. La luz de la luna brillaba en los yelmos de hierro y la tierra blanda amortiguaba el ruido de los cascos de los caballos. Caradoc y su banda habían surgido de los árboles para saltar sobre la patrulla de avanzada formada por auxiliares y arqueros, y los habían matado con rapidez antes de que el cuerpo principal de la legión apareciera ante sus ojos. La lucha había sido encarnizada, aunque los arqueros no habían tenido tiempo de sacar sus arcos y los quejidos y gritos pronto se desvanecieron a medida que los guerreros volvían a fundirse con los árboles oscuros para dejar desierto el sendero. Sólo los cadáveres lo abarrotaban, diseminados y desprovistos de armaduras y espadas.

Caradoc se había permitido una sonrisa de satisfacción mientras caminaba junto al río. Sus hombres le seguían rápidamente y en silencio. Podía imaginar la expresión de Scapula cuando le informaran sobre la aniquilación de su avanzadilla: la rabia apenas contenida, el enrojecimiento del rostro malhumorado, la renovada y amarga punzada en un estómago que se contraía de dolor cada vez que se mencionaba el nombre del cabecilla rebelde.

La banda guerrera había preparado otra emboscada unos kilómetros río arriba, donde los árboles se aferraban a los costados de la ladera cubierta de guijarros y colgaban sobre el camino. Se adentraron en la maleza y mantuvieron el sueño a raya con dificultad. Caradoc había pasado la espera con la mente ocupada en Emrys, Gervase y Sine, que también estaban en algún sitio alto y solitario, más al norte, aguardando igual que él. Scapula había iniciado su último y mayor esfuerzo, y todo el oeste estaba en guardia, consciente de la inminente llegada de los perseguidores. Caradoc sabía que el oeste se le escurría entre los dedos, lenta pero inexorablemente. Madoc y los siluros habían sido forzados a retroceder tierra adentro de una manera continua e irrevocable, lejos de sus costas y de los valles de sus

ríos, luchando día y noche, invierno y verano, pero cediendo terreno mes a mes. La Segunda había plantado un campamento donde antes se levantaba la aldea de Madoc. Hacía mucho que éste se había retirado de allí para correr hacia las colinas delante de las espadas tenaces de los escuadrones costeros y de las naves largas que habían desembarcado tropas en las bocas del río. En ese momento, su pueblo, hombres, mujeres y niños, se movían de un lado a otro en las montañas con los ejércitos de Caradoc.

Los siluros habían sufrido. Sin piedad alguna los perseguían como animales y los soldados, frustrados en sus intentos de trabarse en combate con el escurridizo y ágil enemigo, solían aniquilar a los rezagados. Muchos niños siluros yacían insepultos bajo los brazos desplegados del bosque, y las madres que los habían rodeado para protegerlos dejaban sus huesos junto a ellos. Eurgain y Vida, con su banda guerrera, vigilaban los flancos durante los éxodos y las jóvenes bajo su mando se endurecían enseguida hasta la insensibilidad. Los sacrificios de cada año ya no incluían esclavos ni hombres libres criminales. Eurgain y sus mujeres de espada proveían prisioneros romanos y presenciaban las ceremonias con frialdad, mientras los druidas cantaban y Madoc blandía el cuchillo sagrado. La sangre era barata. Fluía sin cesar y Eurgain, al recordar su primera noche de Samain en compañía de los siluros, se reía de la inquietud que había sentido entonces. Estaban acostumbrados a la muerte, todos ellos. La muerte ya no era una cuestión de honor ni de pena. Un cadáver era igual a otro. Lo único importante era cuántos y de qué bando. Hasta Llyn prestaba tanta atención a los hombres que mataba como a las mujeres libres a quienes hacía el amor, mujeres que se dejaban caer por propia voluntad en los brazos jóvenes y fuertes del hijo del arvirago. Sobrevivir era lo único que contaba, y sobrevivir significaba matar.

Sólo Caelte parecía ser el de siempre, aferrado a su alegre y dulce mundo de música y poesía. Cantaba todas las viejas canciones para sí y para el bosque, ya que Caradoc no le pedía las baladas de su juventud y las canciones que se entonaban alrededor del fuego del campamento hablaban todas de muerte y de la libertad venidera.

Llyn se puso de pie.

—Quizá doscientos hombres, con los carros, a un kilómetro y medio de distancia —calculó con voz tajante—. Vienen muy despacio. Me pregunto por qué.

Caradoc se ajustó la capa con impaciencia y clavó los ojos en el rostro de su hijo. Ya tenía dieciséis años y el alma de Togodumno asomaba desde los ojos castaños y vivaces. Las facciones puras y afiladas y la barbilla hendida eran las mismas de su tío. Pero Llyn poseía la fría capacidad de mando de su padre, sin los arranques impulsivos de Togodumno, y los labios finos provenían de Cunobelin, crueles y astutos. Atraía a las mujeres igual que Togodumno y, como su tío, no dejaba que se convirtieran en una preocupación debilitante. Caradoc, al recordar el sufrimiento de su deshonra con Aricia, se maravillaba con tristeza de la indiferencia de Liyn por sus conquistas. Pero los tiempos habían cambiado y el honor se medía por la cantidad de cabezas romanas que uno colgaba de los árboles. Ya no había jóvenes entre las tribus del oeste. Sólo había guerreros y niños.

—No importa —respondió con brusquedad—. Nos favorece. ¡Fuera del camino! —gritó, y la banda guerrera se apresuró a subir la cuesta y desapareció bajo los árboles. Caradoc y Llyn los siguieron y Cinnamo se situó junto a ellos, hundido en la cama de hojas. Mucho tiempo atrás, Caradoc había prohibido a sus hombres usar colores brillantes; en ese momento, las capas marrones y grises se confundían con los tonos sutiles del bosque.

—¿Y Eurgain? —preguntó, y Cinnamo le miró con sus ojos verdes serenos.

—Vida y ella están escondidas más adelante, para liquidar a los que se nos escapen. —Se quedó callado un momento; luego, añadió—: Señor, debemos salir de este territorio. Es nuestra cuarta emboscada esta semana y hemos perdido muchos hombres. Si esperamos que la Vigésima cierre filas con la Decimocuarta, estaremos rodeados.

—Lo sé. Pero no me gusta hacerlo, Cin. Si nos vamos al norte, entregaremos las tierras siluras a Scapula y es probable que ya no podamos recuperarlas.

—Emrys los está conteniendo bien —terció Llyn—, aunque los deceanglos están casi derrotados. Podríamos pasar otra temporada aquí, Cin.

Sin embargo, Cinnamo objetó con vehemencia:

—Si quedamos aislados, moriremos. Unamos nuestras fuerzas a Emrys y luchemos en las montañas que Scapula no puede penetrar. ¡Por la Madre! No me gustan nada los ordovicos, pero al menos todavía mantienen su territorio intacto y, además, allí hay pasos hacia el Oeste y hacia las tierras

de los cornovios y los brigantes. Si la situación se complica, podemos exigirle inmunidad a Venutio.

—Venutio no es de fiar —replicó Caradoc—. Si quisiéramos pelear desde Brigantia, primero tendríamos que matar a Aricia. —Un escalofrío le recorrió el cuerpo al pronunciar esas palabras y Cinnamo bufó.

—¡Qué buena idea, arvirago! ¡Ojalá hubierais ordenado a vuestros espías matarla hace mucho tiempo!

—¡Haya paz! —siseó Llyn de pronto con la cabeza erguida—. ¡Ahí vienen!

Todas las miradas se dirigieron al camino. El grueso de la legión había pasado una hora antes bajo los ojos hostiles de la banda guerrera, sinuoso y articulado como una serpiente de metal en el amanecer. La caballería y los pocos legionarios de la avanzadilla iban delante de los metatores y su equipo. Luego venían los hombres que despejaban el sendero de obstrucciones, lo cual solía ser un preludio de combate, el general y sus asistentes con su escolta montada, más caballería, las mulas que arrastraban las máquinas de sitio, los oficiales y el águila que destellaba en la luz temprana custodiada por sus hombres. Después proseguían las monótonas filas de soldados, seis en una línea, flanqueados por centuriones, hilera tras hilera interminables en su avance hacia el oeste. Pero el bagaje y la retaguardia de auxiliares y soldados no había llegado y Caradoc quería aprovechar la oportunidad de quedarse con los granos. La comida siempre escaseaba y, con la nueva ofensiva, los romanos controlaban muchos de los valles donde antes se cultivaba. Caradoc había ordenado que se quemaran los campos siluros y sus preciosos cultivos, y su orden se había cumplido sin reproche, aunque los campesinos sabían que morirían de hambre cuando llegara el invierno. Habían incendiado sus pequeños sembrados y se habían dispersado en las colinas; Caradoc agregó el peso de sus muertes a su ya agobiante carga de responsabilidad.

—¡Desenvainad! —ordenó, y la palabra pasó de boca en boca. Se quedaron quietos y observaron cómo la curva desierta se llenaba con la inestable y pesada vanguardia. Los carros iban sobrecargados y los bueyes se esforzaban mientras los guardias los azotaban en vano y la escolta de la caballería los rodeaba. Los ojos de los soldados sudorosos recorrían una y otra vez las escarpadas orillas cubiertas de arbustos. Tenían miedo, Caradoc lo notó. Mejor. Se tensó y los ojos de sus hombres se volvieron hacia él, pero no dio la orden. El primer carro llegó al extremo lejano de la curva

justo en el momento en que apareció el último de los legionarios. Sólo entonces, cuando vio que no quedaban más, se puso de pie de un salto e hizo girar la espada por encima de su cabeza.

—¡Libertad! —gritó, y su voz retumbó, intensa y repentinamente como un trueno de verano. Los hombres se levantaron con él y se lanzaron hacia delante para hacer suyo el grito.

—¡Libertad! —exclamaron—. ¡Libertad! —Los soldados intentaron adoptar la formación de batalla, pero el terror impidió a los oficiales dictar una orden rápida.

—¡Los carros, Llyn! —gritó Caradoc. Luego él, Madoc y Cinnamo se perdieron en la refriega. Los hombres de las tribus no daban respiro en esas ocasiones y los soldados lo sabían. Levantaron los escudos y se cerraron con rapidez mientras sus espadas cortas y letales comenzaban a lanzar estocadas.

Hacía mucho tiempo que los oficiales habían abandonado toda idea de piedad y ya no les importaba si se enfrentaban a la furia de los hombres harapientos o a las mujeres chillonas de cabellos enmarañados. Si dudaban, eran hombres muertos y luchaban con obstinación para formar falanges compactas mientras que Caradoc y sus hombres se esmeraban por mantenerlos separados. Los romanos no sabían pelear bien cuerpo a cuerpo y Caradoc había obtenido muchos éxitos utilizando el ataque por sorpresa y la dispersión.

Pero esa fuerza era grande, casi doscientos legionarios, y los jefes estaban pagando caro el grano que Llyn y sus seguidores descargaban con calma de los carros y arrojaban a las manos ansiosas que aguardaban sobre el sendero. A su lado, Caradoc oía los insultos de Cinnamo, y Madoc gruñía y chillaba como un jabalí acorralado. Durante un rato, la lucha no se definió para ninguno de los dos bandos, avanzaban y retrocedían. Entonces, Caradoc comenzó a cansarse. Los carros estaban vacíos y el grano ya se encontraba de camino al campamento oculto en lo alto del bosque. Divisó a su hijo, sin escudo, bailando alrededor de un soldado de caballería que se inclinaba en vano para alcanzar aquellos miembros veloces. Liyn sostenía un cuchillo en cada mano.

Cuando el brazo del romano se extendió, Llyn saltó a un costado y gritó:

—¡Ahora! —Uno de sus amigos se subió al lomo del caballo, tiró hacia atrás la cabeza del romano y le hundió el cuchillo en la garganta. Era una

táctica que Llyn había enseñado a sus jóvenes guerreros y siempre funcionaba.

—¡Llyn! —bramó Caradoc por encima de la batahola ensordecedora—. ¡Las mujeres! —Llyn se colocó un cuchillo entre los dientes, empujó el cadáver fuera del caballo y montó para galopar hacia la banda. Entonces los romanos supieron que jamás saldrían de ese lugar angosto y sangriento ya que Eurgain, Vida y las demás mujeres aparecieron en la curva, frescas y terribles. Al verlas, los hombres de las tribus pelearon con renovado vigor. Un puñado de oficiales lograron escapar y corrieron desarmados hacia el bosque denso, pero cuando el sol ascendió lo suficiente e iluminó intensamente el sendero, los hombres de Caradoc habían volcado los carros y apilado los cadávares romanos encima para bloquear el camino. Luego Caradoc ordenó una rápida retirada. Sabia que no tardaría en llegar una patrulla del cuerpo principal de la legión con el fin de buscar a la retaguardia desaparecida; y entonces los cansados jefes tendrían que estar a muchos kilómetros de la escena de la emboscada.

—¿Qué hacemos con los caballos? —preguntó Liyn, y se detuvo. Había muchos caballos y todos portaban aún el equipo y las mochilas de los soldados, pero el camino al campamento era rocoso y tortuoso y los animales retrasarían la marcha—. Necesitamos la carne —insistió Liyn, y Caradoc cedió.

—Está bien, Llyn, pero tú y tus jefes os encargaréis de ellos. ¡Apresuraos! —Se volvió y vio a su esposa sentada junto al sendero, con una mano apoyada en el muslo y el rostro pálido. Caminó hacia ella al tiempo que limpiaba su espada en la capa y la envainaba con presteza—. Eurgain, estás herida. —Se arrodilló y ella le miró, se mordió el labio y asintió con debilidad. Caradoc le levantó la túnica con suavidad, extrajo el cuchillo y cortó la pernera de los calzones; una herida irregular quedó a la vista; sangre oscura manaba de ella.

La tocó con cuidado y Eurgain se contrajo. Entonces tomó su capa y cortó varias tiras para vendarla con firmeza—. No es grave —comentó—, pero es la tercera herida en dos meses. Te estás volviendo descuidada. —Su tono era áspero, con la preocupación velada tras aquellas palabras impersonales. Eurgain respondió con los dientes apretados mientras él ajustaba el vendaje.

—Estamos cansados, Caradoc. Tenemos que descansar. Si sigues a este ritmo, perderás más jefes por agotamiento que por las espadas romanas.

El soltó la túnica y se sentó.

—Eso detendrá la hemorragia hasta que Bran pueda atender la herida. ¿Puedes caminar?

—Lo intentaré. —Se incorporó y apoyó el peso de su cuerpo en un pie, pero Caradoc detectó el inmediato destello de dolor en sus ojos y llamó a uno de los jefes de Liyn.

—Trae un caballo para la señora. —Se volvió hacia ella—. Montarás con Llyn. ¿Cuántas mujeres hemos perdido hoy?

—Cinco, tal vez más. Caradoc...

—¡Ahora no, Eurgain! —rogó con severidad—. Sé lo que vas a decirme. ¿Quién lo sabe mejor que yo? Cada decisión que tomo cuesta vidas, cada movimiento que hago significa más sacrificios, más sufrimiento para la gente que confia en mí. Si me amas, guarda tus consejos.

—Sí, te amo —dijo ella con voz queda, y las facciones lúgubres de su marido se distendieron con una sonrisa—. Al igual que todos tus hombres, estoy dispuesta a morir por ti.

—¡Todavía no, por favor, Camulos! —La ayudó a subir al caballo y ella se acomodó con dificultad, ya que su pierna comenzaba a endurecerse y tenía los calzones pegajosos por la sangre seca. Caradoc la dejó y Eurgain tomó las riendas y esperó a que su hijo diera la orden de avanzar a los jefes que llevarían los caballos. Observó a su esposo caminar bajo las hojas nuevas de la primavera. Siempre le hablaba con aspereza y Eurgain sabía que su amor por ella era sólo otra carga insoportable que le ocasionaba una ansiedad constante. Nadie podía hablar en contra de ella. Ningún jefe podía ofrecerle nada que no fuera el más profundo de los respetos so pena del disgusto del arvirago, y ninguna mujer, pese al atractivo de Caradoc, se acercaba a él más que al fuego del Consejo. Su afán posesivo era parte de su tormento. Ella y sus hijos eran todo lo que le quedaba y sentía que si los perdía, su alma desaparecería. Sólo Cinnamo bromeaba, conversaba, discutía y cazaba con Eurgain, con la amistad afable que siempre habían compartido y a Caradoc no le molestaba.

También Cinnamo era especial para él, como Caelte; confiaba en sus opiniones y les otorgaba la última palabra por encima de Madoc y Emrys.

Caradoc montó junto a Cinnamo con la mente puesta en el próximo Consejo y en la nueva decisión que le aguardaba. La banda guerrera se fundió con él en el bosque dejando atrás otra escena de matanza para alimentar el furioso fuego de la obsesión de Scapula.

Cuando llegaron al campamento oculto en un diminuto valle, poco más que un barranco rodeado de árboles con rocas salpicadas de tocones detrás y una amplia vista de todos los accesos delante, Bran los esperaba con Caelte y las niñas. Antes de comer, fueron al arroyo. Bran realizó los conjuros y las armas y armaduras romanas fueron arrojadas al agua para complacer a la diosa. Luego se reunieron alrededor del fuego y comieron en silencio.

Una hora más tarde, arribaron Llyn y los caballos. Llyn envió uno a los hombres libres para que lo mataran, y los demás quedaron atados en el bosque. Después se sentó con los demás. Eurgain se encaminó a su tienda y Bran la siguió para atenderle la herida. El valle estaba tranquilo; cada guerrero, absorto en sus pensamientos. Los días de carcajadas sonoras, alardes y riñas pertenecían al pasado. Los hombres del oeste habían asimilado las características de los solitarios lugares que habían pasado a constituir su hogar y habían adquirido la facilidad de las bestias salvajes para dormir con un ojo abierto dondequiera que se acostaran. Incluso los niños eran como animales, veloces para huir, desconfiados con todos.

Caelte se reclinó contra un árbol y comenzó a tararear una canción al son de su arpa. Las niñas tomaron sus espadas de madera y se pusieron a practicar mientras Caradoc las observaba. Eurgain tenía quince años y Gladys, catorce, dos muchachas indisciplinadas y desordenadas, que se sentían más a gusto con la sangre y la muerte que con los perros, las cacerías o los hombres jóvenes que ya deberían de cortejarlas. Ambas tenían edad suficiente para comprometerse, pero no mostraban interés alguno en los jóvenes de la banda de Llyn. O al menos, eso creía Caradoc. No las conocía mucho. Pronto estarían listas para unirse al grupo de guerreras de Eurgain y arriesgarse con las demás mujeres que luchaban y morían. Se iniciarían sin una prueba de sangre adecuada, sin la pompa y los rituales establecidos, al igual que los jóvenes jefes. Caradoc se sentó y tomó su espada.

—Cin —llamó—, dale tu espada a Gladys. ¡Eurgain! —Las jovencitas se acercaron jadeantes y sonrojadas. Entregó su espada a su hija, que la aceptó con entusiasmo. El cabello rubio caía sobre su rostro y los fuertes brazos morenos alzaron la espada. Gladys tomó la espada pesada de Cinnamo, acomodó la mano en la empuñadura y pronto el sonido metálico de hierro contra hierro llenó el aire. Los jefes se apiñaron para mirar. Caradoc permaneció quieto mientras recordaba a su esposa y a su hermana

practicando felices delante del Gran Salón, pero Cinnamo no pudo contenerse. Se puso de pie y rodeó a las combatientes.

—Separa los pies, Gladys —ordenó—. Eurgain, no mires la espada. Mira los ojos de tu contrincante o morirás. —Eurgain poseía los movimientos serenos y firmes de su tía, pero Gladys era rápida. Peleaban bien, pero aún no estaban a la altura de los soldados profesionales y el peso de los escudos las entorpecería todavía más. Caradoc se incorporó y se dirigió a la tienda.

Eurgain yacía sobre las mantas, envuelta en su capa. Le sonrió mientras él se quitaba el cinto, lo dejaba caer y arrojaba su capa al lado de ella.

—¿Está mejor tu pierna? —preguntó, y levantó la capa para examinarla. Eurgain asintió.

—Bran la ha cubierto con hierbas y la herida ya está cerrando, pero tendré la pierna muy rígida por un par de días. Mañana no podré pelear.

—Nadie peleará mañana. He decidido ir al norte y dejar que Scapula ocupe estas tierras.

—Ya no le interesan las tierras —precisó ella—. Sólo te quiere a ti.

Caradoc esbozó una sonrisa torcida.

—Pero, como diría Emrys, yo soy esta tierra. Podemos abrir un frente nuevo en el norte, Eurgain, y aprovechar las ventajas de las rutas de escape a Brigantia y el terreno más escabroso. Además, estaremos más cerca de Mona y de nuestra provisión de grano. —Le asombraba que Scapula no hubiera llevado a cabo un esfuerzo conjunto para cruzar a Mona y destruir los campos productivos y exuberantes. En su lugar, Caradoc lo habría hecho, pero Scapula perdía su sano juicio al dejar que su preocupación por los rebeldes nublara su sentido común.

—En el norte nos enfrentaremos con la Decimocuarta y la Vigésima —señaló Eurgain—. Hasta ahora las hemos visto poco. Pero por supuesto, eres sabio. Si permanecemos aquí, quedaremos atrapados.

—Los ordovicos y sus montañas serán un reto muy distinto para Scapula —replicó él—. Emrys me dice que han visto patrullas romanas bastante adentradas en las montañas y es evidente que Scapula está explorando los senderos y pasos. No le servirá de mucho. Pierde hombres todos los días. Hemos mantenido el Oeste en libertad durante casi cinco años. Piensa, Eurgain, cinco años. Si tan sólo logramos resistir dos años más, Roma declarará la frontera de Plautio como el límite oficial de la provincia y seremos libres.

Eurgain se echó hacia atrás.

—Prefiero pensar en ti —susurró—. Oh, Caradoc, te quiero tanto... Cuando me tomas en tus brazos, me da igual morir mañana.

El le recogió el frondoso cabello rubio y lo desplegó sobre la manta. Eurgain levantó los brazos. Caradoc se quitó la túnica marrón y los calzones y la abrazó. Sintió las manos tibias que se deslizaban por su espalda y sus nalgas.

«Es como la lluvia —pensó al tiempo que buscaba sus labios—. Como la dulce y fresca lluvia de verano que repiquetea con ternura sobre los prados resecos de mi alma. ¡Eurgain!» Abrió la capa, levantó la cabeza para contemplar la desnudez debajo y dejó correr sus dedos por la piel rugosa y tan llena de cicatrices de espadas como la suya propia. Sin embargo, era un cuerpo infinitamente precioso para él, todavía colmado de secretos oscuros y atractivos. Con el corazón encogido, Eurgain observó que el rostro desolado se suavizaba ante ella.

—Arvirago —murmuró—, no me importa si el mundo entero se consume en el fuego de la guerra, mientras haya un rincón donde tú y yo podamos yacer juntos. —Caradoc sonrió despacio y enmarcó el rostro pequeño con las manos, los ojos azules brillaban con humor y deseo y los labios generosos se abrieron. Pero una sombra cayó sobre la abertura de la tienda y Cinnamo llamó.

—Señor, ha llegado una embajada de los ordovicos. Emrys está siendo presionado y quiere que avancemos esta noche.

Caradoc suspiró.

—Que les sirvan carne y cerveza, Cin, y diles que aguarden. Diles que estoy ocupado con un asunto importante.

Oyeron que Cinnamo reía y se alejaba. Entonces Eurgain lo tomó de la cabeza y la tiró hacia abajo con brusquedad.

—¿Qué otro asunto puede ser más importante? —musitó y él rió, uno de sus extraños y guturales estallidos de humor.

—Ninguno, mi amor, ninguno —convino.

Los ordovicos traían noticias sombrías. La Decimocuarta y la Vigésima legión se estaban uniendo para realizar un ataque conjunto en el valle de Severn, y Scapula los acompañaba, decidido a no perder ni un solo día de esa campaña de verano. Había reunido quince mil hombres, todos los recursos que las legiones activas podían extraer de los fuertes de la frontera y de los pueblos pacíficos, y las tierras bajas se habían quedado casi

indefensas mientras él perseguía a su escurridizo enemigo con obstinación ciega. Caradoc escuchaba con dos pensamientos en la mente. Si a los brigantes, los icenos y los trinobantes les hubiera quedado una chispa de honor, éste sería el momento de atacar y atacar con fuerza, mientras él y sus jefes mantenían a Scapula en el oeste. Pero sabía con amargura que ya no existía resistencia en ninguna parte, excepto a su alrededor. Esa oportunidad pasaría, tal vez para no regresar jamás.

Además pensaba en el año venidero. El destino le acortaba su misión como arvirago, también sabía eso. Scapula nunca había reunido un ejército semejante y Caradoc, con la barbilla apoyada en la mano y los ojos fijos en los ordovicos, aunque sin verlos, sintió que sus pensamientos se alejaban para cruzar las montañas y buscar la mente del hombre cuya mirada implacable no cesaba de posarse en el oeste. ¿Qué haría Scapula? ¿Seguiría presionándolos con patrullas? ¿Organizaría sus huestes y les aguardaría en algún valle? ¿Acaso recobraría sus cabales y marcharía sobre Mona para luego sentarse y frotarse las manos mientras las tribus morían de hambre? En caso de ocurrir eso, ¿sería factible deslizarse dentro de Brigantia y recibir la bienvenida por parte de Venutio?

Hizo una seña al ordovico para que se sentara y se puso de pie mientras entrecerraba los ojos bajo el sol de la tarde. Había demasiadas preguntas que no podía responder. Tenía la sensación de que su destino latía en sus venas, vibraba con su sangre caliente y regresaba para atormentarle con una intensidad que le impulsaba como un caballo desbocado. Sostenía las riendas, pero no podía controlarlo. Sólo podía esperar con súbito temor el momento en que el destino se detendría de manera repentina e imprevista y él perdería el equilibrio y caería, carente de toda guía. Llevó la mano al huevo mágico que pendía de su cuello, y cerró los dedos a su alrededor. El constante hechizo que éste tejía logró calmarlo y habló con voz serena.

—Iremos —dijo, y se volvió—. Madoc, Cin, y tú también, Llyn, desmontad el campamento. No dejéis nada excepto cenizas.

Todos partieron a cumplir su orden y Eurgain renqueó hasta él.

—Es hora de recurrir a las fuerzas de los démetas —dijo, pero él no estuvo de acuerdo.

—Lo haré —contestó—, pero quiero dejar a algunos jefes para que se encarguen de las patrullas costeras, si pueden. Scapula piensa que me atrapará por la retaguardia, pero se equivoca. Los démetas nadan mejor que los peces y pelean en sus botes como dioses marinos. ¡Se llevará una

sorpresa ese romano viejo y terco con dolor de estómago! Ahora, ve, Eurgain. Prepara a tus mujeres para partir. —Ella se alejó cojeando y Caradoc se quedó quieto, escuchando el bullicio amortiguado y eficiente a su alrededor y despidiéndose de otro santuario más que, aunque por poco tiempo, había llegado a convertirse en un hogar.

A pesar de la impaciencia creciente e histérica de Scapula, no logró atrapar a Caradoc ese verano. Las fuerzas combinadas de los siluros, ordovicos y démetas lo contuvieron; le permitieron ojeadas exasperantes y breves, le obligaron a emprender marchas largas y agotadoras, le dieron pistas para luego desvanecerse en los recovecos arbolados de su territorio como la bruma ante el sol y reaparecer para atacar con descaro su retaguardia. El estómago le torturó durante toda la temporada. No podía dormir. Tragaba la comida con dificultad, consciente de que se convertiría en ácido y dolor. Observaba a sus hombres sufrir y trastabillar en los pasos rocosos, vadear cataratas profundas que se llevaban el bagaje y los animales de carga, y perderse en bosques que se extendían interminables con una serenidad y paz engañosas y atractivas. Muchos desaparecían para siempre. Por las noches, oían los aullidos de los lobos y el ulular de los búhos y por la mañana descubrían que faltaba un centinela, que un oficial descuidado había perdido la cabeza, que los caballos yacían con los cogotes cortados. Tampoco capturó campesinos que pudieran saciar su sed ardiente de información. La tierra parecía desierta bajo un cielo caliente y tronante. En el sur, las cosas no iban bien para sus patrullas costeras y reiteró la orden de matar a todo ser humano que tuviera la desgracia de encontrarse en territorio siluro. Cuando los hubiera derrotado, decidió con malicia, mandaría matar a todos y cada uno de esos traicioneros y sucios forajidos. Pero el verano no fue del todo infructuoso. Estaba conociendo la campiña. Sus exploradores y cartógrafos trazaban mapas de los senderos, y marcaban los sitios más apropiados para la construcción de fuertes. Trabajaban con gran objetividad y esmero bajo su meticulosa mirada.

Los romanos y los jefes sintieron alivio cuando los días largos y pesados comenzaron a acortarse y a refrescar. Scapula empezó a pensar en la situación de sus cuarteles de invierno, mientras Caradoc, Emrys y Madoc pasaban largas horas sentados con los rostros hacia el fuego, discutiendo a fondo una estrategia que se prolongaría hasta la primavera siguiente. Si Scapula se retiraba durante el invierno, no podrían hostigarle, así que tendrían que lidiar con los hombres libres, que permanecerían armados pero

ociosos. La perspectiva era preocupante. A medida que el aire se secaba y los olores húmedos del verano abandonaban el suelo para volar con los vientos insípidos y fuertes de las noches heladas, Scapula se pasaba más horas sin dormir, cada vez más renuente a retirarse. Si ponía a las legiones en los cuarteles de invierno, los rebeldes aprovecharían esos meses para restablecer su supremacía en el sudoeste y consolidar su debilitada frontera. Si no lo hacía, se enfrentaría a la pérdida lenta de sus patrullas exploradoras que tendrían que luchar contra tres enemigos: el clima, el terreno y los jefes esquivos. No estaba tan seguro de que el clima y el terreno no tuvieran sentimientos propios.

Con frecuencia, las montañas parecían conspirar con alegría contra él, tomar a sus hombres de los hombros y arrojarlos lejos, desviarlos por sendas agradables e inocentes que culminaban en precipicios ingeniosamente ocultos. Y el clima siempre cambiaba cuando él no quería: lluvias torrenciales en las hondonadas donde los soldados se movían con esfuerzo, y un sol ardiente cuando marchaban días enteros sin rastro de arroyo alguno.

La magia misteriosa y extraña le envolvía dondequiera que fuera, una nube de maldad invisible pero palpable que entorpecía los reflejos de sus legionarios y embotaba la razón de sus oficiales. Los despachos de Roma eran cada vez más críticos. La nueva provincia requería demasiado dinero y demasiados reemplazos, y los resultados eran escasos. ¿Por qué, preguntaba Claudio en comunicados cada vez más indignados, no habían dominado aún a las tribus del oeste? Scapula sentía que envejecía día a día.

Las legiones no se guarecieron en cuarteles de invierno y Caradoc comenzó la tarea de la campaña invernal con esperanza renovada. El invierno era una estación peligrosa para todos, pero más peligrosa para los soldados ateridos que marchaban penosamente por la nieve a lo largo de senderos desconocidos y con un destino que debía de parecer indefinido. Los hombres de las tribus les infligieron importantes pérdidas, aunque también ellos estaban debilitados por el hambre y la necesidad de mantenerse en constante movimiento sin refugios apropiados. Había criaturas que nacían, entre la marcha de un día y la del siguiente, y muchas morían. Los niños que no eran lo bastante robustos como para sobrevivir largos días caminando y noches frías, también enfermaban. Pero los fuertes se endurecían rápidamente: se quedaban quietos con los pies en el agua helada mientras esperaban que pasaran los romanos, se colgaban de

acantilados y tanteaban una roca sólida donde posar los pies y escarbaban la nieve en busca de raíces y moras heladas para comer. Los exploradores y espías iban y venían. Eran los oídos y ojos de Caradoc, el eslabón indispensable que le unía a los movimientos de Scapula; gracias a su información, él y sus hombres se agazapaban una y otra vez sobre alguna grieta de montaña nevada y desolada, y recibían a los soldados ya exhaustos con la bendición final de una muerte salvaje y rápida. Pasó Samain, celebrado con ferocidad hambrienta por los jefes congregados. Los soldados romanos desmoralizados estuvieron a punto de amotinarse cuando comenzaron a encontrarse con claros repletos de estacas de madera coronadas con los rostros helados y atormentados de sus compatriotas.

Scapula ordenó un alto. Los soldados, agradecidos, se retiraron a los cuarteles de invierno en territorio conocido, y los jefes descansaron sus cuerpos agotados y enflaquecidos, con los pensamientos puestos en sus cómodas granjas, en sus ovejas y ganado, y en las ya olvidadas satisfacciones de la cerveza y la carne junto a un fuego acogedor y cálido. Habían jurado obediencia al arvirago y lo seguían por voluntad propia, pero ya habían pasado cuatro años desde que muchos de ellos habían dejado sus chozas para tomar los senderos de la guerra y les parecía que no se estaba logrando nada.

Caradoc conocía sus dudas, pero no podía decirles nada. Había conseguido de ellos más de lo que había soñado. Los había privado con brutalidad del orgullo de los combates abiertos y ruidosos, y tornado su rígido concepto de lo honorable en una aceptación de la verguenza de una batalla por sorpresa y sin triunfo. Las provisiones se agotaban a medida que el invierno avanzaba y los hombres libres se entregaban a la nostalgia cuando no había actividad alguna que los distrajera. Acurrucados junto a los pequeños fuegos, masticaban con melancolía carne salada y potaje de cebada insípido y se sentían atrapados en una lenta sucesión de refriegas inútiles y espasmódicas que no solucionaban nada. Recordaban los días llenos de promesas e iluminados por la certeza de batallas rápidas y victorias prontas. Pero cuando se atrevían a espiar con cautela el futuro, sólo vislumbraban más años de privaciones a cambio de algunos puñados de romanos muertos cada temporada.

Las lluvias de primavera comenzaron; noche tras noche, se reunían con semblantes sombríos, sentados en el agua, empapados e infelices, pensando en los precios de honor que habían abandonado en las manos dudosas de

sus campesinos y preguntándose cómo resultaría la parición de primavera y si sus pequeños campos volverían a ser sembrados.

Un rumor empezó a circular y Caradoc no logró descubrir quién lo había iniciado, a pesar de que lo intentó. Los hombres libres susurraban que estaban rodeados, que sus granjas habían sido quemadas meses atrás, que su ganado había desaparecido. Scapula no se había retirado a los cuarteles de invierno. Un traidor le había guiado a través de los valles escondidos y esperaba a que cesaran las lluvias para caer sobre ellos.

Un revuelo de descontento insidioso comenzó a crecer. Ya había habido estallidos de incipientes motines, pero esta vez el resentimiento se centraba peligrosamente en la persona de Caradoc. El arvirago había perdido la visión global del asunto. Los dioses ya no le hablaban. Estaba tan perdido y confundido como ellos. Su huevo mágico había perdido su poder y él los engañaba. Ya no hablaba con la verdad. No eran los siluros quienes se quejaban, ya que comprendían la paciente y sutil política de desgaste de Caradoc.

Él había recurrido a ellos primero; le habían jurado lealtad primero y peleado a su lado antes que Emrys y su pueblo orgulloso, y respondían con desdén a los rumores. Pero los ordovicos habían escuchado con reticencia, habían aceptado a regañadientes y ansiaban regresar a casa por una temporada, sólo para arreglar sus asuntos. Una noche húmeda y brumosa, Madoc buscó a Caradoc.

—Llamad a Consejo, señor —dijo con tono perentorio.

Caradoc ni siquiera se molestó en mirarle. Siguió trenzándose el cabello.

—No.

Madoc se acuclilió frente a él y su carne abultada se plegó sobre la barba negra. Las cejas negras tupidas sobresalían sobre ojos que revelaban una preocupación obcecada.

—Reunidlos y permitid que griten sus dudas y ansias a voz en cuello. Entonces estarán satisfechos y los rumores cesarán.

—¡No! —Caradoc echó hacia atrás sus trenzas y dejó el peine a un lado —. Soy arvirago. Todos me han jurado obediencia. Yo ordeno y ellos deben obedecer; como arvirago, tengo autoridad por encima de cualquier Consejo. Hasta los druidas deben obedecerme. Si llamara a Consejo, estaría admitiendo una incertidumbre y mi autoridad se debilitaría. No puedo arriesgarme.

—No niegan vuestro derecho a conducirlos, ya que os han jurado obediencia y su honor les exige cumplir con ese juramento. Sólo desean sentir que tienen voz y voto en la decisión de sus destinos.

—Pero no la tienen y lo sabéis, Madoc. Como arvirago, soy señor de sus vidas y sus muertes hasta que mi misión esté cumplida.

Con un gesto inconsciente, Madoc se tiró de la barba con una mano ansiosa y enjoyada.

—Os aman, catuvelauno, pero son jefes simples e ignorantes que han sufrido mucho por la causa de la libertad. Dejadles hablar, os lo suplico.

Caradoc miró a su amigo. El dogmatismo fanfarrón y estridente había desaparecido, y las profundas arrugas de alegría vulgar y vida lujuriosa que cruzaban el rostro rollizo le conferían el aspecto de un bardo viejo, triste y tragicómico. Caradoc sintió una punzada de culpa infundada.

—No os sienta bien suplicar, Madoc —replicó, y el rostro del hombre mayor se enrojeció.

—Todos nos hemos convertido en mendigos y en desterrados, arvirago, y sin embargo, no me averguenzo. Dejad caer unas migajas de vuestro vasto orgullo ante el pueblo y permitidles expresar sus miedos. ¿Qué teméis? — Se levantó, saludó y se marchó.

Caradoc contempió ceñudo el verdor nebuloso e indiferente que le rodeaba. «Tengo miedo de que el sonido de sus voces fortalezca su descontento y me desafíen y se marchen. Entonces, todos estos años de sacrificio habrán sido en vano. ¿Acaso tú también tuviste que luchar contra estas cosas, Vercingetórix, además de contra la implacable fuerza destructiva de Julio César?» Después de un momento, llamó a Cinnamo.

—Convocaré a un gran Consejo —declaró—. Reúne a los jefes y a los hombres libres, Cin. Ya que no tenemos otra cosa que hacer que sentarnos ociosos alrededor del fuego, da lo mismo que pasemos la velada con discusiones inútiles.

Cinnamo meditó un instante, con una expresión pensativa en los ojos verdes. Luego asintió.

—Me parece apropiado, señor. Dejad que nos regañen y así se les pasará la ira.

—¡No necesito que me digas lo que pienso! —bramó Caradoc—. Ve a cumplir lo que te ordené.

Cinnamo se volvió de inmediato y se alejó.

—¡Madre! —masculló para si—. ¡Pobres hombres libres!

Esa noche se acercaron al fuego con ansiedad y Caradoc, sentado con las piernas cruzadas en su manta, la trompeta entre los dedos tensos y la corona de oro en la frente, observó el brillo esperanzado y cohibido de miles de ojos que reflejaban las tenues llamas. Todavía estaban divididos, aun en el Consejo. Los jefes siluros se sentaron cerca de él, seguros de su favor, aunque incluso ellos se cuidaban de no cruzar la línea invisible de poder que le circundaba. Los ordovicos se deslizaron en silencio y se dejaron caer al suelo en un bloque sólido y organizado, y los démetas empujaron y gruñeron hasta llegar al fondo, indiferentes a los dedos aplastados o pies doloridos que dejaban a su paso. Madoc se sentó junto a Caradoc, intranquilo y quejoso, y Emrys llegó y dio un giro sobre la hierba para desplomarse con agilidad a su izquierda.

—No mandáis a vuestro pueblo como corresponde —le espetó Caradoc, y Emrys se volvió despacio para mirar a su arvirago con ojos tranquilos y apaciguadores.

—Soy jefe entre jefes —respondió sin alterarse— como vos sois grande entre los grandes, arvirago. Yo guío y juzgo, pero no mando. Los ordovicos son un pueblo libre.

—Los ordovicos son un pueblo terco y rígido —replicó Caradoc con furia y Emrys, muy sabiamente, no contestó.

Llyn llegó y se situó detrás de Madoc, y Cinnamo y Caelte, con el arpa y el escudo del arvirago, permanecieron de pie, en actitud arrogante, detrás de Caradoc. Eurgain y Vida se sentaron con las guerreras. La conversación se fue extinguiendo despacio hasta que los únicos sonidos en el claro eran el susurro del viento inquieto de primavera y la voz incomprensible del bosque profundo. Caradoc entregó la trompeta a Cinnamo y se puso de pie. Sus movimientos rápidos y bruscos revelaron a los presentes su pésimo humor.

—¡Llamo a Consejo! —exclamó—. ¡Esclavos, retiraos! —Luego prosiguió sin molestarse en quitarse la espada y nadie se atrevió a llamarle la atención por su olvido—. Queríais un Consejo —afirmó con aspereza—, ya he llamado a Consejo, aunque no logro comprender qué esperáis conseguir con ello. Os recuerdo vuestro juramento y que cualquier decisión que aquí se tome deberá contar con mi aprobación. —Se sentó y Sine se puso de pie y caminó al frente, una delgada silueta vestida de marrón, cargada de bronce y coronada con incongruencia por el salvajismo resplandeciente de su máscara de lobo.

Habló directamente a Caradoc.

—Recordad, arvirago, que hablo en nombre de mi tribu y no de mi persona.

—Lo recordaré —concedió él con voz monótona—. Quítate la máscara, Sine.

Ella obedeció y se volvió hacia la asamblea.

—¡Guerreros! ¡Hombres y mujeres libres! Durante cuatro largos años, hemos vivido juntos, hemos compartido la comida y las luchas, hemos dejado de lado nuestras diferencias en pos de la defensa del Oeste. Todos hemos perdido hermanos e hijos, hermanas e hijas, todos hemos sufrido hambre y peligros, pero no nos hemos quejado, conscientes de que sólo en nuestras manos reside la esperanza de Albion. El nombre de nuestro arvirago se ha convertido en un talismán mágico, un hechizo de esperanza para los pueblos esclavizados de las tierras bajas. Sin embargo, el tiempo pasa, los jefes mueren y los niños crecen para reemplazarlos y morir en su lugar, y todavía no obtenemos la victoria. Deseamos saber cuánto tiempo más deberemos estar separados de nuestros hogares antes de que el arvirago diga ¡basta! ¡Ya no nos arrastraremos como víboras por los bosques! ¡Nos erguiremos y pelearemos como hombres! Decidnos, arvirago, cuándo podremos volver a lucir nuestras hermosas capas. —Se abrió paso entre las filas de gente y volvió a ocupar su lugar junto a Eurgain. De inmediato, un jefe de los démetas con un enorme casco con cuernos se levantó.

—A los démetas no nos interesa volver a casa —se burió—. Para nosotros, el hogar es donde nuestras espadas deseen clavarse. Pero nos interesa matar romanos. Nuestras espadas están hambrientas. Las obligamos a mordisquear pequeñas «gachas» cuando lo que ansían es tragarse legiones enteras. ¡Dadnos una batalla, arvirago, no más emboscadas furtivas ni escondites humillantes!

Apenas se había sentado cuando una mujer ordovica se incorporó en el fondo.

—¡Ataquemos ahora, arvirago! —rogó—. Ahora que están cansados y descorazonados.

—¿Por qué han de estar cansados cuando llevan dos meses descansando en sus cuarteles de invierno? —gritó Caradoc con ira y Cinnamo le apoyó una mano en el hombro.

—No interrumpáis el Consejo, señor —le advirtió con suavidad—. No están de humor para ver las costumbres pisoteadas.

Caradoc reprimió el deseo de apartar de un golpe la mano de su amigo y la mujer prosiguió con voz aguda y nerviosa.

—Nunca antes se han reunido tantos soldados en un mismo lugar, a nuestro alcance. Es una oportunidad demasiado buena para desperdiciarla. —Volvió a sentarse entre la multitud.

Entonces Madoc suspiró, bajó su cabeza negra y desgreñada y se puso de pie.

—Hablo por mí y por los siluros —bramó—. El arvirago nos advirtió que confiáramos en su juicio aunque nos pareciera extraño y hemos hecho bien en escuchar. Con él, el Oeste permanece libre. Dadle vuestra obediencia un tiempo más. Soy un hombre que no sabe hablar con palabras bonitas. Mi tribu y yo honramos nuestro juramento y seguiremos a sus órdenes mientras sea necesario. —Se sentó con un resoplido por el esfuerzo y reinó el silencio por un momento. De pronto, varias personas se levantaron de un salto y comenzaron a gritar.

—¡Ha perdido la guía de Dagda!

—¡Ha perdido el poder de decidir correctamente!

—¡Ya no sabe qué hacer!

Todos se pusieron de pie como una sola masa enfurecida y desbordada. Los siluros buscaron sus espadas, pero los ordovicos ya habían desenvainado y los niños se dispersaron. El claro estalló en violencia en tanto los jefes se gritaban unos a otros, liberando un torrente de frustración. Emrys se puso de pie con rapidez y se arrojó sobre su tribu, blandiendo la cara plana de su espada, con Aneirin y Gervase a su lado. Madoc corrió a asistir a sus siluros. Entonces Caradoc se levantó, se llevó la trompeta a los labios y sopló.

El sonido lastimero y seductor resonó en los árboles. Sorprendidos, los jefes bajaron las espadas y le miraron. Caradoc golpeó el suelo con el pie.

—¡Los romanos rezan a sus dioses para que una locura como ésta nos sobrecoja! —vociferó. Tenía el rostro blanco y las manos temblorosas de furía—. ¡Sentaos, todos!

Avergonzados y sin pronunciar palabra, se dejaron caer al suelo. Los ojos cautos se fijaron en el hombre alto y delgado, de pie con los brazos rígidos extendidos, su silueta negra contra el trasfondo de las llamas ardientes y anaranjadas que encendían su torques y su corona de modo que parecía delineado en fuego. Volvió a golpear el suelo, bajó los brazos y apoyó las manos en las caderas. «¡Campesinos! —pensó y los escudriñó

con su mirada feroz—. ¡Ganado estúpido! ¡Más preciado para mí que mi propia vida!»

—Os he dicho muchas veces —dijo con deliberación y la voz quebrada por la ira— que ninguna tribu se ha enfrentado jamás a las legiones en una batalla abierta y triunfado. Os lo diré otra vez. Si apostamos todo el lento y doloroso progreso que hemos logrado en los últimos cuatro años a un solo momento de valentía estúpida e imprudente, entonces lo perderemos todo. ¡Todo! Vuestros hermanos habrán sido aniquilados en vano. Vuestros niños habrán muerto de hambre en vano. Debemos continuar como comenzamos, con ataques inesperados y huidas, aprovechando los temores de los soldados, llevándolos a la muerte uno por uno. Entonces, en dos o tres años, Roma se dará por vencida y volveremos a casa.

Gervase se puso de pie.

—Señor —manifestó con voz queda—. Hemos aprendido muchas lecciones duras desde que empezamos nuestra tarea juntos. Ahora estamos cansados. No aguantaremos mucho mas. Escuchadnos, y que esta batalla sea la última. Estamos listos. Si ganamos, habrá una canción que cantar que jamás se olvidará mientras Albion exista. Si perdemos, habremos hecho lo mejor que pudimos y no habrá canciones que recordar durante los largos años de cautiverio. Somos vuestras bestias, arvirago, y como bestias nos han perseguido hasta que nuestros corazones han estallado y se han vaciado de vida. Los perros de Roma son incansables y dentro de diez años todavía podríamos estar arrastrándonos por los bosques. Os lo suplico, dejadnos luchar, y luego liberadnos.

«Estáis equivocados, equivocados, todos vosotros —pensó Caradoc con desaliento. Sentía que las paredes de la voluntad del pueblo se cerraban a su alrededor—. Claudio se cansará de perder dinero y hombres con nosotros. Reemplazará a Scapula. Fijará los limites fuera del oeste. ¡Oh! ¿Por qué no lo comprendéis, tontos?»

—Votemos —exclamó alguien y los demás le imitaron.

—¡Votemos! ¡Votemos, arvirago!

—Vosotros elegisteis un arvirago —les recordó con arrogancia— y donde hay arvirago, no hay votación. —Se hizo silencio. Los ojos seguían clavados en él. Despacio, Caradoc recorrió los rostros delgados y ansiosos y vio en ellos esperanza, temor, incertidumbre, asombro, hostilidad. Pero debajo de todo eso, había amor, y el peso final de una confianza sumisa. Halló la mirada de Eurgain. «Déjalos votar —le decía su voz serena—.

Termina con esto, Caradoc. Ahora es el momento.» Desvió la vista. Los ojos oscuros de Bran también le hablaron y el rostro del hechicero estaba oculto bajo la capucha blanca, pero se dio cuenta de que era inútil recurrir a los druidas. «Bueno, ¿por qué no concluir este asunto? Es posible que Gervase tenga razón. Quizá las tribus estén listas.» Sin embargo, algo en su interior le susurraba con amargura que no era ésa la situación, que no estaban listos para una batalla abierta y que jamás lo estarían. Scapula portaría el águila al oeste con regocijo pérfido y fanfarrón. Cuadró los hombros. «Mi destino se ha cumplido —se dijo a sí mismo—. Ya no puedo hacer más»—. Votad, entonces —rugió con desprecio y la muchedumbre cobró vida—. Aquellos que deseen continuar como he comenzado, levantaos.

Madoc y los siluros se pusieron de pie, junto con algunos démetas. Con asombro, Caradoc vio que Emrys se movía y se incorporaba a su lado.

—No puedo obligar a mi gente —precisó—. Este es mi voto personal.

Sine permaneció sentada.

—¿Qué hay del resto de vosotros? —presionó Caradoc—. ¿Deseáis que os libere de vuestros juramentos? —Los ojos se desviaron, pero las cabezas se menearon y escuchó un coro bajo de «No, señor, jamás»—. Sé lo que queréis, tontos —continuó con suavidad—. Mantened vuestros juramentos y os conduciré a una batalla como deseáis. Si resultamos victoriosos, jamás volveréis a cuestionar mi juicio y si perdemos, os deshonraréis hasta que el último de los romanos haya abandonado estas tierras. ¿Estáis de acuerdo?

No querían aceptar, pero estaban atrapados en su propia trampa. Después de haber volcado su bilis en el Consejo, muchos estaban considerando las cosas de nuevo, pero era demasiado tarde para arrepentirse de palabras orgullosas sin derramar sangre. No querían marchar a la muerte en deshonra ya que los muertos sin honor no descansaban ni regresaban a la vida hasta que su honor fuera vengado. La deuda era eterna. Pero el temor les dominaba. El temor a más penurias y carencias, temor a convertirse poco a poco en campesinos estúpidos y sin tierras, apenas mejor que los animales que mataban para comer. Por fin, con evidente desgana, aceptaron.

Caradoc los despidió. Era una noche serena y oscura, y faltaban muchas horas para el amanecer. De inmediato, llamó a Madoc, Emrys y los jefes de los démetas, y se sentaron junto al fuego desierto para analizar la última prueba. Recordaron todas las lecciones aprendidas durante los años de imprudencia intrépida y desesperada que los había conducido al borde de la

derrota. «Debía terminar así —pensó Caradoc con actitud fatalista—. Los he mantenido unidos por más tiempo que ningún otro arvirago, pero la lealtad al clan siempre es primordial y me han brindado más lealtad de la que merezco. Ahora me la quitan y no los culpo. Es más fácil para mí. Yo no tengo tribu ni familia que me incite a los celos. Pero, oh, Camulos, ¡ojalá hubieran elegido otro momento! Hemos plantado la semilla y el retoño ha brotado con grandes promesas. Pero es muy frágil, muy nuevo, y lo estamos cosechando antes de tiempo.»

—Dejemos que Scapula venga a nosotros —decía Emrys—. Debemos elegir el sitio de la batalla y esperar a que nos encuentre allí. Y debemos hacerlo enseguida, antes de que las legiones nos separen.

Caradoc asintió con expresión distraída. Se sentía vacío, como si hubiera perdido la razón de su existencia y olvidado por qué estaba allí. Sentía que su fuerza y su determinación le habían abandonado. Sabía que por la mañana ya se habría adaptado a las nuevas circunstancias y que podría mirar al futuro como siempre. Pero en ese momento permanecía sentado con las manos sobre las rodillas y la vista fija en el suelo.

Al día siguiente, cuando despertó bajo la llovizna y el viento tibio, había recuperado el dominio de sí mismo y de su pueblo. Llamó a sus espías.

—Id al este —les ordenó—. Buscad a las legiones. Emborrachaos o pelead. Soltad la lengua. Aseguraos de que Scapula se entere de lo que planeamos. —Los despachó y se volvió hacia Cinnamo—. ¿Cuántos guerreros marcharán?

—¿Contando a las mujeres?

—Por supuesto. ¿Acaso te has peleado con Vida otra vez?

Cinnamo esbozó una sonrisa torcida.

—Señor, me he peleado con Vida toda mi vida. ¿Sabíais que cuando me dirigí a su padre para pedirle la copa del matrimonio vació su jarra de vino en mi cabeza y juró no casarse jamás con un pobre harapiento como yo? «¡Madre, qué mujer!», pensé cuando me marché. Entonces me di cuenta de que tenía que ser mía. Pero me hizo pelear por ella, la muy zorra, y desde ese momento, he peleado por, con y contra ella...

Caradoc sonrió.

—La cantidad de guerreros, amigo mio.

—Oh, sí. Si contamos a las mujeres, comandáis diez mil guerreros, señor.

—Y Scapula cinco mil más. Un enfrentamiento parejo, ¿no te parece?

Cinnamo le clavó su inimitable y serena mirada verde.

—Jamás ha sido parejo, señor, y sin embargo, todavía estamos aquí, bajo la lluvia, y el oeste sigue siendo libre. Creo que eso contesta vuestra pregunta.

OceanofPDF.com

CAPITULO 22

En el lapso de dos semanas, un sorprendido Ostorio Scapula oyó que el rebelde se había cansado de su política de desgaste lento y estaba preparado para la batalla final. Al principio no se lo creyó; prefirió pensar que la noticia era otro engaño astuto para iniciar las campañas de verano con una explosión, pero sus exploradores confirmaron el rumor y, por primera vez en incontables meses, pudo dormir sin las pesadillas provocadas por su estómago revuelto. Al fin, al fin, Caradoc le había hecho el caldo gordo con una ceguera increíblemente ingenua. De pie con sus tribunos bajo el cuartel general que chorreaba agua, Scapula observaba a los soldados apresurarse a empaquetar sus provisiones; deseaba correr bajo la lluvia y chapotear alegremente en los charcos como un niño. Había hecho bien en no ceder, en no cesar de acosar al oeste. El bárbaro, en su animalidad simple, se había derrumbado primero, como Scapula siempre había sabido que ocurriría.

«Ahora, divino Claudio —pensó satisfecho—, ahora veremos.» La horda salvaje avanzaba hacia el norte, todavía al abrigo de las montañas, y los exploradores les seguían el paso bien ocultos en los arbustos densos junto a los senderos. Nadie había intentado interferir en su marcha y por eso, Scapula pudo confirmar que la intención de Caradoc era resuelta. Quería que Roma le encontrara. Obsequió una sonrisa inusitada y radiante a su subjefe.

—No creo que este año la guerra dure demasiado, Gavio. ¡Qué golpe de fortuna! ¡Caradoc y su ejército, ambos en el mismo lugar y, de hecho, esperándome! Era de suponer que después de todo este tiempo el bárbaro estúpido haya aprendido algo de sentido común. Debe saber que nadie nos iguala en la batalla campal.

—He oído decir que no fue una cuestión de sentido común, señor —repuso con cuidado el tribuno, admitiéndolo con una cierta desilusión.

Los oficiales sentían un gran respeto por aquel terco y hábil enemigo al que nunca habían visto, y sus cartas rebosaban especulaciones sobre él que toda Roma había terminado por compartir. ¿Qué clase de hombre podía resistirse no a una sino a dos legiones durante más de cuatro años? ¿Era humano o un demonio emergido de los ríos donde las tribus adoraban a sus dioses? Las madres asustaban a sus hijos revoltosos con la mención de su nombre. Las jóvenes soñaban con ser capturadas por él, con luchar contra él y vencerle, y los miembros aburridos y hartos de la comitiva de Claudio animaban los largos días de invierno con chismorreos inquietantes sobre él.

Era desfigurado, un monstruo; el hijo bastardo de un comerciante romano que había seducido y abandonado a su madre, y había jurado vengarse. Era Marte mismo que venia a despabilar a sus débiles adoradores. Hasta la nueva esposa de Claudio, Agripina, se prestaba al juego cuando no estaba ocupada planeando otros menos inocuos. Pero Claudio, al recordar los ojos hostiles y desdeñosos de la princesa bárbara que le había desafiado hacia años, no se unía a la diversión. Había perdonado a Plautio por casarse con ella; en realidad, no podía haber hecho otra cosa, pues Roma le había recibido con una ola de ovaciones públicas e histéricas y Claudio había obsequiado a la pareja otra finca y un par de caballos de tiro para el circo. Pero no los alentaba a ir a la corte y se habían retirado agradecidos a las residencias ancestrales de Silvano. Claudio sabia quién era el arvirago del pueblo. Era un hombre. Brillante, carismático, pero de todos modos un simple hombre que comía y dormía, peleaba y amaba y, como tal, un día sería derrotado y se quedaría de pie allí frente a él, en el corazón del mundo. Claudio podía esperar.

—Caradoc no escogió libremente una confrontación abierta —prosiguió el tribuno—. Sus jefes se han cansado de las tácticas hostiles y quieren que el asunto se decida de una vez.

Scapula le clavó una mirada penetrante.

—De manera que tú también lo has erigido en una especie de héroe popular, ¿eh? —Contempló el paisaje gris—. Cambiarás de idea cuando lo veas. No es más que un loco sucio, flaco e inculto. —La voz del comandante se elevó una pizca y su rostro comenzó a enrojecer.

—Sí, señor —se apresuró a contestar el tribuno.

Caradoc estaba de pie reflexionando con el entrecejo fruncido bajo el casco alado, cuando Emrys se acercó y le apoyó con apremio una mano en el brazo.

—Arvirago, debéis decidir, y pronto —manifestó—. Hemos marchado durante cuatro días junto al río y pasado muchos valles; tenemos que detenernos. Las legiones están a dos días de distancia.

—Lo sé —contestó Caradoc de manera automática—. Lo sé. Dadme un momento, Emrys.

Habían bajado de las montañas por primera vez desde hacía meses, al pie de las colinas empinadas y rocosas y del gran río que se originaba cerca de la aldea de Emrys. Luego habían girado al norte en busca de un buen

lugar donde atacar. Caradoc sabía que los árboles sobre él estaban llenos de exploradores romanos, pero prohibió a Madoc que los eliminara.

«Que miren y cuenten, que corran a Scapula para que venga enseguida, enseguida, y después, oh, por favor, Madre, después un poco de paz, un poco de descanso.» Meneó la cabeza con decisión y agitó una mano hacia los jefes para que continuaran.

—¡Este sitio no servirá! —gritó—. Con resignación, prosiguieron andando dispersos, iluminados por el sol del atardecer. Caradoc los observó y le pareció verlos atravesar una neblina fina y empapada de sangre. Los siguió. No sabia bien qué estaba buscando, pero ninguno de los valles que había visto hasta el momento había despertado en él la certeza inmediata de que ése era el lugar, y algo en su interior le hacia mirar más allá, en la próxima pendiente cubierta de árboles, el siguiente declive extendido de rocas grises—. Acamparemos después de la siguiente curva —avisó a su séquito—. Madoc, le toca a los siluros montar la guardia. Ocupaos de eso. —A sus espaldas, oyó que comenzaban los cantos. El ejército había cantado cada anochecer desde que habían dejado las montañas y sumergido sus cuerpos pegajosos y fuertes en el agua. La canción creció de manera repentina, recogida por diez mil gargantas mientras el sol se convertía en una bola ardiente enredada en los árboles. Aquella noche era una canción sobre incursiones, colmada de palabras de victoria, y Caradoc la escuchó sin alterarse, insensible a los tonos intensos y vibrantes que se elevaban contra las colinas y descendían como una cascada al lecho del río. Su fuerza de avance ya había desaparecido y él mismo se estaba aproximando al pie de un saliente de tierra que se prolongaba al río. El sol bajó más. Caradoc llegó al saliente y lo rodeó despacio, sin pensar en nada, sólo en un fuego y en comida. De pronto se detuvo.

Estaba frente a un valle que se abría a su izquierda. La desembocadura terminaba a un kilómetro y medio, y el nuevo saliente se oscurecía con el velo del anochecer. El valle retrocedía, primero había un declive plano salpicado de rocas grises puntiagudas como agujas que hubieran caído de la meseta de más arriba, luego se elevaba de forma abrupta a una cuesta en la que se veían piedras grandes enterradas y algunos árboles enanos, además del cerco de una fortificación antigua. El sol ya casi se había puesto y haces de luz lúgubres y amenazadores, que se disolvían con las sombras melancólicas de la noche, iluminaban el sitio entero, vacio y silencioso. Caradoc permanecía sin moverse en el lugar.

Cinnamo se detuvo a su lado y silbó.

—Éste es el lugar, señor, sin duda alguna. ¡Podemos reparar las defensas cuesta arriba y ni siquiera Scapula podrá pelear sobre esa colina!

—Creo que tienes razón, Cin. Emrys, avisad a los hombres que no deseo que acampen aquí abajo. Enviadlos a la meseta sobre el valle, podrán prender las fogatas bajo los árboles.

—¿Entonces habéis escogido este sitio? —le urgió Emrys—. ¿Pelearemos aquí?

Caradoc se encogió de hombros.

—No estoy seguro. Os lo diré por la mañana.

Emrys se puso de pie.

—Para entonces, quizá sea demasiado tarde —replicó, pero se alejó y Cinnamo se fue con él.

Caradoc alzó la cabeza para contemplar a las tribus subir la ladera empinada. La oscuridad era casi total y en algún punto al otro lado del río, perdidos en el crepúsculo húmedo y lóbrego de principios de verano, quince mil hombres esperaban para aplastar el orgullo de su gente. Se sentía solo y abandonado, y lleno de presentimientos. Se sentó en una roca ensombrecida y permaneció allí un largo rato; la brisa nocturna se levantó y le llevó los olores penetrantes y dulces de las hojas recién nacidas, la savia, y el perfume salvaje y delicado de la aulaga espinosa.

«Oh este aroma el día de mi boda —pensó—. Eurgain y yo, jóvenes, inocentes y llenos de esperanzas impetuosas. Ojalá los hombres no fueran sólo tontas y estúpidas piezas del juego del destino. Ojalá pudiera tomar el destino en mis manos y doblegarlo a mi voluntad. Cin tenía razón. Ningún lugar nos será tan útil como éste y es un buen augurio. Sería disparatado seguir marchando y ser sorprendidos por Scapula en un sitio donde no podamos volvernos para pelear.» Apoyó la cabeza en las rodillas, enlazó los dedos y se los llevó a la nuca. «Me quedaré aquí. No seguiré huyendo.» Se sentía atrapado en las garras del destino, pero combatió la sensación. «Yo seré el jefe —pensó con terquedad—. Yo comandaré mi alma.» Pero no se movió; las estrellas salieron y todo el valle resplandecía con la fría luz plateada de la luna ascendente.

Por la mañana, sus espías le informaron que los despachos habían retrasado a los romanos. Scapula se estaba asegurando de que su retaguardia estuviera a salvo antes de la batalla final. Sentía que podía tomarse su tiempo y los soldados realizaron las preparativos de último

minuto en tanto los espías regresaban con la noticia de que las tierras bajas estaban tranquilas.

Caradoc puso a trabajar a cada hombre y mujer, y pasaron el día juntando rocas para reparar la pared curva detrás de la cual se refugiarían y los hombres libres usarían sus hondas. Él, Emrys y Madoc, de pie en lo alto de la meseta, observaban la tierra que refulgía bajo el sol de verano.

—No quiero que los jefes peleen hasta morir —explicó—. Si la batalla no nos favorece, ordenadles que huyan para que podamos luchar otro día. Inculcadles, amigos míos, que aunque es honorable morir peleando, es mejor tragarse el honor y vivir para continuar la lucha.

—Dudáis —acotó Emrys. Caradoc se volvió hacia él con fastidio.

—¡Por supuesto que dudo! Si ganamos mañana, será la primera vez que una agrupación de tribus lo haga. Tenemos muchas posibilidades de triunfar si las tribus obedecen las órdenes, pero ambos sabéis tan bien como yo que si insisten en pelear por su cuenta, ni siquiera yo seré capaz de mantenerlas unidas en el ardor de la batalla. Dependerá de vosotros, de los dos, controlar a vuestra gente.

Por un momento contemplaron la actividad que bullía más abajo. El valle hormigueaba con figuras vestidas de marrón y gris, las mangas enrolladas y los fuertes músculos tensos. La pared ya no se veía tan desvencijada. Las tribus trabajaban con ánimo alegre, reían y cantaban como si estuvieran preparando los sacrificios de primavera, y ese regocijo irritaba a Caradoc.

«Niños —pensó—. Todos son unos niños.» Se volvió con brusquedad.

—Emrys, vos y vuestra tribu ocuparéis la parte central del valle. Madoc, los siluros se colocarán a la derecha, donde estaremos más indefensos. Los démetas lo harán a la izquierda —señaló—, donde los árboles atestan la hondonada del valle y la caballería no podrá pasar. Reunid a vuestra gente contra el río para que podamos atacarlos con rocas y piedras mientras intentan vadearlo. Después retrocederemos detrás de la pared. —Los dos jefes asintieron—. Y una cosa más —añadió—. Esta noche, la gente arrojará sus harapos a las fogatas; ya no nos esconderemos detrás de los colores de los animales.

Cuando el sol se puso, la pared estaba entera y cubría el kilómetro y medio pedregoso de lado a lado del valle, casi hasta la altura del hombro. La gente se retiró a la meseta a lustrar las armas y a hacer sus conjuros. Los dioses habían viajado con ellos y Caradoc, al ir de fogata en fogata,

escuchaba voces suaves alrededor de las figuras de piedra y madera acuclilladas o sentadas con las piernas cruzadas frente a sus adoradores, con sus tres rostros o tres cabezas, desfiguradas y grotescas, con vientres hinchados o delgadas como estacas de avellano. El y los jefes se habían detenido junto al río para observar a Bran mientras sumergía hojas de roble en el agua y mascullaba sus hechizos. Luego habían arrojado a las profundidades cenagosas las últimas espadas capturadas. La diosa no respondió, pero un pez muerto emergió de repente y flotó en la superficie como una franja multicolor de sol de invierno o de nieve. Era un buen augurio.

La noche había llegado, una furiosa puesta de sol con nubes de tormenta negras con vientres, ardientes y anaranjados. Los espías también habían llegado. Scapula estaba cerca. Caradoc caminó con ellos hasta el borde del paso y miró; mil fogatas titilaban al otro lado del río e incluso mientras intentaba contarlas, oyó al trompeta que tocaba la tuba para las ceremonias vespertinas a Júpiter. Despidió a los espías y se dirigió a su tienda, contento porque las cosas estaban llegando a un punto decisivo. Entró en la tienda.

Eurgain le estaba preparando el atuendo para el día siguiente: calzones amarillos ribeteados con hilo de oro, la túnica azul con cuadrados amarillos y negros y la capa escarlata, larga y suave, con borlas doradas. Había abierto la caja donde guardaban las joyas de ambos y Caradoc se acercó, levantó los brazaletes de plata, los broches con tachones de coral y las coronas engastadas con perlas rosadas.

—Cin trajo tu escudo —comentó ella—. ¿Lo usarás? —Él se volvió hacia su escudo ceremonial apoyado junto al de madera gastado y lleno de cortes. Sacudió la cabeza.

—El esmalte se estropearía —fue todo lo que pudo decir. Se le había hecho un nudo en la garganta al ver los dedos morenos de Eurgain moverse entre los juguetes valiosos de otro tiempo—. Eurgain —añadió—, quiero a las mujeres de reserva. No confío del todo en los démetas. Pelean bien pero son todos como Tog. Si la primera carga no tiene éxito, se confunden enseguida. Y tal vez necesite enviaros a ti y a Vida a fortalecer el flanco izquierdo.

—¿Y Llyn y sus jefes?

Caradoc se dejó caer en el suelo y se sirvió cerveza.

—Llyn peleará a mi lado. Protestará, pero esta vez le necesito cerca.

—¿Y las niñas?

—No participarán. Se quedarán en la retaguardia, con los niños y los ancianos. —Bebió sin placer y Eurgain cerró la caja de joyas y se sentó junto a él.

—¿Qué pasará si no ganamos, Caradoc?

Bajó la cerveza y la atrajo hacia sí; tomó una trenza en las manos y la deshizo con lentitud.

—Huiremos. De regreso al oeste o a Brigantia. Y empezaremos todo de nuevo. —Agitó el cabello ondulante, lo soltó y comenzó a deshacer la otra trenza.

—A veces pienso que envejeceremos y moriremos en estas montañas —aventuró ella—, y que nunca tendremos un hogar que no sea una tienda mojada o una capa deshilachada, ni un momento en el que podamos reír sin temor o pasearnos bajo la luna sin peligro.

Caradoc no hizo ningún comentario, pero juntó la cabellera dorada y veteada de blanco en sus manos y escrutó el rostro bronceado.

—Eurgain —dijo—. Te quiero. ¿Hace cuánto tiempo que no te lo decía?

Los ojos azules se agrandaron con sorpresa y júbilo.

—Creo que nunca lo has hecho —replicó, y su voz reprodujo la emoción que la embargaba. Él la besó largamente; sabía que el tiempo no se detendría para ellos y que de una manera cruel e inevitable, el crepúsculo se haría noche; la noche, amanecer, y quizá no volvería a tenerla jamás en sus brazos, la mujer que era su otro yo. La batalla venidera prestó una intensidad lenta a la pasión de ambos, proporcionó a sus cuerpos cansados la frescura sombría de hábitos ejecutados por última vez, de alegrías que se debían disfrutar con una disposición sutil y cuidadosa, y cuando ya no quedó nada por decir, durmieron profundamente, uno contra el otro.

Bajo la luz pálida y soñolienta del amanecer, despertaron y se vistieron deprisa. Se ciñeron las espadas sobre las túnicas brillantes y ostentosas y recogieron sus escudos. Luego se despidieron, hablando con cuidado como si el mediodía fuera a reunirlos para comer carne alrededor del fuego del Gran Salón. Se separaron con indiferencia estudiada: ella para encontrarse con las mujeres que se estaban congregando bajo los árboles inmóviles y él para bajar a la hondonada del valle, donde le esperaban Cinnamo y Caelte.

La mañana era cerrada y opresiva. Las nubes se amontonaban en una masa sólida de extremo a extremo del horizonte y en el este, flameaban los rayos. El aire, tan denso que Caradoc sentía que sus piernas le empujaban,

parecía cargado de amenazas. Las cabezas de los hombres daban vueltas por la necesidad de más sueño y los pensamientos brotaban perezosamente.

Los tres caminaron hasta el agua y se detuvieron para mirar la omnipotencia activa de Roma. A lo lejos, en la retaguardia, la caballería trotaba de un lado a otro, las plumas de crines de caballo de los hombres montados casi no se movían en el aire sofocante y, en la extraña claridad de la luz que precede a una tormenta, Caradoc divisó a un grupo de oficiales que estaban siendo instruidos. Hasta podía ver sus facciones. ¿Seria Scapula uno de ellos? El ejército se arremolinaba en una delgada franja de tierra plana junto al río, miles de insectos con cascos y armaduras de hierro, todos tenebrosamente idénticos a los ojos de los jefes. Junto al agua, una columna de incienso se elevaba derecha en el aire.

—¿Qué están haciendo? —inquirió Caradoc con curiosidad.

—Leyendo los augurios —explicó Caelte—. Es la segunda vez esta mañana. El clima está alterando a los soldados y creo que han exigido una lectura más clara de los augurios antes de la batalla.

—Entonces sus sacerdotes tendrán que mentirles —se apresuró a decir Cinnamo—. Porque ganaremos y nadie se atreverá a decírselo.

—¿Están listos todos los jefes? —preguntó Caradoc.

Cinnamo asintió y se volvieron para echar una ojeada atrás. Los hombres de las tribus se extendían en línea a lo largo del kilómetro y medio que cubría todo el frente, un estallido multicolor cálido y vibrante, resplandeciente en la luz opaca. Los jefes lucían con orgullo sus escudos de bronce y cascos gruesos; sostenían las lanzas rígidas y en alto, y llevaban las capas echadas hacia atrás, barriendo el suelo. Frente a ellos, se alineaban los hombres libres, algunos con túnicas sencillas y otros desnudos; el azul apagado de sus tatuajes intrincados se mezclaba bien con el gris de las rocas circundantes. Todos tenían sus escudos de cuero y las bolsas llenas de piedras y astillas de roca dura colgaban de sus hombros.

Caradoc se volvió hacia sus hombres, los tomó de las muñecas y los abrazó.

—Seguridad y paz —susurró—. Me habéis servido bien, los dos, queridos míos. ¡Que viváis de nuevo!

Cinnamo y Caelte contestaron deprisa, confundiendo las palabras, sobrecogidos de pronto por el mismo presentimiento que había hecho aflorar lágrimas inesperadas en los ojos del arvirago. Luego los tres

atravesaron corriendo las filas de hombres libres y subieron adonde Llyn y sus jóvenes jefes se paseaban inquietos con ojos excitados.

Caradoc recogió su espada, se desabrochó la capa y la dejó caer. Se volvió. Todo parecía tan espantosamente familiar que por un momento, con un sesgo de la mente horrible y enfermizo, creyó estar acostado con Eurgain en su cama en Camalodúnum soñando, pero luego el aturdimiento pasó. La atmósfera era amenazadora; las nubes, bajas y negras, y un silencio súbito y expectante reinaba en el valle mientras ambos ejércitos esperaban el impacto del combate. El terror acechaba en los limites de la conciencia de Caradoc, pero respiró hondo y lo reprimió. De repente, la trompeta romana sonó fuerte y sobrecogedoramente desde el otro lado del río y las primeras filas de soldados entraron en el agua. Caradoc se llevó su trompeta a los labios y sopló con todas sus fuerzas. La nota aguda y salvaje chocó contra los árboles a ambos lados y resonó con una intensidad cien veces mayor. Caradoc desenvainó su espada y, tras saltar a una roca grande, la hizo girar sobre su cabeza.

—¡Una mañana de muerte! —gritó—. ¡Una mañana de batalla! ¡Camulos para los catuvelaunos!

Con un rugido, las tribus se lanzaron hacia delante, golpeando los escudos; gritaban y chillaban y, en la vanguardia, los hombres libres hacían girar sus hondas. Los legionarios ya caían en el agua, ciegos por las piedras de las hondas, pero muchos más fluían a montones detrás. Y entonces, de improviso, ya estaban luchando al lado de la orilla y sus compañeros salían del agua a sus espaldas como olas de escarabajos negros. Caradoc se bajó de un salto y corrió; Cinnamo y Caelte le siguieron, y Llyn y su banda los rodearon con las espadas en alto. Se abatieron sobre los soldados con un destello lóbrego y frío en los ojos, mientras sus brazos ejecutaban una venganza despiadada.

Durante tres horas, las tribus pelearon como hombres enloquecidos. Habían aprendido bien las lecciones de Caradoc. Roma no lograba alinearse para atravesar las sibilantes espadas, y los soldados se encontraron aislados, forzados a combatir sin un brazo amigo junto a ellos y, además, entorpecidos por el temor a la tormenta incipiente.

Scapula observaba. No estaba preocupado y cuando vio que su primera ola de infantería de choque no lograba avanzar, ordenó la movilización del resto. Obedientemente, sus tropas vadearon el río, seguidas en los flancos

por tropas auxiliares que peleaban con las mismas armas de las tribus puesto que eran reclutas de la Galia y de Iberia.

De pronto, Caradoc oyó un gran gemido. Los démetas se habían cansado y los oficiales, al ver que los hombres de la tribu vacilaban y se quebrantaban, hicieron sonar las trompetas. Los soldados salieron de la orilla chorreando agua para formarse deprisa y atacar a los démetas desorganizados; éstos maldijeron, se dispersaron y huyeron cuesta arriba y más allá de los árboles. Luego Caradoc vio a las mujeres salir del bosque muy por encima del clamor caótico, con las espadas alzadas. Creyó vislumbrar la rígida máscara color cobre de Sine. Bajaron los lados del valle donde Roma ya presionaba adrede hacia Emrys y los ordovicos, y cayeron sobre la retaguardia desprevenida de los soldados como diosas vengadoras. Después, Caradoc no pudo ver más, dado que la lucha se dirigió hacia él y se volvió para pelear.

Las tribus retrocedían poco a poco. La huida desordenada de los démetas había dado a los legionarios la posibilidad de agruparse y en ese momento enfrentaban a los ágiles jefes en bloques casi inexpugnables de escudos unidos detrás de los cuales las pequeñas espadas brincaban como dientes de víboras.

Scapula se animó. Era el mediodía y estaba hambriento, hambriento por primera vez después de casi cinco años al ver que los jefes reculaban contra la pared de defensa y la saltaban, y que la tierra que tenía delante perdía los colores variados y se volvía gris uniforme.

—Testudo —ordenó satisfecho, y la orden voló de unos a otros. Las trompetas sonaron. Los legionarios formados se fusionaron en un frente sólido contra la pared de roca y juntaron los escudos sobre sus cabezas con yelmos. Los jefes que se inclinaban para cortar las cabezas romanas veían que sus hojas chocaban contra una superficie dura. Los romanos habían empezado a oler la victoria. Con la esperanza reavivada, rompían la pared mientras los hombres de las tribus les lanzaban rocas y se estiraban para atravesar la coraza impenetrable.

Caradoc pasó la mirada por lo alto de la pared, advirtió el atolladero y gritó:

—¡Atrás! ¡Todos! ¡A la cima!

Buscó a Llyn pero no le vio y cuando se volvió para huir a la meseta con los otros guerreros harapientos y ensangrentados, oyó un nuevo aullido. Habían empezado a llover flechas entre los defensores, disparadas por las

tropas auxiliares, y los hombres y mujeres que trepaban la ladera caían traspasados por la espalda. Caradoc corrió. Cinnamo y Caelte se sumaron a su huida y apresuraron el paso hacia el borde del valle exigiéndole el máximo a cada porción de su musculatura. Pero parecía que no progresaban, como si estuvieran inmovilizados en una pesadilla interminable, con las flechas silbando a su alrededor. Cinnamo gritó:

—¡No está todo perdido, señor! ¡Podemos volvernos y derrotarlos y serán ellos los que treparán la colina!

—¡Ahórrate el aliento! —replicó Caradoc. Oyó el siseo agudo de una flecha cercana y se arrojó al suelo.

—¡Ah, señor! —exclamó Caelte. Caradoc oyó otro sonido, un hipo débil y abrupto. Se volvió. Cinnamo yacía a su lado, con las palmas de las manos contra el suelo y esforzándose por levantarse. Los ojos redondos y verdes como el mar estaban llenos de espanto y un chorro de sangre brillante brotaba de su boca.

—¡Por la Madre! —tosió—. ¡Me han dado! —Se desplomó y dobló un brazo detrás de él, pero arañó en vano la varilla negra que sobresalía de su espalda. Luego la mano resbaló a un costado, los ojos se nublaron y murió.

Durante un instante de parálisis, el ruido de la batalla cesó. El tiempo se detuvo. Los jefes que corrían disminuyeron la velocidad de sus pasos y apenas se movían. Caradoc se tiró sobre el cuerpo de su amigo; su mejilla golpeó las trenzas rubias manchadas de sangre y alargó los brazos para estrechar la espalda musculosa todavía tibia.

—¡No, tú no, Cin! —susurró con estupor—. ¡Madre, tú no! —Las lágrimas manaban en un doloroso fluir de ira y sensación de pérdida; se enderezó para contemplar el rostro plácido e impasible, indiferente a los soldados que se acercaban. Cinnamo le miraba con tristeza. Caradoc se incorporó, le apoyó un pie en la espalda y se inclinó. Arrancó la flecha con ambas manos, la partió sobre la rodilla y la arrojó lejos. Después se agachó de nuevo para levantar el cuerpo con suavidad. Pero Cinnamo, a pesar de ser un hombre ágil, tenía una complexión fuerte y Caradoc no pudo alzarlo.

Sollozando con frustración, se acuclilló. Caelte le sacudió el hombro; sus propias lágrimas salpicaban el suelo.

—Es el destino, señor. No podéis hacer nada salvo llorarle; él no habría querido que murierais por su culpa. Debemos seguir peleando.

Caradoc asintió y se puso de pie, sin prestar atención a la nueva oleada de flechas que golpeaban las piedras cercanas. Se apresuró a desatar el cinto

de Cinnamo y las lágrimas fluyeron de nuevo mientras arrancaba la espada de entre los fuertes dedos. Se inclinó por última vez, besó la frente ancha y huyó con Caelte al refugio de los árboles. Mientras tomaban aliento para la última subida, un manto de fuego blanco iluminó los cielos, un trueno ensordecedor y horripilante bramó justo sobre ellos y las nubes cargadas se abrieron. Una cegadora cortina de lluvia tibia cayó y los empapó antes de que llegaran al abrigo del bosque, pero apenas lo advirtieron. Caradoc corrió y apoyó la espada de Cinnamo contra un árbol, luego se unió a los otros, puesto que los romanos se aproximaban como bestias desalmadas y los jefes, por fin, se volvieron para enfrentarlos.

La voluntad de las tribus no había sido destruida. Durante otra hora, lucharon contra las legiones. Los recuerdos amargos de los largos años pasados prestaban una fuerza brutal y sobrehumana a brazos que habían dejado de registrar la fatiga. Pero, de manera inexorable, la batalla se volvió contra ellos. La lluvia caía sin cesar y convertía las laderas empinadas en riachuelos traicioneros y enfangados, y los hombres peleaban y morían hundidos hasta los tobillos en el suelo flojo y mojado. Bajo los árboles la tierra estaba más seca y allí la lucha fue feroz, pero los jefes caían uno por uno y la tarde avanzaba con monotonía. Por fin, Caradoc buscó a Madoc.

—Pasad estas palabras —le instruyó—. Es hora de escapar. Dispersaos dentro de los bosques, id al oeste y al norte. Nadie más debe morir si queremos continuar peleando. —Madoc se alejó con paso cansino y Caradoc empezó a buscar a Llyn y a su esposa, y a Vida. «Oh, Madre, Vida —pensó con un pánico cercano a la histeria—. ¿Qué le diré?» A su alrededor, vio que su ejército comenzaba a desaparecer; los hombres se apresuraban agazapados en la penumbra, de dos en dos y de tres en tres. Pero Scapula, que estaba al otro lado del río con su Segunda bajo la lluvia torrencial, rechinaba los dientes al ver lo que estaba ocurriendo.

—¡Están huyendo! —exclamó—. ¡Que la caballería vaya tras ellos! ¡Si Caradoc escapa de nuevo crucificaré a todos mis oficiales! —Se le revolvió el estómago y se sintió muy mal, pero se obligó a mantener los hombros erguidos. El valle estaba cubierto de bultos empapados: los cuerpos de los muertos. «Por favor, Mitra —rogó—, que uno de ellos sea Caradoc.» A su derecha, Caradoc oyó el relinchar de caballos, pero no se detuvo; siguió corriendo con tanto sigilo como se lo permitían sus piernas doloridas. La caballería era inútil en esas tierras tan arboladas y llenas de desfiladeros, hendidas violentamente por arroyos rugientes que bajaban al río con

precipitación; no temía ser interceptado. No sabía adónde iba, se limitaba a correr y el sonido de los soldados detrás se fue extinguiendo. Caelte le acompañaba. Por un momento, redujeron la marcha y, de pronto, una figura vestida de blanco salió de detrás de un roble. Caradoc se llevó una mano a la espada pero su bardo murmuró:

—¡Bran!

El druida se aproximó con presteza y no anduvo con rodeos.

—Escúchame, Caradoc. No gires en círculo. Me quedaré y buscaré a Eurgain, a Llyn y a las niñas, lo juro, y los enviaré contigo. Para las tribus, tu vida es más preciosa que la de ellos, y lo sabes. ¿Dónde está Cinnamo?

—Muerto —musitó Caradoc. Sintió la fría sencillez de la palabra como una flecha en su propia espalda y Bran se quedó callado un momento sin saber qué decir.

—Es un golpe cruel —comentó al fin—. Mano de Hierro fue uno de los más grandes guerreros catuvelaunos. Pero no le llores, amigo mío. Murió colmado de honor y vivirá de nuevo. —Se adelantó—. Ahora, no regreses al oeste. Scapula no cesará de buscarte y durante muchos meses, los hombres del oeste serán perseguidos como animales. Antes de que Madoc y Emrys puedan volver a reunirlos, muchos habrán muerto. De ninguna manera debes ser capturado. Ve a Brigantia. Busca a Venutio. Al menos te dará refugio y te esconderá. —Le abrazó y luego le apartó—. Corre. ¡Corre! Incluso ahora, Scapula está buscándote entre los cadáveres. Mantén el sol sobre tu hombro izquierdo. —Sin otra palabra, se volvió, se mezcló con el manto gris que pendía alrededor de los árboles y desapareció. Caradoc se quedó escuchando el silencio. La agonía mortal de su gente estaba lejos.

«Eurgain —pensó—, mi amor, ¿debo dejarte? ¿Y a mi hijo y a mis niñitas?» Oyó las gotas tristes, las gotas de agua en las hojas, y aspiró el aroma secreto y solitario del bosque. Con lentitud y reverencia, deslizó los dedos por la espada de Cinnamo cubierta de sangre coagulada y percibió un fin, una grieta en la continuidad uniforme del tiempo que de algún modo tendría que saltar para luego continuar tambaleándose.

—Bien, Caelte —dijo—. Estamos solos, tú y yo. Corramos.

Dos días después, el oeste hormigueaba con patrullas. Con una intuición producto de cinco largos años, Scapula supo que Caradoc no retrocedería en territorio ordovico. Esa vez no. Su ejército estaba disperso, su trabajo concienzudo destruido y necesitaría tiempo para recuperarse. Por lo tanto, el comandante envió a las tropas auxiliares a las colinas que resguardaban

la hondonada entre el oeste y Brigantia con el fin de interceptarle antes de que se les escabullera de las manos. Scapula era consciente de que sus posibilidades eran escasas. Las tribus habían vuelto a desaparecer al amparo secreto e inexpugnable de las montañas y los soldados se movían sin temor a ser fastidiados, pero era como buscar una sombra en un país de sombras, y la única esperanza de Scapula era llegar a la hondonada y llenarla con sus hombres antes de que el rebelde la alcanzara. Se paseaba furioso junto al río, con la lluvia tamborileando en su peto y su cabeza, y observaba a los soldados amontonar los cadáveres para ser quemados. Su estómago estaba en llamas. Apenas unos cuatrocientos hombres de las tribus habían caído en batalla. Tan pocos, y el resto había huido. Scapula no era tan ingenuo para imaginar que el Oeste estaba vencido. Las tribus se lamerían las heridas en silencio por un tiempo y después Caradoc regresaría con ellas, tal vez con refuerzos seducidos por la miel de sus palabras. Entonces, Claudio perdería la paciencia y le reclamaría en Roma, no para ensalzarlo sino para desacreditarlo.

El sudor cubrió su frente y se mezcló con el aguacero tibio. Su reputación dependía de dos posibilidades débiles y efimeras: capturar a Caradoc y descubrir las fortalezas de los hombres del oeste. Ninguna parecía demasiado probable, pero había hecho todo lo posible y si se apiadaba de sí mismo, más se apiadaba de su sucesor. Albion era una trampa sórdida y llena de magia.

Se volvió hacia su subjefe.

—Gavio, quiero que las cohortes se movilicen al sur y al Oeste. Que registren toda Siluria. El rebelde tiene sus más férreas lealtades allí y si somos capaces de destruirla tal vez las otras tribus del oeste se rindan. —Contempló las columnas de humo negro y pestilente que se curvaban con pereza en la cortina de la tormenta—. Quiero a los siluros exterminados, a todos. Cada hombre, mujer y niño. Que las legiones quemen sus campos. Que incendien las aldeas. No habrá resistencia por un tiempo. —No esperó una respuesta. Se volvió y se alejó hacia su bote y luego a la soledad tentadora de su tienda. Tenía frío, estaba mojado y se sentía muy desdichado.

Caradoc y Caelte yacían al borde del paso, ocultos por la vegetación tupida y brillante de los acebos que se aferraban con obstinación a la saliente que parecía la cresta de una ola congelada. Habían corrido durante tres días, deteniéndose sólo para dormir unas pocas horas cuando el

agotamiento les impedía seguir andando y para cazar conejos cuando el hambre les urgía, aunque sin atreverse a encender un fuego, siempre conscientes de la presencia invisible de los soldados a su alrededor. Pero correr era un bálsamo, correr era anestésico, una terapia bendita y mecánica de movimiento automático en la que los pensamientos morían y los instintos se extremaban para interpretar los sonidos circundantes.

Al anochecer del primer día cruzaron un arroyo. Se desvistieron y se quitaron las ropas brillantes, arrancando las borlas y galones, y pisoteado las capas, túnicas y calzones en el barro marrón. Por primera vez, Caradoc lamentó llevar esos harapos pardos. Luego reanudaron la marcha, vestidos sin color como el moho de las hojas y la oscuridad, ni siquiera la luna había registrado su paso.

Por fin, la hondonada yacía debajo de ellos, con un río que corría caudaloso y profundo, ya colmado de sombras aunque el sol todavía se filtraba a través de las hojas oscuras de los acebos. Y entre ellos y las orillas desnudas y bordeadas de árboles esperaban los soldados.

Caradoc miró hacia abajo. Scapula los había vencido.

—Tenemos que regresar —susurró Caelte—. Podemos cruzar más al sur. —Pero Caradoc no respondió.

Había un fuerte más al sur y el valle que se extendía hacia el oeste era ancho y albergaba muchas aldeas. Además, era imposible retroceder. Los bosques estaban atestados de patrullas. Se quedó muy quieto, con los ojos cerrados y pensativo. Los hombres de ahí abajo no eran soldados regulares.

Eran tropas auxiliares, hombres de Tracia o de la Galia, expertos en rastrear y capaces de atravesar los bosques como ciervos silenciosos. Eran sus primos de sangre, sabía Caradoc, pero también sabia que no podían ser sobornados. Aunque miraban el mundo con ojos tan azules como los de Eurgain, eran romanos de corazón, arrancados de sus tribus desde niños, y le perseguirían de manera implacable, como a un enemigo. Descartó bruscamente los pensamientos sobre su esposa, abrió los ojos y miró a Caelte.

—Tiene que ser por aquí —afirmó—, y esta misma noche. Si esperamos otro día, nos atraparán. Las patrullas nos van pisando los talones. La luna está menguando y hay nubes en el este, así que quizá la noche sea lo bastante oscura para que podamos cruzar el río sin ser vistos.

—No conocemos los vados —objetó Caelte—. Y por supuesto, no nos verían, pero podrían oírnos. Necesitamos a Bran para que paralice a los

soldados con un hechizo.

Caradoc señaló:

—Nos abriremos paso a lo largo del desfiladero y cruzaremos allí, donde los árboles son más densos. Habrá un centinela o dos, pero seremos dos sombras más. Ahora debemos dormir. Tú primero, Caelte.

El bardo no discutió. Se hizo un ovillo como un zorro y se quedó dormido casi al instante, pero hasta en su inconsciencia permanecía alerta. Caradoc se tendió a su lado con los ojos puestos en aquel rostro bondadoso; sufría al contemplar la hierba vacía a su derecha, donde debía haber estado el cuerpo tibio de Cinnamo. Desvió con resolución todo pensamiento sobre su familia. «Ahora, cada uno de nosotros está solo —pensó—. Vivos o muertos, ya no podemos hacer nada el uno por el otro.» La luz dorada se tornó rosada y pálida. En la oscuridad, Caradoc apretó contra sí la espada de su escudero y lloró por él.

Despertaron cuando apenas había salido la luna, se ataron las capas bajo los cintos y echaron a andar. La hondonada del valle estaba quieta cuando se deslizaron como fantasmas bajo los árboles inmóviles en la noche y se escurrieron hacia el oeste, donde la pendiente era más empinada y las piedras les protegerían. Una hora después, encontraron el borde de nuevo y bajaron con cautela. Enseguida se sintieron expuestos a los centinelas que se paseaban con lentitud debajo de ellos haciendo crujir sus botas de manera audible en las piedras sueltas. Avanzaron despacio de roca en roca, sin respirar, tanteando cada pisada por temor a enviar grava rodando a la hondonada y sin mirar hacia abajo por miedo a que la luna se reflejara en sus ojos.

Por fin, se agazaparon al pie de la montaña y espiaron la agrupación de tiendas pequeñas. Todo estaba en calma. Sólo los centinelas se movían, tres iban de un lado a otro delante del campamento y seis cubrían el río. Los árboles que se alzaban frente a ellos estaban rígidos y silenciosos, un refugio de sombras, pero ambos sabían que, ocultos en las profundidades, aguardaban más centinelas, con las manos en las espadas y la vista nerviosamente aguzada.

Caradoc se dio unas palmadas en el pecho y Caelte asintió. Se arrojaron boca abajo y comenzaron a reptar por el suelo rocoso; de vez en cuando, se detenían en una quietud inerte y pegaban las orejas a la tierra. Los árboles se acercaron, se convirtieron en sauces y vides, y los ojos agudos de

Caradoc avistaron un tronco corto y derecho que supo que no era un árbol. Se alejó en silencio y Caelte le siguió.

Las nubes no se habían cerrado para tapar la luna y pendían con terquedad en el este. La luz de la luna desbordaba el valle, se desparramaba tranquilamente a lo lejos e iluminaba el río. Durante un rato, los fugitivos sintieron musgo y helechos duros bajo las manos y las acogedoras sombras de los árboles sobre sus espaldas.

«Tiene que haber otro centinela —pensó Caradoc con ansiedad—. ¿Dónde está?» Se encontraban al alcance del oído del soldado de la izquierda, que se mantenía impasible; antes de moverse, despejaron con cuidado el camino de ramas y de las hojas resecas del año anterior. Mientras trabajaban con paciencia y lentitud, la luna alcanzo su cenit y comenzó a oscilar al oeste. Adelante, Caradoc vio un destello de luz sobre el agua. Era el río, por fin, pero entre él y el agua había otra sombra, alta y con yelmo, y sabía que ya no había tiempo para buscar un desvío. Maldijo con furia para sus adentros, hizo una seña a Caelte para que no se moviera y se acuclilló, sin saber en la oscuridad cerrada si el hombre estaba de cara al río o a ellos. Se adelantó, desenvainó el cuchillo con suavidad y saltó. Una mano agarró con fuerza la barbilla del centinela y la hizo girar hacia su hombro, la otra se acercó a la garganta expuesta. El hombre había estado mirando el río y fue sencillo clavarle la hoja detrás de la oreja. Se aflojó en brazos de Caradoc con apenas un gorjeo. Pero el forcejeo rápido había sido oído y mientras Caelte pasaba junto a Caradoc y entraba en el agua, el otro centinela gritó:

—¿Has oído algo?

Caradoc dejó el cuerpo en el suelo, limpió el cuchillo en la hierba y se lo volvió a poner en el cinto.

—No ha sido nada —contestó. Después de tantos años, el latín brotó con dificultad de sus labios—. Sólo una ardilla. —El otro hombre gruñó y Caradoc siguió a Caelte. Se sumergió con sigilo en el río oscuro y frío y enseguida se encontró en aguas profundas. Antes de que pudiera adaptar su movimiento, la corriente le había arrastrado varios metros arroyo abajo, pero tomó aire, se sumergió debajo de la superficie sombría y nadó con tenacidad al otro lado. Mientras se liberaba de las garras babosas de las algas, Caelte le esperaba, y sin entretenerse en escurrir las ropas, prosiguieron la marcha y se internaron en la oscuridad protectora de la pendiente boscosa que se extendía más allá.

Avanzaron durante toda la noche entre árboles densos, asfixiados por la maleza vieja y semipodrida y, cuando salió el sol y no pudieron continuar, se alimentaron con los zarcillos rizados de helechos jóvenes y la carne de conejo que habían guardado. Después durmieron juntos, apretados con incomodidad bajo una zarza gigante. La sensación desesperada de la huida había disminuido con el cruce del río. Estaban fuera de la red de Scapula y aunque toda Brigantia bullía con romanos, éstos no estaban buscando a Caradoc de un modo activo y él y Caelte tenían una buena posibilidad de pasar por campesinos cuando llegaran a la región ondulada y sin árboles donde el pueblo de Aricia pastoreaba sus rebaños. Caradoc pensó en ella un instante a medida que el sueño le envolvía, pero estaba demasiado cansado para que los recuerdos le afectaran, excepto colmándole de un ardor intenso. Se preguntó dónde estaría Venutio. Si estaba con ella, entonces Caelte y él iban de peligro en peligro, pero si, como le habían informado sus espias, Venutio se encontraba de nuevo con sus jefes en el norte lejano, podrían iniciar una nueva campaña, tal vez la primavera siguiente. La perspectiva era espantosa y le llenaba de desesperanza. Pero sabía con una obstinación sorda y cansada que debía suceder, que él debía morir o Claudio debía rendirse, puesto que aún era arvirago y no podía hacer a un lado su responsabilidad. Dormitó a ratos, intranquilo, mientras el sol caliente de verano se desplazaba orgullosamente en el cielo y en la distancia, Scapula aguardaba noticias de sus tropas auxiliares acampadas junto al río, buscando al jabalí que ya había agujereado la red y se había escapado.

Dos días después llegaron a una aldea y Caradoc decidió de mala gana que debían buscar comida apropiada y tratar de obtener toda la información que pudieran. Se quitó la torques de oro y el huevo mágico de alrededor del cuello y los guardó dentro de su túnica. Entraron caminando con lentitud al círculo de chozas de mimbre; la aldea estaba silenciosa, el humo se elevaba de los techos, los perros bostezaban y jadeaban en la sombra delgada de la empalizada y uno o dos niños casi desnudos jugaban ocasionalmente en los bajos del arroyo que serpenteaba perezosamente al lado de los árboles. En el centro estaba la choza del Consejo, con un muro de piedra alrededor, y los viajeros llegaron allí sin ser interrogados. Un jefe alto y de barba rubia salió de la sombra de la puerta y les obstruyó el paso.

—Os saludo —dijo con curiosidad—. Bienvenidos a esta aldea. Hay carne y pan si tenéis hambre, pero primero debéis decirme quiénes sois.

—Somos cornovios —replicó Caelte—. Buscamos a un jefe que nos acepte como sus hombres libres, puesto que los hombres del oeste han quemado nuestras tierras y nuestro señor está muerto. —Los ojos penetrantes del hombre se desviaron a las espadas que colgaban de sus cintos. Al advertir aquella mirada furtiva, Caradoc se maldijo. Debían haber dejado las espadas en un sitio seguro y secreto, dado que la mayoría de los cornovios y los brigantes andaban desarmados por orden de Scapula, pero en lo único que había pensado era en carne caliente y tal vez en un jarro de aguamiel espumosa. Hacía mucho tiempo que no era tan descuidado.

—Explicad por qué lleváis espadas —precisó el jefe con un dejo de recelo en su tono. Caelte se apresuró a asegurarle que eran parte de un botín, capturadas en la incursión de la que habían huido. Pero Caradoc se daba cuenta de que el hombre no estaba convencido y deseó volverse y marcharse. Percibía vahos finos de conjeturas en el aire que podían condensarse en certezas en cualquier momento—. Quitáoslas y dejadlas contra la pared —ordenó el jefe de manera lacónica—. Nadie las tocará. —Les observó desatarse los cintos. Ya se habían acercado más jefes y mientras Caradoc seguía al primer hombre dentro de la penumbra fresca de la choza, oyó decir a uno: «¡Mirad esta vaina! No es artesanía del oeste, lo juro, y tampoco romana. ¿Cuánto creéis que pueda valer?».

Caradoc vaciló, casi tentado a hablar, pero giró sobre los talones y se volvió hacia el jefe que le esperaba.

—Ahora sé de dónde sois —susurró el jefe—. No pensé que un hombre del oeste pudiera ser tan tonto. Sentaos y comed deprisa y luego proseguid vuestro camino, ya que mucha de esta gente está al servicio de Roma y tenéis suerte de que yo no lo esté. No me reveléis vuestros nombres. No quiero saberlos. —Caradoc y Caelte se tendieron en el suelo sucio, de espaldas a la pared curva. El hombre les trajo cordero asado caliente, manzanas, pan rancio y jarros de cerveza. Se acuclilló frente a ellos y los escrutó mientras engullían la comida. Parecía luchar consigo mismo. Abrió la boca varias veces como para hablar y después la cerró, pero finalmente se sentó, cruzó las piernas y murmuró—: Si buscáis a Venutio, entonces debéis apresuraros. Está regresando del norte, de nuevo con la señora, y si no le interceptáis, más os valdría volver al oeste. No puedo daros refugio aquí, es demasiado peligroso para mí y para los hombres libres leales a Venutio. Comed y marchaos. Tal vez la Altísima de Brigantia os dé buena suerte.

Caradoc no pudo resistirse a hacerle una pregunta.

—¿Hay noticias de las legiones? —inquirió. El hombre le miró un largo rato antes de responder. Luego asintió.

—El arvirago ha desaparecido —añadió y sus ojos se encendieron un momento y se apagaron— y Scapula se está desquitando con los siluros. Ha ordenado su exterminio y los soldados ya deambulan de un lado a otro, matando niños y ancianos porque no pueden encontrar a los guerreros. Las aldeas y las cosechas están en llamas.

«Es por mi culpa —pensó Caradoc, y la carne en su boca se convirtió en polvo—. Quizás ha llegado la hora de que me rinda como hizo Vercingetórix y me ponga a merced de Claudio a cambio de la seguridad de la gente.»

Pero el rostro de Madoc se alzó frente a sus ojos, y el de Bran, Emrys y Sine, de pie uno junto al otro, le observaban con fría resolución. «Libertad o muerte, arvirago. No hay concesiones y la misericordia de Roma es como la picadura de la serpiente.» Tragó con dificultad lo que estaba masticando y recogió la cerveza. «¿Dónde estás, Eurgain? ¿Llyn?»

—Se comenta que tomaron prisioneros —prosiguió el jefe—. Pero la noticia es muy reciente y puede que no sea cierta. Compadezco a los cautivos tomados por Scapula. —De repente, se inclinó hacia delante y habló en voz baja—: Hacedme un favor, hombres del oeste.

—Por supuesto —repuso Caradoc—, si está en nuestro poder hacerlo.

—Si no encontráis a Venutio, si os volvéis de nuevo para pelear en el oeste, si por casualidad os encontráis con el arvirago, decidle... —Los labios le temblaron y bajó la vista para ocultar su rostro—. Decidle que hay hombres en Brigantia que callan pero no han perdido el honor. Y que no está solo.

—Creo que ya lo sabe —dijo amablemente Caradoc—, pero en caso de que no lo sepa, entonces su corazón se regocijará con esas palabras. —Se puso de pie y Caelte le imitó. Le dieron las gracias al jefe y abandonaron la choza. Tomaron las espadas y se abrieron paso con brusquedad a través de los hombres reunidos fuera. Caminaron con rapidez a través de la aldea cuidando de no traicionar el impulso de escapar corriendo de los ojos hostiles pegados a sus espaldas como sanguijuelas.

Anduvieron a paso uniforme durante una hora y una vez lejos de la aldea, se relajaron. Mientras el sol resplandecía en lo alto y la tarde parecía prolongarse de manera interminable, atravesaron el último gran bosque antes de vislumbrar los vastos horizontes de hierba gris de la tribu de

Aricia. Se detenían con frecuencia a beber de los arroyos frescos y tapizados de hojas bajo los robles y, cuando el sol comenzó a virar al oeste, descansaron y esperaron a que la oscuridad les proporcionara la protección que los bosques no podían. Acababan de instalarse junto a un arroyo y se habían quitado las sandalias de cuero blando para remojar los pies cansados, cuando Caradoc alzó una mano de advertencia y Caelte se paralizó. De detrás de ellos provenía un crujido suave. Se pusieron de pie y desenvainaron sus espadas en silencio. Les costaba creer que al final hubieran sido descubiertos allí, pero no era un romano el que avanzaba a través de la maleza con las manos levantadas. Era un jefe brigante.

—Paz, paz —se apresuró a decir—. Guardad vuestras espadas. Estoy desarmado.

Caradoc asintió y Caelte se adelantó hacia el hombre, le quitó la capa y le pasó las manos deprisa por el cuerpo corto y rechoncho.

—El cabello —indicó Caradoc y Caelte palpó las enredadas trenzas negras. Una vez satisfecho, retrocedió y Caradoc enfundó su espada—. De modo que nos has estado siguiendo —manifestó con tono enérgico—. ¿Por qué? —No le gustaba el aspecto de aquel hombre. Había algo furtivo en su rostro que le recordaba a Sholto y los ojos negros rehuían los suyos.

—Mi señor me lo ordenó —explicó—. Se arrepintió de no haberos dado instrucciones y me pidió que os guiara hasta donde está Venutio.

Caradoc le hizo una seña para que se acercara.

—No deseamos un guía —contestó—. Preferimos viajar solos. Regresa y dale las gracias a tu señor de nuestra parte.

—Pero sin un guía no encontraréis a Venutio antes de que vuelva con su señora en la aldea. Y entonces no podréis verle, puesto que la aldea está llena de soldados y comerciantes.

—Es cierto, señor —dijo Caelte—. Podríamos vagar durante días por las colinas sin senderos y no dar con Venutio.

Caradoc le indicó que se aproximara y susurró:

—No me gusta su apariencia, Caelte. No creo que sea un hombre que hable con la verdad.

—Señor —siseó el bardo—, necesitaríamos un druida para saber eso y, además, muchas de las personas bajo el dominio de Roma han adquirido el mismo aspecto porque se ven forzados a mentir con frecuencia. Los espías lo tienen y sin embargo, son hombres libres leales.

—Sí, sí, lo sé, pero intuyo algo malo en él. Si me equivoco y rechazo su ayuda, estaremos realizando un viaje infructuoso. Si tengo razón y vamos con él, podría conducirnos a un destino terrible. —Se sentó en el suelo, se ciñó la capa y se quedó pensando.

El brigante le observaba; la forma en que abría y cerraba los puños de manera espasmódica delataba su impaciencia. Caelte lo estudiaba con abierta desconfianza.

Por fin, Caradoc se incorporó.

—Soy reacio a ponerme en tus manos —confesó con desaliento—, pero debo hacerlo. Tengo la sensación de que me estoy quedando sin tiempo; por lo tanto, iré contigo. ¡Que tu guía sea buena!

Caelte, con los ojos puestos en el rostro redondo de aquel hombre, creyó ver un destello de satisfacción que fue casi avidez. Luego el jefe asintió.

—Os guiaré bien, a cambio de vuestra protección durante el tiempo que esté con vosotros. ¿Compartiréis conmigo alimento y ayuda?

—Lo haré.

—Yo también.

—Entonces, esperaremos juntos a que se haga de día. —Se sentó en la hierba y enlazó sus dedos desnudos. Caradoc y Caelte se pusieron las sandalias. La opresión de sus corazones les había hecho olvidar sus pies doloridos.

OceanofPDF.com

CAPITULO 23

Viajaron durante tres noches más y dejaron atrás los bosques seguros y densos. Los dos catuvelaunos odiaban el territorio abierto que atravesaban como polillas sin alas, expuestos a los vientos intensos y calientes que soplaban sobre la hierba alta y la ondulaban como olas marinas; cuando acampaban bajo los grupos de árboles enanos que se resguardaban en los valles, siempre eran renuentes a partir. Noche tras noche, la luna pálida, gorda y crecida pendía sobre un horizonte vasto y despejado y observaba complacida su avance lento sobre las colinas. El brigante los apremiaba a continuar.

«Apresuraos —decía—, llegaremos demasiado tarde», pero no necesitaban sus gemidos ansiosos para estimularse. Eran conscientes, con cada paso que daban, de que su destino les esperaba más adelante. Si se retrasaban, éste abandonaría con desdén el punto de encuentro y sólo hallarían los jirones impotentes de su paso caprichoso. Se sentían agobiados por el paisaje, por los largos días de tensión, por el silencio vacío apenas llenado por el grito agudo de los halcones. Sataida, la Diosa de la Desgracia de Brigantia, parecía impregnar el suelo bajo sus pies y Caradoc empezó a considerar los kilómetros a sus espaldas como piedras enormes, melladas y crueles que su esposa intentaba salvar para alcanzarle, llamándole con la lengua reseca.

Una o dos veces, se tendieron boca abajo en la hierba cuando una patrulla de caballería pasó galopando, pero no fueron descubiertos y, por fin, a medianoche del cuarto día desde que habían dejado los bosques, alcanzaron la cumbre de un saliente largo y algo ascendente y vieron luces debajo.

El jefe señaló:

—Venutio debería estar allí.

—Pero eso es una aldea! —objetó Caradoc—. Venutio tendría que estar en un campamento.

El hombre chasqueó la lengua con impaciencia.

—¿Por qué? Cuando Brigantia está salpicada de aldeas, ¿por qué habría de levantar un campamento? Os digo que está allí. Bajaremos.

Un sexto sentido susurró una advertencia a Caradoc. Un recuerdo viejo y olvidado se avivó en su interior cuando contempló la pacífica aldea. ¿Ese bulto en el centro era un terraplén? Los brigantes no erigían muros de tierra. Pero el hombre había iniciado el descenso con Caelte detrás y Caradoc les

siguió con la mente confundida y los pies lentos. Estaba mal, todo mal, lo había estado desde que el maldito hombre había surgido de entre la maleza. Debía haber confiado en su juicio, pero era demasiado tarde.

«Y la verdad —pensó—, estoy demasiado cansado para que me importe.»

Aunque era tarde, la aldea bullía con alegría. Los comerciantes se paseaban de un lado a otro con antorchas en las manos, los hombres libres, sentados frente a sus puertas de pieles, apostaban o contaban historias y aquí y allá, un soldado se movía, ocupado en algún asunto personal. Nadie reparó en los viajeros cuando cruzaron las puertas abiertas en la pequeña pared de defensa y ningún guardia los detuvo. Comenzaron a subir el sendero parejo y bien asentado que rodeaba la aldea y se extendía formando lentas espirales. A derecha e izquierda se elevaban las chozas, bien distribuidas, limpias, emplazadas en un orden casi militar. Mientras recorrían la curva hacia el tercer círculo, Caradoc sintió un viento cargado con el aroma penetrante y rico del mar y se detuvo en seco.

—No podemos haber viajado hacia el norte —musitó—. El océano ha de estar muy cerca y las costas de Brigantia se encuentran al este. —Dio un paso, agarró al jefe por la pechera de la túnica y lo sacudió—. ¡Cerré el ojo de mi mente y confié mi seguridad a ti, canalla! —exclamó—. Ahora, dime dónde estamos o te cortaré por la mitad. —Los ojos del hombre fueron de un lado a otro como los de una rata acorralada y los dientes le castañetearon por las sacudidas.

—¡Me jurasteis protección! —gimió, y de repente, Caradoc le soltó. El jefe se estiró la túnica, se pasó una mano por el cuello y le miró con una expresión de reproche—. Os he guiado bien —manifestó con desprecio— y Venutio está aquí, como os dije. Sí, nos desviamos al este y casi fue demasiado tarde, ya que la aldea de la señora se halla cerca, a medio día de viaje al sudeste y mañana Venutio habría estado con ella. No desperdiciéis tiempo en tonterías y seguidme.

Caradoc y Caelte se miraron. Guiados por ese hombre, no se habían fijado en el camino que habían tomado. Estaban perdidos y lo sabían. Si le mataban y abandonaban la aldea, tal vez nunca encontraran a Venutio. Estaban atrapados.

Caradoc se volvió con cólera.

—Adelante, entonces —gruñó. El áspero y fresco viento marino todavía le azotaba con la duda mientras seguían caminando.

En el centro del primer círculo, en lo alto de la aldea, llegaron por fin a una casa cercada por una alta pared de piedra. Allí, las puertas abiertas en la pared estaban custodiadas por un jefe alto, armado y de semblante sombrío. La lanza descansaba en su mano, el escudo colgaba de un hombro y la espada pendía del cinto. Detrás de él, en la oscuridad del patio, otros jefes se congregaban en silencio, una escolta, y antes de que los tres hombres hubieran cubierto el último trecho, el guardia había pronunciado una palabra rápida y todos se acercaron a cubrir las puertas.

—Esperad aquí —precisó el guía. Los dejó y se adelantó para hablar con los jefes.

Caelte se acercó más a Caradoc.

—Ahora es el momento de huir —siseó—. Esto me huele a traición, señor, y lamento haber desviado vuestro juicio. Venutio no está aquí. Jamás se acuartelaría en un sitio como éste. El hedor a Roma es abrumador.

Caradoc pasó un brazo por el hombro de su amigo.

—Todas mis decisiones han sido erróneas desde que cedí mi autoridad al Consejo y así enfurecí a Camulos y a Dagda —respondió con cansancio —. Lo siento, Caelte. Me temo que tienes razón, pero es demasiado tarde para seguir escapando.

El hombre los estaba llamando y los jefes habían retrocedido con sus ojos negros llenos de una excitación apenas disimulada. Caradoc y Caelte caminaron despacio a través del grupo de hombres y cruzaron las puertas que se cerraron tras ellos con una premura descortés. El guía los hizo esperar de nuevo y se apresuró dentro de la sombra. Caradoc contempló a su alrededor. Las antorchas que colgaban en la pared arrojaban una luz roja y bailarina sobre las baldosas, y revelaban a intervalos una casa grande y de madera construida al estilo romano, con cuatro habitaciones que daban a una terraza elevada y cubierta. Una de las puertas estaba abierta y la luz de velas formaba una lengua amarilla y larga que calentaba suavemente la penumbra. La sensación de traición era claustrofóbica, una presión sofocante de engaño que colmaba el patio vacío y convertía la sangre de los catuvelaunos en agua. Caradoc se volvió para mirar las puertas cerradas y a los jefes apiñados detrás de ellas. Luego estudió las paredes, altas, lisas, demasiado altas para poder saltarlas, demasiado lisas para poder trepar por ellas. Observó la puerta abierta por la que el hombre regresaba sonriendo en ese momento.

«¡Idiota! ¡Idiota! —le gritó su mente—. ¡Atrapado como un niño no iniciado!» Su mano voló al huevo mágico y lo aferró con firmeza, pero ninguna emanación apaciguadora de hechizos de druidas entibió sus dedos y sólo pudo seguir al brigante, que los condujo a la puerta más lejana, la abrió y les indicó que entraran.

Cuando le rozó al pasar, Caelte advirtió una bolsa nueva y abultada que colgaba de su cinto de cuero, pero no había tiempo para preguntas.

El hombre sonrió con presunción.

—Un viaje seguro, arvirago —dijo con sarcasmo.

La puerta se cerró de golpe y se quedaron solos. Examinaron el entorno con desconsuelo. Un fuego pequeño crepitaba en el hogar embutido en la pared. Había pieles de ovejas blancas diseminadas, las paredes estaban enyesadas con esmero y pintadas de amarillo y púrpura y había tres sillas de mimbre dispuestas al azar. Había tres nichos en una pared. Uno albergaba la efigie de una diosa. «La Altísima de Brigantia», supuso Caradoc por la tallada profusión de cabello despeinado y los ojos entornados y ávidos, pero no conocía a las otras dos. Se volvió hacia Caelte, pero antes de que pudiera hablar, la puerta se abrió de nuevo y la diosa misma se deslizó y se plantó frente a él, flanqueada por cuatro jefes armados.

Caradoc notó que Caelte se movía para ponerse a su izquierda. Vio que un jefe brigante cerraba la puerta con suavidad y que los demás se alineaban delante, pero el rostro de la mujer absorbía toda realidad de la habitación sofocante y extraña y generaba un remolino de imágenes cambiantes, una fantasía de sombras ardientes.

El cabello negro, salpicado de largos zarcillos grises, todavía caía en una cascada casi sensual a lo largo de la espalda recta y la piel pálida era incluso más blanca de lo que Caradoc recordaba, aunque matizada con un tinte enfermizo que en cierta forma la volvía floja, como si la carne debajo hubiera sido succionada hacia dentro. Una piedra negra misteriosa rodeaba la frente ancha y el cuello largo y también destellaba de modo tétrico en el cinto que ceñía la túnica amplia, suave y roja, y en los brazos desnudos. Pero fueron los ojos los que exigieron toda la voluntad de Caradoc. Eran aún más negros que la noche, pero la vivacidad descarada que él había recordado a lo largo de años con un arrebato de añoranza morbosa, la arrogancia vehemente que le había desafiado, se había intensificado para transformarse en la enfermedad supurante del egoísmo tortuoso. Caradoc la miraba con concentración; sentía el apetito insaciable de un profundo odio

personal fluir hacia él desde los párpados hinchados y plegados en los extremos formando bolsas de carne avejentada, pero era indiferente a todo excepto el estallido atronador de las oleadas de recuerdos y antiguos deseos que le bañaban por dentro. Aricia. Luego, con un raro cambio de perspectiva que sintió casi hasta los huesos, la habitación y las personas en él recuperaron la solidez y ella cambió también. Las brumas de aquella obsesión infantil se disiparon y se encontró mirando un cuerpo que otrora le había fascinado, que había cobijado a una niña compleja y tempestuosa dejada atrás en la ilusión del pasado, y el caparazón tan bien recordado albergaba a una desconocida. La bruja de sus placeres juveniles llamó una vez, un eco débil y agonizante. Caradoc respiró hondo, liberado, y murmuró:

—Aricia.

—Caradoc. —Sonrió, una mueca diminuta de dolor y desconcierto, y luego se le acercó, todavía con ese balanceo natural y tentador—. De no ser por el mentón hendido y tu forma de sostener la cabeza, jamás te habría reconocido. Dejé un cachorro catuvelauno impulsivo y temerario, y ahora me encuentro con un rey lobo. —Se aproximó aún más y su mano tembló cuando le tocó el brazo con suavidad—. De verdad, pareces un lobo, ¿sabes? Flaco y gris, arrugado y muerto de hambre, consumido por causas perdidas. En cierta forma, me duele verte así. He pensado bastante en ti durante estos años, pero parece que mis recuerdos me engañaron.

Caradoc no pudo devolverle la sonrisa y le tomó los dedos con tristeza.

—Los míos también, Aricia. No creía haber cambiado tanto por dentro hasta que te vi entrar en la habitación. A mi también me duele tener que enterrar al fin mi infancia.

—Yo enterré la mía hace mucho tiempo —confesó ella con amargura en la voz—. El día que dejé Camalodúnum. Eres afortunado por haberte aferrado a la tuya tanto tiempo. Te odié, Caradoc, ¿lo sabias? Te odié durante años. Pero ahora... —Se encogió de hombros—. Ahora no tengo motivo para odiar a hombre alguno. El amor y el odio pertenecen a la juventud ignorante y a los grandes sueños, y yo he superado ambas cosas.

—Entonces debes de haber hallado la paz verdadera —aventuró él, preguntándose si ella sabría que estaba mintiendo.

Aricia le fuiminó con una mirada airada y sombría y se alejó un poco.

—Estoy satisfecha, y es más de lo que tú puedes decir. He seguido tu camino de perdición durante años, Caradoc, desde que abandonaste a

Gladys en Camalodúnum. Te he compadecido.

—¿Por qué? —Seguía de pie, tranquilo, pero ella había empezado a agitarse y se tiraba de los dedos delgados.

De pronto se apartó y comenzó a pasearse con nerviosismo junto al fuego.

—Porque los tiempos han cambiado y te han dejado atrás —replicó rápidamente con tono agudo—. A ti y a esos salvajes engañados en el oeste. El cambio es necesario, Caradoc. Los hombres deben cambiar o se marchitan y mueren. La época de las tribus ha terminado. Honor es también una palabra romana y no significa derramamiento de sangre. —Se detuvo de improviso y le gritó—: ¡Oh, Caradoc! ¿Por qué no lo aceptas, simplemente lo aceptas, y vives en paz?

—¿Así es como justificas tu posición? —replicó mientras sentía que la ira crecía en su interior—. ¿Qué ha ocurrido contigo, Aricia?

El rostro de ella se convirtió en una máscara rígida y las iras irracionales que siempre bullían bajo la superficie de su control estallaron.

—¿Te atreves a quedarte ahí de pie con tus andrajos hediondos y a preguntar qué me ha ocurrido? ¿A mí? ¿Y qué me dices de ti? Toda la sangre en el oeste no ha aplacado los viejos sueños de conquista en tu interior. Igual que tu padre y que el loco de Togodumno quieres luchar contra el mundo. ¡Has usado sin escrúpulo a los pobres y simples jefes del oeste, te has alimentado de la carne tierna de sus ovejas y ellos han muerto porque te niegas a admitir que estás equivocado! —Casi corrió hacia él y le extendió sus manos trémulas frente al rostro—. ¡Eres sólo un hombre, sólo un hombre, tienes defectos, fracasas y escondes secretos vergonzosos como todo el mundo! ¿Qué derecho tienes a destruir a un pueblo? —Caradoc la tomó de las muñecas y sintió los latidos del torrente angustiado de la autodestrucción palpitar a través del cuerpo tenso.

—No puedo darte lo que deseas de mí —repuso—. ¿Quieres que diga que soy egoísta, cruel e inflexible? Sé que soy esas cosas. ¿Ofreciste dinero por mi captura con el fin de oírme decir que fui injusto contigo hace muchos años y que lo admito? Lo admito, Aricia, te traté de una manera despreciable, pero no arrojes el origen de tu tormento a mi puerta. Busca otro lugar. —Ella se liberó y él vio en sus ojos la intención de pegarle—. Ni tampoco diré que he vestido la capa de arvirago sin dignidad ni guiado a las tribus tras mis objetivos personales. Pero tú no puedes negar este cargo: has arruinado a tu pueblo y a tu esposo sin ningún motivo.

—Deja a Venutio fuera de esto —contestó. Se acercó al fuego. Su túnica roja describió remolinos y la cabellera se meció—. No entiendes, Caradoc. Eres un hombre ignorante. —Le dio la espalda, apoyó un brazo fláccido en la repisa del hogar y contempló las brasas fulgurantes.

De repente, en el intervalo de silencio, Caradoc se sintió extenuado. Tenía los ojos irritados y las piernas doloridas de fatiga. Quería sentarse, pero ella le miró de súbito y sonrió, y entonces la vio de nuevo: su pareja excéntrica y ansiosa en las necesidades apremiantes de la juventud.

—Ah, Caradoc —añadió—. Es mejor que ya no te parezcas al hijo apuesto de Cunobelin o podría verme tentada a retenerte aquí conmigo. Dime, ¿Eurgain está bien?

—No lo sé.

Las cejas negras se enarcaron.

—¿Y tus hijos?

—No lo sé.

—¿Dónde está Cinnamo, Mano de Hierro?

—Muerto.

Los labios de Aricia se abrieron con mofa.

—¡Por Brigantia!, qué insensible te has vuelto. Los druidas te escogieron bien, ¿eh? Creo que ya ni yo me apiado de ti. —Se llevó las manos a las sienes y las frotó brevemente. Luego sacudió la cabeza con frialdad en la dirección de sus jefes—. Domnail, busca al centurión. —Cuando el hombre se hubo ido y cerrado la puerta, caminó hasta Caradoc —. El derramamiento de sangre acaba aquí, arvirago. Vercingetórix fue a Roma encadenado y tú harás el mismo camino. Así tal vez haya paz. Podría haberte cortado la cabeza, ¿sabes?, y habérsela enviado a Scapula, pero decidí que sería mejor mandar un hombre vivo para que dé vueltas al foro. A los hombres de las tribus no les gustará ser humillados por un arvirago que se ha convertido en un esclavo.

—No es demasiado tarde para reencontrarte contigo misma, Aricia —murmuró él—. Si Brigantia se uniera a los jefes del oeste, entonces los romanos no podrían resistir.

El estupor arrancó una risa aguda y ahogada de los labios de Aricia; se alejó del fuego para acercarse a él. Le tocó el rostro, el cuello y el cabello con dedos llenos de anillos negros cuyas caricias desmentían las palabras.

—¡Pobre lobo viejo y sarnoso! ¿Qué antiguas canciones de victoria resuenan todavía en esa confundida cabeza tuya? Necesito el dinero que me

darán por ti para pagar los servicios del arquitecto romano que he contratado. Verás, Caradoc, para mí ya no vales más que el precio de mi comodidad. —Sus manos presionaron los hombros y antes de que él pudiera retroceder, le había besado con ligereza en la boca—. De un niño a otro —susurró. Se desplomó en una silla y se cruzó de piernas. Le miró con seriedad—. Perdóname, pero, si no te entrego, Scapula pensará que he cambiado mi lealtad y marchará en contra mía, mientras que si lo hago, mi reputación como hija fiel de Roma crecerá muchísimo. ¿Al menos entiendes eso?

—Sí —respondió con paciencia—. Entiendo.

—Oh, qué tonto —musitó—. ¿Por qué te dejaste apresar?

No había nada más que decir y ambos esperaron, en medio de un silencio resignado, a que llegaran los guardias. Caelte se había dejado caer al suelo donde se acuclillaba con la cabeza gacha mientras el fuego seguía chisporroteando con júbilo. Al cabo de un rato, la puerta se abrió y seis legionarios entraron deprisa con las espadas desenvainadas; los petos anchos y los yelmos llenaron la habitación con enérgica eficiencia. El centurión saludó a Aricia y después se volvió con curiosidad al hombre quieto, sucio y casi apacible que sostuvo su mirada con un desdén resuelto.

—¿Éste es el arvirago?

—Sí.

—¿Estáis segura, Cartimandua?

—Por supuesto. —Respiraba con rapidez—. Le conozco bien.

La desilusión embargó al oficial. Era un jefe de aspecto tan común... ¿Dónde estaba el bárbaro noble y astuto de su imaginación? Pero luego estudió el rostro una vez más, y lo supo.

—Optio —ordenó—. Las cadenas.

Caradoc apenas se movió mientras las pesadas cadenas de hierro envolvían sus muñecas. Miró a Aricia cuando el soldado se arrodilló para asegurarlas alrededor de sus tobillos. Ella balanceaba un pie y mantenía la vista clavada en el suelo. De pronto, gritó:

—¡Mirame, Aricia! ¿O eres demasiado cobarde? ¡Tú también las llevas, aunque no puedas verlas!

No obtuvo respuesta y cuando el optio levantó a Caelte y le encadenó también, Caradoc luchó contra el pánico. El hombre regresó y le quitó el cinto con la espada; ya no era un hombre libre.

—Fuera —dijo el oficial de modo lacónico y los soldados se cerraron.

Sin pensarlo, Caradoc dio un paso. Las cadenas le frenaron y se tambaleó. Entonces Aricia se incorporó y rió: una carcajada de regocijo, frenética e incontrolable. Habló cuando él pasó a su lado arrastrando los pies.

—Una cosa más, Caradoc. Tu familia está bien. Scapula los tiene, en Camalodúnum.

Él se volvió despacio y vio en sus ojos oscuros el deseo de desgarrarlo, pero se negó a doblegarse bajo el peso de la humillación que ya comenzaba a oprimirle.

—Mientes.

—Esta vez, no.

—Perra.

—Un viaje seguro, un viaje en paz —se mofó, y Caradoc salió al suave cielo nocturno. El viento tibio le golpeó el rostro y la puerta se cerró a sus espaldas.

Aricia se desplomó en la silla y cerró los ojos. «Por Brigantia, estoy cansada —pensó—. Muy cansada, cansada hasta los huesos, y mañana Venutio estará aquí con sus miradas asustadas y suplicantes y sus manos grandes y torpes. Tus manos nunca fueron torpes, Caradoc, y suplicabas con honor, como un señor. ¡Qué momentos compartimos, tú y yo, cuando nuestra sangre fluía apasionadamente y la lluvia nos cantaba en la noche!» Introdujo una mano en la túnica y extrajo un pequeño broche de madera; sus dedos delinearon con aire ausente las serpientes retorcidas, lisas y tibias al tacto. «He vivido para este momento todos los largos años de mi exilio —se dijo—. Entonces, ¿por qué no es dulce? ¿Por qué este dolor, este sufrimiento horrible?»

Su mano encerró el broche y lo apretó con fuerza. La desolación la invadió.

«Ya nada me satisface —pensó con angustia—. Cada triunfo es devastador y ésta, mi gran victoria, ya se me escurre entre los dedos. No puedo retenerla.»

Sintió las lágrimas que ardían detrás de sus párpados cerrados y abrió los ojos. Las paredes circundantes se diluyeron y el fuego se expandió en un lago multicolor, pero cuando parpadeó, las lágrimas fluyeron con mayor rapidez.

—Ah, Sataida, Señora de la Desgracia, déjame en paz —susurró con vehemencia—. ¡No podía hacer otra cosa!

Pasó la noche en la silla de mimbre, bebiendo un poco y alimentando el fuego en las horas previas a la madrugada cuando los sirvientes dormían. Se lo imaginaba balanceándose bruscamente en el carro hacia Lindum, encadenado bajo las estrellas. Perra, la había llamado, con el rostro arrebatado y torcido en una mueca fugaz de amargura. Se deleitó con el epíteto y lo repitió con lentitud. Perra. Bueno, lo era. No podía decir que Caradoc fuera un mentiroso. Todos los hombres que había conocido eran perros lascivos que olisqueaban a su alrededor... Caradoc, Togodumno, Venutio, incluso Cunobelin, a su manera, todos ellos y el resto... ¡Tantas lenguas colgantes durante años, tantas bocas jadeantes! Pero al observar el movimiento de las sombras nocturnas en la lisa pared amarilla y sentir la luz del fuego en sus mejillas, supo que Caradoc no había querido decir eso. «Será mejor —pensó con un respingo— no reflexionar sobre el significado verdadero de su insulto.» El honor en tiempo de guerra era un lujo; en tiempo de paz, una salvaguardia. Nada más. Debía habérselo dicho cuando le dijo que los hombres debían cambiar o morir.

Se sumió en la reflexión y exploró los limites de su propio cambio. Por primera vez, se dio cuenta de que no había sido lo bastante profundo. La joven reina de Brigantia, arrancada de las entrañas de Camalodúnum, todavía se agazapaba encogida en los rincones más apartados de la mente y la memoria, privada de honor, dependiente del frágil respaldo de un padre muerto y llorando, llena de traición y odio, por sus raíces catuvelaunas. Años atrás, se había distanciado de esa muchacha, pero no lo suficiente. «Pobre criatura solitaria —pensó y vació el jarro de vino—. Pensé que te había matado hacia mucho tiempo.»

Venutio llegó con el amanecer. Aricia debía de haber estado dormitando, porque despertó con sobresalto al oir la voz profunda que se elevaba indignada en el porche.

—¡Fuera de mi camino, mocoso bastardo! ¡Déjame pasar o te asaré como a un cochinillo!

Aricia oyó un forcejeo y se puso de pie con rigidez. Tenía la lengua seca y la cabeza atontada por el vino. Un aullido, una maldición y la puerta se abrió. Venutio se abalanzó hacia ella y cerró la puerta de una patada. Se detuvo a unos centímetros de su esposa y arrojó la espada al suelo.

—¡Dime que no es cierto! —gritó—. ¡Dímelo antes de que te estrangule con tu propio cabello! ¿Vendiste al arvirago a Roma?

Ella le hizo frente con calma, impasible ante la ira que había presenciado tantas veces antes y confiada en que, al final, se convertiría en una disculpa servil y patética.

—Sí, lo hice.

—¡Aaah! —Venutio se quedó inmóvil, con los puños apretados. Las largas piernas le temblaban y el cabello rojo caía sobre un hombro—. No lo creí. ¡No quise creerlo! Eres una... —No le salían las palabras.

—¿Perra? —concluyó ella con suavidad—. Caradoc me dijo lo mismo. Y estoy de acuerdo del todo con él.

—¿Por qué? ¿Por qué? Cualquier otra indignidad, Aricia, cualquier otra bajeza. ¡Te he tolerado todo, pero, oh, no esto! ¡Un hombre de tantos padecimientos, tanto honor!

Otra vez esa palabra perniciosa y sin sentido. Se encogió de hombros.

—Tuve que hacerlo, Venutio. No podía dejarlo escapar de nuevo. Habría sido el fin de Brigantia.

—¡Brigantia no te importa nada! ¡Nunca te ha importado! ¡Caradoc va camino a la muerte para que al fin tú puedas calentar tus manos en las llamas de la venganza!

—Piensa lo que quieras. Lo hice, y lo haría de nuevo. Y ahora, vete. No he dormido y estoy cansada. Vuelve más tarde a comer conmigo... si estás de mejor humor.

Venutio no reaccionó, como solía hacer, a la débil insinuación de placer futuro. De pronto, se tambaleó a medias, casi brincó sobre ella. La tomó de los hombros y empezó a sacudirla con frenesí; la cabeza de Aricia crujía de un lado a otro y no podía tomar aire para gritar. Su collar se rompió y las piedras de azabache cayeron sobre ellos, se enredaron en el cabello de él y tintinearon en el suelo. Entonces, comenzó a abofetearla. El primer golpe la envió hacia atrás en la silla, con la boca abierta y los chillidos agolpados detrás de la garganta mientras él seguía pegándole y la locura titilaba en sus ojos.

—Me vas a matar, me vas a matar. ¡Basta, Venutio! —gritó.

Por fin, cuando ella sintió que la piel de la mejilla y la sien se le abrían y él vio la sangre aparecer en su mano, Venutio se enderezó respirando áspera y ruidosamente. Aricia cayó al suelo; lloraba y se cogía el rostro con ambas manos, las piedras de azabache duras y porosas se clavaban en sus rodillas.

Él también lloraba; las lágrimas corrían por su cara.

—¡Ni siquiera así puedo acabar contigo! —sollozó—. ¡Aricia, Aricia! —Se inclinó y la agarró del cabello. La levantó y la arrastró hacia la puerta.

La abrió y la empujó afuera, al sol brillante y al viento cálido.

La escolta de la reina cruzó el patio corriendo, con las espadas desenfundadas, pero se encontraron separados de ella por miembros de su propio clan, la banda guerrera de Venutio, que se plantó con decisión y les obstruyó el paso. Los hombres se miraron en silencio. Venutio llevó a Aricia al centro del patio cercado de piedra y la soltó. Todavía llorando, empezó a quitarse las joyas; el azabache negro de los brazos, la garganta, la cintura, y el broche de la capa en el hombro; y dejó caer las centelleantes piezas al suelo. Con un movimiento ágil, se sacó por la cabeza la túnica bordada con azabache y ésta se deslizó con suavidad sobre los pies de Aricia.

—Repudio a Brigantia —mascuiló con voz ronca. Tomó un cuchillo pequeño de su cinto de cuero y lo atravesó con rapidez por su pecho. La sangre saltó para unirse a la hoja desde la clavícula izquierda a la cintura.., aceitosa, húmeda y brillante bajo el sol. Y entonces, Venutio apretó la palma contra la herida, se adelantó y la frotó en el rostro de Aricia—. ¡Mi sangre! —exclamó con desprecio. Se agachó y aflojó un terrón del suelo con el cuchillo, lo partió con sus dedos fuertes y después lo aplastó contra la mejilla de su esposa—. ¡La sangre de Albion! Nos has matado a ambos. Que sea yo maldecido si alguna vez vuelvo a ti por amor.

Aricia se mantenía frente a él con la cabeza gacha y alzó las manos trémulas para ocultar su humillación. Venutio giró sobre los talones y cruzó las puertas; la sangre manchaba la tierra a sus pies. Aricia se desplomó sobre la túnica caída y todavía tibia. No emitía ningún sonido, pero los hombres que la observaban veían los estremecimientos que convulsionaban sus miembros. Uno por uno, los hombres de Venutio enfundaron sus espadas y le siguieron hasta que sólo quedaron el bardo y el escudero de Aricia, acuclillados y cohibidos en el suelo, con temor a tocarla.

El sol salió y alcanzó su cenit. Los gorriones, envalentonados por el silencio del patio, bajaban aleteando a escarbar y reñir allí donde la sangre de Venutio había adoptado el color de la tierra misma.

Caradoc fue llevado al fuerte de la Novena en Lindum, dentro del territorio coritano: él y Caelte, encadenados a una carreta tirada por bueyes y rodeados por dos centurias de soldados. Su captura había sido tan rápida y secreta que nadie estaba enterado salvo un puñado de brigantes y los

soldados, de modo que la campiña verde se extendía vacía y tranquila a medida que pasaban. Era obvio que el centurión estaba nervioso. Caradoc le observaba pasearse de un lado a otro de las ceñidas filas de sus hombres. Los estimulaba con un dejo de temor en su voz estridente y sus ojos se desviaban a menudo a las colinas arboladas que descendían al encuentro del camino. Pero Madoc no se agazapaba con sus jefes sobre las hondonadas y Emrys no aguardaba para liberarlos de sus cadenas. Un día y medio después, la masa gris y holgadamente resistente del fuerte se dejó ver ante ellos. El centurión se secó la frente y suspiró con alivio, pero cuando las grandes puertas se cerraron tras ellos, los prisioneros, excoriados y doloridos, supieron que todas las débiles esperanzas de rescate eran vanas y que sus días de libertad habían terminado.

El prefecto salió a recibirlos y la mitad de los soldados soñolientos abandonaron sus catres tibios para cercar el carro, ansiosos por echar una ojeada a un hombre legendario. Pero Caradoc no los satisfizo. No gruñó ni agitó las cadenas como un oso cautivo. No se puso en pie ni les soltó una lluvia de insultos en una lengua extraña. Ni siquiera llevaba una cabeza reducida colgando del cinto, y muchos regresaron a la cama con fastidio. Caradoc bajó de la carreta con calma. Balanceó ambas piernas a la vez para evitar que las cadenas le hicieran tropezar y caer frente a sus carceleros y siguió al centurión y al prefecto al interior de su celda, con Caelte detrás.

El cuarto era pequeño y estaba vacío. No tenía catre ni mesa ni ventana y la humedad se elevaba del suelo duro. Les quitaron las cadenas, pero sólo para desvestirlos y registrarlos. Caradoc, de pie, desnudo y temblando bajo el ojo cínico y frío del prefecto, vio cómo le arrancaban el huevo mágico del cuello y abrían la bolsa de su cinto. El soldado alzó el huevo con cuidado y el prefecto enarcó las cejas.

—¿Qué es?

—No lo sé, señor. Parece un trozo de cartílago de las tripas de alguna pobre bestia. —Lo golpeó, lo lanzó al aire y lo agarró—. ¡Qué salvajes son!

El prefecto alargó una mano para tomar el huevo. Lo hizo girar, lo olisqueó y luego se lo arrojó a Caradoc con desdén.

—¡Toma, caníbal, atrápalo!

Los dedos de Caradoc lo capturaron y lo sostuvieron con firmeza y amor. Su mano lo protegía con reverencia de aquella blasfemia ignorante y su rostro ardía de verguenza por esos hombres groseros.

La torques le fue arrancada del cuello, al igual que la de Caelte, pero esta vez, el prefecto las cogió con respeto y deslizó los dedos por las curvas delicadas.

—Estas cosas están hermosamente hechas —comentó—. ¡Qué raros que sois, vosotros los bárbaros! Me quedaré con la de bronce, pero supongo que el gobernador querrá la de oro.

Les arrojaron la ropa al suelo con la orden lacónica de vestirse, pero permanecieron de pie callados, incapaces de moverse. La desnudez de sus cuellos los hacía conscientes por fin de la verdadera dimensión de su desesperanza. En respuesta a otra palabra enérgica, se agacharon despacio, recogieron los calzones y las túnicas y se los pusieron. Pero Caradoc sabía que las ropas ya no cubrirían los huesos desnudos y gastados de su alma y el estigma de su esclavitud llameó como un faro de cólera en la noche, invisible para Roma, pero una conflagración inmensa a los ojos de cada tribu. Las cadenas les fueron puestas de nuevo y el centurión se volvió hacia su superior.

—¿Quién obtendrá la recompensa, señor? ¿Mi destacamento?

El prefecto emitió una risita.

—¡Ni mucho menos! Cartimandua se quedará con ella, desde luego, como se queda con todo. El gobernador es incapaz de negarle algo. Es muy fácil comprar su lealtad, pero todos respiraremos más tranquilos cuando muera y podamos poner un pretor en Brigantia. Esa mujer es una bruja. Vendería a sus propios hijos, si los tuviera, a cualquiera que le diera oro. —A medida que hablaba, se encaminaba a la puerta y, con las últimas palabras, ésta se cerró tras él y los prisioneros quedaron a oscuras.

Caradoc se inclinó y tanteó el suelo hasta que sus dedos tocaron la bolsa. La levantó, besó el huevo con suavidad y lo envolvió. Luego se desplomó junto a Caelte y cerró los ojos. «Más sabiduría que cualquier otro hombre... ¿Qué he hecho para perder la protección de los dioses?» Pero lo sabía. No había confiado en su juicio, simplemente eso. Que fuera lo que debía ser. Se apoyó contra Caelte y durmieron, cada uno con un brazo en los hombros del otro.

Scapula hizo una seña y los guardias saludaron y se marcharon. Entonces se puso de pie detrás de su escritorio y dio la vuelta, se apoyó contra él y se cruzó de brazos. Su vista se paseó con lentitud por el pequeño grupo que tenía ante sí y ellos enfrentaron su mirada con descortesía: las niñas con una fascinación franca y manifiesta, el muchacho con hostilidad y

la mujer con ojos firmes y valientes. Era de estatura media, demasiado delgada, como todas las mujeres del oeste, y los hombres también. El cabello rubio oscuro y tupido se entrelazaba con flojedad en trenzas que llegaban hasta las rodillas, tapadas por calzones verdes y mechones sueltos y frondosos se rizaban en la frente ancha y alrededor de las mejillas morenas. Mantenía la boca cerrada con fuerza, una boca cordial y bien definida, y los ojos, llenos de finas arrugas de risa, eran azul oscuro y serenos. «Una mujer intrigante», pensó. Apenas miró al druida, que esperaba con paciencia. El cabello rubio salpicado de gris caía sobre sus hombros y llevaba las manos ocultas en las mangas profundas de su sucia túnica blanca. Era una nulidad, un pez pequeño atrapado por accidente cuando la red se tensó alrededor de los gigantes. Scapula descruzó los brazos y se enganchó los pulgares en el cinto. Había comido bien esa mañana, estaba digiriendo la comida sin dolor y la lectura de los augurios nunca había sido mejor.

—Bien —anunció con vivacidad—. No perderemos tiempo con presentaciones. Sé quiénes sois. Tengo algunas preguntas que deseo haceros y si sois inteligentes responderéis al instante.

Había manchas de sangre en la túnica de la mujer. No las había notado antes y la escudriñó de nuevo. Una fugaz oleada de aversión le dio punzadas en el estómago. ¡Animales! Vivían como animales, peleaban como animales pero, alabados fueran los dioses, no se reproducían como animales.

—¿Dónde está vuestro esposo?

Ella esbozó una sonrisa débil.

—No lo sé.

—¡Por supuesto que lo sabéis! ¿Adónde ibais cuando fuisteis capturada, si no a encontraros con él? Ahora, contestad, señora. ¿Dónde está? ¿Fue hacia el norte o hacia el sur, después de cruzar el río? ¡Hummm!

—No le digas nada, madre —dijo Liyn—. Si es tan listo, que lo averigue él.

Scapula volvió la cabeza con brusquedad y los ojos marrones oscuros y perspicaces de Llyn le sonrieron con descaro. Un sentimiento de perplejidad embargó al romano, como solía ocurrirle. Cuánto más se quedaba en esa tierra húmeda y colmada de magia, menos la entendía, a ella y a sus habitantes. En el momento en que tomaba sus decisiones y sus políticas eran claras, una confusión ansiosa se apoderaba de él, como una neblina

súbita que se elevara en su mente. Y sabía que podía permanecer allí siempre y seguir siendo tan ignorante como un niño que desenrolla su primer pergamino.

Frente a él había un joven de no más de diecisiete años y, no obstante, una torques resplandecía alrededor de su cuello y su espada estaba mellada y gastada; Scapula se sintió en presencia de un hombre con más experiencia de vida que su subalterno inmediato. Los despreciaba a todos, a los jefes sanguinarios y a las mujeres rústicas y poco apetecibles, personas que ni siquiera prescindían de sus hijos en sus guerras suicidas.

—Si me vuelves a interrumpir —le advirtió—, ordenaré que te saquen y te azoten. Tus malos modales no te servirán de nada.

Miró a Eurgain de nuevo.

—¿Fue a buscar a Venutio? ¿O va camino a la costa?

—Ya os lo dije, no lo sé —insistió—. Irá donde encuentre asilo.

—Ya no hallará asilo en ninguna parte —replicó él con irritación—, excepto en el Oeste o con Venutio, pero he oído decir que Venutio y Cartimandua se han reconciliado de nuevo. ¿Entonces volvió con los otros jefes del oeste?

Esta vez, ella guardó silencio. Bajó la vista al suelo y Scapula escrutó con impaciencia el rostro imperturbable y controlado.

—Señora, en realidad, no tiene importancia que me lo digáis o no. Muy pronto, él se enterará de que tengo en mi poder a su esposa y a sus hijos y se rendirá.

—¡No lo hará! —gritó Llyn—. ¡Sois un tonto, Scapula! ¡El es más que un hombre, es arvirago, y nos dejará morir a todos y continuará peleando!

Scapula hizo una señal a sus centuriones. Se movieron para coger a Llyn, pero el muchacho se volvió y abandonó la habitación delante de ellos.

Cuando la puerta se cerró, Scapula regresó detrás del escritorio, se sentó y se reclinó.

—Si no tiene importancia que os lo diga o no —aventuró Eurgain con suavidad—, ¿entonces por qué insistís en preguntarme? Llyn dice la verdad. Caradoc no vendrá corriendo a vos como un perro adiestrado sólo porque me tenéis prisionera. No soy una mujer indefensa —prosiguió, y su voz por fin se alzó con enfado—. Sé muy bien que me enfrento a la muerte, tal vez a la muerte y a la tortura. Llyn lo sabe y las niñas también. Pero las niñas ignoran de verdad dónde está Caradoc y Llyn y yo no lo diremos.

—Valientes palabras —acotó él—. Y probablemente ciertas. Así que os diré dónde está vuestro esposo.

Los ojos de ella volaron a los de él y Scapula no desvió la vista. Mientras continuaba, observó con atención en busca de alguna señal delatora.

—Se ha refugiado con Venutio en Brigantia y allí lo buscaré.

Era una conjetura que pretendía tomarla desprevenida para poder averiguar la verdad a través de su reacción, pero los ojos de Eurgain no vacilaron ni cambiaron de expresión y Scapula recordó a todos los druidas que había visto morir con los mismos rostros impávidos. Deseó aplastar esa superioridad insondable, sentir los huesos crujir bajo sus nudillos y ver la suave boca contraída en agonía. Mientras el color subía por su cuello, juntó las manos y se inclinó sobre el escritorio.

—Lo atraparé —aseveró con deliberación—, y cuando lo haga, todos vosotros iréis a Roma. Y al cabo de un tiempo, seréis ejecutados. De no haber sido por el demente de vuestro esposo, toda esta nación estaría ahora en paz; los siluros no estarían siendo perseguidos y los ordovicos todavía deambularían contentos y sin preocupaciones por sus preciosas montañas. Sois unos criminales, todos vosotros, ciegos a la responsabilidad y a la moral como el resto de vuestro clan, y vuestro destino será el destino de cualquier ladrón común en la ciudad. —Tragó saliva para sofocar el torrente de furia al pensar en todos los meses de duda y noches sin dormir que había dejado atrás, en todos los buenos hombres perdidos para siempre, en todo el progreso atascado por culpa de un hombre y de esa familia harapienta y altiva. Las dos niñas seguían mirándole con ojos agrandados y aturdidos, como si fueran deficientes mentales.

—Dejadme deciros algo, Scapula —contestó Eurgain—. No me interesa dónde está él. Lo único que me interesa es que está libre y seguirá libre hasta poder reunir otro ejército e iniciar otra campaña. En cuanto a mí, mi vida no cuenta, ni para mí ni para él, si el oeste ha de continuar luchando. Nunca habéis entendido contra qué lucháis. No son cuerpos, romano, son almas, y ése es el motivo por el que Caradoc debe seguir libre y por el que vosotros seréis derrotados.

El gobernador abrió la boca para responder. El color llameaba hasta las raíces de su pelo canoso, pero alguien llamó a la puerta y gritó con irritación:

—¡Adelante!

Su secretario entró, saludó, y extendió un rollo de pergamino.

—Un despacho, señor, de Lindum. —Scapula lo descartó con un gesto de la mano.

—Estoy ocupado, Druso. Ponlo con los demás y lo revisaré después del almuerzo.

—Lo siento, señor, pero es muy urgente. El jinete está fuera esperando vuestra respuesta. —Con un gruñido exasperado, Scapula se lo arrebató. El sol había abandonado la habitación y estaba alto en el centro del cielo, y a pesar de los postigos abiertos, la estancia era sofocante y calurosa. Mientras Scapula rompía los sellos y leía el rollo, Eurgain miró por la ventana.

Todo era tan familiar...; la neblina azulada de la colina boscosa que descendía al encuentro del río; el camino, que había sido pavimentado, dejaba las puertas y serpenteaba a través de espaciosas arboledas de robles y más allá, donde las barcazas y los botes solían mecerse amarrados. Su mente vagó al estuario, un amplio estanque de agua encrespada y atestado de juncos donde las agachadizas y las lavanderas se abrían paso con sus patas delgadas como estacas, y luego la arena y los acantilados blancos y las cuevas donde Gladys se tendía a escuchar el avance del oleaje. La nostalgia voló hacia ella en la brisa perfumada por las flores y se volvió hacia el gobernador con determinación. Scapula estaba de pie y aferraba el rollo rígido con manos trémulas. De pronto, lo arrojó sobre el escritorio.

—¡Por Mitra! —susurró—. ¡No es posible! ¡Al fin, al fin!

Casi corrió de detrás del escritorio y Bran dio un paso presuroso hacia Eurgain. Scapula se detuvo con el rostro muy cerca del de ella. Sus ojos echaban chispas.

—¡Lo tengo! —gritó alborozado. Respiraba con agitación—. ¡Señora, preparaos para despediros de Albion! Fue derecho a la puerta de la casa de Cartimandua, ¿entendéis? Él y su bardo. Y ella no perdió un minuto en entregarlo al prefecto en Lindum. Sus dioses lo han abandonado y mis plegarias han sido escuchadas. ¡Caradoc! ¡En... mis... manos! —Enfatizó las palabras con júbilo mientras golpeaba un puño cerrado en la palma áspera de la otra mano. Luego se enderezó, volvió al escritorio y se sentó—. Druso, por favor, dile al mensajero que aguarde un momento y después hazlo pasar. Quiero que el rebelde sea conducido a Colchester lo más rápido posible, antes de que sus jefes se enteren de lo sucedido y traten de rescatarle. —Se frotó las manos con aire pensativo y sonrió—. Ahora vos, druida. Druso, haz pasar a los guardias.

El secretario fue a la puerta y Scapula continuó.

—Según la ley, debéis morir. Pero por supuesto, ya lo sabíais. El emperador ha ordenado el exterminio de todos vosotros, bajo la acusación de sedición. Si tenéis algún mensaje para esta dama, será mejor que se lo transmitáis.

Cuatro soldados entraron y esperaron con expresiones impenetrables, los pies separados y las manos detrás de las espaldas. Eurgain tomó súbita conciencia de la escena. Corrió al escritorio y se tiró sobre él.

—¡No, no podéis hacer esto! ¡No a este hombre! ¡Es un buen hombre, un hombre amable que no ha hecho daño a nadie en toda su vida! ¡Sed misericordioso, Scapula, en ésta, la hora de vuestro triunfo! ¡Perdonadle la vida como una forma de agradecimiento a vuestros dioses!

—¿Cómo es posible —preguntó con frialdad— que supliquéis por el druida y no por vuestro esposo? ¿Qué clase de mujer sois? ¿Acaso no sabéis que Caradoc, sus jefes y, de hecho, todas las tribus, no son más que piezas de un juego en las manos de los druidas? En cualquier caso, ahora sois una causa perdida para él y si lo dejara libre, desaparecería de nuevo en su maldita isla y os abandonaría en favor de otro lance de dados más prometedor. De no haber sido por él y sus hermanos, vos y todo vuestro clan todavía estaríais aquí en Colchester, ocupándoos de vuestros asuntos, felices y en paz. Y vos y yo habríamos sido amigos.

—¡Jamás! —comenzó, a punto de ser desbordada por un alud de invectivas angustiadas, pero Bran la detuvo. La tomó con firmeza de los hombros y la forzó a volverse hacia él.

—Escúchame, Eurgain —murmuró—. No tiene importancia. Siempre habrá estrellas para contemplar en noches suaves y maravillosas que te robarán el aliento y cristales aguardando por ti en las rocas. Nada más importa, ¿comprendes? —Ella meneó la cabeza y se la apoyó en el pecho como una niña cansada y acongojada. Él la abrazó un momento y luego se apartó—. Mírame a los ojos, pequeña. —Eurgain alzó el rostro despacio, las lágrimas rodaban por sus mejillas y Bran le tomó las manos—. Nos encontraremos de nuevo, no lo dudes. Saluda al arvirago de mi parte.

Mientras sondeaba los ojos marrones, Eurgain sintió que sus lágrimas se secaban y una extraña levedad estremeció su alma.

Scapula hizo una seña con la cabeza a los guardias y los hombres se adelantaron. Bran se volvió hacia la puerta.

—¡Un viaje seguro, maestro, un viaje en paz! —gritó ella con angustia y él respondió tranquilamente:

—Paz para vos y los vuestros, Eurgain.

Luego se marchó.

La puerta se cerró y hubo un segundo de silencio antes de que Scapula se pusiera de pie.

—Ahora volveréis a la celda. En una semana, vuestro esposo estará aquí. ¿No es eso mejor que saber que está muerto?

Eurgain se irguió cuan larga era.

—No —replicó.

Seis días después, un atardecer en el que el sol acababa de ponerse y la luz dorada persistía en las copas de los árboles, la cohorte de Lindum llegó a Colchester con sus prisioneros. Scapula no había corrido riesgos. Quinientos hombres marchaban junto al carro, armados hasta los dientes y turnándose para hacer guardia durante el trayecto, pero ningún grito de guerra había roto el silencio de las noches tibias y los días habían transcurrido sin incidentes.

Scapula en persona se hizo cargo de su rebelde en las puertas y subió la colina rodeado de lanzas erguidas. No perdió el tiempo examinando a Caradoc. Eso podía esperar; había que encerrarle, apostar guardias y cambiarlos cada hora. Había enviado un despacho jubiloso a Roma y pronto anclaría el barco que lo liberaría de esa responsabilidad pavorosa; pero hasta entonces viviría con nerviosismo. Conocía su suerte, nunca había sido buena, y esa concesión repentina e imprevista del destino no duraría mucho.

La cabalgata ascendió el sendero; pasaron junto a casas y jardines ordenados, árboles y tiendas ajetreadas. En la luz menguante, Caelte observaba todo con estupor. No quedaba nada de la aldea de ellos. Si no hubieran atravesado los bosques que les habían susurrado con dulzura cosas que recordaban con un pesar creciente, no habría creído que esa próspera y ensimismada comunidad romana había sido su campo de juegos. El terraplén había sido nivelado y donde antes la subida al Gran Salón había sido empinada había una pendiente suave, por la que marchaban hacia un templo blanco que brillaba con un matiz rosado en la tardía puesta de sol.

Caradoc ya había visto el templo antes y desvió los ojos, pensando en la pelirroja Boudicca, de pie y boquiabierta en los escalones nuevos, con Prasutugas detrás. El desprecio lo había consumido entonces, recordó, pero

la imagen de Plautio y Gladys había surgido de pronto y su ira se había convertido en verguenza.

Caelte no dejó de contemplarlo hasta que lo dejaron atrás y giraron hacia donde se elevaban los cuarteles del gobernador, el cuartel general y los edificios administrativos.

De repente, Caradoc se detuvo y levantó la cabeza. Alguien gritaba su nombre: una voz aguda, urgente y llorosa, y aunque la punta de una lanza golpeó su espalda, siguió escuchando. Eurgain. Sus ojos volaron desesperados de un edificio ensombrecido a otro y entonces vio el brazo blanco extendido entre barrotes de hierro y un rostro borroso.

La escolta se detuvo. Scapula se abrió paso empujando con los hombros y meneó la cabeza en dirección a su centurion.

—Concededles un momento —ordenó y los soldados se separaron.

Caradoc se inclinó, recogió sus cadenas y corrió como pudo, a trompicones, hasta la diminuta ventana. Los dedos de Eurgain ya estaban en sus mejillas y en sus labios y cuando él aferró los barrotes de la celda, las cadenas resonaron contra la pared.

—¡Eurgain! Aricia dijo que te habían capturado pero creí que mentía. ¿Te han tratado bien? ¿Dónde están los niños?

—En la celda contigua. —Apretó el rostro contra el hierro frío y bajó la voz, avergonzada de la pregunta que se sentía impelida a formular y, sin embargo, consciente de que no tendría paz hasta que se desahogara—. Caradoc, ¿por qué en el nombre de Camulos fuiste en busca de Aricia? Debiste saber que ella te entregaría.

Durante un instante, él la miró con expresión pensativa. Luego el rostro severo se desarmó en una sonrisa lenta y cálida.

—No, mi amor, no corrí a ella porque añorara sus brazos en medio de la adversidad. Buscaba a Venutio, y Caelte y yo nos confiamos a un guía que nos traicionó. ¿Bran está aquí?

Eurgain le apoyó la frente contra los dedos.

—Lo ejecutaron. ¡Ah, Caradoc, tantos muertos! ¡A veces siento que no puedo soportarlo! —Su voz empezó a temblar, pero todo lo que él podía hacer era acariciarle el rostro.

—Cinnamo cayó junto a mí, Eurgain —susurró con suavidad y ella oprimió la cabeza contra la mano.

—Lo sé, lo sé. Vida tomó su espada y se perdió en los bosques cuando Bran nos lo contó. Están en paz, todos ellos, pero nosotros seguimos

sufriendo.

El brazo de Llyn se alargó desde la ventana de al lado.

—¡Padre! ¿Eres tú? —Caradoc se movió para tocarlo, pero Scapula se interpuso.

—Es suficiente —declaró con voz tajante—. ¡Formad filas!

—¡Libertad! —gritó Llyn detrás de ellos—. ¡Libertad, libertad!

—Libertad —murmuró Caelte cuando Caradoc regresó para caminar junto a él y se miraron con un ansia muda y corrosiva. Luego la columna comenzó a moverse y el tímido crepúsculo se deslizó silenciosamente dentro de la aldea.

OceanofPDF.com

CAPITULO 24

El Liburno de Gesiorácum atracó en el estuario una semana antes de la fecha en que se esperaba que las tormentas de otoño revolvieran el canal. Era tarde y Scapula merodeaba por las celdas abarrotadas con retortijones en el estómago y dolor de cabeza. Rogaba para que los vientos cortantes y turbulentos se retrasaran ese año y él pudiera librarse por fin de su responsabilidad. Colchester estaba atestada de soldados. Rodeaban la manzana de las celdas, se apiñaban en las calles, vigilaban las puertas de tres en tres y se tropezaban unos con otros junto al río, pero Scapula no quería riesgos. Los despachos de Roma habían sido entusiastas y congratulatorios y sus mensajeros le informaron de que reinaba la confusión en el oeste y sus tropas avanzaban por los bosques sin dificultades. Pero, noche tras noche, se asomaba a la ventana, contemplaba la campiña salpicada de estrellas y la ansiedad le quitaba el sueño.

A pesar de todos los informes, no creía que los hombres del oeste renunciaran a su arvirago y se paseaba nerviosamente por la aldea pensando que el tiempo podría encapotarse e impedir la partida del barco. Quería deshacerse de Caradoc y regresar al oeste, puesto que pronto comenzarían las nevadas en lo alto de las montañas y las legiones tendrían que retirarse a sus cuarteles de invierno, dejando a los hombres de las tribus sin vigilancia.

Tenía la deprimente sensación de que no todo había acabado en esa tierra de magia y locura. Durante cinco años, su vida había tenido un único objetivo: capturar al cabecilla de la desesperada resistencia de las tribus y así decapitar la insurrección. Caradoc estaba ya encadenado, pero la corriente oculta de hostilidad parecía haberse intensificado, la tierra reververaba con murmullos y su odio hacia ella y su gente se inflamó de nuevo.

Había mandado llamar al rebelde a la mañana siguiente a su llegada a Colchester, pero al final no había habido demasiado que decir. Los dos hombres se habían mirado mientras el bullicio de la aldea entraba alegremente a través de la ventana, y al escrutar aquellos ojos oscuros y serenos, Scapula había sentido que su nueva seguridad disminuía. Había capturado un cuerpo, nada más. El espíritu era aún tan libre y ligero como un pájaro al planear, extraño y aterrador para él, y siempre estaría más allá de su alcance.

Se sentía torpe y pesado, un soldado desmañado e ignorante, y Caradoc le había sonreído despacio, como si adivinara sus pensamientos sombríos.

—Ha sido una buena pelea, gobernador —murmuró—. Pero no perdáis demasiado tiempo felicitándoos. Pensáis enviarme a Roma, pero no iré. Comenzáis a daros cuenta de eso, ¿verdad? Incluso ahora, en el oeste, un nuevo arvirago está surgiendo y mi espíritu permanece aquí con él.

—¡Tonterías! —exclamó Scapula con fastidio—. La fama se os ha subido a la cabeza, Caradoc. Sois un hombre de talento, podría decirse que desperdiciado entre salvajes cuando podríais haber sido un gran general. Sin vos, los nativos caerán en la confusión.

—No lo creo. Vuestro antecesor nos entendía muy bien y no cruzaba su zona fronteriza, pero aunque habéis estado aquí muchos años, os habéis negado a aprender.

—¡Era una cuestión de política imperial! —Scapula sabía que no debía enojarse, pero no podía evitarlo—. ¡Y vos mismo forzasteis esa política cuando os movilizasteis para unir al oeste!

«Jamás se lo podré explicar —pensó Caradoc con desesperanza—. Ni siquiera lo intentaré.» Dejó vagar su mirada hacia un fragmento de cielo azul nublado y, al cabo de un momento, Scapula se encogió de hombros.

—Es muy tonto irritarse por lo que ya pasó y no puede cambiarse, Caradoc. Admitiré que quebrantasteis mi salud, dificultasteis mis relaciones con el emperador y me despojasteis de la oportunidad de continuar el progreso bueno y pacifico que Plautio comenzó aquí. Pero todo eso terminó. Cuando ya no estéis, el oeste quedará expuesto a mí y en cinco años, la gente maldecirá vuestro nombre por haberles privado tanto tiempo de la prosperidad de Roma.

—Oh, Scapula —rió Caradoc—. ¡Qué dichosa es vuestra certeza y qué ciega vuestra confianza! ¡El nombre de Vercingetórix es aún pronunciado con amor por los jefes honorables que quedaron en la Galia a pesar de que hace cien años que la gente disfruta de la prosperidad romana! ¡Qué cierto es que la memoria es más poderosa que el vino más fuerte!

Se sonrieron durante un segundo, reconociendo un respeto que rayaba en la admiración mutua, aunque si hubieran tenido espadas en las manos, habrían peleado hasta la muerte. Luego Scapula lo despachó y Caradoc volvió a la celda húmeda donde Caelte, sentado con los ojos cerrados, ya tarareaba canciones nuevas, con su incorregible optimismo reafirmado.

Scapula se volvió hacia su subalterno.

—Dime, Gavio —aventuró—. ¿Quién fue Vercingetórix?

Una mañana fría y brumosa, cuando la aldea se desperezaba con indolencia bajo el gris del otoño y los árboles húmedos se alineaban inmóviles con las copas ya quebradizas, rojas y amarillas por la helada temprana, las celdas fueron abiertas y Caradoc, Caelte, Eurgain, Llyn y las niñas atravesaron el umbral por última vez. La escolta aguardaba afuera, figuras oscuras en la blancura persistente. En el momento en que se impartieron las órdenes finales y Scapula montó su caballo y se ciñó la capa con más firmeza alrededor de los hombros, Caradoc abrazó a su esposa, tomó la muñeca delgada y nervuda de su hijo y besó a sus hijas.

—¡Tened coraje! —susurró. Las niñas le dirigieron sonrisas trémulas pero Llyn le fuiminó con una mirada rebelde.

—¿Crees que los jefes nos rescatarán hoy? —siseó—. ¡Mi banda guerrera no se quedará mirando cómo soy arrastrado a la esclavitud sin levantar una mano!

—No habrá rescate, Llyn —respondió Caradoc con énfasis—. Los jefes no han tenido tiempo suficiente y en todo caso, no son tan tontos como para intentar una cosa así aquí, en el corazón de la provincia. Seguirán luchando, pero mi destino se ha cumplido y los druidas buscarán un nuevo arvirago.

Después de una orden dada en voz baja, la escolta avanzó en silencio por el camino. Dejaron atrás el templo, el foro nuevo y compacto y las casas espaciosas todavía soñolientas y con los postigos cerrados. Los cascos del caballo de Scapula resonaban con monotonía en el pavimento; atravesaron las puertas en fila hacia el carro que esperaba con los caballos húmedos de rocío y echando vapor por los ollares. La familia y Caelte subieron y se sentaron con docilidad mientras las cadenas eran aseguradas a los costados del carro. Otra orden sonó y con una sacudida echaron a andar por el sendero que había visto carros y bandas guerreras, cazadores y juerguistas, amantes y comerciantes. Los fantasmas lo bordeaban, sombras en mantos grises con rostros pálidos e inexpresivos envueltos en franjas de neblina fina que se disolvía bajo un sol benigno.

Indiferente, Caradoc los observaba pasar. Colchester estaba llena de ellos y debajo del vivaz bullicio de la aldea romana siempre fluiría la oscuridad profunda y rica que era Camalodúnum, un río de recuerdos punzantes.

Oyó la voz estridente y tensa de Scapula gritar: «¡Cerrad filas! ¡Apresuraos!» y con un sobresalto se dio cuenta de que las formas silenciosas que se alineaban a lo largo del camino que llevaba al río no eran

fantasmas sino hombres y mujeres del territorio circundante que se habían congregado en una protesta muda y pasiva. A medida que el carro y el destacamento pasaban, se iban cerrando detrás, un ejército de compasión desarmado.

En el río esperaba una barcaza; se mecía suavemente en una nube de bruma fluvial. Las cadenas fueron desenganchadas, los pasajeros embarcados y las cadenas aseguradas a la embarcación; luego partieron flotando velozmente con la marea menguante hacia el estuario y el océano. El río también estaba atestado de hombres de las tribus, de pie bajo los árboles, vistiendo sus capas y encapuchados.

Mientras Caradoc se deslizaba junto a ellos, alzaban brazos blancos. De repente, una voz se elevó, alta y clara sobre el murmullo del agua, la voz de una mujer.

—¡Un viaje seguro! —Las palabras fueron como la primera piedra que se desmorona ruidosa para comenzar una avalancha. El hechizo paralizante se rompió. De improviso, comenzaron a rugir, un tumulto de sonido, un reconocimiento, el tributo final del pueblo.

—¡Un viaje en paz! ¡Un viaje seguro, arvirago! ¡Recordaremos! ¡Libertad, arvirago, libertad! ¡Id con seguridad, rey, caminad en paz!

La mano de Eurgain buscó la de su esposo y la aferró con una pasión intensa. Caradoc envolvió la mano de ella y se sentó con la barbilla levantada; tenía un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos.

Scapula observaba con labios apretados y la mandíbula rígida de furia, pero no se atrevía a interferir. No deseaba una erupción de violencia en masa. Los soldados se miraban con nerviosismo y sostenían las espadas con cautela. Un recodo más y el barco estaría a la vista. Al menos la playa estaba bien vigilada.

Los gritos se convirtieron en una canción. Un par de voces la iniciaron: la canción de marcha de los catuvelaunos. Se extendió de boca en boca por la orilla del río, cobró intensidad y se alzó en un rítmico, ronco e imponente crescendo de desafio y solidaridad. La gente aplaudía y golpeaba los pies, se echaba atrás las capuchas y sacudía el cabello y, como por la mera fuerza de la canción, la neblina se esfumó. El sol centelleó en el río y acarició las copas resplandecientes de los árboles. Pronto el resonar del oleaje se unió a la canción, un torrente de libertad gozoso y vengativo.

La barcaza tocó ligeramente el desembarcadero. Los soldados se apresuraron a saltar a la orilla para rodear a los prisioneros mientras

trepaban al muelle y comenzaban la caminata lenta a la rampa del barco de mástil alto cuyas banderas imperiales colgaban con flojedad. El capitán se encontraba al pie de la rampa, con los pies separados y los ojos moviéndose rápidamente de sus pasajeros a la multitud apretada que cubría la playa. Habían comenzado a reunirse antes del amanecer, situándose en silencio al borde del agua. Durante horas, habían salido de los bosques y bajado de los acantilados para rodear el promontorio. Y él no había podido hacer nada, excepto esperar y mirar. No habían sido violentos, pero habían hecho caso omiso de ellos con una indiferencia absoluta, a él y a su contingente de marineros armados. Su ansiedad había crecido y estaba más que contento de que el gobernador hubiera llegado a tiempo. Dos cohortes habían sido destacadas para custodiar la última etapa de esa empresa arriesgada y eran suficientes.

Caradoc y Eurgain, todavía de la mano, comenzaron a ascender la rampa, Llyn y las niñas iban detrás. El sol había salido por completo y se había levantado una brisa ligera e inodora que azotaba a la muchedumbre anunciando el invierno venidero. Era una mañana radiante, una mañana gloriosa, vigorizante y alegre, una mañana que aceleraba la sangre y hacía bailar los ojos.

Caradoc se detuvo, soltó la mano de Eurgain y se volvió. De inmediato, se hizo silencio. Los únicos sonidos eran el choque de las olas contra el casco del barco y los graznidos ávidos de las gaviotas. Respiró hondo y paseó la mirada por el gentío expectante y pintoresco. Los ojos ansiosos y afectuosos hallaron con alivio los de él. Ojos azules, ojos castaños, empañados por la edad o iluminados por la esperanza; cabello oscuro, cabello rubio, una muchedumbre variada de personas. Con un dolor creciente en el corazón, miró más allá de ellos: los acantilados blancos, la hierba ondulada y la masa tupida de árboles oscuros ya semidormidos y agitándose con intermitencia en el viento.

«Albion, Albion —clamó su alma—. Turbulenta y traicionera, salvaje y mágica, soñaste un sueño conmigo. Nos atrevimos a correr un gran riesgo juntos y he agotado mi alma pero te he fallado. Las cenizas de mis muertos queridos yacen protegidas en tu tierra. Cuidalas bien.»

Caradoc alzó los brazos despacio y juntó con un golpe sus muñecas esposadas.

—¡Decidles que no me rendí y que ellos tampoco deben hacerlo! —gritó—. ¡La lucha continúa! ¡Decidles eso! —Se volvió con brusquedad y

caminó hacia delante. Cuando llegó a la cubierta, Scapula le indicó que se colocara junto a la barandilla y los demás se alinearon a su lado.

—No soy un hombre insensato —manifestó el gobernador—. Podéis permanecer en cubierta hasta que el horizonte esté despejado. —La frase fue deliberada. Caradoc se sonrojó pero no contestó. Scapula recibió el saludo del capitán y bajó la rampa deprisa. Los marineros corrieron a levantarla y detrás y debajo de él, Caradoc oyó una orden y el sonido regular del enorme tambor que marcaba el compás a los remeros.

«¿Cuántos de vosotros allí abajo galopasteis libres alguna vez por las praderas?», se preguntó mientras la embarcación comenzaba a moverse pesadamente.

Llyn apretó el pasamanos y Eurgain se acercó a su esposo, pero los ojos de Caradoc estaban clavados en la orilla atestada y todavía silenciosa.

Por un instante, la prudencia le abandonó y sintió en las piernas y en los brazos el deseo frenético de saltar por la borda y volver a pasar los dedos por la arena tibia de sus propias playas. «¡Como esclavo, como minero, como un campesino que trabaje para Roma, sufriré cualquier indignidad, pero, ah, Madre, déjame morir en mi tierra!»

A manera de respuesta, un mensaje flotó hacia él. No pudo entender las palabras, pero pareció englobar toda la belleza, los recuerdos más dulces, las esperanzas de su juventud. Luego, la multitud entró en el agua, podía verla de manera indistinta. De pie hasta las caderas en las olas rizadas, arrojaban broches y brazaletes, monedas y cuentas, cualquier cosa que tuvieran. Después tuvo la impresión de que se desdibujaban en la lejanía para convertirse en una línea negra al pie de los acantilados fulgurantes.

Eurgain lloraba sin inhibición, pero Caradoc no se movió para tocarla y ella no le invitó a hacerlo. Llyn se inclinaba sobre el costado con su cabello castaño claro ondeando en su espalda. Las niñas lo flanqueaban con los brazos cruzados bajo las capas y con rostros rígidos como la máscara de lobo de Sine. De súbito, Caelte empezó a tararear con la vista en la bahía menguante. La melodía resuitó familiar a Caradoc. Hizo vibrar en su interior una cuerda que había estado silenciosa durante muchísimo tiempo. Y cuando su bardo empezó a añadir las palabras, recordó un banquete, una noche años atrás, cuando él y Togodumno habían regresado a Camalodúnum para celebrar la primera temporada de guerra contra las tribus vecinas. Durante toda la noche, los catuvelaunos habían cantado, ebrios de poder, drogados con sueños embriagantes de un imperio propio y

Caradoc y Tog se habían inflamado con la certeza atropellada y temeraria de su propia omnipotencia.

Había un barco de velas rojas y sedosas,

Descansaba tranquilo en un mar dorado,

Yen derredor, las gaviotas, ágiles, planeaban, graznaban...

Sonrió, muy a su pesar, al ver el rostro de Caelte torcido en una mueca y surcado de sudor mientras se levantaba para cantar la canción en respuesta a la petición de las gentes. «¡Qué maravilloso era todo en aquellos días!» Y entonces, al escuchar las palabras melancólicas, una nueva comprensión le embargó. La canción siempre había tenido un extraño poder para conmover a los jefes, como ninguna otra canción. Todas las tribus la cantaban. Caradoc se había preguntado el motivo con frecuencia, pero en ese momento, con Albion hundiéndose para siempre en el horizonte, creyó saberlo. Un bardo en algún tiempo lejano había tomado su arpa e ideado palabras de profecía. Nadie excepto tal vez los druidas las habían comprendido durante todos los años desde entonces, pero la canción había transmitido a sus oyentes el misterio oscuro de una verdad y ésa era la razón por la que nunca había muerto. No era la simple canción de un guerrero y su amada asesinada. Albion misma yacía agonizante bajo los árboles y él, Caradoc, era el guerrero que también moría, cuyo corazón se marchitaba a medida que el barco le alejaba de ella.

Miró a Caelte.

—¿Por qué cantas, amigo mío? —Las notas inquietantes vacilaron y Caelte enfrentó la pregunta con una sonrisa débil.

—¿Por qué, señor? Porque estoy vivo —dijo con voz ronca. Caradoc volvió la vista. El sol brillaba sobre un océano verde esmeralda y sereno, y el horizonte no era más que una delgada línea de bruma matinal. Albion había desaparecido.

OceanofPDF.com

CAPITULO 25

Venutio pasó menos de dos horas en la aldea y se marchó esa misma mañana. Durante las dos últimas semanas había viajado lejos, guiando a sus hombres hacia el sur, puesto que Aricia lo había mandado buscar con palabras de arrepentimiento y sumisión y el corazón le había dado un vuelco al escucharlas. Se habían peleado muchas veces antes. El la había dejado en varias ocasiones para ir a sus tierras al norte, jurando con amargura que jamás volvería a ensombrecer el vano de su puerta. Sin embargo, cada vez que ella había extendido la zanahoria de la reconciliación, Venutio había corrido tras ella, siempre dispuesto a perdonar, siempre ansioso por verla, por tocarla, por ser blanco de su ingenio sarcástico e inteligente. Había aprendido a acostumbrarse a los insultos y las bromas desagradables ya no le herían.

Sabía que en el fondo de su avidez y de su odio, y del temor a la soledad, Aricia le necesitaba. Siempre había regresado cuando le había llamado. Pero esta vez era diferente.

Apenas podía pensar en lo que ella había hecho. La vergüenza le inundaba como un río caliente de orgullo derretido, vergüenza de ella, de él, de Brigantia. El país estaba manchado de vergüenza y el pueblo apestaba a ella. Su agitación era tan profunda y su dolor e ira tan intensos que no podía estarse quieto y ordenó a los suyos que volvieran a recoger las provisiones que acababan de empezar a esparcir sobre el campo en las afueras de la aldea, caminó de jefe en jefe, de familia en familia, ahogado en su pérdida. Lo observaban con cautela, observaban su rostro enrojecido y contraído, los puños apretados, los calzones manchados de rojo y el pecho desnudo y lastimado donde la sangre ya se coagulaba con rapidez. Mucho antes de que hubiera hablado con todos, la noticia de lo hecho por su esposa y de su reacción corrió por la aldea y se propagó por el territorio.

Antes de los tres días de iniciada la marcha al oeste, su grupo de hombres se incrementó. Las granjas se vaciaron al instante. Las familias abandonaron sus chozas en las aldeas. Cuando se adentró en el bosque vasto que lo conduciría al sur y luego al oeste de nuevo, un cuarto de Brigantia le acompañaba.

Venutio no tenía planes. El informe sobre la batalla final y desastrosa de Caradoc le llegó falseado y distorsionado; sabía que los hombres que tenía que buscar serían difíciles de encontrar, ocultos en lo profundo de la seguridad de las montañas. Pero continuó avanzando. El latigazo del gran crimen de su esposa le impulsaba sin piedad. No podía dormir. Por las noches, cuando las fogatas de sus seguidores se apagaban, dejaba su tienda y se paseaba por los bosques oscuros. Si se detenía, si permanecía inactivo, la oleada de dolor insoportable le alcanzar¡a y le ahogaría. «Aricia», pensaba mientras se abría paso entre los árboles imponentes y oscuros, pero no lograba hilar ninguna otra palabra coherente. Apenas el nombre. «Aricia». Sus pies lo pronunciaban contra las hojas secas del año anterior que hacían crujir; su corazón lo palpitaba a través de su sangre, ardiente, enfermizo y fascinante.

«Aricia». Y sólo cuando su cuerpo estaba exhausto y su mente embotada y no podía tenerse en pie, buscaba el pequeño solaz de su tienda y recibía la bendición de la inconsciencia durante una hora

o dos antes del amanecer.

Después de una noche de marcha junto al océano para evitar ser detectados, llevó a su gente al norte del fuerte de Deva a medio terminar. De haber estado en su sano juicio, jamás habr¡a hecho algo así. Un río conectaba el fuerte con la costa y éste siempre bullía con patrullas; dado que los deceanglos no cesaban de hostigar a los miembros de la Vigésima, los romanos eran todo ojos y oídos. Pero la suerte estuvo de su lado. El pantano y el pequeño estuario estaban tranquilos bajo un cuarto creciente. Venutio no lo sabía, pero la Vigésima, envalentonada por la derrota de Caradoc y la dispersión de las tribus, había abandonado su fuerte para dirigirse al sur, a los pies de las montañas ordovicas. Durante cuatro días más, Venutio se mantuvo junto a la costa y luego giró tierra adentro. No había senderos. No tenía destino, salvo el de luchar y purificarse. Se movía por instinto, recordando vagamente la dirección que debía seguir, ya que había pasado tres meses de sufrimiento con Caradoc en esas montañas, la mitad de él un rebelde, la otra mitad añorando a Aricia y la llanura árida de Brigantia. Había abandonado a Caradoc para volver corriendo a los brazos de su esposa como un niño arrepentido. Pero no había olvidado.

Sabía que no tenía esperanza alguna de hallar por su cuenta a Emrys y a Madoc, si es que todavía vivían. Ellos tendrían que encontrarle a él, y debían de estar escondidos en el corazón frío de las montañas, golpeados y precavidos. Día tras día, Venutio y sus cientos de hombres avanzaban hacia donde los bosques crecían sobre laderas muy escarpadas, los ríos descendían del cielo a la tierra y los pocos valles existentes eran tan pequeños y secretos que podían atravesarlos sin darse cuenta. De vez en cuando, encontraban alguna granja sobre la ladera de uno de esos valles, siempre vacía, con el techo de paja podrido, las paredes deterioradas y el pequeño campo de la hondonada cubierto de maleza y de vegetación del bosque alta y nueva. El silencio reinaba en la campiña como un dios vigilante, un silencio que los oía y los veía profanar sus dominios celosamente custodiados. Y aunque hacían los sacrificios lo mejor posible y se rodeaban de hechizos de inmunidad, el mero peso de esa conciencia omnipresente comenzó a afectarles.

Un mediodía caluroso y quieto, cuando se habían detenido junto a un arroyo para beber y remojar sus pies cansados, se pusieron de pie y se encontraron cercados. No habían oído ningún ruido, ninguna agitación de advertencia, una rama o el viento. Sin embargo, cuando Venutio se incorporó, halló una espada en su cuello y una docena de ojos brillantes clavados en él con hostilidad. Sus jefes se quedaron parados como unos tontos mientras los cuchillos delgados los pinchaban.

—¿Quiénes sois y qué estáis haciendo aquí? —preguntó el jefe que escudriñaba a Venutio con una eficiencia fría.

No hubo palabras de bienvenida ni de hospitalidad, pero el brigante no las había esperado. Cerró los ojos con alivio y luego los abrió.

—Soy Venutio, jefe de la tribu de Brigantia. Y éste es mi clan y mi gente —respondió—. Busco a Madoc, o a Emrys, el jefe ordovico.

—¿Por qué?

—Preferiría explicárselo a cualquiera de ellos dos. —Había pensado en explicar a los rebeldes que sus seguidores eran numerosos y que no debían recurrir a la violencia con demasiada premura, pero comprendió que si esos hombres eran vencidos y tal vez asesinados, más le valdría volverse y regresar a casa. Sonrió con ironía para sus adentros. Ya no tenía un hogar. Además, si hacía daño a los rebeldes, jamás saldría ileso de las montañas.

—He oído hablar de este jefe —dijo uno de los hombres—. Peleó junto al arvirago un tiempo, pero no se quedó. Una de sus manos está atada a Roma.

—¡No es cierto! —bramó Venutio. Pero si lo era. Lo había sido hasta entonces y ¿de qué manera podían saber esos asesinos cómo había sido lastimada su alma?

El jefe se decidió enseguida.

—Traedlos —ordenó en voz baja y se marchó, engullido por la sombra estática del mediodía. Sus compañeros hicieron un gesto. Venutio recogió sus pertrechos, indicó a su escudero que pasara la orden y siguió al primer hombre dentro de la penumbra verde.

Al cabo de dos horas llegaron a un campamento. Las tiendas marrones se levantaban junto al mismo arroyo del que había bebido Venutio. Dos personas estaban acuclilladas en la orilla hablando en voz baja y Venutio reconoció con alegría la máscara de lobo de bronce de Sine, su espalda verde, larga y curvada y los flecos grises en sus calzones verdes. No conocía al hombre. Sin una palabra, el guía le dejó y los dos que estaban junto al agua se levantaron. Los brigantes circularon alrededor del campamento y luego se acuclillaron en el suelo, callados, de dos en dos y de tres tres, con los ojos en su señor. Venutio esperó con cierto temor, y luego Sine se situó frente a él.

Los ojos oscuros y severos le estudiaron de pies a cabeza mientras la delgada mano derecha descansaba ligeramente en la empuñadura de la espada.

—Te conozco —dijo—. Venutio. El jefe brigante. Peleamos en el mismo bando durante un tiempo, ¿verdad? Y luego te embargó el cansancio y el hambre y nos abandonaste. —Su voz era tan ruda como su mirada, tan dura como el bronce gastado de su máscara—. No te queremos aquí. No confiamos en ti.

Venutio no quería dar explicaciones, no en ese momento.

—¿Dónde está Emrys? —inquirió.

—Viajando. Está juntando a los jefes que huyeron de Scapula.

—¿Y Madoc?

—Fue a Siluria a reunir a su pueblo antes de que sea destruido. La Segunda ha enloquecido. Los soldados están incendiando los bosques y matando a cada hombre o bestia que encuentren allí. —De pronto, se le ocurrió algo. Venutio lo advirtió en sus ojos y el fuego en ellos le hizo retroceder—. Hay rumores de que el arvirago deambula por las montañas, buscándote —añadió—. Pero el rumor más firme es que escapó a Brigantia. ¿Lo has traído de regreso a nosotros, Venutio?

La esperanza vehemente en los ojos negros volvió a llenar de vergüenza ardiente la garganta del brigante. Bajó la cabeza.

—No, Sine, Caradoc no está conmigo —replicó. Ella notó que había algo más y asintió. El fuego en su mirada se extinguió con la misma rapidez con que se había encendido. Venutio descubrió que no podía proseguir. Tragó saliva. El sudor corría por sus sienes. El dolor hinchaba su lengua y palpitaba inflexiblemente en su cabeza. De repente, apretó ambos puños contra la frente—. ¡Sine! —exclamó con voz jadeante. Las palabras brotaban tan dolorosas, tan melladas que desgarraban su boca—. El arvirago ya no vendrá. Me buscó, pero no me encontró. Mi esposa lo capturó y lo vendió a Roma. Ahora debe de estar en el fuerte de Lindum o camino a Camalodúnum.

Se hizo un silencio doloroso e instantáneo. Venutio no podía mirar a Sine. Ella también se esforzaba por respirar. En torno a ellos, comenzó un gemido, una ola creciente de espanto y pérdida que partió de Venutio, se extendió, y pronto se perdió bajo los árboles. Sine se llevó una mano temblorosa a su rostro oculto, pero esa fue la única señal de que la noticia la había deshecho. Cuando volvió a hablar, su voz era fría y resuelta como siempre y se elevó sobre el dolor y la rabia circundantes.

—¿Ella te envió a nosotros con este mensaje?

Venutio se había recuperado un poco. Abrió los puños y los dejó caer a su cinto.

—No, la he dejado, a ella y a Brigantia, para siempre. No regresaré.

De pronto, la ira la desbordó y Sine gruñó con su boca de lobo sonriente.

—¡No te queremos aquí! ¡No deseamos a ningún brigante aquí! ¡Sois una tribu apestosa y mentirosa, llena de gente sin honor que ya no merece ser llamada libre! ¡Vete! Vete! —Venutio no podía saber si lloraba. Tal vez no. La recordaba como una mujer sin dulzura, sin piedad e intransigente. Se adelantó.

—Sine, no puedo marcharme. No tengo adónde ir. Te he traído hombres y mujeres, guerreros, y vendrán más cuando se extienda la noticia de la caída del arvirago. Permíteme quedarme. Déjame demostrarte que ya no soy el jefe que abandonó a Caradoc por debilidad.

Ella dejó de gritar y le escudriñó el rostro. Había más allí de lo que las palabras podían expresar.

—¿Y Eurgain? ¿Y Llyn? ¿Dónde está la familia? —preguntó.

Venutio meneó la cabeza con pesar.

—No lo sé. No estaban con él cuando... cuando... —Al cabo de un rato, Sine se cruzó de brazos.

—Muy bien. Puedes quedarte. Pero no te prometeré nada hasta que mi esposo y Madoc regresen. Quizá decidan asesinarte.

—Entiendo. Puedes vigilarme si lo deseas, Sine, pero no escaparé. Mi destino ahora está aquí.

Ella le observó alejarse. El cabello rojo enredado rozaba su espalda y las piernas largas y gruesas se mecían con naturalidad desde las estrechas caderas.

—No estarás aquí mucho tiempo, brigante —masculló—. No aguantarás el ritmo.

Uno de los jefes de Venutio la oyó y se aproximó.

—Estáis equivocada, señora —manifestó—. Ha hecho un juramento y su esposa carga el peso de su sangre. Se quedará.

Ella replicó con vehemencia:

—Esa es una ceremonia seria, pero habría sido más honorable para él si la hubiera matado. ¿Qué le importa a ella el peso de la sangre de su esposo?

El jefe saludó y se retiró. Sine se quedó escuchando el lamento a su alrededor, con los dedos todavía en su espada. «Vuelve pronto, Emrys —pensó—. ¡Date prisa! O le mataré.»

Emrys regresó tres semanas después con el grueso de su tribu. Para entonces, la noticia del encarcelamiento de Caradoc en Camalodúnum había sido confirmada por los espías, que hicieron una pausa sólo para añadir la noticia de la captura de Eurgain y la ejecución de Bran antes de seguir camino a Mona para informar al maestro de los druidas. Emrys escuchó en medio de un silencio resignado. Hizo llamar a Venutio, le dio la bienvenida con cortesía y luego le interrogó en detalle. El brigante tenía poco que añadir a la tragedia excepto su propia herida invisible, y Emrys, después de una noche de infructuosa discusión con su mujer, decidió permitir que Venutio se quedara. Después de todo, había traído sangre fresca al oeste, y muchos hombres de las tierras bajas, ofendidos y humillados, le habían seguido para incrementar las filas rebeldes. Día tras día, esas filas crecían a medida que los supervivientes de la batalla iban apareciendo. Pero no había cohesión ni determinación en ellos. Faltaba Caradoc para estimularles y despabilarles.

Emrys se alegró cuando Madoc, herido pero indomable, entró contoneándose en el campamento con tres mil de sus hombres. El sur de Siluria ya no existía. Era un desierto ennegrecido y lo que el fuego no había destruido, lo habían hecho los soldados. Pero Madoc no estaba desanimado. Todavía podían armar un frente allí, en el norte de sus tierras, un punto de batalla... si tan sólo hallaran al arvirago. Cuando Emrys le dio la noticia, reaccionó como era previsible: rugiendo como un toro herido. Desenvainó su espada y empezó a correr, azotando los árboles. Luego se desplomó junto al fuego y sollozó.

—¿Qué haremos ahora, Emrys? —preguntó cuando hubo terminado—. ¿Es posible continuar sin un arvirago?

—No podemos rendirnos, de modo que no tenemos opción —contestó Emrys con firmeza. Madoc se enjugó el rostro y enfundó su espada—. Creo que todos hemos aprendido una dura lección desde que el orgullo de mi pueblo forzó a Caradoc a una batalla campal. No volveremos a ser tan tontos. Tú y yo, Madoc, debemos continuar.

—Los démetas. Los deceanglos. ¿Nos escucharán?

—Creo que sí. Pero si no lo hacen, no importa. Ahora están enzarzados en sus propias batallas; los démetas a lo largo de sus costas, y los deceanglos contra la Vigésima. Los deceanglos tendrán que confiar en nosotros, ya que somos los únicos que estamos en condiciones de proporcionarles la ayuda que necesitan.

—Ah, Madre, qué tragedia! —suspiró Madoc—. Y todo porque tus arrogantes hombres libres se negaron a bajar la cabeza y a aceptar la autoridad del arvirago!

—No pelearé contigo, viejo amigo —declaró Emrys con tono enérgico—. Si eres sabio, no verterás reproches en nuestras cabezas, puesto que ahora están tan bajas que ya no pueden estarlo más. Debemos mirar hacia delante.

—Preferiría no hacerlo —repuso Madoc—, pero tienes razón. Ahora, ¿qué opinas del brigante? A Sine no le gusta.

—Mi Sine odia y ama lo que escoge y a quien escoge —explicó Emrys.

Sus ojos se volvieron para estudiar a su esposa que estaba midiendo su espada con su escudero —. Pero sus emociones no interfieren con su sentido común. Venutio todavía debe demostrar que es digno de confianza. Le vigilaremos de cerca, pero creo que esta vez está aquí para quedarse.

—¡Bah! Un hombre que permite que una mujer como esa bruja brigante domine sus pensamientos es débil y no merece el esfuerzo de ser salvado —se quejó Madoc—. Pero es un gran guerrero. —Emrys guardó silencio. Se había llevado una mano a la barbilla y su mirada se había vuelto a posar en Sine, que lanzaba estocadas junto al agua. Madoc se puso de pie y se fue a dormir.

Esa noche, Emrys, Madoc, Venutio y unos pocos jefes se congregaron. No era un Consejo, puesto que llamar a Consejo habría significado una espera de días mientras los hombres libres registraban las montañas en busca de los extraviados que aún se encaminaban al campamento. Los hombres habían comido y bebido y estaban sentados con las piernas cruzadas en la tibia oscuridad, cerca del pequeño fuego. A su alrededor, el campamento cada vez más numeroso se disponía a descansar. Los exploradores estaban apostados. Las madres reunían a sus hijos, y voces suaves llenaban de nuevo el aire nocturno. En algún lugar, un bardo cantaba una amable canción de verano y, en la distancia, el entrechocar de hierro contra hierro contradecía la paz que envolvía a los hombres. Emrys se quitó la capa de los hombros y los miró con atención, uno por uno.

—Quiero hablar de Caradoc —dijo—. ¿Existe alguna posibilidad de rescatarlo? Dadme vuestra opinión.

Durante un momento, lo consideraron con las miradas bajas. Luego la voz ronca de Madoc retumbó.

—Scapula ha intentado atraparlo durante años. Y ahora ha tenido éxito. No dormirá hasta que Caradoc se encuentre camino de Roma y, hasta entonces, Camalodúnum estará abarrotada de soldados desde el muro de piedra hasta las puertas. Intentar un rescate sería un suicidio.

—Si hubiera alguna esperanza de que el arvirago regresara, aun cuando significara la muerte de todos los hombres de la banda guerrera, lo intentaríamos —dijo un jefe—. Pero no hay esperanza. La única oportunidad que tuvimos fue cuando lo trasladaron a Camalodúnum, pero como no supimos de su captura hasta que llegó allí, no pudimos hacer nada. Ahora es demasiado tarde.

—Estoy de acuerdo. —Venutio habló con vacilación, consciente de que los hombres le mantenían a distancia y que esto duraría hasta que de alguna manera pudiera demostrarles su firme

resolución de permanecer con ellos—. Se pudo haber intentado un rescate por la fuerza de las armas durante el viaje al sur, pero hemos estado demasiado desorganizados para planear una emboscada de ese tipo. Un grupo pequeño de hombres podría deslizarse al sur hasta Camalodúnum, pero lo dudo. No se permitirá a ningún hombre de las tribus acercarse a la celda del arvirago. Hemos perdido la oportunidad. —De inmediato, sintió la hostilidad del resto. «Tú nos hiciste perder la oportunidad —le dec¡a el silencio reinante—. Tú eres el culpable.»

Emrys cruzó con flojedad sus brazos bronceados por el sol.

—Caradoc no querría que le rescatáramos a menos que existiera una buena oportunidad —precisó—. Diría que necesitamos a cada guerrero que nos queda para los días venideros.

—¿Y las mujeres? —interrumpió Venutio con brusquedad. Todos los ojos se clavaron en él.

—Habla, brigante —gruñó Madoc con un brillo astuto en la mirada.

—Los hombres no podrán entrar en Camalodúnum, pero las mujeres quizá sí, guerreras disfrazadas de campesinas. No demasiadas. Cinco o seis, tal vez. —Los hombres no le quitaron la vista de encima y Emrys llamó a su escudero.

—¡Trae al explorador de Camalodúnum!

Le esperaron con respiración agitada y posturas ansiosas. El hombre vino y se acuclilló frente a ellos.

—Detalla el despliegue de tropas en la aldea —le ordenó Emrys.

El explorador respondió con presteza y balanceándose sobre sus pies descalzos.

—Dentro de Camalodúnum, alrededor del foro y de los edificios administrativos donde se encuentran el arvirago y su familia, hay doscientos soldados. No se permite la entrada a ningún miembro de las tribus, sin excepción. Sólo los romanos pueden pasar al templo y a las oficinas del gobernador y del alcalde. Entre ese lugar, el muro y las puertas, hay quinientos más, apostados en cada calle. Entre la aldea y el río y diseminados por el bosque, hay más de mil.

—¿Estás seguro? —Los números parecían ridículos, casi dos mil hombres para custodiar a una familia.

—Bastante seguro. A veces limpio los arneses en las cuadras con el criado de un centurión. Le gusta hablar. A menos que un hombre pueda volar, el arvirago irá a Roma, y pronto. En un mes.

Emrys le dio las gracias y lo despachó. El entusiasmo de los jefes se había convertido en desilusión.

—No creo que intentemos un rescate —concluyó Emrys—. Tu idea era buena, Venutio, pero los romanos ya saben que las manos que empuñan nuestras espadas no tienen sexo. Caradoc lo entenderá.

Se quedaron sentados sin hablar. Una idea descabellada tras otra se sucedía en sus mentes, pero eran conscientes de que todos los planes eran inútiles. Muchos kilómetros se extendían entre ellos y Camalodúnum y en la propia ciudad no había más que muerte. No obstante, ninguno quería ser el

primero en dejar el fuego y admitir el fracaso, de manera que permanecieron allí hasta que el silencio descendió sobre el campamento y el suave cielo nocturno de verano se cubrió de estrellas.

Venutio sabía que le vigilaban estrechamente. Sólo cuando dormía estaba a solas, aunque su clan y su tribu se mezclaban con libertad y creciente comodidad entre los demás hombres de las tribus. Todas las mañanas, Madoc y Emrys le mandaban a buscar, con mucha cortesía, con mucha suavidad, y pasaba los días yendo de campamento en campamento. En ocasiones, Madoc y Emrys viajaban; estaban organizando una nueva red de comunicación a través de las montañas entre los campamentos de una docena, cien e incluso quinientos guerreros. Venutio comenzó a trazar un mapa en su cabeza y llenó lentamente sus contornos con rutas para las provisiones, senderos para los exploradores y caminos de guerra entre un grupo rebelde y otro. Por primera vez, se dio cuenta de la genialidad del arvirago mientras Emrys y Madoc reconstruían con esmero lo que Roma había destruido. Un manto invisible de hilos delgados mantenía unido al oeste y a lo largo de esos hilos, como arañas calladas y laboriosas, fluían granos desde Mona, hombres y noticias. Se transmitían órdenes, se averiguaban y confirmaban estrategias. Emrys y Madoc empezaron a reparar con paciencia los hilos cortados y, en la mente de Venutio, el oeste fue adquiriendo una forma íntegra a medida que se conectaban el norte con el sur y el este con el oeste. El oeste era un ejército. Sus unidades se dispersaban a lo largo de kilómetros de terreno escabroso, demasiado vasto para que un general romano pudiera controlarlo. Pero no estaba demasiado separado para un guerrero dotado si sus compatriotas eran ágiles y capaces de interpretar con rapidez un cambio en las órdenes; si podían quedar aislados del centro del poder y sin embargo eran capaces de funcionar como una parte de la totalidad. Las unidades cambiaban de posición, de forma, crecían o disminuían, y esos hilos vitales se modificaban con ellas, siempre fluidos, siempre estáticos.

Sólo un hombre de una habilidad excepcional podía haber creado y mantenido esa telaraña viviente, y Venutio acabó por comprender que su esposa había destruido algo, a alguien, irreemplazable. Mientras avanzaba por los desfiladeros con los ordovicos o los siluros, la tristeza y la ira por Caradoc se intensificaban en su interior. Los druidas no habían hecho nada por reemplazar al arvirago. Un arvirago primero se hacía, después se escogía. Era demasiado pronto. Pero podría no suceder jamás.

Comenzó a notar los puntos fuertes y débiles. Advirtió que las provisiones de Mona seguían una larga ruta antes de adentrarse en las colinas y decidió que era un procedimiento peligroso. Se sentaba solo por las noches y movía las unidades en su mente como piezas de juego, sin fiarse mucho de su honor, como hacía Emrys, ni contradiciendo órdenes por recelo, como solía hacer Madoc. En su mente, el oeste adquirió una forma nueva. No dijo nada a sus guardianes todavía desconfiados, ya que su consejo habría sido recibido con recelo. Observaba, aprendía y esperaba. De vez en cuando, Sine iba a verle por las noches, todavía hostil pero muy cortés, y hablaban de trivialidades. Venutio intuía que ella buscaba sondear algo más profundo que las palabras, pero no sabía qué. Su esencia, tal vez, su alma. Se le ocurrió que Emrys la enviaba, pero no le importaba. Las piernas largas y cruzadas

con descuido, el cabello negro desordenado y agitado por el viento y el aire de honor puro y salvaje acentuado por la mirada de lobo maliciosa y gélida le reconfortaban. Era tan distinta de Aricia... Ningún laberinto de necesidades complejas y a medio asimilar ni maquinaciones frías y encubiertas alteraban las conversaciones entre ellos, y los velos benditos de la paz pronto descendieron sobre él. Empezó a sanar.

Un mes después, cuando el otoño ya se olía en el viento, uno de los espías de Camalodúnum encontró a Emrys y a Venutio juntos. Estaban almorzando venado y bayas. El hombre se acuclilló enseguida y compartió la comida con ellos antes de transmitir su noticia.

—El arvirago se ha ido —manifestó por fin—. Estuve allí. Muchos hombres de las tribus se congregaron para despedirle con canciones. Se le veía muy cansado, pero salvo eso, bien.

—¿Habló? —Emrys había estado esperando ese mensaje, pero no pudo evitar estremecerse. El dolor latente y siempre presente renació.

—Sí, pero no dijo muchas palabras. «Decidles que no me rendí y que ellos tampoco deben hacerlo», dijo. Supongo que no habrá podido decir más, sabiendo que estaba viendo Albion por última vez.

Emrys suspiró.

—Gracias, hombre libre. Regresa a Camalodúnum. Necesito conocer los planes de Scapula para el invierno, pero no vuelvas con la información. Envíala a través de la cadena. —La siguiente orden le costó pronunciarla, y su voz sonó ronca—. Cuando se sepa la noticia de la ejecución del arvirago, quiero enterarme lo antes posible.

—Entendido, señor. —El espía se puso de pie y se alejó. Venutio y Emrys no podían mirarse. Una soledad imprevista los embargaba. Mientras Caradoc había estado en Albion, en cierta manera, su presencia se había cernido sobre el oeste, pero en ese momento los dos hombres se sentían vacíos, débiles y desorientados. La energía de un hombre poderoso había desaparecido y dejado una sensación de pérdida y vacío.

Venutio fue el primero en incorporarse. Se echó hacia atrás el cabello fulgurante, y se quedó observando a Emrys.

—Has oído la última orden que nos impartió —declaró ásperamente—. No nos rendiremos. Jamás. Mientras haya un guerrero que llame al oeste la cuna de su libertad, seguiremos peleando. No pensaremos en el pasado y ya no me avergonzaré de algo, que de haber podido, habría dado mi alma por evitar. Ni tampoco me esconderé aquí, esperando el perdón. Caminaré por los campamentos en libertad y con la espalda erguida. ¡Arriba, Emrys! No podemos fallarle ahora.

Sorprendido, Emrys alzó la vista. El rostro severo sobre él le hizo levantarse. Durante un instante, se miraron a los ojos e intercambiaron una carga de determinación, un pacto de luchar o caer juntos. Pero no era amistad. Se entendían mutuamente, nada más.

OceanofPDF.com

CAPITULO 26

El viaje fue corto y sin incidentes, pero después de desembarcar en el puerto galo de Gesiorácum, Caelte, Caradoc y su familia fueron llevados a las escalinatas del templo y encadenados allí. Durante todo el día, en medio del polvo y el calor intensos, los de Gesiorácum, embrutecidos por muchos más años de dominación que la gente de Albion, se acercaron a burlarse, a escupir y a insultar a los azorados e indefensos catuvelaunos. Los guardias romanos permanecieron inmóviles y ociosos, aburridos de un espectáculo que ya habían presenciado en muchas ocasiones. A medida que transcurrían las horas, la plaza del mercado se llenó de una multitud curiosa, mordaz y amante del escándalo que venía a ver con sus propios ojos al hombre que había adquirido una reputación infame en el mundo romano. En todos los años de lucha solitaria por sobrevivir, Caradoc no había pensado en la difusión que había alcanzado su leyenda. Aislado en la fortaleza silenciosa del oeste donde sus días y noches giraban alrededor de campañas y de la mera subsistencia, había sido ajeno al furor de la leyenda que se había extendido desde la Galia hasta Tracia. Pero en ese momento, ahogado en el océano de rostros furiosos y alborozados, tomó conciencia, y se sintió devastado. Era un botín, un premio, un dios caído para ser pisoteado en el fango por adoradores implacables y desilusionados.

—¡Hijos de perros! —dijo airadamente Llyn en su oído—. ¡Cobardes! ¡Sus manos no han esgrimido espadas durante incontables años y lo saben! Por eso se burlan del más grande guerrero del mundo! —Prosiguió gritando, pero Caradoc notaba el temblor de su cuerpo a través de los finos harapos y observaba las lágrimas de las niñas, sus cabezas inclinadas, el cabello colgando sobre los rostros húmedos y las manos imposibilitadas de enjugar la vergüenza.

—¡Miraos! —vociferó alguien—. Campesino piojoso..., ¿qué clase de arvirago sois? Si sois lo mejor que Albion tiene para ofrecer, entonces no me extraña que los romanos os desprecien.

Caradoc notó que Eurgain se tensaba a su lado.

Te quiero, Caradoc, te quiero —susurraba una y otra vez mientras las pequeñas piedras raspaban sus brazos desnudos rodaban por las deslumbrantes escalinatas blancas. La tarde se volvió más calurosa y los desperdicios de los mataderos y cocinas comenzaron a apestar alrededor de ellos.

Sin embargo, Caradoc se mantuvo, al parecer, imperturbable, con la vista fija en el lado más alejado de la plaza y el cabello castaño sucio y enredado sobre sus hombros anchos. Algo en su rostro despertaba ira en la muchedumbre y sus facciones orgullosas y avejentadas, todavía con la marca de la nobleza, incitaban una animosidad aterradora y cruda en torno del pequeño grupo.

«¿También soportaste esto, Vercingetórix? —se preguntó—. ¿Y acaso fue la menor de tus tribulaciones?»

La tarde avanzaba con una lentitud pesada y malévola. Un aturdimiento nauseabundo los invadió a medida que el hedor de sus cuerpos apiñados y sucios se elevaba bajo el sol. Las niñas gemían en voz baja, mientras Llyn y Caelte se reclinaban uno contra el otro para sostenerse mutuamente las piernas doloridas. Pero Caradoc y Eurgain permanecieron erguidos y distantes, un reproche, una resurrección viva de recuerdos dolorosos para el pueblo de Germania.

Tardaron un mes en llegar a Roma y en cada aldea y villorrio del camino se repitió la misma exhibición. Se congregaron los mismos campesinos escarnecedores, se profirieron los mismos insultos trillados y se sucedieron las mismas horas sofocantes y lentas. Mientras el otoño avanzaba con rapidez en los bosques claros y húmedos de Albion, allí, a medida que viajaban lentamente al sudeste, se hallaban a fines del verano.

Caradoc tenía la impresión de que los mismos rostros contraídos le seguían y que por algún truco cruel del tiempo seguía encadenado al mismo templo y en la misma plaza de mercado polvorienta. Pero su alma encogida y la vergüenza cada vez mayor le confirmaban que no era así. Cada día le costaba más mantener la cabeza alta y pasar por alto las palabras estúpidas y rencorosas. Había días en que deseaba humillarse sobre el pavimento tibio, arrastrarse con servilismo ante la gente, suplicar perdón por algo, cualquier cosa, con tal de que tanta dureza se convirtiera en una piedad reparadora.

La dimensión y el poderío del Imperio Romano eran mayores de lo que él, en su arrogante ingenuidad, había imaginado jamás. En las noches oscuras y por fortuna silenciosas, sentado con las piernas cruzadas en su celda, se maravillaba de su propia temeridad por haber tenido la jactancia de desafiarlo. Después de todo, no había sido más que una pulga molesta que había picado inútilmente la piel casi insensible de un gigante. Durante un tiempo, el gigante se había rascado en vano, pero luego le había echado mano y eliminado de un manotazo. No era nada..., un estorbo, una molestia menor..., y Albion tampoco era nada, una migaja diminuta junto a las fauces abiertas de un imperio. El imperio de Cunobelin había sido algo barato y ordinario, menos incluso que una imitación, y él, Tog, Cin, Caelte y todos los demás habían retozado y alardeado como criaturas inocentes en... ¿cómo lo había llamado Bran?... un mundo imaginario de tontos. Los druidas sabían.

No era de extrañar que las pequeñas incursiones, las disputas vanas y el pavoneo fr¡volo de las tribus los hubiera desesperado. «No soy nada, nada —pensaba. Las tinieblas de su desesperanza eran más cegadoras que la cerrada oscuridad de la celda—. Los catuvelaunos no son nada, Camalodúnum no era nada. Ah, Madre, nada!» Pero sus pensamientos se centraban entonces en su familia, en el amor y la risa, y aunque con dolor, fue capaz de decir... «sin embargo, soy alguien. Estoy vivo. Tengo un sitio que me corresponde, al igual que el emperador de la Roma imperial. No diré que mi vida ha sido desperdiciada, puesto que he sido fiel a las cosas que sé que son correctas».

Eran pequeños consuelos. Vio el esplendor de las ciudades de la Galia Narbonensis con los ojos tristes de la desilusión consciente. Caminó debajo del arco triunfal de Julio César en Arausio y sintió su propio barbarismo. Y cuando por fin se detuvo con sus captores y contempló la vasta extensión irregular de la ciudad de Roma, su inocencia murió por completo. Se encontraba frente a un poder eterno y lo sabía. Oía su ebullición constante, olía su mezcla penetrante de especias y estiércol. Percibía el océano inexorable de su fuerza bruta que nadie podía resistir. Inclinó la cabeza y siguió al guardia por el camino.

Pero había subestimado mucho su importancia, como Claudio había supuesto. El emperador había ordenado su exhibición en las aldeas con la esperanza de que llegara a Roma intimidado. No quería un jefe fanfarrón y engreído que convirtiera su triunfo en un circo. Conocía los sentimientos de los ciudadanos en ese sentido, su mayor premio. Durante años, la ciudad había esperado ver en persona al rebelde infame y osado. Y Claudio, cuya imagen pública se había deteriorado debido a los excesos de sus favoritos griegos y de su familia, tenía la posibilidad de cambiar esa opinión veleidosa y se aferró a ella con manos vidas. Estaba brindando al pueblo una deliciosa pesadilla viva. Por fin había dominado al rebelde, y habría una inspección militar, una sesión especial del Senado y, por supuesto, un desfile.

Esa última noche, Caradoc y los demás fueron albergados en barracas dentro de los muros de la ciudad. Caradoc y Eurgain sabían lo que les aguardaba al día siguiente y pasaron las horas de oscuridad en silencio, abrazados con fuerza y con los corazones llenos de pena por sus hijos. Durante el último mes, las niñas habían ca¡do en un estado de sombrío y perplejo mutismo, y Llyn había dejado de maldecir a los dioses y su suerte y empezado a comprender que su vida llegaba a su fin. Estaba asombrado. La muerte era algo que uno infligía a otros y al pensar que en ese momento le acechaba, era presa del pánico. Sentado en un rincón, con el rostro en las manos, luchaba contra su terror.

Por la mañana, les trajeron agua y ropa limpia, y un soldado permaneció con ellos mientras se lavaban y se vestían en silencio. Luego fueron guiados afuera. El sol caía pesadamente sobre el polvo blanco de la ancha y arbolada Vía Sacra y el aire era viciado y en cierta forma agotador. No les dieron comida. Podían oir el rugido sordo de la enorme multitud que ya se había reunido. Frente a ellos, los carros iban y venían, y los oficiales con capas rojas y cascos de bronce resplandecientes coronados con plumas vistosas esperaban con impaciencia la orden de comenzar. Caradoc aprovechó el momento de confusión y abrazó y besó a las niñas.

—Caminad despacio y con las cabezas en alto —les aconsejó con suavidad—. Mirad hacia delante. Recordad quiénes sois. No tenéis nada de qué avergonzaros, nada de qué arrepentiros. Si hemos de morir hoy, muramos con orgullo y no deshonrando a nuestra tribu.

Las pequeñas se volvieron hacia él con ojos enormes y aterrados y Gladys le asió con dedos fuertes y despavoridos.

—¡No puedo hacerlo, padre, no puedo! —susurró histéricamente—. ¡Me siento débil, mis piernas no me sostendrán! ¡Tengo miedo de morir!

Un oficial se les acercó con cadenas colgándole de un brazo.

—Ya es hora —anunció—. Las niñas irán primero, luego el bardo, vuestra esposa, vuestro hijo y después vos.

—¡Padre! —Gladys comenzó a chillar y el oficial asintió a su escolta. Dos soldados corpulentos la separaron con brusquedad de Caradoc y se la llevaron. La hermana la siguió, ya aturdida.

—Se recuperará —comentó Llyn—. Ha visto la muerte demasiadas veces para estar abatida mucho tiempo. —Las palabras fueron casuales, pero la voz le tembló. Caradoc le abrazó un instante.

—Adiós, hijo mío. Hoy los privaremos del espectáculo. —Llyn inclinó la cabeza y besó a su madre. Caelte saludó a Caradoc mientras el oficial regresaba.

—Os agradezco, señor, una buena vida —dijo—. Habéis sido justo conmigo y no lo olvidaré.

Caradoc le tomó la muñeca.

—Adiós, Caelte. Te agradezco tu música. ¡Qué canciones volverás a cantarme cuando nos sentemos de nuevo alrededor del fuego de un Consejo! —El bardo sonrió y se marchó. Caradoc se volvió a su esposa—. Eurgain —dijo con lágrimas húmedas en el rostro—. ¿Tú también lloras? ¿Tú, que siempre has sido mi remanso de agua serena y dulce? —Ella intentó sonreír, pero no podía controlar el temblor de sus labios. Se abrazaron y cerraron los ojos contra la luz del sol brillante y despíadado—. Mujer de espada —murmuró.

—Arvirago.

Se separaron poco a poco.

—Un viaje seguro —dijo él.

—Un viaje en paz, Caradoc.

Se adelantaron juntos a los carros que esperaban. Caradoc aguardó obedientemente con las muñecas juntas y miró hacia delante mientras las cadenas le rodeaban y los soldados le ataban con rapidez a la parte posterior del carro. La calle estaba atestada de generales, comandantes, tribunos y senadores, todos montados o situados detrás de un cochero. Parecía que toda la aristocracia romana quería formar parte de ese triunfo. Llyn, encadenado al primer carro, se volvió y sonrió a su padre. Caradoc le devolvió la sonrisa y aguzó la vista hacia delante, donde el sol destellaba sobre púrpura y oro. El emperador. Los soldados se apartaronl, satisfechos. En algún punto, sonó una trompeta y el desfile se inició.

«¿Qué debo pensar ahora? —meditó a medida que el carro empezaba a rodar con una sacudida que casi le dislocó los hombros—. ¿Debo pensar en ti, Vercingetórix, y en tu tormento solitario? ¿Debo pensar en ti, Cunobelin, y en que tus astucias no eran después de todo más que los artificios simples de un niño caprichoso? ¿O en ti, Madoc, viejo bribón y malvado, o en ti, Emrys, tan orgulloso?»

El bramido apagado de las miles de personas que se alineaban a lo largo de la ruta se fue acercando. Los rígidos legionarios armados de las cohortes de la ciudad que flanqueaban la calle se cerraron; sólo sus ojos delataban su excitación. Los árboles habían cedido paso con brusquedad a edificios y Caradoc prosiguió caminando, concentrado en no oír el estruendo desbordante a su alrededor.

«Pensaré en ti, Cinnamo, en tus ojos verdes y en tu espada centelleante. Recordaré tu ingenio mordaz, tus sonrisas comprensivas, tu osadía y tu lealtad. Eras devoto de Camulos y de la Gran

Madre, ¿pero qué son ellos comparados con Júpiter y los dioses invencibles de Roma? No, no, no pienses en eso. Piensa en lo que él diría si estuviera aquí, en su desdén.»

La luz del sol encandilaba, un flujo concentrado que cegaba sus ojos desacostumbrados, y la piedra dura del pavimento lastimaba sus pies. La ruta se había convertido en una avenida ancha y recta que atravesaba torres altas, templos soberbios y muchas filas de tiendas: un río interminable y áspero de piedra sólida donde no crecía la hierba suave y verde. Caradoc tenía la impresión de que hasta las piedras le gritaban: «¡Bárbaro! ¡Bárbaro!». Si apartaba la mirada de la pluma del general detrás de cuyo carro iba encadenado, de inmediato se sentía abrumado por la complejidad de esa ciudad poderosa y ni siquiera podía empezar a asimilar las sensaciones que llovían sobre él.

«Cinnamo. Mano de Hierro Cinnamo.»

La muchedumbre anónima y vociferante empujaba y presionaba contra los brazos restrictivos de las cohortes, delirante de excitación, un océano de víboras ondulantes blancas y marrones, un mar de rostros borrosos y boquiabiertos.

«Cinnamo.»

Las trompetas sonaban con estruendo. El sol le desollaba.

Oyó a un hombre gritar:

—¡Bien hecho, bárbaro!

Caradoc volvió en sí y se tambaleó. De pronto, se dio cuenta de la realidad.

—¡Gran pelea, bárbaro!

—¡Te saludamos, bárbaro!

—¡Caradoc, Caradoc, bien peleado, bien hecho!

No lo estaban difamando. No reclamaban encolerizados su ejecución. No era basura lo que le golpeaba, eran flores.., rosadas, amarillas, carmesí suave, azul pálido. Le estaban arrojando flores con rostros generosos y curiosos, sonrisas anchas y gritos de aliento.

—¡Laureles para el bárbaro! ¡Libertad para Caradoc! ¡Piedad para él, Claudio, piedad!

El catuvelauno los escrutó con incredulidad. Era cierto. Su humillación final se había transformado en el desfile de un vencedor. Más adelante, vio que Llyn continuaba caminando y sacudía hacia atrás su cabello. Caelte andaba con paso cómodo, como si su señor acabara de pedirle una nueva canción en honor de la primavera. Y de repente, su espíritu remontó vuelo y se elevó alto para ir, una vez más, al encuentro de su destino. Parecía ser que después de todo, había conquistado Roma.

La procesión torció lentamente hacia el foro y se detuvo. El gentío ocupó la plaza detrás. Claudio se apeó y subió despacio los anchos escalones de mármol de la Curia con la capa púrpura ondeando a sus espaldas. Cuando llegó al área soleada a los pies de las altas columnas, se volvió y alzó un brazo cargado de oro. Su esposa surgió de la sombra para situarse a su lado. La multitud estalló en vítores. Durante un momento, el emperador no se movió; imponente, elevado por encima del griterío de sus ciudadanos. Luego retrocedió a la sombra y se instaló en una silla tapizada de

púrpura. Las trompetas reverberaron una vez más y la procesión comenzó el circuito lento y solemne del foro. Los pretorianos, en uniforme de gala, iban a la vanguardia.

Ni en sus sueños más alocados había imaginado Caradoc una magnificencia así. El sol llenaba sus ojos con un fulgor cegador, su reflejo era blanco, rosado y dorado como la miel en las columnas puras y lisas del templo de Julio César, y se propagaba bajo el arco severo de Augusto. Zigzagueaba en silencio entre la minada de arcos de la Basílica Julia y luchaba callado contra las sombras orgullosas del templo de Cástor y Pólux. Caradoc olvidó sus cadenas y contempló a un lado y a otro con admiración. Se encontraba en un bosque congelado de árboles blancos gigantes, troncos de piedra que custodiaban con recelo y altivez el alma del mundo, de la misma manera en que los montes de robles de Mona protegían el corazón de su gente. Los árboles vivientes envejecían y morían, como los hombres que los cuidaban, pero ese bosque estático permanecería para siempre, al igual que el alma del Imperio Romano. Atravesó el arco de Tiberio y Germánico y observó el templo de Saturno donde miles de personas atiborraban la escalinata y se colgaban de lo alto de las columnas. Luego su carro viró a la izquierda y pasaron junto al templo de la Concordia, detrás del cual, en la cima de la colina, se erguía con dignidad el templo de Júpiter, flanqueado por el Tabulario.

«¡Qué grandiosidad. Qué esplendor magn¡fico y opulento! Y yo he combatido contra todo esto —se maravilló para sus adentros—. Debí de estar loco.» Pensó en el orgullo de Aricia por su pequeña imitación de madera de una casa romana. Pensó en los foros diminutos en que él y los demás habían sido exhibidos, sudorosos y sucios bajo las miradas de las muchedumbres. Alzó la vista hacia el emperador, un hombrecito empequeñecido por la piedra eterna, reluciente a la luz del sol. De pronto, tuvo ganas de reír.

Su carro se detuvo por fin. Un tribuno y un soldado se acercaron para desatarle y buscó a Eurgain, pero no la vio. Claudio hizo una señal, las trompetas sonaron otra vez y Caradoc y el tribuno subieron juntos la escalinata, con las cadenas chocando contra el mármol.

Claudio le observó aproximarse y su esposa se inclinó y le susurró con voz ronca de excitación:

—¡Qué alto es!

El emperador asintió con los ojos puestos en aquella cabeza gacha y en los brazos extendidos con las cadenas entre ellos, precavidos contra una caída. Conocía el destino de ese hombre y no le producía satisfacción. Los años venideros matarían lo que la lanza del verdugo no podría. Había asistido a la sesión especial del Senado el día anterior. Se había sentado y escuchado mientras los senadores se incorporaban y bajaban al pavimento frío y teselado de la Curia para hablar de S¡fax y de Escipión el Africano, de la clemencia de Paulo Emilio con el gran Perseo, dejando caer las suaves insinuaciones en sus oídos como el ruido del agua que sale de un manantial. Ese rey bárbaro había sido un enemigo respetable, un antagonista digno del poderío de Roma. Además, disfrutaba del favor de la plebe y Claudio también necesitaba ese favor. El emperador los escuchó con atención explotar su reverencia por el pasado romano, su aprendizaje con el gran Livio y, aunque sonrió con algo de cinismo para sí, se sintió halagado. El pueblo exigía un gesto de magnanimidad de su noble y culto

gobernante, una prueba de superioridad y humanidad desinteresadas. Y, aunque con sutileza, el Senado también lo requería. Muy bien. Roma sería misericordiosa. Los tiempos habían cambiado desde que Julio César había ordenado estrangular a Vercingetórix, y Roma demostrar¡a que la reacción ingrata de una provincia a la ocupación no constituía una amenaza para ella.

Agripina se agitaba nerviosamente mientras Caradoc ascendía penosamente los últimos peldaños y se detenía ante el emperador. Claudio indicó al catuvelauno que entrara en la sombra de las columnas.

—Al fin nos encontramos —manifestó, y contempló el otro rostro mientras el vocerío continuaba con igual intensidad—. Fue una lucha valiente, bárbaro, pero perdida desde el principio, como estoy seguro de que os dais cuenta. Tenéis derecho a hablar antes de que os sentencie, si lo deseáis.

Caradoc examinó el rostro triste y mundano, y detectó cansancio en aquella boca severa pero floja y en las arrugas diminutas entre los cejas anchas. Por más que lo intentara, Claudio no podía detener el temblor incontrolable de su cabeza y ya le chorreaba la nariz debido a la tensión del momento. Caradoc le compadeció.

«Este hombre estará en la cumbre del imperio —pensó—, pero no es tan libre como yo, aunque vista de púrpura suave y yo esté ante él con los harapos de un campesino y con cadenas.»

No miró a Agripina, pero advirtió que las manos de la emperatriz aferraban los costados de su silla dorada. Los ojos negros le devoraban desde un rostro blanco y cuidadosamente empolvado que ocultaba las señales de la edad. Su perfume llenaba la nariz de Caradoc con un aroma fuerte a almizcle, y las joyas que adornaban el cabello recogido y se apiñaban en la corona titilaban hacia él de manera tentadora. Con su aguda intuición de animal, percibió el olor de la corrupción voraz bajo los pliegues gráciles y pesados de la túnica, y supo que ella era más temible que su esposo.

Mantuvo los ojos en Claudio y se preguntó qué decir. No estaba hablando a una tribu andrajosa, se estaba dirigiendo a un imperio y, por un instante, la timidez le embargó, pero se recuperó enseguida.

—Soy arvirago. Amo a mi gente. Por respeto a ellos, no inclinaré mi cabeza ni deshonraré a todos aquellos que murieron por mí. —Empezó a hablar con lentitud y cautela—. Si en la hora del triunfo mi alto linaje y rango hubieran estado acompañados de la moderación, debería haber entrado en esta ciudad como un amigo y no como un prisionero. No habríais vacilado en aceptar como aliado a un hombre de espléndida alcurnia y gobernante de muchas tribus. Mi posición actual es degradante para mí, pero gloriosa para vos. Tuve caballos, carros y oro. Si era renuente a perderlos, ¿qué tendría de extraño? —Su voz se elevó. La energía se deslizaba a su lengua como aguamiel dorada. Alzó los brazos maniatados en un gesto inconsciente y adelantó un pie en un gesto de orgullo—. ¿Acaso porque alguien desee un imperio universal todos debemos aceptar la esclavitud universal? Si hubiera sido arrastrado aquí después de haberme rendido sin pelear, mi caída no sería célebre, ni tampoco vuestra victoria. Si me castigáis, ambas serán olvidadas.

«Digo esto por ti, Eurgain —pensó con deliberación—, y por ti, Llyn, y por las niñas, pero no suplicaré.»

Echó la cabeza hacia atrás con actitud desafiante y miró al emperador con ojos altivos y serenos.

—¡No me matéis, entonces, como ejemplo eterno de vuestra misericordia! —Las palabras resonaron a través de las columnas oscuras, suntuosas y apiñadas de la Curia. Agripina esbozó una sonrisa.

Claudio estudió el pecho agitado, los pies separados con determinación y los ojos centelleantes y seguros.

«Me pides que no te mate como si estuvieras desafiándome a un combate —pensó con un respeto divertido—. Ahora entiendo la desesperación del pobre Scapula. Eres formidable, jefe salvaje.» Se puso de pie con gracia.

—Escuchad al pueblo, Caradoc —declaró—. Os honran, reclaman vuestra salvación. Que jamás se diga que Roma no recompensa el valor, ya sea en sus amados ciudadanos o en sus nobles enemigos. Sois digno de nuestra recompensa por vuestra osada resistencia. Por lo tanto, en el nombre de Júpiter y de los dioses de Roma, os perdono. ¡Quitadle las cadenas!

Miembros de su escolta se movieron con rapidez y, en medio de un aturdimiento increíble, Caradoc sintió que sus muñecas y tobillos se aligeraban y oyó el ruido de las cadenas al caer sobre el mármol.

«¿Libre? ¿Así como así? ¿La esperanza regresa para cargarme de nuevo en sus alas con tanta rapidez y facilidad?»

Claudio dio un paso hacia él, le apoyó un brazo sobre los hombros y lo volvió hacia la plebe. Juntos salieron a la luz del sol. Claudio alzó despacio el otro brazo, la capa púrpura cayó hacia atrás y un gran aullido de deleite y aprobación se elevó cuando el pueblo vio a su emperador y a su enemigo lado a lado.

Caradoc no prestaba atención. Todavía se encontraba bajo el hechizo paralizador de su propio estupor, y sus ojos escrutaron la muchedumbre abajo en busca de su familia. Vislumbró la cabeza rubia de Eurgain, pero no logró descifrar su rostro. Por un momento, él y Claudio permanecieron muy juntos. Luego el emperador le hizo retroceder a la placentera frescura.

—Hay condiciones, por supuesto —aclaró—. Deberéis jurar por cualesquiera dioses que adoréis que jamás volveréis a alzaros en armas contra Roma.

«Ahora, esperanza, tus alas plateadas titubean —pensó Caradoc—, y otra vez mis pies han de rozar la desesperanza. Jurar esto es extender mis manos de nuevo a las cadenas de la esclavitud y sin embargo, ¿qué puede importar al final? Vivo o muerto, Albion debe seguir luchando sin mí.»

—Juraré —respondió sin convicción—. Juro por Camulos, por Dagda, por la Gran Madre, que... que... —Su coraje casi le falló, pero se recobró—. Que jamás volveré a alzar mi espada contra el pueblo de Roma.

Claudio asintió.

—Bien. Fue duro para vos, lo sé, pero necesario, Caradoc. También debéis entender que estáis exiliado de vuestra tierra. Gozaréis de libertad dentro de esta ciudad y en ciertas circunstancias; no os podréis alejar más de ocho kilómetros de ella y cualquier transgresión de este edicto significará la muerte inmediata.

El catuvelauno miró los ojos grises y astutos y vio su propio pensamiento reflejado allí. «Debéis ser fuerte para morir poco a poco —le decía Claudio al mismo tiempo que él se lo decía a sí mismo —. La muerte inmediata sería más generosa, pero la piedad no tiene nada que ver con la generosidad.»

—El Senado ha votado a favor de daros una casa y seréis mantenido a expensas públicas. Ya nos habéis costado mucho dinero —continuó con humor—, pero supongo que podemos prescindir de algo más.

«Ya lo siento tensándose a mi alrededor como una red de caza —pensó Caradoc con temor—. ¿Cuánto tiempo podré aferrarme a lo que soy? ¿Hasta cuándo me hablarán los niños con el acento de su tierra y compartirán conmigo los recuerdos del pasado? Esto también lo sabéis, romano cruel e implacable. Entonces sabed también que resisto y seguiré resistiendo hasta el día en que mi cuerpo muera.» No hizo ningún comentario y, por fin, la emperatriz abandonó su asiento y se acercó para tomarle la mano.

—Si habéis de sufrir por vuestra húmeda y pequeña isla —dijo—, hacedlo, pero no por mucho tiempo, bárbaro. Seréis feliz aquí, ya que Roma es una ciudad de una fascinación interminable. «Y yo también», le decía su mirada descarada y serena—. Os felicito por una batalla bien librada. — Caradoc retiró su mano y no contestó. Pero ella no se ofendió; sonrió con comprensión y volvió a su silla.

—He preparado un pequeña sorpresa para vos —dijo el emperador.

Con una contracción espasmódica, el catuvelauno adivinó lo que vendría.

Se volvió para correr, pero no había adónde ir—. ¡Plautio, amigo mío, acércate!

Con el corazón acelerado, Caradoc se volvió hacia la oscuridad que se abría detrás de él. Dos figuras altas surgieron lentamente de las sombras. La escolta se separó para dejarlos pasar. El hombre era rígido y canoso, con un rostro delgado y dominante y ojos grises como el mar. Sonreía mientras se aproximaba con el paso seguro de un soldado, pero después de una ojeada rápida, Caradoc miró más allá de él. La emoción asfixiaba su garganta, la sangre martillaba en sus orejas y palpitaba en sus miembros. Su hermana no había cambiado mucho. Estaba más regordeta, las líneas antes angulosas y duras se habían convertido en curvas de satisfacción. El cabello liso y negro, muy salpicado de gris, estaba recogido en lo alto de su cabeza. Pero los ojos, si bien rodeados de minadas de arrugas finas y con lágrimas, todavía eran serenos y estaban llenos de misterios. Y la misma belleza reservada se conservaba en aquella figura real vestida de negro. Se miraron durante un largo rato, palideció más y más hasta que cerró los ojos con brusquedad y se volvió.

—No puedo —precisó—. La desterré de la tribu. No puedo hablar con ella. ¡Hice un juramento!

—Caradoc —intervino Gladys con lentitud y voz ronca—. Por Camulos, qué cambiado estás! Reconozco a un arvirago, la marca está en ti, pero ¿dónde está mi hermano? ¿Qué le han hecho todos esos años perdidos? —Hablaba en su propia lengua, lírica y melodiosa, entrelazada con un acento latino claro—. Oí decir que rompiste una espada en un arrebato de ira contra mí. Oí decir que pronunciaste las maldiciones e hiciste un juramento. Entonces lloré, Caradoc, porque ya no tenía tribu ni clan. Me sentí abandonada por todos, tal como tú te sentías. Sin embargo, he sido feliz. Mi elección, si fue una elección, fue buena. —Caminó hacia él pero no le tocó, aunque sus brazos ansiaban estrechar su propia carne otra vez—. Caradoc, sé que no olvidarás tus raíces. ¿Qué catuvelauno podría olvidar la tierra que le crió y los bosques que le iniciaron? He estado en Roma casi diez años y no ha pasado un día en el que no haya añorado el aroma de los robles húmedos y el contacto de una espada brillante en mi mano. No tengo tribu ni clan por disposición tuya. Y ahora tú estás aquí igual que yo, sin tribu ni clan, por disposición del emperador. ¡Depón tus juramentos, hermano mío! Apoyémonos mutuamente y compartamos la carga que debemos llevar. Luché a tu lado, arriesgando mi vida por la tribu cuyo rey me desterró. Ahora le suplico a él que me reconozca una deuda, en el momento de su adversidad.

Caradoc escuchó la voz suave con el rostro todavía vuelto hacia la multitud que bull¡a bajo el calor sofocante del sol de mediodía.

—No puedo desdecir las palabras de destierro y lo sabes —afirmó con frialdad—. Cuando me marché del Gran Salón aquella noche, con el fuego a mi alrededor y la culpa en mi corazón, te dejé sola, reclinada contra la pared. Jamás soñé que volvería a verte y huí al oeste con un gran dolor. Ah, Gladys, ¿adónde ha ido el tiempo? ¿Qué significa todo esto?

—Caradoc, por favor. —Los músculos del cuello de él estaban tensos y sus hombros encorvados como para detener un golpe. Claudio, Plautio y los soldados observaban en silencio, atrapados en el flujo y reflujo de un sufrimiento privado expresado en un lenguaje rico en cadencias dulces y nostálgicas que evocaban una forma de vida más allá de su comprensión. Pero Agripina tamborileaba con sus dedos largos sobre el brazo de la silla, de pronto aburrida y hambrienta.

Caradoc se volvió despacio, casi con renuencia, como si unas manos invisibles salieran de él en distintas direcciones y no pudiera dirigir sus miembros.

—A veces, un hombre debe hacer a un lado las ideas sobre el bien y el mal que le han enseñado y despojarse de una verdad para hallar otra. —Le costó decirlo—. Eso enseñan los druidas. No creo que los druidas tuvieran en mente un cambio como éste, Gladys. No obstante, lo intentaré. —Dio un paso y luego otro. Alzó los brazos y de repente, Gladys corrió por el reluciente pavimento y se arrojó sobre él.

Claudio sonrió como un tío caritativo. Plautio experimentó un gran alivio que no se reveló en su rostro, puesto que había hablado en el Senado para urgir clemencia por ese hombre, pariente suyo por matrimonio, consciente de que su discurso había divertido a sus colegas senadores. Su esposa no le había pedido nada pero, durante el último mes, no había podido conciliar el sueño y se paseaba por

los vestíbulos embaldosados hasta el amanecer, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza gacha. Ninguna palabra de él había logrado reconfortar¡a. Agripina bostezó bajo su mano cargada de anillos.

El emperador inclinó la cabeza y la escolta se cuadró.

—Ahora comeremos juntos —sugirió—. ¡Espero, bárbaro, que no tengáis escrúpulos para probar mi vino como lo tuvo vuestra tonta hermana hace tantos años!

—Los elefantes y los emperadores nunca olvidan —susurró Plautio a Gladys mientras ella se apartaba de Caradoc para coger del brazo a su esposo—. Parece que tendré que esperar aún más para esa cena privada que quise celebrar con tu hermano cuando le vi sobre el muro de Camalodúnum.

El muro de Camalodúnum. Gladys dejó que la fugaz punzada de añoranza le quitara el aliento y luego extendió una mano hacia Caradoc.

Agripina se levantó. Ella y Claudio avanzaron bajo el sol deslumbrante y los demás les siguieron a donde Eurgain, Llyn y las niñas estaban sentados, a los pies de las escalinatas, un oasis diminuto de familiaridad sensata en medio de un desierto de rostros oscuros y extraños.

OceanofPDF.com

Fines del invierno del año 52 d. de C.

CAPITULO 27

El espía trabajaba para uno de los secretarios del gobernador. Mantenía el orden en las oficinas de los edificios administrativos en Camalodúnum. Hacía diligencias. Era un empleado muy servicial y entusiasta, y el secretario no dejaba de requerirle; sabía que sus peticiones serían realizadas con lealtad y prontitud. Pero en aquel momento el espía estaba enfermo y el secretario, aunque con irritación, aceptó un sustituto por un tiempo. Sin embargo se había acostumbrado a la callada eficiencia de aquel hombre y se sentía molesto.

El espía dejó Camalodúnum, avanzando como una sombra. Cortó hacia el oeste a través del bosque catuvelauno hasta llegar a Verulamio, pero no entró en la aldea. Se encaminó hacia el norte, siguiendo la ruta que se extendía en línea recta al fuerte romano en Virocónium y al paso en las montañas occidentales de más allá. Sonreía para sí mientras corría bajo los árboles quebradizos y dormidos, manteniendo el camino a la derecha pero sin dejar el bosque, aun cuando a menudo tenía que esquivar malezas impenetrables.

Estaba casi dispuesto a bendecir a Roma por esa marcha forzosa. Hacía muchísimo frío. Todavía faltaban tres meses para la primavera y Albion yacía inmóvil bajo la mano blanca y dura del invierno. En el sur, la combinación de lluvia y aguanieve le obligó a seguir moviéndose y se internó en lo más profundo del bosque donde todavía quedaban lugares secos para descansar, pero el frío no le permitió más que unas pocas horas de sueño inquieto. Al cruzar la frontera de los coritanos, la lluvia cesó pero no la cellisca, helada y penetrante, y no se atrevió a encender un fuego para secar la ropa o cocinar comida caliente. Se sentaba encorvado al amparo dudoso de las zarzas espinosas con la vista clavada en la franja delgada de camino visible a través de los árboles, temblando pero sin atreverse a dejar el refugio del bosque para viajar con más rapidez. Se había sentido tentado, pero más o menos cada treinta kilómetros a lo largo de ese camino había un puesto de vigilancia fortificado, como un fuerte en miniatura, y los exploradores y patrullas solían pasar junto a él mientras se esforzaba en mover un pie congelado y empapado detrás del otro. Pensó con humor sombrío que la vida en Camalodúnum le había ablandado, pero aún no era lo bastante débil como para tenderse y morir. Se deslizó como una criatura del bosque junto a los puestos de vigilancia y por fin llegó a Virocónium, un eslabón en la cadena de Scapula que abarcaba desde Glévum al sur hasta Deva al norte, la frontera occidental del gobernador.

La nieve había comenzado a caer, pero no había viento. Rodeó el fuerte con muchísimo cuidado, pisando allí donde la nieve no había penetrado para no dejar huellas. Se detuvo frente al paso que lo habría llevado al sur a territorio siluro y aspiró el aire húmedo y frío. Luego se volvió y se dirigió al norte. Nadó a través del río en mitad de la noche, sosteniendo la capa mojada sobre su cabeza. Llegó a la otra orilla y alzó la vista. El bosque le llamaba y presentía una infinidad de rocas más allá de la ceguera gris de la nieve. Empezó a correr. Sabía dónde estaba.

Seis días después, llegó al campamento de Emrys. Había dejado de ne—

var y un sol débil brillaba en un cielo azul que amenazaba lluvia. Las pequeñas tiendas estaban semienterradas, pero las fogatas ardían y el hombre, aturdido, tragó grandes vaharadas de cerdo estofado. Emrys dejó caer su trozo y corrió a recibirle.

—Me alegra conoceros por fin, señor —jadeó el espía—. He trabajado para la causa de la libertad durante muchos años y, sin embargo, sólo el último eslabón en mi pequeña cadena os ha visto personalmente. —Sonrió, y el corazón de Emrys dio un vuelco. De modo que éste era el jefe de los espías de Caradoc en Camalodúnum, un hombre que se ganaba la vida gracias a los romanos, un hombre que nunca había dejado la aldea y que no obstante, era más útil para la lucha del oeste que el propio Emrys. La noticia debía de ser muy importante.

—Ven a mi tienda —le invitó amablemente—. No digas nada hasta haber comido.

—Comida caliente —dijo el hombre—. Y ropa seca. No he disfrutado de ninguna de esas cosas desde que dejé el sur. —Emrys mandó llamar a Venutio y a Madoc y ordenó a un hombre libre que trajera comida. Se sentó sobre las pieles en su tienda, sin decir nada, y observó al extraño mientras se quitaba la ropa empapada y se ponía unos calzones y una túnica suyos antes de dejarse caer para comer. Tardó bastante, pero Emrys no lo atosigó.

Madoc y Venutio entraron en la tienda; arrastraban con ellos el olor acre y penetrante de la lana mojada. Luego el espía terminó la cerveza, se limpió la boca y, a una indicación de Emrys, transmitió las novedades.

—Dos cosas, señores —comenzó—. En primer lugar, el arvirago ha sido perdonado. El despacho llegó hace dos semanas pero esperé la confirmación antes de comunicar la noticia. Parece que Claudio ha quedado prendado de su enemigo, o mejor dicho, la ciudad de Roma. El pueblo exigió su liberación.

—¡Eso no pudo haber bastado! —exclamó Venutio—. El Senado debió de haber votado también a su favor. ¿Será posible que Claudio haya perdonado a Caradoc por necesidad o...?

Madoc expresó la duda que había en la mente de todos.

—¿O habrá hecho Caradoc un trato deshonroso con el emperador a cambio de su vida? —Se miraron confundidos. Pero el espía dijo con firmeza:

—No. No. Jamás. Le conozco lo suficiente para saber que jamás haría algo as¡. Ultimamente, Claudio ha perdido mucha popularidad. Su familia es una raza de animales degenerados y la disipación de sus favoritos griegos espanta al pueblo romano. El emperador cree que otorgando el perdón al arvirago volverá a gozar del favor de la gente.

Durante un instante, los hombres digirieron las palabras, revisaron sus propios recuerdos y se sintieron satisfechos.

«Tal vez nosotros nos parezcamos más a los animales que la patética familia de Claudio —pensó Emrys—. No conozco a ninguna bestia del bosque que sea degenerada..., sólo los hombres pueden ser degenerados... No obstante, hemos llegado a sospechar de nosotros mismos y de todos los demás.» Su mirada rozó la de Venutio.

—¿Cuáles son las condiciones? —inquirió.

El espía sacudió la cabeza.

—No lo sé con certeza, pero serán las comunes. Exilio de la tierra natal y muerte si abandona la ciudad de Roma.

«Estar exiliado de Albion es suficiente para morir —pensó Emrys de nuevo—. Existen muchos sitios en la Galia donde un hombre puede engañarse a sí mismo y creer que está en su casa, pero tener que vivir en esa ciudad para siempre, sin bosques ni montañas, sin arroyos claros ni el silencio de las praderas doradas en un mediodía de verano... Madre, Madre, me moriría!» Tenía ganas de llorar.

—¿Y qué hay de Eurgain? ¿Y de Llyn? ¿Y sus hijas?

—Ninguno de ellos será ejecutado. Se han convertido en héroes y curiosidades en Roma.

La paradoja de todo ello llenó la boca de Venutio con un gusto amargo y caliente.

—¿Qué otra noticia tienes? —preguntó de manera lacónica.

El hombre sonrió otra vez, con malicia.

—El gobernador murió. Caradoc por fin lo mató.

Madoc fue el único en lanzar una exclamación. Los demás se tensaron con sorpresa y el espía, al ver la reacción provocada por sus palabras, continuó:

—La noticia del indulto de Caradoc fue demasiado para él. Después de todo, lo había perseguido durante años, había sacrificado su salud, su paz mental, todo, por capturarlo. Cuando por fin lo logró, sintió que había cumplido su destino, pero, en un instante, el emperador despojó de significado su triunfo. Se derrumbó, señores. —Se frotó las manos—. Su estómago explotó y algo estalló también en su cabeza, puesto que murió gritando. Su agon¡a se oyó hasta el foro. Así que... —concluyó y se volvió para mirar a Venutio—, parece que al final, vuestra esposa nos hizo un favor.

«A nosotros, sí —pensó Venutio—, pero no a Caradoc.» No contestó y el espía apartó la vista.

—Bueno —gruñó Madoc—. ¿Qué ocurrirá ahora? ¿Nos lo puedes decir, hombre libre?

—Soy un jefe —le corrigió el espía con tono cortante—. Pero supongo que no tiene importancia. No puedo deciros con ninguna seguridad qué pasará, pero he trabajado bastante junto a los romanos para poder emitir un juicio. La noticia de la muerte de Scapula aún no ha llegado a Roma. El clima es malo. Tomará por sorpresa al emperador, que no será capaz de elegir un nuevo gobernador por un tiempo. Y de nuevo, la turbulencia de las mareas de primavera impedirá que hombre alguno venga a Albion por lo menos hasta finales de la primavera.

«Y tiene que haber un gobernador. —La mente de Venutio comenzó a funcionar deprisa—. Sin un gobernador, los muy tontos están perdidos como un bote sin control ni dirección, un cadáver decapitado e inútil. Es hora de volver a transitar los senderos de la guerra.» Apenas oyó que el hombre se incorporaba y se dirigía a Emrys.

—Estas son todas mis noticias, señor —concluyó——. Os pediré comida y una capa de reserva, ya que tengo que partir de inmediato. Se supone que estoy enfermo en mi casa, aunque hay tanta

confusión en Camalodúnum, que no creo que nadie se interese por mi salud hasta que me haya recuperado del todo. —Saludó y se volvió para salir de la tienda. Pero Emrys preguntó:

—Jefe, ¿quién eres? ¿Cómo te llamas?

El hombre los estudió con detenimiento. Lo que deseaban saber podía significar su muerte si uno de ellos era capturado y torturado, ya que Roma buscaba sin descanso a los ojos y oídos de los rebeldes. Sin embargo, sabía que era mucho más probable que fuera él quien se enfrentara primero al torturador. Inclinó la cabeza.

—Soy un guerrero catuvelauno. Solía ser compañero de caza de Caradoc cuando él, Togodumno y yo éramos jóvenes. Pero hace poco se me concedió la ciudadanía romana por mi servicio en las oficinas del gobernador. ¿Quién sabe? Quizás algún día sea alcalde de Camalodúnum. —Sonrió para sus adentros de su broma—. Me sorprende que tú, Madoc, no me hayas reconocido. Mi nombre es Vocorio. —Madoc le miró fijamente y con la respiración agitada. Luego comentó:

—Has cambiado, catuvelauno.

—Estoy más viejo, igual que tú, oso siluro. Tú también has cambiado. Sólo una cosa cambia más a un hombre que el paso del tiempo. —Se encogió de hombros y se marchó. Las pieles de la puerta se cerraron con un susurro tras él.

—¿Qué habrá querido decir? —masculló Madoc. Emrys rió.

—¡Ah, vamos! El revivir constantemente los recuerdos amargos —contestó—. Eso dicen los druidas.

Durante los dos meses siguientes, las noticias continuaron produciéndose poco a poco. En efecto, la súbita muerte del gobernador había sorprendido a Claudio. No podía proporcionar un sustituto antes de principios de verano; no tenía ningún hombre disponible para mandar antes de esa fecha y tal vez ni siquiera después. Hacer juegos malabares con los más aptos para el puesto era una tarea costosa y delicada. Mientras él regateaba, los jefes del oeste se reunieron para planear las batallas del verano. El invierno no se desaprovechó. Una vez más, los hombres de las tribus estaban bien armados y las líneas de comunicación restablecidas. El oeste estaba listo para el combate y los líderes observaban con ojos esperanzados el desorden creciente que se había iniciado en Camalodúnum con la muerte de Scapula. Las legiones no recibían órdenes y a los legados les espantaba la llegada de la época de las campañas sin haber recibido ninguna directriz de Camalodúnum. El segundo de Scapula no sabía qué hacer tampoco. Podría haberse puesto al frente de la lucha en verano, pero Scapula, seguro de que sin Caradoc el Oeste se rendiría con docilidad, no había planeado ninguna acción. Al igual que su emperador, vacilaba. En Mona, los refugiados y los criados de los druidas se aprestaban una vez más a sembrar los cultivos que abastecerían a los rebeldes, y en las montañas ordovicas, Emrys envió un mensaje a los jefes démetas y deceanglos para que se le unieran en un Consejo. No respondieron sino que acudieron inmediatamente acompañando a los mensajeros en su regreso.

El Consejo se reunió un día suave y nublado, con la humedad de la nieve derretida. Quinientos jefes, líderes de sus pueblos, se sentaron con Emrys, Madoc y Venutio a los pies de un risco bien custodiado: rocas detrás y un pequeño lago en un bosque ante ellos. Una vez concluidas las ceremonias de apertura, Emrys se levantó, se quitó la espada y reseñó brevemente el estado de la provincia.

—Es un buen momento para asestar el primer golpe de este año —manifestó—. Ahora, pronto, antes de que los hombres en Camalodúnum decidan que deben avanzar contra nosotros de alguna forma, con o sin gobernador. Pero tenemos que discutir dónde dar el golpe. Sois libres para hablar.

Uno de los démetas se levantó de un salto.

—¡Ya no tenemos un arvirago! —gritó—. Así que debemos gobernarnos a nosotros mismos. Pido al Consejo más ayuda en el sur. Los démetas hemos combatido a las patrullas costeras desde nuestros botes. A pesar de las numerosas bajas, hemos evitado que los soldados entraran en el Oeste y cayeran sobre vuestras espaldas. Pero ahora habéis perdido el sur de Siluria y no podemos luchar contra la Classis Britannica desde las costas siluras. No somos guerreros de montaña, pero nos veremos forzados a serlo este verano ahora que Roma controla la mayoría de Siluria. ¡Venid más al sur, ordovicos! Ayudadnos como os hemos ayudado a vosotros.

Se sentó y Sine se puso de pie. Se quitó la máscara y la espada.

—Vuestras palabras son ciertas —comenzó—. Pero si dejamos esta nación y nos movemos hacia el sur, la Vigésima Legión devorará el norte. Entonces los deceanglos quedarán aislados del resto del oeste y serán destruidos. Será muy sencillo para la Vigésima y la Segunda empujarnos de atrás hacia delante. Que los démetas entiendan que ellos, como los siluros antes que ellos, deben defender su costa hasta que no puedan hacerlo más y luego retroceder para unirse a nosotros. No podemos hacer nada. Somos muy pocos. Defender la frontera de los deceanglos de la Vigésima ha de ser nuestra primera prioridad.

Los démetas adoptaron semblantes amenazadores y mascullaron entre ellos. Sine se sentó, fulminada por muchos ojos furiosos. Sin embargo, lo que había dicho era verdad y nadie podía contradecirla. Un guerrero deceanglo se incorporó, un jefe callado que les recordó a todos que los deceanglos no sólo se enfrentaban a la Vigésima sino también a aquellos jefes brigantes de Aricia que no estaban patrullando los territorios centrales para Roma. Los deceanglos habían sufrido más que ninguna otra tribu a excepción de la silura. En el intento de Roma de encontrar los susceptibles puntos débiles del oeste, cualquier ofensiva nueva parec¡a estar destinada a ellos.

Además, como dijo Sine, si hubieran retrocedido, Roma los habría exterminado y otra parte del Oeste se habría perdido. Hablaba sin emoción, sin gesticular ni suplicar, y Venutio observaba y escuchaba con la mente en funcionamiento. Después de que el jefe deceanglo callara, el démeta se puso de pie otra vez y comenzó la discusión. Durante una hora, se pasaron los jarros de cerveza y los argumentos acalorados se expusieron una y otra vez. Emrys también observaba, con el corazón encogido.

«Oh, Caradoc —pensó—. No puedo hacer nada. No tengo autoridad para mandar a nadie salvo a mi propia tribu.» Madoc se crispaba y maldecía en su barba, pero él también se sentía impotente. No había posibilidad de ayuda para los démetas y muy poca para los deceanglos. Los ordovicos y los siluros debían mirar al este.

Venutio tocó el brazo de Emrys.

—¿Puedo hablar? —inquirió en voz baja. Emrys notó un destello extraño en aquellos ojos oscuros y asintió. Venutio se levantó, arrojó su espada al suelo y vociferó—: Silencio! Todos! ¡Hablaré yo!

La discusión cesó al instante, pero una voz exclamo:

—¡Sentaos, juguete de la traidora! ¿Qué derecho tenéis a hablar?

Venutio palideció. Apretó los labios un instante pero no cedió.

—¡El derecho que me otorga el Consejo! —repuso—. ¡Si no queréis escuchar, entonces, marchaos!

Algo en su voz y el fulgor airado en sus ojos sofocaban toda objeción. Esperó un momento, pero al ver que nadie se marchaba, enganchó los pulgares en el cinto y bajó el tono de voz. Ésta sonó fuerte y clara, y ningún jefe se perdió una palabra.

—El verano pasado, traje conmigo al oeste un cuarto del pueblo libre de Brigantia. Desde entonces, han llegado más brigantes. Ningún jefe que ame la libertad permanece bajo el dominio de mi esposa. No sé cuántos brigantes mando ahora. Cinco mil, quizás, o más. Los enviaré a vuestro territorio, jefes démetas, para que peleen con vosotros, con una condición.

Había conseguido captar la atención de todos. Le miraban con rostros inmóviles, mientras sus ojos seguían cada gesto de él. Venutio vio que Sine se colocaba la máscara para ocultar su sorpresa. Prosiguió con serenidad.

—Quiero que los démetas se concentren en el lugar donde el norte de Siluria linda con las tierras dobunnas, justo sobre el fuerte de la Segunda en Glévum. Allí permanecerán durante un ciclo lunar esta primavera. Y vosotros, deceanglos... —Las miradas estupefactas se dirigieron hacia él—. ¿Queréis liberaros de la amenaza de la Vigésima? Si confiáis en mí y en el honor del pueblo ordovico, la Vigésima caerá derrotada antes del verano. Hablad entre vosotros, las dos tribus.

—¿Qué estás haciendo, brigante loco? —siseó Madoc.

Venutio se volvió y sonrió al viejo siluro.

—Ten paciencia, Madoc. Os explicaré mi plan a ti y a los demás enseguida. —Gritó de nuevo a la concurrencia—. Conozco una forma de destruir no sólo a la Vigésima sino cada fuerte y puesto de vigilancia a lo largo de la frontera de Scapula, pero no funcionará a menos que me obedezcáis. Pensadlo y contestadme antes de que se ponga el sol.

Regresó a su sitio y Emrys le habló con tono de enfado.

—¿Qué intentas hacer, Venutio? ¿Quieres controlarnos a todos? ¿Es en eso en lo que has estado pensando todos estos meses?

—No, Emrys —replicó con énfasis—. No deseo convertirme en arvirago de una forma ilícita.

—¿Entonces por qué no has discutido este plan tuyo con Madoc y conmigo? ¿Por qué hemos de permanecer aqu¡ sentados con la boca abierta y humillados como los demás?

Venutio le agarró con firmeza de un brazo. Sus ojos resplandecían con excitación desde su cara de animal astuto.

—Porque no deseaba revelarlo hasta que las tribus hubieran expresado sus opiniones, todas, y estuvieran satisfechas con las discusiones y la cerveza. Siempre hablan de cosas menores, un fuerte aquí, un destacamento allá, más defensa que ataque. ¡Pero ésta es la hora del ataque, Emrys, todo a lo largo de la frontera! ¡Tomemos la iniciativa mientras Albion carezca de gobernador!

Emrys no retiró el brazo aunque los dedos de Venutio le causaban dolor de tanta agitación.

—Si aconsejas una batalla campal, ordenaré a los ordovicos que no te sigan —le advirtió—. ¿Qué otra forma hay de vencer a una legión entera?

Venutio meneó la cabeza con impaciencia.

—No, no. No soy tan tonto. Existe otra manera, Emrys, pero dependerá de la disposición de las tribus a recibir órdenes de un solo hombre, sólo por un tiempo más. Es necesario que entiendan bien lo que intento hacer y que no se sientan amenazados por mí. Necesito poder sobre ellos, pero sólo durante un tiempo.

—Muy bien. —Emrys buscó el rostro de su esposa y lo encontró, más al fondo. Los ojos le brillaban con deleite y una comprensión astuta detrás de la mueca de lobo. «Ha escuchado a Venutio y ya entiende —pensó—. Es feliz»—. Supongo que podré esperar a la puesta del sol para escuchar tu idea, Venutio. —Venutio le soltó el brazo. No se había dado cuenta de que lo seguía aferrando.

—Te lo habría dicho, Emrys —confesó con más suavidad—, pero quería estar seguro de que los démetas y los deceanglos vendrían al Consejo. Sin ellos, no funcionará, y habría echado a volar tus esperanzas para al final dejarlas caer.

Emrys rió.

—Es obvio que no has estado en el oeste lo suficiente —comentó—. De lo contrario, sabrías que para nosotros no existe la esperanza ni la desesperanza. Transitamos el camino del centro, Venutio, y así conservamos la cordura. Y la vida.

Aquella noche, veinte jefes se sentaron frente a Venutio, diez de los démetas, diez de los deceanglos.

—Escucharemos vuestras palabras —manifestaron de manera sombría y con desconfianza. Los impulsaba más la curiosidad que la creencia de que el brigante tuviera algo nuevo que ofrecerles. Pero Venutio les sonrió, sin ofenderse. Sacó el cuchillo de su cinto y dibujó con rapidez un mapa del Oeste en el suelo.., sin costa, sin ríos, sin caminos..., sólo Deva y Glévum, la hilera de fortificaciones entre ellas, y las líneas de comunicación del oeste.

—Bien —dijo, mientras todos se estiraban para ver—. Ahora, escuchad. Vosotros, los démetas, dejaréis vuestro territorio, todos sin excepción, y os trasladaréis al este, aquí. —El cuchillo se movió

con seguridad—. Encontraréis a Madoc y a los siluros esperándoos. Dividiréis vuestras fuerzas en unidades, una por cada fortificación existente, desde Virocónium hasta Glévum, pero dejaréis el fuerte en paz. El legado allí no tiene que enterarse de nada de lo que esté sucediendo. —Algo se encendió en la mente de Emrys y miró el rostro de Venutio con admiración, pero el brigante continuó hablando—. Al norte, los ordovicos se dividirán en dos, la mitad de la tribu bajo el mando de Emrys y la otra mitad bajo el de Sine. Y vosotros, deceanglos —añadió, e hizo una pausa para sonreírles—, os concentraréis aquí, en vuestra frontera, y marcharéis sobre el fuerte de Deva. —Se elevaron gritos de protesta entre ellos, pero Emrys guardó silencio, maravillado por ese hombre que se había paseado con él en silencio de campamento en campamento y había absorbido toda la extensión de las montañas y las unidades ocultas en ellas, y luego había concebido ese plan ambicioso e imposible... aunque no tan imposible. Venutio levantó una mano—. Dejadme terminar. La legión os estará aguardando. Los rumores se habrán propagado con unos días de antelación y las puertas del fuerte se abrirán mucho antes de que lleguéis allí, pero debéis librar combate aquí, bien lejos del bosque, puesto que en el bosque la mitad de la fuerza ordovica estará esperando. Ahora. El fuerte se vaciará. Vosotros haréis frente al enemigo. Desde luego, no tendréis ninguna oportunidad de vencer. Empezaréis a retroceder hacia el bosque. Entonces, cuando los soldados se encuentren bien alejados de la seguridad del fuerte, persiguiéndoos con gran alborozo... —frunció la boca—, Emrys o Sine, preferentemente Sine, dejará el bosque y caerá sobre el flanco derecho de la legión. Si los cogemos por sorpresa, el legado quedará confundido. Cuando el desconcierto empiece a convertirse en un plan improvisado de represalia, el resto de los ordovicos se abatirán sobre la retaguardia. Después de ocupar el fuerte vacío y de prenderle fuego, habrán cercenado toda posibilidad de una retirada romana. La legión quedará rodeada, pero no toda de golpe. Un sobresalto ha de seguir a otro para que el legado no pueda poner en práctica ningún plan de batalla firme.

—Enviará hombres al sur, a lo largo de la frontera, en busca de refuerzos —aventuró con vacilación uno de los jefes.

Venutio sacudió la cabeza despacio.

—Lo hará, pero en vano. Los siluros y los démetas habrán destruido cada fortificación a lo largo de la frontera. Atacarán mientras los deceanglos se estén acercando al fuerte. Entonces, cuando la victoria sea nuestra, los deceanglos podrán volver a casa a descansar y los ordovicos marcharán al sur para unirse a los démetas y los siluros y atacar a la Segunda en Glévum. Cuando caiga la Segunda, los démetas también se podrán ir a casa y el resto de nosotros podremos escoger cualquier punto en el sur como nuestro próximo objetivo.

—La Segunda no será vencida con tanta facilidad —acotó Madoc.

Venutio cabeceó de nuevo. Borró el mapa con una mano y se reclinó sobre los talones.

—Lo sé. Pero podemos intentarlo, Madoc. Si no tenemos suerte, lo dejaremos. Nos movilizaremos al sur y una vez que hayamos llegado a las tierras bajas, otras tribus se nos unirán. Haremos marchar a la Segunda por todo el sur.

—¿Y la Decimocuarta? —Emrys no podía aquietar la excitación incrédula que bullía en su interior y titilaba en sus ojos.

—No podemos adelantarnos tanto. Si destruimos a la Vigésima y todas las fortificaciones, habremos hecho bastante. Entonces podremos planear de nuevo. ¿Y bien? —urgió a los démetas y a los deceanglos—. ¿Qué opináis?

Se pusieron de pie.

—Deliberaremos —repuso uno de ellos—. Y os daremos nuestra respuesta con la primera luz de la mañana.

Después de que se hubieron ido, Madoc se quejó:

—No quiero pelear con los démetas. Son una tribu rústica.

—Pero excelentes guerreros —señaló Emrys. Y Venutio, al observarlo, supo que había ganado.

—Debes ir al sur y reunirte con ellos, Madoc. Ese territorio es vuestro. Además, sería bueno mezclar siluros con démetas cuando os dividáis en grupos y os enfrentéis a cada fortificación. De ese modo, los démetas no podrán cambiar de opinión en el último momento y huir —continuó Venutio.

—Caradoc podía controlarlos —protestó Madoc—. Yo no soy Caradoc.

«Pero tal vez tú si lo seas, brigante —pensó Emrys, y estudió el rostro ensimismado de Venutio con un nuevo respeto—. Quizá no sea una idea tan tonta pensar que el oeste todavía pueda ganar esta guerra horrible y eterna. ¿Qué dirías, Caradoc, viejo amigo, si escucharas a este pastor vehemente y herido? ¿Hay algún fallo en su razonamiento? ¿Qué dirán los druidas?»

—Venutio —suspiró—. Es un buen plan. Osado tal vez, ¿pero cuándo no nos hemos arriesgado? Estoy contigo.

—Yo también —jadeó Madoc—. Me esforzaré por ser cortés con los jefes démetas.

—Entonces debemos esperar el amanecer —concluyó Venutio. Tenía los ojos oscuros a causa de pensamientos que le desbordaban—. Tengo hambre. ¿Vamos al fuego a comer? —Se incorporó con confianza y una nueva conciencia de dignidad personal. Emrys y Madoc lo advirtieron y le siguieron sin pronunciar palabra.

La estrategia de Venutio funcionó con una facilidad casi ridícula. Los jefes démetas marcharon a su territorio, y regresaron trayendo consigo a sus guerreros. Junto con los siluros, avanzaron con sigilo por el borde del bosque, a tres kilómetros de las fortificaciones de la frontera de Scapula, mientras sus exploradores yacían escondidos en la maleza donde podían vigilar a los romanos. Cualquier patrulla temeraria que recorriera los bosques podría haberlos encontrado, pero los comandantes esperaban órdenes de Camalodúnum y no hicieron nada. Ésta era la apuesta de Venutio. Si Roma estaba mejor organizada de lo que él había calculado, fracasaría. Los ordovicos marcharon al norte y se dividieron. Sine guió a sus huestes hacia el sur de nuevo y al este, en una única hilera, dentro de territorio cornovio. Luego viró de regreso al norte para acercarse por detrás al fuerte de Deva. Su apuesta era la más arriesgada. Los cornovios del norte simpatizaban con la causa rebelde, pero pertenecían a la provincia. Y, como ya era primavera, los campesinos y hombres libres de esa

tribu estaban sembrando sus pequeños campos. Sine se esforzó por evitar que los detectaran, pero algunos campesinos cornovios les vieron pasar y no vivieron para contarlo. Venutio observó a los deceanglos reunirse en la frontera. Sabía que no les gustaba tener que confiar en él y en los ordovicos para poder salvarse de ser destruidos. Pero los años con Caradoc les habían enseñado que, en última instancia, ninguna tribu podía existir sola. Dependían unas de otras y, de hecho, no habrían podido continuar la lucha ni un día si no hubieran recibido el apoyo de Emrys y su gente.

Venutio caminaba entre ellos, les explicaba una y otra vez lo que debían hacer, y entendían. Por las noches, instruía a los exploradores, hombres y mujeres que había elegido con cuidado para que sirvieran de enlace entre él, Sine y los deceanglos. Cuando hubieron partido, se acostó en su tienda, de espaldas y con las manos apoyadas detrás de la cabeza. Pensó en Aricia y en la jaula que ella había construido para él, en el oeste, y en su propia jaula. En cierta forma, las dos se mezclaban en su mente, como si la posibilidad de salir del oeste implicara también la posibilidad de liberarse de la prisión invisible de su esposa, en la que, sabía con desaliento, seguía atrapado.

Cuando llegó el momento y estuvo seguro de que no había pasado por alto ninguna contingencia, impartió las instrucciones finales.

—Contenedlos durante tres horas —explicó a los deceanglos—. Luego comenzad a retroceder hacia el bosque. No permitáis que os empujen a los costados. Debéis mantener vuestras espaldas hacia Emrys.

Llegaron noticias de Sine, ya oculta detrás del gigantesco fuerte sin terminar que se estaba erigiendo junto a los cuarteles provisionales de la Vigésima y, por fin, Venutio dividió la fuerza de Emrys en dos mitades y las colocó una a cada lado. Él mismo comandaba una.

—Reforzaréis a los deceanglos desde la retaguardia —precisó—. Yo guiaré a los demás sobre el flanco romano. Sine enviará hombres al fuerte vacío y luego se abatirán sobre el otro flanco. Así quedarán rodeados por todas partes.

Al amanecer, los deceanglos salieron del bosque. Se sentían desnudos y lastimosamente solos. Manlio Valens, legado de la Vigésima, corrió a la pared y subió al amparo de la sombra de su torre de vigilancia para observarlos acercarse. Calculó con rapidez la cantidad de hombres y ordenó la salida de sus tropas auxiliares. Las puertas del fuerte se abrieron y permanecieron así. Al cabo de una hora de batalla, se dio cuenta de que las tropas auxiliares no eran suficientes. Envió mil hombres más. Luego, con resignación, dispuso la movilización del resto de la infanter¡a, las cohortes y la caballería. Bajó de la torre y él mismo entró cabalgando en el campo de batalla con el águila brillando a su lado bajo el sol intenso de primavera. Se sucedió otra hora de combate feroz, pero los deceanglos no podían competir con los legionarios.

Cuando los nativos se dispersaron y comenzaron a huir hacia el bosque, dejando las pilas de sus muertos en la hierba, Valens tenía la victoria asegurada. Con calma, el legado ordenó seguirles. La caballería obedeció de inmediato. La infantería rompió filas y corrió. Detrás, la masa tranquilizadora del fuerte se empequeñeció hasta convertirse en una cajita gris.

Entonces sonó una corneta. Valens la oyó, débil pero clara, una nota burlona y desafiante. Y lo supo. Detuvo su caballo y llamó a gritos a un explorador. Dio un mensaje apresurado al hombre que contestó a su llamada y le observó alejarse galopando hacia el sur, donde había fortificaciones, hombres y salvación. Gritó al trompeta.

—Trae la primera cohorte aquí. El águila debe permanecer conmigo, no podemos permitir que caiga.

Su petición resonó y en aquel momento Valens los vio. Salían corriendo de los bosques, oleada tras oleada de bárbaros sombríos con túnicas marrones, grises y verdes oscuras, escudos y grandes espadas en alto. Las órdenes que brotaron de la boca del legado eran confusas y preocupadas, pero todavía no tenía miedo. Se quedó sentado con sus tribunos y oficiales montados junto a él. Contestaba a cada desafio a medida que los comandantes de sus unidades requerían instrucciones y veía cómo los deceanglos se volvían contra esa nueva embestida y sus soldados sofocaban el impulso de girar sobre los talones y huir. Entonces, alguien cerca de él gritó. Las cabezas se volvieron. El corazón de Valens se encogió, frío y dolorido puesto que, sobre su flanco derecho, otra ola de color opaco rodaba desde el bosque e incluso, mientras observaba, formó una media luna. Abrió la boca para hacer advertencias; palabras inútiles, porque las órdenes se resistían a ser articuladas. El temor le asfixiaba, pero aún no era terror. Espoleó a su caballo y se alejó con sus oficiales y el águila resplandeciendo en las manos del portaestandarte.

Mientras escapaba, las órdenes por fin tomaron forma en su mente y las expresó. Su flanco indeciso se reagrupó al verle llegar, pero Valens oyó, percibió, la disolución de la unidad confiada de su legión. No podía pelear allí, con nada a sus espaldas y los rebeldes en tres flancos.

—¡Cerrad filas! —gritó—. ¡Retroceded al fuerte!

La trompeta transmitió la orden, pero cuando el legado miró hacia atrás, el fuerte no estaba ahí. Se hallaba oculto por otra nube, baja y amenazante, que avanzaba sobre él. El terror le envolvió y sus pensamientos dejaron de tener sentido. «Han aprendido —pensó una y otra vez—. Han aprendido, que Júpiter nos salve, han aprendido.» No se dio cuenta de que había estado chillando las palabras hasta que su tribuno senatorial le tomó del brazo.

—¿Qué órdenes, señor, qué órdenes? —rogó el hombre. Su voz era aguda a causa del pánico, pero ninguna orden podía salvar a los romanos, que caían como trigo bajo la guadaña del segador. Valens no respondió y apresuró su caballo hacia donde su escolta de caballería se arremolinaba con desconcierto. Arrancó el águila de los dedos del portaestandarte.

—¡Salvaos! —exclamó—. ¡La legión está destruida!

Huyó y, después de lanzar una última mirada de horror a la matanza húmeda y pestilente que se desarrollaba a su alrededor, la escolta le siguió.

No reparó en el horizonte, donde la niebla no había enturbiado la mañana despejada y fresca. La lejanía estaba envuelta en un manto gris. La frontera de Scapula se había derrumbado.

OceanofPDF.com

Fines de la primavera del año 52 d. de C.

CAPITULO 28

Favonio respondió con aire distraído al saludo del centinela, y él y Priscila cruzaron las puertas de la pequeña casa de madera fortificada para tomar por el sendero hacia el bosquecillo. Era un día de fines de primavera en Icenia, dulce y perfumado, con un sol tibio y un viento suave e intermitente.

Pero Favonio no tenía ojos para el clima. Se movía con lentitud, con la cabeza gacha y el entrecejo fruncido. Prestaba tan poca atención a la conversación alegre y continua de su esposa, como al trino estridente y musical de los pájaros que anidaban en los árboles tupidos y frescos, todavía con aire abstraído. Priscila seguía parloteando, con su cara bonita elevada hacia él, ambos rostros estaban salpicados de sol y de sombra, pero cuando Favonio le obsequió apenas un gruñido o dos, ella le cogió del brazo y le obligó a detenerse.

—¿Qué pasa, Honorio? Te he preguntado si podía llevar a Marco a Colchester un par de días. ¿Qué significa tu respuesta, sí o no?

—¡SÍ! —replicó, todavía ceñudo, con un surco irregular y adusto en la frente—. ¡Quiero decir, no! Ah, Priscila, tus peticiones se vuelven más ridículas con el tiempo. Primero fue un hipocausto, como si estuviéramos construyendo una casa en Roma en vez de habitar una casa de madera rústica en los confines del imperio. Luego fue la vajilla de plata para la mesa de los oficiales, como si soliéramos agasajar al gobernador. No, Marco no necesita un par de días en Colchester. Tal vez el año entrante.

Prosiguió andando y ella volvió a cogerlo del brazo.

—¡Qué malhumor tienes hoy! Deja que la fortificación se arregle sola por una vez, querido. De todos modos, en los despachos nunca viene nada excitante. ¡Qué seguro y tranquilo es este lugar! Ya que me has obligado a presenciar esta exhibición de destreza bárbara y jarana vulgar, al menos podrías esforzarte para ayudarme a fingir que lo disfruto.

Con irritación e impaciencia, Favonio apresuró el paso, luego suspiró y se volvió hacia ella con una sonrisa de disculpa. Estaban llegando al borde del pequeño monte de robles y podían oir el rugido de la multitud congregada fuera de la aldea. Era el día de la carrera anual de caballos y carros que había reemplazado poco a poco a los ritos de Beltine. Una batahola de gritos, silbidos y risas se mezclaba con el ruido discordante de los arneses de bronce y los relinchos intermitentes de los caballos.

—El despacho que recibí esta mañana puede considerarse excitante —respondió—. Hubo una batalla, Priscila, y la Vigésima fue derrotada.

Se quedó boquiabierta.

—Honorio, pero qué repentino. ¿Es sólo un rumor? Tiene que serlo. ¡Ninguna legión en Albion se dejaría vencer!

Favonio estudió con cansancio aquella boca roja, aniñada y graciosa y los ojos parpadeantes y vacíos; consideró por milésima vez si no se habría equivocado al requerir la presencia de Priscila allí.

No era habitual que los comandantes de las fortificaciones gozaran de la compañía de sus familias durante el servicio activo. Si lo era para los comandantes, legados y oficiales de un fuerte; pero, en ese caso, un fuerte no solía erigirse hasta que un área fuera lo bastante segura. Favonio había llegado con sus hombres a Icenia hacía ocho años y había construido la fortificación; cuando Ostorio Scapula hubo desembarcado en Albion, ya había despertado la envidia de todos los demás comandantes de fortificaciones en la isla. Icenia era uno de los sitios más seguros y, después de Camalodúnum, el más agradable. Los icenos eran ricos y bastante amistosos. La casa gobernante no sólo estaba dispuesta a fomentar la causa romana sino que era una entusiasta de ella. Favonio había requerido la presencia de su esposa y su hijo y su petición le había sido concedida sin ninguna objeción por parte de Scapula. De hecho, el gobernador pensó que una afable familia romana en la fortificación ayudaría a reducir la impresión de ocupación militar que daban los soldados en Icenia. Pero Priscila no era una pionera plebeya y no tenía ninguna intención de convertirse en una. Vivía pendiente del día en que su esposo fuera devuelto a Roma. No podía imaginar un destino tan arduo como Icenia y lo manifestaba a menudo. Favonio le contestó en un tono brusco.

—No seas tonta, Priscila. Piensa antes de hablar. Si fuera un rumor, el despacho lo habría dicho. Manlio Valens escapó con su escolta de caballería. Los rebeldes intentaron quemar el fuerte, pero al parecer no tuvieron éxito.

—¿Y qué significa eso para nosotros? —Como siempre, sus primeros temores eran para ella misma y su hijo y descartó el reproche de su esposo con ligereza.

—No mucho. No podríamos estar más lejos de la acción a menos que vadeáramos el océano. Pero se nos ha pedido que declaremos el estado de alerta. También corre el rumor de que las fortificaciones a lo largo de la frontera del difunto gobernador tienen dificultades, pero aún no ha sido confirmado. —Se frotó el entrecejo todavía fruncido—. Cinco años atrás, la sola idea de la destrucción de toda una legión habría sido inconcebible. Algo nuevo está surgiendo en el oeste, Priscila, algo grande. Un enfoque nuevo de la guerra o tal vez un nuevo arvirago. No me gusta.

Ella rió y desechó el asunto. Su fugaz momento de pánico se había esfumado con la afirmación de él sobre la seguridad de Icenia.

—Ahora tú te comportas como un tonto. No son más que tonterías. Un nuevo despacho llegará pronto, Honorio, y nos enteraremos de que sólo fue la escolta de caballería de Valens la que sufrió una pequeña paliza y que el mensajero entendió mal. Los informes del oeste son siempre contradictorios. Además, la Vigésima es una legión muy orgullosa. Moriría antes de reconocer una derrota.

Favonio apretó los dientes y suspiró para sus adentros.

—Deberían elegirte gobernadora —aventuró con gran sarcasmo pero, como siempre, ella no se dio cuenta. Arrugó la nariz.

—¡Huele a estiércol de caballo, Honorio! Deberían recogerlo y llevarlo a los campos, pero supongo que lo dejarán aquí tirado y apestará durante días bajo el sol. No se te ocurra irte hoy con

Prasutugas y dejarme a merced de la lengua mordaz de Boudicca. Te odiaré siempre si lo haces.

Él fue lo bastante razonable para no contestar y atravesaron juntos los árboles. De inmediato, se encontraron abriéndose paso entre una masa asfixiante y forcejeante de hombres libres excitados que hablaban a voz en grito. La pradera que rodeaba la aldea bullía con ellos y con sus ponis sudados. El sol danzaba alegremente en el bronce de las ruedas de los carros y en los collares y brazaletes de los hombres libres que se esforzaban por enyugar y enjaezar a los animales en medio del gentío. Un gran fuego ardía junto a las puertas y enviaba un humo negro y espeso al cielo azul. Favonio y Priscila se encaminaron adonde Prasutugas y Boudicca estaban sentados. La gente iba y venía del fuego para mordisquear trozos de cordero y de queso, y junto a él los barriles de cerveza se ocultaban detrás de una pila de copas de madera.

Marco corrió hacia Favonio y Priscila a medida que se acercaban. Tenía la cara sucia con grasa de cordero y la túnica escarlata ondeaba detrás de él. Sus piernas estaban desnudas y sus pies descalzos y, aunque el día era tibio, llevaba una larga capa de jefe de lana verde. Sostenía en una mano un par de calzones color púrpura con flecos plateados y, en la otra, un hueso de cordero que agitó bajo las narices de sus padres. Antes de que pudiera hablar, su madre le interrogó al instante:

—Marco, ¿de dónde has sacado esa ropa? ¿Y qué es esa... esa cosa alrededor de tu cuello?

—Es un talismán de Epona, la diosa del Caballo. ¿Te gusta, madre? Me lo ha dado Prasutugas. También me ha dado la ropa. Era de él cuando tenía mi edad. —Echó los hombros hacia atrás y caminó con paso airoso frente a ambos—. ¿No estoy elegante? ¿Creéis que podría pasar por un jefe?

Su padre contempló la piel aceitunada ya oscurecida por un bronceado intenso, aunque el verano acababa de comenzar. El cabello de Marco pendía negro y brillante hasta los hombros. La mirada clara y tranquila de un niño de la campiña se clavó en Favonio y éste estudió la mano que sostenía el hueso, una mano que ya conocía el contacto de los arneses de un carro y las riendas de un caballo, la empuñadura de un cuchillo y las ramas toscas de un árbol doblegadas bajo el peso curioso del muchacho, así como la frialdad resbaladiza de un pez inquieto. «Pero no una espada —pensó Favonio—. Todavía no.»

—No, no lo creo —repuso con seriedad—. Te falta la torques.

—¡Quitate esas cosas rid¡culas! —le reprendió Priscila—. Cualquiera pensaría que son las Saturnales!

Marco le sonrió.

—Esto es más divertido que las Saturnales. —Arrojó el hueso lejos y se puso los calzones—. ¿Padre?

Favonio no pudo negarse.

—Está bien, Marco. En realidad no me importa. ¿Correrás hoy?

—Sí, pero perderé contra los hombres libres jóvenes. Nada bueno para el honor romano. Ethelind quiere que le preste mi caballo y Brigid me desafió a participar en las carreras de carros.

—¡No! —exclamó Priscila.

Esta vez, Favonio la apoyó.

—Nada de carros, hijo.

Marco se encogió de hombros bajo la capa y les sonrió.

—Bueno, no me preocupa demasiado. Conac casi se rompió el cuello esta mañana mientras practicaba el giro. Le dije que debía esperar a crecer para probar con los carros y me tumbó de un golpe. —Acarició el talismán en su garganta—. Con la protección de Epona, tal vez gane la carrera hoy. —Se marchó y se mezcló entre el gentío, hablando con unos y otros. Priscila se quedó pálida de ira.

—¡Epona! ¡Una diosa nativa salvaje y sedienta de sangre! De veras, Honorio, el gusto religioso de esta gente me resulta sumamente desagradable y no quiero que Marco tenga nada que ver con eso.

—¡Ah, shhh! ¿Qué importancia tiene? ¿Qué es un amuleto, Priscila? El chico es saludable y feliz. ¿Qué más puedes pedir? —Habló con más dureza de la que hubiera deseado, puesto que de pronto le acometió la ansiedad. En ese instante, Prasutugas los vio y se puso de pie. El rostro volátil y pecoso de Boudicca se alzó hacia ellos.

—¡Bienvenidos, bienvenidos! —sonrió Prasutugas—. Vuestra presencia nos honra. Favonio, quiero mostrarte la yunta que elegí para que corra para mí hoy. —Favonio aceptó el saludo todavía preocupado, aunque no tanto para no notar el colorido saludable en el rostro de Prasutugas. Se alegró.

—¿Mi cirujano ha curado un poco tu herida? —aventuró—. Ansiaba probar el nuevo unguento que inventó.

—No tiene nada que ver con la infusión picante de tu médico —contestó Prasutugas contento—. Es el calor del sol nuevo. Tres de mis yeguas han parido, Favonio. Ven a verlas y dime qué piensas.

Empezaron a alejarse y después de una protesta cortante, Priscila se serenó. Se acomodó de malhumor en la hierba junto a Boudicca y espantó en vano a los perros que se aproximaron para olisquearla con sus narices frías.

En algún lugar cercano, sonó una corneta y la gente se dispersó.

—Esta es la tercera carrera —comentó Boudicca—. Pronto guardarán los carros y comenzarán las carreras de caballos. Por el momento no ha habido más que un brazo roto y un tobillo astillado. ¿Marco participará?

Priscila la miró, buscando como siempre la burla callada, la mofa oculta detrás de las palabras ásperas y, como siempre, le pareció encontrar rencor maligno donde sólo había humor y una aversión ligera y cortés.

«Te alegraría que Marco se rompiera un brazo», pensó con ira.

—Sí, lo hará, pero no creo que se haga daño —repuso en voz alta—. Monta demasiado bien para eso.

Boudicca volvió la cabeza y escrutó con curiosidad el pequeño rostro r¡gido y desaprobador.

—No quise decir que Marco acabaría el día con algo roto —se quejó—. De veras, Priscila, ¿por qué siempre ves un insulto donde no lo hay? Mi esposo y yo nos hemos encariñado mucho con tu

hijo y no me gustaría verle herido. Sólo te he hecho una simple pregunta. —«Hay algo más en tu mente, mujer romana» pensó. «Me pregunto qué será.»

Sintieron que la hierba temblaba debajo de ellas. La multitud alrededor estiró el cuello hacia delante. Entonces, seis carros aparecieron a la vista: los caballos galopaban con las cabezas bajas y los cocheros iban a horcajadas sobre los cestos de mimbre con los látigos en alto y las capas y el cabello ondeando detrás. La muchedumbre empezó a gritar y a saltar, y los contendientes tomaron la curva a toda velocidad y desaparecieron.

—El primer circuito —explicó Boudicca con calma—. Ian ganará otra vez. ¿Sabes, Priscila? Marco podría ganar su carrera este año si dejara a un lado las instrucciones de su maestro de equitación y se guiara solo por el instinto. Todavía monta como si el caballo y él no fueran uno solo.

—Tiene facilidad —replicó Priscila con tono severo—. Necesita tiempo.

«Qué infeliz es —pensó Boudicca—. Qué incómoda está, sentada en la hierba aquí conmigo, cumpliendo su deber por consideración a Favonio. Me pregunto si alguna vez se detiene a pensar que no tiene ni una amiga en el mundo y que es culpa suya.»

—¿Tienes hambre? —preguntó amablemente—. ¿Y sed? ¿Quieres caminar un poco?

—En realidad no —contestó lacónicamente—. Comeré cuando vuelva Honorio. Si tienes cosas que hacer, Boudicca, no dejes que yo te lo impida.

Boudicca suspiró y se puso de pie. Los carros aparecieron tronando de nuevo en la curva, en hilera esa vez, y los gritos de los cocheros se elevaron, roncos e ininteligibles, sobre las frases de aliento vociferantes de los espectadores.

—Regresaré en un momento —anunció, y dejó que Priscila la observara alejarse hacia la pradera: una mujer alta y corpulenta, vestida con calzones verdes con flecos y túnica azul, y el cabello rojo, fino y ondulado, agitándose al ritmo de su andar varonil.

Boudicca llegó a donde los carros se estaban deteniendo, una confusión de capas, látigos, arneses y caballos cubiertos de espuma. Marco y Brigid corrieron a unírsele y con una punzada de celos, Priscila vio que el rostro bronceado de Marco se alzaba hacia Boudicca y cómo ella se inclinaba para darle una palmadita en la cabeza con afecto juguetón antes de agacharse para escuchar a su hija y acariciar las tres trenzas doradas que bajaban resplandecientes por la espalda de la niña. Ethelind, de nueve años, se acercó al grupo con sus rizos rubio-rojizos bailando en el viento y, de repente, Priscila se sintió sola. Miró a su hijo, el talismán que refulgía en su cuello, ya no se le podía distinguir del resto de niños, hijos de cualquier jefe. La emoción no llegó a ser peligrosa y la contuvo con su egolatría; pero estuvo cerca, una soledad combinada con nostalgia. Plegó las rodillas y buscó en vano la sonrisa reconfortante de su esposo.

Boudicca habló a Marco y mientras el muchacho corría al barril de cerveza para servirse una copa, Ian saltó de su carro y fue hacia ella, sonriente y jadeante.

—¡Has ganado de nuevo! —exclamó Boudicca, y le arrojó la bolsa que colgaba de su cinto. Marco volvió y alzó la copa hacia el joven jefe para luego beber con presteza y ruidosamente. El

resto de los competidores se acercaron y se tendieron en la hierba fresca mientras los carros eran retirados.

—¡Tendrás que compartirlo con los demás jefes o se desanimarán y no querrán correr más! —comentó Marco con una sonrisa.

Ian se guardó la bolsa en la túnica.

—¡Lo que debo hacer y lo que haré son dos cosas muy distintas! —exclamó, con la despreocupación de la victoria—. Este dinero me permitirá comprar ganado y una ofrenda para Andrasta!

Se hizo un repentino silencio. El grupo lanzó miradas furtivas por encima de sus hombros, pero los soldados romanos deambulaban más allá, ajenos al pequeño drama, y en medio de un silencio incómodo, se separaron.

Ian se sonrojó y sostuvo la copa con manos nerviosas.

—Lo siento, señora —se disculpó—. Me distraje.

Boudicca le miró a los ojos.

—Por el contrario, Ian, por un momento fuiste tú mismo, y los demás también —contestó con suavidad—. No importa el tiempo que haya pasado, jamás olvidarás.

Ian se volvió.

—Es mejor olvidar—afirmó—. Mi lengua recordó, eso es todo.

«No, Ian, eso no es todo —pensó ella—. Andrasta también duerme en tu corazón y algún día tu corazón la recordará tan bien como tu lengua.»

Ethelind le tiró de la túnica.

—¡Madre, dile a Marco que me preste su caballo para mi carrera! Brigid montó el mío esta mañana y está muerto de cansancio. ¡Si no consigo un buen caballo y no gano tendré que entregar a Rittia el cinto de ámbar que papá me regaló para mi cumpleaños!

—¡Ya te he dicho que no te lo prestaré, Ethelind! —gritó Marco—. ¡Quiero ganar mi carrera este año y me importa un comino tu estúpida apuesta!

—¡Si no me prestas tu caballo no te dejaré usar más mis trampas y no te enseñaré a hacerlas!

—¡No me importa! ¡Lovernio lo hará por ti!

—¡No lo hará! Le ordenaré que no lo haga!

Se habían olvidado de Boudicca y se alejaron, todavía discutiendo, hasta que Brigid alargó un pie y Marco rodó por el suelo.

—Eso te enseñará a no decirle que no a una princesa —exclamó con su voz aguda de niña. Ethelind rompió a reír y Marco, pálido de ira, tomó las trenzas de Brigid en las manos y tiró de ellas con fuerza. Luego se marcharon, los tres, corriendo y gritando sobre la hierba. Boudicca se volvió al sentir la presión de una mano en su brazo. Era Lovernio, con su arpa colgada de un hombro.

—Sonreídme, señora —dijo—. Sonreíd y luego reíd para que los que nos miran piensen que estamos compartiendo un par de bromas.

Ella obedeció, pero sus ojos se fijaron en los del bardo con súbita alarma.

—¿Qué sucede?

—Buenas noticias. La Vigésima ha sido hecha pedazos y las fortificaciones a lo largo de la frontera están en llamas. Venutio y los rebeldes han bajado de las montañas.

Boudicca parpadeó. Sentía un hormigueo en el rostro y su sonrisa se ensanchó a medida que las palabras calaban en su mente.

—Repítemelo, Lovernio —ordenó—. Quiero estar segura de que te he oído bien.

El bardo descolgó su arpa y rasgó deliberadamente las cuerdas con los ojos en sus dedos.

—Los ordovicos y los deceanglos han infligido una derrota aplastante a la Vigésima y, mientras la legión caía, los siluros y los démetas cayeron sobre las fortificaciones. Envié al espía de regreso, pero hoy no temo por su seguridad. —Su arpa emitió un sonido agudo y luego otro—. Los hombres de esta fortificación están disfrutando de nuestro pequeño festejo.

Boudicca quería abrazarle. Quería elevar los brazos al cielo azul y gritar. Echó la cabeza hacia atrás y rió, y él rió también. El arpa reflejó la alegría creciente de ambos y las cabezas se volvieron hacia ellos.

—¿Quién lo planeó? —inquirió ella con voz más seria, pero sin poder dejar de sonreír.

Priscila, que no podía llegar a oírles, la miraba con intriga. Nunca había visto la franqueza varonil de la reina icena disolverse en esa risa infantil y desinhibida, y se preguntó si el estallido de humor musical y generoso estaría dirigido a ella.

—El espía me dijo que la táctica fue de Venutio —continuó Lovernio.

—¿De veras? O sea, que todavía está con Emrys y Madoc. No pensé que durara tanto, a pesar de lo pérfido que fue el comportamiento de Aricia. —Se acercó al bardo—. ¿Podría ser éste el comienzo del fin de Roma, Lovernio? ¿Las tribus han convenido en seguir a Venutio?

—No lo sé, señora, pero lo dudo. Creo que esta estrategia estaba tan bellamente pensada que los cogió por sorpresa y accedieron a someterse a él, pero sólo por un tiempo.

Boudicca se llevó ambas manos a las mejillas.

—¡No puedo pensar! ¡Me alegro tanto, Lovernio, me siento tan feliz! ¿Y ahora qué?

—Hablad con Prasutugas. —Pronunció las palabras con suavidad, luego inclinó la cabeza y se marchó silbando.

Boudicca se volvió, vio que su esposo y Favonio se acercaban a Priscila y corrió hacia ellos. Prasutugas, al notar su rostro resplandeciente, sonrió para sus adentros, aunque no sin una pizca de nerviosismo. De modo que ella sabía. Favonio le había dado la noticia mientras estaban apoyados contra la pared del corral que protegía a los potrillos de Prasutugas. Sin embargo, los ojos castaños de Boudicca ya titilaban con el conocimiento de la noticia que había provocado en él una punzada de temor. Sabía que ella amparaba a espías que llevaban al oeste información sobre las actividades diarias de la tribu icena, pero le preocupaba pensar que los jefes del oeste la consideraran lo bastante importante como para enviarle a sus propios espías. Al mirar a Favonio, se sintió culpable. Nunca se

había atrevido a confesarle que había espías entre su tribu y hasta entonces no había tenido importancia. A los jefes y hombres libres no les interesaba lo que estaban haciendo los tontos del oeste, pero la frontera había caído. La provincia carecía de gobernador y tenían el verano por delante, largo, caluroso e incierto. Intercambió una mirada con su esposa. En ese instante, Prasutugas se alegró del sentimiento de honor que la obligaba a no romper el juramento de lealtad a él. Eso y el amor que le tenía. Sin ese honor y ese amor, sabía que Boudicca no habría perdido el tiempo y ya estaría alentando a los jefes a algún tipo de acción. Le sonrió con presunción y Prasutugas frunció el entrecejo, pero ella no fue imprudente.

Esa noche, Favonio y Priscila regresaron a la fortificación con la reconfortante creencia de que sólo Prasutugas estaba al tanto del caos que se estaba expandiendo en la isla. El día había sido bueno. Marco no había ganado su carrera pero había conseguido un segundo puesto. Ethelind tampoco había ganado y se quejaba de la pérdida de su cinto. Cuando anocheció y los romanos se retiraron, la tribu se dispuso a cantar y a beber alrededor del fuego, y la pradera, que había sido marcada por las ruedas de carros y cascos de caballos, se extendía, cálida y fragante, bajo los pies descalzos de la gente.

Marco, Ethelind y Brigid deambularon un rato y luego se internaron en el bosque para jugar al escondite en la oscuridad y contarse historias. Prasutugas, que se cansaba con más facilidad que antes, se marchó a su casa. Boudicca le acompañó.

—Hoy Favonio no se ha divertido mucho —comentó mientras su esposo se dejaba caer en su silla de mimbre y estiraba las piernas con un gruñido—. Y Priscila estaba muy callada. Me pregunto por qué.

Él respondió a la sonrisa traviesa con un ligero movimiento de su cabeza rubia y sonrió con desgana.

—¿Quieres jugar un rato conmigo antes de empezar a saltar? —murmuró—. Muy bien, Boudicca. Favonio tenía ciertos asuntos en mente y apuesto a que Priscila discutió con él para que no la dejara a tu dulce y tierno cuidado. Te tiene pánico.

—¡Pobrecita tonta! Yo también le tengo pánico, pánico de que se haga añicos si algún día me la llevo por delante. ¿Crees que Favonio es feliz con ella? ¿Deberíamos ofrecerle una mujer libre vulgar y robusta como segunda esposa?

Prasutugas rió.

—Los romanos no toman más que una sola esposa —explicó—. Y, además, creo que esos dos se entienden muy bien, aunque parezcan tan distintos como nosotros.

Ella se sorprendió.

—¿Somos muy distintos, Prasutugas?

—Por supuesto. Tu padre y los druidas ya lo pensaban. La tribu entera lo piensa. Sólo tú y yo no somos conscientes aún de que no nacimos el uno para el otro.

Boudicca se suavizó. Se aproximó a él y se arrodilló a sus pies.

—¿Cómo puedes ser tan bueno conmigo sabiendo lo que voy a decirte? —susurró—. Me he peleado contigo durante diez años. Eres como un escudo otrora vistoso y ahora apuñalado y cortado por el filo de mi lengua. Sin embargo, sigues resistiendo mis estocadas.

Prasutugas no se movió. Se quedó reclinado en la silla con los ojos fijos en el techo y las piernas cruzadas con flojedad a la altura de los tobillos. Una sonrisa débil y divertida se dibujó en sus labios.

—Resisto y enfrento el filo de tu lengua —respondió—. No me dejo pisotear. Hay una diferencia. Di lo que debas decir, Boudicca. Ambos sabemos por qué Favonio está preocupado.

Ella se puso de pie y miró por la ventana. Inmóvil, observó el fuego que crepitaba hacia el cielo. Prasutugas volvió la cabeza. El reflejo rojo iluminaba el rostro y el cuello de Boudicca, y destellaba en sus ojos; era el color de la sangre. Los sonidos alegres y lejanos de la fiesta llegaban con claridad y, por un momento, añoró el olor penetrante y peculiar de las fogatas de Beltine.

—No pueden vencer, querida —comentó. Introdujo las piernas debajo de la silla y se sentó derecho—. Han destruido una legión, pero quedan tres para enfrentar y Venutio no las podrá coger por sorpresa, con un subterfugio, como es obvio que hizo con la Vigésima. La frontera se ha derrumbado. ¿Qué significa eso? Lo sabes tan bien como yo. Una cadena de fortificaciones, pero las tierras bajas están llenas de fortificaciones. Lo máximo que pueden hacer es engañarse a sí mismos un tiempo creyendo que han progresado y errar de un lado a otro con libertad. El gobernador vendrá, movilizará a las legiones y todo acabará.

Boudicca se apartó de la ventana como si hubiera estado esperando la señal de esas palabras.

—¡No tiene por qué ser así! Prasutugas, ¿alguna vez has visto tanta valentía, tanto amor tenaz por la libertad, tanta capacidad para el sufrimiento? Cada vez que pienso en ellos, mi corazón se parte de vergüenza. ¡Perdonan nuestra cobardía! ¡Ya no nos suplican ayuda! —Fue hacia él y permaneció de pie, con los brazos cruzados con firmeza sobre la túnica azul oscura—. Están tan lastimosamente solos, Prasutugas... Sí, sí, tienes razón..., se verán forzados a retroceder. Pero no si hacemos algo. Éste es el momento, esposo mío. Ha llegado la hora. Nunca volverá la suerte a favorecer así la causa de la libertad. ¡Una legión destruida, ausencia de un gobernador, oficiales indecisos! ¡Piensa! —Sus brazos abandonaron su cuerpo y se desplegaron—. Podríamos prender fuego a nuestra fortificación en una noche y escabullirnos fuera de Icenia. ¿Quién lo esperaría de nosotros? Podríamos estar en Camalodúnum antes de que la noticia de nuestra acción alcanzara la aldea...

—No. —La palabra brotó brusca y terminantemente. Su boca ya no era suave, formaba una línea obstinada y sus ojos la examinaban con frialdad.

—¡Si! ¡SÍ! Esta vez tendremos posibilidades de triunfar. Tenemos la gente, tenemos las armas, tene...

Prasutugas ya estaba de pie y la había agarrado por la muñeca con violencia.

—¿Qué has hecho, Boudicca? —murmuró con rapidez y tono severo—. ¿Qué armas? No tenemos armas. Al menos... —añadió con semblante sombrío y le apretó la muñeca hasta que ella contuvo el aliento—, yo no las tengo. ¿Dónde están, Boudicca? ¿Dónde las has escondido?

—¡No puedo revelártelo! —gritó con dolor—. Si lo hago, irás corriendo a decírselo a Favonio.

—¡Sabes que no haría algo así!

—¡No estoy tan segura! ¡No puedo correr el riesgo! —Durante un largo rato se miraron con ira, ella al borde de las lágrimas e inmovilizada y él echando chispas por los ojos.

La soltó de repente.

—He sido más indulgente contigo de lo que debía —sentenció, mientras Boudicca se frotaba la muñeca—. Te he dado todo lo que la esposa de un rey puede desear y más. He sido paciente con tu locura, no he confiado tus pequeños secretos a Favonio, he tolerado tus insultos públicos, porque hay amor entre nosotros. Pensé que también había confianza, Boudicca. Parece que me equivoqué. Ocultar armas es un delito de traición que se castiga con la muerte y lo sabes. Una insensatez así podría poner en peligro a toda la tribu. Me obligas a decirte ahora que si haces algo para incitar a los jefes a la rebelión, si concibes algún plan que pudiera hacer peligrar el trabajo que Favonio y yo estamos llevando a cabo en Icenia, te alejaré de mi cama y de mi vida. —Ella le miró espantada y con los ojos muy abiertos.

—Prasutugas! ¿Harías eso?

Él asintió.

—Sí. He hecho todo lo posible, Boudicca, he aguantado todo lo que he podido. Ya basta.

—SÍ —replicó ella con rencor—. No hay duda de que has hecho todo lo posible. Para ti no soy más que una niña irascible y sediciosa. Sin embargo, Prasutugas, no me has dado todo lo que podías. No tengo mi libertad.

El rostro de él se tensó.

—Eres libre para dejarme cuando quieras.

—¡No me refiero a esa clase de libertad! —El grito le desgarró, pero no se alteró. Boudicca se rodeó con los brazos otra vez, un abrazo de conmoción y profundo temor. Se agachó ante él y su cabellera magnífica le tapó el rostro—. Siento mis cadenas, Prasutugas. Día tras día, se clavan en mi alma como un hierro candente. No sabes cuánto sufro, ignoras que las palabras que te dirijo son suaves y agradables en comparación con las que estallan desde mi alma. Tal vez esté loca pero en ese caso también lo está todo el oeste. Odio tu cordura.

—¿Y también me odias a mí? —Habló en voz baja. Estaba tan asombrado como ella por la rapidez con que por fin se había abierto ese abismo entre ambos, y por la velocidad aterradora con que se ensanchaba. Quería saltarlo, tomarla en sus brazos y estrecharla hasta que la grieta se cerrara de nuevo y fueran uno solo otra vez. Pero la negrura fría que los separaba le repelía.

—¡No lo sé! —sollozó—. ¡Ah, ayúdame, Prasutugas, no lo sé! ¡Lo único que sé es que yo también he soportado todo lo posible y que no puedo pensar en otra cosa que en esa pobre gente ensangrentada que lleva sobre sus espaldas agonizantes el peso de la libertad para todos nosotros! —Levantó la cabeza. Tenía el rostro desfigurado por las lágrimas—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que lloraste, Prasutugas? ¿Cuánto?

El extendió una mano, pero no pudo responder. Al cabo de un momento, Boudicca se enderezó. Se marchó con paso tambaleante y las manos frente a ella, tanteando a ciegas y con inseguridad. Prasutugas estaba paralizado. Se quedó de pie en la oscuridad, rodeado por las sombras anaranjadas y oscilantes, con el corazón agitado y lágrimas en las mejillas.

Ella aguardó un instante en la sombra del porche, apoyada contra el dintel y enjugándose el rostro con la punta de la túnica. No podía pensar. Durante diez años, se habían censurado sin piedad y defendido, ya que sus lealtades estaban divididas de una manera profunda e irrevocable. Toda la tribu lo sabía y se maravillaba de esa unidad en la discordia. Ella gritaba, él bostezaba. Ella amenazaba, él sonreía y no se movía un ápice del curso que, como rey, había elegido. Las discusiones habían adquirido una fórmula, una danza solemne e invisible de palabras, y los dos habían seguido los pasos porque romper el patrón habría sido doloroso. «Pero en esta ocasión él ha dicho cosas nuevas —pensó ella y más lágrimas frescas y calientes rodaron por su rostro—. Esta vez ha roto las reglas, no ha jugado limpio», y lo que se había convertido en un juego después de tantas disputas se revelaba como un asunto de vida o muerte. ¿Qué había dicho? El estupor había borrado las palabras de su mente. Sólo recordaba el rostro rígido y extraño, con una determinación que nunca había creído posible en él. La puerta del cuarto contiguo se abrió y Hulda salió al porche.

—¿Dónde habéis estado? —exclamó en tono de reproche—. No es una noche como para que andéis vagando por ahí. Vuestro padre se enfadaría si lo supiera. ¡Entrad! —Por un minuto, Boudicca pensó que la sirvienta se dirigía a ella, pero luego vio a Ethelind y a Brigid que se aproximaban despacio a la casa. Retrocedió en la sombra y las niñas pasaron junto a ella sin verla.

—Yo lo habría empujado del árbol —dijo Ethelind con resolución—. Todos saben que nuestro padre echaría a los romanos si no los quisiera aquí. Pero me da pena que tenga una madre como Priscila. Ni siquiera sabe montar. —Las dos pequeñas, desaliñadas, desaparecieron dentro de su habitación, ajenas a las palabras admonitorias de Hulda. La puerta se cerró y el porche quedó a oscuras.

Boudicca permaneció en la oscuridad un poco más. El gran fuego se estaba extinguiendo, las llamas despedían un destello tenue; ya eran pocos los hombres libres y jefes que vagaban de un lado a otro, sus siluetas se recortaban contra el fondo anaranjado. La noche había descendido, plena y suave, pero la luna no había salido aún y las estrellas no eran del todo visibles. No se oía ningún sonido desde la habitación de detrás, donde Prasutugas yacía en la cama, rígido y despierto, y Boudicca no pensaba regresar para hablar con él. De momento, no había nada más que decir. El fantasma ya desvaído del invierno todavía enfriaba el aire nocturno; ella se estremeció pero tenía la capa detrás de la puerta cerrada y por nada del mundo habría entrado a buscarla. Dejó el porche y caminó por la aldea. Pasó junto a chozas llenas de conversaciones y risas. Se sentía como un ser de otro lugar, de una estrella quizá... no humana, no deseada, no de la tierra sino de la noche y el viento.

«No lo sabía —pensó en tanto los senderos grises se deslizaban bajo sus pies descalzos—. No sabía que más de la mitad de mí es Prasutugas y que sin esa mitad soy un espectro desvariando

impotentemente en el frío. ¿Acaso alguna causa justifica esta autodestrucción terrible? Si he de elegir entre mi esposo y la libertad..., si hemos llegado a eso... ¿puede una opción valer la pena sin la otra? ¿He llegado a ese punto?» Se detuvo fuera de la puerta de pieles de su bardo y golpeó despacio en el dintel.

—¿Estás ahí, Lovernio? —llamó. Unos segundos después, las pieles fueron descorridas y el hombre la saludó y la hizo pasar. La choza carecía de cortinas y de adornos. Sólo había una cama, una mesa para la lámpara y el arpa. Sin embargo, era un hogar cálido y acogedor, como si las paredes hubieran absorbido algo de la música que componía su dueño cuando, sentado por las noches, formaba un manto invisible de dulzura. Lovernio entró con ella en la habitación y sus ojos rápidos registraron el rostro hinchado por las lágrimas.

—¿Habéis venido a apostar, señora? —aventuró. Boudicca se dejó caer en el catre y se cruzó de brazos para sentirse segura. Se sentía frágil y vacía.

—Me niego a apostar contigo, Lovernio. O haces trampa o te has vuelto demasiado hábil para mí, no sé cuál de las dos verdades es más cierta—manifestó en una demostración de humor. Apretó los brazos—. He hablado con Prasutugas. Favonio le dio la noticia. Como siempre, no hará nada.

—No es habitual en él haceros llorar, señora —dijo sin rodeos.

El llanto comenzó de nuevo ante la negativa del bardo a contener su desazón.

—Teme que incite a los jefes a la rebelión aquí en Icenia —explicó con voz quebrada. Me apartará de él si lo hago. Me lo ha dicho. Nunca antes me había amenazado, Lovernio. No lo dijo, pero dio a entender que si tiene que elegir entre Roma y yo, entonces escogerá a Roma.

Lovernio se acuclilló frente a ella y la miró a la cara.

—No lo creo. Pienso que os está rogando que no le forcéis al límite de tener que hacer esa elección. Él debe tener en cuenta toda Icenia, Boudicca, y no sólo a su familia. Y a sus ojos Roma es buena para Icenia. Nunca debéis forzarle a elegir, porque sin duda elegirá a Roma y luego morirá de amor. Si os dieran a elegir entre vuestro esposo y la libertad de Albion, ¿qué haríais?

—¡No lo sé!

—Pues él tampoco. Debéis confiar el uno en el otro, dado que si la confianza se acaba, será el fin del matrimonio.

Confianza. Boudicca aflojó los brazos. Si, ése era el quid de la cuestión.

Ni Roma ni la libertad ni el amor ni el odio, sino la confianza. Prasutugas ya no confiaba en ella. Ella debió haberle contado lo de las armas, haberle asegurado que era algo sin importancia. Pero no lo había hecho porque no era algo menor. Significaba mucho, significaba todo, y Boudicca no podía mentirle. «A veces, vivir es peor que morir —pensó con amargura—. Morir es simple. Vivir es demasiado difícil.» Se incorporó con brusquedad.

—Lovernio —dijo—. Quiero cazar esta noche.

El bardo asintió.

—Si así lo deseáis... Aunque no sé qué presa podremos atrapar, señora. Los lobos se han ido con la llegada de la primavera, pero podríamos encontrar un jabalí, incluso en la oscuridad.

—No quiero un lobo —prosiguió en voz baja—, ni un jabalí. Quiero cazar el Annis.

Lovernio palideció.

—¿Qué?

Ella se volvió con rapidez y el bardo vio en sus ojos tanta furia, tanto dolor, que por un momento tuvo miedo. Luego entendió. Al igual que su padre, las heridas de Boudicca sólo podían sanarse con el bálsamo de la acción frenética. Era una criatura del movimiento, no de la contemplación.

«Sufro —le decían esos ojos grandes—. Nunca he padecido tanto en toda mi vida y debo devolver el golpe o morir de dolor.»

No obstante, trató de disuadiría.

—No se ha soltado un Annis desde la época de vuestro padre —objetó—. Si nos descubren, Favonio nos hará ejecutar al instante. Además, no hay tiempo para la ceremonia de elección.

—No habrá elección.

—La estación no es apropiada —insistió, desesperado—. El invierno ha terminado y la primavera ya está avanzada.

—No deseo matar el invierno —contestó—. Mataremos a Roma. Roma es nuestro invierno eterno. Roma es nuestro Annis. No habrá elección, Lovernio. Consígueme un romano. Suelta los perros.

—Señora —rogo—, pensadlo dos veces. Es una cosa terrible, cazar el Annis. Despertará a los demonios.

—Sí, es una cosa terrible —convino—, pero los tiempos también son terribles, Lovernio. Dirigiré los poderes del bosque hacia Roma.

—Si es que no se vuelven contra nosotros para desgarrarnos. Tengo miedo, señora.

—Entonces cazaré sola. No me importa. ¿Se han atrapado zorros últimamente?

—Ethelind trajo uno ayer —admitió él de mala gana—. Cortó la cola para Marco, pero el cadáver cuelga fuera de la choza del Consejo.

—¿Hay jefes para cazar con nosotros?

—Hay jefes leales a la causa de la libertad, señora, pero no me atrevería a pedir a ninguno que cazara el Annis.

—Entonces lo haremos tú y yo. —Seguía llorando, pero Lovernio notó que no era consciente de las lágrimas que ya habían empapado el cuello de su túnica azul—. La fortificación siempre envía un soldado al río para que extraiga agua para la mañana. Lo usaremos.

—Notarán su ausencia.

—¡Por supuesto que notarán su ausencia! —gritó Boudicca—. Pero, si lo encuentran, Favonio creerá que lo atacaron los lobos.

—¿En primavera?

—¿Qué otra explicación podría haber? Un Annis romano, Lovernio. Es correcto. Es el momento. Ahora, ve y ata los perros. Yo llevaré al zorro y nos encontraremos junto al río, donde fluye más cerca de la fortificación.

Abandonaron la choza y se separaron. Lovernio se escabulló a hurtadillas a las perreras y Boudicca a la choza del Consejo, que estaba vacía a excepción de unos pocos jefes que estaban demasiado borrachos para hallar sus propios fuegos y se habían acurrucado sobre las pieles de oveja tibias en el suelo. El cielo nocturno estaba salpicado de estrellas y el viento era soporífero e irregular. La luz ya no se filtraba debajo de las puertas de pieles de las chozas y éstas ya no vertían en sus oídos el ajetreo de conversaciones humanas. Se agacharon, serios y oscuros como tumbas; la luna recién salida formaba sombras oscuras ondulantes entre las cuales ella se abría paso en silencio. No fue difícil encontrar el zorro. Los dedos ansiosos de Boudicca rozaron la piel fría y suave; sacó un cuchillo y cortó la soga que lo sostenía a los aleros de la choza. Arrojó el animal muerto sobre su hombro y se encaminó hacia la pared de piedra baja que cercaba la aldea y luego a la penumbra plateada y suave de la pradera.

Lovernio la esperaba con seis perros atados y abozalados. Cuando ella se adentró bajo la oscuridad de los árboles, los perros olieron el zorro y empezaron a gañir. Boudicca dejó caer el animal muerto a la hierba y Lovernio refrenó a los perros.

—Espera aquí —susurró ella—. Esta noche hay cuatro centinelas de guardia en lugar de dos..., supongo que por la alerta..., y si oyen a los perros, vendrán a investigar. Tenderé una emboscada al encargado del agua.

—No será necesario —murmuró Lovernio—. Casi me doy de bruces con un centinela en los bosques al oeste de la aldea. Favonio está tomando sus órdenes con seriedad y ha apostado hombres debajo de los árboles, pero de uno en uno, no de dos en dos. No es muy inteligente, nuestro comandante. Tomad a uno de ellos, Boudicca. Yo me internaré en lo profundo del bosque, hacia el norte, lejos del río. —Ella lo consideró un instante y asintió. El bardo recogió el zorro, azuzó a los perros y se marchó.

Con un sigilo seguro y resuelto, Boudicca se abrió paso a través de los árboles hasta situarse entre la fortificación y el río. Había contado tres soldados, de pie y nerviosos en el extremo del bosque, con las espaldas vueltas hacia la seguridad de la fortificación y los rostros hacia las cambiantes sombras nocturnas de los árboles. Se encontraban fuera del alcance de la vista y del oído los unos de los otros, calculó. Pero no correría riesgos. Después de observarlo con atención un buen rato, escogió al cuarto hombre. Estaba nervioso; cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro, se volvía para mirar la fortificación, espíaba a derecha e izquierda y su mano nunca se apartaba de la empuñadura de su espada. Boudicca se adelantó. Mezclándose con la sombras fluidas, dio la vuelta hasta que el guardia quedó de espaldas a ella. Entonces se detuvo y desde un costado, le tapó la boca con fuerza y le siseó al oído:

—No te alarmes, soldado. Soy yo, Boudicca. No grites.

Los dedos del centinela le arañaron el brazo y sus ojos giraron hacia ella. Antes de que pudiera quitarse la mano del rostro, Boudicca susurró de nuevo:

—Los hombres del oeste están en camino. Mi bardo y yo capturamos a uno de sus exploradores pero no nos atrevemos a llevarlo a la fortificación solos. Por favor, acompáñanos. No molestes a tus amigos. Deben mantenerse en sus puestos en caso de que más exploradores hayan ingresado en Icenia.

El hombre estaba estupefacto; era evidente que desconfiaba. Boudicca se arriesgó y lo soltó. Luego le agarró la manga de la túnica.

—Sígueme —musitó y comenzó a alejarse—. ¡Date prisa! —No miró hacia atrás, pero unos segundos después, le oyó trotar detrás de ella y respirar con agitación. Con una sonrisa, apresuró el paso hasta que el centinela empezó a jadear. «Annis —le murmuraban sus pies—, Annis ciego, Annis negro, aunque ahora quisieras regresar, no podrías. Los hechizos ya han comenzado a envolverte. Andrasta ya ha vuelto su mirada hacia ti.» Le guió hacia el norte durante tres kilómetros y después viró al oeste. Entonces disminuyó la velocidad para que el romano pudiera alcanzarla.

—¿Qué estabais haciendo tan lejos de la aldea? —preguntó él con fuerzas renovadas y trotando junto a ella.

Boudicca le miró de soslayo y sonrió.

—Cazando —respondió. Algo en la forma en que pronunció la palabra hizo que el guardia le dirigiera una mirada por encima del hombro. No estaba seguro de dónde se hallaba. Cada árbol oscuro se parecía al de al lado y al siguiente, una infinidad de árboles teñidos por la noche, y, de pronto, recordó todas las historias que había oído acerca de la diosa camaleónica y hematófaga de Icenia. Se había reído de esa deidad primitiva que podía transformarse en un cuervo y volar por los bosques. Su comandante le había infundido desdén hacia ella, junto con una aversión por los druidas que la adoraban. Pero en ese momento, en el corazón de los vastos montes de robles que, incluso a la luz del día, parecían albergar la esencia oscura de la noche, la presencia de esa diosa cobraba vida. La mujer icena no parecía tener miedo. Corría con el paso largo y torpe característico de los nativos que, no obstante, cubría el terreno sin cansar al corredor. Mantenía la vista al frente, el cabello caía enredado sobre sus hombros y sus miembros seguían un ritmo extraño y complejo. No se la veía como de costumbre. Había algo distinto en su rostro. Tenía los ojos hinchados, como si hubiera llorado, y movía los labios mientras avanzaba. Habían andado más de lo que él había imaginado que harían y no daba señales de detenerse. El centinela quería descansar, tomarla del brazo y obligarla a parar, exigirle otra explicación, pero el impulso parecía morir antes de llegar a su cuerpo y la sensación de irrealidad creció a su alrededor. Siguieron caminando deprisa.

Y entonces, de repente, ella vaciló. Levantó la cabeza y el hombre habría jurado que vio que las ventanas de su nariz se dilataban igual que un animal al oler su presa. Luego reanudó la marcha.

Minutos después, él oyó algo, un resuello y el ruido de pisadas ligeras. Boudicca se lanzó hacia delante y antes de que el guardia pudiera descubrir qué pasaba, ella había gritado:

—¡Agárralo, Lovernio! Estoy cansada.

El romano se encontró tendido boca abajo en el suelo, con los brazos tirados hacia atrás y hacia arriba, entre los omóplatos. Desconcertado, yació allí mientras trataba de recuperar el aliento; las ramitas y hojas muertas arañaban su mejilla. Le arrancaron el casco de la cabeza y lo oyó rebotar en la maleza. Su cinto con la espada y su cuchillo le siguieron. Unas manos le desataron las sandalias y forcejeó para volverse y sentarse, todavía bajo el control de su atacante invisible. Las manos se aflojaron, pero sólo para que otras manos desabrocharan el peto.

—¿Qué estáis haciendo? —inquirió por fin. La mujer arrojó el peto detrás de un arbusto.

—Dale la vuelta y deja que se siente, Lovernio —ordenó, y se movió para desprenderle la chaqueta de cuero.

—¿Habéis perdido el juicio, señora? —gritó el soldado y las otras manos le obligaron a volverse y a sentarse derecho. Boudicca extrajo su cuchillo con calma, cortó la túnica de hilo y se la quitó; el delantal con las tiras de hierro salió con ella. Entonces el hombre vio los perros. Estaban atados a un árbol y la saliva caía de sus enormes hocicos. Pero, incluso en ese momento, no comprendió, aunque se le heló el corazón. La mujer le despojó de su ropa interior y pese a que protestó con vehemencia y trató de apartarse, el hombre de detrás lo sostuvo con más firmeza y lo forzó a levantarse. El soldado se encontró desnudo. Los ojos de la mujer, fríos y negros como la noche, no cambiaron de expresión al recorrer su cuerpo. Boudicca se alejó y se agachó. Cuando regresó, traía un zorro muerto bajo el brazo. Los perros se estremecieron. Boudicca bajó el animal muerto al suelo y lo abrió con un movimiento seguro de su cuchillo. Revolvió el interior, extrajo los intestinos fláccidos y resbaladizos y los depositó sobre la hierba. Alzó su mano sucia con el centelleante cuchillo y se levantó con la vejiga del zorro en una mano. El soldado podía olerla mientras ella se le aproximaba: un hedor a sangre vieja, a putrefacción. Los perros empezaron a gimotear con excitación creciente y Boudicca levantó la cosa abominable y la acercó a la nariz del guardia.

—Annis —le susurró con tono tranquilizador—. No permitiste ser escogido y lo lamento. Ni eres un criminal. También lo lamento. Pero he de hacer recaer sobre ti toda la maldad que tus compatriotas han infligido a Albion, romano, y en particular, la deshonra de mi esposo y mi propio sufrimiento. ¿Entiendes? —Hablaba con serenidad y moderación, como si le estuviera explicando algo a un niño. Aturdido, el hombre la miró a la cara, luego contempló la cosa que sostenía en la mano y después volvió los ojos hacia los perros ansiosos. Se le cortó la respiración. Annis. Una manada de perros, la vejiga de un zorro, los cazadores, y Annis. La víctima. El cazado. Entonces entendió. Recordó más, otras historias de cosas tan oscuras, tan llenas de espanto que hasta sus compañeros creían que traía mala suerte hablar de ellas. Empezó a gritar con los ojos agrandados y fijos; sus miembros pálidos se sacudían en un estallido insensato de terror, ajenos a los crujidos en

sus brazos mientras Lovernio intentaba inmovilizarle. Boudicca esperó mientras los dos hombres forcejeaban, indiferente y con una calma extraña.

El rostro de Prasutugas aparecía y desaparecía frente a ella. Luego, el romano estaba en el suelo con la rodilla de Lovernio en su pecho y sus amagos de resistencia disminuyeron poco a poco.

—¿Qué os he hecho, señora? ¿Qué? —susurró. Su voz era un plañido trémulo, pero cuando ella bajó la vista para mirarle, no le vio.

—Esa pregunta es mía —respondió, y vio cómo miles de labios muertos la formulaban: labios abiertos con estupor, labios contraídos por el dolor, labios cerrados por las lanzas romanas—. ¿Qué os hemos hecho, Roma, para que deseéis destruirnos? —Prasutugas había abierto los labios. «Te alejaré de mi cama y de mi vida», había dicho. Boudicca cerró los ojos. SÍ, ésas habían sido sus palabras—. Sujétalo bien, Lovernio —precisó con severidad y se arrodilló junto al centinela—. Eres nuestra hambre —declaró y le hizo un tajo en un hombro—. Carga con ella. Eres nuestra enfermedad —añadió, y el cuchillo se hundió en el otro hombro—. Carga con ella. Eres nuestro empobrecimiento. Carga con él. —Continuó con el hechizo y Lovernio lo masculló con ella.

Cuando hubo terminado y el pecho desnudo del hombre era una masa de cortes sangrientos, añadió el peso final:

—Eres nuestro invierno, el invierno de nuestros pesares, el invierno de nuestra opresión. Eres Roma. Carga con ello.

El cuchillo trazó otro surco ensangrentado y el guardia lanzó un grito. Entonces Lovernio lo levantó y lo volvió para que Boudicca alzara la vejiga de zorro sobre su cabeza. La partió con un movimiento salvaje y el contenido chorreó sobre la cabeza del romano, una lluvia putrefacta y hedionda. De repente, los perros enloquecieron. Tiraban de las correas y saltaban en el aire, pero el cuero fuerte los refrenaba y los bozales no les permitían ladrar. Sus ojos iluminaban la oscuridad con una furiosa avidez de sangre. El hombre parecía mareado. Paseó la mirada despacio: de la agitación frenética de los perros al semblante sombrío de Lovernio y al rostro impasible de Boudicca. Más allá, el bosque se hundía en la negrura, una negrura con una presencia atenta y maliciosa, y sólo la luz momentánea y accidental de la luna blanqueaba su cara ya pálida. La sangre que se deslizaba por su cuerpo también era negra.

—Carga con todo, Annis —concluyó Boudicca—. Llévatelo, muere con ello, libéranos. ¡Despierta! —El romano parpadeó. Sus ojos, de pronto conscientes detrás del terror soporífero, encontraron los de ella.

—¿Por... por... por qué? —aventuró estúpidamente, pero Boudicca hizo caso omiso de la pregunta.

—Te ayudaré —prosiguió—. No te subas a un árbol. Si lo haces, los perros se sentarán debajo y esperarán a que caigas. No camines en línea recta. Busca un curso de agua si quieres salvar tu vida. Tendrás un poco de tiempo antes de que suelte a los perros. Usalo bien. Ahora, corre. —Lovernio le

liberó, pero el hombre se quedó mirando a Boudicca con fijeza e indefensión—. ¡Corre, tonto. Corre! —Durante un momento, siguió inmóvil, luego se tambaleó, tropezó y echó a correr.

Le observaron alejarse entre los árboles, un punto plateado de carne vacilante. Los perros se lanzaron hacia él, pero las correas los detuvieron. Lovernio y Boudicca no se movieron, ciegos al mundo quieto a su alrededor y sintiendo sólo el prolongado fluir del tiempo; segundo tras segundo, minuto tras minuto. No necesitaban mirar la luna para saber el transcurso del tiempo. Su paso se mezclaba con el latido violento de la sangre de ambos, caliente, tensa, viva. Durante un siglo, durante la vida de un hombre, se quedaron paralizados. Luego Lovernio murmuró:

—Amanecerá dentro de tres horas.

—Lo sé—repuso ella con sencillez—. Quita el bozal a los perros y sujétalos.

El hombre se abría paso entre los árboles embistiendo espinos, enredaderas y arbustos. No sabía ni le importaba en qué dirección iba. Sollozaba. El hedor de la vejiga de zorro corría con él y sofocaba su garganta y su nariz.

—Correr.., agua. Correr.., agua —jadeaba al ritmo irregular de sus pies.

Empezó a dolerle un costado y luego experimentó ramalazos agudos de dolor, pero siguió corriendo hasta que el dolor le traspasaba con cada aliento.

Si su pie no hubiera caído dentro de una cueva pequeña de animal y no se hubiera torcido el tobillo, habría continuado hasta que su corazón estallara.

Con un grito, su cuerpo desnudo quedó tendido en el suelo y permaneció allí, agitado y llorando. «¡Corre! —gritaba su mente, pero la conmoción incrédula y el terror paralizante iniciales dieron paso a la razón y ésta le permitió pensar más allá del clamor de su instinto de conservación—. No puedo estar a más de ocho kilómetros de la fortificación. Y más allá de la fortificación está el río. Un curso de agua. ¿Cómo me trajo esa mujer? ¿En qué dirección vinimos? No debo alejarme de ellos. De alguna manera, tengo que regresar en ángulo y rodearlos. ¿Pero cómo orientarme sin luna ni estrellas para guiarme? El viento. ¿Golpeaba el viento mi mejilla derecha y luego mi nuca? Por Júpiter, ya tengo los pies despellejados. Soy hombre muerto...» Se incorporó y estiró el cuello para escuchar pero, a sus espaldas, el bosque estaba sumido en silencio. Ella no había soltado los perros todavía. Se estremeció y comenzó a gimotear, pero rompió una rama baja de un árbol moribundo y quebradizo, arrancó las ramitas y supo que podría hundirla en una garganta babosa antes de que los otros le tumbaran. Consideró la idea de revolcarse en el suelo pero la descartó y prosiguió andando, cada vez con mayor estabilidad, y tratando de adaptar su paso a su respiración. Nada excepto restregarse con arena y ceniza le liberaría de la muerte. Eso y agua. Agua.

Un curso de agua: la salvación. Apresuró la marcha. De vez en cuando miraba hacia arriba, donde las ramas se arqueaban altas y eclipsaban el cielo nocturno, pero no veía la luna. Sin embargo, trataba de captar un soplo de viento en la cara. Corría con una mueca fija y congelada en la boca, ajeno al palpitar de su pecho donde sangraban las heridas del cuchillo. Y aún no oía a sus verdugos. «Annis. Soy Annis. Cuatro horas antes, era Dio Balbilla, soldado de una guarnición, y ahora soy

Annis. Ojalá pudiera llegar al comandante. Ojalá pudiera ponerlos a todos sobre aviso. Ojalá pudiera seguir viviendo, pero soy Annis y debo morir. Ella me sonrió ayer cuando recibí carne de sus manos de pie junto al fuego, pero ahora yo soy la carne y ella no reconoció mi rostro.» Se forzó a concentrarse de nuevo en la cacería. «¿Qué haría un animal? —se preguntó—. Soy un animal perseguido, soy como el lobo, el jabalí. ¿Qué debo hacer? Encontrar agua o una madriguera. La maleza no sirve. Los perros no me alcanzarían allí, pero si los cazadores. No debo trepar a un árbol. No, no, los perros arañarían el tronco y me ladrarían, pero los cazadores...» Se estaba quedando sin aliento; el sudor corría por su espalda; su respiración era discordante y tenía la garganta seca. «Tengo que descansar de nuevo. No puedo continuar. ¿Cuánta distancia habré cubierto? ¿Por qué no suelta a los perros? Está jugando conmigo. Sabe que no importa cuánto corra ni a qué velocidad, de todos modos moriré. Debería acostarme aquí, cerrar los ojos y esperar.» La imagen de sí mismo tendido en la hierba en la oscuridad y con los perros cada vez más cerca arranco otro grito de su boca. Obligó a sus piernas rasguñadas y doloridas a obedecerle y a moverse. De repente, se detuvo. Había divisado la luna sobre él y lo que vio le llenó de una esperanza delirante. Había estado describiendo un círculo. Simplemente un círculo, un arco, un desvío hacia la seguridad. Masculló con frenesí para sus adentros y se llevó las manos a la cabeza en un intento por recordar dónde debería estar la luna si estuviera montando guardia en las puertas de la fortificación. Luego lo oyó, el sonido que ya había oído cientos de veces en su imaginación asustada: los aullidos estridentes de la jauría hambrienta. Apretó los codos contra la cintura y sollozó ruidosamente. Se abalanzó hacia delante una vez más y corrió, se tambaleó, cubrió un poco más de terreno, apenas un poquito. Olvidó la luna. Olvidó su verdadero nombre. Olvidó el perfil de su rostro. «Soy Annis a punto de morir —gritó en su interior —. Annis, morir, Annis... morir. Cargo con todo... Me lo llevo...» Los ladridos jadeantes y excitados se elevaron en un aullido combinado a medida que los perros sentían que se aproximaban a su presa y apresuraban su carrera.

Como una visión explosiva, lo vio: una débil vislumbre de luz sobre agua.

—¡Ah! —farfulló—. ¡Ah! —Sus ojos se agrandaron, sus piernas adquirieron fuerzas nuevas y allí estaba otra vez, los rayos de la luna iluminaban con luz nacarada su esperanza, su cordura, su vida. Salió con ímpetu del bosque y cayó al río con un alarido de alivio vehemente. Antes de que se hubiera recobrado lo suficiente para ser capaz de nadar, la corriente le había arrastrado hacia un recodo y fuera de la vista de los perros que correteaban de un lado a otro de la orilla con las lenguas colgando y los colmillos mordiendo el aire. Nadó hacia la orilla opuesta. Todavía no sabía dónde estaba.

No había ninguna aldea más allá del agua, ningún fuerte, apenas más bosque oscuro, pero no le importaba. Sólo debía internarse una corta distancia bajo los árboles para no ser visto desde la otra orilla y luego seguir el curso del río hacia el océano. En algún punto entre él y el mar estaba la fortificación. Luces, voces, espadas, seguridad. Trepó afuera y sin detenerse para mirar atrás, se adentró en el bosque. La oscuridad le envolvió, pero ya no le infundía temor. Comenzó a andar con

paso inseguro, pero lleno de un regocijo aturdido. «Soy Dio Balbilla —se dijo—. Ése es mi nombre. Ah, qué dicha, qué felicidad increíble, recordar mi nombre.»

Oyó un crujido seco de hojas sobre su cabeza y se detuvo con brusquedad. Su alegría frágil se evaporó, dejando sólo horror. El crujido se repitió. Juntó coraje y levantó la vista. Allí, en la densa penumbra de las hojas, creyó discernir una sombra más gruesa, algo negro que reflejaba la luz de la luna.

Se le paró el corazón y se le aflojaron las rodillas. Mientras se deslizaba al suelo, le pareció escuchar un susurro que resonaba hacia él, como hojas secas al frotarse, como el desplegar lento de plumas gigantes. «Annis, Annis», murmuraba. Su corazón dio un vuelco, febril y agonizante, en su pecho.

—¡No! —bramó con voz ronca—. Soy... Soy... —El dolor en su corazón se extendió a su estómago y a sus miembros y estalló como un fuego blanco dentro de su cabeza. No tuvo tiempo de pronunciar su nombre de nuevo.

Los cazadores estaban de pie en la orilla del río y los perros corrían de aquí para allá, ladrando su pérdida.

—¡Se ha escapado! —exclamó Boudicca con incredulidad—. ¡Encontró el agua! ¿Cómo lo hizo? Incluso a mí me hubiera costado hallarla sin luna y sin estrellas. El hechizo fracasó, Lovernio. ¿Por qué?

El bardo se acuclilló en el barro y pasó las manos sobre las huellas profundas e indistintas donde el Annis se había arrojado a la libertad.

—Porque Andrasta ya no escucha —contestó—. Porque Roma está aquí para quedarse para siempre y los hechizos han perdido su poder. ¿Qué ocurrirá, señora, cuando el hombre cuente su historia a Favonio?

Boudicca le clavó la mirada.

—Favonio no le creerá. ¿Lo harías tú, si fueras romano? Debemos apresurarnos de regreso a la aldea y por la mañana, negarlo todo. Prasutugas sí se lo creerá, pero eso ya no tiene importancia. —Su voz profunda se quebraba con las palabras y era tal su desolación que, por un instante, la fría promesa de paz y de olvido eterno que se elevaba del seno oscuro del río fue casi demasiado fuerte para resistir. «Sólo da un paso —le canturreaba—, y nunca más tendrás que volver a sentir dolor.» Lovernio adivinó sus pensamientos cuando ella se inclinó sobre el agua que borbollaba.

—Sólo los cobardes se quitan la vida porque temen sufrir —susurró—. Un hombre libre puede destruirse cuando sabe que todo ha terminado para él, pero nunca es un acto de cobardía, Boudicca. Sentido, paladeadlo, y luego continuad. Siempre hay un mañana.

Ella retrocedió con desgana.

—Tienes razón, desde luego —dijo con pesar—. Andrasta se ha ido y yo he perdido la confianza de mi esposo, pero mi mundo aún no se ha acabado. Mi tiempo no ha llegado todavía. Ata a los perros, Lovernio. Volvamos a casa.

Regresaron a la aldea en silencio. En algún lugar, el Annis aún vivía y el invierno de la omnipotencia de Roma reinaría sin control en Icenia. El desaliento de la pareja se transmitía a los perros, que avanzaban delante de ellos con indolencia y arrastrando las colas. Incluso los árboles parecían de luto formal. Rodearon la aldea y subieron con sigilo la pared detrás de las perreras; los perros treparon y saltaron detrás. Se separaron sin una palabra. Lovernio enjauló a los perros y Boudicca se encaminó con cansancio a la casa romana de Prasutugas. Abrió la puerta despacio y se escurrió dentro de la oscuridad caldeada y perfumada por el fuego. Fuera, las conflagraciones frías de las estrellas estaban disminuyendo y la noche ya no pendía tan pesadamente sobre la aldea. Dentro de la habitación, la oscuridad estaba colmada de sueño.

Prasutugas yacía boca arriba en la cama, todavía vestido y con una mano detrás de la cabeza. Boudicca hizo una pausa. El no se había movido, pero algo le decía que la espíaba.

—¿Estás despierto? —aventuró.

La respuesta fue inmediata y tranquila.

—Sí. No he dormido en toda la noche. —Su voz carecía de inflexión, pero ella supo que sus propias heridas le habían mantenido desvelado. De pronto, no pudo soportarlo más, esa soledad, ese muro de palabras estúpido y asesino que se había erigido entre ambos. Atravesó el cuarto y se arrodilló junto a la cama.

—Nada en este mundo merece separarnos, Prasutugas. Lo he pensado y preferiría morir antes que oírte decir que has dejado de amarme debido a nuestras diferencias. Tal vez no estés de acuerdo conmigo. Quizá para ti el bienestar de Icenia bajo Roma sea más importante que lo nuestro. Si es así, no me lo digas. No quiero saberlo. Sólo sé que tratar de vivir sin ti privaría de sentido a cualquier causa y que si dejamos de ser uno para convertirnos en dos, como alguna vez fuimos, entonces el mundo y todo lo que hay en él será una mentira. ¿Todavía me amas?

Él intentó hablar, pero no pudo. Se incorporó con lentitud y apoyó los pies en el suelo; después, la estrechó con un brazo. La hizo sentarse a su lado y la ciñó contra su cuerpo.

—Boudicca —precisó con voz ronca—. No puedo negar mi amor por ti. Brota como agua pura, me desborda y se derrama en cada rincón de mi vida. Incluso la pena que nos infligimos mutuamente es alegría comparada con el dolor que padecería si nos separáramos. Nos hemos alejado. De lo contrario, no me habrías preguntado cuándo fue la última vez que lloré. Lo sabrías. Comencemos de nuevo, ahora, esta noche. Digamos que esta noche, por primera vez, he llorado. Déjame decirte esta noche, por primera vez, que te amo. ¿Es posible?

Boudicca se apretó contra él y hundió el rostro en su pecho. La ternura y el alivio la sofocaban.

—No quiero que nada vuelva a interponerse entre nosotros —repuso—. ¡Pero, ah, Prasutugas, con qué facilidad, con qué sutileza ocurre! Las palabras nos apartan. Sólo tu abrazo me revela la verdad. No te mentiré otra vez con la mentira callada. Ahora creo a los druidas cuando dicen que de todas las mentiras, ésa es la peor. Lovernio, yo y algunos otros jefes ocultamos suficientes armas en el bosque para rearmar a toda Icenia cuando Ostorio Scapula ordenó que nos fueran quitadas. Los

escondites están marcados con señales que tú probablemente reconocerías, pero jamás un romano. Te doy mi palabra de honor que esas armas permanecerán donde están hasta que cambies de opinión. Si no lo haces, entonces se pudrirán allí.

—¿No lo jurarás por Andrasta? —bromeó él amablemente. Vio que ella se tensaba.

—Andrasta me ha abandonado —susurró con un flujo sibilante de amargura y él comenzó a acariciarle el cabello.

—¿Por qué dices eso?

—Los hechizos han perdido su poder. Se han transformado en meras palabras. Lo sé. Mi honor tiene más valor que la magia muerta de la Reina de la Victoria.

Prasutugas no insistió sobre el tema ni le preguntó dónde había estado toda la noche.

—Pronto amanecerá —comentó— y ninguno de los dos ha dormido. —La empujó a la cama, se acostó a su lado y extendió una manta sobre ambos—. Cierra los ojos —le ordenó—. Descansa. Pronto Brigid tocará la puerta para ir a la fortificación a encontrarse con Marco y hoy debo visitar mis granjas y hablar con mis hombres libres.

Boudicca obedeció. Suspiró y se volvió para amoldar su cuerpo al de su esposo.

—Estoy tan cansada... Dormiría todo el día. —Dormitaron unos minutos, abrigados el uno por el otro, exhaustos y en paz.

Entonces Prasutugas aventuró:

—Oi una jauría ladrando en la distancia esta noche. ¿Saliste a cazar, Boudicca?

Ella no se movió ni abrió los ojos, pero él notó la sombra de tristeza que atravesó su rostro. Al cabo de un rato largo, contestó.

—Sí.

Durmieron hasta tarde, y acababan de ingerir la primera comida del día con Lovernio, Ian y algunos otros jefes en la choza del Consejo, cuando Favonio llegó a caballo. Desmontó deprisa y se abrió paso a través del gentío ocioso en la puerta de la choza. Al verle acercarse con expresión ansiosa y maneras bruscas, Boudicca sintió que los latidos de su corazón se aceleraban. Miró a Lovernio y éste a ella. Favonio se detuvo frente al grupo. No pronunció las palabras de saludo.

—Prasutugas —declaró—. Quiero que vengas conmigo y eches una ojeada a un misterio. No logro entenderlo y me preocupa. —Una vez más, Boudicca y su bardo intercambiaron miradas, en esa ocasión, con extrañeza y alarma. Pero Favonio siguió hablando—. No diré más hasta que lo hayas visto.

Intrigado, Prasutugas entregó su copa a un sirviente.

—Desde luego que iré. Estás alterado, amigo mio. Si puedo ayudar, lo haré.

Siguió al romano afuera y Boudicca se aproximó a Lovernio, aunque no había nada que decir. «Quiero que eches una ojeada», había dicho Favonio. No... «Quiero que escuches una historia.» Deseó correr tras los dos hombres, pero el sentido común prevaleció. Se dejó caer sobre las pieles y

enrolló un bucle de cabello alrededor de un dedo con impaciencia absorta y pensativa. Favonio ni siquiera la había mirado. ¿Qué habría pasado?

Prasutugas se deslizó hacia atrás sobre la cruz del caballo y Favonio desmontó y arrojó las riendas al asistente que esperaba. Atravesaron juntos el pequeño campo donde se pasaba revista a las tropas y dejaron atrás el edificio administrativo, la casa de Favonio y luego las de los oficiales. Giraron hacia la parte posterior donde los cuarteles y los depósitos se erguían en hileras ordenadas y bien definidas. Favonio hizo una señal con la cabeza al soldado que se hallaba frente a una de las pequeñas chozas de almacenamiento de granos y el hombre abrió la puerta. Después hizo una seña al iceno para que le siguiera y entraron.

La choza estaba en penumbra y apestaba. Prasutugas reconoció el olor nauseabundo. La forma envuelta en una manta que yacía sobre una tabla de madera extendida entre dos caballetes parecía refulgir en la sombra. El iceno sintió que se le erizaban los pelos de la nuca cuando Favonio le indicó que se aproximara y descorrió la manta sin quitarle la vista de encima. Prasutugas se acercó al cuerpo y lo observó. Al principio, no entendió lo que veía, tal como le había ocurrido a Favonio. El hombre estaba completamente desnudo. Rasguños de brezos atravesaban sus miembros manchados con moho y tierra, como si se hubiera abierto camino a través del bosque sin importarle el daño que infligiera a su cuerpo. Tenía sangre seca y oscura encostrada en algunas partes del pecho, pero en otros sitios, estaba intacto. Donde se entreveía la desnudez, blanca y sorprendente entre los manchones de sangre seca, había tajos precisos y poco profundos, abiertos y secos.

—Gírale la cabeza y mira su rostro —dijo Favonio.

Prasutugas obedeció. Tomó la mata de cabello negro y volvió la cabeza hacia él. Retrocedió involuntariamente. Un terror tan desnudo y tangible como el mismo cuerpo en descomposición se hallaba impreso en las facciones. Los ojos estaban tan abiertos que el blanco bordeaba el iris castaño. La boca también estaba abierta y estirada en una mueca de horror congelada por la muerte. Los dientes brillaron hacia él mientras levantaba una mano para cubrirse la cara. El olor asfixiante, penetrante e inconfundible llenó las ventanas de su nariz y se mezcló con un recuerdo de los días de su infancia cuando Subidasto regía a los icenos y Andrasta era reina. Sus sospechas se convirtieron en certeza, se desmoronaron sobre él como rocas. El contenido repugnante de la vejiga de un zorro. Perros que aullaban a lo lejos en mitad de la noche y que lo habían perturbado mientras yacía en la cama, incapaz de dormir. «¿Saliste a cazar, Boudicca? Sí. Debí haberte preguntado qué cazaste, pero jamás, jamás habría sospechado algo semejante. Annis. Pobre hombre.»

—Fíjate en esto —dijo Favonio haciendo una seña. Prasutugas se acercó y se situó a su lado, rígido como un poste de madera. El romano alzó los pies del muerto. Las plantas estaban lastimadas y despellejadas y las uñas rotas—. Este hombre escapaba de algo, corriendo con todas sus fuerzas sin preocuparse por sus pies —observó Favonio—. ¿De qué? ¿Qué estaría haciendo a kilómetros de distancia de esta fortificación, desnudo y cubierto de tajos de cuchillo que pueden haber sido dolorosos pero no le habrían matado?

Prasutugas recuperó la voz. Sabía que Favonio le estudiaba con atención y se esforzó para que las palabras sonaran tranquilas y naturales.

—¿Qué lo mató?

—Dímelo tú a mí. —Favonio soltó los pies y se cruzó de brazos—. Lo trajeron los hombres que envié esta mañana temprano a buscarlo. Dejó su puesto de vigilancia en algún momento anoche. Encontraron el cadáver a casi cinco kilómetros río arriba, de espaldas bajo un árbol.

—¿Se ahogó? —Prasutugas se obligó a formular la pregunta, pues sabía que se esperaba que lo hiciera, pero el dolor había regresado, en lo más hondo de él, una desesperanza insistente y triste mientras sus pensamientos giraban en torno a su esposa. Pero Boudicca había dicho que el poder de Andrasta había desaparecido. Tal vez, después de todo, esto no fuera obra de ella.

—No. Estaba demasiado lejos de la orilla para haber sido arrojado allí. Caminó o corrió hasta el sitio donde lo hallaron. Las huellas son claras. Y si no se ahogó, ¿entonces qué? Es como si un pájaro enorme hubiera arañado su pecho. Quienquiera que lo haya herido lo hizo parecer así, ¿pero por qué? ¿Por qué cortarlo y no matarlo?

—Tal vez enloqueció y se hirió a sí mismo. Quizá su temor al bosque de noche fue demasiado para él.

—Es posible. —Favonio le escudriñó con astucia—. ¿Qué lo mató, Prasutugas?

Prasutugas tragó saliva y enfrentó la mirada del romano.

—Mira su rostro, Favonio. Murió de miedo.

—¿Qué lo asustó?

—¿Qué asusta a cualquier hombre? El temor es una enfermedad como cualquier otra. Comienza en la mente, no fuera del cuerpo. Y al igual que toda otra enfermedad, puede matar.

—Sin duda. Pero el temor no puede cortar en tiras el pecho de un hombre. —Prasutugas no respondió y Favonio pareció indeciso en cuanto a decir algo más. Luego, cuando el hedor en la choza se tomó insoportable, abrió la puerta y ambos hombres salieron con alivio—. Creo que sabes más sobre esto de lo que estás dispuesto a decir —comentó el romano con dureza—. Haré algunas averiguaciones, pero estoy seguro de que resultaran infructuosas. ¿Tengo tu palabra, Prasutugas, de que ningún otro soldado morirá de miedo?

Prasutugas se volvió hacia él con ira.

—No tuve nada que ver con las circunstancias de la muerte de ese hombre —replicó—. Puedo hacer conjeturas, pero tú también, y mis conjeturas no serán más fructíferas que las tuyas. Gobierno a mucha gente, hombres de tribus que han sido leales a Roma y que te han causado muy pocos problemas, Favonio; y, sea lo que sea lo que le sucedió a ese hombre, fue incidental, un estallido menor de la frustración de alguien. Me niego a hacerte ningún tipo de promesa. Sería ridículo.

—Me pregunto en quién arderá una frustración tan intensa —replicó el romano.

Prasutugas esbozó una sonrisa.

—El fastidio fue ligero y fugaz —respondió con suavidad—. Usa tu sentido común, Favonio. El hombre fue torturado, no en exceso, y luego liberado. No lo mató una mano humana. Murió a causa de su propio miedo.

Favonio siseó ruidosamente a través de los dientes y se alejó. Prasutugas atravesó las puertas, descendió al bosque y se adentró bajo los árboles. «No lo mató una mano humana —se repitió—. Eso es cierto. Pero para morir de miedo, debió haber sido empujado más allá del limite de la cordura. Boudicca, el pobre hombre era un romano. ¿Cómo iba a entender su papel? Annis. Te conozco, amor mío. Conozco tu carga diaria que yo he vuelto demasiado pesada para soportar. Yo también soy responsable de la muerte del soldado.»

Cuando llegó a la choza del Consejo, la llamó afuera con voz tajante y ella dejó las pieles y se le unió. Prasutugas la apartó de la multitud que siempre se congregaba cerca de la choza y cuando estuvieron solos, murmuró:

—Anoche estuviste cazando, Boudicca. ¿Qué presa soltaste? —«Si me mientes ahora, todo acabará entre nosotros» pensó, con tanta claridad que temió haber pronunciado las palabras. «Te alejaré de mi cuerpo, si no puedo hacerlo de mi alma.» Estaba muy sereno, todo en él tenso a la espera de la respuesta. Boudicca le sonrió con pesar y el sol brillante la hizo entornar los ojos. La brisa tibia agitaba su cabello rojo bajo la barbilla cuadrada.

—No estás seguro, ¿verdad, Prasutugas? Y si no te lo digo nunca, te quedarás con la sospecha. Por lo tanto, te lo diré. Lovernio y yo soltamos el Annis.

Prasutugas experimentó un profundo alivio y suspiró. Pero luego la ira fluyó a través de él y arrastró toda debilidad. No necesitaba preguntarle por qué había hecho algo tan espantoso, pero dominó la furia e inquirió:

—¿Los perros lo mataron?

Boudicca bajó la vista.

—No. Se escapó. ¡Imaginate, Prasutugas! ¡Es la primera vez que un Annis elude a los perros! Ah, sé lo que piensas de mi, sé que mi acto ha de parecerte una locura, ¿pero no te resulta extraño que un Annis haya escapado? —Alzó la mirada y él vio que estaba al borde de las lágrimas—. Los dioses han abandonado Icenia. Se fueron hace años, cuando se marcharon los druidas, pero no lo creí hasta ahora. —Le temblaban los labios—. Andrasta se ha ido. Sólo los dioses romanos tienen poder ahora en Icenia.

De modo que no lo sabía. A pesar del calor de la mañana, un escalofrío le recorrió al pensar en ese rostro desfigurado por el espanto. La tomó de un hombro y sacudió la cabeza.

—No, Boudicca, Andrasta sigue siendo la Reina de la Victoria aunque haya sido olvidada por todos excepto por ti y por Lovernio. Oyó los hechizos.

Ella frunció el entrecejo con desconcierto. Luego, convulsivamente, le tomó la muñeca con ambas manos.

—¡Prasutugas! ¿Qué es lo que Favonio quería mostrarte? ¡Sabes algo!

Se quedó bastante quieto y habló con una nota de tristeza en sus palabras.

—Favonio me mostró el cadáver de un hombre joven con las marcas sangrientas del Annis y el olor del Annis en su cabello.

—¡Pero no lo entiendo! ¡Los perros no lo mataron, te lo juro, Prasutugas! ¡Te estoy diciendo la verdad!

—Lo sé. No estaba despedazado, Boudicca. Murió de miedo. Me gustaría que hubieras visto su rostro.

Totalmente paralizada de asombro, dejó que sus brazos cayeran fláccidos a los costados. Prasutugas la soltó.

—O sea que, después de todo, Andrasta le mató. No puedo creerlo. Lo mató en el bosque...

—Murió de miedo. Eso es todo lo que sabemos —dijo él con énfasis—. Boudicca, debo pedirte que me jures que jamás volverá a cazarse el Annis en Icenia mientras yo sea rey.

—Debes decírselo a Favonio, ¿no? —aventuró con suavidad—. Lo siento tanto, Prasutugas... Ya comienza de nuevo entre nosotros, ¿verdad?

—No —sonrió—. Esta vez es diferente. Esta vez no hay secretos en nuestra pequeña guerra.

—Ninguno. Eso te lo prometo. Y juraré por Andrasta no volver a cazar nunca el Annis si me juras que no le revelarás a Favonio dónde están las armas.

—Lo juraré, pero si las descubro por otra persona, entonces tendré que denunciarlas, Boudicca.

—¡Jamás lo harás! —Sonrió con descaro—. ¡Qué maravilloso es volver a jurar por Andrasta!

Se separaron, ella para ir a buscar a Lovernio y él para impartir órdenes a sus hombres libres granjeros. «No te niego, Andrasta —pensó en tanto se dirigía a las cuadras—. Nunca te he negado. Pero no quiero vivir temiéndote. Debes entender que cercené tu poder por el bien del pueblo. No te escatimo un romano, pero no permitiré que vuelvas a desplegar tus alas fantasmales sobre Icenia. Los bosques son tuyos y has de conformarte con ellos.»

Montó y se dispuso a vadear el río para luego cruzar los bosques hacia los campos sembrados. Durante todo el trayecto, su mente se concentró en las dos reinas de Icenia: su magnífica e impulsiva esposa y el misterio sombrío de Andrasta. En un momento, sus pensamientos se desviaron a las noticias provenientes del oeste, pero, al igual que Favonio, las descartó por considerarlas sin importancia para Icenia. El oeste era un espejismo, el oeste era otro mundo. Sus cultivos brotaban, delicados y verdes, y sus terneros y ovejas jóvenes retozaban en las praderas para recordarle que era rico y que estaba a salvo. Si la herida le dolía con el paso del caballo, ello sólo servía para traer a su mente un pasado que había borrado con éxito y que jamás dejaría que volviera a suceder a su pueblo. Roma había rodeado la tierra con sus brazos fuertes y protectores y Prasutugas era feliz.

OceanofPDF.com

CAPITULO 29

Había sido un verano de victoria y de esperanza. La puerta del oeste se había abierto y los ansiosos prisioneros la habían cruzado a montones. Los démetas no querían volver a casa; tampoco los deceanglos. Por un tiempo, los rebeldes recorrieron exultantes la frontera. Disfrutaban de su nueva seguridad en tanto en Glévum, la Segunda se agazapaba detrás de sus muros inexpugnables. Venutio decidió dejarla en paz. Sabía que podía resistir un sitio indefinidamente, durante todo el verano de ser necesario, y no perdió el tiempo. El ánimo de las tribus era delirante, una locura alegre y despreocupada. Poco a poco, se separaron para internarse en el este y el sur, y Venutio, que sabía que su poder sobre ellas había llegado a su fin, las vio partir con una punzada de temor. Anhelaban el saqueo, su derecho como vencedores, y los cornovios y coritanos cedieron con docilidad lo que tenían a las bandas de hombres del oeste que vagaban por los bosques.

Emrys, Madoc y Venutio mantuvieron unidas a sus tribus y avanzaron hacia el sur como un solo cuerpo. Descansaban y cabalgaban despacio a través de la campiña exuberante, pero siempre en dirección a Camalodúnum.

Allí, los oficiales se apresuraban como conejos asustados. El procurador asumió con renuencia el mando militar y ordenó a la Decimocuarta marchar a Camalodúnum, pero luego dio la contraorden. Sin embargo, el legado de la Decimocuarta, al igual que el legado de la Segunda, hizo caso omiso de ambas órdenes y no movilizó a sus tropas. Pero Venutio era consciente de su existencia y de todas las legiones que se ocultaban en sus fuertes a la espera del nuevo gobernador. La Novena en Brigantia. La Segunda en territorio dobunno, detrás de ellos en ese momento. La Decimocuarta también a sus espaldas, justo en medio de los coritanos. Tres legiones y, si llegaba el gobernador, si era un hombre listo, esas legiones podrían interceptar cualquier retirada a las montañas. El brigante confesó sus temores al Emrys.

—Debemos tentar a las legiones a presentar batalla, una a una —sugirió—. Tenemos que derrotarlas a todas este verano si no queremos que el otoño nos sorprenda de regreso en el oeste.

—No será fácil inducirlas a dejar sus fuertes —respondió Emrys con pesar—. Saben que si esperan lo suficiente, llegará el gobernador. Me pregunto qué hemos ganado en realidad, Venutio.

Venutio se preguntaba lo mismo, pero juntos atacaron los bastiones más pequeños de Roma: las fortificaciones, los puestos de vigilancia, un par de aldeas donde se almacenaban granos en el invierno para los soldados. Algunas veces tuvieron éxito, otras no.

Por fin, la Novena se lanzó a las tierras bajas todavía inestables. Abandonó su fuerte y se dirigió al sur. El legado desconocía dónde se encontraban los rebeldes, pero sabía que el gobernador había desembarcado finalmente y que pronto le convocaría. Tenía razón. La noticia de la llegada de Aulo Didio Galo también le llegó a Venutio, aunque demasiado tarde, en un momento en que ya no tenía demasiado interés, dado que el espía ignoraba su paradero y se había tenido que guiar por los rumores.

—El nuevo gobernador está aquí —les informó—. Es un anciano. No sé más sobre él. Si os dais prisa, podréis tomar Camalodúnum y matarle antes de que trame vuestra caída.

¿Tomar Camalodúnum? Venutio y Emrys intercambiaron miradas. Ya no había legionarios activos acuartelados en Camalodúnum, sólo veteranos que vivían en granjas arrebatadas a los catuvelaunos o que se divertían en la aldea mientras los esclavos trabajaban sus tierras. El espía se marchó y Venutio no perdió el tiempo.

—Camalodúnum —dijo—. Si cabalgamos deprisa, podemos estar allí en dos semanas.

Se apresuraron hacia territorio catuvelauno pero, cuatro días después, otro espía los interceptó.

—Se han impartido las órdenes —manifestó—. A la Segunda, la Novena y la Decimocuarta.

—¿Tan pronto? —Emrys estaba atónito. Para ser un anciano que no conocía Albion excepto a través de los mapas, ese gobernador se había movido con presteza.

—Seguiremos adelante —replicó Venutio—. Podemos quemar Camalodúnum. ¿Hay alguna posibilidad de matar a los mensajeros antes de que alcancen su destino?

El espía le miró como si hubiera perdido el juicio.

—No, señor. Ignoramos la ruta que han tomado. Con la situación actual, han evitado los caminos.

—Por supuesto.

El brigante intentó liberarse del viejo y conocido dolor del fracaso, pero éste lo embargó con facilidad, como si nunca lo hubiera abandonado. Después de todo, no se había conseguido nada. Nada se resolvería. Albion estaba atrapada en una trampa extraña y el tiempo se encontraba suspendido como en cada víspera de Samain, y él, Emrys y Madoc, todos los jefes, no morirían nunca, la guerra no acabaría jamás, y la eternidad significaba avanzar, matar, retroceder, avanzar, matar, retroceder para siempre, con la desesperanza y la fatiga constantes como trasfondo eterno. Deseó tenderse en la hierba y no volver a levantarse cerrar los ojos y renunciar a todo.

Emrys vio aquellos hombros anchos caídos.

—¿Venutio? —dijo—. ¿Proseguimos?

—¿Me lo preguntas a mi, Emrys? —Esbozó una sonrisa lánguida—. ¿Tú? —No hubo respuesta. Se incorporó, hizo una señal a sus huestes y continuaron la marcha.

Al día siguiente, recibieron más noticias, esta vez del norte. La Novena se había unido a la Decimocuarta y juntas cruzaban la isla en ángulo hacia el sur y el Oeste. La Segunda se había sacudido su letargo y también se movilizaba, al sur y al este. Venutio sabía qué presagiaban esos rumbos. Se encontrarían, un frente imbatible de tres legiones contra el que él y su gente no tendrían posibilidad alguna.

—Todavía hay tiempo de llegar al gobernador —dijo Emrys, pero Venutio lo desaprobó con vehemencia.

—Si perdemos el tiempo saqueando Camalodúnum, quedaremos aislados —contestó—. Nuestra única esperanza es una huida inmediata. —Maldijo y para sorpresa de Emrys, se arrodilló y hundió

las manos en la hierba fresca—. Ah, libertad —susurró—. ¿Cuándo? ¿Cuándo? ¿Hasta cuándo ha de regarse esta tierra con la sangre de nuestros niños? Bueno, una vez más, huiremos. —Se levantó despacio y con torpeza, como si su propia sangre se hubiera espesado—. Si nos damos prisa, podremos cruzar en línea recta a través de Glévum, ya que ahora el fuerte está vacío.

No se habló más. Emrys se preguntó qué estarían haciendo los démetas y los deceanglos. Debían de haber recibido las noticias antes que ellos. ¿Estarían dispersos y escapando, o planeando retener la tierra que habían conseguido? Con un fatalismo paciente, saludó al horizonte. Luego se volvió para seguir a Venutio, gritando a sus jefes mientras caminaba.

Partieron a toda prisa hacia el norte y el oeste, temerosos de que les hubieran cortado la retirada. El verano había sido una fantasía deliciosa, un sueño, un respiro, pero les correspondía ser los perseguidos de nuevo y, en tanto que perseguidos, se movían deprisa, guiados por el instinto, con el miedo incesante pisándoles los talones. Algunas noticias aisladas los desalentaron todavía más por el camino. Los démetas habían vuelto a desaparecer en el oeste. Los deceanglos habían intentado trabarse en combate con la Novena pero habían sido repelidos y también huían. Las olas de rebeldes corrían a través de Albion, buscando la seguridad con todo lo que tenían, ojos, oídos, manos, pies vueltos hacia el oeste. En Glévum, hallaron el fuerte desierto y silencioso, pero siguieron andando y no se detuvieron hasta que el verano se convirtió en un recuerdo.

El otoño los sorprendió de regreso en sus campamentos, abatidos y amargados. Y, aunque sus cuerpos ya no huían, sus corazones y mentes aún lo hacían.

OceanofPDF.com

Principios del verano del año 53 d. de C.

CAPITULO 30

Era un anochecer de principios de verano, cálido y saturado de la promesa del calor venidero. El amplio salón estaba abarrotado y colmado de ruidos. Las lámparas titilaban sobre las imponentes gradas de bronce y su humo perfumado se mezclaba con el intenso olor a comida. Los malabaristas, desnudos excepto por un taparrabos blanco, arrojaban sus bolas brillantes al aire y un tragafuegos sentado en el suelo con sus antorchas y combustible aguardaba con paciencia a que le llamaran a actuar. Caradoc, Caelte, Eurgain y la joven Gladys caminaban bajo la cúpula resonante y pintada, y se abrían paso a través de las mesas y de los comensales recostados para acercarse al emperador. Claudio estaba en su triclinio, envuelto en una toga arrugada y manoseando la vajilla de plata con una mano cargada de anillos. Los vio venir y extendió un brazo. Esbozó una ancha sonrisa cuando Gladys se aproximó para arrodillarse a su lado. Sus griegos se apiñaban cerca y chismorreaban ocasionalmente; junto a él, la emperatriz, resplandeciente en perlas, prestaba un oído a su conversación y el otro a su hijo.

Gladys le besó en la mejilla y, antes de que Agripina la saludara, le hizo una reverencia.

—¡Ah, emperador, se os ve tan cansado esta noche! —murmuró—. ¿Nunca dormís?

—No es sueño lo que necesito —repuso él y le dio una palmadita en el rostro—. Estoy viejo, pequeña guerrera. Encuéntrame una cura para eso. Estás espléndida esta noche. Ven, siéntate a mi lado un momento. —Le hizo sitio y Gladys se acomodó en el triclinio. El emperador miró a Caradoc y a los demás—. Bueno, mi noble bárbaro —prosiguió—. Antes de que me preguntéis, os diré que nada importante está ocurriendo en Britania, de modo que podéis comer en paz. El nuevo gobernador acaba de llegar.

Caradoc sonrió. Sentía los ojos hostiles de los griegos clavados en él.

—Gracias —contestó—. Con eso queréis decir que la situación no ha cambiado.

—¡No me sonriáis! Veo el orgullo en vuestro rostro.

—Señor, si deseáis más acción en Albion, entonces enviadme a casa. Os prometo que puedo incitar a ese Didio Galo y hacer que vuestros despachos sean muy interesantes.

Claudio gruñó.

—En todos los años desde que visité vuestra tierra primitiva, Caradoc, habéis significado una sola cosa para mí: dinero. No pienso gastar en vos ni en Britania más de lo que ya gasto. Ahora, id a vuestro asiento. Eurgain, os saludo también.

Se les concedió permiso para retirarse. Los catuvelaunos inclinaron la cabeza y fueron a los triclinios reservados para ellos, detrás de las mesas reales. Sus sirvientes los siguieron. Las trompetas sonaron y el primer plato hizo su entrada en el salón. En respuesta a una señal de Agripina, el tragafuegos se puso de pie. Gladys se alejó del emperador, pasó entre los griegos y se instaló en su triclinio frente a Claudio y la emperatriz. Podría hablar con él mientras cenaba. La comida fue colocada ante ella y empezó a comer con deleite.

—No deberías sentarte a la mesa con el cabello suelto, niña —acotó Agripina con suavidad—. Abusas de la simpatía que mi esposo siente por ti.

Gladys contempló los ojos negros e inexpresivos, reconociendo a una enemiga. «Me llamáis niña —pensó—, pero no sabéis que, según la tradición de mi pueblo, dejé de serlo hace dos años. En esta lujosa celda mortal, camino por un precipicio, y he de caminarlo como una niña si deseo preservar la vida. Os quiero, Claudio. Sois un anciano bondadoso y solitario. Pero vos, señora... Mi padre sabe que a veces soltáis vuestro cabello teñido y entonces sois más peligrosa que estos griegos serviles que me odian por robarles el favor del emperador. Animales enfermos. Todos vosotros, que con vuestros dientes desnudos e invisibles desgarráis a mi pobre y anciano emperador.»

—Señora, debo vestirme como mi madre me ordena —respondió con seriedad—. Y mi madre insiste en que lleve el cabello suelto o trenzado, según la costumbre.

Nerón se inclinó hacia delante y sus ojos ardientes se pasearon por el cabello brillante, la túnica de seda verde que se adhería al cuerpo y las esmeraldas que rodeaban la garganta, desde el lóbulo de la oreja hasta la clavícula, un regalo de Claudio.

—Ah, déjala en paz —dijo ásperamente a su madre—. Me gusta con sus trenzas cayéndole en la salsa. He escrito otro poema, Gladys. Te lo leeré más tarde y debes darme tu opinión.

La muchacha sonrió con cortesía, sofocando el temor y la incomodidad que solía sentir en su presencia. Ese sujeto conseguía todo lo que quería. Su madre le idolatraba, le colmaba de dinero y objetos preciosos, le rodeaba con toda la pompa, satisfacía todos sus caprichos. Hasta el momento no había hecho más que seguirla con la mirada, tocarla ocasionalmente al pasar y burlarse de ella con precisión maligna, pero Gladys sabía lo que en verdad deseaba. Agripina también lo sabía y al escuchar las palabras de Nerón, sonrió con altivez y se volvió. Gladys trató de responder con la mayor ligereza y mantener la mirada alejada de la sonrisa zalamera y los dedos cortos y regordetes que acariciaban la barba suave y desordenada que intentaba dejarse crecer.

—No sé nada de poesía, Nerón, por lo tanto mi elogio o mi crítica no os serán útiles. Pero leédmela si lo deseáis.

—Pequeña bárbara ignorante —masculló uno de los griegos lo bastante alto para que ella lo oyera—. Claudio debe de estar muy chocho para dejarse cautivar por un ser como éste. Odio a los niños.

Gladys recogió un melocotón, le clavó una pluma de pavo real y se lo arrojó. Le dio en la mejilla.

—Vos no tenéis ninguno ni jamás lo engendraréis —replicó con descortesía—. Y mentís al decir que odiáis a los niños. Tengo entendido que os gustan los varoncitos.

Nerón aplaudió. Agripina sonrió. El griego se volvió hacia Gladys con una expresión de odio en su rostro lampiño y pintado.

Ella le sostuvo la mirada en silencio y luego le apuntó con la cuchara.

—La pluma es para que la paséis por el aro en vuestra nariz —añadió.

Claudio alzó una mano.

—Ya es suficiente —los regañó—. Callaos. Y basta de discutir. Gladys, no me has dicho si te gustaron las copas de cristal que te mandé.

La muchacha se estiró a través de la mesa y le tomó la mano, arrepentida.

—Ah, emperador, olvidé daros las gracias. Lo siento. Las copas son hermosas, pero tan frágiles que temo usarlas. Las coloqué junto a mi cama para poder admirarlas. Estoy preparando un regalo especial para vos, pero no me preguntéis qué es. Deseo sorprenderos. —Se sonrieron mutuamente y luego Claudio siguió comiendo. Los aplausos al tragafuegos estallaron y el hombre hizo una reverencia y comenzó a juntar las monedas que le habían arrojado. Los ojos de Gladys se encontraron con los de su padre y, de pronto, ansió poder sentarse en sus rodillas y hundir la cabeza en su pecho. Deseaba sentirse tan segura como en los días en que era un bebé. Recordó cuánto solía reír él en esa época y el vigor que tenía. Sonreía con frecuencia, pero ya no reía. Apartó la vista y halló los ojos de Nerón clavados en ella. Sus dedos levantaron con torpeza la copa de plata.

La música comenzó a flotar en el salón y los bailarines aparecieron y se inclinaron ante la mesa real. Caradoc sintió una mano en la pierna y levantó la cabeza. Británico esperaba que le hiciera lugar. Con una disculpa, Caradoc bajó las piernas y Británico se instaló a su lado.

—De modo que vinisteis —dijo—. No creí que lo hicierais. Ha pasado mucho tiempo, Caradoc, desde que os dignasteis acompañar a mi padre. ¿Habéis estado enfermo?

Caradoc sonrió al niño que había sido bautizado en honor de la única expedición militar de su padre. «Supongo que debería odiarlo, es un recuerdo viviente de mi sufrimiento en Camalodúnum», pensó el catuvelauno.

Pero era difidil odiar a Británico. Era ansioso, vivaz, descarado y encantador. Él y su hermanastro sentían una aversión mutua e intrigaban el uno contra el otro de manera constante. Británico luchaba por la atención general que Agripina hacía recaer con determinación en torno a Nerón, y Nerón utilizaba su popularidad creciente para intimidar a Británico. Pero a los doce años y pese a su sofisticación afectada, Británico todavía poseía las características simpáticas de un niño.

—Sabes muy bien que no he estado enfermo —respondió y le ofreció vino—. Y también sabes que no soy muy aficionado a las grandes fiestas.

Británico rió.

—Pero me habéis contado muchas historias sobre los largos banquetes nocturnos que solían celebrarse en Camalodúnum —replicó—, y aún no me he cansado de vuestros relatos. No importa, Caradoc. Sé por qué no venís aquí con más frecuencia. ¿Os informó mi padre de la aburrida situación actual en mi provincia? ¿Estáis feliz o triste?

—Ni lo uno ni lo otro, al menos eso intento. ¿Qué sentido tiene? Estoy satisfecho, lo cual es más seguro. Dime, ¿dónde está la esposa de Nerón?

El niño adquirió una expresión astuta.

—¿Cómo puedo saberlo? ¿Creéis que la presencia de Octavia aquí esta noche evitaría el baboseo lascivo de Nerón por Gladys? Mi hermano piensa que ya es un dios y su madre lo mismo. Es probable que la pequeña Octavia lo aburra y esté resentida.

Caradoc suspiró para sus adentros. Era una familia de hurones, todos ellos. A su lado, Eurgain yacía en su triclinio sin comer ni beber y con los ojos fijos en la cúpula donde las estatuas se observaban unas a otras en la penumbra. Pero escuchaba con atención el flujo y reflujo de las distintas conversaciones a su alrededor. Británico apoyó los codos en la mesa.

—Tal vez no esté resentida por su esposo —continuó—. He oído rumores de que mi padre va a tener otra hija. —Miró a Caradoc por el rabillo del ojo y notó su consternación—. No, no —acotó—. La emperatriz no está embarazada, y aunque lo estuviera, dudo que fuera de Claudio. Mi padre desea adoptar a vuestra Gladys.

Eurgain se sentó despacio. Caradoc estudió el rostro sonriente vuelto hacia él y la deliciosa comida empezó a agriarse en su estómago.

—He oído muchos rumores desde que llegué a Roma —murmuró—, y casi ninguno de ellos, Británico, poseía un fundamento real. No es más que otro de tantos.

—Bueno, por vuestro bien y el de Gladys, espero que tengáis razón. A la emperatriz no le gustaría nada, porque temería por el futuro de su precioso Nerón. —Agitó una mano con ligereza—. Ah, yo sé lo que quiere para él y veréis, Caradoc, si mi padre adoptara a Gladys, yo haría cualquier esfuerzo por casarme con ella para así poder acercarme más al emperador y al lugar que me corresponde por derecho. —Le dio una palmada en la rodilla—. No os preocupéis. Ella me gusta mucho, de verdad, a pesar de que es cuatro años mayor que yo. Casada conmigo estaría más a salvo que ahora. —No esperó una respuesta. Se puso de pie y se marchó con los pliegues de la túnica corta golpeando contra sus muslos.

Caradoc y Eurgain intercambiaron miradas.

—Me siento mal —dijo ella al fin. Él no dijo nada. De repente, la risa de su hija se elevó y vio que Claudio se agachaba para limpiarse la boca con una servilleta de hilo blanco. Agripina susurraba algo a Nerón, el cual todavía jugaba con su barba patética y sin quitar los ojos de Gladys. Los griegos discutían acaloradamente. Británico, apoyado contra una columna, conversaba con su tutor. Una sonrisita reservada se dibujaba en sus labios. La música vibraba y chirriaba. Caelte se acuclilló frente a su señor.

—Ella sobrevivirá —susurró—. Sobrevivió a los años en las montañas y los peligros aquí no son muy diferentes. Confiad en ella, señor, y no temáis. En tanto tenga la protección del emperador, estará resguardada de los salvajes.

—Te equivocas, Caelte —logró decir Caradoc por fin. Se vio a sí mismo, a Gladys, a todos ellos aferrados a las barras de esa jaula que los había constreñido con firmeza durante dos años, con los pies colgando sobre las arenas movedizas de la buena voluntad de Claudio—. Si el emperador cesara

de honrar a Gladys con su atención, dejaríamos de ser objeto de interés en palacio y podríamos dejar de dormir con los cuchillos bajo nuestras almohadas. Debí haberle impedido el acceso al imperio.

—Nadie desobedece al emperador —le recordó el bardo—. Y fue Claudio quien se aficionó a Gladys, mucho antes de que ella le tomara simpatía. Quizá sea la hija que él deseaba haber tenido.

—Octavia es bastante razonable. Es la más honorable de todos.

—Cierto. Pero por alguna razón, Claudio prefiere a Gladys. Tal vez Octavia le recuerde a su antigua esposa.

—Quizás. ¡Ah, Caelte, qué cansado estoy de los «quizás»!

El bardo hubiera hablado de nuevo, pero un esclavo se le acercó con deferencia y le murmuró algo. Caelte recogió su arpa y se incorporó.

—El emperador quiere que cante. No me gusta nada cantar aquí, señor. Los griegos se ríen de mí y de mi música.

—Entonces niégate —dijo Eurgain de improviso—. Y después tomemos a Gladys y volvamos a casa. No regresaré a este sitio, Caradoc. Jamás en toda mi vida he aspirado este hedor a corrupción y maldad. No hay una sola boca a mi alrededor capaz de pronunciar una verdad.

Habló en voz alta, en tono desafiante, pero el movimiento de Caelte al levantarse ocultó sus palabras a todos excepto a su esposo y a su esclava.

Caelte caminó hasta el emperador e inclinó la cabeza.

—Deseáis que cante esta noche, señor, pero no puedo. He bebido demasiado vino. Me duele la garganta.

Claudio frunció el entrecejo con desilusión.

—Casi nunca vienes cuando te lo pido —le regañó—. Ahora estás aquí y te niegas a cantar. —Su voz era displicente. Tenía el rostro enrojecido y su tartamudeo era más pronunciado que antes. Gladys le miró con nerviosismo y se enderezó.

—Oh, por favor, Caelte, sólo una canción. ¿Te duele tanto la garganta que ni siquiera puedes cantar una?

Claudio se estaba limpiando la nariz y Gladys se enderezó más y entrelazó los dedos bajo el mantel. El emperador estaba cansado. En cualquier momento se pondría de mal humor.

—Ni siquiera una —replicó el bardo con rapidez.

—¿Para mí? —Los ojos de ella le suplicaban. De pronto, Caelte tomó conciencia del riesgo y asintió con resignación.

—Muy bien. Intentaré cantar una canción para vos, señor, dado que sois tan amable en pedírmela. ¿Cuál ha de ser?

—Me da lo mismo —repuso Claudio con tono trémulo—. Cualquiera. Alégrame, bárbaro.

—Ya no sé cantar canciones alegres, señor.

Gladys hundió los hombros y luego los echó hacia atrás. Alzó la barbilla.

—Caelte, tengo una petición —formuló en voz alta—. Deseo que cantes El barco para mí.

—No! —bramó él con espanto, pero ella se levantó y cogió el borde de la mesa. Sus ojos llameaban.

—¡Para mi, Caelte! Quiero, necesito oírla. Cántamela ahora, en este lugar, por el bien de mi alma, te lo ruego!

—Oh, Gladys —contestó con tristeza en la lengua de ambos—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Debo inclinarme ante este anciano y tender mi honor a sus pies?

—No —replicó ella, con los ojos todavía brillantes y el color que aparecía y desaparecía en sus mejillas—. Juntos, entre estos salvajes, lo elevaremos alto. Es un anciano generoso, Caelte.

—El barco se ha hundido.

—No hasta que no quede nadie para entonar sus canciones funebres.

—¿Qué estáis hablando? —intervino Agripina con recelo—. ¿Va a cantar o no, Gladys?

Caelte hizo una reverencia.

—Cantaré.

Caelte descolgó el arpa y empezó a cantar. La voz del bardo había cambiado con los años. Se había vuelto más grave y poseía más fuerza. Ya no se alzaba aguda y melodiosa para mezclarse con el trinar de los pájaros y el viento, sino que se forzaba contra piedra y columnas y los oídos sordos y duros de la ciudad. Hasta aquella noche, la ciudad se había mantenido indiferente a su música, pero esa canción se propagaba con su propia magia. De pie, Gladys se balanceaba mientras canturreaba en voz baja. La emperatriz cruzó las piernas y se reclinó para observar. Claudio se esforzaba por captar cada tono, ya que, aunque no entendía las palabras, la armonía sutil de la tonada le fascinaba. Era evidente que Nerón estaba impresionado. Con la cabeza ladeada, contemplaba los dedos largos de Caelte que tiraban de las cuerdas. La última nota fue aguda, lastimera, una pregunta sin resolver, un ruego suave, y el bardo cerró la boca y se tensó contra las risas tontas que sabía que sobrevendrían. Pero los griegos le miraban confundidos y Gladys fue hacia él y le besó.

—Gracias —susurró—. No volveré a pedirte algo tan difícil.

Agripina aplaudió un poco, incómoda, conmovida por un instante fugaz. El emperador dejó de sonarse la nariz.

—Eso estuvo muy bien —comentó sin vacilar—. Vuelve mañana para cantármela de nuevo. —Caelte abrió la boca para negarse, pero Gladys meneó la cabeza de forma imperceptible. Al día siguiente, el emperador ya habría olvidado la canción. Nerón se sentó.

—Creo que puedo cantarla mejor —declaró—. Enséñamela. Muéstrame las notas en mi arpa. ¿Qué clase de canción es?

—Es una canción de amor —explicó el bardo—. Una canción muy mágica y misteriosa. No creo que fuera seguro que vos la cantarais, joven señor, aun cuando aprendierais las palabras. Pertenece a mi gente.

—Ah. Bueno, no quiero saber nada de hechizos y para ser una canción de amor, suena bastante deprimente. Prefiero algo más vigoroso cuando canto sobre el amor. Puedes irte ahora.

Gladys no volvió a tomar asiento. Se aproximó a Claudio y le rodeó el cuello con los brazos.

—Emperador —le dijo al oído—. Creo que mi madre y mi padre desean irse a casa ahora. Y yo también debo ir. ¿Me concedéis permiso?

—Me gustan las mujeres obedientes —contestó él. Empezaba a tartamudear de nuevo—. Por supuesto que tienes permiso para retirarte. Tal vez te mande a buscar mañana. —Gladys besó la mejilla arrugada, inclinó la cabeza hacia Agripina y se unió a Caradoc y a Eurgain que ya se dirigían hacia la puerta bajo la alta oscuridad de la cúpula. Caelte y los esclavos los seguían. Al moverse en el aire, Gladys descubrió que estaba empapada en sudor.

Salieron a la terraza que descendía para perderse en la noche y se quedaron un momento contemplando la ciudad mientras un esclavo iba a buscar a los anderos. Nadie habló. A pesar de que la noche era cálida, Gladys empezó a temblar. Eurgain se cruzó de brazos y mantuvo la vista en el suelo.

La gente iba y venía alrededor de ellos; de tanto en tanto los saludaban, pero ni siquiera Caelte era capaz de pronunciar una palabra. Los anderos llegaron, pero antes de que se sentaran, un mensajero salió de detrás.

—La emperatriz desea veros en sus aposentos —anunció a Caradoc—. Por favor, seguidme.

—Padre, ten cuidado —comenzó Gladys, pero él la besó y la acomodó en las andas.

—Id a casa —ordenó a Eurgain—. No tardaré mucho.

—Esta vez se trata de Gladys —murmuró ella—. No hay nada que esa mujer terrible no sepa. ¿Estás armado?

—Tengo mi cuchillo. No te preocupes. Si quisiera hacerme daño, no habría enviado a un mensajero.

Eurgain impartió una orden lacónica a los esclavos y Caradoc los observó alejarse y desaparecer de su vista, Caelte caminando junto a las andas de Eurgain. Se volvió y siguió al mensajero, que le guió de nuevo, a través de un jardín y junto a un estanque enorme y quieto en un atrio con columnas.

Subieron unas escaleras de mármol anchas en las que se alineaban soldados rígidos y antorchas que arrojaban una luz relumbrante, y luego se internaron en un laberinto de pasadizos fulgurantes. Caradoc tenía una noción vaga de dónde se encontraba. Subieron más escaleras silenciosas, alejadas del bullicio del salón comedor, y llegaron de repente a un balcón ancho e iluminado por la luz de la luna, con una puerta alta a la derecha. El mensajero llamó, inclinó la cabeza y desapareció. Agripina misma abrió la puerta, le hizo una seña impaciente para que entrara y se apresuró a cerrar la puerta a sus espaldas. Caradoc obedeció y caminó hasta el centro de la luminosa habitación. Ya no le impresionaban, como alguna vez lo habían hecho, el techo alto y pintado, el suelo de mosaicos rojos y blancos o los cortinajes suntuosos y tan pesados que se necesitaban dos hombres para acarrear uno solo de ellos. Las ventanas enmarcaban un cielo nocturno plagado de estrellas y dejaban pasar un soplo de viento, puro allí arriba, por encima del humo y los olores de la ciudad. Sus ojos examinaron

deprisa los rincones buscando un lugar en el que un hombre pudiera estar oculto. Agripina emitió una risa suave.

—¿Qué sacaría de ello? —inquirió—. Nada que me favoreciera. Además, lo lamentaría un poco si fuera necesario asesinaros, Caradoc. Me gusta miraros. Sois el único hombre honrado que hay en Roma y se nota en vuestro andar y en vuestro rostro. Aún os movéis con torpeza por palacio y por la ciudad, como un pez boquiabierto sobre tierra seca, diciendo y haciendo cosas que tiempo atrás habrían significado la muerte de un hombre más astuto. Pero supongo que la honradez y la franqueza os proveen de su propia protección.

Comenzó a quitarse las joyas de los brazos y luego del cabello

—Podéis relajaros, bárbaro. Ya no conspiro contra vuestra vida. Me enfurecisteis mucho al principio, lo sabéis, ¿no?

Caradoc se relajó y le sonrió.

—Sí, señora, lo sé.

—Estoy rodeada de ancianos, eunucos y pervertidos —prosiguió ella en tono práctico—. Cuando os negasteis a someteros a mi, me sentí afligida y sorprendida, puesto que ningún hombre que valore su vida me rechaza. Pero ahora debo admitir que si hubierais actuado de una forma diferente, me habríais desilusionado. Vuestra hermosa imagen se habría manchado. Tal vez me habríais decepcionado de otras maneras también, ya que, sin duda, un bárbaro honorable debe carecer de la imaginación necesaria. —Sonrió con ironía. Sus dedos estaban ocupados con las pinzas de su cabello y él sonrió de improviso, preguntándose si ella habría adivinado los verdaderos motivos que le habían impulsado a declinar la invitación a compartir su cama.

Durante los primeros meses en Roma, Caradoc había vivido presa de un temor constante, temor a la ciudad, al emperador, a la corriente subterránea de poder sin rumbo que cobijaba a todos aquellos con quienes se encontraba y les otorgaba una curiosa y falsa visión de sí mismos y del mundo.

No lograba comprenderlo. Agripina había insinuado que por su propio bien y la salud de su familia, debía acatar su capricho. Pero él, simplemente, no pudo. Había sido incapaz de hacerlo. Agripina era demasiado extraña, demasiado desconocida. Más tarde, cuando empezó a recuperarse de la tensión emocional de su captura y del viaje, se resistió a ella por otras razones, sabiendo de manera instintiva que la sumisión implicaría su muerte final.

Agripina se habría cansado de él enseguida y lo habría hecho a un lado. Y Caradoc sabía que muchos de sus amantes yacían enmohecidos en sus mausoleos.

Observó cómo se soltaba los rizos apretados y sujetos en la cabeza y los dejaba rebotar contra su cuello para enmarcar de un modo horrible la boca diminuta, arrugada, y la carne de las mejillas que alguna vez había sido firme y redonda pero que entonces colgaba hacia la nariz ancha y curiosamente indefinida. «Sus ojos están demasiado viejos —pensó—, viejos, cansados y llenos del conocimiento de la degradación humana. Y, sin embargo, es un año más joven que yo.»

—Es muy cierto que las tribulaciones y la pobreza pueden privar a un hombre de la... ah, imaginación —convino con humor—. Yo no os habría gustado nada, señora.

—Tal vez tengáis razón. —Arrojó un almohadón a una silla y se sentó reclinada y con los dedos todavía desarmando los bucles de cabello—. Pero no os llamé para discutir del pasado. Andáis a trompicones de aquí para allá, Caradoc, sin hacer daño. De hecho, sois del agrado de ciertos senadores y otras personas influyentes, supongo que porque sois de fiar. Pero esta vez, vuestra familia se está equivocando al involucrarse en una situación que no comprendéis. Seré sincera con vos, porque de lo contrario, no apreciaréis su importancia.

En un instante, Caradoc entendió muy bien lo que ella iba a decirle y visualizó todas las ramificaciones formando senderos secretos e invisibles en el palacio y en su propia casa. Impelido por un hábito largamente arraigado, se acuclilló ante la emperatriz, entrelazó los dedos con flojedad y se balanceó sobre las puntas de los pies. Ella continuó:

—He tolerado a vuestra hija en palacio porque ha proporcionado diversión al emperador y no ha pedido nada para sí. En resumen, es tan carente de ambición como el resto de vosotros. Pero no la quiero más aquí. Claudio está hablando de adoptarla, de cambiar su nombre por el de Claudia, de traerla a vivir a palacio. Mi hijo muge tras ella como una vaca enferma de amor. Si ella aceptara una aventura agradable y tranquila con él, entonces todo estaría bien y él pronto superaría esa extraña pasión. Pero conociéndoos a todos vosotros, sé que Gladys no aceptará. Nerón no deja ir nada hasta que él lo decide o hasta que se ha saciado y —añadió y sonrió con cinismo— podéis ver cómo nuestra armonía familiar sería destruida. Británico la usaría para recobrar los buenos favores de su padre y fomentar su propia ambición. Apenas tiene doce años pero eso no significa nada aquí, Caradoc. Mi hijo podría llegar al extremo de hacer el esfuerzo de divorciarse de Octavia, o peor. Con dos hijas, Claudio estaría desgarrado y vos mismo adquiriríais de pronto una posición nueva y peligrosa.

«Ciertamente peligrosa —pensó Caradoc—. Peligrosa para vos. Con Gladys en palacio, habría una súbita concentración de las lentas maquinaciones de todos y no podéis correr el riesgo de perder el control.»

—Es una joven muy dulce —prosiguió Agripina—. Pero sé lo que el favor y el poder repentinos pueden hacer a la dulce juventud. Si Gladys perdiera la cabeza, podría ocasionar grandes problemas. Si Claudio os aborda con planes de adopción, debéis negaros. Y no debéis permitir que Gladys le acompañe con tanta frecuencia. Me estoy cansando de espíarla.

Caradoc se incorporó.

—Entiendo perfectamente —dijo—. Pero me pregunto si vos también, señora. Tenéis miedo de mí y de mi familia, ¿verdad? Creéis que una vaharada de poder sería suficiente para que nos arrastráramos en busca de más. Pero todo lo que en realidad queremos es vivir en paz y en el anonimato, con nuestras heridas y nuestros recuerdos. ¿Alguna vez se os ha ocurrido que Gladys pueda querer de veras al emperador? Haremos un trato.

Agripina meneó la cabeza.

—Ah, no, bárbaro. No hago tratos con nadie.

—En esta ocasión, tendréis que hacerlo, emperatriz. Me negaré a la adopción y alejaré a Gladys del emperador, pero sólo si por vuestra parte mantenéis a vuestro hijo lo más lejos posible de ella. Gladys no quiere saber nada de él.

Agripina pensó un momento y se incorporó también.

—De acuerdo. Buscaré otra compañera de juegos para Nerón. Pero será mejor que cumpláis con vuestra parte, Caradoc. Y no os olvidéis de los griegos.

La miró con ojos entornados ante la amenaza y ella no se anduvo con rodeos.

—Claudio es muy aficionado a sus hombres libres. Poseen más influencia sobre él que ninguna otra persona. Detestan a Gladys y están celosos de ella. Unas pocas palabras de este asunto bastarían para asegurar que perdierais una hija con cierta premura.

—¿Puedo irme? —preguntó él con rigidez y reprimiendo la ira.

Ella lo despachó con un chasquido de su muñeca.

—Podéis retiraros. Llevad a vuestra familia a la residencia veraniega de Aulo Plautio este verano. El aire de la campiña os hará bien a todos.

Caradoc cerró la puerta con suavidad y atravesó el pasillo fresco y oscuro. El esclavo que le había guiado hasta allí corrió detrás de él. Sabía que debía estar agradecido a Agripina por la oportunidad de liberarse a sí mismo y a Gladys de un embrollo, pero sólo podía ver su cuchillo clavado en la espalda de la emperatriz. Siguió al esclavo a ciegas. Qué difícil era permanecer vivo en ésta, la ciudad más civilizada del mundo. Salió a la terraza y se volvió de inmediato hacia los escalones que bajaban zigzagueando a través de los jardines imperiales y que le conducirían a su propia casa al otro lado de la Clivo Victoriae en la cresta de la colina del Palatino. La oscuridad ocultaba la vista sobre el foro y el río con sus gráciles puentes, pero no le importaba. Odiaba todo eso.

Llyn y su hermana Eurgain dejaron la casa con Cloe, la esclava griega de Eurgain, y se deslizaron en silencio a lo largo de la calle, confundiéndose fácilmente con el gentío vespertino. El sol se había puesto, pero la oscuridad no había descendido aún. Al llegar al pie de la colina del Palatino, empezaron a cruzar el laberinto de mármol del foro. Doblaron en ángulo hacia el sur y el oeste en dirección al río y debieron forcejear con los holgazanes que se congregaban para chismorrear antes de regresar a cenar a sus hogares.

Caminaban en hilera, sin hablar. Eurgain iba delante y Cloe detrás pero, cuando el foro quedó a sus espaldas, las calles se angostaron y las tiendas y casas de departamentos se apiñaron, Llyn tomó la delantera y Eurgain le siguió, siempre atenta a cada transeúnte. La luz se extinguió, pero no se detuvieron a encender sus antorchas. Avanzaban entre las sombras con paso uniforme y certero. Los hombres y mujeres que todavía se cruzaban con ellos eran encargados de tiendas y comerciantes, interesados únicamente en alcanzar sus propias mesas y el solaz de sus familias, y el joven trío no fue

molestado ni abordado. La noche era demasiado joven. Por fin, Llyn se detuvo. Estaban en una esquina. A la izquierda, la calle serpenteaba y volvía al barrio atestado en que vivían y trabajaban los ciudadanos más pobres, pero a la derecha se estrechaba y se zambullía de improviso en la oscuridad y en el murmullo del río y las tabernas.

Eurgain se echó atrás la capucha y se acercó a su hermano.

—Bien —dijo—. Te veré mañana, Llyn, a menos que encuentren tu cuerpo en el Tíber. No pierdas demasiado dinero.

—¿Por qué habría de importarme? —respondió con ligereza—. No es mi dinero y, de todos modos, hay mucho más donde lo consigo. Tú guarda mi secreto, Eurgain, y yo guardaré el tuyo.

—¿Vendrás conmigo?

—No, gracias. Quizá quede algo por lo cual vivir, quién sabe, y todavía no estoy listo para ser atado a una cruz o desgarrado en pedazos por leones acicateados. Dime, ¿es verdad que esas personas pasan a los bebés por harina, los matan y luego se los comen?

Eurgain esbozó una sonrisa breve.

—No, Llyn, no es verdad. Jamás matarían a nadie.

—En cualquier caso, deberían pensárselo mejor antes de conspirar contra el emperador. Eres una tonta al asociarte con ellos.

—Tampoco hacen eso. Su Dios les ha dicho que deben obedecer a la autoridad superior.

—Qué aburrido. Perderás el interés por ellos muy pronto, Eurgain.

—No puedo saberlo, Llyn. —Le besó—. Creo que han descubierto la verdad inmutable que los druidas han buscado durante siglos y siglos. Y, si es así, entonces ninguna otra cosa en el mundo puede importarme mas.

—Te pareces a nuestra madre —gruñó de buen humor—. Cuidala, Cloe. —Agitó una mano y se volvió, dejándolas para que tomaran su camino.

—¡Puedo cuidarme sola! —gritó Eurgain, y el eco de su voz le siguió en la oscuridad.

Llyn corrió por la calle sinuosa, se adentró en un callejón y salió a un lugar donde el olor sofocante y estancado de desechos putrefactos llenó su nariz, mezclado con el del barro húmedo del río. Por un instante, pensó en ir a los depósitos y al muelle, situarse en el puente y contemplar el tranquilo fluir del Tíber. Pero descartó la idea enseguida y se decidió por la taberna bien iluminada y por sus compañeros de juego. Los mercaderes empleaban guardias que patrullaban la orilla del río y los depósitos con sus cargas apiladas. En una ocasión, se había salvado del arresto sólo porque se había tendido en el vano de una puerta fingiendo ser un borracho dormido. Ya no necesitaba correr ese riesgo Apresuró el paso, pensando en su padre, en su madre y en Gladys, reclinada sobre la mesa del emperador. Sin duda, Gladys estaba provocando a los griegos. Disminuyó la marcha. «Yo no —pensó—. Y lo que es más, tener que evitar el ojo de Nerón. Gladys es más valiente que yo.» Más adelante, la luz amarilla de la taberna salía por la puerta abierta y la risa ronca y deplorable de su amigo Valog, el gladiador galo, flotaba hacia el cielo cálido y nublado. Llyn se quitó la capa, echó

una mirada a la noche y entró. Una docena de voces le saludaron mientras se abría paso junto a las largas mesas de madera hacia el fondo de la diminuta habitación. Un grupo de hombres estaba sentado alreqledor de otra mesa, con cervezas ante ellos. Le hicieron sitio y el muchacho dobló su capa y se desenganchó el monedero del cinto.

—Llegas muy tarde, Lino —se quejó Valog—. Pensábamos que como anoche te habla ido tan bien no regresarías hasta dentro de por lo menos una semana.

—¿Qué estás haciendo aquí, Valog? —replicó Llyn con alegría—. Creí que peleabas mañana. Le contaré a Plautio por qué pierde tantos gladiadores. Debería encerraros a todos.

—Canceló mi pelea —explicó el galo con malhumor—. Tiene que visitar su granja.

—Bueno, si te conociera tan bien como yo, jamás te daría libertad para vagar por la ciudad. Un día descubrirá su mercancía dañada.

—¿Por ti? —sonrió Valog—. Pequeño conejo descarado.

—Cuidado, Valog. Podría hacerle una oferta por ti. ¿Te gustaría pelear para mí?

—¿Vamos a jugar o no? —protestó el hombre junto al codo de Llyn.

Llyn se volvió hacia él.

—¿No estás de guardia esta noche, Publio?

—No. Tengo doble guardia mañana. La vida de un soldado no es fácil, Lino —Le empujó una cerveza a través de la mesa y Llyn bebió, vació su monedero y miró a su alrededor con aire expectante. Los dados aparecieron y los hombres se dispusieron a apostar, indiferentes al ruido que les rodeaba—. ¿Me acompañarás a casa de Sabella más tarde? —preguntó Publio. Llyn meneó la cabeza.

—No volveré allí. Sabella vendió a Acte, no sé a quién, y el resto de las chicas están enfermas.

—No es cierto.

—No me refiero a sus cuerpos flacuchos —replicó el joven catuvelauno. Recogió los dados y Publio puso los ojos en blanco hacia Valog y depositó sus monedas en la mesa.

El anochecer se prolongó y se convirtió en una noche fresca. Las monedas pasaron de mano en mano. Llyn estaba de suerte y varios de sus amigos se levantaron y se marcharon, pero él, Valog y Publio continuaron jugando hasta que Llyn sacó su monedero para empezar a juntar sus ganancias.

—Seguid vosotros —dijo—. Me quedaré sentado y observaré. —Los dados se batieron en el vaso de cuero, pero Llyn pidió más cerveza y permaneció mudo y con el mentón apoyado en la mano. Estaba bebiendo demasiado y lo sabía. La cerveza de Albion era oscura y espesa y se deslizaba al cerebro con una lentitud dulce. Pero la cerveza romana era ligera y engañosa.

«Ataca de repente como una víbora, como un asesino romano —penso—, como un emperador romano. Pero al menos borra los pensamientos mejor que ninguna bebida catuvelauna.» Vació el vaso de un trago. Valog parecía distraído y se movía inquieto en la silla mientras Publio le sonreía con avidez. Se habían olvidado de él. Publio despojó a Valog del resto de su dinero; sin embargo, no se levantaron sino que intercambiaron historias durante otra hora.

Llyn bebió sin parar y adrede, hasta que vio la habitación flotando en un resplandor débil y borroso. Los clientes parecieron encogerse y las voces del gladiador y el legionario cantaban con una melancolía intermitente, daban la impresión de rodearle, absurdas e insultantes. Sus risas resonaban en su cabeza y sus movimientos se volvían perpetuos y lentos como el paso del sol. Bebió para embotarse. «Una más —pensaba, ensimismado—. Sólo una más. Pero ni dormido puedo escapar.»

—En realidad no me agradas, Publio —declaró sin apenas poder pronunciar las palabras. Apoyó con cuidado los brazos sobre la mesa. La lengua se le atascaba—. He matado a demasiados como tú para que alguna vez puedas agradarme. No me gustas nada.

Publio se volvió hacia él con aire casual y sonrió a Valog.

—Está borracho otra vez. ¿Es tu turno o el mío?

—El tuyo —repuso el galo con acritud—. No subiré de nuevo la colina.

—Bueno, contigo al menos anduvo. Esta noche no tendré tanta suerte. Tal vez debamos dejarle aquí.

—¿Para que le roben el dinero y le partan la cabeza? No.

—Al final ocurrirá igual.

Valog observó fascinado la cabeza de Llyn que resbaló para descansar entre sus codos.

—No comprendes a los bárbaros, Publio. Un día dejará de emborracharse con cerveza y de compadecerse. Y al día siguiente le veremos sentado en la Curia con los senadores. Un día, cuando tenga ganas, dejaré de pelear para Plautio y me dedicaré a cantar. No importa, ¿entiendes? Todo da igual.

—Dará igual para ti, pero yo debo acarrear a este tonto a través del foro. Podrían arrestarme por eso.

—No existen los tontos —masculló Llyn y abrió los ojos—. Sólo existen los que no entienden.

—¿Puedes caminar, Lino? —inquirió Valog en voz alta.

Llyn alzó la cabeza de la mesa y parpadeó despacio.

—Los que no pueden caminar deben arrastrarse y los que no pueden arrastrarse deben morir para poder huir —contestó.

Publio lanzó una exclamación de fastidio, se puso de pie y levantó al muchacho.

—Siempre dice tantas tonterías cuando está borracho —se quejó—. Pero es simpático. Ayúdame, Valog. ¿Has pagado la cerveza?

—¿Con qué? Me has dejado limpio.

Valog metió la mano en el monedero de Llyn y extrajo tres monedas.

—No le importará, Publio. Podrá recuperarlo la próxima vez.

Pusieron el dinero sobre la mesa y juntos sacaron a Llyn a la calle. Publio maldijo. Lloviznaba, pero Llyn se apoyó contra la pared de piedra de la taberna y sonrió a la noche con expresión vaga.

—Te acompañaré hasta la calle de los vendedores de especias —se ofreció Valog—. Vamos, Lino. Y mantén la boca cerrada. Nada de las máximas de los druidas esta noche. —Le rodearon con

los brazos y echaron a andar por la calle apenas iluminada por la luz pálida de las ventanas de aquellos que todavía no estaban en la cama.

La lluvia fresca le reanimó un poco; Llyn alzó el rostro hacia ella y dejó que sus pies fueran a donde eran guiados. Esa parte diminuta e intacta de él no cesaba de susurrarle sobre los bosques de robles y la luz intensa de los fuegos. «El sendero torcido parece derecho para quienes lo transitan», decía con monotonía la voz de Bran. La cabeza de Llyn daba vueltas. «La muerte es una ilusión. La verdad es una ilusión. La realidad.., la realidad es lo que uno desea que sea. Y la libertad...» Empezó a reír, en voz baja primero, pero después más fuerte, incapaz de contenerse.

Cuando llegaron a la esquina donde se había separado de Eurgain y Cloe, Valog les deseó las buenas noches y se alejó deprisa. Publio tomó el brazo de Llyn y se lo pasó por el cuello.

—No sé por qué hago esto por ti —musitó, sabiendo la respuesta a su propia pregunta.

LLyn se tambaleó junto a él, tarareando en voz baja.

—¡Si cantas te soltaré y saldré corriendo! —siseó el legionario. Pero Llyn no cantaba. Continuó tarareando y uno o dos ciudadanos les lanzaron miradas preocupadas. Llegaron al extremo del foro y después de bordearlo a salvo, Publio se marchó sin decir una palabra. Dejó a Llyn de pie, meciéndose y aún canturreando con suavidad. Sobre él, las laderas de la colina del Palatino ostentaban el suntuoso despliegue de hogares patricios cuyas luces débiles destellaban con el viento que agitaba los árboles de los jardines. Comenzó a subir la cuesta larga y lenta hacia la casa de su padre, siguiendo la línea curva del muro de piedra y el callejón. Pero a mitad de camino supo que no podía proseguir y se tendió de cara al cielo. La lluvia se había intensificado. Repiqueteaba sobre él inquisitivamente y la escuchó golpear las hojas de un árbol oculto.

«¿Cuántas veces —pensó— he yacido bajo los robles esforzándome por encima de este sonido para detectar el ruido de soldados extraños? ¿Cuántas veces he visto la sangre diluirse con la lluvia de Albion y teñir de escarlata sus helechos y flores? Albion. —Pronunció la palabra despacio para sus adentros—. Existes en alguna parte, en un sitio de verdor y silencio, pero me cuesta creer que el mundo no esté hecho de piedra implacable y bullicio incesante. Tal vez Albion sea una mera historia bonita.» Estiro los brazos y sintió la túnica pesada por el agua. La tela se le adhería a la piel, pero era una sensación agradable, limpia. «Gladys está olvidando», pensó.

El temor lo hizo arrodillarse con torpeza y se puso de pie para seguir andando a tientas en la oscuridad. Por fin, llegó a la puerta y a la caseta del guardián de la residencia de su padre. No tenía fuerzas para trepar la pared, pero el guardián le oyó deslizarse contra la puerta de hierro y salió. Le saludó y le abrió sin enarcar una ceja. Llyn cruzó la puerta y la oyó cerrarse a sus espaldas. Había hierba bajo sus pies y ramas de árboles sobre su cabeza. El pórtico elegante de su padre se alzaba majestuosamente más allá: columnas grises como los troncos de sauces muertos, y, más que ver, percibió a los soldados montando guardia bajo sus sombras. Hizo una reverencia profunda a la casa, la saludó con un gesto burlón y la rodeó, todavía bajo los árboles, hasta llegar a la ancha terraza y el jardín salpicado de parterres de rosas y animado por la música monótona de las fuentes. Cruzó el

jardín hasta la pared baja donde era posible apoyarse en un día claro y contemplar toda la ciudad debajo. «Nos recompensas con el insulto de tu perdón —pensó—. Contestas a nuestros gritos desesperados con el veneno sedante de las riquezas y nos mantienes en el suelo mientras lo comemos. Emrys, Madoc, ¿nos habéis perdonado por seguir con vida? Tomé mi primera cabeza cuando era apenas un niño. Qué extraño que recuerde eso. La llevé al agua y miré cómo se hundía. Madoc se reía. Algo en mí murió ese día y Madoc se reía. Madoc. Emrys.» Repitió los nombres en voz alta como un hechizo, aferrado a la piedra mojada y con los ojos cerrados. Todos los nombres que pudo recordar, de los que habían luchado a su lado, los muertos, los que habían dado todo para que él pudiera estar de pie en un jardín romano, con una casa de una magnificencia inimaginable detrás de él y penosamente ebrio de cerveza romana. Elevó la voz y los nombres fluyeron con más rapidez. Luego trepó a la pared y comenzó a gritar.

Caradoc despertó de pronto. Creía oir que Togodumno le llamaba. Había vuelto de palacio demasiado alterado para irse a la cama y había dormitado en una silla junto al estanque del atrio amplio, arrullado por el repiqueteo de la lluvia sobre el agua. Se sentó derecho, todavía semidormido, y allí estaba de nuevo, la voz aguda de su hermano que le llamaba por encima del ruido de la lluvia que bajaba por las canaletas de los techos y azotaba el pavimento de la terraza. Gruñó, se levantó y se volvió para irse a la cama.

Entonces la voz sonó otra vez..., la voz desafiante y autoritaria de Tog, pero el nombre que oyó fue el de Cinnamo. Durante un largo segundo, el espanto hormigueó en sus dedos y erizó su cuero cabelludo. Tog estaba muerto.

Tog había estado muerto desde hacía tiempo y nadie sabía en qué cuerpo moraba su alma. Despertó por completo, atravesó casi corriendo las baldosas amarillas y la columnata, salió al jardín del peristilo, mojado por la lluvia, y se encaminó por el sendero. Bajó deprisa los escalones de la terraza, resbaladizos y negros por el agua, cruzó el jardín que chapoteó bajo sus pies y se detuvo con brusquedad. Tog estaba de pie sobre la pared, una sombra ágil y oscura contra el cielo negro. El cabello caía en su espalda, tenía los brazos desplegados y los nombres brotaban de su boca. Luego fue el de Mocuxsoma, un muerto llamando a los muertos, una convocatoria a ese jardín extraño, un juicio. Caradoc observaba con estupor. El corazón le palpitaba agitado contra las costillas. Luego, la figura se balanceó, recobró el equilibrio y Caradoc suspiró. «El temor ha sido excesivo esta noche —pensó mientras caminaba hacia delante—. Primero Agripina y ahora Llyn.» La cólera le embargó. Se acercó a la pared.

—Llyn. Bájate. Y deja de gritar.

Llyn le miró con los ojos entornados.

—Tú no estás muerto —farfulló y se volvió hacia la ciudad—. ¡Roma! —gritó—. ¡Asesinos!

Caradoc extendió una mano, tomó el brazo que se agitaba y tiró de su hijo con rudeza. Llyn cayó en una confusión de piernas desnudas y mojadas, y en una túnica empapada y ruidosa. Caradoc se agachó y le sacudió con violencia en tanto le ponía de pie.

—Estás borracho de nuevo —dijo con vehemencia—. Me enferma verte así, Llyn. ¿Dónde está tu honor? ¿Tu orgullo?

—¿Dónde está el vuestro, rey? —se mofó el joven. Se mecía de un lado a otro con el rostro pálido y contraído—. Deberías habernos matado a todos y luego haberte quitado la vida cuando viste por primera vez esta prisión de mármol y damasco. ¡Están muertos! ¡Muertos! Creían en ti y ahora están muertos para que tú puedas vivir aquí y engordar con las dádivas de Claudio. Tenías un precio. Las tribus no lo sabían, ¿verdad? ¿Cin lo sabía? Roma lo pagó. Roma te ha seducido.

Caradoc oyó un movimiento excitado detrás. Eran los criados que se acercaban deprisa, algunos con cuchillos, y su esposa corría hacia ellos descalza, con el pelo blanco y rubio suelto y apretando la bata contra su pecho.

No se volvió. Se quedó mirando el cabello como cuerdas y oscurecido por la lluvia, los ojos castaños vidriosos y la boca floja y tétrica. Entonces cerró un puño y lo hundió en la mandíbula de su hijo. Eurgain chilló y los que observaban oyeron el crujido de los nudillos al chocar contra el rostro. Llyn se desplomó de espaldas sobre la hierba. Caradoc se inclinó, lo tomó de la túnica, lo levantó y lo arrastró hasta la fuente más cercana. Allí, con un movimiento rápido, le pateó los pies y lo empujó. El muchacho cayó al agua fría y transparente. Emergió farfullando y sus manos tentaron en busca del borde de piedra verde y blanca. Cuando lo encontraron, Caradoc se acuclilló frente a él, tiró de un manojo de cabello mojado y lo retorció hasta que Llyn gritó de dolor.

—No pelearon por mí —susurró con voz trémula de ira—. No murieron por mí. —Extendió un brazo y señaló sobre la pared donde la ciudad invisible yacía esperando el amanecer. El dedo estirado estaba rígido. Volvió con un movimiento brusco la cabeza de Llyn—. ¡Está allí! —gritó—. ¡No se irá por más cerveza que tomes! ¡Ha quebrantado a hombres mejores que tú y que yo, y los seguirá quebrantando mucho después de que tú y yo hayamos muerto! Se deleita viendo cómo te destruyes. —El brazo duro empezó a temblar con la intensidad de la furia—. Si deseas matarte, entonces hazlo como un guerrero, con una espada, no como un campesino cobarde, con una botella. ¡Crece, Llyn! —De repente, un recuerdo vino a su mente. Cunobelin estaba de pie sobre Togodumno y se frotaba los nudillos. Tog yacía atontado por el golpe pero, antes de que pudiera oír las palabras de su padre, éste se incorporó y forzó al recuerdo a volver al pasado—. Lleváoslo de aquí y ponedlo en la cama —ordenó a sus criados y regresó con rapidez al interior de la casa, con Eurgain caminando a su lado. Una vez bajo el resguardo de la columnata, se relajó y se volvió hacia ella con tristeza—. Llyn tiene razón —admitió—. Debería haberos matado a todos como habrían hecho mis antepasados. Así habría despertado la conciencia de esta ciudad.

—Roma no tiene conciencia —repuso Eurgain—. Roma se habría sorprendido, luego habría reído y no habría entendido. No te reproches por la infelicidad de Llyn. Todos hemos tenido que aprender a sobrevivir.

—Gladys es la única que ha aprendido —afirmó él con amargura—. Y, al escucharla, a veces me pregunto qué profundamente ha permitido que se arraigue en ella la lección. Nunca la oí expresar

tanta pasión como anoche cuando le pidió a Caelte que cantara. Todos jugamos juegos, Eurgain, como todos en la ciudad. ¿Debo culpar a Llyn por ser él mismo?

—¿Hablarás con Gladys por la mañana?

—No lo sé. No puedo pensar. Ve a la cama, Eurgain.

Ella se marchó sin decir una palabra y él se sentó en el suelo, con la espalda apoyada contra una columna. Escuchó cómo sus criados lograban llevar a Llyn, mareado y furioso, hacia las escaleras.

«Me niego a sentir compasión por él o por mí mismo —pensó con determinación—. Debe aprender a no dejarse vencer por los golpes del destino. Tiene que aprender a luchar.»

Por la mañana, contó a Eurgain y a sus hijas la conversación con la emperatriz. Estaban reclinados a la mesa en el triclinio, comiendo pan y frutas.

El sol de la mañana parpadeaba con tibieza sobre los platos de plata de Eurgain y una brisa húmeda, llena de novedad y vigor, agitaba los cortinajes junto a las ventanas. El triclinio de Llyn estaba vacío. Rara vez se levantaba para compartir la primera comida del día con la familia. Oyeron a los guardias matinales mientras despedían a los centinelas nocturnos y sintieron el paso del carro del jardinero, lleno de plantas de primavera. Terminaron en silencio la sencilla comida y Caradoc despachó a los criados y se sentó derecho. Les relató en pocas palabras lo dicho por Agripina.

—Gladys —preguntó a su hija, cuyo rostro había comenzado a ruborizarse de furia—, ¿sabías lo que el emperador planea para ti?

—No. Sólo he oído rumores, pero él no me ha comentado nada. ¡Ah, pobre anciano! Agripina se sienta como una gata agazapada esperando a que él muera para poder saltar a ocupar su lugar con Nerón en sus fauces. ¡Y esos malditos griegos aduladores le sacan cualquier cosa! Bien, no dejaré de visitarle. Me necesita.

—No es un pobre anciano —dijo suavemente su madre—. Si lo fuera, no sería emperador de Roma, Gladys. Pienso que debes verle como lo que es, no como tú deseas verle. Está envejeciendo, es evidente, y está plagado de dolencias, pero su mente es tan sutil y profunda como la de Agripina. Te compadeces de él, pero también deberías temerle.

—Lo he intentado, pero no puedo. Es bueno conmigo, y amable, y hablamos de muchas cosas. Yo le reconforto.

Caradoc y Eurgain intercambiaron miradas. Luego Caradoc manifestó:

—Gladys, aunque tal vez no lo sepas, Claudio no puede protegerte de la emperatriz. Podría intentarlo. Podría rodearte de soldados, designar catadores para tu comida, mujeres para que duerman contigo de noche y te acompañen de día, pero tarde o temprano, Agripina te matará. Es así de simple. Creo que ella tiene razón cuando dice que somos torpes. No tenemos nada que hacer en palacio. Somos como ovejas que pueden ser descarriadas y sacrificadas.

La joven Eurgain clavó una mirada severa en su padre, pero Gladys había empezado a contestarle y volvió la vista al plato.

—Me negaré a una adopción si me lo pide —se avino Gladys—. Le quiero, pero yo sólo tengo un padre. ¿Pero cómo puedo negarme a ir a palacio cuando me llama? Se sentirá dolido. Su simpatía se convertirá en cólera.

—No si él también te quiere de verdad —señaló su madre—. Dile que necesitas más tiempo para tus estudios. Dile que tu tutor se está cansando de llenar su tiempo chismorreando con el mayordomo.

Ninguno de ellos consideraba la posibilidad de revelar la verdad a Claudio. Todos creían que el emperador era consciente de las ambiciones que se alimentaban secretamente en los corazones de los miembros de su familia y que no sería conveniente expresarlas en voz alta.

—Te extrañará —acotó la joven Eurgain con suavidad—. Él buscó en ti la franqueza de la tía Gladys y la encontró. Octavia es honrada, pero tímida. No le dará mucho afecto por temor a la emperatriz. Agripina no quiere que nadie se acerque lo bastante a Claudio como para desviar su cariño de Nerón.

—Y no os olvidéis de los griegos. —Era la voz de Llyn. Se volvieron para saludarle y el muchacho entró en la estancia, pálido y con una sonrisa torcida—. Os he estado escuchando al otro lado de la puerta para mantener lejos los oídos de los criados. Sois muy descuidados.

—¡Mirad quién habla! —exclamó Gladys—. Sé lo que ocurrió anoche. La ciudad entera se vio expuesta a tus insultos.

Llyn se desplomó en su triclinio. Caradoc le acercó el pan pero él meneó la cabeza.

—Creo que todos deberíais insistir en que Gladys sea adoptada por Claudio —declaró—. Se mudaría a palacio y dentro de poco se casaría con el dulce y pequeño Británico, ese dechado de virtudes romanas. Yo cortejaría a Octavia y juntos nos libraríamos de Nerón. Tardé o temprano, probablemente temprano, Claudio morirá. ¿En qué posición nos dejaría así tras su muerte?

La joven Eurgain sonrió.

—Nos dejaría con el control del Imperio Romano.

—Exacto. —Llyn recogió un racimo de uvas, las olió y las devolvió—. Sin Nerón, Agripina no será nada. ¡Qué idea más delirante! ¡La Casa Catuvelauna, reyes de Roma!

—¿Qué harías? —inquirió Caradoc, divertido, pero la luz alegre y burlona en sus ojos se extinguió enseguida.

—Retiraría las legiones de Albion y de la Galia, prendería fuego a esta ciudad y me iría a casa.

Reinó el silencio. Luego Eurgain habló.

—Llyn no se equivoca acerca de los griegos. Tú los ves como meros parásitos amantes de las fiestas, Gladys, pero la mayoría de ellos son hombres poderosos y capaces que poseen bastante peso en el gobierno. Claudio confía en ellos y, a menudo, con acierto. Te odian, puesto que no cesan de sondear el futuro. Ven lo que ve Llyn. Aun cuando Agripina suavizara su actitud hacia ti, ellos no lo harían.

Gladys arrojó su servilleta a la mesa y se puso de pie.

—Es verdad —afirmó en voz alta—. A veces siento un pánico mortal ante esa ciudad dentro de una ciudad en lo alto de la colina. Trataré de explicar a Claudio por qué no podré seguir visitándole.

—Házselo saber hoy, Gladys —le advirtió Caradoc. Ella asintió con los labios apretados y se marchó.

Llyn bostezó.

—Supongo que deseas que te diga que me he enmendado —dijo a su padre—. Pero sólo puedo decirte que quizá considere las palabras que intentaste hacerme entender con tu puño. ¿Eres consciente de que tenías mi edad, rey, cuando yo nací?

—Si, Llyn —contestó Caradoc con suavidad— Soy consciente. Pero esa era mi vida. Tú debes vivir la tuya.

—¡Perogrulladas! —resopló. Las dos mujeres se levantaron.

—Tendrás tiempo suficiente para pensar, Llyn — intervino su madre—. Pasaremos el verano en la finca de Silvano.

—Oh —dijo Llyn—. ¿Con o sin el permiso del ermperador? —Se incorporó y se abrió paso entre ellos. Se quedaron escuchando el eco de sus pisadas furiosas que resonaron en las columnas del atrio.

Claudio permaneció inmóvil y la observó acercarse a él bajo los árboles con ese paso largo y saludable de una niña de la campiña que los pliegues gráciles de la túnica roja no lograban disimular. Había cambiado desde la primera vez que se habían visto, pensó, pero no seguiría haciéndolo. Lo sabía. El corazón de ella era todavía tan firme e inocente como entonces, aunque había sido empañado por el miedo y la admiración temerosa. Ese corazón era lo que le atraía, lo que despertaba en él al joven muchacho que quince años antes había sido tímido e ingenuo, un amante de los libros, un soñador. Había creído que la juventud estaba muerta, pero entonces había llegado Gladys con sus sonrisas francas y algo en él había nacido por ella. Le habían dicho que las mujeres bárbaras eran todas asesinas, que las manos de Gladys estaban teñidas de sangre pero, por una vez, no lo había creído. De la madre, por supuesto y de la hermana mayor quizá, pero no de Gladys. Había sido entrenada para matar, según la costumbre salvaje de su pueblo, pero, en cierta forma, Claudio sabía que su espada se había conservado limpia. Él mismo tenía las manos manchadas de sangre, mucha sangre, y no le afligía más que saber que los dedos de su esposa también estaban rojos. Pero el niño joven, inseguro y carente de amor que había crecido para convertirse en el hombre más poderoso del mundo extendía a esa niña dulce una mano tan ansiosa y pura como ella misma.

Gladys respondió a la sonrisa de bienvenida con otra sonrisa ancha. Al llegar a él, le besó.

—Emperador —dijo—. Me puse las esmeraldas de nuevo, es que me gustan tanto... ¡Qué bien huelen los jardines esta mañana después de la lluvia! No aguanto el calor del verano. —Lo tomó del brazo y echaron a andar por el sendero. La comitiva de Claudio iba delante y detrás de ellos.

—No tengo más que una hora, pequeña —explicó—. ¿Pero te quedarás y cenarás conmigo esta noche? Gladys, quiero que me acompañes a Capri este año cuando Roma se ponga demasiado

calurosa y ya no se pueda soportar. Si quieres, puedes traer a tu familia. —Gladys no lo soltó, pero él sintió que la presión en su brazo se intensificaba.

—No puedo —respondió. Claudio detectó pesar en la voz, mezclado con algo más. ¿Temor?—. Mi tío nos ha invitado a su casa de verano. Mi padre pronto requerirá vuestro permiso para ir.

—Bueno, pues se lo negaré. Podéis venir todos a Capri este año. El aire del mar te sentará bien. —Su tartamudeo se había vuelto más pronunciado y se detuvo para limpiarse la boca. Gladys le soltó el brazo. Estaba enfadado y sabía que debía tratar de calmarle antes de que la irritación incipiente se transformara en furia, aunque lo que tenía que decirle sólo le fastidiaría más. Tragó; tenía la garganta seca.

—Por favor, no hagáis eso, emperador. Si no nos dais permiso para ir a casa de Plautio, nos quedaremos en la ciudad, pero no puedo ir con vos. —El pesar seguía allí, pero algo más afilaba sus palabras y se escurría por su rostro. Era temor, en ese momento lo supo. Habían llegado a un banco de piedra que daba a una avenida de estatuas blancas y desnudas flanqueadas por frutales. Claudio se sentó y le indicó que tomara asiento a su lado.

—¿Por qué no? —casi gritó y la bañó con saliva. Gladys palideció, pero las manos sobre su regazo rojo no se movieron.

—Porque estoy retrasada en mis estudios y mi tutor está molesto —respondió con serenidad—. Mi padre quiere que dedique más tiempo a mis obligaciones.

—¡No tienes esposo, por lo tanto, tus obligaciones son pocas! —exclamó—. Y en cuanto a tus estudios, dile a tu tutor que te acompañe. No me negarás nada, Gladys.

Ella le miró un largo rato. Las excusas pasaban a toda velocidad por su mente, mentiras plausibles, pero las descartó todas.

—Es muy dificil tener dos padres —dijo con una sonrisa—. Parece que no puedo complacer a ambos a la vez, pero tengo una idea. Venid con nosotros a la finca de Silvano, emperador, vos solo, y entonces no necesitaré negaros nada a ninguno de los dos. Pasaremos un verano maravilloso. Podré leeros y caminaremos juntos por las colinas. Caelte os enseñará mi lengua y cantará para vos.

La comitiva de Claudio estalló en carcajadas, pero el emperador no las compartió. Fijó una intensa mirada en Gladys y ella la sostuvo con una sonrisa y un nudo de terror en el pecho. Luego él se reclinó, parpadeó a causa del sol y una mueca diminuta apareció en su boca y desapareció.

—Gladys. No tengo duda de que tus oídos han recogido ciertos rumores, que tú y tu familia los habéis discutido con seriedad y que tu padre te ha ordenado que me digas que no podrás continuar visitándome. Quiero la verdad. Sin evasivas. A cambio, te confesaré mis pensamientos.

El nudo se ciñó más. Gladys no podía respirar. El emperador advirtió su angustia pero no intentó ayudarla. Los hombres de la comitiva susurraron entre ellos. Entonces Gladys apeló a su orgullo catuvelauno y le cogió la mano.

—Es una cuestión de supervivencia, emperador —explicó—. Si me adoptáis como vuestra hija, no viviré mucho tiempo. Debéis saberlo. ¿Sois tan egoísta? Que no haya obligaciones entre nosotros,

no nos debamos nada el uno al otro, para que yo pueda seguir viviendo.

El silencio fue absoluto. La mano de Claudio cubrió la de ella con una ternura inusitada, pero ya no la miraba. Tenía los ojos clavados en la pérgola que había al final de la avenida, un destello de piedra blanca. De pronto, estornudó, retiró su mano y se puso de pie. Pasmada, Gladys le oyó cambiar de tema y el dolor en su pecho se tomó tan intenso que deseó huir y echarse boca abajo en la hierba.

—Tengo ganas de arrancar estos jardines —comentó él—, clavar pilotes en la colina y extender todo hasta el borde. El paisaje mejoraría, ¿no crees? —Lentamente, todos caminaron detrás de él. Hizo caso omiso de Gladys hasta que hubieron cubierto la extensión total de la avenida. Entonces se volvió hacia ella y la apartó de los demás—. Ve a casa —le sugirió con brusquedad—. Pero espero verte de nuevo aquí esta noche. Y todavía no me he decidido con respecto al verano.

—Emperador —respondió, a punto de llorar—. Si no deseabais la verdad, no deberíais haberla pedido. No era necesario hacerlo, puesto que ya la sabíais. Sois omnipotente, pero no omnipresente.

—Algunos hombres murieron por menos. Lo sabes, ¿no?

—Lo siento. Concededme permiso para retirarme, Claudio.

—Vete.

Se alejó a ciegas, salió de la sombra de los árboles al sol que se reflejaba con una luz jubilosa en las losas de la terraza y sus anderos se aproximaron a ella. Pero antes de que los alcanzara, Británico salió corriendo de la penumbra del vestíbulo con sus perros brincando a su lado.

—¡Gladys! ¿Ya vuelves a casa? Iré al mercado a observar las subastas de esclavos. Acompáñame. Después podemos ir al circo.

—No. —No le miró siquiera. Se subió a las andas y cerró las cortinas, pero éstas se abrieron al instante y Británico introdujo su rostro vivaz entre ellas.

—Bueno, al menos dame un beso.

La muchacha se volvió hacia él con frialdad.

—Alguien debería darte una paliza, Británico.

El niño se ruborizó.

—¡Advenediza! —gritó, y Gladys le empujó. Se reclinó con los ojos apretados y sus esclavos la levantaron y se encaminaron hacia los escalones.

«Sálvame —pensó, aterrada—. Estoy en aguas profundas, cabeza abajo, y me sostendrán así hasta que me ahogue.» Las andas eran sofocantes y calurosas, pero no descorrió las cortinas. Cuando fue depositada suavemente ante las puertas de su casa, a duras penas pudo reunir fuerzas para bajarse y caminar entre las columnas, un túnel de corrientes de aire heladas, y al peristilo soleado que se abría más allá.

Llyn estaba tendido boca arriba, con los dedos enlazados detrás de la cabeza y los ojos clavados en las nubes hinchadas que navegaban despacio en lo alto. La oyó venir y se sentó. La saludó

alegremente, pero cuando Gladys pasó caminando junto a él sin hablar, se puso de pie y fue tras ella. La tomó de un hombro y la obligó a volverse.

—¿Has pisado con demasiada fuerza el pie real? —inquirió con una sonrisa. Y entonces le vio el rostro, la abrazó y Gladys se apretó a él y comenzó a sollozar—. De modo que hoy el pobre anciano es un emperador —comentó con tono seco—. Ven adentro y bebe un poco de vino conmigo, Gladys. Después de que te marchaste esta mañana, nuestro padre recibió unas noticias que te harán sentir mejor.

—¡No aguanto más! —se ahogó—. Es como caminar sobre campos con vidrios rotos. ¿Qué voy a hacer, Llyn? Claudio no me dejará ir, lo sé.

—Eres una guerrera —la tranquilizó. La rodeó con un brazo y la empujó hacia la casa—. Seguirás luchando.

Cruzaron juntos el atrio y los peces en el estanque rutilante se espantaron con el sonido de sus pisadas. Entraron en la sala de recepciones que resplandecía con el sol de mediodía. Llyn le puso una copa en la mano, la llenó hasta el borde y levantó la suya ante ella.

—Propongo un brindis—dijo—. ¡Por la libertad!

Las lágrimas resbalaban por el rostro de Gladys.

—¿Te estás burlando de mi, Llyn? —preguntó, y él se llevó un dedo a los labios.

—Claudio envió una copia de un despacho que acaba de recibir de Galo en Albion. El gobernador ya ha llegado allí y ha encontrado el territorio sumido en una confusión total. La Vigésima ha sido destruida. La frontera de Scapula se ha derrumbado. El oeste está despejado.

Gladys le miró fijamente. Tenía los ojos agrandados y estaba tensa.

—¡Llyn! ¡Ah! ¿Qué ha ocurrido?

—Alguien en las montañas se está ocupando de agrupar a las tribus de nuevo. Me pregunto quién será. Emrys, quizá. ¿Brindarás conmigo?

Ella alzó su copa con ambas manos. Había olvidado sus temores.

—Lo haré. Por la libertad, Llyn, y por la esperanza. —Bebieron y luego se sonrieron. La excitación parecía brincar y echar chispas en torno de ellos. Luego Gladys bajó la copa—. Tal vez por eso el emperador fue tan brusco —acotó—. ¿Dónde está nuestro padre?

—Fuera, apoyado en la pared, donde va siempre que hay noticias. Ve. Me quedare aquí y terminaré el vino.

Gladys salió corriendo de la sala, se apresuró por la galería y bajó de tres en tres los escalones que conducían a la terraza.

—¡Padre! —gritó. Caradoc se volvió y la observó correr por el jardín. Las esmeraldas refulgían en su garganta. Abrió los brazos y Gladys se arrojó a ellos—. ¿Ha llegado la hora? —exclamó sin aliento—. ¿Es el fin de Roma en Albion?

—No lo sé, Gladys. Todo depende de qué clase de hombre sea Didio Galo. Pero éste será el verano de la esperanza.

—¡Llama a Caelte! ¡Tiene que haber una nueva canción!

Caradoc la soltó, echó la cabeza hacia atrás y rió. El rostro sombrío adoptó un aire juvenil.

—¡Por supuesto! —contestó—. Creo que debemos cantar. Y beber y bailar. Que el emperador y sus secuaces coman solos. ¡Nosotros cenaremos a la salud de la libertad!

Claudio recuperó pronto la calma y los esclavos de Caradoc se aprestaron a vaciar la residencia a medida que el clima se volvía más caluroso con la proximidad del verano. Pero el emperador mantuvo silencio con respecto a la situación en Albion. Gladys intentó sonsacarle algo, pero Claudio no se dejó aguijonear y la familia abandonó Roma con un desconocimiento ansioso.

La finca de Aulo Plautio quedaba a dos días de viaje al norte de Roma, una mansión de piedra de forma irregular construida originalmente por el bisabuelo de Plautio y agrandada con despreocupación y al azar, por las generaciones subsiguientes de la familia Silvano. Se asemejaba a una madriguera graciosa, informal y cómoda aunque con una belleza accidental. La granja de Plautio se encontraba a un día de viaje más al norte y, al cabo de una semana de dormir al sol y patear el polvo, Llyn tomó un caballo y un esclavo y se fue allí. Aparecía de vez en cuando, bronceado y más mordaz que nunca, sólo para esfumarse otra vez con el fin de cabalgar por los campos de Plautio, discutir con sus administradores y soñar con el precio de honor que jamás había visto. En ocasiones, acompañaba a Gladys de regreso a la ciudad, dado que el emperador insistía en su presencia impulsado por un acceso perverso de resentimiento. Gladys realizó el viaje a Roma cuatro veces antes de que acabara el verano. Pero, para gran sorpresa de Caradoc, Llyn siempre volvía a la granja. Todos aguardaban con impaciencia noticias sobre Albion, pero los días sofocantes y claros se sucedían unos a otros y era como si la provincia de Britania ya no existiera. Dejaron de mencionarla, pero seguía allí, densa y triste entre ellos, en la curiosidad, en las horas en que la esperanza y la certidumbre se alternaban para convertirse en el conocimiento de que jamás recuperarían la libertad, ni ellos ni Albion. Entonces llegó Plautio, y Caradoc le presionó para obtener algo, una palabra, algún rumor, pero Aulo no sabía nada salvo que Galo había movilizado a las legiones.

—Ya no tengo los contactos militares que alguna vez tuve —explicó al catuvelauno. Estaban sentados bajo la sombra de la galería una tarde tórrida—. Y mis amigos están como yo, envejeciendo y alejados del corazón del servicio activo. Si supiera algo, te lo diría.

—Quiero saber cómo derrotaron a la Vigésima —dijo Caradoc—, y cómo se derrumbó la frontera con tanta facilidad. Hay alguien en el oeste, alguien con una autoridad nueva, y no puedo dormir preguntándome quién es.

—¿Piensas que los druidas han elegido otro arvirago?

—Es posible. Pero no puede ser un jefe del oeste, Aulo. Los druidas temerían recelos internos. Cuando me acuesto, trato de imaginar quién ha abandonado las tierras bajas.

—¿Qué me dices de Venutio? Él y su esposa se han separado definitivamente, o eso daba a entender el último despacho de Scapula.

—La ha dejado antes, pero siempre ha vuelto corriendo a ella —contestó Caradoc con un extraño tono apagado—. Y, además, los hombres del oeste no confian en él. Sin embargo, ¿quién queda? Quienquiera que sea, estoy seguro de que todavía no es arvirago. No ha transcurrido el tiempo suficiente.

—¿Podría ser una mujer?

Caradoc sonrió a su amigo.

—No. Un arvirago es siempre un hombre. Los druidas no se han arriesgado jamás con una mujer, ni en Albion ni en la Galia. Nunca se ha dado una situación semejante.

Bebieron el vino helado en medio de un silencio afable mientras observaban desde la sombra agitada por la brisa el sol alto que se reflejaba sobre el jardín. Al cabo de un rato, Plautio sacó un paño y se enjugó el rostro acalorado.

—¿Por qué los druidas odian tanto a los romanos, Caradoc? ¿Por qué mantienen encendidas las hostilidades de la gente? No somos unos amos duros. De hecho, llevamos prosperidad y estabilidad a nuestras provincias. Creo que ellos son los culpables de toda la sangre innecesaria que se ha derramado en Britania.

Caradoc contempló el aire apático que mecía las ramas superiores de los plátanos altos y polvorientos y se llevó los dedos a la garganta, donde el huevo mágico aún se ocultaba bajo su túnica.

«En otro tiempo —pensó—, habría negado con vehemencia que Roma ofreciera otra cosa excepto terror y muerte a las naciones conquistadas, pero ahora debo admitir que hay algo de verdad en lo que dice Plautio. ¿He cambiado? ¿Acaso la muerte lenta que vi en los ojos del emperador cuando estuve frente a él en la Curia ha comenzado a avanzar sobre mí? Odio la ciudad de Roma. Detesto a los soldados, a los especuladores de tierras y dinero, a los oficiales superiores y altaneros, y no obstante, he conocido a hombres de honor, como Plautio, y en ellos he hallado almas afines. ¿Serán los druidas reliquias de una época que no ha de persistir, hombres que manipulan a personas simples e ingenuas y las reducen a un sometimiento diferente? ¿Qué temen los druidas? ¿Qué es tan precioso para ellos que debe ser defendido a cualquier precio?» Pero entonces sus recuerdos le transportaron mas allá de la indolente tarde romana y siguió mirando el jardín sin verlo. Recordó al maestro en Mona con sus ojos de pesadilla y su magia oscura. Vio el rostro barbado y alerta de Bran que le presentaba una elección en la oscuridad húmeda de su propio bosque en tanto Camalodúnum se consumía en el fuego romano. Siempre había habido elección. La libertad implicaba elección. Roma eliminó las elecciones. La libertad no podía existir sin honor y el honor iba de la mano de la libertad. «No he cambiado —pensó—. Me he suavizado, me he permitido convertirme en un camaleón, pero mi corazón todavía pregunta por qué no hallo paz aquí.»

Plautio esperaba su respuesta y Caradoc parpadeó y respondió con laconismo.

—Con o sin los druidas, las hostilidades nunca morirán. Las decisiones de un Consejo siempre han pasado por encima de las directivas de un druida, Aulo, y sería una mentira decir que las tribus están bajo el dominio de los hombres sabios. Roma no fue invitada a Albion. Roma llegó como un

ladrón y un asesino, queriendo matar para robar tierras, personas y tesoros que nunca le pertenecieron. ¿Cómo te sentirías si esta nación estuviera bajo el gobierno de tribus que te hubieran arrebatado todo, incluyendo tus valores, y luego te dijeran que deberías sentirte agradecido? Te gustaría creer que los druidas mantienen a la gente bajo un sometimiento pacifico, pero no es verdad. Vercingetórix... —Se interrumpió de pronto, con la garganta hinchada.

«Vercingetórix. ¿Cómo pude olvidarte? Te cercaron. Te mataron de hambre y te flagelaron. Arrojaste tu espada ante Julio César y te arrodillaste frente a él cuando ya no podías soportar ver el sufrimiento del pueblo. Y por amar la tierra que te nutrió, te pusieron en un agujero adonde no llegaba la luz del sol. Estoy sentado aquí discutiendo sobre la libertad como si fuera una idea abstracta con la cual pasar las horas cuando tú la añoraste tanto como si tuvieras fuego en los tendones y la sangre. Siete años te acuclillaste en esa oscuridad antes de que el César se acordara de ti y enviara a alguien a estrangularte.»

—¿Sí? —le apremió Plautio. Caradoc se volvió hacia él. De repente, sentía en la lengua el florecimiento agridulce del compromiso.

—Discúlpame, pero no deseo seguir hablando de esto.

Al advertir su dolor, el romano asintió con serenidad y admiró en silencio el orgullo que le sofocó casi al instante.

—No debí haber sacado el tema. Pero me habría complacido, Caradoc, que tu religión se hubiera aceptado en Roma como podría haber sucedido de no ser por la implacabilidad de los druidas. El emperador no tuvo otra opción más que proscribirla como una traición. Los judíos también podrían haber adorado a su dios en paz de no ser por sus intrigas constantes. Ahora los seguidores de El Camino deben morir también. La religión no debería mezclarse con la política.

—La religión es política. La religión es vida. Sobrevivir después de que el imperio se haya derrumbado en medio del caos. Preferiría que cada druida fuera borrado de la faz de la tierra antes que ver a la emperatriz con hojas de roble y anillos de bronce en el cabello o a los hombres griegos riéndose con disimulo mientras intentan desentrañar un hechizo o animar su aburrimiento utilizándolos con ligereza. ¡Habla de otra cosa!

—Muy bien. Espero un visitante esta noche. Creo que te gustará. Está ansioso por conocerte, pero la última vez que te vio, los muros de Camalodúnum se interponían entre vosotros.

—¿Quién es?

—Déjame sorprenderte, Caradoc. ¿Esperas a Gladys?

El catuvelauno le miró con incomodidad.

—Sí, y Llyn estará con ella. Claudio sabe muy bien que la está poniendo en peligro; sin embargo, no ha ido a su residencia de verano y Gladys ha viajado a Roma tres veces.

—¿Has hablado con él?

—No. Gladys quiere resolver esto por su cuenta.

—Ya no es una joven guerrera, Caradoc, aunque tal vez lo crea. Se ha suavizado, igual que tu otra hija, desde que os habéis instalado en el Palatino. No debería estar tan segura de poder repeler un ataque ella sola.

—Quizá su cuerpo se haya suavizado, pero no su corazón —replicó Caradoc—. Y es por su corazón que temo. Británico es un anciano con el rostro encantador de un niño, y Nerón...

Eurgain y Gladys aparecieron, todavía fuera del alcance de sus palabras. Caminaban una al lado de la otra enfrascadas en una conversación y Caradoc las observó acercarse con una alegría repentina. No conocía a sus hijos tan bien como conocía a su esposa y a su hermana. Llyn, Gladys y la joven Eurgain sólo despertaban en él la soledad del cambio, pero las dos mujeres mayores le recordaban quién era. Plautio también las vio, pero no hizo ningún amago de levantarse.

—Nerón posee en su interior las semillas de la grandeza y la corrupción —acotó— Cuando nació, su padre, Cneo, comentó en público que, considerando la depravación de los padres, el hijo no podría evitar crecer para transformarse en un monstruo. ¿Lo sabías? —Caradoc meneó la cabeza—. Pero todavía está en manos de sus tutores, Séneca y Burro, y ambos se esfuerzan por contrarrestar la influencia perniciosa de su madre. Hasta el momento, han tenido éxito. Nerón realizó un buen trabajo como pretor mientras Claudio estuvo fuera el año pasado. Es habilidoso.

—No le durará mucho —replicó el catuvelauno—. Un día se cansará de sus tutores y entonces Roma tendrá el emperador que se merece.

—Británico gobernará.

Caradoc miró a su alrededor y tuvo que sonreír al ver el rostro cínico de Plautio, aunque sus pensamientos eran sombríos.

—Sabes que no vivirá lo suficiente para vestir una toga, y mucho menos para gobernar el imperio.

Las mujeres recorrían la galería y sus sandalias resonaban en el pavimento frío. Ambas llevaban túnicas cortas y sin mangas y el cabello recogido en lo alto de la cabeza. Los brazaletes tintineaban en sus brazos morenos. Cuando llegaron a donde estaban los hombres, se acuclillaron frente a ellos.

—Dame tu vino, Caradoc, hace tanto calor... —dijo Eurgain. El se lo pasó y ella bebió con avidez.

—Gladys ha regresado —anunció la tía de la niña. Se sentó y se reclinó contra las piernas de su esposo—. Vi a Llyn cruzar el viñedo.

Mientras pronunciaba las palabras, la joven apareció. Se aproximó despacio por el largo sendero flanqueado por columnas, seguida de su esclava.

Tenía el cabello negro suelto y Caradoc pensó en cómo habría sido su hermana casi diez años atrás, luchando por aferrarse al amor que había significado más para ella que su familia o el honor, sola allí con su esposo romano en esa hermosa casa extraña. La miró. Plautio le apoyaba una mano sobre el hombro con un toque de preocupación protector, una señal de que ella le pertenecía y, cuando su hija se agachó para besarle, Caradoc sofocó el momento de fastidio. En cierta manera, de

una forma sutil y callada, Gladys había dejado de pertenecer a la Casa Catuvelauna. Solía haber una cierta tensión en ella en tanto procuraba ser una esposa romana y una hermana bárbara a la vez y eso, más que ninguna otra cosa, convencía a Caradoc de que había envejecido. No tenía tantos años, treinta y ocho, y Eurgain conservaba ese rostro que había representado la cordura para él en las montañas.

Pero sabía que estaba tan agotado y era tan inútil como Cunobelin en sus últimos años. La joven Gladys parecía desencajada, les saludó con unas pocas palabras y entró en la casa. No reapareció hasta la hora de cenar.

El invitado de Plautio llegó con el frescor del anochecer. El mayordomo le hizo pasar a la sala de recepciones donde la familia estaba reunida, sentada junto a una ventana abierta que daba al aroma de las rosas y a la oscuridad aterciopelada. Plautio se puso de pie para abrazarle.

—¡Rufo! Cómo me alegra que hayas podido venir. He estado jugando un juego esta noche, puesto que ignorabas que nuestro noble enemigo estaba aquí y él no sabía quién vendría. —Gladys se levantó también y le besó con afecto, luego le dejó con su esposo, que le guió al interior de la habitación y lo puso frente a los ojos curiosos del grupo—. Caradoc, él es Rufo Pudens. Fue mi segundo en Albion. Rufo, aquí está el hombre que se nos escabulló.

Pudens parecía desconcertado. Luego esbozó una sonrisa ancha y extendió una mano.

—¡Caradoc! Muchas veces he deseado conoceros. Sabía que os encontrabais en Roma pero he estado en el este con mi legión y luego en mis tierras por negocios. ¡Bienvenido a Roma!

Caradoc le tomó la muñeca y escrutó las facciones. Era alto para ser un romano, de espalda erguida bajo la toga blanca. Su nariz era recta. Las cejas negras, la alineación de los ojos, las delgadas mejillas y el flequillo de cabello negro también eran rectos y bien definidos, casi penosamente, y poseía el aire enérgico del soldado en servicio. Tomó la muñeca de Caradoc a la usanza nativa, sin dejar de sonreír. El catuvelauno no sabía qué decir. De pronto era consciente de lo paradójico de la situación. Se volvió hacia Eurgain con presteza.

—Agradezco vuestra bienvenida. Esta es mi esposa Eurgain, mi hija, también Eurgain, y mi hijo Llyn.

—Bien, señor —dijo Llyn cuando el romano se volvió hacia él—. Contadnos que os pareció Albion, si la recordáis. Debéis de haber visto muchos otros pueblos derrotados desde entonces. Quizá después de un tiempo, todos parezcamos iguales.

Los ojos oscuros de Pudens se pusieron alerta y respondió con brusquedad mientras aceptaba la copa que le ofrecía el mayordomo de Plautio.

—Albion es única, Llyn.

—Lino —le corrigió el muchacho. Pudens enarcó las cejas.

—Entiendo, Lino. Tu tía también se negó a permitirnos que la llamáramos por su nombre, pero ahora no le importa cuando lo pronuncio de improviso. Albion siempre será un misterio. Jamás he

visto condiciones de vida tan precarias combinadas con obras de arte tan delicadas y espléndidas y un pueblo tan noble y orgulloso. Nunca he podido saber si eran muy ingenuos o muy inteligentes.

Los ojos de Llyn se llenaron de admiracion.

—Creo que me agradaréis —concedió con voz ronca—. Tal vez hasta llegue a revelaros algún día si de hecho somos muy estúpidos o mucho más civilizados de lo que jamás serán los romanos. —Se sentó con brusquedad y siguió bebiendo vino. El mayordomo apareció para anunciar que la cena estaba lista. Gladys aún no había bajado.

Pudens fue instalado en un triclinio frente a Caradoc y, aunque conversaba con seriedad y una atención amistosa, sus ojos no cesaban de desviarse al rostro arrugado y quieto enmarcado por el ondulante cabello gris y negro. Por fin, Caradoc se inclinó hacia delante.

—Podéis mirarme si queréis, Pudens, no me molesta en absoluto. Mirad bien y luego decidme qué veis.

Pudens no se avergonzó.

—Gracias, lo haré —contestó—. Hace tiempo que deseaba estudiar vuestro rostro. —Se acomodó en el asiento y Caradoc permaneció inmóvil y con una sonrisa débil en los ojos. Luego, Pudens asintió, en parte con gratitud y en parte a manera de confirmación—. Mi hermana solía decir a sus hijos que si no se iban a la cama el monstruo de Albion les atraparía —comentó—. Se refería a vos, señor.

Todos rieron y en ese instante Pudens pensó: «Veo una fuerza que otrora fue poder, surcos de sufrimiento que todavía no han cicatrizado. Veo ojos que sufren en silencio y aún están llenos de visiones, ojos que esconden mucho más de lo que revelan. No es de extrañar que la emperatriz se sintiera atormentada por un tiempo». Luego dijo en voz alta:

—Veo a uno de los hombres más grandes de nuestro tiempo. Disculpadme, señor. No es mi intención turbaros, pero he oído a muchos hombres hablar de vos de esta manera y ahora debo confesar que estoy de acuerdo con ellos. —Se encogió de hombros con impotencia—. Sois arvirago. Sabéis mucho mejor que yo lo que eso realmente significa, pero estuve en Albion lo suficiente para comenzar a entenderlo. Ahora, ¿puedo infligiros otro ultraje?

Caradoc sonrió y emitió una de sus poco frecuentes carcajadas.

—Debí haber sabido que cualquier amigo de Aulo seria muy sincero. Atacad mi dignidad, si lo deseáis!

Pudens se sentó. Había olvidado su comida.

—Contadme cómo Ostorio Scapula logró derrotaros. Apenas perdisteis cuatrocientos guerreros. ¿Por qué no fue posible reagrupar al oeste y obtener una victoria?

Caradoc le miró fijamente y su sonrisa desapareció poco a poco.

«Había un valle —pensó—. Ah, Camulos, si, lo recuerdo. El momento del que habló el maestro, el momento en que el sendero del destino se bifurcó, y me quedé sentado en una roca sin saber qué hacer. Y moriste, Cin. Te clavaron una flecha en la espalda.» Se sentó con determinación, tomó una

servilleta, formó una media luna con ella y la apoyó sobre la mesa. Sus ojos se encontraron con los de Eurgain durante un segundo fugaz y vio su propio dolor y congoja reflejados en ellos.

—Os contestaré —repuso con voz firme. Sus manos se movieron deprisa y recogieron trozos de pan y utensilios para representar a dos ejércitos—. La servilleta es el lugar de la batalla. Había un valle...

Plautio acercó su triclinio y los esclavos permanecieron de pie con paciencia, esperando para servir el siguiente plato, pero los tres hombres pronto estuvieron absortos en la pequeña escena de Caradoc. Cuando Gladys oyó decir a su esposo: «¿Por qué colocar a los démetas en el flanco si no eran de fiar?», y vio que Llyn se aproximaba a su padre, dispuesto a argumentar también, hizo una seña a los sirvientes que se hallaban de pie.

—Dejadlo todo aquí. Esta noche nos serviremos nosotros. —Sonrió a Eurgain.

—¿Por qué puso a los démetas allí? Pienso que si hubieran estado en el centro, otros podrían haber ocupado enseguida sus lugares cuando fueron superados.

—Roma los habría ocupado primero y, además, se les asignó el flanco para que Sine y yo pudiéramos respaldarlos con las mujeres. Caradoc creía que era mejor ser presionados en el flanco a que las tribus quedaran divididas en el centro y separadas en mitades aisladas.

Comieron y hablaron. De vez en cuando, se detenían para escuchar la voz serena de Caradoc interrumpida por los comentarios abruptos e impacientes de Llyn.

—Caradoc es feliz —murmuró Gladys—. Pero estás demasiado callada esta noche, Eurgain. ¿Sucede algo malo?

La joven alzó su rostro rodeado por un halo de luz y sonrió a su tía.

—No, nada. Hoy estuve observando las uvas, antes de que hiciera demasiado calor. Todavía están verdes, pero madurarán bien. Me parece que Aulo tendrá una buena cosecha este año. —Su madre la miró por el rabillo del ojo. Era un misterio esa niña. Muy reservada y con una seguridad serena, parecía no temer a nada y, si lo hacía, lo guardaba para sí. Eurgain había querido hablarle acerca de sus vagabundeos por la ciudad, pero por algún motivo no se había atrevido. Era evidente que la muchacha no bebía ni apostaba noche tras noche como Llyn. Había conquistado su espada con una obstinación sosegada, peleando junto a las otras mujeres sin quejarse. Y había pasado la prueba de sangre. Sin embargo, no añoraba Albion como Gladys y los demás. Daba la impresión de aceptar su exilio con calma y una actitud realista, y su madre, al observarla día tras día, supo que en Albion esa niña habría terminado por abandonar Camalodúnum para desaparecer en las brumas mágicas de Mona. Nadie se oponía a la joven Eurgain. Poseía una autoridad que raramente ejercía, un aplomo frío que no toleraba resistencia alguna, aunque sin ser la rudeza intimidante de Llyn. La madre lo ignoraba, pero ella era la destilación de su mismísima esencia, más fuerte, más profunda, más poderosa. Llevaba impresa la estampa invisible de la vocación de druida. Su madre enfrentó el formidable desafio de sus ojos azules y sonrió.

—La cosecha será abundante si se logra mantener a los niños de los alrededores lejos de ella. Me pregunto si debería enviar a alguien a buscar a Gladys.

Su hija sacudió la cabeza.

—Bajará pronto. Ella y Caelte están cantando en la habitación de Gladys. Oí sus voces al pasar por la puerta.

Los hombres continuaban conversando, encorvados sobre la mesa. Se sintió movimiento fuera del corredor abovedado y Gladys y Caelte entraron en la sala. El bardo aferraba su arpa contra el pecho. Cuando Gladys vio a un extraño en la mesa, se detuvo.

—Oh, Aulo, lo siento —se disculpó—. Si hubiera sabido que tenías un invitado no habría permanecido en mi habitación. —Pudens se había puesto de pie.

«La otra hija —pensó—. Por supuesto.» Como un hombre despertado por haces de luz atravesando su rostro, clavó la mirada en ella, la favorita del emperador, la obsesión de Nerón. Vestía a la manera nativa. Una túnica azul oscura y larga caía de sus hombros y llegaba hasta el suelo, ceñida con firmeza por un cinturón de cuero fino y de un labrado intrincado. El cabello lacio y brillante caía suelto hasta la cintura y estaba aprisionado en la cabeza por una diadema de plata coronada en el centro de la frente por una piedra larga y color verde pálido que reflejaba débilmente la luz de las velas. Alrededor de las muñecas y en los dedos, la misma piedra hacía que la luz se deslizara con suavidad sobre la piel; cuando la joven se adelantó hacia su tío, Pudens vio otra ajorca de plata alrededor de un tobillo. Plautio los presentó y Gladys tomó con firmeza la muñeca del joven romano.

—Disculpad mis malos modales —sonrió—. Debéis atribuirlos a mi temperamento bárbaro.

—Os parecéis mucho a vuestra tía —observó él y la sonrisa se ensanchó.

—Entonces debo de ser hermosa, porque mi tía lo es —se mofó ella cortésmente. Le brillaban los ojos igual que a él, pero Pudens detectó las sombras detrás de ellos, las ligeras huellas de la tensión nerviosa y una corriente subterránea de tirantez en su jovialidad. De pronto, sintió una compasión desesperada por ella; por qué, no lo sabía. Le recordaba a alguien; mientras Gladys se acercaba a su triclinio y los demás empezaban a comer de nuevo, intentó recordar a quién. Entonces lo supo y apenas pudo contener una exclamación en voz alta. Se parecía a la reina icena, Boudicca. No en su aspecto exterior, sino por el sufrimiento airado en su interior. «Nos odiáis, ¿verdad?», le había dicho Pudens y Boudicca había respondido afirmativamente con una franqueza brutal. Había habido algo debajo de esa sinceridad, un vasto lago de pena que le había conmovido. No podía apartar la vista de Gladys mientras comía y se preguntó cuántos años tendría. No más de diecisiete, estaba seguro. Se recordó enseguida a sí mismo que ya había superado los treinta y, por fin, se volvió hacia Caradoc, que le había comentado algo. Pero no podía dejar de ser consciente de la presencia de ella.

Más tarde, salieron al jardín y se sentaron o tendieron en la hierba seca, rodeados por la oscuridad susurrante. Mientras las estrellas despedían destellos plateados y la luna resplandecía

blanca y pequeña, Caelte cantó para ellos. Una suave canción se fundía con la siguiente y el bardo mantenía la cabeza gacha sobre las cuerdas de su arpa. Plautio y Pudens escuchaban complacidos y disfrutaban del sabor extraño de la música, pero los catuvelaunos se aferraban a ella con una intensidad que Pudens podía sentir y que le provocaba placer. Caelte desplegaba recuerdos ante ellos, les mostraba los años pasados. Tan poderosa era su habilidad, que Pudens se sorprendió siendo arrastrado a sueños apenas vislumbrados de lugares que nunca había visto, en tiempos que jamás había conocido, como si el lenguaje que alguna vez había aprendido deprisa y olvidado con igual rapidez volviera a insinuarse detrás de su boca y bajo su piel. El bardo le miró y sonrió. Por primera vez desde que él y Plautio habían dejado Albion, Pudens se preguntó si la magia no sería algo más que una cuestión de la imaginación.

Después de una hora de melodías dispersas, Caelte de repente se levantó y cambió el tono. Los ojos de los catuvelaunos se volvieron centellando hacia él. Comenzó otra canción, quejumbrosa, fogosa. Pudens no recordaba haberla escuchado antes y un estremecimiento de deleite y temor recorrió su médula espinal. Uno por uno, los catuvelaunos se unieron a ella y en la oscuridad Pudens vio que extendían las manos y las entrelazaban. Se sintió aislado y el sutil hilo de comunión en su mente se cortó. Sin embargo, la canción le atrapaba. Había lágrimas en las voces, incluso en el tono ardiente de Lino, pero los rostros blancos que se mecían en la noche estaban todos secos. Cuando hubo terminado, Llyn bostezó.

—Estoy sobrio —comentó—. ¿Recibiré una corona de laureles? También estoy cansado. —Se puso de pie y entró en la casa. Las sombras se abrieron para devorarlo. Los demás se incorporaron también y desearon las buenas noches al invitado.

Cuando Gladys se acercó a él, la luz de las estrellas se reflejaba tenuemente en la piedra de su frente. Pudens sondeó aquellos ojos negros y velados, y experimentó el estúpido deseo de taparlos con la mano y sentir las pestañas aletear contra sus palmas.

—¿Volveréis en otra ocasión? —inquirió ella, y cuando hubo asentido y ella se hubo alejado, el romano recordó el nombre de las piedras que llevaba. Eran piedras de la luna.

—Quédate a pasar la noche, Rufo —sugirió Plautio—. Es muy tarde. Puedes proseguir tu marcha a Roma por la mañana.

Piedras de la luna. Hizo un esfuerzo y se concentró en su anfitrión.

—Gracias, Aulo, creo que lo haré. No me esperan hasta pasado manana.

—Estupendo. Así podremos hablar. Quiero saber cómo han hecho las legiones de Panonia para sobrevivir sin mí.

—Dejaste un enorme vacío difícil de llenar, Aulo, y lo sabes. Buenas noches.

—Buenas noches. Gladys te acompañará a la habitación de huéspedes.

El corazón de Pudens dio un vuelco momentáneo. Luego se rió de sí mismo mientras dejaba el jardín. «Estúpido. Mañana la verás como realmente es, sin las joyas, sin la túnica suave y hermosa. Y el sol no te engañará como la luz de la luna y las velas. Es una niña.»

A la mañana siguiente, conversó de asuntos militares con Caradoc y Plautio y por la tarde el grupo salió a cabalgar por las colinas que rodeaban la finca. Pudens se había preparado para descartar su reacción ante Gladys como una fascinación pasajera, pero cuando ella y Llyn bajaron corriendo a las cuadras donde él y los demás esperaban a que les entregaran los caballos, se sorprendió sofocando otro estado de confusión. Gladys vestía calzones y una túnica corta como los nativos del lugar. Estaba descalza, su pelo colgaba en cuatro trenzas ceñidas y no llevaba adornos en los brazos. Le saludó con alegría por encima del ruido de cascos en el patio y montó de un salto. Se mantuvo con facilidad sobre el lomo del animal cuando el caballo sorprendido se espantó y rozó a Llyn. Pudens y el resto de la familia montaron también y atravesaron las puertas al trote para tomar el sendero que cruzaba el monte de árboles plantado por el padre de Plautio. Pudens apresuró su caballo para alcanzar a Gladys y ella le miró y sonrió. Las marcas de tensión se habían esfumado.

—¿Dónde quedan vuestras fincas, señor? —preguntó, y Plautio gritó a sus espaldas:

—Estás cabalgando junto a uno de los hombres más ricos del imperio, Gladys. Es dueño de la mitad de Umbría.

—¡Y supongo que tú eres el dueño de la otra mitad, tío! —respondió.

Pudens rió.

—No —repuso—. El emperador es dueño del resto. Voy camino a Roma a contratar un nuevo mayordomo.

—Roma queda en esa dirección —señaló ella con una sonrisa—. De paso, contratad a un guía. Vuestro sentido de la orientación es terrible.

«Cierto —pensó—. De pronto, no sé hacia dónde voy. Creí saberlo, pero ahí estás, sentada con las trenzas rebotando contra tu espalda flexible, el sol en los ojos, los pies polvorientos y eclipsando el sendero que escogí.»

Gladys apretó los talones y su caballo se lanzó hacia delante. Llyn la siguió y Pudens la observó alejarse. Deseaba que la tarde no acabara nunca.

No fue a Roma al día siguiente. Se hicieron planes que quería compartir y pasó otras dos noches en la quietud de la única habitación de huéspedes que quedaba libre en casa de Plautio. Permanecía inquieto, sin dormir, pensando en ella acostada en algún lugar bajo el mismo techo, sumida en sueños. Se levantó temprano el tercer día y dejó un mensaje de agradecimiento con uno de los criados. Se escabulló fuera de la casa, tomó su caballo y sus esclavos y se puso en camino hacia la ciudad mientras el sol brillaba rojo y nuevo a su izquierda. Con una sensación de depresión y frustración, supo que estaba enamorado de esa joven que era poco más que una niña.

No quería estar enamorado. Había hecho una buena carrera que le satisfacía y cuyo rumbo había planeado con esmero. Tenía una amante en sus fincas en Umbría y otra en Ostia, adonde iba cuando podía para ocuparse de sus barcos. Su familia solía apremiarle para que se casara, y podía imaginar el estallido de indignación en que prorrumpirían sus hermanas si llegaba a casarse con una bárbara, y para colmo, casi una niña. «Ridículo —pensó—. De todos modos, ella nunca me aceptaría. Tiene

menos de la mitad de mi edad.» Sin embargo, no podía evitar que sus pensamientos giraran en torno de ella como una bandada de golondrinas.

Caradoc y su familia regresaron a Roma un mes después de la partida de Pudens, y Claudio requirió de inmediato la presencia de Gladys. Pese a la cólera de Caradoc, la joven había realizado el viaje regularmente desde la finca a palacio; aunque había intentado hablar con el emperador, Claudio se había comportado como si ella nunca hubiera pronunciado las palabras o había descartado el tema de inmediato. Gladys no sabía qué hacer. Se sentía atrapada. Experimentó una cierta seguridad a medida que las visitas se sucedían y no ocurría nada. Pero Caradoc estaba cada vez más preocupado; por último, le advirtió que debía anunciar a Claudio que dejaría de verle o lo haría él mismo. Gladys lo prometió, aunque con un acceso de ira desusado que traicionó su nerviosismo creciente. Regresó de palacio pálida y exhausta.

—¿Se lo has dicho? —inquirió su padre. Ella asintió.

—Sí, lo he hecho. Sin medir mis palabras. Pero se quedó mirándome, me sonrió y me dio una palmadita en la mano. No me contestó, nunca me contesta, y pronto me llamará otra vez.

Caradoc observó los hombros tensos y los dedos temblorosos.

—A mí sí que me contestará —manifestó con aspereza—. Estoy cansado de este juego, Gladys. Te está usando, colmándote de atenciones que deberían ser para su esposa, y ya es hora de decirle que no puede jugar con tu vida como si fuera una chuchería. Agripina no me hará otra advertencia y su paciencia ha de estar agotándose.

—No puedo creer que no sienta afecto por mí.

—Te quiere, por supuesto, pero a su modo, a la manera egoísta de un anciano. La próxima vez que envíe por ti, iré en tu lugar.

—Perderá la paciencia contigo. Imagina desaires e insultos inexistentes y ha mandado matar por una simple mirada.

—Entonces, por una vez, le daré un buen motivo para sentir miedo.

—¡Padre!

Se volvió con fiereza hacia ella.

—¿Prefieres que me agazape en casa hasta que encuentren tu cuerpo flotando en el Tíber? El honor exige...

—Justicia —se asfixió Gladys con labios tr,mulos—. Y sacrificios y retribución. Lo sé. ¡Son palabras inútiles, padre! A veces pienso que todos estamos destinados a una muerte violenta. Dentro de poco, alguien le clavará un cuchillo a Llyn cuando esté borracho por no refrenar su lengua. Nerón o Agripina o incluso Claudio mismo segarán mi vida. Eurgain terminará siendo arrestada debido a esos locos seguidores de El Camino y morirá de una manera monstruosa. Crees que era difícil ser rey de Camalodúnum y más difícil aún aceptar el yugo de arvirago, pero, oh, Camulos! ¡Ser tus hijos aquí en Roma es un tormento diario para nosotros! —Hizo el amago de salir corriendo de la

habitación, pero Caradoc alargó un brazo y se lo impidió. Acercó su rostro devastado al de ella y la sujetó con suavidad pero firmemente.

—Dime, Gladys, y dime la verdad —susurró—. ¿Ha llegado ya la hora de elegir la muerte? ¿Debo traspasaros a todos con un cuchillo y luego a mí mismo? ¿Sería eso suficiente para recuperar tu honor, el mío, el de Llyn, el de Eurgain y el de tu madre?

—¡No! —replicó con vehemencia—. ¡Ese momento pasó para siempre cuando Claudio te perdonó! Ahora hay una batalla nueva. Peleamos para vivir, peleamos con todo lo que tenemos todo el tiempo que podemos, dado que esta ciudad sigue siendo el enemigo y nosotros seguimos siendo los guerreros de las montañas. —Se liberó de un tirón y se marchó, llamando a Caelte. Caradoc se quedó temblando, incapaz ya de reconocerse a sí mismo, o a ella.

Rufo Pudens los visitó la tarde siguiente. Le hicieron pasar a la sala de recepciones de Caradoc y se sentaron juntos mirando hacia el atrio para observar el sol destellar en el agua del estanque y caer soñoliento sobre las baldosas rojas. Conversaron con comodidad, pero Pudens notaba que a pesar de los comentarios corteses la mente de Caradoc estaba en otro sitio, concentrada en otra sucesión de pensamientos. El silencio reinaba en la casa. Se podía oir a los esclavos arriba, sus voces apagadas resonaban con debilidad en el pasillo central y los pájaros se instalaban en los canales sobre el estanque para aletear y gorjear mientras miraban a los peces moviéndose debajo, pero las habitaciones estaban silenciosas y vacías. La conversación comenzó a decaer y entonces Pudens dijo sin rodeos:

—Señor, no conozco bien las costumbres de vuestro pueblo y por eso tal vez os ofenda. Si lo hago, disculpadme. Me gustaría visitar a vuestra hija Gladys.

Caradoc apartó la vista del agua y le miró con expresión vaga.

—No entiendo. Sois libre de visitar a cualquiera de nosotros cuando os plazca.

—No me refería a eso. —Pudens escrutó el rostro del catuvelauno y, al hacerlo, sintió el peso de la dignidad y la experiencia extraña que los separaba. El hombre sentado con flojedad junto a él, con el cabello oscuro descansando sobre los hombros escarlatas, un codo sobre el brazo de la silla y los dedos curvados alrededor de la barbilla hendida, no le llevaba más de cuatro años de edad. No obstante, el romano sabía que jamás podría abordar a Caradoc como a un igual. Pudens era rico, influyente, bien instruido, pero no podía competir con la eternidad de esos ojos que de pronto se pusieron alerta y le escudriñaron. El catuvelauno sonrió.

—Ah, creo que ahora os entiendo. ¿Tenéis esposa, Pudens?

—No.

—Entonces el asunto no es de mi incumbencia. Sólo os pido que la tratéis con honestidad y que no olvidéis que la pureza e inocencia de una muchacha pueden parecer encantadoras a un hombre mayor, pero sólo por un tiempo.

—Tengo entendido que vuestras mujeres pelearon y murieron antes de llegar a la edad de Gladys —replicó Pudens cortésmente—. ¿Cuántos años tiene?

—Eso debéis averiguarlo por vuestra cuenta. —Caradoc se movió. Los dedos se alzaron para deslizarse por su rostro en un gesto de cansancio—. A veces pienso que tiene más años que yo.

—¿Puedo visitarla con frecuencia?

—Con tanta frecuencia como deseéis, pero he de advertiros que dentro de poco, tal vez no queráis ser visto en esta casa. —La sonrisa apareció y desapareció, pero no fue cordial, sino sombría. Pudens enarcó las cejas—. Creo que estoy a punto de enfurecer al emperador —explicó el catuvelauno—. Si os interesa el favor imperial, alejaos de nosotros. Gladys ya debe de haber terminado de estudiar. Id a buscarla al jardín.

El hombre hizo una reverencia y se marchó. Caradoc le observó cruzar el atrio. Un soldado alto y de cabello negro, poseía un andar relajado y su toga blanca se abultaba desde su espalda erguida. Cuando estuvo fuera del alcance de la vista, Caradoc se puso de pie y se acercó al pie de las escaleras.

Alzó los ojos hacia el rellano y parpadeó a causa del sol.

—Eurgain —llamó—. Baja.

Unos minutos después, ella apareció y se le unió. Caradoc le hizo una seña y la guió alrededor del estanque y a través de la galería. Ante ellos se desplegaba la terraza, los escalones y la larga extensión verde del jardín. Observaron a Pudens entrar bajo la sombra de un árbol cuyas ramas sobresalían por encima de la pared y resguardaban a Gladys. Le vieron saludarla donde ella estaba sentada con un bastidor en las manos para bordar. Eurgain se volvió hacia su esposo con curiosidad.

—No estoy seguro —dijo lentamente—, pero pienso que estás viendo al hombre que librará a Gladys de la inquina de la emperatriz.

Eurgain entendió enseguida y Caradoc estudió su rostro mientras ella paseaba la mirada por el jardín resplandeciente. Luego se volvió hacia él con brusquedad.

—Sólo si ella le quisiera, y es demasiado esperar que pueda sentir afecto por un hombre que le dobla la edad.

—¿Entonces abrigarías alguna esperanza?

—Gladys jamás volverá a ver Albion —repuso Eurgain con amargura—. Ninguno de nosotros lo hará. Ya no hay jefes jóvenes para cortejarla. Sólo puedo confiar en que él la quiera como Aulo ha querido a tu hermana.

—¿Todavía me quieres, Eurgain?

Retrocedió sorprendida.

—Me lo preguntas como si ya estuviéramos recordando una vida pasada —contestó, y se preguntó el porqué de ese repentino debilitamiento—. ¿Por qué necesitas que te lo confirme? ¿Acaso no he estado siempre a tu lado cuando me has necesitado?

—¡Me siento viejo! —bramó airadamente—. No existe un hombre en Roma más viejo que yo. Mi cuerpo es fuerte y saludable, pero siento como si debiera acuclillarme en un rincón sobre una pila

de mantas y renunciar a la vida como hizo mi padre. Debí haber muerto junto a Cin, en el barro, con una flecha entre los omóplatos.

—Quizá lo hiciste —susurró ella, y la ira, sin que él se lo propusiera, le desbordó.

—¿Tú sí? —gruñó. Entonces la abrazó y la besó—. Perdóname —pidió con voz ronca—. He malgastado tu vida, Eurgain.

—No. Eso sólo es posible cuando muere el amor. Y yo te quiero.

Gladys le oyó acercarse y levantó la vista del bordado.

—Así que sois vos —dijo—. Si buscáis a mi padre, está en alguna parte de la casa.

Pudens la saludó.

—Ya he hablado con él —contestó, y ella le miró un instante antes de volver a bajar los ojos—. No sabía que las guerreras de Albion se entretuvieran bordando. ¿Qué estáis haciendo?

Gladys suspiró.

—Se supone que será un cortinaje para mi emperador, pero ahora no sé si lo querrá. He estado aprendiendo a bordar, pero debo confesar que me resulta muy difícil y creo que cuando haya terminado esto no lo intentaré otra vez. —Agitó el bastidor, hundió la aguja en el lienzo y se puso de pie.

Pudens se acercó y se inclinó sobre él, muy consciente del rostro moreno y ceñudo que tenía a pocos centímetros de distancia.

—Ya casi habéis terminado. —Mientras miraba, el trabajo llamó su atención. Había un océano azul, flanqueado en un lado por un águila escarlata con el pico abierto y las garras dobladas y en el otro, por un pájaro sin plumaje, negro como la noche. Las puntas de las garras del águila eran rojas, pero el pájaro negro destacaba sobre un hermoso fondo plateado, distante, en cierta forma por encima de la evidente actitud depredadora del águila.

Pudens estaba a punto de enderezarse cuando algo más atrapó su interés. Observó de nuevo y oyó que ella reía en voz baja a su lado. El ojo del pájaro negro no era un ojo. Había un rostro de mujer, contraído por la angustia, y su cabello flotaba fuera de la cuenca para mezclarse con las plumas brillantes del ave—. Entiendo lo que simboliza el águila —señaló por fin—, pero ¿qué significa este pájaro?

—Es el Cuervo de las Pesadillas. —Con un movimiento de la mano, Gladys volvió el bastidor y ocultó el dibujo—. No puede ser el Cuervo de la Batalla, puesto que todas las batallas han concluido, ni tampoco es el Cuervo del Pánico, ya que esos días también han pasado. Sólo las pesadillas persisten.

El romano no supo qué decir. Fue a sentarse en el borde de la pared y dejó vagar su mirada por encima de la niebla del río y de la ciudad. Al cabo de un momento, Gladys se cruzó de brazos y habló con calma.

—Británico quiere subirse sobre mi espalda y cabalgar en busca del afecto de su padre —precisó—. Y Nerón me quiere tendida de espaldas por otros motivos. ¿Qué deseáis vos de mí,

patricio?

Pudens vulvió la cabeza y se encontró frente a unos ojos tan llenos de experiencia misteriosa y de saber inexplicable como los de Caradoc.

«Nada —debió haber dicho—. Quiero pasar el rato, eso es todo.» Pero en vez de eso, murmuró:

—Creo que estoy enamorado de ti, Gladys. No quiero nada de ti que pueda herirte.

Ella no demostró sorpresa. Tampoco esbozó una sonrisa tonta ni rió.

—¿Cómo puedes afirmar eso, cuando hace tan poco que me conoces? —preguntó. Él dejó la pared.

—Ya no soy ningún niño que se enamora y desenamora por diversión. Tampoco busco el amor por el placer que pueda brindarme —explicó—. Tengo treinta y cuatro años, hábitos arraigados y una familia que se horrorizará cuando le anuncie que deseo casarme con una joven bárbara. Pero seré capaz de manejar estas cosas si me dices que podré volver a sentarme contigo en tu jardín y ponerme en ridículo.

Gladys estudió aquel rostro y vio en él la arrogancia complacida del linaje, las huellas de una vida de soldado..., el rostro de un hombre habituado a que sus órdenes fueran obedecidas, un hombre que sabía a dónde iba.

—Los hombres romanos se casan con el dinero, propiedades, con un vehículo para llevar a sus hijos —musitó—. Yo he de significar más que esas cosas para el hombre con quien me case, Rufo. Tus hermanas y yo hemos sido educadas de maneras muy distintas.

—Lo sé. Olvidas que llegué a conocer un poco a las admirables mujeres de espada de Albion. ¿Cuántos años tienes, Gladys?

Contestó con semblante serio, pero el humor asomaba en sus ojos.

—Treinta y cuatro. —Pudens empezó a sonreír y ella se le acercó—. Y tú tienes dieciséis. ¿Me equivoco?

—Me parece que no.

—Entonces demos un paseo por las fuentes y me contarás todo acerca de tu familia patricia.

Caminaron durante una hora por los senderos pavimentados de Caradoc y por los jardines exuberantes y bien cuidados. Se detuvieron a contemplar las fuentes que arrojaban agua multicolor que se arqueaba y refulgía en la luz del atardecer ya avanzado. Después, Pudens se dispuso a marchar.

—En realidad, iba camino a los baños —explicó—. Marcial se estará preguntando dónde estoy. Le prometí encontrarme con él allí.

—¿Marcial? ¿Marcial, el poeta? ¿Es amigo tuyo?

El evidente deleite de ella le hizo sonreír.

—Sí. ¿Te gustaría conocerle?

—Muchísimo, y estoy segura de que a Caelte también. Tráelo a cenar pronto. Le preguntaré a mi padre cuándo puede venir. ¿Vives lejos de aquí?

La hizo retroceder hasta la pared y señaló hacia abajo, al sur.

—He alquilado tres habitaciones en una casa en la Clivus Victoriae —indicó—. No puedes verla porque los árboles la tapan, pero queda justo ahí abajo. Rara vez vengo a Roma y cuando lo hago, suele ser por negocios, de modo que tres habitaciones son suficientes.

—¿La casa de piedra gris que da a la calle? La conozco. Dime, Rufo, ¿tienes muchos amigos en la corte?

El dejo patético en la voz le conmovio.

—Unos pocos —respondió con sencillez y le tomó la mano—. Ahora debo irme. Me temo que he vuelto a tener treinta y cuatro años. Perdona mi estupidez, Gladys, y permíteme volver a verte.

—¡Mañana! —gritó ella en tanto él se encaminaba hacia la puerta. Se volvió y la saludó con la mano antes de desaparecer entre los árboles.

Pasó tres horas en los baños, pero no fue hasta que Marcial y él se acostaron uno junto al otro sobre los tablones para que les dieran un masaje con aceite que Pudens se desahogó. Marcial le sonrió.

—Tu querida madre se morirá de la conmoción —comentó—. Y para serte sincero, Rufo, yo mismo creo que estás chiflado. Pienso que terminarás sonándole la nariz cuando llore y cantándole cuando tenga pesadillas.

—Quiere conocerte. A su bardo también le gustaría.

Sus cejas negras y tupidas se enarcaron.

—Ah. Entonces ha de ser bastante civilizada si aprecia mi obra. Pero no estoy seguro acerca del bardo. Todo amor y flores, supongo.

Pudens se vio a sí mismo en el jardín de la finca de Plautio, de noche, y la cabeza de Caelte inclinada sobre su magia.

—No exactamente. ¿Por qué no te reservas tu opinión hasta conocerlos?

Marcial gruñó cuando las manos del esclavo se clavaron en su columna.

—¡No me frotes tan fuerte! Bueno, ¿qué haremos? ¿Nos sentaremos con las piernas cruzadas en un círculo y despedazaremos carne con las manos?

—Ellos acabarán despedazándote con las manos si te comportas así, y créeme, Marcial, preferiría enfrentarme a las garras de un león antes que a la ira de esa familia. ¿Cuándo estuviste en la corte por última vez?

—Hace tres semanas, cuando regresó el emperador. No le gustaron mis versos y me lo dijo, lo cual me asegura que serán repetidos por toda la ciudad. Había hecho una observación acerca de las patas de gallo de la emperatriz.

—Entonces me sorprende que no hayas visto a mi Gladys. Es la favorita de Claudio.

Marcial silbó y se sentó. Despachó al esclavo con un ademán.

—¡Así que es esa bárbara! Y ya la llamas «mi Gladys». Tengo la impresión de que seré el único soltero codiciado que quede en Roma. ¿Qué dirá Lucía?

—No es asunto de ella.

—Cierto. Pásamela, Rufo, si es que bajo tu mano indulgente no se ha vuelto demasiado rebelde.

—¿Perfume, señor? —inquirió el esclavo, y Marcial abrió los brazos de par en par.

—Por supuesto. Avísame cuando deba aparecer en la colina, Rufo. Me complace de veras despertar tanto interés en los extranjeros.

Pudens sonrió.

—Te veré en un día o dos, Marcial. Y le preguntaré a Lucía si desea incorporarse a tu casa.

El poeta le miró.

—Será mejor que esperes un poco. Tu pequeña bárbara podría desilusionarte.

—Nunca. —Pudens recogió su toalla y se fue.

Visitó a Gladys durante dos días. Anduvo con ella por el jardín y se sentó al amparo de la galería mientras un chubasco repentino se llevaba los pétalos marchitos de las rosas. La segunda noche, Marcial fue a cenar y cautivó a todos con su ingenio mordaz.

—Soy un satírico —explicó a Caelte después de oírle cantar—. Tú eres el verdadero poeta. —Pero Caelte no estuvo de acuerdo.

—Somos hermanos y, además, señor, yo soy más músico que poeta. La melodía viene a mí con más facilidad que las palabras.

El tercer día fue frío, ya que el verano estaba llegando a su fin. Pudens tuvo que pasarlo sentado en la cámara del Senado. Gladys deambuló por la casa, tocando esto y aquello, contemplando el jardín agitado por el viento, atrapada en ese intervalo quieto y en apariencia eterno entre las estaciones.

Los esclavos habían caldeado el hipocausto y el aire tibio la seguía dentro y fuera de los pasillos, arriba y abajo de las escaleras. Eurgain se quedó en su cuarto conversando en voz baja con Cloe, su sirvienta personal. Llyn había desaparecido poco después del amanecer y Caradoc y su esposa permanecían sentados en el triclinio con Caelte. Al pasar por allí, Gladys oyó decir a su madre:

—Pero tiene que haber noticias. Alguien nos las debe de estar ocultando, eso es todo.

La joven aminoró el paso hasta detenerse. Se apoyó contra una columna y cerró los ojos. «Noticias. Los días transcurren. Comemos, dormimos, reimos, nos vestimos y paseamos por la ciudad mientras en los bosques de Albion los niños mueren y la lucha por la supervivencia prosigue. Detrás de las máscaras que preparamos para cada hora que pasa hay rostros de gárgolas añorantes y desesperados, y mi emperador lo sabe y retiene los informes para castigarnos. ¿Debo tomar tu palabra, Rufo Pudens, casarme contigo y echar otro manto tibio alrededor de mi propia pequeña desdicha? ¿Qué penas de amor y remordimiento debieron desgarrarte, tía mía, cuando luchabas por decidirte entre renunciar a tu libertad por Plautio o hundirla profundamente de nuevo en el suelo de Albion? No me siento capaz de tomar esa decisión.» Continuó caminando, melancólica y embotada, y salió a pasear bajo el cielo.

Cenaron casi en silencio; Llyn todavía no había regresado cuando la familia abandonó por fin los triclinios a los esclavos y se dispersó. Gladys se encaminó hacia sus aposentos y, al atravesar las sombras intensas que siempre acechaban en los rincones del atrio, avistó el movimiento de una sombra más oscura al otro lado del resplandor de las lámparas. Hizo una pausa y se tensó. La sombra se movió de nuevo y una mano surgió de la penumbra y la llamó con una seña. La muchacha llevó los dedos a su pequeño cuchillo y se volvió. Un hombre aguardaba en la sombra protectora detrás de las columnas..., bajo, corpulento y vestido con una túnica harapienta. Sus pies estaban enfundados en sandalias sucias y su rostro cubierto por una barba negra y grasienta. Cuando Gladys se le acercó, el sujeto alargó un brazo y la empujó dentro de la oscuridad más profunda.

—¿Quién sois? —preguntó ella en voz alta—. ¿Cómo entrasteis en la casa?

El hombre se llevó un dedo a los labios.

—Silencio, señora. Vengo de parte de Lino. Tiene problemas. Esta noche está jugando con extraños. Ha perdido todo su dinero y los hombres que le acompañan no aceptan la promesa de que les pagará mañana. Le retendrán hasta que vos acudáis.

Gladys le estudió con cautela.

—Recurrid a mi padre.

—Lino no quiere que vuestro padre se entere. Dijo que se enfadaría mucho si lo supiera.

Gladys le miró con recelo y alerta. Era inútil pedir una nota de Llyn, alguna confirmación por escrito. Llyn nunca se había molestado en aprender a escribir, aunque había llegado a hablar el latín con gran fluidez. Y Gladys sabía que no podía poner dinero en esas manos sucias y despachar al hombre. A diferencia de Eurgain, jamás se había sumergido en el torbellino de humanidad que flanqueaba las orillas del río y pensó en pedirle a ella que fuera, pero luego descartó la idea. Eurgain discutiría mientras el hombre esperaba, escrutando con la mirada la pared enorme y desierta.

—De acuerdo —respondió con inquietud creciente—. Esperad aquí. ¿Podéis guiarme hasta él? —El sujeto asintió y ella se marchó. Subió las escaleras, cruzó el rellano y entró en su cuarto, presa de una gran sensación de peligro.

Buscó su arca, levantó la tapa y su sirvienta personal se acercó.

—¿Queréis que juguemos a algo, señora? —inquirió, mientras Gladys extraía su monedero de cuero y lo ataba a su cintura.

—Esta noche no. Si alguien me busca, dile que me fui a dormir temprano. —Recogió la capa y salió con sigilo. La muchacha cerró la puerta a sus espaldas.

El hombre todavía aguardaba en el rincón del atrio. Cuando la vio venir, se deslizó hacia la galería y luego al jardín. Gladys le siguió. Bajó corriendo los escalones de la terraza y le vio saltar la pared y desaparecer en los árboles. Por supuesto. Ningún centinela montaba guardia allí. Decidió pedir a su padre que requiriera más guardias a Claudio. Luego, a pesar de sí misma, esbozó una sonrisa sombría. No creía que el emperador quisiera acceder a más solicitudes catuvelaunas. Trepó la pared, se dejó caer a la hierba áspera del otro lado y se apresuró tras aquel hombre, que se movía con

seguridad delante de ella y echaba ojeadas esporádicas hacia atrás para asegurarse de que le seguía. Uno detrás del otro atravesaron la ancha Clivus Victoriae y bajaron la colina. Bordearon los muros de otras casas y trotaron por callejones hasta que el Palatino quedó a sus espaldas. El hombre no cruzó directamente el foro. Zigzagueó por la periferia y Gladys tuvo que hacer un esfuerzo para no perderle de vista. Luego bajó en ángulo a través de los edificios de varios pisos semiocultos tras los árboles hasta donde había tiendas y alguna taberna. Daba la impresión de esmerarse por no perderse de vista, pero también era obvio que no deseaba que ella caminara con él. Gladys empezaba a cansarse, se estaba quedando sin aliento y por primera vez se dio cuenta de cuánto se había relajado con sus andas y su ejército de esclavos que la escoltaba por la ciudad. Ya no había jardines ni árboles y las calles se angostaban y comenzaban a serpentear. Tabernas y burdeles se alineaban a ambos lados, llevando hasta ella el murmullo de una vida que nunca había conocido. Mientras pasaba junto a ellos, los vanos oscuros de las puertas parecían albergar docenas de secretos sucios. «¿Cómo has podido, Llyn? —pensó—. Hay tanta fuerza alegre en ti, tantas alternativas... ¿Por qué esto? ¿Es una negación deliberada de tu cautiverio, una elección calculada?»

El hombre seguía avanzando en la oscuridad. Con frecuencia, acortaba camino de una calle a otra a través de un callejón. Gladys se tambaleaba y sudaba a pesar del viento helado. Estaba a punto de gritarle que aminorara el paso, que la esperara, cuando dobló una esquina y él no estaba allí. Se detuvo y se apoyó contra la piedra rugosa. Aguzó el oído en la penumbra, pero no resonaban pisadas bajo las risas y maldiciones que se filtraban de la taberna al final de la calle diminuta. Se maldijo a sí misma y gritó:

—¿Dónde estáis? ¡Esperad! ¡Esperadme! —Pero no hubo respuesta. Permaneció allí jadeando mientras transcurrían los minutos. Iba a gritar de nuevo cuando por el rabillo del ojo, vio a un hombre salir de una puerta al otro lado de la calle. La oscuridad era demasiado intensa para discernir más que su silueta, pero supo que la miraba. Apartó los ojos y divisó otra figura que salió de las sombras y empezó a caminar despacio hacia ella. Todavía los separaba la longitud de la calle..., la figura aún se encontraba más allá de la puerta iluminada de la taberna, pero se aproximaba con una determinación perceptible. Fue entonces cuando lo supo y se le paró el corazón. «He caído en una trampa —pensó con incredulidad—, y voy a morir. Atrapada como la tonta y perezosa romana en la que me he convertido, atrapada aquí en las entrañas de la ciudad. Y dirán que estaba de juerga con Llyn. Dirán que los marineros me mataron. O los ladrones o los borrachos que vagan por estas calles.» El hombre de delante se acercaba sin prisa, seguro de una presa fácil, y el que estaba de pie en el vano de la puerta bajó a la calzada. «¡No podré sobrevivir! —pensó Gladys aterrada—. He olvidado demasiado, lo he olvidado todo, estoy perdida y no hay luna que brille entre los árboles y me indique el camino a seguir. Los intestinos de esta ciudad son retorcidos, incesantes, oscuros y corruptos. ¡Padre, ayúdame!» Luego recuperó la calma. La taberna. Era mejor enfrentarse a los peligros de una habitación llena de hombres curiosos que a la certeza de los cuchillos imperiales. Tal vez hasta hubiera uno o dos pretorianos adentro, o el mismo Llyn.

Dio tres pasos torpes y entonces la puerta de la taberna se abrió y otro hombre salió, ajustándose el cinto. Gladys tomó aliento para gritarle, pero antes de poder emitir una palabra, se oyó un sonido y vio que el hombre había sacado un cuchillo.

—¡Agarradla! —gritó el que venía por la calle y los otros dos se pusieron en movimiento.

Gladys chilló, giró sobre los talones y se abalanzó dentro del laberinto que aguardaba, dejando atrás la luz y la cordura. Era un callejón. Al final de él, se alzaba una pared alta. Casi rayando en la histeria, se dispuso a volverse, pero vio el sendero diminuto que comenzaba al pie del muro y se encaminó por allí, apretada entre pared y pared, oyendo el ruido apagado de pisadas.

«Date prisa —sollozaba para sí—, oh, rápido, rápido.» Se encontró en otra calle. Ninguna luz amistosa se derramaba sobre ella, nada excepto sombras y silencio, y no tenía tiempo de entretenerse llamando a alguna puerta. Echó a correr y oyó otro grito cuando los tres hombres la divisaron. No sabía dónde estaba y mientras avanzaba, intentó pensar, pero la majestuosidad precisa del Palatino y del foro podrían haber estado a miles de kilómetros de distancia, en otro mundo. Algo pasó volando junto a su cabeza y aterrizó con un tintineo. Lanzó otro chillido, consciente de que era un cuchillo bien arrojado. Llegó al final de la calle y se volvió. Se quitó la capa y se arrancó el cinto que sujetaba su túnica. Dejó caer la capa, el cinto y las prendas externas para poder correr más libre con su túnica blanca hasta los muslos.

«¡Blanca! —gruñó para sus adentros—. ¡Oh, madre! ¿Debo morir desnuda?» Las sandalias con las hebillas doradas le apretaban los pies y se las quitó de una sacudida. Al hacerlo, sintió que se despojaba de su ser romano inapropiado y recobraba la habilidad de pensar con coherencia. «Mujer de espada, mujer de espada —le susurraba la voz de Cinnamo, como si volviera a ser su alumna, arma en mano y con los ojos en el rostro de él mientras le advertía—. Hazlos correr, hazlos sudar.» Sollozaba al entrar en otro callejón sumido en la noche, con los asesinos corriendo tras ella. «Querido Cin, soy yo quien corre, yo quien suda, son mis músculos los que están fláccidos por el exceso de buena comida y la falta de cuidado. No tengo ninguna oportunidad.»

Entonces podía oler el río y, en su mente, trató de imaginarlo fluyendo a través de la ciudad bajo los puentes señoriales, curvarse mientras ella lo observaba desde el jardín. Entonces, de improviso, se halló allí. La luz de las estrellas se reflejaba en la superficie lisa y las sombras de los depósitos ondeaban negras en el agua. «Guardias —pensó—. Guardias», pero no se atrevió a pedir auxilio a gritos. «¿Rio arriba o río abajo? Camulos, ¿dónde estoy?» Corrió dentro de un nicho y trató de recuperar el aliento, con una mano sobre la boca para ahogar el sonido, la cabeza colgando y los oídos alerta. Luego los oyó salir del laberinto de las calles laterales de los muelles y supo que debía moverse o se vería acorralada. Se arrojó fuera de su escondite, pero no antes de que el destello de su túnica la delatara. Un hombre arremetió contra ella con un brazo en alto y gritó a los demás. El ímpetu del arranque la llevó hacia él, más rápido, más fuerte de lo que el hombre había pensado. Gladys no habría podido detenerse si lo hubiera querido. El hombre se tambaleó y su brazo fue lanzado hacia atrás contra la pared de piedra del depósito. Antes de que se diera cuenta de lo

ocurrido, Gladys vio caer el cuchillo. Saltó sobre él, cayó de rodillas y lo hundió en el pecho del hombre con ambas manos y todo el vigor que pudo. Los otros dos ya la alcanzaban.

Se puso de pie y corrió. «La primera sangre —sollozaba en su interior—. La primera sangre de mi vida.» Se volvió, sin importarle que la vieran, puesto que la ciudad se había ablandado y la había arrojado fuera de sus entrañas pestilentes como a un gusano blanco diminuto. Más adelante, y a su izquierda, se erguía la colina del Capitolio y más allá, lejos, desgarradoramente lejos, el Palatino se mofaba de ella con sus luces. «Una vez aprendí a correr —se dijo—. Ahora, obedéceme, cuerpo mío.» Adoptó el paso desgarbado y veloz de su pueblo y corrió a toda velocidad, con el río deslizándose a su lado y las pisadas apagadas y jadeos penosos resonando detrás.

Un hombre. ¿Dónde estaba el otro? No había tiempo para preguntas. El río comenzaba a internarse en el lado oeste. El Capitolio abarcó todo el horizonte en tanto Gladys seguía el curso del agua, y los templos del foro comenzaban a ser visibles. De repente, viró y sus pies descalzos encontraron hierba por un momento. El Capitolio se encontraba frente a ella. Echó una mirada por encima del hombro. Las sombras del río estaban vacías. Se detuvo en seco. El hombre se había ido. ¿Adónde? ¿Por qué? Temblando de agotamiento y temor, se obligó a estudiar la maraña de edificios que se alzaban delante y detrás. No estaba allí. Cerró los ojos y trató de percibir su presencia, pero fue en vano. Por un instante, se desplomó en el suelo, pero no era tan tonta como para creer que el peligro había pasado. «¿Dónde? ¿Dónde? Debo cruzar el foro en línea recta, con la gente que pueda estar fuera esta noche, ¿pero después qué? Los árboles en el Palatino están oscuros y no me atrevo a buscar a un pretoriano, ahora no. ¿Cuántos hombres estarán al servicio de ella?» Se puso de pie, se alisó la túnica sucia y ensangrentada y se forzó a caminar despacio a través de la plaza. Nadie la miró; sabía que ningún ciudadano osaría ayudar a una muchacha desaliñada y cubierta de sudor y sangre, por temor a sus perseguidores.

Tardó mucho tiempo en atravesar el foro y deseó haber tardado más, con la esperanza de hallar un rostro conocido, pero sólo vio la borrosa elevación del Palatino, una masa de oscuridad entre ella y su corona de luces, un bosque donde moraba la muerte. Entonces le vio, de pie, al principio de la calle que se bifurcaba en la Clivus Victoriae. La observaba acercarse con una paciencia descarada y el corazón de Gladys comenzó a palpitar con violencia de nuevo. Sollozos de desilusión ahogaban su garganta, pero se quedó quieta, reunió cada resto de energía que le quedaba y saltó como un gamo perseguido para echar a correr hacia el pie del Palatino y dar la vuelta al otro lado, sumergiéndose con coraje en la oscuridad que podía asfixiarla o ser su salvación. El hombre adivinó su intención y se lanzó tras ella. Trató de interceptarla, de mantenerla corriendo alrededor del pie del Palatino, pero la demencia del último esfuerzo por la vida había estimulado a Gladys y se encontró al final de la calle, con el hombre detrás. No había tiempo para la cautela. Con un brinco desmañado, aterrizó en la calle y empezó a correr otra vez, tambaleándose, calle arriba, alrededor de una curva, siguiendo una pared que acababa en una hilera de casas de piedra gris que daban directamente a la calzada. Sabía

que estaba exhausta y que no podría subir por los árboles hacia la pared de su padre, por lo que debía continuar en la calle.

Oyó un ruido detrás. El hombre había aparecido y acortaba distancias. Fue entonces cuando supo que jamás llegaría a la puerta de su padre. Había dado todo de sí. No quedaba nada más por hacer. Apretó los dientes y se volvió.

—¡Ven, animal! —gritó—. Pero tendrás que matarme por la espalda. —Se volvió y dio cuatro pasos vacilantes. De repente, con el mismo ímpetu con que se desata una lluvia de verano, oyó la voz, la de Rufo Pudens... «He alquilado tres habitaciones en una casa en la Clivus Victoriae..., está justo ahí abajo...»

«Una posibilidad», pensó, llena de alivio y terror. Cuando alcanzó la primera puerta gris, alzó la vista. El otro hombre, el que faltaba, surgió de las profundidades de la última casa. Sonreía con un cuchillo en alto. Gladys vio su rostro como un estanque blanco, el cuchillo como plata.

—¡Madre! —gritó y golpeó la puerta con ambos puños. «Que sea ésta, que él esté en casa.» El hombre se detuvo, apuntó con frialdad, con insolencia, y lanzó. Gladys se apretó contra la puerta rígida, pero el cuchillo la encontró y ardió entre sus costillas como fuego caliente. Se desplomó sollozando, sin darse cuenta de que la puerta se abría. El portero la miró con estupor. Cuando vio la sangre que manaba de su costado y a los hombres rondando en las sombras, la empezó a cerrar otra vez.

—No queremos problemas aquí —afirmó, y Gladys levantó el rostro sudado y enajenado hacia el peristilo en penumbra del fondo. Con un último aliento desgarrado de dolor, abrió la boca.

—¡Rufo! —gritó—. ¡Rufo, Rufo! —Los hombres que esperaban a que la puerta se cerrara intercambiaron miradas y se alejaron para fundirse en la noche. El portero estaba indeciso. Luego se oyó movimiento y Rufo Pudens cruzó caminando el peristilo, con Marcial detrás. Cuando la vio caída en el vano de la puerta, con la túnica rota, enlodada y ensangrentada, y la sangre que ya formaba charcos sobre las baldosas de la entrada, corrió, la esquivó y desapareció en la oscuridad. Regresó un momento después y se arrodilló a su lado.

—Han desaparecido —murmuró—. ¡Por Júpiter! ¿Cómo ha podido Caradoc permitir que sucediera esto? Ayúdame a llevarla arriba, Marcial, antes de que despierten los demás en la casa.

—Tendré que informar a mi amo —comentó el portero—. Espero que no estéis interfiriendo en asuntos imperiales.

Pudens apretó los dientes.

—Yo mismo se lo diré a tu amo —respondió—. Ahora, apártate.

Juntos, él y Marcial la llevaron a través del peristilo y el atrio y por las escaleras hasta las habitaciones de Pudens.

—Toma esos almohadones —ordenó— y cierra la puerta.

La depositaron con suavidad sobre el suelo alfombrado; Marcial cerró la puerta y juntó almohadones mientras Pudens le quitaba la túnica a Gladys.

—Trae un poco de agua para lavar la herida —añadió al cabo de unos minutos—. No es profunda, sólo dolorosa y desagradable. Gladys! Gladys! —Ella lloró mientras él le limpiaba la herida y la vendaba. Luego buscó una manta y la tapó. Gladys se sentó con dificultad y la tirantez que ya se extendía por sus costillas y a lo largo del costado le hizo dar un respingo.

—Eran tres —explicó con voz trémula—. Maté a uno, Rufo. Mi primera sangre. Un romano en Roma. Maté a un hombre.

Marcial y Rufo se miraron.

—Mataste a una bestia salvaje, eso es todo —repuso Pudens—. No fue un combate, Gladys. Te estaban cazando como los animales que son y no deberías preocuparte por haber matado en esas circunstancias. Cuéntame cómo ocurrió. —Lo hizo con rapidez y tomada de la mano de él. Marcial la observaba con aire critico y un dejo de regocijo. Quienquiera que estuviese detrás de lo sucedido había mordido mucho más de lo que podía masticar.

Pudens escuchó sin ocultar los arrebatos de ira y ansiedad en su mente. Después se puso de pie.

—Debo llevarte enseguida a tu casa —declaró—. Marcial, ve a despertar a mis criados. Quiero unas andas y que tres o cuatro de ellos nos acompañen.

—¿Debo armarlos?

Pudens lo consideró pero meneó la cabeza.

—No. Creo que seremos suficientes. No queda lejos.

«No queda lejos —pensó Gladys—. Una pequeña y agradable caminata. Podría haberse extendido para siempre.» Se estremeció mientras Marcial dejaba la habitación.

—Ayúdame, Rufo —le pidió—. Quiero levantarme.

La rodeó con un brazo y la ayudó a ponerse en pie. Por un momento, Gladys descansó contra él; su cuerpo protestaba de dolor a causa del exceso de ejercicio y por la herida. Besó a Pudens con suavidad en los labios.

—Gracias, Rufo Pudens —susurró—. Habrá gente en la corte que te odiará por lo que has hecho, y lo sabes. Y tal vez tengas que alquilar otras habitaciones.

—Quizá —convino con seriedad—. Qué pena. Se estaba bastante cómodo aquí.

Gladys miró los ojos sonrientes y se apartó.

—No me parece gracioso y pensarás lo mismo cuando mi padre declare una enemistad sangrienta entre mi familia y Agripina.

—¿Lo hará?

Ella suspiró.

—No lo sé. Tal vez no, si puedo darle una salida honorable.

—Cásate conmigo. Así tus problemas y los de él quedarán resueltos.

Sabía que se estaba aprovechando de una situación sórdida, pero no le importaba. Gladys estudió durante un largo rato aquellos ojos negros, profundos y llenos de confianza e independencia.

Todavía no le había contestado cuando Marcial volvió para avisarles que las andas aguardaban abajo. Se marcharon de la casa en medio de un silencio tenso.

Pudens no corrió riesgos. Envió a un mensajero por delante. Para cuando llegaron a la puerta de Caradoc, los guardias estaban congregados y esperándolos. El propio Caradoc se paseaba enfurecido por la calle y cuando vio las andas flanqueadas por Pudens y Marcial, se acercó corriendo y tiró de las cortinas. No dijo nada.. Sostuvo con firmeza la mirada de su hija y, por primera vez desde que él había descendido los escalones de la Curia con Claudio para alzar jubilosamente ambos brazos libres hacia su familia, Gladys vio las ruedas ardientes del poder y la autoridad girando tras sus ojos.

—Arvirago —musitó—. No te culpes. Esto fue culpa mía y de nadie más.

—Señora, me falta mucho para llegar a la senilidad —contestó con voz ronca—. Fui un tonto al creer que mi vida ya no tenía sentido.

Soltó la cortina, despachó a los guardias y se encaminaron a la casa.

Marcial se despidió en silencio y se marchó. El resto entró en la sala de recepciones de Caradoc. Gladys caminaba despacio pero sin ayuda. Todos se pusieron de pie con los rostros pálidos. Sólo Llyn se quedó sentado, repantigado y luchando por recobrar la sobriedad. Gladys se sentó a su lado.

—Te oí —dijo el joven con un cuidado exagerado—, te oí pasar corriendo por la taberna. Oí a los hombres que te perseguían. No es muy inteligente buscarse problemas en ese sitio y, además, le estaba ganando mucho dinero a un extraño. No sabía que eras tú, Gladys.

—Llyn... —empezó, pero él volvió la cabeza, pálido y con náuseas.

Las otras dos mujeres permanecieron de pie. Caradoc se quitó la capa, se aproximó a Gladys y le pidió que relatara lo ocurrido en la lengua de ellos. La muchacha obedeció con presteza y sus manos gesticularon de manera inconsciente como las de un jefe sentado alrededor del fuego de un Consejo narrando sus incursiones. Los demás observaban. Pudens no se movió de la puerta. La línea que le separaba de los catuvelaunos había reaparecido, tan clara como si Caradoc la hubiera trazado con una tiza en el suelo. No era uno de ellos. Habían cerrado filas de modo repentino e inflexiy le habían dejado fuera, el romano, el enemigo. Uno por uno, se acuclillaron en el suelo como si lo hicieran en la hierba bajo sus vastos bosques.

Pudens se volvió para marcharse, pero entonces Gladys juntó las manos y las bajó como si fueran un cuchillo. Las lágrimas rodaban por sus mejillas y miró a través de la sala y le vio.

—Rufo —dijo en latín—. Por favor, no te vayas. Estoy en deuda contigo. Y eso es algo serio.

—No hay deudas entre amigos —replicó él, pero entró en la sala.

Cuando ella hubo parado de hablar, reinó un breve silencio. Llyn seguía sentado, con los ojos cerrados, pero no dormía. Las dos Eurgain, acuclilladas, mantenían la vista clavada en el suelo. Caradoc había cruzado los brazos y miraba hacia la pared. Caelte tocaba las cuerdas de su arpa, pero sin producir sonido alguno. Luego Caradoc habló.

—¿Eurgain?

Su esposa ni siquiera alzó la vista.

—Sangre —sentenció.

—¿Llyn?

—Sangre.

—¿Eurgain?

La joven vaciló. Después, su boca se tensó en una línea.

—Sangre.

—¿Gladys?

—¡Sangre no! —Todos se volvieron hacia ella y Gladys se esforzó para que su voz no sonara suplicante. —La sangre ha sido derramada. Fui perseguida y herida, pero maté a un hombre y la enemistad sangrienta no se declara a menos que haya una muerte.

—Estoy de acuerdo —susurró Caelte—. Sangre no.

—¡Hubo intención de muerte! —bramó Caradoc a su hija—. Hubo intención de muerte! —Ella le enfrentó con una desesperación total.

—La intención no basta para decretar una enemistad sangrienta. Tiene que haber una muerte.

—¿Acaso crees que Agripina se presentará ante un Consejo y jurará dejarte en paz? —Caradoc seguía gritando.

—No! —contestó ella, también a gritos—. Pero Agripina me dejará en paz y Nerón se olvidará de mí. ¡Voy a casarme con Rufo Pudens!

Se hizo un silencio abrupto. Pudens la oyó gritar su nombre y, acto seguido, todos los ojos se fijaron en él. Llyn parpadeó y se enderezó.

—Acaba de decir que se casará con vos, Pudens —comentó—. Disculpad nuestra rudeza. Os emparentaréis con una familia de salvajes groseros.

Pudens se acercó a Gladys y ella se levantó con la barbilla en alto.

—No quiero que se me pague una deuda de esta manera —explicó con ira—. No me debes nada.

—Te debo todo y lo sabes —respondió ella—. Pero no es un pago lo que te ofrezco. Te ofrezco mi amor, no por miedo, sino porque esta noche pude conocerte bien. ¿Me enseñarás a amarte, Rufo?

La miró a los ojos. «Es un comienzo» le decían. Y sonrió con tristeza.

—Los términos son aceptables —convino.

—No habrá dote —interrumpió la voz tajante de Caradoc—. No tengo nada que me pertenezca. Y dudo que Claudio quiera darte dinero como dote, Gladys, después de que yo haya hablado con él. Iré ahora, esta noche. ¿Quién viene?

Todos se incorporaron.

—Os acompañaré —se ofreció Pudens. Pero Caradoc lo rechazó con descortesía.

—Esto es un asunto de familia —le recordó con brutalidad—. Gladys, tú tampoco irás. El resto, buscad vuestras capas. No llevéis cuchillos. Si lo hacemos, no seremos admitidos en palacio. —Se acercó a Gladys; las brasas todavía ardían en su interior—. No tardaremos mucho —anadio——,

tengo pocas palabras que decir. Vete a la cama. —Se volvió y dejó la sala. Gladys les oyó cruzar el atrio y bajar los escalones de la terraza con indignación, una célula, diminuta y viviente, de Albion moviéndose con decisión y coraje a través de la ciudad.

Cuando se hubieron ido, la muchacha meneó la cabeza hacia la jarra de vino y las copas.

—Sírvete vino, Rufo. Volveré en un momento. —Le dejó y atravesó el atrio ensombrecido donde no hacía mucho un hombre la había esperado para guiarla a la muerte. Subió las escaleras con dificultad.

Una vez en sus aposentos se cambió la túnica y se puso unos calzones. Su criada dormía junto a la cama, encorvada bajo una manta, y Gladys se cuidó de no despertarla. Una vez vestida, tomó el cuchillo que había dejado sobre la cama y fue hacia el bastidor de su bordado. La habitación estaba caldeada, en penumbra, silenciosa.

—Te maldigo —susurró—. Pobre víctima anciana, te maldigo a ti y a todos los tuyos, a toda tu descendencia. Te quiero, pero no lo suficiente, Claudio. No lo suficiente para dar mi vida por ti. —Sostuvo la empuñadura con ambas manos y, durante un angustioso segundo, vio al hombre que había caído y que jamás se levantaría. Luego bajó el cuchillo con malicia. El lienzo se abrió, el bastidor se aflojó. «Libertad —pensó—. Pero no para mí. Nunca más para mí.» Arrojó el cuchillo al suelo, abandonó la estancia y cerró la puerta tras ella.

El pretoriano titubeó y contempló los cinco rostros sombríos ante él.

—Esperad aquí —dijo por fin y se alejó. Aguardaron mientras los sonidos del banquete llegaban hasta ellos. El hombre regresó, alto e insolente en su superioridad. ¿Estáis armados? —inquirió. A modo de respuesta, los catuvelaunos abrieron sus capas—. Muy bien —concluyó a regañadientes—. Entrad.

Era un trayecto largo. Lo habían realizado muchas veces en el pasado, pero esa noche, con el amanecer que ya se insinuaba, la propiedad imperial poseía un aire de deterioro negligente. Caradoc se sentía el único ser que caminaba con la espalda recta por los pasillos atestados, una flecha que volaba libre hacia su blanco en un ejército de lazos retorcidos. Claudio les vio venir como cinco pájaros altos, dioses salidos de un pasado oscuro, con las capas abultadas detrás y los extraños cabellos largos enmarcando aquellas caras serenas e impasibles. Británico corrió hacia ellos y tiró del brazo de Caradoc, pero Caradoc hizo caso omiso de él. La emperatriz se acomodó en el triclinio y una sonrisa de expectación apareció y desapareció en sus labios.

Su hijo le susurró:

—¿Qué has hecho, bruja? ¿Dónde está Gladys?

Se aproximaron los cinco en hilera y la conversación ruidosa del salón se extinguió poco a poco. Se detuvieron sin reverencias y Agripina descubrió que había estado conteniendo la respiración. Aguardaron a que el emperador hablara y Claudio los hizo esperar en tanto paseaba la mirada sobre ellos. Pero la paciencia de los catuvelaunos era indiferente, absoluta, completamente serena. El

emperador se limpió la baba de la boca con irritación y apoyó la cabeza temblorosa en una mano. Entonces, capituló de pronto.

Aquellos bárbaros que eran capaces de aguantar con los pies metidos en el agua helada durante un día entero sin moverse o marchar durante seis días sin comer, podían jugar ese juego de manera indefinida. «Envidio su orgullo —pensó Claudio—. No consideran despreciable al imperio. Ni siquiera creen que merezca ser considerado.»

—Bueno, mi noble bárbaro —tartamudeó—. Os dignáis honrarnos con vuestra presencia, a pesar de no haber sido invitado. ¿Queréis un favor? ¿Necesitáis más dinero?

Pero Caradoc no se dejaría ofender. Sonrió al emperador. Tenía la impresión de que un gran peso se elevaba lentamente de sus hombros. Volvía a sentirse absurdamente joven y libre de nuevo.

—No necesito nada, Claudio —respondió—. Nada en absoluto. Vuestra generosidad es como una lluvia que no cesa.

El emperador oyó otras palabras bajo aquel extraño cumplido. Agripina también.

—Falta uno de vosotros —intervino ella con tono vivaz—. Creí que Gladys no perdería una oportunidad para reiterar su afecto a mi esposo. ¿Dónde está?

«Criatura pestilente —pensó Caradoc—. Un demonio con cuerpo de mujer. ¿Cuándo será el turno del emperador?»

—Una vez conocí a una mujer como vos —comentó como algo sin importancia—. Era muy hermosa.

Agripina enarcó sus finas cejas depiladas.

—¿Si? ¿Lo era? ¿Está muerta entonces?

—No lo sé, pero creo que no. Las mujeres como ella siempre continúan viviendo.

La emperatriz no hizo caso a lo que creyó una observación irónica torpe.

—¿Dónde está Gladys? —repitió. Caradoc sintió que Llyn se agitaba a su lado.

«No —pensó—. Conténte, Llyn. Este no es el momento de morir y si la acusamos en esta sala, moriremos todos.»

—No se encuentra muy bien —contestó—. Salió a caminar y se perdió. Tuvo que recorrer un largo camino a casa. Pero se recobrará.

Despacio, Agripina se enderezó y comenzó a sonreír. La sonrisa creció, se ensanchó, y sus ojos rieron en los de Caradoc, llenos de vitalidad. De repente, extendió ambas manos en un gesto juvenil y exuberante.

—Sostenedlas, Caradoc —le ordenó. Al cabo de un momento, él obedeció—. Debéis ir a casa y felicitar a vuestra hija de mi parte. Estoy impresionada. Debe de haber caminado muy lejos esta noche. —Le clavó las uñas con una malicia repentina e intensa, pero él no se inmutó y se alejó con lentitud—. Enviadla aquí mañana para que pueda ofrecerle unos guías. No debe andar por la ciudad sin ellos.

—Gladys no vendrá nunca más a palacio —declaró Caradoc. Claudio se tensó—. Está a punto de desposarse. Su futuro marido es un hombre celoso y no creo que le permita exhibirse públicamente. Es un buen romano. Vine a anunciaros esto.

Nerón se inclinó hacia su madre.

—¡Jaque mate por una vez! —siseó triunfante—. ¡Son demasiado para ti, emperatriz! —Claudio no dijo nada. Su rostro estaba fláccido y Caradoc no pudo descifrar nada en él, aunque lo intentó.

—¿Y quién es este buen romano? —preguntó Agripina con calma—. También ha de ser un romano tonto.

—El tonto ve tontos en todas partes. —Llyn se adelantó—. Lo deberíais saber, señora. Estáis rodeada de ellos. Gladys se casará con Rufo Pudens. ¿Reuniréis suficiente vigor para oponeros? En realidad, ninguno de nosotros vale el esfuerzo.

Rufo Pudens. Caradoc vio cómo el hombre era sometido a revista detrás de los ojos del emperador. Rico, influyente, un patricio, un hombre que tenía el respeto del Senado. La emperatriz había perdido interés en todo el asunto.

Sus ojos estaban posados en Llyn y el muchacho le sonreía con insolencia.

Claudio suspiró.

—Tengo noticias de Brigantia para vos, Caradoc —manifestó. Hacía un esfuerzo por no tartamudear y su rostro reflejaba una intención perversa de hacer daño. Los catuvelaunos callaron al instante y volvieron los ojos hacia él, pero el emperador los hizo esperar. La paciencia del grupo era algo desesperado y humilde y Claudio veía las manos invisibles que se alargaban hacia él. Sabía que estaban a sus pies por última vez y disfrutaba de cada segundo—. Los rebeldes gozaron de una breve libertad este verano —anadio, rompiendo por fin el silencio—, pero, como siempre, no pudieron mantener sus ataques. Mi nuevo gobernador los persiguió de vuelta a las montañas y allí se quedarán.

—¿Cuántas bajas? —susurró Caradoc con voz ronca. Claudio agitó una mano.

—¿Nuestras? Ninguna desde la primavera.

—¡No, maldición! —exclamó Llyn—. ¡Nuestras!

Claudio no reaccionó.

—Ninguna —repuso—. Huísteis. Huísteis de regreso al oeste como conejitos asustados. —Los veía pensar. Era la supervivencia de nuevo, retroceder para vivir. Veía que lo sabían. Entonces, de improviso, como si una señal oculta hubiera pasado entre ellos, se volvieron y desandaron el salón bajo la cúpula, fuera de su vista, dejando un doloroso desarreglo detrás.

—Matadlos a todos —gruñó Nerón, pero no hablaba en serio. El emperador no le oyó. Extrañaría a la niña que había traído una pureza inesperada a su vida. Había traicionado la confianza de Gladys en él y lo lamentaba.

Una vez fuera, Llyn tomó a su padre del brazo.

—Podría intimar con la anciana —sugirió—. Podría matarla con facilidad.

Caradoc se volvió hacia él con fiereza.

—Si alguno de vosotros vuelve a poner un pie en este lugar, seré yo quien mate —sentenció. Bajó los escalones deprisa y se internó en la oscuridad menguante.

Llyn entró en la taberna, se abrió paso hacia el fondo y se desplomó sobre el banco de madera. Había transcurrido un mes desde que Agripina había paseado una mirada de admiración sobre su cuerpo joven y saludable. Gladys había mantenido su palabra a Pudens y la ceremonia de compromiso se había celebrado sin una palabra de conformidad o censura del palacio. Era como si el emperador nunca hubiera colmado de regalos a su pequeña bár bara o paseado del brazo con ella, y los catuvelaunos vivían con una calma nueva y alegre. Pudens visitaba diariamente la casa en el Palatino y llevaba amigos que solían acabar el día alrededor de la mesa de Caradoc, la curiosidad convertida en admiración por el hombre que los recibía con cordialidad y presidía su casa con una autoridad sutil. Marcial era el comensal más asiduo. Pudens llevaba a jóvenes senadores. Marcial llevaba a otros poetas, músicos y pensadores que respondían al ambiente de informalidad libre, y pronto llegó a considerar el hogar de Caradoc como un sitio de reunión.

Llyn se escapaba siempre que podía, huyendo de una casa llena de togas. Esa noche, su monedero estaba lleno y su estómago vacío. Dio una palmada sobre la mesa, pidió cerveza y saludó de buen grado a sus compañeros.

—¿Dónde está Valog? —inquirió.

—Pelea mañana —explicó un hombre a su lado—. Supongo que está durmiendo.

—¿Y Publio? ¿Su esposa ya le ha puesto un anillo en la nariz?

—Esta noche tiene una guardia especial. Su unidad desbaratará un nido de Seguidores.

—¿Qué seguidores? —preguntó el muchacho. De pronto, se le secó la garganta.

El hombre se volvió hacia él con impaciencia.

—Los Seguidores de El Camino. La gente de Cristo. Se han estado reuniendo a menos de dos manzanas de aquí. Publio está ahí. ¿Vas a jugar o no?

Trajeron la cerveza, pero Llyn la bebió toda sin saborearla y su boca seguía seca cuando terminó, tan seca como el suelo de los circos en que los Seguidores derramaban su sangre todos los días.

—No —repuso y se levantó con inseguridad—. Esta noche no jugaré.

Salió de la taberna y subió por la calle. Cuando dejó de oir el bullicio, empezó a correr. «Eurgain —pensó—. Que los demás se alineen como ganado para el sacrificio, pero tú no. Tú morirás como una guerrera.» Se desvió para tomar un atajo en una esquina, saltó la pared y aterrizó al otro lado con la suavidad de un gato. Se enderezó y continuó corriendo. Otra calle. Otra esquina. Una tienda pequeña de ropa, había dicho ella, con un pez tallado en la puerta. Se detuvo, extrajo el cuchillo y escudriñó la esquina. «Por suerte, me le he adelantado —calculó—. Pero la suerte no existe en este lugar de mala muerte.» Al otro extremo de la calle, avistó a los soldados que holgazaneaban con un ojo puesto en la entrada de la tienda y supo que en la parte de atrás habría más. «Esperaremos a que todos estén dentro. —Publio lo había dicho con frecuencia—. Los atrapamos de

una sola vez, una barrida limpia.» Hizo una mueca de tensión. «¿Qué haré si ya ha entrado? —Los minutos transcurrían—. No me gusta nada esto —pensó—. Nada. Hay trampas por todos lados, una ciudad que espera para convertirnos en ratas de cloaca y luego estrangularnos.» Eurgain no era una ciudadana romana. La crucificarían y, por orgullo, no admitiría ser sólo una amiga de los perseguidos. A ella no le importaría, Llyn lo sabía, pero era de su sangre, era su hermana, y en algún sitio, en algún momento, habría un lugar para ella. «¿Y para ti?» Recuperó la capacidad de pensar con una claridad escéptica, apretó el cuchillo y maldijo para sus adentros.

Entonces la vio venir. Cloe caminaba detrás de ella con una canasta en las manos. Eurgain llevaba sus calzones azules favoritos y las trenzas que nunca se había cortado se mecían contra sus rodillas.

—¡Eurgain! —la llamó en voz baja. Ella le oyó, pero no volvió la cabeza. Levantó un poco la antorcha, aminoró el paso y luego atravesó la calle en ángulo hacia él. Cuando estuvo a su alcance, Llyn la tomó de un brazo, le quitó la antorcha y la arrojó al suelo—. Alguien os delató —explicó deprisa, y la empujó más adentro en las sombras—. Los soldados están vigilando las puertas, por delante y por detrás. Ahora, ve a casa, y pronto.

—Gracias, Llyn —dijo—. Ya me puedes soltar el brazo.

Lo hizo de inmediato, pero la cogió de nuevo cuando ella se volvió otra vez hacia la calle.

—¿Qué estás haciendo? ¿No lo entiendes, Eurgain? Te arrestarán y nuestro padre no podrá hacer nada.

—Debo advertir a los demás. Muchos son niños.

—¡Déjalos! De todos modos, están enamorados de la muerte.

Los ojos de la joven se encendieron con furia. Llyu los vio brillar en la oscuridad.

—No juzgues con tanto sarcasmo algo que no entiendes —le regañó—. Quítame las manos de encima, Llyn. ¿Puedes quedarte aquí y enviar a los seguidores a sus casas mientras yo doy la vuelta al edificio?

—Tengo una idea mejor. Traes tu cuchillo. Ve a la parte trasera y mata a los soldados allí. Yo me encargaré de los dos en esta calle.

Eurgain pensó con rapidez. Él sabía que los dedos de ella añoraban golpear algo, cualquier cosa, para romper la red y correr con libertad. Pero la muchacha sacudió la cabeca.

—No. Las represalias serían inmediatas y desagradables. ¡Oh, Llyn, son como niños, todos ellos. Sencillos, valientes y totalmente ingenuos! Uno creería que la mera visión de una espada los haría salir corriendo, pero jamás he visto a nadie morir como ellos mueren, ni siquiera en Albion. Por favor, sólo diles que se vayan a sus casas y se irán.

—Eurgain —dijo con desconcierto y estupor—. ¿Has estado en el circo?

—Sí. ¿Vas a ayudarme o no?

—Lo haré, pero con una condición.

—¡Date prisa!

—Dejaré de jugar y beber, en casa si tú desistes de tu trato con esta gente y te dedicas a pensar en casa.

Ella sonrió y luego rió en voz baja. De pronto le abrazó.

—Necesitas una mujer —afirmó.

—No, no la necesito. Tengo todas las que quiero.

—No me refería a eso. Necesitas una mujer a quien amar, de manera que el amor pueda calmar tu fiebre. De acuerdo. Acepto.

—Un mal trato —se quejó él—. Ahora tendremos que entretenernos mutuamente. —Se marchó. Se sumergió en la oscuridad y se dirigió al otro extremo de la calle.

—Quédate aquí, Cloe —le ordenó Eurgain y ella también desapareció.

Más tarde esa noche, en la taberna, Publio bebió su cerveza con fastidio.

—Alguien se equivocó al enviarnos tras un tejedor, un alfarero y dos esclavos —protestó—. Fue una noche desperdiciada. Ah, bueno, Valog regresará mañana por la noche. ¿Vendrás, Lino?

Llyn se reclinó contra la pared y apoyó los pies sobre la mesa.

—Creo que no —respondió—. He decidido presentarme para senador. No tengo dinero ni poder, pero sí mucho encanto. A la emperatriz le complacería mucho asegurarse de que consiga un escaño en la Curia. ¿Qué opinas?

—Hablas demasiado —comentó Publio con acritud, pero recordó el comentario de Valog acerca del temperamento bárbaro y miró al catuvelauno con un respeto nuevo y cauteloso. Algún día podría necesitar un amigo en un puesto elevado.

Aulo Plautio y su esposa se mudaron a su residencia de invierno en las afueras de la ciudad, una mansión espaciosa rodeada de viñedos. Eurgain pasaba mucho tiempo yendo y viniendo de una casa a la otra, con su madre, y preguntando en detalle a ambas mujeres sobre la vieja religión y cómo la fomentaban los druidas. En un momento, las dejó perplejas al declarar:

—Los druidas no creen en los dioses. Los han dejado atrás en su búsqueda de la verdad y sólo los utilizan porque las tribus todavía no están preparadas para entenderlo. No existen los dioses.

—Pero son los poseedores de la magia, son ellos los que realizan los hechizos —objetó su tía, y Eurgain sonrió con añoranza.

—No he dicho que no tengan poder, pero están esperando. El conocimiento les pesa. El universo les proyecta hacia la tierra con sus misterios. Son sabios y, sin embargo, llevan el conocimiento en sus hombros en lugar de hacerlo en sus manos. El universo les sofoca cuando debiera rodearlos con ligereza como una prenda preciosa. Ojalá pudiera hablar con ellos.

Eurgain, Llyn y Gladys solían pasear por la ciudad con Pudens, Marcial y varios otros amigos de su cuñado. Era una extraña manera de cortejar a una muchacha, reflexionaba el romano. A nadie parecía importarle cuánto tiempo pasaban sentados a solas en el jardín por las noches ni si ella llegaba tarde a su casa después de cenar juntos. Si había algún acompañante, parecía ser Llyn. Vigilaba a su hermana y a Pudens con un destello travieso en los ojos, pero ya no incitaba a los

amigos de éste a discusiones acaloradas. Daba la impresión de estar suavizándose, de contener su lengua con un esfuerzo deliberado, y su padre le observaba cambiar y se preguntaba qué nueva criatura estaría creando Llyn dentro de sí mismo. Comenzó a luchar con las lecciones de Gladys; tenía prisa por aprender a leer y a escribir, y lo hacía con la misma impaciencia impulsiva con que emprendía todo. Acorralaba a quienquiera que pudiese..., Pudens, Plautio, los jóvenes senadores..., para acribillarlos con una sucesión de preguntas acerca de todo, desde la historia romana hasta el sistema de agua potable en Roma. Bebía menos, pero su inquietud aumentó hasta tal punto que sacaba a relucir los limites del cautiverio de su familia una docena de veces al día, caminando tenso y preocupado y perturbando el aire quieto de cada habitación con el peso de la metamorfosis que arrastraba tras de sí.

Iba solo al circo, o con su padre y Plautio. Se sentaba durante horas con el codo en la rodilla y el mentón en la mano y presenciaba el desfile mortal con semblante pensativo y reservado en tanto miles de personas a su alrededor gritaban y aplaudían. Los catuvelaunos nunca habían desarrollado la afición por la matanza organizada que llevaba a los romanos a pasarse horas observando sin aliento cómo una vida tras otra era segada al sol, en la arena del circo. Pero solían ir a ver los combates de gladiadores, y rara vez perdían el dinero que apostaban, tan expertas eran las miradas que paseaban sobre los contendientes. En cuanto a las carreras de carros, los sumían en una concentración tan profunda que olvidaban por completo, aunque de manera momentánea, quiénes eran y dónde estaban.

—Hoy peleará Valog —le comentó su tío político una mañana soleada—. ¿Vendrás? Rufo y Gladys lo harán.

—Supongo que sí. Deberías otorgarle la libertad a ese hombre, Aulo. Puedes pagarte una docena más como él.

—Me la pedirá cuando esté preparado para ello y, además, ¿qué haría con ella si la tuviera? Podría regresar con su tribu y morir de aburrimiento o armar camorra aquí en Roma hasta convertirse en un estorbo y tener que ser eliminado.

—Eso no le importa.

—¿Ni siquiera a él?

—No. El único motivo por el que nunca ha perdido una pelea es porque se niega a morir como un esclavo. Déjalo ir, Aulo. Tienes muchos más. No significaría nada para ti.

—Gano dinero con él.

—Yo me pondré en su lugar. ¡Pero libre, por supuesto!

Plautio rió.

—Tal vez seas un gran guerrero, Llyn, pero no apostaría a tu favor!

—¿Por qué no?

—Porque no durarías una semana. Antepones tu honor a tu voluntad de vivir.

A primera hora de esa tarde brillante, la familia entera se dirigió al circo. Pasaron bajo las arcadas altas y frías, subieron los escalones de piedra y llegaron al lugar en que los asientos de piedra

se extendían en círculo y cercaban la arena suave y deslumbrante. El lugar estaba abarrotado y, mientras Plautio se abría paso a su sitio, las cabezas se volvieron y los dedos le señalaron, puesto que ningún gladiador había sobrevivido tanto como Valog y las multitudes se congregaban para ver crecer su reputación. Algún día moriría, todos lo sabían, y nadie quería perderse ese momento. Hasta entonces, sin embargo, era objeto de una ovación histérica. El grupo se acomodó en los almohadones que los esclavos les habían traído y éstos desplegaron el pabellón sobre ellos. Gladys se inclinó sobre la fila de cabezas que había delante, y estiró el cuello para ver si el palco del emperador estaba ocupado. Pudens la tiró hacia atrás con suavidad.

—Ha venido —confirmó—. Será mejor que no le recuerdes sus problemas. Llyn, ¿sabías que Claudio ofreció a Aulo un precio ridículamente alto por Valog? Pero Valog se negó a pelear para el emperador.

—Yo tampoco lo haría —replicó Llyn—. Cuando se cansara de su gladiador, el emperador pediría su muerte sin importarle demasiado. Me gustaría bajar y desearle buena suerte, pero supongo que ha de estar meciendo su talismán y mascullando conjuros. ¿Contra quién peleará, Aulo?

Una extraña expresión, mezcla de vergüenza y desafio, atravesó el rostro austero del hombre mayor.

—Sangre nueva, Llyu. Un hombre de una tribu de Albion, propiedad de uno de los griegos.

El catuvelauno le miró con desconcierto. Luego Caradoc bramó:

—¿De qué tribu?

—No estoy seguro; un trinobante, creo. No lo he visto, pero los griegos tienen buen ojo para un luchador prometedor. Valdrá la pena verle.

No hubo más comentarios. La formalidad descendió sobre la familia como una red de caza y, aunque no se movieron, parecía apartarles de Plautio y de Pudens. Gladys retiró su mano del brazo de Pudens y su tía desvió la vista de su esposo para estudiar a la muchedumbre inquieta alrededor de la familia imperial. Las trompetas gritaron su fanfarria arrogante y los gladiadores aparecieron. Vestidos de gala, avanzaron despacio para detenerse frente al emperador y hacerle una reverencia. Hubo un silencio. «Nosotros, que estamos a punto de morir, os saludamos —pensó Caradoc—. Nosotros, que estamos a punto de morir... Siempre la expectativa, la oscuridad mantenida a raya por el orgullo y la determinación durante los años de batalla, y sin embargo allí, esas palabras poseían una fuerza superior al terror diario que acechaba en los bosques del oeste. ¿Cuántas veces ha pronunciado Valog esas palabras en voz alta al emperador? ¿Acaso para él, como para nosotros, tienen un significado que pende precariamente con cada momento pasado en esta ciudad?» Claudio asintió con indiferencia y los gladiadores se separaron de repente y tomaron sus posiciones.

Pudens se volvió hacia Gladys.

—Hoy pelearán de dos en dos, eso espero. ¿Quieres algo, Gladys?

—No. Todavía no tengo sed. ¡Mira! ¡Ahí está Valog! ¡Oh, Llyn, el trinobante! ¡Qué grande es!

Llyn gruñó, también con la vista en el jefe alto y de cabello negro que se contoneaba al caminar y miraba a su alrededor con desdén. Sostenía la red y el tridente en alto para obtener la aprobación de la gente. Luego Llyn se tensó y se volvió con incredulidad a su padre.

—¡El hombre tiene puesta una torques! ¡Padre, es un esclavo, pertenece a un griego, y tiene el atrevimiento de lucir una torques! ¡Apostaría a que su padre y su abuelo fueron esclavos de Cunobelin y ahora él se pavonea aquí en Roma como si fuera el dueño de Albion!

—Ya no tiene importancia —replicó Caradoc—. Todos somos esclavos de Roma, Llyn.

Pudens alcanzó a oir el comentario, pero no dijo nada. Abajo, los combates habían empezado, pero el gentío observaba sin mucha atención. Ningún gladiador había conquistado la popularidad deslumbrante de Valog y el público esperaba con un aburrimiento plagado de risas y conversaciones susurrantes. Plautio y Pudens hablaban vagamente de política y los catuvelaunos permanecían sentados, tensos e incómodos, con los ojos en los dos nativos. Claudio también parecía aburrido. Se repantigó hacia atrás en la silla, al amparo del pabellón, y quienes le miraban veían el sol reflejarse en sus anillos mientras tamborileaba con los dedos en el brazo de la silla. Después, las trompetas sonaron de nuevo. Valog alzó sus hombros poderosos, levantó su espada y salió de entre las sombras hacia la luz plena de la arena. La gente se puso de pie. «¡Valog! Valog!», gritaban en tanto el gladiador recorría el circuito. Desde su asiento, Llyn podía divisar la sonrisa bajo la barba castaña.

Valog gritó algo al trinobante con tono mordaz y altanero y el trinobante respondió con una sacudida de su tridente y un brinco que lo depositó dentro del círculo silbante de la espada de su contrincante. El público se sentó y empezó a gritar.

—Valog ganará de nuevo —aventuró Pudens—. El otro bárbaro es demasiado confiado y todavía no ha aprendido a hacer caso omiso de los gritos de la multitud. ¡Pero qué rápido es! Me pregunto si Valog lo matará.

—Depende del público —acotó Llyn—. ¡Escúchalos! Le dejarían matar al mismísimo emperador a cambio de un espectáculo así.

—¡Ah! —siseó Gladys—. ¡El trinobante está en el suelo!

Pero no duró mucho. Antes de que Valog se le pudiera acercar, el trinobante se había levantado y había liberado su red de la espada contraria. Una mano invisible alargó de pronto una copa de tristeza hacia la boca de Caradoc, pero la rechazó con furia. «El honor de Albion —pensó—. La condición pura y poderosa de campeón de la tribu reducida a dos esclavos peleando entre sí por la adoración de una turba ignorante. Pero no sufriré. No tiene sentido.»

De improviso, se hizo un silencio, como si la gente hubiera contenido la respiración y fuera incapaz de espirar. En medio de la consternación, Gladys se inclinó hacia delante.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? —murmuró, y su tía respondió brevemente:

—Valog está en el suelo. Se ha enredado con la red.

—¡No se ha enredado con la red! —gritó Caradoc—. Ese cobarde trinobante se la arrojó, pero también le puso el pie. Me pregunto si alguien más lo habrá visto.

—¡Levántate, Valog, levántate! —masculló Llyn angustiosamente y con el cuerpo rígido en el borde del asiento. Pero el galo no se incorporó.

Forcejeaba, y cuanto más pateaba, más fuertemente se ceñía la red a su alrededor. Gritos aislados brotaron del público.

—¡Levántate, levántate!

—¡Valog!

La multitud entera se puso de pie, canturreando:

—¡Levántate..., levántate!

El trinobante no hizo ningún movimiento para ayudarle y, de pronto, Llyn lo supo. La mayoría de la gente no había visto el pie cobardemente lanzado con la red y los gritos se volvieron más intensos, más desagradables.

Seguían pidiendo a Valog que se levantara, pero las voces eran impacientes, como si el gladiador se hubiera tirado al suelo a propósito y yaciera allí suplicando su compasión. El trinobante caminó airoso hasta su víctima, le pisó un brazo y elevó el tridente mientras sostenía el otro brazo en alto para la muchedumbre.

—¡La gente no lo aceptará, estoy segura! —manifestó Gladys, alterada—. ¿Qué le pasa a Valog? ¿Está enfermo?

Plautio miró a su alrededor con aire sombrío.

—El dueño de ese saludable animal trinobante es capaz de cualquier cosa. Tiene las cualidades para ser el próximo favorito, pero los primeros cinco o seis encuentros son cruciales y muchos favoritos potenciales no han vivido para llevarse los laureles. En este caso, lo dudo.

—Oh, no —susurró Gladys. Los gritos habían cesado. El público permanecía inmóvil y su ánimo irritado, exigente y caprichoso flotaba hacia la familia. Valog no había peleado bien. Valog les había fallado. Quizás estaba envejeciendo. Una por una, fila tras fila, las manos se extendieron y los pulgares se volvieron hacia abajo. El trinobante siguió la decisión, girando la cabeza despacio para ver a la mayoría. Luego miró al emperador. Claudio se puso de pie y fue hasta el borde del palco, con la mirada sobre la multitud adusta. Se encogió de hombros y alzó un brazo.

—No —musitó Llyn—. Ha hecho trampa. No. ¡No! —Se levantó—. ¡No! —gritó y saltó a la fila de debajo. Apartó a la gente de su camino y brincó de nuevo, tambaleante. Recuperó el equilibrio y antes de que Caradoc se diera cuenta de lo que estaba haciendo, el muchacho había saltado al ruedo.

—¡Deténlo, Aulo! —exclamó su esposa ásperamente y Pudens, azorado, se levantó a medias de su asiento. Llyn se había incorporado y caminaba a lo largo del frente del ruedo, con los brazos en alto y regañando a los pasmados espectadores.

—¡Arriba, arriba! —vociferaba—. ¡Salvajes! ¡Bárbaros! ¡Amantes del hedor de la sangre! ¡Elevad vuestros pulgares, caníbales, esclavos! Jamás veréis a otro como Valog. ¿Creéis que este hombre traicionero os deleitará con sus trucos sucios? Valog vale cien, mil veces más que él y que

vosotros. ¡Carroña! ¡Buitres! —Se paseaba ante ellos, los insultaba y los provocaba. De pronto, un murmullo de risas comenzó y se extendió con rapidez. Los pulgares titubearon. El emperador bajó el brazo y esperó—. ¡Arriba! —bramaba Llyn—. ¡Arriba por un hombre valiente, arriba por un campeón! ¿No os ha complacido tantas veces? —Las risas aumentaron. La muchedumbre se había relajado; de repente, en un veleidoso cambio de actitud, amaba al joven bárbaro insolente y audaz con sus calzones exóticos y su túnica chillona.

Un pulgar se levantó, luego otro y otro a medida que Llyn continuaba gritándoles. Pero ya no les importaba lo que decía. Le adoraban, querían más, y los pulgares se alzaron altos. Claudio hizo una seña y el muchacho corrió hacia él y se inclinó en una reverencia.

—O eres muy estúpido o los dioses de Roma han decidido amarte, Lino —le gritó Claudio—. Podrían haberte destruido con la misma facilidad.

—Pero no lo hicieron —respondió Llyn con una sonrisa—. En efecto, soy muy estúpido y, en efecto, vuestros dioses me aman. ¿Es arriba o abajo, emperador?

Era imposible despreciar a Llyn. Claudio volvió a levantar el brazo y el pulgar se volvió hacia el cielo. La muchedumbre rugió con histeria y el joven hizo otra reverencia y corrió hasta Valog. Apartó al trinobante de un empujón y se arrodilló para desenredar la red.

—¿Estás herido, Valog? —preguntó deprisa.

El gladiador se sentó y se frotó el tobillo.

—No. Me puso el pie. ¡A mi! —Se incorporó, agitó una mano a modo de agradecimiento y se volvió hacia Llyn—. No me gusta estar en deuda contigo, catuvelauno. Mi honor quedará degradado hasta que te haya retribuido lo que has hecho.

—Como bien sabes, aquí no existe el honor —contestó Llyn con mofa—. No me complacía ver que desperdiciaran tu talento, eso es todo.

Se miraron con intensidad un momento y luego el galo corpulento dio un paso adelante y le abrazó.

Llyn no volvió a su asiento. Abandonó el circo y caminó despacio de regreso a su casa. Caradoc había creído que iría a las tabernas como un pájaro exhausto que retorna a su nido, pero le sorprendió encontrarlo sentado en la sala de recepciones, con un rollo de pergamino sobre las rodillas. El muchacho saludó a su padre con una sonrisa y Caradoc le preguntó qué estaba haciendo.

—En este momento, leyendo —contestó—. Y mañana presionaré a Rufo para que me lleve al Senado.

—¿Por qué? Jamás te dejarán entrar en la Curia.

—Oh, claro que sí. Quiero ver cómo se administra este gran imperio. Algún día, seré senador.

Caradoc le clavó la mirada. Llyn siguió sonriendo, pero la cordialidad de la boca se había convertido en un cinismo frío y los ojos carecían de expresión.

Dos semanas después, un anochecer agradable y ventoso, Caelte y la joven Eurgain fueron en busca de Caradoc, que se paseaba ensimismado en sus pensamientos por el jardín. Caradoc los

observó acercarse sobre la hierba enrojecida por el atardecer. Caminaban con las cabezas gachas y algo en la actitud de ambos le advirtió lo que vendría. Los saludó con voz queda. Luego se apartó y se apoyó contra la pared donde la ciudad yacía rosada y pacífica y el río estaba quieto.

—Me traéis malas noticias —se adelantó—. Lo sé. Contadme.

Eurgain se detuvo junto a él y le apoyó una mano en el brazo.

—Te quiero, padre mío —declaró de improviso—. Te quería cuando estábamos en las montañas y todos los días temía por tu vida, pero ahora creo que te quiero más, cuando los días de peligro han pasado y todo cuanto queda es impotencia. —El volvió la cabeza con desconcierto y ella le besó con los ojos empañados de lágrimas—. He venido a despedirme. Deseo irme.

De modo que había llegado el momento, arrastrado a su alma como las melancólicas brumas otoñales de Albion, otra despedida, otro rostro que jamás volvería a ver.

—Hemos estado todos juntos desde el principio —manifestó—. Dejamos Camalodúnum juntos, peleamos juntos con tribus extrañas y juntos hemos soportado este exilio. Existe una unidad en la familia más profunda que la lealtad debida al parentesco de sangre, Eurgain. ¿La romperás ahora?

—Sí, lo haré —contestó, y las lágrimas se desbordaron—. Debo hacerlo. No puedo vivir mi vida encadenada a esta casa. Tampoco quiero un esposo que me lleve a otra casa igual y convierta mi vida en una rutina diaria de deberes pequeños y placeres pequeños hasta morir prisionera en esta ciudad. El emperador no notará mi ausencia y, cuando lo haga, no tendrá importancia. Es a ti y a Llyn a quienes debe vigilar.

—¿Adónde irás?

Se enjugó las lágrimas y se enderezó. La última luz transformó sus trenzas rubias en sogas de oro viviente y prestó un destello de bronce a su rostro tranquilo y húmedo.

—A Eriu. Tengo que hablar con los druidas. No deseo ir a Mona. Necesito paz, padre, días largos y callados para pensar. Y Eriu nunca sentirá el dolor de un pie romano sobre sus costas. Me embarcaré a Albion, caminaré hacia el norte y tomaré otro barco que me lleve más allá de Mona.

Caradoc le tomó ambas manos y las besó.

—Eurgain —dijo haciendo un esfuerzo por mantener la voz controlada—. Hace mucho tiempo que ya no necesitas mi permiso para ir a donde quieras. No obstante, te deseo un viaje seguro, un viaje en paz. Besa el suelo de Albion de mi parte y ojalá encuentres tu destino en Eriu. —Por un instante, no pudo seguir hablando. La pérdida y el pánico se elevaron de pronto en una gran marea, mezclados con una añoranza intensa y dolorosa por las playas murmurantes y los bosques quietos bañados por la lluvia.

«Cambio —pensó—. Los hombres deben cambiar o morir.» ¿Quién le había dicho eso? Luego lo recordó. «No puedo cambiar —pensó de nuevo—, y me niego a morir. Pero, hija mía, puedo sentir dolor.» Tiempo atrás, había aprendido a enterrar los pensamientos que conducían al ensueño y luego a la memoria. Se volvió hacia Caelte.

—¿Y tú? ¿Alejarás tu música de mí, Caelte?

—Señor —respondió el bardo—. Mi música se está extinguiendo de manera espontánea. Cada día posee menos fuerza, menos belleza. El fuego se está apagando, y tengo miedo. Os he cantado en medio del dolor y del odio, de las guerras, las victorias y las derrotas, pero no puedo cantaros durante vuestro exilio. Aun cuando lo quisiera, las canciones se niegan a brotar de mi boca como alguna vez lo hicieron. ¿Qué es un bardo sin música?

—Lo mismo que un arvirago sin pueblo. ¿Estás decidido, Caelte?

El hombre asintió, pálido y con el arpa apretada contra el pecho.

—Perdonadme, señor. Llevaré vuestra vida conmigo al oeste, a Eriu, y allí la cantaré a las generaciones venideras para que no muera despacio y sea olvidada aquí, entre los salvajes de Roma. Liberadme de mis juramentos, os lo ruego, puesto que ya no soy útil, ni a vos ni a mí mismo.

Caradoc le abrazó con rapidez y se apartó, contento de que las sombras estuvieran alargándose y la luz menguara.

—Te libero, Caelte. Ve en paz. Sólo deseo... —Se volvió hacia la pared. Sintió los brazos de Eurgain que le rodeaban y la cabeza que se apoyaba contra él un instante. Luego los oyó marcharse discretamente. Su hija sollozaba pero, poco después, el sonido desapareció y sólo quedó el viento y el ruido sordo de la ciudad.

«Tú, Cin y yo —pensó Caradoc—. Desde el principio, cuando éramos niños, siempre fue Caelte, Cinnamo y Caradoc. Y en algún sitio, en algún baúl cerrado donde el tiempo guarda sus tesoros antiguos, estoy sentado junto al fuego en Camalodúnum, un jefe joven e impetuoso, amante de la vida, y mi bardo desliza su mano sobre el arpa mientras mi escudero, acuclillado a mis pies con los ojos en el corazón anaranjado del fuego, sueña sus propios sueños de grandeza. Un viaje seguro..., un viaje en paz... A ti, Cin, a ti, Caelte, a ti, osada hija mía.» Contuvo las lágrimas con una ira creciente.

«Eres un tonto —se dijo—. Sólo los tontos se compadecen a sí mismos.» Se cubrió el rostro con las manos.

OceanofPDF.com

Invierno del año 53 al 54 d. de C.

CAPITULO 31

Aricia despertó con un grito y se sentó. El corazón le latía con violencia y sus pulmones se estremecían con sollozos secos. El primer indicio del amanecer le reveló, a través de las rendijas de los postigos, que Andocreto todavía yacía allí, frente a ella, alto y pálido, vestido de negro, sólo las puntas de los pies... se habían deslizado al suelo alfombrado. La habitación estaba oscura, silenciosa y fría; aunque temblaba, sentía la piel mojada por el sudor, el rostro hinchado y los ojos abultados con lágrimas sin derramar. Se quedó sentada un momento, con las manos aferradas a la sábana, esperando a que amainara el rápido torrente de pánico y su respiración entrecortada se aquietara. Era el sueño de nuevo. Siempre el mismo sueño. Venutio estaba de pie frente a ella, alto y pálido, vestido de negro, sólo las puntas de sus botas enlodadas eran visibles bajo la capa pesada de la que emanaba el hedor de una sepultura. «¿Qué has hecho, qué has hecho? —susurraba—. ¡Sabes cuánto te he amado!» y su voz era la voz de Caradoc, ronca de lujuria, vibrante de juventud. Aricia sabía que era su esposo quien le hablaba, y observaba los ojos castaños disolverse en las llamas de la autoinmolación. Sin embargo, el rostro arrugado y cruel pertenecía al arvirago y la voz al hijo de Cunobelin, cuyo recuerdo yacía enterrado hacía muchos años bajo los escombros de Camalodúnum.

—Fla...., flaco y muerto de hambre..., muerto de hambre..., oh, mi alma... —balbuceó, y Venutio, que también era Caradoc, y a su vez la voz repulsiva que otrora había despertado con tanta habilidad cada nervio de su cuerpo, daba dos pasos hacia ella, con ese olor nauseabundo formando nubes a su alrededor. «¿Qué me has hecho?», empezaba a gritar, y aunque su mano permanecía invisible bajo la oscuridad de la capa, ella sentía que las palabras la golpeaban, en el rostro, en los pechos, en el estómago, azotes de dolor. Comenzó a sollozar, pero las lágrimas se resistían a manar. «¿Qué me has hecho, a mí, a mí? ¡Te he amado!» Y los golpes laceraban y quemaban—. Ardes con causas perdidas, todas perdidas —gimoteó con los ojos cerrados para no tener que mirar—. No te conozco. ¿Quién eres?

Entonces los gritos cesaban. Aricia abría los ojos y se encontraba con cuencas sin globos, carne podrida que caía de huesos sucios, cabello rojo que colgaba en mechones grotescos de un cráneo desollado. Y cuando empezaba a chillar, la visión hablaba por última vez. La mandíbula se abría con un crujido. «Yo... soy...» Y entonces se despertaba.

Se bajó de la cama y fue a sentarse, todavía temblando, en la silla junto a las brasas del fuego de la noche.

«No puedo soportarlo más —pensó con desánimo—. Noche tras noche este tormento. Me matará. ¿Quién eres, qué eres, por qué vienes a desgarrarme? ¿Buscas sangre? Ya no hago sacrificios a Brigantia. ¿Es mi alma lo que quieres? Ya no ruego ante Sataida tampoco, porque pienso que mi alma está muerta. Ah, Gran Madre, estoy tan sola, tan sola...» Sintió que alguien se movía al otro lado de la delgada pared de madera. Suspiró y tosió. Domnall, su escudero, se estaba levantando del catre en el suelo de la habitación a la que ella jamás volvería a entrar, la habitación donde Caradoc

había extendido las muñecas hacia las cadenas y la había mirado en silencio desde sus ojos cavernosos, la habitación donde Venutio... Se agachó para atizar las cenizas, pero estaban frías. Se puso de pie y tamborileó con los dedos sobre la repisa de la chimenea, a un lado y otro, arriba y abajo, cualquier cosa, cualquier cosa con tal de no recordar. «¡No te quiero, nunca te quise, oso torpe, niño grande e idiota! En tu inocencia, me pediste a gritos que te usara. ¡Y te usé! ¿Qué derecho tenias a abandonarme? Soy tu torturadora y tú mi víctima habitual, ¿cómo puedes vivir sin esa dosis diaria de dolor? ¿Acaso tu vida no es apagada e insípida sin mí? ¡Venutio! No has vuelto. Han pasado años, dos Samains han transcurrido, ¿y dónde estás? Me necesitas, no puedes vivir sin mi desprecio, sin mi odio, sin mi cuerpo.»

Sus dedos se detuvieron de repente. Le dolía el pecho. A pesar de haberlos reprimido, los recuerdos estaban allí, siempre habían estado allí, como el sueño, noche tras noche, hasta que supo que estaba enloqueciendo poco a poco. Algo más había surgido también cuando Venutio la había manchado con su sangre, algo que jamás había experimentado en toda su vida, una contracción profunda que se desataba cada vez que entraba a regañadientes en el remolino de ese recuerdo insoportable. Al fin podía ponerle un nombre. Se llamaba vergüenza, y ni los abrazos de Andocreto, su bardo, ni el oro que finalmente llegó de Lindum, su recompensa, el dinero obtenido a cambio de Caradoc, podían mitigar la angustia fría que siempre aguardaba para abrumarla.

Caminó por la estancia y abrió los postigos. El coro del amanecer había comenzado: cientos de voces estridentes elevadas en alabanza a un sol invisible. La luz apagada y suave la acogió, mezclada con un aire frío y húmedo que amenazaba cellisca. Era una mañana de invierno desapacible y sombría, silenciosa y brumosa.

—Andocreto —llamó sin volverse—. Levántate. —Al cabo de un momento, las mantas de la cama se alzaron y el joven se sentó y bostezó.

Aricia continuó observando la aldea; abajo, la niebla pendía en nubes y se confundía con el humo de las chozas; arriba, una pendiente invisible subía hacia una cumbre oculta y sin árboles. «Mi aldea —pensó—, mi colina. Todas las colinas de Brigantia son mías; no pido nada más. Entonces, ¿por qué he de sufrir?»

A sus espaldas, Andocreto dejó la cama, se vistió y tomó su arpa. Había cantado para ella la noche anterior, sentado en el borde de la cama con las piernas cruzadas. Aricia se había arrodillado detrás de él para entrelazar los cabellos de los dos, negro y rubio. Pero cuando Andocreto había hecho a un lado el instrumento y se había vuelto para que ella le arrastrara a su interior con avidez y apremio, Aricia había sido consciente de que ya no era suficiente. El sueño la había visitado igualmente. Los recuerdos seguían allí, rondando los bordes de su mente. Se volvió hacia él y sus dedos se movieron con aire abstraído para delinear la cicatriz plateada y delgada en su mejilla.

—Ve a buscar algo para comer —dijo—. Y después, haz venir a un druida.

El bardo la miró con ojos nublados de sueño y el rostro hinchado. Luego registró las palabras y su mirada se aclaró. Se acercó a la palangana y rompió el hielo que se había formado sobre el agua.

Se salpicó el rostro y el cuello, se estremeció, y se arrodilló junto al fuego para avivarlo.

—Eso no es posible, señora—respondió—. Ya no se puede encontrar a un druida a menos que ellos lo deseen, y ningún druida en su sano juicio, aun cuando pudiera hallarlo, aceptaría venir aquí. Si viajo al oeste en busca de uno, me matarán.

Aricia pensó un momento mientras contemplaba los dedos flexibles que conseguían encender una chispa con la piedra.

—Quiero a un druida... aquí. Debo hablar con él.

—Entonces recurrid a Domnall. Él sabrá dónde buscar. —Alzó el rostro hacia ella e intercambiaron miradas. Luego, Aricia se acercó y se acuclilló a su lado para alargar las manos hacia las llamas nuevas y crepitantes.

—Si le dejo ir, ¿volverá?

—No se marchó con Venutio cuando tuvo la oportunidad. Está obligado a vos por sus juramentos.

—Honor, honor —masculló ella—. Dime, Andocreto, ¿me quieres?

El esbozó una débil sonrisa hacia el fuego.

—¿Necesitáis mi amor, reina?

—No. Tengo todo lo que necesito de ti, tu cuerpo y tu música.

—Entonces no os quiero.

De repente, Aricia enredó aquel cabello claro en sus brazos, le acercó y besó suavemente la frente. Andocreto se apartó con desconcierto, ya que ella era muchas cosas menos amable.

—Ve a buscar a Domnall. Ya se ha levantado, le he oído salir de la casa.

El bardo se puso de pie, se desperezó y salió en silencio. Aricia cerró los postigos con ruido y empezó a vestirse sin esperar a que su mujer libre la ayudara.

Cuando llegó su escudero, estaba de espaldas al fuego, enfundada en una túnica verde gruesa ceñida con azabache y larga hasta el suelo. Una capa amarilla la cubría y el azabache anidaba también en sus trenzas largas, el color de la oscuridad, el color de su cabello. Miró al hombre un largo rato. El pelo negro desordenado se mezclaba con una barba enmarañada. Los ojos oscuros eran fríos y la capa anaranjada que solía usar ocultaba hombros anchos y sólidos. Muchas veces le habría gustado llevarle a su cama, pero algo en él refrenaba la invitación. Era demasiado reservado, demasiado inabordable. Seguía a su lado sólo por sus juramentos, y Aricia lo sabía.

—Domnall —susurró—. Jefe de Brigantia. Necesito tu ayuda y únicamente tu ayuda. No te pediría esto si hubiera alguna otra manera.

Él no contestó. Se quedó de pie, esperando. Su inmovilidad la irritaba y Aricia entrelazó las manos y las levantó.

—Tengo un... un sueño que debe ser interpretado —añadió deprisa—. ¡Si no me libero de él, enloqueceré! Me está matando, Domnall, y ya no puedo soportarlo más. ¡Tráeme un druida! —No

había pensado decirle todas esas cosas. El escudero entornó los ojos, pero no hizo ningún otro movimiento.

—¿Y dónde, señora, se supone que encontraré un druida para vos? —inquirió en un tono tajante —. La mayoría han abandonado Mona y el resto viaja con Madoc y los demás por el oeste. Si me ordenáis que haga esto so pena de romper mis juramentos, iré, pero aún no estoy preparado para morir.

Aricia se estrujó los dedos.

—Si me traes un druida, juro que te liberaré de tus juramentos hacia mí y serás libre para ir al oeste con Venutio, donde está tu corazón. ¡Domnall, haz esto por mí, es tan difícil! ¡Estoy desesperada! ¡Estoy atormentada! Sabes que puedes encontrar uno. Sabes dónde buscar. Habla con los espías que deambulan por Brigantia. Sé que están allí, y tú también lo sabes. ¡Por favor!

«Vuestras promesas, señora, pueden durar mil días o mil momentos, según vuestro capricho», pensó él con escepticismo. Pero, al observar el rostro, vio algo allí que no había visto antes: una impotencia, una desesperanza aguda y completa, y su pecho se contrajo de pena por ella. Inclinó la cabeza.

—Iré —convino—, pero no contéis los días, señora. Mi búsqueda será larga y ardua. Debo tener vuestra promesa de que cuando regrese con un druida, si lo hago, no le molestaréis ni lo entregaréis a Roma para que lo maten. Y que me dejaréis marcharme de Brigantia con honor.

Los dedos se quedaron quietos. Aricia sonrió con frialdad.

—Lo juro por la Altísima, sobre la tumba de mi padre. Y te lo agradezco, Domnall.

Los ojos del escudero se agrandaron con sorpresa y esbozó una sonrisa breve y vacilante. Luego abandonó la habitación y ella se volvió otra vez hacia el fuego.

«Venutio —pensó—, te extraño. ¿Cuándo regresarás a mi?» Pero incluso mientras pronunciaba las palabras, un sabor repugnante subió por su garganta para asfixiarla. Vio a su esposo desarmado y encadenado, como había visto a Caradoc, y el estupor en los ojos de él dejó un gusto a miel en su boca.

El invierno avanzó y se instaló en la tierra como una mujer inflexible y amargada, erguida e inmóvil, y Aricia peleó una batalla solitaria. El sueño la visitaba cada noche con terror renovado y adoptó el hábito de pasar las horas de oscuridad conversando con Andocreto y de dormitar sentada durante el día en el salón del Consejo. No servía de nada. Sentada o acostada, de día o de noche, la visión reaparecía, acusándola, envuelta en el hedor que parecía llenar su nariz incluso cuando estaba despierta, como si se elevara de su propio cuerpo o de la tierra bajo sus pies.

Otra pesadilla se sumó al terror constante. No se estaba realizando ningún progreso en el oeste. El sucesor de Scapula, Aulo Didio Galo, se había movido con presteza y temeridad durante su primer mes como gobernador y los hombres de las montañas se habían retirado para lamer una vez más sus heridas junto a las cascadas secretas alimentadas por la nieve. Galo mismo había conocido tiempos mejores. Un hombre entrado en años, recordaba una vida entera al servicio devoto del imperio y se

resentía de ese nuevo puesto activo. Había ido a Albion con Claudio y llevado consigo a la Octava Legión Moesia. Nada más llegar, detestó la nueva provincia. Claudio le había enviado enseguida de vuelta a Moesia y más tarde, se había convertido en gobernador de ese territorio que prefería con mucho a ése. Había esperado cumplir su período activo allí y luego retirarse a Roma. Había luchado contra el místico y acaudalado príncipe Mitridátes, recibido su rendición y luego proseguido a derrotar al príncipe moesio Zorzines. Había cumplido con su deber, esperaba la recompensa y Albion no lo era. Él la comparaba con una madriguera húmeda y nauseabunda, desgarrada por conflictos y rebosante de magia que parecía devorar gobernadores como una bestia hambrienta. Sus nuevos legados le habían recibido con un alivio frenético y, antes de que pudiera quitarse la sal de la cara, le habían informado de que una de sus legiones estaba poco menos que acabada y que las tribus del oeste se paseaban a su antojo por la región. Con cansancio, Galo había pedido los mapas, identificando con precisión los puntos fuertes y los más débiles; dos meses después, la Decimocuarta, la Novena y la Segunda barrían las tierras bajas y los rebeldes habían vuelto de regreso a sus miserables montañas.

No había motivo para que la Vigésima hubiera sido derrotada, ninguna buena razón para que los restantes miles de hombres se hubieran agazapado en los fuertes como niños asustados. Ningún buen motivo para ese desorden que se dispuso a resolver con resignación. No era más que Albion, una provincia sobre la que pesaba una maldición, una provincia que jamás había pagado lo que debía y probablemente nunca lo haría. El nuevo gobernador había restaurado el orden a lo largo de la frontera occidental de su predecesor y duplicado el número de tropas que la patrullaban. Había hablado con el procurador y estudiado sus libros de cuentas.., en rojo, siempre en rojo y había decidido que si en el siguiente año, o en los dos siguientes, la situación no mejoraba y se estabilizaba, recomendaría la retirada completa de Albion. Un fracaso costoso e inútil que no agradaría al emperador, pero, de todos modos, Galo contemplaba con aire sombrío los mapas y trazaba con un dedo fatalista las lineas delgadas y tortuosas de su frontera. Los rebeldes aún tenían en sus manos mucho territorio, casi todo el oeste, y el norte lejano ni siquiera había sido explorado. Durante diez años, Roma había peleado por Albion y, sin embargo, hasta el momento no había sido necesario producir mapas nuevos. El gobernador había inundado de hombres Siluria y eliminado focos de resistencia con desagrado y hastío, como si limpiara una casa que siempre estaría sucia. Pero él no había salido de Camalodúnum. Había pasado el tiempo en su oficina, cavilando y contando los días de su cautiverio como un escolar a la espera de las vacaciones.

Desde entonces, como un cuerpo impío y poseido por un demonio que ha sido apuñalado una y otra vez y no obstante se niega a morir, las tribus habían seguido luchando. Una fortificación caía aquí, un puesto de vigilancia era quemado allá, una cohorte imprudente desaparecía y aunque las represalias romanas eran inmediatas, Aricia tenía la impresión de que los propios soldados, como ella misma, observaban casi paralizados en tanto la sombra de la libertad para el oeste asomaba cada vez más larga. Se había enterado de todo esto por Caesio Nasica, legado de la Novena. Aricia envió

hombres a sus fronteras y pasaba mucho tiempo preguntándose qué harían con ella Madoc y Emrys, y Venutio también, si llegaran a alcanzar su puerta.

Quizá le dieran a elegir. Ser quemada, ahogada, o la rápida bendición de una espada certera para acabar con cada sueño, con cada síntoma punzante de locura. Los veía en su imaginación..., esa gente que nunca había visto..., arrastrándose sobre las colinas nevadas hasta ella con miradas ávidas.

Andocreto se reía de sus temores, sentado a su lado junto al fuego y vestido nada más que con los calzones.

—¿Cuándo las tribus han podido conservar un centímetro de suelo ganado? —aventuró con ligereza—. Se alimentan de causas perdidas, sueñan y absorben fuerzas de ellas. Pero Roma no tiene una causa. Los romanos tienen los pies en el suelo y por eso triunfarán.

«Arden con causas perdidas... Ah, Sataida. ¿Nadie me salvará? ¿Nadie me rescatará de este pozo en el que he caído?»

—Te equivocas —contestó con voz severa—. Ninguna fuerza es más poderosa que la de una causa agonizante. Si Roma quiere paz en Albion, tendrá que ejecutar a cada hombre, mujer y niño del oeste.

—En ese caso, lo hará. ¿Qué os aflige, señora?

—Deseo morir.

La observó con ojos astutos y luego alargó una mano y recogió su arpa.

—Esta mañana compuse una nueva canción —comentó con ligereza—. ¿Os gustaría oírla? Siempre habrá música, Aricia, y aguamiel, y dientes blancos que brillen con la risa, y cabello negro que se agite bajo el sol. Dejad que aquellos sin música y sin amor hagan la guerra.

—Eres un bardo hasta la médula —repuso con tono monótono—. Ayúdame, Andocreto.

El joven le cantó con sus ojos sonrientes puestos en ella; la cadencia de su voz sonora seguía los ascensos y caídas de las sombras mientras los dedos delicados tiraban de las cuerdas de la pequeña arpa. Cuando hubo terminado, Aricia se arrodilló ante él, le cogió las piernas con fuerza y hundió el rostro en la tela roja de sus calzones.

—Ya no me consuela —susurró. Andocreto dejó el arpa y la abrazó.

OceanofPDF.com

CAPITULO 32

La primavera llegó para Aricia como una prostituta vieja y cansada, vestida con falsa belleza para ocultar su decadencia creciente. Domnall también llegó, adusto y exhausto, caminando con esfuerzo a través de la cortina cegadora de lluvia fría. Se acuclilló frente a ella en la habitación, demasiado fatigado para estar de pie. El agua resbalaba de él como lágrimas.

—He traído a la druida —declaró con brevedad—. Aguarda en el porche.

—¿La druida? ¿Has traído a una mujer?

El escudero sonrió.

—Os he traído un druida. He buscado largo tiempo y enfrentado muchos peligros. Encontré a esta druida con las mujeres y niños siluros.

—¿Viste... viste...?

Domnall se puso de pie.

—No, no le vi. ¿Creéis que estoy loco, señora? Y ahora permitidme recordaros vuestra promesa. Esta druida vino porque le di mi palabra de que no sufriría ningún daño.

—¡No necesito que me recuerdes nada! Pero te pido, Domnall, que permanezcas un tiempo más conmigo como mi escudero.

—Lo haré mientras la druida se hospede aquí. Después me iré.

Resignación, fatiga, un estoicismo terco e impasible, todas esas cosas leyó ella en el rostro de él y oyó en sus palabras. Lo despachó con un ademán. Sentía como si estuviera intentando gritarle por encima de una pared alta.

—Muy bien. Si la druida ha comido, dile que venga.

—Ha comido. —Domnall asintió y salió, dejando la puerta abierta. La lluvia entró en ráfagas dentro del cuarto y empapó las finas alfombras de piel de oveja; Aricia sintió su tamborileo monótono sobre el tejado romano como los cascos de la guerra o el vuelo atronador del Cuervo de la Batalla. Luego una sombra oscureció el vano, dividió el agua, entró y cerró la puerta antes de volverse. El silencio reinó de nuevo.

Aricia extendió la mano.

—Bienvenida a Brigantia —dijo—. Descanso y paz.

Ante ella, había un rostro delgado y cobrizo, ojos redondos como guijarros negros y cabello marrón y alisado por el agua. La capa de tejido tosco con barro negro incrustado en el dobladillo parecía demasiado llena y pesacia para un cuerpo tan ligero y pequeño. La mujer estaba descalza.

—No para mí —contestó, y rechazó la mano. Su voz era aguda y clara como la de un niño—. Sirvo al maestro y al Cuervo de la Batalla, en ese orcien. Ninguno me ofrece descanso ni paz. —Se quitó la capa y la depositó sobre la cama. La túnica blanca que llevaba debajo era inmaculada. Muñecas como husos emergieron de las mangas voluminosas y, con fascinación y temor, Aricia vio el grueso brazalete de plata y el anillo de plata en su mano morena. Las serpientes se retorcían, con

los colmillos plateados y las lenguas ahorquilladas, los mismos diseños enroscados y tortuosos del broche que Gladys le había regalado hacia tanto tiempo.

«El principio y el fin —pensó paralizada—, el principio..., el fin. ¡Dejadme salir!»

La druida se acercó al fuego y se sentó en una de las sillas de mimbre. Alzó el rostro con interés.

—De modo que sois la famosa señora de Brigantia —dijo—. Bella y traicionera. Y también atormentada. Bella sois, reina, tan bella como una noche de verano lujuriosa, y puedo oler la traición en vos y el hedor de sueños muertos, o pesadillas vivientes. No —añadió al ver el cambio de expresión en el rostro de Aricia—, no os temo. Provocáis en mí más de lo que yo provoco en vos, señora enferma.

Aricia se encogió de hombros y se sentó en la otra silla. Entonces, los pies de la druida atraparon su mirada. Estaban azules, pero no de frío. Se agachó para mirar mejor. Más serpientes se curvaban en intrincadas espirales, una infinidad de bocas abiertas con dientes afilados y ojos rasgados y encapuchados, tatuadas bajo la piel estirada. La mujer rió y se tiró las mangas hacia atrás. Más víboras trepaban por sus brazos, espirales que se desenrollaban, con las cabezas escondidas al llegar al cuello. Aricia se reclinó con estupor, la druida se bajó las mangas y el terror azul quedó oculto.

—No podéis mirarme a la cara. Estáis llena de repulsión y desdén —comentó—. ¿Soy una mujer o un monstruo? Puesto que para vos, señora, una mujer no es más que vuestro cuerpo suave y siempre ávido, todo lo demás son monstruos. Bien. Decidme qué queréis de mí.

Aricia tragó saliva y forzó su voz más allá del enorme e inevitable vacío que se extendía entre ellas.

—Deseo que me liberéis de un sueño —explicó con voz seca—. Eso es todo. Cuando lo hayáis hecho, podréis iros. Os pagaré lo que pidáis.

Los ojos negros se suavizaron de pronto.

—Si no tenéis cuidado, pagaréis mis servicios con vuestra alma. Contadme vuestro sueño.

Aricia lo hizo. Por fin el horror se derramó fuera de ella, odioso y extraño; mientras tanto, fuera, el viento se intensificaba y la lluvia amainaba. La druida escuchaba en silencio y con los ojos en el fuego, percibiendo la angustia detrás de las palabras. Cuando las palabras acabaron y sólo quedó la angustia, la mujer cerró los ojos, se cruzó de brazos y se replegó en silencio.

Aricia esperó. La tarde llegaba tediosamente a su fin. En el pórtico, sentado al otro lado de la puerta, Andocreto cantaba en voz baja para sí, una canción sobre la lluvia, una canción sobre las flores.— La druida permanecía sumida en sus pensamientos, delgada y firme, morena y blanca. Luego se enderezó en la silla y extrajo una bolsa de cuero tintineante de entre los pliegues de su túnica. La abrió y sacó un anillo de bronce y después otro, y empezó a atarlos en su cabello que ya estaba seco.

—¡Preguntad! —ordenó.

—¿Quién es esta... esta cosa que me visita? ¿Es la muerte de mi esposo lo que veo?

—No. Vuestra perfidia es lo que atrae la visión de Venutio, y vuestra falta de honor la del arvirago. Pero es Albion misma quien se os presenta vestida de muerte, ella que fue la más inmaculada y la más bonita de todas las tierras, a la que habéis abandonado al saqueo, la enfermedad y la muerte. «Yo soy, yo soy, yo soy Albion» es lo que dice. Vuestras raíces están arrancadas, señora de Brigantia. Ya no existe un suelo amistoso donde podáis poner vuestros pies. Os habéis desarraigado y ésa es vuestra locura.

—¡Albion es tierra, rocas, árboles! ¡La tierra no puede cambiar sus características por que otra raza ponga sus pies en ella!

—Puede. Lo ha hecho. Dos hombres han entrado en vuestro vientre rapaz y no es suficiente para vos. Estáis enferma de voracidad, pero hasta los voraces pueden conservarse enteros. Estáis desgarrada en dos porque también estáis enferma de odio hacia vos misma.

—¡Liberadme del sueño! ¡Curadme!

La otra mujer movió la cabeza.

—No puedo hacerlo desaparecer. Es un augurio o una advertencia. Es vos misma. Unicamente vos podéis hacerlo desaparecer.

—¿Cómo? ¡Cómo!

La druida ató el último anillo y guardó la bolsa. Miró a Aricia a los ojos, con compasion.

—Enviad por vuestro esposo. Rogad su perdón. Luego uníos a él en contra de Roma. Si lo hacéis, os prometo que jamás volveréis a tener ese sueño. En lo más profundo de vos, reina, sabéis que mis palabras son verdaderas y no necesitabais que me arrastraran a través de la mitad de Albion para decíroslo.

Lenta y dolorosamente, como una anciana, Aricia se puso de pie. Su rostro estaba desencajado y gris, tal como Caradoc lo había visto, el mismo rostro que Venutio había golpeado.

—Sois todos iguales —manifestó con dificultad—. Mentirosos, impostores. Sólo os importa el poder que os devolverán las tribus y la tierra para poder manipularlo a vuestro antojo. Os pido una cosa sencilla y no sois capaz de hacerla.

—Escuchadme, Aricia, y escuchadme bien —replicó la druida con ira—. Romperé una de las antiguas leyes por las que rijo mi vida, puesto que si no lo hago, nada os salvará. ¡Sentaos!

Aricia se dejó caer en silencio en la silla, como si una mano invisible sobre su cabeza la hubiera empujado hacia abajo.

—Los romanos os arrojarán fuera de Brigantia. Os quitarán el título de reina y os convertirán en una mendiga, y nadie, ni siquiera un campesino, os brindará refugio. Por fin os verán como lo que sois, y su confianza se volverá agria. Cuando Julio Agrícola sea nombrado gobernador, recordad mis palabras, entonces os deberéis preparar para errar, vos, vuestro sueño y vuestra demencia. Hoy, en este momento, podéis llamar mentira a mi visión. ¡Volved con Venutio! ¡Arrancad a Roma de vuestra alma y dejad que vuestro esposo llene el vacío con su amor y su cordura!

—¡Desprecio a mi esposo! —gritó Aricia—. ¡Siempre le he despreciado y no quiero que regrese! ¡Tonta ignorante! —Se cogió la cabeza con ambas manos—. No sé qué esperaba de vos —susurró—. Debí haberlo sabido. Cuando llegué a Brigantia, oí a uno de vuestros hermanos intentar poner al pueblo contra mí hablando sobre la maldad de Roma, pero no le escucharon, y yo tampoco lo haré. Los romanos son hombres, druida, sólo hombres que están dando a Albion mucho más de lo que jamás obtendrán de ella. Tengo terrores, pero vos también los tenéis. ¿Qué teméis? ¿Por qué odiáis a Roma? Decidme vuestro precio y luego marchaos.

La mujer se puso de pie y recogió su capa.

—¿No haréis nada?

—No.

—Entonces mi precio es vuestra alma. Os la pediré la noche que deje Brigantia. Ahora creo que iré al salón y beber, un poco de vino. —Se marchó con la capa sobre los hombros revoloteando al viento. Durante un momento, Aricia no pudo moverse. Quería llamar a Andocreto, acostarse en su cama y llorar, pero se quedó con la cabeza sobre las rodillas y la mejilla marcada por la cicatriz áspera cubierta por la palma de la mano, comiendo una vez más un banquete polvoriento de desesperanza.

No salió del cuarto durante tres días y tampoco comió ni bebió. El viento continuó gimiendo y abatiéndose sobre los páramos sin árboles de Brigantia, pero el sol brilló agradablemente y los niños corrieron a los campos para juntar las primeras flores de la primavera. Andocreto llamó a su puerta las tres noches, pero lo despachó sin abrirle. La oveja fue asada en el salón del Consejo, se pasaron los jarros y las bromas se compartieron sin ella. Al anochecer del tercer día, mandó llamar a la druida. La mujer vino enseguida y Aricia se quedó de pie en el vano de la puerta y la observó acercarse. La túnica blanca se abultaba como un cisne y el cabello atado con los anillos flotaba también en el viento fuerte. Vio a Aricia y disminuyó el paso. Ésta salió al pórtico y habló rápidamente y con tono de apremio.

—Me he decidido. Quiero que llevéis un mensaje a mi esposo, dondequiera que esté.

La druida la escudriñó con curiosidad. Tenía círculos negros bajo los ojos, estaba encogida debajo de su capa amarilla y le temblaban las manos.

—¿Os sentís mal, señora? —inquirió.

Aricia sacudió la cabeza con violencia.

—No. ¡No! ¿Llevaréis mi mensaje?

—Eso depende del contenido. ¿Qué he de decir?

Aricia se enderezó y desvió la cabeza del viento cortante y la mirada inquisitiva. Aunque se apoyó contra el dintel de la puerta, el temblor en sus rodillas y manos no cesó.

—Decidle que estoy muy atormentada por mis acciones con respecto a la traición a Caradoc. Decidle que suplico su perdón, que he estado loca, ciega, pero ahora deseo enmendar mis errores. Decidle que si vuelve a mí, pondré a Brigantia y a todos sus jefes y guerreros en sus manos para la

defensa de Albion. —El esfuerzo había sido enorme. Cerró los ojos y la druida pensó que se desmayaría—. Decidle..., decidle que le necesito mucho. —Le palpitaba la garganta, una señal visible de dolor. La druida la tomó de los hombros y la alejó del dintel.

—Abrid los ojos, Aricia, y miradme —le ordenó.

Aricia obedeció y poco a poco bajó la vista hacia los ojos pétreos que la escrutaron con frialdad. La mujer suspiró y la soltó.

—No.

—¿Por qué no? Por Brigantia, ¿por qué no?

—Porque tengo prohibido llevar mensajes que no respondan a la verdad.

El silencio se prolongó, se agudizó y se cargó de hostilidad. Luego la druida sonrió con ironía.

—Leo los pensamientos en vuestro rostro. Queréis que Venutio regrese, pero no por el bien de él ni de Albion ni el vuestro. ¿Qué haríais con él si viniera? ¿Vuestra mente febril y engañosa ya ha trazado un plan? ¡Pobre señora! Deseo partir de Brigantia mañana. Acompañadme. Podemos buscarlo juntas. Dejad vuestra casa romana, vuestras ropas hermosas y vuestras joyas. Venid al oeste. ¡Renaced, Aricia!

Aricia luchó durante un largo segundo, durante una eternidad. Su rostro era pura angustia y arrugas de vejez, como una cicatriz lívida. La druida se apartó y la dejó batallar sola, pero entonces la mueca se esfumó y los labios gruesos formaron una fea línea de determinación. Los ojos se fijaron en un punto lejano más allá de la pared y la druida supo que la había perdido.

—Si os vais mañana, debo pagaros —aventuró Aricia.

—Tomaré mi precio, no temáis —respondió la otra mujer y asintió—. Si mañana dejo esta aldea caminando, no os cobraré nada. El precio ya ha sido estipulado.

—Es un precio sin valor.

—Quizás. Buenas noches, reina.

Aricia entró con paso vacilante en la casa y cerró la puerta. Al hacerlo, se dio cuenta de que no podía dejar que la druida dejara Brigantia con vida. La certeza la sobrecogió como un pensamiento claro y frío. Espantada, se quedó quieta con las manos en la boca. ¿Matar a una druida? Estaba prohibido. En toda la larga historia de su pueblo, ningún miembro de la tribu había levantado jamás una mano contra un druida y las maldiciones sobre quien lo hiciera serían tan terribles que hasta los mismos druidas preferían no pensar en ellas, mucho menos hablar al respecto. Matar a un druida. Asesinar a un druida. «Pero debo hacerlo, debo hacerlo ahora, esta noche. De lo contrario, encontrará a Venutio y le dir ..., le dir ... ¿Leyó mis pensamientos? ¿Sabe lo que deseo hacer con él? Quiero que regreses, Venutio, ah, cuánto quiero que regreses. Pagarás por haberme humillado y haberte marchado. Te quiero aquí frente a mi, encadenado, de rodillas en el suelo con tu cabeza roja inclinada. Ojalá pudiera tener también así a Madoc y a Emrys, pero contigo será suficiente. No, no puedo hacerlo, no esto. No a una druida. Tal vez pueda cortarle la lengua o retenerla prisionera aquí o... O matarla. No! Eso no! Nunca!»

El cuchillo yacía en el baúl de madera, debajo de las túnicas con borlas de oro y las capas brillantes. Lo sacó, se sentó con él en el regazo y apoyó sus dedos fríos y fláccidos encima. La oscuridad descendió con presteza para invadir la habitación como nubes negras impulsadas por el viento. Su criada entró para alimentar el fuego y encender las lámparas y Aricia siguió sentada, un pensamiento a medio formar sucediendo a otro en su mente y, debajo de todos ellos, una maldad cada vez mayor, la certidumbre de que la druida debía morir. Venutio tenía que regresar para que el tiempo volviera a moverse con sensatez y propósito, del día a la noche al día, en vez de girar alrededor de ella en una confusión sin objeto. Si la druida hablaba con él, Venutio jamás regresaría. «Si pudiera verle aunque sólo fuera una vez —pensó—, su resolución se desmoronaría. No puede haber dejado de quererme, no puede! Y entonces, cuando esté aquí, cuando haya oído las palabras de disculpa de sus propios labios...» Se incorporó con brusquedad y fue hacia la puerta con paso trémulo y el cuchillo entre sus dedos entumecidos. «Entonces le venderé a Roma.»

La noche había caído del todo y el patio estaba en sombras. El viento helado agitaba las capas de su escolta inmóvil y los hacia parecer pájaros negros gigantes. Mientras dejaba la casa y se escurría temblando hacia las puertas, una nube ocultó la luz de la luna. Antes de que sus hombres pudieran acercársele, les gritó que permanecieran en sus lugares y dejó atrás el recinto cercado por el muro de piedra. La aldea estaba activa y alegre. Voces que se alzaban en carcajadas, los estimulantes haces amarillos de las antorchas, el golpeteo de pies reanimados por la primavera, todo llegaba hasta ella como fragmentos de un mundo que existía muy lejos de su alcance y al que sólo podía acercarse en sueños. Era otro mundo, colmado de cosas sólidas, formas que no se disolvían con un mero pensamiento, personas que conservaban una esencia de realidad y no se fundían en una pesadilla..., la luz de fuegos, la luz del sol, la luz de las velas, luz que no brotaba gris ni difusa del fondo de su propia mente.

Se deslizó con sigilo por los senderos desiertos que se extendían detrás de las casas de madera de los jefes y pasó por la parte posterior del salón del Consejo, llevando consigo un momento lleno de la voz de Andocreto, elevada en una canción en su interior. El suelo empezó a descender hacia las paredes de tierra, el páramo sombrío que se extendía más allá y después el río.

Las chozas de huéspedes se apiñaban bajo la pared, a la derecha de las puertas altas y sin custodiar, ocultas por las sombras intensas. Ninguna luz se filtraba bajo las puertas de pieles. Aricia avanzó con cautela hacia el vano de la primera, levantó las pieles y vio que estaba vacía. La segunda choza tambíen estaba fría y oscura. Pero cuando su mano descorrió con cuidado el cuero suave de la tercera, avistó el tenue resplandor anaranjado de un fuego agonizante y una figura en el catre. Estaba quieta y respiraba con calma, un cuerpo casi indiscernible y apenas delineado. Entró sin hacer ruido y soltó las pieles a sus espaldas. Por un instante permaneció quieta, esforzándose por respirar mientras el miedo la asfixiaba. En su imaginación, vio los hechizos de protección y advertencia que rondaban a esa monstruosidad dormida.

Luego extrajo el cuchillo de su cinto y se aproximó a la cama.

La druida estaba tendida boca arriba y cubierta por una manta arrojada con descuido. Un brazo lleno de serpientes colgaba con flojedad hacia las alfombras. Aricia se agachó. Tenía los ojos cerrados y la boca ligeramente entreabierta.

«Ahora no debo pensar —se dijo—. Hazlo y después piensa. En Venutio corriendo de regreso a Brigantia, a mí. En Venutio meciéndose en el carro camino a Lindum.» Pero estaba paralizada. Apretaba la empuñadura del cuchillo con ambas manos y los ojos clavados en el rostro tranquilo y pequeño, en ese momento tan humano, tan indefenso, tan... tan vulgar. Debajo de la larga capa, los músculos de su cuerpo se tensaban y aflojaban con espasmos de terror y el frío traspasaba las alfombras; podía sentir calambres en los pies y las pantorrillas. Pero no podía moverse, no podía atacar ni retirarse. Empezó a llorar en silencio, de manera inconsciente, y las lágrimas rodaban por su rostro. «Si él estuviera aquí, no me estaría pasando esto —se repetía una y otra vez—. Si él estuviera aquí... conteniéndome..., si él estuviera aquí...» Entonces vio el brillo de ojos que se abrían en la oscuridad. Su corazón dio un vuelco y se aceleró. La druida no se movió.

—No —dijo—. No, Aricia. Después de todo, no quiero vuestra alma. Podéis conservarla. No tiene valor para mí. —Cerró los ojos de nuevo y se volvió. Las serpientes sinuosas acompañaron el movimiento con naturalidad. Unos minutos después, Aricia bajó el brazo y salió de la choza, herida, un animal amansado.

Por la mañana, la druida fue a despedirse. Domnall la acompañó y ambos se detuvieron frente a Aricia en el pórtico de su casa. La luz del sol bailaba alborozada en torno a ellos. Aricia los enfrentó con frialdad y los hombros echados hacia atrás. Alargó una mano a Domnall y el hombre se inclinó hacia delante y la tomó. La miró a los ojos. El ardor que Aricia vio allí no era para ella y lo sabía.

—De modo que te marchas de verdad, escudero —manifestó—. En busca del hambre, el agotamiento constante, y al final, una espada en tu vientre o una flecha en el pecho. Y todo para nada. ¿Lo reconsiderarás?

Domnall retiró su mano.

—No, señora.

—¿Y vos, pobre señora? —aventuró la druida con sus ojos negros como guijarros posados en Aricia—. ¿Lo reconsideraréis?

«Os odio —pensó Aricia de repente—. Odio vuestra pureza arrogante, odio vuestro honor ignorante, vuestra santurronería despreocupada y terca. No merecíais que os matara.»

—No —replicó. No les deseó un viaje seguro y en paz. Entró en la casa y dio un portazo. Se apoyó contra la puerta, cerró los ojos y experimentó un cambio en su interior. El ardor de la vergüenza había desaparecido y tenía la mente despejada. Sólo conservaba su odio y su voluntad maníaca, puesto que cualquier otra emoción parecía haber muerto con su vergüenza. Sin que lo supiera, su alma la había abandonado para irse tras la mujer serpiente al oeste.

La primavera y el verano siguieron sus cursos acostumbrados. La época de parición de las ovejas llegó y pasó, los cultivos brotaron verdes y saludables, el ganado se paseaba despacio por la

tierra desnuda y ondulante, y los comerciantes de Roma atestaban el río y la costa. El otoño transcurrió y, durante el invierno, Aricia pasaba mucho tiempo cabalgando entre su aldea y el fuerte en Lindum para cenar con Caesio Nasica. Discutían el reclutamiento anual de hombres libres brigantes para ser enviados a Roma y conversaban sobre la muerte súbita de Claudio, envenenado, se decía, por un plato de hongos preparado por la emperatriz Agripina. El nuevo pretendiente por la capa púrpura era el joven Nerón, de diecisiete años, un tonto vicioso enamorado de una habilidad histriónica inexistente que le llevaba a aburrir a los cortesanos con una voz débil y aflautada y que se creía un nuevo Augusto. Pero el interés inmediato de Aricia y Nasica era el estado de la frontera sudoeste de Brigantia. Muchos de sus propios jefes la patrullaban con la Vigésima donde delimitaba con territorio deceanglo y, hasta entonces, había mantenido sus otras fronteras sin ayuda romana, un hecho que cada legado subsiguiente de la Novena había tenido en cuenta en sus relaciones con la reina brigante. Merecía todo el oro y las riquezas que se derramaban en su territorio, pero no más. Si los hombres del oeste decidían forzar a Brigantia al combate y abrirse paso a las tierras bajas, los cuarteles generales de la Novena se trasladarían a la aldea de Aricia y tomarían su reino. Pero el oeste no estaba aún tan desesperado.

OceanofPDF.com

Invierno del año 54 al 55 d. de C.

CAPITULO 33

Aricia yacía en el triclinio del comedor de la casa espartana de Nasica. Los separaba una mesa atiborrada. Un sirviente nativo se acercó para servirle vino. Era tarde. Habían comido y bebido mientras, fuera, la nieve caía incesante y silenciosa. Las lámparas ardían bajas y la conversación se reducía a comentarios sociales, respetuosos y ocasionales. Nasica levantó su copa de la mesa, se reclinó y apoyó la cabeza en la otra mano.

—Hoy ha llegado a mis oídos una noticia que podría interesaros, Cartimandua —dijo—. De hecho, es apenas un rumor, pero firme. —Había pasado casi un año desde que Domnall y la druida habían dejado Brigantia con paso ligero y corazones alegres. El romano la estudió con aire reflexivo y atento, su mirada era penetrante y sus ojos brillaban de expectación—. Se comenta que los hombres del oeste han elegido un nuevo arvirago. —Esperó la reacción, pero Aricia se acomodó en los almohadones y sofocó un bostezo.

—Me cuesta creerlo —repuso—. Las tribus han estado en movimiento todo el verano y las legiones acaban de entrar en los cuarteles de invierno. No han tenido tiempo de celebrar un Consejo.

—Tengo entendido que la decisión fue transmitida por el mismo maestro druida, sujeta a la aprobación de cada jefe. No hubo objeciones. ¿Os digo a quién han escogido?

—Si queréis... —Aricia esbozó una sonrisa breve y advirtió con somnolencia que el vino había dejado un rubor apagado en aquellas facciones gruesas y marcadas por la viruela, e hinchado la carne alrededor de los ojos sombríos.

—Oh, claro que sí. Y os gustará. He estado reservándome esta información para el fin de la velada. Pensé que seria un buen remate para una cena agradable. —Sonrió. La boca reveló su cinismo siempre presente y sus ojos no dejaban de observar con atención—. La elección recayó sobre Venutio, vuestro esposo. Parece que es el nuevo arvirago.

La sonrisa de Nasica se ensanchó al ver el rostro pálido de Aricia ponerse lívido. Su mirada analítica registró un temblor casi imperceptible en los dedos cuando ésta se inclinó para coger su copa, se la llevó a la boca y la vació con rapidez.

—No —manifestó con un pequeño jadeo—. Jamás lo elegirían. ¡Nunca! No es de fiar, cooperó conmigo y con Roma durante muchos años. El...

—Ahora es de fiar —replicó el romano—. En realidad, es una elección lógica, ya que no es un hombre del oeste. Al escogerle a él, ninguna tribu puede sentir recelo de otra porque su jefe haya alcanzado un grado superior. Venutio arrastra una carga agobiante de errores y aflicciones personales. Odio hacia Roma por lo que le ha hecho a su amada Brigantia y odio hacia los nativos dominados.., a vos en particular, Cartimandua. Debéis admitir que convertísteis su vida en un tormento diario. Y ha tenido tres años para probarse a sí mismo. Pero ahora todo eso ha quedado atrás. Es arvirago. No regresará a vos, no importa cuánto lo anheléis. Personalmente, la situación me resulta divertida. Vos, una de nuestras aliadas más sólidas, casada con nuestro mayor enemigo.

Aricia chasqueó los dedos con impaciencia y el sirviente salió de las sombras en silencio para volver a llenar su copa. Una vez más, la levantó, se lamió los labios y, de pronto, la arrojó contra la mesa, donde se estrelló ruidosamente entre los restos de comida y finalmente se detuvo junto al plato vacío de Nasica.

—No le veo la gracia. ¿Qué dirá ahora el gobernador?

—Nada. ¿Qué habría de decir? He transmitido la noticia y él recordará que fuisteis vos quien entregó a Caradoc al emperador. No os molestará, Cartimandua.

Aricia se volvió boca arriba y fijó la vista en el techo, con un brazo apoyado en la frente y el otro cogido al respaldo del asiento. Venutio arvirago. Ese torpe y arrebatado inocente escogido por el propio maestro para recoger el manto de Caradoc... Su labio se curvó con desprecio. ¡Imposible! Caradoc había tenido una mente brillante y tortuosa, una mente capaz de superar a Scapula una y otra vez, una mente que proyectaba poder a sus seguidores, una mente rica, entera, inflexible. Ah, Sataida, Caradoc, Caradoc! Venutio era un niño simple y tonto, incapaz de trazar el camino del norte al sur de su propio territorio, mucho menos de urdir y llevar adelante operaciones militares año tras año. ¿O si? «¿Alguna vez lo he visto como a un hombre? —se preguntó—. Tal vez no lo conozca en absoluto.» De repente, sintió ansias de él y en la ola de esa avidez terrible, tuvo una idea. Se enderezó con vacilación.

—Despachad a los criados, Nasica. —El romano obedeció con las cejas enarcadas. Cuando la puerta se hubo cerrado sin ruido, se volvió hacia ella. Estaba sentada erguida en el borde del asiento, con las manos enlazadas con fuerza—. Ahora —continuó—. ¿Qué me daréis por otro arvirago encadenado a vuestra puerta?

«Perra —pensó él mientras la estudiaba con admiración. Aricia sacó la lengua para humedecer sus labios rojos; sus ojos refulgían de excitación—. Perra diabólica. ¿Cuándo llegará el momento en que no quede nada ni nadie para vender y comencéis a devoraros a vos misma?»

—Supongo que el precio sería el mismo —contestó—. Tendría que pedir la confirmación del gobernador. ¿Qué os hace pensar que podéis hacerlo?

—Mientras esté viva, él no se acercará a mí, pero si agonizara... Creo, Nasica, que debo empezar a morir, muy despacio, muy dolorosamente.

Él alzó su copa a modo de saludo y durante un instante, las miradas de ambos se encontraron con un entendimiento perfecto. Luego Aricia aventuró:

—Decidme, legado, ¿cómo hacen el amor los hombres romanos?

Nasica no se sorprendió. Lo había visto venir durante largo tiempo y lo había estado esperando con regocijo. Aricia estaba en ese momento frenética, excitada, y sus movimientos eran bruscos y continuos. Levantó las manos sobre la mesa y las llevó a su cabello con una tensión interna. La mujer lánguida y somnolienta se había esfumado, barrida por ese animal ansioso y de ojos febriles. Nasica sabía mejor que ella lo que había causado esa súbita explosión de energía y lujuria, y algo dentro de él contestó a la invitación impúdica con una afirmación insensible.

—No tengo ni idea —repuso con calma—, dado que jamás he llegado a tal extremo. Pero sé cómo hacen el amor las mujeres nativas. Con desgana.

Aricia rió. Dejó el asiento y se situó frente a él.

—¿Un comandante se rebaja a la violación?

—Por lo general no. Un comandante prefiere comprar a sus mujeres.

La sonrisa se había desvanecido de su rostro. Permanecía relajado y expectante y sus ojos reflejaban el sarcasmo de sus palabras. Aricia comenzó a quitarse las joyas de los brazos.

Aricia se recluyó en su casa y, durante una reunión militar, Caesio Nasica comentó a sus oficiales que la reina de los brigantes estaba muy enferma.

Poco después, las tropas especulaban sobre la naturaleza de su enfermedad y la posibilidad de que su muerte dejara a Brigantia en las manos más capaces de un pretor. El rumor se filtró despacio a los fuertes y fortificaciones de las tierras bajas y de allí a las poblaciones nativas de las aldeas. Cuando la primavera se abrió paso con vehemencia y desalojó al invierno, la historia había crecido. Cartimandua estaba muriendo de un mal devastador que carcomía la piel de sus huesos y le impedía estar de pie. Algunos decían que era el castigo de su diosa y una retribución apropiada por haber traicionado a Caradoc. Otros afirmaban que los romanos la estaban envenenando. Algunos alegaban que, al aproximarse el fin, se había arrepentido de sus traiciones y yacía en cama llorando y desgarrándose las ropas, al tiempo que reclamaba la presencia de su esposo. Sólo sus jefes más leales, Nasica y el gobernador sabían la verdad y todos esperaban conteniendo el aliento a que el rumor llegara a oídos de Venutio.

La primavera era cada vez más cálida e intensa y Brigantia celebró Beltine con alegría. Pero Aricia se paseaba de la ventana a la puerta y de vuelta a la ventana en la prisión oscura y asfixiante de su casa romana y no vio al sol bailar en la colina exterior ni el cielo negro y cubierto de estrellas. Esperaba notar el momento justo en que podría estar segura de que Venutio se había enterado de su aflicción para poder enviar a Andocreto a confirmar los rumores que sin duda, se decía, encogerían el corazón de su esposo y empañarían sus días. Resolvía los asuntos de la tribu a través del joven bardo y no visitaba el salón del Consejo. No se había molestado en reemplazar a Domnall por un nuevo escudero, ya que sus brazos habían olvidado cómo sostener una espada o un escudo. Por fin, mandó llamar a Andocreto.

—¿Cuál es el ánimo de la tribu? —preguntó. El joven cerró la puerta en silencio y se acercó a ella a través de las suaves pieles de oveja. Sus piernas desnudas estaban bronceadas por el sol ardiente y los días pasados con sus rebaños habían transformado su cabello rubio suelto en un dorado claro resplandeciente.

Se encogió de hombros.

—No ha cambiado. Vuestros jefes saben que no estáis enferma, pero no tiene importancia, ya que Venutio se llevó con él a todos aquellos cuya lealtad era dudosa. Los hombres libres están

ocupados con la siembra y la parición y he distribuido semilla como ordenasteis, asegurándome de decirles que provino de Roma.

—Entonces, si ahora enviara por Venutio y él viniera, ¿ninguna mano brigante se elevaría en su defensa?

El bardo paseó la mirada por la piel pálida y privada de sol y los hombros caídos. El aire de letargo y aburrimiento que la envolvía le sobrecogió también a él. De pronto, se sintió cansado.

—Ninguna. Ningún brigante se molestó tampoco en salvar a Caradoc. Sólo estaba vuestro esposo, señora, y ahora él y sus hombres se han ido. Ya no tenéis nada que temer de Brigantia.

Aricia le miró con atención, pero la inocencia brillaba en aquel rostro moreno.

—Muy bien. Quiero que tomes a un jefe y caballos y vayas al oeste. Busca a Venutio. Dile que agonizo y que deseo verle y suplicar su perdón. Inventa cualquier otra excusa, lo que quieras, me da lo mismo, pero convéncele de que tiene que venir.

—¿Cómo haré para encontrarle antes de que los hombres salvajes del oeste hundan una espada en mi vientre?

—¿Crees que el rumor de mi enfermedad ha llegado ya a sus oídos?

—Sí.

—Entonces puedes estar seguro de que ningún hombre de una tribu capturado en el oeste será asesinado sin que pueda transmitir sus noticias. Venutio estará desesperado por saber de mí. La ansiedad ha de estar destruyéndole, lo sé, Andocreto. Estará ávido de cualquier rumor procedente de Brigantia. Lo encontrarás sin sufrir ningún percance.

—¿Y Roma?

Se alejó de él y se dejó caer sobre la cama deshecha.

—El gobernador está de mal humor. Desea volver a casa. Ahora que la frontera de Scapula ha sido fortificada y asegurada de nuevo, no importunará a los rebeldes porque simplemente no se tomará la molestia. Permite que los fuertes y fortificaciones se defiendan solos pero no los dejará preparar ningún ataque. Siente que ha cumplido con su deber ahora que ha destruido Siluria para siempre. Nasica me lo dijo. Podrás cruzar las líneas del frente sin ningún inconveniente.

—Galo quiere que el emperador ordene una retirada completa de Albion —murmuró el bardo.

—Por eso no hace nada. Pero es un tonto. Si recorriera en persona su frontera occidental, se daría cuenta de cuánto está favoreciendo a Venutio al dar este largo respiro a los rebeldes. Tiempo para comer y recuperar las fuerzas otra vez, tiempo para descansar, tiempo para planificar. Pero no le importa. Lo único que le interesa es cumplir su periodo; si abandona Albion antes de que Venutio salga del Oeste, será más afortunado de lo que se merece.

Contempló sus manos que habían comenzado a entrelazarse por voluntad propia ante la mención del deseo de Galo de dejar Albion de manera permanente. La perspectiva de que Roma se marchara para siempre era demasiado terrible para que su mente pudiera considerarla, pero la idea subsiguiente, la que le producía un temor real y paralizador, era la imagen sangrienta y enmarcada en

fuego de los jefes del oeste que por fin bajaban de las montañas para caer sobre ella como dioses violentos.

«No sucederá —se dijo con vehemencia—. No, si entrego a Venutio al gobernador.»

—Nuestros gobernadores no han sido hombres de suerte —comentó con toda la ligereza que le fue posible. Andocreto sintió que se le secaba la boca. La suerte de Roma era algo débil y pálido en comparación con el odio de Albion. Y él debía hacer un servicio a Roma, enfrentarse a los ojos hostiles de los bosques de Albion y transitar los senderos estrechos de sus montañas con la fortuna romana como única arma para defenderse de su virulencia.

—¡Odio la guerra! —exclamó de improviso—. Mi padre solía burlarse de mí y llamarme cobarde porque yo amaba mis canciones y no mi espada. Pero no soy un cobarde. Simplemente detesto la guerra.

—Pobre Andocreto —susurró ella—. Debiste haber sido druida.

El dejo de desprecio en su voz pasó inadvertido para el bardo. Aricia sabía que era un joven dotado, apuesto y débil, pero no con la misma debilidad que Venutio. No era débil por exceso de honor o de amor. Andocreto era débil por exceso de egoísmo, un mediocre en todo excepto por su talento.

En la época en que los bardos habían sido druidas, habría sido un fracaso en ambas cosas. Pero era un hombre agradable a la vista, joven, alto y lozano. Se puso de pie para besarle con ansia.

—Ahora, vete —dijo—. Practica la mentira. Si tus ojos vacilan frente a Venutio, se dará cuenta de todo. Y ten, llévale esto. —Se acercó a la mesa y le arrojó un pesado collar de oro incrustado con azabache y perlas pequeñas—. Esto derretirá su enorme corazón. Fue su regalo de bodas. —Andocreto lo atrapó y lo guardó dentro de la bolsa en su cinto—. Si tienes la mala suerte de contar tu historia con un druida a tu lado y eres acusado de mentiroso, recuérdale que los druidas siempre me han odiado y sospechado de mí. Tráelo de vuelta, Andocreto. Hazlo por amor a mí.

—Pero no os amo, señora —acotó con agudeza mientras se dirigía a la puerta y la abría—. ¿Nasica sí? —Empezó a reír y ella rió también. El bardo dejó la casa y atravesó las puertas bajo el sol ardiente de verano.

Partió hacia el oeste junto con otro joven jefe, un miembro de la escolta de Aricia. No llevaban armas. Cuando Scapula desarmó a las tribus, había permitido que ciertos reyes y sus nobles retuvieran sus armas, pero la mayoría de los brigantes andaban desprotegidos y Andocreto había decidido que sería más seguro para él y su compañero que los consideraran indefensos.

No se apresuraron. Avanzaron por las colinas de Brigantia y su piel se bronceó todavía más bajo el incesante soplo del viento caliente y la cascada brillante de la luz del sol. Sus miradas se paseaban por el horizonte vasto y ondulante, y el perfume de la hierba inclinada y las flores ocultas llenaba su olfato. Entonaban canciones joviales y Andocreto se alegró de haberse liberado por un tiempo de su señora envejecida y oscuramente compleja. Entendía su deseo de capturar a un arvirago en beneficio de Roma, pero su avidez constante por un esposo que no amaba, con quien de hecho se había peleado

durante todos los años desde su regreso a Brigantia, le desconcertaba. Dejó de recordarla y tampoco pensaba en el futuro, satisfecho con disfrutar de las largas horas bajo el agradable sol del verano y escuchar por las noches, envuelto en su capa, la débil música de las estrellas. Él y su amigo comían bien. Requerían la hospitalidad de los jefes de las aldeas y compartían cebollas y puerros con las ocasionales patrullas romanas que se movían con libertad a través de Brigantia. Por fin, llegaron con desgana a la costa occidental y giraron hacia el sur, con los caballos hundidos hasta los jarretes en la espuma gris y revuelta que también mojaba sus pies.

—¿Dónde está Venutio? —preguntó su compañero. El cabello castaño se le metía en los ojos mientras arrojaba migas de pan duro a las gaviotas que los habían seguido diariamente en una nube de graznidos.

Andocreto alzó un hombro y entornó los ojos a causa del rocio.

—No lo sé. Seguiremos la costa hasta llegar a territorio deceanglo. Luego tomaremos el primer sendero que conduzca tierra adentro. Nos detendremos en el fuerte en Deva, creo, para obtener información sobre los rebeldes.

—Espero que no estén pasando el verano en las montañas. Ojalá que hayan bajado para guerrear. Las montañas me dan miedo.

—A mí también, pero con suerte tendremos buenos guías. —Su amigo asintió con una sonrisa y prosiguieron la marcha.

Una semana después de haber virado al sur a lo largo de la costa, se encontraron con una patrulla romana fuera de Deva. No había risas ni conversación ligera entre esos hombres sombríos, completamente armados y de rostros pétreos que se dedicaban a explorar los pies de las colinas. Eran hombres que habían vivido tanto tiempo con la idea de una posible muerte violenta, que sus ojos sólo albergaban una animalidad cautelosa. Si Andocreto no los hubiera visto y les hubiera gritado con fluidez en su propia lengua, les habrían disparado flechas a los dos jóvenes desde la distancia. El centurión no perdió tiempo en conversar con ellos. Ató los caballos de ambos para guiarlos al fuerte y él y sus hombres se apartaron deprisa del océano a través del amenazador bosque deceanglo. Incluso cuando los grandes muros del fuerte asomaron fuera del pequeño valle, el centurión y sus hombres no se relajaron ni intercambiaron palabra alguna.

Al llegar, el centurión escoltó a Andocreto y a su amigo hasta el legado y los dejó sin decir una palabra. El legado, Manlio Valens, de brazos cruzados sobre su escritorio, estudió con presteza a los hombres que se hallaban de pie frente a él.

—¿Quiénes sois, de dónde sois y adónde vais? —inquirió con voz tajante.

—Somos jefes brigantes. Buscamos a Venutio, líder del oeste —contestó Andocreto con serenidad y cortesía—. Debemos decirle que su esposa agoniza y desea que vuelva con ella.

—Brigantia —masculló el legado. Soltó los brazos y hojeó los despachos que se apilaban ordenadamente bajo su mano—. Brigantia. —Andocreto y su compañero esperaron mientras el

hombre hallaba el mensaje que buscaba. Lo leyó con rapidez, lo depositó de nuevo sobre el escritorio y les obsequió una sonrisa fría—. ¿Qué deseáis saber?

Andocreto se adelantó.

—Necesitamos saber dónde está Venutio, dónde pasan el verano sus huestes.

El legado lanzó una carcajada.

—Hace tres días, él y sus hombres atacaron un puesto de vigilancia a menos de treinta y dos kilómetros de aquí y se llevaron todos los caballos. Mataron a treinta de mis hombres. Está muy cerca, juntando caballos y reagrupando a su gente, pero el gobernador no quiere que le ataquemos antes de que caiga sobre nosotros. No os será muy difícil encontrarle. Sabe que mis manos están atadas. ¿Deseáis un guía?

Los dos jóvenes se miraron. Andocreto meneó la cabeza.

—No, señor. No queremos correr el riesgo de ser vistos con un romano, pero desearíamos provisiones.

Valens se cruzó de brazos otra vez.

—Muy bien. Suerte con vuestra búsqueda.

Comprendieron que la entrevista había concluido. Dejaron la oficina y salieron al campo de revista de tropas, sin saber a quién abordar. Observaron a los hombres inmóviles que custodiaban el águila y a los centinelas en lo alto del muro. Se sentían incómodos, un estorbo en ese lugar de peligro constante entre hombres siempre listos para entrar en acción. Andocreto se preguntó cuándo habría sido la última vez que los hombres de Deva habían reído felices, por nada en especial, por el simple hecho de estar vivo. «Ahora que lo pienso —refiexionó—, nunca he oído a un romano reír. ¡Qué pueblo más triste!» En ese momento, el secretario del legado salió de su oficina y los llamó. Los condujo, rodeando el edificio administrativo, a los graneros que había detrás.

—Llenad vuestras mochilas —dijo—. Vuestros caballos han comido y bebido. Si queréis, podéis quedaros aquí hoy y esta noche, pero el legado os aconseja que partáis al atardecer y que pongáis algunos kilómetros de distancia entre vosotros y el fuerte antes de deteneros a descansar. Los hombres de las tribus sospecharán si os encuentran demasiado cerca de Deva. —Los dejó para que llenaran sus mochilas con grano. Andocreto no tenía ganas de quedarse en aquel lugar prohibido y con olor a muerte. Él y su amigo fueron a las cuadras, sacaron sus caballos y suspiraron con alivio cuando las altas puertas se cerraron tras ellos con gran premura.

Era el mediodía. El sol estaba alto en un cielo azul salpicado de nubes. Se dieron prisa a salir fuera del valle y entraron de nuevo en el bosque. Doblaron al sur y un poco al oeste, cabalgando despacio y en silencio. Los árboles se cerraron a su alrededor y de inmediato se sintieron agobiados: hombres criados bajo el cielo amplio de Brigantia. Empezaron a sudar. Una quietud opresiva reinaba en el bosque. De vez en cuando, un pájaro reía o la maleza susurraba, pero en general, una calma intimidante pendía sobre ellos y depositaba temor en sus hombros y alrededor de sus cuellos como

velos suaves. No se detuvieron a comer pero, al atardecer, cuando la luz se colaba a través de los árboles y una brisa ligera agitaba las hojas oscuras, Andocreto detuvo su caballo.

—No aguanto más —susurró—. Treparé a un árbol y veré dónde estamos. —Se puso de pie sobre el lomo ancho del animal y saltó a una rama para desaparecer con apenas un sonido. Los minutos transcurrieron mientras el joven que permanecía en el suelo sostenía las cabezas de los caballos y escudriñaba con ansiedad sobre él y las primeras sombras circundantes del anochecer. Entonces, Andocreto bajó con suavidad a su lado—. A lo lejos, al sur, el bosque comienza a ralear —jadeó—, y aparecen las rocas y los riscos. Pero pienso que tendremos otro día de marcha antes de alcanzar el pie de las montañas. Acamparemos aquí.

Guiaron a los caballos debajo de los brazos de los robles, a un sitio donde ramas muy altas eclipsaban el cielo. Allí comieron una cena fría y desenrollaron las mantas. Andocreto se aventuró más adentro del bosque en busca de un arroyo, puesto que tenían mucha sed, pero su compañero se negó a alejarse del sonido amistoso del resuello de los caballos. Cuando el bardo regresó con las cantimploras de piel llenas colgando de un hombro, su compañero le comentó en un murmullo:

—¿Quiénes son los dioses de estos bosques, Andocreto, lo sabes? ¿A quiénes adoran los deceanglos?

Andocreto le pasó el agua y se acomodó bajo su manta.

—No lo sé. Pero todos los hombres del oeste, y los romanos también, se mueven con libertad por aquí. No creo que los dioses de los deceanglos nos molesten. Falta mucho para Samain. —No obstante, yacieron uno al lado del otro mientras las sombras se hacían más densas y el sol desaparecía, con los ojos clavados en la oscuridad que se cernía sobre ellos y los oídos aguzados. Ninguno de los dos durmió y, cuando llegó el amanecer, pálido y frío, se pusieron de pie enseguida y dejaron ese lugar.

Durante todo el día, caminaron penosamente a través de un interminable océano verde de hojas encendidas por el verano. En dos ocasiones cruzaron pequeños arroyos que gorgoteaban de modo soporífero y fluían claros y muy fríos hasta desaparecer bajo la alfombra húmeda de manzanas del año anterior. Andocreto no se molestó en asegurarse de que los caballos no dejaran huellas en el musgo húmedo y esponjoso que sobresalía de las orillas del agua. Quería que ese viaje silencioso, ese cautiverio entre los árboles, llegara a su fin. Cuando la luz comenzó a menguar, volvieron a dejar el sendero borroso pero inconfundible que habían estado siguiendo y acamparon otra vez. No encendieron un fuego y advirtieron que el suelo ya no era suave y blando, y que la tierra era más delgada y apenas cubría la roca partida de debajo. Los árboles también eran más ralos, de dimensiones menores. El temor les pesaba como una carga espantosa y se mantenían juntos.

Se tendieron bajo un árbol, espalda contra espalda, con los ojos muy abiertos y las manos añorando un cuchillo o una espada. Las estrellas titilaban intermitentes en tanto el viento nocturno agitaba el techo del bosque y, salvo por el roce de las hojas, el silencio era absoluto. De repente, Andocreto, que tenía los ojos cansados fijos en la oscuridad, creyó vislumbrar el destello de la luna

sobre metal. Se sentó. Allí estaba de nuevo, un parpadeo de luz opaca. Se incorporó y arrastró a su amigo consigo. Con los corazones acelerados, se esforzaron por ver con los oídos y oír con los ojos. Y entonces, unos golpes los derribaron al suelo con una velocidad y precipitación tan inesperadas que quedaron atontados. Andocreto, con el bosque oscuro que giraba a su alrededor, vio una pesadilla que se inclinaba sobre él, el gruñido congelado de un lobo furioso cuya melena negra cayó sobre su pecho. Cerró los ojos.

—¡Matémoslos pronto y marchémonos de aquí! —oyó decir al lobo—. Estamos demasiado cerca de Deva y es una noche despejada. Las patrullas deben de haber salido.

—Espera —contestó una voz grave—. Espera. —Unas manos tocaron el collar de azabache que colgaba de la garganta de Andocreto y el brazalete en su brazo. Se quedó muy quieto, sin abrir los ojos. Luego otras manos ásperas lo levantaron como si fuera un manojo de hierba y lo pusieron de pie—. Abre los ojos, Andocreto —ordenó la misma voz. El bardo obedeció.

El lobo estaba de pie y le miraba, su rostro era un horror de metal, pero Andocreto, con una ráfaga de alegría, clavó la vista en el jefe de barba negra cuyas manos todavía le sujetaban del cabello.

—¡Domnall! ¡Brigantia me ha dado suerte! ¡Mi señora se encuentra en dificultades y temía no encontrar nunca al arvirago! ¿Nos llevarás con él?

Detrás del hombre y del lobo, siete u ocho jefes permanecían de pie en la oscuridad, rígidos, tan inmóviles y oscuros como el bosque mismo. Domnall soltó despacio a Andocreto y el lobo volvió su rostro tieso hacia él.

—¡Entonces los rumores son ciertos! —exclamó—. Aricia...

—¡Refrena tu lengua, Sine! —manifestó Domnall. Se adelantó hacia Andocreto hasta que su aliento entibió la mejilla del bardo—. Ahora debo decidir, mi ex hermano, si matarte aquí o llevarte con nosotros. Conozco bien tu facilidad para mentir, Andocreto. De hecho, mientes mejor de lo que cantas, y eso es mucho decir. ¿Qué haces aquí?

Mientras reunía sus fuerzas dispersas, Andocreto alzó los ojos hacia los de Domnall.

—No vengo por propia voluntad —explicó con un susurro apresurado—. Temo a estos bosques y a las montañas. Pero mi señora se está muriendo, Domnall. Días tras día yace en la cama y su carne se ha consumido hasta los huesos. El médico romano no puede hacer nada por ella. Sólo añora ver a su esposo para rogar su perdón por los años perdidos. Tanta es su desesperación, que me envió a buscarle. —Los ojos azules se encontraron con los castaños, pero Domnall no era un druida. Bajó la mirada primero y frunció el entrecejo hacia el suelo.

—Feliz aquel que muere despacio —citó—, porque podrá recuperar su alma. Eso dicen los druidas. Y sin embargo..., sin embargo...

—¡Matémoslos ahora y vayámonos de aquí! —le urgió Sine—. ¡Esa mujer no ha dicho una verdad en toda su vida! ¡Te está mintiendo, Domnall!

Los hombros anchos de Domnall se encorvaron.

—Tranquila, Sine. Esto es un asunto familiar, un asunto privado. No debes interferir.

—¡Pero tu señor es arvirago ahora! ¡Su lealtad ya no es para su familia!

Domnall no le hizo caso y Andocreto la miró con curiosidad. Aquello no era un lobo. Sólo una mujer delgada con una espada en el cinto, cuyo cabello negro caía sobre la máscara de bronce que ocultaba el rostro. Pero a través de la máscara, dos ojos iluminados por la luna vertían recelo sobre él.

Por fin, Domnall se enderezó.

—No creo que mienta —dijo—, y aunque lo hiciera, este asunto es demasiado importante para mí. Mi señor debe escuchar. ¡Atadlos a los caballos! —gritó a los hombres de detrás—. ¡Vendadles los ojos! —Manos firmes llevaron al bardo y al joven jefe de vuelta al sendero y Sine tomó a Domnall de un brazo.

—Sabes lo que esto puede provocarle —manifestó—. Aun cuando este hombre esté mintiendo, la duda le desgarrará. Te lo suplico, Domnall, mata a los mensajeros, mata los rumores. Si es cierto, no tiene importancia. Déjala morir como se merece. Harás un gran favor al arvirago.

—No puedo, Sine —repuso, todavía ceñudo—. Ha ordenado que todo extraño sea llevado a su presencia y, además, si se enterara de que he ocultado una noticia así, me mataría. Hay druidas en el campamento. Nosotros... —Pero ella se había alejado y ya desaparecía en la oscuridad.

Durante el resto de la noche y ya avanzada la mañana, se deslizaron a través del bosque. Andocreto, a ciegas en su caballo y con las muñecas atadas en la espalda, se maravillaba de su sensación de soledad. Sus oídos no registraban ningún sonido de pisadas humanas, ningún olor de una presencia humana, y no obstante sabía que diez personas le acompañaban. Ni él ni su acompañante recibieron comida ni agua, y el grupo tampoco se detuvo a comer. Su caballo avanzaba con esfuerzo y le zarandeaba tanto que sus músculos pronto comenzaron a protestar, ya que subían de manera continua y zigzagueante. El viento empezó a jugar en su rostro. Al fin, oyó algo, o eso creyó, un murmullo, un sonido vago de movimiento incesante. Alguien pronunció una palabra y su caballo se detuvo. Unas manos le agarraron y le bajaron. Se quedó de pie temblando en tanto un cuchillo cortaba la soga alrededor de sus brazos y le arrancaban la venda de los ojos. Observó a su alrededor y el sol intenso le hizo parpadear.

Tiendas grises y destartaladas se extendían como gaviotas torpes hasta donde alcanzaba su vista, semienterradas entre la maleza y las rocas. Unos cuantos fuegos pequeños ardían sin humo, atendidos con cuidado por hombres ágiles y acuclillados. Hombres y mujeres se repantigaban callados fuera de las tiendas o formaban grupos silenciosos. Su mirada encontró el horizonte, una ladera larga y cubierta de árboles que terminaba en una roca árida donde los centinelas estaban apostados. A sus espaldas, la ladera continuaba hacia un río y hacia los bordes del bosque que habían atravesado.

De trecho en trecho a lo largo de la orilla, más hombres y mujeres permanecían de pie como árboles quietos, con los ojos vueltos hacia las profundidades frías y verdes del bosque. Su amigo se hallaba a su lado, pálido y acariciando sus muñecas doloridas, pero ileso. Sonrieron con vacilación,

reconociendo sin palabras la incomodidad total de ese sitio prohibido y la opresión de los sonidos sordos de un campamento que debería haber estado colmado de risas y gritos.

Se les ordenó que se sentaran junto a uno de los fuegos y se dejaron caer al suelo con alivio. Les trajeron comida..., conejo frío, pan amargo, un pedazo de cebolla para cada uno y trozos de queso blanco con olor rancio. Todo ello acompañado con cerveza negra que sabía a maleza ácida y putrefacta. Luego, mientras la tarde se adormecía, se quedaron sentados en medio de esa quietud animal, con los ojos del guardia fijos en ellos. Por fin, dormitaron también, ya que llevaban dos días y dos noches sin poder conciliar el sueño; en cierta manera, se sentían completamente a salvo.

Al anochecer, el guardia los despertó y se levantaron enseguida. En torno a ellos, los fuegos estaban siendo apagados y la última luz anaranjada y rosada del día todavía iluminaba ligeramente el borde del pequeño valle. El bosque estaba envuelto en una oscuridad soporífera, pero sombras largas y delgadas seguían a los tres hombres que se acercaban por la ladera hacia Andocreto y su compañero. Con el corazón agitado, el bardo reconoció a Venutio, pero no al jefe bajo y corpulento que se contoneaba junto a él ni al otro hombre ágil que caminaba un paso detrás. Se situó frente a ellos, se inclinó ante Venutio y la conocida maraña de cabello y barba rojos, los ojos vehementes y penetrantes y la nariz aguileña le revolvieron el estómago. Venutio sabía que él era más que el bardo de su señora, pero los ojos recelosos le miraban sin rencor. Sólo la boca delataba el dolor. Estaba algo entreabierta, lista para temblar de furia o contraerse de pena. Andocreto recordó ese rostro desfigurado por el sufrimiento, humillado bajo un sol cruel, y la sangre que había corrido por el pecho estremecido. Las náuseas amenazaron con subir a su boca. Tragó y afrontó su mayor prueba.

—Os saludo, señor —dijo—. Me alegra haberos encontrado por fin.

Venutio no le tendió su mano ni presentó a sus jefes. Escrutó la cara del bardo, asustado, clamando por hallar allí lo que buscaba. Pese a sí mismo, Andocreto adoptó una expresión de tensa contrariedad.

—Has comido y bebido —declaró Venutio finalmente—. Ahora, dame las noticias. No, espera. Emrys, ve a buscar al druida. —El jefe se alejó con un aire perturbador de ferocidad latente. Cuando regresó, Andocreto vio con consternación que le acompañaba la misma druida que había ido a ver a su señora a Brigantia. Caminaba como un hombre, descalza, balanceaba sus hombros pequeños y huesudos y su rostro tenía una expresión hostil. Su compañero se agitó a su lado y lanzó una exclamación en voz baja. Andocreto deseó taparle la boca con la mano para callarle.

—Bien —comentó la mujer al acercarse—. Sí, es el apuesto joven cantor de la señora Aricia. —Se detuvo junto a Emrys. Venutio hizo un gesto rápido y airado, pero ella habló de nuevo—. Ahora descubriremos si los rumores son ciertos.

Andocreto se volvió hacia Venutio, que había palidecido.

—¡Habla! —le ordenó el arvirago. El bardo se obligó a sostenerle la mirada. Era difícil, lo más difícil que había hecho en su vida, más desagradable de lo que había imaginado. Pero dijo las palabras.

—Señor, ella agoniza. Ha perdido tanta carne que ya no parece una mujer. Os suplica, os implora que vayáis a verla para poder deciros cuánto os ha agraviado antes de que la muerte la reclame. Me pidió que os entregara esto. —Obligó a sus dedos a no temblar mientras abría la bolsa en su cinto y extraía el collar—. No pretende que os quedéis con ella, sólo que le concedáis un momento de perdón. —Extendió las joyas y Venutio las tomó lentamente y las hizo girar en sus dedos. Luego las aferró con ambas manos y agachó la cabeza.

—Druida —susurró con voz ronca—. Repetidme las palabras con que ella se refirió a mí. —Andocreto advirtió que Emrys y el jefe robusto y de cabello negro intercambiaban miradas. La druida contestó de inmediato:

—«Desprecio a mi esposo, siempre le he despreciado y no quiero que regrese.»

Los nudillos de Venutio se pusieron blancos.

—Habéis afirmado que los rumores eran falsos —dijo de nuevo a la mujer—. ¿Qué decís ahora? Mirad a este muchacho, y por la Madre, decidme la verdad! —Su voz se elevó en un grito de desesperanza. La druida contempló con frialdad el rostro bronceado y hermoso de Andocreto, los ojos azules claros y el cabello rubio y brillante que ondeaba hasta los hombros delgados. El bardo mantuvo la vista clavada en la boca diminuta por temor a que sus ojos le revelaran todo.

Al cabo de un momento, la mujer suspiró.

—Es un mentiroso —sentenció—. Un magnífico y apuesto mentiroso. Vuestra esposa no agoniza, arvirago. Ni siquiera está enferma..., es decir, su cuerpo no sufre. Os estoy diciendo la verdad.

—¡Os lo dije! —gruñó en tono triunfante el jefe grandote y una sonrisa dibujó otro surco en su rostro arrugado—. Ahora, matemos a este sujeto y olvidemos el asunto.

Venutio alzó la cabeza despacio y en ese instante, Andocreto creyó que había ganado. Nadie podría decirle jamás al arvirago una verdad acerca de su esposa. Aunque él mismo había oído las palabras de odio y traición de los propios labios de Aricia, aunque había separado su cuerpo de ella, todavía escogía la ceguera de la mente, y en esa ceguera había una nube de duda viva y creciente anclada a su amor; de manera que, con su esposa o lejos de ella, ya no creía ni dejaba de creer nada sobre ella. Andocreto habló de nuevo, con tono amable y suave.

—Señor, conocéis el odio mutuo que existe entre los druidas y vuestra esposa. Por eso os envía el único tesoro que le queda, vuestro regalo de bodas, y os ruega, por el amor que alguna vez le tuvisteis, que escuchéis su tormento. Se está muriendo. Os necesita ahora.

—¡Ah, qué bien os conoce! —explotó el jefe corpulento—. Esto es lo único que podría llevaros de regreso a ella y lo sabe, de modo que está ocupada muriéndose. ¡Es una trampa!

—¡Paz, Madoc! —Venutio se estaba controlando con dificultad. Su mirada fue del siluro a la druida, de la callada compasión de Emrys a Andocreto, en busca de un indicio de certidumbre, una vislumbre de verdad bajo los mantos impenetrables de carne a su alrededor. Se pasó una mano por el rostro y gruñó—. Emrys, ven —ordenó y se volvió. Se marchó con el andar de un hombre borracho,

tambaleándose un poco, con una mano en la empuñadura de su espada y la otra apretando el collar. Andocreto le observó alejarse pero no se atrevió a mirar a su amigo.

Fuera del alcance de la vista del campamento, Venutio se sentó en la tierra. Rodeó sus piernas con los brazos y apoyó la cabeza en las rodillas. Emrys se dejó caer a su lado, cruzó las piernas y se quedó contemplando la noche que descendía y sintiendo el viento, cargado de los aromas sutiles del bosque, que agitaba la melena del hombre hundido bajo el peso del sufrimiento y acariciaba ligera y agradablemente su espalda encorvada. Emrys no se movió y sus pensamientos retrocedieron a los años de Caradoc, los años desesperados; luego, más atrás aún, a su propio fuego, frío desde hacia tiempo, a su propia choza ya en ruinas. Repasó los recuerdos con extrañeza, él y Sine juntos, jóvenes y libres, tan inocentes entonces, tan fuertes. Pero un extraño, golpeado por la guerra, había llegado con su hijo, un niño que también era un jefe, y el y Sine no habían sabido que traía consigo un final. Caradoc. «Mi hermano, mi señor, mi destino. Cuántas despedidas terribles en esta vida que es una muerte constante, cuántos dolores. No creímos que podríamos seguir luchando sin ti y no obstante, con el último aliento que tomaste del aire de Albion, así lo ordenaste, y he aquí que el maestro nombró un nuevo arvirago. Los días rojos persisten y no nos dan descanso, ningún descanso. Estamos condenados, cada uno de nosotros, y ahora.., esto.» Por fin, Venutio se movió en la oscuridad, levantó la cabeza y Emrys hizo a un lado la tristeza y le miró.

—Dime qué debo hacer, Emrys. —La voz brotó cansada, espesada por un fango negro de abatimiento—. Dímelo pronto. ¿Quién miente y quién odia? ¿Quién muere y quién va camino a la muerte?

—Creo que no importa quién miente o quién odia —respondió Emrys con seriedad—. Lo que importa es que sois arvirago. Sois señor de nuestra vida y nuestra muerte, no de las de vuestra esposa, y que ella viva o muera ya no es de vuestra incumbencia. Habéis sido su prisionero toda vuestra vida, Venutio. ¡Liberaos! Despachad a los jóvenes o matadlos y olvidad a Cartimandua. Desde que vinisteis a nosotros habéis tenido cierta paz y, en esa paz, habéis encontrado fuerzas que ignorabais poseer. Los druidas os escogieron bien. La hora de nuestra liberación está cerca, lo sabéis, lo sentís igual que todos nosotros. El gobernador nos ha dado grandes ventajas. Antes de la próxima luna llena habremos reunido la fuerza más grande desde el último combate de Caradoc, y Deva caerá. Ése es el comienzo, apenas el comienzo. La libertad está a la vista después de años de pérdidas, vergüenza y muertes. ¡Os necesitamos con desesperación, arvirago! La nueva campaña es vuestra..., vos la habéis planificado, vos debéis ejecutarla. Si nos dejáis ahora, nos retrasaremos, y si nos retrasamos demasiado, entonces todo estará perdido. Quedaos con nosotros. Volveremos a destruir la frontera de Scapula como si fuera madera podrida y entonces el emperador retirará las legiones, como dicen los rumores.

Venutio escuchaba mientras apretaba inconscientemente el collar contra su pecho. Cuando la voz suplicante de Emrys calló, aventuró con un murmullo:

—¿Qué harías, Emrys, si fueras yo y fuera Sine quien te llamara?

—Iría —admitió el jefe sin titubear—. Pero señor, Sine me ama y me habla sólo con la verdad. No nos mentimos como vuestra esposa os miente sin cesar. Perdonadme, pero no creo que esté enferma ni tampoco creo que merezca un solo pensamiento vuestro, mucho menos una vida entera de amor no correspondido y honor perdido.

—Sin embargo, Emrys, supón que ella esté agonizando de verdad. Supón que me reclama porque su corazón está abrumado de remordimiento. ¿Debo rechazarla?

—Si, debéis hacerlo. No tenéis nada que reprocharos.

Venutio se puso de pie con esfuerzo y Emrys le imitó. La noche ya era cerrada y la oscuridad los envolvía. Venutio tenía la impresión de que su alma era como esa oscuridad hermética, que aprisionaba con celo la larga enfermedad de su amor y su dolor para que no pudiera sanarse.

—Si los druidas pensaron que me curaría de mi enfermedad colocando el manto de arvirago alrededor de mis hombros, se equivocaron —afirmó con dureza—. Estoy roto, Emrys, todos los días me rompo de nuevo. Mis fuerzas son las de Madoc, las de Sine, las tuyas, no mías. Debo ir a verla, aun cuando ella me destruya.

—Venutio, todo el oeste se encuentra al borde de la victoria, esperando vuestras órdenes. ¡Esto es una locura! Hombres y mujeres han muerto a la espera de este día! ¡No os dejaré marchar!

—¡No tengo alternativa! —gritó Venutio—. ¡Sin duda lo entiendes! ¡Piensa en tu Sine, Emrys, y ayúdame!

—Entonces dejadme ir a mí—sugirió el jefe con suavidad—. Sine y yo transmitiremos vuestras palabras a Aricia, y si me equivoco, si de veras está agonizando, volveré para enfrentarme a vuestra espada. No podéis, no debéis ir. —En la penumbra, podía percibir la lucha del otro hombre, y se alegró de que la noche le ocultara el rostro del arvirago. Venutio se volvió y apoyó la frente contra un árbol con los ojos cerrados. Al cabo de un largo rato, susurró:

—Eres sabio, Emrys. Muy bien. No iré, pero tú tampoco. Te necesitamos aquí. Enviaré a otro.

—¿A quién?

—A Domnall.

—No, no ha estado con nosotros el tiempo suficiente y, además, no confiaréis en la palabra de un solo hombre. Dejad ir a Sine y tal vez a un miembro de vuestra familia.

—Sí. Enviaré a mi sobrino Manaw y a Brennia, su esposa. —Abandonó el árbol—. Perdóname, Emrys. No estaba pensando. No volveré a derrumbarme así.

Emrys no contestó. Venutio se volvió y regresó a donde el campamento se agazapaba casi invisible en su valle protector.

Cuando Venutio devolvió el collar a Andocreto y le dijo que no podía ir con él, hubo un momento de silencio azorado. Luego, Andocreto exclamó:

—¡Pero señor, si no venís, ella dejará de luchar por vivir! ¡Mi señora volverá el rostro hacia la pared y morirá! —Las lágrimas brillaban en las pestañas largas y rubias. El bardo estaba de hecho

sobrecogido por la emoción, pero porque pensaba en el rostro de Aricia cuando tuviera que presentarse frente a ella y anunciarle que su esposo ya no era su esclavo. Venutio no soportó más.

—Díselo, Emrys —declaró con brusquedad y giró sobre sus talones para esfumarse en la noche.

—No ha dicho que no irá —aclaró Emrys con frialdad al bardo—. Pero hasta no estar seguro de que tu señora agoniza, no se atreve a dejar el oeste.

—¡Pero ofende mi honor! ¡Duda de mi palabra! Yo...

—Joven —le interrumpió el jefe con cansancio—. Toda Brigantia está manchada con la deshonra de tu señora y lo sabes. Ya nadie cree en la palabra de un jefe brigante. Mi esposa te acompañará de regreso a tu casa, junto con familiares del arvirago. Ellos confirmarán lo antes posible si has dicho la verdad. Cuando vuelvan y juren que ella en verdad agoniza, entonces él irá.

Andocreto no podía hacer nada. Asintió lacónicamente y pensó con desaliento en los kilómetros que él y su amigo deberían cubrir en compañía de los rebeldes y en lo que les ocurriría si los romanos los atrapaban y no les daban tiempo para explicar su recado. Emrys se marchó y el bardo sacudió su manta detrás de una roca y se dispuso a dormir. Esa noche, la música no vibró en su mente.

Los cinco dejaron el campamento al amanecer, rumbo al este a través del espeso bosque.

—Viraremos al sur por territorio cornovio y luego entraremos de nuevo en Brigantia para eludir Deva —había explicado Sine a Andocreto y el bardo no se había atrevido a discutir, tal era el temor que sentía ante aquella máscara de lobo desgastada por el tiempo y ante la larga espada de hierro.

Recordaba vagamente al sobrino de Venutio y a su esposa, dos personas libres jóvenes y calladas con quienes jamás había intercambiado una palabra en sus años de infancia y juventud, antes de que su señora le invitara a su cama. En ese momento tampoco le interesaban. Eran parientes del arvirago, pero provenían de la granja de su hermano mucho más al norte, donde el propio Venutio se había criado y donde habían crecido la mayoría de sus jefes leales. Aunque Venutio amaba con ardor a su clan y había pasado mucho tiempo en el norte con ellos después de su boda, éstos no habían bajado a la aldea.

Andocreto montó su caballo en el aire rancio y gastado que aguardaba a ser disipado por el amanecer. Se sintió enfermo de aprensión al ver a Emrys y a la mujer lobo alejarse juntos en la niebla matinal y comprendió que el y su amigo estaban en manos de Sine. No conocía el territorio cornovio ni las rutas de acceso a Brigantia desde los senderos poco usados del sur central y si la mujer decidía abandonarles en algún momento, más les valdría estar muertos.

Emrys quitó la máscara grotesca del rostro de su esposa y la tomó en sus brazos.

—No confíes ni un segundo en el muchacho apuesto —le advirtió—. No dejes que se aleje para cazar o buscar agua ni por ningún otro motivo. Tampoco le des la oportunidad de hablar en privado con su compañero. Si Aricia está sana, como creo que lo está, y alguno de esos jóvenes le avisa de tu llegada, te matará. La única posibilidad de volver si ella está bien es verla y huir antes de que tenga tiempo de usar el ingenio. Si durante el viaje sientes que corres el más mínimo peligro, mata a los

brigantes y regresa. La paz mental del arvirago no merece tu vida. —«Ten cuidado —quiso decirle—. Sé cobarde, sé pusilánime, sé como son los brigantes, pero vuelve a mi»

Besó ligeramente la boca firme y cruel que se suavizaba únicamente con sus palabras, sonrió a los ojos duros que sólo él podía convertir en manantiales de risa breve o pasión; por un momento, ella apoyó la cabeza contra la tibieza de su hombro.

—Este viaje es tan inútil, tan absurdo... —susurró—. ¿Por qué ha de seguirle importando si ella vive o muere? ¿Por qué debo arriesgar mi vida por el bien de su estúpida y condenada obsesión?

—Por el bien de nuestra estúpida y condenada obsesión —repuso Emrys y las palabras se perdieron en la negrura del cabello de ella—. Venutio tiene que ser libre, el fin está cerca, su mente debe concentrarse totalmente en la guerra. A su manera, podría ser un líder brillante, como lo fue Caradoc, si tan sólo lograra liberarse de esa mujer. —Se enderezaron y el le entregó la máscara—. Camina con seguridad —añadió por fin—. Te quiero, Sine.

—Y yo a ti. Ve en paz. —Alzó un brazo. Una vez más, el lobo gruñó una advertencia ansiosa. Luego se volvió y le dejó.

Avanzaron durante una semana, moviéndose siempre hacia el sur y el este; aunque, en lo que concernía a Andocreto y a su compañero, podrían haber estado girando en círculos. Sine los guiaba en silencio y con seguridad. Andocreto y su jefe iban detrás y los dos jóvenes rebeldes brigantes cerraban la retaguardia. Por las noches, el sobrino de Venutio pasaba unas horas cazando mientras los otros permanecían sentados y callados en alguna caverna o cañada oculta o junto a algún arroyo poco profundo. Sine y la mujer se las ingeniaban para interponerse entre Andocreto y su amigo a fin de evitar toda conversación entre ellos. Los pensamientos del bardo se escurrían de un lado a otro y se volvían más turbulentos a medida que se acercaban a Brigantia. Un plan a medio urdir sucedía a otro en su mente y le desesperaba no poder enviar un mensaje a su señora. Aricia los recibiría con todas sus galas, plantada con solidez sobre ambos pies, y la recompensa por la captura de su esposo quedaría bien guardada en los cofres del fuerte de Lindum. A la hora de dormir, uno de los parientes de Venutio o la misma Sine montaban guardia e incluso cuando Sine se acostaba, Andocreto sentía sus ojos en él, alerta, hostiles y despectivos detrás de la máscara de bronce.

Era como uno de los lobeznos salvajes que los niños brigantes solían llevar a sus chozas para domesticar, convertido en un animal adulto inestable, todavía con la ferocidad de sus raíces libres y sanguinarias reflejada en sus ojos astutos. Le temía.

La oportunidad de Andocreto se produjo una tarde, a dos días de marcha de la aldea. Habían dejado atrás los bosques densos del extremo sur de Brigantia y cabalgaban por el primer p ramo ondulante y ventoso. Sine y los parientes de Venutio estaban cansados, y esa fatiga se exacerbaba con la indefensión que sentían bajo aquel vasto cielo azul, privados de proteccion y visibles de una manera incómoda, tal como Caradoc se había sentido una vez camino a esa misma aldea con Caelte y el delator. Pero Andocreto y su amigo tragaron profundas bocanadas de viento inodoro y recobraron la esperanza pues podían alzar la vista y contemplar a lo largo de kilómetros ininterrumpidos las

aldeas pequeñas dispersas como islas y los arroyos que fluían rápidamente y casi sin orillas. Aquí y allá, en las depresiones donde las colinas descendían para volver a elevarse, había árboles, árboles que se podían contar, árboles que no les rodeaban ni absorbían.

Estaban acampados en uno de esos montes de árboles delgados, sentados bajo la sombra pálida con el sol que caía a plomo sobre ellos, cuando de pronto, Sine apoyó una mano en el suelo.

—¡Caballos! —exclamó, y se tendió de inmediato con la oreja apretada contra la hierba seca. Andocreto la observaba con el corazón en la boca—. Creo que es una patrulla de caballería —añadió al cabo de un rato y antes de que las palabras abandonaran su boca, sus compañeros ya estaban montando para llevar los caballos al inseguro amparo del bosquecillo. Luego, los cinco se tiraron al suelo y esperaron con nerviosismo. Andocreto descubrió que se encontraba al lado de su jefe. Con suavidad y despacio, acercó su cara al cabello oscuro de su amigo.

—Cuando la patrulla haya pasado —susurró—, corre. —El otro hombre no hizo ningún movimiento, no dio señales de haber oído, pero Andocreto sabía que se había hecho entender. Durante casi media hora, permanecieron inmóviles mientras la patrulla se aproximaba con lentitud y calma.

Incluso cuando pasó tan cerca de ellos que el bardo pudo oír las voces del oficial y sus hombres, ninguno de los cinco siquiera parpadeó y los mismos caballos, entrenados desde hacía tiempo en medio del silencio del oeste, no relincharon a modo de saludo. Sine mantuvo el oído contra el leve temblor de la tierra debajo de ella hasta mucho después de que todo sonido hubo sido devorado por el suspirar del viento. Entonces se sentó y abrió la boca para hablar. Pero Andocreto no le dio tiempo. Rodó y se arrojó sobre ella. Con un gruñido, su jefe se incorporó de un salto y huyó fuera del monte, agachado y con pies veloces y ligeros, apresurándose en la dirección de una aldea cuyo humo tiznaba el aire a tres kilómetros de distancia. Con una maldición, el sobrino de Venutio se lanzó tras él en tanto Sine forcejeaba con el peso sofocante de Andocreto. De repente, alguien separó al bardo de ella y un brazo rodeó su garganta. Sine salió disparada de debajo de los árboles. Andocreto sintió el cuchillo frío de la otra mujer debajo de su oreja.

—No te muevas, niño bonito —le amenazó. Eran las primeras palabras que le dirigía en todos esos días. Andocreto cerró los ojos y se estremeció.

Sine extrajo su cuchillo mientras corría. Alcanzaba a ver al sobrino de Venutio más adelante, sus brazos y piernas se agitaban con frenesí, pero más allá, a lo lejos, el brigante se desplazaba como agua sobre el suelo, con ese andar que antes había despertado admiración por las personas libres brigantes en aquellas tribus donde el territorio no ofrecía espacios abiertos ilimitados sobre los cuales correr. El sobrino de Venutio había pasado demasiado tiempo en las montañas y, aunque sus músculos eran duros y firmes, había olvidado esa forma de correr. Sine se apresuraba con desesperación, consciente de que se cansaría pronto y forzándose a respirar hondo al ritmo de su paso largo. «Un poco más cerca», rogaban sus piernas, «un poco más cerca», gritaban sus brazos. De

pronto advirtió que el fugitivo se tambaleaba y luego se recuperaba y que ella había ganado algo de terreno. O lo hacía entonces o lo perdería. La hoja del cuchillo se deslizó a su mano.

—¡Al suelo, Manaw! —gritó, y el hombre obedeció al instante. En ese mismo momento, su brazo se elevó y arrojó el cuchillo. Siguió corriendo sin disminuir la velocidad mientras el cuchillo volaba hacia arriba, hacia fuera, y giraba una y otra vez, refulgente bajo el sol. Luego el brigante lanzó un chillido, se tambaleó y cayó. Cuando Sine le alcanzó con paso vacilante, estaba muerto. Se inclinó, arrancó el cuchillo de entre los omóplatos, lo limpió en sus calzones y lo volvió a guardar en su cinto. Manaw se acercó caminando, todavía jadeante—. Cógelo de un brazo —le ordenó ella con voz ronca. Juntos arrastraron el cuerpo de regreso al refugio del monte.

—¡Idiota, estúpido! —insultó a Andocreto—. La señora habría sido puesta sobre aviso y nos habría matado a todos. Y más tarde, habría enviado a otra víctima al oeste para preguntar al arvirago dónde estaban su bardo y su collar, y por qué no la había visitado en su lecho de muerte. Pero no se te ocurrió pensar eso, ¿verdad? —Se acuclilló en la sombra y se quitó la máscara para enjugarse el sudor del rostro. Andocreto vio su cara por primera vez, un rostro moreno sin dulzura ni suavidad y, sin embargo, fría y ásperamente hermoso, de huesos marcados, enormes ojos negros, boca delgada y enjuta, y mentón afilado. No era una cara juvenil, pero Andocreto ignoraba si eso se debía a que siempre había carecido de las curvas suaves de los pómulos y sienes típicos de la juventud o si éstas habían sido alisadas por las asperezas de la vida. Arrugas, producto de haber pasado años a la intemperie y de la guerra, cercaban sus ojos, pero era un rostro simple y puro, puro en su severidad. Podría haber sido hermana de Emrys, no su esposa, ya que compartían el garbo de las facciones y el cuerpo, y la música del peligro a su alrededor. La estudió mientras ella se limpiaba la sangre de los dedos—. Ahora estoy plenamente convencida de que tu señora es la reina de la mentira. No lo tuviste en cuenta, ¿no? —El cuchillo todavía presionaba su cuello y no se atrevió a mover la cabeza.

—Matemos a éste también —sugirió Brennia—, y volvamos al oeste.

Pero, después de un momento de reflexión, Sine desaprobó la idea.

—El arvirago no estaría satisfecho —comentó con amargura—. Al principio creerá, pero después empezará a preguntarse si este idiota —pisó el cadáver con un pie— no huiría por un exceso de miedo o si alguno de nosotros no malinterpretaría un movimiento suyo y lo habría matado impulsado por nuestro propio cansancio y temor. No. Debemos seguir con este juego estúpido hasta el final. Veremos a esa perra con nuestros propios ojos y entonces el arvirago se sentirá satisfecho. Suéltalo. —La mujer envainó su cuchillo de mala gana. Sine se inclinó hacia delante y cogió a Andocreto de la barbilla con una mano de acero—. Y tú, mi pobrecito cobarde. Haz un solo movimiento precipitado y olvidaré mi misión y te cortaré en mil pedacitos rojos. —Su tono no era malicioso sino práctico. Se incorporaron y desataron los caballos sin mediar otra palabra.

Dos días después, a la misma hora, desmontaron al pie del alto muro de piedra de Aricia. Atravesaron las puertas sin custodiar, y se mezclaron con la gente que deambulaba sin prisa de un lado a otro bajo el sol suave y declinante. La mirada rápida de Andocreto registró que había un

número mayor de soldados de lo habitual, en grupos de dos o de tres, paseando entre los hombres libres. El sudor corría desde sus axilas mientras pensaba en su señora, con todo preparado y esperándole con impaciencia en su casa.

Sine no le dio oportunidad de llamar la atención de un legionario. Se acercó a él y extrajo el cuchillo que tenía escondido bajo su capa.

—Ahora —murmuró— me apoyaré en ti, así —y le pasó el brazo izquierdo sobre el hombro derecho—, como si estuviera muy cansada. Tú me rodearás la cintura con un brazo. —Andocreto obedeció a regañadientes. Sintió los músculos tibios, duros como los de un hombre, bajo la túnica corta, y la mano derecha de Sine subió y presionó el cuchillo debajo de sus costillas—. Si haces una seña o gritas, te mataré —prosiguió—. Guíanos a la casa de la señora. ¿Cuántos hombres la custodian?

El bardo tragó saliva.

—Seis.

—Ah. Y supongo que todos estos romanos han sido reunidos para escoltar al arvirago a Lindum.

De modo que ella también lo había notado. Andocreto se sumió en la desesperación.

—Siempre hay soldados y comerciantes aquí —contestó. Sine sacudió la cabeza.

—¿Crees que soy estúpida? Cuando lleguemos a la casa, debes llamarla con voz excitada... y digo excitada. Ella saldrá y mi tarea terminará. Guiadnos, mentiroso.

Atravesaron la aldea con lentitud. Sine obligó a Andocreto a ir por los callejones más solitarios, pero casi todo el mundo estaba fuera respirando el aire diáfano, y muchas miradas curiosas siguieron el paso del grupo..., el joven bardo de la señora, una mujer libre cansada y cubierta con una máscara de lobo y una pareja de una tribu extraña. Andocreto ni siquiera intentó llamar la atención de los jefes que le conocían. El cuchillo presionaba fuerte en su costado.

«Y de todos modos —se dijo—, ¿de qué serviría? Venutio no está con nosotros. Podría haber considerado dar mi vida si lo estuviera, pero no moriré por la captura de estos tres.»

Poco después, llegaron a la alta pared de piedra que rodeaba la casa de Aricia y a las puertas de hierro. Sine miró hacia atrás; un viento de mar continuo levantaba su cabello del cuello. A lo lejos, alcanzaba a ver las chozas y casas de la aldea, más allá del muro de piedra que descendía donde la tierra se ondulaba hasta quedar velada por el bosque reconfortante, y los raudales de luz solar caían como estanques rojos en las hondonadas y bajaban las colinas como ríos. Por un momento, estuvo a punto de volverse y huir. Se vio a sí misma libre, corriendo de regreso a Emrys y al oeste. La ansiedad en su interior hizo temblar el cuchillo contra Andocreto, pero empujó al joven y volvió el rostro de metal hacia la sombra de las puertas.

—¡Habla! —susurró.

—¡Abrid! —gritó él con voz ronca—. ¡Soy yo, Andocreto!

Las puertas altas se abrieron y un escrutinio rápido reveló a Sine un recinto, una casa de madera grande y un grupo de jefes armados, todos oscurecidos por la noche incipiente, todos circundados por

esa pared lisa y alta.

Los hombres en la puerta esperaban, pero ella titubeó. Sabía que si entraba y la puerta se cerraba, no habría escapatoria. Y por supuesto, la puerta se cerraría. No quedaría nada excepto esa pared imposible de escalar. Debió haberlo supuesto, debió haberle preguntado al bardo, pero era demasiado tarde.

«No merezco esto —pensó con desaliento—. Después de tantos años de sobrevivir a tantas vicisitudes, ser capturada al fin y caer, no en combate, sino atrapada por una mujer a quien podría matar con los ojos vendados en una lucha.»

Andocreto profirió una exclamación cuando el cuchillo atravesó su ropa, se hundió en su piel y una humedad tibia brotó bajo su túnica. Sine apretó los dientes y movió la cabeza. Juntos caminaron hacia los jefes que aguardaban. La puerta se cerró con estruendo a sus espaldas. En el centro del patio, Sine se detuvo y Manaw y su esposa lo hicieron cerca de ella.

—He cambiado de idea —masculló al bardo—. Ordena a uno de los jefes que entre en la casa y le diga que estás aquí, con quien ella espera.

Andocreto elevó la voz con esfuerzo.

—Id a anunciar a la reina que he vuelto —gritó— y que quien ella espera me acompaña. Aguarda en el salón del Consejo a la espera de saber si ella se encuentra con ánimos para recibirle.

Los jefes miraron con recelo a Sine, apoyada contra el bardo de la señora como una amante pero, mientras ella se enderezaba despacio, uno de los hombres masculló algo a sus compañeros y se alejó. El corazón de Sine comenzó a dar latidos lentos y regulares. Si la señora agonizaba, estaban a salvo, pero esa chispa fugaz de deseo por la autopreservación se apagó enseguida. Todos aguardaron con una tensión cargada de miedo y los ojos fijos en la puerta de la casa. El sol bordeaba el horizonte lejano y ya empezaba a concentrar su luz de nuevo en sí mismo.

Aricia apareció, una figura alta con una túnica roja que ensombreció el vano y arrastró consigo la luz del fuego al salir al pórtico. El sobrino de Venutio emitió un pequeño grito. En su interior, Sine experimentó dolor por su arvirago, puesto que esa mujer era hermosa a pesar del cabello salpicado de gris y el rostro flojo y marcado por la edad; un hombre podía perderse a sí mismo en esos ojos negros y olvidar su identidad. La reina brigante avanzó hacia ellos y se detuvo. Sine contuvo la respiración.

—Te saludo, Andocreto —dijo con su voz dulce y sonora—. Has hecho un buen trabajo. Ahora, ¿quién es esta criatura que se aprieta contra ti con tanta pasión y dónde está Venutio?

Andocreto no se sentía capaz de responder y, mientras pugnaba por hacerlo, la voz clara de Sine resonó en la oscuridad creciente.

—Os saludo, señora. Soy una mujer libre que ha jurado lealtad a vuestro esposo. El espera noticias vuestras en el salón. Iré a buscarle. —Soltó a Andocreto, y Manaw y su esposa se volvieron también para encaminarse con decisión hacia las puertas.

—No, no lo harás —replicó Aricia con voz determinante—. Andocreto, ve tú a buscarle. Sabes lo que hay que hacer. —La súbita sospecha en su voz se convirtió en certidumbre cuando Sine y los

otros dos echaron a correr. El bardo se desplomó en el suelo y se acuclilló, mareado y con una mano en la herida abierta. Los rebeldes se abalanzaron sobre las puertas para arañarla frenéticamente con dedos desesperados e intentando trepar—. ¡Atrapadlos! —ordenó Aricia, y sus hombres se lanzaron hacia delante. Manos rudas arrancaron a Sine y a la pareja de la pared. No tuvieron tiempo de desenvainar sus espadas ni de pelear. Aricia caminó hasta ellos; la ira bullía en sus dedos adornados con azabache y en los hombros rígidos también rodeados de azabache. Con un movimiento salvaje, arrancó la máscara de lobo del rostro de Sine. Sine, atenazada por brazos poderosos, la miró, jadeando un poquito. Era el fin de su vida y lo sabía; no obstante, sostuvo la mirada de Aricia con ojos resueltos.

«Terminar así —pensó—. Qué inútil, qué innecesario. Pero el arvirago está a salvo y es lo único que importa.»

—Desarmadlos —ordenó Aricia, y los cintos con las espadas y los cuchillos les fueron arrancados y arrojados al suelo. Estudió con atención al sobrino de Venutio y de pronto rió—. Ah! Si es el pequeño Manaw. Deberías haber seguido cazando conejos, niño, y dejado la caza de hombres para los que tienen estómago. —Habría seguido burlándose de él, pero algo en sus ojos, un fatalismo, una aceptación madura e indolora de su destino, la hicieron volverse hacia Sine—. ¿Dónde está Venutio? —la urgió. Detrás de ella, Andocreto se puso de pie con inseguridad y se acercó.

—No vendrá hasta no estar seguro de que no estáis engañándole —explicó con dificultad y las manos todavía contra su costado—. Esta gente debe confirmar que vuestro mensaje es cierto.

Aricia se encaró con él airadamente.

—¡Entonces fracasaste! ¡Debí haber sabido que no podía confiar un asunto así a un simple niño!

«Niño bonito —pensó él, atontado y enojado—, niño hermoso, muchachito.» El dolor le subía desde la axila y la sangre tibia todavía corría por su muslo. Por una vez en su vida habló con temeridad.

—¡No me llamáis así cuando estoy en vuestra cama, señora! —replicó—. No fracasé. Vuestro esposo habría venido, pero los jefes de las tribus le disuadieron. Pensad muy bien qué haréis con estas personas, ya que ella —precisó y señaló a Sine— es la esposa de uno de los líderes rebeldes, un hombre poderoso. Iré a poner unguento en mi herida. —Empezó a caminar, dio una orden brusca y las puertas se abrieron para dejarle pasar. Aricia se quedó mirándole un instante con los ojos entornados. Luego se volvió hacia Sine. Sus mejillas estaban encendidas como amapolas rojas y Sine le sonrió alegremente y con insolencia.

—No vendrá —afirmó—. Ha encontrado un amor más grande, prostituta brigante. —Con la rapidez de una serpiente al atacar, Aricia levantó una mano cargada de anillos de azabache y la sangre corrió por la mejilla de Sine donde las piedras duras la rasparon.

—Ponedlos bajo custodia —declaró la reina brigante con voz trémula.

Su cuerpo temblaba y una urgencia demencial por despedazar y pisotear nublaba su vista—. Encadenadlos a la pared, cuello, brazos y pies. Y quitadles las torques.

Giró sobre los talones y entró en la casa dando un portazo. De pie en la habitación callada y mortecina donde nada se movía salvo las llamas del fuego y su propio pecho agitado, descubrió que aún aferraba la máscara de lobo. La examinó con atención. El frente, aunque muy lustrado, estaba combado y abollado. Pasó los dedos sobre las ondulaciones de viejas marcas de espada, colinas y valles de orgullo y honor, el brillo de bronce parejo de una vida entera de sueños transitados por senderos de peligro, surcados con coraje. Algún feroz hombre del oeste extrañaba a esa mujer. En algún lugar, sus pensamientos se centraban en ella con añoranza y ansiedad. Le dio la vuelta. La superficie debajo estaba manchada por la respiración y el sudor. Llevada por un impulso, la acomodó en su rostro. La habitación pareció alargarse de inmediato. Los detalles resaltaron en la penumbra..., los bordes afilados de la mesa, un resplandor molesto de la luz del fuego sobre joyas, la curva del rostro y el cabello de Brigantia, la luz del atardecer avanzado que formaba un cuadrado gris alrededor de los postigos de la ventana. Olores extraños asaltaron su nariz, olores que antes le habían pasado inadvertidos. El aroma dulce del humo, el hedor empalagoso de los cueros de oveja curtidos, el vaho familiar y tibio de sueño y placer que despedían sus sábanas, incluso una vaharada ardiente y centelleante del cristal y oro de sus tesoros. Desconcertada, se llevó una mano a la frente cubierta de bronce. Entonces, otro olor flotó hacia ella, débil pero cada vez más intenso, el hedor nauseabundo y persistente de sangre recién derramada. Otro olor se mezclaba con él, el olor de la decadencia, el olor de su sueño que se elevaba en brumas invisibles a su alrededor. Tosió; de pronto no podía respirar. Se esforzó con desesperación por inhalar aire, pero la máscara parecía mantener cerradas las ventanas de su nariz y su boca y todo el tiempo esa otra presencia insidiosa, la sangre y la putrefacción, obstruía su garganta y la asfixiaba. Aterrada, cogió la máscara, se la quitó y la arrojó al suelo, donde cayó con ruido mientras ella se mofaba. La habitación recobró sus dimensiones reales. Con la boca entreabierta, aspiró bocanadas de aire tibio e inodoro y corrió hacia la puerta. La abrió de un tirón y pidió vino a gritos. Cuando se lo trajeron y las lámparas estuvieron encendidas, se sentó para beber y reflexionar sobre el próximo paso a seguir. Pensó en los tres prisioneros que permanecían encadenados a las paredes de su prisión, en su esposo que se escabullía de ella, y en la clase de amor que nunca había tenido. Su vista estaba clavada en la máscara a sus pies y trató de borrar con el vino los celos y el dolor que había sentido al mirar el rostro sereno de Sine. Pero no pudo. La máscara se burlaba de ella. La devoción de algún jefe desconocido por su audaz esposa, en ese momento en sus manos, se reía de ella. Estaba sola.

Por la mañana, mandó llamar a la esposa de Manaw.

—Regresarás al oeste —la instruyó con claridad y cuidado— y le dirás a Venutio que si no viene mataré a su sobrino y a la mujer. No los entregaré a Roma, tenlo presente. Los mataré con mis propias manos, en mi muro de piedra, frente a toda Brigantia. —La muchacha palideció.

«Qué jovenzuela tan débil —pensó Aricia burlonamente—. Con ese rostro insignificante y tímido, ojos vacilantes, y esa dulzura repugnante.»

No ocultó su desprecio y aunque la muchacha lo percibió en los hermosos ojos negros, no le hizo caso.

—Podéis hacerlo —contestó con tranquilidad, aunque el color seguía desvaneciéndose de sus mejillas delicadas—. Anoche, mi señor y Sine conversaron sobre esta cuestión. Cuando vuestro guardia vino a buscarme, ya sabían lo que vos ibais a decirme. Y yo os digo esto, reina. Si deseáis matarlos, hacedlo ahora, puesto que iré al oeste y transmitiré vuestro mensaje, pero no regresaré, y tampoco el arvirago. Ahora no significáis nada para él, y ¿qué son dos muertos más, comparados con la causa de la libertad? —Alzó sus hombros harapientos—. Enviadme si queréis, pero preferiría morir junto a mi esposo.

Aricia la miró estupefacta, consciente una vez más del muro que la había separado del propio Venutio, de Domnall y de Caradoc, el muro que representaba una perspectiva de vida que siempre le había parecido tonta y destructiva. Se volvió. De pronto entendía por qué esa joven mujer la irritaba casi más allá de lo tolerable. Le recordaba a Eurgain.

—¡Oh, vete! —replicó—. Estoy segura de que no necesitas un guía. Te ofrezco tu vida y, si eres inteligente, la vida de tu esposo también. ¡Tráeme a Venutio! —No hubo respuesta. Cuando Aricia se volvió de nuevo, la habitación estaba vacía.

Dos días después, Caesio Nasica la observaba con furia a través de la mesa del comedor y el rostro grueso lívido de cólera. Nunca lo había visto perder el control, y Aricia se reclinó y lo contempló, divertida, mientras él le apuntaba con un dedo romo.

—¡Esta vez habéis obrado con torpeza, Cartimandua! —protestó con voz áspera— ¡Debería arrestaros por encubrir criminales! ¡Deberíais habérmelos entregado para que mis hombres les sonsacaran la situación de sus campamentos. Abusáis demasiado de la buena voluntad de Roma!

Ella sonrió.

—Ya deberíais saber que ellos nunca hablan —acotó—. Sufren y mueren sin pronunciar una sola palabra.

El legado respiró hondo y se reclinó.

—Siempre vale la pena intentarlo. En cualquier caso, tendríais que haber preguntado a vuestro bardo si podía guiarnos al campamento rebelde.

—Lo hice. Explicó que le vendaron los ojos durante el trayecto de ida y que, cuando volvió, la bruma era demasiado densa para poder conservar el sentido de la orientación. —Se acomodó en los almohadones—. También sabéis que los rebeldes se mueven por las montañas con gran velocidad y que suelen acampar y desaparecer con frecuencia. Al menos de esta manera, tengo una oportunidad más de capturar a Venutio.

—No vendrá.

—Ya lo veremos. Creo que lo hará. Se ha negado una vez y sólo yo sé lo que debe de haberle costado esa negativa. No será capaz de repetirlo.

Nasica bajó las piernas al suelo y se dispuso a comer.

—Sobrestimáis vuestro atractivo, mujer —comentó con tono seco.

Aricia rió con los ojos brillantes.

—No le atraerán mis encantos —repuso—. En esta ocasión, será el deseo ferviente de mi muerte.

El romano disimuló su sorpresa.

—Me resulta difícil entender —manifestó, mientras mojaba pan en la salsa— que un hombre permita que su interés por una mujer interfiera en su vida. Por cierto, ninguna mujer es digna de que uno arriesgue la vida por ella.

—Estoy de acuerdo —le sonrió con malicia—. Y por supuesto, vuestro interés en mí no es más que un asunto de negocios.

Nasica se ruborizó.

—¡Desde luego! —contestó con brusquedad.

La muchacha dejó la aldea cuando el sol se desembarazaba de las neblinas blancas y húmedas de la mañana. Llevaba con ella los caballos de Sine y de su esposo y se encaminó hacia el oeste a través de Brigantia, cabalgando a medio galope sobre la hierba alta y bañada de rocío. Avanzó durante todo el día y se detuvo una única vez para robar comida de una granja cuyos hombres y mujeres libres se encontraban en los campos. Cuando llegó la noche, se internó entre los helechos de un monte, se acurrucó en su capa y durmió larga y profundamente como un animal pequeño. Viajó así durante una semana, moviéndose con rapidez y ligereza sobre las colinas áridas, sin pensar, fundiéndose con la tierra y el cielo y tirando de los caballos atados detrás.

Entró en el bosque, contenta durante un instante por el refugio que le proporcionaba, pero luego enterró todo alivio bajo una vigilancia silenciosa. Era todo ojos y oídos y nada existía para ella salvo cada momento presente. La dirección del viento que acariciaba su mejilla o su mano, los aromas del bosque que se elevaban debajo de los cascos del caballo, el desvío menor y constante que el animal deseaba hacer, el ángulo del sol oculto, esas cosas eran su vida, su guía.

Un anochecer, cuando la brisa arrastró hacia ella una vaharada de aire de mar acre, se detuvo. Las ventanas de su nariz se ensancharon y elevaron. Entonces, sin un sonido ni la más mínima vacilación, giró hacia el sur. No razonó su decisión. Lo había hecho hacia días, antes de volver la espalda a la aldea de Aricia. Era el momento del instinto, y mezclarlo con la razón debilitaría su poder. Como una jauría que ha encontrado un rastro, volaba de sombra en sombra, y un día sucedía a otro. Esquivó Deva, a una noche de marcha al oeste de ella, y el hambre agudizaba sus facultades y la mantenía ligera. Viró de nuevo hacia el oeste, dentro del bosque tupido en la frontera ordovica. No fue hasta que el suelo debajo de ella comenzó a alzarse y a volverse rocoso, que se permitió recordar que era humana y no una bestia salvaje. Sus pensamientos se concentraron en su esposo, en Sine y en la maldad de la señora brigante, y lloró en silencio mientras cabalgaba.

Llegó al campamento dos semanas después de haber dejado Brigantia, pero el lugar estaba vacío. Sólo sus ojos entrenados pudieron discernir las depresiones borrosas de los fuegos y las rocas

que habían sido devueltas a sus sitios después de sostener las tiendas. Y esos ojos captaron otras señales, a lo largo del arroyo. Empezó a seguir a su gente y tres días más tarde los encontró, acampados más cerca del fuerte, entre los árboles. Respondió al «quién vive» con suavidad, desmontó y caminó despacio al fuego donde Venutio, Madoc y Emrys, acuclillados juntos, dibujaban algo en la tierra seca.

El hambre y el peso de sus noticias hacían que le temblaran las piernas. Los hombres la vieron acercarse y se pusieron de pie. Emrys, con su habitual intuición, adivinó lo que vendría.

Venutio la abrazó.

—¡Brennia! ¡Descanso y paz! ¿Comerás y beberás antes de compartir las noticias? —Ella asintió.

—Disculpadme, señor. Si no como, me desmayaré. Me quitaron las armas y no tenía nada con qué cazar. Robé algo, pero se me acabó hace mucho.

Se dejó caer al suelo, dobló las piernas debajo de ella y el propio Emrys le trajo queso, carne y agua transparente y fría. Comió despacio, masticando con cuidado, y los hombres se sentaron a su alrededor y esperaron. Cuando el color comenzó a ruborizar las suaves mejillas de nuevo y el temblor de las manos hubo cesado, habló.

—Mis noticias entristecerán vuestros oídos, arvirago. Vuestra esposa no está enferma. Tiene a mi esposo y a Sine encadenados y os envía este mensaje. Si no vais a verla, los matará a ambos.

Reinó un profundo silencio; aunque fuera del círculo del fuego los hombres se paseaban y hablaban, los tres que lo rodeaban se habían vuelto ciegos y sordos a todo excepto al rostro contraído de la joven. Madoc gruñó y escupió a los arbustos detrás de él. Emrys permanecía quieto, en un perfecto control de sí mismo, pero sus ojos se cerraron con lentitud y sus cejas se juntaron. Brennia lloraba, sentada con flojedad y con las manos sobre su regazo verde.

—Perdonadme otra vez, señor, por mi debilidad —se ahogó—. Debí haberme quitado la vida en el bosque para que no recibierais este mensaje. Sine y mi esposo habrían muerto, pero vuestra mente estaría en paz.

—¿En paz? —Venutio rió sin alegría—. Mi mente estará en paz cuando muera. —Pero incluso mientras la voz grave retumbaba, pudo hallar un diminuto núcleo de paz en su alma, una llama blanca y estable de dignidad y cordura. Levantó la cabeza. Ese mensaje había traído la muerte, pero era una muerte buena, la muerte de sus dudas. Descubrió que podía pensar en Aricia sin una bruma de vacilación y sin contradicciones, y en sus amigos sin la sospecha de que le engañaban con respecto a ella. La veía claramente como un cáncer, una úlcera sangrante, una plaga. En algún sitio debajo de esa putridez estaba su esposa, la mujer que amaba, y aunque su amor no había muerto..., eso era un ogro, un monstruo que no podía matarse..., nunca más volvería a excusarla ante sí mismo.

Se inclinó hacia delante y enjugó con torpeza las lágrimas en la mejilla de la mujer de su clan.

—La noticia me alegra —murmuró. Ella le miró con estupor—. Siempre es mejor saber la verdad, Brennia, aun cuando pueda provocar un dolor mortal. —Se incorporó sin esfuerzo, con

seguridad—. Madoc, convoca a los jefes. Tengo algo que decirles. Brennia, ve a tu tienda y descansa. Domnall te entregará después una espada nueva.

Cuando la muchacha se hubo ido, Venutio apartó a Emrys.

—No te culparía si me cortaras la cabeza —dijo—. Emrys, Emrys, por mi propia locura y mi egoísmo te arrebaté el tesoro de tu vida. No tengo palabras.

—Señor, si Sine no hubiera ido, vos lo habríais hecho —respondió con voz agobiada y tratando de dominarla—. Y ahora estaríais esperando un barco que os llevaría a Roma. Era vuestra vida o la de ella.

—¡No! —Venutio se enderezó y gritó—. ¡No, Emrys! Será la vida de Aricia o la de ella. Estoy harto, ya no lo toleraré más. Por culpa de mi debilidad, la muy perra ha llegado al centro de nuestra fortaleza y me ha controlado, pero nunca más lo volverá a hacer. La mataré. Cambiaré el plan de batalla. Esta vez ha ido demasiado lejos.

—No, señor —replicó Emrys, aunque sabía que nunca le había costado tanto pronunciar una frase como en aquel momento—. Dejad que Sine y vuestro sobrino mueran. Haced a un lado sus muertes y llevemos adelante lo que hemos planeado. Si ellos pudieran hablaros, os maldecirían por arriesgar la causa de la libertad por ellos. Dirían que la responsabilidad es demasiado grande.

Pero Venutio, con los labios apretados y resuelto, hizo caso omiso de esas palabras.

—Puede hacerse, Emrys. Piénsalo desde el punto de vista estratégico. Con Aricia muerta, el dominio de los romanos en el norte se debilitará y los ajustes que el gobernador deberá hacer implicarán la retirada de un número mayor de hombres de las legiones del sur.

Se agachó y recogió un palo para dibujar sus pensamientos en el suelo. Emrys se acuclilló de mala gana a su lado, su dolor por Sine se veía intensificado por otro temor. No creía que Venutio fuera lo bastante fuerte para matar a Aricia y preveía una tragedia como el fin de cualquier movimiento nuevo. El cambio en el arvirago había sido demasiado súbito.

—Ahora —dijo Venutio, y realizó un dibujo rápido con el palo—, en vez de atacar de nuevo a la Vigésima en Deva y luego marchar al sur a través de las colinas hacia la Segunda en Glévum y de allí a Camalodúnum, podemos movernos contra Aricia, destruir la aldea y atacar a la Novena en Lindum. Luego proseguiremos directamente al sur y al oeste. Nos ocuparemos de la Segunda y después de Camalodúnum. Para entonces, la Vigésima estará de camino al sur y podremos volvernos desde Camalodúnum para interceptarla.

—Es demasiado complejo —objetó Emrys—. Deberíamos temer a la Novena, Venutio. Somos guerreros de montaña, como los legionarios de la Vigésima, pero la Novena ha estado acuartelada en las tierras llanas de Brigantia durante años y nos será muy difícil pelear contra una legión que no esté contenida en un valle y que pueda girar y maniobrar con libertad en los páramos. La idea original es mejor. Dejad a la Novena hasta que hayamos conquistado las tierras bajas y reunido a hombres de las tribus allí..., suficientes hombres para superar a Nasica en número. Además, deberemos cubrir demasiado terreno si lo hacemos a vuestro modo.

La mano de Venutio seguía trazando los senderos de las batallas.

—La Vigésima está alerta y nos espera. Eso no lo podemos evitar. Pero si nos escabullimos sin que se den cuenta hasta la Novena, tomaremos a Nasica por sorpresa.

—No si nos retrasamos atacando Brigantia. —Emrys sacó un pie y borró el mapa con suavidad —. No lo hagáis, arvirago. No funcionará.

—Sí funcionará. Yo lo haré posible. Aricia morirá y entonces todo saldrá bien.

—Nada de lo que hagamos salvará a Sine y a Manaw, Venutio.

Discutieron en silencio con la mirada, el jefe de espaldas anchas y cabello fulgurante y el delgado y terco Emrys. Entonces Venutio precisó:

—Mira, ordovico. Tenemos los caballos, los hombres y la ventaja táctica. También tenemos la voluntad y hemos tenido tiempo suficiente para volver a ser fuertes y hábiles. Da lo mismo que destruyamos primero a la Vigésima o a la Novena. Triunfaremos. El gobernador es un anciano de mal genio, resentido con todos. El joven Nerón está sentado en Roma reflexionando sobre la retirada total de todas las tropas de Albion por consejo del gobernador, y los legionarios lo saben. La lucha ya no les interesa. ¿Para qué morir ahora, dicen, cuando en unos pocos meses abandonaremos estas costas para siempre? Te digo que no importa si marchamos hacia el este o hacia el sur y el este, obtendremos la victoria.

—En ese caso, tendremos mucho tiempo para encargarnos de Brigantia cuando los romanos se hayan ido.

—No. —La boca de Venutio se frunció en una mueca de odio, o pasión—. La quiero muerta ahora.

—No tenéis derecho a imponernos una venganza personal, arvirago.

Venutio le fulminó con ojos airados.

—¿Personal, Emrys? ¿Acaso no la quieres muerta tú también?

Emrys le sostuvo la mirada con calma, pero estaba a punto de perder el control.

—No a expensas de un derramamiento de sangre innecesario.

Venutio giró sobre los talones y se marchó.

Emrys no asistió al Consejo. Tomó su capa y una manta y se adentró en el bosque hasta que el ruido de las voces de los miles de congregados para oir las palabras de Venutio quedó bien atrás. De todas maneras, siguió caminando. Sus pensamientos se sucedían unos a otros con el mismo sigilo y la misma regularidad de sus pisadas suaves. «Podría matarlo, ¿pero de qué serviría? Los siluros, los démetas y lo que queda de los deceanglos no me seguirían, y los ordovicos no pueden marchar solos. Todos nos hemos vuelto demasiado dependientes para eso. Podría hablar contra él en el Consejo, pero entonces las huestes se dividirían y las discusiones nos harían perder un tiempo valioso. Esta vez, vuestras visiones os engañaron, maestro, primo mío de ojos extraños. Los druidas por fin han cometido un error, y qué error! ¿Por qué esta equivocación, primo, por qué os han fallado ahora

vuestros sueños? ¿Es un presagio para el futuro? ¿Acaso vuestro poder está languideciendo al final? Venutio no es Caradoc. Tiene una fisura, como una roca atravesada por una grieta de arena.»

Emrys halló una cascada diminuta que bajaba por la taz de una roca caída y oculta entre las copas de los árboles. Bebió de ella. Se sentó junto a la cortina tintineante y helada y se envolvió con la capa. Se cruzó de brazos y fijó la vista en el bosque. «Sine, mi Sine. No puedo recordar un tiempo en que no haya estado contigo. Y ahora el tiempo se extiende ante mí como una infinidad de días muertos y sin sentido que me llevan de ninguna parte a la nada, y el destino se ríe de tu patético y lastimoso final. Tú y yo juntos. Tú y yo separados. Para siempre. Y la última oportunidad de libertad también está desapareciendo perdida a causa de una mujer, una mujer barata y sin honor. Te sacrifiqué, entregué tu vida... ¿por qué? Por la posibilidad de una posibilidad. Muere bien, querida, como has vivido. Sine...» El dolor le hizo estrellarse al fin contra la tierra. Hundió el rostro en las manos y lloró.

Esa noche, se quedó solo en el bosque y cuando regresó al campamento por la mañana temprano, descubrió que las tiendas estaban levantadas y que los jefes se aprestaban a partir. Buscó a Madoc, que le saludó con brusquedad. Tenía la barba negra encrespada y sus ojos arrugados brillaban con enfado.

—Me estoy poniendo demasiado viejo para este ir y venir continuo —se quejó—. Debería arrojarme sobre mi espada y dejar que mi hijo lidere a los siluros. ¡Ojalá hubiera muerto bajo el mando de Caradoc! —Protestó un poco más en voz baja y Emrys preguntó:

—¿Está decidido a llevar adelante esa tontería?

—Sí. Marchamos de inmediato. Pero tal vez no sea una tontería, Emrys. Deberemos cubrir más territorio, por supuesto, y no habrá lugar para las equivocaciones, pero tendremos una buena posibilidad de éxito.

Equivocaciones. Una buena posibilidad. Emrys rió de pronto.

—Caradoc nos advirtió que nunca debíamos intentar una batalla campal y no le escuchamos. Es decir, no hasta que estuvimos disgregados y él cayó prisionero. ¡Entonces éramos sabios, Madoc, oh, qué sabios! Destruimos a la Vigésima trazando buenos planes, como deberíamos estar haciendo ahora, en vez de cruzar Albion a la vista de todo el mundo para luego enfrentarnos a una legión que estará alineada y esperándonos. Todas nuestras victorias desde la Vigésima se consiguieron porque por fin utilizamos el juicio. Ahora estamos a punto de repetir todos los errores que cometimos. Seremos derrotados. Y tú y yo moriremos arrastrándonos en nuestras propias montañas.

Madoc le observó con expresión crítica y notó las huellas de una noche de dolor en el rostro fino y delgado.

—Siento lo de Sine —aventuró con voz ronca—. Sin embargo, Emrys, ella vivirá de nuevo.

Los ojos de Emrys parecieron concentrar toda la pena del rostro.

—Lo sé —susurró—. Pero no conmigo, Madoc.

En dos semanas, el oeste se vació. Venutio guió a sus tropas hacia el sur y el este a través de territorio cornovio para luego doblar hacia el norte a lo largo de la frontera coritana. Mucho antes de que los senderos secos del verano los hubieran llevado a Lindum, viraron de nuevo, deslizándose en silencio bajo los aleros del gran bosque que se diseminaba en el extremo de los páramos de Brigantia. Nadie los vio pasar. Los campesinos cornovios estaban ocupados en los campos, ya que se acercaba la época de la cosecha, y los legionarios, por orden de Galo, pasaban el tiempo patrullando al pie de las montañas y no sabían que las montañas habían dejado de ser el enemigo. El clima era caluroso y el viento se aquietó. El otoño aguardaba con paciencia a que el sol se cansara y los rebeldes esperaban también. Cabalgaban debilitados y sudorosos bajo la sombra delgada y sofocante de los árboles. La noche que instalaron el último campamento antes de avanzar bajo el cielo abierto de Brigantia, Venutio convocó a Madoc y a Emrys.

—Tomaré a la banda guerrera brigante y marcharemos solos a la aldea —explicó—. Dos mil guerreros han de ser suficientes para derrotar a las fuerzas de mi esposa. Vosotros debéis quedaros aquí al amparo del bosque. Enviaré un mensaje cuando sea seguro movilizarse contra la Novena. De esta manera, ningún romano sabrá que nuestras huestes están concentradas aquí y que no he abandonado el Oeste por un asunto privado.

Era un buen arreglo, una precaución sensata. Emrys se aflojó con alivio. Con la fuerza mayor retenida, tal vez todavía pudieran tomar por sorpresa al fuerte en Lindum. Venutio y sus jefes se escabulleron esa noche, avanzando deprisa y embozados en capas oscuras. Emrys y Madoc se dispusieron a esperar. El ocio pendía como una carga pesada sobre Emrys. No tenía nada que hacer salvo recorrer el bosque de un lado a otro y pensar en Sine. ¿Habría tomado esa ruta de camino a la muerte? Contempló la última luna llena de verano que brillaba como un globo plateado en el suave cielo nocturno. Pero a él su belleza no le conmovió. Su corazón estaba frío.

A pesar de que Venutio y sus hombres se movían de noche y dormían de día, agazapados en los pliegues de las colinas, no pasaron inadvertidos. Un anochecer tardío, un joven pastor que deambulaba detrás de su rebaño vio a los últimos de los jefes y a sus caballos desaparecer en un monte cubierto de sauces junto al arroyo donde solían beber las ovejas. Su mirada aguda había registrado el destello del sol poniente sobre cascos y espadas y, con el corazón en la boca, dejó a sus animales y corrió a la granja de su padre. Mucho antes de que amaneciera, un mensaje partía hacia Aricia. Al mediodía del día siguiente, lo escuchó, sentada frente al salón del Consejo con Andocreto y sus otros jefes. Se puso de pie, consternada.

—¿Una fuerza rebelde aquí? ¿En Brigantia? ¡Imposible! Deben de ser mensajeros. Venutio ha de estar enviándome otras deprimentes palabras de desdicha.

El jefe meneó la cabeza.

—Mi hijo vio caballos y armas. Dijo que había muchos hombres escondidos en los árboles..., oyó sus voces.

Aricia miró más allá de él un momento, al cielo tranquilo donde las columnas de humo se elevaban altas y grises desde los fuegos de su aldea. Entonces, ese otro temor se alzó para asfixiarla. Los hombres del Oeste se arrastraban hacia allí con ojos brillantes de tétrica expectación y ella estaba paralizada, incapaz de correr. Apretó los labios secos. Venutio se hallaba en camino, pero ¿venía con unos pocos hombres de su escolta, como una muestra de dignidad, o venía a luchar? ¿Acaso el miedo había engañado los ojos y oídos del joven pastor?

—Te agradezco tus palabras —acertó a decir al hombre bronceado y andrajoso que se hallaba de pie frente a ella—. Come y bebe antes de regresar a tu granja. Mi bardo te pagará después por la información.

El jefe hizo una reverencia y pasó junto a ella para entrar en el salón. Aricia cruzó la aldea despacio hasta llegar al muro de piedra.

—Andocreto, ordena que cierren las puertas y haz apostar un centinela —instruyó. Luego subió a lo alto de la pared para alzarse sobre su mundo. Agudizó la vista en todas las direcciones, pero el horizonte se extendía ininterrumpido, sin movimientos de caballos ni jinetes, y se velaba en la bruma donde la tierra se unía a los bosques que servían de paso desde el oeste. «La mayoría de mis jefes armados están con las patrullas romanas en la frontera deceangla —pensó—. No puedo llamarlos, están demasiado lejos.» Era incapaz de planificar nada. Su mente estaba confusa. «¿Qué debo hacer? Venutio se encuentra a un día de distancia y Nasica a dos. Venutio llegará primero. Tengo muchos jefes reunidos aquí, esperando su rendición, pero apenas suficientes para defender la aldea por un tiempo.» El viento soplaba desde el océano hacia donde ella estaba de pie sobre el muro, y le llevaba los aromas salados de Gladys y el bullicio alegre de la vicia Camalodunum. Pero sabía, mientras los recuerdos afloraban a su nariz, que su aldea no era Camalodónum y que ella no era Caradoc, aunque no fuera Roma la que marchaba contra ella sino una pequeña banda guerrera. Estaba asustada.

Antes de que hubiera pasado otra hora, había enviado un jinete a Lindum.

—Avisa al legado que una pequeña fuerza rebelde viene hacia aquí —le ordenó—. Necesito ayuda. Si no me manda soldados, tal vez encuentre mi aldea en llamas. —No esperó una respuesta. Casi corrió dentro de su casa y se detuvo frente a Brigantia con las manos apretadas y el corazón agitado. Pero no tenía ofrenda ni plegarias. Lo había olvidado todo.

Nasica escuchó el mensaje del jefe con exasperación y, cuando el hombre se hubo marchado, se reclinó en la silla con una exclamación de ira.

Maldita mujer ¿Por qué no puede manejar sus asuntos internos como corresponde? Debería haber dejado en paz a Venutio cuando falló su primer intento de capturarle, pero no, tenía que seguir aguijoneándole hasta que el hombre perdió la paciencia. Si fuera por mí, dejaría que la colgaran del árbol más cercano. ¿Cómo puedo ser eficaz en mi trabajo cuando ella no hace más que fomentar las querellas con su esposo para matar el aburrimiento?

Su secretario escuchaba con una sonrisa.

—Señor, todavía podemos atrapar al arvirago, o mejor aún, matarle durante la batalla —acotó.

Nasica agitó una mano con impaciencia.

—Lo sé, lo sé. Debo enviarle unos pocos hombres, no tengo otra alternativa, porque si no lo hago y ella se mete en un lío, tendremos un problema mucho más grande en nuestras manos. Es sólo que su ineptitud me saca de quicio. Sus servicios a Roma cada día son menos útiles y pienso decírselo al gobernador. —Se meció en la silla y alzó un brazo. Levantó su rostro insensible y marcado por la viruela hacia su asistente—. Que se preparen dos unidades de infantería auxilIares. No, que sean dos cohortes. Pon al primipilus al mando. Que primero venga a verme. Ya pasaré cuentas con Cartimandua cuando esto haya terminado. Estúpida... —Se volvió hacia su escritorio, mascullando, y el secretario saludó y dejó la oficina.

Las tropas auxiliares partieron de Lindum esa misma tarde, pero se encontraban a mitad de camino de la aldea de Aricia cuando Venutio se detuvo y señaló.

—Allí está. No intentaremos hablar con ella. ¡Vamos, rodead la aldea! —Se abalanzó hacia delante y sus hombres le siguieron. En lo alto de la pared, Andocreto lanzó un grito y se deslizó a los círculos bajos donde estaban concentrados los jefes armados. Aricia corrió a unírsele.

—¡Ya vienen!

—¿Cuántos son?

—Es difícil de calcular. Tal vez mil, con cascos y armas. No vienen a parlamentar, señora.

Aricia se llevó los dedos a sus labios fríos. Trataba de pensar, de decidir que hacer. Su mensajero todavía no había vuelto de Lindum y suponía que lo haría junto con los soldados. Sin Domnall para aconsejarla, sin un centurión romano para que pensara por ella, estaba confundida. Por fin, bajó las manos y observó a los jefes reunidos y agitados a su alrededor.

—¡Abrid las puertas! —declaró—. ¡Enfrentadlos a campo abierto!

—¡Señora! —clamó Andocreto—. ¡No! Ordenad que vayan al muro con las hondas! ¡De lo contrario, serán aniquilados!

—¿Por qué? Están entrenados al estilo romano, se mantendrán juntos y Venutio no logrará siquiera tocar las puertas.

—Pero señora...

—¡Cállate, Andocreto! —Las puertas altas ya se estaban abriendo y sus hombres inundaban la pradera gritando y chillando. En comparación, el rugido en masa de la hueste comandada por Venutio resonó débilmente—. Estoy enviando al menos el doble de hombres. ¿Tienes miedo? Sube al muro a mirar.

«Sí, tengo miedo —pensó el bardo—, pero vos también, señora. Vuestros labios están blancos.» La siguió obedientemente a lo alto de la pared mientras, a sus espaldas, las puertas se cerraban otra vez y las calles vacías bajo un cielo azul y blanco. La escolta subió tras ellos. Aricia se sentó y los hombres se acuclillaron junto a ella, bien lejos del alcance de las piedras o lanzas. Venutio alzó la vista sobre la turba vociferante y arrasadora que había salido disparada de las puertas, hombres que antes habían estado bajo su autoridad, y vio a su esposa. Arrogante y pequeña, con el cabello negro

ondeando al viento; la capa roja se abultaba y su rostro era un punto blanco diminuto. La ola de amor y odio que brotó en su estómago no tuvo tiempo de estallar en su pecho. Los defensores de Aricia ya estaban sobre él.

Durante toda la mañana, la pequeña batalla bramó con fiereza. En contra de las sombrías expectativas de Andocreto, los guerreros de Aricia no fueron despedazados en la primera hora. Ya no eran nativos ingenuos y vehementes que se lanzaban a una refriega con la esperanza de que la primera carga ganara la batalla. Se habían codeado con la disciplina romana durante demasiados años y algo de la cautela y la frialdad de los legionarios les había sido trasmitido. Formaban hileras sueltas y peleaban hombro con hombro y espalda contra espalda, y los hombres de Venutio fueron forzados a abandonar sus caballos y luchar a pie. Pero poco a poco, la habilidad fluida para cambiar tácticas que los rebeldes habían aprendido hacía tiempo, un instinto nacido en ellos gracias al trabajo riguroso e inflexible de Caradoc y la propia previsión de Venutio, comenzó a rendir frutos. Aricia, todavía sentada con su escolta impasible en lo alto del muro, advirtió que su ejército empezaba a perder gradualmente su cohesión y se convertía en grupos desiguales de hombres cercados por un número creciente de túnicas pardas. De pronto, se dio cuenta de que las túnicas grises se incrementaban, no por la llegada de más rebeldes sino porque su propia fuerza estaba disminuyendo rapidamente.

—¿Dónde están los soldados? —inquirió Andocreto con ansiedad—. Si no vienen pronto, estaremos acabados.

—No importa —repuso ella con voz trémula, aunque se esforzaba por disimular su temor—. Aun cuando Venutio triunfe, no podrá violar las puertas antes de que llegue nuestra ayuda.

—¡Señora, mis hermanos están allí abajo! —le reprochó uno de los jefes con cólera y los otros empezaron a murmurar. Aricia mantuvo la vista clavada en el llano. El alboroto de la batalla la golpeaba como las olas del mar, y observaba y escuchaba la destrucción de su banda guerrera. No sentía nada, nada, como si estuviera sentada en la montaña más alta del mundo y el viento soplara a través de ella y gimiera en sus cavidades vacías. Y de esa nada, surgió al fin una última idea terrible, un sacrificio a sí misma, un homenaje a la degradación. Se volvió hacia Andocreto.

—Búscame una corneta —dijo despacio— y que traigan a los dos prisioneros aquí arriba. —El bardo vio llamear en los ojos negros de ella la avidez de poder y se puso en pie sin decir palabra para bajar al primer círculo de chozas. Aricia se volvió hacia la matanza, pero en ese momento sus dedos rozaban los pliegues de su capa, la fruncían y la aferraban, y su boca se movía en silencio.

El sol ardiente de mediodía llegó a su punto más alto y comenzó a rodar hacia el oeste. En el momento en que Venutio hizo una pausa para apoyarse en su espada y enjugarse el sudor de los ojos, la nota aguda y perturbadora de una corneta vibró en el aire circundante. Alzó la vista con sorpresa y notó que el ritmo de la batalla se estaba interrumpiendo. Uno por uno, los contendientes se separaron para mirar a su alrededor en busca del origen de la melodía salvaje. Y entonces, la espada se deslizó de la mano del arvirago.

Aricia se había incorporado. De pie en el muro, sostenía la corneta en su mano extendida. Junto a ella, dos figuras andrajosas se balanceaban con los tobillos y las muñecas encadenados. Detrás, los jefes de la escolta se agrupaban con sus espadas desnudas centelleando en el brillo de la tarde temprana.

Venutio sintió que Domnall corría hacia él y se detenía, pero sólo tenía ojos para la imagen patética de Sine y su sobrino, encorvados como dos espantajos, y los brazos de Aricia desplegados con satisfacción maligna. Aricia arrojó la corneta sobre el muro y gritó. Su voz sonora se esparció con facilidad sobre el campo abarrotado de cadáveres.

—¡Venutio! ¿Ves lo que tengo aquí arriba? ¡Acércate!

Una quietud expectante había descendido sobre el campo de batalla. Todas las miradas estaban clavadas en las figuras sobre la pared y delineadas por el sol. Domnall aferró el brazo de Venutio de manera convulsiva.

—¡No os mováis, señor! Todavía no puede veros. Ella... —Pero Venutio ya se abría paso como un sonámbulo por la hierba empapada de sangre. Sus movimientos eran indolentes y mantenía el rostro petrificado hacia arriba.

Domnall caminaba con él. Aricia le vio acercarse y emitió un grito de triunfo como el graznido de un halcón de caza, ronco y lleno de expectación. Luego bajó los brazos y se inclinó hacia delante. Venutio se detuvo al pie del muro y por fin desvió los ojos de su esposa para posarlos en los otros dos.

Sine le miró con calma, su cabeza parecía pequeña y extraña sin la máscara de lobo. Manaw se erguía con una inmovilidad que no era la apatía de la desesperanza sino una aceptación de su destino.

—¿Mi esposa, arvirago? —preguntó.

Venutio se sacudió las telarañas de los recuerdos del pasado y del horror presente y cuadró los hombros. Enterró con una determinación despiadada el hecho de que la mujer demente que le miraba de soslayo era su esposa y colocó en el féretro cada crueldad que ella le había infligido. Emrys había estado en lo cierto. Aricia ni siquiera merecía morir y él había sacrificado a dos personas para probárselo a sí mismo. Contestó a su pariente con voz serena.

—Está a salvo, Manaw. —Se volvió hacia Sine—. Lo siento, señora. No puedo decir más.

—Entonces no lo intentéis, arvirago —repuso ella con ligereza—. Sois señor de mi muerte. Saludad a Emrys por mí.

Aricia intuyó que habían intercambiado algo más que palabras, que nada de lo que ella pudiera hacer o decir afectaría las decisiones que ya habían tomado. Una vez más, la pared invisible se elevó, amenazante e impenetrable, y la ira la invadió.

—Ésta es tu última oportunidad de demostrar tu honor —gritó a su esposo—. Ofrezco estas dos vidas a cambio de la tuya. Deja tu espada y tu escudo con Domnall, atraviesa las puertas y soltaré a mis prisioneros. Si te niegas y continúas la lucha, los mataré, y antes de que puedas violar mis puertas, la Novena estará aquí.

—¡No la escuchéis, señor! —exclamó Sine—. Es un precio demasiado alto. Ni siquiera Emrys lo pagaría.

«Lo sé, Sine —pensó con angustia—. Lo sé, Sine, porque él mismo me lo dijo, en medio de su dolor. Sin embargo, te puse caprichosamente en manos de ella. Sólo tengo que dar diez pasos y mi egoísmo insensible será purificado.» El sol caliente caía oblicuamente sobre su espalda y delante de su rostro, tan cerca que podría haberlo tocado. El muro de piedra exhalaba olor a tierra seca y piedra tibia. Sin darse cuenta, colocó ambas palmas contra la tierra compacta, como si ésta pudiera desmenuzarse con su peso y enterrar todos sus problemas. «¿Qué habrías hecho, Caradoc, si Eurgain y tu hijo hubieran estado bajo el cuchillo y una sola palabra tuya hubiera podido salvarlos?» El rostro golpeado y cruel del último arvirago apareció ante él por un instante. Venutio gruñó en voz alta. Caradoc no habría vacilado.

—Señor —flotó la voz de Sine hacia él—. Los planes están trazados, la victoria está cerca. No deberíais haber venido aquí. Os necesitan más que a mí, más que a mil hombres. Caeré en batalla, eso es todo, como otras mujeres han hecho antes que yo. ¡Negaos de inmediato y dejad que la perra nos mate!

«Pero no es lo mismo, querida mujer lobo, ah, no es lo mismo!» Despacio, se apartó de la pared y elevó los ojos hacia su esposa. Aricia sonrió con desprecio. «Todavía no puedes decidirte —le decía esa sonrisa—. Toda tu vida ha sido una vacilación tras otra.» La tarde estaba tan quieta que Venutio podía oir las respiraciones jadeantes de los hombres a su alrededor.

De repente, maldijo, un grito de desafio, una palabra feroz y bestial arrancada del límite de su resistencia. Desenvainó su espada y golpeó la pared.

—¡No me rendiré! Adiós, Sine, Manaw. Un viaje en paz, un viaje seguro. ¡Ya no puedes seguir lastimándome, Cartimandua!

Aricia asintió hacia sus hombres.

—Sostenedlos. Dadme un cuchillo. —Se lo pasaron y lo acarició con aire reflexivo. Nunca había matado a un ser humano, pero no sería nada, sería fácil—. ¡Es tu última oportunidad, idiota! —chilló a Venutio y él contestó al instante:

—¡No!

La mano izquierda de Aricia se hundió en el cabello negro y enredado de Sine.

—¿Sueles rezar? —susurró, y forzó la barbilla hacia arriba para estirar la grácil garganta morena. Sine tragó saliva.

—Sí.

—¿Para qué? —El brazo de Aricia voló hacia fuera y luego a través. Una boca nueva y profunda apareció en el cuello frágil de Sine. La sangre manó de ella y empapó a Aricia hasta el codo. El cuerpo cayó hacia atrás. Aricia lo arrastró hasta el borde del muro y lo pateó. Venutio retrocedió mientras el cadáver rodaba y se detenía junto a sus botas. Miró hacia abajo. Los ojos se alzaban con calma hacia el sol. Mechones de cabello negro cruzaban la boca abierta y ensangrentada. El dolor le

aflojó las rodillas y cerró su garganta. Se desplomó junto a Sine y entonces otro cuerpo cayó con ruido. El silencio se prolongó, se profundizó. Tanto los jefes rebeldes como los brigantes permanecían rígidos en el campo como víctimas del hechizo paralizante de un druida. Pero en lo alto de la pared ventosa, Andocreto se inclinó hacia su amante.

—¡Polvo, señora! Al sur. Roma viene hacia aquí.

Los guerreros de Venutio en el perímetro del campo también lo habían visto y el hechizo se rompió con brusquedad. Los hombres tomaron sus armas de nuevo y Domnall incorporó al arvirago.

—¡Ha alertado a la Novena! —siseó—. Hoy ya no podemos luchar más, estamos cansados. Debemos huir, señor.

Venutio asintió.

—Entonces retirémonos, rápido. Podemos dejarlos atrás con los caballos. Envía un mensaje a Emrys para que abandone el bosque y se reúna con nosotros de inmediato. —Domnall partió a toda velocidad, gritando mientras corría, y los rebeldes empezaron a abandonar rápidamente el campo tras él. Venutio se obligó de nuevo a mirar hacia lo alto de la pared, pero estaba vacía. Aricia se había ido. Guiado por un impulso, se arrodilló otra vez y besó a la dama de Emrys y a su joven pariente. Luego envainó su espada y echó a correr a paso largo, preguntandose porqué no lloraba. Pero el tiempo de llorar había concluido hacía rato.

Aricia estaba de pie en su casa, con Andocreto a su lado y las manos ensangrentadas extendidas.

—Date prisa —dijo—. La sangre de los rebeldes tiene un olor fétido. ¿Puedes olerlo? —El bardo meneó la cabeza en tanto ella iba hacia la palangana. Se quitó la túnica y alargó las manos hacia el agua. Se lavó despacio y con esmero, y sondeó con cuidado lo más recóndito de su interior. No había dolor, ninguno. Cuando hubo terminado y se hubo colocado una túnica limpia, se sentó en su silla y señaló hacia un rincón de la habitación—. Recoge eso, Andocreto, y póntelo. Quiero saber qué ves. —El joven obedeció y tomó la máscara.

—De modo que la habéis conservado —comentó y la volvió con delicadeza.

—Sí. Colócatela. —Le observó con fijeza. Andocreto frunció la nariz pero se puso la máscara sin protestar. Sus dedos se movieron sobre ella con inseguridad—. ¿Y bien? ¿Qué ves? —le apremió.

—Nada —se quejó—. Está tan oscuro como la noche aquí dentro. Tal vez no me la he puesto bien. —Sus ojos parpadearon desde las cuencas rasgadas del lobo y, de pronto, se la arrancó del rostro—. Tiene un olor raro —añadió—. A flores húmedas y podridas y a hojas mojadas y enlodadas. No entiendo cómo podía llevarla puesta.

—Llévala a la herreria para que la fundan —ordenó ella con voz seca—. Y envía un jefe para seguir a los rebeldes. Quiero saber qué está pasando. Luego regresa pronto, Andocreto. No quiero estar sola.

El joven tomó la máscara y salió, pero no fue a la herrería. Algo en la máscara le fascinaba y la llevó a su propia choza para esconderla debajo de su cama. Muchas veces en los meses que seguirían la sacaría de la caja donde la había guardado y se pasaría horas contemplándola, pero nunca más

volvió a probársela. El recuerdo de aquella negrura opresiva que se sentía al llevarla puesta era demasiado real.

Al amanecer del día siguiente, las cohortes auxiliares de Nasica alcanzaron a Venutio. El arvirago, sus hombres y sus caballos estaban muy fatigados. Habían parado a comer y dormir en mitad de la noche. Pero el primipilus y sus soldados no se habían detenido y atacaron una hora después de que el sol hubo salido. El día prometía ser más fresco. Las nubes habían avanzado para filtrar la luz del sol y un viento del sur llevaba la promesa húmeda de la primera tempestad de lluvia otoñal. Sin embargo, los rebeldes apenas repararon en el clima. Emrys recibió el mensaje de Domnall y el grueso de las huestes rebeldes ya fluía como un humo pardo a través de las colinas de Brigantia en dirección al arvirago. Pero antes de llegar, debían enfrentarse con mil romanos.

Venutio dio la orden de montar y le dijo a Domnall:

—Mantén a los jefes en marcha y diles que no peleen a pie. Sólo los oficiales van a caballo. Nasica no ha enviado la caballería. Rodeadlos y acosaremos los flancos. No tenemos prisa y Emrys llegará pronto para ayudarnos a liquidarlos.

Las dos fuerzas se encontraron en el suave frescor de la mañana: los romanos alineados en cuadrados ordenados, y los jefes girando con libertad alrededor de ellos en un círculo flojo que se fue estrechando cada vez más. El primipilus que, al haber estado alejado de la acción demasiado tiempo, había planeado su matanza ordenando una supuesta carga frontal demente, estaba perplejo. Con la caballería, habría cumplido su misión en medio día, pero sin soldados montados era vulnerable. Dispuso a los honderos y a los arqueros en primera línea y les ordenó que dispararan a los caballos, no a los hombres. Luego esperó.

Al anochecer, la batalla todavía no estaba decidida. Los rebeldes habían perdido casi todos sus animales, pero no estaban desanimados y peleaban con un nuevo vigor. El primipilus, presionado, observaba la lucha encarnizada y silenciosa y reflexionaba con sorpresa sobre el hecho de que por fin los rebeldes parecían estar aprendiendo las lecciones. El legado de la Vigésima le había comentado eso mismo a su propio comandante; y él, más que ningún comandante de un fuerte debía saberlo, pero la Novena nunca se había enfrentado a las huestes del oeste. Cuando cayó la noche, ambos bandos se retiraron, tambaleándose de cansancio, y hacia el final del tercer turno de guardia, un soldado se acercó al primipilus.

—Con vuestro permiso, señor, me gustaría mostraros algo —manifestó. El primipilus se incorporó enseguida y le siguió. El hombre le guió a las afueras del campamento y más allá, a la cresta de una colina que, de día, les habría proporcionado un extenso panorama del oeste. El centinela se tendió boca abajo y se arrastró en dirección a la línea del horizonte, un techo de penumbra sin luna y desgarrado por el resplandor blanco de las estrellas. Señaló—. Si fijáis los ojos allí y aguardáis, lo veréis.

El primipilus obedeció. Al principio, no pudo distinguir nada salvo las oscuras ondulaciones de tierra vacía, pero entonces lo vio, un diminuto destello rojo, luego otro a cierta distancia del primero,

y después otro, todos ellos a kilómetros de distancia y apenas visibles. Supo de inmediato lo que estaba viendo y su corazón se aceleró. Fogatas. Docenas, cientos de ellas. Fogatas en el oeste, no en el sur donde yacía la aldea de la reina de Brigantia, ni al este donde las aldeas protegían las orillas de numerosos ríos que ascendían en el territorio más alto y aárbolado. Dejó al guardia en su puesto en la colina, regresó a su tienda y llamó a su subordinado.

—Toma un legionario y ve de inmediato a Lindum —le instruyó—. Avisa al legado que una fuerza muy superior a la que había supuesto se dispone a presentar batalla y que debe movilizar al resto de los hombres. Dile que si no lo hace tal vez se enfrente a un sitio. —No necesitaba explicar en detalle el resto del mensaje. Un sitio podía significar el tipo de tragedia que había destruido al grueso de la Vigésima que había tenido que ser renovada. El hombre se escabulló hacia el sur y el primipilus se preparó para otro día de fatiga y sangre.

Al mediodía siguiente, en medio de una llovizna intermitente y vientos borrascosos, el primipilus supo que debía retroceder o perdería cada hombre que le quedaba. La mitad de la fuerza rebelde estaba muerta o herida, pero él había perdido todo excepto doscientos de sus auxiliares y, al anochecer, el grueso del ejército rebelde habría llegado. Una retirada a través de ese territorio árido y descampado, sin bosques en los cuales fundirse, sería casi un suicidio, pero quedarse sería optar por una muerte segura. Ordenó al trompeta que diera el toque de retirada y su pequeña banda cerró filas y se aprestó a marchar. Los honderos fueron puestos en la retaguardia. No quedaban arqueros.

Nasica escuchó a su centurión con un silencio inquietante que no quebró hasta que el hombre hubo saludado y partido. Entonces se levantó con esfuerzo.

—No emitiré ningún juicio hasta no conocer todos los hechos—declaró en voz alta al tribuno que había mandado llamar con su secretario—. O el primipilus es un idiota, lo cual sé que no es cierto, o esa loca brigante ha cometido otra torpeza e incitado a su esposo a un ataque en gran escala a Brigantia. —Tomó su casco y en respuesta a un grito suyo, su sirviente se acercó deprisa con un peto en los brazos—. Que las tropas se alisten para una marcha forzada, todas ellas. Envía un observador a Camalodúnum, al gobernador. Que la caballería parta de inmediato. Quiero que abra la marcha como grupo de avanzada. —El disgusto y la furia bullían dentro de él—. ¡Ah, Hades! —gruñó, y empujó la puerta para salir.

Un día y medio después, para alivio del primipilus y los cien legionarios que le quedaban, llegó la caballería. Cuando Nasica y el resto de la Novena se les unieron, el legado apenas tuvo tiempo de desplegar sus fuerzas, puesto que Emrys, Madoc y las tribus del oeste habían alcanzado a Venutio y a su banda guerrera exhausta, y romanos y jefes por fin chocaron con todo su poderío. Por pura casualidad, pues no había habido tiempo para planificar nada, Nasica contaba con la ventaja de emplear una colina y rodeó a sus propios hombres con los mil quinientos soldados de la caballería.

Emrys, Madoc y Venutio dispersaron a sus hombres y mujeres en líneas flojas. Se sentían indefensos sin rocas bajo sus pies y a sus espaldas, y sin el abrigo de un bosque bajo el cual ocultarse y reagruparse. El arvirago no esperó a que Nasica diera la orden de ataque. Ordenó una carga en tres

frentes y su gente respondió con valentía. Tuvo la satisfacción de ver al apretado bloque romano dividirse en dos; los legionarios se volvían a derecha e izquierda en tanto sus jefes se abrían paso entre ellos con sus lanzas. Pero la caballería se había limitado a moverse hacia fuera y mantenía sus posiciones, esperando una orden; y, aunque Venutio y sus huestes habían dividido y cercado a la infantería, estaban contenidos por las lanzas de los soldados montados.

Sentado en su caballo, Nasica observaba con aire crítico.

«En sólo un año, podría convertir a estos salvajes en la mayor fuerza guerrera del mundo —pensó—. Les ha llevado mucho tiempo aprender las directrices básicas de la guerra civilizada, pero por Mitra, ahora se encuentran al borde de una eficacia militar que haría parpadear al viejo Aulo Plautio. No es de extrañar que la Vigésima haya sido destruida! Pero la Vigésima siempre fue demasiado independiente en su propio beneficio. Valens es un luchador ostentoso, con demasiados trucos estrafalarios en la manga. La Novena no puede ser superada en la firmeza de su coraje y la solidez de su disciplina.»

Su tribuno senatorial se aproximó a caballo y le saludó.

—La décima cohorte está muy presionada, señor, y la tercera y la segunda se han separado de la primera pero se están defendiendo con éxito.

—Muy bien. Ordena una cohorte de caballería a la décima. Que la cuarta cohorte gire y baje un poco más la cuesta. —El hombre se alejó cabalgando, las trompetas sonaron y la batalla adoptó una formación nueva.

Una lluvia fina comenzó a caer y Nasica se acurrucó dentro de su capa. Iba a ser un día largo.

Dos días después, Aricia estaba en el vano de la puerta del salón del Consejo, envuelta en su capa azul y contemplando el paisaje gris. La lluvia se había iniciado con intensidad el día anterior. En ese momento caía como una cortina de agua que convertía los senderos de la aldea en lodazales pegajosos y amarillos, y bailaba sobre los techos de paja mojados de las chozas. El agua sucia llenaba los pozos y se colaba por debajo de las puertas de pieles. El viento que se estaba levantando hacía temblar y serpentear los arroyos de lluvia y los lanzaba contra ella. Pero Aricia apenas sentía el frío nuevo que le susurraba sobre la proximidad del otoño. Estaba ansiosa. El mensajero que había enviado para que marchara con las tropas que perseguían a Venutio no había regresado. Sus ojos escudriñaban en vano el gastado sendero hacia el norte y sólo veían la sombra empañada de las puertas, y más allá, las nubes de humo grasiento que se elevaban de las piras donde sus jefes muertos se convertían en cenizas negras y empapadas.

«Vienen por mí —pensaba—. Han derrotado a Roma y ahora surgirán de la bruma como dioses. Los veré arrastrarse despacio fuera de esta cortina de agua, se alzarán sobre la pared y me cortarán la garganta.»

La aldea estaba tranquila. Los hombres libres se acuclillaban junto a los fuegos, las mujeres lloraban por sus parientes muertos, y, fuera, en las colinas, los pastores se resguardaban en los huecos con sus ovejas mojadas.

Pero, aunque las llamas crepitaban en la comodidad seca de su casa romana, y Andocreto y sus canciones estaban tan cerca como una palabra de sus labios, Aricia había permanecido hora tras hora con la penumbra del salón del Consejo a sus espaldas y el terror concentrándose ante ella.

El bardo abandonó las sombras y le habló.

—Acercaos y calentaos, señora —la invitó, y tembló a causa del viento que buscó la puerta indefensa y le encontró a él—. Nada se mueve allí fuera y no tendréis noticias hasta que haya parado de llover y el suelo se haya secado un poco.

—Viene por mí —dijo ella con voz apagada y la vista todavía en el día gris. Andocreto lanzó una risa breve y deseó que ella abandonara el salón y se fuera a su casa para que él pudiera correr a su propio fuego, beber vino y dormir.

—Es imposible que los romanos hayan sido derrotados y lo sabéis. Estáis permitiendo que vuestras fantasías os enfermen, Aricia.

Ella se encorvó y bajó la vista hacia sus botas llenas de barro.

—Supongo que tienes razón. Iré a la casa. Pero tráeme hombres, Andocreto, porque quiero estar custodiada. —Se puso la capucha y dejó el frágil refugio de la puerta. El joven tomó su capa y la siguió. Se encaminaron juntos a las puertas privadas y la pared de piedra resbaladiza por el agua. Estaban a punto de llegar cuando un grito hizo girar a Aricia sobre los talones. Un jefe avanzaba con dificultad hacia ellos. El bardo maldijo por lo bajo, en tanto el hombre se acercaba.

—El legado de la Novena me sigue los pasos —jadeó—. Gritó hasta que le abrimos las puertas.

—Bueno, ¿y por qué vienes a decírmelo a mí? —chilló Aricia. Su alivio se diluyó en temor—. ¡Es evidente que debíais dejarle entrar! ¿Por qué le hicisteis esperar?

—Porque ordenasteis que no abriéramos a nadie y porque el hombre está furioso.

Aricia lo despachó con brusquedad. Se estaba volviendo hacia sus puertas de nuevo cuando Andocreto la tomó del brazo.

—Señora, creo que os esperaré en vuestra casa —murmuró—. Nasica ya está aquí.

Atravesó las puertas antes de que ella pudiera responder y Aricia se volvió y se quedó quieta. Observó al comandante alto y corpulento que chapoteaba a través del barro con las piernas desnudas. La capa corta se le pegaba al cuerpo y el casco y el peto brillaban por el agua. Su semblante era sombrío. No la miró cuando la alcanzó, tampoco la saludó, y el temor renació.

«Sus hombres habían sido derrotados, al igual que la Vigésima, estaba solo, buscaba la ayuda de ella...»

Allí, frente a Aricia, jadeaba con intensidad y las marcas redondas y lívidas de su rostro resaltaban en el rojo de su tez. Sus ojos eran fríos, tan fríos como la lluvia helada que bajaba por el cuello de ella y empapaba su túnica.

Aricia retrocedió, sintió la pared detrás y no pudo poner más distancia.

—He perdido mil hombres —masculló Nasica, y su tono bajo era más amenazante que si le hubiera gritado—. Mil soldados buenos, muertos, ¿me oís, Cartimandua? Y otros quinientos están

heridos. Tuve que movilizar a toda la maldita legión y atravesar la mitad de vuestro detestable territorio para pelear contra cada hombre enloquecido del oeste, por culpa vuestra.

—No... no entiendo —susurró ella— Los labios del legado se curvaron en una sonrisa brutal y la saliva se juntó en las comisuras de su boca—. Supongo que no usasteis a toda vuestra legión para perseguir a Venutio y a su banda guerrera...

El romano se le acercó, el agua fluía por su rostro rudo y sacó la mandíbula hacia fuera.

—Os envié ayuda como pedisteis, ya que es obvio que no podéis manejar vuestras propias disputas insignificantes, pero no sabíais que todo el oeste venía detrás de vos, ¿verdad? ¡No seguiré peleando vuestras guerras! —bramó. Aricia se encogió, la capucha se deslizó de sus trenzas negras y la lluvia le adhirió el cabello en zarcillos contra la mejilla marcada y el mentón. De modo que era cierto. Todos ellos venían por ella, todos dispuestos a destruirla. Nasica la abandonaría a su suerte, no era culpa de ella.

—Por favor, Nasica —gimoteó—. ¿Cómo iba a saberlo? Todo salió mal.

—¡Todo siempre sale mal a vuestro alrededor, prostituta voraz y codiciosa! —la insultó—. ¡El gobernador se disgustará cuando se entere de esto y me aseguraré de que lo haga! Es hora de que se designe a un pretor para que ponga orden aquí. Brigantia es demasiado importante desde el punto de vista estratégico para dejarla en vuestras manos ineptas.

—¡Mi gente no obedecerá a un pretor! —replicó ella, recobrándose de su conmoción—. ¿De cuántos hombres puede prescindir Roma para patrullar donde mis jefes patrullan? Estáis soñando, comandante.

—No, vos sois la soñadora —gruñó Nasica con los dientes apretados—. Roma es dueña de Albion y cada día de vuestro gobierno es un día de sufrimiento para el gobernador. Hasta vuestra vida pertenece a Roma. Olvidáis algo, Cartimandua. Roma os levantó. Roma os derribará. Habéis consumido demasiada sangre y hombres de la Novena en esta estúpida persecución de vuestro esposo. De ahora en adelante, estáis sola. —Se volvió y se marchó, y aunque ella pensó que se derrumbaría de humillación, exclamó:

—¡Nasica! Venutio..., los rebeldes...

El legado se detuvo y gritó por encima del hombro:

—Fueron derrotados, pero por muy poco. Dejé que los lobos se ocuparan de sus muertos. Venutio está vivo. La próxima vez, probad vuestro encanto envejecido con Valens. Ha estado acuartelado lejos de cualquier compañía femenina durante mucho tiempo y tal vez ya no sea demasiado exigente. Incluso podría enviaros soldados cuando volváis a meteros en problemas, si el precio es apropiado. ¡Me dais asco! —Desapareció en la oscuridad. Aricia no podía moverse. Temblaba de frío y estaba calada hasta los huesos. Las palabras despectivas de Nasica la azotaban igual que las agujas heladas de la tormenta, pero no podía pensar en sus amenazas, todavía no, ni en lo cerca que había estado de ser aniquilada por los hombres del oeste.

Sabía que el sueño la visitaría esa noche.

Emrys, Madoc y Venutio se adentraron en el bosque. Habían pagado un precio demasiado alto por la batalla con la Novena y no les sorprendía. Se había desarrollado en un terreno que no habían escogido; incluso si las lluvias de otoño no hubieran comenzado, eran conscientes de que habían perdido la oportunidad de llevar a cabo un ataque mayor contra la Vigésima y de penetrar las tierras bajas. Sabían que ese invierno retomarían sus viejas y penosas tácticas: asaltar patrullas, atacar convoyes de bagajes, resistir los intentos de la Vigésima para arrebatarles un poco más de tierra en las fronteras, pelear para recuperar el territorio siluro y mantener en el área bastante agitación a fin de impedir la instalación de un fuerte permanente. Emrys había ido en busca de Domnall cuando por fin estuvieron a salvo alrededor de un fuego acogedor. Los druidas se paseaban entre los jefes heridos bajo la llovizna que golpeteaba las hojas que ya habían comenzado a adquirir los matices secos y amarillos del otoño. Los escuderos y hombres libres, indiferentes al agua, estaban sentados limpiando y lustrando armas opacadas y enlodadas por la muerte. Emrys no abordó a Venutio. No confiaba tanto en sí mismo. Domnall estaba afilando la gran espada del arvirago. La tenía sujeta entre ambas rodillas y la piedra de afilar se deslizaba a lo largo del borde con un sonido que hizo rechinar los dientes de Emrys cuando saludó al brigante y se acuclilló a su lado.

—Ningún hombre quiere contarme cómo murió mi esposa —manifestó con suavidad—. Todos me hablan con compasión, como si fuera un niño al que hubiera que proteger del mal. Cuéntame, Domnall.

La mano del brigante soltó la piedra de afilar y el sonido cesó. Se limpió los dedos en la capa y giró la espada.

—Tu esposa está muerta, Emrys.

—Ya lo sé. Tengo razones para creer que la viste morir.

Domnall alzó la vista y luego la bajó otra vez a su regazo. La piedra de afilar describió de nuevo sus círculos ásperos.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Nada. Sólo los rumores.

—Olvídalo, jefe ordovico. Ella murió bien y eso es todo lo que debes recordar.

Emrys apoyó los codos en las rodillas y enlazó los dedos con cuidado.

—¿Qué quieres decir con que murió bien, guerrero brigante?

Domnall hizo a un lado la piedra con brusquedad y puso ambas palmas sobre la espada de su señor, pero no volvió a mirar a Emrys.

—La señora de Brigantia hizo llevar a Sine y al joven jefe a lo alto de la pared y ofreció sus vidas a cambio del arvirago. Él estaba dispuesto a entregarse, pero Sine no se lo permitió. Dijo que era una responsabilidad demasiado grande para ella. La señora le cortó el cuello y la tiró abajo.

Durante un largo rato, ambos hombres permanecieron callados. Luego Emrys preguntó:

—¿Dónde está su máscara de lobo?

—No lo sé. No la llevaba puesta cuando la vi por última vez.

El ordovico se puso de pie.

—Gracias, Domnall —concluyó amablemente y se alejó. Domnall se quedó sentado. Había olvidado su tarea y sus ojos ya no veían la espada manchada bajo sus manos.

Las lluvias no amainaron. El otoño llegó empapado y enfurruñado, y las hojas de los árboles cayeron todavía semiverdes para mezclarse con el barro del suelo. La lluvia se transformó en cellisca y después en nieve pesada y gruesa. Nada se movía en las montañas. El clima imposibilitaba toda campaña, incluso para los rebeldes, que se recluían en sus pequeñas tiendas y dormían.

En los fuertes, los soldados apostaban y chismorreaban, aburridos y malhumorados. Madoc cuidaba sus articulaciones rígidas, bebía toda la cerveza amarga que conseguía que le asignaran y pasaba horas contando historias a sus hijos. Venutio se sentaba en su tienda, escuchaba con expresión crítica a pocos espías que le traían noticias viejas, y compartía con Domnall, con una silenciosa empatia, los reproches a sí mismo y la amargura de sus fracasos. De no haber sido por su anhelo loco de ver a su esposa, de matarla, de hacerla sufrir a expensas de todo lo demás, en ese momento podrían estar llamando a las puertas del gobernador en Camalodúnum. No había servido bien a su pueblo, lo había traicionado con crueldad, y ese conocimiento sumó nuevas arrugas de severidad a su rostro.

Sólo Emrys se aventuraba afuera para deambular por las colinas silenciosas y veladas por el invierno. En medio de las ondulaciones profusas de los riscos y el colorido gris irregular de los bosques, buscaba la forma de volver a ser un hombre entero. Pero las elevaciones de las cimas resplandecientes pertenecían a Sine y también el destello cegador del sol nuevo sobre el hielo. Las huellas profundas de los ciervos y los lobos, el ruido frío del agua sobre las piedras, hasta el aire mismo, frío e insípido, le decían que él y ella juntos habían creado recuerdos en estas montañas que permanecerían en su lengua, en su nariz, ante sus ojos, siempre que se viera forzado a errar entre ellas. Lloró con los arroyos y gritó su nombre con el viento invernal cortante. Por las noches, los lobos aullaban por ella, la luna la buscaba, pero aunque Sine le hablaba desde las profundidades de cada valle escarpado que transitaba, no volvió a él. Los días eran días de una soledad devastadora. Las noches eran horas de un pasado ya muy lejano. Cuando el sol empezó a calentar de nuevo, abandonó sus vagabundeos. Había restablecido la relación con su arvirago, ya que en medio de su propio sufrimiento, había descubierto una tolerancia hacia el dolor de Venutio. Los dos hombres estaban juntos de nuevo cuando un espía se acuclilló frente a ellos en el barro. Su aliento emitía vapor y tenía las piernas llenas de nieve y hojas viejas ya casi descompuestas, que le subían desde los tobillos hasta los muslos.

—Los pasos están abiertos, señores —anunció—. Y hay noticias.

—Habla —le apremió Venutio.

—El gobernador debe regresar a Roma antes del próximo invierno. El emperador se ha decidido. No habrá retirada de Albion. Galo sabe que le destituirán porque ya no es lo bastante fuerte

para mantener una campaña activa; será reemplazado por un militar más joven. —El espía sonrió—. Se comenta que el emperador quiere acabar con nosotros de una vez por todas.

Venutio le miraba fijamente. De manera que no habría más oportunidades. Se le había concedido la mayor promesa de éxito que el oeste había tenido jamás, su suerte había brillado incluso más que la de Caradoc, pero la había desperdiciado y nunca se repetiría. El oeste ya no era sólo un estorbo. Se había convertido en el foco de la atención del emperador y el emperador no desviaría la vista hasta que no quedara nada para ver allí. Emrys no le ayudaba. Sentado junto a él, no decía nada, pero Venutio percibía su actitud acusadora, su compasión insultante e intolerable. De modo que Nerón, en un arranque de su obstinación adolescente, había hecho un esfuerzo para independizarse, había descartado a sus consejeros y... No habría retirada. No más esperanza. Los dedos de metal apretarían con más fuerza, insensibles, hasta que el puño de hierro se deformara y Albion fuera triturada.

—¿Algo más? —aventuró con voz ronca.

—Otro fragmento de especulación interesante. Se dice que Caesio Nasica viajará con Galo y entregará el mando de la Novena a otro hombre. Él también está harto de Albion.

Venutio bajó la cabeza. Hombres nuevos, enemigos nuevos, experimentados, desconocidos, frescos, perros ansiosos que gruñirían tras los talones ampollados y vacilantes de su pueblo. Se incorporó, entró en su tienda y lloró.

OceanofPDF.com

CAPITULO 34

El día era fresco y soleado. Boudicca, Prasutugas y su séquito de jefes con capas brillantes cruzaron la frontera que separaba Icenia de las extensiones norteñas de lo que había sido territorio catuvelauno. Allí se encontraron con una escolta militar que los esperaba. Camalodúnum y el nuevo gobernador se hallaban a tres días de viaje, dos si apresuraban la marcha, pero no tenían prisa. El gobernador les había invitado a cenar y a visitar la aldea para que pudieran conocerle. La invitación, enviada a través de un mensajero especial, había sido muy cortés, pero cuando Boudicca la escuchó de pie en el salón del Consejo, supo que no podían elegir y que ese Suetonio Paulino, que sólo hacía un mes que estaba en Albion, deseaba estudiarlos.

—Me pregunto si estará muerto antes de que lleguemos allí —había comentado con malicia esa noche a su esposo. Prasutugas sonrió a su pesar.

—¿Por qué habría de estarlo? ¿Crees que los espías de Venutio se han vuelto tan eficientes que pueden asesinar a un gobernador en su propia aldea? Desde la ejecución de ese hombre que había sido un empleado de confianza de la administración durante años, el que escuchaba los secretos de cada secretario empleado en Camalodúnum, los romanos han estrechado la seguridad. ¡Qué golpe debió de haber sido su muerte para los rebeldes!

—Para Roma también. ¡Cómo se agitaron al descubrir sedición dentro de los sagrados recintos del pretorio! Pero no estaba pensando en un asesinato, Prasutugas. —Se sentó en la cama y recogió su peine—. Mira lo que le ocurrió a Nepos. El emperador lo elige con el mayor de los cuidados y él promete a Nerón un éxito total en Albion al cabo de tres años. Es joven, capaz, el favorito de la plebe romana; y está lleno de ambición. Desembarca en Londinium para reemplazar a Galo con toda la confianza del mundo. —Empezó a pasar el peine por sus rebeldes mechones rizados—. Pero entonces cae enfermo en Albion. Un año después, está muerto como un carnero. ¡Qué alboroto en Camalodúnum! ¡Cuánto desconcierto en Roma! Con un poco de suerte, el nuevo gobernador también contraerá las fiebres.

—Pero no antes de que hayamos tenido el placer de ser observados por él.

Boudicca sacudió su cabello hacia atrás y dejó el peine. El tono de voz de su marido la hizo sonreír.

—¡Prasutugas! ¡No me digas que quieres quedarte en casa!

Para su sorpresa, él asintió.

—Sí. —El tranquilo reconocimiento hizo descender una sombra entre ellos y la conocida ansiedad surgió para borrar la sonrisa de Boudicca.

—Es tu herida, ¿verdad?

—A veces pienso que no podré aguantar más este dolor —contestó—. Solía sentirlo cuando el clima era frío o húmedo, pero ahora parece que me duele todo el tiempo, como un diente podrido. No puedo recordar los días en que podía cazar o correr con los perros. Debo hacerme a la idea, Boudicca. Creo que esta herida me matará.

«Yo ya me hice a la idea hace mucho —pensó ella, sentada y con la vista baja. No sabía qué decirle—. Hubo un tiempo en que me valía de esa certeza para reñir contigo, pero ya no. Sólo alguien sin piedad sería tan cruel, puesto que veo que la muerte te ronda todos los días.»

—¿Quieres que vaya sola y presente tus disculpas a Paulino? —aventuró en voz alta.

—Gracias —repuso él con suavidad—. Gracias, querida. ¡Cómo te cuesta disimular tus sentimientos! Te molestaría mucho ir a Camalodúnum sola y, sin embargo, sé que lo harías por mí. No, Boudicca, debo realizar el viaje. No quiero que el gobernador diga que asumo con ligereza mi lealtad a Roma. —Ella no había dicho nada más, pero al observarle, pálido y encorvado en el caballo y con los ojos en la escolta romana que se acercaba, se maldijo a sí misma por no haber insistido en que se quedara en la comodidad soleada de la aldea. Parecía estar a punto de derrumbarse, pero Boudicca sabía que no le convenía intervenir hasta que él reclamara su ayuda. El oficial y la caballería se aproximaron y les saludaron.

—Soy Julio Agrícola, el segundo del gobernador —anunció con tono alegre—. El gobernador os saluda y yo también. —Sostuvo un momento las miradas de ambos, pero no los escudriñó como hubiera deseado. Había estado de pie junto a Paulino mientras Cato Deciano, el procurador, mostraba al gobernador las cifras que revelaban la seguridad y prosperidad de Icenia. Ninguna otra tribu pagaba impuestos tan elevados cada año, pero ninguna otra tribu podía jactarse de que sus hombres libres vivieran como jefes y que hasta sus campesinos pudieran costearse vino importado y artículos de cerámica. Había leído los informes sobre la casa gobernante de Icenia. El rey era sabio y amable y estaba comprometido de lleno con la paz; su esposa era impetuosa, descortés y abiertamente hostil a todo, desde el vino romano hasta la moneda romana. No obstante, el matrimonio había funcionado durante dieciséis años y Agrícola estaba intrigado. Había recibido con beneplácito la sugerencia del comandante de que sería beneficioso que la pareja fuera a Colchester y se preguntó si Paulino también estaría interesado en esa extraña unión, pero luego rechazó la idea. La especulación, a menos que fuera una reflexión militar práctica, no era uno de los pasatiempos del gobernador.

La reina brigante, Cartimandua, ya había sido huésped del gobernador.

Después del lenguaje ambiguo y las incesantes indirectas de Aricia, Agrícola esperaba con ansiedad el famoso ingenio abrasivo y varonil de la dama icena. Lo que veía le desilusionó, y la respuesta de ella a su saludo intensificó la decepción. No parecía un hombre vestido de mujer. Era ciertamente alta y corpulenta, pero el movimiento de sus muñecas era grácil y los rizos ondulados de cabello rojo que escapaban de las cuatro trenzas se agitaban contra un rostro que no era áspero ni severo. Los ojos castaños, castigados por la edad en las comisuras, le miraban con cortesía pero también con indiferencia, y la boca grande sonreía con cordialidad en tanto ella le agradecía sus palabras. Su esposo parecía enfermo. Las facciones hermosas y serenas estaban deslucidas, y las arrugas alrededor de la boca eran producto del dolor.

Parecía mucho más viejo que ella, aunque Agrícola sabía que no era así. Su cabello rubio suelto era demasiado gris para un hombre que apenas comenzaba a acercarse a la edad madura.

«Habéis tenido una vida dura —pensó el romano con sorpresa—. Los años os han deparado más sufrimiento que a vuestra esposa. Qué extraño.»

Cabalgaron juntos durante varias horas. Se detuvieron y comieron bajo los árboles y luego prosiguieron la marcha, intercambiando trivialidades. La desilusión inicial que Agrícola había experimentado con respecto a Boudicca comenzó a desaparecer de forma gradual. Mantener una conversación con ella era como probar con cautela el agua puesta a hervir..., uno nunca sabía si se quemaría los dedos. Boudicca respondía a cada pregunta con decisión y franqueza, su voz grave ronroneaba o chirriaba, y expresaba sus pensamientos sin subterfugios femeninos o intentos de evasión. Agrícola comenzó a entender por qué se la solía describir como varonil. Lo era, pero no de un modo desagradable. No se sentía cautivado, y ella no era el tipo de mujer que cautivaría a un hombre. Pero si estaba muy impresionado. Notó que cabalgaba muy cerca de su esposo y que tanto sus ojos como los de sus jefes silenciosos se posaban en él todo el tiempo. Prasutugas no hablaba mucho. Parecía que le costaba mucho esfuerzo pronunciar las palabras y, en una ocasión, cuando su caballo tropezó y lo sobresaltó, se quedó sin aliento.

Agrícola decidió acampar durante la noche y ordenó que se montaran las tiendas. El otoño se tornaría pronto en invierno y aunque los mediodías eran cálidos, las mañanas y los atardeceres transformaban el aliento en vapor y enrojecían las narices y los nudillos. Se encendió una gran fogata. Los criados prepararon comida caliente y entibiaron el vino. Prasutugas lo bebió agradecido y con los ojos cerrados, pero Boudicca lo rechazó con rudeza y permaneció sentada con las piernas cruzadas sobre el suelo, atragantándose con aguamiel helada con un placer tan evidente que rayaba en el descaro.

Cuando cayó la noche y la compañía se retiró a sus tiendas, Agrícola se quedó junto al fuego con su asistente, observando el haz de luz de la lámpara de la pareja icena que se filtraba por debajo de la entrada de la tienda. A media mañana, llegaron a un destacamento de trabajo. El camino se había acabado al pie de una colina muy arbolada, pero había esclavos trinobantes semidesnudos, con argollas rodeándoles el cuello, gruñendo bajo el peso de grandes bloques de piedra. El supervisor estaba de pie junto a ellos, látigo en mano.

—El sendero original pasaba por encima de la colina —les explicó Agrícola— y nuestro camino terminaba al pie y continuaba al otro lado. Pero como podéis ver, hemos decidido unirlo. Se han talado los árboles para despejar el terreno, luego se ha levantado el terraplén y se han cavado las zanjas. Pero me temo que tendremos que desviarnos, aunque no demasiado.

Giró el caballo bajo los árboles que marcaban el camino y Prasutugas le siguió. Pero Boudicca y Lovernio se quedaron; no podían moverse. Tenían la vista clavada en las espaldas morenas sudadas y dobladas bajo pesos que ningún hombre libre tocaría. Los esclavos subían el terraplén con paso vacilante, de dos en dos, y arrastraban, empujaban y acarreaban las planchas entre ellos. Los músculos de sus piernas se hinchaban con el esfuerzo y los tendones de sus espaldas anchas sobresalían como sogas. Una mata de cabello negro enredado ocultaba cada rostro. Las cabezas de

los trinobantes estaban tan inclinadas como sus espaldas desgarradas y Boudicca, al examinarlos despacio, vio a tres o cuatro catuvelaunos entre ellos, el cabello rubio y castaño atado con descuido detrás y la piel dorada como la miel. La compasión y la ira florecieron en su estómago; aunque hubiera querido seguir andando, no habría podido. Por fin, su presencia fue advertida. Uno de los esclavos levantó la cabeza para enjugarse el rostro y los vio. Se quedó quieto al instante y su compañero alzó la cabeza también. Pronto, cinco o seis de ellos escudriñaban con fijeza a la dama vestida de verde y a su bardo. Había tanto odio en sus ojos, tanto desprecio feroz, que Boudicca se paralizó. El centurión se acercó de inmediato y el látigo silbó y cayó. Pero los hombres no se movieron y su rencor mudo y ardiente azotaba a los icenos. Finalmente, Boudicca logró hablar.

—Decidme, centurión —manifestó—. ¿Estos hombres cavaron las zanjas y levantaron el terraplén?

—Así es —contestó el hombre con desgana.

—¿Y qué están haciendo con las rocas?

El romano la fulminó con una mirada airada y le contestó como si fuera tonta.

—Están tendiendo el lecho para el camino.

—¿Y qué sucederá después?

El hombre suspiró pero decidió responder.

—El lecho se recubre con más roca, que se tritura muy pequeña, y con pedernal y escoria de las viejas minas de los catuvelaunos.

—Entiendo. ¿Estos hombres triturarán la piedra y desparramarán la grava sobre el camino?

—¡Por supuesto! —replicó el soldado—. ¡Avanzad, señora!

—Entiendo —repitió Boudicca, consciente todo el tiempo de los ojos devoradores y los oídos atentos—. ¿Seríais tan amable de decirme quién usará el camino?

El centurión rugió con exasperacion.

—Los correos, los comerciantes, los legionarios, los...

—Ah, sí, sí —le interrumpió con voz clara e inconfundible—. Comprendo. Gracias. —El soldado hizo un ademán para que prosiguiera su camino y ella hizo girar el caballo para entrar bajo los árboles, pero no antes de que un murmullo de alegría se extendiera de boca en boca entre los trinobantes encadenados. El látigo cortó el aire. El centurión maldijo y los hombres se agacharon de mala gana para continuar su trabajo. Pero muchos de ellos sonreían y ya trataban de recordar la broma para propagarla entre sus compañeros cuando regresaran al poblado a beber la sopa de la noche. Boudicca se apresuró para alcanzar a Prasutugas y a Agrícola. Permaneció callada de una manera notable durante el resto del día.

Poco antes del atardecer del tercer día, detuvieron los caballos y contemplaron Camalodúnum. Boudicca intentó encajar el recuerdo de su última visita a la aldea, con ocasión de la consagración del templo de Claudio, con la escena tranquila debajo de ella, pero por algún motivo no logró hacerlo.

—Ha cambiado —dijo casi para sus adentros—. La aldea ha crecido, por supuesto, y sin embargo...

—Tal vez la visteis cuando el bosque se erguía cerca de ella —aventuró Agrícola— Hemos despejado mucho terreno o, mejor dicho, los nativos han despejado mucho terreno, y hay más hectáreas cultivadas.

—Sí —convino ella con lentitud, y la mirada todavía fija en la luz del sol larga y suave que se derramaba de soslayo sobre las praderas cubiertas de tocones—. Hay más espacio alrededor de la aldea. ¡Pero los campos sembrados son tan grandes!

—Nuestros arados son más grandes y más pesados que los vuestros —contestó el romano con cortesía—. Por lo tanto, los campos deben ser más largos. Pueden trabajar el suelo arcilloso, mientras que los vuestros no.

Boudicca volvió la cabeza y le sonrió con malicia en los ojos.

—Por supuesto que los campos han de ser más largos —repuso—. Por supuesto que la tierra debe ser despejada. Más tierra cultivada significa cosechas más abundantes, más grano para Roma y las legiones, más dinero en el bolsillo del procurador.

—Muy cierto, señora —replicó Agrícola, rápido como el rayo—. Pero lo que es bueno para Roma es inevitablemente bueno para sus súbditos nativos. Más granos para llenar los vientres de todos.

—Más granos que sin duda aseguran una provisión ilimitada de nativos saludables para trabajar encadenados en los caminos —replicó Boudicca, y por primera vez sintió furia.

Agrícola dejó de sonreír.

—Prosigamos —sugirió lacónicamente—. El gobernador nos espera a cenar después de la puesta del sol. —Espoleó su caballo y se alejó delante de ella por el camino. Prasutugas lanzó una mirada entre divertida y amonestadora a su esposa y ella arrugó la nariz, alzó la cabeza y trotó detrás de él hacia las puertas custodiadas.

Se hospedaron en una casa espaciosa detrás del foro y un Agrícola exasperado tuvo que observar a los jefes levantar sus tiendas en el jardín ordenado y lleno de árboles. Les había ofrecido alojamiento en otro sitio, pero se negaron a abandonar a su rey. Cuando se despidió del señor y su esposa, ya estaban esparciendo sus pertenencias sobre la hierba seca, y pisoteando los parterres de rosas bien cuidados.

—Un asistente vendrá dentro de una hora para escoltaros al comedor —les informó—. Mientras tanto, los criados se encargarán de que estéis cómodos. —Arrojó una mirada desconsolada en dirección al jardín y se marchó. Prasutugas dejó la puerta y caminó por el suelo de baldosas rojas y blancas hasta donde Boudicca estudiaba el diminuto estanque que se abría en el suelo con las manos en las caderas.

—Es demasiado grande para cocinar, demasiado pequeño para nadar y jamás se podrían criar en él peces lo suficientemente grandes para podérselos comer —comentó—. Por lo tanto, no sirve para

nada.

—Es simplemente para contemplarlo —respondió su esposo—. Me gusta, Boudicca. Tus collares tampoco sirven para nada, pero son hermosos y deleitan el alma con sus diseños intrincados. Este estanque es lo mismo.

—Preferiría sentarme junto a agua que fluyera viva, con el sol sobre ella. Mi voz resuena en este lugar, Prasutugas, como si estuviera en un templo al que no pertenezco. Lo odio. ¿De quién supones que será esta casa? La calle entera se debió de construir después de que nosotros viniéramos aquí la última vez. ¡Y las fuentes! Las vislumbré a través del arco cuando pasamos por el foro. ¡Fuentes en Camalodúnum!

—Colchester. Ahora es Colchester, Boudicca, y no lo olvides. Creo que la han embellecido mucho y que será más hermosa aún con el correr de los años. Algún día, nuestra propia aldea se verá así.

—¡Andrasta! —Un comentario mordaz subió a su lengua, pero al notar la preocupación de él, abandonó el estanque y le condujo debajo de las pequeñas columnas donde un criado estaba encendiendo las lámparas—. Estás cansado. Se nota. ¿Dónde se supone que uno debe sentarse?

La habitación estaba en penumbra. Carecía casi por completo de muebles y tenía tapices de brocado y lino cuyos estampados se tornaban indefinidos bajo la luz mortecina. Una mesa de roble oscuro ocupaba el centro de la estancia. Había varios taburetes plegables dispersos y un silloncito de mimbre lleno de almohadones y con una funda de lana suntuosa que colgaba hasta el suelo. Boudicca se aproximó y lo arrastró hasta la luz de la lámpara, decidida a no permitir que la inmensa sala con sus sombras largas e indistintas la intimidara. Pero cuando su esposo se dejó caer en el triclinio, de pronto añoró la comodidad de su pequeña casa de madera y su hospitalidad sencilla.

—¿De quién es esta casa? —inquirió al criado.

—De un comerciante y constructor de barcos —respondió—. Está en Roma en este momento, señora, y autorizó al gobernador a alojar huéspedes aquí.

—Muy generoso de su parte. ¿Y vive solo en este lugar? ¡Qué egoísta! Ve a buscar a los jefes. Quiero que se queden aquí hasta que mi esposo y yo regresemos. —El criado hizo una reverencia rígida y un tanto despectiva. Prasutugas dijo:

—No seas tonta, Boudicca. Nadie va a escabullirse aquí dentro y ocultarse mientras cenamos.

Ella no le hizo caso. Con una seña al otro criado, se marchó.

—Ayúdale a vestirse —le ordenó—. Me cambiaré de ropa, Prasutugas. Enseguida vuelvo. Mis pies están calientes y las paredes despiden calor. ¡Priscila estaría encantada con este lujo!

El dormitorio también estaba iluminado. Las lámparas resplandecían con suavidad sobre sus bases de madera y sobre una mesa junto a la cama, había unos botes pequeños y frágiles. Boudicca cogió uno y le quitó el tapón. Un perfume penetrante y persistente invadió su nariz. Estornudó y lo volvió a poner en su sitio para tomar otro. Un bote ancho de mármol verde y blanco con un aceite espeso que también flotó intensa y empalagosamente en el aire. Sonrió. «El comerciante no tendrá

familia —pensó con humor—, pero no vive solo.» Se desvistió con rapidez y luego apareció una muchacha joven, como si la hubieran llamado.

—¿Deseáis tomar un baño, señora? —preguntó, pero Boudicca, de pronto cansada y desanimada, se limitó a pedir una palangana de agua caliente.

«Quiero irme a casa —pensó, y no se refería a los pantanos húmedos y poblados de pájaros de Icenia—. ¿Qué tiene que ver con mi Albion esta forma de vida extraña y ajena?» Oyó a los jefes que cruzaban la galería cerrada.

Sus voces sonaban fuertes y excitadas y sus pies torpes y pesados en el ambiente exquisitamente refinado de la casa. «Somos como caballos salvajes... desgreñados, feos, tímidos, orgullosos e ingenuos en nuestra simplicidad. Nos acicalan y entrenan para ponernos en las cuadras de un rey opulento cuyos caballos son criados con delicadeza y adornados en extremo. No entendemos qué nos está ocurriendo, ni siquiera Prasutugas, que es capaz de inclinarse con cualquier viento.» Le trajeron el agua, humeante y mezclada con otra fragancia extraña y, cuando la muchacha se movió para lavarla, Boudicca le ordenó que se retirara. Una vez que se hubo quitado la suciedad del viaje, se vistió deprisa. Escuchaba las carcajadas masculinas en torno a Prasutugas y el susurro apagado del arpa de Lovernio. Mientras tomaba sus joyas y dejaba la habitación, tuvo que admitir que nunca antes había estado tan cerca de sentir timidez.

Una hora después, un joven oficial se presentó en la puerta con una escolta de cuatro centuriones, y Prasutugas y Boudicca abandonaron la casa y caminaron con él en la noche ventosa. Las hojas arrancadas de los árboles que se alineaban a lo largo de la calle flotaban alrededor de ellos, secas y curvadas. Boudicca alzó la vista y se ciñó la capa. La luna pendía hinchada en la negrura como si su peso fuera a derribarla y nubes raudas la atravesaban, pero ella sabía que no llovería. El aire olía tan seco como las hojas que se enredaban en su cabello. Al final de la calle, el grupo viró a la izquierda y siguió la pared de piedra que rodeaba el foro. Pasaron bajo el arco que los invitó a entrar a una plaza pavimentada que se abría en tres de sus lados a edificios de piedra sólida y madera. La fuente en el centro arrojaba agua oscura en su pequeña pila y la lluvia de hojas otoñales se elevaba sobre las paredes para chirriar y susurrar sobre el patio y apilarse en los escalones del templo cuyas columnas de mármol plateado se alzaban altas y rectas. Los ojos de Boudicca las siguieron hasta el techo en ángulo y, de repente, se estremeció. La luna se elevaba sobre el techo, pero entre la luna y la sombra compacta del techo, las nubes se disiparon y éste pareció inclinarse hacia ella. Se doblaba, caía pero no caía, y Boudicca se tambaleó, avasallada por aquel dominio descendente. La mano del oficial se extendió de inmediato y ella se lo agradeció con aire ausente. Los centinelas que estaban frente al templo no se movieron.

—No hemos podido encender las antorchas en el foro por culpa del viento —se disculpó el joven—, pero mañana lo veréis mejor, a la luz del día. Aquélla es la oficina del alcalde —señaló—. Es un nativo, un catuvelauno, aunque ahora es un ciudadano romano, por supuesto, y desempeña bien su tarea. Las oficinas de la administración civil se encuentran en el mismo edificio. Al lado —

continuó, y su brazo giró hacia la izquierda— están los tribunales de justicia donde se llevan a cabo los juicios civiles. Las legiones poseen su propio sistema de justicia. El gobernador y el procurador comparten el edificio contiguo, el pretorio. El templo no necesita explicación. Aquel edificio todavía en obras está siendo construido por los comerciantes, ya que necesitan un lugar donde reunirse.

—¿Dónde estuvo prisionero Caradoc? —Boudicca casi tuvo que gritar sobre el sonido lastimoso del viento.

El oficial la miró con indecisión.

—Eh...

—Caradoc, el arvirago —le preguntó con impaciencia, y oyó que Prasutugas suspiraba a su lado.

—Ese grupo de celdas fue demolido —respondió el hombre con frialdad—. Ahora, la prisión está dentro del muro de la aldea, pero hay tres celdas en los tribunales de justicia para los prisioneros importantes.

—¿Dónde quedan los baños públicos? —se apresuró a intervenir Prasutugas.

—Todavía están en construcción, fuera del muro y cerca del río. También se planea construir un anfiteatro, pero aún no se ha preparado el terreno.

«¿No hay suficientes esclavos nativos?» iba a preguntar Boudicca, pero se lo pensó mejor; pasaron por delante de los escalones del templo, arrastrando los pies entre las hojas quebradizas, y después giraron detrás del pretorio. Allí había más casas, todavía resguardadas por el muro del foro, donde vivían el gobernador, el procurador y el personal militar y civil de mayor rango. Era un sitio tranquilo de noche, pero de día debía de ser muy bullicioso, pensó ella. Llegaron a una puerta de roble maciza flanqueada por guardias. Éstos la abrieron y el grupo ingresó en una atmósfera caldeada e iluminada por lámparas. Criados callados y discretos como las baldosas azules y grises bajo sus pies tomaron sus capas y el joven oficial les deseó las buenas noches con un murmullo y desapareció. Agrícola se acercó. Tenía los brazos desnudos y los dedos llenos de anillos. Su toga crujía al rozar con sus sandalias.

—¡No era mi intención que volarais con el viento! —declaró con alegría—. ¡Vaya recibimiento! Pero venid. El gobernador os espera.

Boudicca se quitó una hoja muerta del cabello y en el instante en que Agrícola se volvió, le susurró a Prasutugas:

—¿Cuándo debo empezar a gruñir y a maldecir? ¿Tengo que esperar a que todos estemos semiatontados por el vino? No quiero desilusionar a nuestro nuevo gobernador.

A modo de respuesta, recibió un beso rápido.

—Nadie podría desilusionarse de ti, no importa lo que hagas —masculló. Ella le tomó del brazo y avanzaron juntos detrás de Agrícola.

La casa no era un palacio pero, al igual que la vivienda del comerciante, estaba diseñada de manera que al cerrar la puerta se dejaban fuera las penurias y peligros de una provincia lejana y

extraña. Pequeñas columnas de madera bien espaciadas se erguían desde los suelos de baldosas azules, grises, amarillas y del color del ante. Varias sillas plegables cubiertas con un género rojo cálido resaltaban contra un trasfondo de cortinajes verdes. Cabezas esculpidas ocupaban discretamente pequeños nichos que fueron dejando atrás y Boudicca no sabía si eran dioses o los antepasados del gobernador.

Baúles de madera lisa se apoyaban contra las paredes y patas de animales innombrables sostenían mesas bajas y pesadas. Una profusión de almohadones y tapices convertía la casa apenas amueblada y casi austera en un sitio alegre y cómodo. Los criados entraban y salían de las sombras y llevaban consigo un olor a comida caliente y a aceite perfumado de las lámparas. Los ojos de Boudicca estudiaron aquellas paredes donde Paulino ya había estampado su personalidad. Allí colgaban recuerdos de su gobierno en Mauritania: espadas raras y curvas enfundadas en vainas de oro adornadas con filigranas, armaduras hechas con cueros de caballo, cuchillos cuyos mangos destellaban con gemas color rojo sangre que ella nunca había visto antes.

Sus dedos experimentaron un anhelo profundo. Se acercaron al atrio donde un estanque yacía plácidamente en la oscuridad y el viento los azotó desde su sombra antes de que lo atravesaran y se detuvieran por fin en una sala muy iluminada y colmada de esclavos. La mesa estaba puesta y la vajilla de plata refulgía. Los triclinios que la rodeaban eran de damasco y más brocado, con almohadones suaves azul y escarlata. Pero Boudicca apenas tuvo tiempo de detenerse, un hombre se aproximaba a ellos, extendía un brazo cargado de oro y llevaba una toga ribeteada de púrpura que flotaba con su cuerpo grueso y poderoso y sandalias en sus pies grandes que golpeaban sobre las baldosas. Su sonrisa apareció y desapareció, una señal frugal de cortesía, pero cuando Boudicca tomó su muñeca, supo que la pequeña concesión a los buenos modales no era una afrenta deliberada. Ese romano no era un animal social. No realizaba su trabajo en las habitaciones saturadas de vino y perfume donde las ambiciones se realizaban con sutileza y, aunque pudiera ser el anfitrión perfecto, aunque la sangre azul de la aristocracia romana fluyera por sus venas, era un soldado de carrera.

—Bienvenidos, bienvenidos —manifestó y, antes de que desviara la vista de Boudicca a Prasutugas, un destello de humor en sus ojos advirtió a Boudicca que no había mucho sobre ella que él ignorara—. He aguardado con ansiedad esta oportunidad que me brindáis para hablar con vosotros, y es un alivio para mí hacer a un lado las obligaciones y permitirme este placer. Espero que vuestro alojamiento os resulte confortable.

Prasutugas respondió con serenidad, preguntó por sus impresiones sobre Albion y alguien colocó una copa con delicadeza en la mano de Boudicca. Agrícola la escoltó al interior de la habitación.

—Estáis temblando —comentó—. ¿Tenéis frío, Boudicca? Acercaos a la pared.

—No, no —repuso ella con una sonrisa ausente—. No tengo frío; de hecho, vuestra calefacción me resulta agobiante. Quizá sólo esté cansada del largo viaje. Y también hambrienta.

—Pronto comeremos. Creo que se servirá cordero iceno y el gobernador está muy orgulloso de haber podido conseguir un barril de aguamiel, sólo para vos.

—¡Qué hombre más detallista! —exclamó ella—. Lástima que no pueda satisfacer mis otros gustos.

—Estoy seguro de que le afligiría mucho que carecierais de algo durante vuestra estancia aquí, señora. Pero supongo que estáis hablando de gustos que ni siquiera un gobernador puede satisfacer, ¿verdad?

Boudicca, sorprendida, le miró a los ojos. Era joven y apuesto, pero por primera vez se dio cuenta de que también era inteligente y que le había quitado el aguijón mucho antes de que ella se preparara para atacar.

«Estos dos hacen un buen equipo —pensó—, combinan a la perfección, tal como lo hacían Aulo Plautio y su segundo, Pudens.» El temor la sobrecogió. Estaba confundida, aunque no sabía por qué. Oyó que Prasutugas reía, no una risa cortés, sino un grito profundo y saludable, y Agrícola le sonrió a los ojos y bebió su vino. «Me han vencido, ya nos han vencido. ¿Serán éstos los hombres que derrotarán al oeste?», pensó. Por fin, respondió con un respeto renuente.

—Sabéis que sí y no tengo duda de que el gobernador conoce bien cada uno de mis pequeños anhelos. Muy bien, no estropearé la velada.

—Ah, señora —protestó él y sus ojos se iluminaron todavía más—. ¿Jamás os sentís tentada a vivir de acuerdo con vuestra temible reputación?

—Tal vez lo haga algún día —convino con ligereza—, pero hasta entonces, me contento con proveeros a vosotros, romanos, de las mejores bromas de Albion. Contadme qué ha hecho el gobernador desde su llegada, además de reponerse de un fuerte resfriado, por supuesto.

—¿Qué os hace pensar que ha estado resfriado?

—El hecho de que muchos de nuestros gobernadores no hayan sido capaces de adaptarse al clima único de Albion.

Agrícola sonrió y después rió con ganas. En respuesta a un movimiento de la cabeza de Paulino, acompañó a Boudicca hasta la mesa.

—La señora ha estado preguntando por vuestra salud, señor—comentó en tanto ella se recogía las mangas del vestido y se reclinaba. Agrícola se instaló en su asiento. Paulino no necesitó que le explicaran más. Lanzó otra sonrisa económica y fugaz a Boudicca y chascó los dedos a los criados, que se pusieron en movimiento.

—Mi salud es excelente —precisó—. Nunca fue mejor. He vivido los últimos quince años en el calor y la aridez, es cierto, pero las montañas de Mauritania pueden ser frías, húmedas y desagradables y ya he tenido suficiente de eso.

—¿Lamentasteis ser transferido a Albion? —inquirió Prasutugas. No se había reclinado. Con un solo brazo, habría sido imposible. Estaba sentado derecho en una silla que le habían proporcionado. Boudicca le observaba con ansiedad, ya que temía que no pudiera cortar la comida y que eso le

pusiera en ridículo. Pero notó que la porción que le sirvió el criado ya estaba cortada en trozos pequeños. Contempló su propio plato y no pudo creer lo que veía. Ostras.

«Oh, aquí no, no en la mesa del gobernador —pensó con cierto desaliento—. ¿Qué tienen las ostras que convierten a los romanos en cerdos ávidos?» Pero el gobernador estaba conversando y ella le prestó toda su atención. Recogió la cuchara y tragó el molusco con fastidio.

—No, en realidad, no. Mis primeros años en Mauritania los pasé peleando, pero las batallas ya no eran necesarias últimamente y debo confesar que las actividades rutinarias de la administración me aburrían. Será bueno ver acción de nuevo.

—Aquí tendréis mucha —acotó Boudicca mientras hacía bajar la última pelota grisácea producida por la ostra con la aguamiel fuerte—. El emperador debe de estar desesperado, señor, para enviar al segundo general más popular del imperio a un lugar rudo y salvaje como Albion. Oh, sí —prosiguió, y sonrió al ver la sorpresa momentánea en el rostro de él—. Nos gusta saber todo lo que podamos acerca del hombre que el emperador designa para que nos mande. Y os agradezco la aguamiel. Aprecio vuestra amabilidad.

Paulino hizo caso omiso del agradecimiento sin dejarse engañar por aquellas últimas palabras pronunciadas para desviar la conversación.

—Pero la información de segunda mano nunca puede reemplazar la evaluación personal, ¿verdad, señora? En Roma, he aprendido mucho de Albion de las fuentes más sorprendentes que os podéis imaginar.

Boudicca casi se atragantó. Bajó la cuchara y renunció a toda pretensión de buenos modales.

—Habéis hablado con Caradoc —afirmó sin rodeos—. ¿Seria mucho pedir que nos contarais cómo está?

El gobernador enarcó las cejas.

—Sacáis conclusiones demasiado apresuradas —contestó—. ¿Creéis que intentaría turbar a un hombre cuyas lealtades le prohibirían darme cualquier información pertinente? Si, hablé con él. Me dijo más con sus silencios que con sus palabras, y ambos estuvieron llenos de amor por su tierra y de añoranza por regresar. Eso fue todo. Pasé muchas horas con Plautio y su esposa.

—¿Y qué os contaron? —Boudicca apartó la vista del rostro escabroso de Paulino. La voz era la de su esposo.

—Me contaron que es probable que Albion nunca se rinda del todo. Escuché, pero creo que están equivocados. Yo la haré rendirse.

—Ah, bueno —dijo Agrícola—. Si hay alguien capaz de vaciar al oeste, esa persona sois vos, Suetonio, pero no lo hagamos esta noche. Prefiero vaciar mi plato.

—No, por favor —protestó Boudicca—. No nos sentimos molestos. Ambos conocéis la lealtad de mi esposo a la causa romana y mi propia reticencia, pero también debéis saber que le he prometido mi apoyo. Si hemos de pasar la velada desperdiciando aliento en tonterías sociales,

entonces nuestro viaje no habrá valido la pena. Deseamos conoceros y vosotros deseáis tantearnos. ¿Qué tiene de malo? No me gusta hablar por hablar.

—A mí tampoco —admitió el gobernador—, pero tampoco me parece apropiado intercambiar animosidades durante la cena. Me formulasteis una pregunta, Boudicca, y os responderé. Caradoc está bien, aunque parece más viejo de lo que es. Él y su esposa han entablado una gran amistad con mi propio amigo, Aulo Plautio. Sus hijos también están bien. Gladys se casó con el ex subjefe de Plautio, Rufo Pudens, y se ha convertido en una ciudadana romana. Eurgain huyó, y si no se ahogó, vive en Hibernia, la isla que vosotros llamáis Eriu. Y Llyn... —Se interrumpió—. A Llyn no le gusta mucho Roma.

—¡Cuántas cosas no decís! —exclamó ella con voz spera—. Bueno, debo agradeceros por lo que me dais. —Sus ojos se encontraron con los de su esposo y parecían decirle: «Eso fue hace mucho tiempo, pertenece a otra época. El Caradoc que tú conociste sólo vive en tus recuerdos y tus sueños».

«Ojalça pudiera sentir la misma paz —pensó Boudicca con vehemencia—. Ojalá hubiera nacido como Prasutugas, o incluso como Aricia, capaz de transigir, de usar un rostro distinto cada día, de tener un alma diferente cada año que pasa.»

—Aquí viene el cordero iceno —anunció Agrícola—. Decidme, señor, ¿hay cerdos domesticados en vuestra tierra o preferís el sabor del jabalí capturado con vuestras propias manos?

—Por desgracia, ya no puedo cazar —respondió Prasutugas con suavidad—. Pero prefiero el jabalí. Mis jefes cazan todos los días y yo todavía entreno a los perros.

—Los hombres de las tribus de Mauritania cazan leones a caballo, con lanzas —dijo Paulino—. Es muy impresionante. ¿Vos cazáis, señora? ¿Qué presa preferís?

Boudicca volvió a sentir los ojos azules de Prasutugas clavados en ella.

Contestó con calma; su mente, de pronto, se vio sumida en el bosque oscuro, en el hedor a zorro muerto y en el pecho mutilado de un hombre.

—Si, señor, cazo. Cuando era joven, cazaba hombres y ganado. Después, cuando llegó Roma, adopté el hábito de atrapar jabalíes con la red. Ahora creo que prefiero el venado. Se necesita más habilidad para cazarlo que a un hombre o a un jabalí.

Le sonrió, y el gobernador se tomó un momento para pensar en ella mientras las frases del informe sobre los icenos se deslizaban despacio a través de su mente. Agrícola y él habían leído los despachos regulares del comandante de la guarnición icena y Paulino sabía que ella no mentía ni tampoco alardeaba. En efecto, había cazado hombres. Los despachos decían otras cosas también. Ella era toda furia, todo ruido, pero el peligro estaba bien contenido por el amor a su esposo. El comandante de la guarnición desechaba ese peligro. Boudicca era una mujer a quien le gustaba hablar, alborotar, eso era todo. Su belleza llamativa no impresionaba a Paulino. La larga túnica verde ribeteada en plata que resaltaba el cabello rizado y del color del bronce y los ojos castaño claro, los seis o siete brazaletes de plata que tintineaban con flojedad en cada brazo cubierto de cicatrices, la profusión de collares y la diadema incrustada con ámbar lustrado sólo le revelaban la opulencia que

Roma le había traído. No le gustaba ni le disgustaba. Ella y su señor eran apenas dos factores más a tener en cuenta en el complicado cuadro de la isla y ya los había colocado en el lugar que les correspondía.

—Coincido con vos —manifestó—. Los venados siguen su instinto, pero los hombres deben templarlo. También deben razonar pero, por desgracia, la razón suele descarriarlos. Durante mis campañas en Mauritania, me encontré muchas veces con este razonamiento imperfecto.

—¿En qué sentido? —Prasutugas estaba interesado.

—La mayor parte de la tierra es desértica —prosiguió Paulino—. Es imposible trazar un mapa definitivo porque la arena está en continuo movimiento. Los hombres de las tribus podrían haber mantenido las hostilidades de manera indefinida si se hubieran comportado con el instinto de un animal, pero no lo hicieron. En vez de variar las rutas que tomaban sus convoyes de bagajes para ir y venir de una fuente de alimentos a otra, fueron incapaces de superar el hábito de cientos de años. Por supuesto, el terreno limitaba la siembra de cultivos a los sitios cercanos al agua, a los oasis que salpican el desierto, y por lo tanto, la gente debía volver una y otra vez a los mismos lugares. No podían vivir de la tierra mientras deambulaban. Fue muy sencillo descubrir los oasis, destruir las fuentes de alimentos y luego sentarse a esperar.

Las palabras calaron con lentitud en la conciencia de Boudicca. La fuente alimenticia. Destruir la fuente alimenticia. Alimentos.., destruir. De repente, el significado total de lo que el gobernador había dicho explotó en su mente y fue como si una mano torpe e inexperta la hubiera despedazado y rearmado. Tenía el estómago revuelto. Sentía los brazos tan débiles que tuvo que usar ambas manos para poner en la mesa la aguamiel. Los hombres no la miraban. Prasutugas había hecho un comentario, Agrícola también, y Paulino estaba ocupado exaltando las virtudes de los caballos de Mauritania. La táctica había sido explicada y descartada por otro tema de conversación más agradable.

«Lo hará de nuevo —pensó Boudicca de modo incoherente—. Lo sabía, lo sabía. Ni bien os vi, Paulino, lo supe.» No podía quitarle los ojos de encima. Todo en él era rudo, poderoso, insensible, desde los dedos de puntas cuadradas hasta las líneas sencillas y finas de su rostro. Había oído decir que era famoso por su crueldad, pero no por la crueldad retorcida de los débiles. Era un gran partidario de la disciplina, de decisiones rápidas, justas y terminantes. Era incorruptible. Todas esas cosas... Se obligó a llevar la copa a sus labios. Los otros habían fracasado, todos ellos, pero él triunfaría. Poseía un aire de estabilidad sólida y tenaz. Sabía quién era y adónde iba y, una vez que se decidía, nada se interpondría en su camino. Ni dioses ni hombres podrían hacerle vacilar. Iría.., iría a Mona. La fuente de alimentos. El origen de la fortaleza del oeste. Granos para sus cuerpos, magia para sus almas. Mona.

Aterrada, luchó contra las náuseas, incapaz de tragar la aguamiel que llenaba su boca. «¿Qué puedo hacer? ¿Qué?» No se percató del silencio hasta que Prasutugas aventuró con ansiedad:

—¿Te ocurre algo, Boudicca?

Los ojos de ella pasaron de uno a otro, desconcertada, herida. Con un esfuerzo inmenso, tragó el liquido espeso y agridulce.

«No lo saben —pensó con estupor—. Quizá Paulino mismo no lo sepa aún. Pero yo lo sé.»

—Me he atragantado con un trozo de carne —explicó sin aliento.

—¿Está malo el cordero? —inquirió el gobernador con tono áspero.

Ella asintió.

—Los romanos no sabéis cocinarlo apropiadamente —bromeó con desesperación—. Todavía está crudo.

Paulino chasqueó los dedos con impaciencia.

—Llévatelo y trae otro pedazo —ordenó—. Lo siento, señora. ¿Deseáis agua?

Boudicca meneó la cabeza en silencio, consciente de la pregunta en los ojos de Prasutugas y de su curiosidad. Le sirvieron un plato nuevo de cordero; cogió el cuchillo y empezó a desgarrar la carne con la hoja y los dedos y a meterla a la fuerza en su boca. Alguien le preguntó algo y contestó sin pensarlo.

«Mona. Debo salir de aquí, debo huir. Venutio, ya acabó todo. ¿Paulino te contó su historia, Caradoc? ¿Qué he de hacer?»

—Un nuevo censo —estaba diciendo Paulino—. Es una molestia, pero no puedo retrasarlo más. Y vuestros impuestos se elevarán, Prasutugas. El procurador está resuelto a aumentarlos.

Prasutugas se encogió de hombros y sonrió, pero sus ojos no se apartaban de la figura abatida de su esposa.

—Se han incrementado todos los años, pero también nuestros ingresos —repuso—. ¡Cuando no podamos pagar los impuestos, os lo haré saber, señor! —Rieron. Apareció el postre y más vino. Se sirvieron frutas con queso de cabra fuerte y marrón, pero el cansancio y el dolor crecientes de Prasutugas eran eclipsados por la preocupación cada vez mayor por su esposa. No había pronunciado ni una sola palabra en la última hora o más. Estaba sentada como una campesina mansa y tonta, con expresión impasible y al parecer cohibida; aunque Prasutugas lo intentó, no logró hallar un motivo para ese repliegue imprevisto. Se alegró cuando la cena terminó y dejaron los triclinios en manos de los sirvientes que ya bostezaban, para encaminarse algo tambaleantes hacia la galería porticada. Cruzaron el atrio devastado por el viento y llegaron a la calidez confortable de la sala de recepciones del gobernador. Hablaron y bebieron durante otra hora. Boudicca se reanimó un poco, pero sus observaciones irónicas sobre el emperador y el gobernador fueron inoportunas y carecieron de su habitual ingenio. Por fin, Prasutugas se incorporó y agradeció a Paulino su hospitalidad. Él y su esposa abandonaron la casa y salieron a la noche azotada por el viento. La escolta de soldados iba delante y detrás de ellos.

—Para ser sincero, no sé de dónde proviene la reputación pintoresca de Boudicca —comentó Paulino a Agrícola. Estaban de pie y contemplaban la noche fría a través de la puerta abierta—.

Supongo que, como toda reputación basada en rumores y chismes, ha sido exagerada. Esa mujer no es una amenaza para Roma ni para nadie. Estuvo tan mansa como una oveja icena.

—Algo la alteró esta noche, señor —objetó Agrícola—. Jamás he conocido a una mujer tan enérgica y de verdad creí que esta noche recompensaría todos nuestros esfuerzos. O vos o yo la hemos ofendido.

—Bueno, no fue a propósito —replicó Paulino con irritación—. Mañana, enseñadles la aldea, Julio. Me gustaría poder hacerlo personalmente, pero supongo que debo sentarme en la oficina y soportar otro día de las interminables cifras del procurador. No tolero a ese hombre. Jamás he conocido a un adulador más ávido y codicioso. Si fuera por mí, me libraría de él.

—Tiene que cumplir con su tarea.

—Sí, y gracias a los dioses, no es la mía. Que siga contando dinero. Cuando yo haya acabado con sus informes estúpidos, tal vez pueda continuar también con mi tarea. No podremos hacer mucho durante el invierno, pero creo que en la primavera podremos empezar una campaña que acabará con toda la indecisión desesperanzada en Albion. Ahora ve a la cama. Buenas noches.

—Buenas noches, señor. De todos modos, la cena fue un éxito.

—Hummm. —Se separaron. Paulino se dirigió a su dormitorio y Agrícola a su pequeña casa.

En el umbral de la casa del comerciante, los cuatro soldados los saludaron y se marcharon. Boudicca y Prasutugas cerraron la puerta y dejaron atrás el viento frío e insistente. Los jefes dormían profundamente, tendidos en sus capas sobre el suelo de baldosas alrededor del estanque agitado por el viento. No los despertaron. En el dormitorio, las lámparas que aún ardían despedían una luz amarilla soñolienta. Prasutugas arrojó su capa al suelo. Aunque su muñón supurante le latía sin piedad y la cabeza le daba vueltas por el dolor y la fatiga, se aproximó a su esposa.

—Cuéntame —le ordenó en voz baja.

Boudicca se detuvo en el centro de la habitación. Todavía aferraba la capa a su alrededor y un éxtasis nuevo consumía su rostro.

—Es él —declaró sin tono—. Él tiene la respuesta. Destruir la fuente alimenticia, dijo. ¿Sabes lo que eso significa, Prasutugas? ¿Cómo pudiste pasarlo por alto? Marchará sobre Mona en la primavera. Hará lo que Scapula no hizo por estar demasiado obsesionado con Caradoc, lo que Galo era demasiado anciano para hacer, lo que Nepos no tuvo tiempo de hacer. Quemar los cultivos, salar los campos, y entonces será el fin. Funcionó en los desiertos que él mencionó y funcionará aquí en Albion. ¡Venutio no puede ordenar a las montañas que germinen de nuevo! ¡Ah, Prasutugas! ¡Este hombre acarrea consigo el olor del triunfo militar como un viento del oeste cargado de lluvia! ¡Tengo miedo! ¡Sufro!

Él consideró las palabras con lentitud, forzando su pensamiento a través del dolor que giraba en su cabeza.

—Tienes razón, Boudicca —convino por fin—. Creo que bajo este gobernador, el oeste verá la paz. Ojalá hubiera sido designado al principio, en vez de Aulo Plautio. ¡Cuántas vidas se habrían

ahorrado!

Ella le miró estupefacta.

—¡Andrasta! —susurró—. La paz es lo único que te importa, Prasutugas, la paz a cualquier precio, no te importa el precio que sea. ¿No puedes entender que la paz es una ilusión a menos que implique honor para Albion? ¿Qué debo hacer? Oh, ¿qué debo hacer?

Él se le acercó, pero estaba demasiado cansado para algo más que para pasarle un brazo alrededor del cuello.

—Sabes lo que tienes que hacer —afirmó—. Envía un mensaje a Venutio. Transmitele tus sospechas. Dará lo mismo que se entere por ti ahora o por sus propios espías en la primavera, cuando las legiones estén en marcha.

Boudicca empezó a llorar. Sin decir una palabra, le ayudó a desvestirse. Seguía llorando cuando él apoyó su cabeza rubia en la almohada y ella se dispuso a acostarse. Se deslizó junto a él debajo de las mantas y sus lágrimas calientes cayeron sobre la mano de Prasutugas que le alisaba el cabello.

—Por favor, Boudicca —le rogó amablemente. Ella se apartó con violencia.

—¡Incluso contigo me siento sola! —sollozó—. ¡Sola! ¡No puedo irme! ¡Y me atormenta quedarme!

—Una vez me dijiste que nada era más importante que nosotros —le recordó un momento después— y creo que es cierto. Deja que el tiempo borre todo lo demás, Boudicca, y sólo recuerda que te he amado.

Ella se volvió hacia él con los brazos extendidos y le hundió el rostro húmedo en el hombro. Se esforzaba por sofocar la angustia que la estremecía, pero incluso cuando se sumió, exhausta, en un sueño profundo, la desesperanza continuó rondándola.

Agrícola fue a buscarles por la mañana. El viento seguía soplando, pero el sol brillaba con intensidad en tanto ellos y los jefes lo seguían más allá del arco, hacia el foro atestado y ruidoso; luego descendieron hacia las cuadras, una hilera de caballerizas ordenadas y que olían bien justo al otro lado del muro. Agrícola conversaba con jovialidad mientras caminaban, con un interés discreto centrado en Boudicca; ella parecía haber recuperado el aplomo.

Fuera lo que fuese lo que la había turbado, no había alterado el sueño de la noche, aunque parecía algo macilenta. Sacaron los caballos y montaron; Agrícola les mostró Colchester hasta la hora del almuerzo. Si bien la pared, que había sido reducida, todavía se erguía donde se había alzado el muro de tierra de Caradoc, tenía cuatro puertas y la aldea se había extendido más allá de la pared en una confusión desagradable de chozas, cabañas y tiendas donde campesinos sin tierras ni señores probaban suerte con el robo y el engaño.

—Se los expulsa de forma periódica —explicó el romano cuando pasaron trotando junto al desorden apiñado—. Algunos son embarcados a la Galia y a Roma para pelear en los circos o en las legiones, y otros son llevados a los viejos cuarteles de la Vigésima donde se les da de comer a cambio de trabajo. Pero el lugar vuelve a llenarse enseguida con más gente proveniente de la campiña.

—¿Por qué no les dais un poco de tierra para que la cultiven? La mayoría de ellos lo han hecho siempre —preguntó Prasutugas. Agrícola se encogió de hombros.

—Aquí en el sur la tierra escasea mucho. Los veteranos de las legiones tienen derecho a una granja cuando se retiran, y la obtienen. Sin embargo, muchos de ellos prefieren vivir en la aldea y dejar que los nativos trabajen sus granjas. Éste es el taller de cerámica de la Vigésima. El ultimo gobernador lo reabrió y está produciendo piezas buenas y bonitas, aunque la calidad no puede compararse aún con la de los artículos de coral de la Galia. También alentamos a los nativos a que sigan produciendo su propia ropa de lino y lana. Actualmente, hay una demanda interesante por las tinturas y las telas procedentes de Albion y algunos de los nativos se están enriqueciendo bastante con eso. La demanda de botas y sandalias por parte de las legiones es constante, es otro sector que ofrece oportunidades para que la gente emprendedora haga dinero.

Después de atravesar las puertas, anduvieron al paso por los anchos senderos. Sólo la calle que iba desde las puertas al foro estaba pavimentada, pero era otoño, un otoño seco y frío, y los senderos estaban bien apisonados por las pisadas de los hombres libres, los soldados, los carros, los bueyes, los caballos y los comerciantes.

—Lo que me preocupa —comentó Boudicca en voz alta— es que todas estas personas, cada una de ellas, en los talleres de cerámica, las tiendas, las curtidurías, ahora dependan por completo de vosotros para vivir. Si los abandonaseis a su suerte, muchos morirían de hambre. Una generación más y no sabrán sobrevivir. ¿Qué sería de ellos si os llegarais a marchar?

—Pero señora, no tenemos intenciones de irnos —respondió Agrícola con serenidad—. ¿Por qué habríamos de hacerlo? Por cierto, la gente depende de nosotros y se considera afortunada. Si nos marcháramos, Albion se vería inmersa al instante en el mayor baño de sangre jamás visto.

—¿A qué os referís? —inquirió ella.

—Las tribus que cooperan con nosotros serían atacadas por aquellas que no lo hacen. La isla entera se vería involucrada y sería la guerra que acabaría con todas las guerras.

—¿De veras lo creéis así? ¿En serio pensáis que sucedería eso?

—¡Por supuesto que ocurriría!

—A pesar de vuestra conversación amable, tenéis una opinión muy baja de nosotros los salvajes —replicó ásperamente—. Creéis que lo único que sabemos hacer es pelear, que lo único que nos gusta hacer es matar, como si fuéramos una manada de lobos. Vuestro orgullo romano se complace en imaginar que sois los civilizadores del mundo, ¿verdad?

—Sí —contestó con sencillez—. En efecto, así es. Y lo somos. Si no me creéis, preguntad a vuestro esposo y a los hombres de vuestra tribu, Boudicca.

Se quedó callada un largo rato. Luego aventuró con voz débil:

—Eso no ha sido justo. Ha sido un golpe bajo.

—Si los dais, debéis aprender a recibirlos —repuso Agrícola lacónicamente. Ella rió con desprecio.

—¿De vos?

Pasaron despacio junto a una fila de tiendas que vendían de todo, desde cerveza de elaboración local hasta conservas romanas. Los jefes desmontaron y entraron en los diminutos y oscuros recintos para tocar los artículos que se exhibían dentro y lanzar exclamaciones. Salieron cargados de regalos para sus familias en Icenia, ya que contaban con dinero romano, y su placer parecía servir para enfatizar la insistencia de Agrícola en cuanto a que Roma no hacía nada más que traer prosperidad.

«Y así es —pensó Boudicca—. Entonces, ¿de qué me lamento día tras día? ¿Por qué las tribus del oeste prefieren morir antes que pasearse por una calle de Colchester con sus bolsas rebosantes de dinero? La razón es tan profunda, está tan enterrada bajo el sol, la tierra, el aire, la luz... La dignidad de la elección. La libertad de decir sí o no sin temor. Roma nos brinda todo excepto ese derecho precioso de escoger nuestro propio destino.» Durante todos esos años desde la llegada de las legiones, había luchado por poner ese pensamiento en palabras para Prasutugas, pero había fracasado. Sin embargo, ahí estaba, claro, fresco y sensato, con la solidez de la verdad de un druida. «Estamos por encima de los dioses, dado que hasta los dioses pueden estar constreñidos por hechizos. No somos más que animales domesticados a los que no les importa cómo llenar sus vientres. Somos hombres cuya existencia depende única y exclusivamente de la preservación interna de una dignidad unida a la libertad. Debo recordar eso. Debo decírselo.» Pero al observar a su esposo a horcajadas sobre el caballo, con las riendas sostenidas con flojedad en una mano, el brazo que descansaba contra el cuello del animal y la espalda encorvada, se dio cuenta de que había llegado el momento en que no podría decirle nada que le hiciera sufrir. Se estaba muriendo. Se notaba en su rostro. Debía tragarse toda desavenencia y acercarse a él sólo con su fortaleza. Debía hacerle el honor de despojarse de toda defensa aun cuando eso significara que antes de que la dejara, ella no tendría tiempo de reconstruir esa mitad de sí misma que de momento era él, y que más tarde tendría que estar compuesta de algo distinto.

Los jefes montaron de nuevo con las compras guardadas en bolsas o dentro de sus túnicas y Agrícola los guió al final de la calle, a un lugar abierto donde tinas enormes bullían sobre fuegos y el suelo estaba cubierto de armazones de las que colgaban telas recién teñidas. Boudicca desmontó.

—Quiero comprar algo para que Hulda les cosa un traje a las niñas —manifestó. La pequeña procesión se detuvo. El tintorero se acercó. Tenía los brazos manchados de púrpura hasta los codos y su esposa y su hijo rondaban detrás de él. Boudicca inclinó la cabeza—. Te saludo, hombre libre.

El hombre la estudió con rapidez y sonrió.

—¿Sois la reina de Icenia?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Colchester es todavía lo bastante pequeña para que los chismes corran como el agua y, además, existe una sola casa gobernante cuya señora es pelirroja y cuyo señor tiene un solo brazo. ¿Os muestro mi mercadería?

Boudicca asintió y se dispuso a seguirle dentro de la choza diminuta, pero la voz de Agrícola los detuvo a ambos.

—Saca tus telas afuera y espárcelas sobre la hierba —gritó—. Quizás algún otro del grupo desee comprar.

Boudicca entendió y obsequió al romano una sonrisa insolente. El hombre se encogió de hombros y entró en la choza.

—¿No estáis yendo demasiado lejos, señor? —exclamó ella—. ¡Podría ofenderme y quejarme al gobernador! —Prasutugas rió. El hombre libre regresó con los brazos llenos de rollos de telas de colores alegres que procedió a desenrollar a los pies de Boudicca—. ¿Estás bajo sospecha? —le susurró mientras el hombre se inclinaba. Luego añadió en voz más alta—: Son muy bonitas. Cuéntame cómo las tiñes.

—Sí —murmuró él con la boca oculta por la cabeza gacha—. Me vigilan todo el tiempo. —Elevó el tono al mismo nivel que el de ella—. Esta tela fue teñida con prímulas. Podéis ver que eran muy frescas cuando se las cortó. El color salió tan brillante y delicado que decidí no estamparlo. Ésta fue sumergida en bayas de saúco, una tintura muy rica y espesa. Da un azul purpúreo que en este momento es muy popular. Para mi gusto, queda demasiado oscuro, así que haré bordar la pieza con plata para aclararla un poco.

Boudicca se inclinó también y deslizó el material entre sus dedos.

—¡Jamás he visto un verde más pálido! —se maravilló—. ¡Y el estampado rojo es tan parejo! ¿Cómo logras un verde así?

—Tendríais que preguntarle a mi hijo —contestó el hombre—. Él hace las tinturas.., y deambula lejos para hallar los ingredientes que necesita. Mi esposa teje la tela y yo me encargo del estampado.

«Deambula lejos.» Boudicca notó el énfasis casi imperceptible en aquellas palabras.

—Prasutugas —llamó—. ¿Crees que a Ethelind le gustaría el amarillo rojizo?

—El verde le sentaría mejor —respondió su esposo—. Compra el amarillo para ti, Boudicca, y aquel rojo para Brigid.

Ella se movió por los ríos de color; tocaba y exclamaba a medida que iba apartando al tintorero de los hombres a caballo. Escogió lo que llevaría, pidió a un jefe que enrollara las telas y las levantara del suelo y luego dijo en voz alta:

—¿Cuánto te debo, hombre libre?

—Diez denarios —repuso él, y añadió en un susurro—: ¿Disfrutasteis anoche de vuestra cena con el gobernador? Oí decir que es un hombre muy reservado.

—¡Lovernio! —gritó Boudicca—. ¡Trae dinero! No lo bastante callado —masculló— No puedo darte un mensaje preciso. Sólo diles que vigilen la isla sagrada. —Alargó una mano y Lovernio depositó las monedas en su palma. Boudicca se las entregó al tintorero y le deseó un descanso seguro.

Luego caminó hasta su caballo—. De veras, señor —regañó a Agrícola—. Si hubiera querido hablar con un espía, podría haber esperado a llegar a casa. Pusisteis en ridículo al pobre hombre libre.

—Lo único que le pedí fue que sacara afuera su mercadería —objetó el romano—. ¿Quién dijo algo sobre espías, señora? Vuestra mente tiende a ser recelosa.

—De todos modos, los tintoreros están todos locos —concluyó ella cuando se alejaban—. De tanto estar todo el día inclinados sobre colores intensos, no ven nada en blanco y negro.

Si Agrícola la oyó, no dio señales de haberlo hecho. Pasaron el resto de la mañana admirando las nuevas casas que se estaban construyendo dentro de lo que antiguamente fuera el primer circulo de chozas de Camalodúnum.

Esa noche, Agrícola los recibió en su casa acompañado de algunos comerciantes y prestamistas prominentes de la aldea. Los hombres se presentaron con sus esposas y Boudicca tuvo que sentarse durante cuatro tormentosas horas a escuchar a las mujeres chismorrear entre ellas y a los hombres discutir los últimos rumores sobre Roma y sus propios negocios florecientes. Se sentía más que nunca como una criatura de otro mundo, aunque se daba cuenta de que esas personas también eran provincianas. Se sentó en un rincón, bien alejada de los círculos de luz de las lámparas, con ambas manos apretadas alrededor de la copa de aguamiel. Tenía la impresión de hallarse fuera del fluir del tiempo. Los vientos turbulentos de Icenia, el crepitar de las fogatas, el contoneo multicolor de sus jefes barbados, todo parecía formar parte de un sueño viejo y olvidado, igual que esa reunión de extraños bañados en perfume.

«Mi lugar está en el oeste —pensó de pronto—, donde el tiempo carece de significado, donde Camalodúnum todavía tiene muros de tierra, donde Cunobelin está de pie frente al enorme salón del Consejo con los puños en las caderas y sus jefes miden sus espadas en el campo de prácticas. Donde, en Icenia, Prasutugas y yo somos jóvenes y estamos muy enamorados y Subidasto, mi padre, se inclina junto a los druidas en los montes de Andrasta. El pasado está allí, en las montañas. El futuro está aquí, a mi alrededor, en esta habitación caldeada y refinada. Y me quedo sentada con una bebida en las manos y sé que estoy desterrada de ambos.»

Prasutugas estaba bebiendo demasiado, sentado con las piernas cruzadas en el suelo como lo hacía en su casa cuando el dolor le atacaba. El cabello rubio trenzado con cuidado caía sobre su pecho negro y escarlata y la diadema de oro resplandecía en su cabeza. Sus ojos también brillaban, despedían un destello azul enfermizo en tanto contemplaba a los presentes y conversaba con aparente soltura. Pero Boudicca vio que se cogía una rodilla con fuerza y que de vez en cuando se movía con discreción para tocar el codo de su escudero. Agrícola debió de haberlo advertido, ya que hacia el fin de la velada, se aproximó a ella y se sentó a su lado.

—No me había dado cuenta de que estaba tan enfermo —comentó—. De haberlo sabido, me habría encargado de que este viaje fuera postergado.

—Bueno, al menos ahora podréis hacer planes para el futuro de mi territorio —replicó Boudicca con rencor—. Debe de ser muy gratificante estar sobre aviso de una muerte real.

—¿Recibe tratamiento? ¿Hay algún médico apostado en la guarnición en Icenia?

—Sí, pero la medicina romana es tosca. Cortar un poquito, quemar otro poco, untar con bálsamo. Necesita la atención de un druida, pero se niega a desobedecer vuestra ley absurda.

Agrícola reflexionó un instante con los ojos puestos en el rostro sonrojado y triste de Boudicca. De repente, apoyó sus manos sobre las de ella en torno a la copa.

—Si hay algo que yo pueda hacer —ofreció con suavidad—, lo que sea, espero que hagáis a un lado vuestros prejuicios y solicitéis mi ayuda.

Ella no se movió y él retiró las manos.

—No se trata de la mera cuestión de mis prejuicios, Agrícola —explicó—. Creo que Prasutugas quiere morir. Todavía queda mucho de jefe en él para sentir vergüenza de su deformidad y sé que le enfurece ser más una carga que una alegría para mí.

—¿Por qué no cicatriza su herida? Fue un corte limpio, ¿verdad?

Boudicca no quería hablar del tema, pero había comprensión en el hombre joven, un momento de interés humano que eclipsaba su identidad de romano y ella respondió sin sarcasmo, desafío ni tensión en sus palabras.

—No lo sé. Tal vez la espada estaba bajo un hechizo de dolor. Los druidas dirían que no cicatriza porque hay una enfermedad profunda en su alma, más profunda que la razón, pero... no lo sé. Sólo sé que a lo largo de los años se ha cerrado y abierto, y que ahora ya no volverá a cerrarse. Tal vez viva para ver otro Samain, pero ninguno más.

—Entiendo. ¿Y ha asegurado su sucesión en Icenia?

El momento de comprensión mutua se esfumó.

—¡Todavía no está muerto! —replicó ella con tono hostil pero sin levantar la voz—. ¡Preguntad al procurador lo que deseéis saber!

Agrícola se puso de pie.

—Sólo quería asegurarme de que había tomado las medidas necesarias para evitar una confusión —declaró con rigidez y se marchó.

Los dos icenos continuaron bebiendo, Prasutugas para mitigar el dolor de su cuerpo y Boudicca para no pensar en el futuro.

Al día siguiente, temprano, iniciaron el largo camino de regreso. Prasutugas había admitido que no tenía fuerzas para enfrentar otro día de visita oficial, de manera que Boudicca, Ian y Lovernio habían ido a ver a Agrícola y requerido su permiso para partir. El permiso fue concedido y el gobernador y su escolta cabalgaron con ellos durante una hora y se despidieron al llegar a los bosques catuvelaunos que entonces no tenían hojas. Luego, los icenos giraron hacia su frontera, a seis días de distancia. Pero Prasutugas no la alcanzó sentado en su caballo. Tres días después de dejar Colchester, se desplomó y fue transportado a Icenia en una camilla improvisada con la hermosa tela que su esposa había comprado.

OceanofPDF.com

Otoño del año 59 d. de C.

CAPITULO 35

Brigid montó el caballo y se agachó para recoger las riendas. Sonrió.

—¿Estás listo? —preguntó a Marco.

—Listo. Una vuelta alrededor del árbol, luego derecho hasta el lago y terminamos donde el río entra en el bosque.

—Pero Marco, eso es demasiado lejos. La última vez terminamos en el lago.

—Sí, pero la última vez tenías trece años. Hoy cumples catorce y puedes ir más lejos —bromeó.

Brigid hizo una mueca.

—Tienes que dejarme ganar, hoy es mi cumpleaños y todavía no me has regalado nada, ¿sabes?

—Lo sé. Este año he decidido que no eres digna del dinero que tendría que gastar. Después de todo, estoy ahorrando para mi viaje a Roma.

La joven cerró los ojos y alzó el rostro al viento.

—Ah, Marco, qué hermosa mañana. ¿No es estupendo estar vivo en una mañana así? ¡Vamos! ¡Me toca a mí dar la orden de partida!

Dispusieron los animales uno al lado del otro y agarraron las riendas más cortas. Marco todavía chasqueaba la lengua para apaciguar a su caballo inquieto cuando Brigid gritó:

—¡Ya!

Su caballo se lanzó hacia delante a través del llano.

—¡Brigid! —protestó el muchacho—. ¡Eso es trampa! —Salió galopando tras ella con las rodillas apretadas contra la carne tibia del animal. Mantenía su cuerpo alto inclinado al mismo nivel de las crines agitadas, mientras el viento cantaba en sus oídos.

Era, en efecto, una hermosa mañana. La tierra pantanosa icena, plana y salpicada de maleza, estaba despejada y brillante bajo un cielo azul diáfano. El viento débil y fresco rozaba la hierba larga y acarreaba una promesa seca y vigorizante. Brigid ya se encontraba a mitad de camino del árbol, una mancha veloz de color escarlata refulgente, y Marco azuzaba a su caballo mientras galopaba ruidosamente sobre la hierba suave. La vio sentarse derecha un momento y gritar algo a su caballo. El animal resbaló sobre sus cuartos traseros y dio la vuelta. Brigid lo azotó mientras giraba alrededor del árbol y se dirigió como una enloquecida hacia las extensiones del extremo norte del lago. Marco rodeó el árbol y luego dio rienda suelta a Pompeyo. Poco a poco, empezó a alcanzarla. Dejó atrás el borde del lago; los pájaros blancos, que se disponían a seguir comiendo después de que pasara Brigid, se volvieron a elevar en una nube ruidosa e impaciente. Marco ganaba terreno; la excitación estalló en su interior y empezó a palpitar con su pulso acelerado. Pronto se puso a la altura de la muchacha y le sonrió.

—¡Ganaré otra vez!

—¡Pero Marco! ¡Es mi cumpleaños! —Durante un momento galoparon el uno al lado del otro, pero el joven empezó a tomar la delantera poco a poco. Llegó a los sauces a lo largo de la orilla del

río, se detuvo en seco y se deslizó del lomo caliente y sudado de Pompeyo, complacido de tener tiempo para volverse y observarla acercarse. Brigid desmontó, sonrojada y jadeante—. Tendrías que darme por lo menos una cabeza de ventaja, Marco. Me ganas sólo porque tu caballo es mejor.

—No. Pierdes porque montas como una mujer.

—¿Y cómo monta una mujer?

—Con delicadeza.

—No es cierto y lo sabes. Monto mucho mejor que tú.

—¿Hubieras preferido que hiciera trampa y te dejara ganar?

Brigid suspiró, todavía enfadada.

—No, supongo que no. Pero uno de estos días mi madre retirará a esta vieja dama a los pastos y me dará un caballo de verdad.

—¡Siempre con excusas! ¿Entramos en el bosque a buscar seda de insecto?

—No. Sentémonos en la hierba, al sol. —Enrolló las riendas alrededor de la rama de un sauce —. Este tiempo no durará mucho. Y cuando empiece a cambiar, el otoño estará aquí.

—Brigid —dijo él en voz baja—. Hablaba en broma. En realidad, tengo un regalo de cumpleaños para ti.

—Por supuesto que sí, Marco. Todos los años me obsequias algo bonito. ¿Qué es? ¿Me lo darás esta noche en la fiesta?

—Te lo daré ahora. De hecho, has estado mirándolo toda la mañana.

Esbozó una sonrisa ancha al ver la expresión desconcertada de ella.

—¿Quieres adivinar qué es?

Brigid le estudió y meneó la cabeza.

—No veo nada en particular. ¡Dimelo pronto!

Marco inclinó la cabeza con un gesto ceremonioso y señaló el caballo que había empezado a comer la hierba abundante y húmeda junto al agua.

—Allí está.

Los ojos de la joven se abrieron con emoción.

—¿Pompeyo? ¿Me regalas a Pompeyo? No, Marco, no puedo aceptarlo... Amas a ese caballo. Y es un magnífico animal, ¡vale una pequeña fortuna!

Marco bajó la vista, cohibido.

—No se me ocurrió nada que poder regalar a una dama que lo tiene todo. Además, Brigid, quiero que sea tuyo. —Alzó la mirada con timidez y sonrió—. ¡Mañana correremos otra vez y entonces ganarás!

Ella no sabía qué decir. Se acercó al caballo y le acarició las crines enredadas y el hocico gris.

—Gracias, Marco —dijo con seriedad—. No lo merezco y tampoco merezco un amigo como tú. Prometo que nunca más me burlaré de ti.

—¡Espero que no! —respondió él con ligereza—. ¡Ahora sólo tendré que aguantar los regaños de mi madre! Vamos. Busquemos un lugar donde sentarnos. —Dejaron los caballos y se pasearon por la pradera, donde se tendieron en la hierba alta y fresca. Marco rodó boca arriba con un suspiro de placer, enlazó los dedos detrás de la cabeza y entornó los ojos hacia el cielo intenso y soleado—. Extrañaré todo esto —comentó—. Sin duda, Roma es un sitio muy cautivador, pero creo que prefiero Icenia al calor y el hedor de la ciudad.

Brigid se levantó y se sentó derecha.

—Entonces no eres un verdadero hijo de Roma. ¿No dijo Aristóteles que la campiña existía sólo para servir a las ciudades?

—No, no lo hizo. Dijo que el hombre es un animal que vive en la ciudad. Mi tutor no llegaría muy lejos contigo.

Ella comenzó a recoger las flores silvestres que anidaban en la hierba a su alrededor para juntarlas sobre su regazo rojo.

—Te echaré de menos.

Marco la miró, pero estaba concentrada armando un ramo apretado y colorido.

—Todavía falta mucho tiempo, Brigid —murmuró.

—Pero ya está todo decidido. Nos dejarás para siempre y nunca regresarás. —Dejó caer las flores sobre su túnica y empezó a componer el ramo otra vez con paciencia—. ¿Te alegra unirte por fin a la caballería?

—Sólo seré una especie de criado de un general, ¿sabes? Pasarán años antes de que pueda comenzar el entrenamiento.

Le entristecía tenerse que marchar y observó la luz del sol jugando en el brillo sedoso del cabello de ella. Ethelind también era rubia; tenía un cabello rubio rojizo intenso, un color heredado de Prasutugas y Boudicca. Pero Brigid tenía la cabellera rubia más pálida, casi blanca, que él jamás había visto entre esa tribu de personas rubias y ojos azules, y siempre que la miraba experimentaba el deseo de tocarle el pelo. Le había fascinado desde niño, cuando solían jugar juntos a la sombra del muro de tierra.

Marco no conocía otra vida que los días tranquilos y luminosos en ese pequeño reino próspero. Solía pasar las mañanas con su tutor y las tardes con Brigid y Ethelind: cabalgaban por los campos, cazaban en los bosques, navegaban en bote por el río o entre los estanques y los bajos tendidos y fangosos de los pantanos. En todo ese tiempo, había viajado cuatro veces a Roma con su madre, y no le había gustado demasiado. Las multitudes, los olores, la alta sociedad sofisticada y maquillada le habían aburrido y asustado. Al margen de lo que a su madre le gustara creer, era un provinciano. Icenia era su hogar, Brigid y Ethelind eran como de su familia, pero su padre estaba a punto de enviarle lejos, a una tierra en la que había nacido pero que no amaba, para que se iniciara desde el escalafón más bajo en la carrera militar. La perspectiva era a la vez emocionante y aterradora. Hasta entonces, no había sido una realidad, pero ese día era el cumpleaños de Brigid y pronto llegaría el

momento de hacer el equipaje y de despedirse de su hogar, pronto realizaría el largo viaje a Roma donde sería alojado y recibido por el oficial que le entrenaría. De repente, sus sueños de éxito parecían huecos y prohibidos.

—¿Quieres pelear, Marco? ¿Tienes miedo?

—No lo sé. Ni siquiera he visto matar a un hombre. Mi padre dice que en una batalla no tienes tiempo de asustarte. Dice que lo único que haces es cumplir órdenes y que una batalla es igual que una práctica, pero lo dudo. No se derrama sangre en las prácticas.

—Mi madre dice que siempre tenía miedo, pero que se aprende a olvidarse de él. Cuando era pequeña, una vez tomé una de las espadas ceremoniales que solían colgar en el salón. La desenvainé, pero era tan pesada que apenas pude levantarla. Cuesta creer que las niñas pelearan entre ellas con esas cosas.

—Una mujer formidable, tu madre. —Se sentó y alargó una mano para tomar una flor diminuta y frágil—. Mira ésta, Brigid. Hace juego con tus ojos. ¡Púrpura, igual que la sangre vieja! —Los ojos de ella, como violetas húmedas, resplandecieron hacia él.

—¡Cómo puedes decir algo así, Marco! Me alegra que te vayas. Así encontraré un pretendiente que me dirá que mis ojos son como las estrellas y mi cabello como el sol sin que sonrías con presunción a sus espaldas y te burles de él. ¿Recuerdas a Connor?

Él sonrió con felicidad mientras sus dedos se movían inquietos en la hierba, arrancando margaritas.

—Claro que sí. Lo empujé al río. Era un vanidoso, Brigid. Necesitaba un buen remojón. —Comenzó a entrelazar los tallos lozanos y después se arrodilló frente a ella—. Una corona, para una princesa que cumple años.

—Qué bonita. Ponla en mi cabeza.

Se la acomodó en la frente y se reclinó en los talones con el entrecejo fruncido.

—No queda bien. Una princesa no debería usar una corona a menos que su cabello esté suelto. Deshazte las trenzas, Brigid.

—No. Me lleva demasiado tiempo hacerlas de nuevo.

—Yo te las haré. Por favor.

—A mamá no le gustaría.

—Ella no está aquí.

Con desgana, Brigid se llevó las trenzas hacia delante y comenzó a soltarlas. Marco observaba, con el corazón encogido, en tanto el cabello suelto caía como una cascada sobre los hombros y los brazos escarlatas para rozar el suelo detrás. La muchacha sacudió la cabeza.

—Ya está. ¿Ahora me parezco más a una princesa? En realidad lo soy, ¿sabes?

«Lana de cristal —pensó él—. Gasa de seda fina bajo el sol, hilo de oro intenso para vestir a una diosa.»

—Así está mucho mejor —repuso con voz ronca—. Ahora todo lo que necesitas es un trono.

Brigid sonrió otra vez y se dispuso a volver a trenzar su cabello, pero él la detuvo.

—Déjame hacerlo a mí—dijo y se acercó. Podía olerlo, un aroma vivo, tibio, saturado de sol. Cerró los ojos y hundió las manos en la maraña dorada mientras ella permanecía sentada, rígida. Bajó el rostro, frotó las mejillas contra el pelo y se lo llevó a la boca. Brigid se volvió para mirarle y los labios de ambos se rozaron. La joven se echó hacia atrás.

—No hagas eso.

—¿Por qué no?

—Porque... porque me ha gustado. —El color empezó a subir por su cuello. La boca le temblaba —. Porque mi madre no lo aprobaría. Porque vas a irte. ¡Oh, Marco, no te vayas!

Se arrodillaron uno frente al otro. Los dedos de él seguían enredados en el cabello claro. Brigid se meció y cayó hacia atrás sobre la hierba. Marco la siguió.

—Brigid —susurró con una admiración nueva—. Brigid. —La besó otra vez, y en esa ocasión, los labios de ella se abrieron bajo su boca y una punzada de placer le estremeció. Aturdido, levantó la cabeza. Los ojos violeta le miraban azorados—. ¡Qué hermosa eres! —dijo—. Creo... —Pero ella se alejó rodando debajo de él y se sentó.

—¡No, Marco, no lo digas! No ahora, hoy no, el día de mi cumpleaños, no cuando vas a dejarme.

Él meneó la cabeza y la volvió a abrazar.

—Creo que te amo. ¡Es increíble! ¡Es maravilloso! Te amo.

—Oh, ¿por qué tenías que decirlo hoy? —gritó ella con pesar—. ¿Por qué no lo dijiste ayer cuando Pompeyo me pisó el pie o la semana pasada cuando perdí mi mejor brazalete de oro en los bosques? —Tenía las mejillas encendidas. Estaba turbada y trató de alisarse el cabello con manos nerviosas—. Me lo dices ahora porque sabes que te irás y entonces ya no importará.

—¡No seas tonta! —replicó enseguida—. Me conoces lo suficiente para saber que no haría algo así! Hablo en serio, Brigid, te amo. ¿Me dejarás hablar con mi padre y con el tuyo? ¿Aceptarás casarte conmigo?

—¡Pero es tan repentino! —protestó con timidez.

—¿Lo es? —resopló. Se miraron fijamente un momento.

—No, no lo es —convino ella con la vista baja.

—¿Aceptas?

Brigid no levantó la mirada y siguió enlazando los dedos.

—Sí, Marco —murmuró.

—¡Estupendo! ¡Ahora puedo besarte de nuevo para sellar el trato!

Ella esbozó una sonrisa débil y cerró los ojos. Él la atrajo hacia sí con suavidad, pero una ráfaga de viento interpuso un mechón de cabello rubio entre sus bocas y, de alguna manera, la nariz de Marco se entrometió. Acabaron tumbados de espaldas sobre la hierba, riendo sin aliento.

—¿Será una boda romana? —preguntó Brigid.

—¡Desde luego! Tu padre deseará una tribal primero, pero también habrá que realizar las ceremonias nupciales apropiadas.

—¿Cómo es una boda romana?

Marco frunció el entrecejo sin dejar de acariciarle el cabello.

—No estoy muy seguro. Pero sé que te vestirán con una túnica blanca larga, como una virgen vestal, y te cubrirán el rostro con un velo del color del azafrán. Tú y tu familia os encaminaréis a mi casa al anochecer con antorchas en las manos. ¡Oh Brigid, puedo verte ahora, con la luz bailando en tu túnica nívea! Y todos gritarán: «¡Talasio!» mientras yo te llevo a través del umbral! —Ella suspiró.

—Suena tan hermoso... —Se sentaron abrazados, inmersos en una alegría nueva y profunda. Pero, de repente, Brigid se apartó y blandió un dedo acusador bajo la sorprendida nariz—. ¡Marco Favonio, ahora sé por qué quieres casarte conmigo! Por supuesto. ¡Cómo no se me ocurrió antes! ¡Eres otro esperanzado indigente que desea una dote grande y abundante! —Marco abrió la boca y la joven se puso de pie de un salto—. Voy a montar mi regalo de cumpleaños. ¡Ahora no me alcanzarás nunca, aventurero desvergonzado! —Se marchó al instante, galopando por la pradera y riendo a carcajadas — Su cabello pálido y salvaje flotaba tras ella como un rollo de seda desplegado.

Dejó a Pompeyo en las cuadras e impartió instrucciones precisas sobre su atención al criado. Caminó despacio por los círculos de las casas ordenadas de los jefes, trenzándose el cabello al andar y canturreando en voz baja. Tenía ganas de brincar sobre la grava y pasar bailando entre los grupos de hombres libres ajetreados que subían y bajaban el sendero. Marco la amaba.

Lo había dicho. Quería casarse con ella. «¡Ah, cumpleaños de mi vida! —cantaba para sí—. ¡Oh, Andrasta, Reina de la Victoria, un toro blanco para ti y una boda para mi!»

Entró en el salón del Consejo y se detuvo un instante para esperar que sus ojos se adaptaran a la oscuridad. Hacia frío en la sala grande y bien ventilada. Miró a su alrededor, pero no había señales de Ethelind y, salvo por unos jefes reunidos en el rincón lejano, la estancia se hallaba casi vacía. Las pieles y cueros que cubrían el suelo estaban inmaculados y los escudos en las paredes destellaban incluso en la penumbra. Algunas manchas pálidas todavía revelaban los sitios donde las armas habían colgado diez años atrás, antes de que Scapula ordenara el desarme de los icenos. El fuego estaba apagado y el hogar limpio. Brigid comenzó a cruzar la estancia. A medida que se acercaba al pequeño grupo, oyó una voz furiosa que se elevaba sobre las demás. Era Lovernio, de pie, con la capa sobre un brazo y el otro puño apretado.

—Dice que quiere el interés. ¿Qué es ese interés? ¡Yo no tengo el más mínimo interés en él! Me ha quitado todo mi ganado y la mitad de mi rebaño y dice que la otra mitad es interés. ¡Ni siquiera sabe hablar correctamente!

—Señora —intervino otra voz—. Me ha amenazado con llevarse a mi hijo si no le entrego el dinero. Se planta allí con soldados extraños, no hombres de la guarnición, y exige cosas. ¿Qué está ocurriendo?

Brigid se aproximó en silencio. Su madre estaba sentada en una silla, con la barbilla hundida en una mano roma y el cabello rojo rozando su cara.

Los jefes se congregaban a su alrededor, pálidos y ansiosos.

—Vino a mí con cadenas de esclavos —gritó un hombre bajo y agresivo—. ¡Se llevó a mis hombres libres! ¿Quién trabajará mis campos ahora?

—Le ofrecí apostarle mis ovejas en el juego —aventuró Lovernio—. Pero ni siquiera me contestó.

Boudicca se incorporó con cansancio.

—Muy bien —declaró con voz severa—. Hablaré con Favonio. Lovernio, toma tu arpa y ve a ver a Prasutugas. Cántale, trata de animarle. Pero no le cuentes adónde he ido. Dile que estoy cazando. —Se alejó de los hombres y avistó a su hija que rondaba en las sombras—. ¡Brigid! ¿Has ganado hoy? ¿Qué has estado haciendo? Tienes el cabello lleno de hierba.

—No, no he ganado... Madre, quiero hablar contigo.

Boudicca escrutó el rostro sonrojado y los ojos culpables de la muchacha y un indicio de lo que vendría encogió su corazón. Pero era apenas un problema más en un océano de pesadillas.

—Ahora no puedo, Brigid. Lo lamento, pero esto es muy importante. Hablaremos esta noche.

—¿Qué sucede? ¿Pasa algo malo?

Su madre esbozó una sonrisa sombría.

—Tu padre agoniza. —Pasó junto a ella. La túnica se arremolinaba en torno a sus tobillos y sus collares tintineaban. Una vez fuera, no se detuvo. Fue derecha a las cuadras—. ¡Trae mi caballo! —gritó. Se movió con impaciencia mientras el esclavo se apresuraba a obedecer. Una red se estaba cerrando alrededor de los icenos. Lo sabía. De una manera lenta e invisible, su tribu se estaba desmembrando. Los dos días anteriores había ido a ver a Favonio y le había rogado que le revelara el motivo, pero él se había mostrado turbado y evasivo. «Sé el motivo —pensó con desazón—. Prasutugas. Se lo repetí muchas veces. Le flagelé con mis palabras, pero no quiso escuchar. Y ahora es demasiado tarde.» El caballo fue guiado afuera. Los arneses refulgían bajo el sol fuerte y crudo y Boudicca se recogió la túnica, montó y galopó hacia las puertas abiertas y hacia los árboles de más allá.

Durante los últimos nueve años, ella y el médico romano habían luchado por prolongar la vida de Prasutugas. Pero el tiempo se le estaba acabando y con él, los últimos vestigios de gobierno propio, tal como Boudicca había previsto. El sendero se internaba debajo de los árboles casi pelados; ella forzó al caballo a ir al paso. La ira y el dolor la embargaban y sabía que esta vez no se irían. Esta vez, Prasutugas moriría; esta vez no habría postergación. Se esforzó por tragar el inusitado pánico acre y doloroso que le cerraba la garganta. «No debo pensar en el futuro —se dijo—. Debo enfrentar cada día, cada hora, a medida que transcurran. Hoy suplicaré ayuda a Favonio en nombre de los jefes. Mañana...» Salió de entre los árboles pero no tomó velocidad y el caballo bajó despacio la pendiente hacia donde la guarnición yacía quieta bajo el sol.

«Caradoc, tu vida fue desperdiciada. Tal vez si aún lideraras al oeste, yo podría estar cabalgando sobre tierra pura y mi espada brillaría una vez más en mi cinto. Pero tus sacrificios fueron en vano y he de admitir también que mi propia vida ha sido una absurda e inútil batalla de palabras. Si hubiera capitulado, este momento habría llegado igual, pero al menos podría recordar años de integridad, de paz. Poseería una fuerza interna que me sostendría en los días oscuros futuros, en el terror de la soledad.» Desmontó bajo la sombra de la empalizada, arrojó las riendas al guardia y cruzó el pequeño campo de revista de tropas. «Os recuerdo tan bien, Cayo Suetonio Paulino... —pensó—. Os vi una sola vez, compartí una cena con vos en vuestra hermosa casa y, no obstante, durante el último año, mis pensamientos han girado continuamente en torno a vos como si fuerais un amante ausente. Sois nuestro Némesis. Venceréis. Venutio no es un adversario digno de vos. No habéis dejado Colchester y sin embargo, vuestras guarniciones se han elevado dentro de Siluria. Ningún gobernador anterior pudo lograr eso. Madoc todavía será señor del norte de su territorio, pero jamás volverá a ver su propia aldea.»

Hizo a un lado su meditación lúgubre y marchó con paso enérgico bajo el pórtico de madera para golpear la puerta. No podía preocuparse por Paulino, en ese momento no. Tenía sus propios problemas que resolver. Favonio estaba ocupado en su escritorio, con papeles apilados a su alrededor. Su secretario, de pie junto a él, leía sobre su hombro. Un soldado abrió la puerta, la invitó a pasar con un movimiento de cabeza y cerró la puerta despacio después que ella hubo entrado. Boudicca se detuvo frente al escritorio desordenado. Favonio alzó la vista con irritación pero luego se puso de pie.

—¡Boudicca!

Bajo aquellas pecas bronceadas, su rostro estaba pálido como un pergamino. Mantenía la boca apretada y le miraba fijamente.

—¿Se trata de Prasutugas? —inquirió él.

—Sabes de qué se trata, Favonio. Vine a verte ayer, pero hoy hay quejas nuevas. ¿Qué vas a hacer? ¿Por qué permites que estos ladrones vayan de aquí para allá por mi territorio y roben hogares como ratas en busca de basura? ¿Quién los envía?

El romano se incorporó con lentitud. Con un ademán, indicó a su secretario que se retirara.

—Te lo expliqué ayer —repuso con cansancio—. Algunos provienen de la oficina del procurador en Colchester. Otros de Roma. No poseo autoridad sobre ellos. No son de mi competencia.

—No me has contestado. No te atreves. Están aquí porque Prasutugas agoniza, ¿verdad? ¿Verdad? —repitió, elevando la voz. Apoyó las manos en el borde del escritorio y se inclinó hacia él —. El pobre Séneca está preocupado. Teme que cuando mi señor muera, su dinero termine en otras manos. ¿En manos de quién, Favonio? —Había empezado a gritar—. ¿Por qué está preocupado Séneca? ¿Por qué están aquí los agentes del procurador?

Favonio permaneció callado mientras ella hablaba, con los brazos flojos sobre el escritorio y observándola con serenidad.

—Séneca necesita conocer los términos del testamento de Prasutugas. Cuando muera, el emperador y sus hijas se quedarán con sus bienes. Pero las deudas serán satisfechas. Durante todos los años desde que Prasutugas recibió el préstamo, no hemos dejado de pagar ni una sola vez.... No —murmuró ella y se enderezó—. No. Otro temor corroe ese corazón anciano y avaro, y en todo el imperio existe un único hombre que puede tomar impunemente el dinero de Séneca. Eso explica la presencia de los hombres de Deciano. —Bajó la voz—. Dime la verdad, Favonio. ¿Qué pasará con los icenos cuando muera nuestro señor?

El romano alzó un hombro cubierto de cuero.

—No lo sé. El gobernador tal vez permita que tus hijas asuman la autoridad, como desea Prasutugas. —Desvió la mirada y Boudicca saltó hacia delante.

—¡O los icenos serán absorbidos y vendrá un pretor! No soy tonta, Favonio, y tú tampoco. ¿Acaso no es lo más común que cuando muere el señor de un reino sometido se gobierna directamente desde Roma? ¡Ah, qué crédulo fue Prasutugas! ¡Cuántas mentiras le dijiste, locuaz hijo de perra! ¡Tantas cenas finas y hermosos regalos, tantas palabras tranquilizadoras! Los icenos son diferentes, decías. Los icenos son nuestros amigos, nuestros aliados. ¿Absorción? ¡Jamás! —El tono áspero y masculino le azotaba y despellejaba la carne tierna de su honradez—. Mentiste, Favonio. ¡Oh, Andrasta, la Altísima, cómo mentiste! ¡Los hombres de Deciano son como lobos que se mueven alrededor de un cadáver todavía caliente, y cuando muera mi señor despedazarán a Icenia en nombre de Nerón!

—Como siempre, exageras, Boudicca —objetó con calma—. Por supuesto que los hombres de la oficina del procurador están aquí. Cuando Prasutugas muera, deberás pagar impuestos por su muerte y tus hijas impuestos por la herencia. Los oficiales quieren asegurarse de que el emperador no sea estafado. En cuanto a los empleados de Séneca, supongo que entiendes su preocupación, ¿no? Pero no te alteres... Todo se arreglará.

—¿Quién lo hará? Prasutugas me ha atado las manos con su testamento. Por disposición suya, las niñas han sido criadas para ser adornos bonitos e inútiles, como Priscila. —Favonio no se inmutó, pero el destello entre aburrido y divertido en sus ojos se extinguió y fue reemplazado por frialdad—. Ayúdanos, Favonio. Los perros salvajes de Séneca ya están robando el ganado a mi gente y tomando a hombres libres como esclavos. Acuden a mí, pero no puedo hacer nada sin tu apoyo.

—No es tarea mía interferir en acuerdos que fueron convenios privados entre los jefes y Séneca —respondió con tono enérgico—. Si los jefes no entendieron los términos de esos acuerdos, no es asunto mío. Yo administro una guarnición. Eso es todo.

Boudicca retrocedió perpleja. Hacía un esfuerzo inmenso para no perder el control y hablar con sensatez.

—Eso no es todo. Eres nuestro vínculo con el gobernador. Puedes presentarle una petición en nombre nuestro. Intercede por nosotros ante Paulino, Favonio.

—¡Imposible! No me has oído bien, Boudicca. La oficina del procurador no depende del gobernador y nunca lo ha hecho. Deciano recibe órdenes únicamente del emperador. Y aun cuando deseara presentar una solicitud en nombre vuestro, no podría. Paulino ha dejado Colchester. Atacará a los deceanglos y luego avanzará a Mona. Su campaña final en el oeste ha comenzado.

Boudicca se quedó mirándole un momento, sin habla, luego lanzó una breve exclamación de dolor y se desplomó en la silla frente a él.

—Tan pronto —susurró, casi para sí—. Ah, cómo se acumulan los problemas, uno sobre otro, y como siempre, estoy indefensa.

Escrutó el rostro severo y enrojecido.

—Quiero una reunión con el procurador. Haz las gestiones necesarias, Favonio. Este comportamiento ilegal debe ser detenido.

Favonio se puso de pie con impaciencia.

—No es ilegal, Boudicca. La ley romana es imparcial y justa. Si no se debiera dinero, los hombres no estarían aquí en Icenia.

Le observó durante un largo rato y poco a poco, sus labios formaron una línea delgada y dura.

—O la honestidad y la bondad te han cegado, Favonio, lo cual dudo mucho, o nunca has sido nuestro amigo y durante todos los años de compañerismo con Prasutugas te has reído de él a sus espaldas. Él es quien ha sido cegado por la honestidad y la bondad. ¡Vale mil veces más que tú! ¿No harás nada?

El romano abrió las manos.

—No puedo hacer nada. Cuando muera Prasutugas, si muere, la situación se controlará y verás que tus temores son injustificados. —Dio la vuelta al escritorio y Boudicca se levantó—. Te invitaría a compartir una copa de vino con Priscila y conmigo; pero ella está descansando y, como ves, estoy muy atareado. —Hizo el ademán de tocarla y ella retrocedió—. Lo lamento, Boudicca. Ojalá Prasutugas pudiera seguir viviendo, ojalá tú y yo hubiéramos podido ser amigos como fuimos él y yo.

Ella caminó hasta la puerta y el soldado la abrió.

—Yo también lo lamento —dijo con voz ronca—. Ojalá Caradoc todavía fuera arvirago en el oeste. Ojalá Albion derrote a Paulino. Ojalá nunca hubiera posado mis ojos en ti. Jamás volveré a recurrir a ti.

Una vez fuera, corrió por el patio hacia su caballo atado. Montó deprisa, fustigó al animal y desapareció galopando en los bosques.

El legionario cerró la puerta y Favonio y el secretario intercambiaron miradas.

—Deciano está presionando demasiado —comentó el secretario con tono práctico—. Después de todo, es un hecho que cuando Prasutugas muera, el territorio y sus bienes quedarán bajo el sello real. ¿Por qué está tan nervioso?

—Primero se está llenando sus propios bolsillos, como siempre —replicó Favonio con desaliento—. Si protesto, perderé mi cargo, pero si llega a morir algún jefe, tendré que enviar una objeción. —Revolvió los papeles ante él—. Les tengo cariño a Prasutugas y a Boudicca, sabes, y me enfurece que la codicia de un hombre ponga en peligro nuestra relación con los bárbaros. Si Deciano conociera a Boudicca como la conozco yo, se lo pensaría dos veces antes de hacer esos tratos arbitrarios. —El secretario mantuvo un silencio cortés y Favonio hizo a un lado su inquietud—. ¿Bien? —gruñó—. ¿Qué sigue?

Boudicca dejó el caballo en las cuadras y se encaminó al salón. Lovernio aguardaba de pie, con los dados entrechocándose en sus manos ansiosas y el arpa colgada de un hombro. En tanto ella se acercaba, corrió a su encuentro.

—¿Qué os ha dicho, señora?

—¡Nada! —exclamó—. No ha dicho nada, no hará nada. Y estamos tan indefensos frente a Deciano como faisanes en un árbol. ¿Cómo está Prasutugas?

—Muy débil. Le he cantado un rato, y Brigid ha venido y le ha contado historias, pero se ha quedado dormido. —El rostro arrugado y agradable se volvió hacia ella con preocupación—. ¿Qué podemos hacer?

Boudicca estaba ahogada en amargura.

—¡Nada, nada, nada! Es demasiado tarde. Hemos perdido las oportunidades, Lovernio, y hemos de sufrir el destino que escogimos hace tantos años. Prasutugas dio la bienvenida a Roma y Roma dijo gracias, tomaremos todo, pero no os preocupéis, ya que por vuestra generosidad os permitiremos compartir nuestra paz.

Se volvió y enfiló hacia su pequeña cabaña. Alguien debía impartir órdenes a la tribu y, mientras Prasutugas viviera, tenía que ser ella. Unos meses antes, se había mudado y le había dejado la casa. Ya no podía tolerar su agonía, el olor a carne putrefacta que le rodeaba, las noches inquietas y los días de ansiedad. Tampoco podía soportar verle hora tras hora atormentado en la cama que habían compartido con tanta alegría. En ocasiones, cuando Prasutugas se sentía un poco más fuerte, sus jefes le sacaban afuera con cuidado para que tomara el sol. Entonces ella se sentaba a sus pies y apoyaba la cabeza contra las rodillas delgadas. Pero el peso de su muerte inminente y los problemas cada vez más agudos de la tribu solían impulsarla a su propia cabaña donde se paseaba en silencio y trataba de mantenerse un paso adelante de la muerte y el caos. Ya no le regañaba. Tampoco permitía que ningún indicio de la angustia de la tribu le alterara. Favonio lo visitaba de vez en cuando para conversar de caza. Las niñas le contaban bromas. Lovernio tocaba y cantaba para él. Pero Boudicca le abordaba en silencio y Prasutugas no se engañaba. Las palabras de disculpa luchaban en su interior, pero eran sofocadas bajo el peso de su dolor siempre presente y no podía hacer otra cosa más que hablar con dificultad del clima, las fiestas, el estado de sus vastos rebaños. Antes de la llegada de Roma, lo habrían matado y elegido a un nuevo señor, pero los jefes icenos ya no eran partidarios de las viejas costumbres. Adoraban a otros dioses, los dioses de las riquezas y la paz, y sólo Boudicca y unos

pocos de su propio séquito todavía frecuentaban los montes de Andrasta y extendían manos vacías a la Reina de la Victoria salvaje y guerrera.

Boudicca empujó la puerta de pieles, se quitó la capa y la arrojó sobre la cama. Contempló el fuego apagado, luego se dejó caer en una silla y se tomó la cabeza con las manos. La quietud y la oscuridad la envolvieron y exhaló un suspiro largo y agotado.

«¿Qué hago ahora?» La pregunta no tenía respuesta. No había nada que pudiera hacerse y los días de esperanza por la rebelión habían concluido. La isla estaba en manos romanas y pronto la prolongada y terca resistencia del oeste se convertiría en un recuerdo.

Brigid la encontró una hora después, todavía hundida en la silla, con las piernas estiradas frente a ella y la cabeza inclinada sobre un hombro. La joven la tocó con suavidad.

—¿Duermes, madre?

Boudicca abrió los ojos y sonrió débilmente.

—No, no estoy durmiendo, sólo pensando. Querías hablar conmigo, ¿verdad? —Se sentó derecha—. Lo siento, Brigid. Éste no es tu mejor cumpleaños.

—¡Oh, sí lo es! Por eso debo hablarte. —La joven voz titubeó—. Es acerca.., acerca de Marco.

Boudicca le prestó toda su atención.

—Cuéntame —la apremió, pero Brigid no sabía cómo empezar. Balbuceó, evitó la mirada de su madre, se ruborizó y entrelazó los dedos... y Boudicca vio todo lo que había que ver en las expresiones cambiantes que atravesaron aquel rostro fresco y ansioso. Por fin, Brigid halló el coraje.

—Me ha dicho que me ama. Me lo ha dicho hoy, el día de mi cumpleaños. Quiere que nos casemos antes de que se marche. Sé que le corresponde a él y no a mí hablar con papá del asunto, pero papá está tan enfermo y de todos modos... —Su voz se desvaneció. «De todos modos, papá ya no rige el Consejo», había estado a punto de decir, y de pronto Boudicca sintió una gran desesperanza. Sentada, observaba los ojos claros y transparentes, las manos suaves que no habían aferrado ni espada ni lanza, la dulce y jadeante inocencia de la boca infantil. Pensó en ella misma a esa edad, ya una mujer de espada formidable, lista para ser iniciada como un hombre.

«Te he traicionado, Brigid —pensó—. Tu padre insistió en esta peligrosa protección para ti y para Ethelind, pero yo pude haber hecho algo. Pude haberte enseñado el saber popular de tu gente, haberte desposado enseguida con un jefe joven, haberte llevado a los bosques para mostrarte las armas ocultas allí, preparadas para un día que tal vez nunca llegará. Pero no confié en ti y quizá no me equivoqué. Tú y Ethelind y Marco.»

—Quiero decirte algo, Brigid. —Hablaba con serenidad, sin emoción—. Marco es muy joven y está comenzando una carrera larga y ardua que le llevará por todo el imperio. Una esposa le retendría y estoy segura de que Favonio se lo recalcará. No tiene dinero. Todavía no está preparado para casarse, le faltan muchos años para eso. Habéis crecido juntos y tal vez tu padre se equivocó al permitiros tanta libertad. Marco es un buen muchacho, pero no es para ti.

Los ojos violetas se llenaron de lágrimas.

—¿Entonces te opones? ¿Así como así? ¡Él me ama, madre, y yo le amo más que a nadie!

—Brigid —dijo lentamente—, es un romano.

Un momento de silencio ofendido pendió entre ambas. Luego Brigid fue a sentarse en el borde de la cama.

—No me importa lo que sea. Romano, brigante, siluro, ¿por qué habría de importarme? ¡Le amo y es lo único que cuenta!

—La supervivencia de esta tribu también cuenta —replicó Boudicca—. El honor del pueblo también cuenta. En este instante, los romanos están robando nuestras manadas y nuestros rebaños, están encadenando a nuestros hombres libres y llevándoselos. Y mientras tú juegas en los campos con el hijo, el padre se sienta en su cómoda oficina y se niega a ayudarnos. ¡En este momento, Brigid, en este preciso momento en que estamos hablando! ¿No oyes el gemido del pueblo? ¡Roma provocó esto! ¡Y Marco! ¡Ellos son los conquistadores!

—No —balbuceó la joven—. Marco no es así. Ayudaría si pudiera, sé que lo haría. Él ama a esta tribu. No desea ir a Roma... Icenia es su hogar.

—Pero irá a Roma y allí recordará que pertenece a un imperio. Se olvidará de nosotros, Brigid, y sólo se acordará de ti como de una pequeña bárbara sencilla y bonita con quien se entretenía cuando era demasiado joven para conocer algo mejor.

—¡No! —Las lágrimas rodaban por su rostro, pero no se movió—. ¡No entiendes! ¡Siempre ha sido como un hermano para mi! ¡Aprendimos a montar juntos, cazamos nuestros primeros conejos juntos, jamás he vivido sin él y oh, madre, si ahora tengo que vivir sin él, moriré!

Boudicca se puso de pie. Se inclinó y cogió los brazos temblorosos de su hija para levantarla y acercar su cara a la de ella.

—Escucha, Brigid. Si te casas con un romano, la tribu te expulsará. ¿Sabes lo que eso significa?

—¡Pero esos días ya han pasado! ¡Papá lo dijo!

—Están regresando. Cada rebaño que es conducido al sur, cada hijo que es separado de su madre y encadenado para ser embarcado a la Galia los acerca más. Tu padre agoniza, Brigid, y cuando muera, Favonio y Príscila se irán. Vendrá un pretor y una aldea romana florecerá aquí donde estamos. Los icenos dejarán de existir.

Brigid la miró desconcertada.

—Bueno, ¿y qué tiene eso de malo?

Una oleada de terror y sensación de derrota aflojó los miembros de Boudicca. Soltó a su hija y se acercó tambaleándose a la puerta.

—Quiero oponerme a tu petición —manifestó—, pero no puedo. Favonio tendrá que decidir. Es demasiado tarde para corregir el mal que ha sido hecho y mis oídos están colmados de un sufrimiento mucho más grande que el tuyo, Brigid. Puedes casarte con Marco, si su padre lo consiente.

Brigid la miraba desde la silla; la perplejidad en su rostro había dado paso a la incertidumbre. Su madre abandonó la habitación y la puerta de pieles cayó tras ella.

Favonio estudió el rostro ceñudo y rebelde de su hijo.

—No estás siendo razonable, Marco. Es demasiado pronto para que te cases. Vamos, una esposa no sería más que una carga en un momento en el que necesitarás cada denario que puedas juntar y en el que todas tus energías estarán puestas en tu trabajo. Además, es una bárbara.

El muchacho se ruborizó intensamente.

—¡Eso no tiene nada que ver! Durante todos los años en que hemos sido amigos, ese pensamiento jamás cruzó por mi mente, y creía que tu también estabas más allá de ese prejuicio. ¿Sabes, padre?, el gran Aulo Plautio se casó con una bárbara.

—Era mucho mayor que tú cuando lo hizo y sabía lo que hacía. ¿Serás capaz de enfrentar la desaprobación de tu superior? ¿Las risas disimuladas de los amigos que harás en Roma? ¿Has considerado la posibilidad de que podría arruinar tu carrera? —Marco apartó la mirada. Con aire ausente y el ceño fruncido, Favonio jugueteó con el punzón en sus dedos—. Estás permitiendo que el sentimentalismo domine tu sentido común, Marco. Ella es joven y hermosa, pero Roma está llena de muchachas jóvenes y hermosas, la mayoría de ellas mucho más civilizadas que Brigid. La olvidarás en unos meses.

Marco se cruzó de brazos con un destello obstinado en los ojos.

—Lo que siento por ella no es sentimentalismo. Roma me importa un comino y no sé a qué te refieres con «civilizadas». Si te refieres a cultas y ricas, entonces yo tampoco soy civilizado.

—¡No he querido decir eso!

«Sí, es lo que he querido decir», reconsideró Favonio. Marco había pasado su infancia corriendo en libertad por los pantanos y bosques de Icenia y su padre sabía que sus argumentos eran una tontería para un joven más versado en los hábitos del venado que en retórica. La filosofia no le interesaba en lo más mínimo. Favonio se sentía atrapado. Él era un romano leal de cabo a rabo, pero era consciente, con una extraña punzada de pesar, de que el joven que se hallaba plantado frente a él con los pies separados con firmeza era un híbrido, una nueva raza de hombres de frontera que no eran romanos ni bárbaros sino un poco de ambos. «Bueno —pensó—, no se pudo evitar..., no tuve el dinero para enviarlo a estudiar a Roma.» Dejó caer el estilo sobre el escritorio y deslizó una mano pensativa por su cabello canoso y fino.

—Hay otro punto a tener en cuenta, Marco. Prasutugas no vivirá mucho y entonces los icenos quedarán bajo el control directo del imperio, como cualquier otro reino sometido. No creo que Boudicca lo acepte. Habrá problemas.

El muchacho sonrió con insolencia.

—Mucha más razón para casarme con Brigid y llevarla lejos de aquí. Pero creo que te equivocas con respecto a Boudicca, padre. Ella protesta, se enfurece y nos maldice, pero es incapaz de hacer algo más. Se avendrá al gobierno directo como el resto de los jefes y entonces, tal vez algún día Brigid y yo podamos volver a Icenia a vivir aquí.

—No recuerdas la insurrección de hace diez años, ¿verdad?

—Vagamente.

—Bueno, si lo hicieras, no subestimarías tanto a Boudicca. ¡Oh, Marco, deja de soñar! Son un pueblo agonizante y nosotros sus conquistadores. ¡Una boda así no podría funcionar nunca! ¿Cómo la mantendrás? ¿Qué harás con ella cuando sienta nostalgia? Te suplico que reflexiones.

—No. —Marco sacó la mandíbula—. Es la única mujer para mí. Si no me concedes tu permiso, se lo pediré al gobernador. —Favonio rió.

—Hablas como un verdadero hijo mío. Muy bien, Marco, tienes mi permiso, pero con una condición.

—¿Eh?

—No habrá boda hasta tu primera licencia.

—¡Pero pueden pasar años!

—Si ella te ama, esperará.

El joven se acercó al escritorio.

—Y desde luego, abrigas la esperanza de que estaré tan absorto en mi trabajo y tan cautivado por la ciudad que me olvidaré de ella. Te equivocas, padre. Te equivocas.

—Tómalo o déjalo, Marco. No cambiaré de idea.

Marco se encogió de hombros con tristeza.

—Supongo que tendré que aceptarlo. Al menos no has dicho que no.

Favonio se concentró de nuevo en su despacho.

—No había necesidad —respondió con ligereza—. Tú mismo lo dirás.

OceanofPDF.com

CAPITULO 36

Un viento otoñal muy fuerte se llevó el verano de repente y arrancó implacablemente las hojas de los árboles casi antes de que pudieran marchitarse y revolotear, quebradizas y doradas. Nubes opresivas se movieron con lentitud y majestuosidad sobre las tierras pantanosas, monótonas y desiertas.

Suetonio se había unido a la Decimocuarta Legión y había comenzado la marcha que lo llevaría al norte y, finalmente, al oeste, bordeando a los ordovicos todavía beligerantes para luego pasar a territorio deceanglo y de allí a Mona. La renovada Vigésima marchaba con él, lista para acuartelarse en Deva, en la costa, y aguardar allí la orden de avanzar, en caso de que fuera necesario. La mitad de la fuerza combatiente de la provincia inundó el oeste, veinticinco mil hombres, pero Paulino estaba tranquilo. Había concebido bien sus planes y trazado mapas detallados de los senderos que tomaba. Más al sur y al oeste, en Glévum, la Segunda Augusta realizaba incursiones contra los golpeados pero aún no dominados siluros, y despojaba a los ordovicos de sus embarcaciones, también por orden de Paulino. «Un movimiento de tenazas perfecto —se felicitaba—, que apretará a Mona sin complicarnos ni una vez en las montañas del interior. Luego una breve espera mientras los rebeldes mueren de hambre y habré conquistado el oeste. Qué absurdamente simple.»

Había permanecido en Colchester durante la última temporada de campaña y se había mantenido en contacto con sus generales a través de despachos mientras éstos se escurrían con lentitud hacia los pasos y a lo largo de la costa horrible y escabrosa. Pero en ese momento, en la segunda temporada, había tomado el mando en persona, con serenidad y eficiencia.

Esa campaña marcaría el fin de años de devastación sangrienta y atroz y el comienzo de una paz real y duradera. Sus predecesores, a excepción de Plautio, se habían involucrado demasiado emocionalmente en el juego, como Ostorio Scapula, o inquietado demasiado por el fracaso para ser decisivos, como el viejo Galo. Carecían de objetividad. A Paulino le sobraba. Antes que nada, era un soldado... frío, brillante, con la habilidad de un general nacido para disociarse por completo del elemento humano en la guerra y movilizar sus legiones como piezas en un tablero de juego. No arrastraba derrotas y no esperaba sufrir ninguna. En un inusitado momento de clarividencia, Nerón habia escogido al hombre perfecto para la tarea y, lleno de confianza, casi impaciente, Paulino marchaba con su escolta de caballería rodeándole y sus miles de hombres delante y detrás hacia los pasos norteños traicioneros y empañados por la bruma. Todos sus pensamientos se centraban en Mona. Las tierras bajas se habían mantenido intactas durante diez años y continuarían así por otros cien. Y él estaba a punto de coronar con laureles una carrera larga y afortunada. Era feliz.

Boudicca percibió la luz creciente en torno a ella y despertó de inmediato. La noche era oscura y fría. Se sentó, se cubrió los hombros con las mantas y descorrió la cortina. Su fuego se había reducido a brasas rojas y la nieve había formado dedos blancos y largos bajo la puerta de pieles. La luz se detuvo fuera de su puerta, fluctuó, y un jefe agachó la cabeza y entró con una lámpara en la mano.

—¿Qué ocurre? —susurró. El hombre se acercó a la cama.

—Mi señor se está muriendo —dijo brevemente—. No pasará de esta noche.

Boudicca se deslizó fuera del tibio seno de la cama y tomó su capa y sus botas.

—¿Has mandado llamar al médico? ¿Favonio lo sabe?

—Aún no, señora. Prasutugas me ha prohibido ir en busca del médico romano. Está cansado de que lo martirice. Desea morir en paz.

—Entonces está consciente. —Se colocó las botas con dedos rápidos y serenos—. Despierta a Brigid y a Ethelind. ¡Rápido!

El jefe hizo una reverencia breve y salió. Boudicca permaneció de pie con la capa ceñida contra su cuerpo. Una docena de pensamientos requerían su atención y una gran sombra de temor se alzó a sus espaldas, pero se puso la capucha, empujó debajo de ella su melena tupida y salió de la choza.

La nieve caía suave y calladamente sobre su rostro alzado mientras escudriñaba el cielo nocturno. No había viento. El aire era húmedo y denso, pero no frío, sólo lleno de un magia invernal pura. Lo inhaló profundamente mientras giraba y pasaba junto al salón del Consejo hacia la entrada imponente de la casa romana de Prasutugas. Sus jefes ya se habían reunido. Se acuclillaban en silencio al abrigo del porche y la saludaron con un murmullo cuando se deslizó entre ellos. Abrió la puerta de la habitación donde su esposo había yacido durante seis meses insoportables. Lovernio la cerró a sus espaldas; las facciones hinchadas del bardo estaban desencajadas. Boudicca se aproximó a la cama grande y se arrodilló junto a ella.

Prasutugas estaba boca arriba, despierto. Tenía la ancha barbilla rígida y los dientes apretados. El sudor corría por sus sienes y empapaba la almohada. Respiraba despacio, con silbidos de aire que sonaban como los enormes fuelles destartalados de la fragua del herrero. Su pecho desnudo y resbaladizo por el sudor subía y bajaba, subía y bajaba, forzado y estremecido. Sus ojos estaban muy abiertos, fijos en el techo pero sin verlo, la mirada vuelta hacia la desintegración laberíntica en el interior de su cuerpo. Pero cuando ella le apoyó una mano firme en el brazo sano, volvió la cabeza con lentitud.

—Boudicca —jadeó—. No he peleado contra un enemigo durante años y éste es fuerte. Lo enfrento solo, y estoy tan débil...

—No digas nada, querido —le interrumpió—. Muere en paz. No estás solo. Estoy aquí contigo y más allá esperan mi padre y tus jefes que cayeron con honor. Ve con ellos.

Prasutugas se pasó la lengua seca y trémula por los labios resecos.

—Mi espada. La necesito.

Ella alisó el cabello rubio y canoso y se volvió hacia Lovernio.

—Trae una espada.

—Pero señora —siseó el bardo con una mirada de soslayo hacia la cama—. Está prohibido.

—¡Si tengo que ir a buscarla yo misma lo lamentarás! —le amenazó en voz baja—. Date prisa. Ya sabes dónde la encontrarás.

El hombre hizo una reverencia y salió. Boudicca se volvió hacia su esposo y apoyó una mejilla contra el pecho frágil y agitado.

—Te amo, Prasutugas —susurro—. Siempre te he amado. —Él no pudo responder. Toda su voluntad estaba concentrada en mantenerse en silencio y los ecos de otra realidad ya flotaban intermitentes a través de la confusión oscura de su mente, como cascabeles de arneses que tintinearan en la distancia en un perfumado atardecer de verano. Boudicca se reclinó sobre los talones y cruzó los brazos en el borde de la cama donde las sábanas húmedas colgaban sobre el suelo. Todo en la habitación escuchaba, absorto, la respiración agonizante. Las muchachas entraron con sigilo y apretando las capas bajo sus barbillas con manos asustadas. Sus túnicas de dormir manchadas con barro y nieve rozaban el suelo. Se aproximaron y se detuvieron detrás de su madre.

—Se recuperará de nuevo, ¿verdad, mamá? —murmuró Ethelind, pero no obtuvo respuesta.

«Qué lastimosamente viejo te has vuelto, esposo mío —pensó Boudicca con los ojos en los músculos tensos y temblorosos del rostro—. Y qué vieja me siento yo también. Esta noche muero contigo. Mi vida está acabada, aunque siga moviéndome a través de los largos años. ¡Oh, llévame contigo, Prasutugas, llévame contigo, no me dejes aquí sola en medio de este frío terrible!»

Lovernio reapareció y ella se incorporó. Tomó la espada y la depositó con cuidado junto a Prasutugas. Estaba desafilada, con la hoja sucia y la empuñadura incrustada con tierra húmeda, pero él la acarició, sonrió y cerró los ojos.

—Un druida —masculló—. Un druida. —Boudicca se inclinó sobre el cuerpo.

—Vendrá, Prasutugas. —Entonces, él se movió. Su espalda se arqueó de repente, sus ojos se pusieron en blanco y cayó en un letargo. «¡Qué muerte! —pensó ella con desolación—. Qué muerte dura y desagradable, sin un druida que le ayude a partir con hechizos de liberación, y con apenas una espada roma e inútil a su lado. Y la tribu muere con él, ha agonizado mientras él yacía sufriendo, consumiéndose con lentitud y miserablemente, desmembrada e impotente.» Se sentó en la silla grande y cómoda donde Prasutugas había descansado a menudo con el brazo sano sobre el regazo y la había observado con un afecto divertido mientras ella se paseaba junto a la cama y le contaba sus frustraciones. Las niñas permanecían encogidas y muy juntas, sin atreverse a hablar. Los jefes, Lovernio e Ian, su escudero, acuclillados a los pies de la cama, mantenían la vista clavada en el suelo. Las lámparas ardían con un parpadeo espasmódico y ocasional, pero las sombras, como personas congeladas en un cuadro eterno, estaban quietas.

Prasutugas habló una vez más antes de morir.

—¡Andrasta! ¡Cuervo de las Pesadillas! —exclamó con desesperación. Luego, su respiración falló. Boudicca se puso de pie de un salto. Prasutugas inhaló otra bocanada tensa de aire y abrió los ojos. Se esforzó por retenerlo, pero tuvo que soltarlo y exhaló un aliento prolongado y silencioso. No volvió a respirar. Su pecho se aquietó. El rostro desfigurado por el dolor se relajó como con un alivio inmenso y un nuevo silencio irrumpió para apresar al pequeño grupo en su abrazo agresivo.

Al cabo de un largo momento, Boudicca se volvió hacia Ian.

—Ve a ver a Favonio de inmediato —le ordenó con tono monótono—. Querrá enviar un mensaje al gobernador y a Roma. Dile que si desea ver a Prasutugas debe venir por la mañana. Dile... —De improviso, las numerosas y extensas arrugas en su rostro parecieron contraerse interiormente. Despachó al escudero con un ademán y caminó con torpeza hacia la silla junto a la cama. Prasutugas yacía rígido, con la cabeza vuelta hacia ella y una mano vacilante extendida para tocarla, como un niño tímido. Los demás jefes se acercaron a la cama murmurando entre ellos. Por fin, Brigid empezó a llorar, pero Boudicca apoyó la barbilla en una mano y observó a su esposo.

Lo colocaron en un féretro en el salón del Consejo y durante tres días los jefes icenos se sentaron en el suelo a su alrededor, comentando sus virtudes. Boudicca, en una silla en el extremo lejano de la sala, con Brigid y Ethelind calladas a sus pies, escuchaba impasible el murmullo suave y respetuoso. Ningún jefe se detuvo para proclamar la fuerza de Prasutugas en las batallas ni su coraje en las incursiones. Nadie representó sus peleas con los campeones de otras tribus. Ella bebía la aguamiel dorada con lentitud y reflexión y se aferraba a esos recuerdos. Su amable esposo había sido un pacificador, y tal vez fuera correcto que los jefes recordaran su cuidado en la relación con Roma. Sin embargo, le avergonzaba que en toda la larga historia de los icenos, Prasutugas fuera el único señor más recordado por la agilidad de su mente que por la de su cuerpo. Yacía quieto en medio de todos ellos, con el cabello trenzado sobre el pecho verde, un casco de plata en la cabeza y junto a él su gran escudo ceremonial esmaltado en azul. Pero ninguna espada descansaba bajo su mano fláccida y las suaves canciones que Lovernio cantaba de tanto en tanto eran tan melancólicas y tiernas como las baladas de amor.

La nieve seguía cayendo. A veces más fina y más lenta, como cansada de su tarea, pero ningún viento barrió las nubes grises y opresivas. Prasutugas fue conducido al montículo a través de una cortina blanca y espesa que no tardó en cubrirle como el manto de un druida. El interior del montículo estaba oscuro y frío, pero, en cierta forma, resultaba acogedor..., un sitio seguro y secreto donde podría dormir sin ser molestado, lejos del alboroto de la vida... Sus jefes lo depositaron con reverencia en el suelo y comenzaron los últimos ritos solemnes. Los rayos de su carro destellaban bajo la luz de las antorchas. Su plato de plata engastado con piedras preciosas y sus broches y brazaletes de oro almacenaban la luz intensa y caliente contra la larga oscuridad venidera y resplandecían en los rincones ensombrecidos del pequeño cuarto. Sus hombres pronunciaron oraciones de alabanza, pero con una desgana incómoda, y las palabras eran todas de gratitud y amistad. Boudicca no habló. Deseaba elogiarle por su dulzura, su tolerancia, por los años de amor serenos y reconfortantes que había compartido con ella, no por su paz, pero esas cosas eran privadas y no podía hallar hechos públicos para glorificar. Cuando acabó la ceremonia, dejó el montículo y se dirigió a su choza. Ethelind se encaminó a las cuadras, arrancó a su caballo de la avena y de la paja y desapareció bajo las ramas nevadas del bosque. Pero Brigid vio a Marco merodeando más allá del grupo de hombres y corrió a su encuentro.

El muchacho llevaba puestos unos calzones de abrigo icenos y su capa larga nativa le confería el aspecto de un joven jefe, pero su rostro delgado, casi comprimido, era romano, y el cabello negro y corto, salpicado de copos de nieve, se curvaba alrededor de sus orejas.

—Lo siento, Brigid —dijo—. Todos sabíamos que pasaría, pero eso no lo hace más fácil de sobrellevar. Siento que he perdido a un tío, o incluso a un padre. Siempre fue tan bueno conmigo...

—Está bien —respondió ella—. Creo que ahora es más feliz. Fue extraño, Marco, verle morir. Estaba aterrorizada cuando Lovernio fue a buscarme, pero de alguna manera, su muerte fue tan... tan suave, como si en realidad no fuera importante. ¿Me entiendes? Esperaba que sucediera algo terrible..., que el tiempo se detuviera por un momento o que las lámparas se apagaran, algo que indicara la muerte, pero nada ha cambiado.

—Supongo que la muerte es una partida, del mismo modo que el nacimiento es una llegada —aventuró él con incomodidad—. La gente es lo único que cambia, Brigid. —Ella se quitó los montoncitos de nieve que comenzaban a acumularse sobre sus hombros y se ciñó la capa—. ¿Tienes frío?

—No.

—Bien. Entonces tomemos un bote y vayamos río abajo. La campiña estará desierta hoy y podremos encender un fuego más tarde. ¿Te gustaría?

En los labios de ella se agolparon rápidamente palabras de burla y provocación pero, por primera vez en la larga relación, no sintió deseos de pronunciarlas. Marco sonreía con naturalidad y enarcaba las cejas. Brigid se inclinó y le besó en la mejilla.

—Gracias. Me gustaría mucho.

Fueron al río, se abrieron paso entre las embarcaciones de pesca que abarrotaban el muelle y partieron en un bote pequeño que pertenecía a la guarnición. Marco tomó el remo y guió la barca con destreza al centro, donde se dejaron llevar a la deriva por la adormecida corriente que fluía hacia el mar. El agua estaba tibia, aunque en los bajos, a ambos lados, el hielo bordeaba los estanques quietos y olvidados, y la nieve cenagosa obstruía los tupidos juncos marrones y las algas marinas. No había señales de vida en la tierra pantanosa y velada que se extendía a derecha e izquierda, apenas una rata de agua ocasional entraba en la oscuridad sombría para nadar con fuerza y perderse en la orilla blanca y atascada.

La nieve se estaba convirtiendo en un temporal de agua y nieve; Brigid alzó el rostro hacia el cielo bajo.

—Hace más calor —comentó—. Pronto lloverá. —Marco no respondió y siguieron flotando, envueltos en el silencio y el frío pálido. Permanecieron sentados durante una hora, sumidos en sus propios pensamientos indolentes, cómodos en medio de una camaradería muda. Después, el muchacho recogió el remo y condujo el bote con habilidad hacia una contracorriente en penumbra y ensombrecida por árboles. Bajaron, arrastraron la embarcación fuera del agua y se dispusieron a juntar palos y ramas secas. El movimiento les entibió la sangre y ésta hormigueó en los dedos de sus

pies y sus manos. Poco después habían encendido un fuego y se sentaron a contemplarlo con los hombros encorvados y las rodillas recogidas contra la humedad. La serenidad imponente del día pendía con alas tranquilas en lo alto y, durante varios segundos, clavaron sus ojos satisfechos en las llamas, sin hablar. Luego Marco se agitó.

—Brigid —declaró con vacilación y su voz sonó apagada y monótona en la profunda quietud—. ¿Considerarías la posibilidad de acompañarme a Roma cuando me vaya? —Ella volvió la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que en vez de esperar años para casarnos, lo haríamos de inmediato, en secreto. Y nos embarcaríamos juntos.

—Pero no podemos casarnos sin permiso y lo sabes. Y aun cuando pudiéramos, ¿cómo haría para llegar a Colchester sin que alguien notara mi ausencia? —La excitación estremecía su voz y contradecía la duda en sus palabras.

—Tendríamos que planear algo. Ethelind nos ayudaría, estoy seguro. En cuanto a la boda, podríamos celebrarla cuando llegáramos a Roma. —Arrojó otro leño al fuego y se volvió hacia ella. Habló con rapidez y temor—. Si esperamos, jamás nos casaremos. Lo presiento, Brigid. Algo me dice que si parto sin ti, nunca volver, a verte. Llámalo una fantasía si quieres, pero no puedo librarme de la idea. Siento que la fatalidad está cerca.

Nunca le había oído hablar con tanta seriedad y se acercó más a él. Marco le pasó un brazo por los hombros y la apretó contra sí.

—Confío en ti, Marco —susurró—, pero es una cosa imperdonable huir de mi tribu y mi clan. Si me marcho, mi madre no aceptará que vuelva nunca más.

—No habrá marcha atrás para ninguno de los dos —afirmó él con el cabello húmedo—. He hecho todo lo posible y si queremos seguir juntos, es la única manera.

—Tengo miedo.

—Estarás a salvo conmigo, te lo juro —prometió con más confianza de la que sentía—. Y una vez que mi padre se recupere de la sorpresa, nos apoyará. —La muchacha liberó las manos de los pliegues de su capa y se puso de pie. Se quitó uno de los brazaletes de bronce de su muñeca y corrió hacia el borde del agua para tirarlo lejos. Se hundió al instante y ella se cruzó de brazos y empezó a temblar—. ¿Por qué has hecho eso? —gritó Marco. Brigid se volvió despacio y trató de sonreírle sobre las llamas agonizantes del fuego. Lágrimas calientes llenaban sus ojos.

—Por Andrasta —explicó—. La Reina de la Victoria no debe convertirse en el Cuervo de las Pesadillas.

Durante un mes, la tribu permaneció suspendida en un limbo extraño. Dos días después del funeral de Prasutugas, se llamó a un Consejo y se discutió su testamento. Aunque los jefes no estaban contentos con los mandatos, lo aceptaron. Brigid y Ethelind gobernarían a los icenos, pero todos sabían que sólo se trataba de un nombramiento honorario. Favonio se había sentado con los hombres libres durante los procedimientos. No había hablado, pero todo el mundo era consciente de su

presencia y de lo que representaba, y no olvidaban que la mitad de la riqueza de Icenia pertenecía a Nerón, su amo.

Los funcionarios de la oficina del procurador merodeaban por la aldea con los comerciantes y los empleados de Séneca. Parecían no saber qué hacer o estar esperando algo; a medida que se adentraba el invierno y las noches se acortaban, ningún jefe acudió a Boudicca con relatos de abusos. Ella se mantenía callada y apaciguada. Cabalgaba sola sobre la hierba áspera y agitada por el viento, se sentaba largas horas junto al fuego del Consejo y bebía a solas y con aire pensativo en la choza que se negaba a abandonar por la casa donde habitaban los fantasmas del pasado. La nieve se había transformado en lluvia, pero cuando los cielos volvieron a despejarse, la temperatura había descendido y se mantuvo lóbregamente baja, con los carámbanos colgando de los aleros de chozas y casas. Boudicca estaba abatida y tensa, inmersa en un estado de ánimo causado por algo más que por el lento sufrimiento que le producía la muerte de su esposo, pero culpaba al clima. El invierno era duro para hombres y animales, y ese invierno presagiaba ser el más duro de todos. El bosque denso estaba paralizado de frío y los árboles, erguidos con una rigidez quebradiza, resplandecían con la escarcha. El río comenzó a congelarse. Hombres y bestias se apiñaban juntos con la misma expectación irracional y melancólica, y ni siquiera el brillo frío del sol de mediodía sobre la blancura cristalina de los pantanos lograba levantarles el ánimo. Sentían que la primavera no llegaría nunca y que si lo hacía sería demasiado tarde...; para qué, no podían explicarlo. Lo único que sabían era que la muerte de Prasutugas había significado el fin de algo irreemplazable y hasta ese momento, no había nada que llenara el vacío, y quizá nunca lo habría. La tribu era como un bote sin remos que se mecía fuera del alcance de una corriente bulliciosa.

Priscila no se percataba del clima ni del ánimo y se paseaba con agitación por su casa pequeña en la guarnición, preparando el equipaje de su hijo, puesto que Marco pronto partiría hacia Colchester y Roma. Pero Favonio solía encaminarse a las puertas altas en la pared de la empalizada para contemplar la aldea de Boudicca más allá del bosque. Estaba inquieto. Nunca había tomado en serio la religión turbia de los nativos, pero en ese momento su mente se concentraba en Andrasta, la diosa de la guerra, y en sus druidas feroces, desaparecidos hacía tiempo. No podía desechar de sus pensamientos la sensación de magia malévola y amenazadora que se extendía hasta él desde los vastos bosques. El invierno era un tiempo de languidez tanto para los soldados como para los jefes.

Marco y Brigid ya no corrían a caballo. Caminaban entre los árboles soñolientos y daban los toques finales al plan para la huida de Brigid. El peso silencioso de suspenso en torno a ellos se volvió tan opresivo que hablaban en susurros sin darse cuenta.

Entonces, un día antes de que Marco tuviera que despedirse de Icenia, irrumpió la fatalidad. Boudicca se había vestido y se estaba colocando la capa para ir a comer al salón del Consejo cuando Lovernio descorrió la puerta de pieles. El bardo entró sin anunciarse y guardó los dados en la bolsa en su cinto. La ira teñía su cara y media docena de jefes se tambaleaban detrás de él, jadeantes y aterrados.

—Señora, Favonio está aquí con un huésped y varios cientos de hombres, la mayoría soldados —le gritó—. Creo que es el procurador.

—¿Deciano?

—El mismo. Favonio me envió a... —Pero no terminó. Los jefes se abrieron paso y rodearon a Boudicca.

—¡Cuando desperté esta mañana, se estaban llevando todo mi ganado de cría! —gritó Ian—. ¡Todo! ¡El encargado de mis rebaños está muerto!

—¡Arrancaron a mi hija de su cama, señora. No la puedo encontrar por ninguna parte!

—¡Alguien forzó la puerta de mi granero y se llevó todas mis provisiones para el invierno!

Ella escuchó impasible, aunque su corazón había empezado a latir de manera errática y se le secó la garganta. Tomó su diadema adornada con ámbar y se la acomodó con cuidado en la frente. Luego alzó ambas manos y el alboroto cesó con brusquedad.

—¡Paz, todos vosotros! El procurador está aquí y cualquier malentendido será rectificado. Id al salón y esperadme allí. Lovernio, Ian, venid conmigo. —Avanzó entre ellos y el grupo se hizo a un lado para cederle paso. Boudicca agachó la cabeza al cruzar el dintel y salió a la mañana de invierno. El sol pendía sobre el horizonte y su luz rosada se había tornado dorada. Un viento intenso levantó su cabello y se lo arrojó al rostro. Boudicca se lo apartó con el corazón todavía palpitando dolorosamente bajo sus costillas. Atravesó los círculos de las chozas en dirección a las puertas, donde Favonio ya había comenzado a transitar por el sendero. Un hombre desgarbado y grueso caminaba a su lado y le seguía un grupo de legionarios forcejeantes y risueños.

Favonio traía la expresión de alarma clavada en el rostro. «No es para menos —pensó ella con un temor repentino—. Su escolta parece semiborracha. Sin duda no son soldados en servicio. Ningún oficial permitiría un comportamiento semejante.» Se detuvo y aguardó. Se volvió para que el viento echara su capa y su cabello hacia atrás. Favonio la alcanzó y se detuvo.

—Boudicca, él es el procurador, Cato Deciano. Trae un edicto del emperador.

Ella le miró a los ojos con rapidez. Estaban velados, preocupados. Luego se volvió para estudiar al visitante. Las cejas gruesas y tupidas se juntaban sobre unos ojos grandes y llorosos. La nariz era fina en el caballete, pero se ensanchaba en ventanas anchas y confería al hombre un engañoso aspecto de delicadeza. La boca era roja y húmeda y esbozaba una continua sonrisa de cortés hipocresía. Deciano respiraba con ruido y su vientre acompañaba el movimiento de su pecho. Boudicca sintió que la repugnancia congelaba la sonrisa de bienvenida en sus labios, pero se refrenó enseguida.

—Me alegra que estéis aquí, señor —dijo con un gran esfuerzo para no delatar su aversión—. Tal vez mi tribu pueda ahora obtener justicia. Desde hace ya unos meses, hemos sido penosamente saqueados por vuestros funcionarios y estoy segura de que ignoráis nuestra difícil situación. El emperador sabe que hemos pagado nuestros impuestos con lealtad.

Deciano no dejó de sonreír.

—Por supuesto que lo sabe, señora —contestó con una voz que era un resuello forzado—. Me ha encomendado que reclame y catalogue la herencia que vuestro difunto esposo le cedió con tanta generosidad, y con vuestra cooperación, no llevará mucho tiempo. Algunos de mis hombres ya han comenzado. ¡Que nunca se diga que los miembros de la oficina del procurador se dilatan en el cumplimiento de sus deberes! —Lanzó una carcajada hacia Favonio y Favonio rió con cortesía.

—¡Pero vuestros hombres están despojando a mis jefes de todo lo que tienen! —exclamó ella—. ¡Incluso de sus propias pertenencias! ¡Hasta se están llevando a los hombres libres! ¡Sin duda esto no tiene nada que ver con la herencia!

De pronto, los ojos de él se volvieron duros como ágatas. Durante años, había observado los tributos icenos apilarse sobre los muelles de Colchester, una profusión de riquezas que superaba las contribuciones de las otras tribus y hacía pensar en un tesoro mucho más grande para recoger. Esperaba que en ese momento su apetito fuera aplacado. Los icenos se habían enriquecido cada vez más; por lo tanto, los icenos habían sido deshonestos en los tratos con sus amos. Las atrasos debían ser puestos al día. Odiaba a los nativos pobres, pero odiaba más a los nativos ricos. Poseían demasiado orgullo; eran, sin excepción, soberbios y altaneros, pero él sabía cómo reducir los. Paulino lo hacía con espadas. Él lo hacia con cifras. De cualquier manera, Roma se beneficiaba. Y él también, por supuesto. Eso estaba entendido.

Contestó a esa reina pelirroja y enjuta con un desprecio cuidadoso.

—No habéis sido honrados con nosotros y es hora de pasar cuentas. —Chasqueó los dedos y un secretario se apresuró a su lado y le entregó una pizarra—. Hace quince años, Claudio el Divino prestó una cierta suma de dinero a los icenos. No habéis hecho ni un solo pago, ninguno de vosotros, ni por la suma en sí ni en calidad de intereses.

—¡Ese dinero fue un regalo a cambio de nuestra cooperación! ¡El dinero de Séneca fue el único préstamo y se está pagando como corresponde!

—Los registros no dicen lo mismo. El imperio está cansado de esperar. —Se pasó la lengua por los labios—. Por orden del emperador, estoy aquí para realizar una evaluación de todo el reino. Todos los caballos, ganado y rebaños han de ser embargados. Todas las joyas, posesiones personales y cualquier objeto de valor han de ser evaluados y tasados. Se reclutarán dos mil esclavos. Eran dos mil, ¿verdad, Sulla?

El secretario asintió.

—Sí, señor.

—Bien. De ahora en adelante, la totalidad de este territorio queda bajo el sello imperial para que el emperador y yo dispongamos de él como creamos conveniente. ¿Tenéis minas?

Boudicca temblaba de los pies a la cabeza, con los brazos apretados contra el pecho y el rostro pálido bajo las pecas.

—¿El gobernador está al tanto de esta... esta mentira monstruosa? —susurró.

Deciano devolvió la pizarra y resolló con fuerza hacia ella.

—Sabe que estoy aquí. ¿Lo desaprobáis?

—¡Desde luego que si! ¡Lo desapruebo y mucho! ¿Cómo os atrevéis a traer aquí a esta chusma y aterrorizar a mi gente?

—Mantened la calma, señora, y haced lo que os digan —le advirtió—. De esa manera, nadie saldrá herido y podré concluir mi tarea con presteza.

La descartó de su mente.

—¡A trabajar! —Resopló a sus hombres que se movían impacientemente a sus espaldas, con los ojos ya fijos en las chozas de los hombres libres indefensos—. ¡Vaciad los edificios! ¡Apilad todo delante de ellos! Si alguno de los nativos trata de interferir, encadenadlo. —Se alzó los calzones de un tirón y prosiguió andando por el sendero. Boudicca se volvió hacia Favonio y le cogió de una manga.

—¿Quiénes son estos hombres? —exigió saber.

Él contestó con timidez:

—Algunos son soldados regulares de la Novena, de Lindum. La mayoría son veteranos que Deciano trajo consigo de Colchester.

—¡Haz algo, Favonio! ¡Míralos! ¡Están aquí para saquear, no para tasar, y lo sabes! ¡Moviliza a los hombres de la guarnición y échalos!

El romano retiró con firmeza los dedos de su brazo.

—Ya te lo he dicho, no puedo hacer nada. Deciano haría que me destituyeran de mi cargo. Además, desconocía la deuda con Claudio. Debo decir que fue una estupidez de parte de Prasutugas no recordar una obligación tan importante.

—¡Cerdo! —gritó ella—. Fue tu amigo durante años y sin embargo eres capaz de pensar eso de él.

—Contrólate —replicó Favonio. Giró sobre sus talones y se marchó para seguir al procurador y a sus hombres excitados y ávidos.

Boudicca se quedó de pie un momento. Respiraba con dificultad mientras intentaba sofocar las oleadas de ira violenta. A su lado, su bardo y su escudero permanecían en silencio. Luego, ella hizo un movimiento con la cabeza y los tres se lanzaron sendero arriba. Ya había estallado un vocerío alarmado en tanto los nativos eran empujados con rudeza fuera de sus chozas caldeadas. Cuando Boudicca tomó la última curva, vio a Brigid y a Marco salir juntos del salón y detenerse, atónitos, frente a la puerta.

—¡Brigid! —la llamó—. ¡Ven aquí! Quédate cerca de mí. —La joven murmuró algo a Marco y corrió hacia su madre. Marco partió en busca de su padre.

—¿Qué ocurre? —preguntó Brigid. Boudicca respondió con impaciencia:

—Ahora no. Te lo explicaré después. ¿Dónde está Ethelind?

—No lo sé. Comió en el salón pero no la he visto desde entonces.

Boudicca se volvió hacia su escudero.

—Ian, ve a buscarla. Tráela conmigo. —Ian se alejó deprisa y los otros tres se movieron con lentitud hacia la vistosa casa romana de Prasutugas, junto al salón. Se detuvieron allí y Lovernio se acuclilló con flojedad sobre la tierra congelada. Brigid se apoyó contra la pared con los ojos muy abiertos. Boudicca estaba rígida, con los brazos cruzados, y escuchaba las protestas irritadas que se habían convertido en lamentos. Impotente, la tribu miraba mientras sus posesiones eran arrojadas afuera, a sus pies. Desde donde ella esperaba, alcanzaba a ver apenas una parte del primer círculo. Capas coloridas y cintos con perlas, alhajas pequeñas que refulgían bajo el sol, espejos de bronce adornados con coral, recipientes y copas con bordes de plata, escudos color rosa y esmaltados en azul yacían sobre la escarcha blanca en una confusión destellante. Los niños se tapaban las bocas redondas con los dedos y las mujeres sollozaban y acariciaban sus pertenencias en desorden.

Pero los hombres maldecían y mascullaban mientras seguían a los soldados dentro y fuera de las chozas mortecinas y Boudicca percibía la tensión que se intensificaba como una gran masa de cúmulos desbordantes. Uno o dos legionarios ya estaban hurgando entre los montones y guardando una u otra cosa en sus mochilas. Entonces, de repente, se elevó un grito. Uno de los jefes se había abalanzado sobre un soldado con la intención de tomarlo del cuello y los dos hombres estaban trabados en una lucha feroz, pero otros dos soldados se acercaron corriendo y en un momento, el jefe yacía aturdido entre sus bienes preciosos y su sangre manchaba las túnicas verdes y amarillas. Un grupo de centuriones y de funcionarios del procurador ascendían la suave pendiente. No miraron a Boudicca. Fueron directamente al salón del Consejo y entraron. Desde el interior, brotó un estallido excitado de conversación. Habían encontrado los toneles de vino. Lovernio se puso de pie despacio e intercambió una mirada con su señora. Con los corazones encogidos, observaron cómo los toneles eran empujados al aire libre y abiertos. La hierba delante del salón y de la casa comenzó a llenarse de hombres libres que deambulaban sin rumbo y de mujeres aturdidas que aferraban a niños que sangraban al haber sido pisoteados. Ian se aproximó con Ethelind detrás—. Brigid, Ethelind, entrad en la casa y no os mováis —ordenó Boudicca con rapidez—. Lovernio, Ian, atrancad la puerta y quedaos dentro. Si los soldados irrumpen, dejad que se lleven lo que deseen y no discutáis con ellos.

—¿Adónde vas? —preguntó Brigid, presa del pánico. Boudicca la besó.

—A buscar a Favonio y al procurador para intentar llegar a un acuerdo razonable.

Los buscó por todas partes, tambaleándose sobre los escombros de la aldea otrora serena, casi huyendo de las manos implorantes que se alargaban hacia ella.

—¡Señora, mi ropa de hilo! ¡Mis cortinajes!

—¡Señora, mi hermano está herido!

—¡Señora, se han llevado a los mellizos!

—Ayudadnos, señora.

Señora, señora, señora... gritaban, chillaban, suplicaban mientras la tomaban de la capa, de los brazos, del largo cabello..., manotazos de ahogados, de moribundos, manos que aferraban, que tironeaban, que la desgarraban.

Boudicca se oyó clamar junto con las voces desesperadas, gimotear y llorar. La desolación la rebasó y no pudo contener las lágrimas, pero siguió caminando. Las multitudes cada vez más numerosas se arremolinaban en torno a cada círculo en una maraña densa. El sol estaba alto y derramaba una luz deslumbrante, indiferente y despiadada sobre las sendas atestadas y la hierba escarchada y repleta de objetos. Boudicca atravesó las puertas donde aguardaban los carros, algunos ya cargados con sus botines. Los soldados descansaban relajados contra las ruedas. Sentados, apostaban y reían; su aliento era como un vapor caliente. Se detuvo, cansada y derrotada. Más allá de los carros, la campiña se extendía hacia un horizonte lejano. Los pantanos brillaban llenos de tranquilidad, salpicados por grupos irregulares de arbustos, y a su derecha, el bosque la invitaba a internarse bajo sus brazos protectores. Se enjugó el rostro con una manga y regresó al salón, vencida.

No podía hallarlos en medio de esa turba aterrorizada y apiñada.

Mientras se abría paso, el gentío calló de pronto y se apartó. Un grupo de jefes tambaleándose pasó junto a ella, encadenados uno al otro por el cuello y con las manos atadas. Boudicca sintió que se mareaba y retrocedió, pero la reconocieron y comenzaron a vociferar, agitando las cadenas. «¡Señora! ¡Mirad! ¡Venganza, señora! ¡Libertad!» Y entonces, de improviso, Boudicca fue como una hoja arrancada de un árbol agonizante y arrastrada a un río grande y oscuro. Con rapidez y crueldad, el agua la transportaba lejos. Las voces gritaban desde la orilla. «¡Libertad! ¡Libertad!» Los años pasaron como un relámpago frente a sus ojos, llenos de esos gritos orgullosos y ensordecedores. Caradoc, Madoc, Emrys, Venutio, los muertos anónimos; la corriente la ponía frente a su propia gente y, aunque los años habían pasado, el grito era el mismo: libertad. Se pasó una mano trémula por la cara y su visión se aclaró. Los jefes y sus carceleros estaban desapareciendo y el agua negra en su cabeza salpicó y se retiró. Siguió avanzando con paso inseguro y por fin llegó al salón, donde encontró a Favonio, al procurador y a Marco. Se tambaleó hacia ellos. El procurador tenía un fajo de papeles en ambas manos y el entrecejo fruncido. Era ajeno a los hombres que iban y venían de los toneles de vino que ya estaban casi vacíos, pero Favonio movía los pies con aire desdichado al oír las risas y las bromas fuertes que se volvían cada vez más vulgares y más violentas. Marco la vio venir y corrió hacia ella.

—Señora, ¿Brigid está en la casa? Llamé a la puerta y traté de abrirla, pero no pude entrar.

Boudicca le empujó a un lado con rudeza y fue directamente hacia Deciano. El terror endureció su lengua cuando avistó a un grupo de soldados que se alejaron de un barril haciendo eses y se encaminaban a la puerta más lejana de la casa.

—Deciano, hay que detener esto —imploró con desesperación—. Están matando a los hombres y golpeando a los niños. Las posesiones no significan nada, os daremos todo lo que deseéis, ¡pero tened piedad de la gente! —Los soldados empujaron la puerta y espiaron el interior. Varios permanecieron para continuar con el saqueo, pero otros se adentraron en la casa.

Con una mirada maliciosa, el procurador esbozó su sonrisa grotesca y vacía y sacudió los papeles con irritación.

—Estoy actuando dentro de la ley —manifestó con respiración jadeante—. Estoy tomando bienes y esclavos. Nada más. Si la gente es lo bastante tonta para obstaculizar nuestro trabajo, entonces desde luego, mis hombres deben defenderse.

—¿De vírgenes y bebés? —Empezó a sudar. El grupo ya se había reducido. Algunos hombres más se habían alejado para escudriñar el interior de la tercera habitación pero, en ese preciso instante, cuatro de ellos estaban golpeando a la última puerta.

Deciano se inclinó hacia ella.

—Vuestro pueblo orgulloso está aprendiendo una lección tardía de sumisión —le gruñó, su rostro fláccido convulsionado por el odio—. Pertenecéis a Roma. Durante años, Roma os ha tratado bien. Demasiado bien, en mi opinión. Y como los salvajes que sois, os habéis vuelto arrogantes y dominantes. Ahora estáis siendo puestos en vuestro lugar. —Señaló el suelo—. Ahí.

El espanto golpeó a Boudicca y borró todo de su mente excepto una incredulidad horrorizada. Antes de que pudiera reponerse, oyó el ruido de la última puerta de la casa al astillarse y un grito que se alzó de los soldados sudados. Se volvió enseguida. Deciano se había vuelto a concentrar en sus papeles. Entonces sintió un chillido agudo, de Brigid o Ethelind, no podía saberlo, y cuando sus miembros recobraron vida, un cuerpo fue lanzado fuera de la casa a través de la madera mellada. Era Ian. La empuñadura de una espada sobresalía de su pecho y rodó dos veces antes de detenerse bajo la sombra del salón, boca abajo sobre la tierra gris. Boudicca echó a correr y detrás de ella, Favonio tomó a su hijo del brazo.

—Vamos a casa, Marco —dijo con tono decidido.

El joven protestó, pálido.

—¡Pero padre, debo encontrar a Brigid!

—Nunca la encontrarías en este caos. ¡Date prisa!

Dejaron a Deciano y enfilaron hacia el primer círculo. Favonio sujetaba con fuerza la túnica de su hijo.

—Esto es una pesadilla —murmuró Marco—. Amo a esta gente y la confianza que te has ganado aquí a lo largo de años está siendo destruida en un solo día. ¡Sin duda, el procurador se está extralimitando en sus tareas! ¿Paulino lo aprobaría? ¿No puedes hacer nada?

—¡Por Júpiter! —exclamó Favonio con fastidio. La culpa y el temor amenazaban con hacerle perder el control—. ¿Quieres que movilce a la guarnición y ataque a Deciano? ¡Me ejecutarían! ¡Usa la cabeza, Marco, y cállate!

Se escabulleron sin ser vistos entre la muchedumbre y más allá de las puertas. Montaron deprisa y partieron hacia su hogar. El ruido de la aldea deshonrada se extinguió y el viento susurraba un trueno agudo en las ramas en torno a ellos. No hablaron. El miedo hormigueaba en la espalda de Favonio y Marco cabalgaba hundido, rogando para que Brigid hubiera sido lo bastante cuerda para esconderse en algún sitio.

«No puedo ayudarla si no sé dónde está —se dijo con furia—. Además, estará a salvo. Deciano jamás permitiría que maltrataran a una princesa, no es tan estúpido.» Pero sabía que se mentía a sí mismo. Sabía dónde estaba Brigid. Conocía la rapacidad de Deciano. Y después de todo, sabía que era un cobarde.

Cuando llegaron a la guarnición, Favonio fue derecho a su esposa.

—¿Las cosas de Marco están preparadas y listas para partir? —inquirió.

Ella le miró con curiosidad.

—¿Qué sucede, Honorio?

—Deciano está saqueando a los icenos. Ya se ha derramado sangre y habrá problemas. Lo huelo. Quiero que te vayas con Marco, Priscila.

—¡Pero no puedo tomar mi capa e irme! —replicó y se quedó de pie al lado de su esposo—. ¿Estás en peligro? ¡Oh, seguro que no!

Favonio le dio una palmada en el hombro con aire distraído. Sus oídos todavía estaban llenos de los chillidos y sollozos de la gente de la aldea.

—Espero que no —contestó—, pero conozco a estos bárbaros hechiceros. Soportarán cualquier cosa en tanto su honor permanezca intacto. Ojalá Deciano lo supiera.

—¿Marco está contigo?

—Sí. Lo traje conmigo. Supongo que estoy siendo demasiado alarmista, querida, pero me alivia mucho pensar en ti y en Marco seguros y camino a Colchester. Tendréis que estar listos por la mañana.

—¡Odio esta tierra! —explotó Priscila de pronto—. Siempre la he odiado. A veces la odio tanto que me dan ganas de vomitar. ¡Una vez a salvo en Roma, nunca más regresaré!

«Si llegas a Roma», pensó él con desesperación. Luego se rió de sí mismo.

—¿Y qué haría yo entonces? —Besó la enojada mejilla—. Veremos qué pasa, Priscila. Primero lo más importante. Debéis partir mucho antes de que amanezca.

Boudicca llegó a la puerta destrozada de la casa e irrumpió en el interior. Al principio, se quedó ciega al recibir el destello del sol intenso en los ojos y tuvo que permanecer inerte. Los forcejeos y gritos aterrados le llegaban desde una oscuridad densa, pero poco a poco, sus ojos se adaptaron y lo que vio la despojó de los últimos vestigios de control. Lovernio yacía casi a sus pies, encogido en un montón fláccido, con la capa arrugada y los miembros desplegados, Al principio creyó que estaba muerto, pero cuando lo miró mejor, el bardo se movió y gimió casi en silencio. La habitación era un revoltijo de baúles volcados, lámparas rotas y cortinajes apilados. Uno de los soldados estaba de pie junto al hogar con su joyero de oro en las manos. Mientras ella observaba, volvió la caja hacia abajo sobre el suelo y se acuclilló para hurgar entre la cascada de piedras brillantes, collares de filigrana y diademas finas y delicadas. Pero esas cosas no importaban, esos objetos eran fragmentos de un tiempo absurdo, con el cual se había perdido la continuidad. Pero Ethelind estaba inmovilizada contra la pared. Tenía la túnica desgarrada desde los hombros y el género le aprisionaba los brazos a la

cintura. Giraba la cabeza de un lado a otro mientras intentaba liberar las manos. Lloriqueaba como un perro herido y, en tanto Boudicca miraba, el soldado que la aplastaba contra el rincón le tomó la garganta con una manaza y trató de desnudarle los muslos. Brigid se encontraba junto a la cama, tendida con los brazos y las piernas estirados. Jadeaba y sus manos empujaban y arañaban al hombre arrodillado sobre ella. Estaba desnuda y una trenza deshecha cubría el suelo. La sangre manaba de una cuchillada en su pecho derecho y se defendía con la fuerza producto del terror puro.

El cuarto apestaba a vino rancio, temor y sudor.

—Quédate quieta, perra bonita, quédate quieta —la insultaba el soldado y el que aguardaba exclamó:

—¡Date prisa!

El otro abofeteó dos veces el rostro de Brigid, con toda la potencia de su muñeca. La joven empezó a chillar, un aullido agudo y continuado. El hombre forzó una rodilla entre las piernas y entonces Boudicca reaccionó. Saltó a través de la habitación con un grito de ira y angustia y golpeó al soldado en un costado. Sus dientes rasgaron la mejilla y sus dedos se hundieron en la garganta. Rodaron juntos y las manos del romano le aferraron las muñecas para obligarla a soltarlo, pero Boudicca era presa de un ataque de demencia y lo único que el hombre logró fue que las largas uñas se enterraran más hondo. Ella sintió la sangre tibia que se derramaba sobre sus manos. Su boca encontró el lóbulo de la oreja y lo mordió con vigor. El romano chilló y el sonido de su dolor se mezcló con los quejidos de Brigid. Sus manos se aflojaron. Boudicca lo envolvió con sus piernas largas, le rodeó el cuello con un brazo y tiró hacia atrás con una firmeza implacable. La columna se tensó y se quebró. Una liberación feroz de emoción la estremeció, una sensación de júbilo y poder. Pero luego, dedos brutales se enredaron en su cabello y la empujaron hacia atrás. Perdió el equilibrio y cayó, ahogada.

—¡Madre! —gimoteó Ethelind con una voz tan trémula y débil como la de un recién nacido—. ¡Madre, madre! —Boudicca fue incorporada. El hombre con el lóbulo cortado se tambaleó hacia ella, cerró un puño y lo lanzó contra su boca. Sin embargo, Boudicca volvió la cabeza con la velocidad de un rayo y el golpe le dio en un costado de la barbilla. Gritó y luego recibió un puñetazo en el estómago. Entonces el soldado se volvió hacia Brígid con paso vacilante y Boudicca fue arrastrada fuera de la habitación.

Nada había cambiado. Deciano seguía ceñudo e inmerso en su pila creciente de papeles de requisa. Los hombres de la tribu continuaban arremolinándose, desorientados y sin habla. Pero en ese momento los gritos de Ethelind proporcionaban una armonía demencial a la melodía desamparada de su hermana. El soldado empujó a Boudicca hacia el procurador y Deciano se volvió hacia ella con furia. Pero antes de que pudiera hablar, Boudicca exclamó con los dientes apretados:

—¡Animales sucios y asquerosos! ¡Algún día clavaré una espada en vuestro vientre gordo, Deciano! ¡Asesinaré a cada puerco romano que encuentre! ¡Os desprecio! ¡Desprecio a vuestro estúpido emperador! ¡Desprecio vuestro honor!

Él seguía sonriendo, pero la boca rígida y húmeda sólo revelaba una malicia glacial y devoradora. Contempló los dientes manchados de sangre, el rostro sudoroso y sucio, y el destello de locura en los ojos enormes velados por el cabello rojizo enmarañado. Luego volvió su atención a sus cifras.

—Llévala a las puertas y dale veinte latigazos con las púas —ordenó con frialdad.

—La mataréis, señor —respondió el soldado con inseguridad. Deciano sonrió otra vez.

—Bien, entonces veinte sin las púas, pero bien dados. No me importa matarla, pero tal vez al gobernador no le guste enterarse de que hemos azotado a una reina hasta morir. Aprende la lección, bárbara —concluyó lacónicamente. Antes de que Boudicca pudiera contestar, el soldado la alejó.

—Caminad —le ordenó, y ella avanzó tambaleante sendero abajo.

Los hombres libres la vieron acercarse y retrocedieron. El silencio atónito de la aldea en ruinas cedió paso a un susurro amenazante e incrédulo.

La multitud los dejó pasar, a ella y al guardia, pero se cerraron detrás y los siguieron. Cuando llegaron a las puertas, los carros cargados y las hileras de hombres y mujeres encadenados, se formó un lago de rostros blancos y sorprendidos.

—¡Tráeme un látigo! —gritó el centurión a uno de los legionarios que estaba pasando—. Un suspiro de incredulidad se elevó del gentío congregado, pero nadie hizo caso. Boudicca fue conducida a un poste de madera alto que se utilizaba para atar los caballos de los huéspedes. La forzaron a girar, le levantaron los brazos, los ataron al poste y sintió los dedos del hombre en su nuca. Con un tirón, su túnica fue desgarrada. Gritos de indignación brotaron de la multitud.

—¡No podéis hacer eso!

—¿Por qué hacéis esto?

—¡Ella no ha hecho nada!

El hombre paseó su mirada inexpresiva sobre ellos. Se quitó el casco y lo depositó en la hierba. Se desprendió las correas del chaleco de cuero y lo dejó caer. El otro soldado regresó y le entregó un látigo de cuero largo con púas en la punta. Durante un momento, el hombre acarició las púas con anhelo, reflexionó, y luego las quitó con destreza y las arrojó sobre su chaleco.

Si la bárbara moría, le degradarían. Flexionó los músculos, separó las piernas, y el primer latigazo hendió el aire y dejó un corte profundo en la espalda desnuda, desde un hombro hasta la cintura.

El dolor estalló en la mente de Boudicca como un fuego vivo y nuevo y su cabeza cayó hacia atrás, pero antes de que pudiera tensar el cuerpo, sobrevino el siguiente golpe y la punta del látigo se curvó debajo de su barbilla. Gritó. La sangre corría despacio por su espalda, debajo de las axilas. El tercer latigazo fue más bajo, quemaba, más profundo a medida que el centurión encontraba su ritmo. Boudicca se aflojó contra el poste y se mordió el labio inferior.

«Contaré», pensó, ya mareada. Frente a ella, veía la piedra gris y amistosa de su pared, humedecida allí donde el sol había derretido la escarcha. Veía la luz tenue del invierno fluyendo a

través del bosquecillo sin hojas que ocultaba la guarnición. Veía a sus jefes, con sus cuellos rodeados con aros de hierro y sus ojos oscuros y asesinos clavados en el soldado sudado. «Cuatro.» El dolor era insoportable. «Debo gritar, debo pedir clemencia. Andrasta, me estoy muriendo y no puedo aguantar este dolor.» Y entonces, de iniproviso, su gente empezó a vociferar.

—¡Coraje, señora!

—¡Aguantad, Boudicca!

—¡Recordad a Subidasto!

Y ante la mención del nombre de su padre, se aferró a un último jirón de dignidad.

«Seis. Cuenta bien, alma mía —pensó—. Por cada latigazo, morirán mil hombres.» La cabeza le daba vueltas y sus pensamientos resonaban sin sentido. Creyó oir que Prasutugas moría, el sonido áspero de su respiración entraba y salía, entraba y salía, pero se dio cuenta de que eran sus propios pulmones forzados que marcaban el paso en tanto las líneas de sangre crecían para convertirse en chorros que salpicaban sus pies. «Nueve.» Su cabeza se desplomó hacia delante y cerró los ojos, las rodillas se le aflojaron y los tendones crujieron en sus muñecas violentadas. «Mis hijas. Mis hijas dulces e inocentes. Os he traicionado. ¿Por qué tengo tanto calor si es invierno?» El vértigo rugía en sus oídos. «Once.» Su cuerpo se relajó y perdió el conocimiento.

Por fin, Marco se decidió. Se apartó con desgana de la diminuta ventana que sólo le mostraba la hostilidad fría de una noche invernal, recogió su capa del catre y se movió en silencio hacia la puerta. Su padre le había dicho que Priscila partiría con él por la mañana y que lo harían antes de lo planeado, con el mayor sigilo posible. Al ver la ansiedad en los ojos de Favonio, Marco había entendido. Habría problemas. Tal vez no el día siguiente, pero Favonio no quería correr riesgos y envió a su hijo a la cama con una severidad inusitada que delató su nerviosismo. Marco había ido a su dormitorio y apagado la lámpara, pero luego se acercó a la ventana y contempló con aire taciturno el patio engañosamente tranquilo y bañado por la luna. ¿Y sus planes con Brigid? Tenía que encontrarse con ella en el bosque antes del amanecer para viajar a Colchester en el carro que llevaría sus pertenencias al barco. Pero puesto que la partida se había adelantado, y con la compañía de su madre, sería obviamente imposible. Con desazón, consideró las alternativas, pero fue en vano. No había tiempo de idear otro plan. Además, ignoraba lo que estaba ocurriendo en la aldea. ¿Deciano habría retirado a sus hombres durante la noche? En ese caso, no había regresado a dormir a la guarnición. ¿Qué estaban haciendo los ultrajados icenos, sus amigos, su otra familia? ¿Estarían resistiéndose? ¿O sometiéndose amparados en ese manto hosco y secreto de supuesta paciencia que él conocía tan bien? Se sentía un miserable. La culpa le aguijoneaba. Debería haberse quedado hasta encontrar a Brigid, haber ido de jefe en jefe y ofrecido ayuda, intercedido en nombre de ellos ante los soldados insensibles y voraces. Pero eso habría ocasionado problemas a su padre y de hecho, pensó con exasperación, ¿quién habría escuchado a un joven de dieciséis años?

Un centinela cruzó el patio y sus pisadas resonaron contra la empalizada ensombrecida. Marco se frotó los ojos y suspiró. ¿Cómo enviar un mensaje a Brigid? «¿Y si le escribo una carta y se la doy

a uno de los secretarios para que se la entregue por la mañana? Querida Brigid, el plan no funcionará porque papá ha cambiado... No. Querida Brigid, cuando leas esto, ya no estaré aquí, pero enviaré por ti en cuanto me instale en Roma...» Gruñó, pensando en el rostro de ella cuando leyera esa prueba fría y precisa de su deserción. Porque eso era lo que pensaría. No, la única alternativa era ir de inmediato y buscarla, como debía haber hecho por la mañana. Se aseguró la capa sobre los hombros, caminó de puntillas hasta la puerta y salió en silencio a la noche todavía escarchada. La luna era una rueda de carro, azul, abultada, que rodaba despacio hacia su cenit, y su luz pálida impregnaba el patio y resaltaba con nitidez las barracas, el edificio de la administración y los depósitos. Se deslizó a lo largo de la pared, llegó a las puertas y las atravesó como un fantasma resuelto.

El bosquecillo estaba inmerso en una oscuridad profunda y se apresuró sin mirar a derecha ni a izquierda por temor a ver algo extraño. Con un alivio inmenso, lo dejó atrás y tomó el camino que llevaba a las puertas principales de la aldea. Oía sonidos animados, un murmullo constante mezclado con gritos, los chillidos agudos de una mujer afligida, el canto borracho de un legionario saciado. Aquí y allá, había resplandores rojos amenazantes, pequeños puntos de color que le parecieron como tres o cuatro soles a punto de salir pero, a medida que avanzaba por la hierba y alcanzaba la ligera colina que le conduciría al muro bajo de piedra, las lenguas de fuego danzaron en su rostro. Los fuegos no eran serios ni extensos. Por accidente o por la intervención de los hombres del procurador, las chozas habían sido incendiadas con antorchas y para unas pocas familias cercadas, el invierno se había convertido en un verano abrasador y desagradable. Una punzada de temor real sobrecogió a Marco. Se agazapó junto a la pared, consumido por el deseo de volverse y huir de regreso a su cama para soñar un sueño más seguro. Esa noche negra que despedía llamaradas anaranjadas, esa luna azul y agobiante, esos sonidos de rapiña y desolación pertenecían a un mundo irreal que nunca había visitado, ni siquiera en pesadillas. Esas cosas no pertenecían a los días soleados de su juventud despreocupada. Tragó, cerró los ojos y luego se puso de pie y saltó la pared con un único impulso. Sus dudas por la seguridad de Brigid se convirtieron de repente en certidumbres aterradoras.

Se abrió camino hacia la casa más all del primer circulo, refugiándose en las sombras y evitando a los soldados tambaleantes y bulliciosos, a los hombres libres que bajaban los senderos deprisa y a las masas confusas de familias llorosas y desamparadas sentadas frente a las puertas de pieles de sus chozas vacías. Nadie lo abordó. Los soldados se habían hartado de su propia orgía destructiva y se dirigían a descansar más allá de las puertas. Por la mañana deberían unirse a sus compañeros que habían estado en Icenia durante meses y terminar lo que habían comenzado. A los de la aldea ya no les importaba quién pasaba junto a ellos. Marco llegó a la casa y fue de estancia en estancia con precaución, pero el lugar estaba vacío y frío, igual que el enorme y oscuro mausoleo que había visitado con su madre durante uno de sus viajes a Roma, un sitio saturado de humedad y de presagios de muerte. Cruzó al salón y espió el interior. Un fuego ardía en el hogar grande, pero las sombras estaban vacías. Los magníficos escudos, las pieles que cubrían el suelo y los suntuosos cortinajes habían desaparecido. Se volvió y comenzó una búsqueda decidida por el primer círculo.

Allí tomó conciencia de lo inútil de su tarea. Las multitudes vagaban sin rumbo de un lado a otro, se dispersaban y formaban, se agrupaban y separaban de improviso, como si cayeran rayos en medio de ellas. Tratar de hallar a Brigid era como intentar encontrar una bola de granizo blanca en un chubasco de verano. Pero no se dio por vencido. Durante dos horas, descorrió puertas de pieles, anduvo con dificultad entre los escombros y perturbó a familias asustadas encogidas en la oscuridad, subió y bajó los senderos atiborrados y por fin, cansado y frustrado, tuvo que admitir la derrota. Brigid podría estar en cualquier parte, con cualquiera. En una o dos ocasiones, trató de interrogar a la gente, pero a modo de respuesta, recibió risas atónitas y brutales, insultos y un silencio espantado. Había terminado en la pared. La luna se había encogido y flotaba casi sobre su cabeza. Era hora de irse.

«¿Qué haré? —se preguntó mientras trepaba el muro y luego enfilaba por la hierba hacia la negrura hostil y densa del bosque—. ¿Qué haré? ¿Qué pensará Brigid de mí? Éste es el fin y debo partir sin ella. Me siento muy solo y tengo frío. ¿Dónde estás, Brigid? ¿Debo irme sin volver a verte?» Su angustia era tan honda que se lanzó sin titubear bajo las ramas negras y sombrías del bosque y sus pies siguieron el sendero angosto y sinuoso a través de los árboles amenazadores en tanto su mente lloraba. Sentía que todo su mundo había sido destruido, como si de alguna manera hubiera perdido el control de su propio destino y otra fuerza poderosa hubiera irrumpido para forzarlo a transitar un camino que no deseaba y no podía ver.., como un hombre con los ojos vendados empujado a un puente sin parapeto. El agua se revolvía y se estrellaba debajo de él. Entonces, ella salió de detrás de un árbol y se detuvo en el sendero frente a él. Atónito, Marco se paró en seco y sus ojos escudriñaron la oscuridad. Luego se lanzó hacia delante corriendo y gritando.

—¡Brigid! ¡Brigid! Te he buscado por todos lados, había perdido toda esperanza, tenía tanto miedo por ti, ah, ¡Brigid! —De pronto se detuvo y la miró con desconcierto. La muchacha tenía la túnica rota y estaba descalza sobre el suelo escarchado. Una trenza colgaba con recato sobre un hombro desnudo, pero el resto del cabello caía sobre su rostro en una maraña plateada y le conferia un aire mitad salvaje y mitad recatado, como una diosa nativa, como la propia Andrasta sorprendida en el lento momento de transformación de Reina de la Victoria en otra cosa. Mantenía las manos en la espalda y asentía hacia él con una sonrisa fija e idiota y la cabeza ladeada. La sangre de Marco empezó a fluir más despacio y a enfriarse—. ¿Brigid? —aventuró. Ella se meció hacia él.

—¡Marco! —siseó—. ¡La he visto! ¡Está aquí! ¡Sentada en una rama bajo la luna, muy grande, muy negra! Y la luna resplandece en sus facciones lisas y oscuras. —Marco estaba paralizado, transfigurado por un horror súbito. Brigid se inclinó más cerca—. Me dijo cosas.

El muchacho deseó volverse y huir de esa figura monstruosa. Deseó llamar a gritos a su padre.

—¿Qué tipo de cosas, Brigid? —susurró. El miedo palpitaba con alas frenéticas en su pecho y ella se lamió los labios.

—Me dijo que os matara a todos. Me dijo que te matara a ti.

Entonces, sin previo aviso, saltó con el rostro contraído. La hoja se elevó en un arco y bajó hacia él, y aunque Marco la sintió hundirse en lo profundo de su carne, la explosión de dolor no fue tan

grande como su asombro.

—¿Por qué...? —dijo con voz ahogada. Pero se derrumbó con lentitud y murió sin llegar a saber nunca por qué.

OceanofPDF.com

CAPITULO 37

Estaba acuclillada frente al fuego en el salón del Consejo y observaba las llamas que se elevaban hacia el techo. Fuera, un ventarrón invernal aullaba y azotaba las paredes con una lluvia que caía como flechas. A su izquierda, su padre se hallaba sentado con las piernas cruzadas sobre las pieles; las trenzas grises caían ordenadamente sobre la túnica verde y la espada descansaba sobre las rodillas. La miraba con pesar mientras meneaba la cabeza.

«Te advertí que no te casaras con ese jefe campesino y débil, Boudicca —masculló—, pero tenías que hacerlo, aunque las profecías eran malas y el vidente te lo desaconsejó. Ya ves, te ha llevado a la ruina.»

Deseaba contestarle, decirle que se ocupara de sus asuntos y la dejara en paz, pero sentía un dolor hueco en su interior y no podía hablar. El fuego despedía demasiado calor. Le arañaba la espalda con uñas de fuego y Boudicca se preguntó por qué tendría esa sensación, si las llamas iluminaban su rostro y coloreaban sus senos desnudos.

—Padre, ¿por qué estoy desnuda? —preguntó en voz baja. Subidasto rió de pronto.

«Porque no tienes ropa puesta», se burló. El viento suspiraba en las rendijas de ventilación. «Lluvia —susurraba—. Lluvia y rocío, ríos helados que se arremolinan sobre piedras suaves, arroyos que serpentean entre los helechos verdes y sombríos del verano, agua, agua fría y dulce.» Abrió los ojos.

—Agua —balbuceó con voz áspera.

Lovernio arrojó los dados sobre la mesa, sirvió agua de la jarra y le acercó la copa. Ella levantó la cabeza y bebió con ansia. Luego volvió a apoyar la mejilla en el camastro fresco. Yacía boca abajo en su propia cama, en su propia y diminuta choza. Fuera, la tormenta gemía y se lamentaba, y la lluvia se caía sobre el techo y se deslizaba por las paredes. Estaba oscuro. El fuego crepitaba, rojo y reconfortante, las lámparas destellaban con un brillo constante y los dados repiqueteaban otra vez en los dedos de su bardo. Cerró los ojos de nuevo y exploró su cuerpo. Le dolía la cabeza con una persistencia desagradable y nauseabunda. Sentía los brazos y las piernas pesados y entumecidos, tenía el cuello tieso y la espalda... La espalda le dolía como si miles de mujeres libres estuvieran sentadas a su alrededor y le clavaran agujas en la piel hinchada y tierna. Quería volver a dormirse, pero el sueño no llegaba. Por fin, levantó un brazo lentamente y se apartó el cabello de la barbilla lastimada y dolorida.

—¿Cuánto tiempo? —musitó.

Lovernio acercó la silla y se inclinó hacia ella.

—Es la cuarta noche, señora. Pensé qué moriríais. —La mano que estaba a la misma altura de sus ojos se abría y cerraba, una y otra vez, y los dados canturreaban con alegría.

«¿Qué puerta debo cruzar primero? —pensó—. ¿A qué pozo negro lleno de muerte he de arrastrarme?» Lovernio aguardaba otra pregunta, con su mirada impasible clavada en ella. Boudicca advirtió los moretones violáceos en las sienes y el tajo que cicatrizaba con rapidez debajo del ojo,

pero no quiso preguntar. Deseaba yacer así para siempre, en la tranquila penumbra de su habitación, callada e ignorante, sosegada y pasiva, y dejar que el tiempo pasara husmeando junto a ella en busca de otra presa.

—Cuéntame —le suplicó con voz queda.

Lovernio no la miró. Desvió los ojos a la pared desnuda detrás de ella.

—Los soldados me ataron cuando recuperé la conciencia —explicó—. No sé por qué no me mataron. Señora, estoy avergonzado. No pude hacer nada.

—Lo sé. Es inútil hacerse reproches, Lovernio. Prosigue.

El hombre se envaró en la silla y dejó quietas las manos.

—Vuestras hijas han sido desfloradas, señora —declaró con rudeza—. Muchos soldados vinieron y las violaron y después las arrojaron al frío. Ethelind no ha vuelto a hablar desde entonces y no deja que nadie se le acerque. Brigid... —Se llevó los dedos a la herida que tenía en la mejilla y Boudicca notó que temblaban—. Brigid ha perdido su alma, señora. Y no la recobrará jamás.

Una oleada de náuseas subió por la espalda de Boudicca y la sacudió. Cuando alcanzó su cabeza, se inclinó hacia delante y vomitó en el suelo. Luego, pálida y jadeante, volvió a desplomarse con debilidad en el colchón.

—¿Dónde está ahora?

—Con Hulda, en una de las chozas. Un jefe la encontró vagando por el borde del bosque y la trajo. Tiene los pies congelados y la herida en el pecho está tardando en cicatrizar.

Boudicca hizo a un lado con cuidado la sucesión de pequeñas y claras imágenes que brotaron en su mente como visiones lejanas.

—¿Y Deciano? —inquirió.

—Él y los soldados han dejado la aldea. Ahora irán a los caseríos y las granjas. Sin duda, los agentes ya han elegido los frutos más maduros para recoger.

—¿Qué nos queda, Lovernio?

El bardo enarcó las cejas espesas, hizo una mueca, y sus dedos comenzaron a juguetear con los dados otra vez.

—Nuestras vidas, a la mayoría. Nuestros sesos. —De pronto, se dio cuenta de lo que había dicho y se ruborizó, pero ella no se espantó. Sabía que para salvar a los icenos y preservar su libertad, debía aprender a enterrar todas las catástrofes, todas las noticias horrorosas, sin importar lo brutales que fueran, bajo la nueva pared que empezaría a erigir alrededor de su corazón: una pared alta, lisa e inexpugnable, más resistente al dolor que su acostumbrada y completa sinceridad—. Nuestras chozas, algo de comida, algunas ropas, los carros y los caballos.

—¿Eso es todo?

—Sí.

Boudicca meditó un momento, contenta de poder concentrar sus pensamientos en algo que no fuera el dolor que la envolvía. Lovernio suspiró, acercó aún más la silla y bajó la voz. El viento

todavía se agitaba alrededor de la choza como un potro salvaje y la lluvia se colaba bajo la puerta de pieles.

—Señora, la tragedia ha alcanzado también a Favonio. Marco está muerto.

No estaba preparada para ese golpe.

—¿El joven Marco? ¿Cómo?

—Nadie lo sabe. Lo encontraron en el bosque, con un puñal clavado en el pecho. Favonio y sus guardias han estado interrogando a los jefes, amenazándoles, pero no han descubierto nada. No creo que la gente esconda ninguna información; simplemente no lo saben.

—Oh, Lovernio —exclamó ella, y el pesar intensificó su voz ronca y profunda—. Era un joven tan recto... ¡Pobre Priscila!

—Favonio envió a su esposa a Colchester y creo que solicitará que le transfieran a otra guarnición. Ha pedido veros.

—Sí, supongo que lo ha hecho, pero no deseo recibirle en la cama.

—Señora —replicó el bardo con tono vehemente—, dejad que venga. Dejad que vea lo que sus compatriotas os han hecho. ¿Acaso su sufrimiento es más amargo que el vuestro? ¡Feliz de Marco que perdió la vida y no el alma! ¡Dejad que venga!

—Tienes razón —contestó ella despacio—. ¿Por qué he de preocuparme por mi dignidad? Soy una rama quebrada. Mi vida se escurre como la savia que cae al suelo. Mis hijas son niñas con ojos de espantapájaros. —Se le quebró la voz y volvió la cabeza para que él no viera las lágrimas cargadas de dolor que manaban entre sus párpados férreamente cerrados—. Mi pueblo. Mis valientes. Confiásteis en mí y os defraudé —murmuró, y Subidasto masculló en su oído: «Te lo dije, te lo dije. Ahora ya sabes por qué estás desnuda». Permaneció inmóvil un largo rato, escuchando en silencio los movimientos inquietos de Lovernio, el caprichoso estruendo de la tormenta, el ritmo rápido y ansioso de su propio aliento febril.

Después volvió la cabeza y le miró otra vez.

—Lovernio —dijo—, tráeme a un druida.

El bardo se levantó. Los dados desaparecieron y esbozó una sonrisa.

—¿Os he entendido bien, Boudicca?

—Lo has entendido perfectamente, pero nadie más debe saberlo. Envíame a alguien en quien confíes y hazlo pronto. Dile al druida que el hechizo de los icenos se ha roto.

—Ya debe de saberlo. ¿Debo permitir a Favonio que venga?

—Sólo si tú le acompañas. Y dile a Aillil que ahora es mi escudero.

Lovernio salió con paso enérgico y Boudicca se adormeció, exhausta, para caer por fin en otro sueño enfermizo y soporífero en el que su padre estaba sentado en un rincón de su habitación, con la espada brillante apoyada en las rodillas y una expresión de paciente irritación en el rostro. Cuando despertó, mareada y con una sed feroz, Subidasto seguía allí, hasta que parpadeó y desapareció. Favonio estaba de pie junto a la cama, cubierto por una larga capa que olía a lana vieja y húmeda.

Lovernio se encontraba detrás de él; el agua chorreaba de sus hombros y goteaba de sus trenzas flojas. Boudicca no dejó hablar a Favonio.

—Muéstrale, Lovernio —ordenó, y Lovernio se aproximó a ella y vaciló.

—Señora, la sábana está pegada a las heridas.

—Arráncala.

El bardo se acercó y obedeció con reticencia. Boudicca gimió de dolor cuando la sangre fresca comenzó a correr por su espalda.

—Mira bien, Favonio —siseó—. ¿Te gusta lo que ves? —Los ojos enrojecidos del romano descendieron del rostro a la espalda y Favonio no se estremeció a pesar de que era una masa de carne destrozada. En un sitio, donde los labios de una herida se hundían, creyó vislumbrar el hueso. La sangre de los cortes recién abiertos se deslizaba con pereza hacia el colchón. De repente, Boudicca bajó la cabeza—. Cúbreme, Lovernio.

—Debes creerme —manifestó Favonio en tono monótono—. No pensé que iría tan lejos.

—¿De verdad? —se mofó ella con la voz amortiguada por la almohada—. ¿Acaso no fue por eso por lo que te deshiciste de mí con esos avergonzados rodeos, como un mentiroso recién nacido que practica por primera vez su arte? Sospechabas esto, Favonio, y ahora ha rebotado en tu propia cabeza. —Él dio un respingo y, de improviso, se dejó caer en la silla junto a la cama y se reclinó con un agotamiento y un pesar indescriptibles. La piel del rostro le colgaba como si le hubieran pasado diez años en una noche y tenía los ojos empañados.

—He hecho llegar mis quejas al gobernador —dijo. La voz viril y fuerte se había convertido en un débil murmullo. Boudicca logró reír.

—¡Tal como te pedí semanas atrás! ¿Sabías que los soldados violaron a Brigid hasta dejarla sin alma? ¿Sabías que le robaron la voz a Ethelind? ¿Qué puede hacer el gobernador al respecto?

Favonio levantó una mano como si deseara apartarla.

—No lo sé.

—¿Acaso un edicto imperial te devolverá a tu hijo?

Se estremeció y se inclinó hacia delante.

—Encontraré a su asesino, Boudicca, aunque tenga que destruir el resto de la aldea para hacerlo. Algún jefe aprovechó la oportunidad y ahora un joven está muerto.

—¿Por qué acusas a los jefes con tanta rapidez? Marco solía usar el atuendo de la tribu, los calzones y la túnica larga de los jefes. Lo más probable es que algún soldado borracho lo haya confundido con un iceno y lo haya matado en la oscuridad.

—No. El puñal no era romano. Era un cuchillo de cortar carne que tomaron del salón del Consejo.

—Y ni la mitad de los soldados eran legionarios en servicio, Favonio. Muchos eran veteranos sin las armas reglamentarias. Creo que debes preguntarle al procurador quién mató a Marco. ¡Oh, la imparcial justicia romana! ¡Una audiencia justa para todos!

Favonio se levantó como si su cuerpo fuera una roca pesada que lo encajonaba.

—Es cierto que la espada de la justicia tiene dos filos —dijo—. Le preguntaré a Deciano, pero seguiré interrogando a los jefes.

—Pierdes el tiempo. —Le temblaban los labios y tenía dilatados los orificios de la nariz blanca —. Deberías admitir que no has cumplido con tu familia ni con tu deber, Favonio, y arrojarte sobre tu espada como un buen romano.

Favonio se dirigió a la puerta.

—Todavía no, Boudicca —dijo al salir—. Todavía no.

Durante un mes, el procurador y sus asistentes arrasaron la campiña y cuando ya no quedó nada que valiera la pena tomar, regresaron a Colchester. Entonces, la gente comenzó a invadir la aldea. Se dirigían a la choza de Boudicca y ella yacía allí, hora tras hora, con los ojos cerrados, el cuerpo desollado por el dolor de los latigazos y el alma hecha jirones por las historias de muerte, violación y pérdida. Los icenos eran como corderos indefensos.

Reblandecidos por años de vida cómoda y prosperidad creciente y despojados de repente de todo lo que poseían, riqueza y familia, temblaban y gemían en el viento frío de la traición romana. Boudicca no podía consolarlos. Podría haberles dicho que cultivaran la tierra otra vez, que criaran el ganado que les quedaba, que volvieran a engendrar hijos, pero no habría sido suficiente. El grano y la carne no satisfarían a aquellas almas que clamaban venganza. Los nuevos hijos, amamantados por senos viejos, no entibiarían corazones llenos por el hielo del odio. Los despedía y, aunque ansiaba prometerles sangre, un sexto sentido le decía que todavía no había llegado el momento. Tenían que recuperar algo de fuerza. La conmoción debía ceder paso a la implacabilidad, y un golpe prematuro implicaría una represalia final y devastadora de la que ninguno de ellos volvería a recuperarse. De día, los jefes rodeaban su cama. Por las noches, Subidasto la asediaba, gritando, amenazando, tentándola, sacudiendo los puños tal como ella había hecho ante Prasutugas. Pero Boudicca aguardaba.

El druida llegó. Una tibia y lluviosa mañana, abrió las pieles de la choza, se quitó la larga capa marrón que lo ocultaba y se la arrojó a Lovernio en una lluvia de gotas. Levantó la sábana sin decir una palabra. Tocó a Boudicca con suavidad, gruñó, y luego envió al bardo a buscar una vasija. Atónita, ella trató de hablar, pero él levantó un dedo amonestador.

—Shh —ordenó—. Primero las heridas del cuerpo. Después las del alma. —Metió una mano en la túnica y extrajo cuatro pequeñas bolsas de cuero. Las abrió, se detuvo a oler cada una y extrajo un bote de grasa amarilla. Lovernio regresó con la vasija y el druida vació el contenido de las bolsas y agregó la grasa. Comenzó a triturar la mezcla en un mortero de madera mientras cantaba un hechizo curativo. Un aroma fresco llenó la habitación, como el viento que se mezcla con las nieves limpias de las montañas. Boudicca lo inhaló y sintió que la paz y la cordura la embargaban. Luego el druida se acuclilló a su lado y procedió a extender la mezcla por su espalda. La frescura del bálsamo se extendió despacio y enterró el dolor y el ardor. Boudicca suspiró y se relajó—. Sois muy afortunada

—comentó, al tiempo que se limpiaba las manos en la túnica y se incorporaba para sentarse en la silla —. Tenéis una masa desagradable de carne supurante y púrpura que ya comienza a morir. Ahora, quisiera un poco de vino.

Boudicca sentía ganas de reír. El dolor se disipaba y ella quería cantar.

—Trae vino para nuestro invitado —siseó a Lovernio—. Y pan para ambos. —El bardo asintió y se marchó. Boudicca se volvió hacia el druida—. Bienvenido a la tribu —dijo—. Vino, comida y paz para vos.

El hombre bajó la cabeza con seriedad y la luz del fuego brilló en los anillos de bronce atados a su cabello rubio.

—Las tres necesidades para la salud del cuerpo. ¿Y la salud del alma? —Plegó las piernas cortas y la chispa en sus ojos dio paso a una mirada sombría y penetrante—. Por fin habéis recuperado la cordura, Boudicca. Sólo lamento que haya tenido que ocurrir de manera tan terrible. ¿Qué deseáis de mí?

Ella estaba acostada con la cabeza ladeada en la almohada para mirar aquel rostro afable e inteligente.

—Quiero que vayáis al oeste y supliquéis a Venutio y a los demás que os den armas para mí y mis hombres. Quiero enviar mensajes a todas las tribus de las tierras bajas. Quiero vuestro consejo.

El druida enarcó una ceja.

—¡Qué pequeñeces pedís! Vengo del oeste, Boudicca, donde Paulino se acerca a la sagrada Mona. Mis hermanos se preparan para la última gran batalla, conscientes de que tienen prohibido usar la espada. Y Venutio, Emrys y Madoc han enviado a muchos de sus jefes allí. No pueden venir aquí.

Boudicca palideció.

—¡Andrasta! ¿Acaso los icenos tendrán que pelear solos? ¿Qué posibilidades tenemos?

—Las mayores desde que los catuvelaunos enfrentaron a Plautio en el Medway —respondió—. Escuchad bien. Más de la mitad de las tropas en Albion están con Paulino, a cuatrocientos treinta kilómetros de Colchester, y las tierras bajas están virtualmente indefensas. La Novena está intacta, pero se encuentra al norte de vuestra tribu, no al sur. La Segunda está completa también, pero dividida. Oh, hay puestos de vigilancia, destacamentos, alguna guarnición aquí y allá, pero salvo eso, las aldeas del sur están abiertas. ¿Me escucháis?

Lovernio regresó con una jarra de vino, copas y una bandeja de carne y pan. Les sirvió en silencio y luego se dirigió al fuego y se sentó con las piernas cruzadas. Pronto, el tintineo de sus dados acompañaba la conversación de ambos.

—Los icenos no podremos hacer nada solos —prosiguió ella—. Si los hombres del oeste no pueden ayudarnos, ¿quién lo hará?

El druida tragó el vino y cortó un trozo del pan negro.

—Una vez —dijo—, las tribus del oeste pelearon solas, y hasta ellas mismas habrían sucumbido ante Roma si Caradoc no se hubiese convertido en arvirago. En comparación con su fogosa realidad, los pueblos de las tierras bajas se convirtieron en sombras, y como las sombras han sido olvidados. Pero Boudicca, los icenos son una tribu de las tierras bajas. ¿Diríais que vuestro pueblo aún camina en las sombras? Os digo que en este mes, este largo y doloroso mes, las tribus del sur se han despertado. La noticia de vuestra deshonra les ha llegado como el viento frío que anuncia el amanecer. Están espantados por vos, enfurecidos por sus propias tragedias. Han soportado la esclavitud por muchos largos años, pero la traición que habéis padecido ha logrado que su inquietud vuelva a tener propósito. Si los llamáis, vendrán.

—¿Por qué estáis tan seguro? Caradoc los llamó, nos llamó, pero nos negamos a escucharle.

—En esos días, el dominio de Roma era nuevo, recubierto de suaves palabras de prosperidad, dinero y promesas. Lentamente, han aprendido lo que significa la sumisión. Ahora ven sus garras, las garras que habéis sentido en vuestro propio cuerpo. Confiad en mi, Boudicca. Sé lo que os digo. Marchad hacia el sur y se os unirán a vuestro paso.

Ella permaneció un rato con los ojos cerrados. Después se extendió para tomar su copa y bebió despacio.

—Quisiera creeros, pero sé lo profunda que es la esclavitud de Roma. Tiene más poder y rostros que Andrasta misma.

El druida se impacientó.

—No digáis eso. Roma es sólo una ciudad. Los romanos son sólo hombres. Andrasta es la Reina de la Victoria. Creedme, Boudicca. ¿Acaso los druidas mentimos?

—No, pero tampoco habéis descubierto aún una verdad que permanezca con el transcurso del tiempo. ¿Os basáis sólo en la intuición?

—No. Hay rumores e historias que se filtran hacia el oeste y este último mes un nuevo fuego ha estallado de boca en boca. Podríais encender una gran fogata.

—Si os equivocáis, los icenos tendrán que marchar y perecer solos, porque no hay duda de que marcharemos. La deshonra exige justicia.

—Veo que recordáis las enseñanzas. —Se limpió los labios, se puso de pie y bostezó sin disimulo—. Primero debéis curaros, Boudicca. Y dormir. Me quedaré en la aldea hasta que podáis caminar, pero luego debo volver al oeste y a Mona. Vuestro destino está en vuestras propias manos. Cuando hayáis ideado vuestros planes, ordenad a vuestros hombres libres que lleven mensajes a las tribus. No temáis. Es tiempo de ajustar cuentas.

Entonces, con un gesto extrañamente humilde, Boudicca alargó la mano y le tiró de la túnica.

—Hacedme un favor, si podéis. Mi hija... —El druida suspiró con suavidad y volvió a sentarse.

—Lo sé, lo sé. No puedo devolverle el alma, pero tal vez pueda aliviar algo de su tormento. Enviad por ella.

Boudicca asintió hacia Lovernio.

—Trae a Brigid —le instruyó, y el bardo partió.

Aguardaron en silencio mientras la cellisca monótona siseaba fuera. Luego el druida comentó:

—Conocí a vuestro padre, hace mucho tiempo.

Boudicca volvió la cabeza hacia él.

—¿A Subidasto? Ha habido tantos cambios desde entonces, amigo

—Sí —replicó él con sencillez—. Yo fui un iceno. Alguna vez.

La sorpresa y la humillación la invadieron.

—Lo lamento —dijo, y el hombre se encogió expresivamente de hombros y rió.

—El tiempo de lamentarse ha quedado atrás, Boudicca, y creo que pronto volveré a ser un druida iceno.

Lovernio regresó, sujetó las pieles y Brigid entró. Llevaba una túnica roja que Boudicca recordaba de los días de las carreras de caballos y pesca en la nieve. Pero en ese momento parecía colgar del cuerpo delgado como una bolsa sin gracia, y el cabello suelto y pálido caía alrededor del cuello y los hombros flacos. Una de las manos de la muchacha descansaba en la de Hulda y la otra tironeaba y golpeaba su boca como si intentara ponerla en su sitio. Los ojos, como flores ahogadas, recorrieron el cuarto y se detuvieron en su madre, pero no hubo chispa alguna de reconocimiento en su mirada.

—Está sentada en el techo de mi choza —declaró—. La lluvia brilla en sus plumas y ella grazna «sangre, sangre», toda la noche. ¿Dónde está Pompeyo? Tengo tanto frío... Pompeyo me calentará con su agradable aliento y me dirá adónde ir. —La mano abandonó los labios hinchados y ondeó hacia la garganta con una delicadeza natural—. La sangre es negra bajo la luna y los ojos son blancos. Mi madre debería recordar, pero se ha marchado para convertirse en la Reina de la Victoria y yo debo ir a Roma. —Al mencionar la ciudad, soltó la mano de Hulda y comenzó a trazar angustiosamente un dibujo en la penumbra—. ¡Todos los hombres están llenos de sangre, sangre negra bajo la luna!

El druida se incorporó y se acercó a ella. Cogió los dedos perdidos de ambas manos y los sujetó con firmeza.

—Brigid —manifestó con tono amable—. La sangre es tibia y dulce. La sangre crea la música; la sangre hace reír. Los árboles tienen sangre dorada y los ríos tienen sangre plateada. El sol está lleno de sangre caliente, viva, brillante. Mírame. —Los ojos húmedos le miraron poco a poco y el druida sonrió—. Háblale de los ríos mientras ella se cierne sobre ti y te llama en la oscuridad. Háblale del sol y los árboles. —La boca inquieta se aquietó y Brigid tragó saliva dos veces. Frunció el entrecejo y trató de hablar, pero las manos permanecieron inertes en las de él y sus ojos no se apartaron de los del druida.

—Arboles —susurró. Entonces, de improviso, comenzó a reír, carcajadas agudas de júbilo vulgar. Sus manos se liberaron—. Yo le maté, pobre Marco —se burló—. Oh, Marco, mi querido, mi

amor. El hermoso Marco, yo le apuñalé, y los árboles aplaudieron con sus manos negras, negras como su sangre bajo la luna.

Boudicca clavó una mirada horrorizada en su hija. Su propia sangre pareció huir de regreso a su corazón y dejarle la cabeza, los brazos y los pies congelados y muertos, mientras en su pecho una monstruosa bola de fuego latía irregularmente. «¿Por qué te espantas? —le murmuró Subidasto al oído—. Ella también está desnuda.» Lovernio gritó y Huida se balanceó.

Sólo el druida permanecía inmutable, con la mirada triste y fija clavada en Brigid. Se adelantó y la envolvió en un amplio abrazo.

—Niña —murmuró. Brigid dejó de reír y comenzó a sollozar. Se alejó de los brazos del druida y buscó el consuelo de la mano de Hulda.

—Llévatela, Hulda —dijo Boudicca con cansancio—. Y trénzale el cabello. Está muy desaliñada.

—No me deja hacerlo —contestó la mujer—. Y he pensado que sería mejor no molestarla con esas cosas.

Se marcharon junto con Lovernio. El druida enarcó las cejas hacia Boudicca con semblante sombrío.

—Curaos pronto, señora —dijo.

Ella sintió una enorme fatiga que le agobiaba el cuerpo y se dejó caer otra vez sobre la almohada.

—Ah, desolación —musitó con la voz quebrada—. Aunque matara a todos los romanos en Albion, los tiempos han cambiado y nada volverá a ser igual.

—Los tiempos cambian sin cesar —replicó él mientras se colocaba la capa y se encaminaba a la puerta—. Son los cambios dentro de nosotros los que nos traen desesperación o alegría, Boudicca. Vendré al anochecer para volver a colocar el unguento en vuestra espalda.

Atravesó las pieles y, al rato, regresó Lovernio.

—Está a punto de quedarse dormida —anunció—. Creo que está más tranquila.

—¿Y Ethelind?

—Ethelind deambula por la aldea, come y descansa, pero todavía no habla con nadie.

—Quiero sentarme, Lovernio. Ayúdame. —El bardo se aproximó, la levantó con cuidado y le dio la vuelta. Aunque la cabeza de Boudicca comenzó a girar y su espalda estalló en un grito de protesta, le agradó ver la habitación desde un ángulo normal—. Tráeme el peine.

Lovernio le alcanzó el delicado peine labrado y Boudicca comenzó a deslizarlo por el enmarañado cabello oscuro con reflejos rojizos. No se lo devolvió hasta que el cabello estuvo brillante y ordenado alrededor de sus hombros.

—Bien. Ve con Aillil al bosque. Buscad un claro agradable y bien escondido, construid chozas y una fragua. Desenterrad todas las armas y hacedlas limpiar y afilar. Fabricad espadas, lanzas y cuchillos. Y también torques. Pidele a Aillil que él mismo revise todos los carros y lleve los que

necesiten reparación al bosque. Preparad hondas y hachas para los campesinos. Quiero a todos los icenos, hombres, mujeres y jóvenes, rearmados en dos meses.

—¿Las jovencitas también?

—Sí. Sus madres eran mujeres de espada y ya es hora de que aprendan lo que eso significa. —Se cruzó de brazos y se estrechó con fuerza—. Oh, Lovernio, ¿será demasiado tarde? ¿Recordará la gente sus viejas habilidades después de tantos años? ¿Será suficiente la sed de venganza para reavivar su espíritu?

—Aunque no recuerden otra cosa, recordarán que una muerte honorable es mejor que una vida de esclavitud. No nos queda nada más, señora.

—Lo sé. —Sonrieron con pesar antes de que ella continuara—. Toma a mis jefes. Envíalos a visitar a toda la tribu. Diles que entrenen a la gente con la espada en cualquier lugar secreto que puedan encontrar. Que usen palos, cuchillos de cocina, cualquier cosa, hasta que estén listas las espadas. Pero asegúrate de que no maten a ningún hombre de la guarnición, Lovernio. Si Favonio llega a oír el más mínimo rumor de lo que planeamos, estaremos perdidos. Debemos tener espías en los bosques y en las granjas para que nos adviertan sobre la posible proximidad de cualquier soldado. —El bardo asintió con brusquedad y enfiló hacia la puerta—. ¡Y nada de apuestas! —gritó ella—. ¡En vez de eso, afina tu arpa!

—¡Un hombre debe tener un poco de paz! —contestó Lovernio con irritación.

—¡Cuando estés en tu tumba! —replicó ella con tono mordaz y su voz resonó como una piedra de afilar sobre hierro oxidado.

Así, como una mágica e invisible metamorfosis protegida por el capullo del invierno, los icenos comenzaron a cambiar. En apariencia, la tribu se restableció en medio de una paz taciturna. La gente se dispuso a recoger los fragmentos de sus vidas destruidas, reconstruir sus casas y juntar los pocos animales que se habían dispersado en los bosques. Sin embargo, bajo el lento reordenamiento, un nuevo y terrible embrión de belicosidad avanzaba hacia su nacimiento. La tribu llevaba dos vidas. De día, las aldeas y caseríos se ocupaban de sus asuntos corrientes, pero por las noches los bosques de los alrededores ocultaban las exclamaciones atenuadas de hombres y mujeres que peleaban, el fuego blanco de los herreros sudorosos, los murmullos y susurros de un millar de transformaciones oscuras. Favonio las percibía. En su dolor y soledad, se paseaba por la guarnición a altas horas de la noche, consciente de los movimientos diminutos, de algo ajeno y nuevo en el viento helado. Detr s de la suave y blanca pared del capullo iceno, veía cómo las sombras se moldeaban, se convertían de nada en algo tan difuso que no podía discernir qué era. Al final, atribuyó su ansiedad a la inquietud en su propia mente. No había descubierto al asesino de su hijo. Había habido infinidad de rumores. Incluso había llegado a oír que la pobre y demente Brigid lo había apuñalado esa noche despiadada, fría y catastrófica. Pero no lo había creído, y tampoco podía probarlo. Parecía que la muerte de Marco quedaría sin vengar.

El gobernador había respondido a su desolada protesta por la avaricia del procurador con un comunicado brusco, casi grosero. Paulino estaba muy atareado, no podía hacer nada hasta que su campaña hubiera terminado. Cuando regresara a Colchester, estudiaría el asunto, pero hasta entonces esperaba que los comandantes de las guarniciones mantuvieran la paz. Después de todo, ése era su trabajo. En cuanto a la transferencia, no era posible considerarla en ese momento. Esos detalles eran ajenos al tema que le ocupaba. Favonio caminaba durante las húmedas y largas noches de invierno, invadido por un miedo irracional. Solía tener pesadillas en las que algún hecho cotidiano y poco importante, como beber una copa de vino por la mañana con su asistente entre requisiciones y despachos, se iluminaba de terror. La gente conversaba y reía y el sol brillaba, mientras que constantemente, como un telón de fondo irreal y demente, el temor se elevaba hasta ser más palpable que el parloteo, las cifras en el papel y el sol débil.

Se sentía así en sus horas de vigilia. Cumplía con sus obligaciones, el invierno aburría a todos, leía las cartas que Priscila le enviaba de Colchester, pero en todo momento esa otra realidad vivía dentro de él y convertía su mundo en una fantasía. No era un hombre imaginativo ni inteligente. Era apenas un común y práctico soldado del imperio que cumplía con la tarea que le habían encomendado sus superiores. Aunque en ese momento todo parecía normal, sentía que la tarea le había superado y se había escapado de sus manos. Estaba desconcertado y tenía miedo.

Cuando la primavera todavía no era más que un indicio de cambio en el aroma del viento, Boudicca recibió una visita. Ya estaba levantada y las heridas de su espalda se habían cerrado y transformado en cicatrices rojas, ásperas y dolorosas al tacto. El druida se había marchado sin despedirse. Había desaparecido rumbo al oeste y, a pesar de que había visto a Brigid todos los días durante su estancia, no había señales de que la joven recobraría la cordura. Parecía más serena, más dócil, pero ante la sola mención de árboles u otras cosas inocuas, se agitaba, comenzaba a balbucear una sarta de tonterías horripilantes y llegaba al frenesí. Ethelind también tenía cicatrices, pero eran menos visibles. Se mantenía apartada de todos y no hablaba, aunque en ocasiones la escuchaban canturrear para sí en las largas noches.

Boudicca se obligó a interponer un mundo entre ella y sus hijas y lo llenó con planes de guerra. Nuevas armas destellaban en las chozas de su gente, ocultas en barriles, bajo los granos, en la paja de los techos, debajo de las camas. Los cuerpos que se habían endurecido durante la época de paz cobraron nueva elasticidad con los oscuros aceites de la guerra. El mimbre en desuso de los carros fue arrancado y reemplazado; los arneses fueron arreglados y volvieron a colgar con los feroces y largamente inactivos bronces de Andrasta. Por las noches, los jefes se sentaban alrededor de las fogatas y acariciaban las torques nuevas y los cascos recién pulidos y resplandecientes de esperanza. Y aunque la tribu gritaba en silencio pero con una intensidad tan elevada que incluso los pantanos y las praderas parecían retumbar con la palabra guerra, Favonio no sospechó la verdadera causa de su ansiedad. Las puertas de Albion se habían cerrado para él antes de que pisara sus costas, y no lo sabía.

Boudicca estaba sentada en el desnudo salón del Consejo, con Lovernio y Aillil a su lado, mientras un esclavo giraba despacio el cordero que se asaba en el fuego. Los jefes y los hombres libres entraban y salían y, de vez en cuando, alguno se le acercaba para pedirle un consejo o una explicación. Ethelind estaba sentada contra la pared. Mojaba un trozo de pan en una vasija de sopa y comía en silencio, con la cabeza gacha y las piernas plegadas bajo la túnica de rayas azules y rojas. A su alrededor reinaba un vacio de soledad, un espacio que toda la tribu respetaba. Su sirviente se acuclillaba lejos de ella, en las sombras. Brigid se encontraba en su choza, siempre vigilada. Todos los días caminaba entre los círculos de chozas de la aldea, pero sólo en ocasiones la llevaban al salón para que comiera con los hombres libres. Los había inquietado con su cháchara sobre el Cuervo de la Batalla, pero en ese momento en que el fuego de la guerra ardía en todos los corazones, habían dejado de temerle y muchos la consideraban una mensajera especial de Andrasta, sedienta de sangre romana después de tantos años de abandono.

De pronto, se produjo un alboroto en la puerta, el ruido de voces excitadas. Lovernio interrumpió el informe que estaba dando en voz baja sobre el progreso de las actividades nocturnas y cruzó corriendo el salón. Aillil le acompañó. Boudicca observó y aguardó. Cuando regresaron, había un extraño entre ellos. Era alto, fuerte y moreno. Su cabello suelto caía con suavidad desde la frente ancha y arrugada. Los ojos poseían una firme cautela, pero carecían de temor, y la boca, sobre una barbilla grande y afeitada, era recta y delicada. Boudicca se levantó cuando él se acercó y extendió la mano.

—¡Bienvenido! Comida, vino y paz para ti. —El hombre le tomó la muñeca en un gesto rápido y expeditivo y bajó la mano otra vez.

—Mostradme —dijo.

Boudicca y sus hombres se miraron. Luego ella se volvió y dejó caer su túnica en tanto se cubría los senos con la capa. El extraño emitió un gruñido y por un segundo ella sintió los dedos que se posaban con ligereza en su espalda lastimada. Después volvió a colocarse la túnica y le enfrentó.

—¿Romanos? —inquirió él con tono helado, y Boudicca meneó la cabeza.

—Ninguno en la aldea —respondió—. Se quedan dentro de la guarnición. Estás seguro esta noche. —Algo de la tensión en él se disipó y se sentaron en el suelo desnudo. Una multitud de hombres libres curiosos se había reunido, y Aillil y Lovernio se interpusieron con determinación a fin de que las palabras no llegaran hasta ellos—. ¿Traes noticias? —le apremió—. ¿Deseas compartirlas ahora o prefieres comer primero?

—Las compartiré.

Tomó la copa de vino que le ofreció un criado y bebió con fruición. Arrojó las heces al piso para honrar a los dioses de los icenos y se cruzó de piernas.

—Soy Domnall —dijo—. Jefe de Brigantia. —Boudicca dejó que la sorpresa la penetrara y chocara contra la pared de su defensa interior. De manera que Aricia sabía lo que estaban haciendo, iba a delatarlos, y su jefe había venido a advertirles. Pero, ¿cómo se había enterado, con los coritanos

entre las dos tribus? Domnall vio su expresión y se encogió de hombros con impaciencia—. No —prosiguió—, cuando mi reina traicionó al arvirago y Venutio la dejó para internarse en el oeste, Aricia me envió al sur a vivir con los trinobantes y dirigir a sus espías allí. He trabajado para Roma, construyendo caminos y cavando zanjas. —Hablaba con naturalidad, pero Boudicca sabía el precio que había pagado al dejar de lado su orgullo para realizar esas tareas—. Los trinobantes y lo que queda de los catuvelaunos son los que más han padecido bajo los conquistadores. Debéis saberlo. Vosotros os rendisteis sin levantar la espada y fuisteis recompensados con prosperidad, pero el pueblo del arvirago y sus ex esclavos que ofrecieron resistencia han sido castigados sin cesar desde entonces. Muchos fueron enviados a Roma como esclavos para pelear en los circos o para formar parte de las legiones. Han labrado la tierra, han muerto en los caminos, han sufrido hambre, han edificado casas hermosas para Roma y dejado sus huesos bajo los cimientos. Colchester está creciendo y, ahora, se les despoja de sus tierras para entregárselas a los legionarios retirados. Estos legionarios los encadenan a sus propios graneros para obligarlos a trabajar su propia tierra, a cosechar para amos a los que no les importa que sus hijos no tengan qué comer. La carga que sobrellevan es atroz y ahora han recibido la noticia de vuestra humillación. Desean saber si pelearéis.

—¿Y si lo hago?

—Pelearán con vos. Mis espías me informaron que otras tribus se os unirán si lográis llegar a Colchester. Están avergonzados, Boudicca. Primero la derrota del arvirago, no por la fuerza sino por la traición de uno de los nuestros. Luego vuestro tormento sin razón. Tienen miedo; ya no confían en nadie. Ahora es el momento, mientras el gobernador caza hombres en Mona.

—¿Aceptarán que yo los dirija?

—No lo sé, pero lo cierto es que no queda hombre alguno en las tierras bajas capaz de dar órdenes. ¿Tenéis armas?

Boudicca guardó silencio mientras estudiaba el rostro del brigante. Podía estar diciendo la verdad o ser otro instrumento más de Roma, enviado para averiguar si algunos rumores eran ciertos. Si era un espía y ella le revelaba sus planes, los icenos serían destruidos. Si no lo era y lo despachaba con las manos vacías, habría perdido para siempre una oportunidad única. Se volvió hacia sus hombres.

—¿Lovernio? —El bardo asintió con un susurro—. ¿Aillil?

—Necesitamos un druida —repuso éste con preocupación—, pero creo que dice la verdad.

—Yo también. Bien. Lucharemos, Domnall, y pronto. Nuestras armas están escondidas y el pueblo ha recuperado la destreza para usarlas. Informa de eso a las tribus.

Los ojos del jefe de Brigantia escudriñaron aquel rostro pecoso y recio y la maraña de cabello rojizo. Qué diferente era de su propia reina. La última descendiente de la Casa de Brigantia era delgada, hermosa y delicada, con ojos y manos expresivos. Sin embargo, esa mujer de voz grave, complexión grande y réplica veloz poseía una fuerza de atracción salvaje, como los vientos que se mueven alrededor del vértice de una tormenta. No obstante, se había casado con un pacifista y lo

había amado hasta el día de su muerte, mientras que su señora había desposado a un guerrero y lo había destruido. Los hombres eran buenos reyes, pensó, pero las mujeres podían resultar brillantes o nefastas.

Aquellos ojos pardos le miraban con impaciencia y él preguntó:

—¿Cuándo, señora?

—Antes de que la luna vieja vuelva a ser joven. —Bajó la voz hasta convertirla en un ronroneo —. Al sur de esta aldea, Domnall, entre los dos caminos que profanan mi territorio, hay colinas boscosas que se adentran en los viejos límites de las tierras catuvelaunas. ¿Conoces el lugar?

—Sí, lo conozco.

—Reúnete allí conmigo cuando se cumpla la estación que te he anunciado, con todos los que decidan seguirte. Trae comida si puedes, y los carros y las armas que puedas robar. Pero hazlo con sigilo, te lo suplico. No quiero que Colchester asegure sus fortificaciones contra mí.

—No soy tonto, señora.

—Y envía mensajes a los señores del oeste. Infórmales sobre lo que estoy haciendo. «¿Se enteraría Caradoc? —se preguntó con un dejo de tristeza—. ¿La perdonaría entonces?» Las tribus sólo sabían que todavía vivía en algún lugar del laberinto bullicioso que era la ciudad de Roma. El recuerdo de Caradoc trajo otro pensamiento a su mente—. ¿El templo de Claudio sigue en pie? —inquirió.

—¡Por supuesto! —contestó Domnall, sorprendido.

—¿Y Deciano?

—¿El procurador? —No podía seguir la velocidad de esa mente—. Está en Colchester.

—Andrasta, Andrasta —susurró Boudicca con los ojos brillantes—. Afila tu espada. La liberación llegará con la primavera.

En ese último mes, el frío dio paso a vientos tibios y húmedos y a lluvias intermitentes que penetraron bajo el sueño monótono del invierno y arrancaron del suelo el primer verdor de la primavera venidera. Los preparativos de Boudicca concluyeron y por fin ordenó que se cargaran los carros.

La tribu recogió con presteza sus pocas pertenencias, mientras aguardaba con una excitación ansiosa y tensa. La tierra no se cultivó ese año. Las semillas escaseaban, ya que el procurador se había llevado la mayor parte; además, no habría vuelta atrás, ninguna segunda oportunidad para la paz. Alcanzarían los fuertes repletos de granos y la libertad, o perecerían. No quedaría nadie. La campiña entera se vaciaría. Las viejas canciones de batalla y victoria comenzaron a escucharse, tarareadas con susurros expectantes. Los antiguos gritos de guerra volvieron a cobrar vida en labios que creían haber olvidado cómo pronunciarlos. Andrasta y los icenos. Muerte o libertad. Cabezas para la Casa de Icenia, cabezas para la sedienta Andrasta. El tiempo pasaba con lentitud entre las lloviznas, y los árboles comenzaron a rebrotar.

La luna creció, brilló en su plenitud y luego comenzó a menguar despacio. Favonio la contemplaba desde la ventana de su oficina, incapaz de dormir aunque las noches eran agradables y tibias. Boudicca la vio mientras recorría la aldea, una y otra vez, intercambiando palabras de aliento y alegría con los hombres libres. Al amanecer, se detuvo ante el oscuro salón del Consejo, envuelta en su capa, y la observó flotar en su lago de bruma azul. Subidasto le masculló al oído: «¡Apresúrate, Boudicca, apresúrate! Paulino se acerca a Mona. Pronto se volverá otra vez y será demasiado tarde».

—Lo sé, lo sé —le respondió en voz alta al tiempo que la noche se esfumaba. Experimentaba la necesidad de reunir sus propias fuerzas del mismo modo en que su gente reunía sus armas y bienes. Se sentía sola y temerosa en la oscuridad primaveral, reacia, de pronto, a despedirse de la aldea, a tomar la espada y separar cruelmente el pasado del futuro. Tembló ante tanta soledad y deseó abandonar el silencio que la rodeaba, caminar hasta su casa, donde Prasutugas la esperaba con luz y calor para invitarla a descansar en la seguridad y amor de su hombro y para aliviar con labios suaves las heridas de su dolor y su furia. Sabía que también la refrenaba una cobardía desusada, una renuencia a pronunciar la palabra que iniciaría una época de sufrimiento y muerte. Recordó las horas pasadas con Priscila y Favonio, comiendo ostras y carnero en esa mesa impecable cargada de objetos de plata, bebiendo vino y discutiendo con una mezcla de sospecha y respeto hasta bien entrada la noche. Esos días habían huido como imágenes vislumbradas en el fondo de un estanque quieto y oscuro. Se fue a la cama y durmió poco y mal.

Entonces llegó el momento. La luna se había encogido hasta convertirse en una delicada curva de luz marfil, y en los bosques y prados las primeras flores audaces desplegaban colores pálidos bajo un sol más vigoroso.

Una noche oscura y fresca, Boudicca convocó a la banda guerrera real y marcharon hacia la guarnición, ataviados sólo con calzones y túnicas cortas y con los cuchillos en los cintos. La aldea que dejaron atrás estaba tranquila, soñando una última ilusión de paz. Descendieron por la larga y verde pendiente y se perdieron en las sombras indistintas del bosque. Una vez entre los árboles, les indicó que se arrojaran sobre la hierba nueva y yació con ellos mientras observaban las luces de la guarnición. Todo parecía estar en calma. Los centinelas estaban de pie a ambos lados de las altas puertas de madera, con las piernas desnudas separadas con firmeza; la luz de las antorchas titilaba tenuemente en sus armaduras. En las cuadras del destacamento, los caballos hacían crujir el heno y, detrás de los guerreros, un búho chilló, descendió rápidamente y se alejó aleteando por el camino. Nada se movía. Satisfecha, Bondicca se puso de pie e hizo una señal. La banda guerrera se arrastró agazapada por el resto del terreno para fundirse en silencio con las densas sombras del muro. Boudicca dio una orden con la cabeza a Lovernio y Aillil, hundió aún más su puñal en el cinto para que la manga ocultara su destello y los tres caminaron con decisión hacia las puertas. Uno de los centinelas se movió y se adelantó, pero al ver a Boudicca, cambió su expresión recelosa por una sonrisa cortés.

—¡Señora! No os reconocí sin vuestro caballo. Es muy tarde para visitar al comandante.

—Lo sé —respondió con serenidad—, pero necesito su consejo en un asunto muy urgente. —Por el rabillo del ojo, vio que el otro centinela se reclinaba contra el muro y bostezaba. Detrás de él, otra sombra más oscura se movió—. ¿Crees que todavía estará levantado?

—En la estancia aún arde una lámpara. Me parece que está trabajando. ¿Deseáis que llame a alguien para escoltaros?

Lovernio comenzó a acercarse furtivamente por detrás. Con aire casual, Boudicca cruzó los brazos contra la cintura y sintió el mango del puñal.

—No será necesario. Conozco el camino. —El centinela abrió las puertas y se hizo a un lado.

—A estas alturas, os lo debéis de saber de memoria. Buenas noches, señora.

—Adiós, romano. —Volvió la cabeza en dirección a Lovernio y la vaga silueta bajo el muro se convirtió en un jefe que saltó como un gato sobre el segundo centinela. Boudicca extrajo el cuchillo con soltura y rapidez. Por un momento, le pareció algo extraño en su mano, un accesorio torpe. Luego, Lovernio giró sobre los talones, colocó una mano de hierro sobre la boca del guardia y, mientras los ojos del romano se abrían despavoridos, la mano de ella adquirió vida propia y el cuchillo su hundió en el cuello pálido. Sin producir más sonido que el del viento en la hierba, arrastraron los cuerpos hasta la negrura de la pared. Entonces Lovernio silbó, el entrecortado silbido de un sarapito, y los demás hombres salieron de la penumbra.

—Una jugada arriesgada, pero las apuestas son altas —le susurró el bardo con alegría, pero ella no respondió. En efecto, la apuesta era muy alta y ya había arrojado los dados. Aunque quisiera, no podría recuperarlos y seguirían rodando hasta los pies de Paulino. Con andar sigiloso, entraron en el patio amplio y apenas iluminado. Se dispersaron de inmediato; los hombres se apretaron contra las paredes interiores y se escabulleron en busca de las barracas, las casas de los oficiales y los graneros. Boudicca se dirigió con paso resuelto y sin ocultarse hacia el edificio administrativo, en tanto Lovernio y Aillil iniciaban el rodeo que los conduciría al mismo sitio, pero por detrás del centinela que se paseaba de un lado al otro del porche. Su silueta cruzaba una y otra vez el haz de luz amarilla que se filtraba por debajo de la puerta de la oficina. Justo antes de que ella llegara, el centinela se detuvo en un extremo del trayecto, giró y pareció caer de espaldas en las sombras de detrás. Boudicca se acercó al escalón de entrada, lo subió con presteza, golpeó a la puerta y entró.

Favonio estaba solo, sentado en su escritorio con la cabeza entre las manos. Levantó el rostro despacio cuando ella cerró la puerta y se aproximó. Tenía los ojos nublados y el cabello despeinado. No se sorprendió al verla.

—¿Boudicca? —Se frotó la cara con ambas manos y se enderezó en la silla—. Debo de haberme quedado dormido mientras trabajaba. Es tarde. ¿Qué deseas?

Los ojos de ella se pasearon por la estancia y regresaron a él. Su peto estaba en un rincón, con el casco al lado, pero llevaba la daga en el cinto.

—Es tarde, Favonio, pero quiero hablar contigo. ¿Has sabido del gobernador?

—Sí. Pensaba ir a informarte de lo que dijo, pero no deseaba tu compañía, como supongo que tú no deseas la mía. Ha prometido ocuparse del asunto cuando regrese a Colchester.

—Si regresa —gruñó ella con los labios fruncidos—. ¿Has recibido cartas de Priscila? —Los ojos hinchados por el sueño la miraron con curiosidad y luego con cautela.

—¿Y a ti qué te importa? No es asunto tuyo.

—Es cierto. Pero a Priscila siempre le desagradó vivir aquí. Simplemente, me preguntaba si era más feliz en Camalodúnum.

La inquietud le asaltó. Ella nunca se había referido a Colchester con su antiguo nombre tribal. La palabra cayó en el pesado silencio de la habitación y retumbó con una amenaza nueva y fría. Los ojos de Boudicca estaban entrecerrados y le sonreían mientras ella se inclinaba un poco hacia delante con los hombros tensos. De pronto, Favonio se dio cuenta de que los rítmicos pasos de su centinela ya no se oían fuera. Acicateado por un frío presentimiento, se levantó y fue hacia la ventana. Abrió los postigos y vio que el patio dormía bajo el frío manto de un bosque de estrellas. Se volvió, alarmado y confundido.

—¿Qué temes, Favonio? —preguntó ella con un dejo de desprecio en su voz profunda—. Los druidas son un recuerdo. Andrasta es un cuento para los niños que no quieren irse a dormir. ¿Qué es lo que causa ese sudor en tu frente? ¿Acaso hay hechizos en las sombras? ¿Acaso el bosque murmura conjuros con el viento? —Se acercó—. Creíste que entendías esta tierra, pero ahora sabes que no es así. Por eso sufres por la familiaridad de las cosas que de repente se han vuelto extrañas.

—¡No te comprendo esta noche! —exclamó el romano—. ¿Estás borracha? Boudicca, no puedo hacer nada por ti ni por tus hijas. ¿Dónde está el centinela?

Las palabras revolotearon en la lengua de ella, palabras mordaces, asesinas, palabras de odio, hirientes. «Brigid mató a tu hijo. Brigid lo apuñaló. Brigid lo acuchilló como a un pobre e ignorante cervatillo y su sangre negra se derramó bajo la luna.» «¡Pronúncialas, Boudicca! —la instó Subidasto y su incesante murmullo chirriaba con júbilo en su mente—. ¡Quítale la ropa y empieza a cubrir tu desnudez!» Sin embargo, a pesar de que sentía la necesidad que se arremolinaba en su boca como el vapor del vino caliente en un día de invierno, retrocedió hasta que el escritorio quedó entre los dos.

—Andrasta lo atrapó —repuso con voz tranquila—. ¡Lovernio! ¡Aillil!

Entonces, Favonio lo supo. Extrajo el cuchillo y se apartó de la ventana gritando:

—¡Guardias! ¡Guardias!

La puerta se abrió, pero los hombres de Boudicca corrieron hacia él. Ella se alejó del puñal y rió.

—Están muertos, Favonio —dijo—. La guarnición es una tumba y pronto toda Albion se convertirá en una tumba, en un cementerio romano. Confiamos en ti y nos defraudaste. Podrías habernos dado tu apoyo, pero nos volviste la espalda y cerraste los oídos a los gritos de mis hijas y a mi humillación.

Favonio no se resistió a la fuerza de los jefes. Se quedó quieto, observándola con tristeza.

—Parece que subestimé tu orgullo —admitió—. Pero no puedes ganar, Boudicca. Las probabilidades están contra ti.

—No esta vez, Favonio. El gobernador se encuentra a kilómetros de distancia, con la mitad de las fuerzas de ocupación. Y el resto está demasiado lejos. No iré al oeste. Iré al sur. Quemaré Camalodúnum hasta los cimientos.

El semblante rubicundo palideció y Boudicca comprendió que sus probabiidades aumentaban al ver los ojos inyectados de sangre.

—¿He de morir?

—Sí.

—¿Ahora?

—Sí. Si tienes algún hechizo para llamar a tus dioses, será mejor que lo pronuncies. Pensé en llevarte al monte de Andrasta, Favonio, y clavar tu cabeza en una estaca, pero por la amistad que mi amado esposo sentía por ti, te concederé una muerte limpia. Creo que es más de lo que mereces. —No le dio tiempo de hablar otra vez—. Ahora, Aillil —ordenó con calma y se volvió. Cuando oyó que el cuerpo caía al suelo, abandonó la habitación para dirigirse a las puertas.

«¡Cobarde!», le resopló su padre al oído con furia, pero ella no hizo caso. Pensó en Prasutugas, pálido y noble bajo el montículo de tierra, durmiendo su sueño eterno.

Antes de dejar la guarnición, los jefes ataron los caballos a los carros del destacamento y los cargaron con todo el grano y las armas que encontraron. Después arrancaron las antorchas de las paredes y corrieron de edificio en edificio para arrojarlas en los cuartos habitados por cadáveres. Pronto el crepitante infierno empequeñeció las estrellas que ya comenzaban a disiparse hacia el amanecer.

La tribu se movió con rapidez. Habían asestado el primer golpe y Boudicca estaba consumida por la urgencia. Sabía que el tiempo había empezado a acelerar su paso y que los correos de Lindum, que llevaban los mensajes de rutina del fuerte a la guarnición, no tardarían en descubrir su destrucción y en dar la alarma. La tribu abandonó su territorio esa noche: carros, carretas y gente avanzaban en la oscuridad en una hilera silenciosa, dejando atrás aldeas y caseríos desiertos y la pira anaranjada de la guarnición. Durante tres días y dos noches, viajaron hacia el sur, comiendo y durmiendo cuando podían en tanto el terreno boscoso comenzaba a elevarse en suaves colinas.

Mucho antes de llegar al punto de reunión convenido, los exploradores trinobantes los interceptaron y juntos cruzaron bosques repletos de caballos, carros, fogatas y niños que chillaban. Ya no intentaban ocultarse. Las huestes que se habían formado eran demasiado numerosas. Colchester se hallaba apenas a un día de marcha y ya estaba plagada de confusión y rumores. La única ventaja posible radicaba en la velocidad. Boudicca y Domnall se encontraron por fin en un claro junto a un pequeño arroyo. Se abrazaron.

—Has venido —sonrió ella—. No lo creí, pero parece que el druida tenía razón. La hueste es enorme, Domnall. Hemos andado entre ella durante horas. ¿Quiénes son todos ellos?

Se acuclillaron juntos cerca del fuego encendido por un criado y él le sirvió cerveza antes de responder.

—Son trinobantes, catuvelaunos, coritanos, y algunos cornovios y dobunnos. Los druidas han estado entre ellos una vez más y se han decidido a venir. Caradoc dijo que el espíritu de libertad había muerto en el sur, pero se equivocó. Sólo dormía, señora, y vos lo habéis despertado. Vos y la crueldad de Roma. ¿Reuniremos al Consejo?

Boudicca asintió.

—Esta noche. Traigo armas y comida, pero no suficiente para tantos. ¿Esta gente tiene armas?

—La mayoría, y los que no las tienen pronto portarán espadas y pilos romanos. La comida es escasa, pero si tomamos Colchester, podremos volver a cargar provisiones en los carros.

Colchester. Camalodúnum. Ella bebió la cerveza y no contestó.

El atardecer se convirtió en noche, una suave noche primaveral. Antes del Consejo, Boudicca fue a ver a sus hijas. Ethelind estaba sentada debajo de un árbol, con la barbilla apoyada en la mano y la mirada perdida en el pequeño fuego que su sirviente le había encendido. Su manta y su capa estaban dobladas con esmero a su lado. Boudicca se acercó a ella.

—¿Estás bien, Ethelind? —preguntó con brusquedad. Su modo rudo y casual ocultaba el dolor que siempre sentía cuando miraba el rostro paralizado de su hija mayor—. ¿Necesitas algo? —Ethelind no levantó la vista, pero extendió la mano con lentitud, una advertencia, una señal de inquietud. Al cabo de un rato, Boudicca retrocedió y se alejó. «Andrasta —pensó con un temor repentino—. ¿Qué puedo hacer con ellas? De alguna manera creí que cuando dejáramos la aldea se recuperarían. Por qué, no lo sé. ¿Pero cómo puedo marchar y dirigir y luchar con este dolor sordo siempre a mi lado?»

Brigid se paseaba junto al arroyo que se había convertido en un espejo negro que atrapaba estrellas y hojas en su superficie lisa. El largo cabello plateado se balanceaba alrededor de sus rodillas.

—¡Baja! —le gritaba a las ramas inquietas—. No hay luna que te muestre que la sangre del río está llena de pequeñas flores. ¡Andrasta! ¡Ven!

Hulda estaba sentada con el joven jefe al que Boudicca había ordenado que las vigilara. Ambos permanecían callados y adustos mientras Pompeyo pastaba.

—¿Ha comido? —preguntó con aspereza, y Hulda asintió.

—Sólo carne y agua del arroyo. Señora, ¿qué haréis con ella cuando empiece la lucha? —Boudicca observó la delgada figura en las sombras.

—¿Cómo he de saberlo? —bramó—. No puedo pensar en eso ahora, Hulda. Me causa demasiado dolor. —Se encaminó al claro donde los jefes y representantes de las tribus se estaban acomodando junto al fuego. Se dejó caer en una manta al lado de Domnall y los estudió con ojo critico. Una oleada de familiaridad la embargó. La desesperanza agobiante que le habían provocado sus hijas comenzó a esfumarse. Así había sido su infancia. Un cálido y reconfortante fuego del

Consejo que destellaba en miles de torques, collares, broches y brazaletes. Cascos de bronce que brillaban como oro puro. Ojos chispeantes y ansiosos, y la cadencia sibilante de muchas voces. El crujir de capas, rojas, verdes, azules, escarlatas, con rayas, dibujos y flores. El sonido metálico de las espadas en las vainas. Y por supuesto, el vino que pasaba de mano en mano, el espontáneo cantar de alguna voz melodiosa, las historias, las peleas, y por encima de todo, la feroz y cercana protección de la familia.

Se puso de pie, levantó los brazos y cesaron los murmullos. Dio un paso al frente, se desabrochó la espada y se la entregó a Aillil. Luego sacudió su cabello rojizo y comenzó a hablar.

—¡Jefes y miembros de las tribus! Tenéis ante vosotros a una mujer que ha vivido toda su vida en obediencia a Roma, en cooperación con Roma, una mujer que creía y confiaba en la justicia del emperador de Roma para traer la paz y la prosperidad a su pueblo. Sin embargo, también tenéis ante vosotros a una mujer que ha sido penosa y cruelmente agraviada. A cambio de toda mi confianza y cooperación, pueblo de Albion, mi tribu fue saqueada y esclavizada, mis hijas fueron ultrajadas y mi propio cuerpo fue atado a un poste y azotado sin piedad. ¿Acaso mis palabras no caen en oídos que retumban con las mismas historias terribles? ¿No es verdad que cada uno de vosotros lleva una carga de dolor semejante? Estáis aquí porque tenéis miedo.

»Durante todos los años desde la venida de Claudio, los icenos han sido un modelo de tribu obediente a Roma: los más prósperos, los más dóciles, los más privilegiados compañeros de los conquistadores. Nosotros, más que nadie, deberíamos haber estado seguros. ¿Pero qué veis ahora? —Su voz masculina y recia se elevó, abrasiva como la lengua de un gato, y su tono cascado se astilló sobre su audiencia—. Lo que les ha ocurrido a los icenos —gritó— puede ocurriros a vosotros, a pesar de vuestra cobarde sumisión. Y puede ocurrir sin previo aviso. Los icenos han aprendido una amarga lección. ¡Roma es desleal, codiciosa y mentirosa! —Bajó los brazos y la voz—. De modo que os diré lo que voy a hacer. Vengaré esta terrible injusticia. En nombre de mis pobres hijas despojadas, quemaré Camalodúnum, quemaré Londinium, quemaré todo y a todos. Y luego me volveré para encontrarme con Paulino en su camino de regreso y lo quemaré también. Hablo como mujer y como madre. Si deseáis acompañarme y vengar vuestros propios agravios, marchemos y luchemos juntos. ¿Hay alguna tribu que no quiera venir? —Nadie se movió. Nadie habló. Aquellas palabras encerraban la verdad y cada jefe silencioso las meditaba en una soledad temerosa. Si esto podía sucederles a los icenos, podía sucederles a todos. Boudicca esperó a que su corazón latiera diez veces mientras el fuego rugía y el viento de la noche compartía un hechizo con las ondulantes copas de los árboles. Después apoyó las manos en las caderas—. Bien. Marcharemos mañana. —Recogió su espada y se sentó junto a Domnall. Pero la gente siguió quieta, inmersa en las tragedias privadas que de repente se habían convertido en los despiadados acicates para conquistar la libertad.

Antes del amanecer, las tribus ya descendían de las colinas hacia el camino romano que se extendía desde Icenia a Camalodúnum. Ya no pasaban inadvertidos y el pánico estalló en Colchester. Para entonces, la aldea se había convertido en una ciudad y poco quedaba de la antigua capital de

Caradoc. Era una ciudad mercantil romana activa y bien diseñada, siempre en la vanguardia del progreso. Las enormes defensas de los catuvelaunos, que habían sido reducidas a un muro de tierra bajo, jamás fueron reconstruidas.

No habría tenido sentido hacerlo. Colchester era el asiento del gobernador; Colchester estaba en el corazón mismo de la ocupación, y durante años, sus habitantes, romanos y nativos, se habían ocupado de sus asuntos con presunción, habían prosperado y se habían reblandecido. El tumulto de la guerra de Caradoc les había llegado desde muy lejos, como el susurro de batallas entre dioses que jamás tocarían el mundo de la realidad. Y, de repente, algo había salido mal. Sin ninguna advertencia, los dioses habían enloquecido y se habían convertido en jefes sedientos de sangre a horas de distancia de la ciudad. Los temores ya olvidados despertaron y arrastraron a los ciudadanos a las calles a media mañana. Lo que vieron los reconfortó. El sol brillaba y los vecinos se apresuraban a hacer sus recados. Los niños peleaban y jugaban en las avenidas anchas y aárboladas. En todas partes, los soldados, comerciantes, secretarios y funcionarios civiles y militares se deslizaban entre los ciudadanos como un río de calma seguro y despreocupado. Después de una o dos horas de conjeturas ansiosas, la gente retomó con desgana su actividad cotidiana. Eran rumores tontos y, además, los icenos serian los últimos nativos de la isla capaces de rebelarse.

El alcalde no estaba tan seguro. De pie junto a la ventana de su oficina en el edificio administrativo que formaba parte del foro bullicioso, contemplaba la plaza bañada por el sol y fruncía el entrecejo. Los informes recibidos habían sido claros en su advertencia de peligro y ya había alertado a los legionarios veteranos de las granjas en las afueras de la ciudad. Muchos habían venido con sus familias a refugiarse dentro de los muros, pero constituían la menor de sus preocupaciones. ¿Acaso debía ordenar una evacuación a Londinium? No era un pensamiento feliz. La evacuación significaría calles atestadas de gente, mujeres aterradas, accidentes y la interrupción total de las actividades comerciales. Además, había pocos soldados activos en la ciudad para montar una defensa. Tal vez seria mejor armar a los civiles y quedarse allí. Nunca en su vida se había enfrentado a una situación similar y deseaba fervientemente no haberse postulado jamás para el cargo. Era un catuvelauno. Le habían otorgado la ciudadanía romana por sus servicios a la provincia y, aunque no creía ni por un instante que hubiera peligro alguno de destrucción permanente de la ciudad, su ansiedad provenía de algún vestigio de memoria tribal. Se volvió hacia su secretario.

—Envía un correo a Londinium —le ordenó—. El procurador está allí ahora. Que le informe del rumor y le pida que nos mande un destacamento. Probablemente no lo necesitaremos y quedaré como un tonto, pero es mejor estar preparados. —Regresó a la ventana. Las lineas gráciles y puras del templo resplandecían en el tibio sol primaveral y a los pies de la escalinata, una niña arrojaba migas de pan a las palomas que aleteaban a su alrededor en una nube gris. El desayuno se le revolvió en el estómago.

El correo detuvo su caballo y contempló boquiabierto e incrédulo la visión que tenía ante sí. El sol aún no había despuntado y una luz fría bañaba las cenizas humeantes y todavía tibias de la

guarnición en ruinas, una luz indefinida, sin calor. El aire estaba muy quieto. En los árboles, los pájaros habían concluido su coro de madrugada y permanecían callados. En el largo y espectral momento antes de que el sol bordeara el horizonte oriental, el soldado espoleó a su caballo y se acercó con las manos resbaladizas en las riendas.

Nada se movía en esa soledad chamuscada. Aturdido, se abrió camino a través de los tocones negros de las paredes de la barraca. Luego se llevó una mano a la boca y gritó. Pero los ecos de su propia voz le asustaron; se alejó cabalgando de las puertas deformes y entró bajo los árboles protectores del bosquecillo. Allí desmontó, ató el caballo a un roble y subió reptando hacia la aldea. Se quedó mirándola un largo rato, pero también estaba muerta. El humo de los fuegos de cocinar no se elevaba en espirales desde los techos de paja. Los perros no ladraban ni perseguían a niños morenos. Sabía que debía entrar en ella, pero se encogía de temor al pensar en los fantasmas y demonios que acechaban invisibles en las sombras aún intactas de la mañana temprana y, al final, volvió arrastrándose a su caballo, montó y cabalgó de regreso por donde había venido. Quince kilómetros más adelante había un puesto de vigilancia, y otros tres o cuatro más all , todos con caballos frescos. Sabía que debía llegar a Lindum y a la Novena lo más rápido posible.

Comprendía el viento de terror que le impulsaba. Los icenos habían desaparecido y no estaban en el norte. Eso sólo podía significar que se encontraban de camino al sur. Su comandante había estado en lo cierto. Las acciones del procurador habían iniciado una guerra.

Petilio Cerealis escuchó a su agotado correo y aun antes de que todas sus sospechas quedaran confirmadas, una por una, ya estaba impartiendo la orden de prepararse para la acción. La Novena había disfrutado de tranquilidad en los últimos años. La única acción que habían emprendido había sido contra Venutio y cuando el brigante había desaparecido en el oeste, su esposa había asumido un control tan firme sobre su tribu que la Novena no había hecho más que patrullar el norte de manera interminable. Cerealis, como todos los romanos en Albion ese año, no había tenido ojos para otra cosa más que para la campaña del gobernador y los diminutos, casi inadvertidos indicios de disturbio habían flotado hacia él como hojas en un ventarrón otoñal para apilarse desatendidas en las sombras de su mente. «Complacencia y ceguera —se acusó a sí mismo con cólera—. Ahora lo pagamos todos.» Se apresuró a dictar un despacho a Paulino. Después abandonó su oficina y caminó bajo el alto y ventoso cielo de primavera. Ignoraba la fuerza numérica de los rebeldes, pero sabía la dirección de su ataque, la vulnerabilidad de la ciudad y, de hecho, de todas las tierras bajas, y la imposibilidad de que la Novena se trabara en combate antes de que Colchester fuera borrada de la faz de la Tierra. «Boudicca —pensó, y se detuvo un instante para contemplar el resplandor alegre del sol sobre el guila en el centro de la plaza—. ¿Quién lo habría imaginado? Si traza sus planes con cuidado, la isla entera podría estar en sus manos antes del otoño. Me pregunto si lo sabrá.»

Se encogió de hombros y siguió andando. Por supuesto que no lo sabía. Era una bárbara, y como tal, no podía pensar más allá de un par de cabezas cortadas y un carro cargado de botines. En una o

dos semanas, la Novena estaría patrullando otra vez para Aricia, y los rebeldes se habrían dispersado. Sonrió por su momento de irracionalidad y fue al encuentro de su segundo.

—¡Allí está! —gritó Domnall a Boudicca y ella frenó su carro y observó el valle que se abría a sus pies mientras sus caballos sacudían las cabezas y los jefes se detenían a su alrededor bajo los árboles. La tierra que habían atravesado con sus pequeños y ordenados campos de labor y sus rebaños gordos pastando en praderas exuberantes no le había despertado ningún recuerdo del viaje que había realizado con su padre casi treinta años antes.

Pero recordaba muy bien la pared baja y serpenteante que rodeaba la ciudad, el despliegue irregular, ruidoso y alborotador de las chozas de comerciantes y labriegos que se inclinaban precariamente sobre ella, la subida lenta y suave a las calles arboladas, las casas espaciosas y la armonía del pequeño foro de madera y piedra. Desplazó la vista, entornó los ojos por el sol y creyó avistar el reflejo deslumbrante de luz rebotando contra las altas columnas del templo blanco de Claudio.

«Prasutugas, esposo mio —pensó, permitiendo que el recuerdo la arrastrara a la tristeza—. Cómo te complació estar de pie a mi lado en esas frescas profundidades y contemplar el incienso que se elevaba. Qué halagado te sentiste de asistir a una audiencia con Plautio y cenar sobre un mantel blanco con Aricia y los demás reyes capitulantes. Ahora estoy a punto de destruir todo lo que te esforzaste tanto por conseguir.»

Extendió una mano a Aillil y el jefe le entregó el casco nuevo de bronce con las alas elevadas de la Reina de la Victoria fundidas a cada lado. Boudicca se lo colocó con firmeza en la cabeza. Alrededor de la cintura, se ciñó su cinto tachonado con hierro del que colgaba una gran espada que había pertenecido a su padre y a su abuelo antes que él. Se volvió hacia Domnall y esbozó una sonrisa breve.

—¿Estás listo?

—Sí. La ciudad está rodeada, aunque los más rezagados, los carros y los niños todavía se encuentran a algunos kilómetros de distancia.

—¿El destacamento ha salido directamente a través de las puertas o está acuartelado afuera?

—Ha entrado, o eso dicen los exploradores. No creo que los romanos sean conscientes de lo numerosa que es la fuerza que se ha reunido contra ellos.

Boudicca lanzó una carcajada despectiva.

—Daría igual que lo fueran. No hay un ejército al sur de Lindum tan grande como el nuestro. Y la suerte nos acompaña. —Recogió las riendas—. No quiero prisioneros, Dornnall. Ni piedad para nadie. Lovernio, ¿dónde están las niñas? —El bardo la miró y su pesado casco con cuernos destelló bajo el sol.

—Están descansando muy atrás, junto al río. Estarán a salvo.

—Entonces, adelante. Haz sonar la corneta, Aillil. Hoy, la venganza es mía.

El toque de guerra agudo e inquietante se oyó lejos en la mañana fresca, y diez mil carros salieron rodando de la sombra del bosque tupido. El sol chispeaba en los radios delgados de las ruedas y los arneses tintineaban en tanto los ponis avanzaban a medio galope sobre la llanura verde, Los hombres libres corrían detrás de ellos, fluían fuera de la penumbra al fulgor intenso del sol como insectos multicolores, y Colchester se volvió de su optimismo matinal para ver un lago de muerte chapoteando a sus pies.

Resonaron gritos y los aurigas vieron que las calles repletas se vaciaban al instante. Los cascos asomaron sobre la pared baja. Boudicca desenvainó su espada y la hizo girar sobre su cabeza.

—¡Viva la Casa de Icenia! —chilló—. ¡Andrasta, Andrasta!

Enfilaba con estruendo hacia las puertas, con el cabello rojo desplegado al viento y el retumbar de las ruedas de los carros y los gritos y maldiciones de los jefes zumbando en sus oídos. Las puertas aparecieron. Detuvo su carro con brusquedad y bajó de un salto, y mientras las mujeres de la ciudad todavía gritaban y corrían de un lado a otro guiando a sus niños horrorizados y perplejos, las huestes rebeldes desbordaron las puertas. La primera embestida fue impulsada por la mera presión de los miles de hombres que se apretujaban detrás y las espadas recién forjadas de Icenia comenzaron su trabajo.

Fue una matanza. Unicamente los doscientos soldados enviados por Deciano eran legionarios activos y en servicio. Los hombres de la ciudad eran civiles o legionarios retirados que vivían en Colchester en tanto sus esclavos trinobantes o catuvelaunos trabajaban la tierra que les había sido asignada. La mayoría estaban desarmados, todos desprevenidos, y huyeron de la matanza de los círculos más bajos a la seguridad del foro rodeado de piedra. Los civiles se arremolinaban aterrados, pero los veteranos se recuperaron enseguida y comenzaron a registrar los edificios administrativos y los hogares del primer círculo en busca de armas. Hallaron muchas y los ex legionarios atravesaron a empujones la masa frenética y vociferante y corrieron a presentar batalla.

Para aquellos que intentaron saltar la pared y huir, no hubo escapatoria. Los miembros de las tribus seguían llegando, línea tras línea, y toda la tierra entre la ciudad y el bosque se hallaba repleta de hombres que aún no habían peleado. El borde externo ya ardía y los hombres libres saqueaban, arrojaban sus botines sobre la pared a sus amigos y prendían fuego a más chozas a medida que ascendían la pendiente y mataban a todos en su camino. El destacamento retrocedió deprisa, se sumó a los veteranos que se habían armado y se acercaron a unírseles y lograron bloquear varias calles, de manera que durante un par de horas los jefes no pudieron avanzar y se contentaron con deambular: arrancaron a mujeres y niños de sus escondites y los atravesaron con sus lanzas, abrieron los cargamentos de vino guardados en los depósitos junto a las puertas y corrieron con tizones llameantes en las manos para tirarlos a cualquier techo de paja que no se hubiera encendido.

La parte inferior de la ciudad se llenó poco a poco con más hombres libres y espadas nuevas y, por fin, cuando nada vivía debajo de las casas prósperas de los ricos, se volvieron para seguir luchando. Los soldados peleaban inflexiblemente, espalda contra espalda, pero un espíritu de

demencia se había apoderado de los pacíficos icenos y de sus aliados acobardados. El lugar se convirtió en un infierno de odio que consumió toda compasión y piedad y desencadenó una orgia ávida de sangre. Los años de degradación y padecimiento estaban siendo purificados en un único instante tremendo y exultante de retribución largamente esperada y los soldados miraban a los ojos rojos de animales en tanto eran obligados a retroceder, cada vez más cerca de los ciudadanos apiñados y enloquecidos en la plaza.

El mediodía pasó en una ola pestilente de temor. Los cadáveres taponaban las calles, las alcantarillas abiertas comenzaron a destilar arroyos rojos y los legionarios, jadeantes y tambale ndose, por fin se dispersaron y huyeron, zambullándose en la masa de civiles indefensos para perderse por un rato. Los hombres de las tribus hicieron una pausa y la gente aterrorizada en la periferia del foro podía verlos de pie en cada calle, con las espadas húmedas, sonriendo, boquiabiertos. «¡Piedad! —gritó alguien con una voz agudizada y afinada por el miedo—. ¡Piedad. Oh, piedad!» Y con eso, los atacantes recobraron la vida. Entraron corriendo en la plaza: gritaban, aullaban, insultaban y blandían sus espadas. Y la gente caía ante ellos como un cultivo bajo el granizo.

Boudicca fue tambaleándose hacia el edificio administrativo. La batahola ensordecedora de la matanza azotaba sus oídos. Abrió la primera puerta de un puntapié y entró, pero el lugar estaba vacío. Se apoyó un momento contra la pared, sin aliento, luego siguió por el corredor y abrió la segunda puerta. Una mujer se agazapaba en el rincón más lejano. Sollozaba, y cuando la visión de horror se acercó hacia ella y alzó una espada, se enderezó de pronto y gritó:

—¡No! ¡No! ¡Soy tu amiga, Boudicca! ¡Mirame! ¡No me mates, oh, por favor, déjame vivir!

Boudicca bajó la espada con lentitud. Era Priscila, apretada contra la pared, con el cabello encanecido suelto y desgreñado, la túnica manchada con sangre y lodo, el rostro gris de miedo y los ojos desorbitados. Se miraron durante un largo segundo, sin moverse. Luego Boudicca cerró los ojos y tragó saliva. Tenía la garganta seca y su respiración era rápida, dolorosa y forzada.

Se volvió hacia la puerta.

—Que te mate otro —dijo con voz ronca y salió con paso vacilante a donde los cadáveres se apilaban y cubrían la plaza. Caminó hundida hasta los tobillos en un río de sangre.

Cuando una luz vespertina roja se esparció a través de la ciudad, no quedaba ni un ciudadano vivo y los jefes, borrachos y saciados, tenían que trepar sobre cuerpos amontonados en cada calle. La puesta de sol pasó inadvertida, puesto que el incendio que ardía en los círculos más bajos rugía en el cielo y oscureció su última luz plácida. Pero en el templo, los hombres del destacamento de Londinium se habían congregado en un diminuto y desesperado gesto de resistencia y los jefes, para su propia sorpresa, no lograban romper las filas de aquellos hombres tercos extendidas detrás de las columnas lisas frente a los escalones. Boudicca y sus hombres, a los pies de la escalinata, miraban hacia arriba donde las sombras de la noche se multiplicaban con rapidez.

—No podemos dejar que se dispersen y traigan a las legiones antes de que estemos listos —comentó Lovernio. Boudicca asintió con cansancio. Su mente y su cuerpo estaban demasiado entumecidos para permitirle pensar.

—Lo sé —contestó con dificultad—. ¿Los jefes trataron de forzar la parte trasera del edificio, Domnall?

—Las puertas están atrancadas. Pero algunos de los hombres libres lo están intentando.

—Bien. —Sacudió un puño trémulo ante la completa indiferencia del templo—. Ciudadela de dominación eterna —dijo en un susurro que sonó como el graznido de un cuervo—. ¡No me iré hasta haberte derrotado!

Se volvió hacia los jefes y les ordenó que determinaran si se podía encontrar algún hombre libre sobrio para organizar incursiones contra los soldados durante la noche. Después anduvo penosamente por las calles oscuras y repletas de cadáveres, dejó atrás el fuego crepitante junto a las puertas y enfiló hacia el agradable silencio de los árboles, más allá.

Brigid dormía acurrucada en unas mantas al lado del pequeño fuego del hogar; su rostro estaba relajado y denotaba una inocencia muerta. Su madre se inclinó con agotamiento sobre ella. Ethelind se hallaba sentada envuelta en su capa voluminosa, apoyada contra el tronco de un árbol y con la mirada clavada en las profundidades enmarañadas del bosque. Hulda y el joven jefe la saludaron con la cabeza, soñolientos. Sin una palabra, Boudicca se tendió en la hierba seca y limpia cerca del fuego y cerró los ojos.

«Qué hierba tan fresca y de aroma dulce—pensó—. Qué quietud estupenda, qué paz desconocida. ¿Lo has visto, Andrasta? ¿Has batido tus alas negras y has hundido tu pico cruel en lo más hondo de las entrañas de mi venganza?»

«Más sangre —gruñó Subidasto dentro de ella—. Sólo estás medio vestida. Todavía pareces lasciva y sucia sin tu honor. ¡Más sangre, Boudicca, oh, mucha, mucha más!»

—¡Déjame en paz! —siseó con firmeza—. ¡Permanece muerto, anciano, y no me molestes más! —Pero cayó en un sueño profundo y soñó que él se acuclillaba sobre ella con su rostro severo e impaciente y delineaba con sus dedos ardientes y nudosos los senderos torcidos del látigo en su espalda desnuda.

A la mañana siguiente, comió un poco de pan viejo, bebió con avidez del arroyo y abandonó el claro antes de que sus hijas despertaran. El sol estaba saliendo y coloreaba de rosa las copas de los árboles cuando bajó de su carro y entró en la ciudad. El hedor a podredumbre la golpeó al instante, un miasma fétido y espeso que le recordó el sacrificio de las reses del Samain, y experimentó arcadas en tanto se dirigía a la multitud impúdica e inmóvil en la plaza. El lago de sangre había bajado por las alcantarillas hacia la pared, se había estancado allí y había abierto canales a través de la hierba. Pero la piedra bajo sus pies estaba pegajosa y así lo sintió mientras se acercaba a Domnall y a los demás. Domnall la saludó con un susurro áspero.

—Están resistiendo. Cómo, no lo sé. Debo descansar ahora, señora, pero la mitad de los hombres libres han dormido y están preparados para volver a pelear.

Boudicca le indicó que la siguiera hacia las puertas y desenvainó su espada mientras se esforzaba por luchar contra los vahos nauseabundos de la muerte y de las casas incendiadas.

—Hay que matarlos hoy y marcharse —dijo—. Aillil, la corneta. —La voz de bronce estridente y aguda habló y otra ola de hombres de las tribus asaltó el templo. Los soldados formaron sus filas irregulares al abrigo del edificio y se defendieron sin sonido, y sin esperanza.

La mañana se convirtió en una tarde nublada y la tarde en un anochecer ventoso. Por fin, los jefes se retiraron a la plaza y admitieron la derrota.

La mayoría de las fuerzas habían regresado a los bosques hacía mucho, para cargar allí los carros con el botín y el grano tomado de los depósitos. Sólo quinientos de ellos se acuclillaban o permanecían de pie con flojedad en las piernas en medio de los cadáveres que ya comenzaban a hincharse, mientras alzaban la vista y contemplaban la desconcertante arrogancia de las columnas inmaculadas. Boudicca maldijo con voz ronca, se enjugó el rostro con una manga y envainó su espada.

—No queda otra alternativa —manifestó—. Debemos quemarlos. No deseo hacerlo, han peleado bien, pero no podemos dejarlos vivos. Domnall, trae madera. Todavía quedan muchas casas. Aillil, haz más fuego. La piedra no arderá pero el interior está lleno de cosas que si lo harán. —Ambos hombres se apresuraron a obedecer las órdenes y muy pronto un fuego llameaba a los pies de la escalinata. Dentro de las sombras, se produjo un pequeño movimiento repentino, ya que los soldados sabían que debían empezar a contar los minutos que les quedaban. Pero Boudicca sólo quería terminar de una vez e irse. En respuesta a una palabra de ella, los jefes comenzaron a arrojar tizones ardientes entre las columnas, una lluvia, una tormenta de fuego y chispas en el aire fresco y opacado. Los soldados, atrapados, regresaron corriendo adentro. El fuego continuó lloviendo en la oscuridad. Entonces, de pronto, una larga lengua de llama amarilla creció, seguida de otra, y una columna de humo negro comenzó a elevarse hacia fuera. Durante un par de minutos más, la gente en la plaza se mantuvo callada, observando cómo el fuego se afianzaba. Los soldados sepultados comenzaron a gritar y Boudicca se volvió con brusquedad hacia las puertas—. Quemad el resto —ordenó, y se obligó a caminar despacio. Los gritos de muerte de los romanos resonaban con intensidad en sus oídos.

En el claro, un explorador la estaba esperando. Ella, Domnall, su bardo y su escudero se dejaron caer al suelo extenuados, aceptaron la cerveza que les ofreció Hulda y la bebieron con ansia.

—La Novena se acerca desde Lindum —informó el explorador—. Cerealis ha vaciado el fuerte.

—¿A qué distancia se encuentra?

—Acababa de llegar a Durobrivae cuando yo partí, pero no creo que se quede allí mucho tiempo. Dejará que sus hombres descansen un par de horas y luego proseguirá hacia Colchester.

Boudicca reflexionó, bebió otra vez y luego levantó las rodillas y descansó los brazos sobre ellas.

—¿Le esperamos aquí o vamos a su encuentro? —se preguntó a sí misma en voz alta—. Si esperamos, tendremos tiempo para prepararnos, pero hay demasiados árboles y es muy difícil pelear contra una legión entre los árboles. —Agachó la cabeza pero la alzó despacio—. Avanzaremos hacia el norte y el oeste, donde la tierra es más despejada —dijo—. Será fácil encontrar a una legión, en especial si los exploradores se mantienen en movimiento.

—Colchester no ha sido una jugada arriesgada —dijo Lovernio—. Ha sido como matar ovejas. Pero una legión será toda una prueba.

Boudicca se puso de pie.

—Esta noche comeremos y dormiremos. Quiero cambiarme de ropa y lavarme.

La dejaron sola y empezó a quitarse la túnica y los calzones hediondos y manchados de sangre seca, sin importarle quién atravesara la luz del fuego. Los miembros le temblaban de fatiga y la espalda le ardía de dolor. Entró en el arroyo y se sumergió en el agua helada y sonora. Cuando hubo terminado, se puso ropa limpia, se envolvió con la capa y se acostó con la cabeza sobre su escudo. Los restos de la ciudad ardieron toda la noche, arrojando un resplandor pálido y moteado a través de los árboles. En torno a ella, Boudicca alcanzaba a oir los suspiros y murmullos de los miles de personas, y no podía dormir. Tenía miedo.

OceanofPDF.com

CAPITULO 38

Paulino se quitó el casco y levantó los brazos para que su criado le desatara el peto. Hacía calor en la tienda y el aire estaba oscurecido por el humo azul acre que despedían la madera ardiendo y los cadáveres quemados. El sonido rítmico de las hachas le llegaba con claridad y oía las órdenes enérgicas y fuertes de sus oficiales en tanto ponían orden en lo que había sido un caos de destrucción. El día anterior, Mona había sido una isla que bullía con enfurecidos sacerdotes vestidos de blanco y las maldiciones estridentes de mujeres exasperadas que blandían espadas y antorchas llameantes. Ese día, el sol se derramaba sobre cadáveres desmembrados, altares destrozados y hombres sudados de la dotación de trabajo, que acarreaban los muertos fláccidos a las hogueras y talaban los densos y vigorosos montes de robles.

Paulino movió sus hombros rígidos debajo del suave chaleco de cuero, arrojó el casco con plumas sobre su catre de campaña y se dejó caer en una silla. La quemadura en su muslo le hormigueaba y se lo frotó con aire distraído, sus pensamientos todavía enfrascados en el día anterior. No había sido fácil. No la batalla, por supuesto, si uno podía llamar una batalla a perseguir salvajes por la playa y asesinar refugiados bajo los árboles. No había habido elemento sorpresa en su ataque, no con sus legiones en marcha durante días a través de la campiña hostil y rencorosa y con cada nativo a kilómetros a la redonda sabiendo muy bien adónde se dirigían. No habían faltado los sobresaltos y los sustos..., virajes equivocados bajo el manto de las nieblas amenazantes, accidentes con el convoy de bagajes en el sendero estrecho entre el océano y las montañas y luego el rápido incendio de la aldea frente a la isla que se vislumbraba oscuramente desde la playa, empañada por la espuma del mar. Levantaron un campamento, construyeron botes y balsas y sondearon el agua en busca de bajos donde la caballería pudiera cruzar. Y todo el tiempo, Mona permaneció allí como un monstruo hechizado de las profundidades, encorvada con maldad y llenando el horizonte. Los oficiales habían estado preocupados, alegando que los soldados percibían la magia del lugar y estaban asustados, aunque Paulino no había logrado captar ni una vaharada de ese supuesto hechizo. De hecho, cuando llegó el momento del ataque, los hombres se agazaparon en los botes y en las balsas, acobardados e inmovilizados ante la visión de una costa repleta de druidas vociferantes que los maldecían y, hasta que Paulino no saltó al agua y avanzó hacia la playa, permanecieron paralizados por el miedo. Paulino había liderado la carga, los hombres habían respondido, y después de todo, ninguna superstición había afectado sus armas letales. Naturalmente. Dio las gracias al criado que había colocado vino ante él e hizo a un lado el pasado. Quedaba el retorno a Colchester, un mensaje al emperador, y finalmente, paz para la provincia.

—Su segundo está aquí, señor —anunció el criado con respeto. Paulino se quitó los brazaletes y bebió con gratitud de su copa.

—Hazlo pasar y luego tráeme agua caliente. Necesito un baño.

La entrada de la tienda fue descorrida y Agrícola agachó la cabeza y entró. Saludó con gravedad. Paulino le sonrió y le indicó el pequeño taburete de cuero.

—Siéntate y bebe, Julio. ¿Qué tal la mañana?

El hombre más joven acercó el taburete y se sentó. Se deslizó una mano por el cabello castaño rizado.

—Muy bien, señor, pero nos llevará un par de días talar todos los robles y quemarlos. Un destacamento partió tras los nativos que se nos escaparon. No fueron muchos y acabaremos con ellos en una semana. ¡Qué calor hace hoy!

—Un cambio agradable después de las montañas. ¿Nuestras bajas?

—Una veintena o dos, ni siquiera vale la pena mencionarlo. Y ningún oficial. Algunos heridos, un par de espadas rotas. ¿Qué haremos con los cultivos?

—¿Los cultivos?

—La mayoría de los campos ya están sembrados. ¿Los dejamos?

Paulino bebió, reflexionó y contestó con brusquedad:

—No, este año no. Que revuelvan la tierra. Los trabajaremos la próxima primavera, ya que el suelo aquí parece poseer una fertilidad increíble, pero los hombres tendrán bastante que hacer en la isla para encima convertirse en granjeros. No creo que las tribus del oeste intenten volver a tomar Mona, pero hasta que se rindan, no tengo ninguna intención de abastecerlos involuntariamente de más comida.

—Me sorprende que hayamos tenido tan poca resistencia.

—A mí también. Deben de estar ya muy mermados. Bien, Julio, podemos relajarnos al sol una o dos semanas antes de regresar a la civilización.

Recogió su copa y sus ojos grises sonrieron a los ojos castaños de Agrícola.

—Un brindis. Por el emperador y por nuestra victoria.

—Por el emperador. —Bebieron con alegría. Agrícola se levantó para irse, pero antes de que pudiera dejar la tienda, el criado de Paulino pasó deprisa junto a él.

—Hay un explorador aquí, señor, de Deva, muy alterado. Se niega a transmitir su mensaje a un legado, insiste en hablar con vos en persona.

—Hazlo pasar, entonces. Julio, será mejor que te quedes. Espero que esa mujer brigante no tenga problemas de nuevo. —Agrícola retomó su lugar en el taburete y el criado hizo una reverencia y salió. Un momento después, el explorador entró en la tienda. Estaba cubierto de barro de los pies a la cabeza y cojeaba, pero Paulino no reparó enseguida en esas cosas. Sus ojos estaban posados en el rostro del hombre. Había allí un terror apenas disimulado, velado sólo por la disciplina de un soldado, y la gran mandíbula temblaba mientras intentaba no vomitar las palabras que durante los últimos doce días le habían impulsado imperiosamente todo el camino desde Lindum en tanto cabalgaba solo. Se cuadró con torpeza, saludó con un brazo cansado y Paulino asintió—. ¿Qué mensaje traes, centurión?

—Señor —respondió el hombre con voz la ronca por la fatiga—, los icenos se han rebelado. Destruyeron la guarnición dentro de su territorio y se encaminan a Colchester. Miles de ellos. Icenia

entera ha quedado vacía.

Agrícola abandonó el taburete y fue a situarse junto a Paulino, pero el gobernador no se movió.

—¿Es sólo un rumor?

—No, señor. El propio correo de Lindum vio los restos de la guarnición y dijo que cabalgó a través de innumerables aldeas desiertas. El legado de la Novena ha tomado a la legión y dejado Lindum rumbo al sur. Me pidió que os informara de que no llegará a tiempo para salvar la ciudad pero que tratará de trabarse en combate con los rebeldes lo antes posible. Se comenta que los trinobantes se han unido a los icenos, pero es apenas un rumor.

El gobernador dejó caer su mano sobre la mesa y se incorporó con dificultad.

—¿Los icenos? ¡No es posible! No hemos tenido aliados más leales que Prasutugas y sus jefes. —Pero entonces, un recuerdo se filtró en su mente, un despacho del comando de la guarnición icena, un despacho del procurador. Los había hojeado con rapidez y devuelto a su secretario con una orden vaga y distraída, puesto que toda su atención se centraba en Mona. Pero en ese momento, fragmentos de aquellos despachos flotaron hacia él. «... con la muerte del señor de la tribu y una vez conocido su testamento, es mi intención ir a Icenia de inmediato...» «No creo, señor, que la rapiña y el asesinato puedan ser considerados parte de la política imperial ni del trabajo del procurador, y con todo respeto, solicito ser transferido de Icenia...» Icenia. Boudicca. Ah, sí, Boudicca. Una mujer pintoresca, corpulenta y de voz masculina, una burla para las fuerzas de ocupación con sus ideas anticuadas sobre la lealtad y sus insultos rudos pero inocuos contra el emperador.

Un silencio mortal había descendido dentro de la tienda, pero fuera, las hachas resonaban alegremente y varias carcajadas se elevaron con el paso de un grupo de oficiales. Paulino fue hasta la entrada, levantó la cortina y se quedó contemplando el verde refulgente del océano. Los icenos y tal vez los trinobantes. Por supuesto que los trinobantes. Mejor darlo por hecho. ¿Cuánta gente? ¿Cincuenta mil? ¿Más? ¿Podría la Novena contenerlos, y menos aún derrotarlos? ¿Adónde irían después de saquear Colchester, como sin duda harían, o quizá ya lo habían hecho? ... A Londinium, desde luego.

Una sensación fría de impotencia comenzó a invadirlo. Londinium estaba indefensa. Y también Verulamio, casi. «Al igual que la totalidad de las malditas tierras bajas —pensó con resignación—. Fruta madura esperando con docilidad ser recogida y comida. ¿Qué me pasó? ¿Cómo fue que no encajé las piezas y vi el dibujo que se formaba? Si otras tribus siguen a los icenos, Britania estará acabada como provincia. ¿Si? Por supuesto que lo harán.»

Regresó al calor del mediodía sofocante dentro de la tienda.

—Señor, la Segunda está en Glévum —dijo Agrícola. Paulino tenía la vista clavada en la mesa.

—Lo sé —respondió con aspereza—. Déjame pensar, Julio. Tengo a la Decimocuarta aquí en Mona. Tengo a la Vigésima en Deva, a noventa y cinco kilómetros de distancia. Dos legiones. Bien podrían ser veinte, para lo que servirán, retenidas aquí a más de trescientos veinte kilómetros de Colchester. Eso deja a la Novena, en marcha en alguna parte, y a la Segunda. La Segunda podría

llegar a tiempo a Londinium, tal vez. ¡Por Mitra! ¡Tantas hipótesis y suposiciones! Soy responsable de este lío espantoso. Debí haber leído los despachos con más cuidado. Debí haber dejado al menos la mitad de una legión en el sur. Ve a comer algo —ordenó al explorador y cuando el hombre hubo saludado y se hubo ido, Paulino se volvió hacia Agrícola—. Envía un correo a Glévum y ordena la movilización de la Segunda hacia Londinium.

—La Segunda se encuentra dividida, señor, y el legado está fuera. Le llevará tiempo al prefecto movilizar la legión.

—No puede evitarse, no contamos con ayuda más cercana. Quiero que retires de la isla a la mitad de la Decimocuarta y que marches hacia Deva para unirte a la Vigésima. Luego lleva a ambas a Londinium. ¿Cuánto tiempo tardarás?

—¿Una marcha forzada? Dos semanas.

Paulino se frotó la barba negra cerdosa en su barbilla y suspiró.

—De nuevo, no hay una solución más rápida. Con suerte, la Segunda se reunirá con la Novena y contendrán a los rebeldes hasta tu llegada. ¿Se te ha ocurrido, Julio, que al conquistar la isla de Mona tal vez haya perdido la isla de Albion?

—Ni el mismo Julio César podría haber previsto la insurrección de una tribu como los icenos, señor —protestó aquél—. Ni el más grande estratega del mundo puede predecir todas las eventualidades. ¿Qué vais a hacer?

—Tomar la caballería y dirigirme a Londinium. El camino no está acabado, lo sé, pero una vez en él, avanzaremos con rapidez. Cuando lleguemos a la ciudad, la Segunda debería estar allí y el pánico terminará. —Hablaba con seguridad, pero la depresión embargaba a ambos hombres y las palabras de Paulino sonaban chillonas y jactanciosas. Agrícola se sorprendió pensando en Veranio, en Galo, incluso en el pobre Scapula, y expresó sus dudas.

—Esta tierra está hechizada, Paulino. A veces pienso que hasta el suelo bajo nuestros pies nos odia.

—¡Tonterías! —dijo Paulino con irritación—, éste no es momento para imaginar peligros inexistentes. Los reales ya son bastante graves. Ve a buscar a los tribunos y a mis legados. Podemos confiar con relativa seguridad en que después de años de paz los hombres de las tribus hayan olvidado cómo pelear.

Agrícola saludó y se apresuró a marcharse. El gobernador se llevó las manos a la espalda y observó las paredes inclinadas de la tienda. «Debo revertir esta situación o quitarme la vida con mi propia espada —supo de pronto, sin ninguna duda—. No estoy peleando sólo por mi carrera, estoy peleando por mi vida.»

Cuando salió al fulgor deslumbrante del sol de mediodía, el primipilus de la Decimocuarta corrió hacia él y le saludó. Paulino estaba tan preocupado que pasó junto al hombre sin verlo. Pero el primipilus le alcanzó y caminó a su lado.

—Señor —manifestó—. Perdonadme por molestaros, pero hay un pequeño problema.

Paulino se detuvo.

—¿Qué problema? —replicó, y desechó de su mente el recuerdo de su propio triclinio en Colchester, donde Boudicca se había reclinado frente a él, bebiendo la aguamiel que él había pedido especialmente para ella y sonriéndole con una mezcla de confianza y descaro—. ¿De qué estás hablando?

—Hay un cadáver bajo los árboles que ningún hombre se atreve a tocar —explicó el primipilus casi como disculpándose—. ¿Podéis venir, señor?

—Recurre a tu legado —contestó Paulino con brusquedad—. No me molestes con un asunto tan absurdo.

—No puedo encontrarle, señor, y los hombres se niegan a regresar al trabajo hasta haberse librado de ese cadáver.

«¡No tengo tiempo para eso!», quiso gritar el gobernador a su centurión superior, pero se controló. Sus oficiales debían de estar congregándose, pero no podría dirigirse a ellos hasta después de unos minutos. «Una cosa detrás de otra —se dijo—. Si echo a correr podría desatar el pánico y luego el desastre.»

—Muy bien —gruñó—. Muéstrame esa cosa.

El primipilus le guió detrás de su tienda, más allá de los fuegos crepitantes cargados de cuerpos que despedían un humo negro asfixiante y luego al interior del bosque. Se estaba más fresco bajo los árboles y mientras eran saludados por los soldados que cortaban los robles, Paulino advirtió la brisa que agitaba las ramas altas y hacia temblar las hojas verdes. El sonido amodorrado le serenó un poco. El sendero se curvaba y cuando él y el primipilus lo rodearon, se toparon con un grupo de legionarios apiñados a una distancia respetuosa de un bulto en el suelo bajo un árbol. Cuando vieron a Paulino, se separaron y saludaron, pero un hombre permaneció sentado en el suelo, con los brazos alrededor de las rodillas desnudas y meciéndose de un lado a otro. Paulino se acercó a él.

—¡Levántate! —gritó—. ¡De pie, bastardo cobarde!

El hombre alzó la vista hacia el gobernador. Su rostro estaba gris y el sudor desbordaba su labio superior. Hizo un esfuerzo por incorporarse y dos de sus compañeros se agacharon para ayudarle. Temblando, saludó al gobernador, pero parecía mareado.

—¿Qué te pasa, hombre? —le preguntó Paulino.

El soldado tragó saliva.

—Lo maté, señor —contestó con voz ronca.

—En otras palabras, cumpliste con tu deber —replicó Paulino con severidad—. ¿Estás enfermo?

—Lo maté —repitió el soldado mientras Paulino se volvía con hastio hacia el primipilus.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

—Estos hombres han sido asignados para reunir los cadáveres y arrojarlos a los fuegos —explicó el centurión—. Han trabajado bien durante toda la mañana, pero luego han encontrado este

cuerpo. —Indicó el bulto inmóvil—. El legionario con quien acabáis de hablar miró su rostro una sola vez y se negó a tocarlo. Los demás hombres se negaron también.

—Lo maté —dijo el joven otra vez. Comenzaba a recuperar el equilibrio—. En cuanto vi el cadáver, me acordé de ello, y entonces, cuando me incliné para levantarle y le miré a los ojos...

—¿Bien? ¿Qué? ¡Pronto!

—Me vi a mí mismo.

—¡Por supuesto que te viste a ti mismo! ¿Qué otra cosa verías reflejada en los ojos?

—No, señor, no me refería a eso. Me vi a mí mismo tendido, muerto, sin el peto y con el pecho abierto.

Paulino gruñó, un sonido de exasperación impaciente.

—Eres un idiota y serás castigado por desobedecer órdenes y difundir tonterías supersticiosas.

—Yo también me vi a mí mismo —dijo otro hombre—. Estaba corriendo por un bosque, perdido y desarmado.

Un murmullo de conformidad se elevó. El gobernador se volvió de nuevo hacia el primipilus.

—¿Y tú?

El centurión parecía incómodo y respondió con voz suave.

—Sí, señor. Me vi a mí mismo y a mi hermano, borrachos y peleándonos. Mi hermano había desenvainado un cuchillo y me amenazaba.

Paulino le dirigió una mirada de sorpresa. Luego se acercó al cadáver y miró hacia abajo. Yacía con el rostro un poco de costado y un destello de plata manchada de sangre resplandecía alrededor de la garganta. La lanza que lo había atravesado todavía sobresalía impúdicamente del pecho ancho. Era un hombre que acababa de pasar la flor de la vida, pensó Paulino, y su mirada recorrió la tupida y ondulada cabellera castaña, la ruda salud aparente en las piernas largas y fuertes y los brazos musculosos. Podría haber sido un gladiador, pero no era más que un druida. La túnica de verano blanca y sin mangas todavía brillaba, aunque gran parte de ella estaba cubierta con costras marrones rojizas de sangre vieja. En los dedos curvados y fláccidos de una mano, anillos de diseños curiosos titilaban en tanto las hojas en lo alto se movían para dejar que se filtrara el sol. Se acuclilló para estudiar el rostro con más detenimiento, consciente mientras lo hacía de que los hombres a sus espaldas observaban con atención. Su mirada halló la del muerto, ojos muy abiertos e inmóviles. Y entonces tuvo que sofocar una exclamación de sorpresa. Estaba mirando unos ojos de una palidez blanca lechosa como la de un amanecer de invierno, matizados apenas de azul, los ojos de un hombre ciego. O aparentemente ciego. Se agachó más. Por un momento, todo lo que pudo ver fue la sombra de su propia cara, pero la sombra se oscureció, adquirió color y definición, y de pronto se sorprendió contemplando la piel pecosa de Boudicca. El cabello rojo volaba alrededor de su rostro debajo de un casco de bronce alado. Los ojos de ella le devolvían la mirada con una determinación gélida. Y estaba hablando. La boca grande formaba palabras que él no podía oír pero cuya esencia le llegaba a través del semblante sombrío y los labios tensos y crueles. Sin darse cuenta, se estiró para oír,

sabiendo de alguna manera que ella no se dirigía a él. Y entonces se encontró tan cerca del rostro del muerto que los contornos se difuminaron y retrocedió con cuidado y despacio para que sus hombres no notaran su agitación. Ojos pálidos y matizados de azul volvieron a mirar sobre su hombro izquierdo. Se puso de pie, y en el momento antes de volverse, recobró la compostura. Alzó la vista con deliberación hacia las hojas que se inclinaban y sacudían en lo alto y después caminó para detenerse junto al primipilus.

—No hay nada para ver excepto otro druida muerto —declaró con firmeza—. Si los ojos parecieron mostraros visiones fue simplemente porque las hojas se mecieron con el viento sobre el cuerpo y sus sombras se deslizaron de un lado a otro de la cara. Ahora, levantadlo y arrojadlo a un fuego.

Los hombres se relajaron y comenzaron a moverse a regañadientes. El primipilus despertó a la vida.

—¡Es una orden! —bramó—. ¡Moveos! ¡Rápido!

Paulino hizo un gesto con la cabeza, recibió su saludo y se marchó del bosque. «Sombras —pensó—. Por supuesto. ¿Qué otra cosa pueden ser? Este sitio maldito es el corazón de la superstición nativa y no deberían extrañarme los temores de los hombres, pero me sorprende el mío. Boudicca llena toda mi mente y las hojas en el viento hicieron el resto.» No vio a los hombres levantar el cuerpo pesado y depositarlo sobre una camilla. El primipilus caminó junto a ella en tanto los soldados la acarreaban con presteza fuera de la penumbra del bosque hacia el sol intenso. Al pasar de la sombra a la luz cegadora, el centurión bajó la vista. El rostro todavía reflejaba serenidad, pero los ojos ya no eran pálidos. Se habían vuelto tan negros como las alas de un cuervo. Estremecido, el primipilus alargó una mano y cerró los párpados sobre la oscuridad cargada de hechizos que veía allí. No tenía ganas de que su comandante en jefe se enfureciera por otro motín.

Paulino abandonó Mona con una caballería de mil doscientos hombres, con rumbo al sur y al este. No había tiempo para juntar provisiones y, en cualquier caso, los carros y los animales cargados los habrían retrasado. Cada hombre acarreaba sus provisiones en la mochila. El clima era templado y soleado durante el día y fresco y apacible por las noches, una primavera perfecta transformándose en un verano perfecto, pero Paulino, envuelto en su manta bajo los árboles, no tenía tiempo para pensar en el clima. Cada hora era una pesadilla que tensaba más sus nervios a medida que los kilómetros se alargaban entre la seguridad de sus legiones en el oeste y el oscuro y desconocido destino que les aguardaba. Esperaba que en cualquier momento una horda de salvajes surgiera de los bosques densos y acabara con toda esperanza, y cuando él y sus oficiales acampaban por un par de horas durante la noche, le dolía la columna por la tensión de lanzas imaginarias que se clavaban en su espalda. No reflexionaba sobre su situación. La decisión estaba tomada, su escolta era lo mejor del ejército y no había pánico ni protestas. Si los dioses determinaban que debía sufrir una emboscada y morir en algún sitio olvidado y solitario, entonces que así fuera. Al sueño esporádico le seguían horas en la montura. No había tiempo para enviar exploradores por delante, tampoco para cocinar comidas

adecuadas ni levantar un campamento apropiado cada noche. No había tiempo para nada; sólo había prisa y más prisa, con los árboles susurrantes amontonados delante y cerrándose tras ellos y el ruido monótono y continuo de los cascos sobre la hierba; se sentían vulnerables bajo las estrellas blancas. Cuando por fin la aldea de Penocrútium apareció de pronto frente a ellos, protegida en su pequeño valle, y vieron el camino a Londinium que comenzaba más allá de las casas apiñadas, sus temores se apaciguaron. Allí había un pequeño destacamento y caballos frescos, aunque no suficientes para las huestes de Paulino. También le aguardaba un mensaje de Poenio Póstumo, el prefecto de la Segunda. De pie junto al comandante, Paulino escuchó, y el asombro cedió paso a una ira estupefacta.

—El prefecto no puede venir, señor —le anunció el correo con incomodidad—. La Segunda está dividida y un cuarto de la legión está ocupada manteniendo a las tribus del oeste lo más lejos posible de Mona, tal como ordenasteis. El prefecto envía sus disculpas.

—El prefecto envía sus... ¡Pero era una orden! ¡Le envié una orden directa! ¿No ha entendido la gravedad de la situación? ¿Acaso ignora que el destino de la provincia pende de un hilo?

—Lo siento, señor. Sólo transmito el mensaje.

Paulino se volvió y comenzó a pasearse. Su agitación era visible: la cabeza gacha y los puños apretados.

—¡Era una orden! No me importan sus motivos, ha desobedecido una orden y cuando este asunto haya concluido, haré que se le castigue con todo el rigor de la ley. ¡Nunca ha sucedido algo así bajo mi mando! Si el legado hubiera estado de guardia, no habría estas excusas tan débiles. Muy bien. —Se detuvo y alzó la vista hacia el sol—. Debo arreglármelas con los medios que tengo, pero sin la Segunda, no podré hacer mucho por Londinium.

—Tened cuidado cuando marchéis hacia el sur, señor —aventuró el oficial del destacamento—. La tierra está extrañamente desierta, eso han dicho mis exploradores, y se ignora el paradero de la Novena.

Paulino cerró los ojos que ya le ardían por la fatiga.

—No hay tiempo para la prudencia. ¿Están listas las provisiones?

—Sí.

—Entonces partiremos de inmediato. En cuanto a Poenio Póstumo... —Se volvió hacia el soldado turbado y preocupado—. Comunica esto a tu prefecto. Quedará bajo arresto en cuanto llegue el legado. Su comportamiento es cobarde e incomprensible y puedes decírselo.

«Ese hombre se esforzó por ascender —pensó mientras se dirigía al camino y a los hombres callados que le esperaban—. Es un oficial serio. ¿Qué te pasa, Póstumo? ¿Qué hechizo extraño de temor súbito convirtió tu sangre en agua?» Montó deprisa, recogió las riendas y trotó por el camino recto y desierto que se extendía como una invitación a la soledad de ninguna parte.

«En un momento u otro, esto les afecta a todos —reflexionó, mientras intensificaba el paso de su caballo—. Esta nube de magia efímera y primitiva que parece embotar la mente y debilitar misteriosamente la voluntad. Scapula, Galo, Veranio, incluso mi buen amigo Plautio..., a todos ellos

—pensó con actitud desafiante—, salvo a mí. No he sucumbido y no lo haré.» Sus hombres le seguían en hilera, con sus capas rojas resplandecientes flotando bajo el sol.

Evitaron pasar por Verulamio; seis días después de haber partido de Deva, el gobernador y su caballería exhausta entraron ruidosamente en Londinium. Desmontaron y se encaminaron a los edificios administrativos, que estaban rodeados por una multitud de ciudadanos histéricos pero aliviados. Paulino había llegado. No les había fallado. Todo volvería a ser como antes. Le vitorearon con frenesí, forcejeando para poner copas de vino y trozos de comida en las manos ansiosas de sus hombres, pero el gobernador no se detuvo a hablar con ellos, su rostro estaba contraído y sombrío bajo el casco brillante. Dejó a sus tropas para que descansaran donde pudieran y fue derecho a la oficina del alcalde.

—¿Dónde está la Novena?

El hombre casi le abrazó, balbuceando con alivio.

—¡Ah, señor, gracias a los dioses que habéis venido! No creí..., no sabíamos... ¿Habéis traído a las legiones?

—¡Cómo voy a traer a las legiones en tan corto plazo, idiota! ¡Tranquilízate y contéstame! ¿Dónde está la Novena?

El alcalde retrocedió, desconcertado.

—¿No lo sabéis?

Paulino se quitó el casco y lo depositó muy despacio sobre el escritorio haciendo un gran esfuerzo para conservar el control.

—Tengo calor, estoy sucio y cansado. He cabalgado trescientos kilómetros casi sin parar. Me enfrento a un asunto de extrema gravedad. Ahora, ¿dónde está la Novena? —pronunció las palabras con rudeza y golpeó con el puño sobre el escritorio. El alcalde empalideció y se echó hacia atrás. Luego se desplomó sobre la silla.

—La Novena ha sido derrotada. Petilio Cerealis tuvo suerte y pudo huir con su caballería y algunas tropas auxiliares. Las últimas noticias son que ha retrocedido al fuerte en Lindum.

Paulino le miró con fijeza.

—¿Colchester?

—Quemada hasta los cimientos. Nadie escapó. Después, los rebeldes regresaron al noroeste y se encontraron con la Novena de camino hacia el sur. Ahora vienen hacia aquí.

Un pánico repentino y despiadado se apoderó de la mente del gobernador. No contaba con la Segunda. Ni con la Novena. La Novena derrotada. ¡Por Mitra! ¡Derrotada! ¡La legión más capaz y eficiente de Albion! Se esforzó para pensar con calma y racionalidad, y de repente, sus emociones desaparecieron y sólo dejaron un núcleo frío y veloz de puro poder de razonamiento.

Defender la ciudad con una caballería de apenas mil doscientos hombres era evidentemente imposible. De cualquier modo, la caballería no podría pelear en la estrechez de las calles, y quedarse seria un gesto inútil y vano. La Decimocuarta y la Vigésima era todo lo que se interponía entre los

rebeldes y una victoria aplastante, y las dos legiones jamás podrían llegar a tiempo para salvar a la ciudad de la misma suerte que Colchester. Y tampoco él, Paulino, se debía sacrificar. Sin él, la provincia se derrumbaría en semanas. Sentía la espada del destino temblando sobre él, colgando de un hilo fino y deshilachado que amenazaba con cortarse en cualquier instante. Sin remordimiento, tomó la decisión de la cual dependía su reputación y el futuro de la provincia. Era desafortunada, pero Londinium tendría que ser sacrificada.

—Muy bien eclaró—. Que abran los depósitos. Quiero todo el grano que mis hombres puedan acarrear en sus caballos, lo necesito. Luego quemad el resto. Que Boudicca pase hambre.

El alcalde palideció.

—¿Qué estáis diciendo? —susurró—. Sin duda no habláis de... ¡de marcharos!

—Es exactamente a lo que me refiero. Lo lamento, pero no puedo correr el riesgo de intentar salvar la ciudad a costa de perder la provincia. Cualquier ciudadano que pueda mantener el ritmo de la caballería podrá venir conmigo, y me refiero a cabalgar. En sus propios caballos. Nada de carros, ni carretas, ni personas a pie. Debo moverme a toda velocidad.

—¡Pero nos condenáis a una muerte segura! ¡Gobernador, hay más de veinticinco mil personas aquí, indefensas, gente decente, mujeres, niños que esperan vuestra protección! —Su voz se elevó con descontrol, un estallido de miedo histérico—. ¿Tenéis idea de lo que sucedió en Colchester? ¡La sangre formaba grandes charcos, señor, y fluía por las alcantarillas como agua después de una inundación! Quemaron soldados vivos, espetaron niños en postes de madera! No quiero morir así, yo...

Paulino se acercó a él y le cogió por los hombros.

—¡Serénate y escúchame! Debo ganar tiempo. Tengo mil doscientos hombres conmigo y los rebeldes cuentan con decenas de miles. Debo irme. Si puedo reunirme con la Decimocuarta y la Vigésima habrá una oportunidad, una oportunidad débil, de poder salvar algo. ¡Pero no servirá de nada que mis hombres y yo nos quedemos sentados aquí y muramos! —Dejó caer las manos. El alcalde hundió los hombros temblando y ocultó el rostro entre las manos.

—¿Qué le diré a la gente?

—Nada. No hay tiempo para decirles nada, pero si tienes que hacerlo, diles que dos legiones se encuentran en camino. ¿Dónde está Deciano?

—¿El procurador? —Por un momento, el alcalde revivió—. Se llevó todo el tesoro y huyó a Rutupiae cuando nos enteramos de que Boudicca venía hacia aquí. Supongo que ya debe de estar a salvo en la Galia.

La ira se apoderó de Paulino, pero la sofocó bajo una determinación gélida.

—Criminal idiota. Si yo hubiera atendido sus asuntos además de los míos, esta tragedia no habría sucedido. Ocúpate de que preparen comida caliente para mis hombres y consigue todos los caballos disponibles. Cómpralos si es necesario. Quiero partir antes del amanecer.

El hombre asintió, tembloroso.

—Señor —dijo—, si sobrevivís, ¿os aseguraréis de que el emperador se entere de este... este sacrificio supremo que su ciudad está haciendo?

Por unos segundos, el pesar y una compasión terrible e insoportable embargaron al gobernador. Su rostro rígido se suavizó.

—Si sobrevivo, el imperio entero os honrará.

—De todos modos —concluyó el alcalde—, preferiría conservar la vida.

Paulino había recuperado el dominio de sí mismo y su rostro volvió a adquirir lineas severas e insensibles.

—Has vivido más que muchos de los que caerán aquí —replicó y salió con presteza de la habitación.

De alguna manera, la noticia de la intención del gobernador de abandonarles a su suerte se propagó entre las gentes, que reaccionaron con un escepticismo incrédulo seguido de un estallido demente de terror. Refugiados en un depósito vacío, Paulino y su caballería comieron sopa de puerros caliente y pan de trigo. Acuclillados en silencio, escuchaban el alboroto turbulento de los ciudadanos arremolinados en las calles: gritaban e imploraban, rogaban y prometían, impulsados a una furia desesperada a medida que la puerta siniestra hacia la aniquilación se abría poco a poco tras ellos. Cuando los hombres terminaron de comer, se escabulleron del edificio. Se alejaron caminando por el río y los muelles desiertos donde los cargamentos yacían olvidados y los barcos se mecían anclados en la marea creciente. Montaron sus caballos bajo el abrigo de un monte aárbolado. Era ya avanzada la tarde, la luz suave de verano se derramaba abundante y dorada, y el aire estaba cargado del zumbido de abejas amodorradas y del aroma embriagador de las flores silvestres. Con una orden breve, Paulino retomó con rapidez el camino que habían transitado apenas unas horas antes. Alguien los vio partir. Un gemido se alzó, un aullido de traición y pérdida que se multiplicó enseguida, y aunque Paulino apretó los dientes y fustigó a su caballo, la desolación de ese grito le persiguió hasta bien adentrado el crepúsculo.

Frenética, la gente de la ciudad se dispuso a recoger sus cosas y muchos se abrieron paso a puñetazos y puntapiés hacia la paz abierta y despejada de las praderas arboladas y tranquilas que rodeaban la ciudad. Pero para la mayoría de ellos fue demasiado tarde. Tres horas después de que el gobernador se hubo llevado consigo toda esperanza, justo cuando el sol tocó el horizonte con dedos ardientes, una mujer dejó caer su hatillo y señaló hacia el norte con un chillido. Una masa oscura y baja que no era una niebla vespertina cubría todos los campos y los últimos vestigios de luz titilaban sobre espadas desenvainadas. Boudicca y la muerte habían llegado.

OceanofPDF.com

CAPITULO 39

Se hallaba de pie en la oscuridad del bosquecillo de robles; esa vez, las manos que extendía hacia Andrasta, la Reina de la Victoria, no estaban vacías.

Sus jefes la acompañaban y alrededor de todos ellos, bajo la luna pálida, los postes de madera estaban coronados..., cien cabezas destrozadas y ensangrentadas, las bocas abiertas en la luz tenue, los ojos opacos bajo cuencas hundidas, cien almas aprisionadas para siempre en ese sitio secreto entre el sueño y la vigilia. «Más sangre —le susurraba Subidasto en tanto ella contemplaba sus trofeos—. Más sangre, sangre, sangre, sangre.» Lo veía con claridad en su imaginación: el rostro era más delgado, más oscuro; el color de los ojos se había intensificado, negro como las cuentas de los brigantes, y el cabello le colgaba pegado al cuero cabelludo y brillaba con un lustre, como plumas aceitadas y oscuras.

—No —murmuró, y bajó la vista a sus palmas empapadas de sangre—. Basta de sangre. Sólo las legiones. Me he vengado.

«¡Sangre!», chillaba él con furia y su pico ganchudo crujía al abrirse. Boudicca cerró los ojos con fuerza y giró sobre los talones mientras el viento nocturno agitaba su pelo y enfriaba el sudor en su cuello.

—Debemos llamar a Consejo —dijo a Lovernio. Abandonaron el bosquecillo silencioso plagado de almas y doblaron para bajar el sendero hacia el centelleo de los fuegos y las risas y gritos de los hombres de las tribus—. Tengo cosas que decir. —El bardo no preguntó qué cosas. Extrajo sus dados y los acarició con semblante pensativo.

Los jefes la esperaban, bebiendo cerveza y conversando. La pequeña pradera entre el río y el bosque estaba abarrotada de ellos, pero callaron cuando la vieron entrar en el resplandor del gran fuego y aguardar con pa ciencia a que le prestaran atención. Cuando habló, casi tuvo que gritar, puesto que en los días desde la quema de Colchester, nuevos miembros de las tribus habían arribado de manera regular para engrosar las huestes rebeldes, acompañados de sus jefes. Algunos venían por temor a que sus granjas fueran incendiadas y ellos asesinados si no se unían, pero la mayoría veía una oportunidad concedida por los dioses para recuperar por fin la libertad perdida hacía tanto tiempo, y se sumaban a los icenos para compartir su suerte con una buena voluntad feroz.

Boudicca arrojó su espada a los pies de Lovernio y habló.

—¡Hombres y mujeres libres! ¡Ha llegado la hora de asestar un último golpe contra la dominación de Roma! ¡Sé que estáis cansados y hambrientos, sé que la comida escasea, pero si me seguís un poco más, tendréis comida en abundancia! Paulino no estaba en Londinium, como yo esperaba. Por lo tanto, debemos perseguirle de inmediato y matarle antes de que se reúna con las legiones que incluso ahora están marchando desde las cenizas de Mona. Entonces aniquilaremos a la Decimocuarta y a la Vigésima como aniquilamos a la jactanciosa Novena y la opresión de Roma será tema para canciones, no un dolor eterno.

Se detuvo para recuperar el aliento, pero un jefe corpulento se incorporó y se anticipó a sus siguientes palabras.

—¿Por qué debemos apartarnos ahora de tantas riquezas? —gritó—. El botín de Colchester ha sido bueno y los objetos preciosos y de plata que hay en Londinium son muy hermosos. Ahora, Verulamio espera para ser explorada. —Sonrió y se sentó, pero antes de que Boudicca pudiera contestar, otro jefe se levantó de un salto, enganchó sus pulgares gordos en el cinto y vociferó:

—Que las legiones esperen. Hemos hecho forraje de carroña con una y, a su debido tiempo, podremos hacer lo mismo con las demás. Mientras tanto, hinquemos nuestros dientes en las delicias de Verulamio. El verano es joven, y muchos botines nos aguardan para que los llevemos de vuelta a las aldeas. Para empezar, mi carro, todavía no está lleno. —Se sentó en medio de la aprobación general y Boudicca intercambió miradas azoradas y furiosas con sus hombres y con Domnall.

—¿Con qué sueños estúpidos desvariáis? —bramó—. ¿Habéis olvidado tan pronto a qué nos enfrentamos? ¡Habéis vivido mucho tiempo bajo ese poder aplastante! ¡Deberíais conocer la fuerza y la astucia de Paulino y sus legados! Si se une a sus refuerzos, la balanza se inclinará de nuevo a su favor. ¡No atacaremos Verulamio! ¡Basta de saqueos! ¡Ya no mataremos a la gente de las ciudades! Sólo a Paulino y a las legiones. —Se sentó jadeando y un murmullo ofendido estalló entre los presentes.

—¡No sois arvirago! —protestó alguien—. ¿Quién os eligió para guiarnos?

—Andrasta —gruñó ella, y se puso de pie de nuevo. Habló a voz en grito por encima del rugido de disconformidad—. ¡Os guío porque sois demasiado estúpidos para guiaros a vosotros mismos! ¡Por el Cuervo de las Pesadillas, sin mí, os habríais parado frente a la Novena y dejado que os pasara por encima! ¡Tontos y esclavos! ¡Si yo no hubiera dejado Icenia, todavía estaríais cavando lechos de caminos y sembrando cultivos con las cadenas alrededor de vuestros cuellos! Verulamio está llena de catuvelaunos, no de romanos. Los catuvelaunos que estáis aquí, ¿qué decís? ¿Mataréis a los de vuestra propia tribu? —Pero los catuvelaunos permanecieron sentados con semblantes hoscos y la vista en el suelo. El tumulto creció. Subidasto comenzó a reír, una alegre y aguda risita de júbilo presumido. Boudicca se tapó los ojos con una mano trémula.

—Dejad que se sacien —sugirió Domnall junto a ella—. Entonces estarán listos para escucharos. Han estado oprimidos demasiados años, señora. Dadles más tiempo.

—¡No hay tiempo! —exclamó Boudicca con voz áspera—. ¡Miralos! Todo se está derrumbando, todo es inútil. —Se levantó y se alejó con paso tambaleante. Lovernio y Aillil la siguieron, pero ella les gritó con brusquedad—: ¡Dejadme en paz! —Ambos se detuvieron y Boudicca se internó a ciegas entre los árboles susurrantes. Brigid yacía sobre su manta, estirada y con los ojos cerrados. Respiraba profunda y tranquilamente y Boudicca se tendió a su lado y la abrazó con suavidad. Brigid suspiró pero no se despertó y Boudicca acunó el cuerpo delgado y tibio de su hija durante un largo rato. Las lágrimas resbalaban despacio por sus mejillas y caían como ácido acre sobre el rostro joven y sin arrugas.

Antes de que descendiera la oscuridad, Paulino abandonó el camino principal que se extendía desde Londinium hacia el oeste. No sabía con exactitud cuándo Boudicca atacaría Londinium ni cuánto tiempo se quedaría allí antes de empezar a averiguar su paradero, y no pensaba correr riesgos tontamente. Él y sus hombres estoicos e incondicionales describieron un amplio arco y se movieron con toda la presteza posible a través de una tierra yerma inexplorada y carente de senderos. Pasaron junto a Verulamio, una vez más inadvertidos por todos salvo por los habitantes inquisitivos de los bosques.

De vez en cuando, encontraban aldeas, pero estaban todas vacías. Los pequeños campos ganados a los árboles yacían olvidados y las espiguillas verdes vividas de los jóvenes cultivos conformaban un súbito y exuberante estallido de color. Paulino no envió advertencia alguna a Verulamio. Estaba convencido de que Boudicca lo convertiría en su próximo blanco y avanzaba con determinación, consciente de que si aminoraba el ritmo de la marcha, ella podría sorprenderle. Se preguntaba qué estarían haciendo la Decimocuarta y la Vigésima, hasta dónde habrían llegado, si los hombres del oeste se habrían recuperado del impacto de Mona y las habrían atacado, si estarían vencidas, si, como Póstumo, sus legados se habrían amilanado y no vendrían. Sabía que la tensión y la desesperación carcomían con lentitud su racionalidad y se forzaba a recordar a Agrícola y a las legiones.

Una vez que dejaran atrás Verulamio y el siguiente puesto de vigilancia, sería más seguro retomar el camino. En la siguiente guarnición, descansó, requisó todo el grano que había y siguió su camino. Se preguntaba si debía enviar exploradores a las guarniciones pequeñas y a los puestos de vigilancia que salpicaban las tierras bajas con el fin de reclutar más hombres para la lucha, pero luego decidió que no había tiempo. Era de vital importancia no entretenerse demasiado. En tres puestos de vigilancia situados más adelante, tomó granos y hombres. Luego llegó a Venona, y allí se quedó. Se hizo cargo del pequeño fuerte que, como un puño terco y amistoso, se levantaba en medio de kilómetros de territorio ondulante y densamente arbolado.

Envió hombres más al norte a buscar a sus legiones y de regreso al sur a localizar a los rebeldes. Hora tras hora, permaneció de pie con las piernas separadas y las manos detrás de la espalda, escrutando los dos caminos que se cruzaban donde el fuerte estaba construido, con ojos encandilados por la danza del sol caliente y agitado interiormente por la inacción. Había hecho todo lo que podía, pero sabía que, sin un golpe de la más increíble suerte, no sería suficiente. Paulino no creía en la suerte. Creía en la inteligencia y en la habilidad y sabía que Boudicca poseía ambas cosas. Pero también conocía la mentalidad ingenua del temperamento bárbaro. No podían aguantar ninguna campaña prolongada, por más persuasivos o brillantes que fueran sus líderes, y esperaba que los jefes se cansaran pronto de la sangre y el saqueo y regresaran a sus hogares. Sin embargo, no contaba con eso. No servía contar con nada, y se mecía hacia delante y hacia atrás sobre los talones, escudriñaba los caminos y esperaba.

Llevaba apenas tres días en el fuerte en Venona, cuando uno de los exploradores apareció corriendo desde el sur con noticias que le sorprendieron y alentaron. Los rebeldes habían arrasado Verulamio. Paulino escuchó la misma historia lúgubre de una matanza casi total de los pacíficos nativos que habitaban la ciudad. Los hombres de las tribus habían apilado más bienes en sus carros que ya debían de estar cargados con los botines de Colchester y Londinium y asolaban, presas de una locura homicida, la campiña catuvelauna. Quemaban cada granja que encontraban a su paso y mataban a todo el que se cruzaba en su camino. Paulino se animó. Por un instante, pensó en cómo los tres experimentos más progresistas de integración romana con los conquistados habían sido barridos en pocas semanas, pero descartó cualquier pesar. Boudicca estaba perdiendo el precario control que conservaba sobre sus vastas y heterogéneas huestes, eso era evidente, y en ese momento, con un buen plan, él podría recuperar el control de la situación. Ella reagruparía a sus tropas, sin duda, una vez que se hubieran cansado de sus correrías por toda la campiña, pero para entonces, las legiones habrían llegado y él, no ella, impondría las condiciones de cualquier batalla.

Paulino silbaba entre los dientes al cruzar las puertas con el explorador y aceptó los saludos de sus guardias con una sonrisa cortés. El peligro estaba lejos de haber desaparecido, pero tenía una oportunidad de vencer.

Agrícola y las legiones llegaron con el siguiente amanecer. En la mañana pálida y brumosa, los dos hombres se saludaron mientras los soldados comenzaban a levantar un campamento.

—He decidido dejar tres cohortes en Deva —dijo Agrícola—. No me gustaba la idea de tener a los rebeldes delante y a los salvajes del oeste detrás. También he reclutado a todos los soldados de los puestos que he encontrado por el camino.

Paulino le condujo dentro de las altas paredes de madera donde el agradable olor a carne asada le rodeó al instante.

—Has marchado a buena velocidad. ¿Los hombres están cansados? ¿Cuántos tenemos?

—Diez mil de infantería y, por supuesto, las tropas auxiliares y la caballería. Tienen los pies doloridos, pero se recobrarán con un par de horas de descanso. Decidme, señor, ¿a qué nos enfrentamos?

Paulino le guió hacia el edificio del cuartel general y habló en voz baja.

—El alcalde de Londinium me dio una cifra de cien mil hombres, pero puede que el temor le haya hecho exagerar. En cualquier caso, eso incluiría a las familias de los jefes. No obstante, algunos informes de los exploradores tienden a corroborar esa estimación y desde luego, Boudicca está ganando adeptos cada día que pasa. Digamos ochenta mil, Julio.

Llegaron al cuartel general del comandante y entraron. Agrícola se quitó la capa corta y se quedó apretujándola con las manos durante un largo rato.

—¿Y cuáles son nuestras posibilidades, Paulino?

El gobernador cerró las ventanas para protegerse del frío matinal.

—Creo que son muchas. No permitas que los números te asusten, Agrícola, puesto que es todo lo que ellos tienen. Nosotros poseemos disciplina y un entrenamiento superior. Tenemos oficiales que conocen su trabajo. Y contamos con la ventaja del tiempo.

—¿Señor?

—Pienso avanzar más al norte, no demasiado lejos quizá, y elegir un lugar donde podamos enfrentarlos en una batalla campal. No sirve de nada perseguirlos y terminar emboscados en algún sitio plagado de árboles. Mi intención es asegurarme bien de que Boudicca sepa dónde estoy. Entonces nos sentaremos y esperaremos.

Agrícola suspiró.

—El espíritu de las tropas no es bueno. Los hombres están nerviosos.

—Todo lo que tienen que hacer es obedecer órdenes y pelear. Si hacen eso, y desde luego lo harán, la victoria será nuestra.

Con una sonrisa interna de pesar, Agrícola envidió la suprema falta de imaginación de su gobernador.

—Por supuesto, señor —respondió.

Boudicca estaba de pie con sus jefes, respirando el denso humo azul que se esparcía como un miasma picante sobre el camino y dentro del bosque y maldijo en voz alta.

—¡Necesitaba ese grano! —exclamó en tono airado—. Ha prendido fuego a su propio fuerte. ¿No hueles el grano quemándose, Domnall?

—Al menos sabemos que debemos continuar por este camino —contestó—. Tarde o temprano, le atraparemos. No puede marchar con sus tropas hasta dentro del océano.

—Si hubiéramos dejado Verulamio para después, ya lo habríamos atrapado —replicó Boudicca con un dejo irónico de desprecio en su voz ronca. Luego caminó hasta su carro y regresó al camino. Lenta y tediosamente, la indisciplinada horda avanzó dispersa tras ella. Los mismos gemidos, las mismas quejas y acusaciones se elevaban para flagelarla con reproche. «Hemos andado cientos de kilómetros, ¿y dónde está el gobernador? Estamos cansadós, queremos ir a casa ahora, las legiones se nos han escapado, los hombres del oeste retienen a las legiones, queremos ir a casa, ir a casa, ir a casa.»

«Que Andrasta se os lleve a todos, idiotas —pensó ella con furia—. Pero no regresaréis a casa hasta que yo tenga la cabeza de Paulino en la punta de mi lanza, porque si lo hacéis, no viviréis para ver otro Samain.» Airada, los maldecía en silencio, con los labios apretados y las manos ciñendo las riendas. Pero su bravata no podía borrar la inquietud palpitante que crecía a cada kilómetro que dejaban atrás. Era fácil detectar la huella de las legiones. Demasiado fácil incluso. Ollas, platos, arneses rotos, herraduras perdidas... Era como si Paulino hubiera arrojado a propósito todos esos objetos para guiarla, como un becerro al matadero. «Lo ha hecho —comprendió con angustia—. ¡Oh, lo ha hecho! ¿Qué planea? ¿Qué hará? Ojalá le conociera como Caradoc conocía a Ostorio Scapula. Ojalá hubiera habido tiempo para escuchar la intuición de una docena de años de confrontaciones. Si

no lo encuentro en un día más, las tribus empezarán a abandonarme, pero me da miedo encontrarle; miedo, pues sé que, aunque parece que le acecho, él me está cazando a mí. Ahora entiendo las frustraciones que casi enloquecieron a Caradoc. ¡Qué gente tan estúpida, estúpida!» A sus espaldas, el murmullo de su ejército descontento era como un trueno grave y continuo, un tumulto fanfarrón, pendenciero, borracho, casi incontrolable que se extendía cincuenta kilómetros o más hacia atrás, y Boudicca escuchaba su amenaza con desesperanza. No había comida. Los puestos de vigilancia que habían registrado en el camino estaban vacíos, sin hombres ni grano, y la gente sólo tenía lo que cada familia transportaba en sus carros. Ya habían consumido la mayor parte y para obtener más, debían pelear pronto. «¿Dónde estás, Suetonio Paulino? —pensó con ansiedad—. ¿En qué lugar secreto te ocultas?»

Al mediodía, se detuvo a comer. Se sentó en la hierba a la vera del camino con Lovernio, Aillil y Domnall, pero pronto se vio obligada a desenvainar su espada y pasearse entre los enfadados miembros de las tribus. Se habían suscitado peleas entre los que todavía tenían carne seca y grano y los que intentaban quitárselos. Boudicca fue de carro en carro, fustigando con el filo cortante de su lengua y la cara plana de su espada, seguida por una multitud de niños encantados y perros esperanzados. Regresó a su carro acalorada y furiosa y, en el instante en que se disponía a dar la orden de seguir avanzando, un explorador se acercó presuroso desde el norte por el camino. Cayó del caballo y corrió hacia ella.

—¡Están allí! —gritó—. ¡Acampados en un valle, once o doce kilómetros más adelante! ¡Y son tan pocos!

El corazón de Boudicca dio un vuelco y se volvió con rapidez hacia sus hombres.

—Lovernio, Aillil, transmitid la noticia de inmediato. Pasaremos la noche aquí y nos enfrentaremos a ellos por la mañana.

—¿Es eso prudente? —susurró Domnall—. Una noche sin hacer nada es un riesgo.

—Lo sé. —Reflexionó un momento en tanto la noticia se propagaba a su alrededor y la excitación reemplazaba al aburrimiento. Una noche de más peleas y derramamiento de sangre inútil, de demasiada cerveza y sueño insuficiente. Se avino de mala gana—. Muy bien. Seguiremos andando y pelearemos hoy. —Contempló fugazmente el sol de verano, que ya estaba muy por encima de las copas de los árboles—. Tal vez sea conveniente. Si no ganamos, podemos descansar durante la noche y seguir luchando mañana.

Avanzaron a mayor velocidad, animados por el pensamiento de tener a Paulino acorralado y de hacerse con los preciosos sacos de grano, y sólo Boudicca y los icenos recordaban el motivo por el que habían llegado a esa situación y lo que estaba en juego. Los icenos callaron de pronto y los jefes manejaron sus carros con una habilidad inconsciente, sin gritarse unos a otros. Los hombres libres caminaban detrás de ellos con semblantes sombríos. A medida que cubrían los últimos kilómetros, la mente de Boudicca se concentró en sus hijas, cada una en su prisión de soledad; por última vez, sufrió por Prasutugas y por las fuerzas sabias y bondadosas desaparecidas para siempre.

Entonces, de repente, la tierra se elevó, a su izquierda el suelo cambió su fisonomía, los árboles no habían echado raíces y los desfiladeros se abrían tortuosamente hacia el camino. A su derecha, el bosque todavía se apretaba tupido, inclinado sobre la zanja y el terraplén construidos por los romanos. Se extendía todo a lo largo del camino para dar paso libre a ambos lados, como esforzándose por recuperar el suelo que había perdido, pero en la mejilla izquierda de Boudicca, un viento caliente y húmedo soplaba con regularidad. Y allí estaban, como guijarros grises caídos de las laderas casi desnudas tras ellos y todavía chocándose unos con otros, desalmados y secos en el fondo del valle, anónimos y parejos, pesados e impasibles.

Aillil lanzó un grito y golpeó un pie contra el suelo.

—¡Miradlos, señora! ¡Apretados en el valle como pescado seco en un tonel! ¿Cómo es posible que Paulino sea tan tonto?

Boudicca no contestó. Sus ojos se pasearon con lentitud. Paulino era muchas cosas, pero un tonto no, y el temor humedeció sus palmas y se deslizó por su espalda. Visto desde fuera, el gobernador parecía estar derrotado antes de que la batalla hubiera comenzado, ya que como había dicho Aillil, los soldados estaban apiñados en el fondo del pequeño lugar, donde el valle comenzaba a estrecharse, y habían dejado bastante vacía la planicie ancha que bordeaba el camino. No era una hondonada abrupta ni alta. Los lados cubiertos de endrinos atrofiados, tapados con matorrales, brezos y arbustos de saúcos llenos de ramas, descendían gradualmente a una meseta árida; y entre Boudicca y el ejército, tal vez a lo largo de unos tres kilómetros, había arena y grava, un campo perfecto para una carga de carros. «Demasiado perfecto —pensó—. Esta disposición es demasiado perfecta. Sin embargo, son pocos, un manojo diminuto que se perdería en el gran océano de las tribus. Sin duda, al margen de lo que planee Paulino, podemos derrotarles por una simple cuestión numérica.» La incesante corriente de ruido a su alrededor se estaba intensificando y fragmentando en chillidos exultantes, gritos de guerra, exclamaciones provocativas y el estrépito ensordecedor de espadas contra escudos, un furor creciente de júbilo y expectación. Mucho más atrás, debajo de todo eso, se oía el traqueteo de los carros y los ladridos excitados y agudos de los perros.

—Llamad a los jefes —ordenó.

Los romanos se movían con sigilo y metódicamente, haciendo caso omiso de la loca cacofonía de ruidos en el camino. Paulino se dirigió a sus comandantes de unidades y miró detrás de ellos a donde se estaban formando las filas de soldados. Los legionarios ocupaban el centro, codo con codo, en filas de seis. Las tropas auxiliares se situaban a ambos lados, flojas y girando con libertad, los arqueros y honderos montados preparados para hostigar a los rebeldes a medida que ellos mismos se formaban. Paulino agradecía que esas tropas auxiliares..., tracios, iberos, hombres de Germania..., estuvieran predominante y tradicionalmente formadas por arqueros.

Los hombres de la caballería cubrían los flancos, sentados con soltura y altos en sus caballos resplandecientes y con sus plumas ondeando con orgullo. El frente entero se encontraba a menos de novecientos metros, pero eso favorecería sus objetivos.

—Recalcad mis palabras a vuestros hombres —manifestó—. Ya habéis recibido vuestras instrucciones para el combate, pero en esta situación, las órdenes no son suficientes. No prestéis atención al ruido que hagan los salvajes y cerrad vuestros oídos a sus amenazas huecas. Hay más mujeres que soldados en sus filas. No saben de operaciones militares y están mal armados. Cuando experimenten las armas y el coraje de tropas que ya los han derrotado antes con frecuencia, se volverán y huirán. —Sus palabras secas y enérgicas se elevaban sobre el bullicio resuelto a su alrededor y los comandantes escuchaban con seriedad—. Transmitid también esto a vuestros hombres —prosiguió Paulino con énfasis—. En un ejército de muchas legiones, muy pocos ganan honores de batalla. Pensad entonces en la gloria que recaerá sobre vosotros, una banda pequeña que lucha por el honor de todo el ejército! Mantened las filas. Arrojad vuestras jabalinas, golpead con los tachones de vuestros escudos y avanzad. Por encima de todo, no os detengáis a recoger botines. Ganad la batalla y ganaréis todo. ¿Está claro? —Los hombres murmuraron su asentimiento y se dispersaron al instante. Paulino, sus tribunos y Agrícola montaron sus caballos—. Si logramos contener la primera carga, los tendremos —declaró Paulino—. Boudicca no puede arrojar todos sus carros a la vez contra nosotros porque la boca del valle es demasiado angosta. Julio, de veras creo que la victoria será nuestra.

Boudicca habló con rapidez a los jefes impacientes que se estaban dando codazos unos a otros. Su voz apenas se oía por encima del sonido de la corneta y del rugido de la gente.

—Ésta es mi guerra —gritó—. Soy una mujer que pelea por la justicia y la venganza y mi causa es legítima. No viviré como una esclava y quiero que las tribus sepan que hoy habrá victoria o muerte. Los icenos atacarán por el centro, los trinobantes por la izquierda y los demás por la derecha.

—¡Eso no es justo! —protestó un jefe con ira—. ¡Los icenos no deberían tener prioridad sobre los catuvelaunos!

—¿Por qué no? —replicó ella—. Los icenos comenzaron esto, los icenos os han traído a todos al borde de la libertad. Pelearemos en el lugar de honor. —Algunos jefes la insultaron con palabras hoscas, pero ella les volvió la espalda con disgusto—. Formad, todos, y mantened a vuestros hombres lejos de los toneles de cerveza. —Se alejaron caminando y Boudicca subió a su carro. La boca del desfiladero ya estaba cerrada por las hileras de carros, y las tropas auxiliares romanas ya arremetían contra ellas. Lanzaban flechas y piedras con sus hondas y luego regresaban deprisa a sus puestos, hostigando a los jefes airados que intentaban mantenerse en sus lugares—. Están jugando con nosotros —comentó ella con irritación—. Aillil, que algunos de los carros se muevan en los flancos y respondan al acoso. —Luego azotó a sus ponis y fue con rapidez de una tribu a otra, regañando, amenazando, prometiendo, bromeando. A lo lejos, desde su posición sobre sus propias filas, Paulino la observaba, un destello veloz de capa verde ancha y cabello rojo al viento, alta bajo el sol de la tarde, y se quedó estudiándola hasta que el prefecto se acercó en su caballo y le saludó.

—Listos para entrar en acción, señor.

Paulino inhaló una última bocanada profunda de aire fragante y puro.

—Muy bien. Haz sonar la trompeta.

En los pocos minutos que le quedaban, Boudicca trotó de regreso a través de las líneas icenas hasta que no hubo nada más entre ella y los soldados romanos armados e imperturbables que la luz que se reflejaba sobre la grava pareja del lecho del valle. Se desabrochó la capa suave, la dobló y la acomodó a sus pies. Se ajustó el cinto y levantó el casco pesado y alado para colocárselo con firmeza en la cabeza. Desenvainó su espada y Lovernio subió al carro con ella y tomó las riendas. Boudicca hizo una pausa. Un murmullo de asombro había brotado entre los jefes a su alrededor, una repentina consternación, y se volvió para ver a Ethelind de pie junto a los rayos de la gran rueda del carro. Su rostro estaba inmóvil y llevaba el cabello reluciente y frondoso trenzado con fuerza alrededor de su pequeña cabeza. Estupefacta, Boudicca se bajó. Había empezado a reinar el silencio, un oasis diminuto de tensión en un desierto de locura ensordecedora. Ethelind habló.

—Dame una espada.

Boudicca la miró fijamente, paralizada por el veneno que despedían aquellos ojos azules ponzoñosos. Como su madre no le contestó, Ethelind golpeó el carro con una mano rígida.

—¡Exijo una espada, Boudicca!

Cientos de objeciones se agolparon en la lengua de Boudicca. «No has aprendido a usar una espada, ni siquiera podrías levantarla, los soldados te matarán antes de que puedas hacer ese gesto inútil y vano...» Pero detrás de los pozos secos de odio en la mirada fría de Ethelind, vio un anhelo de muerte patético y desgarrador que eclipsaba toda memoria y todo alegato de parentesco entre ellas. Para Ethelind, como para Brigid, el tiempo había dejado de existir cuando los soldados las habían penetrado con las espadas calientes de la carne, y sólo otra espada podía traer una segunda muerte más benigna. Boudicca se movió para abrazarla, pero la joven alargó los dos brazos en una actitud de rechazo.

—No..., no. Eso no. Sólo una espada.

Boudicca descartó su preocupación con brutalidad y volvió a subirse a su carro. «Estamos solas —pensó—, cada una de nosotras. Y debes caer sola, Ethelind.»

—Aillil —gritó con voz áspera—. Búscale una espada. —Dio una ruda orden con la cabeza a su auriga y echaron a rodar. La trompeta romana sonó por fin y el aullido de miles de cornetas hizo estremecerse el aire. Cuando miró hacia atrás, Ethelind había desaparecido.

Los carros avanzaban, rueda con rueda, y comenzaron a adquirir velocidad. Retumbaban sobre el suelo como un viento ululante de hierro. Los hombres libres los seguían, vociferando. La tierra comenzó a elevarse despacio, pero el ímpetu de la carga no disminuyó y las tropas auxiliares fueron a su encuentro y se abalanzaron con audacia en medio del fragor de la batalla.

Por un instante, cuando ambos bandos chocaron, la carga se detuvo pero enseguida siguió ganando impulso y creció como un vendaval. Entonces, de pronto, los auxiliares se dispersaron y retrocedieron. El cuerpo principal de las legiones no se había movido. Permanecían quietos, silenciosos, fila tras fila, todos los rostros iguales bajo los mismos cascos, y las tribus seguían

embistiendo con los brazos extendidos y los escudos en alto. Luego se oyó una orden. Los soldados levantaron sus jabalinas todos a la vez y aguardaron. Boudicca, ya casi sobre ellos, tuvo tiempo de maravillarse de aquella obediencia silenciosa y valiente. Hubo otra orden. La oyó, clara y serena, y acto seguido, cayó del carro cuando uno de sus caballos se desplomó y el otro se vio forzado a detenerse. Los gritos hendían el aire de la tarde ya avanzada y la carga disminuyó con brusquedad, pero antes de que Boudicca pudiera incorporarse, otra lluvia ruidosa de jabalinas se abatió sobre los jefes apiñados. La primera línea de soldados retrocedió con brío y la segunda se adelantó. Una vez más, la lluvia mortal de hierro cayó entre las tribus. Lovernio ayudó a Boudicca a levantarse y ella vio a Aillil que se acercaba gateando sobre los cuerpos abatidos que ya entorpecían el paso a los que seguían avanzando.

—¿Por qué los idiotas esos no atacan a la caballería en los flancos? —vociferó—. ¡Se lo repetí una y otra vez! Aillil, respáldalos y haz que se enfrenten a los auxiliares. ¡Así no podemos hacer nada excepto morir amontonados en el frente! —Movió el escudo para protegerse de las jabalinas que traspasaban los cuerpos de los hombres y animales abatidos. La carga se estaba desintegrando; los jefes que aún quedaban con vida tiraban frenéticamente de los mangos suaves de las jabalinas que se resistían a salir con facilidad de los escudos de madera inutilizándolos.

En ese momento, sonaron las trompetas. Los legionarios cerraron filas al instante, levantaron sus escudos largos y desenfundaron sus espadas. Se habían convertido en escarabajos agazapados y pesados con aguijones en las manos. Los gritos enardecidos de Boudicca se perdían bajo la confusión. Las tribus más alejadas no habían atacado a la caballería y a los auxiliares en la periferia. De haberlo hecho, las huestes rebeldes podrían haberse abierto paso y rodeado a los romanos, pero mientras Boudicca blandía su espada con destreza y los maldecía, fluyeron al centro mismo del conflicto ya de por sí sofocante y atestado. Los miembros de la caballería observaban inamovibles desde sus caballos. Boudicca, con Lovernio a su lado, se olvidó de todo, excepto de la necesidad de matar.

Las cuñas implacables e insensibles de las fuerzas romanas empujaban un pie apretado tras otro dentro de la masa desbordante de hombres libres de las tribus. Los dividían y los dispersaban, y ,stos pronto se encontraron luchando no contra un frente sino contra dos, aislados en grupos cercados por armaduras y eliminados sin piedad. De vez en cuando, la misma voz fría emitía una orden brusca y la fila en acción retrocedía para descansar en tanto legionarios frescos continuaban la desesperada lucha mano a mano contra aquellos hombres y mujeres bañados en sangre, ya fatigados, que apenas tenían espacio suficiente para girar, mucho menos para maniobrar. Los tachones de los escudos aplastaban y destrozaban costillas indefensas. Las pequeñas espadas afiladas entraban y salían como lenguas de víboras y arrancaban sangre de aquellos que se hallaban atrapados por sus camaradas vivos y por los cuerpos suaves pero inamovibles que se amontonaban en el suelo y que no se podían apartar de un puntapié. Boudicca se vio obligada a retroceder con brusquedad y, aunque pujaba y maldecía, la

primera línea adelantaba con rapidez. Giró y trató de buscar otra área de lucha. En ese segundo de inactividad, miró a su alrededor. Los soldados habían ganado terreno.

Un intenso río de sudor la bañó al ver que los guerreros en el frente eran empujados inexorablemente dentro de la masa de hombres libres detrás. La multitud se volvía más densa. Más y más hombres morían, de pie, arrastrados e impotentes, aplastados contra sus vecinos mientras las espadas romanas se clavaban sin oposición ni freno.

«Andrasta, estamos al borde de la derrota», pensó horrorizada y aun cuando saltó a un carro volcado y comenzó a gritar, el ritmo del sombrío ataque de las tribus vaciló y su clamor se extinguió. Por un instante, el tiempo pareció pender suspendido y hasta la tierra pareció contener el aliento.

La voz de Boudicca se elevó, ronca y clara, y llenó el vacío con un grito solitario de desafio audaz.

—¡Recordad vuestra esclavitud! ¡Recordad vuestra opresión y el sufrimiento interminable!

Pero en la distancia, una trompeta resonó y sus últimas palabras se ahogaron en tanto las legiones se abalanzaban hacia delante. El curso de la batalla había cambiado y al ver su fuerza inexorable, las tribus empezaron a correr, sin saber qué había salido mal, aullando de pánico. Otra trompeta sonó y la caballería bajó sus lanzas y cargó hacia la masa ensangrentada que forcejeaba. Lovernio tiró de Boudicca fuera del carro y la arrastró lejos.

—La gente huirá al bosque al otro lado del camino —jadeó—. Mañana podremos reagrupamos y seguir peleando. ¡Corred, Boudicca! —Pero ella trastabilló de pronto, como si una espada hubiera alcanzado su espalda, y cayó de rodillas.

—Mira, Lovernio —susurró—. ¡Oh, mira!

No había adónde huir. A través de la boca angosta del valle, los carros y carretas estaban estacionados uno junto al otro, siete, ocho, nueve de ellos. Formaban una pared ancha de botines apilados erigida con confianza arrogante por las tribus para que las ancianas y los niños pudieran presenciar la victoria. El valle estaba sellado, una tumba hermética y obstruida, y cuando Boudicca se levantó espantada, los jefes que escapaban tambaleándose lo advirtieron también, la pared sin puerta ni abertura, el verdugo. Se lanzaron sobre los carros con histeria y los volcaron. Las copas de plata, los linos vistosos y las sillas chapadas en bronce, todas las chucherías llamativas arrebatadas a las ciudades torturadas que habían incendiado cayeron rodando entre los perros y los niños que chillaban. Pero era demasiado tarde. No había forma de retroceder. Los romanos también se dieron cuenta de ello y profirieron un grito triunfal. La caballería se apresuró galopando hacia allí, los soldados corrían, y los jefes morían.

—Oh, no —susurró Boudicca—. Andrasta, no, no, no. Así no.

Entonces, recordó a Brigid y la ola de terror humillante se esfumó. Se dejó caer al cieno de cadáveres y grava salpicado de rosa y comenzó a arrastrarse. Lovernio la seguía, no hacia la matanza en los carros sino hacia un lado del valle. No estaba lejos. «Qué bien lo elegiste, Paulino, qué bien lo elegiste —pensaba sin mirar a derecha ni a izquierda, donde manos muertas la tocaban y rostros

muertos la miraban de soslayo con reproche blanco—. Pero no me atraparás. No llevaré cadenas en mis tobillos ni una larga humillación en los calabozos de Roma.» De improviso, las espinas rasgaron su túnica y el verde opaco de un arbusto de saúco rozó sus hombros.

—Ahora, corre, Lovernio —murmuró. No hubo respuesta. Se puso de pie y miró hacia atrás, pero estaba sola.

Hulda y el joven jefe se encontraban de pie muy juntos, al amparo de los árboles. Frente a ellos, Brigid se paseaba de un lado a otro, con los dedos enredados en su largo cabello y los ojos fijos en el suelo. Hulda corrió hacia ella cuando vio quién era, luego se detuvo. La túnica azul estaba manchada de sangre. Tierra y grava se adherían al pelo brillante y desgreñado, el casco había desaparecido y el rostro que arrancó un grito de su garganta estaba tan desfigurado por la zozobra que apenas parecía humano.

—¡Señora!

Boudicca se apoyó contra un árbol.

—La batalla está perdida —dijo con dificultad—. Las tribus han sido arrasadas. Huid, los dos. ¡Id al norte, id al oeste, corred, corred!

—Pero Lovernio, Aillil, Domnall, sin duda...

—Muertos, están todos muertos. Ahora, tomad vuestras cosas y huid.

—Pero señora, ¿y Brigid? ¿Adónde podréis ir con ella?

—No debes preocuparte por ella, Hulda. Si quieres salvar tu vida, será mejor que abandones este lugar.

La mujer no dijo más. Se acercó a la muchacha y la besó suavemente en la frente. Luego recogió sus pertenencias y se marchó caminando. Lágrimas calladas rodaban por sus mejillas.

El jefe desenvainó su espada y titubeó, con la vista en su señora. Boudicca se alejó del árbol y le dirigió una sonrisa triste.

—Tú también, amigo mio —susurró—. Ya no puedes salvarnos.

Él ya podía olerlo, el olor dulce y nauseabundo de la muerte que se escurría despacio dentro del claro. Levantó la espada a modo de saludo.

—Un viaje seguro, señora —dijo—. Un viaje en paz.

—Para ti también —respondió ella y él giró sobre los talones y desapareció.

Durante un instante, Boudicca se quedó escuchando el rugido violento y demente de la matanza. Luego dejó la espada en el suelo, extrajo su cuchillo y se aproximó a Brigid. La joven dejó de pasearse y la miró con curiosidad, sus manos se apartaron del cabello y se agitaron sobre la túnica empapada de su madre.

—¿Sangre? —preguntó.

Boudicca la tiró con suavidad hacia delante y hundió el rostro en las trenzas tibias y brillantes. «No quiero que sufras más, Brigid —pensó—. Si te abandono, los soldados vendrán y será como antes. Sin embargo, no hay ningún sitio adónde llevarte, ninguno en absoluto. Nunca podremos

regresar a casa.» Sus dedos hallaron las costillas, tan delgadas, tan conmovedoramente delgadas, y la hoja se deslizó entre ellas. Brigid suspiró y la belleza pálida e incomparable de su cabeza cayó contra el pecho de su madre. Llorando, Boudicca la depositó sobre la hierba fragante. La muchacha yacía serena, con flores silvestres entre los dedos, el cabello sobre el rostro y la túnica que flotó para asentarse a su alrededor. Boudicca se volvió enseguida. Se agachó, cayó en la rica y húmeda tierra negra y luego arrojó lejos su cuchillo. Tomó la espada y la hundió con la empuñadura hacia abajo en el hoyo que había hecho. Con manos torpes y los ojos nublados por las lágrimas, la aseguró con piedras pequeñas.

«¿Adónde vas, Boudicca?», graznó en su oído la voz de Subidasto, el Cuervo.

Boudicca se enderezó.

—No lo sé —respondió en voz alta—. No lo sé.

Como una hoja marchita arrancada de la rama de un árbol agonizante y llevada por el viento hacia la superficie de un río, desplegó los brazos y cayó.

OceanofPDF.com

CAPITULO 40

La noche era muy calurosa, pero los postigos estaban abiertos y una brisa intermitente agitaba las cortinas y hacía que las docenas de velas y lámparas ardieran de manera intermitente como mariposas doradas y borrachas. Gladys meneó la cabeza y los esclavos se movieron en silencio y con discreción. Recogieron los restos de la mesa cubierta de blanco y llevaron cuencos de plata llenos de uvas negras, melocotones y ciruelas brillantes y púrpuras. Manos ávidas se estiraron y por atrás de los lechos dorados, los criados pacientes aparecieron con más vino, pero Caradoc apoyó los dedos con ligereza sobre su copa y sonrió a su esposa. Plautio tampoco aceptó. Sólo Llyn sostuvo su copa para que la volvieran a llenar y bebió deprisa, con su cuerpo enjuto hundido en los almohadones tentadores y los ojos semicerrados.

—La rueda se salió —comentó la joven Gladys—, pero el carro siguió rodando todavía unos veinte metros. Deberías haber estado allí, madre, la multitud se volvió loca. Gritamos hasta quedarnos roncos, pero, por supuesto, fue inútil. ¡Pobre Aulo! Es la tercera carrera que ha perdido tu equipo, ¿no?

—¿Apostaste? —Eurgain sonrió a su hija que llevaba el cabello recogido en rizos apretados y adornado con perlas, los aros que se mecían y la túnica roja bordada en oro. Gladys hizo una mueca y alzó las manos.

—Sí, lo hice. Y Rufo perdió mucho dinero.

—Por favor, ¿me dejáis terminar mi historia? —dijo su esposo con tono exasperado—. Los criados se han ido. Bueno, nadie se habría dado cuenta si Vespasiano no hubiera empezado a roncar, pero vaya si lo hizo, parecía un toro, y el emperador dejó de cantar. «¿Alguien se siente mal?», preguntó. Todos se quedaron paralizados y evitaron mirarse.

Eurgain escupió una semilla en el plato.

—¿Qué pasó después?

Pudens se encogió de hombros.

—Nada en absoluto. Y no olvidéis que era la segunda vez que Vespasiano se quedaba dormido durante uno de los recitales de Nerón. El emperador le ordenó que se retirara y continuó cantando.

Plautio se movió inquieto.

—No es una buena idea divulgar estas historias en tiempos como éste, Rufo —señaló suavemente. El grupo hizo silencio, pero Llyn se sentó con esfuerzo y bostezó.

—Las paredes de Plautio no tienen oídos —acotó, arrastrando las palabras—. Si los tuvieran, todos habríamos sido acusados de traición y crucificados o arrojados a aceite hirviendo hace mucho tiempo.

—¡Ah, cállate, Llyn! —le increpó su madre enseguida. El muchacho se limitó a beber más vino y volvió a cerrar los ojos. Caradoc bajó los pies al suelo tibio de baldosas.

—Una vez más, hemos abusado de tu hospitalidad, amigo mío —dijo a Plautio—, y es demasiado tarde. —Pero antes de que Plautio pudiera responder, el mayordomo entró en la

habitación. Durante un largo rato susurró al oído de su señor y el resto observó con ansiedad el rostro de Plautio que se volvía serio y luego sombrío. Cuando el hombre se hubo retirado con una reverencia, todos empezaron a impacientarse. Plautio parecía tener dificultades para hablar. Trató de encontrar las palabras exactas, las confundió, profirió una obscenidad desacostumbrada y luego se levantó despacio.

—Hay noticias de Britania —dijo haciendo un esfuerzo—. Los icenos organizaron una rebelión y arrastraron con ellos a la mayoría de las tribus de las tierras bajas. Casi lograron matar a cada romano en la isla y tres ciudades y una legión han sido destruidas.

—¿Las tribus de las tierras bajas? —Caradoc se tensó con incredulidad.

Una ola de alegría febril largamente olvidada le invadió. Los ojos de Llyn se abrieron de repente.

—¡Por la gran Madre! —musitó.

Pero Eurgain preguntó con tono seco:

—¿Casi lograron..., Aulo?

Plautio carraspeó y continuó con voz ronca.

—Parece que hubo una batalla campal y los rebeldes sufrieron una derrota aplastante. Boudicca se quitó la vida.

—¿Qué más? —inquirió su esposa con severidad.

Plautio se sentó en su lecho y se frotó la frente con cansancio.

—No lo entiendo. Mi buen amigo Paulino está aniquilando a los icenos. Ochenta mil guerreros murieron en la batalla y está persiguiendo a los supervivientes, acorralándolos. Icenia es un páramo.

Nadie se movió. El viento suspiraba en torno a ellos con un aliento seco y polvoriento y la oscuridad detrás de la ventana parecía filtrarse hacia ellos y enfriar sus corazones a pesar de que el calor de la noche hacía sudar sus frentes.

Entonces, despacio y con pesadez, Caradoc se puso de pie.

—Discúlpame, Plautio —dijo con voz tranquila y abandonó la sala. Caminó con rapidez bajo la arcada, por el atrio ensombrecido donde una luna llena se reflejaba en la superficie quieta del pequeño estanque y hacia el jardín que se extendía más all en el que la hierba olía a rocío y a rosas. Avanzó a través de las sombras profundas y oblicuas del patio cerrado, por el claustro desierto donde sus pies resonaron con fuerza en el pavimento, y por fin llegó al pequeño sendero y luego a los plátanos susurrantes y las puertas de hierro forjado. Se apoyó contra ellas con las manos enlazadas y miró hacia abajo, hacia donde las innumerables luces de la ciudad parpadeaban en la oscuridad aterciopelada. La sentía palpitar..., un rugido apagado e interminable, el rechinar eterno de la industria, el corazón de un imperio cuya sangre estaba compuesta de sufrimiento, cuyo alimento era la opresión, cuyas manos ciegas acarreaban la muerte.

«La pequeña Boudicca de cabello rojo —pensó—. ¿Qué te hicieron para llevarte a derramar tu sangre sobre un suelo ya ahogado bajo un océano de tantos sacrificios terribles? ¿Por qué estoy aquí

de pie, viejo e inútil, mientras esta misma luna ilumina de soslayo los montes de robles húmedos y secretos, mientras los bosques de avellanos están cargados de nueces maduras y los ciervos jóvenes corren en silencio por la hierba bañada de rocio?»

Una mano tibia descendió con suavidad sobre su brazo desnudo. Eurgain le miró; la despiadada luz de la luna parecía absorber todo el color de su rostro y lo tornaba desencajado y arrugado.

—Los demás ya se van —dijo—. Todos menos Llyn. Gladys le albergará en el cuarto de huéspedes. —Caradoc separó las manos.

—Es inútil, Eurgain —declaró sin rodeos—. Me saludan con una reverencia en las calles, el emperador me llama su bárbaro noble, mi hija ha hecho un buen matrimonio y soy recibido en los hogares de los senadores como si fuera una especie de dios. Sin embargo, noche tras noche, sueño que estoy de regreso en Camalodúnum, que está lloviendo y Cin me llama. —Suspiró—. He vivido aquí durante diez años, con los ojos y los oídos cerrados al tormento de Albion, pero luego sucede algo como esto y entonces sé que no soy nada más que un extranjero que sufre en una tierra extraña.

Eurgain le frotó la mejilla contra un hombro.

—Yo también quiero volver a casa —murmuró—. Y Llyn también. ¿Crees que cuando llegue el momento permitirán que nos quemen en una pira funeraria extraída de los fragantes bosques catuvelaunos?

Caradoc la abrazó y la estrechó.

—Todo lo que queríamos era que nos dejaran en paz —susurró—. Libertad. Es una palabra tan pequeña, un ruego tan insignificante... Y no obstante, esa petición ha consumido el alma de un pueblo.

Eurgain se apoyó contra él y permanecieron juntos mientras la luna se reducía despacio a un brillo plateado intenso y sus haces blancos inundaban el viñedo en sombras. Debajo de ellos, la ciudad zumbaba y latía.

A lo lejos, en las turbulentas brumas otoñales de Albion, la luz de la libertad titiló y se apagó.

OceanofPDF.com